

Mas á este tiempo, en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto;
Cuando el leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle asíó en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dejó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente;
Que no hay tan esforzado caballero,
Que asirse á fuerzas con la mar intente;
Pero con todo, el español guerrero
Un punto no humilló su brio valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar ó el dios de la fortuna.

La bella hija de Angélica, llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Mientras no puede mas, toda rendida,
Por los ojos descubre la herida.

Quando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vaiven dos curvas de camino,
De una amura el baupres quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El cuadernal, roldanas y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia y voces afligidas;
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá, si no es delfin, á nado;
Las damas, en sirenas convertidas,
Lloran la miserable humana suerte;
Que en mar ó en tierra no hay fuera la muerte.

Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento;
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dejarla por el suelo rasa.

Un barco en esto, al grueso bordo atado
Del suyo, el gran leonés vió que venia,
Nueva esperanza al pecho alborotado,
Que mas fuerzas mostraba que sentia,
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.

Mas no tan presto en la montaña de Ida
De Júpiter el águila lijera,
Tras de la amada presa conocida,
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierra beldad troyana asida,
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la escuadra alborotada
Del bajel ocupó el humilde asiento;
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dejaron el navio
De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo, le apartó lijero;
Que Vénus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

Así tal vez por la caverna oscura
Del sacro monte Ténaro, sin vida,
De Euridice la sombra mal segura
A los ojos se fué desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla, con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo, lleno de hermostura,
De luceros, de estrellas y de soles,
Por el espanto de la noche oscura,
Sin ver dónde, escondió sus arreboses.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reino de una dama, que sin duda
De solo ser mudable no se muda.

Lo que allí sucedió al bajel hermosto
Parte despues será de un nuevo aliento;
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso
Pecho que aró la mar ni rompió el viento;
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.

Es el mudable Jonio un mar violento,
De tempestades lleno y de bajos,
De yertos arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navios:
Sus islas pobres y de mal asiento,
Asperas, escabrosas, de aires frios,
Donde Itaca fué un tiempo celebrada
Por del prudente Ulises patria amada.

Entre ella y el seno Ambrico famoso,
Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Carlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.

Parecia que fortuna, ya cansada
De luchar con los aires, se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de lejos saludada,
Que el alto Epiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jonio se atravesia
Y el firme pié al Acrocerauio besa.

Mirando estaba el español valiente
De Alcicon los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de oriente,
Siendo antes tierra firme sus collados;
Y el promontorio Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos enrespados
(Si debe ser la antigüedad creida)
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonia,
Donde el reino Teleob se le muestra,
Que por sus costas de robar vivia;
Y la ondiada canal, á la siniestra,
Que abraza, á pesar de Italia, estrecha vía
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo dia
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenia,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera
Si el nuevo amante no le reportara,
Y en discreto decir la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandara;
Donde á vueltas tambien le ruega quiera
Decirle algo de aquella beldad rara
Que á ambos dejó en confuso desconstelo,
Quién sea, de qué nacion, qué tierra ó cielo.

Olfa, que en las grandezas del mancebo
 Ser algun disfrazado dios creia,
 «Marte invencible, dijo, á quien ya debo
 Mil vidas, oye...» Y proseguir queria,
 Cuando con nueva voz y espanto nuevo
 El roto barco en dos ven que se abria,
 Que ya encallado en una firme peña,
 La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajo,
 Y hacerse á un golpe dos (¡extraña cosa!)
 Fué todo á un tiempo, y con un norte frio
 Bramar la mar de nuevo temerosa:
 De todos, solo el castellano brio
 Quedó entero en su fuerza poderosa;
 Que los demas, con solo el temor ciego;
 Por muertos se contaron desde luego.

Fuése hundiendo el barco destrozado
 En ancho y espumoso remolino,
 Donde bien su valor mostró abreviado
 Del Casto Alfonso el sin igual sobrino;
 Que, de su arnes lumbroso despojado,
 Sobre la gruesa rosca de un gran pino
 La bella china puso desmayada,
 Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la entena
 Rico peso, tambien por no dejallas
 Donde el antiguo griego en nueva pena
 Por culpa suya trató de guardallas,
 Entre la crespas mar de espumas llena,
 De sus olas rompiendo las batallas,
 La playa busca, cuando al turbio viento
 Fortuna al parecer da nuevo aliento.

ALEGORÍA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos y cuán inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que, sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza; y los monstruos de Creta lo son de la desórden de un reino donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcángélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza, figurado en Arcángélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al traves consigo y quedar perdido.

LIBRO DECIMOCUARTO.

ARGUMENTO.

Salé Bernardo, arrojado de la tormenta, á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcángélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte; tocando á vueltas de su discurso una galana geografia de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño.

Cual bello cisne sobre el crespas vado
 De Meandro, sin que en él se le consuma
 Del blanco pecho el tumbo levantado,
 Cercos engarza de liviana espuma,
 Y en remolinos de cristal cuajado
 Humedeciendo va la hueca pluma,
 Hasta que al fin entre la juncia verde,
 Al suave son de su cantar, se pierde:

Así luchando el español guerrero
 Por las saladas ondas discurria,
 Diestro piloto hecho y marinero
 A la pesada entena en que venia,
 Dando consuelo al llanto lastimero
 De Olfa, que en hermosura parecia
 Bella sirena, si de cuando en cuando
 En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton ó el rey Neptuno,
 O la mudable imágen de Proteo,
 El crespas mar sospecha; que ninguno
 Que sea mortal alcanza igual trofeo;
 Y así por dios del mar, de uno en uno,
 Cuantos los campos cruzan de Nereo
 Le rindieron debido vasallaje
 Y anunciaron el próspero viaje.

Hasta que la fortuna, ya afrentada
 De verse de un mortal brazo vencida,
 En el tumbo espumoso disfrazada
 De la ola de un lebeche embravecida,
 A Olfa, su amparador y la aferrada
 Entena echó á la costa encanecida,
 Por donde de Beocia en corva raya
 El rio Cefiso rompe la ancha playa.

Por medio la region focense corre,
 Naciendo en las alturas del Parnaso,
 Cefiso, en cuya orilla está una torre
 Rota y gastada ya del tiempo escaso:
 Templo antiguo de Témis, que socorre
 Con su saber el mundo á cada paso,
 O ya dando hombres nuevos, ó medido
 A la razon el gusto del sentido.

Aquí, ya libre del rigor pasado,
 Bernardo afirmó el pié en la seca arena,
 Molido el cuerpo, el brio quebrantado,
 Y Olfa con él de espanto y temor llena;
 Y el riesgo, en verse libres, olvidado,
 Sola la nueva ausencia les da pena
 De aquella celestial belleza rara,
 En cuya vista nada les faltara.

Y aun no del todo el enlutado cielo,
 Desnudo y libró del rigor pasado,
 En nueva sombra y tempestad el suelo
 De agua tenia y vientos anegado,
 Cuando en un tibio y mudo desconsuelo
 Al antiguo edificio derribado
 Que á la ancha boca está del turbio rio,
 A buscar van abrigo contra el frio.

Así en los mismos pardos arenales,
 De otra mayor tormenta y desconcierto
 Echados, cuando el suelo á los mortales
 De agua se vió y de confusion cubierto,
 Deucalion y Pirra en los umbrales
 Fuéron del sacro templo á tomar puerto,
 Pidiendo á Témis, pues lo sabe todo,
 De la restauracion del mundo el modo.

Mostróse el turbio dia presuroso,
 Mas que otras veces lo es, breve y pequeño,
 Por entre el aire lóbrego y nubloso
 Vanas fantasmas destilando el sueño,
 Cuyo silencio hizo del reposo
 Del mundo á la quietud sabroso dueño,
 Y al amante español y á su doncella
 Huir con tristes pensamientos della.

Vino la noche, cuya niebla oscura
 Espantos á una parte y á otra lleva,
 Y el frio cierzo, cernido en nieve pura,
 En altos pínos sus bravezas prueba:
 Suenan los aires, brama la espesura,
 Crece el rigor, y el viento se renueva,
 Llenos el norte, helados ambos senos,
 De ardientes rayos y de roncos truenos.

Cuando, sin otra prevencion de cena,
 Buscando amparo á la region nublosa,
 Y abrigo al viento que en los bosques suena,
 Una caverna vieron tenebrosa,
 La oscura boca de malezas llena,
 Que en su enlutada tumba sospechosa,
 Desde un rincon del carcomido muro,
 Lugar da mas secreto que seguro.

Fuéronse con escrúpulo bajando
 Al escalon primero de la gruta,
 Solo donde poder dormir buscando
 Un pequeño compas de tierra enjuta,
 Y como en parte extraña, recelando
 Agudo silbo de serpiente bruta,
 Enroscado dragon, ó cama fiera
 De rojo tigre ó súbita pantera.

Hizo el leonés del sótano á la entrada
Escrutinio en las ramas y maleza,
Probando con la punta de la espada
Del ciego seno su áspera estrechez;
Y hallando parte enjuta y abrigada,
De yerba y secas cañas adereza
A la medrosa dama un breve lecho,
Alivio á los cuidados de su pecho.

Y á par della sentado, le suplica,
Si le ha quedado aliento, le dé cuenta
De la ausente beldad que el alma rica
De esperanzas en gloria le sustenta:
Por qué ó cómo al marcial furor se aplica;
Quién la trajo á tal riesgo y tal tormenta;
Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama.
Dijo: y así le respondió la dama:

«Regalo celestial, fruto fecundo
De dulce amor y suertes de fortuna
La beldad dieron que única en el mundo
Adoró el sol y respetó la luna:
Bella princesa, resplandor segundo
Del reino que á la luz sirve de cuna;
De Medoro y de Angélica la bella
Parto feliz en venturosa estrella.

»Marte, lloviendo belicosa lumbre,
Subía á la sazón con mayor brio,
Por sus dorados gonces, á la cumbre
Del austral Capricornio húmedo y frio;
Y del carro acerado la vislumbre
En su mayor pujanza y señorío,
Sobre el grado penúltimo subido,
Hasta los veinte y ocho había corrido.

»Vénus con la blandura acostumbrada
Le iba templando en parte la aspereza,
De los demas planetas rodeada,
Cada cual en su punto y fortaleza:
Solo Saturno, cuya frente airada
Tristes anuncios daba á su belleza,
En veinte grados puso su tesoro
Del enemigo vellocino de oro.

»Esta admirable conjuncion de sinos
A la gran China dió esta real princesa,
Arcángelica dicha, que en divinos
Rayos de luz en tu alma vive impresa.
Junto al Quinsay, en muros peregrinos,
Por un bosque bellissimo atraviesa
El castillo de Mangi, de quien viene
Al reino el nombre y el honor que tiene.

»De doce millas su torreado muro
De fino jasper, en proporcion cuadrado,
Con mil torres altísimas seguro,
Donde está un grueso ejército alojado:
En cada esquina de alabastro duro
Un altísimo alcázar levantado,
Cuyas torres y almenas por decoro
Sustentan ricos chapiteles de oro.

»La altiva frente que al oriente mira
Rica puerta abre de bruñida plata,
Que al sol sirve de espejo en que se mira,
Y con sus rayos otro sol retrata:
Esta al Rey solo se abre, y se retira
Dándole paso: él solo pisa y trata
Sus umbrales; y en otros mas escasos
El vulgo estampa sus humildes pasos.

»En medio el ancho muro, que cubierto
Todo está de arboledas y jardines,
De fuentes y de estanques, por concierto
Puestos entre arrayanes y jazmines,
Se ven por juncias y agua en vuelo incierto
Briosos cruzar los bellos francolínes,
Y dar los cisnes música á las flores,
Y al alba fresca tiernos ruiseñores.

»Saltan los corzos, y la liebre corre
Por entre murta, sándalo y verbena,
Libre de que le siga ni le borre
Otro paso los suyos en la arena:
Una á otra se sigue y se socorre
Con fiesta y grita de retozos llena,
Gozando de sus juegos y primores
La luz de los altivos miradores.

»En medio el real jardín, sobre un collado
De cinamomos y canelas lleno,
A quien las rosas y azahar nevado
Con ménos costa vuelven mas ameno,
Está de verdes mármoles labrado
El imperial alcázar, cuyo seno,
En ricas salas de oro y pedrería,
Eterno guarda y sin morir se el día.

»Yo no sé bien si la caverna ó gruta
Del peñasco Ténaro deshizo
Sus verdes jaspes, y al Quinsay tributa
Con lo que este vistoso alcázar hizo;
Ó de los Bactrianos, en la inculta
Scitia, el pueblo inconstante y movedido
Tiene alguna cantera de esmeraldas
Mayor que el monte Acámáso, en sus faldas;

»O las minas de Copto, que en Egipto
A Tébas dan sus mármoles preciosos,
Dieron á la India el bello circuito
Que dió á este real jardín léjos vistosos;
Todo él cercado en torno de infinito
Aparato de estatuas y colosos,
Bultos, monstruos, figuras y medallas,
Y otras varias grandezas y antigüallas.

»Por cien torres en torno se dilata,
Con chapiteles de oro por cabellos,
Y mil balcones de lucente plata,
Que, heridos del sol, deslumbra el vellos:
Lo de dentro suspende y arrebatá
Con dibujos bellísimos, y en ellos
Llenas las salas, patios, corredores,
De guerras, cazas, fábulas y amores.

»Aquí el gran chino por su gusto tiene,
Cuando la corte deja, su morada;
Aquí á aliviar la grave carga viene
Del cetro de oro y majestad pesada;
Aquí en alegres cazas se entretiene,
Y goza quieta vida regalada;
Y aquí también, entre frescura tanta,
Del Quinsay se crió la bella infanta.

»Ya quince vueltas el autor del día
En las balanzas de oro había ajustado
La clara luz con la tiniebla fría,
Y otras tantas el mundo renovado,
Vistiéndole de flores y alegría,
Después que el quinto círculo dorado
Del cielo hizo en Angélica la bella
El divino retrato dél y della.

»Y estando la una y otra retirada
Deste real bosque en la agradable vida,
Una en correr las liebres ocupada,
Y otra en rendir las fieras divertida,
En el Canfú surgió una gruesa armada;
Y el ruido y temor de su venida
Subió al jardín por la corriente arriba
De un río que al bajo mar Quinsay derriba.

»Zambri, soberbio rey de la Moscana,
Nieto del desdeñoso Radamanto,
A quien Roldán mató, y con su temprana
Muerte heredó su nieto imperio y llanto;
El en que comenzó su edad lozana
Venía en ella á vengar, trayendo cuanto
Poder su reino alcanza, y cuanto encierra
En aparato y máquinas de guerra.

»Quería arrogante, á cuenta de su empresa
Y la vertida sangre de su abuelo,
Por su mujer ganar á la Princesa,
Y de la China el ancho y fértil suelo,
Llegando sobre el parque con tal priesa,
Que ántes que se tuviese de él recelo,
Había allanado ya su fortaleza,
Y preso de las dos la una belleza.

»A Angélica prendió y sus damas todas,
Creyendo que iba la Princesa en ellas,
Con que ya dentro en sus felices bodas
Más que Atlante consigo lleva estrellas;
Y sin temer las tristes tornabodas
Con que la instable diosa hace mellas
En los mas firmes gustos, con su gente
Al mar se hizo, la vuelta del poniente.

» La gallarda Arcángelica, acosada
Del riesgo atroz y asalto repentino,
De su mismo valor estimulada.
Un arnes se vistió de acero fino;
Y no con flaca y femenil espada
La alta defensa de su honor previno;
Mas cual bella amazona se arrebata,
Y con belleza y armas rinde y mata.

» Sola su lanza, sin la humilde gente
Que de encuentro llevó, quitó la vida
Al jayan Madagascar, que en oriente
El brazo fué y la espada mas temida;
Al rey de Gozurat, que la eminente
Luz de los polos tiene por medida
De horizonte; al de Albasia y al de Tibar,
Y al negro y grueso monstruo de Zancibar.

» Siguió el alcance y bella retirada
Del incanto Zambri, libre y dispuesta
De no volver á ver, sino es vengada,
De Mangi los verjeles y floresta;
Y en un navio que rindió embarcada
Entre la flota, que con grita y fiesta
Del victorioso triunfo alza la vela,
Ciega se embarca y tras su agravio vuela.

» Como del Caspio mar en la ancha playa
Hircana tigre, de coraje llena,
Antes que el cazador por piés se vaya,
Los suyos ella estampa en el arena,
Y por el rastro que dejó se ensaya
A vengar el agravio de su pena,
Y á bocados cuanto hay mata y destruye,
Y á seguir vuelve al cazador que huye;

» Así del blando chino la Princesa
Al seguimiento y presto alcance vino
Del que á su dulce madre lleva presa,
Furiosa destrozando en el camino
Por cuanto al de sus golpes se atraviesa,
Y de morir en ellos se hace dino,
Hasta abordar la rica capitana
Del bárbaro Zambri, rey de Moscana.

» Y allí, á pesar de la enemiga gente
Que en el naval ejército venia,
La suya dentro echó, y cual rayo ardiente
Por las contrarias armas discurria.
Mató al rey vano; y la arrogante frente
Donde forjó imprudente fantasía
De ser su esposo, en un gallardo tajo
Del confuso cerebro la echó abajo.

» Y en tanto, en gente y armas abundante
La voz llegó del general socorro
Con fuerza tal, que al campo Radamante
Fusta no quedó entera ni hombre borro,
Ni chino barco que con brio triunfante
Urca vencida no llevase á jorro,
Debiéndose al valor de la Princesa
La honra mayor de la importante empresa.

» Mas, cuando ella en rendir la capitana
Y dar muerte á su rey se detenía,
El principe de Ormuz, que al de Moscana
De general por tierra y mar servía,
Ardiendo en torpe ardor su alma liviana
Por la Angélica reina que traía
Preso á su cargo, con el nuevo espanto
Del muerto sucesor de Radamante,

» En presta zabra con medrosa presa,
A vueltas del sangriento herir confuso,
La reina del Catay, de nuevo presa,
Con lo mas rico del despojo puso;
Y cual presto alcotan que ha hecho presa,
Volando huye por el mar difuso:
Ciego, trocando honor, navios y gente
Por un robado amor, huye al poniente.

» La Princesa, que al triunfo y alegría
Del vencimiento halló lo mas precioso
Que allí en tan nuevo oficio la traía,
Robado del ladron de Ormuz medroso,
Hundir el mundo con furor quieria;
Y de ira ciega, en el bando riguroso,
Sin dejar ni una hasta reservada,
Abrasar manda la enemiga armada.

» Ciento y diez velas que al rigor de Marte
Parecieron sobrar, sin sacar dellas
De enemigos despojos mayor parte
Que las cautivas damas y doncellas,
Barloadas todas, de Vulcano el arte,
En resonantes globos y centellas,
De sus grasientos senos subió en vuelo
Los roncós gritos y la llama al cielo.

» Yo aquella pienso fué la vez primera
Que el aneho mar temieron se abrasara,
Que sus golfos el fuego consumiera,
Y en ceniza su arena se trocara;
Y ardiendo la enemiga armada entera,
La ciega noche oscura volvió clara,
Para que así mejor viesse la fama
Sobre un golfo de mar otro de llama.

» Hecha por la Princesa á su victoria
Esta espantosa y triste luminaria,
En que no quedó rastro ni memoria
De la potencia y presuncion contraria,
Tras el corsario de su honor y gloria,
Que su alma lleva en huida temeraria,
En un navio se arrojó velero,
Más de valor armada que de acero.

» Trájome sola á mi en su compañía
Para el servicio suyo, y dando al viento
Las velas tras el bárbaro que huía,
Vencimos en correr al pensamiento:
Pasámos por el Pilbo y la Zangia,
De isla en isla tomando guia y tiento,
Cruzando en vuelo al cristalino campo
Entre el Japon y el cabo de Liampo.

» Dejámos ambos Liguios á la izquierda,
Y á la diestra la costa de Chincheo,
Dando al camino y la congoja cuerda
Hasta la alta Camboja y el Burneo:
A Gilolo de léjos se me acuerda
Que vimos, y en bellísimo rodeo
Las Malucas vistiendo con sus flores
Los aires de aromáticos olores.

» La bella y rica Quersoneso de oro,
Con su ciudad y reino de Malaca,
En seguimiento del cobarde moro,
De árboles nos mostró su costa opaca;
Y entre la Taprobana y el tesoro
Que por sus costas baña la resaca,
La vuelta dimos sin alguna altura
A la punta y combes de Cincapura.

» De allí el rumbo siguiendo del piloto,
Que á la inquieta Princesa, mal contenta
Del mar presente y circulo remoto
Que haciendo va en su viaje, daba cuenta,
A un descompuerto viento el árbol roto,
Corrimos la ancha costa alharaquenta
De Samatra, ciñendo nuestra frente
De la alta equinocial el cerco ardiente.

» Y á la luz del Canopo, que allí claro
Como un limpio carbunco se les muestra,
El peñasco de Cidara al reparo
De un abrigo quedó, y á la siniestra
El cabo de Naguácar, puerto raro,
Donde aquel día surgió la barca nuestra,
Y halló, entre los que habitan por sus peñas,
Del corsario de Ormuz el rastro y señas.

» Seis dias ántes salió del mismo puerto,
Y nosotros aquel que en él entrámos,
De Mengala cruzando el golfo abierto
Hasta que á la isla de Ceilan llegámos;
Y el promontorio Cori, descubierta
Por Trabáncor, hasta Cochín pasámos,
Y allí, hácia Calicut un bajel vimos,
Que, en lo alto, ser de Persia conocimos.

» Fuimosle aquella tarde dando caza
Con la siguiente noche, y cuando el día
El triste luto al mundo desenlaza,
Que por la muerta luz puesto se habia,
Ya en sus señales claro y en su traza
Ser vimos el de Ormuz, en quien venia
La Angélica beldad sin culpa presa,
Y en su demanda la oriental princesa.

» Con nuevo regocijo y alboroto
Embestimos con él, y al abordallo,
Solo seis caballeros y el piloto
Con las armas vinieron á estorballo:
Quedó rendido y por la jarcia roto
Del encuentro primero, y al entrallo,
Encima vieron del combes, cubierto
De tela de oro, negro un hombre muerto.

» Supimos que de Ormuz el rey Blancarte,
Tras quien se hacia la infeliz jornada,
Era el muerto, y que Angélica su parte
Hizo en dejarse en su prision vengada:
Sobre el cabo de Cori el baluarte
De una florida selva da, abrigada
De los vientos de oriente, una bahia,
Donde el rey fugitivo llegó un dia.

» Quiso, cansado de la mar, bajarse
Al margen de una fuente cristalina
Entre blancos jazmines, que á emboscarse
Por su espesura el mismo olor inclina,
O por entretenerse ó por holgarse
Con la robada diosa de la China,
De quien habia en sus deseos venido,
De una esperanza en otra entretenido.

» Suspenso el día, que pasó volando
En esperar sus reyes á la orilla,
De Ormuz se vió el navio, hasta cuando
Al mar de Goa el claro sol se humilla,
Que, por la temerosa selva entrando,
La fria imágen vieron amarilla
De su imprudente rey, que, en el desierto
Huyéndose, su amor le dejó muerto.

» Créese que en favor de su regazo
Con dulce paz le degolló dormido:
¡Torpe locura! ¡Peligroso lazo!
Fiarse de mujer quien la ha ofendido:
Entraron por la selva un gran pedazo;
Mas cególes el rastro y el sentido
La oscura noche y tierra no sabida,
Y la pena de ver su rey sin vida.

» Así el sordo navio, en llanto amargo,
Degollado mostraba su rey muerto,
Con quien al rico Ormuz, por su descargo,
De luto iba y de lágrimas cubierto;
Y al pasar de Trabáncor el mar largo,
Haciendo escala en su vecino puerto,
De la vengada reina tuvo nueva
Que de sus playas le salvó una cueva.

» Y en un navio para el llano Egitto,
Dando las velas á un terral liviano,
Ya libre se embarcó de su delito,
Si alguno fué matar un rey tirano:
Así con triste y lastimoso grito
Razon de sí nos dió el navio persiano,
A quien la real Princesa libremente
Con su rey muerto le dejó y su gente.

» No le entregó á la tragadora llama,
Como á la flota hizo su enemiga;
Mas reservarlo quiso para fama
Que la venganza de su agravio diga;
Y tras quien le dió el sér, cual tierna gama
Al real piloto manda que prosiga
Su derrota, y en bello circuito
Las Arabias costee, y vuelva á Egitto.

» En la punta de Aden una tormenta
De no menor rigor que la pasada
La nao despedazó en furia violenta
Sobre una roca en agua sepultada;
Y sin que el intratable mar consentia
Por su crespo cristal hacer jornada,
En seis siguientes lunas que así estuvo,
Como en cerrada cárcel nos detuvo.

» Hasta que de la punta del mar Rojo
A dar fuimos por tierra á Alejandria
Por entre rotos mármoles, despojo
Del tiempo en que el gran Cairo florecia:
Con nuevo rastro siempre y nuevo antojo
De la que reina donde nace el dia,
Que de allí, en busca de su amado ausente,
El rumbo habia tomado del poniente.

» Há muchos años que el gentil Medoro,
Ausente de los ojos de su dama,
La dulce risa vuelta triste lloro,
Y desierta dejó su alegre cama:
La causa ni la alcanzo ni la ignoro;
O sea cierto rumor ó incierta fama,
Yo la diré despues; que ahora digo
Que á buscar fué de allí á su caro amigo.

» Diéronle nuevas dél en Tolomita,
Donde se entiende que llegó primero,
Con que el muerto deseo resucita
(Si es mortal el amor que es verdadero):
A la madre tambien la hija imita,
Y en busca de ambos un navio lijero
Al mar arroja, y tras su sangre ardiente
Los graves reinos busca del poniente.

» Arrojónos, en calmas y en tormentas,
De isla en isla rodando y puerto en puerto,
Al mar Carpacio, que es de olas violentas
Un importuno y ciego desconcierto;
Y en el Egeo, tras el playas, sedientas
De Creta vimos, y en el golfo abierto
De Corfú su arenal, por donde un dia
El viento nos echó en Cefalonía.

» Allí por lances y peligros varios
La mar nos despeñó, y allí perdimos
Nuestro bajel, y en otro de corsarios
Que en el puerto hallámos nos metimos.
Andaban en sus robos ordinarios,
De la herviente costa á los arrimos,
Cien piratas á cuenta de un gigante,
Gran capitán de Creta y rey de Jante.

» Era uno destes el navio que digo,
Contra quien dos de la cercana tierra,
Por peligroso y bárbaro enemigo,
En trance entraron de sangrienta guerra,
Donde de la Princesa el brazo amigo
Mostró bien lo que el bravo pecho encierra,
Siendo los aires de su ardiente espada
Nueva tormenta á la enemiga armada.

» Retirólos á golpes insufribles
La bella sucesora de Medoro,
Proezas haciendo y golpes increíbles
En favor del navio de Arcandoro;
Mas hacer bien á bárbaros movibles
Es sembrar por la mar arenas de oro;
Y este, en las sirtes de Africa nacido,
Habia á mudarse en ellas aprendido.

» Vió á la Princesa, hallóse enamorado,
Y en torpe modo y con grosero estilo,
No del todo el combate sosegado,
Corriendo aun sangre de su espada el filo,
Llevando de ignorancia en su cuidado,
Más que en sus siete bocas agua el Nilo,
A recuastarla se atrevió, en el brio
De hallarse humilde dueño de un navio.

» Pasó en donaire el loco atrevimiento
De su beldad la gravedad severa,
Y fué mucho en tan nuevo sentimiento
Guardarse en su sereno rostro entera;
Mas, dando al gusto bárbaro otro viento,
El alma y la intencion mudó primera;
Y el mismo dia que se mostró su amante,
Y ella á darle la vida fué bastante.

» Hallándola dormida, de repente
En la prision estrecha en que venia
Con las fuerzas la puso de su gente,
Y cual me hallaste á mí en su compañía;
Y esto, en compendios, hasta el dia presente
La historia es suya y la desdicha mia,
Y de Angélica hija y de Medoro
La que ausente suspiras y yo adoro.

» Pondráte admiracion que de dos pechos
Tan blandos y amorosos por su parte,
Solo á tiernas batallas de amor hechos,
Sin nombre ni opinion en las de Marte,
Naciese el brazo invicto que, á despechos
Del mundo, así campea su estandarte
En los valientes dél, que con su sombra
Lo mas florido de su rueda asombra.

»Sabrás, oh invicto aliento de la fama,
Que el generoso Artildo, insigne en ciencia,
Padre que fué del mio, y yo la rama
Mas asida á su tronco y descendencia,
Cuando mas niña esta invencible dama,
O á mi á solas ó á ella en mi presencia,
Mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,
Que ahora las veo, y ántes las dudaba.

»Decia tambien que su animoso pecho,
Donde aun á la materia vence el arte,
No era todo de humana masa hecho;
Que tenia de divino una gran parte;
Que de los dioses uno, en nudo estrecho
De amor paterno, á su ánimo reparte
Su natural furor, y el caso todo
Pasó, segun Artildo, en este modo:

»Dicen que Marte, en condicion severo,
Ya en otro tiempo fué de amor vencido,
Sin que las armas de templado acero
Defenderle pudiesen de Cupido;
Y aunque el suceso es grave, es verdadero,
Que el cielo lo confiesa, y él, rendido
En las sutiles redes de su lecho,
Da por probado el adulterio hecho.

»Vulcano, en ciegos nudos de oro atados,
A su esposa y á él los halló un dia,
Y aunque en sus lazos presos, mas ligados
Del lazo en que su hijo los tenia:
Bajó los graves dioses convidados
A la gran presa que cazado habia:
Dios hubo que tuviera á dicha buena
Trocar su libertad por tal cadena.

»El sol lo descubrió; cosa notoria
Fué por el mundo su amoroso cuento:
Más envidiosos hubo de su gloria,
Que dudosos habrá de lo que cuento:
Ólvídense la afrenta en su memoria,
Aunque no la ocasion de su contento,
Trocando el freno del primer recato
En desenvuelto y descubierto trato.

»Sobre la playa y secos arenales
Que al mar Carpacio enfrenan la braveza,
Y á pesar de las ondas inmortales,
Siria levanta al cielo su cabeza;
Hecha de rica pasta de metales,
La antigua Chipre está, cuya belleza
Aumenta el monte Acámaso, y sus faldas
Llenas de ricas minas de esmeraldas.

»Aquí sobre su concha cristalina
Vénus del mar salió la vez primera,
De la espumosa lluvia y sangre fina
Que sudó al mundo la estrellada esfera:
Aquí tiene su altar y su cortina,
Y en él su habitacion mas verdadera;
Y al fin, aquí, como á su propio imperio,
Se retiró despues del adulterio.

»Un dia que el dios sangriento á recrearse
Al claustro vino de su alegre dama
(Si á la fama algun crédito ha de darse;
Que estos son propios cuentos de la fama),
Cupido comenzó á vanagloriarse
De los varios efectos de su llama:
—¿Qué dios, qué hombre, qué fera se ha librado
Deste arco duro y de su arpon dorado?

»Júpiter quiero que me sea testigo,
Pues Marte con mi madre está ocupado;
Si el rubio Apolo usó un desden conmigo,
Hable el laurel si me dejó vengado;
Mercurio y Baco, mi mayor amigo,
El frio Neptuno y Radamanto airado
Dirán si desde el cielo al bajo infierno
Hay pecho libre deste brazo tierno.

»No sé qué medio ninfa ó medio estrella,
Ocupada en seguir el monte y caza,
Se alaba de que está de mi centella
Su alma libre, y sin rendir su plaza:
Mujer lozana, cazadora y bella,
Y sin sentir el lazo con que enlaza,
Es burla; que en la red mas olvidada
La que piensa cazar queda cazada.

»De los dioses ninguno se ha librado;
Los hombres mal pudieran defenderse;
Al rústico pastor tras el ganado
¿Quién no gusta de verlo entretenerse,
Proponer en ausencia su cuidado,
Y en presencia temblando retraerse?
Una vez arrogante, otra se humilla
Al brio de su lozana pastorcilla.

»Son varios los efectos y pasiones
Que en corazones causo descuidados,
Conforme á las diversas ocasiones
En que los hallo y tengo encadenados:
Quien quisiere salir de mis prisiones
Y romper sus fortisimos candados,
Rompa ocasiones, atará deseos;
Que los demas atajos son rodeos.

»Gusto de ver llorar uno, en ausencia,
La fuerza que le hace su cuidado;
Otro en celos, perdida la paciencia,
Por lo que él en su cama ha fabricado;
A otro en medio los gustos de presencia
Un antojo le doy, que es ya olvidado,
Con que, viendo lo mismo que via ántes,
A los enanos juzga por gigantes.

»En estos entremeses divertido,
Mi ociosa paso y descuidada vida,
De esperanzas y engaños mantenido,
Y sobornado de alegría fingida:
Traeme en sus ojos ahora entretenido
Una reina adorada y perseguida,
Que en el mundo es escándalo y centella,
Y en el Catay Angélica la bella.

»Es tanta su beldad, tanta su fama,
Que quisiera, por verla, no ser ciego,
Aunque fuera la yesca de mi llama,
Con tal que se encendiera de su fuego:
No vi su rostro, mas urdí la trama
Que á mil sirvió de muerte, á mi de juego;
Y su real brio, á quien faltó segundo,
De tropezon universal al mundo.

»¿Qué valor hubo en él digno de cuenta
Que no escandalizase su hermosura?
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,
Qué empresa, qué batalla, qué aventura,
Qué pecho libre, qué alma tan exenta,
Que presa no pusiese en cárcel dura?
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,
Que si los suyos vió no esté cautivo?

»De reyes y de principes servida,
¿Qué cetro le negó su vasallaje?
Uno el juicio pierde, otro la vida,
Otro el reino, otro el nombre, otro el linaje;
Hasta que vió á Medoro, y del rendida,
Trocó un mundo de reyes por un paje:
Si la agravíe, será disculpa mia
Que, ciego, no miré lo que escogia.—

»Así braveando está el niño arrogante
Mientras que á tientos un arco nuevo encuerra,
Gustando Vénus y su altivo amante
Del blasonar y del poner la cuerda:
Marte, oyendo la fama resonante
De la oriental belleza, con la izquierda
Dicen que, sin ver cómo, fué herido,
A excusa de su madre, de Cupido.

»Dióle en el alma ociosa con destreza;
Que es el amor sutil en demasia:
Ya el tesoro de Vénus es pobreza,
El sol tinieblas, y la noche dia:
Trueca inmortal por la mortal belleza,
Y una diosa á una dama preferia;
Pero no hay que admirarse destes juegos:
Que en casa del amor todos son ciegos.

»Las duras armas de bruñido acero
En el templo de amor deja colgadas,
Y tierno amante, de soldado fiero,
A su entonado pide alas prestadas;
Que, aunque es un pensamiento en ser lijero,
Antojos nuevos son glorias pesadas;
Que, aunque en sus hombros Icaros los lleven,
Parece en el volar que no se mueven.

» Del frío Geta en el helado clima
Ocioso deja el carro en sangre tinto,
Y en la guerrera Tracia airado arrima
Del corvo alfanje el tachonado cinto;
De su cruel rayo la espantosa grima
Que al mundo baja en resplandor distinto,
La frente limpia con que el aire empeece,
Y en sangrientas vislumbres resplandece.

» Deja el grabado arnes, cuya acerada
Máquina su abrasado cielo oprime,
Y la nublosa clava reforzada,
Que el polo con su grave peso gime;
Del corvo escudo y la tajante espada
Las turbias luces que espantosa esgrime,
Con que la Libia enciende, abraza á España,
Y al sol los claros rayos de oro empaña.

» Deja al fin el potente dios terrible
Del acero el estruendo resonante;
Deja el ceño espantoso y vista horrible,
A una sombra fantasma semejante;
Volviendo blando amor, si esto es posible,
Aquel su fiero y áspero semblante;
Más ¿qué digo un semblante solo fiero?
Un pecho, un alma, un dios todo de acero.

» Sale volando, y de un alegre viento
Una nube formó resplandeciente,
Parecida á su nuevo pensamiento
En lo hermoso, vano y transparente;
Y en buscar la ocasion de su contento,
Presto, ansioso, colérico, impaciente,
A un cabo y otro busca por la tierra
La que ha de poner paces en su guerra.

» Los ojos tiende por el bajo suelo
De diversas naciones ocupado;
A Europa mira y su benigno cielo,
Su rico asiento, su vivir templado;
La fértil Libia, que con seco vuelo
Sus blancas costas lleva al diestro lado
Con las sirtes sin tez, á quien da cama
El mar, que en medio dellas se derrama.

» Deja á la izquierda el norte y sus alturas
De un inmortal invierno acompañadas,
Y á sus verdes espaldas las llanuras
Del Ponto y sus arenas escarchadas;
Del frío Tánaís las costas mal seguras,
De bárbaras naciones cultivadas,
Y del vecino Cólcos el tesoro,
Si aun dura entero el vellocino de oro.

» Mira el boreal Zarambe peñasco,
Cercado de arrecifes inhumanos,
La antigua Troya y su Ilión famoso,
Sepulcro ya de griegos y troyanos;
El Sigeo, peñasco peligroso,
El Proponto, los Bósforos cercanos,
Con los que guardan las reteas almenas,
De mil tragedias dolorosas llenas.

» A Zaistro y sus aguas espejadas,
Que al son de blancos cisnes las despeña
Meandro de riberas marañadas,
Que de seguir un curso se desdeña;
Y del río Pactolo las doradas
Ondas, con que en ruido alegre enseña
Que no hay bien ni favor más sin provecho
Que la riqueza en avariento pecho.

» Del monte Ida la cumbre levantada,
Y el bosque donde París dió el juicio
Sobre la competencia celebrada
Que al mundo su furor sacó de quicio:
Aquí Marte con alma enamorada
Dicen que dijo: —Tengo por indicio
Que á Venus se dió allí el premio de hermosa,
Porque antes no nació mi nueva diosa.—

» De allí mira el gran templo de Cibéles,
Su inútil gusto y vana hipocresía,
Sus sacerdotes bárbaros, infieles,
De triste complexion y sangre fría;
Los Zalibes incultos y crueles,
Ricos del oro que su asiento cria,
Y el río Halis y su curso avieso,
Famoso por el hado del rey Cresos.

» Mira tambien al Iris caudaloso
Cómo su cristalino curso espacia,
Y el bravo Termodonte sonoroso,
Fines de Capadocia y de Farnacia;
El altísimo Latmo peñascoso,
Que á Endimion vió dormido en tanta gracia,
Que la luna bajó á guardalle el sueño
Y á gozar los amores de su dueño.

» Sobre la costa del Carpacio mira
La alta Cilicia con su monte Tmolo,
Donde el dios Pan tocó su ronca lira
En competencia del dorado Apolo;
Y el Tauro, que su cumbre en torno gira,
Y de la nieve de un collado, solo
Cidno por sus vertientes se dilata
Con limpias ondas de bruñida plata.

» Del Caspio mar las playas espumosas
Mira, y sus arrecifes espantables,
Cercados de naciones belicosas,
Gentes bárbaras, fieras, intratables;
Las hiperbóreas cumbres monstruosas
De vertientes y campos saludables,
Y á los que dan sus selvas acogida
En sabrosa quietud y larga vida.

» Mira entre los Cerámicos y Hipicos
Las libres amazonas sin varones,
Gente traída al mundo por indicios,
Más que por verdaderas relaciones:
Los que habitan del Cáucaso los quicios
Y cultivan sus fértiles terrones,
Al pié del risco altísimo y nevado
A que está el sabio Prometeo ligado.

» Los Scitas sin república formada,
Sus ásperos desiertos conservando,
A quien de Bátros la corriente helada
Va con prolija vuelta rodeando;
Mira al austro en altura mas templada
Irse las dos Armenias dilatando,
Y sobre sus collados espaciosos
A Nifates y Tigris caudalosos.

» Mira cual nacen de unas mismas fuentes
El Eufrates y Aráxes sonoroso,
Que por despeñaderos diferentes
El mar buscan en curso impetuoso;
Este al Hircano lleva sus crecientes,
Y aquel al seno Pérsico famoso,
Haciendo rica y fértil, de pasada,
La gran Mesopotamia celebrada.

» Cansado de mirar tantas regiones,
Sin ver en ellas la que va buscando,
Los ojos vuelve, y mira los rincones
Del celestial incendio humeando;
Las negras etiópicas naciones,
Y el mar sobre sus costas reventando,
Y el Nilo, si por dicha tiene fuente,
Entonces al dios Marte fué patente.

» Por Egipto y Arabia entremetida
Vió del mar Rojo la delgada punta,
Que, aunque de playas ásperas ceñida,
Casi al Mediterráneo mar se junta;
Y allí, de blancos nácares tejida,
La rica Tilos, donde amor barrunta
Que fuéron los primeros minerales
De las preciosas perlas orientales.

» Mira la carcomida sepultura
Del rey Eritrio sobre Ogiris puesta,
Y de la Siria la áspera llanura,
Toda á la sombra de su nube opuesta;
De Palestina adora la ventura
Que á todo el mundo la hizo manifiesta,
Por haber muerto en ella un Dios, que ahora
Vivo y glorioso el Cristianismo adora.

» De Jope mira el muro envejecido
Que nació al mundo en su primer verano,
Y de Sodoma el campo convertido
En lago infame, y á la diestra mano
El noble río Jordan, fresco y florido,
Y de Samaria el pedregoso llano,
Los fértiles palmares de Idumea
Y la encumbrada y alta Galilea.

»Mira hácia el sur las Návratras regiones,
Y en ellas las Arabias incluídas,
La Petrea y sus estériles mojonas,
Y el Sinai, de selvas escogidas,
Donde fuéron por Dios las peticiones
De un profeta escuchadas y admitidas,
Y con estilo y nota verdadera
Al mundo se escribió la ley primera.

»De la desierta Arabia los mudables
Collados mira y su abrasada arena;
La Feliz y sus campos saludables,
De rica mirra y cinamomo llena;
De Pancaya las selvas admirables,
Que al mundo sudan, en copiosa vena,
El incienso y el bálsamo oloroso,
Del saludable cielo don precioso.

»Mira en sus arboledas deleitosas
La fénix de dorada plumería,
Que en solo aquellas selvas venturosas
Y sus montañas se sustenta y cria;
Allí entre frescas yerbas olorosas
Vive sin otro amor ni compañía,
Y cuando la vejez tras sí la lleva
El fuego la consume y la renueva.

»Prosigue, y mira en su lijero vuelo,
Entre el Tigris y Eufrates abreviada,
La fértil tierra que parió en el suelo
La confusion de lenguas marañada;
La torre que pensó escalar el cielo,
Su ciudad de jardines coronada,
Y Ninive, en un tiempo tan temida,
Ya por los duros scitas destruída.

»Los belicosos caspios, cuyas flechas
Las caspias puertas guardan poderosas,
Por un milagro de natura hechas,
Entrada á mil naciones monstruosas;
Los que de Media labran las estrechas
Yugadas y sus playas arenosas,
Y los que hácia el persiano señorío
A Parcoato beben el rocío.

»Los caducios, que en riscos escondidos,
Estrechos labran y avarientos llanos,
Y los de Gorgiana mas tendidos,
De trato y condicion ménos humanos;
De Hércules los altares encendidos,
Que aun lumean incienso de sus manos,
Y de Persia las fértiles llanadas,
Todas de ásperas cumbres rodeadas.

»La Partia con su gente aborrecible,
Del furor de los godos desterrada,
Sin lealtad y sin fe, cruel, movable,
A guerra y sediciones inclinada;
Y los que de la Hircania la invencible
Tierra, de inculta, hacen cultivada,
Y en medio sus altísimos pinares
Lijeros tigres cazan á millares.

»Las dos Carmanias, ambas montuosas,
Mira, y la belicosa Cedrosia,
Los collados y selvas espantosas
De la estéril y helada Aracosia;
De Arbitos las vertientes caudalosas,
Y las aguas que al Indo claro envía,
Y los paraonisos belicosos,
En todo, y no en olivas, abundosos.

»Deja ya atrás del Indo las riberas,
Y el monte Imavo á la derecha mano,
Y sobre las sardónicas laderas
Cual rayo va cortando el aire vano;
Descubre el Gángé entre naciones fieras,
Que, con dorada arena y curso llano
Rompiendo los collados orientales,
Del mar busca los secos arenales.

»Mira el gran muro y raya que divide
Del scita inculto el regalado China,
Y dentro della el reino en que preside
La luz que sus deseos encamina;
Los campos, bosques y los montes mide,
Y con cuidado y prevencion divina
Vuelve y revuelve, y con la vista atenta
Hasta las ramas de las selvas cuenta.

»Descubre entre arboledas y espesuras
Ciudades, pueblos, torres almenadas,
De huertas, de jardines, de frescuras
Bastecidas, compuestas y adornadas;
Con chapiteles de oro las alturas
De las suntuosas puertas coronadas,
Y las murallas que la vista goza
De alegre pasta azul, de fina loza.

»El oro mira que en las ricas venas
De la avarienta tierra está perdido,
Minas de pedrería y plata llenas,
Tesoro á ojos mortales escondido:
—;Tierras dichosas, fértiles y amenas
(Dijo Marte en su vista divertido),
Hoy me ha bajado amor del quinto cielo
A verme pobre en vuestro rico suelo!—

»Mira el alcázar y el palacio ufano
Que la belleza Angélica encubria,
Y ante la puerta real un fresco llano,
Donde, en concurso y tropa de alegría,
La ilustre gente y pueblo cortesano
Con gallardas libreas discurría,
De campo y montería los ropajes,
Con varios y fantásticos plumajes.

»Los perros con sus saltos placenteros
De alegría llenan el florido llano,
Los sacres y falcones altaneros
Ya, de placer, se arrojan de la mano:
Los caballos feroces, bravos, fieros
Los frenos muerden con braveza en vano,
Nevando el campo con la blanca espuma,
Que entre las manos hacen se consume.

»Mil géneros de perros enseñados
Todos á un fin, pero de mil maneras,
Cuáles tras los prestísimos venados,
Diestros en abreviarles las carreras,
Cuáles lijeros, cuáles mas pesados,
Cuáles para aves, cuáles para fieras,
Con galgos, con sabuesos, con vutores,
Prestos jinetes, diestros corredores.

»Destos diversos ejercicios llena
De lo alto mira Marte la ancha plaza;
Conoce la causa de su pena,
Sin acordarse della, sale á caza;
Y dice, contemplando la cadena
En que el tirano amor su gloria enlaza:
—; Hermosa cazadora de Cupido,
Ya un dios entre tus redes ha caído!—

»Asoma en esto á la grabada puerta,
Vistiendo el verde falda de alegría,
De perlas, oro y pedrería cubierta,
Cuanta belleza el mundo conocía:
Dejó una nueva gloria descubierta
Suave el viento y apacible el día,
Reconociendo á hermosura tanta
Vasallaje del sol la lumbre santa.

»De tela de oro en rozagante vuelo
Pendía la grave falda de brocado,
Con cuanta pedrería al rico suelo
De oriente da y tributa el sol dorado;
En luces de diamantes dando el cielo
De su beldad al mundo retratado,
Donde, en cualquier desden que andando hacia,
Arderse en rubias llamas parecía.

»De la color del día sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas,
Y amaneciendo un cielo dellas y ellos,
Aun se ven en sus ojos dos estrellas,
Que al alma que las mira, en rayos bellos,
Del pedernal de amor envían centellas;
Los labios de un rubí, la boca enana
De un limpio aljófár engastado en grana.

»Cual suele en el rosado y fresco oriente,
Dando principios de oro al nuevo día,
La clara aurora con serena frente
Barrer del mundo la tiniebla fría,
A la cansada soñolienta gente
Perlas lloviendo, rosas y alegría;
Tal la Reina salió, y del mismo modo
Su vista lo vistió de placer todo.

» Quedó Marte confuso, y su cuidado
Entre esperanza y miedo divertido,
De tanta hermosura deslumbrado,
Y de su misma pretensión corrido;
El día sereno, el viento sosegado,
De una templada nube el sol vestido,
Dicen que el dios, de celos, lo hacia
Porque no viese Apolo lo que él via.

» Sobre fogosa y blanca hacanea,
De vistosos lunares remendada,
Pequeña, recogida, y que pasea
Debajo el blando freno concertada,
Con toda la beldad que por librea
De la suya dió el cielo retratada,
Angélica salió, y salió tras ella
El día, que cobra su hermosura en vella.

» Aquel dichoso y regalado moro,
Hijo de amor, nacido en Tolomita,
Que en ojos negros y en cabello de oro
Un tierno humano serafín imita:
El rey chino, el bellissimo Medoro,
Cuya acabada perfeccion limita
Que el poder natural pase adelante
A estampa mas perfecta y elegante;

» Este en traje galan y hábito suelto,
De azul y plata á lo español vestido,
En oro, perlas y en olor envuelto,
El triunfo del amor sacó cumplido.
Sobre un frison gallardo y desenvuelto,
Despedazando el freno desabrido,
De cuerpo, talle y condicion perfeto,
Feroz, bravo, brioso é inquieto.

» Un rico manto por los hombros puesto
De la mas fina púrpura de Tiro,
A quien mezclados dan soberbio peso
Las perlas, el diamante y el zafiro,
Con una ancha cenefa de oro grueso,
Que alegre muestra en rozagante giro
El gran cerco de estrellas, por quien guia
La luz que arrastra tras su carro el dia.

» Cual águila réal que de lo alto
La deseada caza considera,
Con gozo, con temor, con sobresalto
Revuela, sube, baja, vuela, espera,
Y codiciosa de acertar el salto,
Cercando va la descuidada fiera,
Aguardando sazón y coyuntura
De mas descuido y parte mas segura;

» Tal el soberbio Marte iba volando
Entre torreadas nubes escondido,
Al sol los rayos de oro deslumbrando,
De otros mas poderosos encendido,
Nuevas trazas y modos fabricando
De ver su gusto y su deseo cumplido:
Llegan al monte entre una y otra traza,
Y dan principio á la famosa caza.

» Libres de las pigüelas, mil azores
A arrojar se comienzan de la mano,
Los diestros agudisimos ventores
A henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano:
Sigue este, alcanza aquel, el otro incita;
Crece la caza, el alboroto y grita.

» Entre el tropel, ruido y barahunda,
De ciervos una tímida manada
Hizo que el campo alegre se confunda
Tras el lance y la presa deseada,
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y por el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra y vuele sin concierto.

» Siguen aquello que se les antoja
Con grita, voces, con furor y estruendo;
Uno vuela, otro pica, otro se arroja,
Otros — aparta, aparta —, van diciendo:
— Ataja, ataja, — a queste; el otro — afloja,
Barausta, rompe, salta, vuela huyendo.
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica —:
La grita y confusion se multiplica,

» Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido, sin ver cómo, en la espesura;
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura:
Este se apea cansado, aquel desvuelve
Tras un tigre la selva mal segura;
Gamos, liebres, leones y venados
Heridos, presos, muertos y atajados.

» Medoro, ó fuese fuerza ó fuese acaso,
Salió contra un lijero ciervo herido,
Que aquel dios liberal, ó el tiempo escaso,
Le ofreció por llevarle divertido:
Queda Angélica sola y llano el paso
A cuanto el nuevo Marte ha pretendido;
Nuevo, porque era nuevo enamorado,
Y el amante no es mas que su cuidado.

» Alteróse la tarde al grueso aliento
Que exhaló Marte de su nube oscura;
Brama el confuso bosque, brama el viento,
De hojas desentoldando la espesura:
Rásgase el enlutado firmamento,
En humo y fuego vuelta su hermosura;
Agua, tormenta, rayos y granizo
La alegre caza y su placer deshizo.

» Tráenles los cielos, ya de luto envueltos,
La noche sin sazón en medio el día,
Y ellos, en agua y confusion revueltos,
Cada cual sigue por su incierta via:
Volaban los caballos desenvueltos,
Pero mas la tormenta que traía
La oscura nube en sus hinchados senos,
De ardientes rayos y confusos truenos.

» Gusta Marte de verlos anegados,
Su alegre fiesta en aire convertida:
Tales son los contentos mas fundados;
Todo tiene su fin en esta vida.
La dama por quien son estos nubladros
En una cueva se quedó escondida:
Segura estoy que Marte sepa adónde;
Que á los ojos de Dios nada se esconde.

» Entre un horrible y espantoso trueno,
De ardientes rayos y de luz vestido,
De gozo, espanto y de contento lleno,
Marte bajó en Medoro convertido;
Y al tocar su furor el valle ameno,
Tembló el gran mundo, de su pié oprimido;
Pero la majestad en esto cesa,
Que ella y amor no comen á una mesa.

» De aquel ayuntamiento milagroso
Esta beldad nació gallarda y brava
(Si no es del todo vano y fabuloso
Lo que mi sabio abuelo nos contaba):
Perdióse en esta caza el rey hermoso;
O sea que el dios que la honra le quitaba,
Con ella le quitó tambien la vida,
Entre medrosos celos consumida,

» O sea otra oculta causa, no hay del suelo
Quien no esté del secreto deslumbrado:
Solo de la Princesa el sabio abuelo,
Por sus mágicas artes informado,
Alcanzó que la luz del quinto cielo
Es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,
Y de Artildo el saber, que en mi memoria,
Como la he dicho aquí, puso esta historia.»

Así en la gruta la japona bella
La razón á Bernardo da cumplida
De su ausente afición, y al fenecella,
De un blando sueño se quedó vencida;
Y él, ocupada el alma en entendella,
Con tantas novedades divertida,
De la que el tierno amor hizo su dueño,
Hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.

Parécele sentir, ó se le antoja,
Rumor de gente dentro de la cueva,
O sea el pensamiento ó su congoja,
O el blando viento que las hojas mueva:
En pié se pone, y con la limpia hoja
De la vaina desnuda, atenta y prueba
A entrar con lentos pasos sin ruido,
Al tiento de las señas del oído.

Fué al parecer bajando largo trecho,
 Cuando dentro se halló de una ancha sala,
 De un medio globo de cristal el techo,
 Obrado todo de artificio y gala:
 El suelo de alabastro y jaspes hecho,
 A quien ningun primor humano iguala,
 Dos bellas puertas en el muro externo,
 La una de marfil, la otra de cuerno.

En cada cual sobre una silla de oro
 Sentada una hermosa dama habia;
 La de la diestra mano, en su decoro,
 Un cielo de virtudes parecia,
 Con una poma que el mortal tesoro
 Del mundo en su respeto humilde hacia,
 Labrada en un carbunco que enviaba
 La luz que aquellas cuevas alumbraba.

Estaba la otra á la segunda puerta
 Con una taza de oro en las dos manos,
 En una bella máscara encubierta
 De lascivo mirar y ojos livianos:
 De perlas toda y pedrería cubierta,
 De lustre, tez y resplandores vanos,
 Por trono altivo un pobre cadahalso
 De falsas piedras hecho y de oro falso.

Y de la sala en un rincon profundo
 Abrirse un ciego pozo parecia,
 Por donde de hombres nuevos en el mundo,
 Como de hormigas, un monton salia:
 Asi en Tébas se vió el campo fecundo
 Que un tiempo armadas gentes producía,
 Cuando de Actéon el prudente abuelo
 De serpentinicos dientes sembró el suelo.

Mas si era admiración la nueva fuente
 Que hombres en abundante vena cria,
 Mayor espanto daba la corriente
 Dellos que al trono de oropel subia
 A beber de la taza el mosto ardiente,
 Con que la enmascarada diosa hacia
 Un brindis, de venenos exprimido,
 Al incauto escuadron recién nacido.

Jamas de tantas olas asaltadas
 Vió el mar del Sur sus carcomidas rocas,
 Ni á las vadosas sirtes sobre aguadas
 Mas arenas cñieron y mas focas,
 Ni por el fresco abril mas apiñadas
 Aves de Africa á España vuelven locas
 A cantar los agravios de Tereo,
 O á Tracia á oír la música de Orfeo,

Que al sitial van llegando de oro injusto
 Gentes de todas marcas y figuras,
 De las que el hondo pozo, en brio robusto,
 Escupe de sus cárceles oscuras:
 (¡Extraño caso!) que en tocando al gusto
 Del venenoso jugo las dulzuras,
 Todos en fieras se iban convirtiendo
 De espantable figura y bulto horrendo.

Quién en leon, en tigre, en oso, en pardo,
 En cocodrilo, en topo, en sierpe, en oso;
 Quién en feo avestruz, quién en gallardo
 Pavon, quién en cabron, quién en raposo.
 Uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,
 Otro en torpe jumento perezoso,
 Y en otras espantosas formas fieras
 De esfinges, hidras, scilas y quimeras.

Así de Circe el encantado vaso
 Un tiempo á Italia dió animales nuevos,
 Cuando á pisar las playas del ocaso
 De Grecia trajo Ulises cien mancebos,
 A quien, en cuerpo horrible y bulto escaso,
 El Lacio, entre sus flores y renuevos,
 Brutos establos dió y albergue inmundo,
 Para escarmiento y confusion del mundo.

Mas sin que nadie en el ajeno daño
 Del suyo halle sospechas, todos juntos,
 Tras el goloso vino del engaño,
 Ciegos renuncian del honor los puntos;
 Y hechos en nueva forma y traje extraño
 De horribles monstruos ya nuevos trasuntos,
 En Troa salen por la ebúrnea puerta
 De un fresco viento á la campaña abierta.

Cual ó cual de aquel número confuso,
 Más que por eleccion por su ventura,
 De la trulla saliendo y del abuso
 Del vulgacho sin fe, ley ni cordura,
 A la otra puerta, donde el cielo puso
 De virtud un crisol y beldad pura,
 Por las gradas subía del estrado
 De ricas perlas y de luz sembrado.

Y la diosa gentil que allí alumbraba,
 De ardiente caridad y amor vestida,
 Al venturoso monstruo que llegaba
 Volvia la forma y la salud perdida;
 Y del lumbroso globo que manaba
 La luz que daba claridad y vida,
 Sacando al rayo una sutil centella,
 Hacia milagros y finezas della.

Los ántes torpes monstruos y quimeras
 Hombres los vuelve ya la luz divina;
 El contrahecho bulto y sér de fieras
 En nueva humana forma y seso inclina;
 Y no con las demas sombras lijeras
 La aparente beldad desencamina
 Su curso; mas por puerta diferente
 La senda hurta á la engañosa gente.

Quedó admirado el principe de España
 De tan extraño y necio encantamento:
 Parécete que duerme, y le maraña
 Algun confuso humor el pensamiento,
 O que con sombras otra vez le engaña
 De la sutil Alcina el hueco viento;
 Que truecos de tan grandes novedades
 No pueden suceder ni ser verdades.

Y en este discurrir de fantasia
 Suspenso estaba y divertido acaso,
 Deseoso de saber qué se hacia
 La caterva de monstruos de aquel vaso,
 A qué fin tales formas les vestia,
 O adónde van con su imprudente paso;
 Cuando la diosa de la poma de oro
 Asi le dijo en razonar sonoro:

«No temas, oh invictísimo guerrero,
 Honra de la española monarquía;
 Que en feliz paso y venturoso agüero,
 Te trajo el tiempo á la presencia mia:
 La diosa Témis, norte verdadero
 Del mundo, soy, y la segura guía
 Que con prudencia reglo el mortal gusto
 Para saber pedir y amar lo justo.

»Del cielo y de la tierra fui engendrada,
 Y por bien de mi madre quedé en ella
 En guarda de la luz, que aquí encerrada,
 Cual ves, conservo en esta poma bella:
 Del que asombra en el Cáucaso robada
 De un rayo fué de la mayor estrella,
 Para dar vida y almas celestiales
 A hombres de barro y bultos materiales.

»Fui en otro tiempo oráculo del mundo;
 Mas ya mi casa y templo está olvidado,
 Y yo, huyendo dél, á lo profundo
 Desta gruta su altar he retirado;
 Y aquí encerrada, desde aquí confundo
 Con mi presencia el vulgo desgraciado
 Y el ignorante enjambre; que estas cuevas
 Y aquella taza dan figuras nuevas.

»Ni creas que es burla y vano fingimiento
 Lo que en estos desvanes aparece,
 Ciego y sombrío rincon del aposento
 En que el bado sus suertes establece;
 Que aquí las leyes traza y el aumento
 Con que allá el mundo se gobierna y crece:
 Esos truecos que ves de hombres en fieras,
 Aquí son sombras, mas allá son véras.

»En la luz sola desta poma rica
 La discrecion del mundo está en un cerro;
 Que ella por si no es nada, y si se aplica
 Al seso humano lo hace verdadero:
 El cielo al suelo dió, de su botica,
 Desta ambrosia un adarme, y casi entero
 Se está aquí sin tocar; que al gran rebaño
 Todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

» Advierte en esas olas y crecientes,
Manantiales de la vida humana,
Cómo las avenidas de sus gentes
A parar van á aquella dama ufana,
Que en monstruos los convierte diferentes
Con darles en su taza cortesana
De ignorancia y de engaño una bebida,
Que dura su embriaguez lo que la vida.

» Y así impacientes salen de sus manos
A otros nuevos caminos mas aviesos,
Torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
De desvarios llenos y de excesos:
Cuál y cuál, por gran dicha, quedan sanos
Con la luz de mi rica poma, y esos
Por estas cuestas suben mal trilladas,
Siguiendo de los ménos las pisadas.

» Tú seguiras tambien ese camino,
Pues ya el cielo te hizo de mi bando,
Y ahora de nuevo ese licor divino
Te irá por donde fueres alumbrando.»
Dijo; y como un aljófar cristalino,
Encendido en la luz de un fuego blando,
Un claro rayo le arrojó á la frente,
Mas que el bello del sol resplandeciente.

Y como con el alba el día vistoso,
Así quedó de luz acompañado,
Saliendo por la puerta deseoso
De ver lo que allí esconde y guarda el hado:
De un fresco valle el campo deleitoso
De admirables tragedias vió ocupado...
Mas vuelvo al conde Orlando, que dormía
Sobre las flores, y es ya entrado el día.

ALEGORÍA.

En el templo arruinado de la diosa Témis, que lo es de la sabiduría y discreción humana, se muestra cuán caídas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcangélica, hecha valerosa amazona, se descubre cuán hermoso es el apetito de la venganza en sus principios, y cómo se enamora dél el brazo poderoso que la puede poner en ejecución; y cómo sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Témis significa que la prudencia humana no es mas que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio; y en el enamorarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuán poderosa es la sensualidad en los que no hayen las ocasiones.

LIBRO DECIMOQUINTO.

ARGUMENTO.

Encuentra Orlando á Garilo sobre su caballo; vále siguiendo hasta un castillo, donde se le hace fuerte. Quiere el frances ponerle fuego, y el catalan se lo estorba con un nuevo engaño. Al fin entra dentro y cobra sus armas. Garilo se le huye y esconde en la tienda de un alquimista, que le cuenta la sutil novela del engaño, y Garilo despues roba al alquimista el famoso anillo de Angélica la bella. Malgesi levanta con sus conjuros su navio volando por el viento, llevando dentro de él á Reynaldos, Morgante y Orimandro, á los cuales en un admirable discurso va mostrando toda la hermosura de Europa.

¡Oh nuevo y dulce sueño! Oh claro indicio
De la armonía que el autor del cielo
En el humano célebre edificio
Por imágen trazó de su modelo!
La gran suma de cosas que al oficio
Del pensamiento dan ayuda y vuelo,
Aquel no sosegar con su armonía
El reloj de la libre fantasía:

Aquella interior luz que, repartida
En espiritus libres, arde y vuela
Por el célebre, casa de la vida,
En inmortal cuidado y centinea;
La humedad en sus celdas recogida,
Que secretos altísimos revela;
La razón, la memoria, el movimiento
Del inquieto y libre pensamiento:

Buscando de reposo un breve rato,
El dulce sueño hallé, y ahora fuese
La masa de grandezas que aquí trato,
Que al silencio del alma se atreviese,
Ó de la diosa Témis el retrato
Que acabé de pintar, se revolviere
De mi ceñida frente en las cavernas,
De especies llenas y humedades tiernas:

Sea, al fin, sueño, antojo ó fantasía,
En aquel breve rato de reposo
Que el silencio por suyo me tenía
En agüero feliz y hado dichoso,
Una beldad que, como el sol al día,
Alumbra al mundo, sobre un carro hermoso,
Vi de pomposos grifos, que en sonoro
Aliento gimen en sus yugos de oro.

Y á un altivo collado en que me hallaba
Cogiendo á tienta de sus faldas flores,
Ella, que por las nubes volteaba
Su carroza y caballos voladores,
Las riendas de oro que en su furia brava
Templar snelen del curso los furores;
A mí las vuelve, y «salve el cielo, dijo,
Los nobles pensamientos de tal hijo.

» ¡Oh cómo se gastó del primer mundo
El ansia de saber, quedando hecho
Teatro de ignorantes el segundo,
Sin gusto en él ni antojo de provecho!
¿Quién sabe de su alma en lo profundo
Amar á la virtud? Quién tiene el pecho
No lleno de altivez y vanidades,
Mas de hambrienta codicia de verdades?

» Quién no deja llevarse al vuelo extraño
De una ambición que el ánimo embriaga,
Y vuelto en el sentido, y el tamaño
Coloso hasta su mismo sér se traga?
¿A quién de la avaricia el corto paño
Con humildes propósitos no estraga,
Sujetando de un logro al vil renombre
La soberana majestad del hombre?

» Todo lo mas del mundo el labio puesto
Tiene al engaño en su dorada taza;
¡Loca embriaguez! pues la virtud, tras desto,
Ni hace, ni osa, de sus gustos plaza;
Del sabio, el noble, el casto, del modesto,
Y del que á sola la virtud se abraza,
Un necio burla, si á un adarme llega
La pobre plata que en su cofre allega.

» Mas tú, ¡oh espíritu noble! que aunque fuerzas
Te falten, no han faltado los deseos
De seguir la virtud, en quien refuerzas
A tu inmortalidad nuevos trofeos,
No vuelvas el pié atrás ni el paso tuerzas
Por mas que con locura y devaneos
Los ignorantes griten; que ellos solos
Las musas son del mundo y los Apolos.

» Y porque en feliz curso la jornada
De tu española monarquía acabes,
Y tu heroica grandeza comenzada
De historias llenas y sentencias graves,
Conmigo vén; que estoy determinada
Al vuelo de mi carro y de sus aves
Mostrarte, para luz de tu escritura,
Clara una senda, en estos días oscura.»

Dijo; y en la carroza, que era hecha
De oro, cristal y rica pedrería,
Subir me manda, y por la vía estrecha
La vuelta dió adonde nace el día:
¡Extraño caso! pero ¿qué aprovecha
Si lo que ahora aquí y entónces vía
Por hoy el mundo y yo lo hemos dejado,
El por ocioso, y yo por ocupado?

Vi el cielo, vi la tierra, vi el profundo
Mar con puntas y playas diferentes,
Y entre el primero golfo y el segundo
Montes, selvas, ciudades, rios y fuentes;
Y vuelto un nuevo Tritolemo al mundo,
No sé qué iba sembrando entre las gentes,
O eran perlas ó flores que cogía
Cuando la diosa hacía mi venia.

Mas ahora de la densa nube oscura
Flores sembrase ó fruta, espinó ó rosas,
No sé mas de que en dulce paz segura
Mil gentes me miraban cuidadas;
Uno asombrado de la humilde altura,
Otro con nuevo escrúpulo en mis cosas,
Teniendo aquel volar por aciago,
Y á mi por nuevo encantador ó mago.

Otros llamaban vano mi trabajo,
Y el sembrar por el aire desacuerdo;
Yo, caminando por tan noble atajo,
Sin responderles nada hacia del cuerdo;
Si eran perlas de ley ó aljófar bajo
Ya no me acuerdo bien; solo me acuerdo
Que unos al toque las hallaban sanas,
Y que otros las dejaban caer por vanas.

Y yo, encima del aire levantado
Debajo via de mi los altos montes,
Bien que no sin temor, y con cuidado
De que no tenga el mundo dos Faetontes;
Y en deleitoso vuelo, aunque soñado,
Temple mudando, climas y horizontes,
Cerqué la tierra, y con feliz agüero
Me ensayé en este curso al venidero.

Cuando el rüido y voces de la gente
Que al oír mi nueva voz iba llegando,
(¡ Oh cielos, qué disgusto !) de repente
Triste me arrebató del sueño blando;
Y volviendo en mi acuerdo, vi presente
Desarmado y á pié al valiente Orlando,
Que en los bostezos y el color difunto,
El tambien despertaba en aquel punto.

En la majada de un pastor serrano,
Al fresco viento le dejé dormido,
Contemplando en el cielo soberano
Las vueltas con que el mundo da ceñido;
Y en el pajizo lecho del villano,
Que aun en verde dormir está encogido,
Temiendo su braveza, entre las flores
El alba le salió de mil colores.

El carro de oro al fin de su camino
Ya con la luz llegaba amortiguada,
Y en el suelo el cansado peregrino,
Del rocío la esclavina aljofarada;
Su gastado bordon de seco pino
De la mano arrojaba fatigada,
Y la presencia del cercano día
De mil centellas una lumbre hacia :

Cuando el frances caudillo el pobre lecho,
Y el encogido huésped receloso,
Con agradable estilo satisfecho,
En su antiguo dejó y primer reposo,
Y el camino á poblado mas derecho,
Encaminado dél, tomó furioso,
Jurando de vengarse de Garilo,
Aunque se esconda donde nace el Nilo.

Ya el sol por el cenit de oro subia
A la mas alta cumbre de su esfera,
En peso y en nivel poniendo el día,
Y á su luz dando hermosa rueda entera;
Cuando atajar la senda que traia
Un claro arroyo vió, y en su ribera
Un caballero, que á pasar la siesta
Con sombras le convidaba la foresta.

Conoció en verlo su caballo el Conde,
Sus armas y el ladron que las traia.
No así manchada tigre salta adonde
El hijo halla que perdido habia,
Ni el río que entre peñascos se le esconde
Con su furia atajó la en que venia.
Cual la otra orilla, de un ligero salto,
Señor se hizo del lugar mas alto.

Mas no se vió salir al campo raso
Lijera liebre de ventor sentida
Con mas desenvoltura y presto paso
De adonde el miedo la halló escondida;
Ni enjuto galgo en semejante caso
Mostró mas codiciosa arremetida,
Que el uno en el huir sobre el caballo,
Y el otro en el deseo de alcanzallo.

Furia de aceda cólera espolea
Al ofendido Conde; á su enemigo
Temor que el flojo Brilladoro sea
Culpa en su mal, verdugo en su castigo :
Por aquí huye, por allí rodea
Hasta el castillo de un gascon amigo,
Donde al entrar cerró la estrecha puerta;
Que es grave el riesgo de quedarse abierta.

Llegó Roldan tras él, y en las almenas,
Para mas le aumentar rabia y coraje,
De los consortes de Garilo llenas,
Con duras piedras le hacen hospedaje,
Asi llovidas en monton, que apénas
El riesgo fué menor que no el ultraje,
Obligándole en pasos descompuestos
Su persona humillar á mudar puestos.

Brama furioso, y quiere en ira ardiente
Al cobarde escuadron encastillado
Darlo en venganza al deshonror presente,
En fuego de su cólera abrasado :
De un bosque antiguo la encrespada frente
Cien nudosas encinas le ha prestado
Para hacer aquel albergue injusto
Inmortal luminaria de su gusto.

Nunca el que á Polifemo dejó ciego
Para abrasar el Ilión troyano
Mas pinos tuvo, cuando al campo griego
Leña ofrecía y llamas de su mano;
Ni á tantos cedros juntos puso fuego
Enéas en el fuego italiano,
Cuando al cuerpo de Turnó, ya sin vida,
Dejó su patria en garza convertida.

Vió Garilo, y tembló del bosque opuesto
Que á su gruta ha de dar de llama un baño,
Y si arde el monte, el riesgo en que está puesto
El y su casa, y de su mueble el daño;
Y á todo trance, el ánimo dispuesto
Tentar quiere, si puede, un nuevo engaño.
Cierto postigo en el castillo habia,
Por donde nadie entraba ni salia :

Por este, en nuevo traje disfrazado,
Con mustio aliento el catalan caudillo
La vuelta dió, al amparo de un collado
Que las espaldas guarda del castillo;
Y en débil paso y rostro desmayado
De miedo, ó de perfumes amarillo,
Dándole otro ladron para el engaño
Un hábito prestado de ermitaño,

De una gruesa maroma un cordon hecho,
Ceñido un saco de grosera sarga,
Unos graves antojos sin provecho,
Y un basto pino en que se agovia y carga;
Prolija barba que al hundido pecho,
Por mas fingida autoridad, se alarga;
Ancho sombrero y cuentas sonadoras,
Y al fingido rezar pausas sonoras.

Asi el sagaz Ulises de la cueva
Del ciclope salió disimulado,
Y en piel de oveja con figura nueva
Pasó el astuto griego disfrazado,
Dejando que le tiente y haga prueba
Si es él ó si no es él quien le ha cegado,
Metiéndose atrevido entre los brazos
Que le hicieran, á ver quién es, pedazos.

Era el falso Garilo, en sus acciones,
De astuta inclinacion y ánimo extraño;
Vivo en palabras, diestro en ilusiones,
Y en fingido embeleco el mismo engaño;
Y tal, que por cumplir sus invenciones
Ni el suyo teme ni el ajeno daño,
Sin mas necesidad ni otra codicia
Que la insaciable sed de su malicia.

Bien que ahora le inclina á lo que hace
El ser de Francia el capitán valiente,
Que en el modo que puede satisface
De su nacion la enemistad presente;
Y aun esto mismo al Conde le deshace
De su justa venganza el fuego ardiente;
Que hay quien diga que en Francia tiene estrella
España, y que él tambien morirá en ella.

Salió el astuto hipócrita al camino,
Y al desabrido Conde en rostro humano,
Fingiendo un abstimente peregrino,
Que besase le dió esclavina y mano:
Besó el noble frances, hombre divino,
En pecho humilde y corazón cristiano;
Y él, «¿A qué fin en plaza tan pequeña
Se arrastra, dijo, y junta tanta leña?»

«A fin de hacer hoguera, dijo el Conde,
El almenaje infiel deste castillo
Con cuantos en su estrecho albergue esconde;
Que un mundo entero no podrá impedirlo.»
Tan bravo está el frances, tal le responde,
Que de verle temió, tembló en oílo;
Mas reportado á sus embustes sale;
Que no hay Ulises que en fingir le iguale.

Procuró con razones diferentes
De humildes persuasiones mitigalle
Los pasados enojos y presentes,
Que podrán, si se encienden, abrasalle.
¡Oh! lo que pueden rostros aparentes,
Una alma oculta en un fingido tale!
¡Y cuánto importa en la mayor caricia
Que haya al tocarla puntas de malicia!

«Dejad, dijo, señor, vanos antojos
De abrasar sin por qué un pueblo cristiano;
Que es peligroso caso en los enojos
Vengarse el ofendido de su mano:
Es corto el ver de los humanos ojos,
Y la reportación camino sano,
Y en ningún caso ó trance conveniente
Que pague ajena culpa el inocente.

»Uno os tiene ofendido en esta casa,
Y otros sin culpa están de su delito;
Si es la razón quien los castigos tasa,
No es justo que este ahora sea infinito:
Bien sé, señor, lo que en vuestra alma pasa;
Que del pecho es el rostro el sobrescrito;
Mas también sé que sois honrado y sabio,
Y á nadie, como tal, haceis agravio.

»De hombres sin culpa una áspera cadena
De aquesta torre está en un desvan ciego:
Mirad cuánto inocente, por la pena
Que uno merece, se tragará el fuego:
Otras trazas buscad; que esta no es buena,
Y lo que en esto os digo es mas que ruego;
Y adios, que el cielo á daros este aviso
Traerme aquí desde mi celda quiso.»

Era el frances católico, y tenía
En pia veneración los religiosos,
Y el bravo y noble corazón le hacía
No dudar en los casos mas dudosos:
Horrigila hizo en él por esta vía
En Babilonia lances peligrosos;
Que es malo de entender un trato doble,
Y fácil de engañar al pecho noble.

Fuése Garilo; el paladin dudoso
Quedó en varios discursos repartido,
Cuando en un palafren de paso airoso
Una dueña también parió el ejido:
El día huyendo en vuelo perezoso,
El sol del horizonte dividido,
Y apuntando por una y otra mata
La llena luna de encendida plata.

Era la astuta dueña prevenida
Del torpe gusto de Garilo esclava,
Que del castillo la sacó instruida
Al encubierto engaño que trazaba:
Llegó al frances, y en pena y voz fingida
Haciendo falsas muestras que lloraba,
«¿Sabeis, dijo, señor, si á un peregrino
Esta senda prestó feliz camino?»

»Tiene á su devoción la llave y gente
Deste castillo, cárcel de mi gusto,
Y en una de las suyas al presente
Preso mi esposo está en tormento injusto,
Y en la mano del santo penitente
Mi bien, mi mal, mi gusto y mi disgusto:
Decíme pues, señor, si acaso tengo
Modo de hallar al que buscando vengo.»

«De aquí se apartó ahora, dijo el Conde;
Mas pensarlo hallar será excusado;
Que entre el silencio no sabréis adónde
En sus vigillas estará ocupado;
Mas mirad si sabeis cómo ó por dónde
Yo pueda entrar á este lugar cerrado;
Que, según él me reveló de paso,
Hará á nuestra importancia mucho al caso.»

«Entrar yo, dijo ella, es fácil cosa;
Que nunca se negó á mujer la entrada;
Mas la vuestra será dificultosa,
De mucho riesgo y poco fruto en nada;
Que la gente de dentro es peligrosa,
A engaños y traiciones enseñada;
Y así será mas fácil á mi llanto
En busca proseguir del monje santo.

»Yo á las espaldas del castillo amigo,
Si por desgracia ya no está cerrado,
Fácil entrada sé por un postigo
De una puerta sin llave ni candado,
Seguro y franco paso á un enemigo
De sabia prevención y gente armado;
Mas vos solo y sin armas (¡caso fuerte!),
Será ofrecernos ambos á la muerte.»

«Perded ese temor, respondió el Conde,
Y dejadme el secreto paso abierto;
Que yo no os pido el cómo, mas por dónde
Hoy de dormir excuse en el desierto;
Y si á este riesgo alguno corresponde,
Y es siempre el fin de la fortuna incierto,
Sea el hacerme este favor de modo
Que corra mi persona el riesgo todo.»

«Señor, dijo la dueña, por mi gusto
Yo no os pusiera en semejante aprieto;
Mas pues ahora seguir el vuestro es justo,
Yo el cuidado os ofrezco y el secreto,
Y aun prevenir vuestro ánimo robusto
De armas, si hubiere en vuestra entrada efeto:
Ahora idos llegando con recato
Al postigo, y allí aguardadme un rato.

»La oscura sombra de aquella alta torre
Paso os dará seguro que no os vea
La cuidadosa vela, y se nos borre
El concierto, y en daño de ambos sea.»
Dijo; y él con atentos pasos corre
Al fin de la venganza que desea;
Y en tanto que va á dar con el postigo,
Ella se entró con su engañoso amigo.

Púsose al pié del carcomido muro,
La órden siguiendo de la falsa dueña,
Por juzgarse á la sombra mas seguro
Y mas á mano de cualquiera seña;
Cuando de las ventanas por lo oscuro
Sobre él bajó una nube no pequeña
De tierra, piedras, palos, agua, horrura,
Sin que haya á su rigor parte segura.

El huye aquí y allí por no ser visto,
Ni creer que pueda ser caso pensado;
Y por mas que anda á todas partes listo,
Siempre un tiro le alcanza desmandado:
Jamás en otro igual rigor se ha visto,
Ni en tan penosas burlas agraviado;
Ya se ardé en ira, ya de la venganza
Reportado le vuelve la esperanza.

Ya mil veces se vió determinado
De hacer todo el castillo una hoguera
Y otras tantas humilde y reportado,
La cólera volvió á enfrenar lijera;
Mas de Bootes ya que el carro helado
Lo alto ocupó de la esmaltada esfera,
La luna en medio el cielo y las estrellas
Lloviendo sueño altísimas y bellas,

Al postigo llegó la falsa dueña,
De un fingido temor toda ocupada,
Y al Conde, que acudió á la sorda seña,
«Señor, la puerta, dijo, está cerrada;
Desgracia ha sido de ambos no pequeña;
La gente está sin duda recatada;
Las velas han doblado en el castillo
Y asegurado el paso á este pörtillo;

» Pero si todavía estáis dispuesto
Al grave riesgo de la oculta entrada,
Cierto artificio de madera enhiesto,
Para al muro subir piedra labrada,
Desta alta torre está al remate puesto:
Yo echaré la maroma, y reforzada,
Al torno daré vueltas por subiros,
Y así aventuraré á poder serviros. »

Libre el frances caudillo de sospecha,
La falsa astucia llama aguda traza,
Y luego la engañosa dama le echa
La cuerda, y el al cuerpo se la enlaza;
Y tan á gusto ya la burla hecha,
Gran fiesta, grita y alarido se alza,
Comenzando á servirle por el viento
En nueva risa y placentero acento.

Por pardas rejas de altos miradores
Clara copia salió de luminarias,
En manos de atrevidos saltadores
De leyes, vidas y costumbres varias:
Con lanzas, dardos, flechas, pasadores,
Por partes diferentes y contrarias
Le pican, hieren, punzan, y sin tiento
Salva le hacen, y suben por el viento.

El sin culpa frances, que así ofendido
De un ladrón se halla por tan varios modos,
Y que en el aire ahora suspendido,
De risa sirve y ocasion de apodos,
De enojo está y de rabia tan sentido;
Y los contrarios victoriosos todos.
La real persona, ya su riesgo puesta,
Con obras y palabras le hacen fiesta.

Llovida á un tiempo dan sobre él con una
Densa nube de lanzas enastadas,
Y aunque las ménos le hallan, su fortuna
Con duras carnes le valió encantadas:
Por muerto, al blanco rayo de la luna,
Unos le juzgan; y otros, por domadas
Sus fuerzas, cuando por la cuerda arriba
Temieron todos que con alas iba.

Quedara el alto intento conseguido,
A no ir los que le suben aflojando;
Mas Garilo, sintiéndose perdido,
La tirante maroma fué alargando;
Y con este remedio detenido,
El apriesa subiendo, ellos bajando,
Fijo en medio del aire parecia
Que fingia subir y no subia.

Así en el rio Cocito un avariento
Las manos dicen que anda levantadas
Por asirse de un árbol en el viento,
Braceando en vanos golpes y palmadas:
Quiere dar pasto á su apetito hambriento
Con huecas frutas de hollín tiznadas,
Y nunca el vano intento se concluye;
Que si él la fruta sigue, ella le huye.

Así ligero sube el grave Orlando,
Y siendo ya imposible el detenello,
De golpe aflojan el subir, pensando,
Despeñado, una horrible pasta habelle;
Y así de la honda cava al limo blanco
Bajó con la maroma por el cuello,
Que estuvo de agua inmundada y lodo lleno;
Que lo que el mundo no hizo hiciera cieno;

Mas fué sin riesgo la feliz caída,
Si bien quedó en el lodo sepultado;
Dióle el hallarse sin su arnes la vida;
Que en turbia lama se ahogara armado;
Y la varia fortuna, condolida
De verle puesto en tan humilde estado,
Volvió pronta á sus ruegos los oídos;
Que es gran levantadora de caídos.

De allí el castillo á la profunda cava
De ancha canal desagadero hacia,
Que el patio y las cocinas desagaba,
Y de aseó y reparo las servia;
Por donde puerta halló el señor de Brava
Cuando ménos recelos del había;
Y todos, sin temor de lo pasado,
Ya por muerto le tienen, ya enterrado.

El rosicler de Vénus, que en el cielo
Extremo es de ambas luces, daba vida
A las pintadas flores con el hielo
Que en cuajados aljófares llovía,
Restituyendo al sololiento suelo
El robado color que ántes tenia;
Cuando el frances fué á dar por la pecina
Al sótano y desvan de una cocina,

Lloviendo agua grasieta y negro cieno,
De turbias heces y de hollín tiznado,
Cual se viera de algun horrible seno
Del infierno salir desfigurado;
Mas luego que la luz y aire sereno
El lugar le mostraron deseado,
En su alegre venganza divertido.
Los pasados trabajos dió al olvido.

Y en diestro paso y reforzado aliento,
Y al hombro, en vez de espada, media entena,
De sala en sala y cuadra en cuadra, á tiento
A una llegó de saltadores llena,
Que allí dormidos los dejó el contento
Del vino, el juego y la pasada cena,
Al golpe puestos que traia lijero
De sus perversos dias el postrero.

La mitad despertó en día aciago,
Y los demas tragó el eterno sueño:
Los que despiertos miran el estrago
Del grueso pino y su tiznado dueño,
Que sea el barquero del Estigio lago
Piensan, que á golpes mata con su leño,
O el Orco oscuro, cobrador terrible
Del triste censo de la muerte horrible.

Asordan roncós gritos el castillo;
Huye el de mas valor acobardado;
Deja medroso el catalan caudillo
Frio de su dueña ya el caliente lado;
Y el presto Conde, de un voraz cuchillo
El diestro vengativo brazo armado,
Tras las memorias de su agravio corre
Cruel de sala en sala y torre en torre:

Bien como el yerto jabali celoso,
Vengador de las sañas de Diana,
Con los blancos colmillos y el cerdoso
Lomo y los ojos de color de grana,
Siguiendo corre el escuadron medroso
De la florida juventud greciana,
Enturbiando los médanos de arena
Al claro Acheloo en su ribera amena.

A tres doblados seis quitó la vida,
Y otros tantos colgó por las almenas;
Garilo huyó; huyó la fementida
Dueña con otras seis de engaños llenas;
Que ningun caballero fué homicida
De mujeres jamas, malas ni buenas;
Que es frágil gente, y todos sus errores
O son por ignorancia ó por amores.

En esto á toda rienda por el llano
Vió el Conde á su enemigo en Brilladoro:
« Todo el trabajo me ha salido en vano,
Dijo, si libre se me va este moro,
Pues mi venganza pierdo y mi lozano
Caballo de espumante freno de oro:
Quédese todo así: quiero seguillo;
Que en mas tengo el caballo que el castillo. »

En una sala de su arnes preciado
Las ricas piezas vió de oro grabadas,
Y apriesa dellas, como pudo, armado,
Contando va á Garilo las pisadas:
El como rayo huye acelerado,
Metiendo hierro al bayo en las ijadas;
Que es gran jinete el miedo, y su congoja
Un Roldan le figura en cada hoja.

Así dos partes de las tres del día
Fué el uno huyendo, el otro dando caza;
Cuando este en una selva se escondia,
Aquel entraba en la escombrada plaza:
Al armado Orion se parecia,
Que al Centauro persigue y amenaza,
Y tras él corre con dorada lanza;
Vuela el caballo, y él jamas le alcanza.

Ya el día descolgaban al poniente
Las dos balanzas del cenit del cielo,
Cuando de oro un alcázar puesto enfrente
Al medroso Garilo dió consuelo :
Cien torres de cristal resplandeciente
Clara luz dan en torno al rico suelo
De un monte, cuyas cumbres de esmeralda
En rubias llamas de oro hacen que arda ;

De lustroso carmin rojas almenas,
Con hermosos perfiles de oro ufanas,
De claros visos cristalinos llenas
Las anchas claraboyas y ventanas,
Que, bullidas del sol, tocar apenas
La vista dejan sus vislumbres vanas,
Haciendo junto un sin igual tesoro
El oro del castillo y montes de oro.

Fingida tez de hueco encantamiento
El catalan juzgó el oro que vía,
Y pincel de dormido pensamiento
El sabio Conde que tras él venía ;
Y corriendo ambos mas que el suelto viento,
Cuanto mas se acercaban, mas huía
El vano lustre de la rubia masa,
Y se humillaba la soberbia casa.

Así de oro celajes encrespados,
Si el rubio sol se cuelga al occidente,
En roja sangre suelen dar manchados
Los vivos de su luz resplandeciente ;
Y al irse el día, ménos enriscados,
Vuelto en ceniza el rosicler ardiente,
Se hacen de sus puntas mas gallardas
Oscuras teceş de unas nubes pardas.

Tal el fingido alcázar, que de fuera
Un dorado teatro componía,
Con tanta torre y tanta vidriera,
Tanto chapitel de oro y pedería,
Llegando al pié, una choza frágil era
De seca paja que oro parecía :
Las torres y homenaje eran de sueño ;
Que es gran pintor de un ademan su dueño.

El sagaz catalan, que allí ha salido
De su imaginacion vana burlado,
Y ántes á guarecerse habia corrido
Al rubio alcázar de aire fabricado,
El caballo dejó, por quien seguido
Con tal teson se vió y con tal cuidado,
Y en la chozuela, si hay lugar adonde,
Se entró á esconder del ofendido Conde.

Lo que ántes montes de oro parecía,
Humildes valles eran de aire llenos,
Que un vistoso celaje les fingía
Los ricos chapiteles por sus senos,
Y de torres de viento componía
Las que campeaban mas y las que ménos ;
El dueño de la casa en traje extraño,
Un alquimista que es el mismo engaño,

Vestido de contrarios tornasoles,
Entre aguas y alambiques diferentes,
Humos, cenizas, sal, baños, crisoles,
Magistrales de ley, pastas ardientes,
Gretas, hornos, cendradas, alcoholes,
Tintas, barnices, lustres aparentes,
Un camaleon por armas, que en el viento
Es uno solo y se trasforma en ciento.

Es su oficio infundir quintas esencias,
Dar nueva forma y hábito á las cosas,
Gastar hacienda y tiempo en experiencias,
Sin provecho las mas, todas costosas ;
Fingir quimeras, inventar sapiencias,
Cifrar secretos, disfrazarles glosas,
Y al no afijar Mercurio con la luna,
Dar sin razon querellas de fortuna.

Este es Arnaldo, que en la Flandria conde
Nació, y ya sin estado y patrimonio,
Por hacerse otro Midas vino adonde
Dió en su pobreza al mundo testimonio ;
Que siempre á la codicia corresponde
Misericordia eterna ó pactos del demonio,
Y los deseos del oro y del infierno
Mas cerca están que el frio y el invierno.

Y así, no atento ya á seguir el curso
A las humanas cosas necesario,
Ni de la alquimia el natural concurso
Por el camino y término ordinario,
A la supersticion volvió el recurso ;
Pasó á ser nigromante, de herbolario,
Y con una sortija abría el profundo,
La tierra hacia temblar y arderse el mundo.

Cuando la bella Angélica á Medoro
Desde Francia llevó á la rica China,
Gastó en el largo viaje gran tesoro ;
Que es reina amante, y con su amor camina ;
Y entre otras la sortija ilustre de oro,
Que á un hombre esconde en sombra peregrina,
A un pescador de Cádiz la dió un día
Porque les dé su barco y sea su guía.

Dióla en rica señal para obligalle
Con ella, porque un ánimo excelente
Solo su gusto estima, y por compralle
Diera Angélica el reino del Oriente ;
Mas fortuna, tomando el gobernalle,
Al salir contra el viento y la corriente
Por la barra del puerto, en un bajío
La quilla desfondó, y rompió el navío.

Salieron derramados por la playa
Marineros á un tiempo y navegantes ;
El perdido patron huyó á Vizcaya,
Y el anillo llevó de los amantes ;
Deudas le desterraron, y en la raya
De Francia, entre gascones caminantes,
Las gentes de una escuadra foragida
La joya le quitaron y la vida.

De allí, de mano en mano, el rico anillo
A dar á las de Arnaldo fué encubierto,
Cuya humilde chozuela era el castillo
Y puerto á los ladrones de aquel puerto :
Conoció su valor, supo encubrirlo,
Compróle á menosprecio, y hecho cierto
Ya en su virtud, famosas experiencias
Para su arte vió, y halló á sus ciencias.

No solo en invisible sombra esconde
A quien le trae en la boca, mas quien mira
Un rayo de su piedra, para donde
El sol los suyos, al tocarle, gira :
Como quiere se muda, y corresponde
A la verdad tan fácil la mentira,
Que sin trocarse el hombre, en un momento
Es sierpe, es yerba, es flor, es agua, es viento.

La forma que le da la fantasia,
Esa se muestra y esa se figura ;
Proteo con este hechizo se vestía
Las varias formas de su cueva oscura :
Contar lo que con él su dueño hacía,
De aquel yermo en la choza mal segura,
De truecos y mudanzas, ménos pena
Sería contar al mar ondas y arena.

El medroso ladrón llegó turbado ;
Que el Conde ya á caballo le seguía,
Y al confuso alquimista, rodeado
De hornos, crisoles y ceniza fria,
Habiéndole su miedo declarado
La alteracion y riesgo en que venía,
Que le ampare le pide con cautela,
Pues es de los cursantes de su escuela.

El mago, de su anillo un rayo hermoso
Le derramó en el rostro, con que luego
De un remendado gato el bulto airoso
Saltó lanzando por los ojos fuego :
O sea natural ó artificioso,
Propio ó impropio aquel rebozo ciego,
No lo sé ; solo sé que la vislumbre
El cuerpo hace mudar, no la costumbre.

Y por su inclinacion el falaz godo
Tomó entónces prestada esta figura ;
Que en tienda de alquimista, por su modo
Todo se muere, trueca y desfigura :
La plata, el oro, la sapiencia, todo,
Al vaciar el crisol, se vuelve horrrura ;
Y las promesas de mayor cimientó
Torres pintadas con pincel de viento.

Llegó el Conde á la casa del Engaño,
Y recibióle el mago comedido:
El, viendo un hombre en traje tan extraño
Y oficio tan humilde entretenido,
Y no al sagaz ladron hecho ermitaño,
Que en su presencia se ha desaparecido,
«Sin duda, dijo, yo estoy encantado,
O es todo sueño lo que me ha pasado.

»¿Decidme vos, señor con mas colores
Que el arco de las nubes, y mas pintas,
Quién sois, qué oficio el vuestro, qué pintores
Compran y gastan tan diversas tintas:
Tantos aceites, aguas y licores,
Tantas bujetas varias y distintas,
¿De qué menester son? ¿A cuál enfermo
Juntas proveen salud en este yermo?

»Uno que en esta choza entró huyendo,
¿Qué se hizo, dónde fué ó está escondido?»
—«Señor, respondió el mago, estoy temiendo
De os ver tan desdeñoso y mal sufrido,
Como que solo vos habeis pudiendo,
Y sea lo demas tiempo perdido;
Pero aliviad un poco el cuerpo lacio
Si gustais de saber quién soy de espacio.

»Conde Arnaldo de Espurg, si en los Estados
Bajos de mi tenéis noticia alguna,
Debajo algunos signos marañados
Rico naci con infeliz fortuna:
A Mercurio combusto en los airados
Rayos del sol, y la inconstante luna
En el noveno ángulo nocturno,
Triste y lóbrega casa de Saturno.

»Gasté en buscar el elixir divino,
Y hacer quintas esencias fabulosas
Para afijar el cielo, y de oro fino,
Como Midas, volver todas las cosas,
Cuanto oro tuve y á mis manos vino.
¡Oh necias esperanzas codiciosas,
Que, haciendo yo cenizas mi tesoro,
De los carbones piense sacar oro!

»Tres lustros, viva salamandria hecho,
Di fuego sin cesar á un horno ardiente
Para hacer el napelo sin provecho,
Ya en mi vana ambicion resplandeciente;
Cuando el engaño y el crisol deshecho,
En humo vuelto el círculo aparente,
De mis trazas corrido y apurado,
Por huir de mi dejé casa y estado.

»Y en busca de Tabir, un nuevo engaño,
Segunda vez salí á surear la tierra,
Y de antojo en antojo y daño en daño,
A los collados vine desta sierra,
Donde por modo y artificio extraño
Algun tesoro incógnito se encierra,
Si ya de la filosofal piedra el tesoro
No es quien convierte aqui hasta el aire en oro.

»Quedé viendo los riscos, admirado,
En oro ardiendo y en beldad divina;
Creí en ellos hallar de mi cuidado
Cumplida la insaciable golosina;
Pero déjome el aire al fin burlado;
Que el codicioso siempre se imagina
Lleno de montes de oro el pensamiento,
Que al echarles la mano son de viento.

»Salieron á mis ojos destas lomas
Las fingidas riquezas al encuentro;
Y en esta choza de untos y redomas
Un nuevo personaje hallé dentro:
Yo, viéndome entre fuegos y entre gomas,
De mi necia pasion me vi en el centro,
Y al dueño, en el oficio y traje extraño,
En verle conocí que era el Engaño.

»Así de mezclas y colores hecho,
Que en la vista sutil se deshacia,
Vario, mudable, sin lealtad, contrecho,
De alma falaz y astuta hipoeresia,
Y el mismo, al fin, que puesto en el estrecho
Que estoy y estaba entonces, me tenia;
Y yo, por engañar al mismo Engaño,
No conocer fingi su bulto extraño.

»A la infeliz sazón que yo llegaba,
En afeitar palabras entendia,
Y hechas de vidrio, así las barnizaba,
Que parecer diamantes las hacia;
Sola la piedra toque las quebraba,
Y como esa en su tienda no la habia,
A los que entraban á comprar entonces,
Aunque eran vidrios, parecian bronces.

»Antiguamente de diamantes era
El trato que en el mundo se vendia,
Por de dentro seguro y por de fuera,
Que cuanto estaba en él se traslucia:
Colgar de un sí de entonces bien pudiera
Uno la suerte de mayor valia;
Mas hoy ya morirá de mil maneras
Quien fiare de palabras lisonjeras.

»Eran diamante, y son de vidrio ahora
Que á cualquiera desden se quebra y salta,
Y el engaño las pule y las colora,
Y nunca un vulgo que las compre falta:
Tiene la adulacion lengua sonora,
Cuyo sagaz pincel tan vivo esmalta
Un corazon, que al mas astuto pecho
Parece natural, y es contrahecho.

»Mas ¿qué mucho que un ánimo aparente
Del que no es noble dé falsa acogida,
Si en lo mejor del mundo la elocuente
Adulacion con gusto es admitida?
No hay sol ni sombra; al gusto mas prudente
La lisonja es suavissima bebida,
Y el corazon mas claro y mas sabido
En cavernas sin luz vive escondido.

»Tambien entonces iba fabricando
Del elixir divino alegres llamas,
Cuyas vislumbres dan de cuando en cuando
Vuelos oro estos montes y sus ramas:
Preguntéle quién era, y él, usando
De los ciegos enredos de sus tramas,
Así me respondió, y así yo atento
De su boca bebí este dulce cuento.

—«Antes que en las esferas presurosas
Del cielo hubiese curso y movimiento,
Ni al sol, luna ni estrellas poderosas
Campo espacioso diese el firmamento;
Cuando esta eterna sucesion de cosas
Se estaba en el divino entendimiento;
Lo que es ahora mundo y clara esfera,
Un caos ciego y confuso entonces era.

»Estaba el fuego, el aire, el agua y tierra
Sin forma de agua, tierra, de aire y fuego;
El aire duro, líquida la tierra,
Enjuta el agua, sin su fuego el fuego;
Pesado el aire; sin pesar la tierra;
Quemando el agua y enfriando el fuego;
Aunque sin aire, fuego, tierra ni agua,
Ni enfriaba el fuego ni quemaba el agua.

»Yo aqui, entre las demas imperfecciones
Del ciego caos, aun sin vivir vivia,
Hasta que el Dios de todas las naciones
La preñez sacó á luz que en él habia;
Y dando á las criaturas ricos dones
Del firme y nuevo sér que las vestia,
A mí, del bien comun desheredado,
Por mas provecho me dejó olvidado.

»Y el rico tiempo de la edad dorada
Ciego y por los desvanes escondido,
Del liviano temor acrecentada
La persona fingí que aun no he tenido:
A lo oscuro engañaba con nonada,
O en eco por los montes convertido,
Las mordidas palabras repetia,
Fingiendo en esto el sér que no tenia.

»Hasta que ya el dios Júpiter, cansado
De reinar con su padre, quiso un día
Para sí todo el reino; que el dorado
Cetro gózase mal en compañía:
Yo entonces al rey viejo acobardado
Tristes miedos fingí en la fantasia,
Con que huir le hice y dejar solo
El reino al gran rector del alto polo.

»Y el nuevo rey, en pago á mi servicio,
Esta librea me dió diferenciada,
Y que solo de noche use mi oficio
Con arancel y marca señalada;
Mas que no venda por virtud el vicio,
Ni mi tienda abra entre la gente honrada;
Con que el favor templó la mano ingrata
Lo que al mundo duró la edad de plata.

»Mas ya llegando la del bajo cobre,
Medallas del por de oro las vendia,
Con que rico, perdí el nombre de pobre,
Y en ceros fui creciendo cada dia;
Que como no hay quien la gabela cobre
De la nueva inventada granjeria,
Es fácil el mentir, y de importancia
Al mercader hambriento de ganancia.

»Salieron á este tiempo de mi escuela
Ciertos doctores de ambicion cargados,
Que el interes y la honra los desvela,
Y los traen consumidos sus cuidados:
Fingen pena y dolor sin que les duela,
Lágrimas sin llorar bienes pasados;
Su nombre es de filósofos, y el pecho
De hipocresias cautelosas doblado.

»Gozóse al mundo esta doblada gente
Aquel dichoso siglo en que tenia
Tal precio la virtud, que aunque aparente,
El aire aficionaba que traia;
Mas ya el vicio atrevido osadamente,
Despreciando el barniz de hipocresia,
En el mundo ha tomado tal licencia,
Que entra con la virtud en competencia.

»Llegó la última edad de hierro frio,
Y yo al colmo tambien de mi reinado:
Júpiter, viendo el ciego desvario
Con que el mundo en mi trato está enredado,
Atajar quiso y comedir mi brio,
Y revocarme el privilegio dado:
A la muerte mandó que me buscara,
Y la vida ó las fuerzas me quitara.

»Pudiera mal librarme de sus manos
Si acertara una vez á dar en ellas;
Que al fin todos son términos humanos
Cuantos corren debajo las estrellas:
No quise mirar mas respetos vanos,
Ni dar sin fruto á Júpiter querellas;
Que en graves casos de materia honrosa,
Siempre es la floja dilacion dañosa.

»Del amor tuve fama que era ciego,
Y que á tiento volaba por el mundo:
Aqui está mi remedio, dije luego;
Yo seré en adestrarle amor segundo;
Y si es, cual dicen, superior su fuego
A la muerte, no mal mi intento fundo;
Que á su sombra ampararme he de manera,
Que el golpe que me espanta no me hiera.

»No poco tiempo, á mucho riesgo mio,
En mi demanda anduve desvelado,
Cuando un niño encontré de altivo brio,
Nacido en mis rincones y criado,
Que, con nombre de amor, el señorío
Del mundo sin razon tenia usurpado,
De alegres ojos mas que un linec agudos,
Y que por flechas de oro arroja escudos.

»Pretendíome engañar con mis liciones,
Y es torpe el interes sin favor mio,
Y así pasé el raudal de sus razones,
Como un sediento el de un enjuto rio;
Y tras mi intento el mundo y sus regiones
Con nuevo aliento á desvolver porfio,
Villas, ciudades, cortes y cortijos,
Calles, plazas, rincones y escondrijos.

»Hice al rico interes ancho camino
Lo que ántes era senda mal trillada,
Por donde ya con ciego desatino
La gran corriente va del mundo errada,
Llamando ocio infeliz de hombre sin tino
Hacer por otra senda la jornada;
Que el camino real, cursado en todo,
Es interes de un modo ó de otro modo.

»Cansado del rodeo que llevaba,
Sin duda, dije en mi, que voy perdido,
Pues la bonanza buseo en la mar brava,
Y en el mundo el amor que nunca ha habido:
Cuando un ciego muchacho que volaba,
En tirar con un arco entretenido,
Vi en la pajiza choza de un serrano,
Las flores esperando del verano.

»Voló la fama pregonando luego
Ser el soberbio dios de los amores,
De Vénus y las gracias blando fuego,
Tahur de apetitosos disfavores,
Que á tiento de su arco el golpe ciego
La tierra asombra y siembra de dolores,
Y que es tambien fingido este segundo;
Que el verdadero amor no es deste mundo.

»Y aunque desnudo, ciego y niño alado,
Sacrificarme quise á su servicio;
Que es, al fin, de importancia, bien mirado
En casa de algun dios tener oficio:
Recibíome por ayo y por criado,
Y fué de importancia mi ejercicio;
Que para perfeccion del que él usaba
Solo aprender el mio le faltaba.

»No hallé cosa en las suyas desabrada,
Sino es llamar la muerte sus amantes,
Que el nombre, y el temor de su venida,
Mudar cada hora me hacia semblantes;
Mas, como no hay posada así escondida,
Ni almenas tan tejidas de diamantes,
Que contra el brazo basten de la muerte,
Yerro es pensar huir la humana suerte.

»Llegó una tarde, de matar cansada,
Donde en las alas yo de amor vivia,
Y á citar para la última jornada
De parte del gran Júpiter me envia:
Dile una rica cena, y sobornada
De un lleno frasco, mientras vino el dia
Troqué á las venas de su aljaba estrechas,
Por las rubias de amor, su negras flechas.

»Y ya con la sutil traza seguro,
Y el mundo en no advertido riesgo puesto,
Con un tiro el amor al reino oscuro
El mancebo enviaba mas dispuesto;
Y de la seca muerte el arco duro
Del viejo helado el carcomido gesto
Alegre en sangre ardiente remozaba,
Y trataba de amar y enamoraba.

»Viera su general ruina el mundo,
Si por volverlo á su primer concierto
Júpiter no me da, en pacto segundo,
Treguas al golpe de la muerte incierto:
Quedó mi estéril pecho ya fecundo,
No inmortal, mas seguro de ser muerto
Mientras durare el mundo, y los mortales
Dieren al interes cercos iguales.

»Y ya con gusto y ánimo voltario,
Tras una larga anatomia de cosas,
Tal vez me vi pintor, tal herbolario,
Y tal fingido intérprete de hermosas;
Dando, en bruñida tez de un barniz vario,
Del ya pasado abril hurtadas rosas,
Y de mi rico cofre, á la mas casta
Lo que para engañar los ojos basta.

»Ahora en soñada alquimia me entretengo,
Que de mis lizonas es el mas tejido,
Y de afeitar lisonjas me mantengo,
En dulce hablar y en ademan fingido:
Desde aqui voy á la ciudad y vengo,
Y un gran mundo me asombra que, perdido,
A peso de oro compra estas habillitas,
No por mas bien que el oropel de oillas.—

»Así el Engaño me contó su historia,
Si algo de historia tiene el cuento extraño;
Que del sabio discurso en la memoria,
Ni todo ello es verdad ni todo engaño:
Esta es al fin, señor, casa notoria
De la fraude del mundo, este es su escaño,
Y yo aqui, por costumbre y ejercicio,
Por heredarle me quedé en su oficio.

» Es ido á la francesa corte ahora,
Rico, á vender su lisonjera fruta;
Que un conde Galalon que en ella mora
Con todo al imperial dosel tributa,
Y en lenguaje atrevido y voz sonora
Es quien todo lo aprueba ó lo refuta,
Y gobernado un rey de un lisonjero,
El reino á un tumbo está del día postrero.

» Y este, en suma, señor, que habeis oido
Es el breve discurso de mi vida;
Esta la casa donde habeis venido,
Del mundo mas cursada y mas sabida:
El ladron que de vos venia huido,
Su abreviada persona reducida
En este remendado gato puso,
Nudo infeliz á su ánimo confuso.»

Admiró al Conde el vano coronista,
Sospechoso que en todo le engañaba,
Bien que al volver hácia el ladron la vista,
Los blancos dientes vió que arremangaba;
Y sin curar mas dél ni su alquimista,
Tras el caballo fué que le guiaba,
Y Garilo, ido el Conde su enemigo,
Arañar quiso al sospechoso amigo.

» Mas fuése á él, y con la vista atenta
La piedra mira y vuelve á su figura,
Y humilde ruega al sabio le de cuenta
De qué artifice fué tal escultura,
Y por mayor regalo le consienta
Mirar si deja verse su hechura,
Porque en todo contar pueda y en parte,
Della el primor y de su autor el arte.

« Dentro en la fragua en que se forja el dia
Está, respondió Arnaldo, la sagrada
Masa de lumbre con que el cielo cria
Cuanta se ve en sus bóvedas sembrada:
Comun á todos dioses ser solia;
Mas ya, á cargo del hado encomendada,
Por su ajustado peso se reparte,
Y da á su dueño la dichosa parte.

» Traen desta santa luz los celestiales
En la divina frente cierta estrella,
Que imposibles los vuelve de inmortales,
Y toda su deidad les nace della;
Y cuando á ver los términos mortales
De lo alto bajan de su corte bella,
Así en vapor sutil vuela sobre ellos,
Que la vista mortal no alcanza á vellos.

» Con ella se convierte y se transforma
En la figura cada cual que quiere,
Y della los fingidos miembros forma
En que su infatigable aliento ingiere;
Y el cielo en su virtud tambien reforma
Cuanto en el ancho mundo nace y muere,
Y desta lumbre, al fin, á cuanto llega,
Cierta deidad y olor de Dios se pega.

» El antiguo Prometeo esta lumbre
Del escalado cielo hurtó un dia,
Y este anillo labró de una vislumbre
Que del humano sér sobrado habia:
Y cuando allá del Cáucaso en la cumbre,
Conforme el sacrilegio merecia,
Fué por el dios Mercurio aprisionado
Y al insaciable buitre encomendado,

» Hércules le libró de aquel tormento,
Y él en pago le dió el precioso anillo,
El primero en el mundo y de mas cuento
Que pulió lima ni forjó martillo;
Y entre otras ricas joyas el hambriento
Ladron Caco le hurtó de su castillo;
Deste le hubo su padre el dios del fuego,
Que á su querida Vénus le dió luego.

» Vénus despues, al fin, le dió á Cupido;
Dél le hurtó el Engaño, y yo con arte,
Dél le hube, en cuyo circulo esculpido
De lo criado está la mejor parte:
De una oculta virtud enriquecido,
Que dejó de decir por no cansarte,
Y él por mí te dira, si coronista
Haces de su primor tu atenta vista.»

Dijo; y mostrando el dedo en que tenia
La sortija, á Garilo dió la mano,
Que del cuento admirado y lo que via,
Ilusion le parece ó sueño vano;
Mas advirtiendo el lance que ofrecia
De la centella el circulo galano,
Que es, en respecto de su gran tesoro,
La plata humilde estaño, y cobre el oro;

Dando una vuelta y otra, sacar pudo
Del dedo el soberano engaste, y luego,
Formando de un dragon el feroz nudo,
Humo lanzando por la boca y fuego,
En torno revolvió el cuerpo membrudo:
El mago huyó, y el que del rey gallego,
Dueño se halló de la presea mas prima
Que de Vulcano abrió la sutil lima.

Quedó el vano alquimista vuelto en humo,
Como otras veces su saber burlado,
Rico el ladron con el precioso grumo
De celestiales luces amasado:
La virtud sabia, el artificio sumo
Del cerco de oro y del que le ha robado,
Yo lo diré otra vez, si no se embebe
En ocasion mas grave el tiempo breve.

Que ahora Malgesi, en el centro oscuro
De su barco rayando en un cuaderno,
A voces pide al carcomido muro
De la pálida muerte medio infierno;
Donde apenas se oyó el acento impuro,
Cuando á porfia pasa el lago Averno
Una oscura legión, que al aire blando
El navio levantó y llevó volando.

Traia el mago á Reinaldos del oriente
A vengar el agravio recibido,
Y porque á Carlos sin su espada ardiente
Muerto le ve, y su ejército perdido;
Cuando del turbio Egeo el mar potente
De cien navios el suyo dió ceñido,
A quien mil golpes añadió Morgante,
Que ahora en verse volar paró arrogante.

Seis triángulos de oscuros marineros
El timon rigen y las buecas velas,
Y solo al mago con sus tres guerreros
Del leño ciñen las gurbizadas duelas:
Paró alegre el jayan sus golpes fieros
Viendo quedar del mar las carabelas,
Y él subir esgrimiendo en raudo vuelo,
Vencido el mundo, con su espada al cielo.

Reinaldos y Orimandro, que el gigante
En trato y gusto ven mas reportado,
Con amigable paz le van delante
Todos tres, uno de otro aficionado:
O fué su complexion, ó fué el radiante
Aspecto de astro bien afortunado,
O Malgesi con su apurado infierno,
Que aun todavía rezaba en el cuaderno.

Salió el mago frances de lo escondido
Viendo en conforme amor los tres guerreros,
Y dellos con agrado recibido.
A regir se sentó sus marineros:
El corzo, que por señas ha entendido
Ser aquel quien los lleva así altaneros
Por la region del aire, á él se llega,
Y que le diga dónde va le ruega.

« Señor, le respondió el frances turbado,
Yo á ver enderezaba un nuevo mundo,
Que á hallarse vendrá y á ser ganado
Cuando sus golfos abra el mar profundo:
Tiénelo hasta su tiempo oculto el hado,
Mas mi primer intento haré segundo,
Como yo sepa el vuestro, y á vos solo
De mi nuevo viaje el firme polo.»

« Antes, dijo Morgante, á esas famosas
Regiones nos llevad, que yo os lo pido;
Que quien ver no desea extrañas cosas
Animo tiene corto y encogido;
Y si allá hay aventuras peligrosas,
Mostrádmelas con ánimo atrevido;
Que este brazo, á pesar de las estrellas,
Seguro paso os abrirá por ellas.»

Dijo; y contentos del famoso vuelo
 Con que su esquife corta el aire blando,
 Los anchos mares y el humilde suelo
 De lo alto miran irse adelgazando;
 Y cuanto mas el curso sube al cielo,
 El mundo tanto mas se va abreviando;
 Que de su sér fantástico desnudas,
 Todas las suyas son cosas menudas.

El mas hinchado monte humilde envía
 Su preñez vana; los colosos feos,
 Cuya altura las nubes excedía,
 Mirados desde arriba son pigmeos:
 Ejércitos de hormigas parecía
 La mas noble ciudad; sus coliseos,
 De balcones cubiertos y de rejas,
 Breves castillos de un panal de abejas.

El sabio, en medio de los tres guerreros,
 «Mirad, dijo, en el mundo y sus regiones
 Cuán breves puntos y pequeños fueros
 Las grandezas alcanzan y ambiciones;
 ¡Qué humildes sus alcázares roqueros!
 Qué menudos sus grandes escuadrones!
 Qué abreviada parece de lo alto
 La grave majestad del rey mas alto!

» ¡Sobre qué estrecho y breve fundamento
 Estriba y para la ambicion humana!
 ¡Por cuán angosto y apretado asiento
 El cetro corre y mitra mas ufana!
 ¡En qué puño de tierra halla el viento
 Tan grandes leguas de locura vana!
 ¡Y por cuán pobres causas y ocasiones
 El deseo de mandar mueve cuestiones!

» Suelen los niños en la edad primera,
 Con el corto caudal de su talento,
 Dar sazón á sus juegos de manera
 Que de véras le sirven al contento:
 Quién caballos de caña, quién de cera,
 Quién libreas de papel, ruedas de viento,
 Toros, guerras, hogueras y castillos,
 Que con el tiempo son sus cuidadillos.

» Sacan tal vez sus débiles muñecas,
 Y allí sus fiestas fingen y sus bodas,
 Y aunque de humildes paños cañas huecas,
 En gusto vencen la que asombró á Ródas;
 A unas ponen estrados, á otras ruecas;
 Aquellas sirvan, y á esta sirvan todas;
 Esta sea hoy la reina, esta mañana,
 Vistan á esta sayal, y á la otra grana.

» Son ensayos del tiempo venidero,
 Por donde el mundo corre en curso blando:
 Ser caballo de caña ó verdadero,
 Va á decir poco á quien lo está mirando;
 Ser castillo fingido ó ser roquero,
 Los soldados de véras ó burlando,
 Las libreas de papel ó rasos llenos,
 Todo es un poco mas ó un poco ménos.

» Es el mundo una farsa de opiniones
 Que á todos encandila y entretiene,
 Y aunque humilde, reparte estimaciones
 Conforme el tiempo y la ocasion le viene,
 El que hoy es Salomon en sus razones,
 Mañana ni le valen ni la tiene;
 El que fué ayer gigante, hoy es enano,
 Y muere rey el que nació villano.

» ¿Quién al hombre no ve en humilde puesto
 Ser juguete inconstante de fortuna,
 En entremeses y mudanzas puesto,
 Viejo en el ataúd, niño en la cuna?
 ¡Un día con salud, otro indispuerto,
 Ya al rincón, ya en el cuerno de la luna,
 Ya alegre, ya con triste sobrecejo,
 Ya gorgoando, ya tosiendo á viejo?

» Pues si de sus soberbias los blasones
 Mas encumbrados mira y altaneros,
 Verá del hueco mundo las regiones
 Quererse hacer millares y ser ceros;
 Iguales caballeros y peones,
 De un tamaño los reyes y escuderos,
 Solo que la fortuna, por su gana,
 A estos presta sayal y á aquellos grana.

» Bien que estos varios juegos de fortuna,
 Los graves altibajos de su rueda,
 Asi los que hay encima de la luna,
 Como lo que por nuestro abuso queda,
 Todo es traza divina, á quien ninguna
 Otra puede llegar por mas que pueda,
 Sin quien la hoja del árbol no se mueve,
 Ni una gota de mas ó ménos llueve.

» Mas que sean breves y menudas cosas
 Cuantas el mundo tiene por trofeos,
 ¿Quién jamas lo ignoró? Quién sus pomposas
 Torres no ve ser nidios de pigmeos?
 Y si estas no son voces poderosas
 Para desencantar vanos deseos,
 Y ver que en su soberbia nube hinchada
 Quien mas llegó á alcanzar no alcanzó nada;

» Ved esta breve mancha que, torcida,
 La forma hace de un dragon hermosa,
 Y es de Europa la tierra, en quien ceñida
 Del mundo está la parte mas preciosa,
 Sana, templada, fértil y florida,
 De rubio oro y regalos abundosa,
 Honesto trato y nobles calidades,
 Villas, pueblos, castillos y ciudades.

» La Sarmacia de Europa es la primera
 Que allí de Asia arrinconó los mojonos,
 Y el Hiperbóreo monte una ladera
 Voraz carcome dentro en sus regiones;
 Donde seis meses tienen noche entera
 Los que entre el hielo rompen sus terrones,
 Y sin mudar jamas temple ni cielo,
 De unas estrellas gozan y de un cielo.

» Allí son los altísimos Rifeos,
 Y el Tánais que, en sus faldas nace y crece,
 Y sin gozar del mar ni sus deseos,
 En la laguna Méotis feneces:
 El Bósforo es aquel, y allí los feos
 Agatirsos están; aqui parece
 El sitio de los sármatas y alanos,
 Y allí los masagetas inhumanos.

» La Quersoneso Táurica es aquella,
 Que al parricida Orétes vió asombrado,
 Y en el sangriento altar de la doncella,
 A su alfanje divino arrodillado:
 Dacia, y el gran Dorisco en medio della,
 Allí hace cien mil hombres, con que armado
 Quiso Jérjes, escudo por escudo,
 Su ejército contar, y apenas pudo.

» Como famoso labrador que, hecha
 Su limpia parva en el agosto amigo,
 No cuenta grano á grano la cosecha,
 Mas á colmadas trojes mide el trigo;
 Así en aquel Dorisco, que una estrecha
 Celda de aqui parece, el rey que digo
 Su ejército midió á teatros llenos,
 Sin que cupiese aun en catorce senos.

» El monte Hemò es este, que su altura
 Casi nos cierra el paso sobre el viento,
 Cuyas cumbres descubren la llanura
 Del Egeo mar y el Jonio turbulento;
 Y el Ismaro, cubierto de frescura,
 Por donde Orfeo derramó su acento,
 Y del Pangeo monte la cabeza,
 Que al mar oprime, y rompe su braveza.

» Esta que, así arrimada al mediodía,
 Una ancha hoja forma de higuera,
 Donde del istmo estrecho la porfia
 A pesar de dos mares persevera,
 Es el Peloponeso, fuente y cria
 De las humanas letras; la severa
 Corinto aquella, que de sus ruinas
 Roma gozó riquezas peregrinas.

» Los Léleges, Teléboes y Curetes
 Son los que allí parecen derramados,
 Y aquellos los caballos y jinetes
 De Acarnania y sus pueblos celebrados;
 Y los que entre tus pinos entremetes,
 Oh humilde Arcadia, de árboles criados
 Son estos, y los otros los mojonos
 De Pelagios, Parresios, Licaones.

» El Ténaro es aquel que el mar salado
Fuegos del hondo Flegeton vomita,
Y el promontorio Málca señalado,
Que el paso á las erradas naos evita:
El espartano pueblo celebrado
Allí (si aun dura su memoria) habita,
Y estos son los remanos cristalinios
De Erimanto, y de Ménalo los pinos.

» La Pirrea Tesalia, coronada
De señalados montes, es aquella;
El altísimo Olimpo y su nevada
Frente, que toca á la mas alta estrella;
Y de Oeta la cumbre celebrada,
Con el sepulcro de Hércules en ella;
El Osa, de los dioses enemigo,
Y de centauros el establo antiguo.

» Aquí es el valle Flegra peñascoso,
Donde la celestial caballería
Peleó con todo un campo monstruoso,
Que en favor de los Titanes venia;
Donde del gran destrozó belicoso
Las reliquias se gozan todavía,
Y los collados aun se están cubiertos
De blancos huesos de gigantes muertos.

» Este es el alto Pélion que al oriente
Hurtó la primer luz de la mañana,
Y de escalon sirvió y altiva puente
En la disforme guerra soberana;
Y aquel rio de cristal resplandeciente
Que entre el monte Osa y el Olimpo mana,
Es el padre de Dafne, el gran Peneo,
Que al mar lleva un clarísimo rodeo.

» Y aquel pequeño valle, por quien pasa,
De flores coronado y hermosura,
El celebrado Temple, en quien sin tasa
Flora vertió su cuerno de fescura;
Donde en verde jardín y alegre casa
El florido verano siempre dura,
Y Anfriso por allí voltea solo,
Ufano de mudar el nombre á Apolo.

» El turbio Anagro, de aguas heidiondas,
Donde lavó el Centauro sus heridas,
Es el que por allí lleva las hondas
Riberas, de veneno ennegrecidas;
Y el claro Anauro, de plateadas ondas,
Sesgo sereno y de olas recogidas,
Que con vapores, nieblas ni rocío
Jamás destempla ni hace el aire frío.

» Esta costa de mar que del Egeo
Al Jonio va á buscar la estrecha puerta,
Y del frío y altísimo Pangeo
Hasta el Acroceranio corre abierta,
Es Acaya y su templo Dodoneo,
Adonde en su inmortal selva, cubierta
De encinas duras, daba un dios potente
Respuestas otros tiempos á la gente.

» La antigua Macedonia y sus collados
Son estos con que el ancho Epiro crece,
A quien dos veces en contrarios hados
Romana sangre sin por qué humedece;
Y aquellos rayos de cristal grabados,
Que otro cristal mayor desaparece,
Sesenta navegables rios y fuentes
Son que al Danubio entregan sus corrientes.

» Y él, cargado de gentes belicosas,
Ferozes pueblos, bárbaras naciones,
Por selvas de arboledas deleitosas,
Del mar de Scitia busca los rincones,
Donde por siete puertas anchurosas
En él descarga sus preciosos dones,
Dando en testigo á su feliz entrada
La hermosa Péucea, de ovas coronada.

» Entre estas feracisimas riberas
Y el Adriático mar corre la costa
Del Ilirico reino y sus fronteras,
Contrapuestas en playa y luna angosta;
La Albania, la Dalmacia y las laderas
De Liburnia y la Istria, á cuya costa
El azote parió en parto fecundo
De Atila otra Venecia nueva al mundo.

» Debajo aquel celaje y niebla fría
Que del Dantisco mar se va exhalando,
La alta Podalia corre y la Rusia,
La Prusia, Frigia y el Holsacio bando;
Cracovia, Pomerania y la Dania,
La fria Noruega de continuo helando,
Con otro inmenso y áspero gentío,
De leyes varias y de asiento frío.

» Y aquel celaje azul, que ancho y tendido
Un rasó cielo desde aquí parece,
Es el gótico mar, que, allí escondido,
Al polo con sus olas humedece;
De potentosas islas oprímido,
Donde Tile en sus fuegos resplandece,
Y asombra con fantasmas ordinarias
La resaca á sus playas solitarias.

» Las Orcades, pendientes sobre el hielo,
Allí han de estar sembradas y esparcidas,
Y las Ebudas, de un estéril suelo,
Entre nieve acullá y cristal metidas,
Con las que al norte por cenit de cielo
En cuatro euripos tienen repartidas,
Y la hiperbórea, libre gente ociosa
En quieta vida goza y paz sabrosa.

» Mas, ya dejando este intratable cielo
De fria niebla y de rigor vestido,
Y el eje eterno de cristal y hielo
Sobre que se revuelve el mundo unido,
Volved los ojos á aquel fresco suelo
Que ufano extiende allí el cuerno florido,
Y vereis la dichosa y rica tierra
Que el Apenin divide y el mar cierra.»

ALEGORÍA.

Orlando, burlado por tantos modos de Garilo, significa que el descuido y confianza suele traer á los hombres á grandes riesgos, y el recato con que ha de vivir el que no quisiere ser engañado de traidores. En el alquimista y sus engañosas fábulas se apuntan las que algunos charlatanes desta profesion usan para encandilar al vulgo; que, si bien es verdad que hay en esta arte grandes secretos, son pocos los que los alcanzan, y muchos los que tratan de burlar á su sombra el mundo, con que vienen á perder los ménos por los mas; no obstante que la piedra filosofal ó elixir divino, figurado por el anillo de Angélica, haga tan admirables trasformaciones en las cosas, que las que aquí van apuntadas por encarecimiento sean en su comparacion cortas y de poco nombre, si ya no queremos entender por el anillo la virtud, que es la que hace en el mundo las mayores trasformaciones y maravillas.

En el truco de las flechas del amor y de la muerte, se muestra la poca seguridad de la vida humana, aun en sus juveniles años; y cómo, aunque el tiempo en el hombre consume y gasta la potencia del cuerpo, el alma, que nunca se envejece, suele tener en la vejez tan floridos deseos como en la mocedad.

La conversion de Garilo en gato, dice cuán dificultosa es de mudar la inclinacion, aunque se mude el estado y profesion de la vida.

Malgesí, que con sus conjuros levanta volando su navio, y sus tres compañeros en él, significa el alma contemplativa cuando con sus tres potencias, entendimiento, memoria y voluntad, figurados en el rey de Persia, en Reinaldos y Morgante, se levanta á la contemplacion de las cosas superiores, comenzando por las inferiores, y su caduquez y poca sustancia.

LIBRO DECIMOSEXTO.

ARGUMENTO.

Prosigne Malgesi su viaje y discurso, describiendo en él la hermosura de Italia y Francia; y habiendo hecho á petición de Orimandro un famoso epilogo de las grandezas de España y sus antigüedades, se ofrece de enseñarle el nuevo mundo que el cielo tiene prometido á la monarquía española.

Dijo; y templando en vuelo sosegado
Las velas al favor de un fresco viento,
En día claro y cielo sosegado
Fué descubriendo el italiano asiento;
Y el mundo donde vuelan, asombrado
De su nuevo viaje, ciento á ciento
De las ciudades salen y las villas,
A ver las nunca vistas maravillas.

Puesto ya el pescador su corvo anzuelo
Al engañoso cebo, y levantada
La tembladora caña en alto al cielo,
Con la vista se queda embelesada;
Y el humilde ganán, rompiendo el suelo
Con la yunta de bueyes alquilada,
De tan nuevos portentos asombrado,
A la manquera se quedó arrimado.

No hubo pobre oficial tan codicioso,
Que por verlos no deje su tarea,
Ni rey á quien no asombre el espantoso
Barco que el aire y su region pasea,
Ni villano tan terco y malicioso,
Que con la boca abierta no los vea,
Ni viejo así encogido y encorvado,
Que esta ocasion no le haya enderezado.

Como en tiempo de eclipse el temeroso
Vulgo, en bandos y cuentos repartido,
El entulado sol mira medroso,
A quien su hermana tiene oscurecido;
Que cualquiera, hecho astrólogo famoso,
Su historia dice, y cuenta lo que ha oído,
Y el natural efecto del planeta
A su traza y su modo lo interpreta:

Así el barco, volando por el viento,
El mundo tiene en bandos alterado,
Y á cada cual, conforme á su talento,
Con mas temor ó ménos asombrado;
Quizá del estrellado firmamento
La argonautica se ha desencajado,
Y cargada de dioses, va camino
En busca de algun nuevo vellocino.

Otro ménos leído y mas medroso
La barca dice que es del lago Averno,
Que, preñada de mundo mentiroso;
Traslada hombres fingidos al infierno;
O que es la nao sagrada del glorioso
Pedro, barquero celestial y eterno,
Que, huyendo del mundo en feliz vuelo,
Con la fe y la verdad se sube al cielo.

Y ellos, siguiendo el celestial camino,
Del asombrado mundo van gozando,
Cuando el suelo de léjos ven latino
La hermosura del mundo sustentando;
Y prosiguiendo el mágico adivino,
La proa á la Calabria enderezando,
«El que allí encumbra, dijo, su cabeza,
De riscos coronada y de maleza,

»Es el Gárgano altísimo, sagrado
Alcázar del arcángel poderoso
Que al católico ejército fué dado
Por capitán y príncipe glorioso;
Y el pueblo de Dionédes, ya trocado
El nombre en apellido mas dichoso,
Cuyos collados del Salmicio bando
Cuerpos están y sangre regoldando.

»Las ruinas del gran templo de Minerva,
Sus torres y gastados chapiteles,
Allí á pesar del tiempo los conserva
Lucerna entre sus bosques y verjeles:
Citaro baña allí la fresca yerba,
De azucenas manchada y de claveles;
Que el despues, con sus ondas mal seguras,
De tiernas flores vuelve piedras duras.

»El rio Ausida, que con sangre humana
Al mar de Adria llevó nuevas crecientes,
Es el que allí de hirpinos bosques mana,
Y por la Nursia tuerce sus corrientes;
Y allí á Hetrucio, que en la suerte vana
Del rey de Epiro y sus vencidas gentes
Muestra al mundo que solo al cielo es dado
Saber el fin que al hombre guarda el hado.

»Aquellos son los muros de Tarento,
Que al mar dan nombre y sombra de contino;
Y Scileo, promontorio turbulento,
Que á Caribdis y Scila está vecino;
Y de Ardea su alto alcázar, y el asiento
Que le dió Turno y le quitó su sino,
Cuando, á pesar del fuego, hizo al cielo
Le prestase alas y otorgase el vuelo.

»Aquel euripo estrecho, que parece
A pesar de dos mares abrir paso,
Por donde el regio promontorio crece
Y el Peloro se arroja al mar escaso,
Es el Tirreno angosto, en quien fenecce
De la fértil Italia el campo raso,
Y adonde, con bramido temeroso,
Al mar turba Caribdis su reposo.

»La que allí está á las ondas entregada,
Y fué de tierra firme dividida,
Es la antigua Trinacria, así nombrada
De las tres puntas con que está ceñida:
La que la Libia al astro ve tostada,
En continos bochornos encendida,
Es Lilibeo, aquel el gran Paquino,
Que oye bramar los ciclopes contino.

»El Peloro se llama estotra punta,
Que ya un tiempo llamarse Italia pudo,
Y en blancos huesos dió y gente difunta,
Nevada de Leucosa el canto agudo;
Y el que los encendidos globos junta
A las altas estrellas, y el membrudo
Encelado entre el bronce y pez derrite,
Y hace que fuegos sin cesar vomite,

»Es el asiento de Etna peñascoso,
De llamas y de nieve incorporado,
Cuyas masas de fuego monstruoso
El cielo tienen con hollín tiznado;
Y lanzando del vientre caluroso
Derretidos peñascos, y nevado
Con la ceniza el campo aborrecible,
El pecho hierva en hueco estruendo horrible.

»Es fama que de un rayo poderoso,
En aquellas cavernas soterrado,
Está el gigante Encelado espantoso
De todo el monte altísimo cargado,
Del pecho resoplando caluroso
Fuego, humo y azufre quemado;
Y al anhelar del pecho que rehierve,
La tierra tiembla en torno, y el mar hierva.

»Allí tambien están del feo Vulcano
Las fraguas y hornazas encendidas,
Y el ciclope nudoso al aire vano
Roncos estruendos forma y estampidas:
Hiere en los yunques su pesada mano,
Y revuelve las masas encendidas;
Resuena el sordo valle, y por los huecos
Peñascos braman los quebrados ecos.

»Y no léjos de allí, en un prado ameno,
La agradable Aretusa resplandece,
Por quien Alfeo ya en paso sereno
Al mundo su cristal desaparece:
El monte Ibla, de flor y abejas lleno,
Y el rio Pancayo es el que allí parece
Manso, despues que Ceres sabiamente
El ruido le enfrenó de su corriente.

»Las islas Eolias, donde el raudal viento
Tiene en sombras cavernas su morada,
Son las que allí con espumoso asiento
La mar muestran en torno salpicada,
Donde Cáprea sustenta ancho cimienta
A la Tiberia torre celebrada:
Cipara es esta; aquella Enaria angosta,
Y esta Surrento y su apacible costa.

»El río Numincio, de ondas sosegadas,
 Donde el cuerpo de Enéas fué hallado,
 Es el que allí, regando las yugadas
 Del fértil Lacio, busca el mar salado;
 Y Penestre, de almenas levantadas,
 Hechas de fuego y pedernal labrado,
 Es aquella, y aquellos que allí vistes,
 Los Tétrios montes ásperos y tristes.

»La ciudad Aretina y sus pantanos,
 Siempre exhalando destemplados vientos;
 Y la soberbia Tibur, cuyos llanos
 Gozan los telagónicos asientos:
 El sonoro Sarno, y los ufanos
 Cuernos del Iris claro, y los cimientos
 Son estos de Minturnia destruida,
 Que á Mario en sus lagunas dió la vida.

»Las blancas piedras de Anxur celebradas,
 Y los collados que con su agua riega,
 Son aquellos, y aquellas las cañadas
 Con que al Pontino lago las entrega;
 Y los mirtos y encinas consagradas,
 Que al sol esconden la florida vega
 Del reino de Diana, son aquellos,
 Con su gran sacerdote y rey en ellos.

»La fértil Cúmas, con dichoso agüero,
 Allí fué de los Calcidas fundada;
 Y aquella es Capua, que un alcon mañero
 Nombre le dió y la hizo señalada,
 Por donde el río Volturno va lijero,
 Huyendo de su vida regalada,
 Que afeminó á Anibal el pecho fuerte,
 Y á César dijo y anunció la muerte.

»Allí sus baños tiene celebrados
 La fértil Váyas, de aguas excelentes,
 Y los Cimerios pueblos soterrados
 Solian allí esconder sus negras gentes:
 Los valles son, de olivas coronados,
 Del gran Tiburno, los que veis presentes;
 Tofa es aquella, aquellos sus alumbres,
 Y este Argentario y sus altivas cumbres.

»Nápoles queda allí y sus altos muros,
 Mejor por sus contrarios renovados
 Que los hicieron los Calcidas duros
 De groseros terrones amasados;
 Y de Circe los bosques mal seguros,
 De olas antiguamente rodeados,
 Y anudados ahora con la tierra,
 Ya del mar vencen la importuna guerra.

»Aquí aun se dura el rastro y los señales
 De haber vivido allí una rubia diosa,
 Circe, hija del sol, que á los mortales
 Era á dar nuevos cuerpos poderosa;
 La que en varias figuras de animales,
 Al toque de su vara milagrosa,
 De Ulises convirtió los compañeros
 En osos, tigres, puercos y carneros.

»Por allí da tributo al mar Tirreno
 El Tiber, de victorias coronado,
 Aquel mismo tributo que en su seno
 De cincuenta y dos ríos ha cobrado;
 Adonde en el Tarpeyo monte ameno
 Roma su Capitolio vió encumbrado,
 Que el mundo gobernó, y hoy, mejorada,
 Del vicario de Cristo es gobernada.

»Volved la vista ahora á estotra parte
 Del mar de Adria y vertientes de Apenino,
 Veréis un templo del furor de Marte
 Hecha la ciudad áspera de Urbino,
 Y del puerto de Ancona el baluarte
 Que Trajano fundó de mármol fino,
 Y su Cuméreo puerto, puesto en modo
 Que al mar parece que le da del codo.

»Allí está el fértil campo de Loreto,
 Bien que ahora ni muy rico ni estimado;
 Mas yo veo tiempo ya que será aceto
 En el mundo, y su nombre celebrado,
 Cuando por modo altísimo y secreto
 A él se haya un aposento trasladado,
 Que de Judea vino á Esclavonia,
 Y en él á Cristo concibió Maria.

»Allí es Perusia, donde la hambre ayuna
 De Antonio estuvo un tiempo apoderada,
 Y esta la gran Florencia, que ninguna
 Cual ella se vió en flores asentada:
 Luca y el promontorio de la Luna,
 Y Pisa, por su loza celebrada,
 Parma, Módena, Lodi, Alejandria,
 Milan, Cremona, Bérgamo y Pavia.»

Haciendo cruces con la mano diestra
 Fué señalando el sabio estas ciudades,
 Y prosiguiendo, dijo: «Allí se muestra
 Rabena ilustre, antigua en mil edades;
 Y Felsina-Bolonia, gran maestra
 En toda ciencia y todas facultades,
 Está allí derramando un mar al mundo
 De graves letras y saber profundo.

»Ved á Ferrara puesta en la ribera
 De Eridano, y sus ondas espejadas,
 Donde Faeton su vida y su carrera
 Juntas dejó de un golpe rematadas:
 Allí está Mantua y Andes, la primera
 Entre tierras y gentes celebradas,
 Donde nació la fuente de quien mana
 La alta facundia y la elocuencia humana.

»Por allí pasa Mincio, mas ufano
 Que el claro Anfriso por el rey de Delo,
 Y en sus principios, como el mar liviano,
 Con olas suele amenazar al cielo,
 Donde Bérgamo goza asiento llano,
 Y Trento parte con los Tuscos suelo;
 Y aquel el Rubicon, raya liviana
 De la prosperidad y paz romana.

»Las incultas almenas mal labradas
 Que allí lava la mar y azota el viento,
 Donde unas gentes, del temor guiadas,
 A buscar fueron mas seguro asiento,
 Tristes reliquias son despedazadas
 Del destrozo de Atila, y su escarmiento
 Les hará, sin que el tiempo las consuma,
 Ir creciendo en la mar como su espuma.

»Es su nombre Venecia, y sus agüeros
 Así dichosos desde el primer día,
 Que pasará en los siglos venideros
 De república el nombre á monarquía:
 Destas cumbres los gajos altaneros
 Los Alpes son blanqueando nieve fría,
 Que al bárbaro furor, con muro estrecho,
 La rica Italia apartan sin provecho;

»Donde al pié en sus collados mas vecinos,
 De fértil grama y flores coronados,
 Ricos pueblos fundaron los taurinos,
 Allí desde Liguria trasladados;
 Mas mira ahora los montes cristalinos
 Que á tu isla Cirno baten los costados,
 Rey de Córcega, y la otra su vecina,
 Que apenas desde aquí se determina.

»En la una, si la fama no se engaña,
 La miel el nombre pierde de sabrosa,
 Y en la otra, sin querer, rie y regaña
 Al que su yerba prueba venenosa:
 La que allí sus mariscos acompaña
 Es Egilos, de cabras abundosa,
 Y la palmosa Iba acá parece,
 Rica del hierro que en sus venas crece.

»Entre el puerto de Vénus y el trofeo
 De Augusto, y entre el Varo tortuoso
 Y el río Macra, que en feliz rodeo
 Del Apenin descende presuroso,
 Correr al austro la Liguria veo,
 De áspera tierra y sitio montioso,
 Donde en su costa Jénova parece
 Hermoso lirio que entre espinas crece.

»Mas ya aquí se descubren las vistosas
 Cumbres del Alpe, y á la diestra mano
 Ambas las Alemanias belicosas,
 Que el frío Reno las divide en vano:
 Las dos ilustres Bélgicas famosas,
 Todas llenas de imperio soberano,
 De marcas, reinos, títulos, blasones,
 Duques, lansgraves, condes y barones.

»Aquellas altas peñas que nevadas
La espuma dan que por sus playas crece,
Las rocas son de Albiones celebradas,
Adonde Anglia sus términos fenecer:
Aquellas son sus selvas encantadas;
Merlin allí y su ciencia permanece,
De quiebra he yo apuntado en mis lecciones
Escólios mil y mil anotaciones.

»Es reino ilustre, rico y belicoso,
De gente afable, humana, y sus banderas
Temor del gran Oceano espantoso
Serán en las edades venideras:
¡Oh pueblo muchas veces venturoso,
Si tan cerca á Alemania no tuvieras,
Que criará una Hidra y un Briareo
Que agoten cuantos bienes en ti veo!

»Allí es Brabancia, Flándes, Picardia,
Y aquí Francia, mi patria regalada,
Con su ciudad, de adonde nace el día
Hasta donde se esconde celebrada:
Allí Garona, allí Secuana envía
Sus peces y agua á la mar salada;
Allí se traga el Ródano á la Sona,
Y aquí parte á Marsella de Narbona.

»Bretaña es esta, aquella es Normandia,
Y estotra la Provenza regalada,
Por donde Druenza su corriente guía;
Y esta Auñon, sobre el Ródano sentada:
Allí es Tolosa, allí Fuenterabia,
Y allí la ardiente cumbre, ahora helada,
Del Pirineo, que en fuegos encendido,
Arroyos sudó de oro derretido.

»Aquellos valles que una niebla fría
Parecen exhalar de humor sangriento,
Cuya espantosa cumbre al sol y al día
De Francia enlutan con su grueso aliento,
Los Roncesvalles son, en quien solía,
A los aspectos de su cielo atento,
Pronosticar Merlin cierta caída
En la gente del mundo mas temida.

»Los astrónomos puntos de impresiones
Que señaló de burla ó verdaderos,
Ya van en las postreras conjunciones:
Trueque el cielo en mejores sus agüeros,
Y al nuevo imperio en todas ocasiones
Del brio enemigo rinda los aceros,
Y á pesar de los astros engañosos,
Sus lirios de oro salgan victoriosos.

»Ya de aquí se descubren las regiones
De la feliz y belicosa España,
Famoso reino en las demas naciones
Que la tierra encadena y el mar baña;
Cuya grandeza en todas ocasiones,
Si de la fama el crédito no engaña,
Única ha sido y es en cuanto encierra
De nobleza y valor en paz y en guerra.

»Allí es San Sebastian, Huesca y Bayona,
Y acá Colibre al mar Mediterráneo,
Aragon, Cataluña y Tarragona,
Y el promontorio Vénus Perpiñano:
Allí su puerto guarda Barcelona,
Y allí el famoso Grao valenciano,
Denia, Alicante, Murcia, Cartajena,
Sus costas gozan de riquezas llena...

« Paso, dijo Orimandro; que el intento
Mayor que me sacó de Persia un día
Fue ver de España el belicoso asiento
Y asombros del valor que della oía;
Y pues se me ha venido tan á cuento
Y sin buscarlo lo que hallar quería,
Templad las velas y volad despacio;
Que quiero ver de Marte el gran palacio.

»Y pues que vos, por sabio y por vecino,
Podeis darnos razon y luz de todo,
Gobernad el timon y abrid camino
Por este aire benévolo, de modo
Que yo os deba este gusto á que me inclino,
Y el contar su grandeza al reino godo,
Y todos tres gozar en este vuelo
La majestad de tan heróico suelo.»

Dijo; y el frances mágico, ahora sea
Por dar al persa gusto y á Morgante,
Que lo mismo parece que desea
En los halagos del feroz semblante;
O por curiosidad, en que se vea
De su leccion y ciencia lo importante;
Que es gusto al fin mostrarse un hombre sabio,
Y entre reyes mover á tiempo el labio;

Así con blando y sosegado vuelo,
« ¡Quién, señor, dijo, en tan pequeño rato
Del real valor deste invencible suelo
Darte podrá, cual pides, un retrato?
Quién de su clima, temple y paralelo,
Fertilidad, riqueza y aparato,
Decir podrá en palabras suficientes
Lo que á España se debe y á sus gentes?

» En lo mejor del habitable mundo,
Como cabeza dél, la asentó el cielo,
Combatida de un crespo mar profundo.
Que por tres partes cime el fértil suelo;
No en el clima tercero ni el segundo,
Ni en el sexto ni sétimo, en que el hielo
Con tal rigor sobre sus golfos baja,
Que en rocas de cristal los trepa y cuaja.

» Aquí nunca del Cancero el caluroso
Chele los fuegos llueve que en Egipto,
Ni del boreal Cefeo perezoso
El hielo se cayó de hito en hito;
Ni es de suelo tan frío y tan ventoso
Como Francia, ni abraza en su distrito
Los bochornos del monte de Carena,
De incultos riscos llenos y de arena.

» Penetrada con vientos de ambos mares,
Conserva un aire limpio y cielo sano,
Y de riquezas llena singulares,
No hay quien no tenga algunas de su mano:
No todas cosas dan todos lugares,
Ni el mundo es todo cuesta ó todo llano:
La India envía marfil, la Arabia incienso,
Perlas el mar, y á él los rios su censo.

» Seda el Catay, el Alpe da cristales,
Paro alabastro, Candia alegre vino,
Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
Vasos Corinto, el Ganges oro fino,
Jaspes Copto, Penestre pedernales,
Scitia las blandas martas, y el benito
Aire de Tible miel, y Tiro ufana
En sus conchas la púrpura de grana.

» Por todo el mundo, del empireo cielo
Dones descendien de influencias varias;
Esta grandeza es propia deste suelo,
La otra de aquel, destotra las contrarias;
Aquí extraño calor, acullá hielo,
Cosas raras aquí, y allí ordinarias:
Solo los campos fértiles de España
Ninguna cosa tienen por extraña.

» A la seda de Murcia y de Granada,
De Toledo y Valencia, ¿quién le llega
Cuando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado, en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dejando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios?

» Al cristal lusitano y á las martas
Gallegas, ¿quién iguala, ó al coral fino
Del catalano golfo, cuando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
¿Quién al rojo oro en granos con que hartas,
Oh España, la hambre del vecino
Bárbaro alarbe ó apartado griego;
Que á todos tu afición quita el sosiego?

» No engendra Ormuz mas fina pedrería
Que tu Puebla, Moron y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cria
Llega el Oriente en su mayor extremo:
A tus jaspes no igualan los que envía
El Paro, el Copto ni el helado Hemo;
Ni á la miel de Bejer y la de Baza
De Jupiter el néctar en su taza.

» Sus búcaros de barros lusitanos
Exceden los de Dódone y Corinto,
Y la loza del pueblo toledano
En color la esmeralda y el jacinto;
Sus vinos al falerno y al greciano,
De Yepes, San Martín, Ocaña y Pinto,
Alanís, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosia celestial tesoro.

» ¿Qué pudo repartir al mundo el cielo
Para el provecho humano ó su deleite,
Que le negase á este dichoso suelo,
Y en él no sirva de virtud ó afeite?
Aquí un fértil sembrado, allí un majuelo,
Acá un lugar de vino, allá de aceite;
La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
Y la perdiz burlada del reclamo.

» Si á Cólcos dió valor un vellocino,
Y fama en tantos siglos y naciones,
Por solo un lustre de oro peregrino
Que en sus guedejas daba reflexiones;
¿Cuánto le exceden en precioso y fino
Del extremo campo los vellones,
Y á las conchas de Tiro y de sus riscos
La grana que se cuaja en sus lentiscos!

» Es toda junta una preciosa pasta
De finos y riquísimos metales,
Que antiguamente pudo, y ahora basta
Los deseos á hartar de los mortales:
Los griegos, los romanos y la vasta
Africa de sedientos arenales,
Con las preciosas sobras de sus venas
Sus flotas vian de riquezas llenas.

» En otras partes la codicia humana
Entra por oro á desvolver la tierra,
Y en hondas grutas con sudor se afana,
Y por sacarlo á luz le hace guerra:
Mas aquí él solo por los riscos mana,
O el arado al pasar lo desentierra,
Y como convidándose á sus gentes,
Los arroyos le manan y las fuentes.

» Que por hijo feliz de un fértil suelo
Y de madre nacido tan fecunda,
Lozano da vislumbres, sin recelo
Que avariento le dé cárcel segunda;
Mas ¿qué bien ó favor ha dado el cielo
A la tierra, que aquí no nazca y cunda,
Y á porfia brotando de sus senos,
Sus campos deje de riquezas llenos?

» Cuanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino;
El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodón, el blando lino,
El vivo azogue, el soliman y afeite,
Y de Sevilla y Eciija el aceite.

» Su bronce, plata, estaño y sus alumbres
Al mundo dejan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cubres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas erece de pesado plomo.

» Los montes, de un alegre abril manchados,
De frescas yerbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados,
Los sombríos bosques tejen mas amenos:
Cárdenos lirios, aelis morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles, tomillo y rojo acanto,
El fértil trébol y el romero santo.

» Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril les entapiza,
De mas fino color y alegres sombras
Que las que Persia para ti matiza;
Y si destas grandezas no te asombras,
Oye con que de nuevo se autoriza
En los soberbios ánimos valientes
De sus gallardas invencibles gentes.

» ¿Quién á un bravo español en osadía
Y atrevido ademan pasó adelante,
O al trato hidalgo y noble cortesia
Igualar pudo en ánimo arrogante?
¿Quién la reportación y valentía
No ve ser destas gentes semejante
A sus furiosos ríos, que en sonoro
Curso llevan cristal envuelto en oro?

» Son de ánimos valientes, atrevidos,
Prestos en los peligros y arrojados,
Francos en amistades, comedidos,
Graves, briosos, nobles, arriscados;
Para trabajos, fuertes y sufridos,
Para nobles, leales y esforzados;
Que la traición es mancha de cobardes,
Y estos desta nación propios alardes.

» ¿En qué region del mundo sus banderas
No han de dar sombra y asombrar el mundo?
En Persia, Africa, Arabia, y las postreras
Islas que ciñe y bate el mar profundo;
¿Oh venturosa España, si tuvieras
De tus Eneás un Maron segundo,
O á tus nuevos Aquiles un Homero,
Cuán poca envidia hubieran del primero!

» Tus verdades exceden sus ficciones,
Y tu ordinario estilo á sus portentos,
Y en descubrir y hallar nuevas regiones,
A los mas arrojados pensamientos:
En fe y lealtad las bárbaras naciones,
En letras, en virtud y entendimientos
Cuantos la Grecia y el Egipto encierra,
Y en armas todo el resto de la tierra.

» Preciósse Roma y tuvo por grandeza
Dar Césares al ancho mundo, en paga
Que al oro, plata, perlas y riqueza
Que le tributa y pecha, satisfaga;
Y arrogante y soberbia en ser cabeza,
Su misma vanagloria le empalaga,
Trayendo en ella por blason altivo:
—Césares doy, si lo demas recibo.—

» España dió al imperio los mejores
Príncipes que ya tuvo en su gobierno,
Y en todas facultades mil autores
De soberana fama y nombre eterno;
Y no solo dió á Roma emperadores,
Mas en los siglos de su parto tierno
Le abrió la zanja, y en feliz agüero
A su muro arrimó el terron primero.

» De nadie mendigó favor humano,
Ni tras de la ambición y la zozobra
El mundo saqueó en rigor tirano
Por rehacer su falta de otra sobra;
Y así, en blason pondrá su rica mano:
—Nada me falta á mí; todo me sobra;
Todo lo doy; de todo soy barata,
Césares, reyes, reinos, oro y plata.—

» A Roma dió principios venturosos,
Y al que alzó en Asia los troyanos muros,
Y en Galia á mis franceses belicosos
De Mongrana los ánimos mas puros:
No son hablas ni cuentos fabulosos,
Ni va por atenores tan oscuros
Su clara sucesión, que no lo sea
A quien saberla de raíz desea.

» Abuelo de Milon fué Clararonte,
Fundador de la casa de Mongrana,
Puesta del Alpe en un soberbio monte,
Y él de la sangre y sucesión troyana:
De Deifovo nieto, que en Piamonte
Cetro tuvo y corona soberana,
Y fué de Franco Héctor descendiente,
Y todos tres de la española gente.

» Y aun yo, no tan de léjos, otra parte
De español tengo, no de poca estima:
Egílona, mujer de Durandarte
Segundo, fué del rey Vitiza prima:
Desta nació mi abuelo Balisarte,
Que en España vivió, y en la honda sima
Del rico Tajo me crió con gana
Que aprendiese la ciencia toledana.

» Allí secretos alcancé importantes
A los cursos del mundo y su gobierno,
Y en mis alegres años principiantes
Los cercos aprendí del lago Averno;
Mas ¿para qué son cuentos tan distantes
Y la revolución de un mundo eterno,
Si desde aquí podeis gozar presente
La majestad del reino y de su gente?

» Otros se ocupen en contar las rocas
Del helado Propondo y del Egeo,
Y por sus playas celebrar las focas
Del fingido baño de Proteo;
Que yo, á tener cien lenguas y cien bocas,
Juntas las diera á este famoso empleo,
Y mostrara con ellas, aunque humildes,
De tus grandezas las pequeñas bellas.

» Este que ambas provincias belicasas
De España y Francia veis cómo divide,
Y en freno de oro y riendas poderosas
A sus altivos ánimos preside,
Y con sus mismas cumbres deleitosas
Lo que hay de un ancho mar al otro mide;
Un tiempo vió sudando por sus lomas
Arroyos de oro y plata en vez de gomas.

» Subió tan alto el vuelo de su llama,
Que alumbró á España; y de su ardor sonoro,
Para eternas memorias de la fama,
Nuevo nombre compró á diluvios de oro:
El nombre es Pirineo; así se llama
Del fuego que dió al mundo tal tesoro,
Que á los fenices y á su rey Siqueo
Hartar pudo la hambre del deseo.

» Aquella altiva Peña es la Collarda,
Y estotra de Sobrarbe la alta sierra,
Y la otra donde Atlante tuvo en guarda
A Rugero por miedo de la guerra:
Aquella estrecha senda blanca y parda
El real puerto de Andorra, en cuya tierra
Alemania clavó de limpio acero
Una memoria al siglo venidero.

» Guipúzcoa es aquella que los gajos
Del Pirineo con sus pueblos trilla,
Haciendo de enriscados altibajos
Murallas á los reinos de Castilla:
Vidaso corre allí, y por valles bajos
Soberbio al Olearso mar se humilla,
Ufano en dividir con su corriente
De la francesa la española gente.

» Allí, por las montañas de Salinas
Cruzar verás al cristalino Deva,
Y en lo alto de su puerto, entre sabinas,
Una grandeza y maravilla nueva:
De aquella estrecha ermita y sus ruinas,
En humilde vertiente aumenta y ceba
A dos contrarios golfos y arenales,
Aguas con las que lloran sus canales.

» O sea aquí lo mas alto deste mundo,
O el principio de todas las corrientes,
Las unas de Cantabria al mar profundo
El turbio Deva pecha en sus crecientes;
Y las canales del combes segundo,
Que al descubierto sur hacen vertientes,
El río Cadorra al Ebro las entrega,
Y él al Mediterráneo mar las llega.

» Y así, con tiernos brazos cristalinos.
Esta pequeña ermita abraza á España,
Y por diversas sendas y caminos
De humildes ondas la rodea y baña:
Aquellos de Vergara son los pinos
Con que sus edificios acompaña,
Y allí los Mondragones de Arrasate,
Y el pueblo y villa célebre de Oñate.

» Estos dos huecos y ásperos peñascos
Que nos atajan por el aire el vuelo,
De hierro, acero, pinos y carrascos
Así amasados por virtud del cielo,
Son del monte Gorbeya sendos cascos,
Y las dos Babilonias deste suelo;
Y el valle de Arrazola en su frescura
Quien, goza, puesto en medio, tanta altura.

» El río Urrola de herrerías lleno,
Con mas fraguas que Lipara y Vulcano,
Riega allí el valle de Legaspi ameno,
Y por entre dos pueblos pasa ufano:
Las peñas de Motrico, que en su seno
El mar le cubre y le descubre en vano,
Allí le sirven de mojon y raya,
Y estas son las mimbreras de Zumaya.

» Entre el de Arajes y este helado río
La antigua villa queda de Guetaria,
Las altas sierras y el asiento frío
De Arracilo y su cumbre en flores varia:
Alava allí y el noble señorío
De Vizcaya, que en costa solitaria
Su helado y crespo mar rodea y baña
La hidalga sangre del valor de España.

» Sus amenas florestas son aquellas,
Y de Bilbao aquel el fértil valle,
A cuyo verde asiento las estrellas
Noble y precioso aumento esperan dalle;
Allí es Durango, y las murallas bellas
De la ciudad de Orduña aquella calle;
Esta es su Peña, y la que está adelante
Lequetio, en marineros abundante.

» El que allí da frescura y sombra á un prado
Es el árbol famoso de Garnica,
A oír reales consultas enseñado,
De extranjeros Pelagos patria rica;
Allí de un pié descalzo, otro calzado,
Sus privilegios jura y ratifica
El que entra á ser señor, y de aquel modo
Cetro absoluto cobra y mando en todo.

» Allí está el gran Bermeo, que en las juntas
Tiene la primer voz, y el cristal claro
De la mar quiebra por las corvas puntas
Que á su ancho puerto sirven de reparo:
Esta es Navarra y sus florestas juntas,
De quien nombre, á pesar del tiempo avaro,
Eterno heredará, y de sus estrellas,
Gentes de invictos pechos y armas bellas.

» O ya sea poblacion de los troyanos,
Y sus naves y arados le den nombre;
O naciese el que tiene de sus llanos,
Y ahora con su altivez el mundo asombre:
Aquellos son sus valles comarcanos,
Y el que allí tiene de Bastan renombre
Cegó ya el pozo que parió un tesoro
De sangre á Francia, y á Navarra de oro.

» Aquellas son innumerables fuentes
De sal estéril, esponjosa y hueca,
De tal virtud, que aumenta sus crecientes
Cuanto mas crece y es mayor la seca;
Allí nuevas almenas dió á las gentes
En Pamplona Pompeyo, y allí en hueca
Fortuna, en ala y rueda no pequeña,
Las vistosas almenas de Sansueña.

» Allí es Puentelareina y su ribera
De alegres rojos vinos abundantes;
Aquí Estela, y Tafalla acullá entera
La corva costa corre de levante:
La raya de Aragon es la primera
Que los celtas con ánimo arrogante
Otro tiempo poblaron, y el tebano
Hércules les dió nombre de su mano.

» El que desde Fontible hasta Tortosa
Con toda el agua destes reinos crece,
Y entre fresca arboleda deleitosa,
De aquí una sierpe de cristal parece,
Es el río Ebro, y su ciudad famosa
Zaragoza la que allí florece,
Y aquella su ancha huerta de Almozara,
Que es quien la suele hacer barata ó cara.

» Aquella es Jaca, á quien fundó el tebano
Dionisio, y Huesca, donde un día Sertorio
Hizo academia, y con rigor tirano
Degolló en otro todo su auditorio;
Aquel blanco arroyuelo es el Turiano,
Y allí, en el Edeitano territorio,
Parece el pueblo de Ternel antiguo,
Por su cabeza puesto y sano abrigo.

» Tras él, en aquel sitio peñaseoso
De Albarracín está la ciudad bella,
Entre riscos metida del lodoso
Túria, y su gran centauro encima della;
Así pendiente, que su cerro umbroso
Al día la mejor luz carcome y mella:
Allí guía por Tortosa su corriente
El fértil Ebro al rico mar de oriente.

» De aquí hasta Perpiñán, sobre Colibre,
De Cataluña corre el principado;
Que así este suelo belicoso y libre
Fué de Otogerio Catalán llamado;
Y él, sin que á su ancha espada se le libre
Moro que ya le vió una vez airado,
Recobró, en compañía de otros nueve,
Toda esa costa que la mar embebe.

» Aquí está Perpiñán, de adonde el fuego
Del Pirineo así primer centella,
Y la sima que abrió, y el pozo ciego
Que rubias masas de oro dió á Marsella:
Gerona es la que allí se sigue luego,
Que el César ganó ahora, y puso en ella,
Para adorno á su templo, en bronce y oro
Divinos bultos de inmortal tesoro.

» Empurias, de franceses y españoles
Antigua población de aquella costa,
Allí, entre su arenal y caracoles
Sus anchas ferias tuvo y plaza angosta;
Allí hace Palamós sus tornasoles
De conchas y coral, y allí ensangosta
Su playa el mundo, y acullá la ensancha
La punta de la Luna corva y ancha.

» Estos riscos bellísimos que al cielo
Con tantas puntas alzan la cabeza,
A quien rodean de cristal y hielo
El río Llobregat y su aspereza,
Feliz reventación del fértil suelo
Que preñado parió tanta belleza,
Son, entre gajos de encrespadas peñas,
De Monserrate las floridas greñas.

» Allí del santo y célebre Ermitaño
El delvito se vió y la vida nueva;
Allí al estupro y homicidio extraño
Secreto albergue fué la oculta cueva;
Allí en lágrimas dió remedio al daño,
Y allí la celestial Princesa, en prueba
Del perdonado yerro, dió la vida
A la muerta, y la habla al homicida.

» Si á las torres y altivos chapiteles
Que allí hacen sombra y peso á Barcelona
Amilcar dió balcones y rejeles,
De Hércules las fundó la real persona;
Y en Monjuí dió altares y laureles
Al padre de los hijos de Latona,
En el lugar que ahora aquella torre
Sus playas mira y su cristal recorre.

» Aquella punta que la mar adentro
De hermosa población rompe cargada,
Y las olas que salen al encuentro
De blanca espuma nos la dan cercada,
Es Tarragona, la cabeza y centro
De su antigua provincia celebrada,
A quien de Armenia dieron pobladores
Las antiguas majadas de pastores.

» El campo de Igualada y de Cervera,
Si es digna de algún crédito la fama,
Del franco pueblo la nobleza entera,
Vuelta tierra, en la suya se derrama,
Que, sin salvarse escuadra ni bandera,
Donde en confusa voz el vulgo llama
La matanza, la flor del reino todo
A las manos murió del valor godo.

» Mas ya dejad esa manchada tierra
Por ver del ancho mar la costa brava
Que á las ricas Asturias hace guerra
Y en crespas olas sus arenas lava,
Donde el arado el oro desentierra,
O entre sus venas al cruzar se trava;
Tierra en el resto estéril y olvidada,
Y de sola esta hambre y sed buscada.

» Los astóricos celtas por mineros,
Las quebradas buscando de sus riscos,
A sus puertos llegaron los primeros,
Y dieron pueblo y nombre á sus moriscos;
La que entre aquellos ríos placenteros
A vueltas crece de hayas y lentiscos
Es Oviedo, y acá en la costa llana
La antigua población de Santillana.

» Aquí está de Monsagro la ancha cueva
Que al santo cofre que de Siria vino,
Por sacro relicario y guarda nueva,
La dió Pelayo y su primado Urbino;
Y acá entre aquellas peñas, la que lleva
A todas en altura la de un pino
Es Covadonga, humilde fortaleza
En que hizo pié de España la braveza.

» Allí los gajos corren de Idubeda
De la llana Navarra hasta Galicia;
Montesdoxa es allí, allí la Fresneda,
Y allí Ebro de su fuente se desquicia:
La de Oja en aquel risco estrecho queda,
Y allí su nombre y aguas desperdicia
De la fértil Rioja en las vertientes,
De aire abrigado y belicosos gentes.

» De Orbión el cerro con su muerto lago,
De arboledas cercado resonante,
Es el que allí, con movimiento vago,
Asombra en su quietud los caminantes,
Y á ver desciendo el mauritano estrago
En torno de los muros más constantes
Que, desde el mar de Calpe á su montaña,
Contra la altiva Roma tuvo España.

» Scipion la destruyó despues que tuvo
Tres lustros de años guerras sin dejallas,
Y contra Italia y su poder mantuvo
Su espada libre y sanas sus murallas,
Gastando en lo que en esto se detuvo
Ochenta mil romanos en batallas,
Y no quedando en ella un hombre sano
De quien triunfar pudiese el africano.

» De aquí se arroja, por Berlanga, Duero,
Y de rosas nevado y de jazmines,
A Osma baña y Gormaz, y en curso entero
De Aranda la ancha vega y sus confines;
Y de rios cargado, mas lijero
Que por el mar Carpacio sus delfines,
Mejorado de pesca, del gran moro
Olíid descubre el valle y busca á Toro.

» Allí, entre verdes pámpanos sentada,
Sobre un risco la halla por alfombra,
Llevando su corriente mejorada
Desde Simancas por el aire y sombra;
Toda del río Pisuerga salpicada
La tierra en torno, y el que mas se nombra
De los vecinos rios, nombre y agua
Juntos á un tiempo en su cristal desagua.

» Con esto llega á Toro, y de allí pasa
A bañar las Turquesas de Zamora;
Riega á Miranda, y por campaña rasa
En Portugal cuanto ha bebido llora:
Aquella es de Galicia, tierra escasa,
La otra abreviada gente, la que mora
Entre el río Duero y Miño, que á las vueltas
Los bracatos poblaron y los celtas.

» Porto es aquel, á quien los nobles galos
El nombre dieron, y él al reino todo,
Y Miño, quien por bárbaros regalos
Del rojo embije dió la mina y modo;
Galogreba por largos intervalos
Cetró conservó allí hasta el primer godo:
Esta es de Alía la fuente; allí está Lugo,
Que á la de Miño presta el primer jugo.

» Aquellas son del Vierzo las montañas,
Y las sin afeitar puntas bermejas
De sus ricas medulas las entrañas,
Que ya solían dorar las corvas rejas;
Y tú que á Carracedo el suelo bañas,
Y los peces produces con orejas,
Aunque no alcanzo á ver por dónde naces,
La rueda vemos de cristal que haces.

»Lago mas claro y de agua mas corriente,
De jaspeadas truchas abundante,
Es el que Astorga alli le presta fuente,
Y Sanabria en su risco ve triunfante;
Donde á sus frescas olas eminente
Un bello alcázar sube, semejante
Al que á Neptuno entre sus reinos de água
De Vulcano labró la sutil fragna.

»Esta es Astorga, aquel su rio Orbego,
Donde el poder suevo cayó en tierra
A los piés de un rey godo, cuyo fuego
Talandó fué cuanto aquel mundo encierra;
Y el que en cristal de blanca espuma ciego
Al Rabanal carcome la ancha sierra
Es Molina, que alli de Peña en Peña
Por sus ondas quebradas se despeña.

»Ved pues de Miño el cristalino curso
Con que busca la mar, y en su ribera
A Lugo y su muralla, que el concurso
De Roma la labró, y conserva entera;
Y en sus calientes baños el recurso
De la humana salud; que un persevera
El muro argamasado y ricas termas
De que cargaron sus riberas yermas.

»Adelante está Orense, á quien el griego
Ansiloco, de Turno afable amigo,
Dió cimientos y nombre, y en el fuego
De su ardiente agua consumió el antiguo;
Y Ribadavia, la que en dulce entrego
Sus frescas parras da, y por fiel testigo
A Baco; que al licor de su bodega,
El que su taza brinda no le llega.

»Tuy, que los amigos de Diómèdes
Fundaron en su orilla al mismo rio,
Es aquella, y aquellas las paredes
Del real alcázar y jardín sombrío
Que allí un rey godo con tejidas redes
De flores enramó al templado frío;
Y acá sobre la mar la estéril sierra,
Que el fin la llama el vulgo de la tierra.

»Aquellos ricos y altos chapiteles
Y torres de follajes coronadas,
Del rey Alfonso y sus gallegos fieles
De nuevo en Compostela levantadas,
Arcos son, claraboyas y rejeles
Al gran Patron de España consagradas,
Cuyo cuerpo, en pronóstico dichoso,
Su rey le descubrió en un bosque umbroso.

»La Coruña es aquella y la alta torre
Del encantado y cuidadoso espejo
Que al Brigantino puerto da y socorre
Con tempranos avisos y consejo;
Y en la ancha costa que hácia el norte corre,
El Ferrol y Vibero por parejo
Gozan un fresco mar, cuyas arenas
Azotan los delfines y ballenas.

»Las que dentro del golfo están cercadas
Por todas partes de crecientes ondas,
Las islas Casitérides llamadas,
Del blanco peltre dan masas redondas;
Y sus peñas en él incorporadas
En grutas se abren y cavernas hondas,
Y él, derretido en varios tornasoles,
Por sus hornazas corre á sus crisoles.

»Las dos Castillas, cuya fortaleza
Les dió el famoso nombre que hoy les dura,
Son las que allí, dejando la aspereza
De las montañas, buscan la llanura:
Esta es Segovia, donde la fineza
De Aragne en sus vellones mas se apura;
Y aquella la real puente de Trajano,
Y el Balsahin ó paraíso humano:

»Fundóla el rey Hispan de gente extraña,
Aunque en dichosa y favorable estrella;
Comenzó á tener nombre cuando España,
Corriendo en esto por igual con ella:
Sigüenza es la que allí la vista engaña,
Pareciendo de léjos no tan bella,
Como un tiempo los griegos ó almonides
De muros la vistieron y de vides.

»Aquellos son los montes de Cebreneros,
Y Avila la que está en aquella sierra;
La vera de Plasencia y sus linderos
La que en fresco verano allí se encierra:
El rio Tórmes aquel, y los agüeros
De Salamanca, en cuya fértil tierra,
De aquel espeso humo rodeado,
Un famoso castillo está encantado.

»Es fábrica de un sabio nigromante,
A honra de un español contrario mío;
Mas ya volved los ojos al levante
A ver de Cuenca el caudaloso rio,
De menudos carrizos abundante,
Plumas á Roma un tiempo, hoy atavio
A sus parleras ondas, cuya arena
De granos de oro va y de espuma llena.

»Allí son las veiguillas de sus fuentes,
Y aquí de Cuenca olvidada los collados;
Allí el rio se bebe de Cifuentes,
Y acá al Alcarria cruza los costados:
Refuerza los peñascos eminentes
De Zurita, y sus canes celebrados
Los costados le asombran con ladridos,
De ásperos riscos y cristal ceñidos.

»Cargado de arboledas y fresca
Busca de Aranjuez los ricos valles,
Sus collados vistiendo de verdura,
Y de jazmines sus vistosas calles;
Y por entre florida arquitectura
Ufano el curso alarga, con dejalles
A las hayas y alisos el sonoro
Ruido de su cristal y arenas de oro.

»Aquí al hondo raudal del rio potente
Jarama, en verde tal, los suyos lanza,
Dándole, sin las aguas de su fuente,
Las que de Henáres y Tajuña alcanza;
De donde con grandeza suficiente
Soberbio se derriba y abalanza,
Hasta besar con reverencia y miedo
El pié de las murallas de Toledo.

»Por está cinta de cristal pequeña,
Blanca ceja á las márgenes floridas
Que allí en revuelta van, y en crespa greña
De alegres sombras sin temor vestidas,
El fresco Manzanáres se despeña,
Las sienes de un eterno abril ceñidas,
Cuya urna fértil entre el oro mana
Las mieses de la tierra carpentana.

»Y el pueblo humilde á cuyos piés se eriza
De su fresco licor el tumbo hinchado,
Que de álamos frondosos se entapiza
Sus sombríos sotos y florido prado,
Es Madrid, donde á España profetiza
Con limpia estrella el favorable hado,
Que el tiempo le ha de dar, de su tesoro,
La monarquía del mundo en riendas de oro;

»Cuando aquel fértil monte, ahora inculto,
Haga gemir la ilustre pesadumbre
De un real alcázar, que el soberbio bulto
Al mundo espanto dé, y á España lumbré;
Y en pompa insigne del divino culto
La firme basa estribe en su techumbre,
Y sea, contra el tiempo y la fortuna,
De la romana Iglesia la coluna;

»; Oh ya al futuro siglo prenda hermosa,
Donde de España y de ambas las Castillas
El rico tiempo, en vuelta presurosa,
Eterno trono labra en tus orillas!
Destá que ha de venir edad dichosa
Mil años goces, goces de sus sillas,
Y aquellas majestades sacrosantas
Que ya contemplo entre tus verdes plantas.

»Aquel globo de luz que de allí envía
Centellas de oro, y como nube roja
Donde ya se escondió el pintor del día,
Relámpagos de fuego al aire arroja,
Es claustrero santo de una imagen pia,
Que de la guerra la mortal congoja
Y el celoso temor del moro airado
De aquel bosque escondió en lo mas guardado.

»Mas ¡oh del cielo sacrosanto ejemplo!
Madre del Hijo en todo sin segundo!
Ya en honra de ambos desde aquí contemplo
Un altar de inmortal fuego fecundo,
Donde entre cimbrias de un soberbio templo
Incienso ofrezca lo mejor del mundo,
Y de ella humilde Atocha á la vislumbre
Lámparas de oro dén inmortal lumbre.

»Mas ved de aquellos fértiles rastrojos
Las varias flores de que están machados,
Que ahora en fe las brotan, á manojos,
De que han de ser por ángeles labrados;
Cuando á la blanca mies sus granos rojos
Del cielo le cultiven los arados,
Y sus terrones siembren de centellas
Rejas que fueron otro tiempo estrellas.

»Es cierto que arará este fértil llano
Isidro, un labrador, á cuyo celo,
De su milicia y pueblo cortesano,
Yuntas que aren por él prestará el cielo,
Con que así Manzanáres corra ufano,
Que su inmortal corona adore el suelo,
Y él, levantada su gallarda frente,
Al Tajo humille y crezca la corriente;

»Con que en curso feliz, vuelto al poniente,
De Extremadura busca los rincones,
Y en porcelanas de barniz luciente
Talavera le ofrece ricos dones:
Ve de Almaraz la antigua y corva puente;
De Alconeta los arcos, los blasones
De Almonte, á quien Orlando quitó el brio,
Y él en herencia dió su nombre al rio.

»Aquellos graves y altos edificios,
De torreadas almenas coronados,
Son los que ya con griegos artificios
Dejó el prudente Ulises amasados;
Y de aquella ancha playa los bullicios
Que los cristales muestran enrespados,
La rica puerta al mar y el fértil dejo
Del aurífero Tajo vuelto en tejo.

»Mas ya volved la vista á la otra parte
De aquellos campos de tejido acero,
A quien nombre dará el sangriento Marte
Con timbre ilustre al siglo venidero:
Calatrava y Montiel, en quien, si el arte
De Merlin no se engaña, un rey severo,
Que él allí llama tragadora arpia,
Morirá á manos de su hermano un dia.

»Aquella verde mancha de hermosura
Que allí corre en floridos arcos bella,
Es la que heredó el nombre y la frescura
De las manchadas flores que hay en ella:
Del claro Javalon el agua pura
Allí entre juncia y concha va; y aquella
Es la célebre Oreto, cuyos llanos
Los pueblos ocuparon oretanos.

»En su rastro quedó la antigua ermita
Que ya Roma labró en su puente al rio,
Cuyo arco humilde, que al del cielo imita,
De conchas lleno va, juncia y rocío:
Allí Almagro nos da su agua exquisita,
Y la Nava el suave licor frío
Que en dulce gusto el agrío que destila
La ijada sana, el bazo desopila.

»De aquel valle amenísimo de peñas,
Ahora humildes chozas de pastores,
Que el claro Javalon las verdes greñas
De rosas viste y de pintadas flores,
Un cisne nacerá de alas pequeñas,
Que, si el tiempo las llega á ser mayores,
La fama hará dellas, por memoria
Del valor vuestro, una inmortal historia.

»Ya en mi esperanza, el tierno fruto veo
De dos mirtos salir parto fecundo,
Y del sol imitando el gran rodeo,
Los golfos desvolver del mar profundo;
Y por colmo á mi altísimo deseo,
Cruzar le veo el viejo y nuevo mundo,
Juntando de ambos, para el grave acento,
Lo de mayor sustancia y fundamento.

»Allí es Ruidera, aquellas sus lagunas,
Que á Guadiana dan principio y fuente,
Y ellas, con sus molinos y aguas brunas,
Parda barina y lóbrega corriente;
Allí se embeben sin quedar ningunas,
Y haciendo rio á la enterrada gente,
Van largo trecho, por debajo el mundo,
A fundar fuente y manantial segundo.

»Aquí está Guadalupe, allí Trujillo,
Y acá su pueblo en opinion contrario,
Que el hado adverso al celestial caudillo
Pleito á sus campos repartió ordinario:
Los arruinados muros de ladrillo,
Que hizo Roma y deshizo el tiempo vario,
Allí, si aun viva guarda su grandeza,
Mérida los levanta en la cabeza.

»La Paz Augusta es la á quien luego toca
Del rio falaz el curso cristalino,
Y de allí en Portugal, de roca en roca,
Huye al Algarbe y busca el mar vecino:
Allí es Lepe, Ayamonte; allí su boca,
Y el que adelante está Castromarino;
Y aquella estrecha tierra puesta enfrente,
De Portugal la costa del poniente.

»Acá son los Algarbes de Algecira,
Y aquel su rico estrecho celebrado;
Por allí Guadalete en torno gira
Un campo, aunque florido, desdichado;
Y el que en sus transparentes senos mira
Pinos y olivas de que va cargado,
Regando un fértil mundo hasta Sevilla,
Que á besar de su torre el pié se humilla,

»Primero se llamó Bétis, y ahora
Guadalquivir á su pesar se llama;
Que el moro pueblo que sus campos mora
Creció su nombre y decreció su fama;
Y con la misma infancia que desdora
Su voz, el resto de Castilla infama;
Castilla, cuyo reino y cuyos reyes
Al mundo han de poner y quitar leyes.

»Mas ya volved al reino de Valencia
Los ojos y á sus golfos de levante,
Cuyos bellos jardines en presencia
Son de un mayo inmortal parto abundante:
Esta de su ancho Grao es la excelcencia,
Y Guadalabiar el que triunfante
Se arroja al hondo mar que entre sus olas
Rodea á Mallorca de islas españolas.

»De Ibiza y Formentera los pinares
Allí las nubes buscan con su altura,
Y tímidos conejos, que á millares
De sus bosques carcomen la frescura,
En aire, en suelo, en temple singulares;
Y la que al norte está entre niebla oscura
Es donde el cielo, por manera extraña,
Todo el veneno desterró de España.

»Aquel es el rio Júcar, que al contrario
Del Tajo nace de su misma sierra,
Y por torcida senda y curso vario
De Castilla á Valencia se destierra:
Allí en Huéllamo nace, aquí, voltario,
A Cuenca dentro de su rosca encierra;
Hace á Alarcon fortísima muralla,
Y por Villena humilde cruza y calla.

»Allí á Alcira rodea, firme llave
Del reino, y el que corre en aquel llano
Es Bairen, que de blanco azúcar sabe
Nevár á tiempo el suelo valenciano:
Los panales de Béjar, que en suave
Golpe de miel convierten el verano,
Aquellos son, y aquellos los tomillos
De que hacen las abejas sus castillos.

»Dióle este rio su nombre al mar Suerense,
De Suero, que fué el suyo: allí es Gauda;
Y denia aquí, en que de blanco azúcar sabe
El templo tuvo que Efeso tenia;
Y deste pueblo un mágico ateniense
Que el planisferio de Merlin sabia,
Al tiempo venidero dió por nuevas
Que vería dos monarcas en sus cuevas.

»Allí están las dulzuras de Alicante;
Aquella es Murcia, la otra Cartagena,
De Caravana allí la agua abundante
De peces nace destrozados llena:
Lorca y Velez el Rubio están delante,
Huesca y el fértil campo de Purchena;
Y aquellos los Diamantes de Almería,
Que son estrellas cuando nace el día.

»Allí de Loja la sabrosa fuente
Sale alegrando al mundo; acullá Baza,
De un hondo valle, á su licor caliente
Florida forma y peregrina taza:
Guadix, que á los verjeles del Oriente
En flores vence, tiene allí su plaza,
Con el río de la vida al muro enjerto,
De almendras todo y de azahar cubierto.

»Allí helados zodiacos invernizos
Sin igual da en dulzura y en grandeza,
Y aquí vinos claretos y mestizos,
Extremos de alegría y fortaleza:
Aquellos son los baños y carrizos
De Alhama, arrebolados de belleza,
Y allí los de Alcuin, mas singulares,
Y aquellos los madroños de Comáres.

»Allí están los jardines de Granada,
Y de su Alhambra allí los chapiteles;
Aquella áspera sierra es la Nevada,
Y de sus Alpujarras los verjeles:
Málaga, con su Ajarquia maizada,
Cubierta da la playa de bajejes;
Y aquellas torres que se ven de claro,
De su Alcazaba son y Gibalfaro.

»La que sobre aquel monte se descubre
La ciudad es famosa de Antequera;
Y aquel risco la fuente que la cubre
De agua y fértil cosecha su ribera:
Su gran salina la que allí se encubre,
Y su canal de eterna primavera
La que, cercada allí de Saxifraga
Bando siempre salud, jamas la estraga.

»Allí están los alumbres de Marbella,
Y de su bella mar el firme puerto,
Ronda, y su Guadiaro río con ella
Es el que cruza por allí encubierto:
La ciudad nueva de Algecira aquella,
Y aquel el paso que Hércules dió abierto
Con su fornida clava á los dos mares,
Y aquellas sus columnas y pilares.

»Allí muestran ahora el fin del mundo;
Mas ya están por el cielo decretadas
A que serán de un Hércules segundo,
Sin segundo á otro mundo trasladadas,
Cuando los golfos deste mar profundo
Mil flotas sobre si verán sembradas,
Y acometidos de cualquiera barco,
Cual si el mar fuese algun pequeño charco.

»Allí es la antigua Cádiz, en quien hubo
Templos de Alcides, y sus cortas gentes
Pozos labraron que contrarios tuvo
La mar á sus manguantes y crecientes:
Allí sembrado en el sepulcro estubo,
Que guarda de Gerion los descendientes,
Un árbol que, de humana sangre lleno,
Cubria de triste sombra el valle ameno.

»El otro altivo y descollado risco,
De blanca escarcha de azahar nevado,
Y de encarnadas rosas y lentisco
Y carmesies claveles salpicado,
Que en el reino cristiano y el morisco
Más rico y fértil suelo no hay labrado,
Es Zahara su nombre, y su belleza
Lo ultimo de hermosura y fortaleza.

»El que allí de las rosas de su falda
Entre jazmines se destila y nace,
Y en sus riberas hechas de esmeralda
Una iris bella con sus vueltas hace,
Es el río Guadalete, y su guirnalda
La que á mayo en sus orlas contrahace,
Adonde dió de la fortuna el codo
El ultimo desden al valor godó.

»Allí ciñe á Jerez y hace frontera
A un muro de diestrisimos ginetes,
Y aquí de Baco y Céres placentera
Sus campos son alfombras y tapetes:
Entapiza sus riscos por de fuera
Mayo con sus floridos gallardetes,
Que al descollar del abundante agosto
Granos se vuelven de oro y rios de mosto.

»Mas ya estotro rincón que solo queda
Por ver de España, á voces nos convida
Que en él cerremos la gallarda rueda
En que va á su grandeza y pompa unida:
De aquellas sierras de Alcaraz hereda,
Y de la que con ellas está asida,
El claro Bétis argentada espuma,
Que es primer cera de su inmensa suma.

»Aquella es la Argentaria, que á tu hermano,
Oh rey Morgante, dió castillo y muro;
Y la que yerta va á la diestra mano,
De árboles llena, breña y monte oscuro,
La alta preñez del monte Mariano,
Estofada de plata y oro puro,
De rojo cobre y bermellon los riscos,
Y de grana nevados sus lentiscos.

»Allí es Lináres, que el Parnaso antiguo
Sobre sus hombros tuvo, y aquel cerro,
El que encima la frente, por su abrigo,
Un castillo labró y forjó de hierro:
El puerto Muradal es el que digo,
Donde, si un punto de Merlin no yerro,
Degollarán mas moros en un día,
Que á España dé en cien años Berberia.

»Bilches, que fué un jayan, hoy encantado
Encima aquel pináculo parece,
Y el limpio arroyo de cristal nevado,
Que, cual veis, nace allí, y aquí fenece,
Será Guadalimar, que el un costado
Rompe á Guadalquivir, donde le ofrece
Entre una ola y otra, al disimulo,
Las ruinas y destrozos de Castulo.

»Por medio de ambas alza la cabeza
Aquella tierra fértil y florida
Donde se ajusta de Ubeda y Baeza,
Con cadenas de flores, la medida:
Allí cayó por tierra la braveza
De Africa, y la de Roma, agradecida,
Le dió nombre y almenas por sus manos
En los soberbios pueblos oretanos.

»Aquellos riscos que al nacer el día
La luz le toman y á la aurora el paso,
Y en puntas sus pirámides envía
El que está de los dos al turbio ocaso,
Son donde ya Castaon ser solía,
Y ahora Cazorla está, que en día escaso
Goza el verano, y su encumbrada breña
Al sol le asombra la dorada greña.

»Aquel cristal, verdura y chapiteles
Que allí coronan de oro una alta cumbre,
De torres, de balcones, de rejoles
Cargada su soberbia pesadumbre,
Son de Jaen las fuentes y verjeles,
Que al sol deslumbran la dorada lumbre;
Y allí es Andujar, cuya alegre caza
Examina al lebel de mejor raza.

»La fértil sierra donde el cielo quiso
Por los riscos fundar y ásperas breñas
A los ojos del mundo un paisaje,
Y á Córdoba de si un retrato y señas,
Es la que allí se engarza de improvisó,
Cuyos jardines y floridas greñas,
Entre cedros, olivos y parrales,
Bellos cuadros componen celestiales.

»Es una alegre piña de frescuras,
Florido y concertado ramillete,
Que sin tierra nacido en peñas duras,
Al mundo sirve de inmortal pebete:
Nieva el tierno azabar verdes alturas;
El jazmin aquí un bosque, allí un retrete
De lentisco y retamas, y por ellas
Las rubias cédras y toronjas bellas.

» Allí los persas dieron por sus manos
A su grandeza los primeros muros,
Que después destruyeron los romanos,
Y abrieron de cimientos mal segaros:
Aquí de Ategua los collados sanos
Guadajós rompe con cristales puros,
Y es la que por allí campea Baena,
De ricos granos y granadas llena.

» Las torres de Santella y Bujalance
Del gran reino de Cérés, son aquellas:
Allí á Bétis le da Genil alcance,
Y á Ecija moja las almenas bellas,
Donde en mortal se vió y temido trance
Un escuadron divino de doncellas,
Que por guardarse intactas á su esposo,
La tez mancharon de su rostro hermoso.

» Aquellas son las ruedas sonorasas
De sus azudas, y estas las canales
Por donde en crespas olas espumosas
Los surcos humedecen sus cristales:
Allí Parma y Carmona aguas vistosas
A sus flores encañan y frutales;
Y aquella es la pomposa cañería
Que agua á las plazas de Sevilla envía.

» La famosa ciudad que Alcides quiso
Contra el gusto fundar de un agorero,
Y la que Hispal fundó en hado preciso,
Feliz estrella y venturoso agüero;
Y de su torre el levantado friso,
Que por el aire rompe y vuela entero
A esconder su Giralda en una nube,
Es la que allí alegrando el mundo sube.

» Con cinta de cristal por hemisferio
En dos mitades la divide el río:
Itálica fué allí, que dió al Imperio
Monarcas en un tiempo y señorío;
Y Utrera en sustancioso refrigerio
De sazonado pan le aumenta el brio,
Y el Ajarafe, rico en mas deleite
Con su verde aceituna y rubio aceite.

» Guadalquivir allí, en vuelta prolija,
Una isla hizo antigua celebrada,
Que á los pintados pueblos de Lebrija
Templo les tuvo y torre levantada;
Donde el bastardo hijo de la hija
Del griego Cadmo la dejó fundada,
Del grave río en el raudal agudo,
De quien el tiempo desmembrarla pudo.

» Estepa es aquel pueblo, cuyo asiento
En puesto y en valor se hace eminente,
Grave y nunca vencido alojamiento
De una tasada y combatida gente:
Contra el romano ejército sangriento
Campo mantuvo y ánimo valiente
Por largos años, cuya fuerza pudo
De sus espadas defender su escudo.

» Mas desahuciada ya la resistencia
Del muro, sin socorro y sin abrigo,
Y que del largo cerco la inclemencia
La victoria otorgaba al enemigo,
Arrestados de bárbara impaciencia,
Poniendo al mundo en ella por testigo,
Las puertas abren, dejan las murallas
Los que han sobrado á las demás batallas:

» Y en repentina cólera abrasada
La noble sangre de sus firmes pechos,
Las armas toman y una tropa osada
Van contra el enemigo campo hechos,
A morir de una vez, ó dar vengada
La ofensa de sus muros ya deshechos;
Y el arrojado asalto fué de modo,
Que en confuso tropel lo alteró todo:

» Y sin dejar de todos hombre vivo,
Ni ménos que primero no matase,
Su roto campo el general esquivo
Al desierto lugar manda que pase;
Y con asalto nuevo el muro altivo,
Que sin defensa y gente está, se arrase,
Y haga el saco y leyes de la guerra
De la romana hambre cuanto encierra.

» Entran llevados de la sed del oro,
Cuando en la plaza una funesta hoguera,
Ardiendo en ella hallan el tesoro
Que el premio injusto de sus riñas era:
Suben del humo, en rechinar sonoro,
Globos en que la llama reverbera,
Mostrando entre sus olas y bullicio
Las víctimas del nuevo sacrificio.

» Los que ántes por guardar el frágil muro
Entre niños quedaron y mujeres,
Ardiendo hallaron en el humo oscuro
Del fuego que abrasaba sus haberes:
Cien mozos á este fin de ánimo impuro,
Que eran derramar sangre sus placeres,
Dejaron que, en su cruel intento fijos,
Tras sus padres matasen á sus hijos.

» Asombrado quedó el furor romano
Del no esperado bárbaro suceso,
Y dejándose el pueblo entero y sano,
Huyó, y al huir mandó con bando expreso
Que nadie en sus despojos ponga mano,
Mas que su alcázar y su muro ileso
Al mundo eterno por columna quede
Esta victoria y lo que España puede.»

Así el sabio frances volando abría
Camino por las nubes con su barco,
Que ya por cima el Bétis revolvia
La proa á ver de Océano el gran charco,
Y un nuevo curso comenzar quería
Que al mundo haga con su vuelta un arco,
Y cómo el sol en su carroza bella
Le ciña en torno tras los rastros della.

Quando de Persia el rey, que en gusto atento
De la sabrosa historia iba colgado,
Y sin perder acción ni movimiento,
En su sabio discurso embelesado,
Alegre al discurrir del dulce viento,
« Señor, le dijo, pues habeis tomado
Por gusto nuestro tan hermosa punta,
Satisfacedme ahora una pregunta.

» He oido que hay dudosas opiniones
De sabios hombres y de cuerda gente,
Que tienen por soñadas invenciones
Los que antipodas llama el vulgo ausente;
Y que de cinco, solas dos regiones
El mundo goza en temple suficiente
De poderse habitar, y el demas suelo,
O lo abrasa el calor ó abruma el hielo.

» Deseo saber si el Orion armado
Dejó tal día de ceñir su nieve;
Si el frío Bootes tiene el mar cuajado,
O cual los otros él sus ondas mueve;
Si el Sirio Can en llamas abrasado,
Que fuego al mundo de inclemencias llueve,
Tiene algun temple en su tostada estrella,
O siempre humean los carbonos della:

» Dónde este inmenso mar se acaba, y dónde
Sus olas hallan término y ribera;
Adónde el sol, cuando de aquí se esconde,
Con sus dorados rayos reverbera;
Si es de creer que allí la luna ronde
En perpetuo silencio y noche entera,
O el día le dé lumbre y luz diversa.»
Dijo; y el sabio así respondió al persa:

« Ha estado en opinion y lo está ahora
Si hay otro mundo mas que aquí parece,
O si es gente soñada la que mora
Donde ni el día crece ni decrece:
Si hay pueblos adelante de la aurora,
Y el sol á otras naciones amanece,
O cuando esconde aquí su luz divina
Es todo soledad cuanto camina:

» Si en el aire la tierra está colgada,
Y por abajo la rodea el cielo;
Si anda la gente en ella trastornada,
Y es posible tenerse en aquel suelo;
Si es region firme ó solo imaginada,
O si el rojo calor ó el blanco hielo
Con su rigor la tienen consumida,
Sin cosa en ella que sustente vida.

» Ya hubo grave opinion que nos dió escrito
Que al ancho mundo en torno le abrazaba
Un vacío de inmenso circuíto,
A quien llegando sin pasar parabá,
Y en que podía volar tiempo infinito
Quien se arrojase á su profunda cava,
Sin le hallar eternamente suelo,
Ni él recibir cansancio con su vuelo.

» Otro, que estaba, dijo, sobre Atlante
La columna que al cielo sostenia,
Y que la tierra y mar de allí adelante
Con rojo fuego en su calor hervia ;
Y para hacer mas mundo en lo restante
Otras varias quimeras componia
De sombríos centauros y dragones,
Pigmeos menudos, y anchos patagones.

» Son fábulas del vulgo así admitidas,
Que tiene por error verlas dudadas;
De ignorancia engendradas y nacidas,
Y con la larga edad acreditadas;
Mas vendrá tiempo en que serán sabidas
Las gentes que, detrás del mar sentadas,
Aparte hacen su mundo y vida ahora,
Y nuestra noche tienen por aurora.

» Entonces se verá que, aunque colgada
La tierra tenga el aire, está sujeta
A ser de humanos piés toda pisada,
En firme globo de igualdad perfecta;
Y llegará esta edad de oro cargada
El día que España á hierro y fuego meta
La grave carga que ahora le hace guerra,
Y de una ley y un Dios haga su tierra.

» Entónces sus banderas victoriosas,
Llevando al sol por relumbrante guía,
Tremolando darán sombras vistosas
Donde se acaba y donde nace el día:
Verán pueblos y gentes monstruosas,
Y descubriendo cuanto el mar cubria,
Podrán decir que hallaron y vencieron
Mas mundo que otros entender supieron.

» Verán nuevas estrellas en el cielo,
Nuevos árboles, plantas y animales,
Y lleno un abundante y fértil suelo
De ricas pastas, de ásperos metales,
De perlas, plata y oro un dulce anzuelo,
Que con su cebo pesca hombres mortales,
De cuyo gran tesoro sus armadas
Cada año á España volverán cargadas.

» Y porque no se tengan por ficciones
De blanda cama y sueño concebidas,
Y que la tierra tiene otras regiones
A un santo rey guardadas y escondidas,
Quiero, á pesar del hado y sus prisiones,
Romper las nieblas de que están vestidas,
Y hacer ántes de tiempo, si es posible,
Lo que en otro ha de ser claro y visible.

» Y porque en presto aliento y vista aguda
El nuevo mundo os muestre su belleza,
Sin que en sus sombras la haya tan menuda,
Que no la alcance á ver vuestra grandeza,
La parda raíz desta encantada ruda
Su luz os prestará y su fortaleza,
Y deste verso harán los puntos rojos
Que mas sean que de línce vuestros ojos.»

Dijo; y rumiando en sí de cuando en cuando
De oculta ciencia nombres poderosos,
Obedeciendo el aire, fué aclarando
De su esfera los senos mas nublosos;
Y unos antojos de cristal forjando,
De lunas y de cercos milagrosos,
Así avivó con ellos sus sentidos,
Que pudieran aun ver los no nacidos.

Ya el rubio sol, huyendo del gran vuelo
Con que el veloz navio le seguía,
A dar la nueva al encubierto suelo
De su viaje descendido habia;
Y por su ausencia el enlutado cielo,
Cuajándose de varia pedrería,
A festejar la blanca luna bella
Aquí salía un lucero, allí una estrella.

Y aunque los que contemplan la hermosura
De un limpio cielo juzgan sus estrellas
Vivas centellas que en la noche oscura
La luna rondan que camina entre ellas;
Mas á los que se acercan á su altura,
Así se muestran en grandeza bellas,
Que ya no son estrellas, mas sin cuento
Islas de oro sembradas por el viento.

Es el cielo una masa soberana,
Limpia, clara, sutil, sin mezcla alguna,
Mas que el aire delgado y más liviana,
Sin impresion ni alteracion ninguna,
Por donde vuela el sol cada mañana,
Y las estrellas corren tras la luna,
Como las aves por el fresco viento
En vuelo igual y sesgo movimiento.

Así las islas Cíanes moverse
Solian sobre el Bósforo de Tracia,
Y con nuevas riberas extenderse
Hacia el cresco Carambe ó la Sarmacia,
Y sin hundir las olas ni esconderse,
Medir con su inconstante pertinacia
Del un polo y del otro las anchuras,
A sus libres y sueltas aventuras.

Y así también por el delgado cielo
Volando vemos ir sus globos de oro,
O bien, como ahora, en sosegado vuelo,
O cual sospechan en cantar sonoro,
Lloviendo en barajado curso al suelo
De sus varias vislumbres el tesoro,
Y midiendo los años y los días
Con luz ardiente ó con tinieblas frías.

ALEGORÍA.

En este libro, epílogo de las grandezas de España, se muestra que lo importante de la virtud más consiste en las obras que en las palabras, y que el punto de la honra más está en merecerla que no en celebrarla: pues España, atenta á mostrar su valor por obras, tan poca cuenta ha hecho siempre de encarecerlo con palabras; al revés de otras naciones, que de cualquiera menudencia se han preciado de hacer grandes catálogos.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

ARGUMENTO.

Prosigue Malgesi su viaje, mostrando todas las imágenes y signos del cielo. Bernardo desde un collado del Parnaso contempla la variedad de monstruos que salen al mundo por la puerta del Engaño. Acometen los necios del meson de la Fortuna á saquear el Parnaso: defiéndeselo el león, haciendo en ellos gran mortandad. Apolo y las Musas, en honra de su victoria, le llevan al templo de la Inmortalidad. Libra á una doncella de un león y del riesgo de unos caballeros, y vase con ella á las fiestas de Milene, donde hace una peligrosa batalla con un caballero no conocido.

Iba el barco tan alto, que pudiera
Aferrar con el áncora en la luna,
Y tomar puerto en ella si quisiera
Ver el mudable reino de fortuna;
Y no allí solo, en sola aquella esfera,
Mas en todas pudiera, de una en una;
Que como islas doradas á porfia,
Que nacian unas de otras parecia.

Así á los que huyendo las riberas
De la bárbara Peucen, si el camino
Toman, dejando el Ponto y sus laderas,
A ver de Quio el regalado vino,
Las Cicladas les van haciendo enteras
Por el golfo á su estrecho mas vecino:
Aquí Scirno, allí Lésbos, allá Amato,
Y el Naxo, puerto de un amante ingrato.

Y por el cielo así, al cubrirse el día,
Islas se fueron descubriendo de oro,
La húmeda luna, la montaña fría
De Saturno, y de Vénus el tesoro,
Su lucero amasado de alegría,
De Marte el ronco estrépito sonoro,
Y la mayor fortuna que en su cumbre
Joviales rayos da de alegre lumbré.

El sabio, que en los ángulos del cielo
Tan cerca vió la celestial milicia,
De oír el son de su compuesto vuelo
Y ver sus globos de oro se acudicia;
Y ya perdiendo de la vista el suelo,
Del mundo superior dió así noticia
A aquellos que primero de la tierra
Las pobrezas contó que su orbe encierra.

«¿A quién no admira tu saber profundo,
Oh Arquitecto de amor, Rey soberano,
Si el uno considera y otro mundo,
Divina traza de tu heroica mano;
El dulce contrapuesto amor fecundo
De su engace inmortal, nudo galano
Con que su bien medida arquitectura,
Si quedó mas hermosa, es de mas dura?»

»Este reloj de universal concierto,
En ruedas, cursos y ejes tan medido,
Que al sabio punto del primer acierto
Ni en tiempos ha ni en vueltas desmentido,
¿A quién no admira y deja descubierto
De su Autor el saber nunca sabido,
Que sér le dió en su idea ántes que fuese,
Ni una esfera tras otra se moviese?

»Allí estrellas labró, allí movimientos,
Cielos, luces, planetas, conjunciones,
Signos, centro, epiciclos, detrimentos,
Puntas, gozos, caída, exaltaciones,
Casas, orbes, apogios, decrementos,
Solsticios, cursos, vueltas, estaciones,
Aspectos, rayos, aújes, deferentes,
Climas, ruedas, esferas y ascendientes.

»El firme engace y armonía de cosas
Tan á plomo y compas encadenadas,
Sin que haya una demas, todas forzosas
A conservar un mundo enderezadas:
En esto con sus vueltas presurosas
A todos tiempos y horas ocupadas,
Produciendo, conforme á sus aspectos,
Una infinita variedad de efectos.

»Si solo un cielo en nuestro mundo hubiera,
Todas las cosas fueran de un tamaño;
O siempre otoño, invierno ó primavera,
O todo plata, cobre, ó todo estaño:
Nada se renovara ni muriera,
Ni en mil edades se acabara un año,
Y el mundo en rueda fuera una pintura
De unos mismos dibujos y figura.

»A este fin el segundo movimiento
Fué á las humanas cosas necesario,
En que hacen debajo el firmamento
Siete ruedas de luz curso contrario;
Y mudando de casas y de asiento,
Un concurso revuelven ordinario,
Con que del suelo las alegres vidas
Unas ganadas van, y otras perdidas.

»Lo que Saturno rompe y menoscaba,
Júpiter lo reforma y consolida;
A Marte templa la aspereza brava
Del sol la antorcha de cristal lucida:
Alegria Vénus, y Mercurio agrava
El bien ó el mal; la Luna, repartida
En mil rostros, ayuda y favorece,
Y así la variedad del mundo crece.

»Estos aspectos, estas mutaciones
De signos y planetas diferentes,
La variedad nos dan de inclinaciones,
Y sucesos del mundo y de sus gentes:
Ciencias, habilidades, gracias, dones,
Pechos villanos, animos valientes,
Fuerza, disposición, brio y belleza,
Rica abundancia y áspera pobreza.

»Esmáltanse los campos de sus flores,
Brotó el jazmín y crece la azucena,
El ámbar nace, y los demas olores
La tierra dejan de perfumes llena:
El hierro, plata, el oro y las mejores
Perlas que dió la mar y vió su arena,
Prados, yerbas, frutales, bosques, fuentes,
Destas mudanzas toman sus corrientes.

»Y el mundo, al fin, que sin los cielos fuera
Sombrió desierto, claustro tenebroso
Con el invierno es, y ya en la primavera
Verjel florido y campo deleitoso:
¿Quién trazó esta armonía? ¿En qué manera
Su edificio se hizo milagroso?
Antes de fabricarlo, ¿dónde estaba
El gran saber que su beldad pintaba?

»De lo que fué en los siglos eternos,
Cuando aun no bien el mundo habia nacido,
¿Qué razón se hallará entre los mortales?
¿Quién lo oyó? Quién lo supo? Quién lo vido?
¿En qué cimientó, sobre qué puntales
A la tierra se dió asiento medido?
Al enarcar las bóvedas del cielo,
¿Quién sus cimbrias trazó? Quién dió el modelo?

»¿De qué veta salió la pedrería
Que en ellas desde acá vemos sembrada?
De qué conchuela de oro nació el día?
¿Y al sol quién le vistió su luz dorada?
El alba y sus celajes de alegría,
De qué pasta de nácar fué amasada?
¿De qué sutil y soberano aliento
El aire adelgazó, y respiró el viento?

»De qué limpio cristal el agua pura
Su licor destiló fresco y suave?
¿Quién le vistió á la nieve su blancura,
Y sus alientos de volar al ave?
Desta inmortal lazada la hermosura,
¿Qué ojos la vieron dar? Qué sabio sabe
Su duración, el tiempo que le queda,
Y cuántas vueltas faltan á su rueda?

»Si ya quisiese el brazo soberano,
Que aun lo que ser no tiene le obedece,
Deshacer con la fuerza de su mano
El mundo y cuanto en él crece y descrece,
Y lo visible vuelto en aire vano,
Si huyendo de su sér desaparece,
Porque gusta de hacerlo de otro modo,
Siéndole fácil y posible todo;

»Cuando esta inmensa máquina abreviada
Hubiese á su primer no sér venido,
Y con divinas fuerzas apretada,
A un punto indivisible reducido;
Lo que ahora vive, convertido en nada,
¿A qué nuevo lugar se habria huido?
De nuestras cosas y de nuestro mundo,
¿Quién llevaria las nuevas al segundo?

»Mas ¿dónde va mi pensamiento ahora?...
¿Oh lo que puede un levantar al cielo
Los ojos! que el gran bien que dentro mora
Al mas caído espíritu da vuelo:
Desta mi digresion fué causadora
La luz de su beldad; ante ella apelo;
Y vosotros, oh nuevos linceos sabios,
Su hermosura escuchad puesta en mis labios.

»Ved en la cumbre y bóvedas distantes
De la altura del mundo dos centellas,
Que los celos de Juno hicieron ántes
Ósos feroces, y el amor estrellas;
Y la rica guirnalda de diamantes
Que de Ariana ciñó las sienes bellas,
Sobre los hombros de oro, por mas fiesta,
De un perezoso carretero puesta.

»El frío dragón que en rosas de oro al polo
Como un río de estrellas se dilata,
Y Hércules, que sobre él en un pié solo
Su clava esgrime de encendida plata;
La grave lira del sonoro Apolo,
Que en el leon ardiente se remata,
Y sus luces esconde cuando entero
Del mundo se despidió el turbio enero.

»Ahora deba á sus cuerdas la armonía
Que un tiempo oyó Pitágoras, el cielo,
O el blanco cisne le haga compañía
También en el cantar como en el vuelo;
Que despues que de Aquiles la porfia
Volvió en lijera pluma el blanco pelo,
Con nuevas alas sobre el frio polo
Subió á buscar la citara de Apolo.

»De Andrómeda la bella el padre anciano
Es aquel rey de la tiznada gente,
Que, rubia estrella hecho, vuela ufano
Del Capricornio en la arrugada frente:
De Casiopea el trono soberano
Sentado en el torcido Cancro ardiente;
Y en el sagaz Perseo la cabeza
Del Gorgon vuelta á su primer belleza.

»Del triángulo son esas las centellas
Que hacen corona al vellocino de oro,
Y Andrómeda desnuda en medio dellas,
Lloviendo aljófara de importuno lloro,
A un peñasco ligada hecho de estrellas,
Dos signos ántes del florido Toro;
Que aun sobre el firmamento levantados,
Los peces nadan por sus piés dorados.

»El monstruo de la sangre de Medusa,
A quien, sobre la cin la mano puesta,
El frio Acuario de verter no excusa
La urna de nieves y cristal compuesta;
Sus cerdas ahora en tempestad difusa
De aguas se lave, ó en carrera presta
Quiera sobre el de aquel tupido hielo
Huirse á mas templado y fértil cielo.

»El delphin que á Arion en sus espaldas
Cargó ya un tiempo y ahora alumbra el mundo,
Y la saeta con las manchas pardas
De la hidra negra y su veneno inmundo:
El águila réal de uñas bastardas
Que de Troya robó el parto fecundo,
De adonde trasladado á mejor plaza,
De néctar sirvió á Júpiter la taza.

»El Ofiuco soberbio serpentario
Aquel es, y el dragon en oro abierto
Le da en el cuerpo nudo extraordinario,
De estrellas todo y claridad cubierto;
Y entre el Tauro y el Géminis el vario
Eritronio, que es hombre en sierpe engerto,
Con los otros seis signos, cuyo vuelo
Corre por este cóncavo del cielo.

»Mirad también del Orion armado,
A esotra parte del contrario mundo,
El ceño horrible, el tahali dorado
Con que altera y amansa el mar profundo:
El sirio can en llamas abrasado,
Con la luz del primero y del segundo,
Que el cielo alegran, y su fuego ofende
Cuando en mas rayos de oro el sol lo enciende.

»Ved cómo de ambas luces temerosa,
Huyendo la estrellada liebre vuela,
Y del griego Jason la nave hermosa
Que fué del navegar primera escuela:
De Alcides la ancha hidria cavernosa,
Que así su plateada escama hiela,
Que á enfriar puso en su nevada plaza
Ganimédes de Júpiter la taza.

»El negro cuervo, blanco antiguamente
Cuando era paje de Coronis bella,
De llamas de oro allí resplandeciente,
Hecha de luces, da una ardiente pella;
Y el Centauro Quiron, ayo prudente
De Aquiles y Esculapio, vuelto estrella,
Y allí el cruel rey de Arcadia, lobo hecho,
De luces lleva remendado el pecho.

»El ara en otro tiempo ardiendo incienso,
El mudo pez, la incógnita ballena,
El Eridano hermoso, á quien dan censo
De ámbra las arboledas de su arena:
La rueda de Ixion, que en cerco inmenso,
De estrellas, resplandor y luces llena,
Compone un cielo aparte; y el milano
Que volvió rica á Júpiter la mano.»

Así por la ancha máquina del cielo
Notando el sabio iba aspectos varios,
Con prudente midiendo y fértil vuelo
Efectos uniformes y contrarios;
Mas yo, que por tan alto paralelo
Fuera voy de caminos ordinarios,
Al bajo suelo vuelvo: no suceda
Trastornar dos faetones una rueda.

Que en tanto que ellos por region tan nueva
Gozando van del celestial tesoro,
Bernardo en la espantosa oculta cueva
La luz bebiendo está de un rayo de oro,
Que con prudente paso á dar le lleva
De la escondida gruta al mejor poro,
Que le escupido de su profundo entierro
Al pié florido de un vistoso cerro.

Conoció por las señas el Parnaso
De dos puntas que buscan las estrellas,
Y en moderado aliento y grave paso
Subiendo fué por las vertientes dellas:
La senda inculca y el camino escaso
Advierte que hay de allí á sus cumbres bellas,
Y el confuso escuadrón que al pié del monte
Horrible hace y bárbaro horizonte.

Los monstruos, digo, que la ebúrnea puerta
De aquellos valles lóbregos vomita,
Cuya escuadra con trapala y reyerta
Cercada va de confusion y grita,
En extraños visajes descubierta
La vana inclinacion á que la incita
El brutal gusto del bregaje extraño
De la dorada taza del Engaño.

Púsose á ver el español guerrero,
De una alta peña, por un breve rato,
De aquel descuadrado vulgo fiero
El tropel ciego y bárbaro rebato:
Las nuevas sendas en que un mundo entero
Sin rienda corre al diferente trato
Que, ahora sea justo, ahora injusto,
Á cada cual le trae y pide el gusto.

Iban á dar con ejercicios varios,
Por marañadas sendas y caminos,
(Aun en oficio y opinion contrarios;
Que también hay contrarios desatinos)
A un gran palacio, cuyos lacunarios
Y almenajes de lazos peregrinos
De fuera un cielo hacen, y de dentro
Son de desórden y locura el centro.

El meson y hospedaje de la Luna
Este alto alcázar lóbrego se llama,
Hospital de los locos de fortuna
Que á tiento siembra el bien, y el mal derrama;
Donde apenas de mil cabezas una
De los ramos se libra desta rama;
Que en nuestra infima esfera y tierra oscura,
¿Quién hay sin senda ó ramo de locura?

De esfinges, hidras, sátiros, briareos,
Faunos, arpias, ciclopes, quimeras,
De centauros, gigantes y pigmeos
Cubiertas van del monte las laderas:
Scilas, Caribdes y otros monstruos feos
De hermafroditas trazas y maneras,
Cada uno por su senda y su camino
Tras su discurso y nuevo desatino.

Una envidiosa Aglauro, convertida
En dura piedra; un Midas avariento,
Que de las mesas de oro sin comida
Ayuno queda y se levanta hambriento;
Un Argos, velador de ajena vida,
Dormido á su importancia y soñoliento;
Una Aragne sutil, que es cuanto toca
Tejer ajenas vidas con la boca.

Un Licao en lobo, que se traga
La sangre y el honor de su vecino;
Un Calidonio jabali, que estraga
Cuanto se encuentra y halla de camino;
Atis, un vano amante, que por paga
De su amor queda convertido en pino;
Una obstinada Niobe de peña,
Y una arrogante Antigone en cigüeña.

Un Anteon en ciervo, que sus perros,
 Por cazar él á otros, le dan caza;
 Un cruel Edipo, que entre duros hierros
 Por sus dos hijos la garganta enlaza;
 Un ruseñor cantando ajenos yerros,
 Medea que de sus carnes hacen plaza;
 Y mil Progenes de tocas alheñadas,
 Que sus hijos ó hijas dan guisadas.

Cadmos aquí y allí vueltos dragones,
 Mil Cécropes en jímias burladoras,
 Hipómenes y Atlanta hechos leones,
 Y en grajas las Pieres burladoras:
 Contra mujeres nuevos Pigmaleones,
 Y ellas, en habla y músicas sonoras
 Sirenas vueltas, ciegan los sentidos,
 Que quedan por sus costas destruidos.

Un Proteo, un Vertuno, que se muda
 En diferentes formas cada rato,
 Y con lisonjas de alcanzar no duda
 De la mesa del Rey el mejor plato;
 Y otro ménos discreto, que se auda
 Como yedra á un estéril olmo ingrato;
 Que en tanto pueblo de malicias lleno,
 Bien cabe el asno inútil de Sileno.

Los gigantes, pigmeos contra el cielo,
 Y los que, de anchos hongos producidos,
 Tan nuevo fingen su linaje al suelo,
 Que apenas quieren de hombres ser nacidos,
 Mas fuera del humano paralelo
 Darse en nuevas fantasmas convertidos,
 Con el ropaje que les dió de nuevo
 Del dulce engaño el venenoso cebo.

Todas estas fantásticas figuras,
 Que en contrahechos bultos de animales
 Por las cavernas van saliendo oscuras
 Al teatro de las lumbres celestiales,
 Del sacro monte puesto en las alturas,
 Ajeno contemplaba de sus males
 El discreto español, á quien el hado
 Igual le dió la luz con el cuidado.

Y sin dar paso atrás por el camino,
 Que va se muestra en el subir mas llano,
 De un collado á la alegre cumbre vino.
 Puesta á la sombra de un laurel lozano,
 De donde en un confuso torbellino
 Venir sin órden vió un vulgo liviano
 Contra el sagrado monte, cuya sierra
 Al mundo su mayor tesoro encierra.

Y por la senda que delante tiene,
 Correr la posta mira á un caballero
 Que á dar el prevenido aviso viene
 Del ciego vulgo y campo vocinglero:
 «Huid, dice, señor, huid; que conviene:
 Huid á lo mas alto, huid lijero;
 Que el confuso escuadron del vulgo triste
 Al sacro monte sin piedad embiste.»

Y sin mas aguardar, á toda rienda
 Volando pasa la montaña arriba,
 Sin que el español jôven nada encienda
 Del temeroso sobresalto en que iba:
 Bien que por ver la desigual contienda
 Con que al monte el confuso vulgo arriba,
 Entre una hueca polvorienta nube,
 Al crespo gajo de un peñasco sube.

De allí acercarse mira á la montaña
 El monstruoso rebaño de quimeras,
 Que en cuerpos de hombres traen (cosa extraña!)
 Engertos rostros y ánimos de fieras:
 Melancólico sueño que le engaña
 Juzga de tantos monstruos las maneras,
 Los corvos dientes, los torcidos lomos
 Y gruesos labios de testuces romos.

En bayo desbocado frison viene,
 Sin firme freno ni compuesta silla,
 Un hinchado jayan que el cargo tiene
 De capitán de la infeliz cuadrilla;
 Y el potro, sin bocado que le enfrene,
 Aquí le encumbra y acullá le humilla:
 Tras él su gente, que en seguirle en todo
 Sabe, y no en mas guardar sin órden modo.

Son todos á un compas cortos de vista,
 Causa que nadie venga sin antojos;
 Y aunque unos de una, y otros de otra lista,
 De grandes lenguas y pequeños ojos;
 Que el necio es importuno coronista,
 Y cuanto alcanza y sabe por antojos;
 Sin armas; que las suyas mas atroces
 Son, en vez de razon, confusas voces.

Era, sabed, señor, el gran fracaso
 De la canalla bárbara importuna
 Que á saquear acometió el Parnaso,
 Los necios del meson de la Fortuna,
 Que en cuarto aparte, con celebró escaso,
 Los rostros adivinan de la luna,
 Y ahora de viento las cabezas llenas,
 De la gavia han rompido las cadenas.

Salieron todos del convento oculto
 A gritos pregonando sus locuras,
 Como en la misa suele el pueblo inculto
 Con voces espantar las sepulturas;
 Y de un ciego escuadron el negro bulto
 Mal formadas endechas brama á oscuras,
 Inquietando en confusas vocerías
 De sus difuntos las cenizas frias.

En ridiculos gestos y visajes
 La inútil descompuesta escuadra corre;
 Unos en huecos y anchos personajes
 Su pompa quieren que sus pasos borre:
 Otro que su habla sirva de celajes
 Que su ignorancia cubra, y él ahorre
 Con prevenidos dichos aparentes
 La opinion que no alcanza en los oyentes.

Quién al arreo de un vano amor fingido
 Idolatrando va en unos cabellos;
 Quién, con un cerco, piensa, mal medido,
 De los cielos saber cuanto hay en ellos;
 Quién, hecho un torpe mozo desabrado,
 Los otros quiere á golpes desbacellos;
 Y quién averiguar con grave celo
 Lo que viste el cabron, si es lana ó pelo.

Quién de la barba enrespa la guedeja,
 Por hacer mas robusta la figura;
 Quién se finge leon, siendo de oveja
 Un hinchado pulmon de sangre oscura;
 Quién, por parecer niña, siendo vieja,
 Desplega el rostro y pliega la cintura,
 Haciendo en sus historias y entremeses
 Los meses dias y los años meses.

Quién, buscando arreboles, desentraña
 Las ricas conchas que la Arabia cria;
 Quién los de su florido rostro empaña
 Comiendo tierra desabrada y fria;
 Quién con fingida hipocresía engaña
 Al que sin recatarse dél se fia,
 Y en el cielo los ojos, con la mano
 El corazon le roba al mas cercano.

Admirado dejó al valiente godo
 El delirar de la ignorante gente,
 Y cuán fuera de término y de modo
 De sus locuras iba la corriente;
 Cuando en nuevo alarido el campo todo
 Del monte dió en las faldas de repente,
 Perturbando con ánimos crueles
 La agradable quietud de sus laureles.

Cogieron vanamente humildes flores
 De las que en el vallar del bosque habia,
 Y pudieran los riesgos ser mayores
 En daño á la sagrada compañía
 De aquel que con dorados resplandores
 Rastrando trae tras su carro el dia,
 Que á visitar bajaba en la espesura
 De Adónis la florida sepultura,

Si el gallardo español al torpe asalto
 Con la desnuda espada no hiciera
 De la alta peña un atrevido salto,
 Que fué del monte la primer barrera;
 Cuyo invencible brazo al campo falto
 Estrecho freno puso de manera,
 Que á fuerza de rigor suspendió el paso
 De la burtada subida del Parnaso.

Y allí esgrimiendo la luciente espada,
A este asombra, á aquel mata, al otro hiere
De tajo, de mandoble y de estocada:
Uno cae, otro huye y otro muere.
Con barba adulterina y alheñada
Un embustero le aguardó, que quiere
En negra tizne y vano pasatiempo
Las canas esconder, y atar el tiempo.

Llévole de los dos carrillos uno,
La costa haciendo ménos y el trabajo;
Y á otro en su afectado brio importuno
Contrecho le dejó de un altibajo:
A uno de graves pasos, sin ninguno;
A otro el cerebro le rompió de un tajo,
Cuya herida exhaló mas vano aliento
Que contra Enéas sopló el señor del viento.

Y él, cercado de incautas sabandijas,
Un importuno enjambre le persigue,
Tal, que en triste esgrimir voces prolijas,
Adonde quiera sin piedad le sigue:
No de Aqueronte las nocturnas hijas,
Cuando del mundo su rigor consigue
Tiránica victoria, mas espanto
Los gritos causan de su horrible llanto.

Ni en mayor confusion andan las cosas
En sus sangrientas manos barajadas,
Que en aquellas escuadras monstruosas,
De diversas fantasmas amasadas:
El rubio Apolo con sus nueve diosas,
Del súbito alarido alborotadas,
Del monte se voló á la enhiesta cumbre
Que al cielo inciensos da y al mundo lumbre.

Alegre el sacro coro, en honra mira
Del español mancebo las batallas,
Y el brio gallardo en que revuelve y gira
Del limpio acero las turbadas mailas:
El aliento y valor con que retira
De los fingidos monstruos las canallas,
Que huyen dél, como volando sube
Del hueco humo la liviana nube.

Ya el alterado vulgo alharauquiento,
Medroso á la experiencia de la mano
Del gallardo leonés, por huir sin tiento,
Cayendo iba en los senos de un pantano:
Cuando, arrogante en contrahecho aliento
Más que pluma, el jayan salió liviano.
En frison que en menguante luna nueva,
Sin freno, aquí y allí le trae y lleva.

Pensó hundirlo á descompuestas voces
La aplomada figura corpulenta,
Y que él á espantos, y su potro á coces,
En breve dieran de su orgullo cuenta;
Mas ¿de qué fruto son gritos feroces
Si el alma sus corajes no alimenta,
Y al compuesto español medir le agrada
El corte de su lengua al de su espada?

Por ella le envasó una aguda punta,
Y de un diestro revés le abrió un costado,
Con que sin alma la amasada junta
De desconciertos vino al verde prado:
(¡Caso extraño!) la máquina difunta
Apénas midió el suelo arbolado,
Cuando los monstruos que su campo encierra
Los unos se hacen á los otros guerra.

Bernardo, que de aquella inútil gente
Libre se vió, y desocupado el paso,
Por su primer camino diligente
Buscando va las cumbres del Parnaso;
Cuando del escuadron resplandeciente
Que los cristales guarda de Pegaso,
Rodeado se vió, y que en nueva gloria
El parabien le dan de la victoria.

Y en pago al gran servicio de su mano,
El dios que al rubio sol presta la lumbre,
En nueva pompa y triunfo soberano
Del monte le subió á la excelsa cumbre,
Adonde en medio de un florido llano
Se descubre la ilustre pesadumbre
Del templo heróico de una diosa santa,
Que al tiempo vence y á la muerte espanta.

Las dóricas columnas levantadas
De lustroso cristal y jaspe oscuro,
De cuatro en cuatro en proporcion sentadas,
Cien arcos forman en lugar de muro,
Con otras tantas bóvedas grabadas
En finos lazos de oro y mármol duro,
Adonde en forma esférica se alija
Del edificio la primer cornija.

Sobre ellas, de acroterias levantada,
En compuesta labor y arquitectura,
La fábrica feliz sube cargada
De mas precio, mas gala y mas hechura;
De siete hermosas torres coronada
Que á las nubes igualan en altura,
Con chapiteles de oro, y las almenas
De varios lazos y molduras llenas.

En tres órdenes de arcos va subiendo
El vuelo de la máquina vistosa,
Los relevados altos decreciendo
Cuanto en materia crecen mas preciosa,
Por las últimas bóvedas naciendo
De tres torres la fábrica espaciosa,
Con balcones, andenes y pretilles
En traza varios y en labor sutiles.

Cien brazos suben de alto las primeras
Columnas, las segundas son menores,
Menores y mas ricas las terceras,
De lazos llenas todas y de flores:
Las vetas de almendrado jaspe enteras,
En contrahechos brutescos dan labores
Al cristal, al zafiro, al rubí ardiente,
Que por las cimbras vuelan de su frente.

En el redondo cerco, que enlósado
De alabastro y de pórfido parece,
Un firme globo en aire fabricado,
Con variedades mil crece y deserece;
Y en otras cien columnas levantado,
De carbuncos un cielo resplandece,
Con una y otra y otra torre, y dellas
Las que mas se levantan son mas bellas.

La postrera de todas, que en altura
A las delgadas nubes se adelanta,
Con luz de su divina arquitectura,
Mientras mas se contempla mas espanta;
Donde en nuevos primores su escultura
La máquina feliz cierra con cuanta
Beldad y gracia puede en esta parte
Decir la lengua y alcanzar el arte.

De alados hombros, y en la mano un peso
Con que el viento nos pesa de la vida;
Grave en los males, y en el bien sin seso,
Y siempre en ambas partes de partida,
El viejo tiempo, universal proceso
De las edades, carga desabrada,
De giralda servia en esta torre;
Que el tiempo vuela adonde su aire corre.

Y al gran discurso del reloj mudable
Volcando el mundo va de rueda en rueda,
Y tras él la fortuna, que, de instable,
Jamás supo tener la suya queda;
Yendo en carrera y curso irreparable
La corta vida humana, hasta que queda,
Deshilvanando el tiempo lisonjero
Un día y otro y otro, en el postrero.

De preciosos colores matizadas,
Por las salas y patios anchurosos,
Bellas historias, fábulas preñadas
De doblados centauros belicosos,
Del niño amor empresas regaladas,
De su padre los rayos poderosos,
Con cuanto el mundo oyó, y la fama gira
En sus cien ojos, si con tantos mira.

Los imperios, gobiernos, monarquias
De persas, medos, griegos y romanos,
Su crecer y menguar, y las porfias
De astutos mirmidones y troyanos:
Las sirenas, cilenos y arpias,
El Itacense y sus naufragios vanos;
Niobes, Prognés, Cleópatras, Lucrecias,
Unas crueles, locas, y otras necias.

Aquí Augustos, Pompeyos, Scipiones;
 Allí Atilas, Yugurtas y Anibales,
 Crasos, Círos, Mecencios, Licónes,
 Scilas y Marios, Progenes y Tubales;
 Para cada Torcato hay dos Nerones;
 Que siempre es poco el bien, muchos los males:
 Arcos, torres, pirámides, colosos,
 Obras vanas de pechos ambiciosos.

Al fin, cuanto en el mundo ha merecido
 En famoso pregon ser celebrado,
 Libre de la polilla del olvido
 Por privilegio y cédula del hado,
 Con eternos buriles esculpido,
 O con pincel divino dibujado,
 En aquel templo esférico servía
 De agradable inmortal tapicería.

Altivos hechos del valor de España
 En cuadros de oro daban resplandores,
 Cuyos colosos de grandeza extraña
 De los mas altos quedan superiores:
 Adonde al bronce que la vista engaña
 Su rica estatua dió nuevos primores
 Con los diestros buriles de la fama,
 Que á eterna duracion la suya llama.

«Esta, le dijo Apolo, en nombre eterno
 Aquí del tuyo queda consagrada,
 A quien tu duro brazo, ahora tierno,
 Dejará de grandezas coronada;
 Y aunque en tinieblas de un prolijo invierno
 Por estos ocho siglos olvidada,
 Sin la luz volará que ahora tiene,
 Ni esto te entibie ni tu espada enfrene.

»Que apenas de los dos planetas de oro
 La magna conjuncion que ayer se hizo
 En el frío Sagitario, al pueblo moro
 Favorable y su cetro advenedizo,
 A España entero volverá el tesoro
 Que su infeliz concurso le desoro,
 Cuando segunda vez tu heróico nombre,
 Como tu espada ahora, el mundo asombre:

»Digo que cuando el orbe goce desta
 Séptima conjuncion las maravillas,
 Y España, en su primer grandeza puesta,
 De una silla real haga sus sillias;
 De un ramo de laurel desta floresta
 En una nacerá de dos Castillas,
 A vueltas de otros cisnes, una pluma
 Que á tus hechos dará compendio y suma.

»Entónes volverá florido al mundo
 Tu nombre con el suyo renovado,
 De los senos sacando del profundo
 Lo que de ti allí tiene escrito el hado:
 Tú serás el primero, él el segundo,
 Ambos de un mismo nombre y un cuidado:
 Tú en hacer con tu espada maravillas,
 Y él con su humilde pluma en escribillas.»

Dijo; y del templo á la famosa fuente
 Que abrió en un risco la uña de Pegaso,
 En medio el escuadron resplandeciente
 Que al mundo real, y fama da al Parnaso,
 Venia Bernardo, cuando á su corriente
 El gajo de una peña torció el paso;
 Saltóle el agua al rostro, y al ruido
 Huyó á esconderse cuanto vió dormido.

Hallóse dentro en la sagrada cueva
 Sobre las secas yerbas recostado,
 De que poco antes se hizo cama nueva,
 Y á la dama labró un humilde estrado;
 Y aunque el sueño huyó, en bastante prueba
 De no ser todo sueño lo soñado,
 Mojado se halló el rostro del rocío
 Que al caliente Morfeo volvió frío.

Y bien que no de la agua del Parnaso,
 Era al fin de las ramas y maleza
 De que cercado estaba, y Olla acebo
 Les sacudió, al pasar, con la cabeza:
 Salió con gusto enflaquecido y laso,
 Dejando de la cueva la aspereza,
 Y con la dama de la suya al lado
 A buscar se dispuso algun poblado.

Por una senda de la selva espesa,
 Que al primer paso sin pensar les vino,
 A buscar el lugar donde atraviesara,
 De comun parecer abren camino;
 Y cuando el sol el día en igual pesa
 A un arroyo llegaron cristalino,
 Que su frescura entre el calor paría
 Deseos de tenerle compañía.

Su alegre sombra y la encalmada siesta
 La bella china dieron desmayada,
 Y al ruido de la fuente y la floresta
 Entre la yerba en sueño sepultada;
 Y su jóven, el alma en bandos puesta,
 La cabeza en la mano reclinada,
 A pesar de cuidados, el florido
 Prado á un tiempo tambien le vió dormido.

Mas en tanto que al breve sueño un rato
 Del fiel cuidado afloja la memoria
 El sucesor del español Viriato,
 De su valor retrato y de su gloria,
 Quiero por principal, ó por ornato,
 Al grave asunto desta heróica historia
 Satisfacer á una pequeña duda
 Que cobrar podría lengua, aunque está muda.

Yo digo del furor del sueño extraño
 Que á Bernardo alteró la fantasia,
 ¿Si fué mágico embuste, ó ciego engaño
 Qué le antojaba ver lo que no vía?
 ¿Si era fingido ó verdadero el daño
 Que en los collados del Parnaso hacia
 Aquel monstruoso ejército de gente,
 Rendida al golpe de su espada ardiente?

Los mas condenan por fingido el caso,
 Vana imaginacion, sombras de viento,
 Que sucesos de Musas y Parnaso,
 Mas que historia y verdad, parecen cuento:
 ¿Quién jamas vió la fuente de Pegaso?
 Quién de Helicon supo el propio asiento?
 Las Musas y su rubio presidente,
 Sueños de Homero, ¿quién los hizo gente?

Solo para quedar soñado es bueno
 El cuento, dice el émulo envidioso,
 Y bien que de alma y de doctrina lleno,
 Cansado en lo demas y sospechoso:
 Yo ahora ni lo apruebo ni condeno,
 O sea verdadero ó fabuloso:
 Lo siguiente es verdad; lo demas quede
 A quien con discrecion juzgarlo puede.

De Peñalonga un real sepulcro antigo
 Nombre ilustre conserva de Bernardo,
 Y el tiempo, de grandezas enemigo,
 Su fino jaspe ha vuelto en mármol pardo:
 Este, por ser de su valor testigo,
 Y el bulto verde, pecho tan gallardo,
 Y su arnes, de enemiga sangre tinto,
 Abrir mandó el invicto Carlos Quinto.

Abriéronlo, y hallaron hecho tierra
 El que ántes era asombro de los hombres,
 Porque del que asombró vivo en la guerra,
 De que sea polvo tú tambien te asombres:
 Al fin, cuanto la antigua tumba encierra
 Es eco de los célebres renombres
 Que en el mundo alcanzó su brazo fuerte,
 Y allí volvió ceniza el de la muerte.

Pasó el César despues que á los famosos
 Huesos honra añadió con su presencia;
 Y uno de los que en ojos cuidadosos
 Del sepulcro notaron la excelcencia,
 Vió que de aquellos miembros belicosos
 La fria ceniza hacia diferencia,
 Y á la heróica cabeza levantada
 Algo de antigüedad daba almohada.

Metió la mano, y encontró de acero
 Un cofre, y retiróla sin sacalle,
 Que la golosa hambre del dinero
 A solas, si oro es, quiere gozalle:
 Volvió de noche, y al que un mundo entero
 Temió, no teme ahora de roballe
 En su quietud un ánimo avariento
 Que lo suele asombrar con aire el viento.

Sacó del tiempo el cofre consumido,
Y dentro dél, en otro rico de oro,
Vió un libro en sus cubiertas repartido
A su hidrópica sed largo tesoro:
Abriólo; y el lenguaje desahrido,
Aunque en estilo y discurrir sonoro,
De Bernardo halló, y desta victoria
En graves versos una heroica historia.

Dióle avariento premio á su trabajo
Del escondido cofre el oro fino,
Y el rico libro, por humilde y bajo,
De mano en mano á las de un sabio vino,
Que un día á las mias por favor le trajo,
Ó en desden, ó en espíritu adivino
De que en el mio había atrevimiento
Al arrojado antojo de su cuento.

Toméle, y de su amor en los engaños
Mi ciega juventud entretenia,
Y notando los nombres y los años,
¿Si habla, dije, de mi esta profecía?
Glorias tan altas, casos tan extraños,
¿Contar sabrá la humilde pluma mía?
¿Tanto, por dicha, bajarán el vuelo
Los que un tiempo volaron por el cielo?

Y entre el temer y osar, un nuevo aliento
Divino ó natural nació en mi pluma,
Para hacer, conforme á mi talento,
Del grande libro una pequeña suma:
Este es de mi alta historia el fundamento;
Quien no quiera agravarme, no presuma
Que yo, para su adorno y elegancia,
Cosa le añada ó quite de importancia.

El sueño fué verdad, y eslo sin duda
Ser este el no sabido fundamento
De que un plebeyo vulgo en lengua ruda
Tantos groseros poemas siempre al viento;
Pues para que en fecundo parto acuda
La madura preñez de un pensamiento,
Conviene que el ardiente seso alumbre
De Témis santa la divina lumbre.

Ya en esto, de Bernardo el sueño apénas
Vista y sentidos le dejó encantados,
Cuando unas voces de alboroto llenas,
De quietos los dejaron alterados;
Y del corriente arroyo en las arenas
Una doncella en pasos desmayados
Caida vió, que llena de agonía,
La ardiente boca de un leon huía.

Llegó el rojo animal sobre la fuente,
O cebado en la tímida doncella,
O en insufrible sed la siesta ardiente
Del monte le bajase á beber della:
Dió el español un salto diligente
Con que al chocar de encuentro le atropella,
Y de otro golpe con destreza rara
A un tiempo le destronca y desquijara.

No con mas brio ni pecho mas gallardo,
En lo ancho del Nemeo bosque umbroso,
De Alcmena solia el gran bastardo
Un leon destrozár, rendir un oso;
Ni el que, puesto en los signos por resguardo,
Boghornos llueve al mundo caluroso
Con mas valientes garras mide el cielo,
Que el que muerto envió Bernardo al suelo.

Libre la dama ya del primer llanto
Con que animaba su veloz huida,
Los temores perdió, mas no el espanto
De aquel valor que le amparó la vida;
Y ya desahogado el pecho tanto,
Que aliento dió á la voz enflaquecida,
«¡Oh valiente mancebo! el cielo al modo
De tu brazo te dé la dicha en todo.»

Dijo; y al margen de la fresca fuente
Con Olfa fué á sentarse, que agradada
De su gallardo talle, en el presente
Sobresalto la vuelve reportada
Y ella, «¡Oh alegre beldad! dichosamente,
Dijo, del mismo Marte acompañada,
Bien es tal hermosura y gracia dina
De ser dueño de joya tan divina.

»Y si lo sois, señora, cual sospecho,
Deste gallardo brazo peregrino,
Decídmelo, ¿dónde por aquí derecho
Para mi bien tomastes el camino?
Si por ventura vais, como sospecho,
A las fiestas de Acaya, yo adivino
Que Crisalba saldrá del triste aprieto
En que la tiene un bárbaro sugeto.»

Con nuevas rosas refrescando el mayo
De ambas mejillas respondió la dama:
«No sé que sea señora del que trayo,
Ni que él tenga otro dueño que á su fama,
Si ya de un sol el poderoso rayo
No ha hecho á él y á mi siervos de una ama:
De fiestas no sabemos que las haya;
Que el mar, cual veis, nos escapó en la playa.»

Bernardo, ufano en la sagaz respuesta
Que el seso dió de la prudente china,
Adónde ó por qué fin se hace la fiesta
A la doncella pide peregrina:
A quien ella, « Señor, está propuesta
En Milene, ciudad circunvecina,
Donde Gloricia por mayor tesoro
Guarda á Crisalba en un castillo de oro.

«Es Crisalba, hija del señor de Creta,
De su tierra heredera obedecida,
Tierra á quien infeliz virtud secreta
En tristes llantos tiene consumida;
De adonde la Alemana huyó discreta
Con su nieta, que es alma de su vida;
Y la que en Creta es reina por empresa,
De Acaya es, antes de heredar, duquesa.

»Tiene en Milene corte, y real palacio
De su anchá mar en la espumosa raya,
Donde con grave pompa en largo espacio
Lo mejor de sus golfos atalaya:
Aqui desde el Liguria al mar Carpacio
Tributa y da su cristalina playa,
Para adorno y regalo de su corte,
Cuanto la Libia encierra, y mira el norte.

»Y aqui de cinco reyes comarcanos
Pedidas fueron sus alegres bodas:
El rey de Licaonia, el de Romanos,
El de Sicilia, el de Corinto y Ródas;
Pero su padre, con temores vanos,
Viendo en su daño las demandas todas,
Con el acuerdo de su astuta abuela,
Que en el bien de la Infanta se desvela,

»En el real campo de Milene quiere
Alegres justas se hagan, donde acuda
A conquistar mujer, quien la quisiere,
Con lanza que hable y con la lengua muda;
Y que sea la Duquesa de quien fuere
Mas valeroso, sin que quede en duda
Si su padre le dió ó quitó, imprudente,
Esposo mas ó ménos excelente.

»Es nuestro rey Tifeo advenedizo
A estas ardientes islas de aquel suelo
A quien el encubierto norte hizo
Guerra ordinaria de importuno hielo:
Amor le trajo á Creta: allí su hechizo
De su patria olvidar le hizo el cielo,
Y el cetro de gran duque de Colonia
Al de Acaya trocó y de Macedonia.

»Un bárbaro sajón de riego estado
por fuerza de armas usurpó á Gloricia,
Que, de tesoros rica, su hijo amado
Huyó de la tiránica avaricia;
Y por volver al cetro despojado
Solo un verno magnánimo codicia,
Y á este fin son las fiestas, y á esta fama
Su clarín un entero mundo llama.

»La codicia de joya tan preciosa
Llena le dió de príncipes la tierra;
Que por tal reino y tan gallarda esposa,
¿Quién del suyo no sale y se destierra?
Nunca ganaron mas bizarra diosa
Los gigantes que al cielo hicieron guerra,
Aunque ya con victoria en las estrellas
A la luna escogieran las mas bellas.

»Y sin los reinos que heredando viene,
Le da Gloria seis castillos de oro,
Que el mundo todo en su caudal no tiene
Junto ni repartido igual tesoro;
Mas ya no hay cosa que su gusto llene;
Todo es luto y temor despues que un moro
Que en Getulia nació, con brio orgulloso
Subió tambien á pretension de esposo.

»Es de alma aceda y desabrido trato,
De miembros y estatura de gigante,
Del vaporoso Encéclado un retrato,
En brutal pecho y ánimo arrogante.
Este, en bárbaro estruendo y aparato,
A las fiestas llegó en bajel triunfante,
Y el mismo dia en orgulloso brio
En un cartel fijó este desafio :

»—Que un año justará lanza por lanza
Con cuantos presumieren estorballe
De la bella Crisalba la esperanza,
De que ya goza, de gozar su talle.—
Hoy hace un mes que con feroz pujanza
Su partido defiende, sin que halle
Quien la segunda justa le mantenga,
Y al suelo, del primer chocar, no venga.

» Esto tiene asombrada á la Princesa,
La corte puesta en confusion y espanto;
Que si el bárbaro sale con la empresa
Las tristes fiestas pararán en llanto:
Ayer fué la primer jornada, y esa
Quedó por suya, y hoy será otro tanto,
Y lo mismo tambien será mañana;
Que á un atrevido todo se le allana.

» Yo á una cercana fortaleza puesta
Sobre la mar á prevenir venia,
Para mayor adorno de la fiesta,
Ciertos bajeles que en su puerto habia;
Y al pié de un árbol, por pasar la siesta,
Apénas me incliné, cuando salia
Del bosque este leon, y el monte abajo
A conocer vuestro valor me trajó.»

Asi dijo Faustina; y por la senda
Que el bosque para hallar la fuente tiene,
Un caballero vieron que de rienda
Guiando un palafren gallardo viene:
Llegó; y viendo al leonés que, sin contienda,
Al fresco con las damas se entretiene,
« A sazón, dijo, vengo en que fortuna
Hará de dos beldades mia la una.

»Yo traigo palafren, tú no le tienes;
Que aun á ti no te veo con caballo,
Si ya no eres tan bravo, que ahora vienes
A las fiestas de Acaya á procurallo.»
« A la voz, respondió, de tus desdenes,
¿ Qué podré yo hacer sino otorgallo? »
Cuando la otra doncella con gran brio
A voces dijo : « El palafren es mio.»

« Yo, señora, le hallé en esta floresta,
Y séase vuestro ahora sin porfia:
Aqui en paz le teneis si estais dispuesta
De mi gusto á seguir la compañía.»
« A bien poco trabajo está compuesta,
Bernardo dijo, la pasion que ardia:
Vos, señora, mirad si os está á cuento
La gran persona y noble ofrecimiento;

» Que yo á pié ¿ cómo puedo defenderos
De un orgulloso pecho así valiente,
Que reforzado en el placer de veros,
Será á un entero campo suficiente? »
Riéronse las dos; y el de los fieros,
Viéndose desdeñar del de la fuente,
Poniendo con furor mano á su espada,
Le envió por respuesta una estocada.

Reparóla Bernardo en el escudo,
Dando paso á la furia del caballo,
Que lo arrojó sobre él con cuanta pudo,
Para de aquel encuentro atropellallo;
Mas, asiendo las riendas por el nudo,
A las ancas saltó, y al despeñallo
De la grabada silla, en lo profundo
Del lago de cristal lo escondió al mundo.

Quedó el valiente, en la caída extraña,
Del golpe y armas ahogado y muerto;
Y la griega doncella, en ver la hazaña,
La vista absorta y el cabello yerto:
La aguda china dijo : « A la gran saña,
Y al vivo fuego del amor despierto,
Para templarlos en su ardiente fragua,
Pues la razon no pudo, pueda el agua.

» Y bien que de la súbita presteza
Dejarme ahora de admirar no puedo,
Ni celebrar la diestra gentileza
Que á la una dió favor y á la otra miedo;
No sé si le dé nombre de grandeza
Desta segunda hazaña á su denuedo;
Porque es golpe inferior, y no empareja
Que el que un leon mató mate una oveja.»

Rieron desto; y ya el leonés queria
A la ciudad partirse á ver la fiesta,
Cuando una tropa vieron que venia
Con un jayan bajando por la cuesta:
Aguardaron por ver lo que seria,
Y viendo al que salió de la floresta
Muerto en la fuente, el espantoso Oronte
De un doloroso grito asombró el monte.

Era Oronte del rey getulio Argante
Vasallo y de su guarda, y el difunto
Querida prenda del feroz gigante,
Y de su condicion vivo trasunto:
Dió en verle muerto un grito resonante,
Y voz, alfanje y golpe todo junto
A la venganza echó; y en rabia loco,
Un mundo para hacerla fuera poco.

Dió escudo el español, y hallando alzada
La visera al jayan, con tan buen tino
Metió una punta, que sacó la espada
De los ojos la luz al mas vecino;
Y pasando al cerebro la estocada,
Fuera de sí tras ella al suelo vino,
Y los seis sobre el bravo leon de España,
A quitarle la gloria de su hazaña.

Cinco golpes á un tiempo larga pieza
Traspiés le hicieron dar por un ribazo,
Cuando otro le encontró con tal presteza,
Que ambos del prado fuéron al regazo:
Cayó sobre el jayan, cuya braveza
Asi en ansia mortal y estrecho abrazo
Le tuvo, que pudieran, sin saltalle,
O prendelle los suyos ó matalle.

Mas mientras que el más diestro se detiene
En dejar el caballo, con su daga
El lazo rompe que á su brazo tiene,
Que nuevas pruebas de quien es no haga;
Y al uno de los seis que sobre él viene,
Por mas ligero le libró la paga
En un reves, con que en el suelo lacio
En un pié le dejó porque ande á espacio.

Y entre los otros cinco se revuelve
Con tal desveladura y tal desvío,
Que á este amaga, á aquel da y al otro vuelve,
Y al mas brioso le refrena el brio;
Al uno las entrañas le devuelve
De un golpe, y de otro al otro deja frio:
Un caballero entre los seis venia
Que en ninguna deidad ni ley creia;

Hijo de una judia y de un pagano,
Nacido en lo mejor de Palestina,
Que fué un tiempo rabi, y otro cristiano,
Gentil y de la secta sarracina,
Maniqueo, talmudista y arriano,
Y ahora á ninguna religion se inclina,
Creyendo que es para cuidar del suelo
Miembro distante y apartado el cielo.

Este con tal coraje y desatinio
Al valiente guerrero perseguia,
Que en el herir y entrar, al torbellino
De sus confusas leyes parecia;
Hasta que al vuelo de un reves le vino
A la espada al leonés, con que le envia
A averiguar despacio en el infierno
Qué secta gasta allá mas fuego eterno.

Murió; y de los guerreros y el gigante
A pocos golpes no quedaron vivos
Sino un cegri, que le hurtó delante,
Mas que el acero, pasos fugitivos;
Y al que una pierna el golpe penetrante
De la espada le echó de los estribos;
Que, apremiado, contó al valiente godo
De la traición del falso Argante el modo.

La fuerza de la mar que la doncella
De la Princesa á prevenir venia,
Hecho el jayan alevé dueño della,
A dar aviso al falso rey volvia;
Que por robar á la duquesa bella
Seis mil corvos alfanjes de Turquía
Dentro sembró á traición, y á dar el corte
En el robo infeliz volvia á la corte.

A Faustina asombró la triste historia
Del que sin la acabar se acaba y muere;
Y á hacer con tiempo la traición notoria
Partir con alas, si las halla, quiere;
Y el dueño singular de la victoria,
Que el grave riesgo de la Infanta infiere,
Seguilla piensa, y con su invicto brazo
De la oscura traición romper el lazo.

Vuelan los tres las dos pequeñas millas
Que de la real ciudad nació la fuente,
Y en la plaza, entre nuevas maravillas,
Al rey Argante miran y á su gente,
Y que á sus lanzas, sin poder sufrillas,
Las demas se le dan calladamente,
Cuando á la plaza por la calle opuesta
Un caballero entró á aumentar la fiesta.

Cubierto de enlutada sobrevista,
El caballo, también negro, enlutado,
Blanca en la frente una pequeña lista,
De ambas las manos y de un pie calzado,
De hermoso talle y de gallarda vista,
Lozano huello, altivo desenfado,
Hacia Argante se fué, que oyendo estaba
Diferentes las nuevas que esperaba.

Pidióle justa, y él, con el disgusto
De la contraria desabrida nueva,
Furioso respondió: « De mejor gusto
La batalla haria á toda prueba. »
« Así sea, » replicó el valor robusto,
Antes cortés; y una dorada greva
Por gaje le arrojó, y para encontrallo,
Como con alas revolvió el caballo.

Suspendióse la plaza, estubo quedo
El viento, y en los pechos mas briosos,
O sea de sobresalto ó sea de miedo,
Darse latidos vieron presurosos;
Y partiendo ambos en igual denuedo,
Al chocar los encuentros poderosos,
Sembró, hechas astillas por el aire,
Ambas lanzas la furia y el donaire.

Como dos huecas nubes retocadas
De azul retinto y lóbregos asientos,
Si de contrarios humos amasadas
Las impelen también contrarios vientos,
Del cierzo y austro ardiente arrebatadas,
Al encontrarse dejan sus violentos
Vapores, de los rayos y los truenos,
Las vistas ciegas y los aires llenos:

Así del uno y otro caballero
En los firmes encuentros resurgia
El ronco son del relevado acero,
Que el aire de relámpagos cubria:
El de lo negro, en firme y en ligero,
Un morcillo centauro parecia.
Que, sin que nada baste á perturbarlo,
Nacido va inmutable en su caballo.

Y aunque Argante también guardó la silla,
De dos ningún estribo guardar pudo;
Hincó al pasar el bayo una rodilla,
Y su dueño perdió lanza y escudo:
El pueblo, en ver que el bárbaro se humilla,
Trocó en alegre fiesta el estar mudo,
Y él, corrido del caso no pensado,
De vergüenza quedó y temor turbado.

Bien que blandiendo la desnuda espada
Vuelve buscando alegre á su enemigo,
Que cabe él con la suya levantada,
« Primero, dijo, quiero como amigo
Tu nombre conocer, si á la jornada
Encubrir no te importa lo que digo. »
« Argante, rey de Fez, porque te asombre,
Sabrás, si no lo sabes, que es mi nombre. »

« El tirano, no el rey, dijo el del luto;
Que el verdadero rey tú le mataste,
Y en fe traidora y pecho disoluto,
De su heredera el reino despojaste;
Y pues mi espada el pretendido fruto
De su venida halló, lo dicho baste;
Que de los dos al uno por concierto
Sobre esta causa herede el campo muerto. »

« Como lo pides, » le respondió Argante;
Y haciendo á un tiempo golpe las espadas,
Con solo aquel en opinión bastante
Sus personas dejaron aprobadas;
Y el del luto á su yelmo resonante
De estrellas vió las bóvedas sembradas,
Y asimismo con ellas y su cielo,
En grandes riesgos de venir al suelo.

El tirano de Fez sobre el caballo
Por la plaza fué un rato sin sentido,
Y aunque pudo el del luto degollarlo,
Quiso, mas que valiente, comedido,
Que vuelva sobre sí, por no matarlo
Como él á su señor mató dormido:
Volvió en su acuerdo, y vió del yelmo de oro
Por el suelo sembrado su tesoro;

Y del tranzado arnes la rubia malla
Que el prado argenta; y su contrario fuerte,
Que, no estimando el fin de la batalla,
Le aguarda sin temor, vió el de la muerte;
Que aun en los pechos bárbaros se halla,
Y él, que la suya irreparable advierte,
« Si es forzoso morir, muera conmigo,
Dijo, á pesar del cielo, mi enemigo. »

Y llegando al que intrépido le espera,
Sobre él un golpe y otro y otro envia,
Tal, que un medroso ciego el son tuviera
Por de una sonora herrería:
La duquesa de Acaya, que ya entera
La encubierta traición del Rey sabia
De su doncella, y el valor bastante
Del que el leon mató y rindió al gigante;

Pagada de la fama y gentileza
Del que mirando la batalla estaba,
Y de ver deseosa la braveza
Que su doncella de alabar no acaba;
Un caballo que el viento en lijereza
La suya le prestó, y le azota y lava
Mas penachos de perlas en la frente,
Que el alba cuaja sobre el mar de oriente;

Tascando nieve el espumante freno,
De fina plata y clavos de oro herrado,
Rayo á la vista, y al oído trueno,
En el curso veloz y atropellado:
Del fuego que las manos siembran lleno
El precioso aderezo de brocado,
Con sobrevista orlada de cupidos
En llamas de oro y de rubis ceñidos;

Y una lanza también grabada de oro
Le envió con la doncella, y á rogalle
Rompa en servicio suyo aquel tesoro
Con el de mayor brio y mejor talle;
Y si de la otra se escapare el moro,
Nadie de aquella ya pueda escapalle,
Ni su traición le ayude, ni le valga
Mahoma, aunque á ello del infierno salga.

Recibiólo, y en modo cortesano,
Agradeciendo el don, dijo á Faustina:
« Tan heroica merced, y de tal mano,
De un monarca del mundo fuera dina;
Ni hay que temer ya al bárbaro africano,
Pues en notorio descaecer declina,
Y quien ponerle pudo en tal estrecho
No le dará á otra espada de provecho. »

Ni se engañaba el español guerrero ;
Que el del luto de suerte le traía,
Que mas de roja sangre que de acero
El fino arnes grabado parecia ;
Y él, viendo á su contrario tan entero,
Que aun en sus armas mella no tenia,
A riesgo de morir matando, quiere
Matar á quien le mata, pues que muere.

Cerró con él á ejecutar su intento,
Sin reparar á tiempo un altibajo,
Que en golpe fué cortando tan violento,
Que el brazo del escudo le echó abajo :
Y al ya vencido moro sin aliento,
Al caer del caballo, un diestro tajo
Así á compas corrió su lijereza,
Que arrebató á los hombros la cabeza.

Miró la plaza en suspension notable
Hecho piezas al rey de Berbería,
Que aun no dos horas ántes, espantable,
Los hombres solo con mirar vencia :
Cogió su gente el cuerpo miserable,
Que un destroncado roble parecia,
Y el vencedor con gallardía robusta
En su puesto se puso á esperar justa.

No venia de intento á ver las fiestas,
Sino á vengar á Flérida de Argante,
Que en él sus nuevas esperanzas puestas,
Para hacerlo le dió poder bastante ;
Mas viendo sin pensar tan bien dispuestas
Sus pretensiones, quiso en lo restante
Probar la gentileza y gallardía
Que en los valientes de aquel reino habia.

Salió el duque de Arcadia valeroso,
El jóven rey de Tébas y Erimanto ;
Salió el robusto Ménalo furioso,
Que á todos daba su grandeza espanto :
El jayán Adargusto pavoroso,
Por vengar de su muerto rey el llanto,
Salió tambien ; mas uno á uno todos
Al suelo fuéron por diversos modos.

Y sin hacer desden ni movimiento,
Ni reves el caballo ni mudanza,
Diez derribó de los de mas aliento,
Y algunos dellos sin romper la lanza ;
Con tanto gusto y general contento,
Como si cada uno su esperanza
Empleada la tuviera por entero
En el brazo y valor del caballero.

Bernardo, aficionado á su destreza,
Quisíerale probar sin enfadalle ;
Que ha hecho tanto en tan pequeña pieza,
Que pedirle mas justa es agravialle ;
Mas viendo que mil soles de belleza
Del real balcon le hablan con miralle,
Que en verle sin justar toda la tarde
La tendrán por remiso ó por cobarde ;

Llegando al bravo y singular guerrero,
« Aunque parezca, dijo, desacato
Demandar nueva justa á un caballero,
Que tanto ha hecho en tan pequeño rato ;
Ese heroico valor, que tan entero
Se muestra, es quien nos vende por barato
El pundonor de ser vuestro vencido,
Por el riesgo y dolor de haber caido.

» Y así no os causará, señor, disgusto
Añadiros de nuevo esta victoria,
Que nadie justa ya, ni yo ahora justo
Para usurparos la alcanzada gloria,
Mas por un rato de solaz y gusto,
O altiva presuncion y vanagloria,
De no salir de aquí (decirlo quiero)
Sin probar lanza de tan gran guerrero. »

Dijo ; y sin responder á sus razones,
Mas que con una humilde cortesía,
Dieron á un tiempo vuelta los frisiones,
Que el mas pesado una ave parecia ;
Y con iguales términos y acciones
De gentil apostura y gallardía,
Hundiendo vuelven con furor la tierra
Los dos soberbios rayos de la guerra.

Volaron por el aire las astillas
De las quebradas lanzas, los guerreros
Tan firmes y compuestos en las sillas,
Como si fueran pajas sus aceros :
Ni los ojos pudieron percibillas,
Ni la herida de golpes tan lijeros ;
Ellos solos en modo extraordinario
Cada uno se admiró de su contrario.

Toman segundas lanzas escogidas,
Y armándose de nueva fortaleza,
Por el cielo en astillas esparcidas,
Asombros dió á la plaza su braveza :
Procuran otras, y otras mas fornidas,
Y estimando del otro la destreza
Cada uno á propia mengua, á cada encuentro
La tierra hacian temblar hasta su centro.

Seis veces se encontraron, y en seis truenos
La ciudad resonó, cuando el del luto,
Quizá temiendo en algo el ir á ménos,
Sacó la espada y dijo resolutio :
« Esta mejor decir podrá á lo ménos,
Si ya romper mas lanzas es sin fruto,
Cuya ha de ser deste solaz la gloria,
Pues para dos no es harto una victoria. »

El español, si con su honor cumpliera,
De gusto le rindiera la batalla
Por su propia afición y porque fuera
Contento general el excusalla ;
Mas viendo acometerse, sacó fuera
De la vaina la espada, y al sacalla
Dijo : « Por esta juro que contigo
Mas deseo obras de amor que de enemigo. »

Mas el del luto, ó ya por el coraje
De no poder vencer un caballero,
O porque á punto no entendió el lenguaje,
Por respuesta le dió sobre el plumero
Un golpe tal, que hizo que se abaje
Mal de su grado hasta el acion primero ;
Que tiene á desenvuelta villanía
Que le hablen sin hacelle cortesia.

Perdió con esto el godo el sufrimiento,
Y hecho nueva serpiente ardiendo en ira,
Un golpe y otro y otro en firme aliento
Le da, le carga, le redobra y tira ;
Y él, dando escudo á su furor violento,
Ni por ellos se aparta ni retira ;
Antes así con su rigor revive,
Que dos le da por uno que recibe.

Arde el ciego furor ; arden sañudos
En el fuego que escupen los arneses,
Y sin hacer reparo en los escudos
Mil tajos se ejecutan y reveses ;
Que el mismo enojo que los tiene mudos,
De compuestos los hace descorteses,
Y no curar de tiempos ni posturas,
Ni otras sin para qué desenvolturas.

Mas á todo rigor por lo mas breve
La muerte se procuran de ordinario,
Tan juntos al herirse, que se bebe
El aliento cada uno del contrario ;
Así bravos, que á verlos no se atreve
El vulgo, en gustos y opiniones vario,
Antes en furia popular robustá
Dar treguas quiso á la batalla injusta.

Hirió el del luto al español, de punta,
Por medio de los pechos con tal fuerza,
Que la cabeza con las ancas junta,
El cuerpo le hace con dolor que tuerza ;
Y otra tras ella al corazon le apunta
Por debajo del peto, que era fuerza,
A no torcerse sin pensar la espada,
Quedar la injusta brega rematada.

Mas paró en un rasguño el riesgo todo,
Aunque la sangre que sacó la espada,
Si en lo fino mostró que era de godo,
Mejor lo descubrió en quedar vengada ;
Que, aterrando la suya, de tal modo
Le asentó la respuesta en la celada,
Que la plaza asombró, y el ya confuso
Seso que dentro estaba perdió el uso.

No reforzado tiro de bombardas,
De vivo azufre y de salitre lleno,
A quien el fuego en descender mas tarda,
Que él en formar de su estampida el trueno;
Ni respuesta envió en la nube parda
Mas presta, ni del aire el bueco seno,
Al escupir, sonó el rayo encendido
En mas medroso y súbito estallido.

Arrodilló el caballo ambas las manos,
Y caída en las ancas la cabeza,
A su dueño llevó en clamoros vanos
Sin tiento por la plaza larga pieza:
Quedaron los del muerto Argante ufanos:
Usar del poder todo no es grandeza;
Y así el joven no quiso, aunque herido,
Su furia ejecutar en un rendido.

Volvió á la vida, cuando ya por muerto
La plaza le lloraba: vuelve y mira
Cuán cerca della estuvo, y cuán cubierto
De gloria su contrario se retira:
El destrozado escudo sin concierto
De envidia arroja, y de dolor suspira,
Y á la venganza llama al enemigo,
Que ántes merece premio que castigo.

Corre á dar muerte el uno, el otro atiende;
En bizarro ademán llegan, y á un punto
Sobre cada uno de los dos descende
Del contrario rigor el poder junto;
Con que de nuevo así el herir se enciende,
Que de la muerte son vivo trasunto,
Y forzoso llorar al uno muerto,
Si ya no es morir ambos lo mas cierto.

Tienen al pueblo oscuro deslumbrado
De su herir los relámpagos dudosos;
Que el día ya su luz se había llevado
Por esconderla á golpes tan furiosos:
Cada uno del contrario está admirado,
Y el mundo de ambos pechos valerosos;
Y aunque es la igualdad grande, todavia
No es del luto, si la hay, la mejoría.

Pudieran combatir á las vistumbres
De los dorados rayos y centellas,
Que en las grabadas armas la costumbre
Del dar y resurtir volvian estrellas;
Mas del palacio real pomposa lumbre
De infinidad salió de antorchas bellas,
Que, á pesar de la oscura noche fria,
A la plaza volvió de nuevo el día.

Pareció con las luces mas hermosa
Y de mayor espanto la batalla,
En seis horas de tiempo así dudosa,
Que un punto apenas de ventaja se halla;
Cuando el bravo del luto en rabia airosa
Se arrestó de una vez á rematalla,
Y lanzándose á tiempo á su enemigo,
En duro abrazo le apretó consigo.

Hizo cada uno presa en su contrario,
Y en ella mas vistosa la contienda;
Porque del caracol revuelto y vario
No hay quien la entrada ni salida entienda;
Que al brio de los caballos voluntario
El suyo dejan sin curar la rienda;
Y así en su lucha se asen y se ligan,
Que á ellos les fuerzan que sus vueltas sigan.

Y aunque no por holgados ni lozanos,
Los frisones rifaron á su modo,
Y altas las manos, con relinchos vanos,
Sacó el morcillo en alto el cuerpo todo,
Y su dueño en las garras de las manos
De la cabeza el fino yelmo al godo,
Que por desencajarle de la silla
No le dejó de aquel vaiven hebillas.

Y dando la victoria por ganada,
Caer le deja, y de su espada aferra,
Cuando en él la hermosura vió extremada,
Que viva en su feliz memoria encierra;
Y en nueva admiracion, la altiva espada
Con furia arroja á la sangrienta tierra,
Y «¡ay triste!» dice; y tras el ay profundo,
«¡Quién podia ser sino la flor del mundo!

» Goza, como mereces, la victoria
Y el rico venturoso premio della;
Que yo doy la ventaja por notoria,
Á ti en valor, y en la ventura á ella.»
Dijo; y con arrogante vanagloria
El caballo picó y la plaza huella,
Dejando convertido su denuedo
En nueva admiracion el primer miedo.

El valiente español, que en el bastardo
Resonar de la gente y pueblo rudo,
Y con el alboroto y el resguardo
De hacer nueva celada de su escudo,
La oscura voz y el ademán gallardo
De su contrario fiel notar no pudo,
Viéndole ahora salir de la batalla
Como huyendo, está suspenso y calla.

Hasta que ya informado del suceso,
Con nueva admiracion sale á buscalle;
Que tambien juzga por honrado exceso
En cortesias virtudes no igualalle:
Quiere saber quién es, y á saber eso
Riendas vuelve y espuelas al caballo,
Por donde al parecer se le figura
Que en sombras vuela de la noche oscura.

Quedó la alegre plaza alborotada
Con la partida y el suceso raro,
Y la cretense infanta mas pagada
Del héroe invicto y su valor preclaro:
La ocasion del partirse oye turbada,
Y en son que busca su favor y amparo
Al pueblo manda que su alcance siga,
Y el peligro en que está sin él le diga.

Y él al cruzar por una angosta calle
Una tropa encontró de caballeros,
Y el uno, que jayan era en el talle,
Previnendo á sus falsos compañeros:
« Por aquí, dijo, es fácil atajalle
Y ver si le defienden sus aceros
A que se quede sin vengar la muerte
De un rey tan desgraciado como fuerte.»

Bien sospechó el leonés que aquella junta
A acometer salia á alguno, alevé,
Y que si en ella le hay, el riesgo apunta
Al leal pecho á quien él la vida debe:
Picó el caballo y al tropel se junta,
Y á la enemiga de la luz se atreve:
No lo echaron de ver, y aunque de paso,
De la intencion traidora entendió el caso.

El jayan Califerno, que el tirano
Argante en Tripol hizo su regente,
Por vengar su debida muerte en vano
La escudarra guia de alevosa gente;
Y á la entrada de un bosque comarcano
Que al pueblo ciñe la almenada frente,
Un caballero vieron que sin miedo,
Por ver que buscan dél, se estuvo quedo.

Conócenle en el brio, y cierra entera
La espada, y al tropel de acometello,
« Muera el traidor, dan voces, muera, muera;
Que al rey de Fez mató sin merecello.»
Mas el altivo aliento, que no fuera
Un mundo poderoso á detenello,
Volvió, aunque sin espada y sin escudo,
De enojo ciego y de coraje mudo.

Y llevando de encuentro por delante
Al que primero halló, sacó Bernardo
Su espada, que á la parte del gigante
Venía haciendo en atencion resguardo,
Diciendo en voz y grito resonante:
« Hacéos afuera, oh espíritu gallardo;
Que yo libre os daré del riesgo nuevo,
O en él la vida perderé que os debo.»

Y con la alegre voz en las estrellas,
Y la tajante espada en Califerno,
Echó de un golpe dos á vista dellas:
Con la mitad se contentó el infierno;
Y asombrando sus golpes y centellas
Al quieto bosque su silencio eterno,
La oscura brega urdieron de manera,
Que ningun vivo sin temor la viera.

El de las negras armas, que ha entendido
De la traicion el riesgo peligroso,
Y se ve de Bernardo socorrido,
Y en el gigante el golpe monstruoso;
De su mismo suceso inadvertido.
De la ocasion no alcanza el fin dudoso,
Ni cuál sea el que á buscarle los traia
Con el leal mancebo en compañía.

Mas entre estos cuidados, diligente
Así las armas juega, que á lo oscuro
Del marañado bosque el mas valiente
Ni del está ni su esgrimir seguro;
Que en las espaldas uno, otro en la frente,
Rayos su alfanje da de acero puro.
Y al lado del que allí le da su ayuda
Un mundo entero acometer no duda.

Ya del jayan y veinte caballeros
Solos quedaban ocho, cuando el uno,
Que por entre acebuches y romeros
Al pié cayendo fué de un aceituno,
De su cobarde espada los aceros
A tiempo revolvió tan oportuno,
Que al caballo del luto, aunque lozano,
De las dos le dejó sin la una mano.

Vino caballo y caballero al suelo,
Y por mal de quien fué el tropezon vino;
Que de un diestro reves á todo vuelo
Sin dos piés le dejó y sin ningun tino;
Y á coger otro potro con recelo
Por el bosque se entró, y perdió el camino,
Entrampado en sus árboles de modo,
Que á volver no acertó al valiente godo.

Bien que él así se avino en su refriega,
Que en breve rato no hubo sarracino
Que por la selva oscura ó noche ciega
No abriese, huyendo, á su temor camino;
Solo á los victoriosos dos les niega
Senda para encontrarse su destino;
Que en tanto que con mas atenta oreja
Se busca el uno al otro, mas se aleja.

Y anegados sin guia en la espesura,
De poderse hallar pierden el tino,
Hasta que al descaecer la noche oscura
El día con sus risueños ojos vino...
Después diré del otro la ventura,
Y á qué fin le guió su desatino;
Que á Bernardo la luz que al alba guia
En la ciudad le halló cuando salia:

Donde el cansancio y falta de reposo
Que era le dijo de metal humano,
De cuerpo ni divino ni glorioso,
Ni como el de los cielos soberano;
Y á reposar se entró al palacio hermoso,
Que en suave modo y trato cortesano,
Para rehacer su descaecido aliento,
Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALEGORÍA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud y en adquirir las ciencias humanas; y los monstruos del escuadron de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

LIBRO DECIMOCTAVO.

ARGUMENTO.

Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya; ofrécele Gloria á su nieta en casamiento, y él, enamorado de Arcángelica, se excusa con la prision de sus padres; recibe una carta, y alborotado con ella, trata de partirse. Crisálba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una extraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la lana, y desde allí pasa á ver las de las Indias Orientales, donde el mago Tascalan le ataja el vuelo y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Marte, ó sea
Traza de otra deidad mas soberana,
Que desde el celestial balcon otea,
Y el curso rige de la vida humana;
Cuanto de gusto en ella se desea
Al nuestro acude, al parecer sin gana,
El bien medido y su placer por tasa,
Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,
Los prevenidos dioses en su cielo
Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:
La vida encadenaron con la muerte.
Penas con glorias, gustos con recelo,
Y la alegría, que de su cosecha
De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales
Las dos porciones de contrarios vinos,
Pudieran beber, y los mortales
De dos sendas abrieran mil caminos;
Mas viene aguado el bien, puros los males,
Tras un acierto veinte desatinos;
Que es varia la librea del engaño,
Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde juego
De aquellos que, pisando las estrellas,
Sus tragedias contemplan, y cuan ciego
El hombre, que es su autor, camina en ellas:
Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
Y saltarle á los ojos las centellas;
Va el otro á su ocasion, y no se advierte
Que en la que busca está la de su muerte.

Gamina Califerno, y va fiado,
Para salir con la traicion urdida,
En el que mas vecino lleva al lado,
Y es el primero en le quitar la vida:
Combate el caballero disfrazado,
Y procura matar de una herida
A quien, si antes de herirle conociera,
La vida por salvar la suya diera.

Salió á buscar el godo, y de hallado,
Sin pensar le perdió: suspira y calla;
Que es siempre lo postrero y mas guardado
Lo que se busca, cuando acaso se halla:
Tambien el ciego bosque era hadado;
La oscura noche y la infeliz batalla,
Y el no saber la tierra, fuéron causa
Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.

Bien creyó el español que volveria
El encubierto amigo á ver la tela
Que por ausencia suya mantenia,
Y de solo su brazo la recela;
Mas ni volvió aquel día ni otro día,
Ni la gran voz que de su fama vuela
Le descubrió, ni de su arnes el rayo
El sol volvió á enlutar el campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas
De sus armas al godo declarado
Por digno sucesor de las dos sillas
De la Acaya y del cretense estado;
Y que ante la Princesa de rodillas,
De inmortales laureles coronado,
El rico premio goce y joya puesta
A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano
Al real dosel el vencedor guerrero,
Donde la Infanta con gallarda mano
La guirnalda y su amor le ofrece entero;
Y él, con bizarro estilo cortesano,
«Señora, dijo, el premio verdadero
Mio será que el lauro se mejore
Donde el mundo le envidie y yo le adore.

»Y vuestra soberana frente sea
Divino templo á su trofeo de gloria,
Para que, como yo pretendo, vea
Mas que los cielos alta mi victoria;
Y á vos, gallarda y celestial idea,
Tambien por premio quede y por memoria
Deste humilde servicio, como es justo,
Entera libertad en vuestro gusto,

»Para elegir con él esposo dino
A vuestro real valor y heroica casa,
Sin que con temerario desatino
Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
El os sea la regla y el camino,
Y de vuestra eleccion la libre basa;
Que vos, que habeis de dar al mundo leyes,
No es bien que las tomeis de ajenos reyes.

«Y si algun descompuesto caballero
Por humilde interes violar quisiere
Desta mi nueva libertad el fuero,
Campo y armas señale, y sea quien fuere;
Que la puerta del gusto no es de acero,
Ni á Pálas Vénus sujetar se quiere;
Antes, sin estimar su escudo y lanza,
Sola y desnuda la victoria alcanza.»

Engrandeció el cretense señorío
Del hidalgo español el noble intento;
Perdió en oírle la Princesa el brio,
Celosa aun de su mismo pensamiento:
No sabe si es amor ó si es desvío
El fin del generoso ofrecimiento;
Que á un empeñado gusto en dulces bienes
La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
Ahora de uno y luego de otro modo,
De su amoroso pensamiento el punto
Claro descubre al encubierto godo;
Y en fiestas puesto el griego reino junto,
A entretenerle en gusto atiende todo;
Y ella, en cuidados prevención atenta,
De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,
El gusto y el placer se dan las manos,
Y en reales mesas espumantes tazas
La alegría hacen y el amor hermanos;
Con que tú, oh niño celestial, enlanzas
De la doncella los cuidados vanos,
Y de su ilustre huésped siempre á tienta
De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
De sus mágicos versos, adivina
La masa real y heroica descendencia
Que al mundo en siglos por venir camina
Destas dos sangres, que hoy en diferencia
Tiene el amor, y el cielo determina
Que una se hagan, y su nudo santo
Honra á la fama dé y al suelo espanto.

Un día así con el valiente godo,
En su real cuadra á solas retirada,
«¡Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
De nuevo mi esperanza veo cifrada!
Si el cielo no hizo diferente en todo
Mi antiguo origen de tu patria amada,
Y ahora ordena que aumentado quede
Con tu real sangre, lo haga como puede.

»Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,
Que el manantial primero de mi gente,
No por camino oculto ni bastardo,
De lo mejor de España trae su fuente,
De Viriato gentil, bello resguardo
De la española libertad potente.
Que en el precioso zamorano asiento
Marte le dió el primer vital aliento.

»Deste procedió Clodio Lusitano,
De espíritu é ingenio peregrino;
Canio deste nació; deste Daciano,
Y deste el bravo capitán Crastino,
De cuya invicta y atrevida mano
La primer lanza abrió rojo camino
Al real de Pompeyo, y fué el primero
Que á César hizo rey de un mundo entero.

»Deste nació Taurino, que Alencastro
Al mundo dió, y al curso del río Reno
De Colonia los muros de alabastro,
Con pueblo ilustre de riqueza lleno;
Y dejando de sí glorioso rastro,
De príncipes nació en día sereno
Y en estrella feliz, por sol del mundo
El segundo Alencastro sin segundo.

»Deste gran duque fui prima y esposa,
Y de los dos, Tifeo, rey de Creta,
Unico hijo, cuya estrella odiosa
La mia á mil desdichas trae sujeta:
Crióse en trato libre y vida ociosa;
Y la fama, que todo lo inquietá,
Con la beldad de una cretense infanta
De su raíz destroncó mi altiva planta.

»Y ya cautivo el libre pensamiento,
Por verla aborreció el paterno estado;
Y no solo olvidó ciudad y asiento,
De la tierna beldad nueva encantado,
Mas de su religion y nacimiento
(¡Notable desventura!) ya olvidado,
De idólatra de amor, gustos livianos
Ser le hicieron tambien de dioses vanos.

»Y aunque en remedio suyo el justo cielo,
Por sano acuerdo del letargo extraño,
De horribles monstruos le ha sembrado el suelo,
Que para su provecho le hacen daño;
Ni vuelve en sí ni al religioso celo,
Ni de su obstinacion deja el engaño;
Antes con nuevos mágicos errores
Los daños crecen cada día mayores.

»Ha inventado de honesta sangre humana
A un ídolo espantoso sacrificios,
;Extraña crueldad, ley inhumana
De un corazón sin dios claros indicios!
Y de error en error su alma liviana,
Con los pasados los presentes vicios
Le han hecho dar á una ramera hermosa,
Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

»Yo de Colonia hui la acerba muerte
Y las crueles cadenas del tirano,
Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
Un reino entónces mas que ahora humano;
Bonde Grisalba, que en placer convierte
Cuanto su vista ve y toca su mano,
Con solo el gusto de hallarla pudo
De mi alma conservar el frágil nudo.

»Con ella huyendo del horrible infierno
En que arde el reino y mi obstinado hijo,
Aqui me retiré, y su pecho tierno
Aqui con gusto y gravedad corrijó;
Y de mí ley cristiana el pacto eterno
En mi alma tengo y en la suya fijo,
Deseando desta humilde tierra oscura
Volar con ella á mas constante altura.

»Mi intento á esto trazó las reales fiestas
En que su ánimo muestre el mas lozano,
Porque entan valerosos hombros puestas
Mis pretensiones, corran de su mano:
La tuya no la sé; las mias son estas:
Cobrar mi antigua patria del tirano
Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella,
Léjos de Creta, ver reinando en ella.

»¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo
Ahora para este bien tiene guardado!
No quieras violentar su feliz vuelo;
Cumple su ordenacion y mi cuidado;
Que deste dulce nudo, al patrio suelo
De nuestra España espero que dé el hado
Tal sucesion de príncipes, que sea
De todo lo mejor del mundo idea.»

La prudente Gloricia en este modo
 Su ofrecimiento y diligencias hizo,
 A quien el firme y generoso godo
 Con discretas palabras satisfizo:
 Era de su liviana excusa el todo
 La injuria con que un rey antojado
 Puestos tenia sus padres en prisiones,
 Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el jóven por entónces puso
 A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
 Bien que en sí mismo sin saber, confuso,
 Quién el cuidado y suspension le causa:
 Admirase tambien que se dispuso
 La bella Olfá á le dejar sin causa,
 Y sin darle razon de su partida,
 Ni se sabe por qué ni adónde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
 La ociosa soledad por compañía,
 Dando y tomando cuenta á sus intentos,
 Y el medio que en seguirlos tomara;
 Viendo cuál juegan con la mar los vientos
 Desde el real mirador estaba un día,
 Cuando un villano vió con una carta,
 Que, absorto, de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
 « Señor, le dije, un caballero andante
 Que, de luto vestido, una cuadrilla
 A un grave entierro lleva semejante,
 Al tiempo de embarcarse en una villa
 Que da á un puerto de mar playa inconstante,
 Este papel me dió, que en propia mano
 Os diese... » Y puesto allí, llamó el villano.

Vió que conforme el simple mensajero
 Las claras señas da, la carta viene
 Del ausente enlutado caballero
 Que en cuidadosa suspension le tiene;
 Y en gusto deseando mas entero
 Lo que el secreto del papel contiene,
 De sobresalto lleno y de alegría,
 Al desdoblarlo vió que así decia:

« La encubierta princesa de la China,
 » Del tiempo perseguida y sus azares,
 » A tí, de estirpe al parecer divina,
 » En tus proezas y hechos singulares,
 » Salud, si el que á deseartela me inclina
 » Darla á tí puede, como á mí pesares,
 » Porque con ella en años no veloces
 » El nuevo gusto en que te empleas goces.

» El cielo sabe, oh jóven soberano,
 » A quien la vida tantas veces debo,
 » Que despues que por tí en el mar greciano
 » A ver volví mi libertad de nuevo,
 » Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
 » Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
 » Que á no ir ciega, cual fui en mi desafío,
 » Nunca contra tu brazo alzara el mio.

» Perdona, oh felicísimo guerrero,
 » Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,
 » Aunque salir con el honor entero
 » Jamas dudase tu ánimo robusto;
 » Mas por lo que mereces y te quiero,
 » Aunque excediendo del estilo justo,
 » No sé si ahora diga que me pesa
 » De haberme desistido de la empresa.

» No por vana arrogancia de venterce
 » Que serlo yo de tí tengo por gloria,
 » Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
 » Ni á portar con la mia tu memoria;
 » Pero quizá de envidia por no verte
 » El gran premio gozar de la victoria;
 » Que el dolor deste vicio sin provecho,
 » ¿ A qué altiva mujer no escarba el pecho?

» Mas ya que esta intencion es devaneo,
 » Tu gusto, que se extiende á los extraños,
 » Eterno goces, como yo deseo,
 » De azares libre y de temor de engaños;
 » Aunque el ver sepultados, cual los veo,
 » Dentro en Acaya tus floridos años,
 » No sé si ya por lo que á tí se debe,
 » Mas que no á envidia, á compasion me mueve.

» A tus felices bodas fuera justo
 » Quedarme, y celebrarlas cual conviene;
 » Mas en materia de alegría y gusto
 » Nadie es posible dar lo que no tiene:
 » Yo habia de estar sobrada donde al justo
 » El resto en igualdad se anuda y viene,
 » Y así esta breve falta tuve en ménos
 » Que agüerar con mi mal gustos ajenos.

» Fuéme tambien forzoso dar derecho
 » A la infanta de Fez del falso Argante,
 » A quien mi real palabra di de hecho
 » De cobrarle del reino lo importante;
 » Y aunque lo mas del caso tengo hecho
 » Muerto el tirano, falta lo restante,
 » Que me parto á acabar á toda priesa,
 » Por la que da en sus causas la Princesa.

» A Olfá, mi dama, si la suerte amiga
 » Salva contigo echó en la playa angosta,
 » Porque voy sola, manda que me siga
 » Del rio de Fez á la vecina costa;
 » Y si de allí faltare, á la enemiga
 » Francia sin se estorbar tome la posta;
 » Que dando el fin que me prometo en estas
 » Causas, seré de las francesas fiestas.

» Dejara en tu servicio la doncella,
 » Para que lo que yo de mejor gana
 » Hiciera en tu servicio y causas, ella
 » En amistad hiciese honesta y llana;
 » Mas, pues te sobra todo, y yo con ella,
 » No te falte por culpa tan liviana
 » Conocimiento, en ley y fe de amigo,
 » Que estimo tu valor en mas que digo.»

Dejó suspenso al español valiente
 El dulce estilo de la aguda carta,
 Tan sabia, que de leerla atentamente
 Una vez y otra y otra no se harta;
 Y al rudo mensajero diligente
 Aparte por saber cosas aparta,
 Dándole por su parte una cadena
 De ricas cifras de diamantes llena.

Dél supo, entre otras pláticas sabrosas,
 Que Olfá llegó á la playa el mismo dia
 Que su ama por las olas espumosas
 Del puerto al mar salió de Berberia;
 Y en un presto bajel de alas pomposas,
 Que con refresco al real galeon seguia,
 En voz que lleva una preciosa espada
 Al vengador de Fez, salió embarcada.

Conoció el oro de la rica hoja
 Que la Infanta arrojó, la hermosa china,
 Y entre turbados gustos y congoja
 La ciega noche por la hallar camina:
 Que la oye en cada rama se le antoja,
 Y mientras busca mas, ménos atina;
 Que es tal el peligroso bosque espeso,
 Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.

Hallóse con el dia en una aldea,
 Y dándole al reposo, dió el siguiente
 Al gusto de buscar lo que desea,
 Sola de pueblo en pueblo y gente en gente:
 Por aquí ataja, por allí rodea,
 En rastro de la reina del oriente,
 Hasta que llegó, al fin, donde aquel dia
 Tomó tras ella de Africa la via.

Bernardo, alborotado el pensamiento
 Con la carta y la nueva, habiendo al justo
 Trazado el tiempo de uno y otro intento,
 Seguir quiere los rastros de su gusto;
 Que es fuego amor, y con cualquiera viento
 El corazon altera mas robusto,
 Y ya impaciente de su ociosa vida
 Y sus gustos, ordena la partida.

Y para atravesar el hondo charco
 Que tiene el reino de Fortuna en peso,
 A toda diligencia aprestó un barco
 Que hace gemir las aguas con su peso;
 Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
 De crespas olas y de aljófar grueso,
 La áncora corva en el arena agarra,
 Y al primer viento ha de dejar la barra.

Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
De su querido huésped, en quien puso
Amor su gusto y la fortuna el cebo
De las lisonjas que á su honor compuso :
Pierde el color, marchitase el renuevo
Que en su deseo florecia confuso,
Y queda entre recelos sin sosiego,
Ya confiando, y desconfiando luego.

Mas viendo del partir la hora llegada,
Y que ya su licencia sola espera,
Con el dolor el alma traspasada,
Del miedo los recatos echó fuera ;
Y en seca lengua al paladar pegada,
La voz quebrada y la congoja entera,
Así habló de la pena los enojos,
Reventando las señas por los ojos.

« ¡ Oh valor para todos de provecho,
Para mí sola de tormento y daño,
En quien el cielo dió á mi alma hecho
El de toda su gloria á tu tamaño !
Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
Siniestro azar la capa del engaño,
¿ Cómo es posible que tan presto al viento
La esperanza hayas dado de mi intento ?

» ¿ Qué se hizo áquel gran bien que amanecía
Con la luz de tu fama en mi memoria,
Que, aunque contaba ménos que yo via,
No era menor que mis deseos su gloria ?
¿ Cómo, señor, tan presto de la mía
Huérfana quedaré, en queja notoria
De la alegre esperanza que me diste
Cuando, venciendo, tuya me hiciste ?

» Goza en tanto á lo ménos del descanso
Que este revuelto tiempo se mitiga,
Y el tempestuoso mar se muestra manso,
Y en ménos olas su arenal fatiga ;
Mientras que de los rios el remanso
A dar claro tributo al mar prosiga,
Y vayan no tan turbios y abultados,
De ordinarias riberas abrazados.

» Ya por mi mal he visto en suerte loca
Gente á dudosos vientos confiada,
El rigor darla de una oculta roca
Por el áspero mar toda sembrada :
Si tan de léjos mi dolor te toca,
Que por él no merezco alcanzar nada,
Ablande ahora ese tu duro pecho,
Ya que no mi dolor, ver tu provecho.

» No te pido la fe del casamiento
Que mi vana altivez me prometia,
Ni que á esa cuenta dejes tu contento
Por el remedio de la pena mía ;
Solo que aguardes que te ofrezca el viento
Mas firme soplo y apacible día :
Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,
Mas breve y corto don pedir pudiera.

» No quiero cansar mas : da la sentencia,
Que ya en tus ojos se conoce clara ;
Que si entendiera que esta triste ausencia
Hasta acabar de oirme se alargara,
Por no verme apartar de tu presencia
Eternamente sin cesar hablara,
Quedando así, en las causas que me pones,
Igual tu sinrazon con mis razones.»

Dijo, y dijera mas si la congoja
Mas ánimo le diera y mas aliento ;
Mas, vuelta en gualda ya la color roja,
La habla á un tiempo perdió y el movimiento :
Quedó cual de aleli marchita hoja,
Y al español su tierno sentimiento
Anuncia, si no abrevia la partida,
De amor tan fino su lealtad vencida.

Y así en los brazos de Faustina bella
Y otras llorosas damas desmayada.
Que en triste asombro acuden á valella,
La real casa les deja alborotada ;
Y el constante mancebo, huyendo della,
En ojos tiernos va y alma obstinada
Al ciego mar, adonde en fragil barca
Que á él solo espera, sin pensar se embarca.

Y dando al viento las latinas velas,
El ligero batel deja la playa ;
Que un amor y otro amor sirven de espuelas
Para que huyendo ahora de ambos vaya :
Un amor descubierto sin cautelas,
En vez de encender fuego, le desmaya ;
Que siempre el gusto incierto se sublima,
Y lo dado de balde no se estima.

Volvió de su amoroso desacuerdo
La bella Infanta, y al abrir los ojos,
Aunque alterada, con semblante cuerdo
La causa fué á buscar de sus enojos ;
Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
Y el desdenado espíritu entre abrojos,
Torna á cerrarlos ; que sin ver su amante
Tiniebla es todo cuanto ve delante.

Mas ya certificada en su partida
Y en la muerta esperanza de su gloria,
Si el cruel dolor no le acabó la vida,
Fué por darle mayor con la memoria ;
Y entre una y otra pena divertida,
En todas de su muerte ve la historia,
Hasta que, vuelta ya á mejor discurso,
Dió al alma vado y á sus penas curso.

Y recogiendo á lo mejor del pecho
El grave mal que su quietud destruye,
Gozar un rato quiere sin provecho
De ver su huésped por la mar cual huye :
De un rico balcón de oro al antepecho
El crespo golfo vió, y en verlo arguye,
Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
No es mucho sea como él el gusto humano.

Vió volar el pequeño barco altivo,
Surcando el mar con todo su tesoro :
« ¡ Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,
Que solo huyes de mí porque te adoro !
Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
Verás en estas lágrimas que lloro :
Vuelve, y navega en él á tu contento ;
Que mis suspiros servirán de viento.

» Vuelve, y verás el gusto de quererle
Hecho verdugo de mi amarga vida,
Y cuán vecina de mi triste muerte
La vana ocasion fué de tu partida :
Mas no vuelvas, cruel ; que en solo verte
El alma, que ya tengo aborrecida,
Por tuya cobrará su aliento y brio,
Para pena mayor y agravio mio.

» Que ese mar, como tú inconstante y vario,
Trono de la fortuna sin asiento,
Si ahora afable, como á mi contrario,
Paso te ofrece y favorable viento,
Yo espero que, volviendo á su ordinario,
Tu barco arroje con furor violento
Sobre algún pardo risco en que fenezca,
Y que en lo duro y cruel se te parezca.

» Mas si solo por ser venganza mia
Olvidare su estilo la fortuna,
Estos suspiros que mi pecho envia
De ti no han de dejar reliquia alguna :
Tu barco anegaran ; mas ¡ ay porfia
Vana, que á quien mi vista es importuna,
Los suspiros que doy, bien se concluye
Que seran viento en popa, cuando huye !

» Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
Como quiera que son te los envío ;
Que en amor verdadero no hay engaño,
Y eso en su fe por excelencia el mio.»
Así la Infanta dijo ; y con el baño
De perlas lleno el rostro de rocío,
Como la luz quedó de la mañana,
Que el sol aun no le dió color de grana.

Y entre tanto la playa lisonjera,
Como si sorda oyera su agonía,
En huecos tumbos se alza de manera
Que sus deseos ya en temor volvía ;
Y lo que, si no amara, le vistiera
El vengativo gusto de alegría,
Ya en pálido temor el riesgo mira
Del que ántes anegar quería con ira :

Quando el barco, en confuso torbellino
De roncadas olas, al amigo puerto
Entre peñascos saludando vino,
Ya de los dos el un costado abierto:
Corrió la Infanta al reino cristalino,
Ya el pecho sin recato descubierta,
A recibir el fugitivo rayo
Del sol que á su alma da un florido mayo.

Con roja tez el español valiente
Segunda vez tomó puerto en Acaya,
Si bien, como discreto, alegremente
La furia alaba de la ronca playa:
«No es bien dejar ciudad tan excelente,
Ni que yo huyendo de mi bien me vaya,»
dijo; y á la Princesa en la ancha plaza
Pide humilde perdon, y ella le abraza.

Y ya en solemne triunfo victoriosa,
Cercada de su pueblo cortesano,
Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,
Con su vencido huésped de la mano;
Y con alma en sus gustos recelosa,
Que no es durable juzga el bien humano,
Y al que ahora le dió el viento, busca modos
A conservarles encaminados todos.

Y no hallando ninguno poderoso
Al importante fin que pretendia,
Tierna le pide al joven valeroso
Hasta Colonia le haga compañía,
Con que su estado cobre ó su reposo,
O juntos ambos bienes en un día;
Que amor es hijo de un hidalgo trato,
Y la ausencia parió al olvido ingrato.

Fué de Gloricia traza este concierto,
Que de su amada nieta el bien desea,
Y por mil experiencias halla cierto
Cumplido de valor el que allí emplea;
Y aun lo que convirtió al vecino puerto
En raudales de viento la marea,
Artificio también fué de la sabia,
Forjado en mezcla de afición y rabia.

No pudo el español, por mas que quiso,
El cetro ahora hurtar á esta demanda:
Encubrió el sentimiento, y con aviso
A la alegre jornada prestar manda.
No es en sus gustos el amor remiso,
Que con dos alas por los aires anda;
Y así como por ellos, en un punto
Cuanto importó al partir se halló junto.

Un preñado galeon de nuevo lleno
De aparato y riquísimo tesoro,
Que Dédalo labró en un bosque ameno
Lo mas precioso dél de nácar y oro;
Hecho al compas y bordos de su seno
Un mudable jardín, alegre coro
De aves parleras, donde su armonia
Los parabienes da al reir del día:

Aquí en real pompa á la marea liviana,
Que al huir del sol parió un celaje pardo,
Por la barra salió de espumas cana
Con la Princesa el español gallardo:
Seguia por majestad la capitana,
Mas que para defensa ni resguardo,
Ociosa flota; que el valiente godo
Todo lo ampara, y lo asegura todo.

La crespas mar con un templado viento
Por sus golfos les abre ancho camino:
Dejan á Macedonia á barlovento,
El Jonio estrecho, el cabo de Paquino;
Y volteando del trinacrio asiento
Con viento en popa el yerto mar vecino,
Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
Que huye de Italia por llegarse al moro,

Un pequeño batel entre ola y ola
Andar de lejos vieron sobreaguado,
Que ni las velas nadie le enarbola,
Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
Solo de cuando en cuando una vez sola
El viento rasga, y del rumor quebrado
En las letras del eco que resuena,
Mas que palabras manifiesta pena.

Gobierna á ver el real galeon de Creta
El pequeño batel que no se mueve,
Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
El viento trae la voz lijera y leve;
Y á todas partes, de la mas secreta
Del leño sale el ay confuso y breve,
Entre un horrible estruendo de cadenas,
De que parecen sus cavernas llenas;

Y en un tapete de oro recostado,
Sobre la corva puente un caballero,
El solo hermoso rostro desarmado,
Vestido lo demas de limpio acero,
De lagrimas cubierto y de cuidado,
Y en el semblante y gravedad severo:
Bernardo, que le vió, perdió el sentido,
De su presencia y suspension herido.

Conoció la beldad que amor le puso
En lo mejor del alma retratada,
Y vió que el que allí va triste y confuso
O es sueño ó su Arcangélica agraviada:
Quiso arrojarse dentro; mas traspuso
La nao de velas y de amor preñada,
Quedándose el batel pequeño en calma,
Que al tierno montañas le robó el alma.

Manda el galeon parar; manda la Infanta,
Sobresaltada en el temor de oílo,
Saber la causa que en presteza tanta
Al mar se arroja su español caudillo;
Cuando al bajel, cuya quietud espanta,
Su barquillo arribó, y de su barquillo
Apénas saltó dentro, que el mar ciego
En crespas olas enrizó el sosiego.

Quedó en mayor espanto que primero,
Habiendo en su combes reconocido
Ser un arnes pintado el caballero
Que la Princesa habia parecido;
Y el son de las cadenas lastimero
O fué imaginación ó fué fingido,
Y el frágil barco, si también no engaña,
El que una noche le sacó de España.

Alteróse la mar, y el raudito viento
La flota al barco le escondió y el día,
Y él, sin remos ni vela, un pensamiento
En su lijero vuelo parecia:
Perdió el grave español el sufrimiento,
Burlado de su ciega fantasia,
Que un nuevo gusto le pintó en el seno
Del vacío bajel, de engaños lleno.

Teme sin ocasion haber dejado
La cretense beldad; teme y suspira
Por ello ser de sin lealtad notado,
Y su afición ballar trocada en ira;
Que, aunque no está rendido á su cuidado,
Ni al dulce premio de su amor aspira,
Es efecto de amor propio ó forzado,
Amar de un modo ó de otro el que es amado.

Mas entre los recelos y el disgusto
De hallarse en el batel burlado y solo,
Cuando tocaba en horizonte al justo
Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
Cobrando aliento su ánimo robusto,
La noche oscura y encubierto el polo,
A ver se puso la lijera priesa
Con que el golfo su góndola atraviesa.

Juzga de su volar que no anda tanto
De un nuevo amante el pensamiento altivo,
Como ella, envuelta en el confuso manto
De la noche sin luz y el golfo esquivo:
Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
Otro ánimo dejará apenas vivo;
Cuando ya por entre una y otra roca
De un río profundo le tragó la boca.

Y los prolijos golfos reducidos,
A una angosta canal mira abreviadas
Sus olas, y él y su batel metidos
Entre riberas de árboles copadas;
Por donde de la furia compelidos
Que allí los dió á las ondas sosegadas,
Del cristal de Ebro la barquilla activa,
Cual rayo sube la corriente arriba.

Salía sembrando aljófares y plata
La blanca aurora por el crespío río,
Guiando por entre una y otra mata
Sus tiernos soplos al batel vacío;
Cuando en un remolino le arrebata
La densa niebla de un celaje frío
Que de sus lentas ondas se levanta,
Y al día mas claro con su sombra espanta.

El nacer y el morir la luz del alba
En su presencia todo fué en un punto,
Y de la oscura nube hacerle salva
Con roncós truenos, fuego y rayos junto;
Pasando la pequeña barca salva
Entre las rojas llamas, un trasunto
De la encendida fragua en que al verano
Sus rayos labra á Jupiter Vulcano.

Volaba ardiendo sin quemarse el barco
Sobre el agua que en blando fuego ardía,
Cuando de en medio el encendido charco
De un dragon la escamosa tez nacía,
De las colores que en el cielo el arco
Vestirse suele al trastornarse el día;
Cuya garganta, aunque escarchada de oro,
Llamas lanzaba en anhelar sonoro.

Así, al cruzar Caron el lago Averno
Con su negra barquilla, le recibe
La abierta boca del horrible infierno,
Del fuego llena que en su vientre vive;
Y entre el oscuro arder del humo eterno,
Que á cada culpa su castigo escribe,
Su leño alija, y la laguna amarga
Al peso gime de la inútil carga.

Y así la fusta en que el valor de España
Entre el fuego y el agua iba rompiendo,
A las gargantas de la sierpe extraña
Bajar se vió con espantoso estruendo:
Tragóle el gran dragon; que una montaña
Es breve hormiga con su bulto horrendo...
Yo no me atrevo á dar tras dél un paso;
Que es irse á despeñar horrible caso.

Seguir ahora el rumbo ilustre quiero
De otro navio que próspero navega,
Y remedar un gusto lisonjero,
Que solo al tiempo del placer se llega;
Y él sobre el aire así vuela altanero,
Que el mundo ya por bajo se le niega,
Y en ver la luna Malgesi tan junta,
Las bolinas viró, y tomó otra punta.

Dióle medroso horror ver, si anohece,
Del cielo trastornarse la techumbre,
Y que lo que de acá luna parece,
Huecas montañas son llenas de lumbre;
Y la argentada tez que mengua y crece
En su resplandeciente pesadumbre,
Es luz del sol, que, como á un limpio espejo,
Ya de un lado le da, ya por parejo.

Sus plateados riscos y montañas,
Lagunas de un cristal que se movía,
Entre cuyas riberas y espadañas
Las sombras viven de la noche fría;
Y aquellas negras cejas y pestañas
Que aquí parecen, desde allí se vía
Ser de un jayan el bulto, que tendido
Sobre un blanco arenal vive dormido.

Guarda su sueño en hermosa rara,
Mil perlas ensartando de una en una,
Una blanca mujer, cuya ancha cara,
En viéndola, les dijo ser la luna:
La tez del rostro transparente y clara,
Cada ojo del compas de una laguna,
La boca un ancho río, y ella junta
Mayor que el monte Olimpo, falda y punta.

Las riendas de la mar tenía en la mano,
Y de espejo su golfo le servía,
De las flores cercada del verano,
De cuyas perlas su frescor se cria:
Admiróles el mundo soberano
Que así volando por sus hombros guía,
Dando los ojos al humilde suelo.
Medrosos del furor de tanto vuelo.

Juzgan mayor el globo de la tierra
Que el primer resplandor dos treinta veces,
Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,
De un mudable cristal lustrosas teces;
Donde, haciendo del sol los rayos guerra,
Nuevas lumbres producen sus combeses,
Que, de sombras tejidas y reflejos,
Otra luna inferior forman de lejos.

Absortos al placer de andar volando
En medio de ambos climas, ya sin tino,
Ni ven si van subiendo ó si bajando,
Ni de cuál mundo siguen el camino;
Cuando el diestro piloto en curso blando
Cambió el timón, y mareando el lino,
Las bolinas trocó, y humilló el vuelo;
Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.

Fuéron, al fin, á rematar la punta
A los bajos antipodas del mundo,
Pasando en invariable vuelo junta
La oscura inmensidad del mar profundo,
Hasta donde con él se engaza y junta,
Suelto del primer orbe, este segundo
Que hoy á España tributa y da barata
La sangre de sus venas vuelta en plata.

Ven hácia el sur tendidas las regiones
Y el helicoso clima de la tierra,
Que en los ménos altivos corazones
Discordia influye, presuncion y guerra;
Hasta los encubiertos Patagones
Y el largo trecho que sus playas cierra,
Por donde Magallanes, sin contienda,
Del rico oriente halló la inútil senda.

Ven del Brasil los páramos incultos,
Los Andes, el Dorado y los temidos
Desiertos del Dayren, llenos de insultos,
Aunque frescos entónces y floridos:
Del viejo y mozo Potosí los bultos,
De riquezas peñados y hoy paridos,
Y las playas de Chile de oro llenas,
Y ahora mas de sangre que de arena.

La rica tierra y blancos arenales
En que llover no supo el seco cielo,
Y la vecina sierra y sus raudales,
Que en frescos valles dan partido el suelo:
El Cuzco, de los ingas naturales
Silla imperial, y el claro y fértil vuelo
Con que la equinoccial, sembrando brasa,
Por los muros de Quito rompe y pasa.

En Panamá y su costa el nudo estrecho
Que dos contrarios mundos encadena,
Y el hueco monte que, de llamas hecho,
De Nicaragua por las playas suena:
Del valle de Campeche el dulce pecho
Queda de roja miel y abejas llena,
Y los verjeles que el cacao señala
Por el rico Tabasco y Guatemala.

Miran el brazo de cristal que ataja
De Chiapa los desiertos arenales,
Y de Guajaca la florida faja
De regalados temples y frutales:
Las dos ricas Mistecas, alta y baja,
Con sus frescas moreras y nogales,
Las nevadas alturas de Perote,
Y el mar que á vista dél sirve de azote.

Ven entre el fresco Pánico y Guatulco
A Tlascala y el reino Mejicano,
A Mechoacan, Colima y Acapulco,
Del mar del sur el puerto mas cercano:
Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco,
Y en sus contornos y florido llano
La abundante laguna de Chapala,
Que al Oceano en profunda anchura iguala.

Miran de Zacatecas la riqueza,
Entónces en sus venas enterrada,
Y otro Méjico al norte, de grandeza
O ya sea verdadera ó sea soñada:
De la sierra de Topia la belleza,
De fina plata y oro incorporada,
Y á Culiacan, que en temple no bien sano
Al mundo crió la flor de su verano.

Los riscos de Chiametta y de Copala,
Y de su rica playa las salinas;
La áspera Guaynamota, que la iguala
En fieras gentes y en preciosas minas;
Los altos montes de Jalisco y Jala,
Llenos de miel sabrosa y de sabinas;
Los jardines del valle de Vanderas,
Y reventando el mar por sus riberas.

El gran volcan de Jala, monstruo horrible
Del mundo y sus asombros el mas vivo,
Que ahora, con su roja luz visible,
De clara antorcha sirve á lo que escribo;
Y á ti, oh soberbio Olimpo inaccesible,
Desta historia feliz rico motivo,
Tambien verian de alli, puestos por tilde
A tu alta frente y tu laguna humilde.

Y aun pienso que si el sabio lo fué en todo,
Entre sus ninfas de cristal veria,
Danzando por las juncias á su modo,
La que me sirve aqui de aliento y guia,
Pues hilando su estambre al valor godo,
La tela entónces inmortal teja
De los ricos dibujos con que ahora
Felices partos da en mi voz sonora.

Aqui entre sus laureles inmortales,
En fresco temple y agradable frio,
De aquellos pensamientos celestiales
Esta heróica preñez concibió el mio:
Aqui entre verdes juncias y cristales
Manó la humilde fuente deste rio;
De la quietud y paz que aqui se encierra,
Deseos de fama urdieron esta guerra.

Ya desde el aire el mágico adivino,
Lo mismo contemplando que yo ahora,
La vuelta queria dar por donde vino
A encontrar los caballos del aurora;
Cuando el brio atajado y el camino,
Vencido su saber, se vió á deshora
Caer al suelo con su barco y guia,
Y la gente que dentro dél venia.

Sobre los riscos de un volcan ardiente
Que entre Tlascala y Méjico levanta
Al cielo y á su luz el humo y frente,
Con que á ella ciega y tizna, y á él espanta,
Del risco mas fragoso y eminente
Un gajo sube, que entre planta y planta,
Del sabio Tlascalan la cueva horrible,
Si el humo da lugar, vuelve visible.

Era este nigromántico severo,
Corpulento jayan, doblado en ciencia;
Que los roncós bramidos del cerbero
A los suyos prestaban obediencia;
Ni por bárbaro inculto ni por fiero,
De imperfecta amistad, grave en presencia,
El calvo rostro como una ancha adarga,
La hórrida barba espesa, cana y larga.

Ciento y ochenta cursos de su esfera
La lámpara del sol pasado habia,
Despues que al sabio dió la luz primera,
Y él con ella gozó su primer dia,
Y tantos de salud y vida entera
En experiencias mágicas tenia,
Cuyas lecciones y saber profundo
Los círculos parar solian del mundo.

Subia los rios á buscar su fuente,
Y á los ojos el siglo venidero;
A los mas firmes montes dió corriente,
Y cadenas al tiempo mas lijero;
Y temiendo tambien, como prudente,
El segundo morir tras el primero,
Al riesgo hacia de la humana suerte,
De la virtud escudos á la muerte.

Pues este, á quien las luces del ocaso
Los rayos humillaron á su cueva,
Luego que el barco vió en el cielo raso
Seguir en rumbo tal senda tan nueva,
Con firmes signos le detuvo el paso,
Y él, su patron y los que dentro lleva,
Ya de su mago cerco roto el vuelo,
Sin ver por quién, se hallaron en el suelo.

Mas cuando en los perfumes y centellas
Del ya violado círculo y conjuros,
Y la sombra infeliz que dellos y ellas
Los cursos le aclaró primero oscuros,
Manifiestas halló las causas bellas
Con que volando al aire iban seguros,
Y el cerco hermoso y el diverso mundo
Que en el primero vieron y el segundo;

Con razon admirado y envidioso
Del vuelo ilustre seguidor del dia,
Al ya quebrado barco el mago ocioso
Con rostro vino lleno de alegría;
Y « el cielo, dijo, oh pueblo valeroso,
El fin dichoso os dé como la guia,
Porque el feliz viaje deste modo
Sea, cual vuestro valor, único en todo.

»No tristes vueltas de contrario sino,
Ni aspecto inútil de enemiga estrella,
Al dichoso bajel cortó el camino,
Y su fuerza y virtud dejó sin ella;
Mas nueva traza del saber divino,
Que por los pasos quiso de esta huella,
Cumplidos ya vuestros deseos, mostráros
De un mundo oculto los sucesos raros.

»Y pues la eterna prevencion divina
Vuestra venida á tal sazón dispuso,
Ya el pié dichoso, oh gente peregrina,
En los riscos poned que el cielo os puso;
Que yo, á quien esa misma fuerza inclina
Que en todo os sirva de mi oficio al uso,
Para ello saco á luz grandezas tales,
Que al resto excedan, y aun que os sean iguales.»

Dijo; y el frances sabio, que vencido
Su poder vió de aquel oculto mago,
Roto el lijero barco, y el rendido
A un superior espíritu aciago;
Ya que en voz noble y trato comedido
El roto esquiife suelta con halago,
Y en amigo hospedaje los convida,
Y á él y á los suyos da la bienvenida;

Cerrando ahora del primer agravio
La oculta saña en lo interior del pecho;
Que el encubrir la afrenta es de hombre sabio
Cuando no es el vengarla de provecho;
Con rostro alegre y lisonjero labio
Fingidas gracias da al agravio hecho;
Y en real grandeza el mágico á su cueva
Con segura amistad y paz los lleva.

Por las venas sin luz del monte horrible,
Que al turbio cielo escupe ardiente llama,
Una gruta de altura inaccesible
En preñadas cavernas se derrama:
Patente un tiempo fué, mas ya invisible
Toda su majestad guarda la fama;
Adonde el sabio los subió, y tenia
Cuanto de gusto el suyo le pedia:

Hecho á la entrada de un pendiente risco
De un alto mirador el corvo techo,
A quien de alegres rejas rojo aprisco
Alfombras labra al rustico antepecho;
De yedras entoldado y de lentisco,
Donde la vid lozana, trecho á trecho,
De tiernos grumos hace que se cuaje
La red de su tejido ventanaje.

Entrando por la cueva, á quien ninguna
En riqueza igualó ni en aposento,
Tan vecina á la esfera de la luna,
Que por humilde deja á la del viento,
El cristal ven temblar de una laguna
Que es de aquel mundo el mas florido asiento,
Y en sus retretes tales maravillas,
Que alli el verlas pasmó, y aqui el oillas.

Era la hermosa cuadro que en altura
Poner la suya quiso en las estrellas,
No hecha por humana arquitectura,
Sino por la afluencia y virtud dellas:
Dentro, en los huecos de una peña oscura,
A quien dan luz los rayos y centellas
De puntas de diamantes y esmeraldas
Que el ciclo le cuajó en su cumbre y faldas,

Vese, del tiempo y la humedad, cubierta
 La hueca Peña de menudas flores,
 En partes jaspeada, en partes muerta,
 En sombras una, y otra en resplandores;
 Haciendo un todo de hermosa ingerta
 Sus diversos metales y colores,
 Y esmaltada la tez que los remata
 De grumos de oro y escarchada plata.

El natural desórden con que puso
 El ciego tiempo estos rasguños bellos,
 Como arrojados en monton confuso,
 Es el mayor primor y gala en ellos,
 Pues tanto sus brutescos descompuso,
 Y en tantas formas se enredó por ellos,
 Que parece los hizo en competencia
 Del artificio de la humana ciencia.

Pues á los capialzados de la sala,
 Sembrados de preciosa pedrería,
 Ni el oro les faltaba para gala,
 Ni crástulas de varia argentería,
 Ni azul de verde jaspe, á quien no iguala
 El Copto ardiente ni la Scitia fría,
 En vez de los doseles y tapices
 De huecas sombras, sendas y matices.

Que la alta corpulencia de la piedra,
 De diversas riquezas amasada,
 La falta suple, y con ganancia medra
 Mil hermosuras de que está sembrada;
 Que el oro entre lo verde de la yedra,
 Y entre lo azul del risco plata helada,
 Labores hacen de tan diestra mano,
 Que vuelven pobre al artificio humano.

Esta real sala se entra á otras menores,
 Menores no en riqueza ni hermosura;
 Que de manchados jaspes y labores
 Divina hacen y nueva arquitectura;
 No todas de cavernas y fueros,
 Ni brutos senos de la piedra dura;
 Que en mucha parte el bárbaro edificio
 Al natural juntaba el artificio.

Dejó admirados de la gruta extraña
 La no vista belleza á los presentes,
 Sus frondosos jardines, con que engaña
 Del veloz tiempo el sabio las corrientes;
 Y en sillas de oro y áspera montaña,
 Del grave estudio cuadros excelentes
 Gozan, en que el pincel subió de punto
 De un mundo y otro el artificio junto.

Era esta cavernosa cuadra hecha
 De un amasado risco de esmeraldas,
 Que un fresco mirador arroja y hecha
 Del jardín bello á las floridas faldas,
 De adonde un cielo ve y un mundo acecha,
 La vista al sur, y al norte las espaldas,
 Con un río que, al romper de Peña en Peña,
 En verde juncia y ovas se despeña.

A cuyo ruido el canto de las aves
 De altivo sirve y dulce contrapunto,
 Y el tiple agudo en los bemoles graves,
 Afinándose mas, sube de punto:
 Al fin, juncias, bemoles, cantos suaves,
 Río, flores y peñas, todo junto
 Entretiene, suspende, alegra, engaña
 La vista, el campo, el bosque y la montaña.

Aquí el mago tenía de sus ciencias
 El estudio, instrumentos y aparato;
 Aquí su anatomía y experiencias
 Con vigilancia hacia y con recato;
 Aquí de globos varias diferencias,
 O por necesidad ó por ornato,
 Que en paredes y bóvedas colgaban,
 Alegre asombro á quien las vía daban,

En huecos bultos de sombrías figuras
 Sus malogradas almas detenidas,
 De las regiones lóbregas y oscuras
 Por nuevos rumbos mágicos traídas;
 Y aunque á la vista son simples pinturas,
 Estrechas gozan y espantosas vidas,
 Dando al mago, en diversos tiempos juntas,
 Sospechosa respuesta á sus preguntas.

Tiene de yerbas, raíces y de gomas,
 Venenos, piedras, sierpes, monstruos, fieras,
 En cajas, urnas, vasos, botes, pomas,
 Varias sumas de hechizos y quimeras;
 De agua del río Averno dos redomas,
 De las tres furias nueve cabelleras,
 Hollin del barco de Caron, y entero
 Un colmillo y dos uñas del Cerbero.

De pardo lobo ayuno, que emudece
 Los perros con su vista, buche y pelo;
 Cabellos de Proserpina, y el pece
 Rémore, que á un navio entume el vuelo;
 Hiel y ojos de trimelga, que entorpece
 Al pescador el brazo del anzuelo;
 Un grano de alcanfor y otro de helecho,
 Y de dos escorpiones cuello y pecho.

Un áspid soñoliento; una escamosa
 Piel de serpiente azul, de manchas llena;
 Corrupta sangre de mujer celosa;
 Mortal cicuta, mágica verbena;
 Plumas de salamandria calurosa;
 Espuma de doblada anfesibena;
 Soga de hombre ahorcado en acebuche;
 De arpia las garras, y de un buho el buche.

De la serpiente Emórrois el veneno,
 Que despiende en sudor la sangre humana;
 De la sedienta hidra el cuero lleno
 De ponzoña, y del sirio can la lana;
 La ala del presto yáculo, que al seno
 De la Peña se arroja mas cercana;
 Dipsas, que al que su tósigo salpica,
 La sed hasta la muerte multiplica.

Un corazón de niño, que la hambre
 Los huesos enjugó y secó la vida;
 De la rueca de Cloto el blando estambre,
 A quien del mundo está la hebra asida;
 Una cabeza de encantado alambre,
 De contrahecha voz y alma fingida;
 Los ojos de un dragon, y un basilisco
 En sangre de camello berberisco.

Dientes de cocodrilo y elefante;
 Dos buches de avestruz; menstro de vieja;
 De la grulla la piedra vigilante,
 Y la electroria húmeda y bermeja;
 Del buho el ojo izquierdo penetrante;
 El diestro de la aguda comadreja,
 Con la piedra de la águila, que dentro
 Va con preñados senos á su centro.

Yerba del pito contra el hierro duro,
 Ceniza de hombre muerto de algun rayo;
 Estéril tierra de sepulcro oscuro;
 Dos huesos de abubilla y papagayo;
 Yedra cortada de arruinado muro;
 Ruda encantada con rocío de mayo;
 Pares de un abortivo, y la testera
 De unicornio, habaella y de pantera.

Un cuerno de cerasta, que en la arena
 Arma, escondida, venenosos lazos;
 De la engañosa y lóbrega hiena
 Las azules escamas de los brazos,
 Con que en las tristes sepulturas suena,
 Haciendo los cadáveres pedazos;
 De la ave fénix una roja pluma,
 Y de una hidra el tósigo en espuma.

Y en mas virtud y adorno de la cueva,
 En maga ostentación y fuerza oculta,
 De noble pedrería un cielo lleva
 En reales de oro por la Peña inculta,
 Así en signo observado y luna nueva,
 Que de su variedad y luz resulta
 Belleza al muro, estimación al arte,
 Y á la mágica ayuda por su parte.

El cristalino Erindro, que humedece
 Con su frialdad el aire circunstante,
 Y dando siempre lágrimas, parece
 De algun ausente gusto tierno amante:
 La dura celosía, á quien no empeece
 El fuego y el celonte penetrante;
 El adivino y verde silenite,
 Que con la luna en la inquietud compite.

Las castas esmeraldas, el topacio
 Contra el vacío tumor de la locura,
 El balaj, casa hermosa y real palacio
 Del carbunco, y la onix triste y oscura;
 La verde orites, que, en pequeño espacio
 Bebida, hace abortar la criatura,
 Y la andromata de agradables rayas,
 Que el mar Bermejo escupe por sus playas.

La roja peridonia, que las manos
 Con su disimulada lumbre quema;
 La preciosa bezar, que los lozanos
 Ciervos del buche crían en la flema;
 La ágata, llena de manchados granos;
 La encendida amatista, que desflema
 De Baco el humo; el záfiro, y á este
 El jacinto, salud contra la peste.

La amandrina de agudos resplandores,
 De agoreros aurora y adivinos;
 La acates, de jardines y de flores
 Llena y rasguños de oro peregrinos;
 La aquelonia, sembrada de labores;
 Los duros inmortales abestinos,
 En quien, si el fuego prende sus centellas,
 Ni ellos se gastan ni se apagan ellas.

No faltó la pantera, á maravilla
 De encontradas colores salpicada,
 Ni la que en su cerebro la abubilla
 A entender da los sueños aplicada;
 Ni á ti, Liparis bella, faltó silla,
 Que de flecha jamás fuiste hallada;
 Ni á ti, Diadocos, que á las noches manas
 Vanos asombros y fantasmas vanas.

De este cielo de estrellas amasado
 La alta bóveda el suyo componía,
 Y un elitrepio en humedad bañado,
 Que entoldar suele de tiniebla el día,
 Con la que del cerebro coronado
 Del gallo nace, y de su humor se cria,
 A vueltas de diamantes y rubazos,
 Que alegres hacen y vistosos lazos.

Y en medio los festones y guirnalda
 Que tejen de grabada enlazadura,
 Rojos rubis y alegres esmeraldas,
 Como pomposo rey de la hermosura,
 Dando centellas de oro y luces gualdas,
 Hacia un carbunco, de la sombra oscura
 De aquel rico desvan, si sombra había,
 A pesar de la noche, eterno el día.

Ufano el sabio, que en silencio atentos
 La novedad los tiene de su cueva,
 Su admirable riqueza y los portentos
 Con que los ojos y los gustos ceba,
 Por mas recrear sus ánimos sedientos,
 Y darles mas que su apetito beba,
 Del hueco monte los subió á la cumbre,
 Rico inmortal blandon de eterna lumbre.

Pasan á vista de la llama ardiente
 Que al cielo de su vientre azul vomita,
 Cuyas masas de luz resplandeciente
 El bronce en ellas hace se derrita:
 Ven las hornazas y el metal luciente
 Que hirviendo en las canales huecas grita,
 Y entre el humo que al aire pardo tupe,
 Torcidos rayos en contorno escupe.

Y ya despues que por revueltas calles
 Y oscuros socavones, en la cumbre
 Del erizado monte, volvió á dalles
 Segunda vez del rubio sol la lumbre,
 Una sala se vió llena de entalles,
 Tan lleno de oro el suelo y la techambre,
 Que el avariento Midas pudo solo
 Labrarla antes de entrar al rio Pactolo.

De grave y compasada arquitectura,
 Aunque por magos circulos movable,
 Que en tal aspecto abrieron su figura,
 Que en ella un mundo y otro hacen visible,
 En luz tan nueva y claridad tan pura,
 Que la tierra y el cielo inaccesible,
 Lo por venir, pasado y lo presente,
 Volar se via por su corva frente.

En firmes arcos sus murallas, hechas
 De contrapuestos cóncavos espejos,
 Que en cortas luces y saetias estrechas
 Nuevas figuras dan, nuevos reflejos;
 Y las vislumbres entre sí deshechas,
 De vario aspecto y rayos mal parejos,
 En las teces ponían ingeniosas
 Nueva admirable variedad de cosas.

A este real mirador un fresco llano
 De pomposo teatro le servía,
 Donde un alegre pueblo en traje ufano
 Con placenteros bailes se extendía;
 Cuando en suave modo el mago anciano,
 Dándoles sillas de oro y pedrería,
 Así tuvo, en palabras elocuentes,
 De sus labios colgados los oyentes:

« Aunque la alegre suspension que veo
 Mis cosas hace de mayor estima,
 Pues en tan graves pechos, cual deseo,
 Alegre espanto dan y causan grima,
 El admirable circulo y rodeo
 Con que del nuevo mundo á ver la cima
 Llegado habeis, así le excede y pasa,
 Que es mi grandeza tan grandeza escasa.

» ¿ Quién jamás supo dar tan alto vuelo,
 Aunque ayudase con su industria y alas
 Un hombre antiguo, que en esotro suelo
 Haber, dicen, labrado al aire escalas?
 Quién por tan alto rumbo y paralelo
 Llegarse pudo á las supremas salas,
 A oír de las estrellas el lenguaje,
 Y ver la inmortal luz de su viaje?

» Tiénese por sospechas que esta lumbre,
 Que es de todas las lumbres la primera,
 No como el mundo juzga está en la cumbre,
 Mas en el fijo centro de la esfera;
 Y la demas inmensa muchedumbre
 De estrellas rubias, con su rueda entera
 En torno rueda del, y tambien rueda
 La tierra, aunque parece estarse queda.

» Que él, como silla y soberano asiento
 De los dioses, se está inmudable y fijo,
 De cuya eterna luz toma sustento
 La suya; y della el mundo regocijo:
 Vosotros, que en los páramos del viento
 Recodo y vuelo disteis tan prolijo,
 Sabréis quizá lo que ahora se desea,
 Si se anda el sol, ó el mundo le rodea.

» A los que el cielo han visto, ¿ qué grandeza
 No les pareciera menuda y corta?
 A quien gozó del orbe la belleza,
 Ver esta estrecha gruta ¿ qué le importa?
 De la tierra el caudal todo es pobreza,
 Y así la vista, al parecer absorta
 En lo que ahora veis, quizá proviene
 De la desproporcion que el caso tiene.

» Mas si hay equivalencia ó puede habella
 En lo que está por ver y habeis ya visto,
 En esta sala está, y ahora por ella
 En raudo vuelo pasa y curso listo:
 Aquí el gran rayo está de una centella
 Que ha de encenderse de la luz de Cristo,
 Y á la alegre venida de su aurora,
 Aquellas gentes hacen fiesta ahora.

» Grandes cosas sabréis: estadme atentos,
 Pues á esto el cielo os arrojó á mi cueva;
 Y para que quietéis los pensamientos,
 Y mi voz todos juntos se los beba,
 Seguro os doy que salvos y contentos
 Por un breve camino y senda nueva
 Al mundo volveréis de quien salistes,
 Y los montes veréis que otra vez vistis.

» Tú, heróico persa, á quien un alma altiva
 En tanta duda puso y desconsuelo,
 No ya te alijias mas; que sana y viva
 A mejor ocasion la guarda el cielo;
 Que ni de Creta la beldad esquiva,
 Ni otra inclemencia ni rigor del suelo,
 Por otra ocasion nueva ni por esta
 La vida acabará que tantas cuesta.

» El tributo cruel que en Creta puso
De un cerco mago el prodigioso cerco,
Por quien el ciego reino trae confuso
De un falso dios el nombre lisonjero,
Se alzara de una vez, y el torpe abuso
Del sacrilego altar cayera entero.
Si la heroica beldad que de las aras
Medroso arrebataste le dejaras.

» Hizo el encantamento riguroso
Con tales cercos el sangriento mago,
Que hasta que un rostro llegue asi hermoso,
Que de fealdad le falte un corto amago,
Del cruel reino el triste altar odioso
Del mundo y su hermosura sera estrago :
Sola Angélica pudo darle el justo,
Libre aquel dia del tributo injusto.

» Mas si el sol pasa desta edad florida,
Por largos siglos durará su llanto ;
Que dar del todo una beldad cumplida,
Ni el mundo llega ni su fuerza á tanto ;
Con esta regla ha de salir medida :
De treinta nesgas ha de hacer su manto ;
Tantas Elena tuvo, y tantas tiene
La bella reina que de oriente viene.

» En tres facciones cual la blanca nieve,
Y en otras tantas gorda y colorada,
En tres larga tambien, y otras tres breve,
Y gorda en tres, y en otras tres delgada,
Y ser estrecha en tres la dama debe,
Y en tres ancha, extendida y dilatada,
Pequeña en tres ; y si esto no tuviere
En Creta morirá si á Creta fuere.

» El cuerpo y dientes blanco, y los cabellos
Cual se descubre el sol por la mañana ;
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte ménos bella y mas humana ;
Como el coral los labios, y con ellos
Las uñas y mejillas como grana ;
El cuerpo, manos y el activo cuello
Largo importará ser si ha de ser bello.

» Los piés, dientes y orejas delicadas,
De breves puntos y perfecta hechura ;
Pestañas y caderas dilatadas,
Y anchos pechos de alegre arquitectura ;
Y las tres perfecciones mas notadas,
Pequeña boca y breve de cintura,
Con lo demas que amor, justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.

» Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean flacas pide la belleza.
Si bien la honestidad, por peligrosas,
A los ojos cubrió su gentileza :
La nariz, las dos pomas deleitosas
Pequeñas, y pequeña la cabeza ;
Y los dedos, los labios y cabellos
Delicados serán si han de ser bellos.

» Destos varios engaces de oro juntos
La imagen se hace de beldad perfecta.
Y el limpio aspecto y rayas destos puntos
El firme encanto desharan de Creta ;
Y en la japona reina los trasuntos
Desta medalla pública y secreta
Salud le dieran, si el temor estrecho
No lo estorbara de tu ardiente pecho.

» Y tú, frances, á quien la nueva guerra
De tu patria hará de llanto un lago.
Y en la subida de una inculca sierra
En sus flores de lis sangriento estrago,
Aprieta vuelve á tu enemiga tierra
A dar venganza al agraviado mago ;
Que está del sacro imperio el guion alto
De insignes capitanes y armas falto.

» En el Franco-Pomier, donde yo, puso
Su casa un tiempo y su jardín Morgana,
Morgana, ilustre hada que el concurso
Ahora de la riqueza rige humana :
Diosa del interes y de su abuso,
Y del rey Artus halagüena hermana,
Un castillo encantó y un bosque esquivo,
Donde á su hermano tiene ó muerto ó vivo.

» Y allí en la rica sala del tesoro,
Por nueva injuria á su enemiga Francia,
Los capitanes de mayor decoro
Que del imperio rigen la importancia,
Hechos tiene insensibles bultos de oro ;
Que esa es del oro la mayor ganancia,
Y el interes en ánimo avariento
Confuso lazo y ciego encantamento.

» Y asi este, aunque desnudo de provecho,
Como mal sin remedio no le alcanza ;
Que un hombre avaro, estatua de oro hecho,
No hay de que vuelva á ser quien fué esperanza :
Solo á la puerta en un sepulcro estrecho
De un muerto cuerpo está la semejanza,
Que suele, con ponerseles delante,
De sueño despertarlos semejante.

» Aquí, pues ves lo que á tu patria importa,
Abrir harás la antigua sepultura,
Y al muerto bulto, que la muerte absorba
Con su voz rompa la lazada oscura ;
Que á quien del oro el interes transporta,
La sola muerte cura su locura,
Y aun suele el rumor della á mejor vida
Dar despierta la estatua mas dormida.

» Hay fama que es el poderoso muerto
El anglo rey, que allí en podrida llama
Su enjuto cuerpo tiene, y viendo abierto
El lóbrego ataud, deja su cama ;
Y á su antigua virtud y honor despierto,
Al mas dormido da deseos de fama,
Y el oro hace olvidar ; que es tierra el oro,
Y un hombre insigne celestial tesoro.»

ALEGORÍA.

Bernardo, que por ninguna via quiere dejar el segun-
miento de Arcangélica, significa que el ánimo codicio-
so del apetito de venganza con ningun partido ni medio
se quieta, ni otra satisfaccion tiene por honrosa que
aquella que por sí mismo alcanza de quien le ofendió.
El gran vuelo del sabio Malgesí ya hemos dicho que es
figura de la vida contemplativa, que de las cosas visibles
inferiores pasa la mira á las celestiales, con la cual llega
á la felicidad del nuevo mundo, que es la bienaventu-
ranza prometida al hombre, como á la monarquía espa-
ñola las Indias Occidentales. Por Tascalan, sabio anti-
guo que tiene su morada en las cavernas y gruta de un
monte, es entendido el apetito de las riquezas que se
crian en las entrañas de la tierra ; el cual muchas veces
es poderoso á traer al suelo con su fuerza al hombre con-
templativo, que ántes con gran deleite volaba sobre su
pensamiento, ocupado en solo contemplar la hermosura
del mundo y secretos de la naturaleza ; al cual la solici-
tud de las riquezas impide la quietud que tan necesaria
es al ánimo contemplativo, como Aristóteles dice en las
Éticas, que si para la vida activa ayudan mucho, para
la contemplativa totalmente son estorbo. El mirador de
la cueva de Tascalan significa la imaginativa, de adon-
de se via tanta variedad de cosas. En el modo que á Rei-
naldos se da para desencantar las estatuas de la sala del
tesoro, se muestra cómo sola la muerte, ó su memoria
eficaz, es la que puede despertar á los avarientos de su
peligroso encantamento.

LIBRO DECIMONONO.

ARGUMENTO.

Cuenta el sabio Tlascalan las espantosas hazañas de Hernando Cortés en su conquista de la Nueva España, y la real sucesión de los reyes castellanos, desde el Casto Alfonso hasta Carlos V. Hállase Bernardo en el suelo de la fuente de las Maravillas, donde, habiendo acabado un artificioso encantamiento, y ganado en él la famosa espada Balisarda, la hada Iberia le muestra en una sala las armas y blasones de algunos insignes linajes de España.

Así, de lo profundo de su pecho,
El sabio al mundo siembra maravillas,
Y en la gruta retumba el corvo techo,
Y oyen los héroes en doradas sillas,
Que en observado signo y cercos, hecho
De luciente oro márgenes y orillas,
El feliz mirador da en sus viriles
Aun á los por nacer cuerpos sutiles.

Y él, viendo el siglo por venir patente,
De superiores luces alumbrado,
Vuelto un Proteo mortal, hacia presente
Del que escuchaba el venidero hado,
Como al rey persa y al francés valiente
De nuevas trazas amasó el cuidado;
Y en su piloto ahora el rostro lizo,
Así siguiendo su discurso dijo:

« Si, cual te dió el antiguo Balisarte
En el frances aguado el valor godó,
Sin mezcla de otro azar supiera darte
De castellana masa el pecho todo,
Ni mi voz fuera ni mis ciencias parte
A suspender de tu viaje el modo:
Libre pasaras con tu intacto vuelo
O por la humilde tierra ó por el cielo;

» Que la estrella de España en este mundo
En todo es superiora de otra estrella.
Así los cielos, en saber profundo,
Para mas bien lo dispusieron della:
Del rubio oro el feliz parto fecundo,
Y de luciente plata blanca pella,
Ahora recoge, guarda y desentraña,
Para en cambio de fe ofrecello á España.

» Cuando tu patria en nuevas opiniones
La religion verá que ahora profesa,
Y en la fe sospechosa y sus razones,
Muchas confesará que hoy no confiesa,
De España los católicos pendones,
Y el primer papa en ellos por empresa,
En señal que es el agua de su fuente,
A dar luz bajarán á nuestra gente.

» Compraremos entonces (¡cosa extraña!)
El cielo con la escoria de la tierra,
El desengaño y luz con lo que engaña,
La eterna paz con la mudable guerra:
Darémos plata humilde y oro á España
Por la divina religion que encierra
Como en limpio granero; que es mancilla
Sembrar si no está limpia la semilla.

» Y si deseais á estos ocultos casos
La estampa ver de su mudable idea,
Y los eternos encubiertos pasos
Por donde el cielo su girar voltea;
Si de lo por venir bultos escasos
Ver deseais, y hay vista que los vea,
Oid, héroes de otro mundo, oid; que quiero
Al presente sacar el venidero.

» Al mudable cristal desta laguna,
Del polo helado y su encubierta gente,
Demandando en riendas de oro la fortuna,
Otro tiempo bajó un pueblo valiente:
Rindió incultas naciones, que ninguna
Fiel tributo negó á su rey potente,
Y él, en victorias y poder ufano,
Leyes dió al Nuevo Mundo de su mano.

» Y aunque de mar á mar la estrecha tierra
Con armas tiene su furor turbada,
Con quien mas firme enojo y firme guerra
El rigor trae de la ambicion trabada,
Es con la que á las faldas desta sierra,
Ahora en pomposas plumas señalada,
Con ancho baile y músicas celebra
Del ya domado ardor la primer quiebra;

» Es la hidalga nacion que á las vertientes
De Tlascalá por mia heredó el cielo,
Y á estas feroces extranjeras gentes
El mas contrario y enemigo suelo;
Y aunque en sangrientas lides diferentes
Victorias les ganó de la honra el celo,
De su teson y aliento belicoso
Nunca hora hemos gozado de reposo.

» Hubiera á su pomposa vanagloria
Sin mi rendido el cuello el pueblo mio,
Y en triste servidumbre, á su victoria
Las riendas diera del vencido brio;
Mas yo, que al siglo por venir notoria
Miro la gran revolucion, confio
Que han de dar las estrellas libre el paso
A la luz de su oriente en vuestro ocaso.

» Y no solo inviolables sus mojonas
Hará esto á las edades verideras;
Mas aun los mejicanos escuadrones,
Cuando al mundo asombraren sus banderas,
Y á su tremolar tiemblen las naciones
Que de ambos mares ciñen las riberas,
Y sea de su ambiciosa monarquía
La tierra toda en que se encierra el día.

» Entónces mi constante pueblo altivo,
Sin nunca ver de espaldas la fortuna,
La verde juncia en ademan esquivo,
Y el cerco ha de asombrar de su laguna,
Cuando ya llegue al colmo fugitivo
De su prosperidad la llena luna,
Y á un rey sañudo que su cetro tenga,
Del rubio sol á verle un hijo venga.

» Ya allí de un mundo y otro las estrellas
El curso trocarán de su corriente,
Y á los peñascos destas playas bellas
Nueva vendrá y desconocida gente:
Ya veo sus naos llegar; ya veo sobre ellas
Los timbres de oro y armas del oriente;
Ya á sus invictos capitanes veo
De una alta cruz labrar feliz trofeo.

» Ya de un Cortés caudillo el pecho honroso
Premio á mis ricas esperanzas sienta,
Y la gloria del hecho mas famoso
Que caber pudo en cuerdo atrevimiento:
Insigne hazaña de ánimo brioso
Será dar velas al mudable viento,
Y embestir bravo, desde el mar profundo,
Con un tasado campo los de un mundo.

» Barrenar de su flota el frágil leño,
Y allí sacrificarse á su cuidado,
Como quien se hace indubitado dueño
Deste occidental mundo, hecho fué osado:
¡Bella osadia, con campo tan pequeño
Quererse quedar solo y desarmado
En medio de enemigos tan esquivos,
Que se suelen comer los hombres vivos!

» Mas la heroica hazaña, en quien se agota
El largo discurrir del seso humano,
Mayor que armar ni barrenar la flota,
Ni dar asalto al reino mejicano,
Será entre un pueblo inculto y gente ignota,
Con fuerza humilde y desarmada mano,
Su monarca prender, ceñirle hierros,
Y castigar en él fingidos yerros.

» Grande será prender un enemigo
Que, de mortal envidia el pecho lleno,
Á estorbarle vendrá, y él por testigo
Le tomará, y por suyo el campo ajeno;
Mas ni esto, ni el abrir ciego postigo
Al mejicano pantanoso cieno
Con bergantines y chalupas puestas
De diez mil hombres en las corvas cuevas:

»Ni otro, ni otro furor, ni todo junto
 Desta hazaña iguala el fundamento,
 Que las demas con ella caen de punto,
 Y ella vencido deja el pensamiento.
 Serán las otras suyas contrapunto
 De amasados ejércitos sin cuento,
 De que saldrán estas montañas llenas
 Por ver tal prisionero en sus cadenas;

»Mas humillar con nombre y voz de preso
 La imperial majestad, mudarle casa,
 Sitarle guardas, fulminar proceso,
 Y en su libre vivir ponerle tasa,
 ¿Qué huésped se arrojará á tanto exceso
 Con suceso feliz, que excede y pasa
 A los que en árduos hechos por famosos
 El mundo estatuas levantó y colosos?

»Pues deste mis invictos tlascaltecas
 Favor serán, y tomarán amparo,
 Y á sombra suya oirán sus playas huecas
 Mi nombre mas que sus cristales claro:
 Y del abrigo destas cumbres secas
 Que hoy de muros me sirven y reparo,
 Las banderas saldrán, saldrá el castigo
 Deste tirano pueblo, mi enemigo.

»Y no tardará el cielo en dar la vuelta
 Al eje eterno en que se mueve el hado,
 A esta tragedia en lágrimas envuelta
 Al teatro salir acostumbrado;
 Mas que fortuna, de una vez resuelta,
 Alegre á España vuelva el rostro airado,
 Y ella dé limpia, con sangrienta guerra,
 De las horrruras de Africa su tierra.

»De reyes siete cuadros mira el cielo,
 Que tras el rico bien desta esperanza
 Los rios harán del agraviado suelo
 Correr morisca sangre en su venganza.
 Al grave Alfonso, cuyo casto celo
 A lo temido iguala de su lanza,
 Y de los riscos ásperos de Asturias,
 De Francia enfrena y de Africa las furias,

»Sucederá un valiente don Ramiro,
 De un santo hebreo valido que en Galicia
 Sepulcro oculto tiene, y un suspiro
 Suyo le hará soldado en su milicia;
 Cuya sangrienta espada inmortal miro
 En los ilustres pechos que acaricia
 La noble España, dando su denuedo
 Honra al cristiano, y al pagano miedo.

»Oírás Clavijo en fiesta milagrosa
 El santo voto que al Patron divino
 Castilla hará, cuando su espada honrosa
 Al campo moro lleve un mar sanguinoso;
 Y luego Ordoño, en lanza belicosa,
 Por la Gascuña estrago repentino,
 Y en los rendidos páramos de Soria
 Y Salamanca eterna su memoria.

»El Magno Alfonso, deste Ordoño hijo,
 Entrará al reino, y en sangrientas manos,
 Porque no vean su pompa y regocijo,
 Los ojos sacará á sus tres hermanos:
 Dará de azules peñas cerco fijo
 A los deshechos muros zamoranos,
 Cuando sus hijos con orgullo altivo
 El cetro romperán del padre vivo.

»Hará la inobediencia de García
 El reino suyo, y guerra al pueblo moro
 Con tasadas victorias, hasta el día
 Que á la muerte avasalle el cetro de oro.
 Vendrá Ordoño, que al padre la osadía
 Tambien heredará como el tesoro.
 Si algo sus hechos inclitos no humilla
 La muerte de los condes de Castilla.

»Como en venganza suya, el cruel hermano
 Froila quitará el reino á sus sobrinos,
 Y en nobles pechos, con rigor tirano,
 Furioso hará sangrientos desatinos:
 Desmembraráse el reino castellano,
 Y al gobierno pondrá jueces divinos,
 Quedándose el sangriento rey, cubierto
 De aspera lepra, por sus culpas muerto.

T. XVII.

»Seguirle ha Alfonso, de imprudencia ciego;
 Y de indiscreto celo arrebatado,
 Renunciará en su hermano el cetro, y luego
 Le pesará de haberlo renunciado;
 Mas Ramiro, hecho rey, aunque por ruego,
 Cegarle ha, ya del reino apoderado;
 Que no ha menester ojos, luz ni día
 Quien pudo, y no miró lo que hacia.

»Será famoso rey; pondrá en prisiones
 A Almanzor y á los hijos de Fruela,
 Y en Simanca los bárbaros pendones
 En que el poder de Arabia y Libia vuela:
 Degollará sus mauros escuadrones,
 Y en cuidadosa y vigilante vela
 Cuatro lustros verá, y luego el prudente
 Ordoño heredará su reino y gente.

»Tendrá sangrientas guerras con su hermano;
 Que ha de alterar el reino la codicia;
 A Lisboa saqueará su invicta mano,
 Y el brio y furia enfrenará á Galicia:
 Sucederle ha don Sancho el Gordo, ufano
 En gobernar de España la milicia,
 Y hará, en ley nueva y público estatuto,
 Libres las nobles casas de tributo.

»Volaránle á Castilla el homenaje
 De un libre azor las alas y un caballo;
 Hará de paz á Córdoba un viaje,
 Y alzarse ha rey un sin lealtad vasallo:
 Sudará fuego el mar entre un celaje,
 Y saldrá un traidor conde á regalallo
 Con frutas, de que ya morir le miro,
 Y sucederle el niño Don Ramiro.

»Por estos siglos, bárbaros normandos
 En Galicia harán gruesas entradas,
 Y los moriscos cordobeses bandos,
 Del reino en las fronteras descuidadas;
 Y con ley nueva y rigurosos mandos,
 A las mozarbes gentes bautizadas
 Su Dios querrá que dejen ó las vidas,
 Ya por su amor ganadas, de perdidas.

»Alzarse ha con Galicia don Bermudo,
 Y el descuido del rey será de modo
 Que con su muerte, el que él deshacer pudo,
 Señor quede absoluto y rey de todo:
 Será de alma prudente y seso agudo,
 Y en desgracias igual al postrer godo,
 Cuyo tierno deleite y gustos vanos
 Sin piés le harán, y le atarán las manos.

»Será dueño Almanzor de sus victorias,
 Y en costoso aparato y triunfo, dellas,
 Del hueco y firme bronce hará memorias,
 Que su hora alumbra á su mequiza en ellas:
 Suyas serán las trágicas historias
 De los Infantes siete, ó siete estrellas
 De la sangre de Lara, y la que baña
 Del sitiado Leon la alta montaña.

»Sucederle ha su hijo Alfonso el Quinto,
 Que asombrará de Córdoba los muros,
 Y sus reyes, con oro en sangre tinto,
 A su ira comprarán breves seguros:
 Dará en su corte un bello laberinto
 De argamasados mármoles oscuros;
 Mas en Viseo una infeliz herida
 Quitará al reino el rey, y al rey la vida.

»Vendrá tras él el último Bermudo,
 Que, muerto de Carrion en las riberas,
 De Castilla y Leon se dará un nudo
 Que en mil edades dure venideras:
 Matará su cuñado al que no pudo
 La ardiente Arabia y sus legiones fieras,
 Sentándose Fernando así en la silla
 Primera de Leon y de Castilla.

»Será este rey en ánimo y grandeza
 Un Pompeyo segundo, y el primero
 Que al noble Cid honrará la braveza,
 Y arnes le armare de bruñido acero:
 Humillarle ha Toledo su cabeza,
 Y serle ha de Sevilla el rey, pechero,
 Llevando hasta Leon su pueblo moro
 Al gran doctor Isidro en andas de oro.

» Florecerá en su alegre edad la santa Casilda de Toledo, infanta bella; Mas ya tanta grandeza y dicha tanta Da á su ambicioso hermano enfado el vella, Y contra el de Navarra baja cuanta Marcial potencia tiene y rige en ella, Sin que halle su pasión otro concierto Que de heredar el campo al uno muerto.

» Pondrá el río Ebro el vencedor Fernando Por lindero á Navarra y á Castilla, Y del romano imperio al grave mando Libre, cual lo es, su castellana silla: Mas ya al general término llegando, Con poco acuerdo dejará en rencilla Tres hijos reyes; que es á toda cuenta La compañía del reinar sangrienta.

» Castilla, del valiente Sancho; y luego Leon, de Alfonso; y de Galicia: Ninguno el reino gozará en sosiego; Que es glotona de reinos la codicia: Huirá á Toledo Alfonso, y del gallego Aun le enterrará preso la avaricia, Y Vellido, en el muro zamorano. Al uno vengará y al otro hermano.

» Volverá el bravo Alfonso del destierro A ser universal señor de cuanto Su anciano padre dividió por yerro, Y juntó en él el uno y otro llanto: Escalará triunfante el sacro cerro Que Tajo lava y enriquece tanto, Dando á su ilustre alcázar, de su mano, Al castellano Cid por castellano.

» Mas la instable fortuna, en recompensa De mil victorias, con faltarle en una Feudo de todas cobrará; que piensa Que sin estas mudanzas no es fortuna; Y su santo heredero, en nube densa, De armas rendido á la africana luna, De la fuente de Ucles en el desierto Quedará, á vueltas de otros muertos, muerto.

» Dará una hija á Enrique, hijo segundo Del conde Loringa, hecha duquesa Del fértil suelo donde el mar profundo El remate de España lava y besa; De cuya insigne fuente un río fecundo De real sangre tendrá la portuguesa, Hasta que acabe en Africa, en el día Que vuelva á ser de España monarquía.

» A este dichoso siglo venidero La religion Templaria militante, De limpio armada y de cristiano acero, Por luz del mundo nacerá en levante: Verá el Rey de sus días el postrero, Y Alfonso de Aragon vendrá triunfante Por invicto monarca, que en Castilla, De cinco, ensalzará sola una silla.

» Será su emperador, será su espada De España muro, y del morisco espanto, Y en veintiocho batallas barnizada, Tantos triunfos tendrá del cielo santo: Dará á la libre Reina ocasionada Del rico patrio suelo el rojo manto, Y tras su libertad, Alfonso el Bravo Vendrá, aunque sin segundo, á ser Octavo

» De España emperador, cuyos vasallos El de Aragon serán y el de Navarra, Y del vándalo Bétis cien caballos En su carroza real, tropa bizarra: ¡Suerte humana! que al tiempo de gozillos Por cama, en la Fresnada una pizarra Del mural rigór dará el camino El alma al cielo, el cuerpo á un pardo espino:

» Cuando tras dél, de Sancho el Deseado Vida y virtud se volará en deseo, Pues de un año de reino, y malogrado, Cortarle el hilo ya la parca veo: Dejará un tierno niño encomendado De Castro á la lealtad, y ella el empleo De su príncipe, reino y señorío, Salvos conservará del rey su tío.

» A Avila el niño huirá, de Soria; Que un rico alcázar le tendrá seguro Hasta cobrar su reino, y con victoria Libre salir del abulense muro; Mas de Africa el orgullo y vanagloria Sus fuerzas veo juntar desde el oscuro Nacimiento del Nilo, hasta donde Atlas el día en su arboleda esconde.

» Y con el aparato Garamante, Etiope adusto y árabe lijero, Por Castilla entrará, y saldrá triunfante De Alárco todo el mauritano acero: Bien que en Tolosa el bárbaro pujante, De las Navas poblado el campo entero De muertos dejará, cuyos millares De un ciento y otro ciento serán pares.

» Fundará, porque al mundo se publique, De las Huelgas de Búrgos la grandeza; Y allí enterrado el malogrado Enrique, De España y su valor será cabeza: Gobernará á prudencia de un Manrique, Gozará de Malfada la belleza, Y de un golpe una teja desmentida, Al caer, malogrará su tierna vida.

» Soldará este dolor Fernando el Santo, En cuyo reino y siglo venturoso Ni hambre ni peste habrá, ni azar ni llanto, Ni guerra en que no salga victorioso: Córdoba será suya, y será cuanto Del claro Bétis riega el curso hermoso, Restituyendo en hombros de cautivos Del bronce de Almanzor los sonos vivos.

» Hará suya á Jaen, Murcia y Sevilla, Y tributario el reino de Granada, Y al cetro de Leon y de Castilla Eterno nudo é inmortal lazada: Ilustrará con santidad sencilla Domingo su real sangre y la abrasada Cueva del monte Alberno y sus espantos; Que hay tambien siglos que producen santos.

» Llevará á Salamanca, de Palencia, Las letras que la harán rica y florida: Seguirle ha su hijo Alfonso, á quien la ciencia De los astros promete inmortal vida; Y aunque rey sabio, mucha suficiencia Suele sin humildad verse perdida; Que del saber el moderado freno Al bueno hace mejor y al malo bueno.

» Con hija de un rey santo, en cuyo escudo Un bello cielo azul tres lirios baña, En retrógrada estrella, y día desnudo De la real majestad, y no de saña, Con soberana pompa en santo nudo El príncipe ligar hará de España, Cuyas dos plantas, por violentas leyes, Duques darán al mundo en vez de reyes.

» Compondrá el astronómico secreto De las tablas y leyes del juzgado; De Roma emperador se verá eieto, Y de uno y otro cetro despojado; Que el ambicioso Sancho, sin respeto Contra el incauto padre rebelado, Se ha de quedar con la usurpada silla, Y el despojado rey muerto en Sevilla.

» Alcanzarle han las graves maldiciones Del sabio rey al hijo inobediente, Con que en guerras será y en disensiones De su ambicioso reino la corriente: Entrará en heredadas turbaciones Un niño rey, que en animo imprudente, De dos vasallos morirá emplazado, O por su grave culpa ó su cuidado.

» Quedará niño Alfonso el Justiciero, Ultimo de los reyes deste nombre, Y el alterado reino edad de acero Será en guerra civil que al mundo asombre: Avila sola con feliz agüero De leal conservará el primer renombre; Siendo en su fiel custodia real brinquiño, Cual ya otra vez lo fue de otro rey niño.

» Al bravo Alboacen, rey de Marruecos,
Contra él veo ya alterar la Libia ardiente,
Y resonar por los peñascos huecos
Del sordo mar su innumerable gente,
Tal, que aun me asombran los quebrados ecos
Del infiel campo, adonde veo presente
La africana potencia y mortal rabia
Que hay desde el mar Océano al de Arabia.

» Todo este campo bárbaro, amasado
De diversas provincias y escuadrones,
Por vengar un infante malogrado
Blandos dará en su sangre los terrones
De Tarifa; y volcando el río salado
Destrozados arneses y pendones,
Correrá al mar, y llevará el tributo
De maura sangre y de africano luto.

» Después ganar en cerco veo prolijo
De la firme Tarifa las almenas,
Y las de Gibraltar constante y fijo
De llanto dejará y de luto llenas:
Entrará al reino su soberbio hijo
Don Pedro, tierno jóven; mas apénas
El real cetro empuñará en la mano,
Cuando descubra su ánimo inhumano.

» Habrá una gran mudanza en las noblezas
Destos crecientes siglos y menguantes,
Alzando unos fantásticas cabezas,
Y humillando otros las que alzaban ántes:
Será un Neron en abrasar grandezas
Y destruir sugetos importantes,
Lavando en sangre sus impuras manos
De parientes, mujer, madre y hermanos.

» Hasta que al fin el cielo, por castigo
De su cruel pecho y corazón tirano,
Abrazado le ponga á su enemigo,
En lucha horrible de uno y otro hermano,
Donde el dichoso Enrique por testigo
Dirá el puñal en su sangrienta mano,
Que ni es ni fué al presente desconcierto
Cain el vivo, porque lo es el muerto.

» Triunfará el fratricida rey afable,
De ánimo ilustre y nobles condiciones,
En vista alegre, en compostura amable,
Y en mercedes magnánimo y razones;
Bien que de la fortuna variable
El fin verá de sus mudables dones;
Que con veneno el cielo soberano
Ya vengar determina al muerto hermano.

» En datiladas flores de un coturno
Berberisco la muerte irá argentada,
Luego que del período de Saturno
La media vuelta dé su edad dorada:
Morirá al fin el Rey; tocará el turno
Del cetro de oro y la diadema amada
Al primer Juan, que, por templado y grave,
La majestad pesada hará suave.

» Pondrá el noble distrito de Vizcaya
En su real corona timbre altivo,
Y un rey armenio á su española playa
Del llano Egipto bajará cautivo:
Romperá fiero á Portugal la raya;
Mas volverle ha fortuna el rostro esquivo,
De su ejército haciendo y de su flota
El inmortal blason de Aljubarota.

» Y su temprana muerte á las riberas
Del desgraciado Henáres, á caballo
Con los diestros farfanés, de las fieras
Naciones libias, subirá á buscallo;
Mas ya de su hijo Enrique veo las véras
Que temello harán y respetallo,
Cuando en Búrgos, temblando ante su silla,
La grandeza se arroje de Castilla.

» Y de su alcázar el dorado techo
Tan trocado le veo el rostro humano,
Que en trono de oro ponga al de mas pecho
Temor la ardiente espada de su mano;
Y en el pueblo feliz por Hispal hecho,
En castigos será un nuevo Trajano;
Mas la aleve punzada de un veneno
Junto robará al mundo tanto bueno.

» El segundo don Juan, rey justiciero,
A este sucederá desde la cuna,
Que, como único sol, hará severo
Crecer y decrecer la altiva luna;
Y el cuarto Enrique, nieto del tercero,
Tras él vendrá con desigual fortuna;
Que toda se guardó á su heróica hermana,
Más que el sol bella y que la aurora ufana.

» Yo digo de Isabel, por quien Fernando
El reino de Aragon dará á Castilla,
Y ambos, deshecho ya el morisco bando,
Del todo limpia su española silla;
Y por tan santos medios acribando
El cielo su católica semilla,
Su luz abrirá el alba á nuestra gente,
Y el sol dará en los mundos del poniente.

» Hará volar con soberanos fines
Del ligurio Colon los pensamientos,
Que, mudando los hombres en delfines,
Domará el mar y enfrenará los vientos;
Y llegando á las playas y confines
Que á este incógnito mundo dan cimientos,
Alegres, viendo su encubierto gente,
Della cargados volverán á oriente.

» Veráanse entónces las estrellas fijas,
Que, por la rueda de Ixion clavadas,
Al Antártico dan vueltas prolijas
Y con la nieve suben escarchadas;
Y la fortuna y fama, nobles hijas
Del trabajo y virtud, á un yugo atadas,
De honra y riqueza afeitarán sus teces,
Deidades que se juntan raras veces.

» Volverá á renacer el siglo de oro,
Con el que sudará el suelo fecundo,
Y de sus ricas naves el tesoro
Gemir el golfo hará del mar profundo;
Y estos dioses sin alma, que hoy adoro,
Piedra á ser volverán en nuestro mundo,
Y en el suyo las nuevas maravillas
Nuevos asombros parirá el oíllas.

» Ya el prudente Colon, blanca paloma,
Pronóstico de paz á nuestra guerra,
La empresa de añadir á España toma
Del Nuevo Mundo la encubierto tierra:
¡Oh alma siempre feliz, preciosa pompa
De la luz santa que el morir destierra!
Nazca ya de tu honor el rayo ardiente,
Que la aurora ha de ser de nuestro oriente.

» Dé vuelta á su dichoso curso el cielo,
Y el vasto mar sus crespos golfos rinda,
Para que alumbre de su lustre el vuelo
La gente que ahora con la noche alinda:
Digno fervor de aquel heróico celo
Que á tu alma santos pensamientos brinda,
De dar paso al furor del mar profundo,
Y á Castilla y Leon un nuevo mundo.

» Bien tu valor y autoridad merece
Silla entre reyes y en los cielos silla:
Crecza tu nombre, crezca, cual florece
Con mayo el mundo, con tu honor Castilla;
Que el signo que á tu estrella favorece,
Si á corta sucesion su curso humilla,
En nuevo lustre y voz de inmortal gloria
El blason crecerá de tu memoria,

» Cuando ya en suspension de largos años,
Vacía de sucesion tu ilustre casa,
De avara ingratitud llore los daños,
Larga en el merecer y en premio escasa,
Pues dando al natural y á los extraños
Las venas que tú hallaste oro sin tasa,
Tu real grandeza te darán ceñida
De un breve estado á la porcion medida.

» Entónces, pues el cielo soberano
Con nuevo crecimiento y gloria nueva
Un príncipe ha de darte de su mano,
Para quien todas sus crecientes lleva:
Si has de ganar un rico mundo ufano;
Si harás que á tu inmortal valor se deba
Cuanto tesoro da y reparte España
Por su invencible gente y por la extraña;

» Si has de domar el mar; si has de ver hecho
De nueva luz el contrapuesto polo;
Si al corto seno de un hotel estrecho
Mas oro has de añadir que alumbraba Apolo;
Si al gran mundo en que queda el día deshecho
La antes cerrada puerta has de abrir solo,
Y dar á Europa la encubierta gente
Que ahora las sombras guarda del poniente;

» Todo es en rica fe de labrar casa
A este gran sucesor de tu grandeza,
En quien fortuna lloverá sin tasa
Los bienes que ántes daba con pereza:
Si en tí la sucesión se cortó escasa,
La corona ducal de su cabeza,
Pródiga de honra, hará en parto fecundo
De eterno curso tu memoria al mundo.

» Este es quien juntará al grabado peso
Del mundo, que adornar tus armas pudo,
De la casa de Córdoba el rey preso,
Y de Toledo el jaquelado escudo,
Las bandas de Aragón, y del suceso
De Orique el real cuartel, precioso nudo,
Con las diez torres que orlan las esquinas
A las invictas portuguesas quinas.

» Destos reales blasones, reservados
A tu creciente esfera, el tiempo envía
El gran premio debido á tus cuidados;
Que otro, inferior á deuda tal sería;
Y en don Nuño Colon resucitados
Los bienes que tu heroico aliento cría,
Será de honra española ardiente fragua,
Gran almirante y duque de Veragua;

» Marques de la encubierta Jamáica,
En preciosas maderas eminente,
De ricos pastos y metales rica,
Si bien de ociosa y descuidada gente;
En cuyos gruesos campos multiplica,
Al mundo por venir, oro luciente,
Que ahora por las riberas de Caguaya
Forma en cercos de luz lustrosa raya.

» Aquí también, si el arco de la esfera
Incierta luz no llueve á mi memoria,
El sacro pastoral báculo espera
Al que yo autor espero desta historia:
Allí en sombras de eterna primavera,
Mientras tu fama al mundo hace notoria,
En esperanzas de mayores bienes
Preciosa mitra ceñirá sus sienas.

» Ya del claro Genil la fértil vega,
De sangre llena y de espantosas lides,
A quien ni Troya, Tébas ni Argos llega,
Ni en sus batallas Héctores ni Alcides;
Entre el cristal que sus arenas riega,
Las rojas cruces de sus bravos cides,
En victoriosas lanzas, por las cumbres
De sus almenas formarán vislumbres;

» Cuando de nuestro mundo las señales
Por timbres campearán de su victoria,
Y de estos encubiertos arenales,
Que al día hurtan la luz, harán memoria;
Mas no luego en columnas de cristales
Del *plus ultra* á volar saldrá la gloria,
Hasta que de Austria y Ricaredo juntas
Las sangres pongan sobre el sol sus puntas.

» En una bella Juana, ilustre hija
De Isabel y Fernando, ordena el cielo
Union á estas heroicas sangres fija,
Y á la fama en su fruto inmortal vuelo:
Un sol que al mundo dé en vuelta prolija
Lumbre y amor, honor y miedo al suelo,
Y á su ley santa en riendas de oro atilde
Al soberbio alemán y al indio humilde.

» Y así en real pompa de su entrada al mundo
La fortuna feliz ordena el modo,
Que, añadiendo al primero este segundo,
Invicto nazca emperador de todo;
Y sin que espanten ya del mar profundo
Los anchos golfos su estandarte godó,
La vuelta dé por cuanto gira en torno
Del día la luz, de la fortuna el torno.»

Así el sabio en los senos de su cueva
Los hados por venir descubre á España,
Y en potentes retratos y en voz nueva
El curso teje de su vuelta extraña;
Y en reforzada voz, cuanto da y lleva
Del tiempo el vuelo con que al mundo engaña
Hacer queria presente, y con suave
Vuelta á las suyas destorcer la llave;

» Cuando en trueno confuso y rayo ardiente
La máquina gimió del monte horrendo,
Y la gruta capaz, de oro luciente,
Al centro pareció bajar huyendo,
Abora del mundo la deidad prudente
Que á su gobierno asiste, el ronco estruendo
Diese, agravada en ver vuelta una masa
De clara luz las sombras de su casa;

» O sea, si ya no es esto lo mas cierto,
Que el sabio Malgesi, con nuevo engaño
De oculto signo ó círculo encubierto,
Del aire hiciese el movimiento extraño;
Y dejando al contrario mago muerto,
Libre huyese del pasado daño
Por las cavernas, ó que el monte ciego
Roto se ardiese en invencible fuego.

» Como tal vez del rayo la violencia,
Que á la alta torre de un alcázar baja,
Si el duro jaspe en firme resistencia
Su vuelo impide, sus murallas raja,
Hunde los techos de oro sin clemencia,
Los frisos rompe, el mármol desencaja,
Y en ricas sillas de marfil sentados
Los graves reyes, quedan desmayados;

» Tal ruidó se oyó, tal en un punto
El suelo dió, en terrible terremoto,
Tristes gemidos, resonando junto
El yerto monte y el vecino solo;
Y el súbito estallido, fiel trasunto
De un mundo fué descuadrado y roto,
Cuando el quebrado cielo, en fuego ardiente,
La tierra bará carbon y arder su gente.

» Mas ya en esta sazón otra garganta,
En estruendo no ménos resonante,
De un dragón negro, cuyo bulto espanta
Los pardos olmos que le ven delante,
Sobre el cristal de un río se levanta,
Y vivo en ella traga un noble infante
Que el crespó mar, con nueva maravilla,
Del claro Ebro escupió en la verde orilla.

» De los huecos celajes con que Iberia
De Anteon la fuente disfrazó, celosa,
La sierpe vino, cuya horrible arteria
Posada al gran Bernardo dió espantosa;
Y él, reducido á la última miseria,
Al bajar la garganta tenebrosa
Dió en el profundo vientre de la fiera,
Que se tragara una montaña entera.

» Pide, al caer medroso, ayuda al cielo,
Que á tanto riesgo sin pensar le trajo,
Cuando de un tumbo y otro un verde suelo
De sus floridos piés halló debajo,
Llenas las rosas de escarchado hielo,
De verdes hojas el torcido gajo,
Y él sin riesgo mayor que la congoja
Con que aun allí estar muerto se le antoja.

» Del fresco prado en las floridas faldas,
Labrado de oro, pareció un palacio,
De ricos frisos y molduras gualdas,
A las vislumbres hechas de un topacio;
De diamantes tan lleno y esmeraldas,
Que en el mas pobre y deslucido espacio
Dan sus rubias colores más centellas
Que en su Vía Láctea cuenta las estrellas.

» Y al fresco Alpende, de su puerta altiva
Un bárbaro jayan barriendo el suelo,
Con furia trae una beldad cautiva,
Que favor pide, en tanto agravio, al cielo;
Y era la desigual batalla esquivo
De la codicia, y de la dama el celo
De guardar limpia una desnuda espada,
Que en sangre presto se verá manchada

Hecha dorada presa en los cabellos,
Que el alba no es mas bella cuando nace,
El gallardo español, que en ella y ellos
La injuria vió que el cruel jayan les hace,
Por entre rosas y jazmines bellos
A deshacer se arroja el torpe engace
Que por los dedos del soberbio moro
Hacian las ofendidas hebras de oro.

Sacó su firme espada, que con ella
Vengada y libre ya juzga la dama;
Dejó el jayan la sin piedad doncella,
Y de acero una almádana encarama,
Así horrible, que pone espanto el vella,
Y el silbo mas con que bajando brama
En busca del guerrero, que, si le halla,
Ni ha menester mas paz ni mas batalla.

Hurtó el cuerpo, tembló la tierra en torno,
Y por ella enterró el martillo un brazo;
Cuando el gallardo jóven, por retorno,
Del fino arnes le desmembró un pedazo:
Da el uno, el otro amaga, y el contorno
Resuena, gime y coge en su regazo
Los peligrosos golpes, cuando el vario
Revolver los desvia del contrario.

Era el bruto jayan gruesa quimera,
De oscura tez y bulto corpulento,
De así hidrópico vientre, que pudiera
Hartar, lleno de plata, á un avariento;
Y en su diestro esgrimir tan ágil era,
Que es con su lijereza plomo el viento,
Y de su clava el aire más furioso
Que el que al Egeo mar turba el reposo.

La bella ninfa, que del bulto grueso
Del jayan libre vió su heroica espada,
Con ella en la una mano, en la otra un peso,
La una á la otra balanza nivelada,
De la batalla el áspero suceso
Mira en rico sitio de oro sentada,
Que en la vecina sala en pedrería
Y finas telas de brocado ardia;

Cuando en iguales golpes los guerreros
Los techos de oro vieron de la sala,
Y en su destreza y revolver lijeros,
De un alentado combatir la gala;
Mas del leonés alfanje los aceros,
A un revés que el de un rayo no le iguala,
Se entraron por la hidrópica barriga
De la sombra fantástica enemiga.

Y abriéndole una puerta, que pudiera
Por ella entrar el mismo que la hizo,
Cuando el grave jayan creyó que diera
En tierra muerto, su vigor rehizo,
Corriendo á un tiempo de la herida fiera,
Por sangre y negra tez, rubio granizo
De miles doblas de oro, que sin tasa
El suelo hincheron de la alegre casa.

Bastara su agradable golosina
El gusto á ocasionar al mas templado,
Y trocar la batalla por la fina
Y rubia masa del metal preciado;
Mas al que al solo noble honor se inclina,
No las riquezas turban su cuidado;
Que el oro es metal pobre para el hombre
Que en la virtud aspira á inmortal nombre.

Y así, á solo vencer pone la mira,
Y el oro pisa que en tan poco tiene;
Cuando una extraña novedad le admira,
Que envuelta en el metal precioso viene:
Por donde su corriente alegre gira
Y la dorada sangre se detiene,
Retonecer se vieron mil espadas,
Por otros tantos brazos levantadas:

Parto infeliz de la preñada tierra,
Hecho en favor del sin lealtad gigante,
Que ya con armas de oro hace guerra
A quien con las de acero no es bastante.
No da tantos renuevos la alta sierra
Que es de Gascuña y León muro importante,
Ni tantas flores cuaja en su ladera,
Cuando derrama abril su primavera,

Como del enlosado suelo duro
Espadas floreció la lluvia de oro,
Que en tejido escuadrón y denso muro
Hieren á un tiempo en martillar sonoro:
Nunca el leonés se vió menos seguro
Ni con tantos contrarios; que el tesoro
Puede, sembrado, mucho, aunque en el pecho
Del avariento muera sin provecho.

Ya en la Morea tal vez los blancos dientes
De una sierpe, en marcial furor sembrados,
Espigas dieron de enemigas gentes,
Y los surcos se armaron de soldados:
Las serpientes, al fin, dieron serpientes,
Y al armado gañan hombres armados;
Mas sembrar oro y espigar renquilla,
Esa es la nunca vista maravilla.

Y el valido jayan contra Bernardo
De tantos brazos, mientras él su espada
Con todos prueba, sube en paso tardo
Al trono en que la ninfa está sentada,
En traje altivo y ademan gallardo,
De luz vestida y de oro coronada,
Volviendo con su rica espada en cielo,
De aquella escuadra el escondido suelo.

Y él, de unos torpes brazos defendido,
Y de otros levantado á la doncella,
Al suelo humilde de su trono erguido
En comprados favores dió con ella:
Quitóle el peso y manto guarnecido,
Y el rico engaste de la espada bella,
Y fué, según la saña concebida,
No poco bien dejarla con la vida.

Mas con la nueva espada y nuevo brio,
De las balanzas de oro, una balanza
Hecha dorado escudo al desafío
Y á su victoria da nueva esperanza:
Bien que cerrado el rubio ardiente rio
Del precioso metal, vió la mudanza
Del humano favor, que, en ser comprado,
No dura mas que el oro su cuidado.

Y con las nuevas armas, mas lijero
Y desangrado que ántes, da y recibe
Doblados golpes sobre el terso acero,
Limpio papel donde su enojo escribe:
Anda el combate así trabado y fiero,
Que cada cual parece que revive
Con las heridas de la mano ajena:
Gimen los dos, y el bosque en torno suena.

Siente en su honra el leonés brega tan larga;
Y dando al limpio estoque ambas las manos,
Sobre el bulto fantástico descarga
Un golpe y otro y otro, y todos vanos;
Que un grave peso de oro por adarga
Los gigantes en fuerzas vuelve enanos,
Y el valido de aquí por allí se entra,
Y de una punta al que le ofende encuentra.

No guardó, como pudo, la cabeza
La furia de la punta desmandada;
Mostró sobre ella el jóven su destreza,
Y él en el cuerpo le escondió la espada:
Perdió el herido monstruo la braveza,
Y la hueca cabeza, barrenada,
En viento se exhaló á vista del godó;
Que era aire, como lo es el favor todo.

Tembló la cuadra al revólverse en viento
De la máquina hinchada el bulto oscuro,
Y al aire horribles sombras ciento á ciento
Bramar hicieron del palacio el muro:
Del hinchado odre el soplo turbulento
Que el griego Ulises detenía seguro,
Al huirse así, de tempestades lleno,
Los piélagos dejó del mar Tirreno.

Y Bernardo, entre el humo que el tesoro,
Con negro hollín, enturbia del palacio,
La espada mira que el vencido moro
Sangrienta le escondió en el cuerpo lacio:
Su agudo filo y sus recazos de oro
Medroso saca en detenido espacio,
Su ancha cuchilla, barnizada toda
En fino rosicler de sangre goda.

Vió ser la sangre más y el riesgo ménos,
 Cuando el alcázar de oro, puesto á punto,
 Con buecos tiros y sonoros truenos
 Salva le hizo á su victoria junto;
 Y de alegre rumor los aires llenos,
 Clarines dan de plata el contrapunto
 A una armonía de cítaras suave,
 En pausas dulce y consonancias grave.

Huyeron las fantasmas, volvió el día
 A su primer beldad la rica sala:
 Bañada en oro y noble pedrería,
 En la vista empezó á sembrar su gala,
 Que en dorados blasones componía
 Un marcial trono que al del cielo iguala,
 De esmaltados escudos y de arneses,
 Grabadas armas, timbres y paveses.

Era esta sala el fondo de la fuente
 Que aquello da á beber que se desea.
 Banquetes al gloton, honra al prudente,
 Amores al galán, gala á la fea.
 Trazas de guerra al capitán valiente,
 Armas, triunfo y victoria al que pelea:
 Trofeos halló Bernardo; que trofeos
 De fama es cuanto abrazan sus deseos.

Y absorto en el bellissimo aposento,
 Mira, y no entiende que armas en escudos,
 Son, para quien no sabe el fundamento,
 Las mas parleras, personajen mudos;
 Cuando la dama, á quien violó su asiento
 El jayan que por sangre sembró escudos,
 Con nuevo adorno entró y con nueva gala,
 Como el día por el mundo, por la sala.

Y haciendo al victorioso Infante fiesta,
 Célebres versos canta á su victoria,
 Y en silla de oro al diestro lado puesta,
 Así de oscura luz teje su historia:
 «¡ Oh tú, que en sangre ilustre traes compuesta
 Del mundo la nobleza mas notoria,
 En quien el valor gótico al de España
 Juntar pudo el gran conde de Saldaña:

»Ya con la rica espada que en tu mano
 El fino esmalte de tus venas muestra,
 En mas agudo filo y temple sano,
 Segura queda de impresion siniestra:
 El corte, sin defensa al cuerpo humano,
 Tu sangre se le dió, y dará tu diestra
 El lugar que merece, y todo junto
 Venganza á quien la ha puesto en este punto.

»El dios del fuego en su ahumada cueva
 Para las armas la forjó de Aquiles;
 Las mismas armas que ahora, en honra nueva,
 Tu gentil cuerpo adornan con perfiles:
 Diólas la hada del tesoro á prueba,
 De Argalia á los miembros juveniles;
 Argalia, hija del jayan que reina
 Donde la aurora sus cabellos peina.

»No le dió entónces la preciosa espada;
 Que al observado punto de una estrella,
 Para en temple dejarla refinada,
 Y sin defensa el filo y golpes della,
 En su oriental estadio retirada
 Por su gusto asistía una doncella,
 Dándole de oro una invencible lanza,
 Mientras la fria virtud del astro alcanza.

»Hizo con ella el alentado chino
 Famosos golpes, hasta el triste día
 Que en Francia á un fresco arroyo cristalino
 Ferragut le mató, con quien reñía:
 Tomó el moro prestado el yelmo fino,
 Y cobrólo la sombra de Argalia,
 Dando el entero arnes por testimonio
 En fiel custodia al muerto Testimonio.

»La espada en el jardín de Falerina,
 Al tiempo que iba á dar su aspecto el astro,
 Orlando con violencia repentina
 Quitó á la hada y á la estrella el rastro:
 Pasó el fatal concurso la hoja fina;
 Quedó imperfecta, el muro de alabastro
 Del florido verjel roto, y por ella
 Muerto el dragon y presa la doncella.

»Peleó con ella Orlando algunos días,
 Y de Rugero la cobró Morgana,
 Que, de su ciencia haciendo anatomías,
 A darle el temple halló salirle vana,
 Sin honra y sin provecho sus porfías;
 Que es rio que pasa la ventura humana,
 Y al punto que pasó, si el punto pasa,
 No hay brazo humano que le vuelva á casa.

»Solo si al ciego fin de una batalla
 Real sangre le bañare el corte y punta,
 De aquel primer perdido aspecto halla
 Que alcanzará otra vez la virtud junta:
 Esto á la hada tocó, y el mejoralla
 Al rosicler que en tu costado apunta
 De la gótica sangre que acompaña
 Las reales venas de la antigua España.

»Al tiempo que se entró por tu costado
 Su aspecto hacia la observada estrella,
 Con que acabó Morgana su cuidado,
 Y victoria cantó por tí y por ella:
 A esto en vuelo te traje apresurado
 De los suspiros de Crisálba bella;
 Que, á huirse de la espada este planeta,
 Tú quedarás sin luz, y ella imperfecta.»

Así al grave leónés la ninfa explica
 El curso con que el hado el suyo lleva,
 Y atenta á la atención con que la rica
 Tapicería contempla de su cueva,
 Su cortés gusto el noble suyo aplica,
 Y para darle del relacion nueva,
 Con dulce lengua así dió nuevo lustre
 De su real sala al aparato ilustre:

«Cuando Roma trabó guerra consigo,
 Que ya al resto del mundo la habia hecho,
 Para no reservar ningun amigo
 Las armas revolvió á su mismo pecho:
 Nadie quedó en la tierra por testigo;
 Todos se hicieron cómplices del hecho:
 ¿ Quién librería á España, si era España
 Del romano furor la mejor saña?

»Pompeyo el dueño, César quien queria
 Serlo solo, á pesar de las estrellas:
 El fiel Petreyo á su cohorte un día
 Las de Afranio juntó, y juntó con ellas
 Cuanta nobleza á España enriquecía,
 Del rio Segre en las riberas bellas,
 Donde al gran César dieron la batalla,
 Y el imperio feliz del mundo en dalla.

»Ahogó el rio Segre ó su fortuna
 Dos veces siete cohortes de soldados
 De española nobleza, que ninguna
 Sintió mas limpia sangre en sus costados;
 Y el corriente raudal, vuelto laguna,
 Infinitos sorbió timbres dorados
 Destos mismos que ahora en esta sala
 Adorno dan con su aparato y gala.

»Segre al Cinca los trajo, el Cinca al Ebro,
 Ebro á mi cueva, y yo á esta cuadra hermosa,
 Adonde en cuadros de marfil celebre
 Su noble casta y sucesion famosa:
 Estas las armas son con que ahora quiebro
 Al tiempo y muerte su arco y flecha airosa;
 Y en el árbol precioso de la fama
 Esta es para asir del la mejor rama.

»Muchos linajes destos goza el mundo,
 Y hoy su entereza y respaldor se adora;
 Otros de aquel tendrán parto fecundo,
 Y otros serán de los que son ahora,
 Cuál del primer lugar, cuál del segundo;
 Que el tiempo ó los humilla ó los mejora:
 ¿ Qué cosa hay en la tierra que no tenga
 Crecientes y menguantes, vaya y venga?

»Mas á todos aquí su asiento eterno
 Al mundo de una vez señaló el hado,
 O sean de bronce duro ó vidrio tierno,
 O del primero ó del segundo grado:
 Este es su archivo; aquí está su cuaderno,
 Y desta oculta cueva el rio sagrado,
 Por varios cursos, á la madre España
 En sangre antigua de noblezas baña.

»Ahora, de la honra humana oh noble diosa,
Del tiempo y la virtud ilustre hija,
Tu aliento he menester; tu voz preciosa
Me presta y mis acentos regocija,
Porque en rueda feliz y ala pomposa,
El medio mas suave y dulce elija
A un belicoso alarde, en que se apunta
De España la mayor nobleza junta.

»Oyan los nobles de ánimos briosos,
Que no quiero atencion de menor gente;
Que honrosa voz de hechos valerosos
Gusto pide eficaz y ánimo ardiente:
Trate sucesos ménos caudalosos
Y con menores cosas se contente
Quien tiene ménos tomo y ménos suerte,
Y la igualdad dejemos á la muerte.

»Que cuando el hueco son de la trompeta
Al arma, al arma, al arma rimbombando,
El castizo caballo el freno aprieta
Y con sabor le está despedazando,
Eriza el corvo cerro y se inquieta,
Aquí vuelve, y revuelve allí bufando,
Y en su cólera ardiendo, no se halla
Hasta verse engrifado en la batalla;

»Bien así en cualquier cuento generoso
De armas y amor, en gusto y alegría
El ánimo gentil, al son airoso
Alientos cobra y gozo al alma envía,
Sacando fuera al corazón brioso
Lo que la noble sangre dentro cria,
Como yo ahora en los semblantes siento
Del grave pueblo que me escucha atento.

»Mas si en el rico alarde y noble suma
Este blason ó el otro no se encierra,
Nadie á falta lo ponga de mi pluma
Ni de su sangre ni su ilustre tierra;
Mas de su insigne antigüedad presume
Que no siguió á Petreyo en esta guerra,
Y así no vió sus armas el rio Ebro,
Ni Iberia en él, ni yo en las que celebro.

»¿Qué brazo llega á todo? ¿Quién alcanza
Del cerco lácteo el número de estrellas,
O el honor español, lanza por lanza,
La suma sin faltar á alguna dellas?
Ni esto cabe en humana confianza,
Ni un rayo llega á tantas luces bellas:
Yo solo á la agradable ninfa sigo
Del divino hablar el cuento amigó.

»Y ella en vuelo feliz, al siglo nuevo
Que estaba por venir, arrebatada,
En líneas de oro daba al rubio Febo
La sangre y sucesion aun no engendrada;
Y en agradables voces al mancebo,
Que de divina luz la ve cercada,
Así habló, y así en fatal aliento
Un mundo por venir sembró en el viento:

»Tu primo el gran Gundemáro, que envuelto
Ahora en sus desdichas va engolfado,
Y los tumbos del mar y el tiempo suelto
De uno en otro le llevan despeñado;
Cuando, ya á sus primeras dichas vuelto,
Los montes goce donde fué engendrado,
De oro estas dos calderas jaqueladas
De armiños volará, en argen orladas.

»Entónces, por blason eterno al mundo
De la gótica sangre, tendrá España,
Por el Guzman primero y el segundo,
Honra en Medina y gloria en la montaña;
Y enfrenando de Libia el mar profundo
De enroscadas serpientes la maraña,
Sobre orla de castillos y leones
Tus héroes gozarán ricos tusones.

»Deste escudo ó cuarteles, dos de armiños
En tres bandas, y estotres de panelas,
De cinco en cinco, hará nobles cariños
Guevara al mundo, y á su honor espuelas:
Aquí de Troya los infantes niños
Dieron la primer sangre al que las duelas
De un rico erario romperá en un prado,
De real tesoro ya en sazón cargado.

»De aquel prudente hurto, nombre honroso
De Ladrones tendrán, y del robado
Otro noble apellido valeroso
Mendoza habrá, no ménos estimado;
Que en semejantes trances es forzoso
Que uno sea el Ladrón y otro el Hurtado,
Ambos de sangre real, preciosas fuentes
De héroes insignes y ánimos valientes.

»Diez panelas de plata en campo goles
Rayos de luz serán del sol romano,
Que armarán en sangrientos arrebóles
Al montañés Mendonío y á su hermano,
Hasta que, sobre verdes tomasoles,
Por la banda y lebrero soberano,
Trueque el Salado ese feliz bervete,
Y él se quede á la casa de Cañete.

»De Zúñiga es esta dorada barra,
Que negra á ser vendrá cuando un infante,
Por muerte de su rey, cubra en Navarra
De oscuro luto el timbre rutilante;
Cuya real sangre en sucesion bizarra
Ducal corona hará á Béjar triunfante,
Y á España, de diversos resplandores,
Miranda, Miravel, Manrique y Flores.

»La misma negra banda en campo de oro
De Sandoval será el hectóreo escudo,
En quien el tiempo, del mayor tesoro
De España ha de engazar un firme nudo;
Y dél la fama con clarín sonoro,
Estando el mundo á oír la alegre y mudo,
Grandezas mil le contará, y entre ellas
Mas príncipes que al limpio cielo estrellas.

»En Bureba ganó en tin desafío
Rojas, por la defensa de una dama,
Cinco azules estrellas, que en rocío
De oro serán luceros de su fama;
Mas cuando á esta gran banda junte el brio,
Ingerta á un tronco real, su ilustre rama
Sombra á un mundo hará, feliz ventura
Del que hoy durmiere á sombra tan segura.

»Cinco luceros ó cometas bellas
Fonseca en un dorado escudo goza
Del romano Fontello, que con ellas
En Portugal metió triunfal carroza:
Rayo de luz será destas estrellas
El que con sangre ardiente y alma moza
Las paces rompa en Francia, y á Castilla
De Austria traya feliz la imperial silla.

»De la septentrional Penisca bella
Los valientes Bastanes, fundadores
De Baza y de Bastan, la fija estrella
Dejaron entre helados resplandores;
Y á mostrar de su espada la centella,
Al paso de los godos atambores
La tierra atravesando y mar profundo,
A conquistar salieron nuevo mundo.

»Estos, despues que la africana rabia
En lo mejor de España hizo presa,
De triunfos llenos y prudencia sabia,
Del hado por huir la suerte aviesa,
Al Pirineo subieron su alta gavia,
Y de Bastan en la florida mesa
Al real palacio dieron de su nombre
Nobles cimientos y teliz renombre.

»Alli del mauritano brio son freno,
Y ardiente espuela del cristiano brio,
Donde presto harán su valle ameno
De franca sangre caudaloso rio;
Y del vencido bárbaro agareno
Mil ricos presos estandartes fio
Que los blancos escaques de su escudo
Parlera fama dén y blason mudo.

»Aquellos dos castillos y leones
Enriquez son, que han de venir al mundo
De un hermano de un rey, cuyas prisiones
Le pondrán de desdicha en lo profundo;
Del primero serán estos blasones,
Del infante Fortuna es el segundo,
Entre cuatro leones un castillo,
El campo todo azul, y él amarillo.

»De ortigas estos riscos coronados,
De tres linajes son heróica empresa,
Que, del leonés Fruela derivados,
Real sangre participan de la inglesa;
Y una cifra de extremos coronados
De la anglia Emilia la beldad confiesa,
Y á Bivero, Fajardo y Bahamonte
Por nobles palmas de su excelso monte.

»Del cetro real será sucesor dino,
Y por sola ambicion desheredado,
El que de Cerda el nombre peregrino
Resucitare á su valor pasado:
De Francia y de Castilla lo mas fino
Pondrá en su escudo, y por le haber privado
Del patrio cetro la fortuna escasa,
Duques heredarán la de su casa.

»De azul y blancos veros los barones
De Velasco traerán banderas llenas,
Y de sangre real los corazones,
Que en vivo aliento pulsará en sus venas:
Condestables serán, serán tusones
De seis invictos cuellos las cadenas
De una amazona real, parto divino
Que en Bohemia nació y á España vino.

»Harán los siglos de dorada gente
De un marques y de un duque la eminencia,
Que á Italia el uno, el otro en el poniente
Dos mundos colgará de su prudencia.
¿Quién tan sabio será? Quién tan valiente,
Quién de tan vivo ingenio y elocuencia,
Que así como él gobierne cuanto baña
La luz del sol cuando se esconde á España?

»Al insigne apellido de Contreras
Tres azules bastones sobre plata,
Con orla rica de aspas de oro enteras,
Este dosel conserva de escarlata:
Tesoro á las edades venideras
De ilustre sangre, nunca al mundo ingrata
En producir varones excelentes
A todas las memorias de las gentes.

»Dejo de ínclitos héroes larga historia
Que desta real prosapia contar puedo,
De ricos hombres la inmortal memoria,
De España amparo y del contrario miedo:
Dejo tres arzobispos, lustre y gloria
De Valencia, de Méjico y Toledo;
Dejo de Búrgos un obispo santo;
Mas ¿quién en breve tiempo podrá tanto?

»De un rey que en Asia ha de nacer pechero,
Y Tamorian despues será del mundo,
Vendrá al enfermo Enrique, rey tercero,
Un real presente por el mar profundo;
Donde en la rica suma el mayor cero
Será en nombre y beldad ángel fecundo,
Una nieta del rey claro de Hungría,
Mas bella que la luz que engendra el día.

»Esta, ayuntada en himeneo santo
Al mejor ramo desta planta ilustre,
Fruto lleno de honor dará por cuanto
El sol con rayos de oro el mundo ilustre;
Y aunque de las medallas deste espanto
Nuevo deleite te causará el lustre,
En tan estrecho tiempo no es posible
Hacer tan larga sucesion visible.

»Un varon solo de su ilustre rama,
Mas que el sol agradable en vista y trato,
Por muestra quedará, en que dé la fama
De sus juntas grandezas un retrato;
Y al secreto gobierno, á que le llama
De un español monarca el rostro grato,
Grave le ofrecerá un saber profundo,
Y Alcides vendrá á ser de un nuevo mundo.

»De la agradable sucesion de Lara
Son sobre plata aquellas dos calderas
Labradas de oro y negro, empresa rara
De Roma á las edades venideras:
Los Manriques pondrán (sangre preclara),
Por la de un rey Alfonso, en sus banderas
Rico timbre, y en él, al dividillo,
Sierpes, calderas, águila y castillo.

»Siete infantes de aquí daré amasados
De su invencible sangre el rey Ramiro,
Y Arabiana en sus traidores prados
De alevé muerte el último suspiro;
Mas de un cuervo andaluz veo ya vengados
Los ocho cuellos que cortados miro,
Y de un su nieto con la honrada saña
Libre la antigua hidalguia de España.

»Serán tres hijos deste pecho altivo
Pomposo triunvirato de Castilla,
Hasta el duro rigor de un hado esquivo
Que á un corto estado su grandeza humilla;
Mas, cuerdo en trazas, y en juzgar mas vivo,
Rodrigo hará, por atajar rencilla,
Suya á Molina, y de su sangre rica
Reinas en Lusitania y en Garnica.

»Y añadiendo á los triunfos de su casa
Sangre real de Navarra y de Castilla,
Cuajará el cielo, de su heróica masa,
De los Manriques la inmortal semilla;
Príncipes raros de valor sin tasa,
A quien el reino del honor se humilla,
Y en corriente feliz el mundo hereda
Grandes duques de Najera y Maqueda.

»Estas partidas floridises bellas,
Antigua y real nobleza de Arellano,
Nuevos luceros son de doce estrellas
Que alumbran de Navarra el fértil llano:
Un sol te formará dellos y dellas,
Que á Ucles feliz trairá un pendon romano,
Y el principe será de los Cameros,
Y condes de Aguilar sus herederos.

»Estos cuatro preciosos lirios de oro,
De ocho blancos luneles rodeados,
De los Lancienses bélico decoro,
Serán á los Ledesmas trasladados:
Nacerá de Almenzar este tesoro,
Y dé mil caballeros señalados,
Y un Men Rodriguez de Sanabria entre ellos,
Que al mundo hará adorar sus lirios bellos.

»Los Várgas y Machucas, que á Sevilla
Con el valor y filos de su espada
Darán ganada la española silla,
Desta fuente tendrán sangre preciada;
Y aun desta á los monarcas de Castilla
Dos secretarios de una edad dorada,
Que en riendas de oro muevan el prudente
Gobierno de los mundos del poniente.

»De aquel castillo, en sangre un real tesoro,
Dávalos gozará en la alegre cuna
De un condestable, que en jaqueles de oro
Su escudo ha de crecer con su fortuna;
Mas los agujeros de un parlero moro
Menguuar le harán en la creciente luna,
Que tambien menguará en estando llena;
Que en creciendo la mar, mengua la arena.

»Verse ha, huyendo y pobre (extraño dejo)
El que ha de ser tan rico en breve espacio,
Que el Rey irá á su casa por consejo,
Cuando él no se lo lleve á su palacio:
No es el humano estambre mas parejo;
Así lo hila el tiempo; así el topacio
Del sol la luna en formas mil altera,
Y él cuanto hay debajo de su esfera.

»Mas, de aquel rico escudo el blason hecho
Con dos calderas de oro en campo goles,
De real sangre de Lara hirviendo el pecho,
Verá Herrera en dorados arreboles
Un noble alumno suyo, que á despecho
De falsos envidiosos tornasoles,
Torne el sol claro y el honor estable
Del sin culpa ofendido Condestable.

»Y bien que al generoso pecho ilustre
Del franco amigo mucho se le deba
De la opinion el reparado lustre,
De su lealtad la mas segura prueba,
Sin miedo que otro azar se la deslustre
Ni otra loca fortuna se le atreva,
Serán en sucesion al mundo rara
Los principes del Basto y de Pescara.

»Aquel nunca vencido leon rapante
Que sobre plata da, barrado en oro.
Al grave hijo de Amón cuartel triunfante,
Y asombro con su vista al campo moro,
Rica empresa será á un pecho arrogante
Que de la fama en el clarín sonoro
Triunfos pondrá de mil moriscas lides,
Y nombre y sangre real en Benavides.

»Estos dos rojos desollados lobos
Que ya en Clavijo, tremolando al viento,
Blason fuéron de Osorio y Villalobos,
A quien dió el español Patron su aliento,
Del voraz tiempo los sutiles robos
Jamás disminuirán su altivo asiento;
Que, agradecida Astorga, flores nuevas
Cada año alegre ofrecerá á sus grevas.

»Las dos calderas de oro jaqueladas
Del valle de Toranios son Pachecos,
Sangres de la romana acrecentadas,
Que á España vino á hacer famosos truecos;
De quien mil sienas ya veo laureadas
De ducales coronas, y en los huecos
Plumeros los invictos resplandores
De sus marqueses, condes y señores.

»Dos negros y ceñidos calderones
El nombre y armas dan de su apellido,
Real prosapia de inclitos varones,
De ricoshombres timbre esclarecido;
Por quien promete el cielo, de sus dones,
Un príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tasa
La gloria al colmo de su ilustre casa.

»La negra banda que en dorada lumbre
Medio cuerpo descubre de doncella,
Será de Carvajal rica vislumbre,
Con la real sangre de Leon en ella,
Por quien de Mártos la enriscada cumbre
Plaza enlutada hará su plaza bella
A un emplazado rey; que el justo cielo
No deja agravio sin venganza al suelo.

»Sobre ondas de agua aquellos cisnes bellos,
Que un lirio azul en torno los contempla,
Sendas coronas de oro por los cuellos,
Con que el cruel hado su aspereza templa,
Armas son de Cisneros, ó son ellos
Ya cisnes, cuyo canto le destempla
Los clarines al mauro infiel, de modo
Que á un grito suyo tiembla el campo todo:

»O tengan con la sangre de Lorena
En Leon sus bellicosos nacimientos,
Ó de los monstruos de la selva amena
Alguna sombra de verdad los cuentos,
Ella es nobleza insigne, y casa llena
De antigüedad y heroicos fundamentos,
Cuya es también la tarja de amarillo
De aquel leon, girones y castiello.

»Los otros jaquelados tres girones
Que aquella ilustre tarja vuelven rica,
Con rica fruta de inclitos varones
Este tronco feliz los multiplica:
Sus timbres han de ser reales tusones;
Su nombre en su blason se significa;
Sus príncipes, si el alma no me engaña,
Gloria á Osuna darán y honor á España.

»Tres palillas de plata en campo blao,
Y en torno nueve lunas, de Padilla
Noble empresa componen, y á Bilbao
Sangre real han de dar, y honra á Castilla;
Y á cuatro maestros del sangriento Tao,
Ucles y Calatrava la rodilla;
Y toda España á una beldad que pudo
La dura alma ablandar de un rey saúdo.

»Del soberano imperio del oriente
El César tendrá un hijo que sin miedo
Libre á Toledo ampare y á su gente,
Y dello herede el nombre de Toledo:
Su escudo es el que ves resplandeciente
Con jaqueles de azul y oro, en que puedo
Pronosticar que á España ha de hacer salva
Y ser de sus mejores días el Alba.

»Aquel, en rosicler grifo lozano
Entre cadenas de oro, es de Peralta
Blason ilustre, cuya sangre y mano
Lo mejor de Navarra y Francia esmalta;
De cuyo real linaje agramontano
Pamplona ha de heredar sucesion alta
De insignes condestables, y uno dellos
Su mitra arrastrará por los cabellos.

»Destas cinco panelas de oro espera
Cobos su ilustre tarja, á quien ya lumilla
Su mas florida y rica primavera
El reino de Aragon y de Castilla;
Y así con pluma volará altanera,
Que será al mundo octava maravilla
El que al cesáreo trono del poniente
El pecho ofrezca y voz mas elocuente.

»En boca de dos lobos dos corderos,
De Haro son, los señores de Vizcaya,
Del gran Zuria nobles herederos,
De española nobleza última raya:
Fuente feliz de no violados fueros
Es cuanto encierra su argentada playa,
Y el libre país de su áspera montaña
El brio hidalgo del honor de España.

»Desta real sangre tomarán corriente
Lodio, Corbera, Cárcamo y Urbina,
Orozco, Avellaneda y el valiente
Hinestrosa; y con vuelta peregrina,
Del nunca firme tiempo la creciente
Reinas y sucesion dará divina
A Navarra, y mil príncipes famosos
Del Carpio á los palacios venturosos.

»Del franco Orlando, que ahora el mundo asombra,
Un río de sangre real verá este suelo,
Y entre bocinas de oro, la ancha sombra
Que de águilas hará el pomposo vuelo;
Mas hoy un Ponce, que de Leon se nombra,
Los clarines y plumas de ese cielo,
Yerno de un rey, hará sobre escarlata
Bastones de oro y rojo leon en plata.

»De aquí un Maestre de las trabas de oro,
Y un don Manuel Paquí, nuevos Aquiles,
Uno á la vega y otro al campo moro,
De sangre, más que el sol, pondrán perfiles;
Por quien el monstruo del clarín sonoro
Al mundo proezas contará gentiles,
Cuando, al favor de un arrojado guante,
El leon de Cádiz los de Libia espante.

»Este escudo á cuarteles, con seis fajas
De sangre y diez veneras sobre verde,
Son de los Pimentarios las ventajas
Con que de vista Pimentel se pierde;
Y de los graves condes de Barajas
Jaquelados coturnos, que los muere
Real sangre de Aragon, que ha de hacer dellos
Su rica taza Ganimédes bellos.

»Los dos rojos bastones y honda cueva
Que aquel verde dragon de oro vomita,
Nombre á un réal linaje y armas lleva,
Si el tiempo mi esperanza no marchita;
A cuya gruta hará que España deba
Más príncipes que estrellas rescuita
La muerta luz, y Cadmo hombres valientes
Vió en los arados surcos de sus dientes

»Cuando á Galicia azules fajas de oro
Megia traslade de la Misia fria,
De maestros sembrará un precioso coro
Por toda la marcial caballería;
Donde añada Alcaraz, de un gran tesoro
Que le ha de dar su espada en Berbería,
De escamosas serpientes la confusa
Guedeja de las celines de Medusa.

»Trece estrellas en rubia centinela
Los lirios de oro guardan deste escudo;
Y él, no menos que el sol, alumbra y vuela
Con marcial calor y rayo agudo:
De Salazar la espada sin cautela
De un pendon cortará á un jayán membrudo,
Cuando dé en Francia; con clarín sonoro,
Su invicto nombre escrito en letras de oro

»Nieto suyo será el que, en fuerzas dobles,
Robusto natural y años prolijos,
De traviesa tendrá, en mujeres nobles,
Seis veces veinte valerosos hijos;
Y él de otra tanta edad, los duros robles
De sus venablos en el cerco fijos
De Aljicira pondrá, donde, aunque fuerte,
Como hombre al fin se rendirá á la muerte.

»Las cuatro fajas deste roto escudo
Para Montemayor le guardo un día,
Que al granadino orgullo ha de hacer mudo
De su Alcandete, y dél la valentía:
La espada que con alas de oro pudo
Volar, llenando el mundo de alegría,
Será de don Manuel, preciosa infancia
De ambos imperios de Castilla y Francia.

»Aquella blanca luna en campo rojo
Armas dará á un linaje y apellido,
De una infancia feliz rico despojo,
Por mayor bien en Aragon nació:
De aquí fortuna, por su loco antojo,
Un monstruo formará, que, en ser querido
Y desamado, muestre al mundo en vano
Las cortas raíces del favor humano.

»Las cinco águilas indas con coronas,
De oro los picos, son los coroneles
De Scipion, Cornelio, y sus matronas
Consigo, por guardar su honor crueles:
Unas con fuego abrasan sus personas
Por honra; á su limpieza otras mas fieles,
Con astucia prudente á un rey amante
Le estorbaron llevar su error delante.

»Las cuatro fajas que en cuartel dorado
Limpias se ven, de sangre real cubiertas,
Un real apellido celebrado
De Córdoba dará en su mano abiertas:
Otro le añadirán aprisionado,
Por las señas mas vivas y mas ciertas
De aquel valor á cuya ardiente espada
Llorará Italia y temblará Granada.

»Del grave Tiber bajará don Mendo
Cinco nobles Andrades á Galicia,
Y uno á dos reyes que en abrazo horrendo
Pondrá del cetro de oro la codicia,
Alzará en la mortal baraja, haciendo
Su suerte el tiempo, el cielo su justicia;
Y él, por barato al reino que se pierde,
Banda volará de oro en campo verde.

»Del valiente Gelasio se derrama,
Por empresa de guerra y timbre mudo,
Este principio de armas, y esta rama
De roeles de oro en acerado escudo:
Ceros de los guarismos de la fama,
Con que aumentar la de su nombre pudo
El jayan á quien Artus los dió en suerte,
Y él á mil nobles casas con su muerte.

»Cual las hermosas Pléyades, que al cielo
La frente vuela del templado toro,
Cuando al invierno su natural hielo
El aire cuaja de importuno lloro;
Tales verá en alegre paralelo
Bustamante sus siete lirios de oro,
Argüello cinco, diez Saltamirano,
Y Roelas seis con veros de su mano.

»A Avila dió otros tantos, de quien puedo
Nuevo blason mostrar resplandeciente
Por armas del dichoso Balbano,
De oculta sangre real preciosa fuente:
En Ronda un sucesor de su denuedo
Su pendon volará, y dará á su gente
Siete mas sobre seis, y al pueblo moro
En Gibraltar, por bodas, luto y lloro.

»O sean ocasionados desto en algo
Los roeles de oro en cielo azul sereno,
O el noble escote que pagó un hidalgo
A un real convite de ocasiones lleno;
Con ellos á mil trances de armas salgo,
Con ellos el furor de Arabia enfreno:
Ellos son mi nobleza, ellos mi saña,
Y llenas lunas del honor de España.

»Del bravo asturían Grijano el Bravo,
Que bravo nombre á su linaje puso,
Es el castillo jaquelado al cabo,
Y al pié, de ondas de plata un mar difuso;
Y el que, de un jayan rey que hizo su esclavo,
Dos ciervas de oro á su cuartel traspuso,
Cervantes, descendiente de Cervino,
Las ganará de un nieto de Mambrino.

»Quitarle ha al ya vencido rey la empresa
Por armas de su casa y apellido,
Y de las ciervas la una el prado besa,
Y en vela la otra está del franco ejido:
Cinco cuervos que en oro hacen la presa,
Y el rubio Apolo los armó en su nido,
En favor de Publicola, á Corvera
Nombre darán, blason y fama entera.

»Es cierto que á un sangriento desafío
De un valiente frances y este romano,
Un cuervo al franco yelmo hizo sombrío,
Y el pulso entorpeció á la diestra mano:
Faltó al uno, y al otro creció el brio;
Venció el favorecido italiano;
Y el cuervo, en fe desta merced no escasa,
Timbre á sus gentes dió y nombre á su casa.

»De aquel castillo, leon y banda verde
En plateado campo con dragantes,
Harán, si el tiempo su volar no pierde,
Los Castillas sus armas como de antes,
Y con ellas, al mundo que se acuerde
Del rey que mató Enrique, y los infantes
Que aprisionó en Berlanga, y por medida
De sus cadenas dió la de su vida.

»Las jaqueladas barras, que de Alcides
Se precian descender, en sangre envueltas,
Son de Sotomayor; y el que en las lides
Marinas ondas lleva en sangre sueeltas,
De los Marines es, cuyos arduos
Mostrarán en la mar y sus revueltas,
Que no es todo ficcion lo que se suena
De haber sido su madre una sirena.

»La primer reina Loba, que en Galicia
La ley siguió de un Dios resucitado,
Sobre un testuz de lobo, á la milicia
Del cielo aquel lucero burtó dorado;
Y el que hoy al noble pecho le acaricia,
Y con su empresa le hace señalado,
Es Lobera, que en armas y apellido
La clara fuente da en que fué nacido.

»Dos negros lobos en plateado escudo
Hará don Vela, de Aragon infante,
Parlera fama que en lenguaje mudo
El invicto valor de Ayala cante;
Y dando con Salcedo un casto nudo
Del rubio Conde con la hija amante,
Serán al real paves nuevo tesoro
Verdes panelas, sauce y campo de oro.

»Ya desta vela real alegres rayos
De invicta y noble luz gozará España,
Del árabe infeliz tristes desmayos
Y del cristiano pueblo honrada saña:
Brotarán rosas los floridos mayos,
Y deste real engerto la montaña
Más solares de hidalgos sucesores,
Que de abril fuentes ni de mayo flores.

»De aquí el conde Floyan Pereira espera
Un señor en Trastámara que alumbre
Del firme escudo la plateada esfera
Con roja alegre cruz de inmortal lumbré;
Y un condestable portugues que, entera
La sacra insignia, en pompa heroica encumbra
Entre ocho escudos las reales quinas,
Que en bella orla serán flores divinas.

»De aquí Basurto, Calderon, Zaldierna,
Gamboa, Marroquin, Barbosa y Monte,
En brio, armas, linaje y fama eterna,
Mas luz darán que el carro de Factonte:
De aquí en un rayo desta vela tierna,
Cuando á la bella Munia se confronte,
Del gran Carlos Martel nieta excelente,
Dos cometas saldrán de Marte ardiente.

»De la una ya en la invicta Soria crece
De inmortal lumbre la segunda vela,
Cuya aguilta, si en plata resplandece,
Entre lisonjas de fortuna vuela;
Y de la otra á la roja espada crece
Un gran maestre Martel, Marte en su escuela,
Que á su escudo dará, en igual distancia,
Bastones de Aragón, lirios de Francia.

»Destos dos troncos la tercera rama
Vela y Martel serán, después Valbuena,
Que al castillo Ferral su brazo y fama
La insignia subirá de trabas llena;
Mas la enemiga de quietud, que trama
La humana estambre al pulso de su vena,
Con la potencia de Baeza y Baza,
Rendir le hará la conquistada plaza.

»Y él, ya ofendido del contrario hado,
Sus armas renunciando y su apellido,
A eremítica vida retirado,
Nada parecerá de lo que ha sido:
Aquí, de vanos faustos descartado,
A los firmes del cielo reducido,
Del valle ameno y de su dicha buena,
De Vela el nombre trocará en Valbuena.

»Dará allí su virtud al mundo ejemplo,
Y con favor de un casto rey potente,
De castas almas un sagrado templo
A la Virgen, de amores castos fuente;
Cuya grandeza así crecer contemplo,
Que en la real protección, claustró eminente
De cándidos armiños será al suelo,
Que el eco suban de su nombre al cielo.

»Deste santo Hilarion un noble aliento
Sucesor de su casa tendrá vida,
Que á defender la de un delfin atento,
Y hallar la empresa de un tuson perdida,
Por las tinieblas de la noche á tiento,
A su águila dos lirios de oro añida,
Victoriosa guirnalda del tesoro
De los hallados eslabones de oro.

»Hijo suyo será el valiente pecho
Que, con roja florida cruz armado,
Sobre Guadix pondrá á la fama, hecho
De ilustre sangre, el título de honrado;
Y el que á un rey justiciero sin provecho
De Alcazar el pendon dará bordado,
Y el magnánimo Enrique, en su servicio,
De notario mayor el grave oficio.

»De aquí un yerno de un noble adelantado
Feliz muro será de su frontera,
Otro obispo en Valencia, otro el grabado
Baston ha de regir en Antequera;
Otro, adonde se haga el sol dorado
Cuando en la tierra ya no reverbera,
Del gran sello imperial con la potencia
A Jalisco á fundar irá una audiencia.

»Del noble valle destas limpias flores,
Con rosicleres de Velasco ardientes,
Si bien ya de encubiertos resplandores,
Que el tiempo hace menguantes y crecientes,
Nueva guirnalda de inmortales loores
Dará el hado á tus hechos excelentes,
Y á un ramo suyo lengua y fuerza tanta,
Que al mundo asombre con lo que ahora espanta.»

ALEGORÍA.

En las grandes hazañas de Hernando Cortés se muestra la magnanimidad y atrevimiento de un verdadero capitán español, que intrépido acomete, y sale, á pesar de la fortuna, con lo que intenta.

En el corpulento jayán que Bernardo vence en la fuente de las Maravillas, que, preñado de oro, derramaba escudos por sangre, se muestra la fuerza del dinero, y cómo á veces compra favores y brazos, que le dan la mano para alcanzar la justicia que por otra vía no le fuera posible, y lo que pueden las dádivas para salir con esto.

LIBRO VIGESIMO.

ARGUMENTO.

Libra Bernardo á Garilo de la horca, y él aquella noche, en pago del beneficio, le hurta el caballo y la espada: quita otro día á Dudon la suya para pelear con Orlando, á quien en una famosa batalla deja vencido. Encuentra al pasar de un río á don Teudonio y á Garilo presos: pónelos en libertad; y habiéndole conocido Teudonio, le da nuevas de la prision de sus padres: hácelos Garilo otro engaño, por el cual pierden la vida el mismo Garilo y Teudonio. Encuentra Bernardo á Oña en un monte llorando un caballero muerto; dale nuevas de Arcángelica, y pártense juntos en su alcance: llegan al famoso castillo del Carpio, donde Bernardo prueba su admirable encantamento.

¡Raro suceso! El cielo soberano
Los monstruos trueque en favorable agüero,
Y, como puede, haga de su mano
Feliz el caso que asombró primero:
Al fresco arrimo de un laurel lozano
Que alegre mayo hacia á un turbio enero,
Como á pedir favor la musa mia,
Tras un prolijo curso llegó un día.

No es trazada invención, si bien parece
Obra sutil de pluma artificiosa:
Por donde á un fresco arroyo la orla crece
De verde juncia y grama revoltosa,
Cuando el temprano almendro aun no florece,
Ni el verde apunta á la encarnada rosa,
A que me ampare fui del sol que ardia,
Del hojoso troncon la sombra fria.

Allí ocupado en trasuntar al vivo
Mi espíritu á un papel (¡extraño caso!),
De una águila real el vuelo altivo
El silencio rompió del aire raso;
Y de repente dando en lo que escribo
En los duros artejos, el escaso
Borrón arrebató, y hácia la esfera
De la agradable luz volvió lijera.

Quedé abortó, y á ver el raudó vuelo
Que dió en mi daño la traidora arpia,
Puesto en pié. mil suspiros doy al cielo,
Que, sordo al parecer, ninguno oía:
Y el sin piedad ladrón, con el señuelo
Volando entre las nubes, parecia
Correo de Arabia, que en los aires lleva
De Palestina á Persia alguna nueva.

Seguile con los piés un rato en vano,
Y cuando mas no pude, con la vista,
Contemplando en sus garras del liviano
Papel la blanca tremolante lista:
Cuando, furiosa en vuelo mas lozano,
A ser de un nuevo mundo coronista,
En mis ojos faltó, y en mi el sentido
Al peregrino caso sucedido.

Y lo que en mil desvelos de cuidado
Mi humilde musa concertado habia,
El rigor de un suceso no pensado,
Viéndolo yo, lo destruyó en un día:
¡Oh cielos! ¿si el trabajo dilatado
Por tantos años desta historia mia
Ha de desaparecer la voladora
Y cruel arpia del tiempo en sola un hora?

¿Si ha de acabarse aquí en el primer vuelo,
O ha de volar sin fin de gente en gente?
¿Si subió el ave mi papel al cielo,
O caer le dejó de impertinente?
¿Quién me dirá este enigma? Este recelo
¿A quién no hace encoger hombros y frente?
El tiempo lo hará claro, y mi motivo
Los sabios, que es el pueblo á quien escribo.

Ni es bien que el frío temor entibie tanto,
Que el noble aliento del valor consuma,
Mas fiar con firme fe del cielo santo,
Que el tiempo ha de ser cero desta suma;
Que si el ave voraz me hurtó un canto,
El papel se llevó, y dejó la pluma,
Y haciendo en ella próspero el agüero,
Así ahora explicar sus miedos quiero.

Que el águila, que es reina de las aves,
Será mi fama de los tiempos reina,
Que con vuelo inmortal y acentos graves,
De aquí, donde la oscura noche reina,
Hasta donde entre músicas suaves
El alba, de oro sus cabellos peina,
Mis papeles, mis versos, mis razones
Volara de naciones en naciones.

Esto se quede á cargo de la fama,
Que es de los venturosos sabios norte,
Y la que por sus términos los llama,
Y sube á grandes de su casa y corte:
Feliz yerba es la yedra si se enrama
A un muro altivo á quien no alcanza el corte
De la envidia, pues queda, con su altura,
El mas vistoso y ella mas segura.

Pues dando el cielo á mi encogida yedra
Por muro el que lo ha sido y es de España,
Hecha ya basa de tan firme piedra,
Ni agüeros teme ni temor le daña:
Si el buen arrimo da segura medra,
Quien se llega al mejor ¿cómo se engaña?
Pare el miedo servil; vuelvo á mi estilo,
La hebra anudo, y corra de oro el hilo.

En dulce suspension el noble godo
Mirando estaba en el compas pequeño
De aquel bello teatro el rico modo
De su adorno, sus armas y su dueño;
Cuando á un cerrar los ojos huyó todo
Cual blandas sombras de templado sueño,
Y en un campo se halló florido y verde,
A quien de Ebro el cristal las faldas muerde.

Y al día siguiente, caminando en duda,
Sin conocer la tierra donde estaba,
Al darle el tumbo á una cuchilla aguda
Que el seguido camino en dos cortaba,
Pidiendo vió en el llano al cielo ayuda
A un hombre, á quien el cruel verdugo ataba
Un lazo al cuello, y en engace doble
Al corvo gajo de un nudoso roble.

Estaban otros cuatro por testigos,
Y el leonés, viendo el lastimoso paso,
«Teneos, á voces dijo, tené, amigos;
Sepamos la ocasion, suspende el caso;»
Y por entre alcornoques y quejigos
A toda rienda sale al campo raso,
Cuando ya ellos tambien á toda priesa
El nudo daban á la sogá gruesa.

El por llegar á tiempo, ellos por dalle
Muerte sin que haya estorbo que lo impida,
Todos priesa se dan... A mi á dejalle
En esto la que tengo me convida;
Que veo á Orlando en un profundo valle
De ciego monte y áspera salida,
Donde para volver á su camino,
Si el caballo cobró, no cobró el tino.

Dejó la humilde casa del Engaño,
Y aquel, que serlo en ella parecia,
Y el astuto Garilo, con el daño
Que en el robado anillo hecho había,
Tras el perdido Conde el país extraño
A ciegas cruza, y al huirse el día,
Del grave sueño en la quietud profunda,
El caballo le hurtó la vez segunda.

Saltó en la silla, y á la luz menguante
De la fria luna, «¡Oh capitán robusto!
¿Vos sois, le dijo, el príncipe de Anglante
Y el general baston del cetro augusto?
¿Así en desvelo y guarda vigilante
Las reliquias poneis de vuestro gusto?
Quien en el sueño, como vos, se olvida,
Ni su honra tiene en mucho ni su vida.»

Despertó el Conde, y viendo á Brilladoro
Segunda vez en manos de Garilo,
La paciencia perdió, perdió el decoro,
Y de su autoridad el grave estilo;
Y cual vencido garrochado toro
A quien acosa de la gente el hilo,
Los ojos cierra, y con la corva frente
Por los palenques rompe y por la gente;

El impaciente Conde, así en gallardo
Y altivo brio saltó arrogante y fiero,
Que á hacerse el presto Brilladoro tardo,
Ambas deudas cobrara por entero:
Huyó el ladrón, y cual lijero pardo
Siguiendo un ciervo, va también lijero,
Y al que le huye, su caballo fuerte
Le salva á un tiempo y le condena á muerte.

Aquella noche y el siguiente día,
Y sin ese otros seis siguió su alcance;
Que á uno el enojo, á otro la alegría,
De uno los empenaba en otro lance:
Cuando una tarde el catalán que huía,
Temeroso que el rayo no le alcance,
A la ancha entrada de una estrecha puente
A Dudonio encontró y su franca gente.

Volvia de Zaragoza, adonde vino
Por sabio embajador de Carlo-Mano,
A granjear del rey que, por vecino,
Favor ni gente preste al asturiano;
Y viendo el descompuesto desatino
Con que al sudado potro aguija en vano
El medroso jinete, y que él bufando,
A falta de voz, dice que es de Orlando;

Hizo alto el escuadron, cuando él, en medio
De cien franceses puesto de improvisio,
Aunque con sus embustes dar remedio
Al impensado aprieto y riesgo quiso,
Faltóle en el brevisimo comedio
Para saber fingir tiempo y aviso,
Y así, antes de advertirse del suceso,
Sin pensar que lo estaba, se halló preso.

Llegó tras él el príncipe de Brava,
Que ya tan al estribo le seguía,
Que donde un pie el caballo levantaba,
Los suyos él por le alcanzar ponía:
Mandó al ladrón colgar, que era á quien daba
Del sin piedad verdugo la porfia
Espantosa lazada, cuando pudo
Bernardo á tiempo ver el mortal nudo.

No vió á Dudon ni al ofendido Conde,
Que iban ya dentro de la selva espesa,
Y del árbol ninguno le responde,
Listos á darse en lo que hacen priesa:
Visto el rigor, el español por donde
Más breve el paso vió fiero atraviesa
A socorrer el riesgo, que es de modo,
Que á un pié de dilacion se pierde todo.

Y por ver si la nueva espada corta,
Alta en la mano, y alto el brazo fuerte,
«Paso, dice, cobardes; que me importa
Saber la causa de esa infame muerte:»
Cuando uno de los cuatro le reporta,
Y en blanda voz: «Señor, le dice, advierte
Que esa lazada al cuello es propia ajorca
De un ladrón, y su tálamo la horca;

»Y este, en los de su oficio el mas cursado
Que de Jaca amparó la inculta sierra,
Ya dos veces á Orlando le ha robado
Su caballo y su fino arnes de guerra:
Hale traído ofendido y acosado
Desde su patrio suelo al desta tierra,
Adonde hoy le prendió Dudon el noble,
Y él ponerle mandó en el primer roble.

»Púdolo hacer el senador romano,
Por ser quien es y porque dello gusta;
Firma es esta sentencia de su mano,
Y basta el serlo para ver que es justa:
Los dos al pié del bosque comarcano
La dan por tal; si te parece injusta,
No van léjos de aquí, ni un mundo es léjos
Para libres volver por sus consejos.»

Así el franco, y así el leonés, llegando
La aguda punta, el lazo cortar quiere:
«Sea todo eso verdad, sea el conde Orlando
De Roma senador, sea lo que fuere,
El preso es noble y español; y cuando
Esas fingidas culpas cometiere,
No es Francia dueño, Roma es parte extraña
A castigar por si culpas de España:

»Y sobre esto á la franca gente junta,
Si toda viene, estorbaré esta muerte,»
Dijo; y corriendo la delgada punta,
La lazada cortó del nudo fuerte;
Y el que en cortés respuesta á su pregunta
Satisfecho dejó, ya de otra suerte,
Al dulce corte de su aguda espada,
Su honra satisfacer quiere agraviada.

Al verdugo feroz manda ejeunte
Su oficio, mientras él el de su saña,
Porque ningun cobarde arnes le impute
Flaqueza al noble suyo en tierra extraña:
Saca su espada, y quiere que comunte
En sangre su primer piedad España;
Y el godo, al noble término obligado,
Ofender no pretende al que no ha errado;

Y así, en la muerta fama de su escudo
Los vivos golpes sin le herir recibe.
Los que al diestro esgrimir del filo agudo
De humilde amparo ven que se apercebe,
Cobarde ánimo cobran, y en menudo
Combate, en su grabado arnes escribe
Feroz cada uno la destreza que usa;
Mas él, de cuatro, á solo el uno excusa.

Que á tres golpes, la falda de la sierra
De los tres heredó cuerpo y acero,
Y el cuarto ya la mal trabada guerra
Paró asombrado, y dijo al caballero:
«¡Oh illustre parto desta invicta tierra,
De nobleza y virtud un cielo entero!
Quiero estimarle va, pues me le ofrezco,
Un vivir que te debo tantas veces!»

Y como absorto en ver su gallardía,
El caballo volvió á seguir su gente,
Y el godo hacía Garilo, que venía
A le ofrecer la libertad presente;
En cuya peligrosa compañía,
Al pié de un sauce, al margen de una fuente,
Agradable reposo la espesura
Al luto ofrece de la noche oscura.

El falso catalán, por no negalle
Su premio al beneficio recibido,
Tenerle quiso compañía en el valle;
Que es servirle mostrarse agradecido;
Y por mas á su intento desvelalle
Largos cuentos fingió, y después dormido,
La rica espada hurtó al siniestro brazo,
Llave sutil del malogrado lazo.

Despertó al rubio sol el noble godo,
Y hallando al huésped y á su espada ménos,
Vió que es volver por un ladrón, en todo
Hacer propios agravios los ajenos:
Sintió el perder sus armas, sintió el modo
De pagarle tan mal deseos tan buenos,
Y que sea de su patria ingrato vicio
Afrentar con desden el beneficio.

Buscó el caballo, y viendo hurtado el freno,
Agradeció la mano comedia;
Que quien á él la espada, y á otro el heno
Robó, robar también pudo su vida:
Volvió, y siguiendo, de disgustos lleno,
La senda ménos agra y mas seguida,
Como en rastro del alba dos luceros,
Parir la selva vió dos caballeros.

Dudón el uno, el otro el conde Orlando,
Que en busca suya y del traidor Garilo,
La siempre amarga envidia devanando
Memorias de dolor, los trae de hilo:
Fué el vencido frances así ensalzando
La libre espada y el compuesto estilo
Del victorioso godo, y la jactancia
De defenderse en campo á los de Francia,

Que ardiendo en ambiciosos movimientos,
Dueño cada uno del agravio todo,
Sin darse uno á otro parte en los intentos,
En busca entraron del ausente godo:
Corriéronse de ver sus pensamientos,
Al encontrarse heridos por un modo
De una envidia, y que dos tan graves lanzas
A un agravio le busquen dos venganzas.

Y sin torcer el curso acelerado,
Cada uno al otro pide el ir delante,
Cuando el florido tumbo de un collado
Les dió, á un muerto escuadrón poco distante,
Sin espada y á pié un doncel armado:
Dudan si es él, si bien su real semblante
A quien le mira da, en lenguaje mudo,
Más voces que la fama de su escudo.

Sus tres franceses mira Orlando muertos,
De tan nuevas heridas asombrado:
De los golpes los dos por medio abiertos,
Y sin hombro el tercero y sin costado:
La voz suspensa y los cabellos yertos
El contemplarlos deja al mas osado:
Cuando así el Conde al principe de España
Quién sea el autor pidió de tal hazaña.

«¿Sabréis, señor, sabréis, señor, decirme
Destos tres golpes dónde está la espada,
En alentado pulso y brazo firme
Más que en consejo ni en razon fundada?
¿Quién hay que tal crueldad por buena afirme?»
A quien Bernardo, la visera alzada,
«Señor, le respondió, la espada bella
Ayer fué mia, ahora no sé della;

»Que el mismo á quien dió vida en este valle,
Sin salir dél la hurtó, lleno de engaños;
Que excusar á un ladrón la muerte, es dalle
Osada libertad á nuevos daños:
Yo, que hice mal confieso en alargalle
La indigna vida á malgastados años;
Mas fué fuerza volver en mi hazaña
Por la ofendida libertad de España.»

«A estar allí esta mia, dijo Orlando,
La potencia de España no pudiera
De mi decreto suspender el mando,
Ni al ladrón estorbar que no muriera:
¿Vos sois alguno de su infame bando.
Pues volvistes por él de esta manera?
Que si es ladrón quien hurta, ya se entiende
Que lo será también quien lo defiende.»

Reportóse Bernardo, y dijo: «Vienes
Con justo sentimiento alborotado
Del nuevo estrago que presente tienes,
De una injusta ambición ocasionado:
Ni puedo responder á tus desdenes,
Hasta que Orlando, como lo he jurado,
Perdon á mis piés pida del exceso
De haber tenido un libre español preso.»

Hallóse el sagaz joven en duda
De cuál fuese Dudonío y cuál el Conde,
Y en esta estratagemá quiso aguda
De los dos conocer quien le responde:
Orlando con su lengua tartamuda,
«Yo soy, dijo, á quien buscas; mira adónde
A morir has venido, á serme dado
Dar la muerte á un muchacho desarmado.»

No al brio gallardo de un jinete mozo,
En el alegre orgullo de la caza,
El presto gamo causa mayor gozo,
Que el bosque con sus cuernos despedaza,
Ni al vulgo juvenil mas aborozo
Un presto toro en medio la ancha plaza,
Que á Bernardo causó tener delante
El tan nombrado príncipe de Anglante.

Y así le respondió: «Tienes tan tuya
La fama, invicto Conde, que en su mengua
No sé si tus hazañas atribuya
Más á tu heroico brazo que á tu lengua;
Mas ahora las aumento ó disminuya,
Hecha un golfo de mar que crece y mengua,
No es todo falso en si lo que pregona,
Segun la majestad de tu persona.

»Y pues tal dicha el cielo me ha ofrecido
En tenerte á mi brazo y voz presente,
Para saber si tienes ó has tenido
Lo que la fama cuenta de valiente,
En lo que dices que ladrón he sido,
Como ahora tu, quien lo dijere miente,
Y mentirá también quien no confiesa
La ventaja española á la francesa.

»Y porque, á falta de mi arnes entero,
La batalla no excuses deseada,
Al que contigo viene le requiero
El caballo me dé, y preste su espada,
Con que ganando ya la tuya, quiero
Dejar la que me hurtaron mejorada;
Y si de voluntad no me la diere,
Habrá de ser por fuerza, sea quien fuere.»

Dudon, que á los principios la cordura
Del mancebo estimó, su talle y brio,
Ya por loco le tiene, y por locura
Cuanto habla, y su razon por desvario;
Y al agravio de tal desenvoltura
Deja el caballo y toma el desafío;
Y la desnuda espada que apetece
Por la delgada punta se la ofrece.

Puso el brioso español mano á su daga,
Y al frances bravo, que blandiendo tiene
La relumbrante hoja, ántes que haga
Seguro golpe que sus brios enfrene,
Rebatiendo, una punta al pecho amaga,
Y á la vista á compas volando viene
El agudo puñal, que al yelmo fino
Quitó mil luces y á Dudon el tino.

Y ayudando á su nuevo desacuerdo,
Con él cerró á cobrar su acero agudo,
Y en abrazo enemigo más que cuerdo
Hechos fuéron al verde prado un nudo:
El leonés vivo, al franco sin acuerdo,
La daga que á su mano volver pudo,
Ya ciego en su primer ventaja, prueba
A darle lugar nuevo y puerta nueva.

Rompió al grabado yelmo las hebillas,
Y al aire dió la desarmada frente,
Y en sus vencidos pechos de rodillas,
Que vuelva espera en si el que allí no siente:
Cobró vista el francés; vió maravillas;
Piensa que es sueño lo que ve presente;
Que es al vuelo de un tiempo tan escaso,
Mudarse todo un hombre extraño caso.

Era Dudon gran duque de Marsella,
De fuertes miembros y ánimo excelente,
De la real Francia y de los bravos della,
De diez, de seis, de cuatro el mas valiente
En comenzar batalla y fenecella;
De colérica espada y brio ardiente:
Ahora de un golpe se halla en tal estrecho,
Que ni brio ni espada es de provecho.

Así tal vez se vió pino lozano,
Beldad y sombra del vecino otero,
Que á un estallido por el suelo llano
Su duro tronco echó rayo lijero;
Al dar en tierra, el segador cercano,
Que á ampararse á su sombra iba primero,
Suspense, ni se acerca ni retira;
Mas, asombrado y triste, calla y mira.

«Yo no quiero de tí, dijo Bernardo,
Mas que espada y caballo, con que vea
Este invencible paladin gallardo
Lo que ahora, como yo, también desea:
A que con gusto me lo des aguardo,
O la vida con ello; tuya sea
La culpa si por bien no me concedes
Lo que ya defender por mal no puedes.»

Asombró á Orlando el valeroso hecho:
Dudonio, lleno de confuso espanto,
La espada, ya en su mano sin provecho,
Libre dió, y del caballo hizo otro tanto;
Y en fuego ardiendo de venganza el pecho,
El Conde, puesto por testigo en tanto,
En la batalla se aprestó, en que piensa
Tomar de tantos daños recompensa.

Bien que, atento á las fuerzas del contrario,
Su vivo aliento, su altivez lijera,
El breve asalto, el golpe temerario,
Y del suceso la victoria entera,
Las mudanzas temió del tiempo vario,
Y esta dicen que fué la vez primera
Que al Conde halló el temor, y tuvo á una
Por variable el rostro de fortuna.

La blanca garza á quien de la Noruega
Los prestos sacres siguen por el viento,
Callando sube, y remontada, niega
La vista al mundo, alcance al pensamiento;
Y aunque uno le da, otro le llega,
Otro la sigue, y la encaraman ciento,
Cuando el que ha de matalla sale al vuelo,
A quejarse comienza desde el cielo.

El mismo impulso al corazón del Conde
En el presente trance dió latidos,
Y sin ver causa ni saber por dónde,
Sus fuerzas siente y pulsos impedidos,
Y una nueva tibieza corresponde
A los alientos ántes no vencidos,
En esta lid, que le hace entrar en ella
Con pocos alborozos de vencella.

Estaba el Conde en la grandeza dina
De su antigua opinion, de miedo ajena,
Como en el fértil campo parda encina
De antiguos años y despojos llena,
Que ni el viento la mueve, ni le inclina
De los nudosos ramos la cadena;
Antes en medio de los bosques puesta,
A sola ella hacen los pastores fiesta.

Bernardo de otra parte altivo estaba,
Si no de tanto nombre, de mas brio,
Con un bullicio y lozania que daba
Al de mas fama y opinion desvio:
En vencer solo con destreza brava,
Sin otros medios, puesto el albedrio,
Y en salir con real pecho y osadía
A cuanto la ira y gusto le pedía:

Cual presto rayo que su lumbre ardiente
Por los aires derrama repartido,
El mundo asombra, y de temor la gente,
Dando paso, se humilla al gran ruido;
Y él deslumbrando cruza de repente
El rico alcázar que dejó abatido;
Que ni de antiguo muro hace caso,
Ni el bronce oprime ni le ataja el paso.

Y él en tanto la silla del caballo
En aire brioso cobra, y le revuelve,
Y al deseo de justar para incitillo
La firme lanza empuña, y feroz vuelve:
Conoce el Conde que es desafío,
Y en vengar tanto agravio se resuelve,
Partiendo con tal cólera á buscallo,
Que el bosque hizo temblar, y gimio el valle.

No el monte Olimpo y su vecino el Osa,
Si, arrebatados de contrarios vientos,
Por fuerza de violencia milagrosa
La eterna raíz faltase á sus cimientos,
En medio el Tempe junta más furiosa,
Ni golpes sonarian mas violentos,
Ni del Pelion los riscos al encuentro
Mayor bramido harian en su centro,

Que el hueco valle y montes comarcanos
Al ronco trueno y súbita estampida
Con que los dos guerreros á las manos
De su furia vinieron encendida;
Y habiendo vuelto en átomos livianos
Dos pinos, que aun se estaban con la vida,
Más firmes los contempla el campo raso,
Que el cierzo á las dos puntas del Parnaso.

Asombró cada cual á su enemigo,
Y Dudon lo fué allí de lo que vía:
Que al grave caso puesto por testigo,
Que sueña piensa, y que le engaña el día;
Y aunque con ojos y afición de amigo
Al Conde acata y mira todavía,
Halla que si hay ventaja ó puede habella
Entre los dos, que el godó está con ella.

Mas ellos, las espadas ya en la mano,
Y su furia y rigor en los escudos,
Con tal priesa se hieren, que hacen vano
El cuidado de golpes tan menudos:
En Flegra, en el combate soberano,
Cuando sobre los titanes membrudos
Llovía Júpiter rayos, sus espantos
Ni fueran en rigor tales ni tantos.

Dió el Conde á su contrario un altibajo
Que á la fama cortó brazo y clarines,
En el grabado escudo, y á él le trajo
A besar del caballo cuello y clines;
Y á alcanzalle el segundo por mas bajo,
Francia gozara mas sus paladines,
Y aun él quizá tambien de esa manera
Por invencible el mundo le tuviera.

Mas resbaló la espada por lo alto
De la celada, y el valiente godo,
De honor herido y de paciencia falto,
A vengarse ó morir se arrojó todo;
Y puesto en los estribos, dando un salto
Su frison, alcanzó al frances de modo
Que le hizo besar, á un mismo vuelo,
El su caballo, y su caballo al suelo.

Dió un grito don Dudonio del espanto
Que el golpe le causó, y mayor le tuvo
Cuando vió que el feroz mancebo, en tanto
Que el Conde volvió en sí, parado estuvo;
Que á segundar con otro, ni el encanto
Del yelmo de Mambrino, ni el que hubo
De Almonte, ni su hadada fortaleza,
Libre del riesgo dieran su cabeza.

Mas, ya viendo en su acuerdo el triste estado
En que aquel brazo y su valor le tiene,
Con la afrenta y furor desesperado,
La espada aprieta y á buscarle viene;
Y el español, no ménos arriscado,
Con la suya á dos manos le detiene,
Hasta que en rebatir furioso, á una,
Del hado tientan la última fortuna.

Y vueltos á encenderse en su refriega
Con mas aliento y bríos que primero,
Donde uno se retira el otro llega,
Y ninguno al herir llega el postrero:
Uno el escudo hiende, el otro siega,
Cual trigo de sazon, mallas de acero:
Uno da, otro recibe, y ambos juntos
Ni atienden ocasion ni aguardan puntos.

Cual dos fieros centauros, que á las cumbres
Dé Osa celosos muestran su braveza,
Porque de Deyanira las dos lumbres
Con igual gusto miran su destreza;
De sus duros peñascos las vislumbres
Vueltas centellas giran larga pieza,
Resuena el bosque, y cúbrese la tierra
De los destrozos de la horrible guerra;

Así la honra francesa y la española,
Celosas de la fama que las mira,
Como el hinchado Egeo entre ola y ola
En fuerzas crece, y se derrama en ira:
Resuena el valle, el aire se arrebola
De las centellas de oro que retira
Del rebatido acero, que el desierto
De rajas tiene y confusion cubierto.

Dió el frances un mandoble en el escudo,
Que de la fama al suelo echó un pedazo,
Y no fué el godo en responderle mudo
Del firme acero con el gran recazo;
Que á alcanzarle la espada mas de agudo,
A cercen de los dos llevara un brazo;
Mas del hombro y encaje de una greva
Sobre el campo salió una luna nueva.

Y tras él otro y otro le segunda,
Como sobre su yunque el duro Bronte
Cuando en masas de fuego forja y funda
Rayos contra el flamigero Faetonte;
La sima al hondo valle mas profundo
Suena, y los ecos del preñado monte
Hacen un triste son y estruendo horrible,
A solo el duro Marte apetecible.

Ya del dia la mitad la blanda yerba
Del bosque el cruel teson sufrido habia,
Y á ellos entre un palenque de superba
Gente que en busca de Dudon volvia:
Ningun brio allí ni maña se reserva;
Que á la victoria de su gran porfia,
Aunque hay muchos, no quieren mas testigo
Que un muerto, y que ese sea el enemigo.

Cansados de herir con las espadas,
A brazos hacen de sus fuerzas prueba;
Las manos por los hombros anudadas,
Cada uno al otro aquí y allí le lleva:
Crujen las duras grevas apretadas
Entre el brio de los músculos que ceba
Su furor en la lucha, y los caballos
Ni pueden ya traellos ni llevarlos.

Gimen, sudan, anhelan, y arrodilla
El mas brioso caballo; uno se estaca,
Otro la yerba en caracoles trilla,
Y de su centro las raíces saca:
Petos, golas y arneses deshevilla
Del teson duro al frances deseca,
En un grueso anhelar y aliento vario,
En que cualquiera bebe el del contrario.

Sacó el Conde una daga, y al costado
Arrimarla probó del enemigo;
Mas él, no en tales lances descuidado,
Picó el caballo y le llevó consigo:
Perdió la silla y fué á buscar el prado;
Saltó el godo tras él; que no es amigo
De ventajas; mas viéndose la suya,
Medroso esta Dudon que la concluya.

Y ellos, con nuevos bríos y denuedo
Tras su porfia, quieren acaballa;
Y como ya se hieren á pié quedo,
Mayor espanto pone la batalla:
Solos los dos del riesgo están sin miedo;
Que los demas que se hallan á miralla,
Aun desde fuera no se ven seguros
Del grave riesgo de sus golpes duros.

Así el horrible Marte con Briareo,
Si proballe tal vez le cupo en suerte,
Darian soberbios golpes, y al deseo
Diversos modos de hallar la muerte:
Tales los dos en su combate veo,
Y el batir las espadas de tal suerte,
Que como con cien brazos, á un momento
Se dan un golpe y otro, treinta y ciento.

Ya el sol, que, por mirar su gentileza,
Aquel dia madrugó á alegrar la gente,
Tibia su luz, y ardiendo la braveza
De los guerreros vió desde el poniente;
Y contemplando el número y grandeza
De golpes y heridas, juzga y siente
Que era en su batallar mayor el vuelo
De su ira y su furor que el de su cielo.

Y no queriendo ver, de compasivo,
La muerte de los dos ni de ninguno,
Cerró la noche, y con un golpe esquivo
Roldan con su colérico importuno:
No quedó rostro ni semblante vivo,
Ni de los que le vieron pecho alguno
Que no se estremeciese al estallido,
Y el corazon le diese algun latido.

Fué tan cargado el golpe, que sin tino
Traspiés dió por caer el firme godo,
Y á no volver la furia en desatino,
Fuera el segundo vencedor del todo:
Mas erró este postrero el paladino,
Y su contrario se arrestó de modo
Que, arrojando de sí el mellado escudo,
Con su furia llegó hasta donde pudo.

Y á dos manos la espada, el yelmo fino
Al fiero golpe resonó tan hueco,
Que á las grutas del monte y al vecino
Bosque se vió sonar una hora el eco:
Cayó al suelo el famoso paladino,
Vivo, mas sin sentido: ¡extraño truco
Y vuelta de fortuna! que por junto,
Cuanto en mil años da, lleva en un punto.

Pudo á su voluntad darle la muerte,
O de véras saber si era encantado;
Mas nunca en un rendido un pecho fuerte
Con sangre noble dió golpe sobrado;
Antes, dolido de la adversa suerte
Que un hombre tal ha puesto en tal estado,
Solo el escudo le quitó, en memoria
De que por suya queda la victoria.

Y á don Dudonio dijo : « Este le llevo
Para que el bravo Conde me le pida ,
Cuando por bien tuviere que de nuevo
Nuestra batalla quede fenecida . »
Y cual presto neblí , el feroz mancebo ,
Ya en la silla , hace que el caballo mida
El campo en tan lozana gallardia ,
Como si al fresco hubiera holgado el día .

Y haciéndole en bizarra contención
Salir lijero , al tiempo del scallo ,
« Señor , dijo á Dudon , con tu licencia
Llevo , pues mas no puedo , tu caballo ;
Y adios ; que ya la luz ha hecho ausencia ,
Y yo , que no sé el puesto en que me hallo ,
Buscar quiero acogida ántes que llegue
La noche á su rigor y me la niegue . »

Y sin otra respuesta , á lo cerrado
Del bosque tomó el paso mas derecho ,
Dejando el campo en suspension callado
Al increíble aliento de su pecho ,
Celebrando el silencio , el no esperado
Fin , la insigne victoria y raro hecho
Con que á Roldan , de un golpe sin herida ,
La fama le quitó , y dejó la vida .

Corrió Dudonio á socorrerle cuando
Del desacuerdo con furor volvía ,
Y á su ausente contrario amenazando ,
La espada entre los suyos esgrimía :
Quiérenlo sosegar ; pero no hallando
Muerto á sus pies al que ántes combatía ,
Con un nuevo dolor pierde el sentido ;
Que el corazon le da que está vencido .

Y aunque Dudon , lo ménos mal que pudo ,
El caso le doró y cubrió la afrenta ,
El verse sin contrario y sin escudo ,
Le hace mas que el amigo engaño sienta ;
Y dando de ansia á la garganta un nudo ,
Tal tragedia el honor le representa ,
Que , á ser menor de Astolfo el beneficio ,
Segunda vez se hallara sin juicio .

Pero á sola una rama que le queda ,
Que es morir ó vengarse , echa la mano ,
Y sin que nadie detenerlo pueda ,
Parte á este fin el senador romano ;
Mas cuando la ventura queda fuera ,
Es darse priesa caminar en vano ;
Que en vano ara la mar quien desde el suelo
Los cursos piensa gobernar del cielo .

Desvolvió , en seguimiento de la saña
Que un infierno labró de su memoria ,
Tras su venganza lo mejor de España ,
Y tras su pena la perdida gloria ,
Dejando del furor que le acompaña
De ilustres hechos una heroica historia ,
Que fuera de aparato y alegría ,
A poderla aqui hacer suya á la mia .

La ilustre empresa de los arcos de oro
Que en Alárco ganó , la imagen bella
Que en los floridos campos del tesoro
El rayo le dió vida de una estrella ,
Y de Guisando el encantado toro
Con que la tierra aró , sembrando en ella
Las perlas de un laurel , que dieron gente
Más que en Tébas á Cadmo y más valiente ;

Y otros insignes hechos , cuya fama
Al mundo hacen soberbio alarde y pompa ;
Mas ni á tan grande voz la mía me llama ,
Ni es justo que en su hilo el mio se rompa :
Ya algun día el cielo esta menuda rama
Tronco al Parnaso hará de heroica trompa ,
En tanto que dé ahora á lo importante
Del grave curso del señor de Anglante ,

Que feroz , de aventura en aventura ,
De arar cansado el real solar de España ,
Sin hallar de la muerte que procura
El rastro , tras que el dulce honor le engaña ,
Arrojado del tiempo y la ventura ,
Del Pirineo pasó la alta montaña ,
Y á su campo llegó el alegre día
Que el César admitió en su compañía .

De otra parte , despues que el grave peso
De su batalla el vencedor Bernardo
Libre arrojó de sí , y en largo exceso
Vencido dió de Francia al gran bastardo ;
Ni mas ufano ni arrogante en eso ,
En cortés compostura y paso tardo
Dejó el suspenso campo , y al vecino
Bosque á buscar reposo abrió camino .

Y al salir dél , tras las doradas señas
Que un claro fuego desde léjos hizo ,
Al pié de un monte , entre sus crespas greñas ,
De una quinta halló el solar pajizo ,
Donde en mesas cenó de humildes peñas ;
Lo que el cansado espíritu rehizo ,
Y al dulce curso de un sabroso sueño ,
El de la fria noche fué pequeño .

Informóse otro día de la tierra ,
Y de Leon el camino mas sabido ,
Por donde tras el fin que su alma encierra
Algunos días le llevó seguido ;
Cuando al recodo con que el paso cierra
Un claro arroyo al de un collado erguido ,
En duros hierros sin piedad ligados ,
Con dos presos venir vió diez soldados .

Mas ya del grave conde de Saldaña
Y de Teudonio la áspera cadena ,
Que del fuerte castillo en la montaña
De Luna en triste ron trágico suena ,
A contar de ambos la desgracia extraña
Ambas manos le da y la pluma llena ;
Que de un signo infeliz la adversa suerte
A un desdichado sigue hasta la muerte .

Despues que del Rey Casto el pecho esquivo
En oscura prision al Conde puso ,
Y el muro de la cárcel vengativo
Al sol de su clemencia le antepuso ,
Jamás el reino supo si era vivo
O si habia del vivir perdido el uso ,
Dónde ni cómo estaba , ó en cuál sima
El valor se hundió de tanta estima .

Hasta que ya al réal pecho obstinado
La agradable piedad halló camino ,
Y con nuevos servicios obligado
Del notorio valor de su sobrino ,
De dar trazó la libertad y estado
Al preso Conde , y á este fin previno ,
Para hacer un perdon en los dos primos ,
De don Teudonio la prision que vimos .

Mas de don Sancho la enemiga estrella ,
Que contra su ventura peleaba ,
Al mejor tiempo le dejó sin ella ,
Y su luz vuelta de apacible en brava ;
Que como los dos héroes , sin temella
Ni saber lo que el casto Rey trazaba
En darle libertad , se hallaron presos ,
Y graves del castigo los excesos ,

Juntos ya en el torreado alcázar fuerte ,
Con la jurada fe y lealtad alzados ,
Al sospechoso alcaide dieron muerte ,
Y á dos partes de tres de sus soldados ;
Cuando sus pechos la contraria suerte ,
De mayor brio que prudencia armados ,
Un nuevo capitán los dió vencidos
Y á su primer estado reducidos .

Al ofendido Rey vivas pasiones
Nacieron , muerta la piedad primera ,
Con protesto que nuevas ocasiones ,
Graves servicios de humildad pechera ,
De los dos á ninguno las prisiones
Libre el cuello darán hasta que muera ;
Y en esto firme el brazo justiciero ,
Las cadenas dobló y creció el acero .

Y porque el nuevo mal sea con exceso
Y la larga prision ménos suave ,
Llevar á don Teudonio manda preso
Adonde en inmortal cadena acabe ,
A cargo de Teudisco , hombre sin seso ,
De fantástico brio y zuño grave ,
En quien ni alivio tenga ni halle abrigo ;
Que un necio nunca fué de nadie amigo .

Con diez de su gallega gente, Ardano
Para Ledesma el preso ilustre guia,
Cuando al pié de un aliso, en medio un llano,
Durmiendo hallaron á Garilo un dia,
Pocos despues que en término villano
Y en maliciosa ingratitud habia
A Bernardo, ya en sueño sepultado,
La rica espada y el caballo hurtado.

Y alegres de la presa, ántes que el sueño
Entera libertad diese al sentido,
Con las manos atras su incauto dueño
En las suyas, sin ver, se halló rendido;
Cuando al claro cristal de un rio pequeño,
Bernardo el escuadron desvanecido
Encontró y los dos presos, cuyos yerros
Hacian mas graves los pesados hierros.

Al uno en grave compostura un todo
De valor encubierto corresponde,
Y que lo ha visto le parece al godo,
Si bien no tiene en la memoria adónde:
Al otro en diferente talle y modo
Conoce que es el que libró del Conde,
Y por la recompensa de librallo
La espada le hurtó y llevó el caballo.

Holgóse de encontrar á su enemigo,
Y no por su caballo ni su espada,
Ni por dar á sus culpas el castigo,
Ni por vengar la ingratitud pasada;
Mas por quitarle, como honrado amigo,
Segunda vez del cuello la lazada,
Y probar si podrá en su pecho fiero
El segundo favor mas que el primero.

Detuvo el brioso paso al firme freno
El potro, al márgen del arroyo escaso,
Y el pequeño escuadron, de altivez lleno,
Por el pasando fué sin hacer caso:
Sintiólo el jóven, y en hablar sereno,
Tan reportado el pecho como el paso,
Cortés y afable, á la arrogante junta,
Dónde y por qué los presos van, pregunta.

«No es de vuestro cuidado ni os importa
Lo que incauto pedis,» respondió Ardano,
Ardano capitán, de vista corta
Y de soberbio corazon villano;
«Mas fácil os será saber si corta
El rigor de mi espada y de mi mano:
Pasad el rio, despejad la arena,
Si no quereis terciar en la cadena.»

«Ahora, replicó el jóven valeroso,
Saber por fuerza quiero lo que os pido;
Que á ser vos noble, el pecho generoso,
Como honrado, os hiciera comedido;»
Y enviando tras la voz un golpe airoso
Sobre el pomposo yelmo, en dos partido
Al suelo le arrojó; que su ceguera
El resguardo no hizo que debiera.

La escuadra vil, que al capitán difunto
Vió del golpe primero en tal estado,
En confuso tropel y escuadron junto
A darle corre sin sazón vengado:
Que el valeroso godo, que un trasunto
Es del marcial furor cuando está airado,
Más que Vulcano rayos en su fragua,
Armas, sangre y centellas llueve al agua.

A uno el brazo desgarrá, al otro el pecho
Ya este y aquel ensarta de uno en uno,
Aquel de cuatro brazos deja hecho,
Y aquel del primer golpe sin ninguno:
Cual rojo tigre en acosado estrecho
El tejido escuadron rompe importuno,
Y en las sangrientas garras y en la boca
Cuanto su ardiente rabia encuentra apoca.

De diez, de ocho, de seis, de cuatro altivos
Que el preso defendian generoso,
Muertos los otros á sus golpes vivos,
De dos, perdon le pide el mas brioso,
Y el mas cobarde en pasos fugitivos
Por el vecino bosque huyó medroso,
Y él á dar fué, con su victoria ufano,
Libertad á los presos, de su mano.

Habiale ya en los golpes conocido
Garilo, y en las ricas armas bellas,
Y aunque sin fe, quisiera, de corrido,
Antes morir que en su socorro velas:
El noble don Teudonio, comedido,
Viéndose en dulce libertad por ellas,
Para rendir las gracias á su dueño
Cualquier término juzga por pequeño.

Del rico yelmo la visera de oro
El noble godo levantó lozano,
Para en su libertad con mas decoro
Al generoso preso dar la mano;
Mas del bello semblante, que el tesoro
Cubria de las armas de Vulcano,
La luz salió, que al gran Teudonio pudo
Del gozo de mirarla volver mudo.

Conoció luego el generoso aliento
Que ya en Miduerna vió en igual destreza,
Cuando al Rey Casto del traidor intento
De Mahamud libró su fortaleza;
Y como arrebatado del contento
Del no esperado bien y su grandeza,
«Oh cielos, dijo, oh pecho, en quien cifrado
Fortuna al mundo un bien cumplido ha dado!

«Dadme, ¡oh brazo invencible! en quien unido
El valor godo está, esa invicta mano,
Para que en feudo á vuestro honor debido
Mi propia sangre reverencie ufano:
Hijo del mejor padre que ha nacido,
Houtra del noble suelo castellano,
Defensa de Leon, leon de España,
Fama del mundo y gloria de Saldaña!

» Si la primer salud y vida os debo,
Cuando en Miduerna vuestro brazo fuerte
Al casto Rey libró del cruel manco
Que desde Lugo quiso darle muerte;
La libertad que aquí me dáis de nuevo,
Que no os la debo la ocasion me advierte;
Que esto restituir ahora ha sido
Lo mismo que por vos habia perdido.

» Por dar á vuestro ilustre padre ayuda
A recobrar la libertad perdida,
La adversa suerte, un breve tiempo en duda,
Varia entre favorable y desabrada,
Desta cadena de piedad, desnuda
Mi garganta, cual veis, dejó ceñida,
Y por la venerable suya puesta
Otra de mas rigor y oprobio que esta.»

Así el príncipe godo al noble hijo
Del desgraciado conde de Saldaña
De su gran padre la prision le dijo,
Y el tormento que en ella le acompaña;
Y en larga relacion y hablar prolijo,
De su antiguo discurso la maraña,
De la infanta su madre la clausura,
Y la injusta pasión que en el Rey dura.

Atento al largo discurrir del godo,
En una suspension honrada puesto,
Con prudente sentir lo advierte todo,
Bravo interior, y en lo exterior compuesto,
Trazando en sabia prevencion el modo
A su honor ménos grave y mas modesto,
Con que guiar las enconadas cosas
A mejor fin y á vueltas mas dichosas.

Viénete á la memoria que Proteo
Le prometió, en oscura profecía,
Un preso que alumbrase el gran deseo
Que entónces de saber quién es tenia:
Ve ser Teudonio el que el pastor Nereo
En confusas enigmas le advertia,
Y hallándole tan cierto, se embaraza
En el temor de su última amenaza.

Mas á un ánimo ilustre no hay quien pueda
Contrastar con temores su pujanza;
Y así seguro en sus recelos queda,
Y el alma coronada de esperanza:
La grandeza de casos con que enreda
El tiempo á los dos príncipes no alcanza
A tratar de las causas de Garilo;
Que es humillar sin para qué el estilo;

Que en heróicos propósitos metidos,
A solas los dos godos retirados,
Con nuevas trazas, medios y partidos
Los discursos ordenan comenzados;
Y viendo los cristales encendidos
Del río ya sin luz amortiguados,
Y la callada sombra que se llega
De los vecinos montes á su vega,

Pasar en su ribera sosegada
La quietud quieren del sabroso sueño,
Ya del grabado arnes la rica espada,
Que ántes Garilo hurtó, vuelta á su dueño;
En tal aspecto celestial forjada,
Que hace gigante el brio mas pequeño,
Y al pecho humilde apaga el miedo frío,
Y al brioso corazón aumenta el brio.

Mas el falso Garilo, siempre atento
A proseguir su inclinación traviesa,
De maquinarse con libre pensamiento
Nuevas traiciones sin lealtad no cesa;
Que á un malo, cuando lo es de nacimiento,
Raras veces del hecho mal le pesa;
Y en el que ahora intenta sin provecho
El resto echó de su dañado pecho.

Envidioso del jóven excelente,
De la fama que al cielo le subia,
Y del deseo que el Rey, el reino y gente
De verle ya en su ejército tenia,
Con las sombras que á un rey burló imprudente,
Y el cetro de Monzon le quitó un día,
Su anillo quiso, en ambicioso intento,
El honor usurpar de aquel contento;

Y de su luz al rayo prodigioso,
Del jóven se invistió la hermosura,
Armas, persona, brio, talle airoso,
Habla, trato, ademan, cuerpo y figura;
Y en medio del silencio perzoso
Que el manto llueve de la noche oscura,
Despertando á Teudonio á toda priesa,
Por la selva se entraron mas espesa.

Vistióse el godo el fino arnes de acero,
Que ya de Ardanó fué timbre gallardo,
Y llevaro el vencido caballero
Que de sus golpes le sobró á Bernardo,
Huyen del mismo que seguian primero,
Dejan sin guarda al que era su resguardo,
Y por un valle bajan, cuando el día
Por sus espaldas y árboles subia.

Nuevo Teudonio en el embuste extraño,
Del falso catalán admitió el ruego
De irse y dejar al mismo del engaño,
Que finge que es el que se queda ciego;
Que de la luz del mago anillo el baño
Así el seso mayor turba el sosiego,
Que cree el godo que va con el que deja,
Y que del mismo con quien va se aleja.

Parece en lo exterior caso inventado,
Con poco de posible y verdadero,
Del rico anillo el prodigioso hado
En alterar su luz un hombre entero;
Mas ¡qué mucho, si el cerco era encantado
En que le fabricó mágico acero,
Y su apremiado espíritu hacia
Las contrahechas sombras que fingia?

Historia es cierta que el sutil Marguto
De un mundo en riesgo fué traidor cuchillo,
Valido en la virtud que el negro luto
Del sombrío Pluton dió al mago anillo:
Engañó al rey Zaidin, de ánimo bruto,
Al avariento Ardan, de oro amarillo,
Y en contrahecho rostro al viejo Elido
El reino le usurpó y dejó corrido.

Urdió la sutil tela del engaño
Que solo al que era noble aparecía,
Cuyas labores verlas en su paño
Ningun bastardo espíritu podia,
Ni el perfil rico del dibujo extraño
Quien de otro padre es hijo que decia:
También dan por embuste desta jimia
Los fingidos napelos de la alquimia.

Con geománticos puntos dejó hecho
Un inmortal engaño en los mortales,
Tal, que le aprueban y le dan el pecho
Mil sabios, ó tenidos ya por tales;
Y con mirar la mano sin provecho,
No hizo en gente vulgar pequeños males:
Al fin él fué de embuste y embeleco,
Con su encantado anillo, al mundo un eco.

Y ahora Garilo, para echar el sello,
Mudado de Bernardo en la figura,
Con Teudonio se fué, y al jóven bello
Durmiendo dejó solo en la espesura:
Que cuando del sol claro el rubio vello
Vistiendo salió el mundo de hermosura,
Los ojos abre, y como á nadie via,
Pienso si está durmiendo todavia.

Mas ya despierto, cuidadoso mira
Entre las flores por Teudonio en vano,
Y en ver que le dejó y se fué, se admira
Dél y su trato al parecer liviano:
Siente la sinrazon, siente y suspira
La poca fe del pueblo castellano,
Pues dos favores que á su gente ha dado,
Ambos de ingratitud se han malogrado.

Y el divertido pensamiento lleno
Del nuevo agravio y del desden presente,
Cuando del alba el argentado seno
Al mundo el sol parió resplandeciente,
A pié, solo y sin guia, el bosque ameno
A cruzar comenzó confusamente,
Buscando á tienta al pueblo mas vecino,
Si el cielo se lo ofrece, algun camino.

Ya de la selva la áspera maraña
En varias sendas tanteado habia,
Y del sembrado aljófár la campaña
Aun en tiernos relámpagos bullia,
Cuando por el combes de una montaña,
Huyendo hácia donde él salió, volvía
Un sangriento soldado, conocido
Por el que fué aquel día su vencido.

Suspendió el paso el jóven valeroso,
Y el que huía también suspendió el paso,
Y en ver vivo á Bernardo mas medroso
Que ántes, absorto al no entendido caso:
« Señor, dijo, si en cuerpo ya glorioso
Destas montañas aun guardais el paso,
Y muerto me quereis vencer, mi intento
Es daros vivo y muerto el vencimiento.

» Mas si, como se ve, del aire vivo
Respirando gozais suave aliento,
Y no estáis, cual yo vi, de un golpe esquivo
Pasado el noble corazón sangriento;
El mas notable engaño, y mas al vivo
Que hasta hoy cegó mortal entendimiento,
Ha pasado por mí, y sospecho y digo
Que también por Teudonio, vuestro amigo.

» Antes que el alba arrebolase el día,
Entre flores dejámos y rocío,
Por órden vuestra, en vuestra compañía,
El sueño y las riberas deste río;
Y caminando al canto y armonia
Que á la nueva luz daba el bosque umbrío,
Por entre la alameda de una fuente
Nos dió del primer sol el rayo ardiente.

» Y tras él, de un cerrado bosque inculto
Que al diestro lado sin temor quedaba,
Un pequeño escuadrón salió que, oculto,
Nuestra muerte en sus árboles guardaba:
Y en sorda tropa y en callado insulto,
A mí, cual veis, y á vos la furia brava
De un venablo cruel través el pecho,
O yo, señor, soné lo dicho y hecho.

» Mas la sangre y rigor desta herida
(Mostrando todo el cuerpo atravesado)
Si fuese sueño, aun estaria mi vida
En no tan peligroso y triste estado:
Mas ¡qué me canso en cosa tan sabida?
Tras la loma, señor, deste ancho prado
Os veréis muerto vos y á don Teudonio,
Y allí de mi verdad el testimonio.»

Dijo; y el laso espíritu, rendido
De la perdida sangre, cayó muerto,
Como si solo hubiera allí venido
A declarar del caso lo encubierto:
Bernardo, en su extrañeza divertido,
Piensa que está dormido; y si despierto,
Que el tiempo anda con él en las mas varias
Tragedias de sus vueltas ordinarias.

No sabe qué entender de aquel suceso
Con un discurso moderado pueda,
O si perdía con la sangre el seso
El que ya muerto entre las flores queda;
Mas descubriendo, al fin, el bosque espeso,
La clara fuente, el rio y la alameda,
Rastro halló en el llano no pequeño
De no ser todo lo pasado sueño.

Al gran Teudonio, en el confuso estrago
De rotos cuerpos y vencida gente,
De armas ceñido, halló en sangriento lago
De un tejido escuadron resplandeciente,
Que, en batalla infeliz, campo aciago
La honra sustenta de su espada ardiente,
Ya de heridas los músculos cubiertos,
Y el rojo prado de enemigos muertos.

Entre ellos, del luciente hierro agudo
De un lijero venablo atravesado,
Un cuerpo vió que en armas y en escudo
Era dél y las suyas un traslado.
Admiróse del caso; mas no pudo
Por entonces ver mas; que el brazo honrado
Del amigo de sí le sacó, al punto
Que su vida y su herir vió acabar junto.

Las destrozadas armas pieza á pieza
El rigor de los golpes echó al suelo,
Y del abierto pecho la braveza
De un sangriento desmayo el mortal hielo;
De seis agudas puntas la destreza
Su cuerpo dió á la tierra, el alma al cielo,
Cuando llegaba en su favor Bernardo,
Cual en campo marsilio suelto pardo.

Quedó, viendo caer el caro amigo,
De un desmayo mortal cubierto el pecho:
Maldice airado su favor mendigo
Y su tarda venida sin provecho;
Y no mas fiero el jonío sin abrigo
Entre escollos levanta el crespo pecho,
Cuando de Acroceraunio la alta roca
Con hueca espuma las estrellas toca,

Que el brazo altivo y el semblante fiero
Del ofendido godo á la canalla
Que de la furia del sangriento acero
Sobró al feroz Teudonio en la batalla;
Ni en mas presteza el cauto marinero
Que entre sus peñas y arenal se halla,
De los riesgos del golfo descubierta,
Huye al abrigo del vecino puerto,

Que las sobras del campo sin aliento
Los filos huyen de la ardiente espada
Del nuevo capitán, que en triste acento
El fin celebra á su infeliz jornada,
Viendo del roto cuerpo el rio sangriento
Que del vivir la fuente dió agotada,
Y al grave caso que trazado habia
La mayor usurpó y la mejor guia.

Mas vuelto á su valor, «El cielo, dice,
Es dueño universal del curso humano:
¿Qué saber hay, si el suyo contradice,
Que en su mayor caudal no salga enano?
Lo que en mí fuere haré, cual siempre hice;
Lo demas quede al peso de su mano;
Que cada vida tiene su corriente,
Y las riendas del tiempo el que es prudente.»

Dijo; y tras esto supo, de un herido,
Ser de aquel triste caso el fundamento
Que el mismo que ántes, de temor huido
De su espada, se entró en la selva á tienta,
El mas cercano pueblo conmovido,
A vengar el pasado atrevimiento
Y recobrar su preso, sacó y puso
En la emboscada su tropel confuso.

Y en hombros de las gentes que al asalto
De la vecina sierra habian venido,
El real cuerpo, de vida y sangre falto.
Mandó al pueblo llevar mas conocido;
Donde en sepulcro illustre el valor alto
De su linaje muestre esclarecido,
Y de la pira en el silencio mudo
La última hora le dé que ántes no pudo.

Mandó tambien de su retrato al vivo
En un difunto ver la muerta cara;
Vióla, y quedó de nuevo pensativo,
La dudada verdad patente y clara:
Asombróse de verse muerto y vivo
A una misma sazón (; grandeza rara!);
Que, uno sin vida y otro de asombrado,
Ambos mostraban el color robado.

Cuando de los villanos, que en miralle
Armas y semejanza están con miedo,
Uno que lo vió, acaso por hurtalle,
El mago anillo le sacó del dedo:
Huyó tras él el rostro, el brio, el talle,
Y quedándose el cuerpo muerto quedo,
La hueca sombra del barniz liviano
Desvanecida huyó en el aire vano.

Cual con la viva luz de Febo ardiente,
Blanco celaje que ántes encubria
Altivo risco, huye, y de repente
Sus pardas greñas manifiesta al dia;
La vana sombra así delgadamente
Que ántes ajenos miembros componia
Del frio difunto y de su embuste extraño,
Al campo descubrió el notorio engaño.

Mas admirado el godo, que primero
El vario cuerpo desangrado mira,
Que contra el golpe del templado acero
No le valió la mágica mentira,
Y sin saber el fundamento entero
De su trasformacion ni á qué fin tira,
Allí se le dejó; y por la espesura
A dar se fué á Teudonio sepultura.

Y en santa devocion y ánimo pio,
A la universal deuda satisfecho,
A la real corte de su casto tio,
De allí, tomó el camino mas derecho;
Cuando un dia por un bosque entró sombrío,
De alisos verdes y laureles hecho,
Que en lo mejor del encubierto valle
Alegre plaza hacian y ancha calle.

Aquí, al amparo de un peinado risco
Que el pié un arroyo de cristal le baña,
Entre la verde grama y el lentisco
La humilde paja vió de una cabaña
De serrano pastor: seguro aprisco
Juzgó la choza el principe de España,
Cuando del prado vió en las flores bellas
Sobre un muerto llorando dos doncellas.

Admiróle del sitio la extrañeza,
Y de la nueva compasion llevado,
Conoció de las dos la una belleza,
Y en verla allí y llorar, quedó turbado:
Era Olfa, que en sus faldas la cabeza
Del cuerpo sustentaba desangrado
De un gallardo mancebo recién muerto,
De sangre todo y de beldad cubierto.

La otra doncella, cuyo sentimiento
La dura roca á compasion movia,
Ya con furiosa voz, ya sin aliento,
A suspenderse en su dolor venia:
Bernardo, hallando en tan extraño asiento
La que en Grecia perdió su compania,
Cual lijero nebli se arroja al prado,
La visera y el yelmo levantado.

«¡Santo cielo! dijo Olfa conociendo
Al gallardo leonés, ¡qué encuentro extraño!»
Y el nuevo gusto y alegría creciendo,
La pena olvidada del ajeno daño:
A pedirle la mano fué corriendo,
Y el bello jóven dice: «¿Si es engaño
Mostrar con ceremonias que me precia
Quien solo me dejó sin causa en Grecia!»

Y al blanco cuello en nudos deleitosos
 Afable ciñe los honestos brazos,
 Y con mil pensamientos deliciosos
 Que esté de aquella selva en los ribazos
 La diosa de sus gustos amorosos,
 Nuevas le pide de los dulces lazos
 En que amor le prendió, y de cualquier modo
 De la que es de los dos el dueño en todo.

Cómo ó por dónde en el lugar presente
 La piedad ó el rigor la echó del cielo;
 Qué tragedia infeliz de hado inelmente
 Llorando yace en su sangriento suelo;
 Quién un doncel mató tan excelente;
 Quién puso en tal beldad tal desconsuelo,
 Y dónde su princesa está divina,
 Dijo; y le respondió la hermosa china:

« Señor, desde aquel día que por vella
 Sali, sin ver cómo sali, de Acaya,
 Siempre con rastro fresco y nuevas della,
 De golfo en golfo vine y desde allí en playa:
 De Grecia á Libia, y de playa á Marbella,
 De allí á Toledo, y desde allí á la raya
 Deste monte, en que ayer, de lance en lance,
 A darle vine al fin dichoso alcance.

» Mostró alegre placer de mi venida,
 Y en no saber de ti la vi suspensa,
 Y hoy, de un suceso en otro divertida,
 Al bosque entró desta arboleda densa;
 Adonde al tiempo que llegó perdida,
 Sin poderle tener en su defensa,
 Mancharon seis villanos caballeros
 En esta limpia sangre sus aceros.

» Movida á compasión de la hermosa
 Que ves sobre ese cuerpo desmayada,
 En procurar consuelo y sepultura
 A mal tan grave me dejó ocupada;
 En tanto que ella con su arnes procura
 La infame deslealtad dejar vengada
 En los cobardes seis, que á toda rienda
 La vuelta hurtaron desta estrecha senda.

» La triste causa á esta infeliz desdicha
 Aun no la sé, ni á eso lugar me ha dado
 La enmudecida pena: tú, si á dicha
 Templar sabes dolor tan destemplado,
 Llega afable, y al alma que entredicha
 El sentimiento tiene, darán vado
 Tus discretas palabras, y sabremos
 La extraña sinrazón del mal que vemos.»

Dijo; y ambos con blando sentimiento
 El suyo templan á la mora bella,
 Que en triste son y doloroso acento
 Quejas envía á su enemiga estrella,
 Pidiéndole si sabe el fundamento
 De tal crueldad; á quien, con llantos ella,
 Entre desmayos y ansias, sin ver dónde
 Ni á quién habla ó pregunta, así responde:

« ¡ Ay alma noble y bella, que, desnuda
 Con tal rigor del rico monte tuyo,
 No es mucho que en tu esfera estés en duda
 Si es tu cuerpo mas bello que no el suyo!
 ¿ De qué provecho, ¡ ay triste! de qué ayuda,
 De qué recurso es ya lo que rehuyo?
 ¿ O por qué temo hacer triste memoria
 Del infeliz suceso de tu historia?

» ¿ Qué importa ya en el mundo haber nacido
 De justa causa ó pensamiento reo,
 Si dejar ya no puede de haber sido
 (¡ Ay cielos, cómo vivo si tal veo!)
 Del noble Doriscan hijo querido?
 Esposo, vida, luz, alma, deseo,
 Nombres mas propios son de tí, mi cielo,
 Que el que heredaste de Dedran, tu abuelo.

» En las montañas de Oca fuiste ilustre,
 Y á España fueras único heredero,
 Si como la fortuna te dió el lustre,
 Te diera, pues fué tuyo, el cetro entero:
 ¡ Oh hermoso Dedran! que aun el deslustre
 De la muerte no llega á volver fiero
 Ese bello semblante, cuya suerte
 Mi vida solía ser, y es ya mi muerte.

» ¡ Oh cruel Zamail, viejo tirano,
 De pecho avaro y corazón hambriento!
 El santo cielo abrase de su mano
 Con rayo ardiente tu ánimo sangriento:
 Deste fué Harpali, mozo liviano,
 Hijo de infame y bajo nacimiento,
 Y él del reino de Nájera confuso
 Bastardo rey, por tiranía intruso.

» Puso el liviano Harpali los ojos
 En mi mal conocida hermosura,
 Y ciego en el correr de sus antojos,
 Todo su amor paró en mi desventura:
 Yo, que siempre di el alma por despojos
 A la beldad desta mortal figura,
 Y con nombre de esposo ya gozaba
 El bien que cielo y tierra me envidiaba;

» Cansábanme imprudentes pretensiones
 De un fantástico bárbaro arrogante,
 Que en tiranas y locas presunciones
 Se daba á todos gustos por bastante:
 Tuvo con mi Dedran varias pasiones
 De envidia y celos, que uno para amante,
 Y el otro para enfados, ambos fuistes
 Los que mas destos géneros tuvistes.

» Fué el suyo siempre azar de nuestro gusto
 Y universal enfado de la gente,
 Hasta que á su soberbia el cielo justo
 La pena dió y castigo suficiente:
 Del duro tronco de un moral robusto,
 Que hacia del real jardín sombra á la fuente
 De mi esposo en la ilustre casa ufana,
 Colgado lo halló el sol de una mañana.

» O ya fuese á ofender las nobles canas
 De Doriscan en su gallarda hija,
 O que con pretensiones mas profanas
 Amor el gusto y el deseo le alijia;
 Al fin, cuando del cielo en las ventanas
 La alegre aurora al mundo regocija,
 Colgado apareció de un moral, hecho
 A ver muertos amantes sin provecho.

» Nunca se supo de la justa muerte
 La causa justa ni la heroica mano,
 Por mas que del rey fiero el brazo fuerte
 Quiso y trató de averiguarla en vano;
 Y aunque unos de una y otros de otra suerte
 La atribuyen al cielo soberano,
 Siempre el tirano rey tuvo querella
 De ser mi amado esposo el autor della.

» A sangre y fuego destruyó la casa
 Que ya fué honra y amparo al reino todo;
 Y al noble Doriscan, entre la brasa
 Que de sus techos de oro andaba á todo,
 Prendió á su bella hija, y tan sin tasa
 La ira se desmandó y creció de modo,
 Que á nadie perdonó; solo mi esposo
 Huyó escondido el golpe riguroso.

» Salí huyendo de la patria amada,
 Y yo, del fuego que en mi alma ardia,
 Tras él, como á mi esfera, arrebatada,
 En dulce truco de cuanto en mi habia,
 Hacienda, vida y honra rematada,
 Que todo en él cumplido lo tenia;
 Y ¿ qué mucho trocar en este modo
 Uno por mil, si aquel lo encierra todo?

» De sierra en sierra huyendo y valle en valle,
 Dos cuerpos trajo amor á esta ribera,
 Donde unos breves dias en gozalle
 Ya fué del cielo de mi gusto esfera:
 Aquí fortuna á esta florida calle
 (¡ Quién tal pensara, ay Dios!), porque en flor muera
 De su cruel mano, entre el sombrío luto
 Mi bien sembró, y la muerte cogió el fruto.

» Dos veces ya los argentados cuernos
 Con tibio oro bañó la blanca luna,
 Y tantas de la Estigia humos eternos
 La hicieron esconder sin lumbre alguna,
 Despues que en mirtos y cristales tiernos,
 Huyendo los rigores de fortuna,
 La vida, que hoy en lágrimas se acaba,
 En sabrosa quietud de amor pasaba.

» O en diestras flechas los lijerós gamos
Volviendo alegre presa á nuestro gusto,
O con fingido silbo en los reclamos
Contrabaciendo un dulce engaño al justo;
O ya aliviando los pesados gamos
Del dulce fruto, ó con tirar robusto
Blanco venablo ardiente al bosque umbroso,
Tendiendo al suelo el jabali cerdoso;

» O en dulces lazos ¡ay de mí! ceñida,
Por premio á mil trabajos, la garganta
Del malogrado esposo, que sin vida
Los ojos que ántes dió regalo, espanta:
De seis verdugos hecho un homicida,
O ya traicion de entre esta inculta planta,
Por vengar de Harpali la infeliz suerte,
Sin culpa dieron á mi vida muerte.

» ¡Ay cielos! ¿que es posible que ya al mundo
No vive?...» Y sin poder pasar delante,
El alma llena de un dolor profundo,
A dejarla de él libre fué bastante;
Y el pecho, que en amar fué sin segundo,
Sobre el cuerpo cayó del muerto amante,
Siendo del *vive* el último suspiro
Puerta del alma, y de la muerte el tiro.

Acudió por valerle la doncella,
Creyendo ser desmayo el de la muerte,
Y, hallándola sin vida, huyó della,
Asombrada de fe y amor tan fuerte:
¿Qué ojos habrá sin lágrimas en vella,
Aunque á verla el Neron del mundo acierte?
Bernardo y su amorosa compañera
Ambos lloran allí de una manera.

Y al pié del risco, al márgen de la fuente,
En flores dieron pobre sepultura
A los que mereció su fuego ardiente
Sombra piramidal de insigne altura;
Y de la altiva Peña en lo eminente
Puso el noble Bernardo esta escritura:
«A dos cuerpos dió amor tierra tan breve:
» Séales él favorable y ella leve.»

Y habiendo toda la siguiente tarde,
Con las tinieblas de la noche fría,
Hecho de su esperanza un rico alarde,
Por sí su premio cual quedó volvia;
Viendo que ya en la nueva lámpara arde
De la aurora la luz del tierno día,
Determina buscar la oculta dama,
O por el rastro suyo ó de su fama.

Algunos días á términos contrarios,
Llevados de uno en otro desatino,
Por sendas fuéron y caminos varios,
Y á las veces sin senda ni camino;
Cuando uno, por huir senos volitarios
Que un ancho arroyo hace cristalino,
Dos caballeros, al salir de un monte,
La blanca ceja abrió del horizonte.

Juntáronse en el llano, y preguntando
El gallardo español por la que adora,
« Señor, respondió el uno suspirando,
Bien os diré del que buscáis ahora
Que pudiera hacer suyo, peleando,
Cuanto hay de adonde estamos á la aurora;
Mas su mismo valor y alma atrevida
Antes de tiempo le quitó la vida.

» En rastro de seis moros caballeros,
De quien había un agravio recibido,
Dese prado á los árboles postreros,
Que ya testigos de su esfuerzo han sido,
Pedazos hechos en sus golpes fieros,
Su victoria cantó el laurel florido
Que al fugitivo Tórmes acompaña,
Y él de frío cristal sus troncos baña.

» De allí á ver el castillo de la fama,
Que hoy tan grande la tiene en esta tierra,
Su altivo brio y presunción le llama,
Con lo que entre su ardiente seno encierra:
Probó del fuego azul la rubia llama;
Tragó entre su luz; tembló la tierra;
Y enterrado en su bátrato profundo,
Hasta hoy le espera en su combés el mundo.

» Tres días, dudando de la adversa suerte,
Restituido esperámos verle al valle,
Y tantos nos dió lástima su muerte,
Aficionados de la traza y talle;
Mas con mago furor no hay pecho fuerte;
Por demas pienso que es, señor, buscallo:
Si dais fe entera á la verdad que os digo,
Bien desde aquí os podréis volver conmigo.»

« En nada, respondió el discreto godó,
De cuanto me habeis dicho pongo duda;
Que á su valor y al vuestro es creíble todo;
Mas si á un pecho valiente el cielo ayuda,
Yo dudo que sea muerto de ese modo,
Lo que tambien vuestro discurso duda;
Que las fingidas sombras del encanto
No llegan mas que á un aparente espanto.

» Son huecos personajes, cuya saña
Asombros forma de amasado viento,
Que solo con temor fingido engaña
Y hace aparente y falso movimiento:
La vista sola con su humo empaña,
El sentido suspende y el aliento,
Y lo demas lo acaba á poca pena
La fortuna del astro á quien se ordena.

» Y así, por ver si en esto me acomodo
En algo á la verdad, con vuestro gusto,
Saber querría deste caso el todo,
O lo que dél tuviéredes por justo;
Que, aunque para probarlo no haya modo,
Ni en mis venas aliento tan robusto,
Ni en verlo siento riesgo, ni me ofusco
En ir allá á buscar el que aquí busco.»

» Señor, dijo el guerrero de la selva,
No léjos del caudal deste ancho río
Que su florida juncia y grama enselva,
Como por aquel bosque veis florido,
Un pequeño collado hace que vuelva
En rosca de cristal el suyo frío,
Y besándole el pié, sus flores ata
Con blandos grillos de bruñida plata.

» Allí, ó sea del hado, que encubiertos
Al ciego mundo sus secretos tiene,
O que de Clemesin á estos desiertos
Y á su cueva en antigua herencia viene,
Un muro altivo, cuyos gajos yertos
Las huecas nubes el menor sostiene,
Al aire claro y á la luz del mundo
Poco há que en Tórmes lo parió el profundo;

» De cien torres altísimas cargado,
Que en torno hacen gemir el corvo suelo,
Sin otras diez que en cuello levantado
De en medio suben á escalar el cielo;
Mas la que vuela en chapitel dorado
Así á las huecas nubes tiende el vuelo,
Que no hay garza que tanto se abalance,
Ni vista que le alcance á dar alcance.

» De hermosas rejas con balcones de oro
El infinito ventanaje crece,
A quien, si de la luz llega el tesoro,
Con su vivo brillar desaparece:
De vario jaspé y de metal sonoro
El amasado muro resplandece;
De rojo bronce las grabadas puertas,
De corvas puntas aceradas yertas.

» Las altas torres con relieves varios,
De almenas coronadas y molduras,
De real stucco sutil lazos volitarios,
De alegres contrapuestas ligaduras;
Y en columnas de mármoles contrarios,
Huecos globos, bellísimas figuras,
Que en pompa adornan, puestos por niveles,
El peso á los bruñidos chapiteles.

» De noche esta gran máquina, embestida
De claras y encendidas luminarias,
Ardiendo toda en torno, convertida
Se muestra en sombras de colores varias;
Y en diverso matiz de luz ceñida,
Forma en el hueco viento iris contrarias,
Como si su confusa pedrería
El jaspé fuera que la Scitia envía.

»Por las soberbias torres, sus almenas
Bellos cercos componen y guirnaldas,
De varias luces de colores llenas,
Rojas, verdes, de azul, carmín y gualdas,
Contrahaciendo, al brillar luces serenas,
Mil zafiros, topacios, esmeraldas,
Amatistas, rubís, perlas, diamantes,
Y otras nuevas bellezas semejantes.

»La altiva puerta en quicios resonantes,
Que el limpio muro en firme bronce embebe,
De ardientes llamas de pasos triunfantes
A quien pasarlos sin quemar se atreve;
Por donde invictos ánimos, bastantes
A heroicas obras, se ha tragado en breve
La máquina voraz, y últimamente
Tragó el guerrero que buscais valiente.

»Sobre la mayor torre hueca masa
De rojo fuego en claridad difusa
El aire enciende y el contrario abrasa,
Y en luz eterna la tiniebla excusa,
Cual si del limpio sol la ardiente brasa,
Que alegre hace la sombra mas confusa,
De un peñasco en la cumbre se pusiese,
Donde mejor tocada y vista fuese.

»Esto es lo que de fuera se halla y mira:
Lo que en su oculto seno se describe
¿Quién lo podrá decir, ó á qué fin tira
El gran saber que en sus cavernas vive?
Sobre un padron de bronce, cuya mira
A lo de dentro apunta y apercibe,
Estas palabras y estos versos muertos
En oro están como veréis abiertos:

—Labrado fué, para el mejor del mundo,
Este ardiente castillo, de la fama:
El que se hallare en el lugar segundo
No pruebe entrar por la encendida llama;
Que del tesoro que hay en su profundo,
Por su dueño al mejor del mundo llama,
Como á la rica fuente de quien viene
La nobleza mayor que España tiene. —

»Esto es, señor, lo que al castillo toca,
Que desta sierra le hallaréis vecino;
Pero si á verlo su beldad provoca,
El probarlo parece desatino.»
Dijo; y á ver la celebrada roca
Bernardo alegre prosiguió el camino,
Después de haberse, en término debido,
Del cortés caballero despedido.

Con nuevos pensamientos que el cuidado
De la princesa del Catay le puso,
Olfa y su caballero, enamorado,
Del encantado bosque entran al uso:
La una medrosa, el otro desvelado;
Cuando sembrando fué el aire difuso
Por sus ojos la máquina hermosa
De alegre bulto y gallardía vistosa.

Las puntas de oro que en diversos trajes
Volando sube el edificio altivo,
Entre huecos y altísimos celajes
Vivos reales parecen del sol vivo:
Crecen los globos, crecen los plumajes,
Y cunde por el aire fugitivo
El real palacio, que á la ilustre cima
De un monte carga da y al mundo grina.

No probara Bernardo la aventura,
Habiendo leído su padron primero,
Si no fuera buscando la hermosura
De quien amor le hizo prisionero;
Que de su noble pecho la cordura
El brio hace humillar mas altanero,
Para que, no por verse que es bastante
A la empresa, se pierda de arrogante.

Mas, del sin fin deseo arrebatado
Que allí en tan varios trances le ha traído,
Por la encendida puerta se entró armado,
De su espada y escudo apercebido;
Donde apenas el quicio ardiente, helado
Con diestro pié pisó, cuando encendido
De rojas llamas de oro largo espacio,
Su contorno gimió, y tembló el palacio.

Y no en ronco bramar de horrible estruendo,
Cual los demas guerreros recibia;
Mas, todo en nueva hermosa ardiendo,
Vuelto se vió en suavísima armonia;
Que en las doradas bóvedas rompiendo
Los resonantes ecos, parecia
Que el mundo allí, de todas sus regiones
El contento lloviere en varios sonos.

Con esta salva, de un florido espacio
Que en siete arcos triunfales se extendia,
Del acerado muro al real palacio
Pasado el singular guerrero habia:
Llegó en música al patio, en que el topacio
De oro ardientes relámpagos bullia,
Y el tiempo se trocó, cerróse el muro,
Manchando el claro cielo de aire oscuro.

La hueca nube, de su claro seno,
De cruel fuego llovió rojo granizo,
Que el acerado arnes, cual seco heno,
Sobre el real cuerpo le abrasó y deshizo:
Quedó de ciego humo el patio lleno,
Y él sin las armas que Vulcano hizo,
Cuando, entre el humo y el granizo de oro,
Los cuernos vió salir de un fuerte toro.

Pudiera, si le hallara descuidado,
Ponerle á un golpe la victoria en duda;
Mas, en su lijereza confiado,
El encuentro huyó, y con él se anuda:
Firme el toro, resuena en lo enlazado
De la techumbre de oro no desnuda
El grueso aliento, que á la oscura loma
Del soberbio animal Bernardo doma.

ALEGORÍA.

En Garilo, que, habiéndole Bernardo librado de la muerte, le hurta el caballo y la espada, se pinta el dañado pecho de un ingrato, que con ningún beneficio pierde su dañada inclinacion; y en los dos paladines vencidos, cómo sabe Dios humillar á los soberbios cuando mas confiados y al parecer insuperables van en su ambicion y soberbia. En la muerte de Garilo se ve cómo casi siempre los malos tienen por verdugo á su misma culpa, hasta morir á sus manos. En Bernardo, que encuentra á Olfa llorando un cuerpo muerto, y habiéndole dado sepultura, se va en seguimiento de Arcángelica, se muestra cómo el que va tras su venganza, se le ofrecen al camino mil espantosas ocasiones que con su horror procuran atajarle los intentos; y él, corriendo siempre tras su deseo, por todo pasa, sin reparar en nada.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

ARGUMENTO.

Vence Bernardo el encantamento del castillo del Carpio, donde en un hermoso espejo ve el origen y sucesion de la excelentísima casa de Castro. Halla allí á su ayo Oróntes y trescientos caballeros de su linaje, que le acompañan para ir á la corte de su tío el rey Casto. Hallanse Morgante y Orimandro en Africa: cuentan las desgracias de Angelica, las tragedias de Arminda y su amante, las de Artabano y Geber, y el camino por donde Morgante vino á ganar las armas que fueron de Anteo, hijo de la tierra y rey de Libia, y con ellas la clava de Hércules.

Ya entre los cuernos de un furioso toro,
Al resplandor del fuego que salia
De la encendida masa ó globo de oro
Que en medio el aire de aquel patio ardia,
Del gran Bernardo el anhelar sonoro
El turbio y negro viento ensordecia;
Y al gemir ronco de ambos duros pechos,
El eco suena en los dorados techos.

Hizo firme hincapié la honra de España
En el de una columna, y revolviendo
Sobre el toro un vaiven con fuerza y maña,
Rodando el uno fué, y ambos cayendo:
El hueco patio de grandeza extraña
La oscura boca abrió de un pozo horrendo,
Que ambos á un tiempo, en observados puntos
De un aspecto infeliz, los tragó juntos.

Así en las playas del tiznado infierno,
Si algún peñasco horrible se desgaja,
El agua salta, suena el lago Averno,
Y de amarilla espuma y pez se cuaja:
Suenan los bosques que en silencio eterno
Del mundo guardan la mortal baraja,
Asombrando los árboles vecinos
Sus negros espumosos remolinos.

Resurtió el agua fuera con bramidos,
Y por la sima oscura y sus taladros
Vomitó el suelo globos encendidos,
Y dió el aire tristes baladros,
Truenos confusos, roncós estallidos,
Que el blanco estuco en los sutiles cuadros
Temblar hicieron, y pensar si había
Llegado el mundo á su última agouia.

Cundió confuso el espantoso estruendo
Por las cavernas y techumbres de oro
Del hueco alcázar, que, del son horrendo,
Temblando el muro está en gemir sonoro;
Y el gallardo español, que, al ir cayendo,
Se dió por muerto, al despearle el toro
Al lago oscuro así perdió el sentido,
Cual si en las ondas diera del olvido.

No volvió en sí, ni pudo, en largo rato,
Suspense al delirar de un dulce sueño,
Que en caricia amorosa y tierno trato,
De un rostro alegre el pecho zabareño
Un noble gusto le vendió barato,
Y de un rico tesoro le hizo dueño,
Trocada en bella dama el fiero toro,
La laguna en cristal, la sima en oro.

No fué todo quimera lo soñado;
Que vuelto en sí de la pasada riña,
No con un toro se balló abrazado,
Mas á una tierna y delicada niña:
Sobre alfombras y telas de brocado,
De aljófar y diamantes cada piña,
En rica cuadra y aposento, hecho
De jaspe el muro y de alabastro el techo,

Cercada de doradas vidrieras,
Que le sirven de bellas luminarias,
Por donde el rosicler de mil maneras
El aire tñe de vislumbres varias,
Y los rayos y luces verdaderas
Que forman del cristal iris contrarias,
Quebrándose en el oro y pederria,
Añaden luz á la que saca el día.

Hurtan sus miradores y ventanas
Suaves olores de un jardín ameno,
Que de rosa y clavel manchas tempranas
De agradables guirnaldas le hacen lleno:
Prende el olmo gentil parras lozanas,
La grama trepa por el verde heno,
La vedra por los muros, y las flores
El aire y suelo manchan de colores.

De las arpadas lenguas la armonía
Con que alegran los árboles el viento,
Al contrapunto que al romper del día
La luz al mundo vuelve su contento,
Nueva hermosura da, nueva alegría
Del rico cuarto al agradable asiento,
Con los tiernos redobles que al canario
El ruiseñor alienta el triple vario.

Era en cien pasos de contorno hecho
De alegre jaspe y fina arquitectura,
De oro y verde nielado el blanco techo,
Que las estrellas busca con su altura;
Y entre realces de estuco, trecho á trecho,
Primores de pincel y de escultura,
Y en rasguños, bosquejos y perfiles,
Escorizadas sin luz sombras sutiles.

Bernardo, que, domando un fiero toro,
Se vió en los lances de su agudo cuerno,
Y libre ahora en el regazo de oro
De una tierna beldad de un mirar tierno,
Admirado de hallar gusto y tesoro
Donde encontrar pensó pena é infierno,
Así, con suspensión y regocijo
Alegre vuelto, á la doncella dijo:

«Grandes son los milagros desta casa,
Grande el saber que los trazó y los hizo,
Sus techos de oro, su encendida masa,
Su horrible sombra, su áspero granizo;
Mas lo que á todo junto excede y pasa
Y la primera admiración deshizo,
Es el placer y gusto que retoza
Por esta alegre cuadra y quien la goza.

» Y tú, bulto gentil, luz peregrina,
O seas diosa inmortal ó sombra humana,
Si huele á humano cosa tan divina,
Si es de la tierra luz tan soberana,
Ora de honor mortal ó inmortal dina,
De eterna vida ó de caduca y vana,
Dime, ¿ á cuál dios le debo deste templo
El bien que gozo en él y en ti contemplo?

» ¿ Qué deidad rige, qué virtud alumbra
Estas cuevas y sótanos del mundo,
Cuando les falta el oro que relumbra
Siempre en tus sienas, y ahora en tu profundo?
Tu bello rostro, que al del sol deslumbra,
Y de valor le da el lugar segundo,
¿ De qué esmero de gloria, de qué cielo
Amor le hizo para bien del suelo? »

Dijo el leonés; y la beldad gallarda
Compró unos nuevos bellos arreboles
Que el temor le labró, que le acobarda,
En ambas las mejillas sendos soles:
Al fin, con voz medrosa y lengua tarda,
Haciendo el rostro varios tornasoles,
« Toda, dijo, señor, esta armonía
Es sólo un medio á la ganancia mía.

» Hércules hizo esta espantosa cueva,
Y en ella enterró vivo un agorero,
Al sabio Clemesi, que en luna nueva
Via todo junto el mundo venidero;
Cuyas cenizas por bastante prueba
Esta urna guarda de bruñido acero,
Y parte de su espíritu esta sala,
En lo que al tiempo por venir señala.

» Era en los Carpios de Africa nacido,
Y del antiguo origen de su tierra,
Por mayor gloria, el suyo dió añadido
A esta que ahora su sepulcro encierra:
De aquí el Carpio nació, cuyo apellido,
Si el gran saber de Clemesi no verra,
Será, por las hazañas de tu mano,
Mayor que el Uticense y Africano.

» Prendióle Alcides, y enterróle vivo
Porque en supersticiosa hipocresía,
O con alma envidiosa ó pecho altivo,
Estorbar sus grandezas pretendia;
Y como al claro Bétis fugitivo
A Sevilla usurpó, también quería
A Tórmes impedir, con sus conjuros,
De Salamanca los insignes muros.

» Llegando Hércules libio á las riberas
Del fresco Bétis, que en templado cielo
Entre las flores dan fuentes parleras
Blando ruido y cristal al fértil suelo,
Fundar quiso á las gentes venideras
Ciudad que fuese á su valor modelo,
Cuando el astuto y envidioso mago
Con un conjuro lo estorbó aciago.

» Pasó el hijo de Osiris belicoso
Su reino á Italia; Hispal entre tanto,
Con el paterno brio, al pueblo honroso
Felices muros dió y principio santo:
Volvió de Tuscía el capitán famoso,
Y del frío Tórmes en el rico manto
Otro pueblo trazó, y el sabio en vano
Quiso segunda vez irle á la mano.

» Sabia, por su astronómica experiencia
Destos dos sitios en el mundo raros,
Que de aquel en aumentos de excelencia,
Grandeza, majestad y hechos preclaros,
Y deste en letras, santidad y ciencia,
Al mundo, con la luz de ingenios claros,
Nacerían más Hércules y Apolos,
Que al cielo estrellas sobre entrambos polos.

» Y envidioso que Alcides de su mano
En la tierra dejase tal memoria,
La primer poblacion le estorbó ufano,
Y á Hispal pasó de tanto honor la gloria;
Mas, porque pretendió tambien en vano
La segunda impedir, es firme historia
Que aqui le enterró vivo, y deste agüero
A Salamanca dió nombre primero.

» Es tradicion que en los antiguos años
Que á Clemesi esta cueva tuvo preso,
Sin dar recurso á sus presentes daños
Ni destes montes sacudir el peso,
Puntos en su saber alcanzó extraños,
Labró esta sala real, y en ella impreso
De los futuros siglos un discurso
Que al mundo iguala en duracion su curso.

» De España las grandezas mas notables
Al venidero siglo y al pasado,
De gurbios y pinceles admirables
Es cuanto está en contorno dibujado:
Sus reyes, sus monarcas, sus afables
Príncipes, sangre, majestad, estado,
Graves sucesos, reales sucesiones
De ilustres casas de inclitos varones;

» Mas donde el sabio mágico dispuso
El punto echar y de su ciencia el resto,
Donde mas fuerza de planetas puso,
Y el cielo á su intencion halló mas puesto,
Fué en aquel rico espejo, en quien difuso,
Con mágicos caracteres compuesto,
A los ojos dejó un discurso entero
Del mundo que pasó y del venidero.»

Así dijo; y tomando por la mano
Al regalado jóven, se levanta,
Y al fiel cristal, que del tesoro humano
La mas antigua muestra y rica planta,
Con él se va, y en modo cortesano,
«Aquí, dice, señor, se encierra cuanta
Nobleza y sangre ilustre España encierra,
Y de la tuya heredará su tierra.»

Era el valiente artificioso espejo
De medio globo en proporcion ovado,
De alto diez codos, de cristal parejo,
En firme y rica tarja relevado,
Donde el diestro buril del sabio viejo
Excedió al pensamiento mas delgado,
Pues siendo de oro y pederria gran parte,
A toda la materia vence el arte;

Así en tan nueva perspectiva hecho,
Que salir de su centro parecia
Un movable escuadron, que trecho á trecho
Por el lustroso alinde se extendia;
Y aunque en espacio de compas estrecho,
Puesto en diámetros tales, que hacia
En la mas firme vista la figura
De entera proporción y hermosura.

Ahora el techo y distancias de la sala
En tal aspecto y reflexion tuviese,
Que cuanto en ella por adorno y gala
El pincel puso, en su cristal se viese;
O el arte allí á lo natural iguala,
O con cercos su artifice fingiese
Bullirse tras la clara vidriera
Encantadas figuras de oro y cera;

En él se vian notables hermosuras,
Gusto á los ojos, y al sentido espanto,
Y por su limpio seno las figuras,
Aunque muertas, moverse por encanto,
Y en bellos ademanes y posturas
Dar deleite á la vista; y entre tanto
Que Bernardo lo goza desde afuera,
La dama prosiguió desta manera:

«Antes de declarar las maravillas
Que este cristal en su artificio encierra,
Qual en lengua sutil supo decillas
El que me trajo á conocer tu tierra,
Desde las pallagónicas orillas,
Donde nací y me dió la primer guerra,
Con mil dudas y asaltos al deseo,
El gusto de la gloria que poseo;

» Contarte quiero el espantoso enredo
Por donde amor me trajo á conocerte:
Perdone el pundonor; que ya no puedo
Mas encubrir el bien que gozo en verte:
Sabrás, señor, que entre esperanza y miedo,
La suerte varia de mi buena suerte
Me tiene aqui esperando tu venida,
Poco ménos que el tercio de mi vida.

» Despues que en los ejércitos troyanos
Fué Pilemon con griegas armas muerto,
Y á Pallagonia llena de tiranos
Los Henetos dejaron sin concierto,
Cuando en Italia dieron por sus manos
A Padua muros y á Venecia puerto,
Un hijo que quedó del rey vencido
En Asia fué por tal obedecido.

» Deste fué nieto Clicio el elocuente,
Que en el boreal Carambe peñasco
Asombró el mundo y gobernó la gente
Que en torno riega el Háles caudaloso:
De aqui Acriso nació, de aqui Valente,
Y Cenon, deste tronco generoso,
Fué emperador de Grecia, y deudo suyo
Oróntes, que es mi tío y ayo tuyo.

» Sobre las playas que en el Ponto Euxino
Atruenan el sonoro Termodonte,
Y con ruido y curso cristalino
A Farnacia hace muro y horizonte,
De mi padre fué el reino mas vecino,
A quien su infiel hermano Anfimedonte
Mató á traicion, y con injusta guerra
Por rey se alzó de la usurpada tierra.

» Quedé yo sola y niña, al riesgo puesta
De la violenta espada del tirano,
De donde me libró y me puso en esta
Gruta, de Oróntes la prudente mano,
Con firmes esperanzas que, dispuesta
Mi causa por el cielo soberano,
Libradas me traeria el bien de verte
Ricas mejoras de ventura y suerte.

» A este fin me ha traído aqui escondida,
Y en muchas veces que de tí me hablaba,
De tu valor, tu sangre y tu venida
El gusto con sus cuentos me endulzaba:
De tu real sucesion la no vencida
Grandeza y real progenie me contaba,
Los héroes que de aquella imagen tuya
Al mundo han de salir por gloria suya.

» Mas, aunque deste espejo soy muestra
Por lo mucho que en él me habló mi tío,
Aquel nuevo escuadron que allí se muestra
Nacer de ambos retratos tuyo y mio,
Y ocupada de cetro real la diestra,
Es traslado aquel jóven de tu brio;
No sé, aunque lo sospecho, cuyo sea,
Hasta que mas probables causas vea.

» De estotra sucesion de sangre ilustre,
Que trae de tantos reyes su corriente,
Y de tu pecho hereda un nuevo lustre,
Como del claro sol el fresco oriente,
Que sin que le carcoma ni deslustre
La polilla del tiempo esa creciente,
Por mil siglos dará su heróica rama
Príncipes dignos de gloriosa fama:

» De esta si te diré lo que aprendido
Me dió el deleite de prolijos años:
Oye, leonés, el cuento nunca oido
Y los sucesos en grandeza extraños,
De los que el español reino perdido
Librarán de mil riesgos y mil daños,
Y con prudencia y fortaleza entera
A su opinion le volverán primera.

» Aqui verás, y no de industria mia
Fingida historia, mas del justo cielo
Ricos favores que á tu España envia,
Que á sus castigos sirvan de consuelo;
Que aunque hoy está cual ves su monarquia,
Tiempo vendrá que de su santo celo
Gobierno y leyes tomen, en una hora,
Los que el ocaso habitan y la aurora.

» Aquella gran princesa de Colonia,
Que hace á tu imagen dulce acogimiento,
Cuya caricia y tierna ceremonia
A ti causa placer y á mi tormento,
Rayo es de aquel valor que en Macedonia
A Julio César puso atrevimiento
De acometer con pecho furibundo
La empresa que le dió señor del mundo.

» Yo digo de aquel inclito Crastino,
De Viriato ilustre descendiente,
Por quien tambien despues lo fué Turino,
En lengua y manos bravo y elocuente:
Este en el fiel ejército agripino
Por hijo tuvo un capitán valiente,
Que á Colonia le dió campos seguros,
Y sobre el reino levantó sus muros.

» Destos príncipes fué Astiran caudillo,
Que á los helvecios trajo arrinconados,
Y el que á los hunos defendió el castillo
De rota puerta y muros arruinados;
Y el valiente Alencastro, que un portillo
Libre, solo, guardó á tres mil soldados,
Y su valor y nombre dió en herencia
A esta insigne é ilustre descendencia.

» Deste gran duque es digna sucesora
La que hará alegres tus felices años,
Despues que la francesa y gente mora
De esa espada, á tus piés, llore sus daños;
Cuando tu ingrata patria burladora
A tu padre te niegue, y los extraños
Te ofrezcan cetro de oro y real corona,
Llamados del valor de tu persona.

» Entónces, ya cansada de mudanzas
Y de trazarte agravios y desdenes,
Trocando la fortuna las balanzas,
Con este bien te colmará de bienes;
Y en legitima union, si á verlo alcanzas,
Un dulce nieto te dará en rehenes,
Que á Astúrias volverá tu casa ilustre,
Dando á Flándes envidia, á España lustre.

» Aquel blanco alemán, que resplandece
Cual nuevo Marte en las moriscas lides,
En quien tu sangre y tu valor florece
Con los roeles del gentil Persides,
Si ya no es sueño cuanto aquí parece,
Tu nieto espera ser Nuño Belchides,
Y esta su esposa, hija del que apenas
A Búrgos reformó y vistió de almenas.

» Vesle allí en Peñalonga disfrazado
Con bordon y esclavina de romero,
Que á visitar de Cristo el primo amado
Bajó á Galicia, y quiso ver primero
El claustro en que estará depositado
Tu cuerpo real al siglo venidero,
Dando de una alta fe y nobleza indicios
Su católico voto y sacrificios.

» Aquel que allí le espera para dalle
Su condado y su hija en casamiento,
Y con nudo legitimo obligalle
Que haga en su primera patria asiento,
Es don Diego Porcélos, que en su talle,
En su eleccion y grave entendimiento
Representa un monarca, y en Castilla
El supremo gobierno y primer silla.

» Estos dos, que en braveza y hermosa
A la española vencen y alemana,
En quien tu sangre gótica más pura
Corre que en el oriente la mañana,
Dos nietos suyos son, Nuño Rasura,
Juez de la real grandeza castellana,
Del conde Hernán Gonzalez digno abuelo,
Luz de Castilla y norte de su cielo.

» Otro es Bustos Gonzalez, padre ilustre
De aquel que lo será de siete infantes
Que á la sangre de Lara han de dar lustre,
Y la suya á mil riesgos importantes;
Y sin que envidia y muerte les deslustre,
Esta masa de estrellas radiantes
Héroes serán, cuya gallarda saña
Miedo á Libia dará y honor á España.

» Mas ¿ qué valor habrá en su monarquía
Que del suyo no tome su creciente?
Qué armas, qué antigüedad, qué hidalgua,
Qué casa, qué solar, qué honor, qué gente?
Querer contar su número sería
Medir á puños de agua la corriente
De Tórmes, de ambos polos las estrellas,
Y los gustos que amor contempla en ellas.

» Que todo aquel vellon, neblina ó velo
De sombras y de luces marañado,
Como en el lácteo círculo del cielo
Los globos de oro de que está amasado,
Serán estrellas del iberio suelo,
Si el tiempo les da luz, y vuelo el hado:
¿ Quién bastará á contar su muchedumbre
De aspectos, rayos, cursos, lustre y lumbre?

» Solo hasta aquel mancebo generoso,
Que un Júpiter parece entre sus dioses,
Cuyo ademan gallardo y brio airoso
Temo que á remedar apenas oses;
Aquel que en freno de oro poderoso
Un mundo afable hará, y que tú reboses
En virtud de ser él tu descendiente,
Por las bocas y lenguas de la gente:

» Hasta él y su retrato, donde el arte
Lo vivo excede en majestad y gloria,
En mi discurso irá, por no cansarte,
De tu real sucesión la grave historia;
Donde podrás oír, y yo contarte,
Del mundo lo mas digno de memoria,
De la fama un crisol, de España un muro,
Y de tu sangre el rosicler mas puro.

» No pasaré de allí, porque en los años
Que la luz de este sol naciere al mundo,
Desagraviada España de sus daños,
Ya el siglo de oro gozaré segundo;
Y arrojando de si yugos extraños,
Desde el franceses distrito al mas profundo
Volveré á su primera monarquía:
Oye pues lo que Oróntes me decia:

» — Aquel que, niño entre los niños nobles,
Cual perla va entre aljófares menudos,
De cuya fama los acentos dobles
Oírán los sordos y hablarán los mudos,
El que á Junquera de los duros robles
Por trofeos colgará nuevos escudos,
Y á España dará un brazo que en el mundo
Ni en valor tiene ni tendrá segundo;

» Es don Gonzalo, hijo de Rasura,
Y dél el conde Hernán Gonzalez hijo;
Y aquella alegre tierna hermosura,
Del alma y de los ojos regocijo,
Su hermana y tia, de los dos hechura,
De un cielo sabio, permanente y fijo;
Esposa de Lán Calvo, y primer fuente
De reyes sabios y de un Cid valiente.

» Hijo suyo será el que allí parece
Poblando á Peñafiel, y haciendo ufano
El venturoso siglo en que florece
Brazo tan noble, pecho tan cristiano;
Y este que ahora entre las armas crece,
Y con su orgullo menguará el pagano,
Biznieto vendrá á ser del rey Bermudo,
De Africa espada y de Castilla escudo.

» El que de Castro Anzures y de Osorio
Las reales sangres juntará en un peso,
Es fruto del dichoso desposorio
De Ruy Fernandez, y él de tanto seso,
Que el valor será á España mas notorio
Que en aquel siglo gozará, y tras eso
Ayo de un rey y defensor sin miedo
De los muros y alcázar de Toledo.

» Casará con la bella Estefanía,
De sus dos reyes valerosa hermana,
Cuya fértil y alegre compañía
Rica su casa volverá y ufana:
Será en braveza invicto, en cortesía,
De afable condicion, sincera y llana,
Sin doblez, sin cautela ni maraña,
Que un español, si es noble, nunca engaña.

» Dará hecha esta verdad su pecho ufano,
 Cuando en Garcí Navarro la fortuna
 En ciega ambición haga un golpe vano,
 Y otro el saber y fortaleza á una;
 Y cuando en lubrical su trato llano
 Cautela vuelva el no tener ninguna,
 Perdiendo, por su leal trato sincero,
 De un conde la prision y un caballero.

» A este el valor, esfuerzo y gentileza
 Heredará don Pedro el Castellano,
 Que en Jerez, de los hombros la cabeza
 Le quitará á un rey moro de su mano;
 Y contra todo el brio y la braveza
 Del pundonor leonés y el asturiano,
 Hará unos baños, y temblar en ellos
 Quien se atreviere sin su gusto á vellos.

» Deste será hijo el valeroso infante
 Alvar Perez de Castro, cuyo lustre
 Segunda vez hará que al mundo espante
 De Sandoval en él la sangre illustre:
 Valiente adelantado, que delante
 Del suyo no hay valor que no deslustre,
 Pues contra todo el campo de Castilla,
 De sirgo hará murallas á una villa.

» Ha de ser de la bella Irene esposo,
 Que á Mártos libraré de un campo armado,
 Y él, de Jerez al trance peligroso,
 De todos el valor mas declarado,
 Formará de Machuca el nombre honroso,
 Y á su nobleza un hijo señalado,
 A quien un sabio rey su estado entregue
 Antes que á edad madura y sazón llegue.

» A dejar de dolor el mundo lleno
 Con su temprana muerte, tendrá vida
 Don Pedro, que cual flor en valle ameno,
 Su juventud se pasará florida;
 Cuya falta guiará el curso sereno
 Desta real descendencia esclarecida,
 A don Fernán Ruiz, segundo hermano
 Del príncipe Don Pedro el Castellano.

» Sobrino suyo, hijo del que digo,
 Don Gutierrez será, el Descalabrado,
 Que á Toroño, del bando su enemigo,
 Recobraré, con parte de su estado;
 Y el Rey, por deudo ó por afable amigo,
 O porque al tronco vuelva tu condado,
 Con el aplauso general de España
 En nuevo feudo le dará á Saldaña.

» Seguirle ha don Fernando, que en Galicia
 Cobraré de su antiguo patrimonio
 A Sarria y Lémos, siéndole propicia
 La bella Emilia en dulce desposorio;
 Despues que muestre en la áspera milicia
 De Africa, con bastante testimonio,
 Que él de trofeos la ha de hacer más llena
 Que el aire y sol de palmas y de arena.

» Deste brio y la sangre de Mendoza
 Nacerá un don Estéban para estrago
 Del bárbaro feroz que ahora goza
 De España el reino y de fortuna el pago;
 Y si este siglo de oro se remoja,
 Pertiguero mayor de Santiago
 Y adelantado se verá en Galicia,
 Yerno de un rey y rey de la milicia.

» El que de una bellísima Violante,
 Del rey Don Sancho el Bravo hija amada,
 Allí es esposo noble y tierno amante,
 Y en Parédes la mas temida espada,
 Es don Fernando; y el que, al ir delante,
 En esfuerzo y braveza no igualada
 Queda único, don Pedro, de la guerra
 Marte español, si Marte hay en la tierra.

» Tendrá dos hijas reinas valerosas,
 Una de Portugal y otra en Castilla;
 Y él, por su brazo y fuerzas poderosas,
 En Lerma y Peñafiel la primer silla:
 Dará en Tarifa heridas espantosas,
 En Badajoz asombro y maravilla;
 Mas es mortal, y aunque su nombre admira,
 Al fin vendrá á morir en Algecira.

» Ya deste origen tomarán corriente
 De Arrayo los dos condes lusitanos;
 Aquí los del Villar su noble fuente
 Llena de sangre real verán ufanos;
 Y aun deste mismo tronco y su creciente
 Árboles nacerán tan soberanos,
 Que el mundo dellos cuelgue y de su hebilla
 La real corona y cetro de Castilla.

» Deste don Pedro es hijo aquel Fernando,
 De dos reyes cuñado y de otro yerno,
 Que su lealtad primera sustentando,
 En Anglia heredará renombre eterno:
 La que el mundo tras él está admirando,
 Con su brio gallardo y mirar tierno,
 Su bella hija Isabel, y aquel su esposo,
 Gran conde y condestable poderoso.

» El que allí duque espera ser de Arjona,
 Y en Peñafiel tener prision y entierro
 Cuando de luto cubra su persona
 El mismo rey que le prendió por yerro,
 Hijo de los dos es, y esta matrona
 (Si de Oróntes los cómputos no yerro)
 Doña Beatriz, que en dulce desposorio
 Dará su sangre real á la de Osorio.

» El que allí de ambas por igual florece,
 Y en la santa conquista de Granada
 Entre grabado acero resplandece,
 De sangre llena su invencible espada,
 Es don Rodrigo; y la que del parece
 Que el brio toma y majestad prestada,
 La segunda Beatriz de Osorio y Castro,
 Digna de mil estatuas de alabastro.

» Aquel real lusitano es su marido,
 Y la beldad que su sitial rodea,
 Doce príncipes, fruto enriquecido
 De cuanta humana gloria se desea:
 Dejo el primero, que será escogido
 Para que toda junta suya sea,
 Dos prelados de Cuenca y de Sevilla,
 Gloria de Portugal, luz de Castilla.

» Aquel comendador mayor de Cristo,
 Que aun desde ahora alegría su esperanza,
 Las dos bellas duquesas que ya has visto
 Allá en Veragua, aquella está en Braganza:
 De cuyo cetro el mando mero mixto
 Hasta los mundos por venir alcanza,
 Una y otra condesa hermosa y sabia,
 Esta en Chanel, aquella en Ribadavia.

» ¿Quién bastará á decirte las grandezas
 Que el sabio destes príncipes contaba?
 ¿Los triunfos, las victorias, las proezas
 Con que me entretenía y asombraba?
 ¿Títulos, nombres, señoríos, riquezas
 Que este tiempo á su casa amontonaba?
 Será ponerme yo á tratar de ellas,
 Contar arena al mar, al cielo estrellas.

» Basta, en suma, decirte que el que aumenta
 Con el de Andrade su famoso estado,
 Y un gran marques de Sarria representa,
 De un invencible emperador al lado,
 Es don Fernán Ruiz, que en esta cuenta
 Bisabuelo es del rayo señalado,
 Que allí nos da, con su retrato solo,
 Más firme luz que en su carroza Apolo.

» Hijo suyo será el que en gloria nueva
 A los timbres añada de su casa
 La illustre sangre de la antigua cueva
 Que en profundo valor se abrió sin tasa;
 De quien saldrá el que en Nápoles dé prueba
 De la prudencia con que á Néctor pasa,
 Y á Ulises deja atras en su gobierno,
 Y al fiel Acates en piadoso y tierno.

» Si á esta real masa soberana junta,
 De limpia sangre y rosicler de gloria,
 El rico Sandoval la suya ayunta,
 De imperio digna y de inmortal memoria;
 La luz vendrá á nacer, á quien apunta
 Lo mas florido de una heroica historia
 Que el mundo espera, á quien el nombre suyo
 Famoso el mio hará y eterno el tuyo.

» ¡Oh heroico pecho, en cuyo real semblante,
No un mundo, mas un cielo resplandece,
Con mas glorias que estrellas carga Atlante
Cuando á su vista el sol desaparece!
Dé prisa el hado á un bien tan importante,
Y el reino que en el rico abril florece
De tu valor, sin que jamas falezca,
Cual tú en virtud, así en tus honras crezca.

» Quién, como tú, á los mundos donde sueñas
Saldrá príncipe y sabio todo junto,
Cuando tu real palacio ser de Atenas
Podrá, en graves filósofos, trasunto,
Dándole tú, cual nuevo Augusto, llenas
De honra las letras, y al difícil punto
De la virtud, con tus heroicos pasos,
Subida fácil y caminos rasos?

» Ya veo colgar de tu ánimo prudente
Del occidental orbe el noble peso,
Y en tu grave modestia y sangre ardiente,
De Marte el brio y de Minerva el seso;
De tu espíritu altivo y elocuente
En todas facultades el exceso
Con que así en las materias te adelantas,
Que al sabio admiras y al soberbio espantas.

» Los otros dos que á la una y otra mano
Su gala dejan de grandezas llena,
Y en lo mejor de un mundo cortesano
La suya en agradable aplauso sueña;
El uno ha de ser duque Taurisano,
Honor del lacio campo, en que resuena
Con mil dones de su ánimo excelente,
Amor y asombro á la toscana gente.

» Del tierno bozo el grave lustre apénas
A su rostro dará sombra y decoro,
Cuando de la una de las tres serenas
El reino enfreñará con riendas de oro;
Y de sus reales obras nubes llenas
De honor enhuecará el clarín sonoro
De la parlera fama, cuyas voces
Tu alegre tiempo eternos siglos goces.

» Reducirá con su prudencia sola
A Roma un veneciano arrojamiento,
Cuando en riesgo mayor, entre oía y oía
Amenazar parezca un fin violento;
¡Oh á la tusca nacion, gloria española!
¡Quién pudiera el preñado pensamiento
De tus grandezas darle al mundo entero
Con la pluma en que vences la de Homero!

» El otro que ya allí, en jinete ardiente,
Un español Narciso representa,
Gallardo, brioso, galan, sabio y prudente,
Que ánimo y brio á quien le mira alienta,
Del rico Gélfes es conde valiente
Y la suma feliz desta real cuenta,
Y todos gloria del iberio suelo,
Rayos de un claro sol, soles de un cielo.

» Y allí los tres, ardiendo en llamas de oro,
A vista veo del español monarca,
Más floridos que el mes que alumbraba el toro,
Hacer todos los gustos de su marca;
Donde tambien la mina del tesoro,
Que tal le dará al mundo, alegre enarca
Los graves ojos, para entrar por ellos
Segunda vez al alma hijos tan bellos.

» Será sabia Minerva del ocaso
Del real palacio el peso que mas pesa;
Mas ya es tiempo que pase, aunque de paso,
A decirte algo desta real princesa,
Desta nueva deidad, que en cielo raso
Da gloria á quien la mira, y deja impresa
En el alma una fe y amor que inclina
Y fuerza á darle honor y honra divina.

» Querida prenda del valor que ahora
Ves, que en su fama ha de aclarar la tuya;
Mas tan gran majestad, tan gran señora,
¿De quién pudiera ser, si no era suya?
Ser la mayor beldad que España adora,
La que mas gracias y primor incluya,
De sangre real del mundo celebrada,
De un gran duque de Lerma hija amada.

» Todo es humilde nombre á su grandeza,
Y la mayor de todas ser esposa
Deste asombro del tiempo, en cuya alteza
La suya halló la esfera en que reposa:
El mundo ofrezca, oh norte de belleza,
Corona eterna á tu cabeza hermosa,
La Arabia incienso, oro el indio adusto,
Los años vida y fama, el cielo gusto.

» Siete siglos y medio está distante
Este sol de tu vista y de su oriente;
Ciento y cincuenta lustros adelante
Vestirá de arrebuelos el poniente,
Y su grave prudencia firme Atlante
Será de una encubierta y nueva gente
Que allá en la otra region del mundo mora,
Y nuestra noche tiene por aurora.

» Ayudadme, oh bellisimos retratos,
Que, en gurbias de oro por encanto hechos,
Prestais vuestras estatuas por ornatos
Del vario jaspe deste muro y techos:
Celebremos con fiestas y aparatos,
Ya dignos destes dos heroicos pechos,
El bien que en su venida se atesora,
Y en su esperanza alegra desde ahora.»

Dijo la sabia; y en rumor sonoro,
Que al alma sus oficios suspendía,
Con graves arpas cien estatuas de oro
La gloria celebraron de aquel día:
Quedó absorto Bernardo; ardió el tesoro
Del real palacio en fuegos de alegría;
El castillo tembló, y del nuevo espanto
El mundo al rico peso hizo otro tanto.

Mas luego que en la grave pesadumbre
Que al corvo monte la ancha espalda oprime,
El resonar del oro en la techumbre,
Y el nuevo asombro con que el bosque gime,
Sosegándose fué, y la clara lumbre
Que en rayos de oro por el aire esgrime,
Ya el vivo resplandor volvió á su seno,
Y dejó el aire en su quietud sereno;

En el uso perfecto del sentido,
De su resplandeciente arnes armado,
El valeroso godo, reducido,
Fuera se halló del término encantado;
Donde, en el mago espejo entretenido,
La corriente feliz contempla al hado,
Y el prevenido vió fruto fecundo
Que de su sangre real espera el mundo.

Huyóse de la máquina presente
El mágico furor desvanecido,
Y el rico alcazar pareció patente,
De fuerte muro natural ceñido,
De arquitectura y fabrica excelente;
No con perfumes bárbaros fingido,
Mas en mármol y bronce, el jaspe y oro
De firme majestad hacen tesoro.

Por altos patios y anchos corredores
Confusa tropa vió de armada gente,
Que con ilustres títulos y honores
Honrando vienen su ánimo valiente,
Tras la anciana vejez y años mayores
Del grave Oróntes, que en saber prudente
Y en vida allí contemplativa vive,
Y con alegres brazos le recibe.

Tres centurias de ilustres caballeros
Con este ardid juntó el cuidadoso anciano,
En sangre godos, en las armas fieros,
Deudos los más del jóven asturiano,
Lanzando otros cualquiera aventureros
Que á probar iban el castillo en vano,
La blanda llama entre su humo extraño,
Sin mas riesgo que el miedo del engaño.

Estos, con ricas armas en tesoro
De fina pedrería y luz sembradas,
Y espumantes frisiones de sonoro
Nevado freno y clines alheñadas,
Hiriendo al viento los jaeces de oro,
Y al timble en presuncion plumas doradas,
Y alzando estrellas por los aires mudos
El vivo centellar de los escudos,

Alegre hacen y noble compañía
Al bello jóven y al prudente mago,
Que de Leon á la corte partió un día,
De cuantos pudo el ménos aciago,
A ver su casto tío, y si podría
De su nueva presencia el tierno halago
Ser á sus presos padres de provecho,
Y del Rey ablandar el duro pecho.

No sé cuál riguroso signo veda
Causa tan justa; que ninguna ahora
Hallo que, sin notorio agravio, pueda
Ser desta ingrata sinjusticia autora;
Mas á un gran vuelo que por dar me queda,
Al reino voy donde la noche mora,
A buscar los amigos de Morgante,
Que en la gruta dejó de un nigromante.

De Tlascalan en la profunda cueva,
Al confuso rigor de la montaña,
Absortos los tragó por senda nueva
Del pozo ardiente la abertura extraña:
Dando de allí con ellos donde lleva
Sus corrientes la muerte, y donde baña
Con sus torcidas ondas Flegetonte
Las carcomidas grutas de Aqueronte.

Mas luego que por quebras infernales
La tierra vomitó los tres guerreros
Sobre los africanos arenales,
Como en sus mas pacíficos linderos;
Malgesi, que al hallarse en los umbrales
De su patria cobró nuevos aceros,
Al vivo gusto de tomar venganza
En el contrario bando de Maganza,

Con dos humosos cercos y un conjuro
A Reinaldos llevó en su frágil leño
Al real de Francia, en el silencio oscuro
De la fria madre del templado sueño,
Dejando al campo alarbe más seguro
Los otros dos, que en su bajel pequeño
Del ancho mundo vieron los puntales
Y las playas cruzaron infernales.

Halláronse en un bosque á la marina
Orimandro y Morgante una mañana,
Donde la corva playa cristalina
Huye de la mayor sirte africana;
Y en la costa del mar circunvecina
En un roto batel tropa liviana
De descompuesto vulgo, que á porfía
En confuso monton se combatía.

Mas la Angélica reina de la aurora
El curso vuelve de mi pluma vario,
Que al mar de Alcina, en una fusta mora
Con otras la robó un cruel corsario
A vista de Orimandro, que la adora;
Y el turbio mar se la escondió, voltario,
Al punto que su luz cerraba el día,
Y al presto bergantín otro embestia.

Eran todos corsarios que al pillaje
En corso el mar desvuelven cristalino,
Y allí el bárbaro fin de su viaje
El cerúleo color volvió sanguino;
Y fué el firme pelear con tal coraje,
Que, cuando la vecina aurora vino,
Mostró que del rigor de la batalla
Nadie vivo sobró para gozalla.

Solo quedó un mancebo mal herido,
De alegre rostro y grave gallardía,
Y un morábito viejo mal nacido,
De larga barba y flaca hipocresía,
Que, de cobarde, habiéndose escondido
Mientras el pelear duró, fingía
A Maboma enviar vanos mensajes
En ridiculos gestos y visajes.

Este, hallándose solo y victorioso,
Y ambos bajeles á su riesgo y cuenta,
Viejo atrevido, hipócrita engañoso,
De astucias lleno y de codicia hambrienta,
Saltó al contrario barco, aunque medroso,
Y halló á Angélica en él, que se lamenta,
En compañía de otras dos doncellas,
Como en la de la luna las estrellas.

Lloraban el rigor, la desventura
Del cruel estrago y general destrozo;
Que esta vez la fortuna mal segura
La victoria dejó vacía de gozo;
Y de las tres la de mayor ternura
Su falda daba al desagrado moro,
Enviando de los ojos á la herida
Lágrimas, que eran bálsamo á su vida.

Era la dama Arminda, hija de Janto,
Príncipe de Corfú y nieto de Alcina,
Y el mancebo, archiduque de Lepanto,
Isla del mismo mar circunvecina:
Criáronse los dos en dulce encanto
En la cretense corte, su vecina,
Donde el trato, la edad y el ejercicio
En producir amor hizo su oficio.

Sacó la hada del cretense infierno
La amada nieta, prenda de alegría,
Dejando dentro del su amante tierno,
Y á ella fuera del cielo en que vivía,
Y á ambos en soledad y llanto eterno;
Hasta que amor dió traza como un día
Leoncio robase del jardin de Alcina
Su dulce joya de beldad divina.

Tuvo dichosamente conseguido
El amante su fin, su amada bella
Del tierno amor el premio merecido;
Y él á las dos robó que halló con ella;
Mas la que dar no supo bien cumplido,
Retrograda infeliz volvió su estrella,
Y el gusto que en su alma amanecía
Antes se le murió que viese el día.

El morábito viejo cauteloso,
Que en la fusta saltó, viendo de Arminda
En el regazo el jóven valeroso
Que, ya sin habla, con la muerte alinda,
Temió, aun así mortal, su aire brioso,
Y que si vivo escapara, se le rinda
La una y otra fortuna, y sea de modo
Que él solo quede vencedor de todo.

Y así sobre él furioso se abalanza,
(¡Extraña crueldad!) ¡oh Arminda bella,
Qué golpe tan cruel á la esperanza
Que cuelga el hilo de tu vida en ella!
El limpio boj de la cobarde lanza,
De quien nadie jamas formó querrela,
De solas tus desdichas ayudado,
Dar pudo fin á lo que habia empezado.

Y del flaco vivir el tibio aliento,
Que ya se esfuerza y presto se mitiga,
Entre el brazo amoroso y el violento,
Y la agradable mano y la enemiga,
Cual tierna exhalacion la bebió el viento
En el regazo de su amada amiga,
Sabrosa cama y temeroso lecho
A tan suave amor y horrible hecho.

Quedó más que su amigo Arminda muerta,
Y en un punto furiosa, acelerada
La llama del amor, antes cubierta,
Por los ojos brotó el alma agraviada;
Y cual parda ceraste, antes cubierta,
Del basto pié del labrador pisada,
Salta, y con lengua de ponzoña muda
Por la garganta en rosca se le anuda;

Así la dama, herida en lo mas tierno,
Contra el cobarde bárbaro enemigo
Furiosa arremetió, vuelto en infierno
El rostro que era gloria de su amigo;
Y no en abrazo regalado y tierno,
Mas en horribles nudos de castigo,
Los ántes tiernos brazos, de ira llena,
Por el infame cuello le encadena.

Dió con el débil descarnado moro
Sobre el duro combes la tierna dama,
Y á bocados, perdido ya el decoro,
Vengar quiere á su amante y á su fama:
Las otras solas dos, que en tierno lloro
De la tragedia cruel creen la trama;
Que en el auto presente, solos cuatro
Los personajes hacen y el teatro;

Viendo el triste suceso y brio furioso
Del nuevo nudo y peligrosa liga,
Con pecho más que de mujer brioso
A la venganza acuden de su amiga;
Y las tres al morábito medroso,
En brega desigual, lucha enemiga,
Mientras una le tiene, otras le ayudan,
Y en firmes lazos de rigor le anudan.

Creció la rabia, y de las blancas tocas
Duras esposas y cadenas hechas,
Entre firmes lazadas y no pocas,
Las mal regidas manos tiene estrechas:
Hallanse en la ocasión, y en furia locas,
Ciegas en ira y en dolor deshechas,
Quieren con su crueldad al enemigo
Mostrar que es de mujeres el castigo.

Y así ligado en la sangrienta plaza
Del destrozado barco, al fiero intento
Sus mujeriles armas desembrazada
La de mas reportado sufrimiento:
De sutiles agujas, nueva traza,
Nunca ántes vista al mundo, de tormento,
Sacaron, y en venganza á sus antojos,
Con ellas al morábito los ojos.

Y por las mas cerradas coyunturas
Y partes mas sensibles de la vida,
Del acero sutil las puntas duras
Al alma le entran, sin dejarle herida;
Y en los nervios y blandas ligaduras
Anatomía hacen no aprendida;
Que solo pudo hallar igual tormento
De ofendida mujer el pensamiento.

Así, del tierno hijo en la desgracia,
Hécuba con su pueblo advenedizo
Sobre el avaro monstruo rey de Tracia
Otro castigo semejante hizo:
De las nuestras la loca pertinacia
Al moro miembro á miembro lo deshizo,
Mutándole el tormento en mil maneras;
Que la mujer cruel eslo de véras.

Dos días que el mar con su bramar sonoro
Tardó en sacar á la africana arena
El triste barco, al desmembrado moro
La vida le duró, el tormento y pena,
Y de las tres el importuno lloro;
Y al tercer día que con luz serena
Alumbró el mundo y descubrió la costa
Que de las sirtes es canal angosta,

A bordo vieron del bajel perdido
Otro, que, aunque á la playa huyendo viene,
Hallando aquel en calma detenido,
Que ni trae velas ni gobierno tiene,
Por llevarle de encuentro divertido,
En su huir medroso se detiene,
Saltando dentro en brio denodado,
Por nuevo asombro, un caballero armado.

De Tripol para Túnez descendía,
Del fiero rey Geber huyendo en vano
Con la bella Aja, que robado había,
Ardiendo en sus amores, Artabano;
Y ella, que en torpe amor tambien se ardia,
Al robo la ocasión le dió en la mano;
Y el ofendido rey con gente armada
Tras su honra viene y su opinión robada.

Era Artabano infiel, de alma inquieta,
Traidor en trato, en nacimiento oscuro,
Mollita en Fez, alcaide en la Goleta,
En fe inconstante, en corazón perjuro;
Y ahora cual lizerísimo cometa
En busca va de su enricado muro,
Hecho más al deleite que al acero,
Y al sensual amor que al verdadero.

Y encontrando el bajel, que sobreaguado
Las olas traen por faltarle gente,
Dentro saltó, de acero y miedo armado,
O por la muerte huir que ve presente,
O del gusto primero empalagado,
Y ocasionado de otro mas ardiente,
Nacida, aunque de léjos, su centella
De los rayos de Angélica la bella.

Mas sea con este ó con aquel intento,
Sin mas curar de la que trae robada,
Como quien se descanta del tormento
Con que ya el gusto que alcanzó le enfada,
Al bergantín se arroja; y dando al viento
Vela, lealtad y fe, á la playa amada
La herrada proa y la esperanza guia
Con seis de su alevosa compañía.

Mas no pudo el intento comenzado
Tan á su gusto y salvo efectuarse,
Que del rey ofendido el bando airado
No llegase con él á barloarse:
Quedó rendido y preso el abordado,
Y la instable fortuna al mejorarse
Pasó las damas del bajel pequeño,
Cautivas, del segundo al tercer dueño.

Y presas ya tres veces, y ninguna
Con las últimas armas, un sanjaco
Saltó de Marte á la abordada cuna,
Más que á la guerra, atento al robo y saco:
Vió las tres damas, y cautivo de una
Que en la region nació que venció Baco,
Sin buscar otra presa, ciego en vella,
A su esquite saltó y se fué con ella.

No dió el segundo ayuda al primer viento;
Que era un seco levante el que corría;
Mas, aunque aire contrario al de su intento,
La proa adonde el que sopla quiere guia:
Cazóle á popa, y con furor violento
A la playa le echó, cuando del día,
Por los albores, la parlera hermana
A entoldallos salía de oro y grana.

A los humildes ranchos de una gente
Que de pescar y de robar vivía,
El barco zabordeó en la arena birviente
Que de las blancas rocas resurtía:
Acudió al saco un escuadron valiente,
Que á la mar á pillar, si hay qué, venía,
Y al frio sanjaco, en su infeliz huida,
La dama le quitaron y la vida.

Saquean el barco, y en deleite y gozo
Por su confusa gente el furor arde;
Matan, sin reservar viejo ni mozo,
Al soldado valiente y al cobarde;
Y entre el confuso bárbaro destrozo,
Solo el alegre rostro, haciendo alarde,
De Angélica se está libre y segura;
Que hasta alarbes respetan la hermosura.

Mas ya que al flaco lecho no ha quedado
Despojo que robar ni hombre con vida,
Y en la sangrienta popa el bulto amado
A ver su rostro y su beldad convida,
El bárbaro escuadron, ocasionado
Del robo, la cruel mano homicida
Vuelta contra su pecho feroz riñe,
Y en sangre propia el barco ajeno tiñe.

Y mientras del marcial furor la prueba
Teje la ciega lid mas espantosa,
A un gallardo numida en sangre nueva
El tierno amor le presta sangre briosa:
Este, con dos que en su resguardo lleva,
De Medoro robó la altiva esposa,
Y con ella á la selva mas vecina,
Cercado de armas y deseos, camina.

En igual ademan el campo griego
Vió á los fieros verdugos entregada
La bella hija del rey, que el sagaz ruego
De Ulises dió por victima sagrada,
Y á la orilla del mar, de un monton ciego
De armas, hacia la selva mas guardada,
Así la llevarian, como ahora
Los tres á la oriental emperadora;

Al tiempo que el rey pérsico y Morgante,
De Pluton vomitados en la playa,
Salir la aurora vieron rutilante,
De aljófár llena su florida saya;
Cuya luz les mostró poco distante,
Del bravo mar sobre la corva raya,
Los tres que con la Angélica belleza
Del bosque iban á entrarse en la maleza;

Fué á la playa el jayan; que son sus gustos
Traer siempre las armas en las manos;
Y el persa hácia los tres brazos robustos
Que llevar ve su amada presa ufanos;
Mas cuando en lo mayor de sus disgustos
Sin pensar vió los ojos soberanos
Que dan brio á su amor, vida á su fama,
Y halló tan cerca su perdida dama;

Nunca del codicioso ojos hambrientos,
Al centellar las rubias masas de oro
Que el corvo arado en céspedes sedientos
Al pasar descubrió de un gran tesoro,
Mas prestos en mirar, ni mas atentos
Al ruido vuelven del metal sonoro,
Ni por ellos al alma entró en un punto
Mayor deleite y sobresalto junto,

Que en el alma del persa la divisa
De los primores puso de su dama.
Si bien la priesa con que va le avisa
Del conocido riesgo de su fama;
Y así, sin pedir cuenta ni pesquisa
De quién, dónde ó por qué, feroz derrama
Por la espada sus celos, y su brazo
Del tierno cuello rompe el torpe lazo.

No era el bárbaro amante tan sin brio,
Ni en su alfanje tan muertos los aceros,
Que no pensase en limpio desafío
Su opinión defender á diez guerreros;
Antes al paso con feroz desvío,
De en medio de sus bravos compañeros
Desnudo sale á defender su fama,
Que es de las dos la mas querida dama.

No le fué al Rey tan fácil la victoria
Con la desnuda gente que acudia,
Que mientras la ganó perdió su gloria
Y el nuevo gusto que hallado habia:
Ora le fuese oculta, ora notoria
La espada que por ella combatia,
Mientras duró el reñir, por mas segura,
Huyendo se escondió en una espesura.

Al ántes victorioso rey, vencido
Los rigores dejaron de su estrella,
Seguro de que ya era conocido,
Pues tanto huye su enemiga bella:
Signiera el rastro, mas el rastro ha sido
En todo tan sin él, y él tan sin ella,
Como el que ántes soñando halló un tesoro
Que al despertar se huyó en la sombra de oro.

El jayan corzo á la contraria parte
Paz acudió á poner ó nueva guerra;
Que, como en raso campo un feroz Marte,
Con todos en monton confuso cierra;
Y en tantos golpes su furor reparte,
Que á aquel, á este y al otro echa por tierra,
Huyendo los demas, como sin tiento
De un feroz toro el vulgo alharaquiento.

Y juntos los guerreros valerosos,
A pié se entraron por la selva espesa,
Con pasos y con ojos cuidadosos,
Aunque á fin vario y diferente empresa:
Morgante á sus recuentros belicosos,
Orimandro buscando á la Princesa,
Sin hallar por los campos en tres dias
Mas que de alarbes pobres rancherías;

Quando una noche lóbrega sin tino,
El valle que un preñado monte hacia,
De un apartado fuego del camino
Albergue al parecer les ofrecia:
Siguen la luz, y al pié de un crespo encino
Plantado un pabellon vieron que habia,
Y al grueso hogar una abundante cena,
Vacía de gente, y de aparato llena.

Las blancas mesas por las frescas flores,
De pichelas cargadas y de tazas,
Sobre grasientas brasas asadores
Humeando llenos de diversas cazas;
Seis jinetes caballos corredores
Paciendo al prado sus mejores plazas,
Y por principio del convite aciago
De fresca sangre un espumoso lago:

Tres armados varones recien muertos,
Las armas y los cuerpos destrozados,
Unos de heridas sin piedad abiertos,
Otros á crueles golpes desmembrados;
Sin hallar de tan varios desconciertos
La victoriosa espada, ni sobrados
Los que al triste marcial campo sangriento
Dueños pudiesen ser del campamento.

La cena y el convite placentero
En triste cena trágica mudado;
Las trastornadas tazas, que el postrero
Licor aun no han del todo derramado;
Por las brasas humeando el ciervo entero;
El tierno corderillo medio asado;
Del jabali el testuz, la espalda entera
Del carnero, y de leche una ternera.

Morgante, alegre con la hallada cena,
Recurso de la hambre que traia,
Sin aguardar mas huéspedes, condena
Por plato suyo cuanto en torno habia:
Siéntase á la abundante mesa, llena
Ya de lo que ántes sobre el fuego habia,
Y sin hacerle salva al compañero,
Por ante se comió un venado entero.

El prudente Orimandro, más atento
A lo que falta allí que á lo que sobra,
Con alma busca prouida el intento
De los fieros autores de tal obra;
Y repartido en mil el pensamiento,
En ninguno quietud segura cobra;
Que un triste de continuo tiene el pecho
Nueva oficina de desgracias hecho.

Parécele que suena en la montaña
Rumor de gente; salta de la mesa,
Y el quebrado eco de la voz extraña
Buscando se entra por la selva espesa:
Y no mucho en su bosque se enmaraña,
Quando oyó del Catay la gran princesa,
Que al cielo favor pide, y él, herido
De su violencia, el alma dió al oído.

Y en más velocidad que al centro lleva
De un grave cuerpo el peso violentado,
O de prudente mago á la voz nueva
Alma sutil ó espíritu apremiado,
A dar de un risco fué á una oculta cueva,
De adonde el bello bulto destrozado
Sacaban dos alegres caballeros,
Ya con tiernos halagos, ya con fieros.

Quieren, á fuerza de la suya injusta,
Poner en ella el gusto que no tiene,
Mas el celoso amante, á quien la adusta
Cólera hasta privarle el seso viene,
La espada aprieta, y con virtud robusta,
Feroz, ni se embaraza, ni detiene
A darles de sí cuenta ni tomalla,
Ni pedir ni ofrecerles la batalla.

Mas con celeridad arrebatada,
« Afuera, dice, pueblo vil y oscuro,
Indigno de beldad tan acabada,
De fe sin ley y de hábito perjurio: »
Y á no ver con sus lazos enredada
Su hermosa yedra en el infame muro
Que en su honor carga, con la espada fuera
La primer salva y prevencion primera.

Y los dos, á quien más temores causa
El acto infame que el contrario esquivo,
En la primera fuerza hicieron pausa,
Y á la segunda ofrecen pecho altivo:
Quedó de la cuestion libre la causa,
Que mientras dura, en paso fugitivo.
Huyendo á tiento por la selva oscura,
Ni aquí está sin temor ni allí segura.

No fué el combate mucho, que el enojo
Y la razon lo era del persiano;
Y así, aunque en defender su torpe antojo
A los dos puso su ánimo liviano,
A pocos lances, sobre el campo rojo
Con sangre propia firman de su mano
Que del torpe deleite la bebida
Ó con la honra se escota ó con la vida.

Murieron ambos; que á los golpes fieros
Del persa no hay escudo que resista,
Y él, victorioso ya, con piés lijeros
Su dama busca y con atenta vista;
Mas, aunque vió á los árboles postreros
Parir del bosque en argentada lista
El rubio sol, no vió el de su cuidado;
Que ama ingrata beldad, y es desamado.

Y seguir al amor sin la ventura
Es tropezar continuo en la desgracia:
Otro sus pasos siga ó su locura;
Que yo á Morgante vuelvo y en su gracia:
Al frío silencio de la noche oscura
Quiero á su mesa ver cómo se espacia
En el brindar el mosto; que el gigante
Un mar se beberá que halle delante.

De gruesa vianda lleno el vientre hambriento,
Y del dulce licor ocasionado,
A solo el gusto de su gula atento,
En vino quedó y sueño sepultado,
Hasta que al desacuerdo soñoliento
La luz del día gastó, y se halló cercado
De la escuadra infeliz, que en triste suerte
De entre las tazas se bebió la muerte.

Admiróle el estrago y ver perdido
Su altivo compañero; y por buscallo
Al entrar en el bosque, oyó ruidido
De un triste llanto en el vecino valle:
Siguió la voz, y halló al combés florido
De la salida de una umbrosa calle,
Llorando sobre un muerto caballero,
La preciosa lealtad de un escudero.

Eran los muertos dos, mas solo al uno
Con ternura lloraba el fiel sirviente:
Llegó el jayán; cesó el llanto importuno,
Temiendo que la espada sea valiente
Que con vida de dos dejó á ninguno:
Quiso medroso huir, viendo presente
Tal bulto; mas detúvole el gigante,
Por saber del suceso lo importante.

Y habiéndole mandado le dé cuenta
Qué origen han tenido aquellas muertes,
Quién alcanzó victoria tan sangrienta,
Qué espada llegó á dar golpes tan fuertes,
Qué se hizo el vencedor, por cuya afrenta
De venganza se dieron tantas suertes,
El siervo humilde al corzo antojadizo,
Temblando, en todo así le satisfizo:

«Larga tragedia, casos lastimosos
Son los que me pedis, señor, que os diga;
Que pechos falsos y hombres engañosos
Así el cielo y su culpa los castiga:
La Arabia dos hermanos belicosos
De oscura sangre dió en virtud mendiga,
Que, arrogantes, soberbios y valientes,
De Mahoma se fingen descendientes.

»Fuéron Geber y el poderoso Argante,
A quien, por su traicion y valentía,
La fortuna, en favores abundante,
Reyes, de humilde sangre, hizo un día:
Este el cetro de Fez rige triunfante,
De Tripol le dió al otro en Berbería
Silla y corona, y hoy la incierta guerra
Triste sepulcro en esta inculca sierra.

»Aja, una mora, á quien la adversa suerte
Para nuevas tragedias echó al mundo,
Reina de Tripol fué, de Origio el Fuerte
Mujer alevosa y cruel, de pecho inmundo,
Que dió á su esposo fiel traidora muerte,
Y tras él á Geber cetro segundo,
Subiendo á rey de Tripol el tirano
Por el favor de su alevosa mano.

»No fué el nuevo adulterio en sus antojos
La última liviandad que en ellos hizo;
Que en otros muchos sus risueños ojos
Varios contentos levantó y deshizo,
Hasta que toda, al fin, se dió en despojos
A Artabano, este moro advenedizo
Que ante tus piés, el corazón abierto,
De ese golpe de espada está ahora muerto.

»A su delito igual la justa pena
Le dió la muerte; advierte ahora el sino
Por donde el discurrir del cielo ordena
A cada vida el fin de su camino:
Argante, de ambicion el alma llena,
Casamiento pretende peregrino
En Acaya, y Geber, su incauto hermano,
Para darle favor se ha puesto en vano.

»Querian robar á la cretense infanta
Juntos los dos hermanos de concierto,
Y á esto, con sus bajeles y con cuanta
Gente pudo, Geber salió del puerto;
Mas un frío cierzo con braveza tanta
Barrió del mar Carpacio el seno abierto,
Que el día que pensó llegar á Acaya
Arribar le forzó á su misma playa.

»Y en tanto que de Tripol el tirano
Por la mar forcejaba contra el viento,
Su casta esposa en brazos de Artabano
La honra vendía por un vil contento;
Y así rindió su corazón liviano,
Que por no mudar gusto, mudó asiento,
Y la patria trocó, el honor y estado,
Por el adulterino ingrato amado.

»Salió con él robada el mismo día
Que el Rey volvía á su abrigado puerto,
De adversa suerte lleno y de alegría,
A ver la pena de su mal concierto:
Lloró el perdido honor, y al que huía
Con él siguió y prendió, y á este desierto
Vino á morir con su traidora espada;
Que el cielo es justo y no perdona nada.

»Alcanzóle en la mar; prendióle vivo;
Que por más se vengar no le dió muerte,
Y por cobrar, teniéndole cautivo,
De su áspera goleta el risco fuerte:
Guardó la ingrata vida este motivo,
Cuya mano (¡tal es la humana suerte!)
La suya quitó al Rey, que dejó acaso
Su gente en guarda de un estrecho paso.

»Y con el preso, y este incauto moro
Por su guarda, llegó á esta estéril sierra,
En cuya verde falda un bulto de oro
Ofender vieron con injusta guerra;
Una dama, que el mundo en su tesoro
Otra joya de igual primor no encierra,
En poder de unos bárbaros feroces,
Contra quien daba en su defensa voces.

»Libraron con su fuerza á la que pudo
Con la suya rendir sus torpes ojos,
Y al tirano Geber, suspeso y mudo,
En su gusto sembrar nuevos antojos:
No sé si aquí me engaño; mas no dudo,
Del triste estado destes campos rojos,
Que en lugar de la adúltera quería
Que la nueva reinase en Berbería.

»Este gallardo jóven, cuya muerte
Triste presagio de la mia ha sido,
Y su real nombre Bohamel el Fuerte,
Y de Orgio primo y sucesor querido;
O ya rendido de la misma suerte,
Del bello rostro en llanto consumido,
O que con la ocasion quisiese en ella
Cobrar de un golpe el reino y la doncella;

»Hecho su oculto trato con el preso,
Y de armas prevenido de su mano,
Feliz á los principios el suceso,
Suya fué la virtud y de Artabano:
Matan al rey Geber, matan tras eso
Del rudo pueblo el escuadrón villano;
Que él trazando su amor, y ellos su cena,
De nada estaban con temor ni pena.

»Vuelto sangriento lago el aparato
Del banquete real, vió la floresta,
Entre tazas y muertos, un retrato
De los centauros en su horrible fiesta:
Huyó la bella dama con recato
De la turbada mesa descompuesta,
Siguiéndola, cual diestros cazadores,
De la matanza cruel los agresores.

»Desta vecina gruta en las entrañas
Huyendo se escondió, y los dos tras ella
Victoriosos desvuelven las montañas
Al turbio rayo de una oscura estrella;
Cuando, entre ásperos riscos y espadañas,
Su luz la descubrió, cual Diana bella,
Que, al romperse la hueca nube fría,
Hurtando sale la hermosura al día.

»Mas, ahora al fin de la cruel matanza
Algun furor quedase con la vida,
O el justo cielo diese á la venganza
Del caso atroz tan misera salida;
Casi triunfando ya de su esperanza,
Y por la frente la ocasion asida,
La vuelta daban de esa gruta oscura
Con la recién hallada hermosura;

»Cuando un soberbio bulto denegrido
Las sombras amasaron desta sierra,
Del ciego infierno á castigar venido
Los alevs destrozos de tal guerra;
Más que de acero, de rigor vestido,
De dos golpes, cual ves, echó por tierra
Las malogradas vidas que en una hora
Vénus triunfantes vió, muertas la aurora.

»De la infeliz tragedia, por testigo,
Yo solo me salvé en la gruta oscura,
Medroso que del cielo al fiel castigo
No habia en el mundo ya parte segura;
Cuando del vientre oscuro cuyo abrigó
El temor me prestó, vi una figura
En horrible anhelar sembrando fuego,
Que este mundo alumbró, y se apagó luego.»

Así el medroso moro al rey Morgante
De su infeliz tragedia acabó el cuento;
Y él, viendo la honda cueva que adelante
Con horrible preñez se traga el viento,
Sintió en su hueco tumbo resonante
Nuevo rumor; y con gallardo aliento,
Sin mas escudriñar causas ni efectos,
Entró á ver de sus senos los secretos.

Temblo el hinchado monte, gimió el valle,
Y vomitó la cueva un fuego horrible;
Huyó el cobarde moro, que á tornalle
El amor de Bohamel no fué posible:
Lo que al corzo le avino abriendo calle
Por el oscuro cóncavo invisible,
Ni aun para dallo ahora en breve suma
Palabras tiene ni lugar mi pluma.

Monstruosas sombras, ásperos portentos,
Preñeces fueron desta cueva oscura,
Que al estrecho rigor de mis intentos
En tiempo exceden hoy y en coyuntura:
Otra trompa les dé claros acentos,
Basta al contexto y fin desta escritura;
Que el mismo día salió el corzo triunfante,
El fino arnes vestido de un gigante.

Del esforzado Anteo, que fué hijo
De la fría tierra, está la urna eminente
En la alta gruta de un peñasco fijo,
De un cuajado cristal resplandeciente;
En cuyo seno halló el bulto prolijo
De escamados artejos de serpiente,
Que por arnes el monstruo se vestía,
En perlas anudado y pedrería.

Tuvo á las faldas desta inculta sierra
Con Alcides una áspera batalla;
Alcides, que en los puntos de la guerra
Ni al mundo otro mayor ni igual se halla;
Y el hijo altivo de la humilde tierra
Así el perdido aliento halló al tocalla,
Que el caer al golpe de la herculea clava,
La primer fuerza que perdió le daba.

Hasta que el héroe invicto el cauto pecho
Del suelo levantó, y suspenso en calma,
Los músculos cerró en un nudo estrecho
Que al perezoso cuerpo exhaló el alma,
Dejando al vencedor nuevo derecho
Del libio reino y del honor la palma;
Y á esta cueva, en blason de sus porfías,
Su fino arnes y sus cenizas frías.

Hércules, por trofeo á su victoria,
La limpia clava que forjó Vulcano
Al sepulcro añadió para memoria
Que allí lo abrió su poderosa mano;
Y el corzo rey, en nueva vanagloria,
Vestido el serpentino arnes ufano.
Al salir pareció, la clava al hombro,
Nuevo Alcides del mundo y nuevo asombro.

De un escamado cuero de serpiente,
Que en oro cada escama se cogía,
Cuya ancha boca la arrugada frente
Y áspero cuello del jayan ceñía,
Hecho un feroz dragon resplandeciente,
Dejó la cueva; y el siguiente día,
Al liso pié de un álamo sombrío,
Un caballero vió al raudal de un río;

Que á pasar de la ardiente siesta el punto
Y del seco aire la tostada llama
Se aprestaba, y cabe él vivo el trasunto
De la belleza en hábitos de dama;
Mas del campo de Francia el grave asunto
A dar noticia entera de él me llama,
De su gente, sus fiestas, y de cuanto
Al mundo en sus bravezas causa espanto.

ALEGORÍA.

Por Bernardo, que, habiendo visto en los encantamientos del Carpio la clara sucesion de su linaje, no trata mas de buscar á Arcangélica, se muestra que el varon heroico que ántes caminaba tras el gusto de sus apetitos, habiendo llegado á la contemplacion y verdadero desengaño de lo por venir, y á enterarse en los grandes premios de gloria que le están prometidos en el otro mundo, de todo punto olvida y deja lo que ántes le traía distraído, y procura, acompañado de virtudes, volver á la obediencia y jurisdiccion del entendimiento, de adonde los deseos de venganza le habian sacado.

Hallarse Orimandro y Morgante en los arenales de Africa despues de haber dado una vuelta al mundo, siendo Orimandro figura del entendimiento, y Morgante de la voluntad, es decir que sin la memoria, entendida por Reinaldos, aunque uno haya dado vuelta á todas las grandezas del mundo, se hallará en un arenal estéril y desierto, y sin acordarse de cosa alguna más que si por él no hubieran pasado.

Las desgracias de Angélica, tan arrojada de unas en otras, dicen al natural la vida de una mujer distraida y dada á las libertades de su antojo. En la tragedia de Arminda y Leoncio se descubre la crueldad de las mujeres, que, como por la mayor parte les falta prudencia, son crueles por exceso. En la tragedia de Artabano se pinta el lamentable y desdichado fin de un adúltero.

En Morgante, que, habiéndose perdido de Orimandro, gana las armas de Anteo, hijo de la tierra, se significa que en apartándose la voluntad de la luz del entendimiento, toda se arma y viste de cosas de la tierra, sin quedarle mas que algunas cortas inspiraciones del cielo, entendidas por la clava de Hércules.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

ARGUMENTO.

Atemoriza á Carlo-Magno un espantoso sueño; intérpreto Malgesi; Montesinos refuerza con sus razones las del sabio; Orlando le responde á ellas, de cuya respuesta se ocasiona la gran discordia del campo frances: déjanse por ella las fiestas aplazadas, y marchando el resto del campo para España, llegan al Pirineo, donde el César manda hacer reseña de su gente. Ferragut encuentra en África, á la ribera de un río, con Angélica; y estando para gozar della, sobreviene Morgante, que lo estorba; y dejándolo de un golpe de maza sin sentido, parte en su seguimiento á Biserta, donde hace grande estrago, hasta embarcarse tras ella para España. Orimandro halla á Arelaja en un gran desconsuelo, y en su compañía le sucede una maravillosa aventura.

Ya en este tiempo el hélico aparato
Del frances campo, con marchar sonoro
Al son de los clarines y al rebato
De las trompetas y los lirios de oro,
La fama con las sombras del retrato
De su grandeza, al africano, al moro,
Al montañés, al asturiano, al godo,
Todo lo asombra y lo alborota todo.

Decretóse en París que á la importancia
Del frances brio, la imperial persona,
A toda diligencia y toda instancia,
Al campo baje que venció á Girona;
Que allí le siga lo mejor de Francia,
Invicto cerco de su real corona,
Suspendiendo las fiestas para cuando
Con los demas se cobre el fuerte Orlando.

Llegaron en un tiempo los franceses
Con su César al campo belicoso;
Roldán, por varios trances y reveses,
Buscando el español brazo brioso
Que de él probó y Dudonio los arneses,
Y de ambos salió libre; y victorioso
Reinaldos de haber hecho con su vuelo
Una raya en la mar y otra en el cielo.

Trajo tras sí de Amon el hijo amado
Del muro antiguo las estatuas de oro;
Que la codicia del metal preciado
Con ellas aumentar hizo el tesoro:
Del rey Artus el cuerpo, sepultado
En rica tumba de metal sonoro,
A la ancha puerta de la sala estuvo
Los siglos que su estrella le entretuvo.

De allí el etéreo cuerpo ó sombra humana,
Aun no del todo adelgazado en viento,
Con blando curso por la esfera vana
De aire volaba en débil movimiento;
Cuya fantasma, aunque al mover liviana,
Al sepulcro dió nuevo movimiento,
A la roma figura y breve amago
Que á un cerco oscuro hizo el frances mago.

Al fin, con la sagaz leccion del sabio
Que los mundos gobierna del poniente,
El encantado pueblo el vil resabio
De su metal perdió resplandeciente:
Sembró la fama en placentero labio
La gran resurreccion del pozo ardiente;
Alegrosé el réal, y el campo ufano
Con la vista creció de Carlo-Mano.

Manda otra vez, en honra de su gusto,
Que de nuevo se vistan de alegría
Las resfriadas fiestas, premio injusto
De un deseado malogrado dia:
Crecen al débil pecho y al robusto
Orgullos que la ardiente sangre cria;
Y abre un fresco placer al pensamiento,
La vecina jornada, del contento.

Así tal vez de entre los cuernos de oro
Del Toro alegre, de calor fecundo,
El rubio alegre sol siembra el tesoro
De Flora, y llueve regocijo al mundo:
Crece en las selvas el parlero coro
De las aves sin dueño, el mar profundo
Serena sus riberas, rien sus playas
En crespas olas y argentadas rayas.

Tal del campo frances fué el alborozo,
Tal de sus claros héroes la venida,
Tal de sus almas el ardiente gozo,
Que á las ya muertas fiestas dieron vida;
Mas siempre este placer trajo rebozo.
Siempre en estrella se trazó impedida,
Siempre huyendo fué, y de lance en lance,
Nunca á sus trazas dió el contento alcance.

Por la renunciacion de Alfonso el Casto
Se comenzó en los campos de Girona;
De allí, por nuevo azar, mudó su gusto
A Perpiñán del César la corona:
Ya en París con rumor confuso y vasto
Le pregonó la fama; hoy le pregona
En Limojes; y al fin, de dia en dia,
Tarde amanecerá el de su alegría.

Ya Febo sobre el mar del pardo moro
Templaba al rojo carro las centellas,
Desguarneciendo al mundo del tesoro
De su luz, y bordándolo de estrellas;
Del yugo ardiente las coyundas de oro,
Las rubias horas y las ninfas bellas
Le desatan, y puestas en contorno,
De majestad le sirven y de adorno.

Quién las riendas le toma de la mano,
Cargadas de encendida pedrería;
Quién la corona; quién el manto ufano
Que el cielo y tierra visten de alegría;
Quién pena á su cabello soberano
La luz de adonde al mundo nace el dia;
Quién le alivia el calor; quién la maraña
De oro en rocios de olor le templa y baña.

Quién el fogoso pértigo levanta
Al carro que anda trastornando sinos;
Quién los caballos da; quién los enmanta,
Frenos tascando de diamantes finos;
Quién de los piensos de la ambrosia santa
A sus pesebes da colmos divinos,
Y quién le carga á la encubierta noche
De dulce sueño el enlutado coche.

Apoderóse la quietud callada,
En sesgo vuelo y pasos descuidados,
De la fria tierra sin color, sembrada
De nuevos animales desmayados,
Al sabroso sosiego encomendada
La importuna batalla de cuidados,
Las doradas estrellas, encendidas,
Sus cursos abreviando y nuestras vidas;

Quando en la sala real, ardiendo en oro,
En blanda pluma y en pomposo lecho,
Al grave César hurtan el tesoro
Del sueño los cuidados de su pecho:
Cércale el alma; y sin guardar decoro
Al tiempo, á la persona ni al provecho,
En parlero silencio no se halla
Cosa que en su quietud no ande en batalla.

Entre el rico brocado y blando lino
Reposo busca en vano de mil modos,
Aqui vuelve y allí, y ningún camino
De paz encuentra, aunque los prueba todos
Que el descuidado sueño en mejor tino
Viene á la humilde plebe que á los godos,
Y siempre goza dél en mayor suma
La seca paja que la blanda pluma.

Tras larga noche, al fin, el dulce frio
Del alba en perezo y tardo sueño
El rostro le bañó, y con su rocío
La pasada inquietud quedó sin dueño:
Huyeron los cuidados, perdió el brio
Y de la altiva majestad el ceño,
Quedando en el olvido y el semblante
A los demas mortales semejante.

Mas como el gran sentir de un alma grave
Mayor estruendo y máquina revuelve,
De interiores figuras el suave
Sueño, que en la del César ya se envuelve,
Al real tesoro destorcio la llave;
Y en pomposo aparato y forma vuelve
Cercado de fantasmas fugitivas,
Que, aunque son muertas, le parecen vivas.

Y por la ociosa y libre fantasía
El pintado Morfeo, en el consurso
De un grave teatro, representa y guía
De nuevas cosas un fatal discurso;
Y en unos valles lóbregos que el día
Ni el sol alcanza á trastornar su curso,
Por entre pardas grutas y anchas queiebras,
De dragones peinadas y culebras,

Cercado de sus bravos paladines,
En posmo ademan caza gallarda
Empezar le parece, y que á los fines
Del monte un rojo leon feroz le aguarda,
A quien de aquellos riscos los confines
Por su defensa tienen y por guarda
De un rico árbol que lleva pomás de oro,
Mejor que Atlante y de mayor tesoro.

Aficiónó al frances la nueva fruta
Y la piel roja del leon gallardo;
Y con sus doce principes la gruta
Altivo escala, y sube al risco pardo,
De donde cada cual le da y tributa
Al desenvuelto leon un presto dardo,
Que él, victorioso en su escombrada plaza,
Con dientes y uñas rompe y despedaza.

No queda flecha sana ni arma entera
Que no destrocen sus valientes garras;
Solo se salva el que ligero afuera,
Saltando del palenque, huye las barras
De sus lanzas: la suya por postrera,
Ya en posturas lanzar queria bizarras,
Confiado de le dar con ella alcance,
En presto golpe y en seguro lance;

Cuando el limpio venablo, en brio certero
Rompiendo el aire, el Rey dormido arrojó;
Mas no tan presto el relumbrante acero
Del crespo cerro halló la espalda roja,
Que atras recio tornó, volviendo entero
Al Rey, que huyendo va en mortal congoja
Por no hallar de las suyas arma entera;
Que todas las rompió y tragó la fiera.

Sueña que huye entre quebradas breñas,
Del monstruo horrible que tragó á los doce,
Sobre difuntos cuerpos, cuyas señas
En oscuras fantasmas desconoce;
Cuando en las puntas de unas altas peñas,
Que un cielo hacen que la vista goce,
Sobre columnas de cristal parece
Que una abultada real máquina crece.

De un suntuoso palacio, alto motivo
De arquitectura y mármoles de pario,
Bellas estatuas, donde el bronce vivo
Majestad crece sobre el jaspe vario,
Vuela la pompa, sube el arco altivo
En hombros de oro su alto lacunario,
Cargado de bellisimos despojos,
Gloria á su vencedor, gusto á los ojos.

Gime la firme tierra con la carga
Del palacio y su inmensa pesadumbre,
Que es, donde ménos el valor se alarga,
Cristal los frisos y oro la techumbre;
Y de hadas allí de vida larga
Una sômbria y ciega muchedumbre,
Dando á Demogorgon, que está presente,
Pesadas quejas del y de su gente.

A cuya cruel venganza, por decreto
De las oscuras parcas, de unas queiebras
Salir horrible vió á la furia Aleto
A peinar sobre Francia sus culebras;
De quien llover notó fuego secreto,
Entre sus negras marañadas hebras,
A su infeliz ejército, de modo
Que todo ardia y lo abrasaba todo.

Las demas furias del confuso averno
Blandones vió arrojar y hachas ardientes,
Y al cruel barquero del pasaje eterno,
Por una barca hacer dos largas puentes:
Vió ensancharse los senos del infierno
Para hacerse capaces de mas gentes,
Y que las parcas no podian, unidas,
Los hilos cercenar de tantas vidas.

Bien que de un mago cerco la figura
El fuego ardiente sin pensar le apaga,
Y con los rayos de otra nube oscura
El un incendio al otro incendio traga;
Cuando al Rey del cuidado la apretura
Lo dulce así de su quietud le estraga,
Que el sueño le escondió, y él, sin aliento,
Manos y ojos abrió, y asíó del viento.

Turbada el alma, el pensamiento lleno
De las medrosas formas que ántes via,
Suspense mira de la luz el seno
Donde murió su sueño y nació el día;
Y aunque ve que es el delirar sin freno
Vana obra de inconstante fantasía,
Por mas que de la suya alza la mano,
Sacudir de si el miedo intenta en vano.

Al fin, de graves causas lleno el pecho,
En la real cuadra, de su altiva gente
Un sabio y noble parlamento hecho,
En silla de oro y en diadema ardiente,
Del sueño prodigioso el nudo estrecho
Que su alma ciñe y su memoria siente,
Largo discurso hace, á quien seguro
Consejo pide y luz en tanto oscuro.

«¿Qué sombras, dijo, en varias impresiones
De nuevo el santo cielo á mi alma envía?
Qué agüeros, qué prodigios, qué visiones
La noche asombran, y le afean el día?
Qué llamas, qué sombríos escuadrones,
Qué fiero leon, qué nueva montería
Mis ojos vieron? Deste peso grave
¿Quién á mi pecho hará un rigor suave?»

Dijo; y en varios pareceres puesto,
Del fatal sueño juzga el gran senado
Lo que al olvido puede dar mas presto,
Entre pena menor, menor cuidado;
Que la lisonja pudo, y puede en esto
Así á su gusto interpretar el hado,
Y el curso trastornarle por tal senda,
Que ántes el daño llegue que se entienda.

Mas el mago frances, que está presente,
Del ignorante delirar se admira,
Y cuán sin miedo el lisonjero diente
La verdad muerde y masca la mentira;
Y bien que escucha y calla, advierte y siente
El triste blanco adonde apunta y mira
En su presagio el cielo por entero,
De aquel sueño fatal el triste agüero.

Viendo que los demas, en él ya puestos
Los cuidadosos ojos, del semblante
Con que oye los oráculos propuestos
Rastreado van del caso lo importante;
Así al César, por términos modestos,
El hado por venir pone delante,
Y la revolucion de un mundo ambigo
De las estrellas baja al pueblo amigo.

«Prosperes el cielo, y como puede, haga
Mi miedo incierto y vana mi sospecha;
Y si es que á no herir tal vez amaga,
En esta deje la experiencia hecha:
Crezca el valor frances; mas si empalaga
Su grandeza á los hados, ¿qué aprovecha
Contra el rigor de inevitables daños,
Dorar lisonjas ni afeitar engaños?»

»La ardiente llama de las negras clines
De la discordia que en tu gente ardia,
Dirá de tus soberbios paladines
Presto la furia y la paciencia mía:
El rojo leon que á mas sangrientos fines
Su dulce caza el hado incierto guía,
De dragones cercado y de culebras,
En ciegos valles y en profundas queiebras,

»Es el invicto Leon, reino de España,
De africanos dragones rodeado,
De cuyas garras y atrevida saña
No hay asta entera ni venablo armado
Sino es el tuyo: al tuyo no le daña;
Tú solo volverás; solo á ti el hado
La vuelta otorga en su infeliz desastre:
Los demas, ¡ay de mi!... Mas esto baste.»

Rieron unos, y otros, mas prudentes,
Del sabio ponderaron las razones,
Conforme el gusto y causas diferentes
Con que alargan ó enfrenan sus pasiones;
Hasta que Montesinos, de elocuentes
Palabras y de honradas pretensiones,
Viendo en los de Maganza el recogijo
Con que de Malgesi se burlan, dijo:

«Después que del traidor Rangorio el brazo
De ilustre sangre el Mopsa dió cubierto,
Y el conde don Grimaldo en el regazo
De la universal madre cayó muerto;
Viuda la mia ya del dulce lazo
Que una traición deshizo en San Lamberto,
A España huyó, llevando en compañía
A mi hermano y á mí, que aun no vivia.

«Allí se retiró de su violencia,
Y allí yo, en el rigor de una montaña,
A ver sali del cielo la presencia,
Y el primer aire respiré de España:
Allí el nombre me puso la inclemencia
Del peñascoso sitio y tierra extraña;
Allí es mi patria; aunque de Flandes vengo,
De España soy, por español me tengo.

«Es de Fuente Grimaldo la alta sierra
Fúnebre pira á los heróicos huesos
De mis difuntos padres, donde encierra
De un triste fin mil trágicos sucesos.
Cuando en mi sangre real la ingrata tierra
De Francia hizo tiránicos excesos,
Y la enemiga patria parricida
A su antiguo señor dejo sin vida,

«Los perseguidos huesos desterrados,
En sangrienta urna humilde recogidos,
Del español Alfonso acariaciados,
En pompa ilustre fuéron recogidos
Con los demas tras ellos arrojados:
Ni ambos ya por nacer ni ambos nacidos;
Que en lo mejor de la española tierra
Mando en la paz nos dió y honra en la guerra.

«Mi hermano don Teobaldo de Guevara,
Del rey navarro y de su hermosa hija
Esposo y yerno, en posesion mas clara
El comenzado domicilio afija:
A mí del Casto la prudencia rara
Por su embajador hizo que me elija
Al César, donde en la ocasion presente
Por razon le granjee ó por pariente.

«Y así, á las importantes que he propuesto
Para que esta jornada se desista,
Lo mucho de ambicion y poco honesto
En que se funda examinada y vista,
Juntando á las demas que ha dicho y puesto
En sabia copia y en prudente lista
Malgesi, los agüeros y el aviso
Que en ellos dar el cielo al César quiso;

«Digo que en celo santo y noble pecho
Dejar se debe el bélico aparato,
O volver de las armas el pertrecho
Contra la gente infiel del pueblo ingrato;
Contra las maura sierpes, que, á despecho
De la ley santa en infernal retrato,
El español distrito tienen puesto
En daño grave y riesgo manifiesto.

«Y que seguir el curso de las cosas
Es hacer la pasion que ahora las guia
Las enemigas armas poderosas,
Y dar rendida España á Berberia:
Y á las naciones al cristiano odiosas,
Con la nuestra aprobar su tirania,
Y darse del sin ley pueblo precito
Cómplices en la culpa y el delito.

«El desnudar el alma de ambiciones,
Mostrar la saña y cólera medida,
Y en freno de oro gobernar pasiones,
Dando á las leyes con la sua vida,
Es propio de cesáreos corazones,
Del pecho real la senda mas sabida:
Esto es ser rey, reinár en si primero,
O sea el reino un lugar ó el mundo entero.

«Mas pensar que el soberbio cetro de oro,
La ardiente mitra y la imperial corona
Tengan su majestad en el tesoro
Más que en el pecho heróico y real persona;
Que sea más rey quien del cristiano ó moro
Mas reinos gana y cetros amontona,
Es tiránico abuso, es desatino,
De la grandeza y majestad indino.

«Y así, al que en parecer contrario fuere
Y en lisonjero labio alzare vientos,
O con varios discursos pretendiere
Negar ó deshacer mis fundamentos,
A uno, á dos y á tres, y á los que hubiere
Desta opinion, yo solo en sus intentos,
Si á ver mi espada y á probarla llegan,
Confesar les haré lo que ahora niegan.»

Dijo; y un sordo murmurar confuso
Se derrama en el grave parlamento,
Que en diferentes opiniones puso
De la resolucion el alto intento:
A unos del bravo paladin compuso
El gallardo ademan y altivo aliento,
Y á otros el dulce razonar severo,
Y á otros del César el soñado agüero.

Mas el soberbio Orlando, ó ya ofendido
Del reto y desafio disfrazado,
Con que, en brio colérico encendido,
Tras sí quiso arrastrar todo el senado,
O por sus mismas causas desabrido,
O de su altivo honor disimulado,
En arrogante tono y voz severa
Al montañes habló desta manera:

«Son de los reyes los intentos altos
Ocultas sendas á la humilde plebe,
Por mas que el seso en temerarios saltos
La inteligencia busque que los mueve;
Y así, en grandeza pródigos ni faltos
La imprudencia inferior juzgarlos debe,
Ni darles tasa, regla, traza ó modo,
Sino adorarlos y admirarlos todo.

«Tú, si á pedir veniste desafio
Contra Oliveros, hijo de Rangorio,
Por vengar de tu padre el cuerpo frio
Y la agraviada sangre de Sertorio,
Allá al campo aplazado guarda el brio,
Allá pon leyes y te haz notorio;
Mas si acaso del casto rey gallego
Al César traes razon ó humilde ruego,

«Propon el caso, ordena de otra suerte
En inferior estilo tu embajada;
Negocia humilde que su campo fuerte
Por bien de paz suspenda la jornada;
Que la sentencia y el rigor de muerte
Ya contra España y su arrogancia dada,
Se dilate algun tiempo ó trueque el modo,
Si no es posible revocarse todo.

«Mas querer por tu antojo dar medida
A los grandes motivos de la empresa,
Y á tus vanos discursos reducida
Sin mas razon la majestad francesa,
Es loca presuncion, lengua atrevida,
Frivola ostentacion que se atraviesa
Sin fundamento al paso, freno estrecho,
Más que de discrecion, de ambicion hecho.

«Yo ahora desta célebre jornada
Ni apruebo ni repruebo el grave intento;
Que si por una parte está infamada
De ambicioso y liviano fundamento,
Por otra basta darla acreditada
La gran presencia del cesáreo aliento;
Que no habrá guerra injusta si la abona
La grave autoridad de tal persona.

«Y así, de tu discurso al postrer punto,
En que á todos te opones temerario,
Viendo que del imperio el poder junto
Aprueba y sigue el parecer contrario;
Por todos digo que al soberbio asunto
Que á defender te ofreces voluntario
No bastas, ni tu espada y brazo alcanza
Al blason de tan bárbara alabanza.

»Y en razon dello, el campo y desafio
Por todos juntos desde ahora aceto ;
Que, como general de Francia, es mio,
Y como á tal me toca y hiere el reto. »
Dijo ; y del paladin flamenco el brio
Que en España nació, al gallardo efeto
De provocarle el Conde á la batalla,
Brioso pide luego el comenzalla.

Mas el galan y bravo Durandarte,
Contra el rostro feroz del Conde esquivo,
Narciso en cuerpo, y en braveza Marte,
Así se puso en medio, y dijo alto :
« Cuanto mi primo ha dicho, en todo ó en parte,
O en propia empresa ó general motivo,
Es razon y verdad, y no la dice
Quien esta con pasion le contradice.

»Y porque la batalla que aplazada
Antes de ahora está con Oliveros,
Entrar le impide luego en la estacada
Y poner freno á esos livianos fieros,
Yo estoy aquí, y aquí mi libre espada,
Que con la razon mia y sus aceros
Haré al conde de Brava que confiese
La contraria opinion, aunque le pese. »

Dijo ; y el bravo príncipe de Orange
Meridian, de Durandarte hermano,
Aunque ántes no le hablaba, al rico alfanje
Furioso pone la atrevida mano ;
Y al del cuartel del rojo escudo afranje,
« Mío es, le dice, el campo ; el campo en vano
Procura de otra espada y de otra via
Quien le tiene aplazado con la mia.

»El campo de mi hermano y de mi primo
Yo solo lo haré ; yo solo basto
A la vana arrogancia que no estimo,
Ni mi brazo si el suyo no contraste :
Bien sabe el Conde el imprudente arrimo
Que de Celindos dió el intento casto,
Por no decir tirana alevosia,
Que en la condesa de Irls pretendia,

»Cuando con loca y bárbara arrogancia,
A sola su pasion y gusto atento,
Fiero juró, á pesar de toda Francia,
De hacer el intentado casamiento :
A esta incauta promesa, á esta jactancia,
Con mi espada he de dar el escarmiento :
Sobre este punto la batalla quiero
Por todos tres, pues la acepté primero. »

Dijo ; y el bravo Orlando, ardiendo en ira
Cual marsilio leon que en medio un cerro,
Un venablo de aquí, y de allí una vira,
Un cazador de acá, y de acullá un perro,
Le ciñe, ladra, le amenaza y tira,
Y él pone á todos enrespado el cerro ;
Así el Conde feroz con tres compite,
Y este y aquel y el otro campo admite.

« Salid todos, replica ; á todos quiero,
Y sacad con vosotros todo el mundo ;
Que todo junto, cuando sea de acero,
Lo deshará mi brazo furibundo :
¿ Qué parais en segundo ni en primero ?
Sed primero los tres, Francia el segundo,
Que á Francia y á los tres, y á todo el resto,
Para matarlo junto estoy dispuesto. »

Así dijo ; y Celindos el infante,
A quien Meridian trató de aleve,
« Mío es el campo ; ya en cuerpo bastante
De edad me ha puesto, dijo, el tiempo leve :
Con Meridian lo quiero, pues delante
De mi ya el conde Dirlos no se atreve,
Medroso que haga en él mi ardiente rabia
Lo que hacer no pudo la de Arabia.

»Con encogido miedo, temeroso
De la batalla que aplazó conmigo,
Por los desiertos anda receloso,
Sin osarse acercar al campo amigo ;
Mas, pues ya se llegó el tiempo dichoso
Que por mí puedo responder, le digo
Que miente quien dijere, dijo y dice
Que yo las nuevas de su muerte hice.

»Y sin esta batalla, con su hermano
Entrar en la segunda quiero luego,
En razon que con término villano
En los amores de Belerma ciego,
Que habiéndome ella á mi dado la mano
Y de si misma un maridal entrego,
Se alaba que la sirve y que es su amante,
Y que hubo... » Y no pasó mas adelante ;

Que el gran Reinaldos con semblante horrendo
El brazo alzó por darle, si alcanzara,
Un libre bofetón ; mas, no pudiendo
La mano, el guante le arrojó á la cara ;
Y en bélico coraje y furia ardiendo,
Contra él y Durandarte se declara :
A entrambos pide campo, á entrambos dice
Si cada cual por sí no se desdice :

Celindos del infame y torpe enredo
Que contra el conde Dirlos ha inventado,
Y el galan Durandarte del denuedo
Con que se finge de Belerma amado ;
Que de pura verdad ó puro miedo
Confiese por quimera su cuidado,
Y á ella mentar en público y secreto
Esposa de su hermano Ricardeto.

Salieron á la parte del Infante
Celindos, don Roldan y don Gaiferos,
Que á un mismo tiempo el ánimo arrogante
Entre las armas barajó los fieros :
Reinaldos dentro en su feroz semblante
Libre se opone á todos los aceros,
Y el bravo Durandarte, al mismo modo,
Por su amada Belerma al mundo todo.

Sin respetar la grave imperial silla
Ni la cesárea majestad en ella,
La pasion arde, crece la rencilla,
Y todo el furor ciego lo atropella :
Cae el honesto respeto, y se amancilla
La debida obediencia con perdella :
Los nobles héroes y el senado santo
Un ciego nudo son de horrible espanto.

Mil lucientes espadas en un punto
Rayos al aire dan y al sol vislumbres,
Cuyos golpes en triste contrapunto
El oro hacen temblar de las techumbres :
Suena en confuso estruendo todo junto,
Héroes, rayos, furor, armas, vislumbres,
Sin que el brazo del Rey, que está delante,
Para enfrenar su furia sea bastante :

Reinaldos al valiente Durandarte,
Que á Celindos tiró un revés ligero,
Del rico manto una bordada parte
Al suelo le arrojó de un golpe fiero :
Dobló el frances el cuerpo, y por la parte
Que halló camino el peligroso acero,
Así al hijo de Amon se entró derecho,
Que los dos tercios le escondió en el pecho.

Hizo á soslayo la mortal herida
Golpe sin riesgo, que, á encarnar la espada,
Costara al noble paladin la vida
La injusta brega sin sazón trabada :
Cuando Orlando á sus piés dejó sin vida
Al jóven Meridian de una estocada,
Y el celoso ofendido Durandarte
A Celindos pasó de parte á parte.

Hirió el traidor Anselmo á don Gaiferos,
Dudon al generoso Baldovinos,
Y por cubrirse á un golpe de Oliveros,
Naimo en el hombro izquierdo á Montesinos :
Nunca en riesgo mayor lances mas fieros,
Ni en mas furor mas ciegos desatinos
En su corte vió el César, ni en su gente
Discordia igual ni fuego mas ardiente.

Galalon, que del centro de su gusto
La marañada confusion miraba,
Al lado puesto del monarca agosto,
Calor á la confusa brega daba :
« Pon, dice, oh gran señor, pecho robusto
En prender al traidor señor de Brava,
Y á Reinaldos, que abrió del desacato
La aleve puerta en el primer rebato. »

El grave cetro de la mano arroja
El César, ya de lágrimas cubierto,
Viendo á Roldán, y con mortal congoja
Al príncipe de Orange á sus piés muerto,
Tinta su ardiente espada en sangre roja,
Cabe el Celindos el costado abierto,
Revueltó el campo, y sin hallar camino
Con que atajar su extraño desatino.

Quiso prender el César de su mano
Al hijo de Milon y á Montesinos:
Fué acometer un nuevo error en vano,
Y alterar no pensados desatinos;
Que á defender su senador romano
Salieron los ejércitos latinos,
Que allí á su cuenta vienen y á su mando;
Que es de la Iglesia capitán Orlando.

El soberbio Reinaldos, de otra parte,
A Montesinos defender pretende;
Mas contra todo el campo Durandarte
A su venganza el grave fuego enciende:
Hierre, desmiembra, rompe, quiebra y parte,
Nadie, si no es huyendo, se defiende;
Que en la venganza de su muerto hermano
Cualquier exceso juzga por liviano.

Crece la gente en bandos repartida,
Arde el furor, y el campo sin candillo,
Sin pendón, sin bandera conocida,
Unos á otros se meten á cuchillo;
Y ya al vulgo la saña reducida,
No hay podello aplacar ni reducirlo;
Que sin saber por qué, de mil maneras,
Sin caudillo pelean ni banderas.

Ya la primer discordia apaciguada,
De nuevo otra, sin ver por qué, se enciende;
Aquí la gente corre amontonada,
Acullá en tropas el furor se extiende:
Todo en confusa guerra marañada,
Nadie aun su misma pretension entiende:
Los que dieron principio al civil Marte,
Ya para apaciguarlo no son parte.

El traidor Galalon, que en pompa ufana
Ya el general bastón del Rey tenia,
Que para apaciguar la furia insana
Del popular motín dado le habia,
Con la dignidad nueva soberana
Venir propias pasiones pretendia;
Que quien de la virtud no sigue el bando
Para solo hacer mal pretende el mando.

Así el fingido conde de Pontiero
No el alterado ejército apacigua,
Ni el fuego que el furor vuéla altanero
De paz con blandos medios amortigua;
Mas para ocasionar su ánimo fiero
A cruel venganza en su pasión antigua,
La injuria le refresca mas liviana
Que á la real sangre debe de Mongrana.

Y ciego en sus confusos desatinos,
Cercado de diez condes de Maganza,
Para prender al noble Montesinos
Por el revuelto ejército se lanza;
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos
Iba á tomar de su traición venganza,
Sin sombra le encontró, y de un altibajo
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.

«Bien sabes, dice, oh magances valiente,
Mejor que ahora el corte de mi espada,
Cuando por tu mordaz lengua á tu frente
Esa divisa le dejó estampada:
Con ella vengué á Orlando mi pariente,
Y á su madre dejé desagraviada,
A quien tú, con embustes peregrinos,
Madre quisiste hacer de Baldovinos.

«El no vengó, por no poder, su afrenta,
Yo sí, que estoy á estas venganzas hecho
Desde que en juventud, de honor sedienta,
A tu hermano pasé el alevé pecho,
Porque con lengua quiso alharaquenta
De mi madre infamar el casto lecho,
Y haciéndose mi padre á su albedrio,
Desheredarme del valor del mio.

«Mas no quedó la injuria sin castigo;
Que su lengua en la punta de mi lanza
A todo el mundo universal testigo
De su delito fué y de mi venganza:
Degollé á Bertolaje, que conmigo
A probar se atrevió el brio de Maganza,
Y á Naimo y á sus hijos en persona
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.

«Tú, maquinante esfera de traiciones,
No sabes mas que en hábito encubierto
Mi estampa dibujar por los cantones,
Cuando la fama linge que soy muerto:
Yo, traidor, no me valgo de ficciones;
Que en tu vil rostro pinto al descubierto
Retratos de quien eres, como ahora
Si aguardas; que es mi espada gran pintora.»

Dijo; y á fenecer lo comenzado
Con paso arremetió y brazo furioso;
Mas el cobarde Conde, amedrentado,
Atras revolvió el suyo presuroso:
En tanto el escuadrón alborotado,
Sin orden en su brega ni reposo,
En diferentes bandos repartido,
Con triste suena y bárbaro gemido.

De la horrible discordia el fiero estrago,
Mientras mas va, con mas rigor crecía,
Hecho de roja sangre el campo un lago,
Que un mar, si hay mar de sangre, parecía;
Cuando de un negro cielo el turbio amago
En densa nube ató el medroso día,
Derramando de rayos, agua y truenos,
Nuevo diluvio sus preñados senos.

Del turbio cielo la áspera cortina
Ponerles pudo en el herir sosiego;
Su tormenta dió paz á su mohina;
Su agua apagó de la discordia el fuego;
Que á huir del celestial rigor camina
El que se halla en cólera mas ciego:
El sabio Malgesi, con este medio,
Adonde no le habia dió remedio.

Quedó así el frances pueblo destrozado,
Y tan sin gusto el César desabrido,
Por ver del agorero sueño el hado
Tan presto en todo su rigor cumplido,
Muertos de los mejores de su estado
Dos príncipes, y el campo consumido,
Que las fiestas dejó, y por estatuto
El alegre aparato trocó en luto.

Y á concertar los graves desconciertos
Del presente desman ocasionados,
Hacer el sentimiento por los muertos
Debido á su grandeza y sus estados,
Y apagar los rencoros descubiertos,
La corriente volvió de sus cuidados,
Y á su lugar la alegre paz perdida,
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.

Y esto, en prudente traza y fiel recato,
A conveniente ejecución venido,
Y en su afable amistad y primer trato
El ántes ciego campo reducido,
Y en la sangrienta quiebra del rebato
De nueva gente el escuadrón tejido;
Sin sombra del pasado enojo y saña,
Marchar el real clarín convida á España.

No se le conceció contra Oliveros
El campo á Montesinos que pedía,
Por no volver la guerra á los primeros
Riesgos y al fuego en que primero ardia:
La pasión sola de los dos guerreros
En la general paz no entró aquel día;
Sola esta causa en el silencio mudo
Del conforme placer caber no pudo.

Que de Grimaldo el valeroso hijo,
Cuya sangre hervir su pecho siente,
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo
(El César y su ejército presente):
«No hay término de tiempo tan prolijo,
Que los días no le abrevien la corriente,
Ni venganza de un ánimo cobarde
Que no sepa llegar, por mas que tarde.

»Yo me parto, Oliveros, á esperarte
A España, adonde vas, y adonde quiero
No seguir de las dos ninguna parte,
Hasta ponerte ante mis piés primero;
Y despues que rescate, con matarte,
Mi vida del dolor en que ahora muero,
Mi libre espada seguirá el partido
De quien mejor la hubiere merecido.»

Dijo; y dando la vuelta en brio gallardo,
Suspense dejó el campo belicoso,
Y en grave contoneo y paso tardo
Volvió á Navarra el pecho victorioso,
Donde el reto cumplió con el resguardo
A su pacto debido generoso,
No siguiendo en la una ni otra parte
De Francia ni de España el estandarte:

Hasta que en la batalla de la Sierra,
Donde León humilló de Francia el brio,
A su aleve contrario en dura guerra
La palabra cumplió y el desafío;
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,
El rojo rastro de un sangriento rio
Siguió del caro primo Durandarte,
De una montaña por la inculta parte;

Donde al querido cuerpo desangrado,
Por su mano arrancó, del pecho abierto,
El tierno corazon enamorado,
Antes de vida que de amor desierto,
Que á su amada Belerma el primo amado
Restituir mandó despues de muerto,
Y él, tras el riguroso sacrificio,
De legado leal hizo el oficio.

En tanto el campo, tremolando al viento
Los victoriosos estandartes, llega
Del Pirineo al abrasado asiento,
Y al seno hermoso de una fértil vega,
Donde la nueva fama, ciento á ciento,
Las libres lenguas con fervor despliega,
Sembrando en cuanto España tiene vida
Del enojado campo la venida.

Crece su honor, y en lisonjero labio
Sus antiguas victorias engrandece;
Que piensa que es hacer al rico agravio,
Si el viento con sus cosas no ensordece;
Mas el augusto Rey en pecho sabio
Todo lo mira, y todo le parece
De riesgos lleno, y por sí alguno hubiere,
Hacer reseña de sus campos quiere.

Mas mientras el pomposo alarde pasa,
Y el campo crece en aparato y gente,
Y de Gascuña á la campaña rasa
Marchando llega y sus frecuras siente;
A los que en Libia el Canero ardiente abraza,
Y el fiero brazo de un jayan valiente,
La portentosa novedad me obliga
Que solo el vuelo de su espada siga.

Despues de las tragedias de Granada,
Que contará en otra sazón mi pluma,
Ferraguto á la Libia fué abrasada,
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;
Cuando Biserta vió de gente armada
En su seco arenal crecer la suma,
Y al ronco son de la española guerra,
Al crespo mar bajar la ardiente tierra.

Suleman, que, por muerte de Agramante,
Del grave imperio el cetro real tenia,
Y en deseos de vengar su alma arrogante
Contra el pueblo frances de nuevo ardia,
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante,
Y de la alta Etiopia á Berberia,
Al pié de su estandarte, en ira y celo,
Lo mejor convocó del libio suelo.

Surgió el gallardo hijo de Lanfusa
Junto á Biserta al desbravar de un rio,
Donde entre un fresco mirto vió reclusa
La perseguida Angélica sin brio:
Triste, acosada, del rigor confusa
Con que de un cruel planeta el desvario
De un mal en otro mal la arroja y sigue,
Y en mar y en tierra la halla y la persigue.

Y aunque de pena y miedo demudada,
El lugar nuevo y la pasada ausencia
Pudieran en el moro dar trocada
La dama en no pequeña diferencia;
Apénas vió de la beldad amada
El bulto alegre y la imperial presencia,
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego
Que en Francia se encendió y le dejó ciego.

Y cual presto neblí, al veloz señuelo
Con que la blanca garza le acodicia,
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo
En cortesano término y caricia;
Quiso medrosa huir de su recelo,
Y el ya trocado moro la acaricia,
Dándose á conocer con larga historia,
Si en una ingrata puede haber memoria.

Contóle tanto, al fin, que en brio lozano
Aire le dió de sus pasados gustos,
Y el tiempo alegre que por Francia en vano
Brazos le celebraron tan robustos;
Vió pasada la flor de aquel verano,
Acabados sus gustos y disgustos,
Y otros que dieron ya con sus proezas
Asombro al mundo y fama á sus bellezas:

Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,
Y del hijo de Amon el fuego escaso,
En quien principio dió su amor primero,
Y el que en el rojo oriente y pardo ocaso
Su amparo fué y galan mas verdadero,
El principe de Anglante ya en su acuerdo,
De loco vuelto, como de ántes, cuerdo.

Todo esto á la mudable fantasia
La vista dió del conocido moro,
Y á la dulce memoria el primer día
Que amor le abrió á las glorias de Medoro;
Cuando en su regalada compañía
Volvió al oriente sus matices de oro:
Causóle soledad, y al largo tiro
De su discurso remató un suspiro.

Y vuelta al moro: «Salvo, dice, sea
Mi honor contigo, oh capitán valiente,
Como en heróico amante, en quien se vea
Que en tu leal pecho amor no fué accidente:
Una honra te encomiendo que desea
La hagas propia, y á mi patria y gente,
Deste país y la aspereza suya,
Cual promete tu fe, me restituya.»

Dijo; y al moro, con su alegre vista,
Del renovado amor la antigua llama
Olvidar le hizo á España y su conquista,
Al rey Marsilio, y de su honor la fama;
Y sin que en darse dude ni resista,
Todo se entrega á la extranjera dama,
Libre persona y salva compañía,
Hasta los reinos donde nace el dia.

Y sin pasar de allí, embarcarse luego
Quiere con la que reina en el Oriente;
Que es amante novel, y el dulce fuego
Ni mas discurso ni razon consiente:
Es inviolable ley de amor un ruego;
El dejar la ocasion lance imprudente,
Y el dilatar en vano su deseo,
Perder el gusto y no gozar su empleo.

En esta nueva traza ó loco antojo
El ciego amante con su dama estaba,
Cuando de un cruel dragon con el despojo,
Sobre el diestro hombro la acerada clava,
Hecho un áspid de Libia pardo y rojo,
Morgante al rio de un peñol bajaba,
Deslumbrando en su luz la vista al moro
Con las escamas y las grevas de oro.

En igual ademan al sabio hermano
De Europa bella, en hórrida serpiente
Al medio convertir el fértil llano
De Acaya vió la escama reluciente:
Y el jayan fiero, en su victoria ufano,
Pasar quiere tambien la siesta ardiente
A la sombra del alamo y al frio
Que el aire sube del profundo rio.

Llegó, y aunque de paz venia, al punto
Que los risueños ojos de la dama
En los suyos tocaron, y un trasto
De beldad vió en los rayos de su llama,
Lleno de amor y celos todo junto,
En su bárbaro pecho gime y brama;
Que, ahora por propiedad ó por antojos,
Nadie libre quedó si vió sus ojos.

Y vuelto al moro, «esta doncella, dijo,
Quiero yo para mi, y aquesto baste;»
Mas de Lanfusa el arrogante hijo,
Ya enfadado que el bárbaro contraste
Lo sea de su nuevo regocijo,
Y en guerra quiera y disension se gaste,
Del feo dragon en la luciente cresta
La espada á su demanda dió respuesta.

Sintió Morgante el golpe y el estorbo
De conseguir su gusto, y con la clava
Del reforzado alfanje el filo corvo
Resiste y templa con violencia brava:
«Si yo, le dice, tu contento estorbo,
La culpa sea de amor, que mi alma agrava;
Que para mi no hay Dios ni ley ni justo,
Ni mas regla en el mundo que mi gusto.»

Y con otra igual furia que su antojo,
Un golpe y otro y otro dobla y carga;
La ira crece y furor, crece el enojo,
Y al breve gusto la batalla larga:
De la encantada sierpe el fiel despojo
Ceñido hace el jayan segura adarga,
Y al moro antiguo en brega tan confusa
Los reforzados cercos de Lanfusa.

La perseguida Angélica, que el fuego
De la ardiente discordia vió encendido,
Y que entre un riesgo y otro su sosiego
De temor y esperanza está metido,
Sin aguardar el fin confuso y ciego
Que le dé la fortuna del vencido,
Por árboles y matas encubierta,
Escondida se fué, y se entró en Biserta.

Las dos sierpes, que en saña y en figura
De la revuelta lucha y devaneo,
En nudo estrecho y en lazada oscura
Horrible hacen y nuevo caduceo;
Uno el alfanje mueve sin cordura,
Otro la clava en bárbaro rodeo,
Y ciegos de pasion, los varios modos
Que saben de matar, los prueban todos.

El moro, ardiendo en belicosa saña,
Su gloria mira sin pensar perdida,
Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,
Que aun no le ha dado la primer herida;
Y el fiero corzo que á buscalte á España
De Cirno hizo la infeliz salida,
A conocerle allí, ninguna suerte
De encanto le excusara de la muerte;

Que á un fiero golpe de acerada maza,
Que al yelmo ardiente y al escudo fino
De lleno le acertó, á la verde plaza
Cual duro roble destroncado vino:
Cayó, y no se detiene ni embaraza
En ver si es vivo ó muerto el sarracino,
Que, cual leon libio, entre una y otra palma
En busca va de quien le lleva el alma.

Y á vista de los muros de Biserta,
Tras las señas del rastro de su dama,
Furioso descubriendo iba la puerta
Que, en lengua suya, de la Mar se llama;
Cuando de luto y de beldad cubierta,
Entre una divisó y entre otra rama,
En son de presa, una mujer gallarda,
Con diez armados hombres en su guarda.

Sobre un morcillo palafren asoma
De tela de oro negra encubertado,
Y en otro igual una enlutada poma,
Funesta urna infeliz de oro nielado;
Y al verde pié de la pequeña loma,
Con diez riñendo un caballero armado,
Que, en el arnes y en el escudo antiguo,
Halló las señas del perdido amigo.

Era el persiano rey, que en seguimiento
De la misma hermosa que él, venia;
Y la que en luto llora su contento,
Su muerte libertad y su alegría,
La bella Arlaja, que el rigor del viento
Y su desgracia allí la arrojó un día,
Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta
Iba forzada y de dolor cubierta.

Admiró el nuevo luto al rey persiano,
Y por librar á la afligida Infanta,
Con su atrevida espada en medio el llano,
Unos rinde feroz y otros espanta:
A este, al otro y aquel hiere lozano,
Y á todos en braveza se adelanta,
Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,
Cual por seco rastrojo rayo ardiente.

Salen en tropa á defender su intento
Los que de afuera en guarda de la dama
Antes eran, notando el firme aliento
Del Rey, fieles notarios de su fama:
Baja en rocío cruel humor sangriento,
Del verde prado á la sedienta grama,
Pagando en muerte el de mayor ventaja
El tierno llanto y suspirar de Arlaja.

Y ella, ya libre del poder tirano,
En la ancha boca de una cueva oscura,
De un fresco mirto entre el verdor lozano
Escondida dejó su hermosura:
Con la urna de oro en la pesada mano,
Que por mayor martirio y mas segura
Consigo la llevó; donde enterrada
Quedó, del miedo y pena desmayada.

En tanto los gallardos dos guerreros
Ningun honrado dejan con la vida;
Que solo el diestro huir sus golpes fieros
Tiene, y no otra defensa, su herida;
Cuando uno que quedó de los postreros,
La honra en cobarde miedo convertida,
Determinó salvar con piés livianos
La vida, que no puede con las manos.

Mas el feroz jayan, que le es camino
Seguir al que le buye á poco trecho,
A un golpe que á traicion le dió, convino
Quedar una espantosa pasta hecho;
Y el rey persiano por el bosque á tino
En busca entró del afligido pecho
De Arlaja, que anegada en tierno llanto,
En lo espeso la halló del mirto santo.

Volvió en su acuerdo la turbada mora,
Y en lagrimosos ojos y voz nueva,
«¡Ay Dios! dijo, ¡mi bien no estaba ahora
Connigo junto en esta oscura cueva?
Mas ¡ay cruel hado! ¡Suerte burladora!
¡Agüero triste que á morir me lleva!
Ya veo que aquí ó en otra gruta oscura
Nuestro tálamo hará una sepultura.»

«Sola una alma nos dió, sola una vida,
Llena de amargo azar la infeliz suerte;
Si está en dos tristes cuerpos repartida,
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:
¡Oh rey valiente! Sangre esclarecida
Del divino Agrican y Ciró el Fuerte,
Así en años y siglos no veloces
El alto fin de tus intentos goces,

» Que por postrer favor y último ruego
Aqui me otorgue ese tu brazo altivo
Que las frías cenizas de aquel fuego,
Que á mi alma dieron luz miéntras fué vivo,
Y á esta urna triste puso un rigor ciego
Por sola culpa de mi hado esquivo,
En un sepulcro gocen de un reposo,
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»

Dijo; y en la ansia y la color difunta,
Una y otra y mil veces se desmaya:
El generoso rey, que ya barrunta
El triste golpe que á morir la ensaya,
Entre un consuelo y otro le pregunta
De su amante el suceso, y quien les haya
Perturbado su bien: la bella Arlaja
Así en voz respondió turbada y baja:

« Luego que entre la furia de los vientos
Tu ausencia nos dejó y el gran Bernardo,
Y por los dos confusos elementos
Haciendo fuimos al morir resguardo,
En diez días, entre montes turbulentos,
De un fiero cierzo el huracan bastardo
Nos arrojó en la playa de Biserta,
En triste estrella y punto descubierta.

» En lugar de Agramante, que en batalla
Murió á los piés del senador romano,
Reina Sulman, que de mi padre Abdalla
Sobrino es, hijo de Sulman, su hermano:
De mi tragedia aquí, para cortalla,
La triste hebra guió el hado inhumano,
Y la fortuna teatro doloroso
De su muerte trazó á mi caro esposo.

» De los peñascos que en la costa brava
Al mar rompen los ásperos espejos,
Nuestro bajel, que en ellos se anegaba,
Flores juzgó los gajos mal parejos,
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba
Al robo atento, viéndonos de léjos,
Al despojo corrió en furor de guerra:
Bárbara usanza desta ingrata tierra.

» Fué la asaltada nao en mil excesos
Saqueada de los fieros nasamones,
Y el rey mi esposo y yo traídos presos,
O por despojo ó por preciosos dones:
Sulman, que de los trágicos sucesos
Tenia ya de Valencia relaciones,
Y la muerte que al príncipe mi hermano
Más le dió mi desdicha que otra mano;

» Viéndome en su poder, la culpa mia
¡Ay cielos! en mi malogrado esposo
Vengar quiso el cruel, porque hacia
En dos el fiero golpe mas vistoso:
Quemarle vivo en el siguiente día
Mandó, y en un retrete tenebroso
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,
Que el dolor le mató ó mi triste ausencia.

» Y el frio cuerpo, en la hoguera roja
Ya en cenizas estériles trocado,
A esta urna triste y mi mortal congoja,
Por tormento mayor, fué encomendado;
Y hoy en funestos hábitos me arroja
Su feliz reino al mio desdichado,
Porque el padre ofendido haga en mi vida
A su antojo venganza mas cumplida.

» A esto, señor, esos soldados fieros
Que tu espada venció, venian conmigo,
Y estos son de mis ansias los postreros
Lances que debo al tiempo, mi enemigo.»
Así en roto gemir, males enteros
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,
Cuando un asombro y maravilla nueva,
Temblando el mirto, se mostró en la cueva.

En la una mano una desnuda espada,
En la otra un claro y relumbrante escudo,
Pálido el rostro, la color turbada,
Gundemaro salió de armas desnudo;
Y viendo al persa con su Arlaja amada,
Suspendió el paso, embelesado y mudo
De hallarla en tal lugar, y el luto triste
Que el cuerpo, al parecer, y el alma viste.

La mora, que le vió, del lago Averno
A llamarla creyó que se volvía,
Y con intrépida alma y amor tierno,
« Ya voy, mi bien, ya voy tras ti, decía:
Solo el no verte tengo por infierno;
Que este cielo será en tu compañía,
Y el muerto corazón en solo verte
Vida tendrá en los reinos de la muerte. »

Dijo; y con brio y ánimo arrojado,
Que el vivo fuego del amor la lleva,
Al brazo alegre de su esposo amado
Ciega se arroja en la profunda cueva:
Quedó el persa del caso embelesado,
El español, con la experiencia nueva
De hallarse en brazos de su dulce amiga,
Ni sabe qué se entienda ni qué diga.

Mas cuando, vueltos del primer espanto,
En estado se ven tan diferente,
Y en la tragedia de su amargo llanto
La accion trocada en el placer presente,
Y que su error ha hecho el cielo santo
Bienes, hijos de un mal solo aparente;
Con nuevo amor y alegres sentimientos
El parabién se dan de sus contentos.

Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,
Despues de haber á su leonés contado
Del grave riesgo la mortal baraja
En que el engaño puso su cuidado:
Cómo ahora la fortuna en tal ventaja
Sus favorables brazos ha trocado,
Alegre les pregunta, y de qué suerte
Origen tuvo su fingida muerte;

Cuando del real alcázar, cuyos muros
Aun daban sombra al bosque comarcano,
Arma oyeron tocar, y con oscuros
Acentos engrosarse el aire vano:
No tienen ya los mirtos por seguros,
Ni el detenerse allí juzgan por sano:
El gallardo Guzman, al caso incierto,
Del fino arnes se armó de un hombre muerto.

Y amparándose mas con la espesura,
De la ciudad se apartan sin provecho,
Mientras la sombra de la noche oscura
Al mundo entolda su estrellado techo,
Buscando para el mar senda segura;
Mas la lóbrega selva y bosque espeso
Los briosos caballos les enfrena,
Y el cielo esconde y de la mar la arena.

Ya el carro de oro señalaba al cielo
El medio curso de la noche muda,
Y en su quietud mayor el muerto suelo
Al dulce sueño con silencio ayuda;
Cuando entre riesgos, breñas y recelo,
De una alta loma la cuchilla aguda
La mar les descubrió, y el ancho puerto,
De sorda grita y confusion cubierto.

Vieron por él en tristes luminarias
La pingüe brea arder de los navios,
Subiendo al cielo, entre cometas varias
De su humo, en vellon bultos sombríos:
Por la playa correr gentes contrarias,
Tejidas en confusos desvarios,
Unos por huir del fuego á la agua fria,
Y otros por apagar el que ya ardía.

Los dos guerreros con la hermosa dama,
Validos del favor del aire oscuro,
A un capitán que con su gente y fama
Hacer parece al mar campo seguro,
Del claro incendio y la grasienta llama,
Que alegre hierve en el breado muro,
Quién la sembró, preguntan; y el pagano
Así en estilo respondió villano:

« ¿ Vosotros por ventura sois nacidos
De las incultas rocas desta sierra,
Que solos ignorais los nunca oidos
Destrozos desta extraña y nueva guerra?
¿ O sois, á dicha, en compañía venidos
Del que, en la mar ardiendo y en la tierra,
A sus victorias y obras temerarias
Tan crueles deja y tristes luminarias? »

» Daos á prision: sepamos á qué parte
Del mundo vais, quién sois, de qué naciones,
Y si en quitar acaso fuisteis parte
Hoy una infanta á treinta nasamones.»
Dijo; y cuando el leonés, que, hecho un Marte,
Como español escucha sus razones,
Como español tambien en la respuesta,
Más que la lengua fué la espada presta;

La mano que le fué á tomar la rienda
Para della prendelle, le echó al suelo,
Y en fiero asalto y lóbrega contienda,
A unos heridas da y á otros recelo:
La ciega noche una batalla horrenda
Del nuevo hizo y mal fundado celo,
Y el daño hecho en la cobarde gente,
De mayores recelos el presente.

Los dos, por no perder la bella Arlaja,
En defenderla y defenderse atentos,
A unas rocas que el mar de espuma cuaja
Cuando le alteran con soplar los vientos,
A espacio se retiran con ventaja;
Y del áspero risco en los asientos,
Por donde el mar sus ásperas alcobas
De marisco le viste y verdes ovas,

Un barco vieron suelto, y que la gente
Que en él ha de ir se embarca con recato,
Al tiempo que la aurora en el oriente
Labraba en oro el día su retrato:
Zarpaba ya del ancla el corvo diestro
Por hacerse á la mar, cuando el rebato
Sobre ellos arrojó á los dos guerreros,
Menos seguidos ya y con ménos fieros.

Gundemaro, que halló el batel á punto,
Por medio el crespo mar metió el caballo,
Hasta llegar de su baupres tan junto,
Que á su satisfaccion pudo abordarlo;
Cuando en la popa vió el bello trasunto
De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo,
Quitado el yelmo, y dellos conocido,
El dudoso placer salió cumplido.

Supo allí el Rey que Angélica la bella
Huyendo va en lijera fusta á España,
De un jayan espantoso que por ella
Mortandad en Biserta ha hecho extraña;
Donde al persa feroz, para ir á vella,
Con esperanza nueva amor le engaña,
Y ya en un barco todos y un intento,
Las anchas velas dan al fresco viento.

Preguntó el Rey al noble Floridano
De la huida de Angélica el motivo,
Quién el bulto persigue soberano,
Ó por qué culpas se le muestra esquivo.
«No es, dijo el español, pecho inhumano,
Arma arrogante ó gusto vengativo;
Quien la sigue es amor; la dulce guerra
Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

«¿Quién la sangrienta trápala y rüido
Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
Sabrá cuál fué contar, ó cuál ha sido
Del grave daño la ocasion mas cierta?
Después que, presa en el jardín florido
De Alcina, fué en su insula encubierta
La Angélica hieldad, y ante tus ojos
De un corsario feliz ricos despojos;

«Y después que en la mar la noche oscura
Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
Y al perderse la luz de su hermosura,
La bonanza perdimos y el camino,
Llevados de una en otra desventura,
No vimos mas su bulto peregrino,
Hasta que ayer, tras su fortuna incierta,
Huyendo de un gigante, entró en Biserta;

«Y de allí, en un bajel que en aquel punto
A la vela salia, voló á España,
Cuando el jayan llegó, que era un trasunto
Del ciego infierno en la braveza y saña.
Como toro feroz á un pueblo junto
En barreado coso ó en campaña
Solo arremete, y solo hace calle,
Puebla barreras y despuebla el valle;

«Así él, siguiendo de la bella dama
El fresco rastro, entró en el pueblo moro,
De una serpiente armado, cuya escama
De una en otra se engaza en nudos de oro:
El turbio Egeo, cuando en torno brama
De Aulide al risco con hervir sonoro,
Ni en braveza se muestra tal ni tanta,
Ni mas á quien su furia mira espanta.

«De horrible vista, de cabello yerto,
De secos labios, de sangrientos ojos,
De negro polvo y de sudor cubierto,
En ronco aliento respirando enojos,
Cansado el cuerpo del camino incierto,
Mas no el alma feroz de sus antojos;
Que al fin sabroso donde ufano mira,
Con mil rayos de honor y amor respira;

«Y como no halla á quien siguiendo viene,
Bramando pide á voces la doncella,
Quién, cuándo, cómo, adónde está y la tiene
En guarda oculta, ó sabe nuevas della:
Ni aquí ni allí se pára ni detiene;
Que rabioso por vella y por no vella,
La ardiente clava con furor violento
Uno y otro abaraja, treinta y ciento.

«En la plaza, á la tropa de la gente
Que quiso por su mal tomarle el paso,
Vuelto en el talle y el furor serpiente,
Destrozo hizo horrible y cruel fracaso:
Armas, huesos y carne, pecho y frente
Aplasta, muele, amasa, y no da paso
Que alguna vida misera no cueste,
Matando al uno, al otro, á aquel y á este.

«A Gardel, de la reina Zaida hermano,
En el herir y en el tañer maestro,
Con un golpe mató, y de otro á Uliano,
En jugar y en hacer caballos diestro;
Y entre un confuso vulgo el brazo insano,
A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
Espantosas heridas da y revuelve,
Y mil, por una que recibe, vuelve.

«Cual de Hircania en las ásperas montañas,
Tigre de pecho y lomo remendado,
De dulce sangre hambriento, entre espadañas
La vista asombra del vecino prado;
Huye en tropel confuso á las cabañas
El fiel pastor y el tímido ganado,
Y él, harto de matar, ardiendo en celo,
De sus sangrientas garras lame el pelo;

«Así el jayan la tímida manada
De humildes moros por delante lleva,
La plaza y la ciudad alborotada,
En quien los golpes de su clava ceba:
Acomete la real puerta dorada
Del alcázar, adonde en furia nueva
Haciendo entra en sus guardas y porteros
Espantoso destrozo y golpes fieros.

«Tocan arma en las torres, y el rebato
Suena por la ciudad con ronco estruendo:
Corre la gente en tropa, y con recato
Unos aquí y allí, todos huyendo:
En vista y hechos un cruel retrato
De la furia mayor, dando y sufriendo
Mortales golpes, la mejor adarga
Hace á los suyos el que mas se alarga.

«No en barreado coso toro altivo
Que nunca al corvo yugo ató la frente,
Con más furor se arroja al curso vivo
Con que dél huye la plebeaya gente;
Ni del confuso vulgo fugitivo,
De más tiros ni en presa más ardiente
Le acosan y le pican, que en mil modos
Desde afuera al jayan combaten todos.

«Cien espadas le hieren, y otros tantos
Tiros repara en el valiente escudo;
Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos
Barreras le hacen con su acero agudo:
Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
Y el fiero monstruo de piedad desnudo,
Cruel, cuando le falta gente, enclava
Por cimbrías de oro la espantosa clava.

«Del duro mármol las columnas bellas,
Con sus grabados techos de oro abiertos,
Que en ricos cuadros gozan por estrellas
Retratos vivos de sus reyes muertos,
Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
Caen, de su antigua majestad cubiertos,
Blasones que del tiempo en la cruel llama
Ya fueron salamandras de la fama.

«Con las torres enteras caen los muros
A sus soberbios piés, y en rabias ciego
Por no hallar á quien busca, en los oscuros
Desvanes siembra del alcázar fuego:
Arde el cedro oloroso, arden los duros
Cuadros de alerce, y al furioso entrego
De la llama, molduras y artesones
Caen en blanca ceniza hechos carbones.

» Creció el viento, y el fuego á las estrellas
En resonantes globos se encarama,
Escupiendo, al subir, vivas centellas,
Que de nuevo al caer crece la llama :
Arden las altas bóvedas, y dellas,
El aire, el fuego á la ciudad derrama,
Abrasando sus rojos torbellinos
Del alcázar real los mas vecinos.

» Entre esta horrible confusion, huyendo
El cruel aspecto del feroz gigante,
El dia fué su luz desvaneciendo,
Dando la del incendio por bastante ;
Y él, al mismo teson que entró, saliendo
De la ciudad, al mar llegó triunfante,
Donde fuego tambien sembró en la flota,
Y tomó para España la derrota.

» Podéase presumir que tuvo nueva
De Angélica, y que va en su seguimiento,
O que algun superior furor le lleva
Tras un desesperado fin violento. »
Así el noble español el gusto ceba
De los que en atencion gozan su cuento,
Aunque al Rey el recelo y la sospecha
Más las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,
A Gundemaro pide alegre cuenta
De su prision, y cuándo del tirano
Libre salió con su aficion contenta ;
Cómo y por qué le hicieron muerto en vano :
A quien él, viendo que su Arlaja atenta,
Y el Rey lo mismo pide en regocijo,
Así, satisfaciendo á todos, dijo.

ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo-Magno significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo frances se muestran los grandes inconvenientes que trae consigo el haber en una república bandos y parcialidades, y cómo este es el mas eficaz desman para su destruccion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que, estando para gozar de Angélica y seguirla haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana; Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvía de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfrenado antojo, pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconsuelo, y la libra dél, significa que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen y las desgracias se consuelan.

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

ARGUMENTO.

Cuenta Gundemaro el extraño suceso por donde se libró de la prision de Sulman, rey de Biserta; el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

« Es el amor omnipotente y santo,
El leonés prosiguió, en obras divino,
Que en fiestas suele convertir el llanto,
Y de fortuna atar el desatino:
Pues este, que en mis causas pudo tanto,
Tambien en esta pudo abrir camino
Al bien presente, aunque por varios modos,
De sangre y de dolor sembrados todos.

» La reina Zaida, de Sulman esposa,
Por sangre igual ó favorable signo,
De una fuerza rendida poderosa,
A mi rostro volvió el suyo benigno :
De mis desdichas y de mi piadosa,
El del Rey tuvo por castigo indigno
De los yerros de amor, y con su gusto
En vano salió el real decreto injusto.

» Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
Por el robo y la muerte desgraciada
De mi Arlaja y su hermano, que en Valencia
Más le mató su culpa que mi espada :
Que sea quemado vivo en su presencia,
Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
Con mis frias cenizas en la mano,
Por mas tormento al reino valenciano.

» La Reina, á quien amor el blando pecho,
O con mi vista ó mi inocencia, pudo
Darle de compasion humana hecho
Al riesgo de mi vida un noble escudo ;
O por hallar los ruegos sin provecho
Con el tirano de piedad desnudo,
O por hacerse dueño por tal via
Del gusto que en el mio pretendia ;

» De mi oscura prision fué poderosa
A darme libertad, hecho un contrato
Con el alcaide, y una temerosa
Y no oida invencion por mas recato :
Un moro, que en la edad poco dichosa
Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
Dieron en mi lugar á la cadena,
De más agravios que eslabones llena.

» Y luego que en la misera garganta
Sus vueltas enredó el estrecho nudo,
A un duro lazo dieron fuerza tanta,
Que le dejó el espíritu desnudo ;
Y en una fiera crueldad que espanta,
Muerto y desfigurado el rostro, pudo
Fingir que yo era el muerto, el que el engaño
En mi provecho hizo y en su daño.

» Creyó la estratagema el rey tirano,
Y la Reina en prision mas amorosa
Algunos dias me entretuvo en vano,
Tras la esperanza de una fe engañosa,
Haciendo los favores de su mano
La triste cárcel ménos rigurosa ;
Que cárcel era, y en prision vivia
Quien libertad y gusto no tenia.

» En una torre altísima que vuela
Sobre los muros de un jardin florido,
Que hace al vecino bosque centinela,
Y lo mejor descubre de su ejido,
Con cuidadoso recato y fiel cautela
De la piadosa reina entretenido,
Secreto estuve y libre del tirano,
Que hizo el muerto volver ceniza en vano.

» De la torre al jardin se descendia
Por un secreto paso, en cuyas flores
El amor con sus plumas me escribia
De mi querida esposa los primores :
La reina Zaida aqui tambien venia
A verme, y en su amor y sus favores
Con mas recelos iba y con mas tiento
Cuanto ménos sabia de su intento.

» Hasta que su alma, al fin, quitó el rebozo,
Y haciendo en los regalos diferencia,
Que era en ella mostró de verme el gozo
Ardiente amor y no benevolencia :
Pidió el retorno en mi de su alborozo,
Y el gusto, que no estaba en su presencia,
Quedó en nuevo cuidado, y por mil vias
Desvelando á su antojo las porfias.

» Prometiéndome el reino de Biserta
Y á su esposa matar por gusto mio,
Como en Tripol Geber es cosa cierta
Ser rey por semejante desvario :
Mostróme la campaña y mar cubierta
De armada y fiera gente á su albedrío,
Y en belicoso alarde en mi presencia
De su bárbaro imperio la potencia.

» Despues, del campo haré un breve retrato,
Y del primor con que su alarde hizo,
Y adónde apunta el bélico aparato
De aquel soberbio ejército mestizo;
Cuando diga en qué modo y cuán barato
La fortuna estas máquinas desbizo,
Cuando yo en laberinto tan oscuro
Ni puerta podia hallar ni hilo seguro.

» Del real jardín entre una selva inculta,
Del ancho muro en el cimientto grueso,
Una espantosa cueva tiene oculta,
Perdida boca en aquel bosque espeso;
Donde á gozar del fresco que sepulta
En aquella florida cárcel preso,
Mil ratos me entretuve, retirado
En su alegre frescura y mi cuidado.

» Aquí entre verde grama y nuevas flores,
Un día el dulce sueño en tierno nudo
Mis sentidos ligó, y de sus colores
Un gran tesoro me mostró desnudo:
De rubias masas de oro los mejores
Rayos de alegre luz, con que ya pudo
El deseo cautivar que dió, despierto,
Tristes suspiros por el sueño incierto.

» Pareció que en los senos de la cueva,
Donde durmiendo estaba, le tenia,
Y á gozar dél con gusto y fiesta nueva
Mi dulce esposa tras de mi venia;
Mas ya despierto, viendo que se lleva
Morfeo entre sus alas mi alegría,
Triste quedé; que en sueño de tal suerte,
Ventura es que el dormido no despierte.

» Pasóse este accidente, olvidé el sueño,
En otros pensamientos divertido;
Mas siempre del tesoro un dulce empeño
De memoria alegraba mi sentido:
Siempre que via de la cueva el ceño,
Que estaba allí me parecia escondido
Aquello mismo que el pincel liviano
En el alma escribió con débil mano.

» Hasta que, al fin, aver libre y ocioso,
No sé de quién ni cuál furor llevado,
A buscar el tesoro portentoso
Por la cueva me entré tras mi cuidado;
Y de uno en otro paso temeroso,
De la fortuna y del amor guiado,
A otro mundo llegué, y en otro mundo
El bien hallé que gozo sin segundo.»

Así el leonés decia; y al persiano,
Que con graves cuidados examina
Del ejército bárbaro africano
El fin que apunta, el blanco á que camina,
Y qué gente hay en él, el cortesano
Gundemaro, con lengua y voz divina,
Así le da razon, y así trasunta
Del grave alarde la soberbia junta.

» A instancia de Marsilio, que en España
Tiene la silla real de Zaragoza,
Llena de armadas gentes la campaña,
De Biserta sus muros alborosa:
Teme al frances, sospecha que le engaña
En la jornada que hace, y que no goza
Seguridad su reino si el de Asturias
Las suyas junta á las francesas furias.

» Contra esto se previene, y con Abdalla
Y Sulman hecha liga, por Valencia
Meter quieren su gente y reforzalla,
Tal que en Francia no halle resistencia:
Reprimir al frances, y dar batalla
A la Navarra y á la leonés potencia,
Y sacudir de Córdoba con ello
El duro yugo de su altivo cuello.

» Y á todo esto de nuevo se ha juntado
La sucesion del reino granadino:
Por un grave rigor de adverso hado,
Que es de dejarlo en el silencio indino,
Viene á Sulman el rico principado
De la ciudad, que en curso cristalino
El Darro abraza, si es, cual dicen, cierto
Por espantoso modo su rey muerto.

» Suceso es raro, bien que sin recelo
Por verdadero corre en Berberia:
Divinas obras, que el piadoso cielo
Al mundo, de su eterno brazo, envia:
O sea ó no sea así verdad, dirélo
Por las mismas palabras con que un día
Zaida me lo contó, y á ella, prudente,
Galirtos, que lo vió y se halló presente.

» Galirtos, rey de Alora, que pretende
Serlo tambien del campo granadino,
Y de la árabe sangre real descende,
Que á Sulman á pedirle ayuda vino,
Por verdad este así dicen que vende
De Estordian el suceso peregrino;
Así su muerte cuenta, y de este modo
El origen tambien del reino todo.

» Por festejar al bravo Ferraguto,
Que á Doralice libertado habia
De la infame prision de un jayan bruto,
Granada en fiestas de placer se ardia:
Alegre el Rey, la Infanta ya sin luto
Del muerto Mandricardo, cuando un día...
¡Oh humanas vueltas! ¿Quién la inmortal rueda
De los hados hará constante y queda?

» A hacer de su riqueza y reino alarde,
Y á dar al de Aragon su amada infanta,
De la Alhambra con él bajó una tarde
De un real jardín á la florida planta;
Y por donde mas fresco y menos arde
El sol, y más Generalife espanta,
A gozar fuéron de las flores y aves,
Suave olor y músicas suaves.

» Cuando por arrayanes y laureles,
De un moral descendieron á la sombra,
Donde, de rosas hecha y de claveles,
El suelo les prestó una fresca alfombra,
Que, en blanda murta y blancos mirabeles
Entretejida, su belleza asombra,
Convidando á quedarse por un rato
Al gusto de aquel cielo ó su retrato.

» Y en agradable suspension metidos,
Al ruido de una fuente que murmura,
De los arpados cantos no aprendidos
Que las aves le dan á su hermosa,
Grande rumor se oyó, grandes ruidos
De cajas, grita y voces, que en la altura
Y techos de oro del palacio suena,
Retumba el bosque y el jardín atruena.

» Y entre el ronco atambor y sorda grita
Que en bárbaros sonoros instrumentos
Por la ciudad, en música exquisita,
Acordes dan y consonos acentos,
Así la confusion ataja y quita
Su melodia á los parleros vientos,
Que es cuanto suena en rudo desconcierto
De un tupido rumor estruendo incierto.

» Como tal vez debajo el polo helado,
El ismaro soberbio y belicoso
Atruena, en sus banquetes ocupado,
Los collados del Ródope espantoso,
Y entero un jabali mal sazonado,
Medio crudo, sangriento y asqueroso,
Brutalmente en las manos despedaza,
Y tras él colma la espumante taza;

» Crecen los humos del calor de Baco,
Vuélvese horrible confusion la cena,
Ruedan las tazas, y en el monte opaco
El confuso ruido de armas suena,
Los finos petos del fornido Yaco,
Y la selva de grita y voces llena,
Los ecos quiebran por las duras peñas,
De su imprudente horror bastantes señas:

» Así por la ciudad el son confuso
Se dice que sonó agradablemente:
Ferraguto, ignorante de aquel uso,
La causa preguntó; y el Rey prudente,
A quien en triste suspension le puso
El ruido alegre que formó la gente,
Que, aunque fué en otros gustos de alegría,
En el suyo causó melancolia;

» Así, tras un suspiro, el rostro vuelto
Al bravo Ferragut, dicen que dijo :
— No hay bien que en mil azares no esté envuelto,
Ni mal que en el durar no sea prolijo :
Mil penas en el alma me ha revuelto
Desta música el breve regocijo ;
Que siempre la memoria del contento
Es triste soledad al pensamiento.

» Ya un tiempo fué que, aunque en menor fortuna
Gocé mi reino, la quisiera ahora ;
Que los gustos son olas de una en una,
Y el pasado placer el que se llora :
Oye, oh valiente: si de parte alguna
Puedes saber lo que tu gusto ignora,
Es de mi solo; estáme pues atento
A cuenta del deleite de mi cuento.

» Sabrás mi antiguo origen, y la causa
De los alborotados instrumentos,
Con que este rico y noble pueblo aplausa
Ciertos huéspedes suyos mal contentos :
Hará mi gusto por el tuyo pausa ;
Y los infaustos sin piedad portentos,
Con su larga espantosa pesadumbre,
La ocasión te diran desta costumbre.

» Contarte he los principios de mi casa,
Y desta gran ciudad que ves presente,
Los caminos por donde tan sin tasa
En nobleza creció y valor de gente :
Quién me trajo á estos riscos, en que pasa
El cristal sobre el oro reluciente,
Cuento es notorio, el mundo su testigo ;
Oye, que así pasó como lo digo.

» En la parte que de Africa se inclina
A ver del mar Océano el semblante,
Y de desnudas rocas la marina
Llana le ofrece á su furor delante,
De yertos riscos y árboles se inclina
Sobre los otros montes el de Atlante,
Como columna altísima, que el vuelo
Sustenta de las bóvedas del cielo.

» No se solía empinar tan alto el risco
Mientras que Atlante fué en aquella costa
Dey del mudable pueblo berberisco,
De tostado arenal y playa angosta ;
Mas cuando vió del fiero basilisco
La górgona cabeza hecha aposta
Para criar montañas en la tierra,
Cual hoy está, quedó mudado en sierra.

» Antes sobre los pinos desta cumbre
Solía subir á sustentar el cielo,
Y cargando en los hombros la techumbre,
De estrellas aliviar su curso y vuelo ;
Donde Hércules, la inmensa pesadumbre
Sufriendo, hizo tal vez gemir al suelo :
Aquí, vuelto Atlas Peña, eternamente
Sus orbes fija en la nevada frente.

» Perseo, que es del sagaz Mercurio hermano,
Después que hubo cortado la cabeza
A Medusa, trayéndola en la mano,
Deste gran rey llegó á una fortaleza :
Recibióle con término villano,
Medroso que al jardín de su riqueza
Hambriento despojase, y del tesoro
El rico árbol que da manzanas de oro.

» Por tan vil presunción, hecho peñasco,
Perseo le dejó, y el rico huerto,
De un fuerte muro y diamantino casco
Cercado en torno y de cristal cubierto ;
Y allí un rojo dragon, que el gran carrasco,
De las ricas granadas de oro engerto,
Con vigilancia eterna guarde y cele,
Y sin dormir jamas, sus puertas vele.

» Y consagrado el dios que nació en Creta,
De allí quedó el jardín florido de oro,
Con tal virtud y propiedad secreta,
Que no sea el reino mas que su tesoro :
En él toda su dicha está perfeta,
Su majestad consista en el decoro
Que á su sagrado muro se guardare ;
Hasta allí llegue, y en parando, pare.

» Guardóse por mil siglos inviolable
La fiel clausura del jardín sagrado,
Hasta llegar la vuelta inevitable
De los precisos términos del hado ;
Y del monstruoso pueblo variable,
De honor el cetro real vino cargado
A Armindas, que fué ilustre padre mio,
Y alma y reino perdió en un desvario.

» De la bella Zegrilda, á quien el cielo
Igual con la crueldad dió la hermosura,
En los ojos amor labró un anzuelo
Por tropezar del mundo y su cordura :
Mi padre á su vejez vió este señuelo,
Y el fuego, aunque la yesca no es de dura,
En el seco vellón cunde sin tasa,
Y toda una centella la traspasa.

» Dió él en amor, y en desamores ella ;
Ella en aborrecer, y él en amalla ;
Mil trazas inventó para vencella.
Y ella para no entrar en su batalla :
Mientras se rinde mas, mas le atropella ;
Por demas es correr para alcanzalla ;
Que el desamor los llanos vuelve sierra,
Y en gustos encontrados todo es guerra.

» De un moro vil, aunque de tierno bozo,
Preso su pecho fiel tenía la dama :
Sintió el amante viejo el gusto mozo,
Mas ; qué no alcanzará á saber quien ama ?
Lloró celoso el ver que de su gozo
Dueño sea quien de humilde él suyo infama,
Y que ande en competencia y desamado
Un rey con quien no alcanza á ser criado.

» Determinó quitarle con la vida
Al nuevo Adónis el honor de sello ;
Mas quien granjea el amor por homicida,
Ciego y léjos está de mercedello :
Quedó la dama tierna y ofendida,
Muerto sin ocasion su amante bello,
Aborrecido el Rey, y el reino estrecho
De asombros lleno en tan horrible hecho.

» Mas ya del todo el apetito ciego
Intentar quiere, ó á querer se esfuerza,
Que á apagar ó encender su torpe fuego,
Pues no pudo el amor, pueda la fuerza :
Vióse la dama muerta desde luego ;
Que aunque no hay quien al alma haga fuerza,
Y el Rey aun para el cuerpo no la tiene,
Mirar por él y por su honor conviene.

» Y en este noble pensamiento puesta,
Al Rey, que ardiendo ve en amor, le pide
Que, pues ya en darle está su honor dispuesta,
Y el suyo con ardiente gusto mide,
En honra dé una merced honesta
Le haga, que su antiguo enojo olvide,
Y la goce sin él, con tal que sea
En el rico lugar que ella desea.

» El ciego amante, que tuviera á gusto
Y á dicha darle un largo reino entero,
Como lo manda, olvida su disgusto,
Y en semblante de amor trueca el severo ;
Y el don, al parecer templado y justo,
Le otorga, y ella, en rostro lisonjero
Tornando alegre con caricia amiga,
Así de nuevo á que lo cumpla obliga.

» — Señor, dijo, yo siento que á mi pecho
El amor de aquel moro, tu enemigo,
Con encantos le hizo tan estrecho
Un mago astuto que trató conmigo :
Contra esto hay cierta yerba de provecho
En este real jardín, que, cual lo digo,
El sabio me lo dijo, y que es bastante
A hacer aborrecer cualquier amante.

» Haz por mí, porque yo por tí me esfuerce
A olvidar lo que ya olvidar querría,
Que en él, al tiempo que su paso tuercer,
De la noche huyendo el blanco día,
Los dos entremos, para que él refuerce
En nuestro amor con su virtud la mía,
Y me haga que sola de tu gloria
Quede, y no de otro, rastro en mi memoria.

» Y aunque la tierna raíz con que Medea
Al padre de Jason volvió mancebo,
A este jardín alegre hermoosa,
Y le sustenta eternamente nuevo,
Con ella yo también haré se vea
Tu blanca barba como el rojo Febo;
Si es de creer que su virtud conserva,
Y el mundo aun goza tan preciosa yerba.

» Darnos ha el árbol de su alegre fruta,
Por tantos siglos ántes no tocada,
Y la de mi honra, entre la yerba enjuta
Del ramo de oro, gozarás doblada:
No es este antojo petición tan bruta,
Que no me haya de ser por ti otorgada;
Ésto has de hacer por mí, señor, si quieres
Mis regalos gozar y sus placeres.

» Mas si gracia me niegas tan menuda,
Tendré este, que amor llamas, por antojo:
Da á lo que pido un sí; no estés en duda;
Que me es verte dudar notable enojo.—
Dijo; y todo el semblante alegre muda
En triste ceño, en blanco el color rojo,
Con el confuso miedo ó con la pena
De la injusta merced de engaños llena.

» De Zegrilda la gracia peregrina
Al Rey bastara, sin llegarle el cebo
De la rejuvenil virtud divina
Que hacer sabe de un viejo un hombre nuevo:
Darle el jardín abierto determina,
Y en él buscar el inmortal renuevo;
Que á un bien tan raro y gusto de tal modo
No es mucho precio aventurarlo todo.

» Son la vida y amor, de los trofeos
Humanos las deidades mas pujantes,
Ante quien quedan los demas deseos,
En su comparacion, por no importantes:
¿Qué mucho que ahora hagan devaneos,
Si arrastra cualquier dellos los gigantes,
Y un viejo amante, para un gusto nuevo,
Desea volver, si puede, á ser mancebo?

» Determinó, pues se halla enamorado,
Hacer obras de tal, y darle gusto
A la que el suyo ha puesto en tal estado,
Ahora sea justo, ahora injusto:
Del oculto sagrario reservado
Libre sacó con ánimo robusto
Las llaves, cuyo peso soberano
Jamás ántes cargó otra mortal mano.

» Y porque el hurto al mundo sea invisible,
Entre el mudo silencio y sombra oscura
Los dos amantes al umbral horrible
Llegan, que habia de ser su sepultura:
El muro del jardín tembló inmovible,
Y al resonar la hueca cerradura
De las puertas de bronce, en pavor llenas,
De sus torres llovieron mil almenas.

» El lustroso dragon que, puesto en vela
Al árbol de oro, inmenso tiempo habia
Que, sin ver sueño, estuvo en centinela,
Ya en sabroso sosiego y paz dormia;
Cuando al sordo rumor despierto, vuela
Con negras alas por la abierta via
Que al ciego amante la engañosa dama
A la venganza guía de su fama.

» Y en los dos estrenando su veneno,
Ambos á un tiempo los dejó sin vida,
Y por el pueblo, ya de asombros lleno,
Espantosa hace y ciega arremetida:
Huyó del viejo Atlante al fértil seno,
Donde su furia, en llamas encendida,
Así lo alto encendió de la montaña,
Que de sombra su humo cubrió á España.

» Madrugó el sol por ver el ciego estrago
Que la desencantada sierpe hizo,
Y en el rey muerto el merecido pago
Que la dama le dió y su amor postizo:
Al jardín se cayó el muro aciago,
Y el novelero vulgo antojadizo
El oro saqueó, y el rico hurto
El mismo día quedar se vió desierto.

» Mas aquel Dios que en él por su decoro
Claustro secreto á su deidad tenia,
Los robos castigó, y cobró el tesoro
Con tristes muertes que en crueldad llovía;
Nadie sin religion tocó en el oro
Que á la planta inmortal de luz vestia,
Que, aunque al templo la culpa restituya,
No pague en infeliz morir la suya.

» Hallóse la ciudad de muertos llena,
De horribles sombras y temor los vivos,
El reino despoblado, y yo en la pena
Que podian darme males tan esquivos;
Cuando un sabio alfaquí, en noche serena
Contando al duro cielo los motivos
De sus doradas vueltas, leyó en ellas
El fin á que nos llaman las estrellas.

» Y — Huye, me dijo, de la tierra odiosa,
Que ya aquí el hado el reino y paz te niega,
Y en procurar ciudad mas venturosa
Al viento manso y á la mar te entrega;
Y de esa fruta de oro prodigiosa
Con una busca la espaciosa vega
Del río que, volcando arenas de oro,
Con el suyo igualare á tu tesoro.

» Allí, al abrir el sol sus rayos bellos,
Sin arar la pondrás en su remanso,
Y hasta que peines nieve por cabellos
Deste azote el rigor hallarás manso;
Allí tendrás alcázares, y en ellos
Reino seguro y próspero descanso,
Sin que la pena y el castigo lleyes
Desta culpa comun, si alguno debes.—

» Dijo; y con la dudosa profecía
Habla y alma huyó del cuerpo muerto,
Y yo, entre tantos miedos, otro día
Con mis gentes bajé al vecino puerto:
Junto á la playa un bosque espeso habia,
De grama todo y de arrayan cubierto,
Adonde con humildes sacrificios
Los dioses intenté de hacer propicios.

» Sentados de la selva en lo mas llano,
Siete lucidas vi abultadas peñas,
Y en la mayor de todas de mi mano
Hacer quise un altar entre las breñas:
De una pesada almádana, lozano,
El peso alcé, y á las primeras señas
De querer hacer golpe el pardo risco,
Temblando comenzó á mostrarse arisco.

» Y una voz, que aun ahora en los cabellos
Su horror siento, sonó, que así me dijo:
— Deja de herir los montes, y á mí en ellos,
Oh tú del ciego Orminda incauto hijo;
Deja el inútil campo, que á los bellos
Del claro Darro harás curso prolijo,
Y en los tiernos cristales de su orilla,
De hermosa la octava maravilla.

» En estas siete peñas, convertidas
Dejó del fiero Gorgon la cabeza,
De Atlas las siete nietas conocidas
Entre los astros con mayor belleza;
Estas sus carnes son endurecidas;
Huye de hacer agravio á su entereza;
Que esta tierra, de hoy más, á tus intentos
Llena de horror está, toda es portentos.—

» Dijo; y como arrojado las manos
Del riguroso hado, el puerto dejó,
Y con mis temerosos africanos
En cuatro naves por el mar me alejo;
Por donde, entre arrecifes y pantanos,
Siguiendo de los cielos el consejo,
Llegué á Motril, y allí en su tierra, como
Por favorable agüero, el puerto tomo.

» Y en escuadron formado con mi gente,
Del lugar en que estoy me certifico,
Y ciudad á mi pueblo permanente
De argamases muros fortifico:
Un año estuve allí, que el inclemente
Rigor del hado, en desventuras rico,
Su crueldad templó, y en trato amigo
La ira disimuló, y cubrió el castigo.

»Mas dió principio á destemplarse el cielo,
Arder el aire y á humear la tierra.
Y en mortal peste el enemigo suelo
Manchó cuanto el humilde pueblo encierra;
Yo, que en nuevos cuidados me desvelo,
En triste estaba y congojosa guerra,
Cuando una sombra, envuelta en sueño vano,
Así en tono me dijo soberano:

—Las nieves rompe, y deste suelo ardiente
En otro mas templado harán sus nidos
Los que á gozar bajaren de tu gente
Del Genil claro páramos floridos;
Allí el oro que el árbol excelente
Granó, te dará alcázares floridos,
Y la fruta feliz, de hombres preñada,
Parirla sentirás gente granada.—

»Dijo; y yo, temeroso, los portentos
Adoro, y con su luz me determino,
Y por las sierras pasos abro atentos,
Y entre la blanca nieve ancho camino:
Subo á la cumbre, doblo sus asientos,
Llego, al fin, á este arroyo cristalino,
Y haciendo adoracion debida al cielo,
La tierra abrazo humilde y beso el suelo.

»Y el concurso dejando de los mios
Por la corriente abajo, cuando el alba
De blanco aljófar los escarches frios
Se viste, con que al sol hace la salva;
Sobre este monte, entre sus claros rios,
En la ladera mas desierta y calva,
La luz adoro, y mi granada fijo
Donde ya el cielo tantas veces dijo.

»; Extraño caso, solo concedido
Al brazo eterno que los mundos rige!
Del sol el rayo apenas vió encendido
Con su luz de oro el que primero dije,
Cuando el preñado globo, revestido
De alegre claridad, no hay quien alije
En él los ojos; que otro sol parece
De hermosura mayor que el que amanece.

»Y como si en sus senos se embestia
El que por su horizonte iba naciendo,
Para despues parir la luz entera
Se fué esponjado, en proporcion creciendo:
Creció el oro, creció la luz primera,
Y dentro comenzó un sonoro estruendo,
Como entre flores codicioso enjambre
Que del tierno rocío anda con hambre.

»Y ya exhalado en vaporosa nube
El primer resplandor del oro ardiente,
Cual dorado celaje cuando sube
Al descender el sol por el poniente,
En breve rato que mirando estuve
La neblina y vapor resplandeciente,
Con la fuerza del sol fué adelgazando,
Y á irse empezó tras el calor volando.

»Y entre el desvanecerse la neblina
Y por su seno entrar la lumbre bella,
En admirable pompa y luz divina
Criarse esta ciudad pareció en ella:
Su arquitectura y obra peregrina
Entre vislumbres comenzó á movella
Por los ojos la nube que en su vuelo
Subir se vía por el aire al cielo.

»Comienzan á mostrarse los cimientos
Que ya el oro amasó de piedra dura,
A traslucirse el muro y los asientos
Deste alcázar real y su hermosura,
Sus bellos ventanajes y aposentos
Y el romper de las torres por su altura,
Las almenas y muros levantados,
Y del humilde vulgo los tejados.

»Y la reciente máquina, que altiva
Con torres y dorados chapiteles,
Al parecer tras de la nube se iba,
Plantada se quedó en estos verjeles;
Y no solo ciudad, mas ciudad viva,
Llena de hombres, no de ánimos crueles,
Como unos que espigó otra vez la tierra,
Que en miedo los sembró, y los parió en guerra;

»Mas pueblo sin furor, gente amorosa;
Que la granada amores significa,
Y el ser de oro la vuelve mas preciosa,
En fe mas noble, en condicion mas rica:
Recibíome con pompa suntuosa
La ciudad nueva, y que le sea suplica
Piadoso rey, pues sola en mi persona
Sus muros de oro afijan la corona.

»O fuese impulso natural, ó fuese
La propiedad del oro que fué mio,
O que ya el hado por allí quisiese
Disculpar su pasado desvario:
La ciudad nueva me pidió le diese
Leyes, como su rey, á mi albedrío,
Y por sus calles en soberbia pompa
Mi nombre hacen que los aires rompa.

»Admiróme de ver la muchedumbre
De nuevas gentes, sin nacer criadas;
Sus palacios y templos, que una cumbre
Del cielo hacen bóvedas doradas;
De mi alcázar la excelsa pesadumbre,
Con las puertas de bronce no forjadas,
Muros, torres, ventanas, miradores,
Majadas poco ántes de pastores.

»Y entre estas maravillas y sobornos
De la fortuna, un nuevo sobresalto
El alma me llenó de los retornos
De que ningun contento vive fulto;
Dejó mi primer pueblo en los contornos
Deste collado generoso y alto,
Esperando mi vuelta; ya no hallo
Como en la ciudad nueva aposentallo.

»Guerra se me apareja: ¡oh hado incierto,
Dije entre mí, cuando pensé que habia
El ancla echado en el seguro puerto,
Adonde me arrojó tu misma guia!
Mas entre un bien dudoso y un mal cierto,
La ciudad llamo á la presencia mia,
Donde cuenta le di de mi congoja,
Y que el remedio en tanta duda escoja;

»O admitiendo en sus muros á mi gente,
O á mi dejándome ir á procuralle
Ciudad, y adonde un pueblo permanente
Pueda, cual me lo manda el cielo, dalle;
Mas todos en tropel, confusamente
Que no la saque piden de aquel valle;
Mas que de su ciudad recién nacida
La mejor parte dé y la mas cumplida.

»Y á hacerse un pueblo de los dos conmigo
Los de mas peso van y suficiencia,
Pues en ser uno nuevo y otro antiguo
Solo, y no en mas, está la diferencia;
Yo, dando al cielo gracias, el amigo
Escuadron busco en presta diligencia,
Que al blando abrigo de una sierra fria
Al reir del alba le dejó aquel dia.

»Mas; ¡oh altibajos de la humana vida,
Y cuán inciertos sois al mas prudente!
No mi gente hallé fuerte y fornida,
Mas en vez della otra menuda gente
Que, por las hojas de un moral subida,
Ciudad labraba y pueblo diferente,
De estrechas casas y capullos ricos,
A torno hechos de sus tiempos picos.

»Quién ya del todo alcanza el suyo hecho,
Y quién le va enarcanando y dando tumbo;
Quién labra las paredes, quién el techo,
Quién los cimientos, quién por otro rumbo,
Echando los niveles trecho á trecho,
Su casa traza, y quién, por el derrumbo
De algun seco troncon, desesperado,
Por no labrar la suya, está ahorcado.

»Los unos de uno, y otros de otro modo,
Y todos juntos la obra comenzada
Tejiendo apriesa, y revolviendo todo
El fresco ramo donde va enredada,
Siendo la tierra de argamasa y lodo
De la ciudad en aire fabricada:
La virtud que en sus venas fructifica,
El que dellos con mas fervor fabrica.

»Dejéronme asombrado los portentos,
Mi nueva gente y sus menudos nidos,
Cuando del cielo vino por los vientos
Esta divina voz á mis oídos:
—Tambien tú labrarás tus aposentos,
Oh nuevo rey de los recién nacidos,
Que aun tiene sobre ti el jardín derecho,
Por sucesor del que lo dió deshecho.—

»Hui medroso del rigor del hado:
La nueva gente que tras mi venía,
Viendo el largo escudron que allí, abreviado,
Menudo pueblo en que meterle hacia;
Compasivo del caso no esperado,
Las casas cada cual que mas podia
A las suyas por huéspedes se lleva,
Y con cuidado las regala y ceba.

»Y así desean los nuevos ciudadanos;
Que en el templado aliento de su pecho
Cada florido abril suelen ufanos
Prestarles vida, como ahora han hecho;
Y porque el cielo con temores vanos
Tal vez de su quietud turba el provecho,
Por asombrarles las fantasmas tristes
A tiempos hacen el rumor que oistes.

»En él la vida y medicina puesta
De los asombros destas gentes tiene;
A estos piadosos fines hace fiesta
El que en su casa huéspedes mantiene;
Y este el origen es del reino y desta
Ciudad, y en lo que dentro se entretiene;
De lo demas del cielo placentero
Los monstruos trueque en favorable agüero.—

»Así el anciano rey en su discurso
Cuentan que relataba el de su vida,
Y que en suspension triste acabó el curso
Della y ellos: el alma envejecida
En ordinarias penas, al concurso
De estrellas abreviada y reducida
A un punto indivisible, en nuevo modo
Tras si se fué llevando el cuerpo todo.

»Y encogiendo los miembros tan aprieta,
Que se desbarató la forma humana,
Los blancos hilos de la barba espesa
Seda se hicieron amarilla y cana;
Y el abreviado cuerpo, haciendo presa
En una hoja del moral liviana,
Se dice que, en gusano convertido,
Por ella comenzó á tejer su nido.

»Causó el asombro desta nueva esquiva
Miedo en el corazon mas confiado;
Que ¿quién hay de los vivos que no viva
A este riesgo sujeto y sentenciado?
¿De qué se engrie el hombre ó en qué estriba?
¿En qué hace pié el soberbio, en qué el hinchado,
Si el tiempo, así á los reyes soberanos
Como al pueblo comun, vuelve gusanos?

»Alborotóse la ciudad; la gente
Acudió á ver la nueva maravilla;
La bella Doralice, que presente
Al caso está, turbada y amarilla,
El llanto y el dolor con que lo siente
Al de ménos piedad causa mancilla:
Cubrióse ella, el palacio y Ferraguto,
De tristes paños de grosero luto.

»Y de la tierna dama el pecho tierno
Prolijos días sin salir estuvo
En las tinieblas del dolor paterno;
Que el justo sentimiento la detuvo:
El moro aragones, que al del infierno
Le pareció tan largo llanto, tuvo
Modo para partirse, aunque en la llama
Antes se ardia de la bella dama.

»Mas, como por ventura era su intento
El gusto de un antojo disoluto,
Viendo tan dilatado sentimiento,
Enfadóle el dolor, cansóle el luto:
Ordena su partida; y dando al viento
Los ajenos suspiros por tributo,
Se va, y deja á los tristes sin alivio;
Que un deseo ya cumplido siempre es tibio.

»Llegó la nueva á la afligida dama,
Con que se comenzó de nuevo el llanto;
Y el suceso, el desman, la muerte llama
De su primer esposo; y el espanto
De su delito, el riesgo de su fama
Y el agravio presente pudo tanto,
Que, en sus lágrimas tiernas consumida,
Llegó á perder tras el honor la vida.

»Sobre el sepulcro de su muerto esposo,
Como á pedir venganza del ausente,
Lloró sus quejas, y el dolor copioso
De lágrimas sacó larga corriente:
Formóse dellas un estanque hermoso,
Y de sus ojos una alegre fuente,
Donde al tierno cristal que el llanto deja
El vulgo llama ya Fuentelajeja.

»Esto es lo que á la Reina el rey de Alora
Contaba, y como yo lo aprendi della:
O sea el modo de muerte con que llora
Su rey Granada y su princesa bella,
Fingido ó verdadero, no sé ahora
Lo cierto de su hado ni su estrella:
El ser muerto es lo cierto, y que pretende
Sulman el reino en que el Genil se extiende.

»Y á estas varias empresas, y al deseo
De dar venganza al cuerpo de Agramante,
Cuya cabeza es bárbaro trofeo
Al fuerte escudo del señor de Anglante,
De la abrasada Libia el pueblo feo,
Hecho un confuso ejército, abundante
De aliva pompa, á vista de Biserta
La playa tiene de beldad cubierta.

»Siguen el tremolar de sus banderas
Deste apartado mundo las naciones,
Cuantas en torno habitan sus riberas,
Siembran su arena y vuelcan sus terrones;
De adonde Atlas encumbra las laderas
Hasta donde humean los carbonos
De la abrasada Nubia, y del tributo
Del rio Níger al Canopo astuto.

»Cuanto se embebe en la abrasada zona,
Y el flojo suelo de su mundo ardiente
Por sus baldios campos amontona
En ocio inútil y en mudable gente;
Al clarín de la fama, que pregona
La nueva guerra, en bélico accidente
Sus escuadrones bárbaros concierta,
Y acude por mil partes á Biserta.

»Cual sobre alegres cumbres y florestas
Del monte Tauro van sombríos montones
De pardas grullas, que en concierto puestas,
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,
O cuando, con furor marcial dispuestas,
En bello alarde forman escuadrones
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra
El aire llueve ejércitos de guerra;

»Por tantas partes, en igual concierto;
Africa llega gentes contra España,
Y de la gran Biserta al ancho puerto
Hombres vomita y armas la campaña:
Del abrasado mauro el pueblo incierto
Con el de los luntanas, cuya saña
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo
Acabó de tiznar Faeton el mundo.

»Los numidas sin frenos, abundantes
En dulces palmas y árboles sombríos;
Los ociosos getulios, que de antes
Ya fuéron de armas y primor vacíos,
Y hoy sin ellas ni frenos espumantes,
Los potros doman de mayores brios;
Los veloces marmáridos, los mazas,
Y el aseo, diestro en sus alegres cazas.

»La gente de Marsilia, que sentada
Sobre el caballo, en cerco le revuelve
Con una diestra vara, y la tostada
Flecha, cual parto, por las ancas vuelve;
A los que Hesperia dá fruta dorada
Del árbol que el dragon ardiente envuelve
En sus ceruleas roscas, cuya escama
Los rayos doran de su rubia llama.

»Los de la real ciudad de Taradante,
Y á los que, en los desiertos arenosos
De Zabara, sembró Perseo triunfante.
Sus manchados quelidros venenosos,
Que del frío Górgon el feroz semblante,
Después que en sangre y visos temerosos
De Atlas creció la corpulenta sierra,
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.

»Ni por léjos del tráfigo del mundo
El apartado Cénega se excusa,
A quien el Niger da, de olas profundo,
Las ricas armas que pintadas usa;
Y él, con su grueso ejército fecundo,
El aire asorda en trápala confusa
De Atlas telgas, de zueingas feos,
Y de bardoas, antiguos sabateos.

»El que en el caudaloso Dara goza
Frescos palmares y aguas desabridas,
Y en pomposos alardes alborozo
Sus barrancosas playas carcomidas;
El que en la humilde Géneva retoza
Tras los lijeros gamos, y ceñidas
Las negras sienes en calor eterno,
Del Niger mide el uno y otro cuerno.

»Los que en Cen, y sus ásperos desiertos
Y laguna de márgenes floridos,
Anchos campos cultivan, encubiertos
De rojas pieles, de áspides ceñidos;
O en el bárbaro Cinche los inciertos
Y mudables collados, ya cernidos
De los aires, no alcanzan firme asiento;
Que allí, aun hasta los montes muda el viento.

»Los que de Alarde la espantosa sierra
Con increíble propiedad encanta,
Y la virtud de sus peñascos cierra
Paso á la voz, y tupe la garganta;
De cuyo estrecho valle y parda tierra
El hijo de Filipo llevó cuanta
Bastó para labrar, del nuevo encanto,
En Asia el real palacio del espanto.

»Ni faltaron los bélicos flecheros
De la ciudad de Bárbara potente,
Que en pieles visten de animales fieros
Los corpulentos miembros de su gente:
Traen de rojo leon ricos cimeros,
Del remendado tigre la ancha frente,
Del pardo lobo, del cervical y el oso,
Y escamas de serpiente el mas brioso.

»Son estos tantos, que si el raudó viento
Con pestíferos soplos no harriese
La sobrada salud, y en fin violento
De ardiente arena y muerte los cubriese,
Sería la ancha tierra estrecho asiento
De su abundante parto al interese,
Y necesario á su parir fecundo
O hacer de nuevo ó ensanchar el mundo.

»Traen estos en su escuadra por vecinos
El jélofe y el áspero gualata,
Con los tombutos, los benais cetrinos,
Y el duro burno de color mulata,
De la oscura Guinea vuelos finos,
De plumas y brazales de oro y plata,
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe
La luz primera que la aurora llueve.

»Tienen también aquí escuadron gallardo
Los que de la Tebaida y fértil Lime
Suave aire respiran, que el bastardo
Bóreas jamas por su arboleda esgrime;
Donde la negra pez y alquitran pardo
En bálsamo precioso y blanco anime
La virtud vuelve de su claro cielo,
Rico manantial de aroma al suelo.

»Del avisimbo el campo vagamundo
Y escuadras del soberbio troglodita,
Que de oscuras cavernas lo profundo
Con intratables ánimos habita:
Estos son los primeros donde al mundo
Ni el oro da riquezas ni las quita,
Y tienen, por mas gusto y mas placeres,
Los hijos en comun y las mujeres.

»Los megavarios, que de pardos toros
Crudos yelmos fabrican y ancho escudo,
Y hacen volar tambien tiros sonoros,
Que á herir llegan con lenguaje mudo:
De su region los bárbaros tesoros
Traen á Biserta en su escuadron membrudo,
Y con soberbios ánimos feroces
La tierra hacen temblar y el aire á voces.

»Ni de la alta Etiópia el abisino
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,
Si bien su grave emperador no vino,
Por su diversa ley y extraña tierra:
Rige este rey el cetro de oro fino
De sesenta y dos reinos, en que encierra
Cuanto se extiende, en gente inculca ó sabia,
De su océano oculto al mar de Arabia,

»Los reinos Bernagaes, que al oriente
Del mar Bermejo pescan nácar y oro;
Tigrimaon, que alójtar reluciente
En ricas sartas vende al pueblo moro,
Con otros mundos, que en el cerco ardiente
Que el día iguala, gozan el tesoro
De una pareja luz, que en llama viva
La vuelta enrosca de su frente altiva.

»Y bien que la ancha faja que divide
El orbe por su imperio se enmaraña,
Ni del todo lo abraza ni le mide,
Ni sus linderos con los suyos baña;
Que el estrellado Cancro no le impide
Su curso belicoso y vuelta extraña,
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza
La uña postrera de su pié, le alcanza.

»Mas cuanto el cielo por señales puso
Del negro humo de su zona ardiente,
Y en abrasados páramos difuso,
Como de balde lo arrojó á la gente;
Todo eso en masa y en monton confuso
A los piés lo humilló del Rey potente,
A cuyo cetro, solo en su gobierno,
Ni el verano le ciñe ni el invierno.

»Pues este, aunque por ser de ley contraria,
Que adora al que murió por darnos vida,
Gente no envió á Biserta la voltaria,
Que anda en sus anchos reinos forajida;
Hecha una tropa en opiniones varia,
Vino al torpe Jafes entretejida,
Que en las altas montañas de la luna
La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.

»De entre sombrías selvas olorosas
De ameno loto y bálsamo preciado,
De jazmines cubiertos y de rosas,
Modo en la guerra de su patria usado,
Los macrobios vi allí, de armas preciosas;
Pueblo hasta en las batallas sosegado,
Con arcos que el mas pobre se remata
En oro rubio ó en lucente plata.

»Estos al sol bendicen si amanece;
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,
Donde en preciado cinamomo crece
La paz de sus compuestos corazones;
Y á los de la isla Méroe, que florece
Del sacro Nilo á los fecundos dones,
Tambien hizo olvidar la nueva guerra
Las dulces cazas de su fértil tierra.

»Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente
Las sombras hurta y les alarga el día,
Con cuanto el llano Egipto goza y sienta
De su oriental Leusipo á Alejandria;
Los que en cien puertas da el muro potente
De la ancha Tébas; cuanto Ménfis cria
Entre excelsas pirámides que el suelo
Hacen gemir, y recelarse al cielo.

»Los que en la rica Arsione y sus valles,
Y de la Ciene habitan las regiones,
O en Berenice y sus torcidas calles,
De la infiel sirte alcanzan ricos dones;
Los libiarcos, de floridos talles;
Los bravos, aunque pobres, nasamones;
Los psilos, á quien temen las serpientes,
Y el Garamante y sus ociosas gentes.

»Los marcos, de prolijas cabelleras,
De avestruces vestidos y leones;
De las dos Mauritanias las riberas,
De suelta arena llenas y dragones;
De la infeliz Cartago las postreras
Faldas del firme Atlante y sus naciones,
A guerra cruel, en belicosa saña,
Desde Biserta desafían á España.»

Así el sabio español el grave alarde
Que en Africa noto cuenta al persiano,
Mientras el barco por el golfo, que arde,
Las anchas velas da al austro liviano;
Y sin que á la aferrada proa retarde
Del peligroso mar el golfo cano,
Con huecos tumbos de preñadas olas
Las riberas descubren españolas.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda,
Y del Rey Casto la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extranjeras
Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí, en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre reales de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarín sonoro:
Fué de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre un frison furioso, á cuyo huello
Los campos tiemblan y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
Su alfanje esgrime, y de su velmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro espacia,
Rigor influye en su inmutable gente;
Tal el frances, en ademán y gracia,
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guía
Que en torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orion las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
O cual la roja mancha de traviesas
Espigas, á quien céfiro alborota
En crespas ondas: tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardín Dardaña, primer voto
En las francesas cortes, le seguía
En caballo alazan, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponía:
Este de los jaeces de Carloto
Fué grave presidente el triste día
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldovinos la alevisa muerte:

Sobre un caballo remendado á mancha
Que el Albis le crió entre junca verde,
De cerviz corta y de narices anchas,
Y que en los ojos, al correr, se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez que en oro muerde,
A quien las perlas dan y aljófar grueso
Vislumbres nuevas y soberbio peso:

Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil sajones representa
El disforme Centauro que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comaricana
Que al mar britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante escuadron envia de léjos.

Ni callarán mis versos tu gran fama,
Acompañada de beldad reciente,
Oh ilustre Sansoneto, de la rama
Del soldan de Lamech fruto excelente;
A quien el vulgo por grandeza llama
Del bastardo Angriote descendiente;
Que en la torre Bermeja tu gran padre
A su nieta Ozamir te dió por madre.

Después que en aventuras importantes
La fama acrecentó de su braveza,
Y en los arcos probó de los amantes
De su amoroso pecho la firmeza;
A tu madre le dió prendas bastantes
De su amor, y ella á ti de su belleza,
Criandote, en las grutas de Anglones
Con sustanciosa leche de leones.

Pues este, no contento con la herencia
Que de la isla materna alcanzar pudo,
Las Fortunadas trajo á la obediencia
Del rojo leon de su rapante escudo:
Y ahora con toda la mayor potencia
De su reino feliz pasa el membrudo
Betancur, que, por deudo y por pariente,
De su casa es caudillo y de su gente.

Urgel de la gran fuerza, en riendas de oro
Tras este un fiel polaco gobernaba,
Con un coloso de metal sonoro,
Timbre y despojo de su invicta clava:
Que cuando el conde Dirlos contra el moro
Alarbe su ancha flota navegaba,
La galeaza suya, de entre todas,
Derrotada arribó á la insigne Ródas.

Y él, deseoso de ver la gran medalla
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,
De paz entró, y en sola una batalla
Duque y señor salió de tierra y gente;
Mas la que ahora tras él hace muralla
No es la que allí rindió su espada ardiente,
Ni del ducado de Guayna rico,
Que á su padre Gofredo dió Alarico.

Que el conde Ornulfo título y estado
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;
Y así, el tercio que allí le abriga el lado,
Es cuanto el narbones Varo contiene:
De Baldovinos, joven malogrado,
Solía esta escuadra ser; ahora le viene
Detras al grave Urgel, y en su reseña
Aun llora los sucesos de Dardaña.

Entró tras deste el bello Ricardeto,
Hijo de Amon, y de Reinaldo hermano,
Que en rostro hermoso y en fingir discreto,
A Flordespina hurtó el fruto temprano;
De quien nació el segundo Sansoneto,
Padre de Arnolt y abuelo de Britano,
De Cleves duque, y de Borgoña yerno,
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.

Destos á España sucesion gallarda
Del tiempo trajo la inmortal cadencia,
No de sangre encubierta ni bastarda,
Sino de ilustre y clara descendencia:
De aquí de la color de la esmeralda
Arnao sus bandas toma y dependencia,
Y en Méjico y en Búrgos los de Mota
Más nobles son que el sol que el alba brota.

De aquí, en báculo de oro y mitra santa,
Ya Tlascala un obispo goza ilustre
De sus dichosos siglos y de cuanta
Felicidad tendrá el colmado lustre:
El grave tronco desta insigne planta,
A quien tiempo voraz jamas delustre,
Fué el hijo da Beatriz, tras quien venia
Cuanta braveza la Borgundia cria.

Por donde el grave Sécuana divide
De los belgas y ceitas los mojones,
Gente que con la sola espada mide
De amigos y enemigos las razones;
Que á ninguno disculpas da ni pide,
Ni de agravio admitió satisfacciones:
Solo el brazo y su acero es quien sentencia
La mas dificultosa competencia.

Tres mil pasaron destos, más pomposos
Que las aves de Juno en sus plumeros,
Tras de quien los carducios belicosos
Y los helbios siguieron altaneros,
Con los que de Gebena los florosos
Altos nevados riscos ven enteros,
Gentes agrestes, cuya inculca sierra
Lo importante produce de la guerra.

Las graves canas del feliz Ricarte
Esta serrana escuadra hacian vistosa,
Y él, como anciano y venerable Marte,
En robusta vejez y alma briosa,
De oro orlada llevaba en su estandarte
La puente de Mantible, empresa honrosa
A su primera edad, con que hacia
La gloria florecer de Normandia.

Y bien que no en aquel ardor primero
Que al gigante Galafre descompuso,
Y la sangrienta puente, ya de acero,
De su escudo al cuartel dorado puso;
Mas todavía con su aliento entero,
Que es de la áspera guerra padre el uso,
Por lanza un pino que en las puntas arde,
Gallardo entró por el pomposo alarde.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los tabanes real fruto excelente,
Del sabio Malgesi hijo adivino
Y de la reina de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caracteres vino
A Montalvan mil veces, del oriente,
A probar de sus cercos los efectos,
Y del mago frances ciencia y secretos.

De ambos nació Organtino, que en la ciencia
De sus mágicos padres fué eminente,
Y de su franca sangre, por la herencia,
Como el ser sabio, tuvo el ser valiente:
Este de insuperable suficiencia
Su rico arnés labró resplandeciente,
Templado así al hervir del lago Averno,
Que en su dureza es el diamante tierno.

Mas no te aprovecharon, ¡oh furtivo
Fruto de Montalvan y Orcania bella!
Ni las yerbas tesálicas ni el vivo
Rayo infeliz de tu observada estrella;
Que en una antigua espada el hado esquivo
Su destrucción forjó, y tu muerte en ella;
Que es Balisarda estoque de la muerte,
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.

Llevaba este dos mil tras su estandarte,
De Champaina abundante en rojo trigo,
Con otros tantos más que le dió aparte
De su encubierta madre el sabio amigo:
Tras dél, al huella de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon pasó el duque Gerardo,
Brioso jóven de ánimo gallardo;

Del gran Gui de Borgoña nieto amado,
El que á Murpin mató, mágico moro
Que á Floripes la torre habia escalado
Por hurtarle su rica cinta de oro;
Cuyo real cerco, en pedrería grabado,
Con bello adorno de inmortal tesoro,
Al cuerpo que se anuda da en aumento
Vida y salud, y á los demas sustento.

Sea mágica ficcion, ó astro dichoso
Cuajado en la preciosa margarita,
A todos, como un plato sustancioso,
El pecho alienta y el desmayo quita;
A quien rodea su círculo lumbroso,
Y á quien su rayo da lumbre exquisita,
Todo lo alegra, y de sustento viste
Los secos labios de la hambre triste.

Fué de Floripes esta cinta bella,
Y ella del almirante Balan hija,
Que su real torre defendió con ella
De un asedio cruel y hambre prolija;
Donde Murpin, volando, entró á prendella,
Y ya la joya entre sus dedos fija,
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,
Sin cinta y sin cabeza vino al suelo.

Gui de Borgoña le atajó el intento
Con un diestro revés á tiempo dado,
Valiente abuelo del que ahora al viento
Pasa alumbrando con su arnes dorado:
Acompañan sus lados ciento á ciento
Los ricos pueblos del Escalde helado,
Que de Alemania á Bélgica divide
Y el brjo soberbio de sus campos mide.

Aquí, del rey de Persia Lamostante
Dos hijos iban de ánimo gallardo,
Que, aficionados al señor de Anglante,
Padre y patria vendieron sin resguardo:
Murió el Rey y del reino lo importante,
Y ahora el bello Clarello y feo Copardo,
Como un signo de Géminis florido,
Una divisa llevan y un vestido.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angelín y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Maunleon y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos,
Vestido más de seda que de acero,
Hijo del rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador y amante.

De Polisena, hija de Olivéros,
Se profesaba tierno enamorado.
No habida en casto lecho ni en los fueros
Del santo nudo é himeneo sagrado;
Que el paladin la hubo en los primeros
Años de juventud, ocasionado
De una hermosa princesa que vivía
En la torre celosa de Almería.

El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguía, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico maganes estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguiillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea y de unos fueros,
De azul, tela de plata y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga y padre mas honrado.

Dos van tras deste, de ánimo gallardo,
Don Arnao y Rainer, ambos amantes
De Floridespin, y el uno hijo bastardo
Del gran marques de Güeldres Ballugantes,
Que, jóven tras la caza de un leon pardo,
En las selvas de Ardeña resonantes
Una hada gozó, y en su escondrijo
La dejó madre de Rainer su hijo.

Allí entre breñas se crió, y ahora,
Hecho grave marques de Picardia,
Seis mil vasallos lleva, y por señora
A sola Floridespin; tras quien seguía
Don Casaus, vizconde de Basora
Sobre la Persia y duque de Pavia;
Dudon, Anselmo, Clèves, y Malarte.
En ciencia Apolo y en brava un Marte.

Este del rey Gerion trae descendencia,
Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma y presencia,
Estado le hizo y majestad extraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienas acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo, hambriento,
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el marques de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento y alma zahareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos van, iguales
Al alba de oro el uno, el otro al día,
Cuando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suria:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este landgrave de Alemania,
Y del viejo hijo aquel de la montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfareo, Franconio y Matalista,
Bracamonte el galán, Guido el severo,
El rico Astolfo y el sutil Arista;
Aimo, Hermion, Liofan, Claudio y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este sólo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado; este hombre sólo
De émulos se libró, y á la cruel guerra
De acedos celos fué encubierto polo;
Oh cuánto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combes que alumbra Apolo
Uno sólo ha pasado en feliz vuelo,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo:

Que Egibardo, de todos los anales,
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recién nacido;
De adonde el tiempo, en cercos desiguales,
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo y no primero,
Y un privado no es todo un reino entero.

Y si, como es la fama, en el Paquino
Concha de nácar le arrojó del seno,
Y en los campos del reino cristalino
Rocio le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fué su origen peregrino
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron, canas
De blancos huesos de hombres, sus riberas
En el mar de Sicilia tres hermanas,
Beldades crueles y hermosuras fieras,
Con música encantando y voces vanas
Los capitanes y las naos guerreras
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fué esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo;
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navios traían por el mar profundo:
Solo Ulises con oídos destapados
Pasó el primero, sin tener segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fué en oírlos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicosas
Con cerraries el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas
Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se había ligado
Guardara entónces el primer sentido
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
Ilion diera en ceniza convertido;
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fuéran, cual los demas, cándida raya.

Tan poderoso fué el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de elocuencia;
Señal que de una dellas fué Egibardo
Parto feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve ó tarde,
Y en su gobierno aquella diferencia
Que sus gustos pedían, y á ese modo
Del reino lo mejor le seguía todo.

De diez veces quinientos la arrogante
Escuadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil y arcos pintados,
Que al campo arrojan, en crujir sonoro,
Nubes de arpones como lluvia de oro.

Pues de tí, oh noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Bafisarte,
Que, de Carlos Martel en luto triste,
Del reino recibió el real estandarte,
; Como contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, más vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso
De don Galfredo, hijo de Uliano,
Gran duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso conde Gano:
Feliz, á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso conde sin la vida.

Que el ofendido padre, en la venganza
Del muerto hijo, destruyó su estado,
Mató al Conde y á su única esperanza;
El bello Florambel; mató al culpado
Guaseo, mató diez condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco y Alisandro el negro;

El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar, insiguemente diestros,
Ricos de fama y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollarlos,
Por mas que fuesen en huir maestros;
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una escuadra rozagante y brava:

Juzgóse, encima de un overo armado,
Al dorado Oríon, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso;
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el rio Líger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos ni usan armas nobles,
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes;
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,
Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio rey descende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe extiende,
Guerrera la hizo amor, de tierna dama:
Que en la escuela de amor ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Vénus y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella, semejantes
A las ardientes lumbres de alegría
Que tras su capitán la noche envía.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
A cuyo tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe y con sus tumbos lava:
Roldan guía este cuartel; Roldan, que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso sí entre tanta bazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.

Seguía, por general de Francia, el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reinaldos, Oduardo el duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió, en el celebrado
Cercó de Montalvan; que en cualquier modo
El trato y la ocasión lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fué á su amor posible)
En dos el corazon; dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena
Majestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala ó buena;
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORÍA.

En el buen suceso de Gundémaro y Arlaja, se muestra que el cielo es tan justo en sus decretos que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte más que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas y su dama se dice el castigo que da el cielo al príncipe que, debiendo ser el amparo de la religion, la menosprecia y quebranta; y en el origen de la ciudad de Granada, que sola la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas, y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda nos dice claro que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando, como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La trasformacion de Doralice en fuente significa que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento; y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

ARGUMENTO.

Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo; y á embestirse Morgante da principio á la famosa batalla, en la cual, entre trágicos sucesos, se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando y los demas Doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra,
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido;
Mas tierra es la que veo, ¡tierra, tierra!
Gracias al cielo, gracias, que ha traído,
Por los peligros que este golfo encierra,
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde, al cumplir el voto, en sus extremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

Adios, vanos temores, que ya distes
En cobarde escuadron asalto al alma;
Adios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien, de miedo, creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto; afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolija calma;
Dejadme allá llegar; afuera, afuera;
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines sienten
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa ríe, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto
De mi barca halie puerto y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente Toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz, bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro,
Con que Marte trastorna y mide el cielo,
Sobre los campos dió, y creció la saña
Al frances brio y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano día,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarín de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del lucero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiabán á la muerte.

Dejan los mudos lechos, y allí entero
El reposo que en tibia paz dormía;
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado día,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfía
Da priesa, y sollicita de la vida
El postrer paso y última partida.

¡Oh soberanas causas! que si el mundo,
A vuestro superior gobierno unido,
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia, que es medio segundo,
Nos cargáis por primero; y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acaudillando la orgullosa gente
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galatón á la eminente
Tienda imperial llegó, en aplauso y grita,
Donde, en falaz discurso y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.

« ¡Oh invencible Monarca, á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y rey adora,
A cuyos firmes hombros dará el cielo
Cuanto hasta el turbio ocaso ve la aurora!
El fin dichoso que en heroico celo
Aquí tus gentes trujo y tiene ahora
Ya llamando á tu puerta, te convida
Al triunfo y la victoria prometida.

» Ya de tu ardiente carro los fogosos
Caballos con relinchos placenteros
Tus enemigos vuelven temerosos,
Y empuñan con bufidos sus aceros:
Ya para ser señor de los famosos
Montes de España, y á tus francos fieros
Dar libre el rico saco que en si encierra,
Sola lo impide esta pequeña sierra.

» Que les mandes marchar te ruegan solo,
Y á su altivo furor quites el freno;
Que en pago te darán, de polo á polo,
Cuanto de tierra y mar abraza el seno:
Verá tus lirios de oro el rubio Apolo
Cuando en el Ganges bebe, y cuando, lleno
De la encendida lumbre que le abraza,
Tétis le ahoga en su profunda casa.

» Esto el humilde pueblo y los magnates
Que tus dobladas águilas seguimos,
Por los vencidos reinos y combates
Que á tu servicio dieron, te pedimos:
Con solo esto rogamos que rescates
Tu obligacion, si alguna te pusimos,
Y que por la licencia que les dieres
Cobres á España y goces sus placeres.

» ¿Quién te detiene el brio? ¿Quién refrena
Del impetu frances tu pecho ardiente?
Mira que es remision de culpa llena
En ti el vencer tan tibia y flojamente:
Rompe, señor, del todo, desenfrena
Ese raudal de tu invencible gente;
Acepta el triunfo que te ofrece el hado,
Y ten vergüenza de vencer rogado.

«Venga á justo derecho ó no lo venga
La guerra que hoy fortuna va trazando,
Con tal que yo por capitán te tenga,
Y al romper de tu boca sienta el bando,
Tu gusto es ley, convenga ó no convenga;
Tuyo es el mundo y fué. ¿qué estás dudando?
Un sol hay en el cielo y en la tierra,
Un solo emperador en paz y en guerra.

» Todos, cual ves, esperan que estos pardos
Riscos, que solo impiden tu victoria,
Les mandes escalar, y á los bastardos
Godos quitar la antigua vanagloria;
Que ya llenos sus ánimos gallardos
Del deseo de dejar de sí memoria,
El de mas tibio y mas helado pecho
Está una salamandra de honra hecho.»

Dijo; y el César, ya con las razones
Del lisonjero Conde el alma llena
De hidrópica ambición, tras sus pendones
Que marche á toda furia el campo ordena:
Rompen trincheas, alzan pabellones,
Tocan las cajas, y el clarín resuena
Por las cóncavas cuevas y los riscos
De gramas entoldados y lentiscos.

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja,
Suda el verde laurel, arde la grama,
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja.
Y todo, al fin, por do el incendio pasa,
El monte asombra y su ladera abrasa;

Así al son de trompetas y atambores,
Y con igual furor sube marchando
Por los riscos, altivos miradores
Del grave Pirineo, el frances bando:
Tiemblan los pinos, gimen los alcóres
Debajo el grave peso, y no bastando
A refrenar su furia, el valle escaso
Les da, á no poder mas, humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,
A quien del cielo el brazo eterno puso
Con riendas de oro al paso del deseo
De un pueblo y otro de su trato y uso;
Y por mejor y altísimo troleo
De paz y eternas treguas, le compuso
Entre las dos naciones que, feroces,
Hoy su sosiego han perturbado á voces:

De las huecas alcobas donde tiene
En estrados de plata reclinada
La grave espalda, que corriendo viene
De la una mar á la otra mar salada;
Al rumor de la gente que detiene,
Su cabeza de encinas coronada
Dicen que alzó entre riscos; y la tierra
Tembló al abrir sus ojos la gran sierra.

Y viendo por sus hombros derramadas
Del frances reino las legiones fieras,
De las lustrosas armas las doradas
Luces, y el tremolar de las banderas;
Las leyes de sus límites quebradas,
Y que, por pretensiones altaneras,
Lo que el cielo apartó en concordia sana,
Juntar pretende la ambición humana:

«¿Quién, dijo, con tan bárbaros intentos
Del mundo la quietud ha rebelado?
¿Qué nuevos monstruos de ánimos violentos
Por mis revueltas peñas se han sembrado?
¿A qué fin, con tan graves movimientos
De armas, mi inculto seno veo preñado,
Que con ciego alboroto y son de guerra
Los confines asordan de mi tierra?

» ¿Qué mas discordia habrá cuando en el cielo
El sol se abra y queme las estrellas,
Cuando la mar se extienda por el suelo,
Y sus olas levante encima dellas,
Cuando del tiempo el concertado vuelo
Se quiebre y rompa, y las lazadas bellas
Que encadenaban toda esta armonía
Las deshaga y consuma el postrer día?

» Cuando, quebrada la mortal colona
Que ahora es firme asiento de las cosas,
Tras la enlutada esfera de la luna
Las estrellas se arrojen perezosas;
Y en la mar anegadas de una en una,
Se encienda el aire en llamas espantosas
Que los polos abrasen, y entre tanto
Todo se vuelva á su primer espanto?

» Ni entónces podrá haber mayor revuelta,
Ni mundo mas confuso y alterado,
Ni aquella eterna noche en sombra envuelta
Le pondrá mas suspenso y enlutado:
La tierra veo un mar de sangre vuelta,
El aire de cometas rodeado,
Las estrellas sin luz, y en medio el cielo
Cubierto el sol de un amarillo velo.

» Ya otras veces mis hombros deste peso
Cargado y estas mismas armas tuve;
Mas no tan graves ni de tanto exceso
Como el que ora por cima dellos sube:
O aquí el mundo ha juntado el gran proceso
De sus edades, y esta densa nube
Preñada va de su potencia y saña;
O, cual sentir caduco, el mio se engaña.

» Mas peso y carga de mayores gentes
Nunca de España el belicoso suelo
Junta oprimió, ni á brazos mas valientes
En un solo escuadrón dió aliento el cielo;
Ni cuando á saquear de mis vertientes
Las ricas costas de argentado hielo
La hambre de Fenicia, ni el estrago
Sobre mi vino de la gran Cartago.

» Ni cuando á sus soberbios pensamientos
El fiero hijo de Isman alzó pendones,
Cuyos mal reprimidos movimientos
Desmembraron de Siria estas regiones;
Y de Meroan cortando los intentos,
Al reino cordobes dieron blasones
Con que al mundo temblar, y á España hizo
Humillarse á un tirano advenedizo.

» Ni al tiempo que el mancebo Abenhumeya
En Portunio abatió su media luna,
Ni cuando, en riesgo la servil ralea
De esclavos, le embistió guerra importuna;
Ni el cruel desman de otra frances peleá,
Triste ensayo y agüero de fortuna,
A este se iguala, con que aliva intenta
De toda su ambición tomarle cuenta.

» Mas si el oculto discurrir del hado,
Y de las parcas el estambre y huso,
A la francesa majestad han dado
Su crecimiento hasta este punto incluso;
Si hasta aquí tiene el cielo decretado
Que llegue, y por sus límites le puso
La cumbre que ya sube, y quiere á una
Que della le despeñe la fortuna;

» Yo doy lugar á lo que el cielo ordena,
El paso libre y el camino llano.»
Esto á la gran montaña de años llena
Es fama que le oyó el bosque cercano;
Y el feroz campo, cuyo curso atruena
Los vecinos contornos, llegó ufano
A la alta cumbre, donde, en vista fiera,
El español ejército le espera.

Tembló el brio frances viendo al contrario,
Y de pálido y triste horror cubierto,
Volió en semblante humilde, el temerario
Con que ántes el vencer tuvo por cierto;
Y ya en mas orden mide y pesa el vario
Brazo de la fortuna sin concierto;
Que hace diversos visos y reflejos
Ver la muerte á los ojos ó de lejos.

En tres gruesas escuadras su potente
Ejército el frances ordena y parte,
El diestro cuerno con la invicta gente
Que arrastró de Girona el estandarte,
Hecha á vencer lombardos, y al valiente
Gradaso y Mandricardo da y reparte,
A cuenta de Reinaldos, que á su lado
Parece un invencible Marte armado.

La segunda, de ricos precios llena
Del destrozado campo de Agramante,
Que su fama á la ardiente Libia atruena
El bélico aparato y voz triunfante,
Con mas palmas que nacen en su arena,
Y mas triunfos que alerces cria Atlante,
A ti, fiero Dudon, y á tu braveza
Dió el César por gobierno y por cabeza.

Lo restante del campo, que á la trompa
De la fama añadió sonoro aliento,
Y sin que el tiempo el de sus bronces rompa,
Sobre su altar tendrán eterno asiento,
Con el César, que en grave aplauso y pompa
Príncipes le acompañan ciento á ciento,
A cuenta va del gran señor de Anglante,
A un invicto centauro semejante.

Aquí entre otros iayanes, cuyas sienes
Diadema de oro por los yelmos ciñe,
Y á sus vecinos reinos con desdenes
Fortuna á dar tributo y le constriñe,
Leofante va y Fabúreo por rehenes
De la una y otra Arabia, que les tiñe
De rojo los escudos, donde lleva
Este un cisne, y aquel la luna nueva.

De la otra parte el grave Alfonso empieza
A mover con su ejército asturiano,
En número inferior, mas no en braveza
A ningún pecho ni valor humano:
Por gallardo caudillo y por cabeza
Del Carpio ilustre el dueño soberano,
Cual delante del sol sale el lucero,
Ardiendo en llamas de oro y limpio acero.

Sobre un caballo negro azabachado,
De pequeñas orejas y cabeza,
De un sol blanco en la frente remendado,
Fogosos ojos, llenos de viveza,
Tresalbo, ancho de pecho y levantado,
De corta cota y presta lijereza;
Las hinchadas narices con su aliento
Son espuma al jaez y fuego al viento;

Enaspando las manos de brioso,
La cola entre las piernas escondida,
De concertado freno y paso airoso,
Y á blanda rienda su altivez rendida;
Armado el rico arnes de oro rojoso,
Que ya fué de Vulcano obra escogida,
Ardiendo en rayos de sus piedras bellas,
Como el cielo en la luz de sus estrellas.

De blancas plumas un penacho altivo,
Que el aire en crespo tremolar le enreda;
De oro grabado el peto, en que el cautivo
Pecho, mas no de amor, salvarse pueda;
En el escudo de fortuna al vivo
Hecha pedazos la inconstante rueda,
De perlas, oro y pederria sembrada,
Y por letra, «No hay otra que mi espada.»

Cual sobre el austro ardiente al pardo moro
El soberbio centauro mide el cielo,
Y en margen de cristal tiembla el sonoro
Golfo al ver trastornar su raudó vuelo,
Y él, con mallas de plata y peto de oro,
Su estrellada grandeza muestra al suelo:
Tal, en arnes vistoso relumbrante,
Bernardo está á su ejército delante.

Su venerable rey, que la potencia
Del orbe sobre España venir sienta,
Y que para tan grave resistencia
Cuanto tiene le importa de valiente;
Mostrando en todo que su real presencia
Es alma invicta á su invencible gente,
De en medio della, con saber profundo,
Así empezó á hablar, y escuchó el mundo:

«Invictos héroes, que por tantos modos
El tiempo en vuestros pechos examina
El gran caudal que en los soberbios godos
El feliz temple castellano afina,
Hoy, por daros de un golpe juntos todos
Los triunfos de la tierra, determina
Rendir á vuestros piés, por vuestras manos,
Los que en vencerla toda están ufanos.

» Por no poder llevar vu estras espadas
A trastornar los montes del oriente,
Ni á vencer las regiones escarchadas
Del norte, ni de Libia el suelo ardiente;
Los triunfos todos de estas derramadas
Naciones os los trae en esta gente,
Que hoy cuanta honra ha ganado por la tierra
Al pié os la viene á dar desta alta sierra.

» Mas no por verlos en tan grave punto,
De la instable fortuna acariciados,
Su arrogante opinion, vano trasunto
De ambicion loca, os deje acobardados;
Que toda esta altivez y orgullo junto
Ya de vencerlo estáis acostumbrados:
¿Cuándo el furor fantástico de Francia
Contra el brazo español fué de importancia?

» Bien saben que es comprar á cargas de oro
Un día de treguas y de paz á España,
No huyendo del persa ni del moro,
Sino del catalan coraje y saña.
Cuando Teudio, su rey, vida y tesoro
Al paso les quitó desta montaña,
Habiéndole pagado hasta una huella
A peso de oro de los riscos della.

» Del extremeño Clanio la persona,
Que ya dos veces, con tasada gente,
De la francesa sangre en Carcasona
Arroyos hizo, y sus montañas fuente,
¿Fué mas que español nuestro? A Tarragona,
Cuando de su nobleza lo eminente
Dió montes de sepulcros á Iguada,
¿Cuyo fué el brazo? ¿Quién prestó la espada?

» Ni penséis que los siglos han mudado
A estas, como á otras cosas, las corrientes,
Habiendo allí crecido, aquí menguado
Los ánimos y bríos de las gentes:
Los mismos son que fuéron: ya probado
Tiene esta nuestra sierra y sus vertientes
Su esfuerso, sus dorados lirios bellos
Bien saben vuestros brazos deshacellos.

» El bravo orgullo es este que delante
Con fantásticos miedos os asombra;
La causa de la guerra su arrogante
Soberbia, otra aparente y vana sombra:
Ambiciosa codicia es lo restante,
Aunque el ofrecimiento mio la nombra:
Vuestro derecho, oh héroes asturianos,
Es librar nuestro reino de sus manos.

» Quien de su amada patria el fiel regazo,
Donde el dichoso nace, vive y muere,
Y de la nueva esposa al dulce abrazo
Volver sin mancha á su nobleza quiere;
Quien del pequeño hijo el tierno lazo
Tornar al grave cuello pretendiere,
Y no humillar de la cerviz altiva
El libre suyo á sujecion cautiva;

» Con la enemiga sangre derramada
Le importa iluminar la ejecutoria:
Honor perdido ó libertad ganada
Es ganar ó perder esta victoria.
¿Oh intrépido escuadron, á cuya espada
El cielo ofrece semejante gloria!
Librad la invicta patria, y haced vuestra
De un golpe la honra que de aqui se muestra.»

Dijo; y á su discurso el campo altivo
En bélico furor se enciende y arde,
Suena el arnes de Marte vengativo
Fuego ardiente al feroz, hielto al cobarde:
Quién del diestro venablo, quién del vivo
Filo del corvo alfanje hace alarde,
Y quién, blandiendo la nudosa lanza,
Sin moverse, al contrario se abalanza.

En tanto el frances campo el aire impuro,
Lleno de agüeros tristes, mira atento;
El negro valle de un celaje oscuro
En torno le entoldó y espesó el viento:
Del lado izquierdo, sobre un risco duro,
Sonó de un pardo buho el ronco acento,
Y de tres cuervos un combate fiero
Entre la nube y su enlutado agüero.

Desvaneció la sombra, salió el día,
Cubierto el sol con un sangriento velo,
Y del norte una alegre compañía
De doce blancos cisnes batió el vuelo;
Cuando un águila altiva, que venia
De hácia el campo español, cubriendo el cielo
En pompa de alas y de artejos bellos,
Con engrifadas garras se entró en ellos.

Mezclóse al escuadron; creció la suma
La reina de las aves, cuyo brio
Hace que el blanco cerco se consuma,
Y que las nubes den de sangre un río:
Caen los destrozados de nevada pluma,
Y muertos uno á uno, el aire frío
Los doce cisnes vuelve, cuyo vuelo
Antes de blanca cinta ciñó el cielo.

El César, de tan graves causas lleno,
Su cuidadoso discurrir revuelve;
Mas, ya empeñado el crédito, en sereno
Semblante el alterado pecho vuelve:
Rompe á la altiva majestad el freno;
En ver el fin del hado se resuelve,
Y, fingiendo el placer que no tenia,
Así al campo habló que le seguia:

« Oh ya del mundo diestros vencedores!
Pueblo indomable, á cuyos brazos fieros
No hay pechos tan osados, ni furoros
Que no os rindan humildes sus aceros;
De adonde en aromáticos olores
Del tierno día beben los primeros
Rayos de alegre luz, al mas distante
Pueblo á quien da su sombra el viejo Atlante;

» Ya de la gran jornada el postrer día,
Con tantas diligencias procurado,
Vuestra braveza llama y desafia
Al modo de vencer acostumbrado:
De los gallardos brazos la osadia
Que al mundo hizo temblar, hoy con doblado
Esfuerzo es el mostraria conveniente
En el vencer esta indomable gente.

» No hay nacion tan remota y apartada
Desde donde la oculta Tile humea,
Hasta el feroz Centauro, que en dorada
Úña en el polo Antártico pasea,
Que al filo agudo de esa invicta espada
Nuevo trofeo de altivez no sea,
Ni desde el indio oculto al mar de oriente,
Quien no se asombre á su vislumbre ardiente.

» Ya pues, para que en carros de leones
Y en triunfo universal goceis la tierra,
A vuestra fama solos los mojonos
Resta allanar desta enemiga tierra:
Con esto haceis de todas las naciones
Un reino solo; solo en esta guerra
Está el ser invencibles, ó que el mundo
Aun todavía os dé el lugar segundo.

» Mas ¿ para qué en palabras entretengo
El triunfo que tal brio me asegura,
Si lo poco que en ellas me detengo
De corriente le quito á mi ventura?
Esto les doy de vida; hasta aqui vengo
A serles franco rey; gocen segura
Libertad este rato, ya el postrero
Que el hado les otorga y vuestro acero.

» Que, aunque ceñidas de laurel triunfante
Por vuestra espada mis ancianas sienas
Ya vi otras veces, nunca en tan pujante
Gusto, ni en colmo de tan altos bienes;
Ni cuando el fiero campo de Agramante
Me dió en vencidos reyes sus rehenes,
Ni cuando de Gradaso y de Mambrino
Y Almonte el triplicado triunfo vino;

» Ni cuando á Desiderio en Lombardia
Mi tributario hice, ni con tanta
Gloria entré en Roma á recibir un día
Del sacro imperio la diadema santa;
Que á todos estos actos de alegría
Este los sobrepuja y adelanta:
A esta victoria y triunfo los pasados
Son márgenes de gustos abreviados.

» Solo una cosa, oh jóvenes gallardos,
La fe me otorgue de ese pecho fiero,
Que contra los rendidos, vuestros dardos
Ni se armen de rigor ni sean de acero:
El que en ligero vuelo ó pasos tardos
Se os rindiere, tendréis por compañero:
Sea vuestra ciudad el que huyere,
O el que por no morir se defendiere.

» De los demas, sin reservar viviente,
La sangre riegue vuestros lirios de oro;
Muera su rey falaz, muera su gente:
Muera el leonés, el árabe y el moro:
A ellos! invicta casta, descendiente
Del que á Héctor engendró y á Polidoro;
Que aun ya desde esta altura donde estamos
Por superiores suyos nos contamos!»

Dijo; y en frío silencio amortiguado
Se vió el primer orgullo bullicioso,
De la vecina muerte demudado
El pálido semblante al mas brioso:
Da latidos el pecho al mas osado;
Temen el arrogante y el medroso;
Y entibiar en tal trance los guerreros
Es el peor de todos los agüeros.

Mas no solo temblaron los presentes
De su cercano fin al triste ensayo,
Que no se halló frances entre las gentes
Que entónces no sintiese algun desmayo;
O fuesen de los hados las corrientes,
O de signo infeliz precioso rayo,
Que á las francesas armas poderosas
El curso trastornaba de las cosas.

Todos, al fin, los que en el mundo habia
Por regiones incógnitas sembrados,
Los azares sintieron de aquel día,
Y los pechos hallaron desmayados:
Los de la Libia cruel, los de la pia
Moscovia; los humildes, los honrados;
El que en Tiro sus purpuras rescata,
Y el que de solo el ocio en Paris trata.

El César, á vencer acostumbrado,
Se vió tambien suspenso un rato en duda:
Hiere al luciente acero el sol dorado,
Y el aire en sangre y luto se demuda;
Cuando, de la fortuna arrebatado,
El uno y otro ejército se muda
En busca de la muerte, que, aprestada,
Da el postrer filo á su tajante espada.

Vanse acercando; suenan los clarines
Entre las peñas con quebrados ecos,
Y puestos ya en los últimos confines
Del fatal monte y sus peñascos huecos;
Del vario tiempo los dudosos fines,
Y del triste hado los variables trucos
Su orgullo asombran, y al dudoso caso
Suspenso dan el amagado paso.

En tanto la piedad y ambicion juntas
En medio hacen su batalla aparte:
La piedad, viendo en acerasas puntas
De Carlos y de Alfonso el estandarte,
Que, con doradas cruces, sus conjuntas
Naciones hijas son de un mismo Marte,
De un gremio, de una ley, de un clima y cielo:
No sabe cual seguir por mejor celo.

Duda cuál de los dos sea su enemigo,
Si el Católico rey, si el rey Cristiano,
Bien que de entrambos, con halago amigo,
Tocar desea de paz la honesta mano:
Ya en esto, puesto el cielo por testigo,
A embestir iba el pecho á Carlo-Mano,
Cuando de la ambicion fué rebatida
De un golpe tal, que la dejó sin vida.

Es ciega la ambicion, y ardiendo en ira,
Ni tiene superior, ni igual consiente,
Ni reconoce á Dios, ni á su ley mira,
Ni guarda fe al amigo ni al pariente:
Todo lo arrasa, á todos blancos tira;
Y ahora, llena del furor presente,
Pasó, por mas victoria de su mano,
El duro corazon á Carlo-Mano.

Y el resto del fantástico semblante
Al justo de un feroz jayán lo entalla,
Y por alma cruel lo da á Morgante,
Que aquel día antes vino á la batalla;
Donde, puesto al ejército delante,
Sale ardiendo el primero á comenzalla;
Y acrecentada de ambición la injuria,
¿Qué rienda bastará contra su furia?
Muévense entrambos campos, semejantes
A dos tejidas selvas, cuyos pinos
Son espigadas lanzas relumbrañtes,
Y las copadas bayas yelmos finos;
Las ramas sus plumeros tremolantes,
Donde hace el viento bellos remolinos,
Y á las varias centellas del acero,
En que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
Al son de belicosos instrumentos:
Gimió de Roncesvalles la alta cumbre
En roncós y tristísimos acentos:
Suena el acero; asombra su vislumbre,
Y el Pirineo tembló por los cimientos:
Las madres dentro en los vecinos techos
Sus hijos abrigaron á sus pechos.

Ahora es tiempo, oh sacra Melpomene,
Que en trágico furor vuele mi pluma,
Y tal su belicoso acento suene,
Que ni olvido ni envidia lo consuma;
Antes el mundo así sus versos llene,
Que, aun reducidos á compendio y suma,
Tanto ensanche mi voz su nombre altivo,
Que quien dellos no hablare no esté vivo.

Cual soberbio centauro que el monte Osa
En veloz curso rompe y atraviesa,
Y entero un pino da á la poderosa
Mano, haciendo de él liviana empresa;
Tiembla la alta montaña cavernosa,
Y él, cual turbio raudal rota la presa,
Hasta arrojarle en el vecino valle,
Por cuanto al paso encuentra hace calle;

Tal Morgante, amor nuevo de la bella
Angélica, á romper la primer lanza
En el campo español vuela con ella,
Y á entrarse por sus puntas se abafanza:
Encontró á Gravelindos de la Estrella,
Quitándole su encuentro la esperanza
De suceder en Lugo á Bahamonte,
Y sus armas trocar por las de Almonte.

Rompió la lanza en él, y con la espada
Furioso se arrojó en el campo hispano,
Abriendo por la gente mas granada
Sangriento estrago su arrogante mano:
De tajo, de reves y de estocada,
Ahuyenta, hiere y mata al mas cercano;
Carga y revuelve su indomable potro,
De aquí y de allí, sobre este, aquel y el otro.

Reinaldos encontró del fiel Carpento
El gripado león en verde escudo,
Pasando entrambos cual ligero viento,
Este herido en el brazo y aquel mudo;
Mas del feroz Roldán ¿quién el violento
Curso dirá y encuentro que al membrudo
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro,
Tal, que el monte atronó el rumor sonoro?

Fué el navarro á caer desacordado,
Mas, revolviendo con mejor sentido,
Dejó al Conde, que en medio del cerrado
Escuadrón ve, de seis á un tiempo herido;
Y á Angelín encontró, que, confiado
De dar muerte á Rainer, volvía, teñido
De fresca sangre el brazo, y un agudo
Trozo de lanza por el roto escudo.

Del golpe que á Roldán causara espanto
O temor, si atendiera su pujanza,
Al conde de Burdeos llegó tanto,
Que pudo dar á su Rainer venganza:
Rasgó el escudo, el brazo, el yelmo y cuanto
Desde el plumero á la escarcela alcanza,
Dando al suelo de un golpe, por entero,
Plumas, armas, caballo y caballero.

Al duque Astolfo, que á vengar venía
La muerte de Angelín, volvió furioso,
Y en gallarda y trabada batería,
Dar principio se vió á un combate hermoso;
Mas tanta era la gente que moría
De un campo y otro, tanto el temeroso
Resonar de los golpes y tormenta,
Que no es posible dar de todos cuenta.

El bravo Durandarte, el gran Ricardo,
Gaiferos, Naimo, Oron y Bellengüero,
Anselmo, don Turpin, Avivio, Alardo,
El alemán Godrofe, el fiel Rainero,
De todos hecho un escuadrón gallardo,
Lanzando rayos de su ardiente acero,
Por el revuelto ejército de España
Rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin concierto;
Rompen, desarman, y en sangriento lago
Un número increíble dejan muerto,
Y entre los vivos un horrible estrago:
Quién el costado, quién el cuerpo abierto,
Sin sentir, de la muerte bebió el trago;
Aquí uno, dos allí, y acullá ciento,
Por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difusos,
Sin orden, modo, sin concierto ni arte,
En espantosa trápala, los usos
Y reglas quiebran del sangriento Marte:
En ciegas tropas y en montón confusos,
De aquí y de allí, por esta y la otra parte,
De á caballo y á pié, todos á una
Al gran desman se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos ni el prudente
Capitán pueden reducir á modo
La descompuesta confusión de gente,
En que se enreda y enmaraña todo:
Mezclados el cobarde y el valiente,
El español, frances, normando y godo,
El noble y el plebeyo, el alto y bajo,
El que viste armas y el que no las trajo.

Retumba el hueco valle á los acentos
Del ronco y triste son de las espadas;
Hieren las voces los confusos vientos,
Y el romper de las armas encontradas:
Corren del monte horrible ríos sangrientos,
Volcando arneses, grevas y celadas
A los vecinos valles, ya cubiertos
De enteros escuadrones de hombres muertos.

Mézclase en los ejércitos la muerte,
Y mil vidas se lleva de un encuentro,
Que, aunque cada una asida de su suerte,
Todas al fin van á parar á un centro:
Trasío, yendo á herir á Arnesto el fuerte,
Por la espada de Andronio se entró dentro,
Quedando, al descender el golpe incierto,
Libre el vencido, y el contrario muerto.

Llevóle Fanio á Isarco, de una altiva
Herida, la cortés cabeza á vuelo;
Ven los ojos quedarse el cuerpo arriba,
Y ellos bajar, con toda el alma, al suelo:
Rió Sarpelo en ver que medio viva,
Yendo á hablar, le ató la lengua el hielo;
Y á él, por trocar los yelmos, una flecha
Las sienes le cosió y pasó derecha.

Un venablo por medio de los pechos
Iba á Rubín buscando las espaldas,
Cuando otros dos en él dieron derechos,
Y él de aquel monte en las sangrientas faldas;
Y el alma, por tres pasos tan estrechos
A volver rojas las violetas gualdas,
Duda al salir; cuando, de un golpe abierta
La cabeza, le dió bastante puerta.

Cayó tras él Sirinto y Aldigero
Con armas encontradas y sangrientas,
Este gran bebedor y aquel parlero,
Y un golpe los libró de dos afrentas:
De un campo y otro Alcén, aventurero,
Y el capitán Ovando las violentas
Lanzas quebraron, yendo al campo abierto
El uno medio vivo, el otro muerto.

A los piés de Chaquin cayó Sarrento,
Que entre unos riscos de la mar tenia
Mujer é hijos, y en quietud contento,
Con anchas redes de pescar vivia:
Crecióle la ambicion, mudó de intento,
Viniéndose á la guerra, y aquel dia,
De un fiero golpe ya rotos los cascos,
Por la paz suspiró de sus peñascos.

Mas ¿cuál dios, oh Quevedo, el gran torrente
De tu amorosa vena trocar pudo,
Y de poeta altivo y elocuente,
Te trajó á ser entre las armas mudo?
¿Quién por pluma te dió la espada ardiente,
Por dulces versos el pesado escudo,
Y el mal seguro yelmo que ahora tienes,
Por el laurel de tus heroicas sienes?

Si querías guerras, con tu musa á solas
Las pudieras cantar, cual ya hiciste
Otro tiempo las armas españolas,
Y de Rodrigo la tragedia triste:
Mira, oh gallardo jóven, que las olas
De antojos con que Apolo el alma embiste,
Otras que no estas son, y que es de otra arte
El poético furor que no el de Marte.

Apénas de oro el escarchado vello
Hacia invisible sombra á tus mejillas,
Cuando tu verso el mundo oyó, y en ello
De Vénus y de Adónis las mancillas:
No sé por qué dejaste, oh jóven bello,
De cantar las batallas por seguilas;
Que para darnos desta una gran suma,
Más que tu espada nos valia tu pluma.

Mas con deseos de cantar á España
De sus invictos héroes las heridas,
De acero armado y de tu misma saña,
Fuiste al campo á aprenderlas, no de oidas:
Con limpio arnes que el aire en lumbres baña,
Y sobre el yelmo plumas esparcidas,
Que, en lo pomposo y hueco de su rama,
De las alas parecen de la fama.

En el escudo por empresa bella,
Aludiendo al amor en que se funda,
Tu vihuela, sin otra cuerda en ella
Que una prima, y por letra, «Sin segunda:»
Ó sea la luz que te guió tu estrella,
Tu música, tu canto, ó tu profunda
Vena, todo era tal, y de tal modo,
Que á todo junto ajusta, y cuadra á todo.

Deste gallardo y belicoso aliento,
Oh espíritu gentil, acompañado,
A los mayores riesgos mas contento
Entrar te hacia tu animo arrojado;
Y matando enemigos ciento á ciento,
Ya cantar tu victoria habias trazado;
Cuando el deseo de alcanzar á Arbante
Al golpe guiar te pudo de Morgante.

Cual fiero leon, si al corto dia de invierno,
Tras larga noche, ayuno se levanta,
Y al salir de su cueva un ciervo tierno,
O nuevo toro ve entre planta y planta,
A quien aun no ha salido firme el cuerno
Ni á los pechos le cuelga la garganta;
Deja otras ocasiones, y al presente
Las garras tienta, y apercibe el diente:

Tal el gigante al jóven peregrino
Su cruel hado le hizo que revuelva
Con una lanza de un entero pino,
Que ya fué adorno de una inculta selva:
Pasó el dorado escudo, el peto fino,
Y á salir hizo que la punta vuelva
Por las espaldas, y el altivo cuello
Caer dejó al un lado el rostro bello.

Mas ya es tiempo, oh deidades de Helicon,
Que todas juntas déis á mi alma aliento,
Que iguale, si es posible, á la persona
De quien ya quiero comenzar el cuento;
Y no en voz que se muda y desentona
A cualquier paso y con cualquiera viento;
Mas, en estilo de oro y voz de acero,
Vean que es de la verdad la fama un cerro.

Y de aquel brazo cuyas maravillas
Asombraron un tiempo las estrellas,
Para que ahora hagan en oillas
Lo mismo que en el mundo hizo el vellas:
De esas doradas sacrosantas sillás
Bajad á oír mi canto, ¡oh ninfas bellas!
Por cuyas manos el licor se vierte
Que hace dulces engaños á la muerte.

Salió gallardo el principe de España
Luego que el frances campo vió deshecho;
Que hasta aquel punto reprimió la saña
Para mejor justificar su hecho;
Y cual hambriento leon, si en la montaña
La aguda hambre que le escarba el pecho,
El tímido rebaño, ya sin gente
Ni pastor, desde léjos balar siente,

Haciendo estrago y riza de mil suertes,
Entra bañando en sangre diente y garras;
Tal el feroz caudillo de los fuertes
Montañeses saltó el palenque y barras;
Y en varios golpes y en diversas muertes
Lances nuevos probó, pruebas bizarras,
Asombrando su espada al campo todo,
Ya deste, ya de aquel, ya de otro modo.

Al galan Durandarte, desde léjos,
En ricas plumas y armas señalado,
Pasar vió entre las lumbres y reflejos
Que el sol sacaba de su arnes dorado;
Y al verse en sus clarísimos espejos,
Tan furioso llegó, que á no ir cebado
En dar muerte al frances, si se mirara,
De su misma braveza se espantara.

Mas la gallarda espada al brazo altivo,
Igual en la fineza y la ventura,
Sobre él corrió con golpe tan esquivo,
Que ni bastó reparo ni armadura;
Hiende el escudo, el yelmo, y á lo vivo
Del costado bajó, donde en segura
Paz su Belerma hermosa está escondida,
Que pudo aquella vez darle la vida.

Traia entre un riquísimo tesoro
Su dama en el escudo retratada,
Con tan nueva hermosura y tal decoro,
Que fuera otra Medusa, bien mirada:
Un Cupido á sus piés labrado de oro,
Sobre su venda dando otra lazada,
Y de diamantes esta cifra bella:
«Medroso de morir si llega á vella.»

Sintió el tierno amador ver dividido
De tal manera su encantado escudo,
Que de la rica imagen de Cupido
Nada dejó á su dama el filo agudo;
Y desto más que del dolor herido,
Con cuanto brio su arrogancia pudo
Tan fiero el brazo alzó, que al derriballe,
El monte hizo temblar y atronó el valle.

La cabeza humilló hasta los arzones
Bernardo á la agraviada hermosura;
Que en el menguado escudo sus facciones
Muestran que aun más se debe á tal figura;
Mas no se iguala el término á los dones;
Que él fué cortés, pero ellos de hechura
Que, al primer golpe que acertó de lleno,
Dió al valiente frances por cama el heno.

Reinaldos, que llegó cuando caia,
Admirado de heridas tan gallardas,
«Valiente español, dijo, este es mi dia
Si, como debes, sin temor me aguardas:
Con esa tuya y con la espada mía,
De roja sangre y de tinieblas pardas
Famosa estatua te dara la suerte
De heroicos hechos y de honrada muerte.»

Dijo; y á un tiempo igual ambos guerreros,
A dos manos, sin guarda ni cubierta,
A buscar su victoria bajan fieros,
El uno á Belisarda, otro á Fusberta:
Esta dobló en las armas sus aceros;
Mas aquella con tal destreza acierta
Sobre el hadado yelmo de Mambrino,
Que todo el cerco de oró al suelo vino.

No le admiró á Reinaldos ver falsado
El encantado acero, que ya pudo
De todo un mundo defenderle armado,
Ni roto el leon barrado de su escudo;
Que lo que entonces le dejó admirado
El golpe fué del español sañudo,
Con quien los de Mambrino y los de Orlando
Golpes de folla son, dados burlando.

Mas no por eso se acobarda un punto;
Que el apetito de honra aumenta el brio;
Antes con uno y otro aliento junto
Rompe, arrogante de furor, un río:
Parece de los dos vivo el trasunto
De Aquiles y Héctor, cuyo desafío
Dejó sobre los muros de Neptuno,
Después de gran porfia, muerto al uno.

Hiere Reinaldos al valiente godo
En confusa batalla de mil suertes,
Y él, tras su ofensa, por el mismo modo
Intenta en él mil géneros de muertes:
Todo lo buscan, y lo prueban todo,
Con pechos nobles y con brazos fuertes,
De un golpe y otro, de una y otra herida,
Buscando el fin de la contraria vida.

Por seis partes herido y desangrado
De Montalvan el principe se via,
Y su enemigo en todo tan guardado,
Que hecho de un diamante parecia;
Cuando, ya de morir determinado,
El roto leon borrado al suelo envia,
Tomando á su Fusberta con dos manos,
Que hizo temblar los montes comarcanos.

Y al sucesor del conde de Saldaña,
Que cubierto se entró para esperallo,
Dió un golpe, y otro y otro con tal saña,
Que sin sentido le llevó el caballo
Hasta donde al Rey Casto una maraña
De gente, ó por prendello ó por matallo,
Cercaba con el fiero rey Morgante,
Que, solo, á todo junto era bastante.

Mas, aunque herido en el honor le halla
El presente rigor, con pecho entero,
Sin mas volver á la primer batalla,
A guarecer su rey pasó ligero;
Y al gigante feroz, que á rematalla
Iba á todo el rigor de un golpe fiero,
De la una y otra cólera impelido,
El suyo le quitó todo el sentido.

Y al ofendido rey, que en tanto estrecho
Halló sin esperanza de la vida,
Cobrar caballo hizo, y largo trecho
Arredrar dél la gente mal nacida;
Que no hay tan fiero y arrogante pecho
Que ose esperarle la segunda herida,
Si el suyo con deseos de venganza
A hacerla de véras se abalanza.

Y viendo en salvo al Rey: « Señor, le dijo,
No es justo así arriesgar vuestra persona,
Única y noble basa en que está fijo
De España invicta el cetro y la corona... »
Mas ya á este tiempo de Milton el hijo,
Que enteros campos rinde y amontona,
Huyendo dél un escudaron confuso,
Fin á sus ruegos y razones puso.

¿ Quién dirá de una espada tan gallarda
Los golpes y heridas espantosas,
Si ya á mi débil voz y lengua tarda
Tan imposibles son como forzosas?
Pecho de hierro y trueno de lombarda
Se ahogará al tropel de tantas cosas,
Donde en las que hoy obró el señor de Anglante
Mil siglos tiene que la fama cante.

Cual del frio risco ó cavernosa gruta
Donde Eolo encierra los airados vientos,
De un ciego huracan tempestad bruta
Al mar se arroja en soplos turbulentos;
Donde su rabia hórrida ejecuta
Tropa sutil de espíritus violentos,
Que, trastornando el golfo hasta el profundo,
La firme basa hace temblar del mundo;

Saca el turbio Neptuno su tridente,
Y en horrible bramar los amenaza;
Las ricas islas del Egeo potente
Con olas sorbe y golpes despedaza;
Clama Delo á su dios resplandeciente,
Sérifo hunde su pequeña plaza:
Tal del feroz Roldan la altiva y brava
Violencia de una gente en otra andaba.

Hiere, rompe, destroza, desbarata,
Socorre, da favor, rinde, ahuyenta,
Despedaza, desmiembra, corta, mata
Cuanto delante el campo le presenta;
A este el brazo, al otro le arrebató
La mano, el rostro; y nada le contenta:
Yelmos, escudos, petos, grevas, malla,
Abolla, rompe, quiebra, corta y talla.

En esta horrible mortandad envuelto
Llegó cuando Bernardo revolvía
Sobre el feroz Morgan, que, habiendo vuelta
De su primer desmayo, parecia
Que entero un mundo, en su furor revuelto,
De su arrogante brazo descendía
Contra el gallardo jóven, que á otra parte,
Si le mira, hará temblar á Marte.

Y empezando los dos nueva batalla,
El Conde, que llegó seguro á vella,
Y á los primeros lances de miralla
Su contrario español conoció en ella;
Alegre de que en tal sazón se halla,
Por cuanto encuentra rompe y atropella,
Gritando: « Afuera, que esta empresa es mia;
Aquesta es mi venganza; este es mi dia. »

Puesto en medio los dos, feroz retira
A una parte á Morgante, y á Bernardo
A dos manos dió un golpe con tal ira,
Que le hizo humillar el brio gallardo;
Mas el corzo colérico, que mira
La grave injuria del frances bastardo,
Que, en menosprecio suyo y su arrogante
Brazo, al de su furor pasó adelante,

Sin mirar si es amigo ó si enemigo,
Sobre él tal tempestad de golpes llueve,
Que el vivir le importó el seguro abrigo
Del encantado yelmo un tiempo breve;
Mas el leonés, que parte, y no testigo,
Quiere ser de aquel campo, lo que debe
Paga á dos manos con la fiera espada,
Que piensa de los dos salir vengada:

Quando el franco Roldan al jóven fiero
Y á su enemigo, en medio el campo rojo,
« Venid, dice, los dos; que ambos espero
Que muertos me paguéis mejor mi enojo:
A entrambos juntos digo, á entrambos quiero
Por mi honra al uno, al otro por mi antojo;
Que no se templará tan bien mi saña
Si una muerte con otra no acompaña. »

Dijo; y de aquel y deste rebatido,
Ni sabe á cuál herir, cómo ni dónde;
Que los tres, uno de otro confundido,
Ninguno ve á quién da ni á quién responde:
Tal la discordia en ellos se ha encendido,
Que el gran Bernardo al corzo, el corzo al Conde,
El Conde á él, y dellos cada uno
Con dos juntos se afirma y con ninguno.

Llegó bravo Reinaldos á este punto,
Y viendo la confusa batería,
Y al golpe de su espada puesto á punto
El que siguiendo con furor venia,
Con el que en su ofendido pecho junto
Pudo caber á su Fusberta, envia
Sobre el dorado yelmo, que el ruido
Le sacó por un rato de sentido.

Quiso segundar otro, y otro luego;
Mas despertó al primero, y pudo tanto
La nueva sinrazón del furor ciego,
Que dió de dos á Francia el primer llanto;
Y al español coraje tanto furo,
Que aun del golpe hasta hoy dura el espanto,
Pues hecho dos el yelmo de Mambrino
Con cuanto tenia dentro al suelo vino.

Cayó, y de Montalvan y Claramonte
 Toda la gloria junta vino al suelo.
 ¡Oh del mundo menor breve horizonte,
 Vida mortal, tasado paralelo!
 Sea á tu gran valor tumba este monte,
 Fama el blason, y la capilla el cielo,
 Pues, tras tantas grandezas, de su mano
 No te dejó otra cosa el tiempo vano.

Cayó tambien con él su leal Bayardo,
 O atronado del golpe poderoso,
 O que del signo triste el paso tardo
 Allí acabó su curso perezoso;
 Que al rey Artus sirvió, y hoy del gallardo
 Reinaldos al sepulcro temeroso,
 En cuya compañía el fiel caballo
 Muerto, nuevo dolor ponía mirallo.

Asombró el golpe los vecinos valles,
 Y volvió el mas distante la cabeza;
 Roldan, que al paso está, volvió á miralles,
 Y de la herida viendo la fiereza,
 «¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
 Donde hoy cae del imperio la grandeza!
 Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
 ¿Cómo tal fin á tal principio has dado?»

Dijo; y ya con la rabia de la muerte,
 Por vengar de su primo el triste caso,
 Al jayán fiero, cuyo brazo fuerte
 Vuelto enemigo le detiene el paso,
 Un golpe, y otro y otro de tal suerte
 Furioso á un tiempo da, que al campo raso,
 Fuera de todo acuerdo el rey Morgante,
 A los piés vino del señor de Anglante.

Y sin mas curar de él, por la batalla
 Cruel se entra á buscar la espada altiva
 De aquel en quien vengar piensa, si le halla,
 El muerto primo y la congoja viva:
 Ve de léjos lucir su ardiente malla,
 Que á cada golpe un capitán derriba,
 Y que de uno, el bizarro pecho abierto,
 Al prado el duque Astolfo cayó muerto.

Trasapó otro dolor su pecho ardiente,
 Y á matarle ó morir sale arrogante,
 Cuando en tropa gentil, resplandeciente,
 El paso le atajó un gallardo amante;
 El bello Ascanio, hijo del valiente
 Duque Estroci, que en brazo y brio triunfante
 Volvía de matar por su persona
 Cien franceses y un duque de Bayona.

Era el brioso jóven heredero
 Del muerto duque y principe de Parma,
 A quien la seda, mas que el duro acero,
 La flor de sus lozanos miembros arma;
 Mas, aunque niño y tierno, es altanero,
 Y así el brio en su pecho toca al arma,
 Que, despreciando el ocio de su tierra,
 En busca de su honor vino á la guerra.

De la prudente Emilia, dulce hermana
 Del conde de Saldaña, es hijo hermoso,
 Unico alivio y prenda á la temprana
 Muerte infeliz de su querido esposo:
 Deseo del tierno primo y de honra vana
 Al bello Ascanio le quitó el reposo,
 Y entre una escuadra de toscana gente
 A la guerra le trajo á ser valiente.

De cien manchos de su edad ceñido,
 De armas grabadas y plumeros bellos,
 Con ricas sobrevistas de encendido
 Carmesi y oro, que alegraba el vello,
 El fresco, altivo jóven, que al florido
 Rostro apuntaban los primeros vellos,
 En caballo tambien lozano y niño,
 De la color de un no manchado armiño,

Hechas de la albeñada clin á trechos
 Bellas guedejas encrespadas de oro,
 La altiva frente y los fornidos pechos
 Llenos de un grave y bárbaro tesoro;
 Del precioso jaez los trozos hechos
 De varias piedras, que en crujir sonoro
 Facen con orgulloso movimiento
 Temblar las plumas y asombrarse el viento.

Sus ricas armas, más que el sol lucentes,
 De carbuncos cuajadas y diamantes,
 De alegres rayos dan luces ardientes,
 Que los aires abrasan circunstantes:
 La celada, de plumas eminentes,
 Blancas perlas esgrime por pinjantes,
 Sembrado el resto á trechos de follajes,
 Alcachofadas piñas y plumajes.

La roja espada de oro guarnecida,
 De cristalina pedrería sembrada,
 De los bordados tiros detenida,
 En rica vaina de marfil grabada;
 La varia sobrevesta entretejida
 Por su celeste azul plata escarchada,
 Y en sus bordados, por divina traza,
 Del bello Adónis la imprudente caza.

Vianse del fiero jabali vengados
 Entre claveles sus perdidos tiros,
 Que si allá fuéron flores de los prados,
 Aquí rubis ardientes y zafiros:
 Los bellos ojos del amor preñados
 De aljófar, y los labios de suspiros,
 Y su cárdeno cuerpo entre las flores
 Vertiendo sangre y derramando amores,

Con tan bello primor, que sobrepuja
 A la verdad la historia dibujada,
 Dulces cuidados de la diestra aguja
 De su tierna y ausente esposa amada;
 La limpia lanza en la dorada cuja,
 La vista alegre, el alma enamorada,
 Cuyo capote y ceño, si se aira,
 Da gusto y regocijo á quien lo mira.

Era el luciente yelmo que traía
 De perlas y diamantes estrellado,
 Donde un bello zodiaco ceñía
 La altiva cresta y el gorjal labrado,
 Los signos de diversa pedrería,
 Y en el vellon de Cólcos, de un dorado
 Topacio hecho un sol, cuyo fecundo
 Rayo un nuevo verano abría al mundo.

Mas cuando en el fervor de la batalla
 Con su aliento el bruñido acero entibia,
 Del grave peso y su dorada talla,
 Buscando aire, el cabello crespo alivia;
 Y al que delante su ventura halla,
 Aunque sea el risco del Peñol de Libia,
 De amores vence, y mata con la vista,
 Que á ella ó su espada no hay quien se resista.

Traía en el valiente y ancho escudo,
 Para mostrar la gloria que profesa,
 Sobre un peñasco de oro inculto y rudo
 De Alcides las columnas por empresa;
 Y señalando con lenguaje mudo
 La hermosura que en su alma vive impresa,
 En torno, escrito de rubis: «Si os viera,
 »Sobre vuestra belleza las pusiera.»

Agrada á todos su hermosura y brio;
 El solo ni se estima ni se aprecia;
 Que con desdenes y áspero desvío
 Su blanda condicion quiere hacer recia;
 Mas, por bien que en compuesto señorío
 Se ensaña, y á quien le ama menosprecia,
 Nunca su agrado pierde deleitoso;
 Que mientras mas airado, es mas hermoso.

Vuelven sus enemigos á otra parte
 Las lanzas por no herir el rostro bello,
 Y él de ese amor se ofende de tal arte,
 Que los querria despedazar por ello:
 Atiza sus enojos, y reparte
 Ira suave entre el placer de vello;
 Mas ya de estas sus flores placenteras
 Las parcas van hilando las postreras.

¡Oh bello jóven, diestro en el bullicio
 De la caza sagaz y sus engaños!
 ¿Quién te trajo á tan áspero ejercicio
 En lo mejor de tus floridos años?
 Aquel ya de tu edad fué propio oficio,
 Y tú incapaz de otros mayores daños;
 Mas dióte el hado en sangre y hermosura
 Mucho de estado, y poco de ventura.

¡Miseró, que fiado en tus engaños
De Marte sigues el clarín sonoro,
Para causar deleite á los extraños,
Y á tu madre infeliz tormento y lloro!
¿Quién volvió azar tus florecientes años,
Y agiero tus grabadas armas de oro?
Rico trofeo, en quien la adversa suerte
Principios dió de gloria, y fin de muerte.

Habia con su gallarda escuadra hecho
Vistosos lances en la franca gente :
Traspasó á Sergio el arrogante pecho,
De la region gascona el mas valiente :
Mató á Menon, á Galvo, y al contrechó
Esquilo, en dulces versos eminente ;
Y á ti, sesgo Foscion, que no supiste
Reir ni llorar, ni estar alegre ó triste.

Pasó en diestro venablo la garganta
A Demedes voraz, gloton hambriento,
Que despues que pasó á su vientre cuanta
Renta dejó de Sergio el testamento,
Se hizo alferez; y al fin por donde tanta
Hacienda entró, tambien entró el violento
Hliero, y fué en el tragar tan bruto y fuerte,
Que, cuando más no halló, tragó la muerte.

Cual cachorro leon de poca prueba
Por los rebaños de Getulia ardientes,
Que ántes la madre le traía á la cueva
Conformes á su edad pastos recientes,
Sintiendo al cuello la guedeja nueva,
Las corvas garras y los limpios dientes,
Corre lozano en torno la campaña,
Y á volver á su cueva no se amaña;

Así el hermoso Ascanio tras su muerte
Por el frances ejército corria,
Y en medio puesto de su escuadra fuerte,
Lucero entre celajes parecia ;
Cuando el rigor de la infelice suerte
Al paso le sacó donde venia
Del fiero conde Orlando la pujanza,
A tomar en Bernardo cruel venganza.

Asombróle el furor del valor fiero ;
Tembló en ver el denuedo que traía ;
Fáltaronle las fuerzas y el entero
Brio que en su alma nueva amanecia :
Vió que la guerra pide más que acero,
Y que no es la imprudencia valentia ;
Echa de ver que es niño, y no bastante
Su fuerza á resistir á tal gigante.

Quiere volverse atras, mas no le deja
La honrada sangre que en las venas tiene ;
Teme el ir adelante, y en perpleja
Lucha el miedo y la honra le detiene :
Cúbrelle un frio sudor que la guedeja
De oro á llover menudo aljófár viene,
Y en triste agüero una amarilla sombra,
Volando en torno, con temer le asombra.

Cual blanco cisne á su cantar atento,
Si de las frescas juncias del Pó mira
El águila de Júpiter, que al viento
La sombra en torno de sus plumas gira ;
No hallando abrigo á su furor violento,
Tiembla, suspende el canto y se retira,
Y en la tierra quisiera entrar al centro
Por huir de sus uñas al encuentro :

Tal el hermoso jóven, que se halla
Al golpe puesto del frances gallardo,
Sin esperanza cierta en la batalla,
Ni á su espada cruel hallar resguardo ;
No viendo ya razon con que excusalla,
De un frio miedo impedido el brazo tardo,
Contra el Conde le alzó, más por defensa
Que por hacer á su arrogancia ofensa.

Mas el soberbio y cruel señor de Anglante,
Que, viendo á su querido primo muerto,
Al tierno Adónis y á su bella amante
Que hallara, atropellara sin concierto ;
Al romano gentil que vió delante,
De plumas, oro y pederria cubierto,
Cual hambriento leon que en diente y garra
Tierno cordero á su sabor desgarrá ;

Así, yendo á vengar su rabia ardiente
En el bravo español que le ha ofendido,
Hallando sin pensar el inocente
Pecho, dió en él la furia y el bramido :
Retira el paso, oh jóven excelente,
Da lugar á que acuda tu querido
Primo, que ya á valerte con su escudo
La vuelta daba, mas llegar no pudo.

Que con tal furia á Durindana embiste
El Conde sobre Ascanio, que á su acero
Ni el suyo basta ni rigor resiste,
Que escudo y peto rebano el primero :
Al segundo, anublado en muerte triste
El semblante poco ántes placentero,
Cayó, y sintió al caer, más que su muerte,
La rota estampa de su escudo fuerte.

Bernardo, que al morir su primo amado
En la defensa de su amor llegaba,
Con el nuevo dolor quedó atajado
De ver la prenda tal que en tanto amaba :
« ¡Oh bello jóven, dijo, malogrado!
Oh enemigo cruel! Oh furia brava!
El poder todo que hay en los humanos
No te podrá dar libre de mis manos. »

Y arremetiendo al Conde, que venia
En igual ademan y brio de dalle,
Un escudron entero que hoia
Al uno y otro les tomó la calle :
Despartió su furor el que traia
El alterado campo ; sonó el valle,
Y el alboroto y el tropel de gente
Los hizo dividir forzosamente.

Era esta grita un intrincado enredo
Del fiero ardor del bárbaro Morgante,
Que en espantable indómito denuedo
Huyendo la llevaba por delante ;
Y no con armas, mas con solo el miedo ;
Que es el miedo en el vulgo, semejante
Al ruido que en la nube se levanta,
Que, sin herir, con amagar espanta.

Despues que volvió en sí del golpe fiero
Con que le dejó Orlando sin sentido,
Rabioso en ver sus fuerzas y su entero
Brio dos veces en un dia vencido,
Las ricas armas de templado acero
Que ya en Libia ganó, quitó al fornido
Cuerpo, dando á los campos el tesoro
De la gran sierpe y sus escamas de oro.

Y en impaciencia y voces turbulentas
Bramando, vuelto al cielo, escupe y dice :
« ¡ Cobardes dioses! si á esas tan contentas
Sillas que os sueña el mundo no desdice
El ser todos locura, y las afrentas
Venir quereis que ya en mi reino os hice ;
Si no sois solo palos y pinturas,
Y tienen de deidad vuestras figuras ;

» Bajad todos á mi, ó volved al mundo
Cuantos en él tuvieran nombre y fama :
A Encélado el gigante, que el profundo
Valle de Etna recuece en viva llama ;
Los que en Flegra con brio furibundo
Ya os hicieron huir de rama en rama
Del horrible Briareo el bulto leve,
Que en cien brazos cien mazas juntas mueve ;

» Dad á Nembrot por báculo su torre,
Y por soldados cuantos hubo en ella ;
Nazca de nuevo Anteo, si se corre
De haber perdido su armadura bella ;
Y sin que de su madre aparte y borre
La grave estampa y la torcida huella,
Saque en su ayuda, si á sazón le viene,
Juntos cuantos hermanos tuvo y tiene.

» Saque Jason sus argonautas fieros,
Ulises, Telamon, y el griego Aquiles
De nuevo multiplique compañeros,
De leones hechos, no de hormigas viles ;
Salgan de Troya y Grecia los guerreros ;
Salgan Goliath, Sanson y los sutiles
Judios ; salgan de Argos y de Tébas
Los crueles campos y sangrientas grevas.

» Salgan Héctor, y París, y Troyo,
El fiel Tideo, el bravo Hipodemonte,
El fuerte Alcides, y el que en sabio estilo
Venció de Esfinge el cavernoso monte;
Turno, Enéas, Mecencio, Adastro, Egilo,
Teseo y la arrogancia de Faetonte,
Y en su cruel hermandad, que la ira atice,
Rómulo y Remo, Eteocle y Polinice.

» Salga mi antigua sombra, Capaneo,
Polifemo y los hijos de Vulcano;
Y por no hacer mas áspero rodeo,
Ni el disgusto gastar el tiempo en vano,
Bajad, cobardes dioses; que no creo
Que hay otro que esta clava de mi mano,
Que si allá sube y como aquí la afierra,
Con todo vuestro cielo dara en tierra.»

Así en blasfemas voces contra el cielo
Incautas iras y amenazas vierte,
Y con sola la clava á todo el suelo,
Sin otras armas, quiere dar la muerte:
Mató á Arbel, á Sitarco y á Sartelo,
A Eteo el rojo y á Gelon el fuerte,
Y á los dos primos Menedemo y Janto,
Este diestro en tañer, el otro en canto.

Degolló á Alceste, músico de flauta,
Y á los dos Sacrisildos arrogantes,
Al honesto Episino, á quien incauta
Egila dió su amor seis dias ántes;
Y entre otros, al fantástico Argonauta,
Cuyas palabras eran semejantes
A los álamos blancos, en el fruto,
Y así, nadie por él se puso luto.

Entero el campo su furor llevaba,
Como el fiero Orion si desarmado
Al esgrimir de su acerada clava
Hirviese el golfo del Proponto helado:
En el cuartel de Argasto peleaba
El gacon Mondevegas, de argentado
Arnes y un coronado leon rapante,
Bandado á escaques de oro por delante.

Sobre este, tras la clava y su arrogancia,
Ya la muerte bajando iba derecha,
Cuando Alcén, que con él desde su infancia
Se habia criado en amistad estrecha,
Tan diestro, que á cien pasos de distancia
Clavaba á un tierno ruiñero su flecha,
Una á tiempo tiró tan oportuno,
Que el golpe, de dos ojos, quitó el uno.

Pensó hundir el mundo el corzo fiero
Con la rabia y dolor de la herida,
Y arrancando la flecha, y allí entero
El instrumento de la luz perdida,
Furioso arremetió contra el flechero
Por sacarle ambos ojos con la vida;
Cuando él, en igual tiento y puntería,
El otro le enclavó, y le escondió el dia.

Bramó el ciego jayan, resonó el valle,
Y arremetiendo á bulto el torpe Anteo,
Al infeliz flechero, que por dalle
Mas bien no se guardó, cogió al voleo;
Y cayendo sobre él, para libralle
No bastó de su amigo el fiel desseo;
Que allí á bocados le quitó la vida,
Y cien dardos la suya al homicida.

Ya en esto la fortuna, que suspensa
Neutral estado habia en la victoria,
Y en una variedad de casos densa
A unos y á otros sembraba vanagloria,
Queriendo dar á un cabo con la inmensa
Máquina de su rueda transitoria,
Comenzó á trastornar la vuelta extraña,
Francia á bajar, y á levantarse España.

Está el valle un sangriento lago hecho,
Sepulcro triste de la flor del mundo,
Y de sus bravos héroes, trecho á trecho,
Caído aqui el primero, allí el segundo:
El campo reducido á tal estrecho,
Que de la muerte el cruel brazo iracundo,
Ayudada de España y sus aceros,
A los dieces quitado habia los cerros.

No quiso la fortuna que tú fueses,
Francia, en el mundo sola la invencible,
Ni tu gloria fijar sin que sintieses
De su pesada mano el golpe horrible;
Y así, despues que puso tus franceses
De su arco en lo mas claro y mas visible,
Coronados de triunfos y blasones
De indómitas y bárbaras naciones;

Despues que á tus banderas humillados
Entrambos polos, y á tus lirios bellos
Humildes parias de honra dan postrados
Cuantos tuvieron ojos para vellos;
Despues que del oriente tus soldados
Los astros asombraron, y tras ellos,
Tan grande como el sol, de playa en playa
De honra abrieron al orbe una ancha raya;

Hoy quiso desnudarte esa grandeza,
Que venia á tus holgados miembros ancha;
Que aun para dalla junta á la braveza
De España le convino echarle ensancha;
Que, como espera hacerla su cabeza,
La tierra hasta sus limites ensancha,
Criando nuevos mundos en que tenga
Majestad que á la suya le convenga.

El grave Emperador, que en la batalla
Entró en su carro de maril triunfante,
A quien, de petos y dorada malla,
Iban seis mil tudescos por delante,
Gente insigne, y el cargo de mandalla
Al traidor Galalon, que en radiante
Escudo de lisonjas, por mas mengua
Traia esta letra, « Aquí, mas no en la lengua; »

Viendo el campo frances puesto en huida,
Sus bravos paladines destrozados,
Sus nobles capitanes de vencida,
A riesgo su persona y sus estados,
Ya la traidora pretension cumplida
Del bando magances y sus privados,
La sangre helada y el cabello yerto,
De pena está, como los suyos, muerto.

Mas con pecho magnánimo la gloria
Ajena encubre y el dolor reprime,
Y ya que no en clarines de victoria,
En órden, porque nadie desanime,
Tocan á retirar; mas la notoria
Ventaja ya de España, en voz sublime
Aclamando victoria. « España, España, »
Ningun frances se libra de su saña.

Está el campo de muertos tan cubierto,
Que el carro no descubre ni halla paso,
Cuyo falcado tiro el pecho abierto
Deja del que al pasar encuentra acaso:
Alguno medio vivo y medio muerto,
Entre el morir y aquel vivir escaso,
Cruel quebranta, y con la rueda ativa
La parte le llevó que tenia viva.

Otro le ve venir, y no pudiendo
El cuerpo desviar sin que le oprima,
El débil cuello abaja al peso horrendo
Que con nuevo dolor le viene encima;
Y él de sus armas con el ronco estruendo
Pone en ver su furor espanto y grima,
Corriendo por las ruedas sangre y sesos
Pingües de las medulas de los huesos.

Llegó en esto á pasar el carro altivo
Por donde el gran Reinaldos muerto estaba;
Quedó el César en verlo tal, que el vivo
Más que el muerto cabe él dolor causaba;
Y sin reparo ya del golpe esquivo,
Huyendo al hado su violencia brava,
Del falso Galalon á toda instancia,
En un caballo salta, y huye á Francia.

El obispo Turpin, que entre el morado
Manto vestia bruñido y limpio acero,
A recoger del campo destrozado
Salió lo que sobró al vencedor fiero:
De plumas y roquete señalado,
Y en el escudo grave un trozo entero
Sobre oro de agradable siempreviva,
Y por letra, « Mi fama, » puesto arriha.

Solo á este dejó España por testigo
Y coronista desta su victoria,
Aunque él con pluma en todo no de amigo
Ya intentó y supo oscurecer su gloria :
Halló á Oliveros muerto por castigo
De su alevoso padre, que, en memoria
Del desafío pasado, en aquel valle
Acabó Montesinos de matalle.

Matóle, y tras su primo Durandarte
Siguiendo el rastro de la sangre ardiente,
Del monte por la mas cerrada parte
Se entró llorando el grave mal presente :
De Carlos la diadema, el estandarte,
El triunfal carro y la famosa gente
Hizo heroico trofeo, y dejó España
A Roncesvalles por tan grave hazaña.

Bernardo en tanto, ya que por su mano
Quitó á Rainer y á don Dudon la vida,
Al viejo Neimo, y á Godofre, hermano
De Galvan el bastardo fratricida,
Al fiel Dardín Dardeña, al inhumano
Don Alberto de Fox, y la escogida
Sangre vertió de entrambos los Beltranes,
Hijo y padre famosos capitanes ;

A los dos Angelinos, y al prudente
Bibiano, ilustre príncipe en Saboya,
De la famosa sangre descendiente
Que á Héctor derramó la suya en Troya :
Viendo sin órden huir la franca gente
De Roncesvalles por la inculta hoyá,
Espuelas á su leal caballo arrima,
Y así á los suyos al alcance anima :

« Aun no está Francia en su altivez rendida
Si esa gente que huye le dejamos,
Que se alabe de haber abierto herida
En los que sin vengarla nos quedamos :
Dirá que la desórden fué fingida,
Y que seguirla de temor no osamos,
Pues le duró, viniendo á nuestra tierra,
Lo que quisieron, y no mas, la guerra.

» Id pues sin órden en monton confuso,
Y pasad adelante al que ahora huye ;
Volvedme hácia España ese difuso
Campo que así el vencer nos disminuye :
Creed que es nuevo ardid de guerra intruso,
Que cuando mas no puede nos destruye,
La victoria y los triunfos vuelve vanos,
Quitando lo mejor de nuestras manos.

» Seguid el roto alcance, y diferente
De lo que ellos pretenden, les hiramós,
No en las espaldas, sino frente á frente,
Con que mayor el vencimiento hagamos :
Si no es honra vencer cobarde gente,
Ya que vencido habeis, no consintamos
Que á los bravos de Francia ya sin vidas
Por cobardes los dén vuestras heridas. »

Dijo ; y contra Turpin, que acaudillando
Iba del roto campo el gran destrozo,
Viendo las altas plumas campeando,
El caballo hirió y su pecho el gozo ;
Cuando hácia él venir al conde Orlando
Vió, y con gallardo brio y alborozo,
Dejando la primera empresa entera,
Esta segunda escoge por primera.

Cual generoso leon que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar y de hacer daño,
Las garras lame y el sangriento pecho,
Si un dragon ve venir de bulto extraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin y aire brioso
Se arroja al enemigo poderoso ;

Así el bravo español, viendo de léjos
Lucir las armas del señor de Anglante,
Tras sus nuevas vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponerse delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante :
Bien que el Marte frances al desafío
No salió con menor aliento y brio.

Antes, en fuego de honra ardiendo el pecho
Y en deseos de venganza, « Oh fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿ Quién te dará ya libre de mi mano ?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarla igual cuidado vano ;
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Si no el agravio, la honra reparada. »

Así dijo ; y cual dos dragones fieros,
Que en los marsillos campos, con la ardiente
Ponzoña que vomitan los postreros
Arboles, se arden, y su hervir se siente,
Gimen las costas y escamados cueros,
Tiembra del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena ;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos :
Rotas las finas armas, los ardentísimos
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras,
Ya hechos rajás, cubren las laderas.

Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado ni la sana
Pasta valerle en la defensa pudo,
Que ya partido en dos, hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte ;
Alta la espada y levantado el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En ménos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas ;
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su inviolable acero.

Antes, llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo :
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él, de ver su arnes roto y él herido,
Quedó, más que del golpe, sin sentido.

La vista absorta y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado ;
Mas ya del breve frenesi despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo altivo :
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunque de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano
Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos ciclopes el vano
Aire retumba en eco más sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los caballos,
De las vueltas, vaivenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos ;
Hechas sangrientas rajás los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos,
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
 La de los dos caballos trajo al suelo,
 Donde saltando cada cual se esfuerza
 A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
 Crecen los nuevos golpes, y refuerza
 El honor lo que falta; que el recelo
 De perderle en el alma que le estima,
 La punta es de rigor que más lastima.

Dió el frances á Bernardo una herida
 Tan á sazón, que pudo desarmalle
 Todo el hombro siniestro, y de encendida
 Sangre darle una nueva fuente al valle:
 Corrió notable riesgo de la vida;
 Mas cuando ya volvía á segundalle,
 Tan recio entró con él, que por las faldas
 De un gran peñasco le hizo dar de espaldas;

Y ántes que hallase tiempo conveniente
 De rehacer su furia, con dos manos
 Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
 Bajó gimiendo por los aires vanos:
 La celada rompió el golpe valiente,
 Sonó el eco en los valles comarcanos,
 Y aunque no cayó el Conde, del ruido
 Quedó atronado el uso del sentido.

Queriale ya dejar, y un bulto mudo,
 Del muerto primo sombra temerosa,
 Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
 Volver cruel su alma, de piadosa:
 « Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
 No te puedo dar mas, oh alma dichosa:
 Muere ahora, cruel, muere, homicida;
 Que aquí todo se paga con la vida. »

Dijo; y alzando el brazo vengativo,
 Al dar sobre él la liera arma encantada,
 Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
 Su heróica frente y la enemiga espada:
 Cayó muerto Roldán, quedando vivo
 Su eterno nombre; su alma arrebatada
 Feroz voló á su esfera, y su gallardo
 Cuerpo á los piés cayó del gran Bernardo.

ALEGORÍA.

Las persuasiones de Galalon al César muestran claro cómo á los principes hasta de su misma destruccion hacen lisonjas con que paladearles el gusto; y los agüeros que se ven en el aire ántes de la batalla significan las inspiraciones que envia el cielo para despertar la obstinacion de un ánimo rebelde, que se hace sordo y dormido, rompiendo con la ambicion todos los respetos y temores humanos; y en ser Morgante quien hace esto el primero, sin hallarse Orimandro en la batalla, es señal que toda ella procedió de una voluntad desenfrenada y sin luz de entendimiento. En la discordia de Bernardo, Orlando y Morgante, se muestra cómo la soberbia y arrogancia, ni aun en su favor no admite compañía; y en la hermosura de Ascanio, lo poco que puede la confianza humana, cuando no viene apoyada en grandes fundamentos de virtud; y en las muertes de Reinaldos y los demas paladines, y últimamente en la de Orlando, que era encantado, muerto por Bernardo con la espada Balisarda, muestra cómo no hay encantamento, armas ni defensa que basten contra la muerte.

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the world. The author discusses the various theories of the origin of life and the development of the human race. He also touches upon the different stages of civilization and the progress of science and art. The second part of the book is a detailed account of the history of the world from the beginning of time to the present day. It covers the various empires and nations that have existed and the events that have shaped the course of human history. The author's style is clear and concise, and his arguments are well supported by facts and evidence. The book is a valuable resource for anyone interested in the history of the world.

The second part of the book is a detailed account of the history of the world from the beginning of time to the present day. It covers the various empires and nations that have existed and the events that have shaped the course of human history. The author's style is clear and concise, and his arguments are well supported by facts and evidence. The book is a valuable resource for anyone interested in the history of the world.

LA CRISTIADA,

DEL PADRE MAESTRO FRAY DIEGO DE HOJEDA (1),

REGENTE DE LOS ESTUDIOS DE PREDICADORES DE LIMA.

AL EXCELENTISIMO MARQUES DE MONTES CLAROS, VIREY DEL PERU.

La vida de Cristo Señor nuestro, escrita en verso, ofrezco á vuestra excelencia, por el sugeto merecedora de altísima veneracion, y por el estilo antiguamente estimada, y ya (no sé por qué) no tanto. Dedicola á vuestra excelencia, no por su ilustrísima sangre, respetada entre los grandes de España (aunque pudiera esto moverme, pues la sangre de Cristo derramada en la cruz la mas noble merece en su servicio; mas al fin es naturaleza, que no importa por sí sola para la gracia); hágolo por dos razones: la primera, por la sabiduria y gran conocimiento que de buenas letras ha comunicado Dios á vuestra excelencia, que desto deben ampararse los libros que desean con razon perpetuidad; y la segunda, porque quien ha gobernado los dos reinos de las Indias Occidentales, y el archivo de sus tesoros, Sevilla, con tanto acertamiento y prudencia, es justo se le ofrezca por espejo la fundacion y acrecentamiento y premio del reino del Salvador, Rey de reyes verdadero. Y si no es demasia para carta breve añadir causa tercera, el ver á vuestra excelencia tan aficionado á pobres en las primeras provisiones de este reino, y tan recto distribuidor de la justicia en las segundas de Chile, impelió mi deseo para poner en manos de principe tan justo y misericordioso la union mas admirable de la justicia y misericordia de Dios. Recibala vuestra excelencia con el afecto y rostro que suele tener y mostrar á las cosas de mi religion; que con solo esto el libro quedará honrado, y mi orden obligadísima, y servido nuestro Señor, etc.

FRAY DIEGO DE HOJEDA.

(1) Cuantas diligencias hemos hecho para completar las escasas noticias biográficas que se conservan de este autor, han sido enteramente infructuosas. Tenemos pues que contentarnos con lo que nos dice el señor don Manuel José Quintana al insertar en su *Musa épica* los trozos mas recomendables de *La Cristiada*: que el PADRE FRAY DIEGO DE HOJEDA fué natural de Sevilla, y regente de los estudios de predicadores de Lima, circunstancia que consta en la portada de su poema. Esto es tambien lo que averiguó don Nicolas Antonio; y Ticknor, en su nueva *Historia de la literatura española*, refiriéndose al mismo origen, asegura que el PADRE HOJEDA fué joven á Lima, donde escribió su obra, y donde murió siendo superior de un convento de dominicos fundado por él mismo; pero en la *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores*, principiada por fray Hernando del Castillo y proseguida por don fray Juan Lopez, obispo de Monópoli, no se hace mencion alguna de nuestro poeta, á no ser que tenga relacion con él la noticia que hallamos en la cuarta parte de dicha historia, de un maestro fray Hernando de Ojea (que el nombre pudo ser equivocacion), «el cual escribió un tomo de *Vita Christi*, y tenia para imprimir otros tomos de diferentes historias». Ni aun en el poema *Lima fundada, ó Conquista del Perú*, del doctor don Pedro de Peralta, impreso en Lima el año 1752, en que se habla de varios escritores de aquellas provincias, así eclesiásticos como seglares, hemos hallado especie alguna acerca del autor que nos interesaba. Nuestro buen deseo no ha sido bastante á poder complacer en esta parte á nuestros lectores.

De obras insignificantes por mas de un concepto se han hecho repetidas ediciones, y de *La Cristiada* no existia mas que una, y esta rarísima, hecha en Sevilla, en casa de Diego Perez, el año 1611. Está en 4.º, y aunque algo incorrecta, sobre todo en la parte de puntuacion, es clara y de buenos tipos. Un libro pues de tan difícil adquisicion, y tan apreciable como este por su mérito literario, bien merecia tener cabida en la BIBLIOTECA. Nos complacemos en hacer este obsequio á los amantes de nuestra literatura antigua.

LA CRISTIADA.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Cena el Señor con su devota escuela ;
Los piés le lava ; ordena el Sacramento ;
De Judas el pecado á Juan revela ;
Con tres se va y les dice su tormento :
Duermen ellos , y Cristo se desvela ,
Y en la tierra se humilla al Padre atento ;
Y vestido de ajenas culpas , ora ,
Ve su muerte y á Dios , y gime y llora.

Canto al Hijo de Dios , humano , y muerto
Con dolores y afrenta por el hombre.
Musa divina , en su costado abierto
Baña mi lengua y muévela en su nombre ,
Porque suene mi voz con tal concierto ,
Que , los oídos halagando , asombre
Al rudo y sabio , y el cristiano gusto
Halle provecho en un deleite justo.

Dime también los pasos que obediente
Desde el Huerto al Calvario Cristo anduvo .
Preso y juzgado de la fiera gente
Que , viendo á Dios morir , sin miedo estuvo ;
Y el edificio de almas eminente
Que , cansado y herido , en peso tuvo ;
De ilustres hijos el linaje santo ,
Del cielo el gozo y del infierno el llanto.

Tú , gran Marques , en cuyo monte claro
La ciencia tiene su lugar secreto .
La nobleza un espejo en virtud raro ,
El Antártico mundo un sol perfecto ,
El saber premio , y el estudio amparo ,
Y la pluma y pincel digno sugeto :
Oye del Hombre Dios la breve historia ,
Infinita en valor , inmensa en gloria.

Verás clavado en cruz al Rey eterno :
Míralo en cruz , y hallarás qué aprendas ;
Que es una oculta senda el buen gobierno ,
Y en tu cruz quiere que á su cruz atiendas .
Aquí el celo abrasado , el amor tierno ,
De rigor y piedad las varias sendas
Por donde al cielo un príncipe camina ,
Te enseñaré con arte y luz divina .

Ya el santo Hijo del supremo Padre ,
Que , viendo su infinita hermosura ,
Por sacar un concepto que le cuadre ,
Con su esencia le infunde su figura ,
Nacido había de una Virgen Madre ;
Que madre casta pide y virgen pura
El Hombre Dios , y caminado había
Su corta edad quien hizo el primer día ;

Ya el sacro tiempo que en la Mente suma
Con dedo eterno estaba señalado ,
Batido había su lijera pluma ,
Y por seis lustros , sin cesar , volado ,
De la vida de Dios haciendo suma ;
Porque quiso con tiempo limitado
Vivir , y con sagaz y oculta traza ,
El que la inmensa eternidad abraza ;

Ya , predicando su real grandeza ,
Su adorada persona y sér divino ,
Con voz clara á la pérdida ruidez
Y con ejemplo de su fama dino ,
Había de su altísima nobleza
Dado un modelo en gracia peregrino ,
Que apareció , cual Hijo de quien era ,
De virtud lleno y de verdad entera ;

Ya la esperada ley de paz dichosa ,
En almas de profetas escoudida ,
Y con buril de santidad preciosa ,
Por Dios en sabios pechos esculpida ,
Había dado á la ciudad famosa
En que dió á ciegos luz y á muertos vida ;
Y el colegio de apóstoles sagrado
Había sobre santo amor fundado :

Cuando la Pascua , de misterios llena ,
En sombras ántes , pero ya en verdades ,
Llena de ansia y quietud , de gloria y pena ,
Varias , mas bien unidas propiedades ,
Se llegaba , y la noche de la cena
Y aurora de las dulces amistades
Entre Dios y los hombres , en que quiso
Ser Dios manjar del nuevo paraiso .

Entónces el Señor que manda el cielo ,
Y franco á sus ministros da la tierra ,
Rico de amor y pobre de consuelo
El que en su mano el gozo eterno encierra ,
Y ardiendo en aquel santo y limpio celo
Que desde que nació le hizo guerra ,
Ordenó con su noble apostolado
Celebrar el Fasé , convite usado .

Era el Fasé la cena del cordero ,
Que el mayor Sacramento figuraba ,
Y allá en Egipto se comió primero
Cuando el pueblo de Dios cautivo estaba ;
Y celebrarlo quiso el verdadero ,
Que en el como en imagen se mostraba ,
Para dar fin dichoso á la figura
Con su sagrado cuerpo y sangre pura .

Puesta la mesa pues , y el manjar puesto ,
Y juntos los discípulos amados ,
Y por el orden del Señor dispuesto ,
Todos en sus lugares asentados .
Su amor pretende hacerles manifiesto ,
Y los labios de gracia rociados
Muestra , y envuelve en caridad suave
Estas palabras de su pecho grave :

« De comer con vosotros un deseo
Eficaz y ardentísimo he tenido
En esta Pascua , y por mi bien lo veo ,
Primero que padezca , ya cumplido :
Este regalo , amigos , este aseó ,
De vuestras dulces manos recibido ,
No lo tendré otra vez , hasta que llegue
Al reino do glorioso en paz sosiegue . »

Dijo ; y mirando á todos igualmente
Con amorosa vista y blandos ojos ,
Y un suspiro del alma vehementemente
(Señal de pena , sí , mas no de enojos),
Su plática prosigue conveniente ,
Y desplega otra vez sus labios rojos ,
Mientras come en su plato el falso amigo
Que ya su apóstol fué y es su enemigo .

« Y uno me ha de entregar , dice , á la muerte ,
Uno deste pequeño apostolado ;
Mas ¡ ay de su infeliz y mala suerte ! »
Añadió luego en lágrimas bañado .
Una grande tristeza , un dolor fuerte ,
De asombro lleno y de pavor cercado ,
A todos los discípulos rodea ,
Medrosos de traición tan grave y fea .

Y cada cual pregunta espavorido :
« ¿ Soy yo , por desventura , oh buen Maestro ? »
Y responde el Señor entristecido :
Y en desdoblamiento fingidas almas diestro :
« Entregarame alevé y atrevido ,
Del número dichoso y lugar vuestro ,
El que conmigo mete aquí la mano ,
Y de mi plato ahora come ufano . »

» Pero el Hijo del Hombre al fin camina,
Como está de su vida y muerte escrito;
Mas ¡ay del que su venta determina,
Y fácil osa tan atroz delito!
Ay del triste que á Dios el pecho indina,
Siguiendo mal su bárbaro apetito!
No haber salido á luz mejor le fuera,
Porque en ella su culpa no se viera. »

Sobre tendidos lechos recostados
Los nietos de Israel comer solían,
Y en su seno los hijos regalados
O mas caros discípulos tenían.
Así estaban por orden asentados
Los que en la mesa con Jesús comían,
Y en su seno el discípulo querido,
Compuesto, acariciado y acogido.

Pedro, que, cual pontífice supremo,
Gozaba atento del lugar segundo,
Notando en Cristo el admirable extremo
Del decir grave y del callar profundo,
« Aunque bajeza tal de mí no temo
Por mas que corra el tiempo y rueda el mundo,
Al apóstol amado y amoroso,
Dijo, sabed quién es el alevoso. »

Juan á Cristo pregunta por el triste
Que pretende hacer caso tan feo.
Tú en secreto, Señor, lo descubriste
Para satisfacer á su deseo;
Que avergonzar á Júdas no quisiste,
Que era oculto, si bien odioso reo,
Su honor guardando al pérfido enemigo,
Como si fuera santo y dulce amigo.

Mas él, herida la feroz conciencia,
Y estremecido el temeroso pecho,
Ya de aquella real, sabia presencia,
Ya de su enorme y temerario hecho,
Con velo de fingida reverencia
Cela su furia, cubre su despecho,
Y « ¿ soy yo? » dice. Ved cómo se esconde;
Y « tú lo dices », Cristo le responde.

Otro quedara con razon pasmado;
La sangre al corazón se le huiera;
La vista ciega y el color robado,
Ni hablar ni sentir ni estar pudiera;
Mas él disimuló desvergonzado;
Que osa mas libre la maldad mas fiera,
Y alma que vende á Dios, Dios no le asombra,
Y atrevese en la luz como en la sombra.

Pues acabada la primera cena,
Y ya el cordero de la ley comido,
Cristo el mas singular banquete ordena
Que el mundo imaginó, ni el cielo vido:
Con pecho sosegado y faz serena,
Aunque por tal discípulo vendido,
Gracioso de la mesa se levanta,
Y otra les apercebe sacrosanta.

Mas ántes quiere con sus propias manos
Los piés lavarles con sus manos bellas,
Que adoran los supremos cortesanos,
Viéndose indignos de tocar en ellas;
Y despoja los miembros soberanos,
Resplandecientes más que las estrellas,
De su vestido y ropas convivales,
Al tierra usadas de convites tales.

Y sabiendo tambien que el Padre Eterno
En sus preciosas manos puesto habia
Del ancho mundo el general gobierno,
Y del reino inmortal la monarquía,
Humilde y amoroso, afable y tierno,
Fuego en las almas y agua en la bacia
Echa, y para lavar los piés, en tierra
Se postra el que en un puño el orbe encierra.

Estaban todos en el órden puestos
Que el Señor les trazó, y así ordenados,
Con rostros bajos y ánimos honestos
Al buen Jesús miraban asombrados:
A su divina voluntad dispuestos,
Y della misma y dél avergonzados.
Se encogían temblando, y Pedro solo
Trató de resistir, y ejecutólo.

Llegó pues Cristo, puso en tierra el vaso,
El lienzo apercebido, tendió la diestra,
Y absorto Pedro de tan nuevo caso,
Aun mas no viendo que una simple muestra,
Saltó animoso, dando atras un paso
(Que al osado el amor valiente adiestra),
Y dijo: « ¿ Para aquesto me buscabas
Tú á mí, Señor? ¿ Tú á mí los piés me lavas? »

Cristo, de su discípulo piadoso
El celo ponderando y la defensa,
Grave y sereno, dulce y amoroso
Responde á Pedro, que excusarse piensa:
« En este gran misterio religioso
Lo que yo intento y el amor dispensa
Ahora no lo sabes, y porfiás;
Mas sabráslo despues de algunos dias. »

Y Pedro le replica: « Eternamente
No podré permitir que mis piés laves,
¡ Oh santo Dios, oh Rey omnipotente,
Que del bien y del mal tienes las llaves!
Que á tu inmenso valor es indecente,
Y á mí vileza indigno (tú lo sabes)
Que á tales piés se humillen tales manos:
¡ Manos del mismo Dios á piés humanos! »

» Si me dieras lugar, yo los besara,
Y no hiciera mucho, con mi boca,
Con mi boca y las lumbres de mi cara;
Que á ti el honor y á mí el desprecio toca;
Y cuando yo á tus huellas me postrara,
Que á postrarme tu alteza me provoca,
Fuera la nada al mismo sér rendirse,
Y así rendida, al sér perfecto unirse.

» Pero ¿ tú á mí, Señor? Mira que abajas
Al hondo abismo tu valor supremo;
Cuando te humillas mas y me agasajas,
De un alto extremo vas á un bajo extremo;
Y si tu afrenta y mi favor no atajas,
Reeelo con verdad, con razon temo
Que la naturaleza avergonzada
Se desprecie de ser por tí criada.

» Toma, pues, ¡ oh buen Dios! tu vestidura,
Y deja ese lugar para tu siervo;
Honra en esto mi próspera ventura,
Y tus piés me concede ¡ oh sacro Verbo!
Lavarlos para mi será dulzura,
Y que lo hagas tú es caso acerbo:
Dámelos, ¡ oh Maestro soberano!
Mis piés olvida; ten, Señor, tu mano. »

Aquesto dijo; y mas consideraba
Pedro, elevado en sí y en Dios aborto;
De si el no sér, de Dios el sér miraba,
Largo en pensar, si bien en hablar corto.
Cristo su buen afecto contemplaba,
Y « á la obediencia y humildad te exhorto,
Añadió; que si no te lavo, amigo,
No has de tener jamas parte conmigo. »

Pedro, que estar en Dios, y no en sí mismo
Quería, cual perfecto y noble amante,
Por anegarse en el inmenso abismo
Del sér y vida y bien mas importante,
Medroso ya, no rehusó el bautismo,
Ni en afecto ni en voz pasó adelante;
Y dijo: « Piés y manos y cabeza
Me dejaré lavar pieza por pieza. »

Y respondió el Señor: « El que está limpio,
Los piés no mas, que puso entre los lodos,
Limpiarse ha menester, y esos yo limpio;
Que vosotros lo estáis, aunque no todos; »
Y esto decia por notar al impio
Que le vendió, y manchó por varios modos
Su alma con pecados diferentes,
Archivo de traiciones insolentes.

Lavó pues con sus manos amorosas
Los piés á Pedro; con aquellas manos
Blancas, suaves y puras y hermosas,
De linda tez y dedos sobrehumanos:
Mostrándose las aguas religiosas,
De blanca espuma sus cristales canos
Argentaban, alegres y festivas,
Emulas de las fuentes de aguas vivas.

Las secas flores que en el vaso estaban,
Tocadas del Señor, reverdecían;
De su beldad beldad participaban;
Y olor de sus olores recibían:
Sus dulces manos con amor besaban
Con las hojas ó labios que fingían.
Todas en ser primeras compitiendo
Con envidia suave y mudo estruendo.

El agua, que en sus palmas venerables
Iba de puro gozo alborozada,
Si no conceptos, voces admirables
Formar quisiera, de ellas regalada;
Y lavando los piés, en agradables
Gotas ó ricas perlas desatada,
Se desdeñaba de tocar el suelo,
Por ser agua que estuvo sobre el cielo.

Así lavó los piés á sus amigos,
Que siempre amó, y al fin mas dulcemente:
Así los hizo de su amor testigos,
De su fe pura y de su celo ardiente:
Regalo que á protervos enemigos
De inexorable pecho y dura frente
En suaves hermanos convirtiera,
Y no amansó de Júdas la alma fiera.

Llegóse pues al pérfido y terrible,
Y las rodillas en la tierra puso,
Y con semblante le miró apacible.
Y los piés en sus manos le compuso:
Con un suspiro le habló sentible,
Mas no quedó el sacrilego confuso;
Y comenzó á lavarle, acariciando
Sus piés con agua limpia y toque blando.

Las bellas manos de Jesus bañadas,
Cual herido del sol cristal, lucían,
Y de aquellos indignos piés tocadas,
Con cierta viva luz resplandecían:
Piedras preciosas en el lodo echadas,
O refulgentes rayos parecían;
Que ni ellas ménos que en la mina valen,
Y ellos del muladar mas limpios salen.

Siempre que se humilló Cristo en la tierra,
Glorioso el Padre lo ensalzó en el cielo:
Nació en Belén, y la vecina sierra
De ángeles vió poblada y rico el suelo;
Hizole Heródes envidiosa guerra,
Y él al Egipto huyó con presto vuelo,
Y al niño Dios los ídolos gigantes
Postraron sus vestidos rozagantes.

Quiso ya el Salvador ser bautizado,
Y rasgó el cielo su maciza cumbre,
Y predicóle Dios por Hijo amado,
Y el Jordan se ciñó de nueva lumbre:
En el yermo y el templo fué tentado,
Y sufriólo con blanda mansedumbre,
Y á servirle bajaron odiedientes
Los que beben del bien las puras fuentes.

Púsose agora humilde y amoroso
A los piés deste alevé y fermentado,
Y no sé qué de excelso y luminoso
Resplandeció en su rostro esclarecido:
No sé qué de excelente y generoso
El noble cuerpo á Júdas abatido
Y las divinas manos rodeaba,
Cuando con ellas al traidor bañaba.

Como el que atento mira al sol, armado
En el cenit de puntas de diamantes,
La misma luz lo deja deslumbrado,
Justo castigo de ojos arrogantes:
Así de vista y de razon privado
Quedó el fiero á los visos rutilantes
De aquellas manos, y confuso y ciego,
Ausentarse intentó de Cristo luego.

Lavó pues, y besóle dulcemente
Los piés al duro con sus tiernos labios,
Y medio pronunciado un ¡ay! doliente
Despidió, lleno de conceptos sabios;
Y grave, generoso y eminente,
Despreciador de ofensas y de agravios,
Sosegado tomó su vestidura,
Y así habló con singular mesura:

«¿Veis cómo con vosotros he tratado?
Maestro me llamais y Señor vuestro,
Y conveniente nombre me habeis dado;
Que soy Señor de todos y Maestro:
Pues si yo, yo los piés os he lavado,
Maestro siendo, y siendo Señor vuestro,
También debéis lavároslos vosotros
Con humildad los unos á los otros.

»Ejemplo ya os he dado memorable
Para que así hagais como yo he hecho:
El siervo no es mas digno y estimable
Que su propio señor, en buen derecho;
Ni es el embajador mas venerable
Que el rey cuyo es el daño y el provecho:
Si esto entendeis y lo haceis, dichosos
Seréis y eternamente en paz gloriosos.»

Así hizo, y les dijo desta suerte,
Porque entre si tuvieron competencia
(¡Oh gran flaqueza!) al tiempo de su muerte,
Sobre puntos de honor y precedencia;
Que la ambición es enemigo fuerte,
Y á fuerza no se rinde de elocuencia,
Hasta que el peso vencedor le humilla
Del vivo ejemplo de humildad sencilla.

Por eso Cristo procuró vencello
Con humildad de Dios, ¡ejemplo extraño!
Y echando della y de su amor el sello,
El peligro impedir, mostrar el daño:
Cortó con este filo el duro cuello
A aquel sabroso y deleznable engaño
Que á su noble y amada compañía,
De viento llena y de ambición tenía.

Esto acabado, en la segunda mesa
Cuerpo y sangre en sustento y en bebida
Darles quiso, y cumplirles la promesa
Del verdadero vino y pan de vida.
Aquí salió la gracia de represa,
Y Dios hizo mercedes sin medida,
Pues en manjar su cuerpo dió guisado,
Y su sangre en potaje regalado.

En la cena pascual se acostumbraba
Que á la mesa postrera se pusiese
El plato de lechugas que restaba,
Y en sopas hasta el fin se consumiese;
Y un pan, que en los manteles se guardaba,
Después de todo aquesto se comiese
En partes dividido, y luego el vino
Se diese de uno en otro al mas vecino.

Pues consumido así el manjar primero,
Tomó Cristo en sus manos venerables
Y con semblante amigo el pan entero,
Y dijo estas palabras admirables:
«Tomad: este es mi cuerpo verdadero;
Comedlo, mis discípulos amables.»
¡Oh gran manjar! Aquesto iba diciendo,
Y el sacro pan á todos repartiendo.

Tomó el cáliz también de vino agüado,
Y con su boca santa lo bendijo:
Y el rostro en devoción y amor bañado,
Dió gracias á su Padre, y luego dijo:
«Bebed, ¡oh generoso apostolado
Que el mismo Dios encomendó á su Hijo!
Esta es mi sangre, y nuevo testamento,
Que se ha de derramar en mi tormento.»

Estas palabras milagrosas fueron
De eficacia y virtud tan soberana,
Que el pan y vino al punto convirtieron
En su perfecto cuerpo y sangre humana:
Accidentes no mas permanecieron
En su existencia, con razon ya ufana
Por verse en propios hombros sustentando
Lo que estaba en ajenos descansando.

Así los comulgó divinamente,
Y les dió el sacro y nuevo sacerdocio,
Dignidad alta y órden excelente
Para este raro, excelso y gran negocio.
Mas dime, ¡oh buen Jesus, oh rey clemente!
En éxtasi profundo, en feliz ocio,
Las suaves razones que tuviste
Cuando tal Sacramento al hombre diste.

De la Iglesia, su cara y dulce esposa,
Quería por su amor hacer ausencia,
Y dejóle esta prenda generosa,
Y en ella por memoria su presencia.
Al Padre la partida era forzosa:
Partióse; mas mostró su omnipotencia
Quedándose con ella y yendo al Padre,
Porque á los dos con solo un hecho cuadre.

Muerte por ella padecer quería,
Muerte, de eterna vida inmenso archivo,
Y dejárselo en guarda pretendida
Con la llave su til de su amor vivo;
Porque la gran riqueza que tenía
Le fuese atento y eficaz motivo
Para que abriese con la llave de oro,
Y le robase, amando, su tesoro.

Della también quería ser amado
El digno Esposo con amor sincero,
Y este ordenó suavísimo bocado,
Como hechizo de almas lisonjero,
Con tan graves misterios consagrado,
Que fuego, á quien lo come, verdadero,
Fuego de Dios aplica, y fuego enciende,
Que á Dios lleva, á Dios une, en Dios suspende.

Quería darle de su eterna gloria
Una prenda segura y dulce aviso,
Y esta preseña le dejó en memoria,
Que es el fruto y autor del paraíso;
Cuyo feliz principio y tierna historia
Es un dichoso y cierto compromiso
De que á Dios gozará quien lo comiere,
Pues en el modo, y no en el sér, difiere.

Quería disponer su testamento,
Que ya estaba á los fines de la vida,
Y en manda este divino Sacramento
Dejó á su esposa; manda esclarecida,
Pues se da el testador en alimento
A la que triste llora su partida,
Y en ella alegre al testador recibe:
Vivo con él se abraza, y con él vive.

Y manjar sustancial darnos quería
Que el humor de la gracia reparase,
Y la entereza que gastado había
Aquella antigua culpa restaurase:
Como el fruto que vida producía,
Quiso también que el suyo la causase,
Pero eterna, por ser fruto nacido
De Dios, y engerto al mismo Dios unido.

Por esto al fuego de su amor suave
Cristo nos dió cocido el pan sabroso
Que al mismo Dios contiene, y á Dios sabe,
Y á Dios nos hace al paladar gustoso:
Dios, que lo hizo, su dulzura alabe,
Y el hombre lo reciba temeroso;
Que cuerpo de Dios come y sangre bebe,
Con que encienda su sed, su hambre cebe.

A todos comulgó el Eterno Hijo,
Y al mismo Júdas, ¡oh valor paciente!
Y de sí franco y liberal le dijo:
«Haz lo que haces mas lijeramente.»
En hablar corto y en sentir prolijo
Era este aviso, al fiero conveniente;
Mas nadie lo entendió, y el en diabado
Se levantó á dar fin á su pecado.

Cristo, en saliendo, prosiguió, admirable
Y de luz lleno y claridad secreta,
Aquel sermón de vida perdurable,
Y á pice sabio de amistad discreta,
Que del Señor el nombre venerable
Su título le da y honra perfieta;
Y dicho el himno sacro, levantóse,
Y los demas con él, y al fin partióse.

Ya el Santo unguido con virtud eterna
De gracia personal y unción divina,
Todo abrasado en caridad interna,
Al Huerto sale: á padecer camina
El que la inmensa fábrica gobierna
Que sobre el mundo temporal se empina;
A padecer camina, atormentado
De su mismo gravísimo cuidado.

El alma pura, el corazón suave
(Que el sueño dulce de su cara esposa,
A quien ha dado de su amor la llave,
Siempre en vigilia está, jamás reposa)
Agora apenas en su pecho cabe,
Con ansia reventando congojosa:
Tanto un pavor y una tristeza extraña
Le asombra el corazón y el pecho baña!

Con tardas huellas va, con paso lento,
De su amor y su pena combatido,
Y su elevado y noble entendimiento
A su pasión y cruz y muerte asido:
La vista baja, el rostro macilento,
De lágrimas el suelo humedecido,
Y el desalado respirar, dan muestra
Que teme en Dios del mismo Dios la diestra.

La noche oscura con su negro manto
Cubriendo estaba el asombrado cielo,
Que por ver á su Dios resuelto en llanto
Rasgar quisiera el tenebroso velo;
Y vestido de luz, lleno de espanto,
Bajar con humildad profunda al suelo,
A recoger las lágrimas que envía
De aquellos tiernos ojos y alma pia.

La húmeda esfera con preñez oculta
Tempestuosa parto amenazaba,
Y á la dura, infiel, bárbara, inculta
Salén con enemigo horror miraba:
Que al mundo etéreo alguna vez resulta
Un no sé qué de saña y fuerza brava
Para vengar de su Criador la ofensa,
Cuando ménos el hombre en ella piensa.

Con silbo ronco el espantado viento
Al eco tristes voces infundía,
Y el agua con lloroso movimiento
Las piedras que tocaba enternecía:
El valle, á su confusa voz atento,
Suspiros de sus cuevas despedía:
Suspira el valle, duerme el hombre; quiso
El valle al hombre dar un blando aviso.

Del soplo agudo las robustas plantas
Con lastimado golpe sacudidas,
Temblando, de su Dios las huellas santas,
Mustias besar quisieran condolidas:
Tanto respeto, inclinaciones tantas
Mostraban copas y almas abatidas,
Que por ellas juzgara el hombre ingrato
Qué debe al Dios que compra tan barato.

Hombre dormido, advierte que velando
Brama el buey, ladra el perro, el ave pia,
Y á su buen Dios con lastima mirando,
Reverencia la noche y huye el día,
Y en amigo tropel y unido bando
Se desvela por Dios cuanto Dios cria,
Esfera, nubes, plantas, valle y monte,
Cuevas y arroyo, y todo su horizonte.

Mas ¡oh tú, Mente sacra, antigua ciencia
Que el cerebro enriqueces soberano
De la infinita singular esencia,
Y la ignorancia ves del seso humano!
La inaccesible luz de tu presencia
Templa con generosa y blanda mano,
Y la mina de intentos admirable
Me muestra de aquel pecho inescrutable.

«Hoy, entre sí decía, fin he dado
Al mayor hecho de mi brazo fuerte:
Hoy en divino epílogo he cifrado
Cuanto el mar grande de mi ciencia vierte:
Hoy en manjar al hombre me he guisado,
Y el hombre me procura dar la muerte;
Pero así mi bondad se comunica,
Y junto á su maldad mejor se explica.

»La sustancia del pan en la sustancia
De mi sagrado cuerpo he convertido.
¿Qué mas dulzura? Qué mayor ganancia
Que á Dios comer, á Dios con ella unido?
Mesa de tan espléndida abundancia,
Que es la ciencia del bien, ¿ha conocido
Jamás el hombre vil? Y ¡que pretenda
Así perder tan rica y dulce prenda!

»Dime : naciendo , en fácil compañero
Y en hermano suave al hombre ingrato ,
Y , comiendo , en manjar doy verdadero
Mi cuerpo : ¿ puede ser mas noble trato ?
Cómprame agora el hombre , y por él quiero
Consentir que me vendan tan barato :
¿ Que él dé por mí , por mí viles metales ,
Y yo le compre á peso de mis males !

»Si hubiera un dios igual á mi grandeza
Y de mi propia esencia diferente ,
Que su ilustre inmortal naturaleza
Me diera afable y amorosamente ,
Yo Dios ¿ no celebrara su franqueza
Y su inmenso magnifico presente ?
Pues ¿ cómo pierde con el hombre amado
El mismo Dios , si á Dios le ha presentado ?

» Pierde tanto , que el pérfido enemigo
Júdas los escuadrones solicita ,
Y en faz alegre , de apacible amigo ,
Viene á entregarme y á prenderme incita .
¿ Oh de mi puro amor fiel testigo !
¿ Tan pequeño interes te precipita ?
¿ Qué mal me vendes ! ; Ay ! ; Tan poco valgo ,
Siendo ilustre cual Dios , cual Dios hidalgo !

» Prométeme á los vanos fariseos ;
Dame á los sacerdotes envidiosos ;
Ofreceme á los torpes saduceos ;
Ríndeme á los romanos ambiciosos ;
Que pues no avergonzaron tus deseos
De Dios las manos , á tus piés lodosos
Sujetas y lavándolos , clavadas
Quizá en la cruz te moverán rasgadas .

» Mas ; ay ! que morirás ántes que muera
Yo , que por tí mi santa vida entrego .
Tente , Júdas amigo , espera , espera ;
Que á parar vas en el eterno fuego .
¿ Oh terrible dolor ! ; Congoja fiera !
¿ Que muera ante mi luz , de vista ciego ,
El que á ciegos dió luz y á muertos vida !
Mas él huye la luz que le convida .»

Pensó ; y á sus discípulos amados
Dijo con ojos de piedad llorosos :
« Vosotros hoy me dejaréis , turbados ,
Entre lanzas de bárbaros furiosos :
Esta noche os veré escandalizados ,
De mi daño y el vuestro temerosos ;
Que , herido el pastor , las desvalidas
Flacas ovejas quedan esparecidas .»

Pedro , que estaba á su decir atento ,
Y con robusto corazón le amaba ,
Este pensó entre sí noble ardimiento ,
Y osado respondió lo que pensaba :
« Si fuere menester morir contento ,
Señor , en esa guerra injusta y brava ,
Moriré haciendo de mi esfuerzo alarde ;
Mas no te negaré jamás cobarde .»

Y Cristo : « Lo que digo no te espante ;
Que cumplido veras lo que te digo :
Cuando segunda vez el gallo cante ,
Ya tú me habrás negado , Pedro amigo .
Y todos hoy con ánimo inconstante
Me dejaréis , huyendo á mi enemigo ,
A mi enemigo , y en confuso estruendo
Me dejaréis y os volveréis huyendo .

» Mas id ; que yo me ofrezco en sacrificio
De holocausto perfecto al Sumo Padre :
Mi nombre es Salvador y hostia mi oficio ,
Y al nombre importa que el oficio cuadre .
A este nuevo , gravísimo ejercicio
Obligado en el vientre de mi madre
La vida recibí , y ahora hago
Lo que en él prometí : débolo y pago .

» Siempre estará mi espíritu animoso ,
Si bien sigue á la carne su flaqueza ,
Y el trance de la muerte riguroso
Temor le pone , cáusale tristeza .»
Dijo ; y llegando al Huerto pavoroso ,
De sombra armado y lleno de fiereza ,
A sus caros discípulos despide ,
Y un hora sola de oracion les pide .

Mas ellos ¿ de qué suerte recibieron
El dulce ruego del Maestro santo ?
Tristes , confusos , con horror fingieron
De árboles , montes , fieras , de su espanto
Vencidos , y cobardes se durmieron ;
Que el miedo forma del temor quebranto :
Simon está soñando , Juan no vela ,
Diego reposa , y Cristo se desvela .

¿ Oh buen Señor ! ¿ Que siempre han de dejarnos
En el mayor peligro las criaturas !
Que en la misma ocasion han de faltaros
Que vos espaldas les haceis seguras !
Daisles para seguiros ojos claros ;
Buscan para no ver sombras oscuras :
A grande amor , ingrata recompensa :
De vos el bien , y dellas es la ofensa .

Al primer ángel y á su escuadra odiosa
Diste naturaleza perdurable ;
Y al fundar esta masa generosa ,
Gracia les infundistes admirable :
Tanta merced , franqueza tan copiosa
¿ Era digna de un hecho memorable ?
Pues al tercer instante no esperaron ;
Que en el segundo contra vos pecaron .

El primer hombre , de reciente tierra
Con vuestro vivo espíritu alentado ,
Os hizo en sana paz alevé guerra ,
De su vil polvo apenas levantado :
Su alma perfecciones mil encierra ;
Su cuerpo está en verjel por Dios sembrado ,
Y alcaide al fin de Dios , á Dios ofende
En el mismo castillo que defiende .

Y agora Pedro , piedra ilustre y fuerte
Del celestial católico edificio . . .
Y el dulce Juan , á quien regalos vierte
De amado el nombre y singular oficio ,
Y Diego , á quien de tres le cupo en suerte ,
Por vuestra providencia y beneficio ,
El gozo del Tabor , agora os dejan :
¿ Con qué monstruo los hombres se aconsejan ?

Como el anciano padre valeroso ,
Cuando la amada hija , en rico lecho
Durmiendo , goza del comun reposo
Que el alma quieta y apacigua el pecho ,
Atento vela , y nota cuidadoso
Con graves ojos su mayor provecho ,
Procurando hallar marido ilustre
Que dé á la hija honor y al padre lustre ;

Así Dios , de mortal carne vestido ,
Cuando sueño mortal los miembros flojos
De los hombres derriba en torpe olvido
Y al cuerpo y la razon cierra los ojos ;
La faz turbada , el ánimo herido
Con duras puntas de ásperos abrojos ,
Por ellos vela en oracion postrado :
¿ Oh buen Dios , por dormidos desvelado !

Mas tú , santa Oracion , virtud divina
Que á sacar una imagen verdadera
De tu misma excelcencia peregrina
Bajaste al Huerto con veloz carrera ;
Y aquella cara de alabanzas dina ,
Cual si tu venerable rostro fuera ,
Para aprender tu oficio , dibujaste ,
¿ Qué viste , oh gran virtud , y qué pintaste ?

Viste que léjos de sus tres amigos ,
Y como de tres partes arrancado ,
Fué á lidiar con sus fieros enemigos ,
Para vencer en tierra derribado :
Viste que hizo de su afan testigos
A los hombres , por ellos humillado ,
En sí mismo tomando los dolores
Dellos , como fiador de pecadores .

Así es verdad ; que en su tragedia triste
La figura de todos representa ,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldicion , hecha en afrenta :
Vistióselas , y agora no resiste
Ser echado por ella en la tormenta
Cual otro Jónas ; ántes le parece
Que ya perdon con ella les merece .

Por eso, cual si fuera miserable
Injusto pecador, se postra en tierra,
Y barre con su rostro venerable
El polvo que á Dios hizo tanta guerra.
La vestidura, pues, abominable
De siete tajas consta, y siete encierra,
Tejidas de pecados, telas varias,
Si bien unidas, entre si contrarias.

En la primera está la majestosa
Libre *Soberbia*, grave y empinada,
En una silla de marfil preciosa
Con ancha pompa de ambicion sentada:
Corona de oro ciñe su enojosa
Descomedida frente; y su hinchada,
Enhiesta, cruel garganta, collar rico
Para lo que le arrastra el mundo es chico

Allí está Adán, de su gentil denuedo
Y su noble persona envaneado,
Con su bella mujer gozoso y ledo,
Por el trono anhelando mas subido:
Con fácil mano toma el fruto acedo
Al linaje por él tan mal nacido.
Cual Dios pretende ser; ¡loca codicia!
Quiere ser Dios, y pierde la justicia.

Allí Nembrod con bárbara pujanza
Habla, discurre, solicita, corre,
A sus lieros gigantes da esperanza
De acabar contra Dios la excelsa torre;
Procura que á su altiva confianza
Ni la hunda el rigor, ni el mar la borre;
Y osado, á fuerza de cocida tierra,
Levanta al cielo y á su nombre guerra.

Abimelec con ambicion proterva
Setenta hermanos mata, y es bastardo:
La bordadura su crueldad conserva,
Y áspera laz entre un celaje pardo.
Un solo jóven de la muerte acerba
Se escapa, y con espíritu gallardo
El reino de la zarza le propone,
Y profetiza lo que Dios dispone.

Entre luz de relámpagos furiosos,
Y nubes negras de soberbias cumbres,
Se ven emperadores orgullosos,
De alma feroz y bárbaras costumbres;
Y aparecen Nabucos ambiciosos
En asombradas hórridas vislumbres,
Por inmortales dioses adorados,
Y á la muerte y á vicios mil postrados.

Sabelios y Arrios, Mánes y Luteros,
De singular espíritu regidos,
Y otros portentos de Alemania fieros
Los cuellos alzan por su mal eriguídos:
Profetas se predicán verdaderos,
Y son de Cristo apóstoles fingidos,
Y aun de la santa Iglesia crudos lobos,
Que hacen de almas simples grandes robos.

La insaciable, tenaz, vil *Avaricia*,
El vientre nunca de tragar contento,
De oro cercada, llena de codicia,
Abre cien bocas, tiende manos ciento:
Con aquellas da paz á la-injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene,
Y en la ropa el lugar segundo tiene.

Esta sagaz y pérfida maestra
Al pobre Adán, con lisonjeros ojos,
La refulgente púrpura le muestra,
De victoria infeliz vanos despojos:
Para escondella sin temor le adiestra;
Y allí, pintados los matices rojos
Del pauo fino entre la tierra parda,
Se ven, y que ella con temblor los guarda.

Sobre llamas también de fuego blando,
Que ardiendo, en el dibujo centellean,
Ollas están vapores exhalando,
Y nubes de caliente humor humean:
La carne mas sabrosa codiciando,
De Elí los torpes hijos las rodean;
Garlios arrojan, sacrificios cogen,
Y antes de tiempo lo mejor escogen.

Con la leccion que sin justicia enseña
La ignorante maestra, mal fundada
Del falso Acab á la hermosa dueña,
Quita á Nabot la viña deseada:
A su marido la palabra empeña,
Y la palabra y fe mal empeñada
Le cumple; mas allí la comen perros,
Justa venganza de tan brutos yerros.

Treinta dineros que el perverso Júdas
Por la sangre de Dios alegre aceta,
Están pintados, y con lenguas mudas
Allí publican su maldad secreta:
¡Oh buen Dios! ¡que á pagar por él acudas
Con tu sangre, infinitamente aceta,
Y que él te venda por tan bajo precio!
¡Oh del hombre valor, de Dios desprecio!

Entre oscuras, opacas, negras sombras,
De invernos rescoldo descubiertas,
Flamencos paños, árabes alfombras
Y arcas se ven con falsedad abiertas.
Tu, avaricia infernal, todo lo asombras:
Allí aparecen, de temor cubiertas,
Manos temblando de ladrones viles,
A la confusa luz de unos candiles.

Entre lascivos fuegos abrasada
Que llamas bosan de alquitran terrible,
En la tercera parte dibujada
Se muestra la *Lujuria* incorregible:
Su cuello altivo y faz desvergonzada,
Su mauo carnícera y vientre horrible
Descubre, y con su torpe y sucia boca
A la encendida juventud provoca.

Lanzas están los cielos arrojando
De fieras lluvias, de voraces llamas,
Do se ven fuertes hombres anegando,
Y anegando también hermosas damas;
Y no ménos en fuegos abrasando,
Porque los fuegos de sus torpes camas
Ahogarse en diluvios merecieron,
Y nefandas cenizas produjeron.

De Siquen el mal principe atrevido
Por fuerza á Diua en brazos habebata,
Y luego, de su culpa arrepentido,
El matrimonio con su padre trata;
Pero el linaje de Jacob temido,
Bravo y celoso de su honor, lo mata:
El mozo muere al fin circuncidado,
Y por donde pecó paga el pecado.

Quando el Heteo capitán pelea,
Y contra el hijo de Moab se opone,
David lozano el corredor pasea,
Y en Bersabé lascivos ojos pone,
Allí se ve pintado (no se vea
Que tal varon tan gran maldad dispone);
Mas vése el adulterio allí pintado,
Y Urias muerto, pero bien vengado.

Que en una plaza de alevosa gente,
Que en armas jura un principe herejero,
Está un labrado pabellon pendiente,
Y en él un jóven ambicioso y fiero:
Es de oro su cabello refulgente,
Y su rebelde corazon de acero:
Absalon es, que con malvada fuerza
Las concubinas de su padre fuerza.

Un sabio catedrático de prima,
Que gozó de riquísimos haberes
Y la ciencia nos dió de mas estima
En sagrados, eternos caracteres,
Alza templos, imágenes sublimes.
Por complacer á bárbaras mujeres,
Al demonio Astarot. ¿Quién tal pensara,
Que á Astarot Salomon se arrodillara?

Una alameda de árboles frondosos
Y ricas fuentes de marfil labradas,
Que liquidos cristales caudalosos
Por gargantas escupen descolladas,
Se ve, y en ella jóvenes briosos
Y dueñas de su amor vano prendadas,
Que en bellos cuerpos al oscuro infierno
Bajan, y en torpe fuego al fuego eterno.

Con arrugada frente y secos labios,
Chispas lanzando de sus turbios ojos,
Y de la boca vomitando agravios,
Y con las manos prometiendo enojos,
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la *Ira* cruel, jayana fuerte:
Voces da, piedras tira, sangre vierte.

Y entre siete mancebos memorables,
Que por su justa ley la vida ofrecen,
De Antioco las iras espantables
Con asombradas luces resplandecen:
Duras obras, palabras amigables
En odios y esperanzas aparecen;
Pero dejan los nobles macabeos
De sí memoria, de su ley trofeos.

Aquí de limpias brasas mansos juegos,
Y allí de olio ferviente recias llamas,
Acá de cárcel dura nudos ciegos,
Y allá de agudas puntas fieras camas:
Mil Dioclecianos, en el alma ciegos,
A niños tiernos y hermosas damas,
A mozos y decrepitos presentan:
Vence Dios, y los hombres atormentan.

El bárbaro Mahoma, en color bravo
Y matiz pavoroso, está midiendo
Su torpe ley, como ignorante esclavo,
A peso de armas, á razon de estruendo:
Lleva con guerras su furor al cabo,
Y atropellando va, va destruyendo
Cuanto huella su pié, su mano alcanza,
Cual si la te colgara de su lanza.

Tú, conde Julian, aleve amigo,
Que por vengar tu honor mal aireado
Fuiste azote de Dios, de un rey castigo,
Estás allí entre moros dibujado:
Cruda amistad al pérfido enemigo,
De acero en contra de su ley armado,
Hiciste, y así en llamas infernales
En pintura y verdad pagas tus males.

Una mujer, de incesto abominable
Y cismática sangre concebida,
Del reino de Bretaña miserable
Oprime, y con rigor, la fe creida:
Es mujer, mas en ira memorable,
Si merece memoria la homicida
Cruel de tantos mártires modernos,
Dignos de resplandores siempre eternos.

Una mesa riquísima, de flores
Y diversos manjares adornada,
Cercando están valientes comedores,
De gesto ufano y vida regalada:
Preciosos vinos, árabes olores
A la *Gltona Dueña* rodeada
Tienen, que en los palacios de los reyes
Y en las tabernas pone y quita leyes.

La ley escrita por la santa mano
Del mismo Dios allí se notifica,
Y al verde pié del monte soberano
Moisen la rompe y su rigor publica:
La causa fué del pensamiento vano
Que al rudo buey por sabio Dios predica,
Largo banquete, mesa regalona,
Y de dulce manjar hambre gltona.

Un gran señor á grandes caballeros,
De diversas naciones congregados,
En márgenes de arroyos lisonjeros
Convites les promete nunca dados:
Este y otros soberbios Asüeros
Allí se ven al vivo retratados,
Que ofrecen á su vientre sacrificio,
Como al dios torpe del goloso vicio.

Al desgraciado umbral de un rico avaro
Lázaro el aire con sus quejas mide;
Pero no halla de su mal reparo,
Si bien en la demanda se comide:
Al gloton rico, en fiereza raro,
Solás migajas el mendigo pide,
Y las migajas no le da que quiere:
Rueda el pan, sobra el vino; el pobre muere.

Heliogábalo está con la espumosa,
Horrenda y sucia boca vomitando,
Y la fuerza de Italia poderosa
Gasta con el lascivo y torpe bando:
Come, bebe, no duerme y no reposa,
El vientre de manjares ahitando.
¡Oh Rómulos valientes! ¡Numas justos!
¡Fundóse Roma para infames gustos!

Ilustres casas, inclitas haciendas
Y nobles patrimonios dilatados,
Y en peligrosas y ásperas contiendas
A fuerza de armas y virtud ganados,
Allí aparecen como viles prendas,
Pobres, deshechos, rotos, disipados;
Que de esta fiera los macizos dientes
Los desatan en vinos excelentes.

Y tú, de la magnífica Bretaña,
Enrique, octavo rey, total rüina,
En una selva de grandeza extraña
Pintado estás con arte peregrina:
Gula tercera, acidia te acompaña,
Lujuria á deshonesto amor te inclina,
Sacriliga codicia te rodea,
Ardiente ira en tus ojos centellea.

Sirven de rubias y tendidas hebras
A la *Envidia*, de aspecto formidable,
Ensartijadas, hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable:
Esta los yerros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
Y descubre los minimos defectos
Que entre alabanzas mil están secretos.

A su lado Cain soberbio ofrece
De espigas vanas desgraciado fruto
A Dios, y el justo Abel gracia merece
Con larga ofrenda y plácido tributo.
Cain su bravo espíritu escandeece,
Y su faz cubre de envidioso luto:
Mata el fiero enemigo al buen hermano;
Que la bondad le ofende al inhumano.

Allí Saul por desgajados riscos
Subiendo va con ánimo furioso,
Y en altas breñas y ásperos lentiscos
A su yerno persigue el envidioso:
Búscalo en valles, cércalo en apriscos,
Cual si fuera cordero temeroso:
El canto de las damas le atormenta,
Y porque ellas cantaron, él lamenta.

De Roma los primeros anchos muros,
Con envidiada sangre humedecidos,
Y del tirano Sila mal seguros
Se muestran, y de César oprimidos.
Mil aves matan, hacen mil conjuros
De la patria los padres ofendidos;
Y engañanse, que envidia los ofende,
Que leyes rompe, y su ambición deliende.

Vense allí cortesanos veladores
Vivos, mirando con atentos ojos
Por la frente el humor de los señores,
Que ya ofrece amistad, ya causa enojo.
Ajenos daños son propios favores,
Y rosas de otros son dellos abrojos:
¡Oh hija vil de la soberbia osada,
Que te desplace el bien, y el mal te agrada!

El último lugar ocupa ociosa
La tarda *Acidia* en regalado lecho;
Allí entre blandas sábanas reposa,
Puestas las manos en el tierno pecho:
Como en el fuerte quicio la espaciosa
Puerta se vuelve, así por su provecho
Y gusto, en soñolienta y dulce cama,
Se mueve la dormida y gruesa dama.

Junto á su estancia, de bostezos lleno,
Y sobre las rodillas la cabeza,
De cuidados solícitos ajeno,
Ni alza los piés ni el ánimo endereza
El que su diestra no sacó del seno,
Por no sacar del seno su pereza;
Y de hambre murió: ved qué valiente
Para ganar el cielo osadamente.

El otro, á quien el fuego generoso
De caridad perfecta no abrasaba,
Y del pecado el hielo riguroso
El antiguo rescoldo no apagaba;
A quien Dios, de su estómago celoso,
Tibio y acedo en vómitos lanzaba,
Está con la *Pereza* allí sentado;
Que ni encendido está ni resfriado.

Y el que enterró sin causa el gran talento
Que el Rey le dió, pintado allí se via
Triste, flojo, cobarde, soñoliento,
Y enemigo de santa mercancia;
Y de los otros el corrillo exento,
Que estuvieron ociosos todo el día,
Hasta que el padre á su labor los trujo,
Al vivo se mostraba en el dibujo.

Vense los que á pasar el tiempo salen,
Detenidos en vanos ejercicios,
Y horas que eternidad gloriosa valen,
Consumen sin razon, gastan en vicios;
Y porque sus potencias se regalen
En descansados, fáciles oficios,
Pierden lo que pudiera darles vida
Grande cual la de Dios, con Dios unida.

Allí tambien están los holgazanes
De sangre noble, pero mal gastada,
Que hijos son de bravos capitanes,
Y padres son de vida regalada.
El premio de ilustrísimos afanes
Cogen ellos con mano delicada:
¿Pensastes ¡oh varones excelentes!
Honrar á tan bastardos descendientes?

¿Pensastes que los hechos inmortales
De esos robustos ánimos gentiles
Pararan en las obras desiguales
De cuerpos enfermizos y armas viles?
¿Ganastes bienes para tantos males?
¿Para estas hembras fuistes varoniles?
Sin duda os afrentaran desde el suelo,
Si afrenta padecer pudiera el cielo.

Vosotros, con las armas peleando,
Alcazabes magníficos blasones,
Y estos, con manos torpes y ocio blando,
En vuestro deshonor cuelgan pendones:
Vosotros, vida y sangre derramando,
Mostrastes invencibles corazones,
Y aquestos, en batallas deliciosas,
Solos victorias buscan amorosas.

Con tan grave y horrenda vestidura
Está el gran Dios que todo el bien encierra,
Tomando en su tragedia la figura
De un todo pecador, postrado en tierra;
¡Oh de inocencia clara fuente pura!
El peso que te hace tanta guerra
Declara al hombre, porque el hombre mire
En tí su pena, y de tu amor se admire.

Es el pecado inestimable ofensa
De aquella Majestad inestimable;
No tiene igual criada recompensa
A su infinita carga intolerable;
Con la misma bondad de Dios inmensa
Encuentra su malicia abominable;
Pesa (¿qué pesará tal injusticia?)
Cuanto Dios en bondad, él en malicia.

Pues si un pecado solo pesa tanto,
De todos juntos la penosa carga
¿Que tanto le pesó al Cordero santo
En la oracion de aquella noche amarga?
Pesóle al Hijo eterno de Dios cuanto
Significar no puede historia larga;
Que, si no fuera Dios, quedara opresso
Del gran tormento de tan grave peso.

Carga que tanto al mismo Dios fatiga,
¿No le fatiga al alma, no la sienta?
Ó no la sienta el alma; ó es enemiga
De sí, pues que tal carga en sí consiente.
A Dios oprime tanto, que le obliga
A que bese la tierra con la frente,
Diciendo: «Padre, Padre, si es posible,
Pase de mi esta carga tan terrible.

«Hijo soy natural, Hijo engendrado
De tu infinita, singular sustancia;
Mirame como á hijo, y hijo amado,
Que en negocio te hablo de importancia:
El peso que en mis hombros he tomado,
Hace á mis hombros santos repugnancia;
Porque la santidad que es por esencia,
No tieno con pecados conveniencia.»

Así habla, y su Padre no responde,
Aunque la ropa extraña le atormenta,
Y su rostro suavísimo le asconde;
Que pecador al fin se representa.
¿Adónde huyes, Padre Eterno, adónde,
Si de tu gloria el Hijo se alimenta?
Mas no huye de Cristo, del pecado
Huye que en Cristo ve representado.

Si del pecado la espantable sombra,
Y la sombra no mas, en un sugeto
Que es Salvador, y pecador se nombra,
Sin que haya en él pecado ni defeto,
Al Padre Eterno, al mismo Dios asombra,
Y le hace encubrir el dulce afeto
Que tiene al Hijo, y Hijo tan querido,
¡Ay del que está con el pecado asido!

El se levanta pues con tierno celo,
Y en buscar sus discipulos entiendo:
Vélos tendidos en el duro suelo,
Durmiendo, y con amor los reprehendo:
Vuélvese á la oracion con presto vuelo,
Y en ella triste, á Dios y al hombre atiende,
Y vuelto á la oracion, gimiendo clama,
Y arde en santa, amorosa y viva llama.

Arde y suspira, y una muerte horrible
De bravo aspecto, de osamenta dura,
Cuya fiera presencia y faz terrible
Ser la muerte de Dios se le figura,
Muerte de una grandeza inaccesible,
Giganta de una altísima estatura,
Muerte que ha de pasar se le presenta,
Y con sola su vista le atormenta.

De espinas y de sangre coronada
Celebro y sienes, y cabello y frente,
La venerable cara maltratada
De injurias viles de atrevida gente:
La boca con vinagre aheleada,
Y del cuello un cordel grueso pendiente,
Y otro en las manos, hórridos despojos,
Al alma se le ofrece ante los ojos.

De burladora púrpura vestida,
Y por mofa vestida se le ofrece,
Y una caña por cetro recibida,
Con que el rostro le hieren, aparece:
Es muerte que en la cruz venció á la vida,
Y así la cruz en ella resplandece;
Crucificada viene: ¡oh muerte fiera!
Dios te ve, Dios te teme y Dios te espera.

Trae clavados los piés, y las espaldas
Deshechas con azotes rigurosos,
De sangre llenas las tendidas faldas,
Y á cuestras unos látigos furiosos;
Y el amarillo gesto y manos gualdas,
A los pechos mas bravos y animosos
Pone pavor, y á Cristo se le pone;
Que es la muerte que el Padre le dispone.

«La Muerte soy, le dice, soy la Muerte,
A que tú mismo la garganta diste,
¡Oh de la eterna vida brazo fuerte!
Cuando á carne mortal unido fuiste:
Contigo lucharé, y podré vencerte
En la naturaleza que naciste
Segunda vez de humana y virgen Madre,
Si no en la esencia de tu inmenso Padre.

»Aquí me ves, á tí me represento
Con vil corona y ásperos cordeles,
Con grana infame y singular tormento
De duros clavos y asquerosas hieles:
Cruz tengo sola, y sola te presento
Cruz que abracés y des á tus fiéles:
Pesada cruz, tú la harás suave,
Pues del gozo de Dios tienes la llave.»

Dijo la Muerte, y con mirar severo,
 Más que con dilatada arenga, dijo;
 Pintó de sí un retrato verdadero,
 Breve en palabras y en acción prolijo:
 A su rostro mortal y aspecto fiero
 Del Padre Eterno el soberano Hijo
 Sudó, tembló, cayó en tierra asombrado;
 Que aun Dios teme á la muerte y al pecado.

En el polvo estampó la noble imágen
 De su divino cuerpo casi frio;
 Bajase Dios porque los hombres bajen
 Su gran soberbia, su orgulloso brio.
 Los serafines, buen Señor, atajen
 Con religioso amor, con dolor pio
 De ver á Dios postrado, humildad tanta,
 Que entenece la tierra, el cielo espanta.

Humillado está Dios, y no le deja
 La muerte, horrenda cual feroz leona:
 Repite al Padre la segunda queja,
 Y su aflicción y su demanda abona:
 La voluntad humana se aconseja
 Con su grande pavor, y la persona
 Divina rige á la razon humana;
 Que es hombre Dios, y como tal se allana

«¡Que esta cabeza (dice) poderosa,
 Donde el seso de Dios está guardado,
 Con diadema de espinas rigurosa
 Será ceñida, y yo será afrentado!
 Que estos ojos de vista generosa,
 Adonde el serafin mas alumbrado
 El rayo enciende de sus luces vivas,
 Serán oscurecidos con salivas!

»¡Que estas mejillas de perfecta y pura
 Y sacra honestidad, y á Dios unidas,
 De afrenta descortés, con mano dura,
 Y vergonzoso ardor serán teñidas!
 Que esta boca de inmensa hermosura,
 Donde todas las gracias recogidas
 Aprenden á saber, con hiel amarga
 El rigor templará de sed tan larga!

»¡Que la barba compuesta, el rostro afable
 Del sumo Sacerdote siempre santo,
 Y del Rey de los reyes venerable,
 Será mesada con desprecio tanto!
 Que esta noble garganta y cuello amable,
 Por do espira de Dios el grave canto,
 Apretado será con soga fiera!
 ¿Cuello de Dios tan vil injuria espera?

»¡Que estas firmes espaldas que sostienen
 Poblados cielos de altas majestades,
 Y orbes de eterna gloria en peso tienen,
 De azotes sufrirán viles crueldades!
 Y ¡que estas francas manos, que mantienen
 Aquellas nueve angélicas ciudades
 Con pan de vida, me serán atadas,
 Y en cruz, y entre ladrones, y enclavadas!

»¡Que este pecho de Dios, pecho florido,
 Que es de la esposa regalado lecho,
 Será con lanza y con rigor herido!
 ¿Su amor no basta á mi florido pecho?
 ¿Que este mi santo cuerpo, concebido
 De sangre virginal, será deshecho,
 Roto y arpadado, y de una cruz pendiente!
 ¿Y Dios, que me conoce, lo consiente?

»¡Que estos para los hombres piés beninos,
 Fundados sobre ilustres basas de oro,
 Los han de atravesar clavos indinos!
 Bien les guardan los hombres su decoro.
 Que de mi sangre cinco mil divinos
 Rios corrientes, líquido tesoro,
 Lle de verter en cruz! Barato vale
 Lo que tan caro al mismo Dios le sale.

»¿Mi frente es para espinas dolorosas?
 Mis ojos y mejillas para agravios?
 Mi barba para injurias afrentosas?
 Y para amarga hiel mis dulces labios?
 ¿Para azotes espaldas tan preciosas?
 ¿Y pecho que es la luz de tantos sabios,
 Para lanza cruel? Y manos tales
 Y piés para heridas tan mortales?

»Y que los hombres por quien tal padezco,
 No me han de agradecer este servicio!
 Por ellos á tan vil muerte me ofrezco,
 ¿Y usarán mal de tanto beneficio?
 ¡Ah mi buen Padre! Yo en morir merezco
 Que viva la virtud y muera el vicio
 En los hombres: á ellos, si es posible,
 Pase el premio, y á mi la muerte horrible.»

Como el juez á quien humilde clama
 El amigo fiador ejecutado.
 Que de una parte la razon le llama
 A obligarle que pague lo fiado,
 Por otra la amistad firme reclama
 Y avisa que es ajeno su pecado,
 Grave entre la justicia y la clemencia,
 Con dilacion suspende la sentencia;

Así el sumo Juez, el Padre Eterno,
 De el estrellado tribunal luciente
 En que dispone el general gobierno
 Que abraza el mundo estrecha y blandamente,
 De su buen hijo ve el dolor interno,
 Y la fianza de la culpa siente,
 Y grave con justicia y con clemencia,
 El responder suspende y la sentencia.

No responde á su Hijo, y él levanta
 El religioso cuerpo de la tierra,
 Y busca á los discípulos en tanta
 Aflicción y en tan grave y triste guerra.
 ¿Quién de Dios y del hombre no se espanta?
 Al hombre la razon y ojos le cierra
 Un largo sueño, á Dios abre los ojos
 Pagar del hombre el sueño y los enojos.

Búscalos, pero hálalos durmiendo,
 Tristes y absortos con el sueño grave:
 No los despierta ni les hace estruendo,
 Aunque en el pecho el alma no le cabe:
 Háblóles una vez reprehendiendo,
 Y otra con tierna voz de amor suave:
 Calla; que inspiraciones no admitidas
 Aun gracias desmerecen prometidas.

A su Padre se vuelve; atento espera
 Dulce consuelo de su Padre amado;
 Que al fin la condicion de Dios severa
 Se ablanda con el ruego dilatado:
 Póstrase la persona verdadera
 Que ha hecho cielos, y orbes ha criado,
 Y con semblante humilde y religioso,
 Sacrificio de si hace amoroso.

Y estando en la oración con luz interno,
 Ante los ojos de una ciencia clara,
 Aquella majestad de Dios eterna
 Con vivo resplandor se le declara:
 El Rey que cielo y tierra y mar gobierna,
 Le muestra su hermosura y limpia cara,
 Y en ellas sus grandezas no entendidas,
 Y en una perfeccion cien mil unidas.

Aquel entendimiento levantado
 Con la divina esencia ve fecundo,
 Y en él, como en su causa, retratado
 El mundo hecho, y el posible mundo.
 De su Dios Padre allí se ve engendrado,
 Verbo infinito y de saber profundo,
 Y por acción de amor inestimable
 Proceder el Espiritu inefable.

Las tres Personas mira y una esencia,
 Con solo un sér, con una bondad sola;
 La eficaz y suave providencia
 Que deste mundo rige la gran bola,
 Y la infinita soberana ciencia,
 Do la ciencia mas pura se acrisola,
 Que lo pasado alcanza y lo presente,
 Y lo que puede ser le está patente.

Allí ve la justicia vencedora,
 Y la misericordia no vencida:
 Esta, que el mundo alegremente adora,
 Y aquella, en el infierno conocida;
 Y la perfecta caridad, señora
 Del bien y el mal y de la muerte y vida,
 Y es de si misma solamente amada
 Quanto merece su bondad sagrada.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

La omnipotencia en todo poderosa
Que en hazañas difíciles entiende,
Extendiendo su mano valerosa
A cuanto el mismo sér la mano extiende;
Y aquella inmensidad maravillosa
Que infinitos espacios comprehende,
En una perfeccion indivisible,
Mira Cristo con luz inteligible.

A Dios ve al fin, y ve todo lo bueno;
Que esta todo lo bueno recogido
En aquel infinito amable seno,
Y de allí sale al mundo repartido:
Ve pues á Dios de inmensa gloria lleno,
Mas vele de los hombres ofendido.
Oh soberano Dios, que aun tu afrentas,
En tí, sin ser manchado, representas!

Las culpas mira que los hombres hacen
Contra la sacra Majestad divina,
Y cuán poco las obras satisfacen
De un hombre puro á su bondad benigna:
Pues del que está en pecado no le placen,
Que es mancha, y cunde su torpeza indina,
Y el que mas gracia tiene, nunca iguala;
Que es la culpa infinitamente mala.

¿Qué penas, qué dolor, qué desconuelo,
Qué ansia, qué congoja, qué agonía,
Ver el intelectivo primer cielo
Tan ofendido, á Cristo causaría?
En vivas llamas de abrasado celo
Su religioso corazón ardía;
Que no merece menos recompensa
De tal Hijo el amor, de Dios la ofensa.

Porque la caridad que el pecho humano
Abrasaba de Cristo era inefable:
No la puede pintar la ruda mano
Del concepto en pincel mas admirable:
Si bosquejar quisiere será en vano,
Que no es virtud al hombre imaginable;
Es caridad que todo el coro inmenso
De los que aman á Dios le paga censo:

Tan grande, que si el número espacioso
De ángeles y hombres santos se fundiese,
Y el fuego de sus mentes amoroso
En un solo crisol se recogiese,
Y unido ya en el peso riguroso
De la equidad mas recta se pusiese,
Tanto como el de Cristo no pesara;
Que es caridad perfectamente rara.

Pues como aquel famoso ilustre mudo,
Viendo que un vil soldado se atrevía
Con fierá mano y con puñal agudo,
Y al Rey su padre acometer quería,
El licito dolor sufrir no pudo,
Y el natural silencio con voz pia
Rompió, diciendo: «Tente, ¿á quién maltratas?
¿Al Rey ofendes? ¿A mi padre matas?»

Vió á su Padre ofendido el Hijo amado,
Y estaba con mortal pena suspenso;
Mas rompió del silencio el nudo atado
A la garganta con dolor intenso:
«Oh Padre, de los hombres afrentado!
(Dijo mirando aquel valor inmenso)
No agravién mas tu gloria, si es posible;
Pase de mí este cáliz tan horrible.»

Sube de Cristo la oracion al cielo;
Al Padre llega, y dale su embajada:
Cuenta del Hijo el amoroso celo.
La encarnacion, y vida trabajada:
Pide por esto al Padre algun consuelo,
Y es con Gabriel á Cristo despachada:
Un cuerpo toma el Angel aparente;
Baja al Huerto y se admira sabiamente.

Dijo; y estas gravísimas razones
Tomó en su mano la virtud suave
Que almas consagra, limpia corazones,
Y los retretes de la gloria sabe,
La Oracion, reina ilustre de oraciones,
Que del pecho de Dios tiene la llave;
Y dejando el penoso oscuro suelo,
Camina al espejado alegre cielo.

Con prestas alas, que al ligero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:
Llega al sutil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor mas abrasada,
Itompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con veloz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante;
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellissimo semblante;
Que ya mas de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la mas excelsa nube,
Al tribunal subió que agora sube.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos piés lijeros
Voltean la gran máquina estrellada;
Estaban, como espíritus guerreros,
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subía,
A su consorte cada cual decia:

«¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemani volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene:
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasion se alija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la alijida,
En igual grado bella y dolorida?»

«Es de oro su cabeza relulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbrá y enamora,
Sus mejillas abril resplandeciente;
En sus labios la misma gracia mora:
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.

«En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien piés lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura:
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura:
¿Si es por dicha oracion de algun profeta?
Si es oracion, es oracion perfeta.

«Oracion es; que los atentos ojos,
Y las tendidas arqueadas cejas,
Y lo demas que lleva por despojos,
Son desta gran virtud señales viejas:
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á solo Dios pretende dar sus quejas:
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.

«Cual humo de pebete es delicada,
De amarga mirra y de suave incienso,
Y de la especería mas preciada
De que á Belen pagó la Arabia censo :
Mirra fué de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencia, virtudes, gracias, resplandores.

«Ella dirá quién es, que ya se llega;
Mas la oracion del Verbo soberano,
Que á dura muerte su persona entrega,
Debe ser; que su talle es mas que humano.
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega,
He de besalle su divina mano :
Es la oracion de Cristo, eso sin duda;
Abrasele la puerta, el cielo acuda.»

Dijeron; y la dama generosa,
En la ciudad entró de vida eterna,
Y aquella compañía venturosa
La recibió con rostro y alma tierna :
Van con ella á la casa luminosa
Del sumo Emperador que la gobierna,
Y su lugar le dan las dignidades
Mas altas de las nobles potestades.

Pasa de los espíritus menores
El coro excelso y órden admirable,
Y sube á los arcángeles mayores
De ilustre faz, de vista venerable :
Hácenle reverencia, da favores,
Y atras deja el ejército agradable
De las virtudes, y á los potentados
Llega, en fuerzas y gloria sublimados.

Los principes supremos la reciben
Con blandos ojos, con humildes frentes,
Y los que en señorio eterno viven
Le postran sus coronas resplandentes :
Los tronos, de su gran valor conciben
Altas empresas, hechos eminentes ;
Adóranla los sabios querubines,
Y hónranla los amantes serafines.

Al tribunal llegó del Rey sagrado,
Del sumo Padre, que de inmensa lumbre
Y ardiente resplandor está cercado,
Por siempre eterna, inmemorial costumbre :
Aunque le ve de soles rodeado,
No teme que su vista le deslumbre,
Y su ardimiento valeroso abona
Saber que es oracion de igual persona.

Vidola y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benigna;
Y no es nuevo que Dios pondere tanto
Del Verbo humano la oracion divina,
Que es de oraciones un ejemplo santo
Y original de gracia peregrina :
Mas antes que la escuche la entretiene;
Que dalle aplauso general conviene.

Mandó llamar á cortes celestiales,
Y juntarse los reyes coronados
Por su gracia, y con dones desiguales
Perfectamente bienaventurados :
A la voz de sus labios inmortales
Temblaron los dos polos encontrados;
Paróse el cielo, retumbó la tierra,
Y el infierno temió segunda guerra.

Despues de aquella singular victoria
Contra Luzbel y su cuadrilla fiera,
Dicen (pero no es fama transitoria,
Sino eterna, inefable y verdadera)
Que varias sillas de distinta gloria
Á la milicia de ángeles guerrera
Y victoriosa señaló, en diverso
Lugar, el Hacedor del universo.

Llamados pues con voces resonantes
Que en todo el grande cielo se escucharon,
Los que habitan el norte y sur distantes
Al punto en el alcázar se hallaron;
Y aquellos que las plazas rutilantes
Pisan del alba roja, se aprestaron,
Y vinieron también los que el poniente
Hacen con clara luz ilustre oriente.

Los que presiden á los graves reyes,
Y blandas condiciones les inspiran ;
Los que ponen al mar y quitan leyes,
Y siempre firmes sus mudanzas miran ;
Los que gobiernan religiosas greyes,
Y dulce paz con manso aliento espiran,
Sin dejar sus oficios acudieron,
Y sin pasar por medio allí estuvieron.

«Mas ¡oh tú. Gracia eterna, sabia musa,
Que por el cristalino empireo cielo
Con vivo resplandor estás difusa
En sacras mentes de glorioso celo !
Porque es mi alma en distinguir confusa
Aun conceptos viltisimos del suelo,
Tú ilustra y purifica mis sentidos
Con tus conceptos de tu luz vestidos.

De los grandes palacios inmortales
Donde vive el Señor de los señores,
Píntame las murallas celestiales,
Las anchas puertas y altos corredores ;
Y aquellas salas con verdad racionales
En materia y en arte y en labores,
Y lo que estaba dibujado en ellas
Con rayos de oro y esplendor de estrellas.

El sumo alcázar para Dios fundado,
Sobre este mundo temporal se encumbra ;
Su muro es de diamante jaspeado,
Que sol parece y mas que sol relumbra :
Está de doce puertas rodeado,
Que con luz nueva cada cual alumbra,
Y la mas fuerte y despejada vista
No es posible que á tanto ardor resista.

Los doce tribus de Jacob valientes
Están en los umbrales sobrescritos,
Y en las basas de mármoles fuicentes
Doce maestros de cristianos ritos :
La materia es de piedras excelentes,
Y de oro coruscante los escritos :
Ninguna puerta con rigor se cierra,
Porque no hay noche ni se teme guerra.

De este rico metal, cual vidrio puro,
Es la hermosa plaza cristalina,
Y el ancho suelo, como el alto muro,
De ardiente claridad y luz divina :
Por ella un rio de cristal, seguro
De ofensa vil, con blando pié camina ;
En urna va de perlas murmurando,
Y el margen de oro liquido esmaltando.

A la ribera de este ameno rio
Está luciendo el árbol de la vida
Con grave copa y descollado brio,
Que con su olor á eterna edad convida :
Fruta da que jamas dará hastio,
Que es fruta cada mes recién nacida ;
Él es de oro y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen dellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas
Están lindos y alegres corredores,
Y galerias de marfil preciosas,
Bañadas en suaves resplandores :
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastimales vernos fatigados
En pequeños y miseros cuidados.

La sala del Artífice supremo
Que esta soberbia máquina compuso,
Es de un fino rubi de ardor eterno,
Que en cuadro y forma cóncava dispuso :
De aquí ejercita el general gobierno,
En que dulzura y eficacia puso :
Es la piedra labrada en varios modos,
Y de ciento y cuarenta y cuatro codos.

Por una y otra parte dibujadas
En ella están las inclitas historias
Del mundo antiguamente celebradas,
Por siempre dignas de felices glorias ;
Y aun se conservan hoy depositadas
En cristianas altísimas memorias,
Por su gran prez y su valor ilustre,
Que honra dieron á Dios, y al mundo lustre.

Aquí llegaban ya los cortesanos
Del Rey supremo, y cuando aquí llegaban,
Desde aquellos umbrales soberanos
La escultura magnífica miraban:
Los ojos extendían sobrehumanos,
Que todo en un momento lo alcanzaban,
Y en la gran superficie eterna vian
Esto que las figuras ofrecían.

En un jardín cuyas perpetuas flores
Son carbuncos, jacintos y esmeraldas,
Plata y matiz los pájaros cantores,
Y oro de un río las alegres faldas;
Entre varias suavisimas colores,
Blancas, verdes, azulés, rojas, gualdas,
Esta durmiendo Adán un sueño blando,
Y una costilla Dios le va sacando;

Y habiendo hecho de ella una agradable
Y hermosa mujer, se la presenta:
El la recibe, y con el rostro afable
De su beldad y gracia se contenta.
«Oh de mi carne y hueso hueso amable,
Y carne que mi espíritu alimenta,
Naciste de varon, seras llamada,
Le dice, varonesa deseada.»

El justo Abel se mira en otra parte
Muerto y en el matiz descolorido,
Que aquel primero y envidioso Marte
Le tiene a sus robustos piés tendido:
A la materia sobrepuja el arte,
Y a la verdad iguala lo esculpido;
Muerto aparece por la dura mano
De su crudo enemigo y fiero hermano.

Cerca de allí, colérico y terrible
Se muestra Dios al fratricida odioso,
Y la sangre de Abel con voz sensible
Clama contra el soberbio y aveleso:
Pintado el matador incorregible
Va huyendo con impetu furioso:
¿De qué huyes, Cain, y por qué huyes;
Que a Dios ofendes y tu bien destruyes?

Perlas y aljófar son las aguas vivas
Que representan el Diluvio extraño
Del cielo, que con lanzas vengativas
Al mundo hizo irremediable daño:
Allí se ven las ondas fugitivas
Deslizarse y bajar con dulce engaño
De la nave gentil, que burla dellas
A fuerza de oraciones, no dé estrellas.

Poco despues el Iris generoso,
De diversos colores rodeado,
Aplacándose el tiempo borrascoso,
Aparece en el cielo dibujado:
El rico sardio y el rubi precioso
Con el bello crisólito mezclado,
Son figura del arco, no pintura;
Que en eso el Iris de ellos es figura.

Formado de carbuncos refulgentes
Un fuego está de llamas encendidas;
Y el padre ilustre de las muchas gentes,
En él sacrificar quiere mil vidas,
La suya y de sus claros descendientes
En la de Isac, su hijo, prometidas:
Allí el alfanje con valor levanta,
Y aun en dibujo reluciendo, espanta.

Rayo parece que del cielo baja,
Y en los ojos de Isac relampaguea
Amenazando; pero el golpe ataja
Un angel á la fuerte mano hebrea:
Si aprestabas al jóven la mortaja,
Santo Abraham, apréstale librea;
Que ha de ser padre de inclitos varones,
Temidos de ilustrisimas naciones.

Tambien Jacob, su hijo, allí se muestra
Con dulces vinos y suaves flores,
Y la prudente madre, que le adiestra,
Manjar le da, y con él ricos favores:
Velloso hace su tratable diestra;
Pieles le viste, fríngele rigores:
La bendición de Isac con esto gana;
Que la merece el hijo que se humana.

Despues un grueso y lúcido diamante
Pinta del alba roja el blanco paso,
Y la frente un piropo rutilante
Que el oriente pusiera en el ocaso.
Con Dios lucha Jacob mas adelante,
Y el mismo Dios le dice: «Basta, paso;
Suéltame, que va viene el alba;» pero
Su santa bendición le da primero.

A Josef en el otro cuadro venden
Sus envidiosos pèrfidos hermanos,
Y con la venta desmentir entienden,
Y hacer sus verdaderos sueños vanos;
Y el edificio que arruinar pretenden
Lo fundan y levantan con sus manos:
¡Oh solo sabio Dios! Tu suma ciencia
Se burla de la humana providencia.

Poco despues con grillos rigurosos
Preso se halla en una cárcel dura,
Mas luego con pronósticos dichosos
Y adversos al rey bárbaro asegura;
Y en carro de caballos poderosos
Triunfando va con próspera ventura;
Señor se ve de las provincias bellas,
Y adorado de sol, luna y estrellas.

En un arroyo dulce y apacible
De liquido cristal y plata oncosa,
Toma el pastor y príncipe invencible
Piedras para su honda valerosa:
Parece que se escucha el son terrible
Del arma pastoril y venturosa,
Y el estallido crujidor resuena,
Con que la furia del gigante enfrena.

Entre un rojo matiz hórrida espuma
Con hinchadas vejigas se levanta,
Y ántes que en tierra y lodo se consuma,
Con asco ofende y con bulido espanta:
Luego hácia el infierno se rezuma;
Sangre es de Goliat, y sangre tanta,
Que un mar parece, y es un mar de gloria
Para David, que alcanza la victoria.

Membruda imágen de Sanson el fuerte
Hustra aquellos inclitos palacios,
Y con victorias mil en vida y muerte
Ocupa mil anchisimos espacios:
Quien la materia del dibujo advierte,
Advierte que en luz vence á los topacios,
Y en órden y valor de piedras bellas,
Al órden y valor de las estrellas.

Un templo allí se mira bien fundado,
Que se aventaja en todo al verdadero,
Sobre columnas dos edificado,
Do se arrima el indómito guerrero:
De ellas á puras fuerzas abrazado,
Hace caer el edificio entero,
Y con su muerte á sus contrarios mata,
Y aun su venganza juzga por barata.

Contra Jonas parecen levantados
Soberbios mares, turbulentas ondas,
Y rebramar los vientos conjurados
En huecas Scilas, en Caribdis hondas:
Los cielos ¡oh profeta! están airados;
Quilla no puede haber donde te escondas
De tu gran culpa; la infalible pena
Solo el vientre será de una ballena.

Allí el robusto pez con alto lomo.
Atenta y ancha boca, y seno abierto.
Lo espera, y lo recibe y guarda, como
A la alta nave el apacible puerto:
Escollo desasido, grueso plomo
No cae al hondo piélago mas cierto,
Que el Profeta en aquel vientre profundo;
Mas sale al fin, y ve la luz del mundo.

Tendido en tierra está y amortajado,
De una pobre viuda un hijo solo,
Y Eliseo con él se ve ajustado,
Con él se acomodó, y resucitó:
Una imágen del Verbo es encarnado,
Que al hombre se ajustó, y engrandeciolo:
Los ángeles aquestas y otras vian,
Y ser de Cristo emblemas conocian.

Luego, entrando en la sala venerable
Del sumo Emperador de emperadores,
La superficie vieron admirable,
Con otras mil riquisimas labores:
La encarnacion y vida memorable,
Los trabajos, las armas, los amores
Del Hombre Dios, que están allí grabados,
Y de el Eterno Padre respetados.

Las tarjas de la obra peregrina
Son de otra mas que celestial materia,
Y sospechas de cosa tan divina
Aun no se hallan en la humana feria:
¡Oh cuánto pierde el hombre que se inclina
A la de acá, vilisima miseria!
Hombre, levanta los cansados ojos;
Lidia y vence, y habrás tales despojos.

Estaba aquel gran Padre omnipotente
El sumo trono de su eterno imperio
Llenando, y con su ropa refulgente
El Artico y Antártico hemisferio,
Y á sus piés dibujada ilustremente,
En alto modo y con sutil misterio,
Por la naturaleza curiosa,
Del mundo aquesta fábrica espaciosa.

La tierra estaba informe, oscuro el aire,
Confusa el agua, asida della el faego:
Fuego y agua mezclados, tierra y aire;
Y aire y tierra en un globo, y agua y fuego:
Sin lugar fuego y agua y tierra y aire;
Y el aire y tierra en cáos, y el agua y fuego;
Fuego y agua riñendo, y aire y tierra,
Con la agua el fuego, el aire con la tierra.

Nació la luz, y con su linda cara
La distincion, la gracia, el armonia;
No fué la luz en darse al mundo avara,
Que hoy divide la noche y hace el dia:
Alegre y bella, rutilante y clara,
Al hágase de Dios aparecía;
Y apenas le mandaba que alumbrase,
Cuando salió, sin que jamas faltase.

El globo celestial y corpulento
De grandes orbes y elevadas cumbres,
Con su igual incansable movimiento,
Varias estrellas y distintas lumbres,
Sobre el fogoso rápido elemento
Dando estaba magnificas vislumbres
Del poder sumo de la excelsa mano
Que globo fabricó tan soberano.

El cielo empireo, trono rutilante,
Y palacio de Dios allí se via
Estable, hijo, claro, radiante.
Que en apacible y santa luz ardia:
De fuego puro o de un rubi flamante,
O de un piropro inmenso parecia,
Llamas lanzando, y entre las centellas
Rayos vivos, no lúcidas estrellas.

Luego estaba el primero ilustre noble,
Que con ligero paso y propio vuelo
Lleva tras si todo el concurso noble
De los planetas del sagrado cielo:
De este procede el movimiento doble,
Que aun se percibe desde el bajo suelo,
La distincion, el tiempo, las edades,
Diversos años, varias calidades.

Despues, pintado el cielo cristalino
Con aguas, mas no líquidas, bañaba
El orbe octavo, y con aspecto dino
De admiracion, su antigua faz mostraba:
El firmamento, al parecer divino,
Y las esrellas firmes volteaba,
Templanzas imprimiendo diferentes,
Mudando imperios, variando gentes.

En el octavo circulo voltario
Fijo parece el virginal trofeo,
Y á Géminis volviendo el rostro Acuario,
Hércules bravo, indómito Cefeo,
Bohote el fiero, el crudo Serpentario,
Casiopea, y Andromeda y Perseo,
De relumbrantes luces dibujados,
Y en varias influencias ocupados.

Está en el orbe séptimo, Saturno,
De chicos ojos y pequeña frente,
Rostro largo y espíritu nocturno,
Cejas vellosas y ánimo inclemente,
A quien enfada el resplandor diurno
La claridad suave y luz caliente,
Padre de venenosas pestilencias,
De almas turbias y pérdidas conciencias.

El soberano Júpiter se via
Luego en el sexto circulo admirable;
El aire ponzoñoso deshacia,
Y el viento nos prestaba saludable:
En sus ojos templado ardor tenia,
Cara ilustre y aspecto venerable;
Mostrabase en el punto del oriente,
Do le hizo el Señor omnipotente.

El membrudo, terrible, osado Marte,
Fiera estrella, planeta vengativo,
Que da victorias, y despojos parte,
Y guerras causa con furor esquivo,
Del cielo quinto en la suprema parte
Lanzando estaba en rayos fuego vivo,
Bravo, espantoso, armado, furibundo,
De fuerte pecho y ánimo iracundo.

El hermoso planeta coronado
De encendidos carboncos refulgentes,
Que raya el monte y fertiliza el prado,
Con luces de piramides ardientes,
Estaba en otro cielo retratado
Rigiendo sus caballos impacientes,
Que en un dia caminan, por su cuenta,
Siempre trescientos grados y sesenta.

La estrella de la noble Citerea,
A quien el vulgo de la gente vana,
Que el tiempo en deshonesto amor emplea,
Diosa llamó de la belleza humana,
Y con sus piés dorados se pasea
Por la tercera bola soberana:
Bella extendia sus lucientes rayos,
Como en los frescos y serenos mayos.

El maestro del arte generosa
De la ilustre y magnífica elocuencia,
Ocupaba otra esfera luminosa,
Propio lugar de esta divina ciencia:
Sobre ingenios facundos luz copiosa
De gracia, de dulzura, de afluencia,
Por labios finos de oro derramaba,
Y al necio sin su amiga luz dejaba.

La antorcha clara de la noche oscura,
Del rojo sol el cristalino espejo,
Gran presidente y noble hermosura
Del estrellado y lúcido consejo,
Su faz tritorme, su inmortal figura
Y su resplandeciente rostro viejo,
Vano mostraba en la celeste esfera
Que á nuestra flaca vista es la primera.

Tambien las cinco zonas perdurables
Que el mundo ciñen invisiblemente,
Y tres fingieron ser inhabitables
Por su frialdad y su calor ardiente
(Que ya los españoles memorables
Han declarado por ficcion patente),
De celestiales piedras ordenadas,
Estaban á los piés de Dios formadas.

Los signos sus figuras descubrian,
Y sus grados al sol firmes tomaban;
Los cuernos del Carnero humedecian,
Y los del bravo Toro calentaban:
Dos Hermanos de un vientre se mecian,
Y al campo su doblada fuerza daban;
A un lado meneábase el Cangrejo,
Y era de estrellas su inmortal pellejo.

El Leon con su greña vedijosa
Quemaba la erizada inculta tierra;
La Virgen casta de la faz hermosa
Al mundo publicaba estéril guerra;
Libra, que en su balanza rigurosa
Con equidad constante al sol encierra,
Ardiendo estaba, y el Escorpio fiero
Mordia, halagadoncos primero.

Después el enfermizo Sagitario
Nieves lanzaba con furor valiente,
Y el dios fingido, de semblante vario,
Sus cuernos levantaba al sol caliente;
Aguas llovía de su seno Acuario,
Y humedades brotaba de su frente,
Y en los dos Peces el calor mas tibio
Con vapores templaba el campo libio.

También los cuatro poderosos vientos,
En celestial materia dibujados,
Hacían encontrados movimientos
Con sus mismos resuellos encontrados:
Solano de sus claros aposentos
Soplaba al Occidente, y con hinchados
Carrillos el Gallego se ponía;
El Sur al Norte, el Norte al Sur hería.

Las aguas que debajo están del cielo,
Y antes con las de arriba se mezclaban,
Ocupando el terreno, inculto suelo,
Allí su vientre líquido ensanchaban:
Juntas después con presuroso vuelo,
En crespas y altas ondas se mostraban,
Lisonjeadas de un favonio blando,
La tierra descubriendo, el mar formando.

A su lado riberas deleitosas,
Fecundas plantas, bien nacidas flores,
Yerbas suaves, matas provechosas,
Mil frutas varias y de mil colores
Daban de sus entrañas generosas,
Cercadas de aromáticos olores,
Cual ricas herbolarias oficinas
De dulces y eficaces medicinas.

De la argentada quebradiza espuma
Aves subir se vían voladoras,
De leves alas y hermosa pluma,
Y voces delicadas y sonoras:
El pez, que no las tiene, no presume
Alzarse con escamas nadadoras
A la sutil region del aire puro,
Que ni estará en su centro ni seguro.

Así los peces entre azules ondas,
Del cielo etéreo líquidos espejos,
En bajas cuevas y cavernas hondas,
Nadaando, se mostraban desde lejos.
No llegarán allá prolijas sondas,
Aunque hacían visos y reflejos
Las escamas y conchas plateadas,
Del sol heridas y del mar lavadas.

Corre el lebre, la liebre se apresura,
El caballo relincha, el toro brama,
Pace la oveja, el perro la asegura,
La cabra juega y el cabron se inflama:
Huye el cordero y el leon lo apura,
Bala el cabrito y á su madre llama:
Todo aquesto se via dibujado
A los piés del Señor, que lo ha formado.

Hecho el hombre del polvo de la tierra,
Antes que alma tuviese, aparecía:
¿Quién dirá que este polvo ha de ser guerra
Del mismo Dios piadoso que lo cria?
Mas su pesado polvo le destierra
De la patria feliz que allí tenía:
Un jardín era de vitales plantas,
Que, animado, hollaba con sus plantas.

También los mismos ángeles que entran,
De aquella sabia mano producidos,
Y en el cielo criados, se miraban
En un bello crisólito esculpido:
Gracias á Dios con reverencia daban
Por verse de su amor favorecidos,
Y de Luzbel ganando la victoria,
Y con su gracia la divina gloria.

Asentados en sillas rutilantes,
Hechas en perfectísimas labores
De topacios, berilos y diamantes,
Envueltos en celestes resplandores,
Ceñíanlos guirnaldas coruscantes.
Como á santos y dignos triunfadores;
Pero, si bien en sillas asentados,
Estaban á los piés de Dios postrados.

Juntos en el gravísimo conclave,
Moviendo la severa y blanda vista
Que los ocultos pensamientos sabe.
Y con mirar los ánimos conquista;
Abrió su pecho con dorada llave
El Rey supremo, y su licencia vista.
La Oración puso en tierra los hinojos
Obedeciendo á los divinos ojos.

Hecha señal, se levantó llorosa,
Mirando al Padre de piedad inmensa:
Limpíose luego con su crin hermosa,
Y al sabio remedó que en algo piensa:
Grave, humilde, rendida y animosa,
En Dios devota y en su amor suspensa,
Puesta en el pecho la siniestra mano,
Habló con baja voz y estilo llano:

«Soy, Señor, de tu Hijo embajadora,
Del Verbo que nació de tus entrañas,
Del Dios que en tu divina esencia mora,
Del mismo hacedor de tus hazañas:
A tí con afligidos labios ora;
Sus voces no te deben ser extrañas;
Que son voces de Dios y de tu Hijo,
Si bien Dios Hombre las habló y las dijo.

«¿Quién á su Hijo natural no escucha,
Y Hijo de infinita gracia lleno,
Y cuando con la fiera muerte lucha,
Limpio de culpa y de pecado ajeno?
Su pena es grave y su congoja es mucha;
El alma no le cabe ya en el seno:
Ovele; que sus méritos presenta
El que de tu sér mismo se alimenta.

«En vientre puro de una Virgen santa
Tomó cuerpo mortal, carne pasible,
Y en él vivió con obediencia tanta,
Que parece á los hombres imposible.
¿A quién no maravilla, á quién no espanta,
A quién no le será incomprendible,
Temporal, el eterno; Dios, humano;
El hombre, Dios; humilde, el Soberano?

«Nació después al riguroso hielo,
En portal destechado, en pobre cama,
En pajas viles, en desnudo suelo,
Este que Padre con razon te llama:
El Rey de gloria, que sustenta el cielo,
Del pecho virgen de una tierna dama
Rayos de leche recibió suaves:
Si te agradó con ello, tú lo sabes.

«No ignoro que los ángeles cantores,
De tu casa real noble ornamento,
Celebraron con músicos loores
Su nuevo y admirable nacimiento;
Y devotos, benévolo pastores
Le ofrecieron su rústico alimento,
Danzas, bailes, sonajas, tamboriles,
Y almas simples, en juegos pastoriles.

«Bien sé que á Dios la gloria en las alturas
Los convecivos valles resonaron,
Y al hombre paces con verdad seguras
En los cóncavos montes retumbaron;
Y que tres reyes con entrañas puras
Del Niño tierno el grave pié besaron,
Postrando en tierra sus coronas de oro,
Y dándole en ofrenda su tesoro.

«Pero, Señor, sus tiernos pucheritos,
Sus niñas quejas, sus pueriles llantos,
Gracias de aljofar con razon benditos,
Y blandas perlas de sus ojos santos,
¿No son merecimientos inlinitos,
Dignos de mil y mil eternos cantos,
De suma gracia, de perpetua gloria,
Y de alcanzar sin muerte la victoria?

«Pues al octavo día señalado
(Que el tiempo á Dios, el tiempo á Dios se cuenta)
Derramó de su cuerpo delicado
Sangre de Dios, que méritos aumenta,
Sangre deste Cordero figurado,
Que no en figura, en obra se presenta,
Poderosa será, será bastante
A labrar corazones de diamante.

»Contempla, ¡oh sumo Rey! Mas ¿qué te digo?
Lo pasado a tu ciencia está presente;
Ella es de todo universal testigo,
Cual suprema, infalible eternamente,
Y yo postrada en tierra la bendigo;
Pero yo hablo como el alma siente:
Considera al gigante, valeroso
Niño, vertiendo su licor precioso.

»¿Habrá pechos de piedra que no rompa?
¿Cuellos habrá de bronce que no rinda?
Si mi voz fuera tu sagrada trompa,
Cantara esta niñez preciosa y linda:
Tu majestad altísima interrompa,
Y con su distinción sutil prescinda;
El ser tu Hijo sangre de Dios basta:
¿A la muerte tal sangre no contrasta?

»Si se le dió ilustrísimo apellido,
Si de Jesús el grave y dulce nombre,
Con esta primer sangre ¿no ha cumplido
De Salvador el inclito renombre?
Con una gota sola ha merecido
Salvar al mundo, redimir al hombre;
Que sangre mas hidalga en sér y esencia
No la puede hacer tu omnipotencia.

»Pues presentado en tu divino templo,
Nos dió de su pobreza venerable
Un singular y nunca visto ejemplo,
Y otro la Virgen de humildad notable.
Si esta pobreza y humildad contemplo,
Me arrebató en un éxtasi admirable:
Que con tórtolas Dios se sacrifique,
Y el vientre virginal se purifique!

»Si pretendes, oh Rey, que se te ofrezca
Hostia infinita, que infinita paga
Por su infinita perfección merezca,
¿Para qué esperas que la Cruz se haga?
Ya puede ser que el sacrificio crezca
En su valor por una y otra llaga;
Mas crecerá, Señor, en accidente;
Que no puede crecer esencialmente.

»No se me esconde que el Profeta anciano
De gracias rico, rico de favores,
Llegó a su seno, recibió en su mano
Al Niño con magníficos loores,
Y que anunció con pecho soberano
Sus trabajos, sus penas, sus dolores
A su Madre bendita: ya los pasa,
Y sin peso, sin límite y sin tasa.

»Pero, ¿qué digo? ¡ay Dios! Apenas supo
Mencar los bracitos amorosos,
Cuando en la tierra de Belén no cupo,
Cercado de cuchillos ambiciosos:
Si largo espacio en referirte ocupó
Su vida y sus trabajos rigurosos,
Perdóname; que casi eternos fuéron,
Pues que desde la cuna le siguieron.

»Desterrado salió de aquel pesebre,
¡Oh Dios, aun de pesebre desterrado!
¿A quién habrá que el corazón no quiebre
Veros en el confuso Egipto echado?
¿Hay entre los gentiles quien celebre
Pecho tan dulce, amor tan abrasado,
Que por dejar vuestro Evangelio escrito,
Huir quisistes al confuso Egipto?

»Allí estuvo con bárbaras naciones
Su perseguida Madre conversando;
Mansa oveja con ásperos leones
Sin ofensa y rigor se vió tratando:
¡Oh fieros ambiciosos corazones!
La paloma veloz, de arrullo blando,
Huyó de vuestra furia no vencida,
Y halló entre gavilanes acogida.

»Volvió por despoblados arenales
Después a la dejada humilde tierra:
Puso en ella las plantas celestiales;
Hizo en ella a Luzbel oculta guerra:
Con Josef, entre pobres oficiales,
(¡Oh cuánto la soberbia humana yerra!)
Dios trabajó, sudó, fué carpintero:
Tanta humildad bendiga el cielo entero.

»Ay, qué de veces en la edad pequeña
Una pequeña y fácil cruz formastes,
Y cual liviano y dulce haz de leña
En esos tiernos hombros la llevastes!
El que así niño su palabra empeña,
¿Cuales serán, mas hombre, sus contrastes,
Cuales sus penas, cuales sus dolores,
Ensayado en tan ásperos rigores!

»No pasó de su vida los momentos;
Que es en todo su vida memorable:
Sé que entre sabios, sabios mil intentos
Disputó con prudencia incomparable,
Y se mostró en sutiles argumentos,
Y en profundas respuestas admirable;
Y que perdido, fué despues hallado,
Cual si perderse fuera ser ganado.

»Mas luego conservó silencio santo
Hasta los años de su edad perfecta;
¡Que la palabra eterna calle tonto
Al alma unida del mayor Profeta!
Enmudeció a Luzbel con nuevo espanto,
Que le asombró y agora le inquieta:
En hablar y en callar ha merecido
Ser de tu sacra majestad oído.

»No dejaré de referir, suspensa
Y arrebatada en un profundo abismo
De admiración, que la persona inmensa
Del Verbo recibió de Juan bautismo:
Si tu divina voluntad dispensa
Siempre con la humildad, el acto mismo
De la humildad mayor ha ejercitado;
Con él dispensa el ser de ti escuchado.

»Entre los publicanos pecadores,
Cual si lo fuera, bautizarse quiso:
Vieronse allí tus inclitos favores,
El Jordan convirtiendo en paraíso.
Tu voz, entre divinos resplandores,
Que le hicieron rutilante friso,
Sonó, y la singular Paloma eterna
Se vió que cielo y tierra y mar gobierna.

»Allí las aguas del Jordan sagradas
El toque de su cuerpo más que humano
Dejó con su inocencia preparadas
Para el sacro bautismo del cristiano;
Y me atrevo a decir que están lavadas
Con este lavatorio soberano,
Desde que quiso bautizarse en ellas
El purificador de las estrellas.

»Mas ¿quién olvidará de sus ayunos
Las noches largas, los prolifos días?
Túvovos con rigores importunos,
Y al cabo con Satan graves porfias:
No son tiempos aquestos oportunos,
Ni suficientes son las fuerzas mías,
Para significar de su abstinencia
La menor parte, en lumbres de elocuencia;

»Que el rostro, a quien el alba mas lucente
Miró ya colorada y vergonzosa,
Vencida su beldad resplandeciente
De aquel limpio cristal y fresca rosa,
Amarilla mostró su blanca frente,
Y perdido el color su tez hermosa;
Que el dilatado ayuno pudo tanto
En aquel bello rostro y cuerpo santo.

»¡Oh cuántas veces el desierto amigo
Con reverencia, con pavor, con miedo,
De su larga oración fiel testigo,
Vió la verdad que yo explicar no puedo!
Sin techo, sin amparo, sin abrigo,
El yermo lo acogió, gozoso y ledo
De tener en su bosque a Dios orando,
Y ser quisiera lecho alegre y blando.

»Despues abrió de dos corales finos
Y de mil gracias los rosados labios,
Y descubrió tesoros peregrinos
De ilustres ciencias, de conceptos sabios:
Los Cicerones de alabanza dinos,
Demóstenes, Antonios, Julios, Fabios,
Y la misma razon enmudeciera,
Si su doctrina celestial oyera.

»Y luego en su divino magisterio
Discipulos juntó, movió ciudades,
Hinchó de luz el Artico hemisferio,
Ciego con sus hipócritas deidades:
De tu perfecta ley el sumo imperio,
Fundado á fuerza de inclitas verdades,
En la tierra extendió gloriosamente
De un pueblo en otro, de una en otra gente.

»¿Qué no sufrió de rigurosos males!
Qué no pasó de agravios insufribles!
Ya con falsas calumnias infernales
Sus milagros fingieron imposibles;
Ya con armas y fuerzas desiguales
Opugnaron sus hechos invencibles;
Ya su nombre amoroso era temido,
Y él por samaritano aborrecido.

»Ya como á hechicero le miraban,
Ya por endemoniado le tenían,
Ya como á publicano le trataban,
Ya por blasfemo y vil le perseguían;
Ya en las tabernas motes le cantaban,
Ya en las calles injurias le decían;
¿Saldrán al fin, saldrán con sus deseos,
Contra tu Hijo Dios los fariseos?

»¿Al Justo prenderán los pecadores,
Y los culpados matarán al Santo?
¿Y en dura cruz y en ásperos dolores
Pondrán á Dios? ¿A Dios? ¡horrendo espanto!
¿Entre infames y viles malhechores,
Al que cubre la tierra con su manto
Celestial y divino, el pueblo duro
Alegremente mirará desnudo?

»¡Ay! ¿Desnudo estará tu Hijo amado,
Que de estrellas el grande firmamento
Viste, y de flores el hermoso prado,
Y de luz el diáfano elemento?
¿Y qué! ¿Tus ojos han de ver colgado,
Lleno de injurias, pobre de ornamento,
De un palo á Cristo? ¿A Dios entre ladrones?
¿Qué fin llevan tan graves intenciones?

»¡Oh, basta, Padre Eterno! Si es posible,
A tu Hijo amantísimo perdona,
Que de tu misma lumbre inaccesible
Por natural herencia se corona:
Con él dispensa en muerte tan horrible,
Pues la suya es igual á tu persona:
De los hombres remite los pecados,
Y los premios les da por él ganados.

»Si quieres que se guarde la justicia,
La justicia se guarda rigurosa,
Pues paga el mismo Dios por la malicia
Del hombre, y Dios con vida trabajosa:
Si Adán tuvo fantástica codicia
De pretender tu cátedra gloriosa,
Por lo que Adán soberbio entonces hizo,
Hoy tu Hijo humillado satisfizo.

»Y si quieres mostrar suma clemencia
Al hombre castigado justamente,
De tu misericordia la eminencia
En el perdón que pido está patente;
Y si es primera y última excelencia
De esta grande virtud alzar la frente
Bella entre las virtudes de tu pecho,
Muéstrala en tan ilustre y noble hecho:

»Que tu Hijo de madre ya engendrado,
Y en un pesebre por tu amor nacido,
Y como pecador circuncidado,
Y con pobres palomas redimido,
Y á Egipto por justicia desterrado,
Y humilde y abstinentemente perseguido,
Pide á ti, dulce Padre, que remitas
De su muerte las penas infinitas.»

Dijo; y postrado el húmido semblante,
De polvo y sangre y de sudor cubierto,
Al sacro pié del trono rutilante,
El despacho esperó seguro y cierto;
Mas con pecho fiel y alma constante
Imitando al que oraba desde el Huerto,
Sujeta al blando y eficaz gobierno
Del sumo Emperador, del Padre Eterno.

Tal fingen que la hermosa Policena,
Viendo la griega espada vengativa,
Con rostro venerable y faz serena
A compasión movió la gente argiva;
Mas no fué tanta la piadosa pena,
Que, prosiguiendo la tormenta esquivada,
Para amansalla con tan grave medio,
Su muerte no tomasen por remedio.

Mirando pues de la Oración divina,
Aquellos mas que ilustres cortesanos,
Postrada la belleza peregrina,
Y llorosos los ojos soberanos,
A piedad justa cada cual se inclina,
Y cogiendo incensarios en las manos,
Ofrecen de aromáticos olores
Pardas nubes y blancos resplandores.

Pero el gran Padre de bondad inmensa,
A quien aplice de su Hijo caro
El santo amor, la caridad intensa,
Y el sacrificio de su muerte raro,
Un rato á la Oración tuvo suspensa,
Y al fin, con blanda vista y rostro claro,
La levantó por señas, y le dijo
Estas graves palabras de su Hijo:

«De Redentor á la suprema gloria
Mi dulce Hijo fué predestinado;
Por medio señalé de su victoria
Ser muerto en cruz y en ella deshonrado:
Mi voluntad no es de alma transitoria,
Que muda el parecer una vez dado;
Cuando lo decreté tuve presente
El dolor que mi Hijo agora siente.

»Bien sé que es árbol de raiz amarga
La cruz, pero de frutos saludables:
Carga es de culpas, y terrible carga;
Pero será de glorias admirables:
Si no se niega el premio que se alarga,
Premios daré á mi Hijo inestimables
Por la muerte de cruz, y eterna vida
Al que amare la cruz aborrecida.

»Muera; que por su muerte y cruz preciosa
A estas nobles sillas des pobladas,
Con alas de mi gracia valerosa
Almas han de subir crucificadas:
Derrame pues su sangre generosa;
Que en ella estolas mil serán lavadas,
Que con vivo esplendor y eterno lustre
Han de lucir en esta casa ilustre.»

Dijo; y como á la candida mañana,
Entre pintadas y olorosas flores,
Con lengua placentera y voz ufana
Hacen aplauso pájaros cantores;
Como el céfiro blando y luz temprana
Saludan amorosos ruiseñores
Al rumor manso de agua cristalina,
Que con aljofarado pié camina;

Las palabras de aquella eterna boca
Los principes oyeron inmortales,
Y como á todos la respuesta toca,
Todos le cantan himnos celestiales:
La Oración á entonarlos les provoca,
Rendida á los decretos siempre iguales,
Diciendo: «Santo el Padre, el Hijo Santo,
Santo el Amor que al hombre estima tanto.»

»Bendiganle sus obras memorables,
Los grandes orbes y ángeles dichosos,
Y las etéreas aguas admirables
Que están sobre los cielos espaciosos:
Los dos ojos del mundo perdurables,
Las estrellas de rayos luminosos,
Y los siete planetas le bendigan,
Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

»El fuego bravo, el riguroso estío,
El aire puro, el desgarrado viento,
La nieve empedernida, el crudo frío,
La luz bella, el diáfano elemento,
El seco ardor, el húmido rocío,
La pacífica tierra, el mar violento,
Los días y las noches le bendigan,
Y siempre Santo, Santo, Santo digan.

«Los peñascos y montes empinados,
Y los campos y vegas extendidas,
Y los bosques y valles dilatados,
Y las yerbas y plantas bien nacidas,
Las fuentes y arroyuelos argentados,
Y las aves y fieras atrevidas,
Y los hombres le digan Santo, Santo,
Santo, en devoto y dulce y grave canto.»

Esta voz pura de alabanza doble
Retumbó en el sagrado emporio cielo,
Y el sumo Rey del otro mundo, inmóvil
Quiso dar á su Hijo algun consuelo;
Y á un sabio nuncio de linaje noble,
De los que con humilde y casto celo
De Luzbel alcanzaron la victoria.
Llama, y así le informa la memoria:

«Vé, Gabriel, á mi Hijo, y con razones
Vivas á la batalla le conforta:
Declarale mis graves intenciones,
Y á segullas con ánimo le exhorta.
Y tú, espejo de santas oraciones,
Vete; que tu despacho al mundo importa.»
Dijo; y de sus conceptos un abismo
Y un mar de gloria le mostró en sí mismo.

La sagrada cabeza y alma pia
Inclinó la Oracion devotamente,
Y aquella soberana compañía
Le hizo aplauso con humilde frente.
El sabio mensajero la seguía,
Y á entrambos el ejército luciente
Del serafico reino acompañaba,
Y con ilustre pompa veneraba.

Yendo por la ribera deleitosa
Do está plantado el árbol de la vida,
A la Oracion con gracia religiosa
Hizo una reverencia comedida:
Tambien con murmurante lengua ondulosa
El arroyo de plata derretida
Música le entonó de voz suave:
Que cual rio de gloria cantar sabe.

Los muros sus coronas almenadas
Rindieron á los dos legados bellos,
Y humillaron las puertas encumbradas
A su presencia los empiresos cuellos:
Abriéronse, de inmensa luz tocadas,
Y oscurcidas con la lumbre de ellos,
Y despedidos con amor, dejaron
El cielo, y á la tierra caminaron.

Mas Gabriel del aire refulgente
De la region mas pura un cuerpo hace,
Y círculo de luz resplandeciente,
Que las tinieblas y el horror deshace:
Cuerpo humano de un jóven excelente,
Gallardo y lindo que á la vista aplice;
Mas bañada su angélica belleza
En una grave y señorial tristeza.

Lleva el rojo cabello ensortijado
Del oro fino que el oriente cria,
Y en mil hermosas vueltas encrespado,
Que cada cual relámpagos envía:
De un pedazo del iris coronado,
Del iris, que con fresco humor rocía
El verde valle y la florida cumbre,
Cuando entre nieblas da templada lumbre.

La vergonzosa grana resplandece
En las mejillas de su rostro amable;
Y aljófar de turbada luz parece
El sudor de su frente venerable:
Aspecto de un legado triste ofrece,
Que hace su hermosura mas notable,
Cual invernizo sol en parda nube
Opuesta al tiempo, que al oriente sube.

Prestas alas de plumas aparentes,
De color vario y elegante forma,
Y de vistosas piedras relucientes
Puestas á trechos, en sus hombros forma.
Con la grave embajada convenientes
Ojos, y traje y parecer conforma:
Es morado el vestido rozagante,
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso bárbara saeta
Arrojada con impetu valiente;
Cual apacible, cándida cometa,
Que el aire rasga imperceptiblemente,
Cual sabio entendimiento que decreta,
Lo que á su vista clara está evidente;
Así, pero no así, con mayor vuelo
Baja el sagrado embajador del cielo.

Ala no mueve, pluma no menea,
Y las espaldas de las nubes hiende;
Seguille el viento volador desea,
Y en vano el imposible curso emprende:
Déjale de seguir, la vista emplea,
Y á celebrar su lijereza atiende;
Y acierta en conceder justa alabanza
A quien con fuerzas y valor no alcanza.

Cala de arriba el mensajero santo,
Y llega al verde y religioso monte
Adonde esta el Cordero sacrosanto,
Y sordo y mudo mira al horizonte:
Paró su luz con imposible espanto
Mas tarde el rubio padre de Faetoné
A la oracion del capitan hebreo,
Que á la de Cristo el celestial coreo.

El aire ve de pavorosa niebla
Y de sombra confusa rodeado;
Opaca, triste y horrida tiniebla
Lo tiene de ancha oscuridad cercado:
De asombro y miedo, y de terror se puebla
El Huerto, ya de espinas coronado:
Detiéndose Gabriel, y atento escucha
Y mira á Dios, que con la muerte lucha.

Del cielo puro el cristalino aspejo,
Del espantado arroyo el lento paso,
Del aire mudo el proceder secreto,
Y del manso favonio el soplo escaso,
De aves y fieras el callar discreto,
Y de ver triste á Dios el grave caso,
Como caso tan grave comprehende,
Las plumas y la lengua le suspende.

Apénas hubo por su bien nacido
El Angel, cuando en su tercer instante
Glorioso la divina esencia vido
Con luz que siempre le será constante;
Pues el que á Dios sin velo ha conocido,
Y en él, como en clarísimo diamante
Y espejo vivo, su valor inmenso,
¿No quedará de verle tal suspenso?

Ve al Rey de reyes, Dios omnipotente,
Que en sí mismo los orbes ha fundado,
Y á la suprema intelectiva gente,
Hollando estrellas santas, ha criado:
Vélo aquí por el hombre inobediente
Sobre la tierra con dolor postrado,
Y como quien es Dios y el hombre sabe,
En el cuerpo fingido apénas cabe.

Ve á Dios, á Dios, de quien se maravillan
Los coros de las nueve dignidades,
Y á quien sus cuellos con razon humillan
Las soberbias, terrestres majestades:
Y á cuya voz temblando se arrodillan
Del infierno las fieras potestades:
A Dios postrado ve: ¿qué no hiciera
Quien conoce á Dios bien, si así le viera?

Si no se admira el hombre miserable,
Es que no alcanza su mortal rudeza
La union de los extremos admirable
Que el Angel ve con viva sutileza:
Union del mismo Dios inestimable
Con la tierra y el polvo y la bajaça.
De conocer á Dios y al polvo pende,
Y así, quien no se admira no la entiende.

Levanta, hombre, la vista; al cielo mira,
Y mira esa estrellada pesadumbre;
Y si tan grande fábrica te admira,
El Hacedor te admire de su lumbre:
Vuelve á la tierra, mirala y suspira,
Y suspirando, alcanza una vistumbre
De quien es Dios y tierra, y verás luego
Que el Angel mira bien, y tú estás ciego.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Prueba Gamaliel profundamente
Que Cristo es el Mesias prometido,
En el consejo de la inicua gente.
En que le vende Judas atrevido:
Gabriel conforta al Hombre omnipotente,
Y él, de su amada escuela despedido,
Recibe del traidor el falso beso;
Vence con una voz, y al fin es preso.

Antes desto los príncipes hebreos,
De su antiguo furor estimulados,
Y los mas pertinaces fariseos
Y escribas, de su envidia provocados,
Con los falsos herejes saduceos
Fuéron á su concilio congregados
Para tratar la muerte prevenida
Del que ora y suda sangre por su vida.

Caifas, sumo pontífice, los llama,
Soberbio, altivo, hinchado y ambicioso;
Que quiere oscurecer la ilustre fama
Del Rey de reyes, santo y poderoso:
Maldice á Cristo, su virtud infama,
De su doctrina y obras envidioso;
Mas ¿qué no hará un pecho donde lidia
Ambicion fiera y desalmada envidia?

En alta silla con pomposa muestra
De larga ropa y seda rutilante
Se ve sentado, y á su mano diestra
Anas, su suegro, al yerno semejante;
Y aunque mas venerable, á la siniestra
Gamaliel está, varon constante,
Y luego en orden y lugar se siguen
Muchos que el nombre de Jesus persiguen.

Solos dos senadores excelentes
De antiguas casas, de inclitos blasones,
El uno espejo de ánimos prudentes,
Y el otro luz de sabios corazonés,
Entre los consultores insolentes
Firmes conservan puras intenciones:
Josef ilustre, y Nicodémus doto,
De Cristo amigo aquel, y este devoto.

Estando así el injusto y mal prelado,
Los turbios ojos con dolor meneá,
Muérdese el labio, y por el gran senado
Con el rostro y el alma se pasea:
Ya se finge el hipócrita elevado,
Ya que el cielo en espíritu rodea,
Ya que el honor de Dios le martiriza,
Ya que futuros daños profetiza.

«Sabios (les dice) que la ley perfeta
De Moises penetrais con luz divina,
Y el mas profundo y mas sutil profeta
Con alma veis de magisterio dina,
Y sois doctores de la fe secreta
Que á la clara vision nos encamina;
Aqui nos hemos en consejo unido
A un caso muchas veces referido.

«A Jesus conocéis, que, revolviendo
La tierra en bandos y opiniones varias,
Ha hecho y hace peligroso estruendo,
Bastante á provocar fuerzas contrarias:
Rey se titula, y como á rey sirviendo
Le van las gentes con humildes parias,
Y si no lo impedimos, su persona
Será adorada y le pondrán corona.

«Sus milagros, ¿qué digo? Sus portentos
Tienen al vulgo en partes dividido,
Y siendo á la verdad encantamientos,
Cual probanzas de fe los han creído:
Palmas le ofrecen, póstranle ornamentos,
Danle honor de Mesias prometido:
Hijo de Dios le llaman: ¿qué esperamos?
Que todos nos perdemos si tardamos.

«Infámanos en públicos sermones,
De hipócritas, de falsos, de ambiciosos;
Destruye las antiguas opiniones
De nuestros patriarcas religiosos;
Siguenle atropellados escuadrones
De chicos, grandes, simples y curiosos;
El sube en gloria, en deshonra caemos
Nosotros; pues caídos, ¿qué haremos?

«Miráremosle, tristes, coronado
De verde lauro su feliz cabeza,
Y en palmas de la gente levantado,
De esa vil gente que á adorarle empieza?
¿Y verémos en hombros ensalzado
Al que furiosos tiros endereza
Contra la fama y honra inestimable
Desto sabio consejo venerable?

«Mas veámosle así; pase adelante
Su mala pretension no resistida:
¿Sufrirále el ejército pujante
De Roma, en daño nuestro apercibida?
Fiero, esquivo, soberbio y arrogante,
 Toda su fuerza en un tropel unida,
Vendrá su capitán á darnos guerra
Y á quitarnos las armas y la tierra.

«Arrasará los empinados muros,
Batirá los castillos eminentes,
Las altas puertas y cerrojos duros
Con artificios romperá valientes:
Males parecerán estos futuros,
Mas no lo son; que males son presentes,
Presentes, claros, infalibles, ciertos,
Y tanto, que nos juzgo ya por muertos.

«Si somos padres de la patria justos,
Que serlo todos con razon debemos,
Temores del errado pueblo injustos
Por su amor y su bien atropelamos;
Y atropellemos los fingidos gustos
De la falsa quietud que apetece,
Por librar á ese vulgo no entendido,
Desto rey, que lo tiene pervertido.

«Prendamos á Jesus, démosle muerte;
Que un hombre importa que por todos muera:
Muera en infame cruz, en baja suerte;
Que muerte tal á un hombre tal espera:
Del cautiverio lastimoso y fuerte
En que el pueblo mezquino persevera
Saldrá. » Feneció aquí el hablar prolijo,
Mas no entendió lo que hablando dijo.

Pidió despues á cada cual su voto
Y sobre el caso atroz libre consejo,
Y con aspecto al parecer devoto
En el cielo fijó su rostro viejo;
Y luego, como el bravo y fiero moto
Mira al campo con negro sobrecejo,
Y tempestades sopla cuando mira,
Así él tiende los ojos y suspira.

Anas al punto, Anas, que deseoso
De hablar y escupir ponzoña estaba,
Comenzó con espíritu furioso
Enemiga oracion, plática brava:
«¿Es posible que el cielo generoso,
Que ántes por gran favor nos anunciaba
Un Mesias en armas señalado,
Y á un Cristo carpintero nos ha dado?

«Si la Escritura Santa profetiza
Un capitán gallardo, un rey valiente;
Si su dichoso imperio solemniza,
Robusto en fuerzas, respetado en gente;
Si sus altas victorias canoniza
Con fama excelsa y voz permaneciente,
¿Cómo será el Mesias prometido
Un hombre nunca armado ni temido?

«David en dulce canto le apercibe
A que se ciña cortadora espada,
Y un brazo en él fortísimo concibe,
Un valor grande y una diestra osada;
Con saetas le avisa que derribe
La gente en varias tropas conjurada:
¿Adónde está la espada, el brazo y diestra,
Saetas y valor que este rey muestra?

»Píntale en otro salmo tan terrible,
Que al cielo asombra y á la tierra espanta,
Y en furia bravo, en fuerzas invencible,
Dobla cervices y ánimos quebranta;
El fuego abrasador, la llama horrible
Le hace escolta y su escuadrón le planta;
Grandes abrasa, reyes atropella:
Pues aqueste Jesús, ¿qué reyes huella?

»Mas ¿qué digo? El profeta cortesano
Le dibuja en batalla rigurosa
Entre despojos de la muerte ufano,
Y alegre en un raudal de sangre ondosa:
Bañado rostro, cuello, pecho y mano,
Tinta la vestidura generosa
De Edon viniendo, y con estola rica:
¿Quién de Jesús tanto valor publico?

»Ya sus felices inclitas victorias
Dibuja con metáforas sagradas;
Ya eternas hace sus debidas glorias
Con nuevo estilo y frases nunca usadas;
Ya insignias, ya trofeos, ya memorias,
Ya empresas por el mundo celebradas,
De Cristo, en voz suave, profetiza:
Ved si á Jesús por Cristo solemniza.

»Siempre que Dios con apacibles ojos
El pueblo mira de su amada gente,
Fábula hecho y miseros despojos
Y presa de algún bárbaro insolente,
Y en risa volver quiere sus enojos,
Y el vengativo rostro en blanda frente,
Por defensa nos da grandes varones,
Que asombró ilustre son de altas naciones.

»Estaba en lamentable cautiverio
Sujeto al yugo vil del duro Egipto,
Y del injusto rey al duro imperio
De nuestra gente un número infinito:
Salió de aquel infame vituperio,
Pasó el desierto y áspero distrito,
Entró en la dulce prometida tierra;
Pero ¿qué capitán llevó en la guerra?

»Un bravo Josué, que al sol, armado
De ardientes rayos y fogoso escudo,
Y en carro de invencible luz sentado,
A fuerza de armas detenerlo pudo;
Y al pueblo de gigantes coronado
Dejó de asombro y miedo, sordo y mudo,
Y heló más que encendidos corazones
De innumerables fieros escuadrones.

»Pues contra los altivos filisteos
Nos dió un Sansón de espíritu admirable,
Excelso muro de ánimos hebreos
Y terror de enemigos espantable:
¡Oh fuerte honor de santos nazareos,
Al mundo eternamente memorable!
El nombre claro de inmortal Mesías,
Si no te hubieras muerto, merecías.

»Robusto pecho, corazón ardiente,
Membrudo cuerpo y alma belicosa
Ha de tener el príncipe excelente,
Cristo digno de fama y silla honrosa;
Cual tú, gran capitán, Sansón valiente,
Fuerza del mismo cielo prodigiosa,
Y espanto de la bárbara potencia;
No blanda voz de hipócrita elocuencia.

»Pues cuando aquel Antiocho superbo
Hizo de sangre noble un mar turbado
Esta ciudad, con ánimo protervo
De violar nuestro templo consagrado,
¿Quién su ruina triste y daño acerbo
Impidió con espíritu esforzado?
Quién nos libró de tan horrendos males?
Los Macabeos, á Sansón iguales.

»Estos, en la ciudad nunca vencidos,
Y siempre en el desierto vencedores,
Pocos, de muchos bárbaros temidos,
Fuéron de almas y cuerpos redentores:
Truenos de la verdad esclarecidos,
Rayos de la justicia voladores,
Y del brazo de Dios vigor robusto,
Que mantuvo en su ley al pueblo justo.

»Agora oprimos del romano imperio,
Rendido el cuello con dolor vivimos,
Y en largo miserable cautiverio
A su tirana voluntad servimos:
El que deste afrentoso vituperio
Que, forzados al yugo, recibimos,
Nos ha de redimir, será el Mesías;
Pero ¿qué tal, según las profecias?

»Un nuevo Josué, que al sol romano
A fuerza de armas y virtud detenga;
Un Sansón, que al ejército profano
Batalla en campo con valor mantenga;
Un Júdas, en hazañas soberano,
Que firme el peso de la fe sostenga
En fuertes hombros, cual divino Atlante;
Que solo un Cristo tal es importante.

»Pues concluyendo mi sentencia libre
De enemiga pasión y amor celoso,
Si conviene que agudas lanzas vibre
El Rey ungido, en armas poderoso,
Hasta que vuelva osado el grande Tíbre
En mar de humana sangre caudaloso,
Con daño de su ejército temido,
Jesús no puede ser el Rey ungido.

»Que es pacífico, humilde, manso, afable,
De armas desnudo, de riquezas pobre,
Y un varón ha de ser inexpugnable
Quien nuestra libertad perdida cobre;
Fiero, bravo, espantoso y formidable,
Ceñido de robusto y verde roble,
Y que sangre derrame y sangre beba,
Para dar de su imperio ilustre prueba.

»No es el Mesías, no; no es el Mesías:
No es Cristo, no; no es Cristo verdadero:
Gentes engaña, por su mal baldías,
Con dulce arenga el bajo carpintero;
Y si son fuertes las razones mías,
Preso, azotado y puesto en un madero,
Como blasfemo, debe ser el hombre
Que usurpa el reino á Cristo, á Dios el nombre.

Dijo; y el sumo sacerdote lleno
De aplauso y de favor la boca y frente,
De gracia el rostro, el alma de veneno,
Y el pecho atroz de espíritu inclemente,
Dulces palabras del amargo seno
Sacó, aprobando en plática insolente
La oración de su suegro mal fundada,
Y el voto confirmó y sentencia dada.

Pero siguióse en el lugar segundo
Gamaliel, maestro venerable,
Grande en linaje, y en saber profundo,
Y en virtud á los sabios admirable,
Conocido por letras en el mundo,
Y con razón por ellas estimable;
Y comenzó á hablar osadamente
Con grave estilo y ánimo prudente.

«Toda la pena que Jesús merece,
Dijo, si la merece, ha procedido
De que el mundo por Cristo le engrandece,
Y él se predica por el Rey ungido:
Luego si es Rey, si Cristo, mal padece
La opinión de blasfemo que ha tenido,
Y será injusto dalle por sentencia
De muerte infame cruda penitencia.

»Si es el Mesías, debe ser honrado
Con faz humilde y corazón piadoso;
No por blasfemo hereje maltratado
Con dura ofensa y término afrentoso;
Pues hasta aquí no está determinado,
Aun agora en razón está dudoso
Si es el Mesías Rey, si es el Rey Cristo:
Que pruebas mil en su favor se han visto.

»Y ántes que darlas con razón pretenda,
Supongo por seguro fundamento
Que Cristo no ha de ser hombre que atienda
A militar y belicoso intento:
Su guerra, justa y celestial contienda,
Noble orgullo y magnífico ardimiento
Contra el mundo será, contra el pecado
Y el infierno, en su ofensa conjurado.

» Que si Cristo ha de ser hombre divino
Y Dios humano, y hombre y Dios perfecto,
Supremo en ciencia, en vida peregrino,
Y al mismo Eterno Padre igual conceto ;
Terreno aplauso no es aplauso dino
De tan subido y singular sugeto,
Ni merecen batallas temporales
Capitan de victorias inmortales.

» Es vil materia la riqueza humana,
Pequeño bien la fama transitoria,
Reino infeliz la dignidad mundana,
De poco vaso la mortal memoria ;
Y cuanto abraza la ambicion profana,
Es pobre de valor, falto de gloria,
Para la calidad mas excelente
Del gran Mesias, Rey omnipotente.

» Y esa que el vulgo llama fortaleza,
Ya muchos pecadores la gozaron,
Y de su excelsa cumbre y suma alteza
Presto al infierno con dolor bajaron :
Los Alejandro llenos de fiera,
Y los Ciro, que el mundo sujetaron,
Ambos fuéron á culpas mil rendidos,
Y por malos, de Dios aborrecidos.

» Pues lo que á pecadores miserables
Tantas veces da Dios liberalmente,
Y á gentiles en vida abominables
Les permite con ánimo paciente,
Ha vendido en promesas inefabes
A su pueblo feliz y amada gente :
Bienes que con la muerte se consumen,
¿ Tantos profetas anunciar presumen ?

» No, padres, no ; no, sacerdotes sabios ;
No, escribas doctos en la Ley sagrada :
Nunca pronuncien tal discretos labios,
Ni lengua á la verdad acostumbrada ;
Que esos al Rey ungido son agravios,
Y ofensa á la Escritura en Dios fundada ;
Y en balde han celebrado al gran Mesias
Tantos mil años ha las profecias.

» Riquezas ha de dar, pero inmortales ;
Despojos ganará, pero al infierno ;
Bienes tendrá, mas bienes celestiales ;
Y grande imperio, mas imperio eterno :
Hará á los siete vicios capitales
Guerra invisible en su feliz gobierno,
Y justos premios de divina gloria
Prometerá en el fin de la victoria.

» Redentor ha de ser de pecadores,
Y Salvador ilustre de pecados ;
Que para tan magníficos favores
Los tesoros de Dios están guardados :
Por aqui los intérpretes mejores
En la Escritura Santa ejercitados,
Las guerras metafóricas explican
Que los grandes profetas del predicán.

» Pues contra el vicio esgrimirá desnuda
Su fuerte espada y su veloz saeta ;
Al vicio enristrará su lanza aguda,
Y su herida en él hará secreta
El riguroso fuego y llama cruda
De fuego celestial, llama perfecta ;
Y amor será que abraza corazones,
Las culpas vena, y rinda las pasiones.

» Así Daniel, en apellido ilustre,
El Santo le llamó por excelencia,
El Santo, que dará divino lustre
Al mundo, de justicia y de clemencia ;
Y así conviene que á la tierra ilustre
Con sagrada purísima presencia,
El que, santificado á Dios el suelo,
Al hombre llevará glorioso al cielo.

» Sabido pues que el próspero Mesias
Lo ha de ser en virtudes mas que humanas,
Resta entender que ya las profecias
Casi le anuncian con palabras llanas :
Dicen que ha de venir en estos dias,
Y dicenlo en figuras soberanas,
Las cuales propondré, varones graves,
Porque de mi verdad son fuertes claves.

» Cuando estuvo Jacob en mortal lecho,
De nuestros doce principes cercado,
Su adverso daño y su feliz provecho
A cada cual dejó profetizado :
Dijo á Ruben con varonil despecho
Que fuese como el agua derramado,
Y abominó el consejo riguroso
De Simon fiero y de Levi ambicioso.

» Pero llegando á Júdas, tronco noble
Del gran Mesias, con aplauso dino
De doble acento y alabanza doble
Le declaró su próspero destino :
— El cetro y mando, dijo, estará inmóvil
En tu linaje con favor divino,
Hasta que venga el que promete el cielo,
Por esperanza y bendicion, al suelo. —

» Y hasta agora el inclito gobierno
De reyes, de jueces, de prelados
Ha vivido en un curso casi eterno
En los nietos de Judas esforzados ;
Pero ya, padres, el Señor moderno
Que á nuestros hijos tiene avasallados,
No es del tribu judaico venerable,
Sino extraño idumeo detestable.

» Luego Cristo el Mesias ha venido,
Cristo en Jerusalem está presente.
Pues cetro y mando Júdas ha perdido,
Y rige extraño rey la tierra y gente.
; Oh para nuestra gloria prometido !
Un vivo rayo de tu luz ardiente
Nos da, Hijo de Dios, con que veamos
Quién eres, donde estás y qué buscamos.

» Con esta memorable profecia
Se conforma Daniel, por Dios eleto,
Para que al tiempo del feliz Mesia
Años señale y numero perfeto :
En Babilonia con dolor vivia
De ver al crudo bárbaro, sujeto
El pueblo justo de su gente amada,
Pobre, cautiva, presa y despojada.

» Postróse en oracion, pidiendo al cielo
Con pecho humilde y ánimo piadoso
Vuelta segura y libre al patrio suelo,
Y perdon franco al pueblo temeroso :
Dios sus lágrimas vió, miró su celo,
Oyó su voz y llanto doloroso,
Y á Gabriel envió resplandeciente,
Que así le dijo dulce y blandamente :

» — Santo varon de espíritu sincero,
Ya setenta semanas señaladas
Están para cumplir el curso entero
De las esperas á tu pueblo dadas :
Vendrá sin duda el Cristo verdadero
Estas largas edómadas pasadas,
Y el fin vendrá con él de la malicia,
Y el principio y favor de la justicia. —

» De años son, no de dias, las semanas
Que el ángel dió por término infalible
Para que de las sillas soberanas
Bajase al mundo el principe invencible
A darnos gracia y fuerzas mas que humanas
Contra el pecado y muerte aborrecible ;
Y sabemos que edómadas setenta
Son años cuatrocientos y noventa.

» Y están pasados : luego el Rey ungido,
El Hombre Dios, el Santo de los santos,
El Emanuel al mundo prometido,
El esperado con humildes llantos
(Si oráculos no engañan), ha venido,
Y con él cierta la salud de tantos
Pobres, mezquinos, tristes pecadores :
Sí, sí ; que el cielo llueve ya favores. »

Caífas inquieto y reventando estaba
De ver suspenso el noble y gran Senado,
Y el aplauso y valor con que hablaba
El maestro de doctos respetado :
Salir quisiera, mas su fuerza brava
Reprimió con espíritu doblado ;
Que la ciencia y virtud, que no era poca,
Le ató la lengua y le cerro la boca.

Salir quisiera, y aun salir quería,
Ya de tanto callar arrepentido,
Si Júdas, que á vender á Dios venia,
Licencia no pidiera, mal sufrido:
Dióselo el que furioso presidia,
Y entró luego el discípulo atrevido,
Y al cabildo espantó con su presencia,
Y suspendió al autor de la licencia.

Este fué de la tierra abominable
Que, roto el yugo, y la vergüenza rota,
Contra la fe de Cristo venerable
Cria blasfemos, renegados brota:
Escarias su patria detestable
Nombre le dió, que es de traidores nota:
;Oh infiel viborezno cauteloso,
Su vientre no rompieras ponzoñoso!

No hubiera dado al bárbaro Mahoma
Cómities duros, capitanes fieros,
Que, negando la eterna ley de Roma,
En contra afilan pérfidos aceros;
Mas el que rebelados cuellos doma,
Pechos ablanda y ánimos severos,
El seno ablande de tu patria dura,
O hágale en ti mismo sepultura.

Entró el perverso, y con astucia rara
Compuso el rostro y mesuró los labios,
Bajó los ojos, humilló la cara,
Como confuso ante varones sabios:
Con el manto cubrió la mano avara
Que hizo á sí y á Dios y al cielo agravios:
La ropa á lo devoto recogida,
A hablar comenzó con voz lingida.

Y dijo así: «Pontífice sagrado,
Cabildo santo, graves senadores,
Cónclave de maestros congregado
Para dar ciencias y quitar errores:
Yo, con mucha razon desventurado,
Pues no gocé los vivos resplandores
De vuestra clara luz, arrepentido,
A vuestros piés clementes he venido.

» Confieso con dolor, mi mal confieso:
Yo seguí de Jesus las huellas locas
Por senda angosta, por camino avieso,
Por borrascoso mar y agudas rocas:
Fuí de su nueva religion profeso;
;Oh verdad que á decirte me provocas!
Diréte al fin, verdad: yo te obedezco;
Mas engañado fui; perdon merezco.

» El es un hombre de quien Dios me libre.
Aunque parece un Abraham perfecto;
Del pequeño Cedron al grande Tíbre
No mira el sol jamas igual sugeto:
El cielo en su cabeza rayos viere;
Su mal vivir al mundo está secreto:
El que todo lo sabe lo descubra;
Que no es razon que tanto mal se encubra.

» Mas porque no me llame el pueblo rudo
Traidor á Dios, alevé á mi Maestro,
Mi boca cerraré, haréme mudo:
Que en revelar pecados no soy diestro:
Solo entendido que la justicia pudo,
Y la santa opinion del celo vuestro,
Obligarme á dejar al que seguia
En noche oscura como en claro día.

» Supé que en este cónclave celoso,
Para su mal y por mi bien juntado,
Con vista clara y ánimo piadoso
De su muerte y mi vida se ha tratado:
Soy, aunque de su secta, religioso,
Y el decreto juzgué por acertado;
Que de tan justos padres el decreto,
Como de tales, ha de ser perfecto.

» Mirará el bien comun, el bien divino
Y universal del pueblo incorregible,
Que, despeñado por su mal camino,
Sigue á Jesus con impetu terrible:
Tuve por hecho de la causa dino;
Si no es al ciego vulgo aborrecible,
Que un discípulo suyo le entregase,
Porque vuestra justicia se aclarase.

» Vengo á dároslo preso, yo me ofrezco;
Que en un jardin ahora está seguro:
De veros tan alegres me enternezco,
;Oh de la santidad espejo y muro!
Y si por trabajar, algo merezco
(Que de serviros con certeza juro),
Mirad cuánto ha de ser, y los romanos
Me dad, y lo pondré vivo en sus manos.»

Dijo el traidor que al mismo Dios inmenso
Puso en venta de precio limitado:
Quedó el bravo Pontífice suspenso,
Y absorto en maravilla el gran Senado:
La novedad causó pavor intenso
Al docto de la Ley mas estimado:
Gamaliel calló, y hablaron luego
Los que abrasó la envidia en triste fuego.

Alabaron su plática, cubierta
De blanda piel de oveja no entendida,
Y su infame codicia y maldad tenida
Fué por virtud y religion tenida:
Privanza le ofrecieron descubierta,
Y gloria á su buen ánimo debida,
Ricos dones y aplauso nunca visto,
Y treinta escudos porque entregue á Cristo.

« Si su propio discípulo lo vende,
De escrúpulo herida la conciencia,
;Quién su vida infernal no comprende?
Quién de muerte le impide la sentencia?
Quién nuestro celo y causa no defiende?
Quién da á su yerro nombre de clemencia?
Muera el blasfemo en cruz, muera, decian;
Que su favor los cielos nos envian.»

Esto Caifas hablaba, rebosando
Gozo y envidia por los turbios ojos,
Y aplauso le hacia el mayor bando,
Que seguir profesaba sus antojos:
El gran maestro de Salen, mirando
En su furor patentes sus enojos,
Esperó y dijo, atento y advertido,
Así, aplacado un poco el gran ruido:

« Padres, no es argumento poderoso
A un claro y bien regido entendimiento
Que un discípulo alevé y codicioso
Haya mostrado tan perverso intento:
Antes para un ingenio cuidadoso
Es contrario y fortísimo argumento
Que con certeza prueba su malicia,
Pues le vende llevado de avaricia.

» Si de causas legítimas guiado,
Y diciéndolas todas se moviera,
Pudiera suspender este senado,
Mas resolver la causa no pudiera;
Que un solo acusador apasionado,
Aunque su acusacion patente fuera,
A dar justa sentencia no bastara
Si primero el delito no probara.

» A decir comenzó, mas nunca dijo
Cosa determinada ó caso cierto;
Solo confusamente le maldijo,
Deseándole ver sin culpa muerto:
Yo por razones mi discurso rijo,
Y no voy, padres, por camino incierto:
Un rato me escuchad.» Oyeron luego
Forzados, reprimiendo el furor ciego.

Y prosiguió su plática suave
Gamaliel, diciendo: «Claramente,
Si el tiempo y condicion y alma se sabe
De Cristo, Dios y Rey omnipotente,
A mi discurso quiero echar la clave,
Y ver si por ventura está presente,
Y si halló en Jesus las profecias
Cumplidas ya del inclito Mesias.

» Del linaje ha de ser esclarecido
Y antigua casa del real Profeta,
Que por fruto excelente y escogido
Se ha de dar á la planta mas perfecta:
Pues de David Jesus ha procedido,
Viene del rey David por linea reta;
Y así ya la nobleza no le falta,
Y el ser pobre oficial no es digna falta.

»Nacerá en la pequeña y pobre aldea
De Belen, y por él será gloriosa
Más que las otras partes de Judea,
Rica en pueblos y en gentes poderosa:
Dícelo Dios y afirmalo Miquea:
;Oh eterna luz, verdad maravillosa!
Jesus nació en Belen, tierra de Cristo:
Ya la patria y linaje en él se han visto.

»Y si quereis hacer justa memoria,
Al tiempo de su ilustre nacimiento,
Tres reyes, como á silla de su gloria,
Vinieron á adorar su pobre asiento:
Digna es de cierta relacion la historia,
Y es importante al pretendido intento;
No os cansé el escuchar, varones sabios,
Simples palabras de mis rudos labios.

»Los magos del Oriente aquí vinieron
Por el rey de Judea preguntando,
Que una estrella de nuevo lustre vieron
Que los venia con su luz guiando:
A Heródes su demanda propusieron;
Mas él en hospedaje alegre y blando
Los tuvo, y prometióles que sabría
De nosotros la tierra del Mesía.

»Y todos respondimos, consultados,
Que era Belen la patria venerable
Que daban los oráculos sagrados
Al nacimiento deste Rey notable:
Con ello los de Oriente despachados,
Y de su luz regidos admirable,
A Belen caminaron prestamente,
Y de allí se volvieron al Oriente.

»Por esto Heródes, en furor envuelto,
El alma en ira, el corazon en saña,
Como burlado, al fin, quedó resuelto
De mostrar luego su crueldad extraña:
Contra millares de inocentes vuelto,
;Oh cuánto la ambicion valiente daña!
Mandó en Belen matar los niños todos
Con fieras muertes de diversos modos.

»Jesú entónces á Egipto fué huyendo,
De un ángel incitado amigamente,
Que huir pudo con el poco estruendo
De pobre casa y madre diligente:
Voy, padres de la patria, refiriendo
Cosa cierta y al caso conveniente,
Donde se ve, por tan subida guerra,
Cuál es de Cristo y de Jesus la tierra.

»También dice el profeta de Ecequias
Que alto predicador y gran maestro
De santas ciencias y virtudes pias
Será el glorioso y célebre Rey nuestro:
Segun esta verdad, es el Mesías
(Con razon me parece que lo nuestro),
Es el Mesías todo deseable,
Jesú en doctrina y gracia incomparable.

»A fuerza de gravísimas razones
De viva luz y espíritu divino,
Almas enciende, abraza corazones,
Y otro sér les infunde peregrino:
A las palabras junta las acciones,
Y un rostro de obediencia y amor dino,
Tal, que tiene las gentes elevadas
De su bien mismo y voluntad forzadas.

»Y así, cuando una escuadra valerosa
De suertes varias de soldados fieros
A prender su persona religiosa
Enviastes con ánimos severos;
De romana cohorte belicosa,
Vuelta en manada simple de corderos,
Tornó suspensa, y dijo á nuestra gente:
—Hombre nunca habló tan sabiamente.—

»Pero ¿qué digo? No ha gozado el mundo,
El sol no ha visto, no ha cubierto el cielo
Predicador en ciencia tan profundo,
De alma tan pura y tan ardiente celo;
Ni puede haber á su bondad segundo,
Ni otro tal sustentó jamas el suelo:
Tartamudo es Aaron, tibio es Elias,
Puestos con él, y bárbaro Esaias.

»También Cristo ha de ser un hombre afable,
De mansa condicion y pecho blando:
Pintólo así el Profeta venerable:
Su vida y muerte y gracias dibujando:
Daño no ha de hacer al miserable,
Ni ofensa al enemigo de su bando;
Que ni la caña romperá cascada,
Ni la pavesa matará apagada.

»No va con tan suave mansedumbre,
Alegre y clara, el agua cristalina,
Que ni baja de altiva enhiesta cumbre,
Ni entre peñascos rígidos camina,
Como Jesus, cuya real costumbre
A respeto y honor el alma inclina,
Y cuya noble y señorial blandura
Regala y quieta, amansa y asegura.

»Y si verdad nos dijo Zacarias,
A este pueblo mostrando venturoso
Del Rey de reyes inclito Mesías
La entrada humilde, el triunfo religioso,
Ya lo vimos cumplido en estos dias
Con asombro de sabios espantoso:
Ya lo vimos cumplido: ;oh Dios inmenso!
Déte el mundo de fe perpetua censo.

»Dice el Profeta que vendrá triunfando
En un manso pollino el Rey suave,
Y á la grande Sion está avisando
Que dé al suceso alegre aplauso grave:
¿Cuándo vimos cumplido questo? ¿Cuándo?
El mas rudo, el mas bárbaro lo sabe:
Ayer, que entró Jesus en un jumento,
Rico de gloria, pobre de ornamento.

»Los niños le entonaban dulcemente
Discretos himnos y sonoros cantos;
Los viejos el espíritu prudente
Daban resuelto en apacibles llantos;
La gente moza, la robusta gente,
Con santas voces y clamores santos,
Ropas y almas y cuerpos le ofrecian,
Corazones y ramos le esparcian.

»La patria y el linaje, al fin, le abona,
Y la grande humildad y noble pecho
Su derecho justísimo pregona:
Désele su justísimo derecho.
Viendo alabada la inmortal persona,
Caifas saliera en impetu deshecho;
Mas reprimióse, y hizo algun ruido
Porque fuese el aplauso interrumpido.

Torció la boca, meneó los labios,
Y en los ojos mostró desabrimiento
Para inquietar á los varones sabios
Que atendian al docto y grave intento:
Las razones teniendo por agravios
Contra su declarado pensamiento,
Tosió al fin, movió el cuerpo, fingió pausa;
Pero Gamaliel siguió su causa.

«Vengamos, dijo, á los milagros ciertos
Que ha de obrar el famoso y grande Cristo,
A ciegos dando luz, y vida á muertos,
Con que la envidia le hará malquisto:
¿Han sido por ventura en Jesú inciertos?
¿Por ventura en Jesus ya no se han visto?
¿Ya no se han visto en muchedumbre tanta,
Que su número y suerte y modo espanta?»

»A su divina voz hablan los mudos,
Los sordos oyen, los tullidos andan,
Los tardos cojos tienen pies agudos,
Los mancos sus helados nervios mandan:
Viejos prudentes son los niños rudos,
Las mismas piedras su dureza ablandan;
Los sepulcros ofrecen sus despojos
Vivos, y viva luz los muertos ojos.

»El agua pura en vino milagroso
A su simple mandato se convierte:
Los grandes peces en el mar ondoso
Buscan la red y entérganse á la muerte:
El desabrido pan es pan sabroso,
Y cinco multiplica de tal suerte,
Que cinco mil personas comen dellas,
Echando á su verdad cinco mil sellos.

»Mas, entre sus prodigios admirables,
Lázaro á nuestra luz resucitado
Oscurece los hechos memorables
Que obró la fe, y el mundo ha celebrado :
Entre las dos hermanas venerables,
Que le habian con lástima llorado,
Llegó Jesú á la antigua sepultura,
Y levantar mandó la piedra dura.

»Con breve llanto por el muerto amigo
Muestras dió de su grave sentimiento ;
Mirando estuve lo que agora digo,
Y notando lo estaban otros ciento ;
Mas este gran senado es buen testigo
Del espantable caso que le cuento :
Por mis ojos lo vi, muchos lo vimos,
Pues muchos admirados asistimos.

»Lloró, gemió, habló con voz entera,
Llamó al difunto con divino imperio :
—Lázaro, dijo, Lázaro, sal fuera.—
¡Oh estupendo, inefable, alto misterio !
Temblando obedeció la muerte fiera,
Y alzó confusa al muerto el cautiverio :
Y roto el yugo y rota la atadura,
Salió vivo y dejó la sepultura.

»El noble cuerpo ya podrido estaba
Y de horribles gusanos ya cubierto,
Como quien olvidado reposaba,
De cuatro dias, en la tierra, muerto ;
Pero á la grande voz que le llamaba,
Del mar de muerte, de la vida al puerto,
No pudo resistir, y alegre y sano
La luz tornó á gozar y aliento humano.

»El hecho veis aqui ; hé aqui la historia,
Historia conocida y hecho visto :
¿No es caso digno de la inmensa gloria
De nuestro excelso y admirable Cristo,
Alcanzar de la muerte tal victoria,
Y quedar con la muerte tan bienquisto ?
Y alcanzarla mandando, ¿quién lo hiciera
Si virtud mas que humana no tuviera ?

»Solo Dios el Señor es de la vida,
Y á solo Dios su presa da la muerte ;
Luego Dios es el que mandó á la vida
Que matase de Lázaro la muerte :
Con imperio Jesus le dió la vida ;
Con imperio Jesus venció la muerte ;
Luego Jesus es Dios, ó Dios le ayuda ;
Que no se da la vida sin su ayuda.

»Y pues que se la da, con ella firma
De Jesus la doctrina verdadera :
Así Jesus, como lo hace, afirma,
Ser el divino Rey que el mundo espera :
Dios sus milagros con verdad confirma,
Y así debemos dalle fe sincera :
Sincera y pura se la ofrezco yo. »
Caifas aqui su plática cortó.

»Cual grande arroyo, cual aceña oncosa,
A quien detuvo su veloz corriente
Parte de alguna cumbre peñascosa
Desgajada en lo hondo de su fuente,
Que, impedida su fuerza poderosa,
Brama entre si con impetu valiente,
Hasta que, furia y aguas aumentando,
Venca la roca y sale reventando ;

»Tal el fiero pontífice, oprimido
Del peso ilustre de verdad tan grave,
Inquieto brama, y sufre detenido,
Y al fin en su furor y en si no cabe :
Enojado, colérico, encendido,
Que ni puede callar ni hablar sabe,
Olas de saña y de ambicion aumenta,
Y sobre la verdad misma revienta.

»Al religioso y docto reprehende,
Y su doctrina y plática atropella.
«¿Piensa que la Escritura comprende
(Le dice), y lo mas claro ignora della ?
Enseñarnos la ley de Dios pretende ;
Nuestras fundadas opiniones huella :
¿Nosotros, por ventura, no entendemos
Los sagrados profetas que leemos ? »

Acontece dos rios caudalosos,
En aguas y corrientes encontrados,
Suspender sus raudales animosos,
Que en fuerza de olas braman igualados ;
Y en medio de sus impetus furiosos
Y líquidos combates encrepados,
Otro de nuevo al uno dellos viene,
Y vence porque ayuda nueva tiene.

La razon y la envidia en peso estaban
Y con iguales armas combatian ;
A la razon, razones amparaban,
Y á la envidia pasiones defendian :
Doctos y apasionados reventaban,
Pero ni estos ni aquellos se vencian ;
Júdas llegó y á la razon se opuso,
Y la envidia venció donde se puso.

Determinanse, al fin, que Cristo muera,
Y en cruz, y que lo prendan los romanos.
¿A la vida entregais, oh gente fiera ?
Hoy quedarán sin ella vuestras manos.
Mandase, y la canalla lisonjera
Alaba sus decretos inhumanos ;
Que á los grandes, los grandes pretensores
Adulaciones venden por favores.

Hablan al presidente, y solicitan
Al capitan y á su cohorte odiosa ;
Paga les dan, con premio los irritan,
Y al vulgo fingen causa religiosa :
A sus criados con rigor incitan,
Y á Júdas con la ofrenda generosa :
Andan, corren, no paran, no sosiegan ;
Queéjense, acusan, claman, piden, ruegan.

»Mas en tanto, benigno Dios, en tanto
Que de tu muerte el hombre aleva trata,
La sangre de tu cuerpo sacrosanto
Al verde suelo sirve de escarlata.
Ponga al mundo pavor y al cielo espanto
Tu franqueza divina y su alma ingrata ;
¡Oh Dios ! que por el hombre sangre sudas
Cuando el hombre te compra, y vende Júdas

Sangre sudaba el Hijo soberano
Que sin trabajo y tiempo el mundo hizo,
Y sembraba de lagrimas el llano,
Perlas con que á su Padre satisfizo ;
Y el ángel via, con el rostro humano
Que para la embajada contrahio,
Lágrimas y sudor ; y al fin decia,
Despierto ya del rapto que tenia :

«Salve, mas que los nobles serafines
Digno de sacrosanta reverencia,
Salve tú, que á los sabios querubines
Infundes inefable oculta ciencia ;
Tú, que del mundo los distantes fines
Abrazas con suave providencia,
Salve, y salve, Dios Hombre, que criaste
Los ángeles, y al hombre te humillaste.

»Tu Padre Dios (á cuyo eterno estrado,
Y en esta causa para ti terrible,
La reina de oraciones ha llegado,
Y oró por ti devota y apacible)
Hoy por su embajador me ha despachado :
Soylo ; que rehusarlo fué imposible ;
Y así vengo á esforzarte, oh varon fuerte,
Al trance duro de la instante muerte.

»Sé que está de infinita gracia lleno
Y de invencible y suma fortaleza
De tu alma preciosa el ancho seno,
Sagrado archivo desta gran riqueza ;
Y que es de tu virtud inmensa ajeno
Rastro de miedo, punto de flaqueza,
Y que no has menester favor criado,
Pues vive el mundo en tu favor prestado.

»Y así te propondré ceñidamente
En breve espacio fáciles razones,
Con que animes tu espíritu valiente
Para las ya ofrecidas ocasiones :
Responde pues tu Padre omnipotente
¡Oh gran valor de invictos corazones !
Que has de beber el cáliz desabrido
Que te ha la muerte vista referido.

»Prision infame, rígidos cordeles,
Graves encuentros, fieras bofetadas,
Viles desprecios de ánimos crueles,
Tristes noches de injurias nunca usadas;
Confusion vergonzosa, amargas hieles
En varios casos con dolor tragadas;
Crudos azotes de impiedad horrible,
Espinas, clavos, cruz, muerte infalible.

»Purga es de acibar, purga trabajosa
Para tu paladar y labios tiernos;
Mas medicina al hombre poderoso
Para alcanzar de sí males eternos;
Y también, si la bebes, provechosa
Para bienes de gracia sempiternos:
No es mucho pues que amargue así la purga
Que enfermedades incurables purga.

»Si eres tú la cabeza inestimable
Del noble cuerpo de tu Iglesia santa,
En quien está su boca delectable
Y su pura y dulcisima garganta,
El cáliz desta purga saludable,
Que es de tanto provecho y gloria tanta,
Por tí debe pasar; que al fin los labios
Sienten de la amargura los agravios.

»Siéntalos; que los miembros aligidos,
Que de tu boca la salud esperan,
Lanzarán los humores detenidos,
Como si ellos la purga recibieran;
Y estarán con amor agradecidos
A tus divinos labios, que pudieran
No probar la bebida, y la gustaron
Por sanar á los miembros que enfermaron.

»Si la tragas, Señor, ¡oh qué de bienes
De especies varias y diversas formas,
Y de las gracias que en tu archivo tienes,
Gozará el cuerpo místico que informas!
Pues ¿qué aguardas, mi Dios, qué te detienes?
¿Por qué con tanto bien no te conformas?
Pero conforme estás, y lo deseas,
Y presto vendrá el tiempo que lo veas.

»Veráslo cierto; y con tu sangre ilustre,
En la cruz por el hombre derramada,
Honor al cielo, y á la tierra lustre,
Y al Padre gloria le darás colmada.
¿Sufirás pues que el mundo no se ilustre
Tanto con esa purpura sagrada
De tu sangre? ¡Oh buen Dios! no lo permitas;
Que le privas de gracias infinitas.

»Privasle de las fuentes caudalosas
Y ricas minas de tus nobles llagas,
Dulces fuentes y minas generosas
Con que al hombre sustentas y á Dios pagas:
Fuentes y minas de almas religiosas
Son, para que con ellas satisfagas
Su pobreza y su sed: minas y fuentes,
Adoro vuestras minas y corrientes.

»Y de aquellos arroyos inmortales
Que desas vetas, cual de fuentes, manan,
Donde, bañadas de infinitos males,
Almas enfermas al instante sanan;
Y de aquellos tesoros celestiales
Que, limpios ya de sus pecados, ganan
Los hombres, de los siete sacramentos,
Les privas, si no acabas tus intentos.

»Pero si tú les das perfecta cima
¡Oh qué de dulces regalados frutos
Veré en la santa cruz de inmensa estima,
Y tú con ojos los verás juntos!
¿Qué de gozo que al cielo se sublima
(Rotos ya los antiguos negros lutos
De que al hombre infeliz cubrió el pecado)
La pena de la cruz habrá causado!

»Virgenes puras como blancos lirios
El árbol cercarán de tu victoria,
Y entre espantosos rígidos martirios,
Varones dignos de inmortal memoria,
Y confesores cual ardientes cirios
Abrasados en celo de tu gloria,
Honrarán tu pasión, frutos suaves,
Y otros crucificados que tú sabes.

»Cúñete pues de osada fortaleza,
Y sal á tus contrarios al camino;
Toma la cruz con suma lijereza
Y con igual valor, Verbo divino.»
El Nuncio de inmortal naturaleza
Acabó; y con espíritu benigno
Y tiernos ojos Cristo le despidió,
Y él se humilla y se va, y el aire mide.

Y el cuerpo humano que tomó sensible,
Restituye al diáfano elemento,
Y en sustancia gentil, pero invisible,
Se parte al estrellado firmamento;
Y en la cumbre del polo inaccesible
Se pone sin trabajo en un momento,
Y sin pasar por medio, el medio pasa,
Vuelve á Dios, y la vida en gloria pasa.

En esto el Hombre Dios, prostrado en tierra,
Al Padre con amor simple obedece,
Y el fin dichoso de la instante guerra
Le encomienda fiél, y en paz le ofrece:
El tedio y el pavor de sí destierra,
Si bien la fortaleza en él no crece;
Que desde niño, como á Dios le dieron
Sumas gracias, que en él jamas crecieron.

Mas ya, de puro amor del hombre ingrato,
Por sus divinos poros sangre vierte:
¡Oh licor para el hombre tan barato,
De Dios comprado al precio de su muerte!
Cria en el hombre duro un pecho grato,
Do puedas, como en balsa, recogerle;
Que es lastima que sangre de Dios viva
En tierra, y no en el alma se reciba.

Sudaba sangre á hilos, y corría
A la tierra la sangre que sudaba:
El cuerpo virginal; cual estaria
Si la tierra de sangre se regaba!
Y el rostro amable ¡qué sudor tendria,
Si el cuerpo tanta sangre derramaba!
Y ¡qué sudor la frente, si el sagrado
Rostro estaba en sudor y afán bañado!

¡Oh mi perfecto Padre, Adán segundo,
Que con sudor de tu hermosa cara
Ganas el pan que da sustento al mundo,
El alma esfuerza, el corazon repara;
Cuando al rostro te miro me confundo
Y tu magnificencia en todo rara
Bendigo, pues tu sangre das vertida
En sudor, y con él me das la vida.

Sudando estás licor maravilloso,
Sangre de Dios en cuerpo venerable,
Como el árbol de bálsamo precioso,
Que suda medicina saludable:
El, cuanto mas herido, es mas copioso
En verter su tesoro inestimable;
Y tú, cuanto en mas partes mas herido,
Das bálsamo y tesoro mas cumplido.

Mas ¡ay Jesus! Ay Dios! que mis pecados
Los poros abren de tu carne pura:
Ellos son los cuchillos atilados
En mi mal corazon y piedra dura;
Ellos azotes de impiedad armados,
Corona horrible que tu afán procura,
Clavos agudos y mortales penas
Que desangrando están tus dulces venas.

Ni aquí, Señor, ministros inñieles
Prenden tu lindo cuello y blancas manos
Con fuertes sogas y ásperos cordeles,
Y palabras y hechos inhumanos;
Ni aquí te azotan bárbaros crueles,
Ni te punzan idólatras romanos,
Ni en cruz te clavan gentes vengativas:
Mis culpas son las armas ofensivas.

Sangre suda el Señor, sangre divina;
El cuerpo suda sangre, el rostro santo,
¡Oh tierno amor! Oh caridad benigna!
¿A tu mismo principio aliges tanto?
Pero si Cristo suda sangre dina
De suspender el cielo con espanto,
El ánima bendita, que padece,
A quien Dios ofendido se le ofrece,



Como la gruesa nube combatida
De dos contrarios vientos amosados,
Que, de sus fuertes soplos sacudida,
Aprieta en sí los miembros esponjosos,
Y cual entre dos prensas oprimidas
Esgrime golpes de agua caudalosos,
Baña los cerros, y los montes riega,
Tira piedras al campo, al valle anega;

Así de Cristo el alma ocultamente
Entre varios afectos se fatiga,
De las culpas el peso extraño siente,
Y de su Padre el justo amor le instiga:
¡Oh batalla de espíritu valiente,
Que á tanto afán al mismo Dios obliga!
El alma llueve, como nube opresa,
De viva sangre al cuerpo lluvia espesa.

Mas ¡oh Profeta Rey! si aquí llegaras,
Y exprimida esta nube de Dios vieras,
¡Cómo con su licor tu sed hartaras!
Cómo su lluvia de sudor cogieras!
Cómo tus limpios labios regalaras!
Cómo tu pecho y alma enternecieras,
Lamiendo, como ciervo, gota á gota
La sangre que esta nube y fuente brota!

Y tú, santa y hermosa Magdalena,
Que, destrenzados los cabellos rojos,
Encendida en amor, resuelta en pena,
Sus pies besaste con tus lindos ojos:
Ven; que su cara está de sudor llena,
Cual si ya la ofendieran los abrojos:
Con la madeja de oro refulgente
Su rostro enjuga, límpiale su frente.

Y tú, Virgen, y Madre milagrosa
Del Hombre Dios que sangre de Dios suda,
Razon es que tu mano religiosa
A tan devoto sacrificio acuda:
Llega, ¡oh bendita! llega presurosa;
Que tu buen Hijo mil semblantes muda;
Y con la toca que tu frente cubre,
Su rostro aclara, su color descubre.

Mas Cristo de la tierra se levanta,
Y el rostro limpia de sudor bañado;
El grave rostro que al infierno espanta
Vuelve sereno y pone mesurado;
La sangre que le dió congoja tanta
Y el corazón le tuvo así abogado,
Quiere que no dé pena á sus amigos
Ni esfuerce á sus crueles enemigos.

Y adonde sus discípulos durmiendo
Están llega, y los mira y los contempla;
Que ni del agua sorda el ronco estruendo
El sueño profundísimo les templa,
Ni el tropel de las armas estupendo
Que el alma á Júdas con rigor destempla,
Velar los hace. ¡Oh Cristo! así pensaste,
Y en despertando, aquesto les hablaste:

«Dormid y descansad; que ya la hora
De mi pasión acerba está presente;
Seré entregado á gente pecadora,
¡Mirad á qué piadosa y buena gente!
La traza de un discípulo traidora
Hoy ha de ejecutarse claramente:
Vamos, que ya está cerca el que me entrega;
Con armas viene y con soldados llega.

«Levantaos y abrazadme, ¡oh dulces prendas
Y de mi corazón tiernos pedazos!
Gozadme ajeno de ásperas contiendas,
Ceñidme libres con amigos lazos:
Recibid mis postreras encomiendas,
Tiempos tomad mis últimos abrazos,
Piedra de mi edificio milagroso,
Querido Juan, y Diego valeroso.»

Lloraban los discípulos amados,
Y él, con pecho amoroso y alma fuerte,
Los deja en tristes lágrimas bañados,
Y á presentarse va á la dura muerte:
Al encuentro con piés acelerados
Le sale firme, echada ya la suerte;
Que él al pavor mandó que le turbase,
Y agora que se fuese y le dejase.

«Sale pues invencible á campo abierto,
Y al rayo tibio de la luna escasa,
De niebla opaca el aire ve cubierto,
Y mas de polvo que á la niebla pasa:
De enhiestas lanzas coronado el Huerto,
Que cada cual su corazón traspasa;
La luz turbada en los bruñidos hierros
Mira, y descubre de Salén los yerros.

Fiera canalla, ejército insolente,
Por las vislumbres de la noche oscura
Muestra escondida su enojosa frente
En mal distinta y horrible figura:
Oyese de vulgar confusa gente,
Que ni en peligro está, ni está segura,
El sordo caminar, los pasos mudos,
Topar de lanzas, encontrar de escudos.

Cual manso arroyo por ameno valle
Entre menudas guijas se dilata,
Y murmurando por su antigua calle,
En ellas hiere con su onduosa plata,
Que á su voz no sabréis cuál nombre dalle,
Porque cuando mas piedras arrebatá,
El bajo acento y el sutil ruido
Que hace, toca apenas el oído;

Tal viene el escuadrón con pasos lentos,
Ronco murmullo y sordos piés marchando,
Envolviendo en el polvo sus intentos,
Su traición en las nieblas ocultando:
¡Oh noche! tú que viste los portentos
Fieros dese alevoso inicio bando,
Dime, ¿qué capitán los gobernaba?
Un apóstol de Cristo los guiaba.

¡Oh de la humana vil naturaleza,
Aunque mas llena esté de ricos dones,
Jamás bien conocida, y gran flaqueza
Si la dejan en graves ocasiones!
¡Ah! que es de solo Dios la fortaleza
Que arma nuestros cobardes corazones:
Dios vence; solo Dios, cuando vencemos,
Vence, y el hombre cae cuando caemos.

Pues Júdas, de los rios caudalosos
De la divina gracia alimentado,
Y á los pechos de Cristo generosos
Con leche de su espíritu criado,
Es caudillo de hipócritas furiosos,
Y de homicidas capitán osado,
Y homicidas de Dios, ¡quién tal pensara!
Mas ¿quién estriba en sí, si en sí repara?

Rige la tropa de soldados fieros,
Incitales al arma detestable,
Su fuego enciende, afila sus aceros,
Y gloria les promete perdurable.
«Prendelo bien, fortisimos guerreros,
Les dice, que es un monstruo deleznable,
Que sin verlo se irá de entre las manos,
Y nos hará nuestros intentos vanos.

«Buen saben los prudentes fariseos
Y los doctos escribas, que enviados
Engañó mil solícitos correos
Y mas de mil fortisimos soldados:
Frustró sus pretensiones y deseos;
Los nuestros han de ser tambien frustrados;
No, no lo quiera Dios, oid, sabedlo:
A quien yo diere paz, él es; tenedlo.»

Así, la oveja en lobo convertida,
Júdas camina, corre, no sosiega,
La muerte busca en manos de la vida,
Y á la vida inmortal á prender llega:
Esperalo él, que á gracia le convida,
Y ofrécele su luz, mas él se ciega;
Que la vida desprecia y luz no quiere
El que en la noche de sus culpas muere.

Llegó pues Júdas, y con él llegaron
Los principes del viejo sacerdocio,
Que de sus manos solas confiaron
El fin terrible de este gran negocio;
Y conforme á su espíritu acertaron;
Que solicita el mal, sacude el ocio,
Sufre el trabajo y vela sin acidia,
La envidia, en contra del que tiene envidia.

El perverso discípulo se atreve
Con torpes labios, con nefanda boca,
Y da beso cruel de paz alevé
A Dios, y el rostro con el suyo toca;
Y porque dulce y tierno amor le cebe,
Con amor dulce y tierno le provoca,
«¡Salve (diciendo), salve, oh buen Maestro!»
¡Ah, traidor, en fingir astuto y diestro!

«Amigo, ¿á qué viniste?» le responde
El Salvador. Si el pobre lo entendiera,
Era como decille: Mira adónde
Vienes, y á quién y á qué maldad tan fiera.
¿Dónde? Al lugar do el mismo Dios se esconde;
¿A quién? Al Verbo Eterno, que te espera
Para darte la vida; ¿á qué? ¡Oh mezquino!
Vienes á dar la muerte al Rey divino.

Y vuelto á la canalla sediciosa
El rostro grave y corazón valiente,
Les habla así con voz maravillosa,
Terrible preguntando mansamente:
«¿A quién buscáis?» Y dice temerosa
La tropa de romanos insolente:
«A Jesus Nazareno.» Y Cristo al punto,
«Yo soy,» responde en riguroso punto.

Que rayo fué su aspecto venerable,
La voz trueno, y relámpago la vista;
Rayo, trueno y relámpago admirable,
Tanto, que no hay valor que le resista;
Y así fué tan horrible y espantable
Aspecto y voz y vista apenas vista,
Que luego todos con pavor cayeron
Heridos del asombro que sintieron.

Mas con aquel poder que derribados
Cayeron, los levanta de la tierra
Espavoridos, ciegos, asombrados
De la luz que les hace oculta guerra:
Tórnales á hablar, y preguntados,
(¡Oh cuánto el hombre á Dios la puerta cierra!)
Que á Dios buscan responden; y él les dice:
«Yo soy,» ¡Mirad con qué les contradice!

Y otra vez caen, y levantados luego,
Contra el mismo Señor que los levanta
Parten con ira loca y furor ciego.
Ciegos, locos, parados; ¿quién os encanta?
Mas ¡ay! que al pertinaz no ablanda el ruego,
Ni la amenaza ni el rigor espanta;
Y al que no enfrena Dios, ni Dios le rige,
Ni amor enmienda ni temor corrige.

Pero el Señor, con vista regalada,
Blandos ojos y término apacible,
Serena vista, mas de horror bañada,
En lo secreto del mirar terrible,
Vista de justo celo acompañada,
Que amenaza de Dios ira infalible,
Mirando á Judas, dice: «¿Así me vendes?»
¡Ah! ¿con beso de paz á Cristo prendes?

Al hijo de la Virgen así entregas?
No dijo mas. ¡Oh vista poderosa,
Que cuando al alma con dulzura llegas,
La cercas de tu luz maravillosa!
Oh voz, que á nadie tu enseñanza niegas,
Doctrina predicando milagrosa!
Vista, ni á Judas con tu luz tocaste;
Voz, ni con tu doctrina le enseñaste.

Estaban los discípulos atentos
En torno del Maestro soberano,
Y viendo ya los impetus violentos
Del atrevido ejército romano,
Con firmes y justísimos intentos
De amparalle con presta y fuerte mano,
Le dijeron: «Señor, dadnos licencia
Para mostrar aquí vuestra inocencia.

«Fuimos ovejas, mas por vos leones,
Y leones bravísimos seremos,
Pocos, pero de grandes corazones,
Con que por muchos en virtud valernos:
Dejadnos pues; que en tales ocasiones
Con esfuerzo y con gusto moriremos,
Por daros vida; hé aquí dos espadas,
Que en sangre las veréis presto anegadas.»

Pedro, por todos, esto le decia,
Cuando vió que seguro y diligente,
Un siervo del Pontífice venia
A poner en su Dios mano insolente.
En el anciano cuerpo y sangre fría
Amor vivo reinaba y celo ardiente;
Y así, abrazado el pecho generoso,
Contra el siervo salió Pedro animoso.

Saca su alfanje, afirmase advertido
(Que ya supo reñir el viejo en guerra);
Malco, en su mismo daño mal regido,
Contra el buen pescador sin arte cierra;
Pedro, en buena postura recogido,
Atento aguarda, fijo el pié en la tierra;
Y antes que el siervo llegue arrebatao,
A cercen una oreja le ha cortado.

Y adelante pasara el viejo sabio
En el amor de Dios y en la defensa,
Si Cristo no moviera el dulce labio
Para estorbar de su ofensor la ofensa:
Dicele pues: «No vengues hoy mi agravio,
Y no des mal por mal en recompensa:
Vuelve á su vaina el instrumento fiero;
Que apóstol de Dios eres, no guerrero.»

Y tocando la oreja bien cortada,
Suave al siervo vil la restituye;
Por milagro la deja remediada;
Atento espera y la prision no huye;
Y desta gran piedad ejecutada,
Con dulzura y amor, a Pedro arguye
Que le quiere enseñar como maestro
Al que ha de serlo de paciencia y nuestro.

«¿Y el cáliz que me dió mi Padre amado,
Dice, no quieres, Pedro, que le beba?
Cáliz es de pasión, mas preparado
Bien, pues mezclada vuestra gloria lleva:
Si me importara, hubiérame enviado
Mi Eterno Padre, en manifiesta prueba
De que su Hijo soy, diez escuadrones
De sus fuertes angélicas legiones;

»Mas aquesto conviene.» Y luego mira
Espacio a los pontífices atroces,
Y de su aliento pertinaz se admira,
Porque entiende sus ánimos feroces:
Nota que lanzan furia y bosa ira
Por los ojos y boca y vista y voces;
Y dice: «¿Soy ladrón; que así venistes
Armados contra mí entre sombras tristes?

»Pero ya se ha llegado vuestra hora;
Esta es, y el poder de las tinieblas:
Haced, haced á vuestro gusto agora;
La noche os tapa, cubren las nieblas.»
Dijo el Señor a quien el cielo adora,
Y ofende el mundo, envuelto en sus tinieblas,
Que figura tomó de condenado,
A Babel en sus miembros entregado.

Dada pues al romano atrevimiento
Segura permission, libre licencia,
Con faz sañuda y ánimo sangriento
Ejecutan su bárbara insolencia:
Acometen á Cristo en un momento,
Y el último valor de su potencia
En él muestran, atándole cruels
A cuello y manos rígidos cordeles.

Cual masageta ejército furioso,
Ganada en fuerte guerra la victoria,
Bravo, insolente, osado y orgulloso,
En silbos canta su adquirida gloria,
Y á la presa se arroja presuroso,
Haciendo en ella su crueldad notoria;
Así los vencedores, ya vencidos,
Tratan á Dios, soberbios y atrevidos.

Cuál de coces le da, cuál empellones,
Cuál torpe y descortés le desconsuela,
Cuál donaires le dice, cuál baldones,
Cuál sus barbas gravísimas repela,
Cuál le afrenta con duros bofetones,
Cuál con mayores impetus anhela
A mayor daño; y el Cordero manso
Calla, sufre y camina sin descanso.

En tanto los discípulos, temiendo
 Parte de aquel furor incontrastable,
 De la noche ayudados, van huyendo
 El mal que cerca ven irreparable;
 Que el gozo no pensado, el loco estruendo,
 El gran ruido y confusión notable
 Del enemigo en su ganada presa,
 Les dió lugar á la cobarde empresa.

Todos huyen, y solo Pedro sigue
 Del buen Jesus las venerables huellas,
 Y la canalla que á su Dios persigue
 Le hace á ratos tropezar en ellas:
 Pedro el camino con horror prosigue
 A la mezquina luz de las estrellas.
 Léjos va de Jesus, de su bien léjos;
 Mas sus pisadas sigue y sus consejos.

Tambien aquel discípulo querido
 Sigue á su amado y único Maestro;
 Pero fué descubierta y conocido
 De un soldado, en prender astuto y diestro,
 Y echóle mano; y él, descabullido,
 Hurtándole sagaz el hombro diestro,
 El manto le dejó y se fué desnudo;
 Que vino así, y así hacerlo pudo.

Era Juan este jóven diligente,
 Que, habiéndose en la cena despojado
 Las ropas, como usaba antiguamente
 El pueblo en ceremonias admirado,
 Sabiendo en ella el ánimo inclemente
 De Judas, triste, absorto y olvidado,
 No las tomó de nuevo, y siguió á Cristo
 Con vestidura convival, no visto.

Huye pues, y los otros: ¡oh medrosos
 Agora, y al principio tan gallardos!
 Si fuistes al hablar tan presurosos,
 ¿Cómo sois al cumplir la fe tan tardos?
 Parad, parad, discípulos briosos
 Antes, y en la ocasion hijos bastardos:
 ¿Adónde vais? Adónde vais perdidos?
 De vuestro mismo espanto acometidos?

¿Dó vendrá á dar la nave sin piloto?
 Sin el pastor, ¿adónde irá el ganado,
 Y el escuadron en la batalla roto,
 Sin caudillo prudente y esforzado?
 Dónde sin el Maestro en ciencia doto,
 El tropel de estudiantes no enseñado?
 Nave y ganado, y escuadron y escuela
 Huye y se aleja, y se apresura y vuela.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Llama Luzbel á su escuadron furioso,
 Porque entre dudas mil confuso vive;
 Y ante Anas, Cristo, humilde y religioso,
 Un bofetón y afrontas mil recibe:
 Niega Pedro á Jesus, y el cuidadoso
 Le mira, y Pedro un gran dolor concibe.
 La mujer de Pilato á Cristo sueña,
 Y dícele quién es su casta dueña.

Mas Lucifer en el tartáreo abismo
 De horror poblado y de tinieblas lleno,
 Donde habita el confuso barbarismo
 De verdad falto y de virtud ajeno,
 Manda llamar y llama por sí mismo,
 Con voz terrible de espantoso trueno,
 A nuevas grandes generales cortes
 El osado escuadron de sus consortes.

Sonó la voz y retumbó en las hondas
 Y ardientes cuevas del opaco infierno,
 Y del Leteo las turbadas ondas
 Movimiento sintieron casi eterno,
 Vueltas haciendo en huracan redondas,
 Con que perdió espantado su gobierno
 Y timón el solicitó Aqueronte:
 Tal pavor puso en todo su horizonte.

Estaba el rey feroz del caos borrendo
 En una grave y peligrosa duda:
 Quiere pedir consejo al estupendo
 Senado, que si elige, no se muda:
 El mal suyo, y del hombre el bien temiendo,
 Rios de fuego y piedrazufe suda;
 Y es que no alcanza con su genio oscuro
 Si Cristo es hombre y Dios, ó es hombre puro.

Y como de saberlo con certeza
 Tanto depende el peso de su estado,
 A nuevas cortes junta con presteza
 Los grandes de su reino condenado:
 El muestra bien su indómita fiera
 De asombros y tinieblas rodeado,
 Sobre un trono de llamas espantable,
 Que humo arroja y miedo perdurable.

Una corona de encendido acero
 Ciñe su negra y obstinada frente,
 Y el cetro, insignia de su mando fiero,
 Rige y sacude con despecho ardiente:
 Orgullosos y feroz, bravo y severo,
 La tropa aguarda de su horrible gente
 En la cueva de sierpes ponzoñosas
 Ornan suelo y paredes espantosas.

No así el Vesubio monte, reventando,
 De espesa humareda cubrió el cielo,
 Parda ceniza y fuego vomitando
 De la Campania en el tendido suelo;
 Ni así hediondas llamas regoldando
 Está el hueco abrasado Mongibelo,
 Como por boca y ojos el rey fuerte
 Del crudo imperio de la eterna muerte.

Al son pues ronco de la estigia trompa,
 De varias partes del etéreo mundo,
 Con fingido aparato y falsa pompa
 Vienen los grandes dioses del profundo:
 No es menester que tierra ó mar se rompa
 Para que baje el golpe furibundo
 De los que aligen cuerpos, y almas ciegan;
 Que sin pasar por medio, al punto llegan.

Entran, y cada cual sobre la escama
 Menuda y tiesa de un dragon se asienta,
 Y círculo en redondo oscura llama,
 De que el dragon se ciñe y se alimenta:
 ¡Oh de aquel reino abrasadora cama!
 Esos feroces prende y atormenta,
 Porque no suban á espirar volcanes
 En tierra, y en el Ponto huracanes.

Mas tú, gran sol, de cuya inmensa lumbre
 Estos cobardes monstruos asombrados
 Huyendo van, desde tu santa cumbre
 Me recuerda sus nombres ya olvidados:
 Bajó, de la soberbia pesadumbre
 De los Quirinos templos elevados,
 El demonio, que á Jupiter fingía
 Sumo rey de la antigua idolatría.

Un rayo agudo en su vibrante mano
 Trujo blandiendo centelloso y fiero,
 Cual si fuera del Polo soberano
 Principe natural, Dios verdadero:
 Vino tambien el ángel inhumano
 Que á las batallas presidió severo,
 Y del marcial estruendo tomó el nombre,
 Y engañando, espantó furioso al hombre.

De Behemot la piel impenetrable
 Llevaba por horrisona armadura,
 Y el mástil de un bajel incontrastable
 Era su lanza, de eminente altura.
 Y del ara de Delfos memorable
 Llegó Apolo con roja vestidura,
 Y entre fuego que rayos parecia,
 Como sol del infierno, así lucía.

Carro fingió de sierpes enroscadas
 De ahumado alquitrán y llama oscura,
 Cuyos silbos las gentes engañadas
 Juzgaron por suavísima dulzura.
 ¡Oh fábulas de locos inventadas!
 Bendito el que encerró vuestra locura
 En las hondas tinieblas del abismo,
 Y la verdad fundó del Cristianismo!

Otro que al melancólico Saturno,
Mintiendo ancianidad, representaba,
Llegó al palacio de su rey nocturno,
Con ceño enojado y frente brava;
Este, huyendo el resplandor diurno,
Del alegre comercio se apartaba
Rabioso, apasionado, vengativo,
Triste demonio, espíritu nocivo.

Y el que adorado en la radiante estrella,
Segunda luna del hermoso cielo,
Como diosa de amor lasciva y bella,
Dejó de Chipre el ancho y verde suelo;
Este inspira el favor y la querrela,
El gozo y la tristeza y el recelo,
El bien y el mal desos amantes viles
En que no se engañaron los gentiles.

Y el que imitó y fingió envidiosamente
De la deidad eterna el limpio culto,
Y quiso adoracion de casta gente,
Teniendo el vicio en la virtud oculto,
Cual diosa de las virgenes clemente,
De Diana tomó el triforme bulto,
Y entró rayando, entre nublados gruesos
De negra luz, relámpagos espesos.

Tambien el diligente mensajero
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en piés, estuvo allí ligero,
Pretendiendo mostrar su antigua ciencia;
Espíritu en los sueños lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia,
Y fingidor de nuevas mentiroso,
Que el sosiego cortaban mas sabroso.

Y el Apis bruto del brutal Egipto,
En figura de vaca celebrado,
Vino, y el otro número infinito
En yerbas y legumbres adorado;
¡Oh loca tierra! Oh barbaro distrito,
Adonde tanto dios produce el prado,
Siendo Dios por esencia un acto puro,
De nacer libre y de morir seguro!

Y el demonio Astarot, á quien el sabio,
Perdido el claro y juvenil juicio,
Con deshonesto pecho y torpe labio
Ofreció enamorado sacrificio,
Llegó haciendo á la verdad agravio,
Glorioso del sacrilego servicio
Que recibió de un rey tan excelente,
Discreto mozo, y viejo ya imprudente.

Y el otro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido y en crisol forjado,
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado,
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó, dando bramidos pavorosos,
Con los dos de Samaria fabulosos.

Ni los dioses en Méjico temidos
De aqueste horrendo cóncave faltaron,
De humana sangre hábrbara teñidos,
En que siempre sedientos se empaparon;
Ni del Perú los idolos fingidos,
Que en lucientes culebras se mostraron;
Ni Eponamon, indómito guerrero,
Mavorte altivo del Arauco fiero.

Juntos ya todos en la oscura sala,
Ni bien puestos en pié, ni bien sentados
(Que órden no sigue aquella tierra mala
Del affligido rey de atormentados,
Porque la pena á su soberbia iguala,
Y confusion es pena de pecados),
Juntos batió Luzbel sus grandes cuernos,
En conceptos así hablando internos:

«Bravo ejército de ángeles briosos,
Que fuistes en el cielo producido,
Aunque, por ser de vuestro honor celosos,
Estáis en hielo y llamas sumergidos:
Si os acordáis de aquellos dos dichosos
Instantes en que fuimos detenidos
En la empires region de luz perfeta,
No os puede ser mi platica secreta.

»Ya sabeis que, cual nobles cortesanos,
De su oficina amando á Dios salimos;
Mas púsonos preceptos inhumanos
En el segundo instante que nos vimos:
Mandonos que, rendido cuello y manos,
Que para nuestra gloria recibimos,
A la tierra adorásemos, unida
A su persona, y de mujer nacida.

»Y que la humanidad poco estimable
De no sé qué Hombre Dios y mortal hombre,
Fuese nuestra cabeza venerable,
Y él de nuestro Señor tuviese nombre:
Juzgámos pues por cosa intolerable
Dar á la tierra tan feliz renombre,
Y resistimos, ángeles osados,
A sus bajos intentos mal fundados.

»Tuvimos con Miguel trabada guerra,
Y con otros espiritus cobardes
Que infames adoraron esa tierra,
Haciendo de humildad viles alardes:
Esta ilustre hazaña nos destierra
A estas eternas tenebrosas tardes,
Siendo lucientes hijos del aurora
Que en nuestra excelsa patria siempre mora.

»Aquí bajámos, pero aquí muriendo,
Por sus dioses el mundo nos respeta.
Mas ¡oh que por mi daño estoy temiendo
Alguna traza de ese Dios secreta!
Oigo un confuso y nuevo y grande estruendo
De un milagroso y singular Profeta;
Y he imaginado, si es el polvo unido
Al Verbo, de la tierra ya nacido.

»Y si lo fuese, ¿qué dolor seria
Mirar al enemigo Dios pujante,
Y nosotros perder la monarquia
Del mundo, á la del cielo semejante?
Mas dejemos el mal que nos vendria,
Y en el caso pasemos adelante,
Y sepamos si el Hijo es encarnado
Que alla por Dios nos fué representado.

»Y parece que si, porque él me vino
A hablar cuando tuve en la serpiente
Vencido al hombre, y con furor divino
Me maldijo enojosa y bravamente,
Diciendo:—Un parto nuevo y peregrino
De mujer quebrará tu altiva frente,
Y pondré enemistades perdurables
Entre él y tus consejos deleznales.—

¿Quién pues como Jesus ha procurado
Nuestras hazañas disipar grandiosas?
¿Y quién con tantas veras ha mostrado
Armas contra los vicios poderosas?
¿Quién como este Jesus ha declarado
Artes de perfeccion tan rigurosas?
Y es parto de mujer, de Adán es hijo:
Temo ser este, de quien Dios me dijo.

»Tambien me acuerdo que al anciano abuelo
De Jacob prometió por grandes dones
Un hijo ilustre, en cuyo santo celo
Benditas fuesen todas las naciones;
Que es el Verbo inmortal, de quien recelo
Que ha de sacar las almas de prisiones;
Y entiendo que ha de ser este Profeta,
Por su gran vida y santidad perfeta.

»Pecado venial no se le ha visto,
Imperfeccion en él jamas parece.
Tal ha de ser en excelencias Cristo,
Cual aqueste, en virtudes resplandece:
Así lo juzgo, y pésame y resisto;
Mas no puedo vencerme; que me ofrece
Mi entepidimiento mil razones vivas,
Con que ardo en llamas de furor esquivas.

»Tambien de virgen ha de ser nacido
El Hombre Dios que ha de salvar al hombre;
Y su Madre cual virgen ha vivido
Con pura castidad y santo hombre.
Si no decia: ¿quién de nosotros vido
(¡Oh gran dolor! el mas sutil se asombre),
¿Quién vido en ella sombra ó seña oscura
De alma liviana ó voluntad impura?

»Yo con temor de aquesto la he mirado,
Siempre á sus pasos y á su vida atento,
Y en ella ni sospechas he hallado
Por donde divertir mi pensamiento;
Aunque no puede ser averiguado
Con patente y legitimo argumento,
Pues fué casada con José, su esposo;
Mas él era tambien casto y celoso.

»Dejo al fin estas y otras conjeturas,
Y vengo á la razon mas invencible
(Que no entendemos bien las escrituras,
Si bien temblamos de su voz terrible),
A discursos y trazas voy seguras,
Y supongo, cual es cosa infalible,
Que se compone el hombre con certeza
De la persona y la naturaleza;

»Y que nosotros con verdad sabemos
Cuanto Dios en el mundo ha producido,
Por las especies claras que tenemos,
Y él mismo con su luz nos ha infundido:
Si es ente natural, lo conocemos,
Y esnos secreto solo y escondido
El sobrenatural y soberano;
Con esto mi discurso está en la mano.

»Vemos pues en Jesus distintamente
Su humanidad de bienes adornada;
Mas nunca su persona está patente
A nuestro ingenio y vista delicada:
Luego aquesta persona es eminente
A cualquiera persona ya criada,
O nos la oculta Dios por gran misterio,
Y todo en mal de nuestro sacro imperio.

»Si es persona de Dios, es la persona
De aquel divino Verbo carne hecho:
Si, que su grande santidad le abona,
Y su noble y excelso y fuerte pecho;
Si, él es, él hollará nuestra corona,
Y deshará nuestro infernal derecho;
Y no seremos dioses adorados,
Sino tristes demonios conjurados.

»Muéveme esta razon, y otra me espanta.
Y es decir él que es hombre y Dios perfeto,
Y confirmar con muchedumbre tanta
De milagros aqueste gran secreto:
El lo dice, y el mundo se lo canta:
¡Ah! presto el mundo le estará sujeto;
Que los milagros son de Dios la firma,
Y falsedad con ellos no se firma.

»Y aquestas hace ilustres maravillas,
No qual hombre santísimo rogando;
Mas con palabras puras y sencillas,
Con sumo imperio, como Dios, mandando;
Y de nuestras humanas pobres sillas,
Do estamos en segura paz reinando,
Nos echa altiva y desgraciadamente,
Cual si fuéramos vil terrena gente.

»Juntándolo pues todo, he colegido
Que debe ser el hombre y Dios terrible
Que para nuestro daño ha descendido
De aquella etérea luz inaccesible:
Muchas veces á aquel me ha parecido,
Y si él es, nuestro mal es infalible.
Decidme qué sentís, dad vuestros votos,
¡Oh sabios! desde el cielo á mi devotos.»

Así habló con su ahumada boca
El crudo rey del asombrado averno;
Y como á cada cual el daño toca,
Rebosa cada cual su enojo interno:
El senado á blasfemias se provoca,
Roncos maitines del rabioso infierno,
Y este y aquel el bravo ingenio informa
Del fiero Lucifer, en esta forma.

Uno las tentaciones del desierto
Y el nuevo y largo ayuno le declara,
Y que dello entendió por caso cierto
Ser Cristo en santidad persona rara;
Otro, el mandar con ánimo despierto,
Y con real semblante y fuerza clara,
Y voz sublime, al mar que se apacase,
Y al fuerte vendabal que se amansase.

Otro, lo que una vez (que no quisiera)
Oyó al supremo Apóstol, cuando dijo
Con pura confesion de fe sincera:
«Protesto que de Dios eres el Hijo.»
Y otro, que á la infructifera higuera
Con la fuerza secó que la maldijo;
Y otros, otras mil cosas admirables
Contaron de sus obras memorables.

Oyólo todo con feroz denuedo
El enemigo del linaje humano,
Y de todo quedó con grande miedo
De que era Cristo el Verbo soberano;
Y de asquerosa llama y humo acedo
Por el hondo volcan del pecho insano
Vomitó rios, que otra vez bastaran
A Sodoma quemar, si en ella entranan.

«Y ora pues, dijo, yo me determino
De saberlo mejor. Id luego todos,
Y notad si es humano ó si es divino
Por estos nuevos y exquisitos modos:
Si del trono de Dios excelso vino
Al cieno vil de esos terrestres lodos,
Probado con deshonra y con violencia
Particular y atroz, tendrá paciencia;

»Que el orar y ayunar es fácil cosa,
Y el enseñar al mundo es arte honrada,
Y el rigor de una vida trabajosa
No es prueba cierta de virtud fundada:
El sufrir una injuria vergonzosa
Con rostro amigo y frente sosegada,
Y padecer por Dios grandes tormentos,
Es muestra en la virtud de altos cimientos.

»Id pues, y por caminos diferentes
Le procurad afrentas nunca vistas,
Graves moñas, oprobrios indecentes,
Duras batallas, asperas conquistas:
Juntad soberbios pechos, insolentes
Manos, y almas guerreras y malquistas,
Y dénele horribles intimas pasiones
Ángeles y hombres, tigres y leones.

»Id presto, furias del Estigio lago,
Id, del reino feroz bravas quimeras,
Dadle de su intencion el justo pago
Con duras obras y palabras fieras:
Id y haced un riguroso estrago,
¡Oh tropas de mi ejército lijeras!
En principes, escribas, fariseos,
En griegos, en romanos, en hebreos.

»A los unos envidia morderora,
Y á los otros soplad soberbia altiva,
Y al vulgo adulador que en Salen mora,
Lisonja infame y abyeccion nociva.»
Al punto aquella horribilica y traidora
Escuadra, de la cárcel vengativa
Salió, á hacer á Dios y al hombre guerra,
Formando un vivo infierno acá en la tierra.

El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la poca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaños los espiritus hinchieron,
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente mas noble se ingirieron:
Ved qué haria turba apasionada,
De tales vientos contra Dios soplada.

¡Mas oh tú, resplandor maravilloso,
Del padre de las lumbres soberano
Sobre quien vino el impetu furioso
Del ejército de ángeles profano!
Un sentimiento y corazon piadoso
Me comunica de tu propia mano,
Para que sienta y diga, ¡lore y hable
El rigor de tus penas inefable.

Era Anas del colegio preeminente
Que de la Ley juzgaba y del Profeta,
Gran sacerdote, principe excelente,
Con sumo imperio y potestad perfeta:
Por eso la canalla inobediente
A Dios, y al mal pontífice sujeta,
Le llevó á Cristo, y con tropel confuso
En este tribunal su exámen puso.

Estaba el Hombre Dios que manda el cielo
 Con nudos corredizos maniatado,
 Y del fiero escuadron del laico suelo
 Y del judaico pueblo rodeado;
 Traído sin piedad al rodopelo,
 La barba y el cabello maltratado,
 Los ojos en la tierra, y el semblante
 Grave y sereno, al Padre semejante.

Y el indigno prelado en silla estaba
 Pomposa y alta, esquivo y desdenoso.
 Con faz sañuda y apariencia brava,
 En ropa largo, en ánimo ambicioso:
 Lisonjera familia le cercaba,
 Y vulgo de agradalle deseoso,
 Sus hechos aplaudiendo, y sus razones
 Con gestos admirando y con acciones.

Pregunta pues al Rey de la divina
 Y eterna gloria, deshonrado y preso,
 Por su colegio santo y su doctrina
 Sagrada, comenzando aquí el proceso:
 Respondió el Salvador con voz benigna,
 Limpia de hinchazon, libre de exceso:
 «En el templo comun he predicado,
 Y mi doctrina en público enseñado.

«Cualquiera podrá ser della testigo;
 A todos llama y todos dirán della.»
 ¿Quién desta blanda voz de afable amigo
 Formar pudiera con razon querella?
 Formóla pues un bárbaro enemigo
 De la justicia y de la luz en ella,
 Que era del mal pontífice criado,
 Y de un demonio adulator tentado.

Quiso lisonjear al arrogante
 Que mostró en el semblante sentimiento,
 Y pretendió vengar solo el semblante,
 Y fingir en Jesus atrevimiento:
 La diestra armada de acerado guante
 Alzó (¡válgame Dios!) en un momento,
 Y dió con ella un bofetón a Cristo:
 ¡Cielos! ¿habeis tan nueva injuria visto?

¡En el rostro de Dios la mano airada
 De un hombre vil! ¡Oh crimen espantable!
 ¿Y miralo la máquina criada,
 Y su curso prosigue favorable?
 ¿En el rostro de Cristo bofetada?
 ¿De Cristo en aquel rostro venerable!
 ¿Y ardiendo brama y quéjase el cristiano
 Si el viento se le atreve de una mano?

Diosela, y señalados en la cara
 Le quedaron los dedos insolentes,
 Y Anas, de aquella injuria al mundo rara,
 Entre risa y favor mostró los dientes;
 Y ménos la pasion disimulara,
 Mas el vario sentir de los presentes
 Le refrenó; que algunos se rieron,
 Y otros devotas lágrimas vertieron.

Serenó Cristo los honestos ojos,
 Y al ofensor miró con mansedumbre
 Llena de suavidad, libre de enojos,
 Y envuelta en mansa y generosa lumbre;
 Que, vencido de amor, dió por despojos
 Peso y modestia, gracia y dulcedumbre,
 Y dijo: «Muestra en qué, si he mal hablado;
 Y si bien, ¿por qué así me has afrentado?»

¡Oh de santa humildad ejemplo vivo!
 ¡Pena tal mi soberbia merecía!
 ¿Hay hombre ya con esto vengativo?
 Hay quien odios mantenga solo un día?
 Dios, de un pecho cruel y un brazo altivo
 Sufre tan baja y vil descortesia,
 ¿Y ara el mar y trastorna cielo y tierra
 El polvo, por su honrilla, en cruda guerra?

Examinado pues en esta parte,
 Al príncipe Caifas fué remitido
 El gran Señor cuya bondad reparto
 Paz al turbado, gozo al afligido:
 Aquí el infierno todo, toda el arte
 Antigua de tentar puso en olvido,
 Y exquisitas busco trazas y enredos
 Para dar fin á sus ocultos miedos.

Habia de juntar el gran senado,
 Caifas, de los setenta escribas doctos,
 Para que fuese Cristo en el juzgado
 Como falso profeta, por sus votos,
 Y esperó á la mañana alborotado,
 Fingiéndole entre sueños, terremotos,
 Espantos y fantasmás, la sañuda
 Tropa, de cuerpo y no de mal desnuda.

Por esto aquellos bárbaros atroces
 Al Señor en el patio detuvieron.
 Y con horribles gestos y altas voces
 Injurias nunca vistas le hicieron,
 Inspirados los ánimos feroces
 Para las nuevas trazas en que dieron,
 Por las crueles furias infernales:
 Que dellas solas fueron penas tales.

Sabian que trataron de prendello,
 Por ser profeta en ciencia peregrino,
 Y así quisieron con sus ojos vello,
 Probándolo en sus males adivino:
 Atáronle una soga al santo cuello,
 Y un trapo al rostro con verdad divino,
 Y jugando con él, le preguntaba
 Quien le ofendía, si le adivinaba.

Y uno, en el rostro que respeta el cielo,
 Con torpe y sucia boca le escupia;
 Y otro, alzando el lodoso pié del suelo,
 En su modesta frente lo imprimia;
 Y otro, por mas dolor y desconuelo,
 Con el baston armado le heria;
 Y otros con rigurosos pescozones,
 Con befás otros, y otros con baldones.

¿Qué nos quejamos, ¡ay! qué nos quejamos,
 Mi Dios, si por nosotros padecistes
 Tales oprobios? ¿Qué nos querellamos,
 Si muladar de nuestras culpas fuistes?
 Oh, hacednos, Señor, que lo entendamos,
 Pues para el bien del hombre lo sufristes,
 O moderad los ímpetus protervos
 De cuerpos viles y ánimos superbos.

El sol luciente con lijeros pasos
 Se va escondiendo en la region secreta,
 Para el sosiego de los miembros lasos,
 En el reposo de la noche quieta;
 ¿Y á vos aun estos bienes son escasos?
 ¿Oh del bien celestial fuente perfeta!
 ¿No descansastes en el largo día,
 Ni os abrigastes en la noche fria!

Vuestros cabellos repelados fueron,
 Y trapos vuestros ojos anublaron;
 Golpes vuestras mejillas ofendieron;
 Y afrentas vuestra cara avergonzaron;
 Vuestros labios sedientos estuvieron,
 Voces vuestros oídos perturbaron;
 Y á vuestras manos ásperos cordeles
 Crudos rompieron las delgadas pieles.

Y estando en tan prolija y grave pena
 Con manso corazon y rostro amable,
 Y la casa de varia gente llena,
 Nadie os mostró siquiera vista afable:
 ¡Oh grande Dios! Oh Majestad serena!
 Bendiga el mundo vuestro amor notable,
 Pues padecistes por el hombre mismo
 Que así os trató, bondad de inmenso abismo.

Cual dura roca con gentil firmeza,
 Descollada y altiva, excelsa y fuerte,
 Las ondas, que la batan con braveza,
 Al propio mar que se las da, las vierte;
 Mas con espuma de sutil belleza
 Mejoradas y ricas: de esa suerte
 Las penas que del hombre recibia
 Cristo, al hombre por méritos volvia.

Mas en esta batalla rigurosa,
 ¿Qué pensaba el Señor omnipotente,
 Para templar la fuerza dolorosa
 De aquel de afrentas rápido torrente?
 Qué meditaba su ánima piadosa
 En medio, y apartada de la gente?
 Pintemelo su luz contemplativa,
 Viva al amor, como al tormento viva.

Allí su clara, infusa, ilustre ciencia,
Le dibujaba con pincel suave
Los grandes frutos de su gran paciencia,
Que retratallas en el alma sabe,
Como en templo de altísima eminencia:
En la suprema dilatada clave
Hombres formó por Cristo despreciados,
Con luces de conceptos bien pintados.

Los santos monjes del inculto Egipto,
Del cielo sabios, locos de la tierra,
Los primeros en número infinito,
Estaban al honor haciendo guerra;
Y del mandar hollando el apetito,
Que de la eterna patria nos destierra,
Lucían con bellísimas colores
Graves sombras y ufanos resplandores.

Arsenio, que de Arcadio el magisterio,
Y el palacio dejó del griego altivo,
Del buen Teodosio el soberano imperio
Mirando estaba con desprecio esquivo;
Y el Damasceno, en bajo ministerio,
Por hollar el espíritu nocivo
De la vieja ambición que le seguía,
Espuertas donde fué señor vendía.

Alexio, entre mil luces dibujado,
Cual imagen de Cristo verdadera,
A vista de su esposa maltratado,
Solo y sufrido estaba en su escalera;
Y otro su imitador, mozo esforzado
Y humilde monje, que en su edad primera
Pobre murió en la casa de su padre,
Desconocido dél y de su madre.

Azotado también el gran Macario
Con insolente popular ruidio
Por monje infame y torpe fornicario,
Resplandecía en sombras escondido:
Teodoro, en nombre y en sucesos vario
(Pues fué mujer, y por varón tenido),
En hábito de fraile allí se vía,
Que semejante falsedad sufría.

Y al buen Domingo, de humildad maestro,
Le echaban los herejes en el lodo,
Y él, en paciencia ejercitado y diestro,
Rostro alegre mostraba y dulce modo;
Y el hombre serafín del cielo nuestro,
De las virtudes un segundo todo,
Entre piedras y vulgo, ardiendo estaba
En Dios, y las injurias despreciaba.

Y destes patriarcas venerables
De las dos celestiales religiones,
Había en la pintura innumerables,
Hijos de valerosos corazones:
Un Pedro, entre sufridos admirables,
Admirable señor de sus pasiones,
Y un Luis, rey, con otros Pedros sabios,
Y otros Luíses mil sufriendo agravios.

Mas Enrique Suson, de arnes tranzado,
Sobre un cielo de estrellas parecía,
Desde los pies á la cabeza armado,
Con que inmensos trabajos padecía;
Y un Martín fiero, á su derecho lado,
Que un trapo con los dientes deshacía,
Porque cual trapo vil le deshicieron
Las lenguas que después le acometieron.

Aqueste tuvo como propio nombre,
Por premio de su altísima paciencia,
El amado de Dios por sobrenombre,
Nuevo y grande apellido y excelencia:
Las obras conformó con el renombre,
Y al cabo de una extraña penitencia,
No pasó día sin afrenta y daños,
En muchos, largos y penosos años.

Y así ya le faltaban sus amigos,
Y ya le deshonraban sus parientes;
Ya le daban temor sus enemigos,
Y ya le atropellaban insolentes;
Ya le hacían mal falsos testigos,
Y ya en diversos modos varias gentes;
Ya con tormentas y rigor el cielo,
Y ya con trazas y pasión el suelo.

Y él, á todos intrépido y constante,
Cual amado de Dios, entre colores
Y lumbres, generoso y rutilante,
De sí echaba divinos resplandores;
Y alrededor un título radiante
De letras, si no góticas, mayores,
Le cercaba y decía: « Soy de Cristo
»Retrato, y así al mundo tan malquisto.»

Los Guillemos, humildes y sufridos,
En infusos conceptos se mostraban;
Y los Nolascós, del amor vencidos,
De Dios, haciendas y honras despreciaban;
Y los Ignacios, en virtud seguidos,
La Iglesia con su ejemplo edificaban,
Y dibujados en el alma ilustre
De Cristo, recibían santo lustre.

Estos y otros gravísimos varones,
En valiente paciencia memorables,
De injurias y deshonras y baldones
Sed tenían y pechos insaciables,
Por imitar en algo las pasiones
Del Hombre Dios, del todo inimitables;
Y así la ciencia infusa y peregrina
En él los retrató con luz divina.

Y si determinado no estuviera
De no admitir en su rigor consuelo,
Esta hermosa escuadra se lo diera
Con su fuerte paciencia y raro celo;
Pero quiso beber pura y entera
La horrible purga que le daba el cielo,
Para ofrecer en méritos mayores
Por los mismos al Padre sus dolores.

Y así toda la noche en peso estuvo
Afrentas padeciendo vergonzosas,
Y la batalla, sin faltar, mantuvo
A las estigias furias venenosas;
Mas en tanto que el buen Señor sostuvo
Los golpes de sus armas enojosas,
Hombres sufriendo y ángeles pasmando,
Le dió esta guerra el enemigo bando.

Después que Pedro al insolente mozo
Cortó la oreja con gentil denuedo,
Pobre de esfuerzo y lleno de alborozo,
Siguió á Jesús, y con tristeza y miedo,
Parte por haber hecho aquel destrozo,
Y parte recelando algún enredo
Del mancebo enojado y vengativo,
Que al fin quedara poderoso y vivo.

De léjos al Maestro de la vida
Siguió con piés y pecho desmayado:
Léjos del sol la flor esclarecida
Con la luz pura del oriente amado,
Su gracia pierde y su lindeza olvida,
Porque la hermosa el sol mirado:
De Pedro, ¿ qué esperamos, pues va léjos,
Si es flor, Cristo su sol, luz sus consejos?

Al patio de Caifas turbado llega,
Donde un poco de fuego ardiendo estaba,
Y que le dejen calentarse ruega,
Que temblando de frío tiritaba:
« Oh Pedro, tienes ya la vista ciega!
¿ Qué te importa el calor, que al fin se acaba,
Si mientras te va el fuego calentando,
El fuego del amor te va faltando?

Mas llégase, y al fuego se recrea;
Tiende los piés, las manos desentume:
Mira, Pedro, ya tibio no te vea
Quien á esa llama y resplandor te ahume:
El fuego con su ardor le lisonjea,
Y poco á poco ardiendo, le consume,
Como á la cera que la luz derrite
Mas, cuanto mas en su amistad la admite.

Andaba una mozueta revoltosa
Por allí, cual mujer, impertinente,
De saber novedades codiciosa,
Y por su mal portera diligente:
Miró á Pedro con vista ponzoñosa,
Y como á nuestra madre la serpiente,
Le habló trasfundiéndole el veneno
De que su lengua y silbo estaba lleno.

Y dijole atrevida y desenvuelta :
 « ¿ Tú eres de la escuela de aquel hombre ? »
 Pedro los labios abre y la voz suelta ;
 Mujer es, Pedro, y sola no te asombre :
 Con todo aqueso Pedro da la vuelta
 Del bien al mal, y de su propio nombre,
 Que es de valor, á la flaqueza infame ;
 Por tanto Pedro ya Simon se llame.

Simon triste responde yafligido :
 « Mujer, yo no conozco tal persona. »
 Simon, ¿ tan presto pones en olvido
 Al Hijo Eterno á quien el Padre abona,
 De quién el cielo tiembla estremecido,
 A quién el mundo por Señor pregona ?
 ¿ A Jesus tu maestro no conoces ?
 ¿ Qué has visto en él, que así le desconoces ?

¿ Tú no le viste en el excelso monte
 Del Tabor, empapado en luz divina,
 Y oscurecido el carro de Factone
 Con su belleza y gracia peregrina ?
 ¿ Y viste arrebolado el horizonte,
 Y el campo vuelto en esmeralda fina,
 Los rios en cristal, y el cerro en oro,
 Al descubrir su celestial tesoro ?

¿ No le dijiste que á la cárcel, fuerte
 Y preso de su amor y alegre irías,
 Y estable y firme la espantosa muerte
 Por su dulce amistad abrazarías ?
 ¿ Quién tal desmayo en tus entrañas vierte ?
 ¿ Con sola una mujer flaca porfías ?
 ¿ Qué ejércitos armados te amenazan,
 Flechas tiran y hierros desembrazan ?

Cual quiso Dios al Faraon protervo
 Con mosquitos herir, vencer con ranas,
 Y á Goliat el ánimo superbo
 Rendir con niñerías, no con canas,
 Y al otro, de Nabuco altivo siervo,
 Con apariencias de deleite vanas :
 Permitted que Simon así cayese
 A un soplo fácil, porque humilde fuese.

Y apenas tuvo aquesto respondido,
 Cuando un hombre llegó ; mujer le basta :
 Demonio, ¿ por qué sigues al vencido,
 Si una moza y portera le contrasta ?
 Del varon guarda para el mas valido
 El fuerte golpe, que una débil asta
 Postró á Simon ; pero es nuestro adversario
 Al mas cobarde mas feroz contrario.

Dijole pues el bravo : « Tú eres dellos. »
 Y él respondió : « No soy ; hombre, ¿ qué quieres ? »
 Y un hora estuvo conversando entre ellos ;
 Y otro le dijo : « ¿ Al fin tú dellos eres ? »
 Aqui Simon echó todos los sellos ;
 Aqui perdió, perdido, sus haberes ;
 Aqui negó y mintió, juró y maldijo-
 Se, si trató jamas de Dios al Hijo.

Negando comenzó su mal pecado ;
 Jurando prosiguió su culpa grave ;
 Maldijose tercera vez tentado ;
 Que una maldad con otra unirse sabe :
 Abrió la puerta al enemigo osado,
 Y no supo cerrarla con la llave,
 Huyendo la ocasion con fortaleza,
 Y entrósele, y rindióla con presteza.

Segunda vez en esto cantó el gallo,
 Y volvió Cristo su amorosa vista
 A Simon Pedro, y púsose á mirallo
 Con la luz pura que ánimas conquista :
 Si mira á Pedro y gusta de alumbrallo
 El sol de Dios, ¿ habrá quien le resista ?
 Pedro no resistió, y así advertido,
 Salió del fuego, y de otra luz herido.

De palacio y de sí salió llorando,
 Y ahora gime, y no lloró primero,
 Porque le mira Dios con rostro blando,
 Que es el sol de estas lluvias verdadero :
 Una vez y otra vez pecó negando
 A Cristo, y no fué del mirado ; pero
 A la tercera vez le mira y llora :
 Veme, oh vista de llanto causadora.

Mirale Cristo, y vánsele los ojos
 Por la oveja al pastor que ve perdida,
 Y con ellos le habla, y sus enojos,
 Aunque ofendido, por cobralla olvida :
 Era del lobo atroz muertos despojos,
 Y es de Dios presa, y presa ya con vida.
 ¡ Oh Pedro ! ¿ qué pensaste y qué dijiste
 Cuando hablado de sus ojos fuiste ?

Puso en tierra la vista, ya importante
 Solo para llorar su desatino,
 Y su memoria le ofreció al instante
 Como su buen Maestro le previno.
 Diciendo : « Al tiempo ya que el gallo cante
 Segunda vez, oh Pedro, te adivino
 Que dos veces y aun tres me habrás negado. »
 Y como se acordó, dijo asombrado :

« ¿ Soy Pedro ? ¿ Yo soy Pedro ? No es posible.
 ¿ Soy yo la piedra en que la Iglesia estriba ?
 No ; que aquella ha de ser piedra inmovible,
 Piedra fundamental y piedra viva ;
 Y yo de un golpe ménos que sentible
 Caído estoy : un golpe me derriba
 Y la fuerza me quita y el aliento,
 ¿ Cómo he de ser de un mundo el fundamento ?

¿ Soy yo el prometedor alabancioso
 De una y otra difícil y alta empresa ?
 Si soy ; que al hombre vano y jactancioso
 Es natural faltar en su promesa :
 ¿ Qué fácil es fingirse hazañoso
 Cuando el peligro en paz alegre cesa !
 ¡ Y qué cierto caer, al atrevido
 Que su esfuerzo y su fuerza no ha medido !

» Mi esfuerzo no medi, cai ligero,
 Negué al Señor, ¡ oh caso nunca visto !
 Negué al sol de la gracia verdadero :
 ¿ Qué gracia ó luz tendré lejos de Cristo ?
 A la vida negué, ¿ cómo no muero ?
 Mas como muerto en el vivir consisto ;
 ¿ Soy Pedro ó soy su sombra desgraciada ?
 Nada soy ; que el pecar me hizo nada.

» ¡ Oh, qué bien respondi cuando le dije
 Al soldado « no soy, » pues ya no era ;
 Que al sér negando, de mí sér desdije,
 Y aun ojalá de solo mí sér fuera !
 Al sér de Dios negué y mi sér maldije,
 Y el sér aniquilé con que viviera
 Hecho Dios por la gracia. ¡ Oh loco ! Oh loco !
 Que tu gran sér perdi por ser tan poco.

» Por temor de perder el sér humano,
 El divino perdi, ¡ quién tal pensara !
 Llorad, ojos de un muerto por su mano
 Antes que otro enemigo le matara ;
 Y mas llorad á un hombre muerto en vano,
 Muerto á la vida mas preciosa y cara ;
 Y sin ganar con esta muerte infame
 Vida que importe, sér que sér se llame.

» Porque sin Dios, ¿ qué sér, qué vida es algo ?
 Sin el primero sér, ¿ que sér es fuerte ?
 ¡ Ay de mí ! que soy nada, y nada valgo
 Despues de aquesta miserable muerte :
 Era hijo de Dios y hijodalgo,
 Hijo del sér que sér divino vierte :
 Dije « no soy » ; negándole, negueme :
 ¡ Maldito el hombre que tan poco teme !

» ¿ Que temi una mozuela ? ¡ oh miedo triste !
 ¿ Una portera vil me descompuso ?
 ¿ Junto al brazo de Dios, Pedro, temiste ?
 ¿ Y á una mujer ? ¡ Ah ! con razon te acuso :
 A la flaqueza misma te rendiste,
 Que por lanza y espada, ruela y buso
 Gobierna ; y á la misma fortaleza
 Negaste, por temor desta flaqueza.

» Ya ¿ qué no temerá quien temió tanto,
 Qué á la misma flaqueza miedo tuvo,
 Y ante el mismo poder que causa espanto
 Al mismo infierno que sin él estuvo ?
 Mi enfermo corazon deshecho en llanto,
 Que en caso tal tan poco sér mantuvo,
 Será simbolo cierto y propio nombre
 Del poco sér del corazon del hombre.

» Mas pues amor, y no la fe, te falta,
Que bien sé que la fe no te he dejado,
¿Qué defecto hallaste en Dios, qué falta,
Alma cobarde, por que le has negado?
Aquella esencia poderosa y alta
Que en pié mantiene todo lo criado,
¿Qué mal te hizo, ó qué bien no te ha hecho,
Que tan presto la echaste de tu pecho?

» El sér te dió vital y generoso:
¿A quien el sér te dió, su sér negaste?
¿Espues el sér te conservó precioso?
Y en él fundado, en contra dél te armaste:
Llamóte, al fin, con ánimo piadoso;
Hizote su discípulo, que baste;
Y tú, á su leche y á su amor criado,
Como cuervo á los ojos le has saltado;

» A aquellos ojos de divina lumbre,
Que dulces hablan con mirar, callando;
A aquellos soles de la etérea cumbre,
Que las almas regalan abrasando;
A aquellos rayos cuya real costumbre
Es encender el corazón amando,
Y la vaina del cuerpo sin tocalla.
¿Dejar á Dios! ¿Le diste á Dios batalla!

» Llorad pues, ojos, que de aquellos ojos
Mirados fuistes con halagos tiernos;
Llorad, mis pobres ojos, los enojos
Dados á los de Dios ojos eternos:
Tristes ojos, llorad y sed despojos
De dos lluviosos fértiles inviernos;
Que fuerza de aguas en el alma mia
Primavera produzcan de alegría.»

Así lloraba, en lágrimas resuelto,
El buen Simón en Pedro convertido,
Y así ya á Dios por penitencia vuelto
Y en sí, y á Dios por caridad unido,
El mar del alma con razon revuelto,
Por la playa del cuerpo está vertido:
Ya con golpes de lágrimas lo riega,
Y mas lo lava cuanto mas lo anega.

Cual caminante que en la noche oscura,
Sin verlos, grandes riscos ha pasado,
Que al nuevo amanecer de la luz pura
Advierte sus peligros espantado;
Mira y remira la montaña dura,
El hondo valle, el cerro levantado;
Y confuso, no acaba de asombrarse
De ver que los pasó sin despenzarse;

Tal Pedro va mirándose á sí mismo,
Y ve los cerros de su culpa extraña,
Y del infierno el peligroso abismo,
Y del demonio la sutil maraña:
Quédase absorto; dale un parasismo,
Y cuando torna en sí todo lo extraña;
En el muslo se hiere, y en la frente,
Del peligro asombrado ya patente.

Y es fama que el correr de los raudales
Tristes y presurosos de su llanto
En sus mejillas hizo dos canales;
Que el dolor de una culpa puede tanto;
Y que siempre con lágrimas iguales
Solemnizó del gallo el ronco canto;
Que fué siempre afirmar con osadía
Lo que una vez negó por cobardía.

Mientras burlado Cristo no reposa,
Y no reposa Pedro eternecido,
La escuadra del averno temerosa
Su perdición en ambos casos vido;
Porque atendió con vista cautelosa
Al llanto del discípulo afligido,
Y á los ojos de Dios, ojos tan buenos,
Que á tal ofensa estaban tan serenos.

Rumian tambien de Cristo las grandezas,
Del mundo el venerable acatamiento,
Y en tantas y gravísimas vilezas
El jamas irritado sufrimiento;
Y el excelso valor de sus proezas
En medio de tan grave abatimiento;
Y en todo la quietud modesta y fuerte
Los pasma, y así hablan desta suerte:

« Y si hombre fuera, dicen, si hombre puro,
En tenerse por Dios pecado hubiera,
Y tan firme, tan grave, tan seguro,
Tan sereno y humilde no estuviera:
El daño que esperábamos futuro,
La pena que temíamos postrera,
Vemos que tal valor en tal batalla
En hombres pecadores no se halla.

» Y alguna traza en padecer oculta
Tiene para asolar nuestro gobierno,
Y en viles asperezas la sepulta,
Porque el rey no la entienda del infierno:
Si es traza suya, inmenso mal resulta
Al sacro imperio de Pluton eterno;
Que en su muerte querrá poner la vida
Del hombre, antiguamente destruida.

» No consintamos, ángeles prudentes,
Que muera este Hombre Dios cual hombre injusto;
Estorbemos con ánimos valientes
Aun del morir infame su mal gusto.»
Así hablan los fieros impacientes
Del batallón de espíritus robusto;
Y Lucifer, en todo consultado,
Este engaño salió determinado.

Procuraban los principes hebreos
Que Cristo en afrentosa cruz muriese;
Mas cumplir no podían sus deseos,
Sin que Pilatos la sentencia diese:
Fingieron los demonios sus rodeos
Porque á la ejecución no se viniese,
Temiendo de perder su monarquía.
Si por el hombre, Cristo en cruz moría.

Presidente supremo era Pilato
Por el latino imperio instituido,
Y al rudo pueblo su gobierno grato,
Y así de los mayores mas temido:
El gran consejo al buen Señor ingrato,
En semejantes causas detenido,
No sentenciaba á cruz últimamente
Sin determinación del Presidente.

Pilato era gentil y era casado,
Y por aquí trazó Luzbel su enredo:
A un demonio en fingido ejercitado
Mandó que á su mujer pusiese miedo:
El ángel, en Mercurio trasformado,
Su figura tomó gozoso y ledo,
Mintiendo ser de Júpiter el nuncio,
Que le llevaba un trabajoso anuncio.

Ricas alas formó del aire vano,
Hermoso aspecto y juvenil presencia,
Y un caduceo en la derecha mano,
Y en los labios un río de elocuencia:
Bello donaire y proceder lozano,
Y ropas cual de noble inteligencia,
Y fantástica luz y rojo pelo,
De oro el calzado y de ave presta el vuelo.

Entra pues en la sala da la dueña
Sola durmiendo está en su blando lecho;
Y entra con arrogancia no pequeña,
Y coruscante faz y altivo pecho:
Muéstrale su poder, luego la enseña,
Y al fin la deja triste y sin provecho;
Efectos de demonio convertido
En ángel mentiroso y dios fingido.

Dícele: « Oh rara y única matrona,
Justa consorte de un varón tan grave,
De cetro digno, y digno de corona,
Y de que el cielo su bondad alabe,
Pues todo el universo la pregona;
De los dioses el cóncave la sabe;
Yo y la estimo y yo la reverencio,
Y vengaré su injuria del silencio.

» Yo soy Mercurio, embajador supremo
Del soberano Júpiter Tonante,
Y de la gran ciudad que fundó Remo
Particular fautor, antiguo amante:
Yo procuro la paz, la guerra tengo,
El mal deshago, el bien pongo delante;
Y para el bien y paz soy enviado
De tu familia y tu consorte amado.

»Hoy el concilio de la gente hebrea
A un hombre justo quiere presentalle,
Al cual muerte injustísima desea,
Pues quiere, siendo tal, crucificalle:
Avisale que atento y libre vea
Todo el proceso para sentencialle;
Porque es Hijo de Dios y varón sabio,
Y el cielo mismo vengará su agravio.

»Es Jesús, aquel inclito profeta
Que prodigios ha hecho innumerables,
Y de Moises las leyes interpreta
En sermones á todos admirables:
El vulgo, que es sencillo, le respeta,
Y los mayores no le son afables,
Porque sus vicios con certeza entiende,
Y con celo y verdad los reprehende.

»Odio los riges, envidia los provoca
A procuralle baja y cruda muerte;
Y el hombre es tal, que no abrirá su boca,
Herido y afrentado desta suerte:
Solo á su Padre en su pasión invoca,
Y el Padre Dios á su dolor advierte,
Y sí bien disimula y sufre y calla,
Mira con sentimiento su batalla.

»Dile pues á Pilatos que lo libre
De la muerte que aguarda rigurosa,
Antes que tronadores rayos vibre
Júpiter con su diestra poderosa.
Yo deseo que torne al patrio Tíbire
Tu marido y su casa religiosa;
Y así le doy este importante aviso
Del sumo Rey del alto paraíso.

»Si lo cumplieres vivirá seguro,
En paz alegre, en vida regalada,
Y ceñido del firme y santo muro
Y defensa de Júpiter sagrada;
Si no, guerra infeliz, combate duro,
Deshonra infame y muerte acelerada
Tema por la amenaza que le anuncio
Yo, del gran Dios divino y cierto nuécio.»

Dijo; y el aire disipado y suelto
Del fantástico cuerpo que movía,
Y en invisible espíritu resuelto,
Quedóse allí esperando el nuevo día,
Y entre la gente de la casa envuelto,
Para alcanzar el fin que pretendía;
Y algo pudo, mas no lo pudo todo;
Que es débil contra Dios su traza y modo.

La dueña pues, del sueño recordada,
Espavorida y con temor despierta,
Y entre asombros y sombras espantada,
Qué hacer no sabe, qué decir no acierta:
Alza la frente, al fin, y así esforzada,
Mueve el pié, deja el lecho, va á la puerta,
Abre, da voces, llama á su familia,
Y amistad con sus dioses reconcilia.

Despertaron las viejas y prudentes
Amas que cerca de su lecho estaban,
Y por saber el caso, diligentes
De la causa y efectos preguntaban:
La dama se quietó, y á las sirvientes
De ménos calidad, que mas instaban,
Mandó salir, y á las de rucua y buso,
De su dios la amenaza les propuso.

Y despues inquirió para su intento
De Jesús la doctrina y calidades,
Y ellas, por dalle en su temor aliento,
Le contaron algunas falsedades;
Que, cual gentiles, sin fiél cimientio
Fábulas envolvieron en verdades,
Fingiendo á Cristo hijo deseado
De un dios hasta aquel tiempo no adorado.

Mas entre todas, una dueña ilustre,
Natural, pero noble, de Samaria,
Mujer de grande peso y mucho lustre,
Aunque seguida de fortuna varia,
Cuya gloria inmortal la fama ilustre,
Ya que á su propio nombre fué contraria,
Hazañas ciertas refirió de Cristo,
Por haberlo en su patria y Salén visto.

Dijo cómo este Principe divino,
Solo y sediento, en el brocal de un pozo
Se sentó, caminante y peregrino,
Por dar á un alma triste el sumo gozo;
Mostrando el rostro y ánimo benino,
Y enseñando quién era, sin rebozo,
A una pobre mujer samaritana,
Cual grande Dios, mas con dulzura humana;

Y cómo vino la mujer dichosa,
Y al pozo se llegó bien descuidada,
Y le pidió con plática amorosa
Agua la fuente del vivir sagrada;
Y que ella, zahareña y desdeñosa,
Libre despidió á Cristo y mal mirada;
Y él ofreció con caridad interna
Agua que sube hasta la vida eterna.

Y que, burlando de su rica ofrenda
Ella, porque él acetre no tenía,
Alumbrada despues, la noble prenda
Recibió que él gracioso le ofrecía;
Y de aquella suavísima contienda
Supo, en fin, que Jesús era el Mesía,
Porque le declaró sus cinco bodas,
Y, cual Verbo de Dios, sus culpas todas.

Y mas, que la mujer, ya evangelista,
Al momento á Samaria fué volando,
Hecha de lo que vido coronista,
Y obras y fe de Cristo predicando;
Y al fin que allá la conoció de vista
La misma que lo estaba relatando;
Y que por sus razones se movieron
Muchos á verle, y viéndole creyeron.

Y preguntada la sagaz matrona
Si á las mujeres era Cristo afable,
«Eso, dijo, la fama lo pregona,
Y en prueba diré un caso memorable
Que su infinita santidad abona
Y hace su virtud mas venerable,
Suponiendo que es virgen excelente,
Limpio, como la luna refulgente.

»Y es la historia, que estando una mañana
En el templo, vieron los escribas,
Y cierta ley celando poco humana,
Sus entrañas mostraron vengativas:
Trajeron una moza algo liviana,
Cogida en obras no se qué lascivas,
Y á Jesús le dijeron:—Esta ha sido
Adúltera á la fe de su marido.

»Al punto debe ser apedreada
Por la ley de Moisen: ¿qué dices della?—
El miró á la mujer avergonzada,
Y á los autores de su vil querella;
Y con frente apacible y sosegada,
Que jamas la pasión hizo en él mella,
Bajóse, y señaló en la tierra dura,
Y con el dedo, no sé qué escritura.

»Alzóse luego y dijo:—El que se halla
Sin culpa, la primera piedra arroje;
Parezca el que se atreve á sentenciarla,
Hable, acuse y la ropa le despoje:
Venga el que ha pretendido condenalla,
Y en su sangre infeliz las manos moje.—
Calló; y avergonzados de sus males,
Se fuéron de uno en uno los fiscales.»

Deseaba entender qué hubiese escrito,
La dama ilustre y la curiosa gente,
Y satisfizo bien á su apetito
La dueña, y dijo así discretamente:
«Señora, su saber es infinito,
Y sobre nuestras ciencias eminente:
Quizá escribió de cada cual las culpas,
Que á la mujer sirviesen de disculpas;

»La cual se quedó triste, y preguntóle
El buen Jesús:—Mujer, ¿quién te condena?—
Y ella humilde y confusa respondióle:
—Nadie, por tu piedad, me ha dado pena.—
Y él, manso y amoroso, replicóle
Con santa y dulce boca y faz serena:
—Ni yo tampoco. Vete, y mas no peques;
Porque en justicia la piedad no trueques.—»

Quedaron todas con razon movidas
Del casto amor y paternal oficio,
De la pobre mujer enternecidas,
Y admiradas del alto y gran juicio;
Y por verse mas tiempo entretenidas
En tan suave y placido ejercicio,
Le rogaron que mas les reliriese
Historias del Señor, si mas supiese.

Y ella les dijo: « Contaré gozosa
De Magdalena la mudanza extraña,
Dama en beldad y en discrecion famosa,
Y famosa por esto su hazaña:
Una hermana tenia religiosa,
Que la virtud jamas á nadie daña,
Marta por nombre, que á Jesus seguia
Y sus divinas pláticas oia.

»A Magdalena persuadió lo mismo,
Diciéndole: — Verás un hombre nuevo,
De gloria un sol, de gracias un abismo,
Un varon grave y un gentil mancebo.—
Por aquí comenzó su cristianismo;
Aqueste fué de su aficion el cebo;
Y fué Maria, que es su propio nombre,
A verte, no por Dios, sino por hombre.

» Oyó un sermón, y oyócelo en tal punto,
Que, de mujer profana y deshonestá,
La hizo de virtudes un trasunto,
Y una imágen de bienes mil compuesta:
Dió á sus deleites y á sus vicios punto,
Devota se mostró, mostróse honesta,
Lloró sus culpas y gimió sus males,
Y dello fueron los principios tales.

»Supo que estaba el buen Jesus comiendo
En casa de Simón, y toda llena
De lágrimas, dejó su vano estruendo,
Y á declaralle fué su santa pena;
Y un vaso preciosísimo cogiendo
De nardo, caminó con faz serena,
Y triste le buscó, y hallóle luego;
Y así le declaró su casto fuego.

»A sus espaldas y á sus piés se puso,
Y comenzó á lavar sus piés beninos
Con un ardiente amor del cielo infuso,
Y con rios de lágrimas divinos:
Su peinado cabello descompuso,
Haciendo mil prudentes desatinos;
Y volviólo en suavísimas toallas,
Para, en vertiendo lágrimas, limpiallas.

»Vertiólas de sus ojos, y limpiólas
Con sus cabellos y sus blancas manos,
Mas no dió de su amor las muestras solas,
Cual los amantes suelen dar profanos:
Con hechos las juntó, y acompañólas
Con ejemplos de vida más que humanos;
Agora vive y vivirá su fama
Mientras queme el calor y arda la llama.»

Esto contó la dueña venerable
Y secreta discipula de Cristo,
Y aun mas dijera de su trato afable
Casos que habia en varias partes visto;
Pero fuése la noche irrevocable,
Y andaba por allí Mercurio listo,
Y desató la plática, enojado
De ver que él la ocasion hubiese dado.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Llevan á Cristo al Presidente sabio,
Que de su gran valor se maravilla;
Y al necio rey, por no hacerle agravio,
Lo remite, y Jesus no se le humilla:
Heródes, porque no desplega el labio
El buen Señor, desde su regia silla
Por loco lo desprecia; y Cristo un cielo
Ve de sabios, y toma algun consuelo.

La blanca aurora con su rojo paso,
En nubes escondida, caminaba,
Y los celajes del oriente raso,
De oro confuso y turbia luz bordaba;
Y adivina quizá del triste caso,
Oscurecer quisiera, y alumbraba,
No voluntaria, no, mas obediente
Al que gustó de estar en cruz patente.

El rubio sol, teniendo la carrera,
Escasa daba su hermosa lumbre,
Y discurría por la cuarta esfera,
Ya no por intencion, mas por costumbre;
Y si juntarse con verdad pudiera
En el bajo hemisferio y alta cumbre
Oscuridad y luz, y noche y dia,
Todo, por hacer monstruos, lo haria.

El aire sus alegres arboles,
De apacible escarlata sonrojados,
Que parecen vistosos tornasoles
De diversos matices retocados,
Quitaba al sol; y á mil ardientes soles
Que embestirle quisieran abrasados,
Melancólico y turbio se hurtara,
Porque la claridad no le bañara.

Las dulces avecillas voladoras,
Que al rayar de la luz cantan risueñas,
Olvidando las músicas sonoras,
Por su Dios se mostraban zahareñas:
Mudas las lenguas, ántes chirriadoras,
Daban de su dolor bastantes señas;
Que, como naturalmente obedecen
A Dios, por Dios callando se entristecen.

Los peces, que en el agua trasparente
A la mañana alborozados juegan,
Y la plaza del aire refulgente
De aljofar cubren y de escarcha riegan,
Y remedando al escuadrón valiente,
En varias tropas á encontrarse llegan;
Dividian los líquidos cristales,
Mustios por ver á Dios en penas tales.

Las fieras, en los bosques detenidas,
Contra lo que sus almas les dictaban,
Las hondas cuevas de horror vestidas,
Huyendo de la nueva luz, buscaban;
Y allí presas, con rabia enfurecidas,
A su Criador bramando se quejaban,
Y si tuvieran para mas licencia,
Vengarán su pasión y su paciencia.

Solo Caifas, mas que las bestias bruto,
De la aurora no vía el paso lento,
La escaseza del sol, del aire el luto,
Y de las aves el callar atento;
Del mar turbado el singular tributo,
De los peces el tardo movimiento,
Y de las bravas fieras los enojos;
Porque la envidia le cegó los ojos.

Airado y diligente con extremo
Al consejo llamó: ¡Quién tal pensara,
Que para sentenciar al Dios supremo
A consejo en la tierra se llamara!
Mas tú, Señor, á quien adoro y temo,
Los fieros consultores me declara
Que pronunciaron á tu brazo fuerte
Sentencia injusta de afrentosa muerte.

Vinieron los soberbios fariseos,
Que sepulcros hermosos parecían,
Y sus obras, palabras y descos
Al necesario hado atribuían;
Y diez años, los actos himeneos
Renunciando, cual virgenes vivían;
Y que las almas justas se pasaban
De unos cuerpos en otros afirmaban.

Halláronse en la junta peligrosa
También los saduceos engañados
Que, duros, con protervia sediciosa
Negaban los espíritus sagrados,
La vida de las almas preciosa,
Que en siglos se eterniza dilatados,
Y la resurrección de los mortales,
Que ha de ser en los cuerpos ya inmortales.

Y fueron convocados los eseuos,
Sin ceremonias, templo y sacrificios,
Y dellos diferentes los sabuenos
En variar las fiestas y ejercicios;
Y discrepantes destos los gorteos,
Aunque todos conformes en los vicios,
Y en no admitir de los Profetas santos
Los sacros libros, que estimaban tantos.

Ni faltaron de allí los dositeos,
Que animales ó peces no tocaban,
Y el día principal de los hebreos
Con religion ridicula guardaban,
Pues ni mudarse, ni hacer meneos
Varios, del modo y punto donde estaban,
Ni comer en el sabado querían;
Mas las resurrecciones admitían.

Llegaron los baptistas incansables,
Que en otoño, en estío, en primavera
Y en los días de invierno incomportables,
Se bautizaban, cual si juego fuera,
Y el pescado y las carnes saludables
Juzgaban por comida odiosa y fiera;
Y de Moises los libros excelentes
Despreciaban con celos imprudentes.

Y acudieron, al fin, los herodianos,
Que al mal Heródes, como al Rey ungido
Que anunciaron los libros soberanos,
Adoraban con ánimo rendido:
¡Oh contumaces, pérfidos, profanos!
Si veis el cetro de Judá perdido,
Ved en Jesus las otras profecias,
Y le tendréis por el comun Mesias.

Como los animales ponzoñosos
Se llegan á la lumbre de la vela,
Enamorados no, pero envidiosos,
Para matar la luz que los desvela,
Y vuelven y revuelven presurosos,
Asesando á la ardiente centinela,
Temiendo el resplandor que los descubre
Y buscando el horror que los encubre;

Tal estos nuevos monstruos, enemigos
De Cristo, á ver la inmensa luz se llegan,
No por ser del ni de su luz amigos;
Que á su divino resplandor se ciegan;
Mas porque son de la verdad testigos,
Y la misma verdad confusos niegan:
Andan por apagar la luz despiertos,
Y por quedar sin luz mas encubiertos.

Entran pues al concilio todos juntos,
Príncipes, sacerdotes y prelados,
Y en dos precisos y notables puntos
Resuelven sus intentos mal fundados;
Que la habido de Jesus claros barruntos
(Por do están en gravísimos cuidados)
Que es el Hijo de Dios, y que él lo dijo,
Y que muera, por ser de Dios el Hijo.

Mandan que atado á su presencia venga,
Y atado viene á su presencia el Santo:
¡Es posible, es posible que convenga
Que la alteza de Dios se humille tanto?
Eslo. Y entrado, hacele una arenga
Confusa y larga, con pavor y espanto,
Caifas, de mal fingidos mil excesos,
De que pretende fulminar procesos.

Llámanse pues testigos insolentes,
Y dice cada cual sus falsedades,
Unos, que come con diversas gentes,
Y algunas de menores calidades;
Otros, que en el lavarse negligentes
Sus discipulos son, ¡ved qué maldades!
Otros, que en Belcebub saca demonios,
Y no eran convenientes testimonios.

Mas á la postre vienen dos falsarios,
Encaramando un grave mal ejemplo,
Y deponen que ha dicho en tiempos varios:
«Yo desharé de Dios el sacro templo.»
Mientras vosotros, pérfidos contrarios,
Así mentís, al buen Señor contemplo
Con rostro humilde y mesurada vista,
Que amansa fieras y áspides conquista,

Presas atras las liberales manos,
Y con sogas ceñido el santo cuello:
¿Manos tales á nudos tan profanos
Entrega Dios y da cuello tan bello?
Desquiciense los polos soberanos;
Y si no llora el hombre, tiemble dello;
Que son estas prisiones beneficios,
Y con amor se pagan, no con vicios.

Calla Jesus, ¡oh Verbo inaccesible!
A quien pronuncia el Padre omnipotente,
Y con solo tu lengua inteligible
Declara cuanto supo eternamente:
¿A la de tu criatura voz falible
Callas, y sufres tu mazo y paciente?
¿Y mueve el hombre odiosas disensiones
Sin estar acusado y en prisiones?

Pero de un bravo espíritu irritado,
Caifas á la demanda salió ardiendo,
Y acabar el proceso comenzado
Quiso sin tanto judicial estruendo;
Y preguntó á Jesus, alborotado,
Ya su respuesta y gravedad temiendo:
«Y por Dios te conjuro (á voces dijo)
Que digas si de Dios eres el Hijo.»

Cristo le respondió grave y sereno:
«Tú dices la verdad, y aun mas te aviso,
Que el Hombre Dios, de resplandores lleno,
Y en nube orlada de radiante friso,
Y á la del Padre, inmensamente bueno,
Diestra divina, con humano viso
Vendrá sentado; y esto de aquí á poco.»
Quedó Caifas de la respuesta loco.

Y como el labrador mal advertido
Que, pensando asentar la bronca planta
En una alfombra de jardín florido,
Sobre algun áspid, sin saber, la planta,
Que el toco pié, con brevedad mordido,
Del suelo con aguda voz levanta;
Así Caifas, herido de su envidia,
Salta y grita y declara su perfidia.

Cual triste enfermo que en retrete oscuro
Guardado está del cielo refulgente,
Que si del claro sol un rayo puro
Le enviste y baña con su luz ardiente,
Del ofendido y della mal seguro,
Huye la claridad resplandeciente,
Los ojos cierra y brama encandilado;
Así gime el pontífice alumbado.

Cual caminante en noche tenebrosa,
A quien el rayo coge repentino,
Que de lejos la vista temerosa
Le ciega y saca de su paso y tino,
Y aun no tocado de su luz fogosa,
Las fuerzas pierde y pierde su camino;
Así Caifas perdió la excelsa cumbre
De la razon, con este rayo y lumbre.

Y dijo: «Blasfemó: ya habeis oido
Su gran blasfemia: ¿qué son de importancia
Los testigos aqui? Ya es conocido
Y claro su furor y exorbitancia:
¿Qué respondeis, senado esclarecido?
Qué os parece su perfidia factancia?»
Y pronunciado, al fin, ¡palabras tales,
Los vestidos rompió sacerdotales.

Era costumbre de la hebraica gente
Romper sus vestiduras al instante
Que el nombre de su Dios indignamente
Blasfemaba algun péfido arrogante;
Y Leequias, con celo vehemente,
Por no ser en el mal participante,
De Rapsacis oyendo el gran pecado,
Rompió sus vestiduras asombrado.

Y Jeremías tuvo á grande espanto
Que el otro rey sus ropas no rasgase
Viendo echar en el fuego un libro santo,
Por ser cual si de Dios se blasfemase;
Y al vano Heródes castigó Dios tanto
Porque otro sus vestidos desgarrase,
Cuando viese que el vulgo le ofrecia
Honras de la deidad que no tenia.

Mas era al sacerdote prohibido
Por ley divina y justo mandamiento,
El romper en tal caso su vestido,
Aunque viese un gravísimo portento;
Pero Caifas le puso aqui en olvido,
Al daño solo de Jesus atento,
Para solemnizar por gran blasfemia
De Dios la confesion, que el mismo premia.

Y así los mal mirados consultores,
«Digno es de muerte,» al punto respondieron,
Y con voces, con gritos, con clamores,
Confusamente la sentencia dieron;
Y al rostro de divinos resplandores
Con sus horrendas bocas escupieron:
¿Esa es cara, Señor, para escupilla?
¿Cara de quien el sol se maravilla?

¿El rostro que los ángeles gloriosos
Mirando, sus espíritus recrean,
Bocas de fariseos envidiosos
Manchan porque sus luces no se vean?
¿El rostro que á los hombres venturosos
Ilará, cuando en el cielo le posean,
Salivas cubren y gargarjos tapan,
Y en tales barbas con horror le empapan?

¿Oh sumo Dios, en tí mismo impasible,
Y de infinita gloria rodeado!
Oh Dios inestimable! Oh Dios terrible,
Por mí á tales bajezas humillado!
¿Quién te viera en tu silla inaccesible,
De altas inteligencias adorado,
Y bajara los ojos, y te viera
Hombre escupido de esa gente fiera!

Si el sér de Dios inmenso contemplara,
Y el sucio humor de aquellos torpes labios,
¿Que espantado y atónico quedara
Viendo á tal Dios sufrir tales agravios!
Oh Dios! Oh Dios, que ves tu linda cara!
Haz á los rudos hombres hombres sabios,
Porque alcancen al uno y otro extremo
De Dios hombre escupido y Dios supremo.

Era el día de Pascua venerable,
Y así no habia por su ley licencia
Para la ejecucion abominable,
Aunque se dió de muerte la sentencia;
Y por eso el concilio inexorable,
Escrúpulo fingiendo de conciencia,
Quiso á Pilato proponer la causa
De Cristo, y no hacer en ella pausa.

Y todos juntos, con ligero paso,
Con furia, con tropel, con alboroto,
Cuenta le van á dar del grave caso,
De su antiguo temor el velo roto.
¿Oh sol! en alumbrar te muestra escaso,
Y tú, tierra, levanta un terremoto,
Porque atadas las manos no se vean
Del Dios que ver los ángeles deanean.

Mas súfrela el Señor, y por los hombres
Mismos que injustamente se las atan:
Razon es, sol y tierra, que te aombres
Dél, y dellos tambien, que así le tratan;
O que las calles por do viene alfombres,
Mientras aquestos fieros le maltratan,
De honestas rosas y de castos lirios,
Agradeciendo en algo sus martirios.

De casa pues del príncipe inclemente
Sacan al buen Jesus con sogas preso,
Y él va con faz serena y dulce frente,
Muestra de amor y aun de amoroso exceso:
Corre admirada y en tropel la gente
A preguntar la causa del proceso,
Y unos heridos de dolor le siguen,
Y otros llenos de envidia le persiguen.

Acontece quemarse alguna casa,
Y al son de la campana apresurado,
Mientras el fuego con rigor la abrasa,
El vulgo concurrir abrotado:
Uno viene, otro llega y otro pasa,
Y mira cada cual lo mal parado,
Y todos en saber el hecho entienden,
Y pocos el remedio le pretenden.

Todos acuden á mirar á Cristo
En plazas, calles, puertas y ventanas;
Corre confuso el pueblo, y anda listo
El tropel de las gentes comarcanas;
Y ninguno, despues de haberlo visto,
Temiendo aquellas furias inhumanas
De príncipes, escribas, fariseos,
A declarar se atreven sus deseos.

Todos hacen corrillos, tropas hacen,
Y unos la causa de su muerte aprueban,
Otros á las calumnias satisfacen,
Y otros, no mas que por hablar, las prueban;
Otros sus maravillas le deshacen,
Y sus sermones otros le reprueban;
Y todos juntos, y confusos todos,
Y en varias partes y de varios modos.

Lázaro, que en las tropas se hallaba
Ni arrebozado bien ni descubierta,
Que el celo á declararse le obligaba,
Y el temor á tratarse como muerto,
Al principio sagaz disimulaba;
Mas, sabiendo de Cristo el daño cierto,
De su divino espíritu incitado,
Así habló con ánimo esforzado:

«Amigos, ya sabéis por cosa llana
Como fui muerto y que dejé la vida,
Esta vida mortal y vida vana,
Y á la eterna pasé mal conocida;
Y que si allá mi fe segura y sana
Fué por la verdadera recibida,
Lo debe ser acá, pues el objeto
De la fe allá se ve claro y perfeto.

»Pues el discurso de mi grave historia
Quiero contaros, y veréis, fieles,
Que es el Autor supremo de la gloria
El que va preso en rigidos cordeles:
No me falta, israelitas, la memoria,
Ni lo que digo lo aprendi en papeles;
Que estando ya en el trance de la muerte,
La verdad entendi de aquesta suerte.

»Tentábame un demonio astuto y fiero
Que á Jesus no adorase por Mesias,
Que era un pobre y humilde carpintero;
Que en esto se resuelven sus porfias:
Yo en su fe soberana estuve entero,
Y firme en las sagradas profecias,
Y encomendéme con devotos labios
A Jesus, y él deshizo mis agravios.

»El nombre santo de Jesus oyendo
Claramente, el demonio fué vencido,
Y con un espantoso y grande estruendo
Me dejó libre y se apartó corrido:
Yo le vi por mis ojos ir huyendo,
Y vi luego un ejército lucido
De ángeles verdaderos, que venían,
Y en sus manos mi alma recibían.

»Despues al tribunal de Dios supremo,
Que un resplandor cercaba pavoroso,
Fui presentado, y el mayor extremo
Probé de aquel juicio riguroso:
Refiriéndolo estoy agora, y temo
Que es aun solo en memoria teneroso:
Allí me hizo Dios todos mis cargos,
Y esperó con paciencia mis descargos.

»Allí fueron mis culpas manifiestas,
¡Oh qué de culpas! Oh qué de traiciones!
¿Qué de preguntas! Qué pocas respuestas!
¿Qué de pecados! Qué pocas razones!
En el eterno memorial vi puestas
De letra clara todas mis acciones;
Ni dije cosa ni formé conceto
Lijero, que me fuese allí secreto.

»Un demonio con furia me acusaba,
Y un ángel con piedad me defendía;
Aquel mi mala vida acriminaba,
Y este mis buenas obras proponía;
Y en esta confusión y guerra brava,
Y en esta grande y última porfía,
Estaba Dios en majestad inmenso,
Como recto juez, grave y suspenso.

»Miguel tenía en la derecha mano
Con suma rectitud un santo peso,
Y el enemigo del linaje humano
Echó en una balanza mi proceso;
Mas de mí guarda el ángel soberano,
Por darme mi descargo y contrapeso,
Le puso con segura confianza
Mis bienes en la otra igual balanza.

»Más que mis bienes vi pesar mis males,
La balanza con ellos inclinada,
Y ya temiendo penas infernales,
Mi alma triste se quedó asombrada:
¡Oh qué gemidos daba allí mortales,
De espanto llena, de dolor bañada!
Pero ayudóme el ángel verdadero
Que en vida y muerte fué mi compañero.

»—Y á sus pecados, dijo, la perfecta
Caridad contrapongo y fe admirable
Con que á Jesús trató, sumo Profeta,
Hombre y Dios y tu Hijo venerable;
Y del sudor bendito que respeta
Y adora el cielo, en este favorable
Peso pongo una gota, como en paga
Que por todas sus culpas satisfaga.—

»Al punto el peso varió mi suerte;
Excedió en bien, al mal puso medida,
Y trocó el miedo de la eterna muerte
En esperanza de la eterna vida;
Que acabar pudo mi batalla fuerte
En paz feliz y en gloria conocida;
La gota ilustre del sudor divino
Deste Rey, que á salvar el mundo vino.

»Y en palmas de los ángeles llevado,
Descendí al seno de Abraham dichoso,
Y en él fui recibido y hospedado
De aquel cóncave de ánimas piadoso:
Allí vide al primero y mas honrado
Padre de los vivientes generoso,
Y á los demas de quien la sacra historia
Hace, por su valor, digna memoria.

»Y alegres los hallé de haber sabido
Que ya el Mesías en el mundo estaba,
Y que para el consuelo era venido
Del limbo, que en sí presto le aguardaba;
Y el gran Bautista, entre ellos detenido,
Ser nuestro buen Jesús certificaba;
Y los ángeles buenos lo decían,
Que á traerles las nuevas descendían.

»¿Qué dirémos, á aquesto, amigos caros?
Dios, y ángeles, y santos, y demonios,
Y la experiencia, y los discursos claros
Dan de nuestra verdad mil testimonios.
¿Serémos pues á la razon avaros?
¿Dejarémos los ricos patrimonios
Perder de las divinas escrituras,
Por no sé qué invenciones mal seguras?

»Pero cuando no hubiese lo que digo,
Por otro modo conocí espantoso
Lo que os propongo cual fiel testigo:
Veldo; que es argumento poderoso:
Mi cuerpo en su mortal y oscuro abrigo
Y en su terreno y último reposo
Estaba, de gusanos ya cubierto;
Que en fin de cuatro días era muerto.

»Y mi alma, en el limbo descuidada,
Pasaba en felicísimo sosiego
La vida de los justos mas preciada,
Amando á Dios con casto y dulce fuego;
Cuando la voz de Cristo regalada
Con eficaz poder la tocó, y luego,
Del limbo, donde estaba, despedida,
La vi á mi cuerpo en el sepulcro unida.

»Como los otros cienientos huesos
Bañados del espíritu divino
Fuéron con nervios y ataduras presos,
En carne y piel salieron al camino
Los secos polvos, en humores gruesos
Vueltos por aquel soplo repentino
De Dios, que, vida en ellos espirando,
Iba carnes y huesos enlazando;

»Así la podredumbre en carne vuelta,
Y los gusanos della desasidos,
Y la materia en vivo humor resuelta,
Y los polvos en pieles convertidos,
La trabazon de mi armadura suelta,
Los nervios con vigor fortalecidos,
Y todo yo me vi libre de muerte
A la voz de Jesús gloriosa y fuerte.

»Lleno de horror salí, lleno de espanto:
Abri los ojos, y miré á la lumbre
De los ojos que Dios estima en tanto,
Claros soles de aquella humana cumbre;
Y vi que habían serenado el llanto,
Efecto de su amor y mansedumbre;
Y no fué poco no morir de nuevo
Al gran regalo de su aspecto nuevo.

»Formo yo pues agora este argumento:
O Cristo es hombre y Dios, ó es hombre solo;
Si es hombre y Dios, y hizo este portentoso,
Luego en decir quién es no trata dolo,
Y es digno de que el sabio entendimiento,
Desde el que vemos al oculto polo,
Lo adore; mas si no, ¿cómo le aprueba
Dios lo que dice con tan clara prueba?

»Dios es, Dios es, y debe ser creído
Por Dios, y por Mesías adorado.
Pues con su nombre solo fué vencido
De mí el demonio, y yo de mal librado,
Y el sudor de su rostro esclarecido
Por infinita paga fué estimado:
Hombre y Dios es, tenedlo así por cierto,
Hombres; que os habla un hombre vivo y muerto.»

Dijera mas el noble caballero,
Hablando en él su espíritu ferviente;
Mas un grave y celoso compañero
De su peligro le avisó evidente:
Dijole que el senado astuto y fiero
De la envidiosa farisáica gente
Andaba por prendelle, y que callase
Hasta que á mejor tiempo se mostrase.

Hizolo así, partiéndose al instante,
Entre la turba popular secreto,
Cuando llegó un ejército arrogante,
Que le buscaba para el mismo efeto:
Al fin se fué, y aun pareció importante
El vestido encubrir, mudar de aspeto,
Y en la casa esconderse de un amigo,
Que solo fuese de su amor testigo.

En tanto el buen Señor que hizo el cielo
Llegó al comun pretorio de Pilato,
Do los escribas su invidioso celo
Mostraron y su hipócrita mal trato:
Por no pisar el prohibido suelo
Del palacio fingieron gran recato;
Y atentos, á la puerta se quedaron
Del Prefecto, y en ella le aguardaron.

Que en los días de Pascua religiosos
Destas casas profanas se abstentian,
Y agora con cuidados ambiciosos,
Por parecer mas santos mas hacian:
Sus ojos, contra el justo cautelosos,
De ponzoña infernal mares vertian;
Que, si bien mesurados y compuestos,
A la misma verdad eran opuestos.

Salió á saber la causa el Presidente
De la venida y la prision de Cristo;
Preguntóla con ánimo prudente,
Y alegróse tambien de haberlo visto:
Luego la hebraica venenosa gente,
Fieros padres del pérfido Anticristo,
Con lenguas atrevidas y veloces
Propusieron su causa á grandes voces.

Decian que engañaba al vulgo necio,
Y que nuevas doctrinas predicaba;
Que el pueblo lo tenia en sumo precio,
Y por supremo Rey lo celebraba;
Que era negocio duro y caso recio
Una traicion disimular tan brava,
Y que se fuese un hombre sin castigo,
De toda la republica enemigo.

Como sucede en popular mercado
Furiosa levantarse una pendencia
De uno y otro linaje alborotado
De gente infame y falta de prudencia,
Que en confuso gritar desentonado
Es la prueba mayor de su sententia;
Así aquellos, de Dios crudos fiscales,
Le acusaban con voces desiguales.

Preso, mas con semblante generoso,
Estaba Cristo, y con serena cara,
Grave, intrépido, excelso, valeroso
En tanta furia y confusion tan rara:
Notó aquel proceder maravilloso
Pilato, y vió con evidencia clara
Muestras de rey en él, y así hablóle
Grandemente admirado, y preguntóle:

«¿Eres, por dicha, el Rey de los judios?»
Y Cristo: «No es mi reino de la tierra;
Que si lo fuera, los vasallos míos
Me librarán, le dijo, desta guerra:
Ellos mostraron bien sus justos bríos
Contra el Senado, que en prenderme yerra;
Mas al fin no es mi reino deste mundo.»
Y aquí calló el saber de Dios profundo.

«¿Luego rey eres?» dijo el Presidente,
Y respondióle Cristo mesurado:
«Tú dices que soy rey de aquesta gente;
Pero yo soy nacido y fui criado
Para dar testimonio conveniente
De la verdad que al mundo he predicado;
Y el que es de la verdad, mi voz escucha;
Que es grande su valor, su fuerza mucha.»

¡Oh sabios de la ley! si aquí os hallastes,
¿Cómo en esta dulcísima mesura,
Y entre tan duros y ásperos contrastes,
En tan sublime y general cordura,
Un ánimo de Dios no penetrastes,
Reprimidor de vuestra gran locura?
Si hombre puro y no Verbo y hombre fuera,
De otra suerte en su causa procediera.

Hablara con rigor en su defensa,
Vuestra notoria envidia publicara,
Descargos diera de su clara ofensa,
Pues ella estaba á la razon tan clara;
Y por hacer su causa, en recompensa
De su daño los vuestros intentara;
Mas en tan grave afán, lo sufrió todo
Con pecho excelso y mas que humano modo.

Era perfecto Dios, y hombre divino,
Y cual hombre nos dió sagrado ejemplo,
Y como Dios mostró su amor benino
En aquel de su alma ilustre templo:
¡Oh Rey en excelencias peregrino!
Sobre un monte de gracia te contemplo,
Do no llegan extrañas impresiones
De las hijas de Adán viles pasiones.

Mas dijo al fin Pilatos: «Yo no hallo
(Hablando á los injustos fariseos)
Cierta razon que obligue á sentenciarlo.»
Con lo cual se frustraron sus deseos;
Y así á voces procuran condenallo:
Hacien lo capitan de galileos,
Y que alborota el mundo le replican,
Y envidiosos clamores multiplican.

Habiase una secta levantado
Que al César el tributo le negaba,
Y tuvo su principio ya fundado
En gente galilea, inculta y brava:
Parecióle por esto al mal Senado
Que el proceso de Cristo acriminaba;
Porque en los capitanes deste hecho
Pilato habia grande estrago hecho.

Muchos soldados envió furiosos,
Con un caudillo en proceder astuto,
Que á los autores de la secta odiosos
Cubrieron de mortal y eterno luto,
Pues en los sacrificios religiosos
Con su sangre pagaron el tributo,
Descendiendo protervos á la vida
Que en el fuego infernal está escondida.

Lo mismo pretendió la farisea
Turba feroz; y el Presidente sabio,
Entendiendo que Cristo en Galilea
Abierto habia su elocente labio,
Y que estaba ya Heródes en Judea
Y en la ciudad, por no hacer agravio
Al buen Jesus, mandó que lo llevasen,
Y al galileo rey lo presentasen.

Sale bramando la enemiga y fiera
Tropa de aquellos bárbaros fiscales,
Y llevan al Señor de una carrera
Do estaba el Rey en sus palacios reales:
Todos priesa le dan, nadie le espera;
Gritanle los ministros infernales;
Y él, preso y acezando y con la carga
De nuestra culpa y pena, el paso alarga.

Aspera sogá aprieta su garganta
Hermosa y grave, y corredizo nudo
Esta y aquella mano ilustre y santa
Ciñe y desnella con dolor agudo:
El rostro, á quien el cielo salmos canta,
Con deshonras ofende el pueblo rudo:
Polvo le cubre, y el sudor sangriento
Le tñe y cansa y quita el sacro aliento.

Oh tú, que así le llevas, hombre duro,
Si no en peñasco, en tigre convertido,
Ya que no subes, por tu ingenio oscuro,
Al sér de Dios el ánimo abatido,
Y el trono de márfil excelso y puro,
Donde habita, de soles mil vestido,
No contemplas, oh bárbaro, siquiera
Advierte y mira ese varón quien era.

Era un predicador inestimable,
Que hablando, las almas suspendia;
Era un profeta de virtud notable,
Que prodigios grandísimos hacia;
Era un hombre de aspecto venerable,
A quien el mas protervo se rendia:
En esto pues repara, esto te rija,
Prenda tus manos, y tus piés corrija.

Pero mientras camina apresurado
El Señor de los cielos por el hombre,
Pilatos, de sus gracias admirado
(Que no es mucho que á un hombre Dios asombre),
De alguna gente ilustre rodeado,
Trata y pregunta por su vida y nombre;
Su gravedad pondera, y su prudencia
Alaba, y escudriña su conciencia.

Pesa el constante y sosegado pecho
Entre tan bravas y enemigas furias,
Y el corazon, cual le parece, hecho
A sufrir con valor grandes injurias:
«Quién, dice, no defiende su derecho
En cuantas el sol ve romanas curias?
Quién no pide al juez? Quién no le ruega?
Ó ¿quién razones en su pró no alega?»

«¿Quién estorbar su muerte no procura,
Ultimo daño de la vida humana?
Quién su preciosa tana no asegura,
Aunque la funde en apariencia vana?
Quién no estima su próspera ventura,
Y para más gozarla, más no afana?
Quién por su honor y su salud no mira?
Y ¿quién de lo contrario no se admira?»

»Este varon ni su salud pretende,
Ni su prez guarda, ni su honor estima,
Ni su fortuna ó su virtud defiende,
Ni la fama que al cielo le sublima;
Y cuando su enemigo mas le ofende,
Mas su afrenta y su muerte desestima:
Ni suplica, ni ruega, ni propone;
Solo silencio á su ofensor opone.

»Y ser Hijo de un grande Dios hebreo
Todos afirman: ¡caso inescrutable!
;Habrà quien satisfaga á mí desseo,
Y algo de su linaje y dél me hable?
Que yo, sin alcanzarlo, casi veo
Alguna historia oculta y admirable
En este nuevo y más que varon sabio,
Que ni su vida precia ni su agravio.»

Así dijo el latino presidente,
Y uno que estaba allí, discreto anciano,
De antiguos senadores descendiente,
Justo heredero del valor romano,
En ciencias claro, en armas excelente,
Y aunque gentil, de trato y pecho llano,
Que Roma lo crió, lo enseñó Aténas,
Y la virtud le dió costumbres buenas;

Poniendo en tierra los atentos ojos,
Y mesurando el señoril semblante,
De gran meditacion claros despojos,
Y anuncios de una plática importante,
No guiando el sentir por sus antojos,
Sino por la razon pura y constante,
Mirando al Presidente, así le dijo,
Y él le escuchó, á su voz atento y hijo:

«Casi tres años há que detenido
Este Jesus me tiene aquí en Judea;
Y á sus hechos ilustres advertido,
He procurado conocer quién sea:
Con certeza y verdad no lo he sabido;
Mas porque su valor grande se crea,
Algunas contaré, de muchas cosas
Que es público haber hecho, milagrosas.

»Y ántes supongo, por comun lenguaje,
Que lo tienen por Hijo verdadero
De un poderoso Dios de alto linaje,
Que del mundo ha de ser Juez severo:
Si es cierto, ¿quién habrá que no se ataje
Y tema algun castigo venidero,
Y tal cual hizo Júpiter tonante
En Licaon soberbio y arrogante?

»Sabemos que, viniendo á ver la tierra,
Y á visitar del mundo las maldades,
Licaon, con aleve y torpe guerra,
Quiso inquirir sus altas propiedades:
;Oh cuánto el hombre miserable yerra,
Que ofende á las etéreas majestades!
Al convite de Dios, un niño asado
Puso en la mesa: ¡hecho no pensado!

»Júpiter, advirtiendo su locura,
La casa le abrasó con fuego ardiente,
Y en lobo transformado, en la espesura
De un monte lo encerró perpetuamente:
Subióse á la region del cielo pura,
Y consultando á la suprema gente,
Mandó á las nubes que aguas derramasen,
Con que el mundo en diluvios anegasen.

»Así se hizo; que al divino imperio
¿Cuál puede resistir fuerza terrena?
Vidose de aguas lleno el hemisferio,
Y la esfera del aire de aguas llena:
En este caso pues fundo el misterio
De Jesus, que su gente vil condena:
¿No puede ser que venga á visitarnos
Para si le ofendemos anegarnos?

»Si él es Hijo de Dios, ¿qué mucho fuera
Disimular un poco nuestros males,
Y con ira despues terrible y fiera
En el mundo llover daños iguales?
Y si de lluvias no, de otra manera,
Pues, conforme á los hados celestiales,
Al orbe ha de abrasar un triste fuego
Que lo acabe y resuelva en humo ciego.

»Y he visto en él proezas tan extrañas,
Que exceden á las inclitas memorias
De aquellas ilustrisimas hazañas
Que de los dioses cuentan las historias:
Siguiéndole una vez grandes compañías,
Del buen olor llevadas de sus glorias,
Y faltándole pan, tuvo cuidado
De hacerles un banquete nunca usado.

»A Filipe, un discípulo querido,
Le preguntó si pan se hallaría
Con que dar de comer al afligido
Pueblo, que ya cansado le seguia;
Y diciéndole, ménos advertido,
Que mucha cantidad no bastaría
De dinero, por ser tanta la gente,
El hizo así un milagro bien patente.

»Estaban cinco panes allí acaso;
Pidiólos, y al momento los bendijo;
Partiólos, y no fué convite escaso
El que dió del supremo Dios el Hijo;
Que en órden puestos en el campo raso,
Del banquete, más dulce que prolijo,
Mas de cinco mil hombres se hartaron,
Y de pan doce espuelas les sobraron.

»¿Hiciera aquesto Júpiter ó Apolo?
Dellos empresa tal no se refiere:
Y que no puede haber en ella dolo
La razon misma natural lo infiere:
Si él es Hijo de Dios, manifestólo;
Que Dios hace prodigios cuando quiere;
Pero en otra hazaña más notable
Se vió mejor su espíritu admirable.

»A cierto desposorio le llamaron,
Y en medio del banquete faltó vino,
Y habiéndolo sabido, le rogaron
Que se mostrase, y con razon, benino:
Excusóse, y al fin le importunaron;
Y avisando al mayor Arquiteclino,
Le dijeron que humilde obedeciese
A cuanto aquel Señor le dispusiese.

»Mandó henchir los vasos de agua pura;
Hinchéronlos, y llenos brevemente,
En vino de suavissima dulzura
Mudó el agua, eual Dios omnipotente:
De Baco en su mas próspera ventura
No vemos que grandezza tal se cuente:
Todos bebieron deste vino ilustre,
Que honró el convite y dió á las bodas lustre.

»Otra vez, predicando en cierta nave,
Al pescador mandó tender las redes,
Y de su buena suerte echar la clave.
Diciéndole: «En mi nombre, echarla puedes.»
Y como con verdad todo lo sabe,
Y hace con amor estas mercedes,
Tantos peces juntó, que reventaba
La red, y por mil partes se rasgaba.

»Algunos pescadores acudieron,
Y preñada del mar la red sacaron,
Y dos pequeñas naves que hinchieron,
Peces por las entenas rebosaron:
Todos de asombro y pismo se cubrieron;
Y uno de los que al hecho se hallaron,
Postrado dijo: «Véte, oh Dios supremo;
Que por ser pecador tu vista temo.»

»Estas y otras perfectas maravillas
Ha obrado, que los dioses soberanos,
Cuando bajaban de sus altas sillas,
Hacer solian por sus propias manos;
Y quise por extenso referillas,
Para que sus prodigios sobrehumanos
Nos enseñen que es hijo de algun padre
Mayor y más subido que su madre.

»Y hanme dicho que algunos arrepticios
(Que así los nombran, y quizá endiosados,
Por los terrenos dioses de los vicios,
Que andan entre nosotros ocultados),
Dieron desta verdad graves indicios,
Siendo por él con brevedad curados,
Y llamándole á voces los demonios
Hijo de Dios, con claros testimonios.

» Mas reñalos él con grande imperio,
Y que hablasen no les permitia,
Y aqui debe de estar algun misterio
Que quizá de su Hijo el Cielo fia:
Plega á Dios que el indigno viterio,
Que con humilde pecho y alma pia
Sufre, no pare en abrasar el mundo!
Que es el callar de Dios alto y profundo.

» Pero subir mi relacion pretendo
A hechos mas insignes y espantosos,
Con que probar deste varon entiendo
Más que de nuestros dioses poderosos:
Ellos, si bien su estilo comprehendo,
Los hombres en vivir facinerosos
Convertian en formas diferentes,
Castigando sus culpas insolentes.

» Era la correccion de las maldades
Su ocupacion mas cierta y conocida,
Y ninguno curaba enfermedades,
Ni á los muertos volvió jamas la vida;
Mas este Dios, de nuevas calidades
Es y de una piedad esclarecida:
A los enfermos sana, y á la muerte
Quita el poder, y en vida la convierte.

» Un hombre treinta y ocho años habia
Que estaba de un antiguo mal tullido,
Y en su penoso lecho residia,
De afliccion y cansancio consumido:
Casi el humano espiritu vivia
En solo piel y huesos detenido:
A este llegó Jesus, y preguntóle:
—¿Quieres sanar?— y él, triste, respondióle:

—Hombre no tengo que me favorezca,
Y cuando se revuelve la picina,
De mi grande dolor se compadezca
Y me arroje á probar su medicina:
Nadie á hacerme bien hay que se ofrezca;
Nadie á curar mi mal se determina.—
Oyéndolo Jesus, dijo:—Tu lecho
Toma, y anda.—Y al punto así fué hecho.

» Parece que el aliento de su boca
De la misma salud es el aliento,
Pues á la enfermedad que con él toca,
La desbarata como polvo al viento:
A un espanto admirable me provoca
Cuando sus obras imagino y cuento:
Virtud dicen que sale de sus manos,
Virtud que á los enfermos vuelve sanos.

» Mas ¿qué digo, Señor? Estando ausente
Cura cual si presente se hallara;
Que nunca su virtud omnipotente
En la distancia del lugar repara:
Un capitán de la romana gente
La experiencia probó de aquello clara,
Pues á un criado le sanó al instante,
Aunque dél se hallaba bien distante.

» ¿La muerte pues no huye á su mandado?
Huye cual de la misma vida eterna;
Apénas con sus ojos la ha mirado,
Cuando con solos ellos la gobierna:
La muerte y vida su poder le han dado,
Para que por su gusto las diciera:
Puede matar al hombre, y no lo mata;
Porque es piadoso y de ayudarle trata.

» A una doncella hija de un hebreo
Que á cierta sinagoga presidia,
En quien puso la muerte su trofeo,
La libró de la muerte el otro dia:
Era del padre el único deseo;
Perdiéndola, su clara luz perdia:
Jesus vino, y hallándola ya muerta,
Como de un sueño se la dió despierta.

» Sin hacer mas que asirla de la mano,
La mandó levantar, y levantóse:
Mirad si su poder es mas que humano,
Y si habrá quien hacerle injurias ose:
Si eres Hijo del Cielo soberano,
Haz que mi alma en tu favor rebose
Ilustres alabanzas de tu nombre,
¡Oh Dios oculto, y mas que mortal hombre! »

Asi dijo el filósofo elocente,
Y estando un poco en el hablar suspenso,
Prosiguió con su plática prudente,
Parto de un gran saber y un celo intenso.
» Y concluyo, decia, finalmente,
Que si es Hijo de Dios, y Dios inmenso,
No debe ser por hombreres sentenciado,
Sino con sacrificios venerado.

» Que Juno á los profanos labradores
Que no quisieron con humildes ojos
Respetar sus divinos resplandores,
En ranas transformó, vertiendo enojos;
Y Anteón, de sus perros cazadores
Y de sus dientes fué brutos despojos,
Porque alzaba la vista codiciosa
Al cuerpo santo de la casta diosa.

» Y cuanto mas aqueste varon sabio
Y Hijo de ese Dios no conocido
Disimulare con valor su agravio,
Debe ser con prudencia mas temido:
Que no despliega Dios tan presto el labio
Cuando es de sus criaturas ofendido,
Pues suele castigar con piés de lana,
Mas no con ira y penitencia vana.»

En esto hizo el docto anciano pausa,
A su modo gentil hablando,
Y con la verdadera y nueva causa
De Cristo viejas fábulas mezclando:
Su discurso gentil asombro causa
Y aficion al discreto amigo bando;
Que siempre dió relámpagos suaves
La luz de Cristo á los ingenios graves.

Y como el natural entendimiento,
Si bien traspasa, no le contradice,
Y la buena razon es fundamento
Que á la verdad primera no desdice;
Un acertado y gran merecimiento
A las altezas que la fe le dice
No sube á solas por su poca fuerza;
Mas á no repugnarlas bien se esfuerza.

Pilatós, de su plática elegante,
Y mas de las historias admirado,
Estaba con propósito constante
Y gustó de no haberle sentenciado;
Y procuró estorbar de allí adelante
Del mal concilio el ánimo dañado,
Hasta que la amistad del César pudo
Romper de la razon el fuerte escudo.

Mientras aquesto pasa, el poderoso
Hijo de Dios á Heródes preso llega,
Y alégrese de vello el ambicioso;
Mas con su inmensa luz se ofusca y ciega:
Está el Señor callado y valeroso,
Ni su pro afirma ni su daño niega,
Y están los fariseos enemigos
Presentando ante el Rey falsos testigos.

Y en vestido de grana refulgente,
Y cercado de ilustres caballeros,
Vuelve y revuelve la encrestada frente,
Ya al buen Jesus, ya á los escribas fieros:
Atiende y nota de la inica gente
Los afectos del alma lisonjeros,
Lisonjeros á sí, y á Dios atroces
Las bravas iras y enojadas voces.

Acúsante que á toda Galilea
Deja confusa y tiene alborotada,
Porque con esto el rey tirano vea
Su causa con envidia emponzoñada;
Y temeroso de que el vulgo crea
Por el Mesias de la Ley sagrada
A Jesus, le procure dar la muerte
Dura de cruz infame ó de otra suerte.

El Rey, que ver á Cristo deseaba,
Mas por curiosidad que por provecho,
Muchas con gran desden le preguntaba
De las que habia maravillas hecho:
Ya si de la matanza injusta y brava,
Y del sañudo y temerario hecho
De su mal padre, Cristo hubiese sido
La causa, en el portal recién nacido;

Ya si era, por ventura, el admirable
Príncipe que esperaban los hebreos,
Terror de las naciones espantable,
Y de Israel suavísimos deseos;
Ya si era á quien el vulgo variable
Juzgó por digno de inclitos trofeos,
Y en Salén recibió con larga pompa,
Con aparato nuevo y nueva trompa;

Ya si el Bautista, en el Jordan famoso,
Se hubiese por Mesias predicado,
Y una blanca paloma con gracioso
Remanso en su cabeza reposado;
Y al fin, que si el Profeta milagroso
Era de tantos siglos anunciado,
Que algun prodigio extraño allí hiciese
Le importunaba, para que él creyese.

¡Oh majestad, oh majestad humana,
Que al mismo Dios, al mismo Dios pretendes
Sujetar con desden y alteza vana,
Y cuanto más te elevas, más le ofendes!
Mira que es la potencia soberana
Que en sagrado furor contra ti enciendes,
De infinita grandeza y valor sumo,
Y tú tierra, ceniza, polvo y humo.

Baja, baja el penacho inaccesible
A los hombres, y á Dios hollado suelo;
Mas piensa tu cerviz incorregible
Como gigante conquistar el cielo:
¡Oh qué sandez, qué frenesí terrible
Del fuerte vino de tu ardiente celo!
Borracha estás, y no imaginas, triste,
Que al fin nada serás, cual nada fuiste.

Cristo pues, con silencio venerable,
No responde al tirano mal nacido;
Y él ya muestra la boca y rostro afable,
Ya el rostro y pecho en cólera encendido;
Ya le acaricia plácido y amable,
Ya le amenaza extraño y desabrido;
Ya es de amor, ya es de odio la batalla,
Y á todo el buen Jesus humilde calla.

Mas ¡oh Dios! su callar prudente y sabio
El Rey juzgó por cierta y gran locura,
Y mofó dél con desdenoso labio,
Tonta fingiendo á la mayor cordura;
Y mandóle poner ¡oh injusto agravio!
Una blanca y luciente vestidura
Porque burlasen dél, tenido en poco,
Viéndole como rey, pero rey loco.

Y vase luego, y déjalo en las manos
De pajes mil, al gusto aduladores,
Y de otros lisonjeros cortesanos.
Que con injurias compran sus favores:
Agradarle apetece inhumanos,
Y al que sirven eternos resplandores,
Temblando, de una ropa refulgente
Visten infame y alreosamente.

Y este le dice una palabra fea,
Y el otro un chiste á su sentir discreto;
Uno mofando dél se regodea,
Y otro se hace loco mas perfeto;
Uno le arroja y otro le acocea;
Y así todos le pierden el respeto:
¡Oh saber infinito! ¡Quién pensara,
Que por locura el mundo te juzgara!

No me admira, Señor, que en un pesebre,
De una doncella nazcas tiritando;
Ni que en tus blandas carnicitas quiebre
Su fuerza el viento, con rigor soplando;
Ni que, circuncidado, te celebre
Sola tu Madre y su Josef, llorando;
Ni que tan presto Heródes te persiga,
Y el destierro y temor te ofenda y siga:

Ni que despues, cual pobre carpintero,
Cojas la azuela y tomes el cepillo;
Ni que á la Virgen, niño placentero,
La hebra desenvuelvas del ovillo;
Ni que el rostro, cual hombre verdadero,
Con el ayuno pongas amarillo;
Ni que á las almas busques, fatigado
De los trabajos que ellas te han buscado:

Ni que en el huerto sudés, temeroso,
De tu bendita sangre tanta copia;
Ni que te prenda el escuadron furioso
Por quien la sudas, con su mano propia;
Ni que el amigo tiempo de reposo,
Cuando se ocupa el sol en la Etiopia,
Pases tú sin dormir, entre sayones,
Afrentado con duros bofetones:

Ni que en tantos perversos tribunales
Así por criminoso te presenten,
Y duras sogas de tus manos reales
Rasguen la piel, la sangre te revienten;
Ni que hombres tigres con ofensas tales
Tu cuerpo azoten y tu rostro afrenten.
Y espinas te barrenen la cabeza,
Del Hombre Dios la mas ilustre pieza:

Ni que en los hombros, con rigor molidos,
La cruz pesada lleves al Calvario;
Ni que allí te despojen los vestidos,
Y ese rompan divino relicario;
Ni que tus manos y tus piés heridos
Con clavos y dolor extraordinario,
Sufras entre ladrones baja muerte;
Cuanto me admira como loco verte.

Que en todo lo demas hombre perfeto,
Si bien atormentado, parecías,
Y aqui se muda el general conceto
Que de prudente y gran varon tenias,
Dios, que con resplandor vivo y secreto
Al pecho humano santa luz envias,
Della un rayo sutil me comunica,
Y en tu locura tu saber me explica.

El cristiano jamas ha padecido
Baldon que Cristo no lo padeciese
Primero, porque el cáliz desabrido
De la injuria, endulzado lo bebiese;
Ni trabajo ó dolor no ha recibido
Que el buen Jesus mayor no lo sufriese,
Por darnos el camino de la gloria
Cercado de batalla y de victoria.

Ya le llamaron vil samaritano,
Ya hechicero, ya de mal linaje,
Ya pobre, ya soberbio, ya profano,
Ya de menos católico lenguaje;
Y añaden ¡oh misterio soberano!
Agora á todos ellos este ultraje,
Y por loco frenético le cuentan;
¿De qué te hinchas, polvo, si te afrentan?

Manda el Rey pues llevarlo al Presidente,
Y el Salvador camina poco á poco,
Y alegre va la injusta y fiera gente
De que el vulgo le tenga ya por loco;
Que del prójimo el daño mas potente,
Aunque parezca mas liviano y poco,
Por ser á la deshonra de importancia,
Juzga la triste envidia por ganancia.

Mas para dar el Padre algun consuelo
A su obediente Hijo despreciado,
Con tierno amor y con suave celo
Le quiere abrir su pecho regalado;
Y un extendido y refulgente cielo,
Con infinitas luces dibujado,
Que ha merecido Cristo en su paciencia,
Le muestra, y muestra en él su providencia.

«Y si por loco te desdena el mundo,
Le dice, y por mi gloria lo padeces,
Innumerables, de saber profundo,
Varones á tu Iglesia le mereces:
En tus afrentas, como en polos, fundo
Este cielo, en que ufano resplandeces
Cual sol divino entre lumbres bellas,
Dando luz de doctrina á tus estrellas.

«Levanta ¡oh Hijo! pues tus claros ojos,
Oscurecidos con tan nueva injuria,
Y apártalos así de tus enojos,
Y ve de sabios esta ilustre curia,
Que son de tu victoria los despojos,
¡Oh cuerdo vencedor de loca furia!
Dijo; y Cristo en su Padre vió formado
Un cielo intelectual y estrellado.

Y en él vió sapientísimos maestros,
Que ilustraron su Iglesia con luz clara,
En ciencias puros, y en tratarlas diestros,
De fama generosa y virtud rara;
Y de la antigua edad y siglos nuestros,
Cuando se compra la verdad mas cara,
Muchos grandes varones parecian,
Que aquel místico cielo esclarecian.

Allí estaban los cuatro evangelistas,
Cual sagrados luceros alumbrando,
Del sol eterno sabios coronistas,
Y del mismo la luz participando;
Y otros de aquella edad graves salmistas,
Que, á Dios en dulces versos alabando,
De Cristo compusieron los cantares
Que hoy la Iglesia recita en sus altares;

Y nació el mártir, digno de memoria,
De tradiciones santas rico archivo;
Envuelto en limpios rayos de su gloria,
Lanzaba un resplandor gracioso y vivo;
Y el gran Dionisio en la feliz victoria
Que alcanzó del prefecto vengativo,
Y escribiendo se via y reluciendo
En el coro inmortal que iba escribiendo;

Y Atanasio, de herejes arrianos
Cometa infausto, y deste lindo cielo
Grande estrella, de efectos soberanos
Daba al Oriente universal consuelo;
Y Basilio y sus dos sabios hermanos
Ardiendo echaban de púrpúreo celo
Relámpagos que en luz al sol vencian,
Y entre sombras de injurias más lucian;

Y el teólogo insigne de Nazancio,
En colores pintado milagrosas,
Enseñaba verdades en Bizancio,
Y afrentas padecía vergonzosas;
Y él, que en destierro y con mortal cansancio,
Perseguido de lenguas envidiosas
Murió, y la boca tuvo de oro fino,
Mostraba allí su resplandor divino;

Y á Cirilo, que al pérfido Nestorio
Contradijo con ánimo valiente,
Uno de egipcios inclito auditorio
Veneraba, escuchando atentamente;
Y de griegos un docto consistorio,
Como cerco de estrellas refulgente,
Con claridad perfecta despedía
Vivos rayos de sacra teología;

Agustino también, inmensa lumbre,
Gran defensor de la divina gracia,
En aquella de sabios alta cumbre
Mostraba su dulzura y eficacia;
Y con su fuerte y general costumbre,
El doctor elocuente de Dalmacia
Que en Belen habitó, contra Pelagio
Le daba su magnífico sufragio;

Y Ambrosio, padre del valor perfecto,
Y asombro de tiranos formidable,
Y á quien Milan guardó sumo respeto,
En ciencia coruscaba perdurable;
Y Gregorio, pontífice discreto,
Sabio, prudente, justo, venerable,
De patricio linaje y santa vida,
Con luz centelleaba esclarecida;

Y los de Pedro dignos sucesores,
Desde su eterna cátedra invencible,
De la fe victoriosos protectores
Con doctrina rayaban infalible;
Y otros de la verdad claros doctores
Centellas de un ardor inteligible
Daban al cielo, con que el cielo ardia,
Y en caridad, no en fuego, se encendia.

Mas ¡oh tú, madre de varones sabios,
Noble academia de sagradas ciencias!
Si no es hacer á tu valor agravios
Y oscurecer tus claras excelencias,
Desplega, ilustre religion, mis labios,
Y de tus generosas influencias,
¡Oh circulo de estrellas rutilante!
Dame, para tu gloria, luz bastante.

Tú cual madre á tus pechos me criaste,
Y buena leche de virtud me diste;
Cual academia sabia me enseñaste,
Y en mí tus varias ciencias infundiste;
Como estrellado cielo me alumbraste
De mis tinieblas en la noche triste:
Madre, academia y cielo, dame agora
Para hablar de ti una voz sonora.

Mostró el Padre á su hijo soberano
En tu claro hemisferio luces bellas,
Tantas, que exceden al ingenio humano
Que en numero distinto quiere velas:
Cual luna sabia, un resplandor ufano
Entre el coro gentil de sus estrellas
Tu fundador, mi Padre, despedía,
Y en ciencia y fuego, en luz y amor ardia.

Y el ángel y doctor maravilloso
Y de la teología verdadera,
Rio de aguas y rayos caudaloso,
Reverberaba en la suprema esfera;
Y el mártir en el pulpito famoso,
Y de la inquisicion basa primera,
De colores y lumbres retocado,
Se mostraba en conceptos dibujado;

Y el de Ferrer clarísimo Vicente,
Terrible anuncio del fin juicio,
Como estrella rayaba en el poniente,
Sin voz cumpliendo así su grande oficio;
Y Antonino, con mitra refulgente,
Y al pueblo humilde con verdad propicio,
En la cátedra insigne de Florencia
Lucia en vida y coruscaba en ciencia;

Y el apacible en santidad Jacinto,
Apóstol incansable de Polonia,
Con claro azul y resplandor distinto
Alumbraba á la oscura Babilonia;
Y entre los grandes que en tu cielo pinto,
Alberto, gran decano de Colonia,
Favorecido de la Reina ilustre
Que es de Dios madre, al mundo daba lustre;

Y el alma de las leyes decretales,
Raimundo, espanto y honra de los reyes,
De la gloria mostraba los umbrales
Con sus rayos de luz y santas leyes;
Y Catalina, cuyas huellas reales
Devotas mil y religiosas greyes
Iban siguiendo en obras y doctrina,
Ciencia brotaba infusa y peregrina.

Mas ¿quién podrá contar, oh Madre santa,
De aquellos tus varones generosos
La copia inmensa, que entendida espanta,
Y á los astros excede numerosos?
De tantos sabios muchedumbre tanta
Los conceptos deslumbra mas lustrosos:
Déjolos de nombrar; que es vano intento
Las estrellas contar del firmamento.

También el padre y serafín alado
Y encendido en feliz y eterna llama,
Con su grave academia estaba honrado
De hijos dignos de perpetua fama;
De la Buenaventura acompañado
(Que así el doctor seráfico se llama),
Amores con sus manos escribía,
Y escribiendo, á su escuela arder hacia;

Y tú, padre de insignes agudezas,
Escoto, en argüir jamas vencido,
Meditabas profundas sutilezas,
De rayos cual pirámides ceñido;
Y otros, de la virtud raras proezas,
Y de la ciencia honor esclarecido,
Y deste cielo vivos resplandores,
Se mostraban allí claros doctores;

Y el defensor de la verdad, Egidio,
Del regio patriarca hijo noble,
Que tué al grande Tomas docto presidio,
Y corona ganó de fuerte robe;
Cuya fatiga generosa envidia,
Y ántes imitaré que el tiempo doble
Mi corta edad, si el ocio deseado
Da favor, como suele, á mi cuidado;

Y leones en ánimos robustos,
Y ángeles en ingenio penetrante,
Sabios Orozcos, Villanuevas justos,
Y Guevaras de espíritu constante;
Y otros en letras con razón augustos,
En el cerco se vían coruscante
De la ermitaña religión divina
Que de Agustín deliende la doctrina:

De Nolasco los nobles descendientes;
Y devotos de Cristo imitadores,
Que en varias tierras y diversas gentes
Son de afligidas almas redentores,
Claros en letras, en virtud fervientes,
Y firmes de la fe predicadores
A Zumel, su maestro salmantino,
Doctos cercaban con aplauso dino;

Y la gran religión de muchos sabios
Que tiene de Jesús el dulce nombre,
Contra los que á la fe hacen agravios
Eternizaba su inmortal renombre;
Hoy con mil lenguas habla y con mil labios,
Porque della el saber mismo se asombre;
Y dibujada allí también se vía
La juventud criando afable y pia:

Finalmente, varones infinitos
Deste cielo gentil, suaves astros,
Cartujos y bernardos y benitos
Dejaban de su honor lucidos rastros;
Y en lenguas dulces, tersos en escritos
Más que limpios y bellos alabastros,
Con ciencia y con piedad la Iglesia honraban,
Y con su luz allí lo declaraban.

Iba pues Cristo viéndolos atento,
De su virtud y letras agradado,
Y padecía su dolor contenido,
Por verse de sus lumbres rodeado;
Y con este subido pensamiento,
Si bien sensible, en éxtasi elevado,
Al palacio llegó del Presidente,
A quien le presentaron nuevamente.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

En oración la Virgen recogida,
A Gabriel oye que la sacra historia
De la resurrección á eterna vida
Le hace con suave voz notoria;
Y en tanto aquella gente fomentada
Elige á Barrabas, y al Rey de gloria
Pide la muerte de la cruz terrible
Con lengua osada y pecho incorregible.

Mas, ¡oh tú, Virgen, que del sol bañada,
Llena de gracia y gracias milagrosas,
Y de la luna estás los pies calzada,
Y ceñida de estrellas luminosas!
¡Oh Musa de los nueve respetada
Coros de inteligencias amorosas!
Espira en mi tu soberano aliento,
Y un alto y dulce y misterioso acento.

Y primero me di, Reina suave,
Madre del Verbo y madre de la vida,
Pues todo lo pasó y todo lo sabe
Tu alma, en solo Dios entretenida:
Cuando la tempestad furiosa y grave,
De su paciencia y tu valor vencida,
Al Hijo se atrevió que tú pariste,
¿Qué pensaste, Señora, ó qué hiciste?

Saca de los certísimos archivos
De tu pecho real la antigua historia,
Y escrita me la da en conceptos vivos,
Para hacerla con mi voz notoria:
Que aunque los tiempos vuelen fugitivos,
No se acabe con ellos la memoria
De hecho tal, no solo en prosa honrado,
Mas en heróico verso celebrado.

¿Andabas, por ventura, diligente
Del palacio, cansándote, al pretorio,
Rogando humilde á la envidiosa gente,
Y siguiendo su indigno consistorio?
¿Hacias de tu pena y daño urgente
Al vulgo vil magnífico auditorio,
Perlas vertiendo de tus ojos bellos,
Y el oro dando al sol de tus cabellos?

Estaba en su aposento recogida,
Orando de su Hijo y Dios piadoso
La pasión dada, pero no advertida
Por aquel pueblo en ceguedad famoso:
Sola estaba en su celda y afligida,
Revolviendo en su pecho temeroso
Grandes misterios á su pena iguales,
Y en muda interna voz palabras tales:

«¡Oh tú, Padre de aquel Hijo perfecto,
Que en sí tu esencia y tu bondad encierra,
Y como á tu vital digno conceto
Le adora el cielo, y treme dél la tierra!
¿Por qué sufres que agora esté sujeto,
Si bien mi Hijo, á tan injusta guerra,
Do le ofendan tan mal sus enemigos,
Y tan mal le deliendan sus amigos?»

»Hoy su hermoso y apacible cuello
Ciñen cordeles, sogas atormentan;
La barba ilustre y el sutil cabello
Le mesan manos, y uñas ensangrientan;
Hoy su serena frente y rostro bello
Verdugos viles con rigor afrentan;
¿Y tú, Padre, lo ves? ¡Oh Padre amado!
¿Estás del Hijo igual á ti olvidado?»

»Tú al Profeta, en el lago inaccesible
De bestias bravas de aguzados dientes,
Cuando más llenas de furor terrible,
Se las volviste mansas y obedientes:
Tú el fuego babilónico invencible
Y armado de relámpagos ardientes,
Cual aura dulce, con amor templaste,
Y á los tres santos niños dél libraste:

»Tú al mancebo David del jayán fiero
Y en armas poderoso defendiste,
Y del otro enemigo más severo,
Suegro suyo, victoria le ofreciste;
Y tú también á Jonatas, lijero
Trepando por peñascos mil, subiste
Al glorioso trofeo que no alcanza
El que no funda en ti su confianza:

»Tú haces, cuando quieres, maravillas:
Al sol detienes y su curso enfrenas;
Abres dentro del mar nuevas orillas;
Sus aguas rompes, muestras sus arenas;
De la zarza y del fuego las reñillas
Vuelves en paces de dulzura llenas;
Conviertes los desiertos en jardines,
Y guardas tu jardín con querubines.

»Guarda pues el jardín inestimable
De tu Hijo, y la zarza milagrosa
De su naturaleza venerable
No la abraza esta llama rigurosa;
Y en este mar de penas admirable,
Admirable le muestra y deleitosa
Playa, y del fuerte sol que así le ofende,
Con nube contrapuesta le defiende.»

Dijo; y en los suspiros vehementes
Las lágrimas volaron hasta el cielo,
Y en suspiros y lágrimas ardientes
Subieron sus palabras sin recelo,
A todos los afectos convenientes,
Y del todo el ansioso y presto vuelo;
Y cuanto hizo y pronunció María
Fué para Dios suave melodía.

Oyendo pues el Padre de la gloria
Su llanto y oración dulce y atento,
Llama á Gabriel y hácele notoria
Su mente inescrutable en un momento:
Infórmales con ella la memoria,
Y luz divina de su grave intento
Le da, y le dice: «Vé á la Virgen pura,
Y dile, y de mi parte la asegura,

«Que si bien morirá su Hijo amado,
Cual hombre, en una cruz, horrible muerte,
Presto será por mí resucitado
Y subido á feliz y eterna suerte;
Y desde allí gobernará sentado
Su imperio ilustre, poderoso y fuerte:
Vé, y díselo.» Calló, y mostróle al punto
Todo su intento en sí explicado y junto.

Postrá Gabriel de su inmortal corona
El oro fino y piedras rutilantes;
Humilla al sumo Padre su persona;
Deja su asiento de orlas radiantes:
Del cielo baja, el aire perfecciona,
Y labra dél sus alas importantes;
Jóven se muestra y forma lindo aspeto,
Mas á tristeza y á dolor sujeto.

El hermoso cabello al hombro suelto
Echa, y despide inmensos rayos de oro,
Y con grave y gentil desden revuelto,
Cortés guarda al oficio su decoro:
Color rosado y amarillo, envuelto
Con el de su beldad rico tesoro,
Tienen el rostro, á quien la blanca nieve
Aun imitar, vencida, no se atreve.

La ropa de los varios arrebales
Que á la mañana visten el oriente,
Y parecían oscuros tornasoles,
Hizo á su pena y gloria conveniente;
Y las alas pintó de muchos soles
Puestos en el dibujo al occidente,
Que tristeza notaban; mas decían,
No sé cómo, que presto nacerían.

Cual cisne alegre en dulce primavera,
Que, descubriendo el vado deleitoso,
Las frescas aguas y gentil ribera
Del templado Caistro caudaloso,
Levanta el cuello, bate la lijera
Blanca pluma con vuelo presuroso,
Y él mismo su tardanza reprehende
Hasta llegar al puesto que pretende;

O cual en sesgo mar la nave alada
Que con la proa el manso puerto mira,
Del animoso céfiro soplada
Que á sus espaldas fresco aliento espira,
El cristal hiende, rompe la argentada
Ventosa espuma por do el mar suspira,
Y aun á la misma rápida presteza
Juzga por floja y tarda y vil pereza;

Rasgó del aire la región más pura,
Pasó la helada con gentil denuedo,
Y á la tercera dió su hermosura,
En apariencia triste, en verdad ledo:
Suspendió luego en la montaña oscura,
Que vido al hombre y Dios con pena y miedo,
El largo vuelo, y contempló en su mente
Aquel sudor de Cristo vehementemente.

Y adoró las reliquias sacrosantas,
Y de sangre de Dios teñido el suelo,
Y veneró las huellas de sus plantas,
Y otra vez comenzó su limpio vuelo;
Y á la ciudad llegó que fué de santas
Almas antiguamente rico cielo,
Y do la Virgen puesta de rodillas
Estaba, y llenas de agua las mejillas.

Cual finas perlas sobre ardiente grana
Eparcidas á trechos con destreza,
Y como de la cándida mañana
El rocío en la flor de más belleza;
Así vido en la Reina soberana
De la maternidad y la pureza,
El ángel las mejillas milagrosas
Bañadas de sus lágrimas hermosas.

Humilde puso en tierra los hinojos,
Tierno pidió para hablar licencia;
Como afligido se limpió los ojos,
Y los labios abrió con reverencia:
«Cesen, oh Virgen madre, tus enojos,
De dolor llena, y llena de paciencia,
Que el Padre Eterno y dulce á ti me envía,
Dijo, ¡oh bella y santísima María!

»Al bien del mundo y á tu gozo atiende;
Salvar á aquel, y á tí consuelo darte,
Cual Dios y Padre universal pretende;
Que es Padre en todo y Dios en cualquier parte:
En la corona de la gloria entiende,
Como en mayor riqueza, mejorarte;
Mas has de batallar por la victoria
Que alcanza la corona de la gloria.

»Esfuérzate á sufrir del Hijo amado
La pasión dura, la afrentosa muerte;
Que así lo tiene Dios predestinado,
Y no puede trazarse de otra suerte;
Pero si bien está determinado
Que muera cual varón piadoso y fuerte,
También que resucite en paz gloriosa
Está en la mente sacra y poderosa.

»Y el modo ilustre con que Dios procura
Que esto se haga, referirte quiero,
Porque estés, en oyéndolo, segura,
Aunque la fe te lo enseñó primero:
Apénas romperá la muerte dura
Hoy de la humanidad el hilo entero,
No partiendo la unión más que admirable
De Dios al cuerpo y alma venerable;

»Cuando, el cuerpo quedándose en la tierra,
El alma baje al limbo vencedora,
Y al crudo infierno dé piadosa guerra
En pacífico punto y feliz hora:
¡Oh cuánto bien esta bajada encierra!
Pintarla importa por extenso agora,
Porque un rato la máquina suspenda
De tu dolor, mientras su gloria entiendas.

»Bajará pues el ánima triunfante
Por la victoria de la cruz gozosa,
Y como un sol de gracia rutilante
Bañará el centro de la noche odiosa;
Y quebrará las puertas de diamante,
Y espantará la gente pavorosa
Que funda su ciudad en los horrores
De atormentados y atormentadores.

»Y cual rompe la nube el rayo ardiente,
Y rasga y luce las tinieblas hondas
Con la improvisa llama refluyente
Que ardiendo finge tremolantes ondas,
Y arma y viste su furia vehementemente,
Más con lumbres tendidas y redondas
Que le rodean; con mayor espanto
El infierno abrirá tu Hijo santo.

»Así saldrán á ver espavoridos
Quién es el nuevo que á su cárcel llega,
Aquellos escuadrones atrevidos,
A quien obstinación y asombro ciega;
Mas con lucientes rayos, esparcidos
En torno, acabará la gran refriega,
El vencedor con obras respondiendo
A lo que así estarán ellos diciendo.

»—¿Quién es aqueste bravo que se atreve
A romper nuestras fuertes cerraduras,
Y generosos resplandores llueve
En las tinieblas para siempre oscuras?
¡Que tanto un hombre muerto en cruz se eleve!
Que no le espanten las mazmorras duras
De nuestro reino atroz! Si es hombre solo,
No acertó, hizo mal, perdióse, errólo.

»Y si es Dios, de su gloria eterna goce,
No baje acá, no luzca, no nos vea;
Su bienaventuranza se reboce,
Pues aun con ella nuestro mal desea;
Pero si es hombre y Dios, y hombres conoce,
¿Para qué se vistió de su librea,
Y morir quiso en cruz para engañarnos
Y de nuestros cautivos despojarnos?—

»Esto murmurarán las arrogantes
Y fieras tropas contra Dios unidas;
Pero á sus armas y obras importantes
Y á sus piés luego se verán rendidas;
Y él, ceñido de ejércitos pujantes
En virtud, y en escuadras bien regidas
De ángeles santos, con glorioso estruendo
Al limbo llegará resplandeciendo.

»Páreceme que veo, Reina clara,
Llenarse aquel lugar de inmensa lumbre,
A la presencia de tu Hijo cara
Y dulce por su afable mansedumbre;
Mayor que si el planeta la causara
Que dora con su luz la cuarta cumbre,
Y con ella mirando al Rey de gloria,
Ver en ella los santos su victoria.

»Y que Adán viene cual su siervo y padre,
Y Eva también con dulces alegrías,
A ti alabando su dichosa madre,
Y recibiendo dél los buenos días;
Y porque su contento más le cuadre,
Entre sí con suavísimas porfías
Disputando por ser primero en verle
Cada cual, pues lo fué para ofenderle.

»Y que le dicen regaladamente:
—; Oh eterno bien del mal irremediable!
Y culpa ya feliz y conveniente,
Pues tuvo Redentor tan saludable:
; Oh bien del mundo, y padre de la gente
Por nos puesta en estado miserable,
Y ya por tí linaje esclarecido,
Seas, cual te gozamos, bien venido!—

»Y que los pobladores de la tierra
En el primer diluvio de las almas,
Y los que en el segundo la gran tierra
De Armenia vieron con alegres calmas,
Y los que en santa y peligrosa guerra
Contra el vicio alcanzaron dignas palmas,
Patriarcas, profetas, capitanes
Gozan el premio allí de sus afanes.

»Y que el Bautista, su perfecto amigo,
Le respeta, le abraza y le venera;
Y como fué de la verdad testigo,
Le da su gloria la verdad primera;
Y al fin, postrado el bárbaro enemigo
Que el hielo vengador y llama fiera
Tiene por cárcel, sale Dios triunfando,
Y en orden lleva su dichoso bando.

»; Oh cómo allí los ángeles tremolan
En cruz pendientes ricos estandartes,
Y sobre el hondo cáos los enarbolan
Cual verdaderos victoriosos Martes!
; Cómo luego los aires arrebolan
De color variado en todas partes,
Y en subiéndolo a la tierra, hacen salva
Con música a la eterna y feliz alba!

»; Y cómo allí con inclitos favores
Regalará a sus nobles prisioneros,
Y mostrará en palabras los amores
Que en obras les ha hecho verdaderos!
Cercarlos ha de santos resplandores,
Y ceñirlos de ángeles guerreros,
Y el tiempo aguardara, cuando a la muerte
Vencerá con su vida ilustre y fuerte.

»Apénas pues el alba placentera
Aljófár lloverá en el verde prado,
Y alegre esparcirá la primavera
Sus flores á la luz del sol dorado,
Cuando el sol sacro de la emíreca esfera,
Que en el oriente de su Padre amado
Reposa, animará al tercero día
Su cuerpo, al alba y sol dando alegría.

»Afeado aquel cuerpo más hermoso
Que la tierra sostuvo, el cielo vido,
Estará en el sepulcro tenebroso,
Y en varias partes con rigor herido,
Como el que de un afán tan riguroso
Salió muerto, aunque estaba á Dios unido;
Mas luego que lo informe el alma pura,
Se bañará de inmensa hermosura.

»Suele una parda nube que oscurece
Al sol, y al occidente hace sombra,
Mientras la gran lumbrera no parece,
Parecer que con luto el aire alfombra;
Pero si el sol en ella resplandece,
Ni ya quita la luz ni al cielo asombra;
Antes, como preñada de mil soles,
Revienta en mil hermosos arboles.

»Así en entrando el alma refulgente
De Cristo en aquel cuerpo inestimable,
De oscuro lo pondrá resplandeciente
Con luz rara y belleza inimitable:
No hay acá semejanza conveniente
A aquella perfeccion incomparable;
Que es tierra lo de acá, y es más que cielo
El cuerpo que es á Dios ornato y velo.

»Mas ¿qué diré de las heridas bellas
Que en los piés y en las manos y el costado
Conservará, para mostrar con ellas
Su amor divino y corazón llagado?
Ni el terso relucir de las estrellas,
Ni el rayar de la luna plateado,
Ni el cielo empireo con su llama pura
Es huella de su inmensa hermosura.

»Tal pues, la grande losa penetrando,
Saldrá lleno de ilustres resplandores,
Y gracias y dulzuras desplegando,
Al día prestará luces y flores;
Y al terrible escuadron y fiero bando
De los muchos soldados veladores
Que le habrán puesto allí los fariseos,
Espantará, admirable en sus trofeos.

»Pero; con qué placer las almas pías,
Humildes, le darán dulces abrazos,
Lanzando por sus ojos alegrías,
Y apretándole á sí con firmes lazos!
Tenderán con devotas cortesías
Sus invisibles amorosos brazos,
Cuál por los piés, y cuál por la garganta,
Y cuál por la cintura sacrosanta.

»Y; con qué besos tocarán gloriosas
Aquellas de su amor seguras prendas,
Que entónces les serán llagas hermosas,
Y agora son heridas estupendas!
Y ellas, como reliquias victoriosas
Destas que sufren ásperas contiendas,
; Cuánto se dejarán besar afables!
Cuánto se dejarán gozar amables!

»; Cómo también los ángeles cantores
Los aires llenarán de voces claras,
Previnendo á los dulces ruiñeñores
Y venciendo en cantar sus lenguas raras!
Que si le dieron al nacer loores
Cuando le eran las músicas tan caras,
En la resurreccion del cuerpo santo
Mas dulce le darán y alegre canto.

»Hé aquí deshechos, Reina, sus trabajos,
Hé aquí su carne ya glorificada,
Que afrontas viles y desprecios bajos
Sufriendo va, del hombre enamorada;
Pero escucha los tiernos agasajos
Que ha de hacer á ti su Madre amada,
Y cómo en mar de gozo ahoga en ellos
La gran tristeza de tus ojos bellos.

»; Oh Virgen! Estarás entónces llena
De dolor grave, de tormento amargo,
De afán cercada, sumergida en pena,
Y un punto juzgarás por tiempo largo;
Si bien con fuerte pecho y faz serena
Harás al Padre tu amoroso cargo,
Pidiendo que á tu Hijo rescuite,
Y su gloria y tu amparo solicite.

»Y cuando esté con mas razon, Señora,
Tu alma triste, oscuro tu aposento,
Antecediendo al paso del aurora
El sol te nacera de tu contento;
Y con su luz, á quien el cielo adora,
Herirá tu bel rostro macilento,
Y llenará esta cuadra de mil rayos,
De rosas, flores, primaveras, mayos.

»Como la flor de extraña maravilla,
Clicie, se entorna y busca al sol ardiente,
Y cuando se le esconde, se amancilla,
Haciendo así por él otro ocidente;
Y abre su faz hermosa y amarilla,
En viendo al sol nacer en el oriente;
Así, en mirando al sol de tu belleza,
Convertirás en gozo la tristeza.

»Vendrá tu Hijo de ángeles cercado,
Y santas almas, en su luz ardiendo,
Su cuerpo ceñirán resucitado
Con regocijo alegre y dulce estruendo:
Al Hijo que miraste ensangrentado,
Le verás fuentes de placer vertiendo:
Diráte:—;Oh Madre!—y tú dirásle:—;Oh Hijo!—
Tú en él, y él en tu rostro el rostro fijo.

»Abrazarásle, y él daráte abrazos;
Besaráte, y darásle dulces besos;
Echarásle á su cuello estrechos lazos,
Y él te hará recíprocos excesos:
;Oh, quién dividirá tan lindos brazos,
A tan gloriosos brazos también presos!
Y ; quién apartará tan limpios labios,
Que sin hablar palabra son tan sabios!

»Sus manos cogerás, ; oh Virgen pura!
Y apretarás las con tus manos bellas;
Y así, admirada de su hermosura,
Tu hermosura mirarás en ellas:
De su costado beberás dulzura,
Y beberás de amor vivas centellas,
Y verás en su alegre y linda cara
Sol, luna, estrellas, cielo, lumbre clara.

»A besar de sus piés las nobles llagas
Te postrarás ante sus piés divinos,
Y allí recibirás gloriosas pagas,
De que tus piés cansados fuéron dinos;
Y porque el apetito satisfagas
De regalarte con sus piés beninos,
No te alzarás tan presto el Hijo Eterno,
Y luego te dará el costado tierno.

»Y bañarás en él con la memoria
De la que sangre fué, tus labios rojos,
Y en su dulzura tocarás tu gloria,
Y en su regalo el fin de tus enojos;
Y con tus mismos ojos la victoria
De la muerte verás, viendo sus ojos,
Pues jamás se pondrá para tí el día,
Mientras claros te dieren su luz pia.

»Pedirásle, Señora, que se quede,
Que se detenga más, que no se vaya,
Que otra vez torne, pues hacerlo puede,
Y que de tu dolor compasión haya:
Dirásle que quien ama nunca excede,
Aunque en el regular pase la raya;
Mas ¿qué no le dirás de tus amores?
Y él ¿qué no te dará de sus favores?

»Así estará contigo tiempo largo,
Que á tí parecerá momento breve,
Para endulzar con esto el vino amargo,
Que agora bebes tú porque él lo bebe:
;Oh del cargo de Adán justo descargo
Y fiel paga de su culpa avele!
Pasa volando las nocturnas horas,
Y el día venga de las dos auroras.

»De la que al mundo el sol dará, naciendo,
Y tú al mundo darás, resucitando;
Que si él viniere flores esparciendo,
Tú vendrás gracias de favor sembrando:
Con aquellas el prado estará oliendo,
Y con estas el alma estará amando:
Pasa pues de la cruz las graves horas,
Y el día venga de las dos auroras.»

Mientras el ángel habla, el Rey divino,
Llevado al tribunal del Presidente,
Con rostro humilde y traje peregrino,
Y ropa, asiste, blanca y refulgente.
Pilato, viendo el pecho diamantino
De la obstinada y enemiga gente,
Juntando á los pontífices hebreos,
Se opondrá, así hablando, á sus deseos:

«Causa de peso, culpa de importancia
Ni Heródes la halló ni yo la hallo
En vuestro rey, aunque con grave instancia
Procuráis á la muerte condenallo.»
La farisea périda arrogancia,
Cierta de que no quiere sentenciallo,
Gritos da, la voz alza, el rostro tuerce,
Porque Pilatos la justicia fuerce.

Mirando el Presidente su denuedo,
Y temiendo su ciega pertinacia,
Muestra con pecho vil injusto miedo
A aquella desmedida contumacia:
Un rato se suspende, estase quedo;
Que del vulgo apetece al fin la gracia;
Y por otro camino intenta el hecho,
Pensando que le guarda su derecho.

Era costumbre desta gente dura,
En la fiesta mayor que celebraba,
Dar á algun reo libertad segura,
Y el pueblo todo la eleccion trataba;
Y escoger al más digno era ventura,
Pues en muchos de vulgo el bien estaba:
Pilato, aprovechándose del uso,
A Barrabas y á Cristo les propuso.

Y habiendo su perversa envidia visto,
«¿Queréis que á Barrabas agora os libre,
O que os libre á Jesus, que llamais Cristo?»
Dijo el prefecto del augusto Tibre;
Y esto hacia por quedar bienquisto
Y sacar al Señor de culpa libre:
;Oh Dios! ; Quién de los hombres entendiera
Que Dios con homicidas compitiera!

El Barrabas á un hombre muerto habia,
Y ladrón era, y era sedicioso,
Y el pueblo todo sus delitos via,
;Oh ejemplo de humildad maravilloso!
;Que el mismo autor de la inocencia pia,
Y el sol de la justicia poderoso,
Dios, en suertes compita con un hombre
De torpes hechos y de infame nombre!

¿No bastaba, Señor, que aprisionado
Cual reo, te tuviese el mundo en poco,
Y con viles injurias afrentado,
Te hiciese befas, te llamase loco,
Y por las calles sin honor llevado,
Fueses del vulgo novelero el coco,
Sin que en maldad con Barrabas compitas,
;Oh archivo de virtudes infinitas!

Siempre se van tus penas aumentando,
Y siempre mis ejemplos van creciendo;
Siempre me van tus luces alumbrando,
Y me va mi malicia oscureciendo;
Tú siempre mi provecho procurando,
Y yo siempre mis culpas repitiendo:
Cura mi enfermedad, Médico santo,
Pues por sanarme padeciste tanto.

Como en alguna guerra peligrosa,
Entre la sangre y polvo, hierro y muerte,
Adonde la victoria está dudosa,
Y pendiente de un fil la instable suerte,
El capitán soberbio no reposa,
Y llamas vivas por los ojos vierte,
Y á los soldados con furor anima,
Al cobarde desprecia, al bravo estima;

O como el ambicioso pretendiente
De cátedra de prima deseada,
Cuando la duda y el peligro siente,
La priesa sola y el bullir le agrada,
Humilde ruega, corre diligente,
Y su razon propone bien trazada,
Y á la ingeniosa juventud provoca
Con manos y ojos, con semblante y boca;

Así la farisáica gente aguda
Anda, pretende, solicita, ruega,
Y del pueblo feroz el alma ruda
Con silogismos aparentes ciega;
Porque á su intento pertinaz acuda,
Al más pequeño con amor se llega,
Y le pide y le alaba y le suplica;
Bienes propone y males multiplica.

Entre la turba popular mezclados,
Atraviesan los principes hebreos,
Y en trasfundir sus impetus dañados
Trabajan los protervos fariseos;
Y en todo los escribas ocupados,
Dan á beber sus pérfidos deseos
Al vulgo, ménos cauto y ambicioso,
Pero tan contumaz y tan furioso.

Preguntádoles pues á quién eligen,
 Dicen que á Barrabas el homicida :
 Con su elección al Presidente afligen,
 Viendo el indigno á quien se da la vida ;
 Y por probar si en algo se corrigen,
 A su enmienda con traza les convida :
 « Y de Jesus, les dice, ¿ qué harémos ? »
 Y ellos dicen : « Que muera, respondemos. »

« Pues ¿ qué mal cometió ? Qué culpa tiene ? »
 Confuso el Presidente les replica.
 Y ellos instan : « Hacerlo así conviene,
 Y tu causa mejor se justifica. »
 Y esta voz penetrando el aire viene,
 A Jesus mata, á Cristo crucifica ;
 Y en todos un espíritu malvado
 Le pide puesto en cruz, en cruz clavado.

Quieren á Barrabas, y á Cristo dejan :
 Mirad callados, contemplad atentos
 A quién se juntan y de quién se alejan ;
 Qué intentos siguen, huyen de qué intentos :
 Defienden á un ladrón, de Dios se quejan,
 Dos en uno gravísimos portentos.
 ¡ Oh santo Dios ! Concédeme tu lumbre
 Porque tu misma luz no me deslumbre.

¿ Quién eres, buen Señor ? Un mar sagrado,
 En cuanto Dios, de sumas perfecciones,
 Do el bien sobre si mismo está elevado,
 Y es fuente perenal de inmensos dones :
 Con tu poder los cielos has criado,
 Con tu saber el curso les dispones :
 Todo lo haces, todo lo gobiernas,
 Sin salir de sus trazas siempre eternas.

Rico eres, si riquezas pretendemos,
 Y santo, si virtudes procuramos,
 Y sabio, si adquirir ciencias queremos,
 Y omnipotente, si valor buscamos,
 Y grato, si servicios te hacemos,
 Y amigo, si de serlo nos preciamos :
 ¿ Qué no tienes ? ; Y a questa ciudad necia
 En mucho ménos que á un ladrón te precia !

Si cual hombre te vemos, tu querida
 Humanidad al Verbo soberano
 Está con tan perfecto nudo asida,
 Que hace al mismo Dios supuesto humano :
 Con mil gracias tu alma esclarecida,
 Con ciencias mil tu entendimiento ufano,
 Tu voluntad colmada de mil bienes
 Está ; pero, Dios Hombre, ¿ qué no tienes ?

Y Barrabas ¿ quién es ? Un hombre oscuro
 Y homicida y ladrón y sedicioso ;
 ¿ Y dafe esta ciudad salvo y seguro,
 Y á ti el tormento de la cruz ansioso ?
 Mas ya vengamos á tu pueblo duro,
 ¡ Oh Señor de señores poderosos !
 ¿ Qué no usaste con él de beneficios ?
 Y esotro ¿ qué no usó de maledicios ?

A Egipto un mayordomo le llevaste
 Porque de hambre vil no pereciese,
 Y al mas sublime trono lo ensalzaste
 Para que en trojes pan le recogiese :
 Con extraños prodigios lo sacaste
 Cuando convino que de allí saliese,
 En mosquitos el polvo convirtiendo,
 Manchando el agua, el aire oscureciendo.

Seiscientos mil gallardos combatientes
 Le armaste por los bárbaros desiertos,
 Que con tu gran poder fueron valientes
 Para henchir el ancho caos de muertos ;
 Y arbolando estandartes eminentes,
 Seguros de tu amor, de tu fe ciertos,
 Les diste por el mar camino seco,
 Y el centro del Jordán dejaste hueco.

Para que ellos pasasen encreparon
 Las rojas aguas sus bermejas ondas ;
 Y helados de cristal muros alzaron,
 Y descubrieron sus cavernas hondas ;
 Mas para los egipcios que anegaron
 Vueltas dieron con impetu redondas,
 Tragando allá en sus vientres carniceros
 Armas, carros, caballos, caballeros.

Faltos de pan, llóviste pan sabroso
 Que dulzura inefable contenia,
 Y la frente de un cerro peñascoso
 Les dió, en vez de centellas, agua fria :
 De nube un pabellón maravilloso
 Los amparaba contra el sol de día,
 Y una columna, cual ardiente vela,
 Les hacia de noche centinela.

La prometida tierra cananea
 Les limpiaste de bravos enemigos,
 Siendo tus mismos ángeles trinchea
 De su real, y de tu amor testigos :
 Para darles alcázar en Judea,
 ¿ Qué no hiciste de ásperos castigos
 En sus contrarios, muros derribando,
 Ejércitos venciendo, al sol parando ?

Sus calles adornaste de riquezas,
 Su templo de ilustrísimas labores,
 Y sus annales de inclitas proezas,
 Y á todos de magníficos favores ;
 Y para echar la clave á tus franquezas,
 Naciste de sus padres pecadores ;
 Y cuando dellos en Belen naciste,
 Y criado despues, ¿ qué no les diste ?

A ciegos vista, á cojos piés lijeros,
 Salud á enfermos, á difuntos vida,
 De santidad ejemplos verdaderos,
 Lumbre de fe y de ciencia esclarecida :
 Al fin, de sus oráculos sinceros
 Eres la misma gloria prometida ;
 ¿ Y el pueblo, ciego á tan ilustre prueba,
 Escoge á Barrabas y á ti reprobada ?

¡ Oh consuelo de justos despreciados !
 Que tal sufriste para su consuelo,
 Los dignos y del mundo desechados
 En ti hallaron de su paz modelo :
 De sus honras y bienes despojados,
 Acudieron á ti como á su cielo,
 Donde las peregrinas impresiones
 No llegan de las bárbaras pasiones.

Por ti san Pedro viendo á Simon Mago
 Del vulgo celebrado indignamente,
 Y él recibiendo tan injusto pago
 De la romana, ingrata y ciega gente ;
 No hizo en ella el merecido estrago,
 Sufriéndola con ánimo paciente ;
 Que en ti como en espejo se miraba,
 Y á Barrabas en él consideraba.

Por ti Atanasio, triunfador divino
 De la arriana pérdida hercía,
 Ya acosado del grande Constantino,
 Ya del fiero Constancio, fiera arpia,
 Ya de uno y otro cóncave malino,
 Que en nombre de concilio le oprimia ;
 Viendo al Nicomediense celebrado,
 Callaba con espíritu esforzado.

Por ti tambien el sabio Nazianceno,
 Que levantó en Bizancio tu estandarte,
 Y de su estéril bosque un prado ameno
 Hizo con dulce modo y sutil arte :
 Rico de ciencias, de virtudes lleno,
 Del mundo respetado en toda parte,
 Sufrió ser del concilio injusto y vario
 Depuesto, y puesto en su lugar Netario.

Crisóstomo por tí, sagrado río
 De suave y clarísima elocuencia,
 Que el gran verjel de santo regadio
 Bañó con aguas de cristiana ciencia,
 De la indignada reina el loco brio,
 Y el destiergo mortal llevó en paciencia,
 Por los falsos egipcios condenado,
 Y un bárbaro en su silla entronizado.

Jerónimo por tí sufrió animoso
 Ver al astuto Juan originista
 Recibido del vulgo bullicioso,
 Desnudo de valor, falto de vista ;
 Y al mal Rufino, hereje cauteloso,
 Probar la osada y áspera conquista
 De su ofensa, alabado en Aquileya
 De la imprudente y vil turba plebeya.

Por ti el buen defensor de la fe santa
 Por Dióscoro muerto y afrentado.
 Con tanto gozo y mansedumbre tanta
 Llevó su afrenta y muerte no cansado,
 Viendo ser en la Iglesia sacrosanta
 Eutiques defendido y aprobado
 Por otros fariseos arrogantes,
 A los que te acusaron semejantes.

Por tí, Señor, en casos infinitos
 Atropellados sin razón los justos,
 Y elevados á honores exquisitos
 Los pretendientes de sus vanos gustos,
 Sufrirán con paciencia los delitos
 Y estimación vulgar de los injustos;
 Y conformando al tuyo su desprecio,
 Lo tendrán por tu amor en sumo precio.

Así será; y en esto contemplaba
 Cristo, en virtud á Barrabas opuesto,
 Y á la opinión de aquella ciega y brava
 Canalla, en más indigno lugar puesto;
 Y despreciado, con valor callaba,
 Para darnos un vivo ejemplo en esto
 De humildad profundísima: que es mucha
 Callar vencido en tan sensible lucha.

Mas en tanto Gabriel su dulce historia
 A la Virgen contaba dulcemente,
 Procurando informalle la memoria
 De aquel gozo á su pena conveniente;
 Y en partes varias la extendida gloria
 De su Hijo, y en tiempo diferente,
 Iba cortando con suave estilo,
 Y así dijo, anudando el roto hilo:

«Como despues de tempestad furiosa,
 Habiendo á los desiertos arrojado
 La manada de ovejas temerosa
 El turbio cielo de agua y fuego armado,
 El pastor diligente no reposa,
 Recogiendo al aprisco su ganado;
 Tal tu Hijo, oh Señora, esclarecido
 Su apostolado juntará esparcido.

»Mas como para ungrir el cuerpo santo:
 Bien de mañana irán las tres Marias,
 Irán llenas de lágrimas y espanto,
 Vendrán llenas de asombro y alegrías:
 Sobre alzar el pesado y duro canto,
 Entre sí hablarán tiernas y pías;
 Y así hablando, llegarán al huerto,
 Buscando al vivo que dejaron muerto.

»Habrá venido un ángel excelente,
 Y el mármol del sepulcro levantado,
 Y ellas, con el deseo vehemente
 De ungrir el cuerpo á su Señor amado,
 Llegando allá, lo hallarán patente
 Y sin piedra, y el ángel asentado
 En él, y con dulcíssimas señales
 De gozo les dirá palabras tales:

«—No os turbeis: ¿qué buscáis? ¿Al Nazareno
 Jesus muerto en la cruz? Resucitólo
 Su Eterno Padre ya de gloria lleno.
 Y así veréis que está el sepulcro solo:
 Cual lo dijo, pacífico y sereno,
 Verdad lo hizo, y lo mostró y cumpliólo
 Para el bien de los hombres, á quien ama
 Con fuego vivo de amorosa llama.

»Mas id volando, y referid lijeras
 A Pedro y sus amigos inconstantes
 Que fueron sus palabras verdaderas,
 Y serán sus efectos semejantes:
 Que le busquen con almas placenteras,
 Y se verán del bien participantes
 Que él goza, á Galilea caminando,
 Donde le gozarán, su amor probando.—

»Que es tu Hijo, Señora, tan afable,
 Que, negado de Pedro, no le niega,
 Y dejado del hombre miserable,
 Por havello dichoso se le allega:
 A Pedro ruega Dios, caso admirable,
 Pero verdad que Dios á Pedro ruega;
 Con lo cual partirán las tres Marias
 A dar á Pedro y Juan los buenos días.

»Oh qué alegres vendrán ellos corriendo
 Por ver de su Señor la sepultura!
 ¿Qué pláticas tan dulces repitiendo
 De su amor noble, de su gran ternura!
 No la madre que al hijo ve bullendo
 Vivo en agua, tanto se apresura
 A abrazarle, si muerto lo lloraba
 Y echa de ver que zabullido estaba.

»Cuál correrá el discípulo querido
 Y el amante al sepulcro de la gloria!
 El jóven llegará más atrevido,
 Pero el viejo más presto á la victoria;
 Porque el mozo á la puerta detenido
 A contemplar con atención la historia,
 Pedro allá dentro pasará primero;
 Que es mayor, aunque Juan es más lijero.

»La mortaja verán, patente indicio
 De que vivo á los muertos ha dejado;
 Las mujeres también harán su ocio;
 Y con ellos vendrán al huerto amado:
 Todos se volverán, y su ejercicio
 Será tratar del Dios crucificado;
 Y sola quedará la Magdalena
 Junto al sepulcro, de congoja llena.

»Lágrimas tiernas de dolor ansioso
 Junto al sepulcro quedará llorando,
 Que algún ladrón de muertos codicioso
 Le robó á su Señor imaginando;
 Ya el huerto mira de árboles umbroso,
 Y al árbol de la vida no hallando,
 Gime y suspira, y ya con pena inmensa,
 En pensar que lo vió queda suspensa.

»Ya riega con su llanto el verde suelo,
 Y crecer hace las amigas plantas;
 Ya penetrando el aire, sube al cielo
 Con tristes voces, con endechas santas:
 Ya del sepulcro espera su consuelo,
 Y allá camina con lijeras plantas;
 Mira y remira, y piensa que sus ojos
 Le causan, engañados, sus enojos.

»Jesus dice, y repite el monte hueco
 Jesus, y el campo en sus alegres faldas
 Lo recoge y lo escribe en lo más seco
 Y en lo más verde de sus esmeraldas:
 Con lengua de aire le responde el eco,
 Y ella entiende que Cristo á sus espaldas
 Se nombra, y que el arroyo sesgo y blando
 Le está con lengua de cristal hablando.

»Si la liviana hoja se menea,
 Que viene su Maestro le parece;
 Y si al jardín el viento lisonjea,
 La dulce voz del mismo se le ofrece,
 Si el sol el verde campo hermosea,
 Que del propio la vista resplandece
 Imagina, impaciente y deseosa
 De hallar á Jesus en cualquier cosa.

»Cuando ve que le engaña su sentido,
 En su Señor amado considera;
 Ya que en la mesa de Simon la vido,
 Y allí la recibió la vez primera;
 Ya que estando en su casa detenido,
 Bebía de su boca verdadera
 Sus divinas razones, elevada,
 De sí ajena y en él arrebatada:

»Ya que del Fariseo malicioso
 La defendió con caridad suave;
 Ya que de Marta el celo cuidadoso
 Alabó y moderó con rostro grave;
 Ya que en la cena, ungido y oloroso,
 De su mayor defensa echó la clave,
 Diciendo regalado y satisfecho
 Que el mundo estimaría su buen hecho.

«—Pero videlo, dice, ¡oh miserable
 De mí! videlo en cruz: ¿quién tal pensara,
 Que al Señor de la vida perdurable
 Muerto en un palo el mundo le mirara!
 ¡Y que yo en su tragedia lamentable
 Tiñera en sangre de sus pies mi cara!
 Teñila, y aun así quedé con ella,
 Y guardé alguna en esta poma bella.

»Mas ¡ay! Sabia que sus piés benditos
Eran el centro de mis turbios ojos,
Y que de mis pecados infinitos
Llorando allí, aliviaba sus enojos;
Y ya que los dolores exquisitos
De su pasión dejaron en despojos
El cuerpo solo, ahora yo venia
A ungrir sus piés, y olores le traia.

»Traialos, y yo con estas manos,
Ya para su servicio diligentes,
Sus piés regalaría soberanos
Con unguentos y lágrimas ardientes;
Y las llagas que hierros inhumanos
Causaron de enemigos insolentes,
Yo se las besaria con mi boca;
Que á mi el besar sus piés y ungrirlos toca.

»Busquélo y no lo hallo. ¿Roban muertos?
En esta tierra ¿muertos arrebatan?
De Citia en los mas rigidos desiertos
A los difuntos sin ofensa tratan;
¿Y aqui de los sepulcros ya cubiertos
Sacan los muertos y otra vez los matan?
Mas es que Citia, más que Libia cruda,
Esta mi patria, de piedad desnuda.

»¡Oh gente fiera, oh duros enemigos,
Que con el muerto tal rigor usastes!
¡No dejárades muerto á los amigos
El que vivo en la cruz atormentastes!
¡No fuéramos tambien dulces testigos
Del reposo en que muerto le dejastes,
Como lo fuimos con los ojos tristes
Del trabajo en que vivo le pusistes!

»Pero llorad, mis ojos afligidos,
Que no veis á la luz que vista os daba;
Llorad, ojos, en agua convertidos,
Pues ya se puso el sol que os alumbraba;
Y vosotros, cabellos esparcidos,
Con que yo á mi Señor los piés limpiaba,
Cortáos, pues no tocáis la excelsa cumbre
De aquellos piés que os dieron gracia y lumbre.

»Mas no: perseverad, los mis cabellos,
Que estáis de la su sangre retocados,
Y con tan rica púrpura más bellos
Que los del sol bermejos y dorados;
Y, ojos, vosotros supliréis por ellos
En dos rios de lágrimas trocados;
¡Ay! no; porque en sus piés vertistes agua,
Vivid, llorad y acrecentad mi fragua.—

»Así estará hablando la hermosa
En alma y cuerpo, ilustre Magdalena,
Haciendo de su pena lastimosa
Al huerto y monte y valle tener pena:
Cual la viuda tórtola amorosa
En seca rama, de tristeza llena,
Sentada, y al consorte amando muerto,
Hace gemir al valle, al monte, al huerto.

»Tu Hijo, oh gran Señora, que mirando
Su fe por invisible celogia,
Y su amor y sus lágrimas honrando,
Se querrá dar un rato de alegría;
Del huerto el Labrador representando;
Ante los tiernos ojos de Maria
Se pondrá, y le dirá: — Mujer, ¿qué tienes?
Que lloras, ó qué buscas, ó á qué vienes?—

»Pues ¡oh Señor! pudiéramos á Cristo
Decille, ves su llanto irremediable
Porque ya te ha buscado y no te ha visto,
¿Y eso preguntas con tu boca amable?
Signifícame cuando al mundo eras malquistado,
Y en la cruz vió tu muerte lamentable,
Y para ungrirte con olores viene
Agora; y ¿tu le dices qué mal tiene?

»Eres tú la más dulce y rica prenda
Y el todo de su alma dolorida:
Contigo estuvo en la mortal contienda,
Y sepultó tu cuerpo ya sin vida;
Y á ti, llorando, ahora se encomienda,
Y á ti perdiendo, juzga por peruida
Su gloria, que está en ti como en rehenes;
Y dícesle: — Que lloras, ó qué tienes?—

»Cual la mimosa madre al hijo tierno
Que buscándola va, su rostro esconde,
Y encubriéndole así su amor interno,
Llamada dél y amada, no responde;
Pero, al fin, el espíritu materno
No sufre mucho tiempo estar adonde
El hijo no la goce, y se declara
Mostrándole risueña y dulce cara:

»Tal Cristo esconderá á los ojos piós
De Magdalena su inmortal semblante,
Dejándolos verter copiosos rios
De agua al empireo cielo semejante;
Mas no durarán mucho sus desvios,
Que es madre Dios del corazón constante;
Y en el interin nota la respuesta
De la mujer absorta, y es aquesta:

— Dimelo tú, Señor, si lo llevaste—
(A un hortelano pobre, señor llama);
Y añádele tambien: — Si lo hurtaste,
Declarámelo.— ¡oh grande y viva llama! —
Y prosigue: — Que iré do lo guardaste
Y llevarélo.— ¡Oh generosa dama,
Osada y fuerte! dime, ¿si lo hubiera
Cogido el hortelano, así lo diera?

»¿Y no dices á quién, si vivo ó muerto,
O persona ó hacienda, te han robado?
¿Ha de estar, Magdalena, el otro cierto
De lo que á ti, sin verlo, te han quitado?
Al parecer del mundo es desconchado?
El hablar de Maria desatado:
Pero al gusto de Dios es elocuencia
Que de su amor declara la excelencia.

»Imagina quien ama que le entienden,
Porque su corazón muestra en los ojos,
Y que sin pronunciar le comprehenden,
En mirando, su gloria ó sus enojos:
Piensa que á solo su cuidado atienden,
Cual despues de la guerra á los despojos,
Y que no hay otro mal que los desvele,
Ni en el mundo más bien que los consuele.

»Lo mismo pensará la Magdalena,
Y hablará como quien tal pensare,
Y solo el Salvador le dará pena,
Y gusto quien de Cristo le tratare;
Y de otro bien y de otro mal ajena,
A quien viere ó la viere ó la hablare
Pedirá á su Señor dulce y suave;
Que ni otra cosa quiere ni otra sabe.

»Pero Cristo, cual madre generosa,
Su elevacion notando y su ternura,
Alegre volverá su faz gloriosa,
Claramente mostrando su figura:
— Maria, — le dirá con voz piadosa;
Y ella, absorta de ver su hermosura,
Responderá: — Maestro, — arrebatada
De sí, y en él y en Dios traselevada.

»Cúbrese el rojo sol del pardo velo,
El viento helado al turbio mar azota,
Su verde ropa deja al triste suelo,
Comenzando el invierno su derrota;
Mas aparece el sol y aclara el cielo,
Cesa el viento, el mar calla, el suelo brota
Su alcatifa de flores lisonjera
En mostrando su faz la primavera.

»A Cristo, sol, la muerte con su invierno
Cubrió, y á Magdalena el viento helado;
Azotó el golfo de su pecho tierno,
Y en su alma secó el verdor pasado:
Aparécele Cristo, sol eterno,
Cesa el viento, y el golfo sosegado
Se ve, y el verde claro de su gloria,
Porque su primavera está notoria

»Finalmente, á los piés de su Maestro
Se arroja, por besárselos, llorando;
Que es ya su corazón astuto y diestro
En buscar de sus piés el centro blando:
No la deja tocar el Señor nuestro
Los piés que ella atrevida va buscando;
Y, — No me toques, le dirá sentido;
Que aun á mi Eterno Padre no he subido;

»Pero vé á mis hermanos diligente;
Di que á mi Padre voy y á vuestro Padre,
A mi Dios y al Dios vuestro omnipotente,
Porque vuestra subida y bien le cuadre.—
Así la dejará suavemente
Tu Hijo, Dios y hombre, oh Virgen Madre,
Y partiráse de su bien Maria,
Llena de amor, colmada de alegría.

»Cual suele cristalina vidriera,
Del sol herida y de su luz bañada,
Como si ya la hermana del sol fuera,
Lanzar por todas partes luz dorada;
Así aquella purísima lumbrera,
De celestiales rayos traspasada,
Por la boca y los ojos y cabellos
Dando irá á todos clara muestra dellos.

»Apóstola de apóstoles divina
Será, que tanto un simple amor merece,
Y vendrá con presteza peregrina
A Salén, do su pena agora crece:
Oh Virgen, á quien Dios su rostro inclina,
Y á quien el cielo su corona ofrece,
Contempla con qué celo y con qué gloria
Las nuevas llevará de tal victoria.

»Diráles: —Vi al Señor; —y por extenso
Les contará gozosa lo que vido,
Si podrá referir el golpe inmenso
De luz de aquel eterno Sol nacido;
Que pues le pagará el oriente censo,
Aunque de resplandores envestido,
¿Quién para dibujar será bastante
La fuente de mil soles rutilante?

»Pero diráles: —¿Veis el alba roja,
De fulgidos piropos coronada,
Cuando entre nube y nube luz arroja
Y la tierra esclarece matizada?
Veis cuando el rubio sol su fuerza afloja
Y nos deja mirar su faz rosada?
Pues su costado así resplandecía;
No así, más claridad y ardor tenía.

»¿Veis el camino del octavo cielo
Cuando sus bellas lumbres centellean,
Y cuál con ojos de amoroso celo
Y párpados lucientes pestañean?
Veis desde el raso y descubierto suelo,
Donde permite el aire que se vean,
Sus bordados celajes con espanto?
Pues más hermoso está su cuerpo santo.—

»Dirá; mas con las otras dos Marias
Asu Señor verá otra vez glorioso,
Y dél recibirá los buenos días,
Como alférez del bando religioso;
Do todas, con dulcísimas porfias
Y un competir suave y amoroso,
A besalle los pies bajarán luego,
Y agua vertiendo así, beberán fuego.

»Y dello avisarán á los amados
Discípulos también, porque parecían
En Galilea, do estarán llamados,
Y donde ver á su Señor merezcan;
Y siendo estos misterios acabados,
Para que más en fe y en amor crezcan,
Con claridad será y consuelo visto
De todos en diversas partes Cristo:

»Ya de Pedro cobarde y penitente,
Ya de Cleofas, cual nuevo peregrino,
Ya de todo el Senado juntamente,
Ya de Tomas, aunque de verle indino;
Ya en el monte Tabor, de mucha gente
Unida con espíritu divino;
Y en estas regaladas ocasiones
Les dará, franco, generosos dones.

»Pero tú en especial, ¡oh Reina clara,
Y Emperatriz del mundo soberano!
Cual tierna madre, como esposa cara,
Gozarás de tu Hijo y Dios humano:
¡Oh qué de veces á su linda cara,
A su florido pecho y blanca mano,
Que el cielo apenas, respetando, toca,
Tu rostro llegarás, pondrás tu boca!

»¡Oh qué de veces estarás comiendo,
Y entrará por tus puertas más que afable;
Y su piedad y su dulzura viendo,
Te elevarás en éxtasi admirable!
Y ¡qué dellas, las pláticas oyendo
De aquel archivo en ciencias inefable,
Cual miel suave, de sus bellos labios
Cogerás tierna sus intentos sabios!

»Y ¡qué de veces en tu pobre lecho,
Y rico por tenerte en su regazo,
Te vendrá á ver y te dará su pecho
Abierto, y tú, Señora, un dulce abrazo;
Y partiéndose alegre y satisfecho,
A tu cuello echará su rico lazo,
Y con sus ojos besará tus ojos,
Y tú sus labios con tus labios rojos!

»Y ¡qué de veces, cuando tú le llames
Con voces blandas en su breve ausencia,
Porque en su amor tu espíritu derrames,
Te negará, escondido, su presencia;
Y cuando mas llorosa y triste clames,
Te mostrará en un punto su clemencia,
Y tú, devota y á sus pies postrada,
Oficio harás de sierva regalada!

»Y ¡qué de veces en la noche oscura
Te dará con su vista un claro día,
Y naciendo en oriente la luz pura,
Y él yéndose, vendrá tu noche fría;
Y porque su regalo poco dura
Te quejarás con dulce melodía,
Y oyéndote llorar, volverá presto
Con blanda risa en tu presencia puesto!

»Y ¡cuántas, conversando afablemente,
Preguntarás llorosa qué sentía
Cuando le vías de la cruz pendiente,
Y él más pendiente de su cruz te vía!
Y ¡cuántas él te contará elemento
El gran dolor que, amando, padecía,
Más que sufriendo de la injusta muerte
El afrentoso afán y pena fuerte!

»Y ¡cuántas le dirás que la herida
De su costado tú la recibiste,
Y aunque su pecho penetró sin vida,
Más penetró tu vida y alma triste!
Y ¡cuántas, en su rostro enternecida,
La corona de espinas que le viste,
Viéndola ya de rutilantes flores,
Tus gozos le dirás y tus amores!

»Y ¡cuántas aquella ansia congojosa
Con que le pretendiste sepultura
Le contarás, y la piedad celosa
Del buen Josef en dársela segura!
¡Cuántas, al fin, la pena lastimosa
Con que debajo de la cueva oscura
Enterrado, Señora, le dejaste,
Le tratarás! Y aquesto agora baste.»

Aquí llegó el discreto mensajero,
Cuando la Madre y Virgen elevada
Regalaba su espíritu sincero
Con la historia del Hijo dibujada;
Y aquí paró el legado verdadero;
Y para la ocasión más apretada
Conservó lo restante en la memoria
De la no sucedida y cierta historia.

Y con la santa Emperatriz del cielo,
Cual cortesano siervo diligente,
Se quedó para dalle algún consuelo,
Si era posible, al caso conveniente;
Que habitaban los ángeles el suelo
Que la Madre del Hombre omnipotente
Pisaba, y vergonzosos la servían,
Y aun por indignos dello se tenían.

LIBRO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

Ante Pilato el Salvador asiste
 Cuando de su mujer oye el mensaje,
 Y nota Júdas, temeroso y triste,
 Del buen Señor el indecente ultraje;
 Y á Satanás, tentado, no resiste,
 Y ahórcase; y de aquel traidor linaje
 Cristo ve la enemiga descendencia,
 Y es mandado azotar con inclemencia.

Mas Pilato el gravísimo semblante
 De Cristo y la dulcísima mesura
 Del bello rostro y ánimo constante
 Notaba, indicios de una gran cordura;
 Cuando un aviso le llegó importante,
 Que él tuvo entónces por feliz ventura,
 En el cual su mujer le daba cuenta
 Del sueño en que temió su mal y afrenta.

«A ese justo, decia, ten respeto;
 Que esta noche por él he padecido
 Un bravo asombro y un horror secreto,
 Cual jamas entre sueños he tenido.»
 Formó con esto dél mayor conceto
 Pilatos, temeroso y afligido,
 Y procuró librallo de la muerte,
 Más firme ya, más valeroso y fuerte.

Y con Heródes hizo nuevas paces,
 Siendo dellas Jesus el medianero;
 Que fuéron sus injurias eficaces
 Para este bien de bienes verdadero:
 ¡Oh amable Dios! En todo lo que haces,
 Un pecho blando, un ánimo sincero
 Muestras: si paces das al enemigo,
 ¿Qué no darás gracioso al caro amigo?

Solo Júdas de tanta mansedumbre
 No quiso aprovecharse; oh Rey eterno!
 Y así hajo, de la sagrada cumbre
 Del Atlante apostólico, al infierno;
 Y así cerró los ojos á la lumbre
 De tu fe soberana y rayo interno,
 Y hizo con las furias alianza,
 De asombro lleno, fulto de esperanza.

Aqueste, viendo á Cristo condenado
 Por el concilio pertinaz hebreo,
 De espantosas tinieblas rodeado,
 En ellas mismas vió su mal deseo.
 El cual, de luces hórridas cercado,
 Como un vestiglo atroz y monstruo feo,
 Se le representaba ante los ojos
 Llevando inmensos males por despojos.

Promete más que da nuestro adversario,
 Y búrlanos habiendonos vencido;
 Y al vicio nos ofrece en rostro vario
 Del que primero nos pintó lucido:
 A Júdas fué y á si mismo contrario,
 Para que, de su mal arrepentido,
 Y no por Dios, de Dios desesperase,
 Y ya desesperado, se ahorcase.

Con este grande horror y sombra oscura
 En tristeza elevado, en ira vuuelto,
 Trocada de su aspecto la figura,
 Y el ánimo en matarse ya resuelto,
 Ni pára en sí, ni en otro se asegura,
 Cual mar turbado, el corazón revuelto;
 Y en el dinero, de su daño causa,
 Hace una lastimosa y grande pausa.

Sácalo afuera y miralo espantado,
 Y vuélvelo por una y otra cara,
 Y dice, en el absorto y asombrado:
 «¡Oh caso nunca visto, oh culpa rara!
 ¡Que á tal persona truje á tal estado!
 Que esta moneda me costó tan cara,
 Esta poca, esta indigna, esta vil tierra;
 Y que ella ya en su vientre no me encierra!

»El dinero, ¿quién es? Y ¿quién es Cristo?
 El dinero un fugido y blanco lodo;
 Cristo el oro mejor que el cielo ha visto,
 Y el archivo perfecto del bien todo:
 El dinero es el pérfido Anticristo
 Opuesto á Dios, si no en sustancia, en modo;
 Y Cristo es el que vino á ser maestro
 De la verdad, y fuélo, en verdad, nuestro.

»El dinero es el único instrumento
 De que usa el mundo y se aprovecha el vicio;
 Cristo de la virtud el fundamento
 Y de Dios el mas alto beneficio:
 El dinero es un hórrido portento
 Que tuvo al caos en su nacer propicio,
 Pues pare confusion, causa maldades;
 Y Cristo un sol de eternas claridades.

»¿Por esta tierra y polvo congelado
 Vendí yo, miserable, al Rey del cielo?
 Por este cometi tan gran pecado?
 ¿En dónde hallaré á mi mal consuelo?
 No en el cielo, que el cielo está enojado,
 Ni en el suelo, que está bramando el suelo,
 Porque vendi al Señor que los sustenta,
 Por hambre destes polvos avarienta.

»Darélo de limosna; que me acuerdo
 Haber oído á mi Maestro sabio.
 Que es el ladrón que da limosna, cuerdo,
 Y que algo restituye de su agravio:
 Mas ¡ay! que en todo con razon me pierdo.
 Me ofusco y yerro, me atormento y rabio:
 ¿Quién tomará dinero tan maldito,
 Precio infame de aquel Señor bendito?

»Quiero volver á su principio el daño,
 Al mismo que lo dió volverlo quiero:
 Mala pascua con él tenga y mal año;
 Que tal me lo ha causado su dinero:
 Mas, ¡oh locura grande, oh ciego engaño!
 ¿En pedirselo yo no fui el primero?
 Al fin dársele importa: allá lo goce;
 Mi culpa y su dinero se reboce.»

Llegando á los pontífices con esto,
 Que la pascua en el templo celebraban,
 Les declaró el espíritu molesto
 Y crudos monstruos que le atormentaban.
 «Vuestros bienes tomad, llevadlos presto,
 Dijo, avisando que ellos le abrasaban:
 Pequé vendiendo por dinero al Justo,
 De su inocente sangre precio injusto.

Ellos, pasmados de tan raro ejemplo,
 «¿Qué se nos da? dijeron: tú lo vieras.»
 Y él vertió las monedas en el templo,
 Y admirar hizo á aquellas almas fieras.
 ¡Oh indignos sacerdotes! Yo os contemplo
 Cual furias del infierno carniceras,
 Bramando contra el pobre, arrepentido
 Desto que contra Dios ha cometido.

Decidme pues: ó Cristo es inocente,
 O no: si no, bien mereció en vendello
 Júdas; luego, si agora se arrepiente,
 Es porque ve que hizo mal en ello.
 Es justo y santo clara y justamente;
 Y así errastes vosotros en prendello,
 Ayudando á su mal con vuestra culpa;
 Por donde «tú lo vieras» no es disculpa.

Ni él la juzgó por tal; y así les dijo:
 Escuchad, ¡oh pontífices atroces!
 Que aunque pudiera, no seré prolijo;
 Escuchad, escuchad mis tristes voces:
 El varon justo, el soberano Hijo
 De Dios, á vuestros ánimos ferozes
 Entregué yo frénético, no viendo
 El furor de esas almas estupendo.

»Si no, decidme, ¡oh padres! ¿quién pensara
 Que siéndolo, á tan dura y baja muerte
 Vuestra envidia proterva condenara
 Al que es del mismo Dios el brazo fuerte?
 Notoria es mi maldad, mi culpa es clara,
 Y el crimen vuestro de la misma suerte;
 Y no os salva decir que yo lo viera,
 Si ella es traicion de todas cruda y fiera.

»Aquí mi mal explicaré patente;
Descargaré, hablando, mi conciencia:
Pues entregué sin causa al inocente,
Declararé con ella su inocencia.
Dios, Dios, ¡oh sacerdotes! no consiente,
Con su divina y sabia providencia,
Que muera yo callando las verdades
De sus virtudes y de sus maldades.»

Decir quisiera más; pero envidiosos
Del honor con aplauso á Cristo vuelto,
Le echaron los pontífices furiosos
De su cabildo, ya entre sí revuelto:
El los dejó en el templo cuidadosos;
Y en defender á su Señor resuelto,
Por la ciudad apriesa caminando,
A todos desta forma iba hablando:

«El es varón cumplidamente santo;
Siempre le vi hacer obras perfectas,
Que me causaban un devoto espanto,
Aun en partes ocultas y secretas:
Sus palabras, que el mundo estima en tanto,
Puras, humildes, graves y discretas
Eran cuando trataba con nosotros.
Como cuando hablaba entre vosotros.

»En hechos de piedad gastaba el día,
La noche en oraciones ocupaba;
Ya milagros clarísimos hacía,
Ya tristes y afligidos consolaba;
Ya, humilde, su sermón nos repetía,
Ya, sabio, de su fe nos informaba:
Y en esto y en aquello, en parte y todo,
La sustancia era santa, y santo el modo.

»; Qué de veces le vi dejar la mesa,
La mesa pobre y el manjar templado,
Y por la calle caminar apriesa
Por socorrer á algún necesitado;
Y acabada una heroica y grande empresa,
Volver con pecho alegre y sosegado,
Y tener por espléndida comida
Favorecer á un ánima afligida!

»; Qué de veces también de noche acaso,
Haciendo él oración en parte oscura,
Fui yo con sordos pies, con mudo paso,
Y entré y le vi cercado de luz pura!
Tanta, que el mismo sol era un escaso
Arroyuelo de gracia y hermosura,
Y él una clara fuente inacabable
De extraña luz y de beldad notable.

»; Qué de veces los ángeles benditos
Ante él se arrodillaron en el suelo,
Y despues con clamores infinitos
En himnos lo ensalzaron hasta el cielo!
Qué de veces con gozos exquisitos,
Dulces, nos dieron este gran consuelo,
Como á Señor mirándolo suave,
Y mandándolos él con frente grave!

»El no; yo fui de aqueste mal suceso
La causa: yo y la misera codicia
Dese dinero comenzó el proceso
De Cristo, y hoy lo acaba mi avaricia.
Quiero contar en público mi exceso,
Y dar al mundo de mi mal noticia:
Todos la sepan; y es de tal manera
De mi antigua pasión la historia entera:

»Por discípulo entré de mi Maestro,
Y fuí con verdad algunos días,
Solicito y humilde, simple y diestro
En hacer, buen Jesús, lo que decías;
Y el enemigo del linaje nuestro,
Astuto y envidioso de obras pías,
Asechanzas me puso poco á poco,
En que yo tropecé cual ciego y loco.

»Procurador me hizo de su escuela;
Con esto comencé á tener dinero:
¡Oh mal principio! Andaba con cautela
En el servir, y en el sisar lijero.
Quien este vicio infame no recela,
En cepo de oro, mas terrible y fiero,
Se halla presto, sin poder salirse;
Porque es fácil entrar, difícil irse.

»Así yo, preso en él de buena gana,
Fui ladrón siempre, y siempre codicioso;
Que no se harta la avaricia humana,
Ni el que la tiene, tiene en sí reposo.
El buen Jesús, por ciencia soberana
Sabidor de mis vicios, cuidadoso,
Una vez me avisaba con dulzura,
Y otras disimulaba con cordura.

»Yo nunca en la virtud aprovechaba;
Que soy á mil miserias inclinado,
Y en esta que refiero caminaba
Cual si tuviera el corazón alado:
Una ocasión y otra ocasión buscaba,
Ratero ladroncillo mal usado;
Y en todo lo precioso que venía
Al colegio, ganancia pretendía.

»Cenó Jesús, ¡oh triste! en una casa,
Y cenando llegó la Magdalena,
Y como nunca fué con él escasa,
Ménos lo quiso ser en esta cena:
Ella en perfecto amor de Dios se abrasa,
Y á mi su amor divino me condena:
De unguento un vaso derramó precioso
Sobre el cabello de Jesús hermoso.

»Sentilo yo, porque senti el provecho
Que de venderlo yo sacar pudiera;
Murmuré de su ilustre y santo hecho,
Como si perdición pródiga fuera:
Cristo, que penetraba mi mal pecho,
No con airado rostro y faz severa,
Sino con blanda voz y alma suave,
Me templó y corrigió, modesto y grave.

»Decía yo que fuera conveniente
Vender aquel unguento y repartirlo
Entre alguna alligida y pobre gente,
Pero no con espir tu sencillo;
Y respondió el Señor manso y elemento,
Como que le pesaba de decirlo:
—Pobres siempre tendréis unos ú otros,
Mas yo no estare siempre con vosotros.

»Ungirme esta mujer es obra buena,
Y servicio á mi muerte y sepultura:
A nadie cause su cuidado pena;
Que ella tiene su paga bien segura:
Será el prez y el honor de Magdalena
Esta uncion de sus manos, blanda y pura,
Y en todo el mundo se sabrá la historia
De su piedad, honrando su memoria.—

»Yo rabiaba de cólera y enojos,
Por no haberme en la venta aprovechado;
Y desde allí miré con malos ojos
A Jesús y con pecho emponzoñado:
Hiciele guerra, y pretendí en despojos,
No el unguento en su nombre derramado.
Sino de su persona el precio mismo,
De un abismo cayendo en otro abismo.

»Anoche pues cenámos el cordero,
Y él un sermón nos hizo milagroso,
Y dijo que su cuerpo verdadero
Nos daba por banquete generoso:
Con alma excelsa y corazón entero
Estuvo y con valor maravilloso,
Y nos lavó los pies, aunque sabía
Que de venderlo yo tratado había.

»Porque en la cena me habló diciendo:
—Haz lo que haces más apresurado.—
Ayer no le entendí; mas hoy lo entiendo,
Que fué poner delante mi pecado:
Senti un ardor de llamas estupendo
Cuando pasé al estómago el bocado
Que él dijo ser su cuerpo y sangre noble,
Como entre fuego ardiente el seco roble.

»De allí me levanté, y me parecía
Que un demonio en los hombros me llevaba,
Ó que yo en mis entrañas lo tenía,
Segun era mi priesa y furia brava:
Llegué al concilio desta gente pia,
Que no sé con qué celo me aguardaba:
Las piernas ojala se me partieran
Antes que en su cabildo me pusieran.

»Lo demás que pasó decir no quiero;
Bástame en lo que dije haber mentido:
Recíbeme por mi mal ese dinero;
Vuélvolo, de mi mal arrepentido:
Recójalo el Senado lisonjero
Que con dulces halagos me ha perdido:
Y no basta decir: —Tu lo miraras,—
Siendo mis culpas y las tuyas claras.»

Así como el que bebe mucho vino,
Y ardiendo se le sube á la cabeza,
Está con un airado desatino,
Y la razón no acaba si la empuja,
Y bravo y triste va por el camino,
Y el paso á varias partes endereza,
Y suspéndese ya, ya se apresura,
Segun el fuerte humor de su locura;

Ó como la feroz sacerdotisa
En el templo de Apolo endemoniada,
Fingiéndose divina profetisa,
Andaba en mente y ojos elevada,
Ya espacio, ya parándose, ya aprisa,
Y en todo con razón desatinada,
Pues llevaba en su pecho furibundo
Al insolente rey del caos profundo;

Tal se fué Júdas, y dejó medrosos
A los que allí su plática escucharon,
Y en busca de los montes cavernosos
Voló, donde sus furias le agujaron:
Ya lijaba los ojos codiciosos
Que á hambre de dinero le incitaron,
Y los clavaba atentos en el suelo,
Ya en sí, ya en sus cuidados, ya en el cielo.

Satanas, el demonio que en la cena
Después entró del sumo Sacramento
En su cuerpo, le daba horrible pena.
Y nuevo y asperísimo tormento;
Y el alma triste y de pavores llena
Se la ofuscaba el infernal portento;
Y como que él así su mal decía,
Estas internas voces le infundía:

«¿Qué haces, miserable, ó qué pretendes?
Qué pretendes ó intentas, miserable?
¿Conoces tu maldad, tu culpa entiendes,
Y al Señor que ofendiste inexorable?
Si al ofensor y al ofendido atiendes,
Hallarás tu pecado inexcusable,
Y agotada con él la fuente inmensa
Que la gracia y perdón mana y dispensa.

»A Dios vendiste, no vendiste al hombre,
Al hombre solo; á Dios, á Dios vendiste:
Mira y penetra de Jesús el nombre,
Y la culpa verás que cometiste;
Y para que tu ingenio vil se asombre
Y vengas á saber lo que hiciste,
Quién es Dios y Jesús contempla y nota,
Y el mal verás de tu conciencia rota.

»Es Dios el mismo bien: ¿qué más se puede
O más se debe en tu maldad decirse?
A cuanto se imagina Dios excede;
Que no es sugeto Dios para sentirse;
Y á tu culpa lo mismo le sucede,
Y así no tiene voz con que expresarse,
Ni tan profundo y tan sutil concepto
Que la dibuje con pincel perfeto.

»Del abismo infinito de la nada
Dios te sacó, y produjo al sér humano;
Alma te dió de bienes adornada,
Y en ti sopló su aliento soberano:
¿Cómo ha sido esta dádiva estimada?
Por tu maldad la recibiste en vano;
Mas; ¡ojalá que solo en vano fuera!
Y contra el bienhechor no se volviera!

»Como el cuervo traidor, al dueño amigo,
Después de alimentado, atiende al ojo,
No para ser de su beidad testigo,
Sino para llevarse en despojo;
Así tú, Júdas, pérfido enemigo,
Siguiendo tu alevoso y fiero antojo,
A Dios mirabas, no para estimalle,
Sino para vendelle y despojarle.

»Y á Jesús, á Jesús, ¿quién tal juzgara?
Que te admitió á su noble y santa escuela!
¡Intolerable ofensa, culpa rara,
Que al mismo infierno con razón desvela!
¿Qué hallaste en aquella ilustre cara
Que á los supremos ángeles consuela,
Y en aquella mesura y sér, bastante
A enternecer entrañas de diamante?

»Y en aquellos compuestos ojos bellos
Que están por ti escupidos con salivas;
Y en aquellos gravísimos cabellos
Que hoy han mesado manos vengativas;
Y en aquellos sus labios, en aquellos
Labios ó puertas de corales vivas,
Ya casi muertas, y en su voz, ¿qué viste,
Y en él todo, que así lo aborreciste?

»Bien que no quedarás sin justa pena:
La pena llevarás de tu pecado;
Como tu culpa y la razón ordena,
Serás á eternos males condenado:
¿No te acuerdas que dijo allá en la cena
(Y hablaba contigo lastimado):
—Tuviera por mejor no haber nacido
El que me ha de vender? — Tú le has vendido.

»¿Qué aguardas, oh traidor? ¿Que resucite,
Y del sepulcro saiga con victoria,
Y vida y fama, vencedor, te quite,
Y en tu sangre y honor bañe su gloria?
¿Esperas que los ánimos incite
De los que han de saber tu indigna historia
A que lo venguen todos de ti mismo?
No es tanto bajar vivo al hondo abismo.

»El dijo, bien lo sabes, que sería
Preso, azotado, y escupido, y muerto:
Ya se llegó, ya se llegó este día:
Parte de lo que dijo, sale cierto;
Y saldrá también la profecía
Donde avisó que, habiendo en la cruz muerto,
Volvería á la luz resucitado:
Volverá, y pagarásle tu pecado.

»¿Quién podrá los inmensos resplandores
De aquel rostro mirar con ojos vivos,
Que no le opriman rígidos temblores,
Miedos y asombros tristes y nocivos?
Cuantos agora claman vencedores,
Cobardes, temerosos, fugitivos,
Pedirán á los montes que los hundan,
O en el infierno mismo los confundan.

»Pues no aguardes á ver tan poderoso
Al que tan flaco por tu mal vendiste,
Y en alta dignidad maravilloso
Al que sin ella entre los piés trujiste,
Y rey de todo el mundo venturoso
Al que para prenderlo traza diste:
No será tan horrible ver la muerte
Como ver su temida y buena suerte.»

El crudo Satanás esto decía,
Y aquesto Júdas con dolor pensaba;
El demonio sutil lo proponía,
Y el confuso traidor lo imaginaba:
El perdón de la gracia le escondía
Aquel, y este también lo despreciaba;
La culpa sola, y sola la justicia
Pintando con rigor y con malicia.

Desesperado así, dijo el mezuquino
Con voz horrenda y ansia intolerable:
«Dejad, mis piés, el infeliz camino;
Acábase mi vida miserable:
No quiero ver á Cristo, rey divino,
En silla ilustre y pompa venerable:
Esta sogá me apriete la garganta
Y quíteme el asombro que me espanta.»

Dijo; y tiñóte el rostro desmayado
Una confusa amarillez horrible;
Todo el cabello se le alzó erizado,
Y el cuerpo le cubrió un sudor terrible:
A un tronco de higuera levantado
Se subió, y el espíritu invisible
Le siguió para darle ayuda en ello,
Y echóse una gran sogá al triste cuello.

Ató el cordel bruñido al ramo fuerte;
Y contra el cielo y contra sí rabioso,
Suspenderse dejó de aquesta suerte,
Al aire dando el cuerpo contagioso:
Abrazóse con él la fibra muerta;
Y Satanas, contento y presuroso,
Hizo las veces de cruel verdugo,
Poniendo en su cerviz el mortal yugo.

Apénas hubo el alma despedido,
Cuando el aire cercano se alborota;
Y el viento, por el valle sacudido,
Barre el polvo y los árboles azota:
Por medio queda el misero partido,
Y las entrañas por el medio brota,
Y el suelo apénas sustentallas puede:
Tanto ellas manchan y el cadáver hiede.

Cristo con la sagrada ciencia infusa
Que lo secreto y lo distante mira
Y en su elevado ingenio está difusa,
Duélese en paz, sin novedad se admira:
Dentro en su mente á Satanas acusa;
Por el traidor con lástima suspira
Y gime; que es abismo de paciencia
Y un mar de amor y un cielo de clemencia.

«¡Que de mi escuela presa tal se lleve,
Dice entre sí, aquel lobo carnicero!
Que en mi ganado ya su hambre bebe,
Y mi senado no me deje entero!
¿El, cuando yo padezco, á furor mueve
Las almas, por quien yo celoso muero?
¡Ah! ¿no bastaba ver á Dios atado,
Para que su cordel fuese quebrado?»

»Mas, ¡oh Júdas traidor, Júdas perverso,
Que así ofendiste mi piedad benigna!
Falsa opinión y parecer diverso
Sacaste de mi altísima doctrina:
Yo vine á redimir el universo;
Mi pasión á clemencia se encamina;
Mal sentiste de mí, Cain moderno;
Y así te abrasará su fuego eterno.»

Esto pensaba el único Dios Hombre,
Y de Júdas la pérdida sentía;
Que el celo conformando con el nombre,
Salvarle con su sangre pretendía;
Pero en este, á quien dió justo renombre
Su traición alevosa, otros mil via
De herejes patriarcas insolentes,
Falsos caudillos de engañadas gentes.

A los nósticos via deshonestos
Anegados en fuegos detestables,
Y á la cristiana castidad opuestos
Con vicios de lujuria abominables,
Y en nocturnos gravísimos incestos
Las leyes profanando venerables;
Traza del mismo infierno cautelosa,
Para hacer la cristiandad odiosa.

Y á Sabelio también desvanecido
Queriendo penetrar con baja ciencia
El increado consistorio unido
En tres personas, pero en una esencia;
Y soberbio, furioso y engreído
Por no sé qué fantástica insolencia,
Negar la distinción que las divide
Y la unidad purísima no impide.

Y al ambicioso y vil Samosateno,
Padre infeliz del mágico Anticristo,
Que, de fe falto, de piedad ajeno,
Por hombre solo predicaba á Cristo,
Por hombre de verdad y gracia lleno,
Mas en pura y mortal persona visto;
Contra el cual un concilio congregado
Por esto le quitaba el obispado.

Y á aquel también que al Padre poderoso
Y al paraclito Espíritu que inclina
A amor caritativo y religioso,
Acomodó la Encarnación divina;
Y el género de muerte doloroso
Y la pasión de inmensa gloria dina
Que sufrió solo el humanado Verbo,
A tres personas aplicó protervo.

Y Arrio, que un hijo natural fingía
De Dios, menor que Dios en la excelencia,
Que ántes del mundo producido había
Dios, pero no de su infinita esencia;
A quien la lumbré del eterno día,
Y sobre el mundo y tiempo la eminencia
Negaba; mas con esto su pecado
Le vió Cristo pagar desentrañado.

Y á Macedonio vió, que al Amor santo,
Y por esencia Dios inaccesible,
No quiso dar el religioso canto
Que ofrece y debe á Dios la fe infalible,
Por no admitir que el uno y sacrosanto
Sér de aquella bondad indivisible
Sin distinción se halla en tres personas,
Y que una así merece en tres coronas.

Y al Catafriga y pérfido Montano,
Eunuco torpe, ayunador moderno,
Que enseñó con espíritu profano
Ser del eterno Dios el soplo eterno;
A quien el infeliz Tertuliano,
Aspero en vida, rígido en gobierno,
Siguió, primero insigne y gran maestro
Y en confundir herejes sabio y diestro.

Y á Mánes, padre de almas insipientes,
Por su loca promesa desollado,
Que fingió dos principios diferentes,
El uno al bien, el otro al mal usado;
Y en muchos siglos y en diversas gentes
Fué por sumo Profeta venerado;
Y la pasión de Cristo verdadera
Negó, formando de ella una quimera.

Y á Apolinar, que neciamente dijo
Que la Divinidad inestimable,
Naturaleza del eterno Hijo,
Era el alma de Cristo perdurable;
Y condenado, nunca se desdijo,
Si bien, como culebra deleznable,
Vistiendo nueva piel, se deslizaba;
Mas la antigua y herética ocultaba.

Y á Nestorio, que en Cristo dos supuestos,
Accidental y flacamente unidos
Y á la escritura y tradición opuestos,
Solemnizó con falsos apellidos;
A quien, saliendo con sus armas prestos
Los griegos y romanos mas lucidos,
Vencieron y probaron que María
En carne al mismo Dios parido había.

Y al Eutiques, no ménos extremado,
Que negó en Cristo dos naturalezas,
Después que el Verbo eterno fué encarnado,
Pobre manifestando sus riquezas;
¡Oh cuánto yerra el hombre confiado
En sus vanas y torpes agudezas,
Midiendo con su corto pensamiento
El infinito y sumo entendimiento!

Y al que á Cristo, de Dios propio y nativo
Hijo y del Padre altísimo conceto,
Hombre le predicó, Hijo adoptivo;
Que es ser Hijo de Dios, más imperfecto:
Falso maestro y á la fe nocivo,
Y de Nestorio seguidor secreto,
Pues pide la adopción persona extraña,
Y á Cristo la de Dios siempre acompaña.

Y al otro que los mil años gloriosos
Después del grande y general juicio,
Para los hombres en virtud famosos
Inventó por supremo beneficio:
Los cuales en la tierra venturosos
Y libres de cualquier terreno vicio
Habían de vivir en paz segura;
Como si ver á Dios no es mas ventura.

Y al lascivo español Priciliano,
De la nóstica cepa vil sarmiento,
Y en vano poderoso, y docto en vano,
Pues no tomó en sus penas escarmiento:
Que, de buen caballero cortésano,
Lobo se hizo de almas fraudulentano,
Y en España infeliz herejarca,
De hombres carnales sucio patriarca.

Y al otro mal nacido Vigilancio,
Que al virginal espíritu igualaba
Del santo matrimonio el gran cansancio,
Y él de monje la vida profesaba:
Infame justamente Dormitancio,
Como el Dalmata ilustre le llamaba,
Y alma de los apóstatas modernos,
Dignos de arder en fuegos siempre eternos.

Y al que negó á la Virgen excelente,
Madre de Dios y archivo de pureza,
Y del honesto amor cáudida fuente,
Su immaculada y única limpieza:
Contra quien Ildefonso, diligente
Y sabio defensor de su entereza,
Escribió libros de inmortal doctrina,
Y la casulla recibió divina.

Y al que rompió las inclitas figuras
De los santos en ellas adorados,
Consuelos religiosos de almas puras,
En que ven sus amigos retratados;
Que no adoramos, no, las piedras duras
Y tablas do parecen dibujados;
Sino al santo en la imágen esculpido,
Y á su dibujo con el santo unido.

Y al que negó de la divina gracia
(Tú fuiste; ¡oh mal Pelagio aborrecible!)
El gran poder y altísima eficacia,
A los pequeños solo inteligible:
Maldiga el bien tu dura pertinacia,
Bestia indomable, fiera incorregible;
;No puede Dios prestar, para su intento,
Dulzura y eficacia al movimiento?

Y al que fundó la secta luterana,
Monstruo del mundo, parto del infierno,
Que no creyó la libertad humana,
Viéndola él mismo en su infeliz gobierno;
Azote de la diestra soberana,
Después echado al fuego del infierno:
;Oh si tu odiosa madre no naciera,
O, ya que mal nació, no te pariera!

Y el que ser producida ántes del hombre
El alma racional dijo protervo,
Y que el varón del saludable nombre
Murió para salvar al ángel siervo,
Y que tiempo vendría que el Dios Hombre
Glorificase al rey del caos superbo,
Allá verá en su daño el miserable
Cómo es siempre el infierno perdurable.

Y al primer enemigo malicioso
De los siete sagrados sacramentos,
O del más principal y generoso
Que se nos da en divinos alimentos;
Y otro perverso número copioso
De fieros monstruos y hórridos portentos,
Contrarios á su amada Iglesia pia,
Cristo en Júdas con ciencia infusa via.

Vialo, y con dolor al sumo Padre
Favor para su Iglesia demandaba,
Que ha de ser de infinitos hijos madre,
A quien tanto peligro amenazaba:
Al soberano Presidente cadre
Librarnos siempre de la furia brava
Desta canalla herética insolente,
Pues de la santa Iglesia es Presidente.

Mas cuando aquesto piensa el Rey benino,
Del infierno la tropa inexorable,
Por un volcan abriéndose camino,
Sale á llevar el alma detestable,
Juzgada ya del tribunal divino
Y condenada al fuego intolerable;
El alma del apóstol avariento,
De injustas almas único escarmiento.

Ciégase el aire de confusa niebla,
Hinchese de cometas abrasadas,
De noche opaca y hórrida tiniebla
Y de grandes pavores erizados:
De fantasmas también varias se puebla
Y fantásticos cuerpos desalmados;
Y un horrisono asombro el valle ocupa,
Que ahuyenta el vigor, la sangre chupa.

;Oh musa! que el temor de Dios inspiras
Representando al alma justas penas,
Y gloriosa en el cielo atenta miras
Las mazmorras de horror y presos llenas:
Tú, que á enseñarnos la verdad aspiras,
Ardiente agora infúndete en mis venas,
Y dame un pavoroso y grave canto
Que en voz dibuje el reino del espanto.

Dime el lugar de aquella cárcel dura,
Sus hondas plazas, fuertes calabozos,
Su rabia, su dolor, su desventura,
Iras, tristezas, miedos, alborozos;
Y de aquel rey de la infernal clausura
Las crueldades y muertes y destrozos
Que hace, sin matar á los culpados,
Entre hielos y llamas ahogados.

Diré dónde llevaran al mezquino
Que al mismo eterno Dios en venta puso,
Si tú me prestas el favor divino
Que en santas almas suele estar difuso:
Debajo deste mundo cristalinio
Que Dios con dulce variedad dispuso,
Hay un lugar que sirve á los furioses
De atormentados y atormentadores.

Una ciudad que en vivas llamas arde,
Pero sin claridad su ardiente fuego;
Que una perpetua tenebrosa tarde
Hinche sus llamas de un asombro ciego:
La noche sola hace aquí su alarde,
Mas no con blando y general sosiego
Como acá, de mil furias y quimeras
Bravas y oscuridades verdaderas.

Esta fué de los ángeles superbos
La segunda tristísima morada,
Do viven obstinados y protervos
En muerte para siempre dilatada:
También los hombres de su gusto siervos
Tienen aquí su cárcel preparada;
Que si bien fué para demonios hecha,
Para castigo de almas aprovecha.

El suelo está de puntas mil cubierto
De agudo hierro en brasa convertido,
Cual pellejo de erizo armado y yerto,
Y en cada cual un gran dragon asido,
La fiera boca y el gáznate abierto
Para tragar al misero afligido
Que en su parte le cabe, y vomitarlo
Al punto, y otra vez vivo tragarlo.

Es un hediondo y esponjado cieno
La materia del suelo tenebroso,
De emponzoñadas sabandijas lleno,
Y él también por sí mismo ponzoñoso:
El brota llamas, y ellas dan veneno
Con que se ofusca el aire contagioso,
Do aparecen fantásticas visiones
De orcos, briareos, hidras, geriones.

Las paredes en alto levantadas
Hacen horrenda y pavorosa sombra,
Y unas con otras entre sí pegadas,
Que el verlas solo con espanto asombra:
Tienen los cuerpos y almas apretadas;
Y esto no obstante, en la fogosa alfombra
Están tendidas con mortal angustia,
Corazon afligido y frente mustia.

Ni se ve cielo aquí, ni luz parece,
Mas en vez de apacible y rico techo,
Sobre la vista lúbrica se ofrece
Un grande monte de peñascos hecho,
Que, pendiente en el aire, se estremieca
Y amenaza ruína, y cae derecho,
Y de caer no acaba de su cumbre,
Dando extraño temor y pesadumbre.

De aquí también, como de cielo, llueve
No fácil agua, mas ponzoña cruda,
Que, bebida, el estómago remueve,
Provoca á bascas, y colores muda;
Y porque más rigor consigo lleve,
Baja con tempestad fiera y aguda
De fuertes rayos, negros torbellinos,
Horribles truenos, bravos remolinos.

Están así las almas tiritando
De miedo triste, de pavor confuso,
Y entre ellas los demonios asombrando
Corren en escuadron largo y difuso;
Y diversas injurias inventando,
Solo el hacerles mal tienen por uso:
Jamás en esta parte hubo contento,
Ni apariencia de bien paró un momento.

En grandes calabozos dividida,
Y llenos todos de sulfúreo fuego,
Está confusamente repartida
La tenebrosa cárcel del rey ciego:
El primero es de gente evanecida,
Soberbia y obstinada al blando ruego.
Que á los pobres y humildes no estimaba,
Y de su honor el ídolo adoraba.

Esta pasa la vida ó ve su muerte
Allí, pisada con desden terrible,
En fortuna infeliz y baja suerte,
Llorando su desprecio aborrecible;
Y juzga por ofensa y daño fuerte
No estar en aquel punto inaccesible
Del honor soberano que tenía,
Cuando alabada en majestad vivía.

Allí moran los inclitos señores
Que en este mundo fuéron adorados;
Y para ser en dignidad mayores,
Como en ella, crecieron en pecados;
Y injurias, vituperios, deshonores
Siempre los atropellan despreciados:
¡Oh Césares, Pompeyos, Curcios, Fabios,
¿Qué os valió ser tan fuertes y tan sabios?

En el segundo están los avarientos,
Que del oro la espléndida materia
Juzgaron por el dios de sus contentos;
Y así por centro infame de laceria
Estos pasan gravísimos tormentos
En dilatada y última miseria,
Desnudos, tiritando al hielo triste
Que entre rígidas nieves los embiste.

Allí se acuerdan de los breves años
Que en púrpura y holandá se les fueron,
Y de los ricos y flamencos paños
Que sus paredes con calor vistieron;
Y viendo ya sus miserables daños,
Lloran lo poco que á los pobres dieron:
¡Oh Midas, ¿que te importa ya el tesoro,
Si al fin se convirtió en pobreza el oro?

En el tercero están hombres lascivos
Que á su carne sirvieron asquerosa,
Y allí de ardientes llamas fuegos vivos
Los encienden con fuerza poderosa:
De duro bronce toros vengativos,
En brasa transformados rigurosa,
Les queman rostro y brazos, pecho y piernas,
En esto edades padeciendo eternas.

Ratos pequeños de infeliz deleite
Con pena extraña en siglos infinitos,
Y el breve gusto de un fingido afeite
Pagan con males ciertos y exquisitos:
Ya en altas tinas de abrasado aceite,
Que encendieron sus mismos apetitos,
Ya en hondas nieves son atormentados:
¡Oh Alcides locamente enamorados!

En la cuarta mazmorra están rugiendo
Hombres airados, rígidos leones,
Sus propias carnes con dolor comiendo,
Y armando con rigor sus corazones:
Tocan á arma siempre con estruendo,
De rabia llenos, llenos de pasiones,
Bosando contra tí, gran Dios, blasfemias
Porque con ira justa los apremias.

Arrójanles las furias infernales
Largas culebras de ásperas escamas,
Que, rompiendo sus pechos desleales,
En ellos soplan furibundas llamas:
La venganza, principio de mil males,
Y el odio cercan sus ardientes camas:
¡Oh modernos coléricos briareos!
Con tiempo reprimid vuestros deseos.

Los ricos y golosos avarientos,
Y en regalada mesa inexorables,
En la quinta mazmorra están, hambrientos
De los bienes que usaron deleitables;
Y de aguas turbias con razon sedientos
Los que vinos vertieron admirables,
Fuegos beben, no quedan satisfechos,
Boca y lengua abrasados, vientre y pechos.

¡Oh tú, gloton, de Lázaro enemigo!
¿Adónde están las púrpuras y holandás
Que te sirvieron de esplendor y abrigo,
Las dulces mesas y las camas blandas?
Ya eres de todo aquesto vil mendigo,
Agua te niegan, faltante viandas,
Y llamas son tus ropas halagüeñas,
Y tus tiernos regalos, duras peñas.

De ponzoñosas víboras envidiosas
Se mantienen los tristes envidiosos,
En pantanos de nieve sumergidos,
De sus mismos venenos ponzoñosos:
Los corazones ásperos mordidos
También de víboreznos contagiosos,
Aullan como perros lastimados,
De la gloria de Dios apesarados.

Tú, fundador de los soberbios muros
Que amasaste con sangre de tu hermano,
Junto á los otros enemigos duros
Y odiados hijos del feroz Tebano,
Que, por envidia contra sí perjuros,
Unirlos procuraba el fuego en vano,
De tu mismo Criador tienes envidia,
Y tu alma contigo, ardiendo, lidia.

Y á los que la pesada y vil pereza
Movi6 con flojedad el paso lento,
Entre puntas de acero con fiereza
Trae jugando un ejército violento:
Gimen allí, sacuden su tibieza,
Y el suelo empapan con sudor sangriento,
De su profundo sueño arrepenitados,
Y en la séptima cárcel detenidos.

En estas se reparten siete casas
Los grandes condenados pecadores,
Cubiertos siempre de encendidas brasas
Y llenos de agudísimos dolores:
Pero tú, Júdas, que en maldad traspasas
A los portentos en pecar mayores,
Una cárcel ocupas, donde todos
Los males juntan sus diversos modos.

Que tu, en vender á Dios, soberbio fuiste
Y avaro, pues por precio le entregaste;
Y adulterio del alma cometiste,
Pues al divino Esposo repudiaste;
Y á la pasión airada te rendiste,
Pues con tal brevedad lo ejecutaste;
Y á gula, pues el único alimento
Profanaste del sumo Sacramento.

Y el honor envidiaste religioso
Que hizo al buen Jesús la Magdalena,
Y en alcanzar virtudes perceroso
Fuiste en la escuela de virtudes llena,
Y centro de traidores alevoso;
Y así todo te culpa y te condena,
¡Oh misero, infeliz, desesperado!
Que fué á la postre tu mayor pecado.

Por eso aquellas furias infernales
En una cárcel nueva le pusieron,
Donde, mezclados en tropel, los males
De todas las mazmorras le siguieron:
Y porque en su maldad no tuvo iguales,
Solo y siempre cercado le tuvieron;
Y así, entre ardor y hielo, noche y nieblas,
Le confunden horrores y tinieblas.

Mas en tanto, admirado el Presidente
Del furor contumaz y entera saña
Y cruda envidia de la hebraica gente
Que al popular estrépito acompaña,
Ni se atreve á seguir el fuego ardiente
De aquel ímpetu loco y furia extraña,
Ni á reptagnar su bárbaro deseo;
Y un medio escoge grave, odioso y feo.

Manda azotar á Cristo, imaginando
Templar así la rabia poderosa
De aquel perverso y enemigo bando,
Que, contra Dios rugiendo, no reposa.
Ya vas la santa rectitud doblando
Con débil pecho y alma temerosa,
¡Oh Pilatos! Ya tuercas la justicia:
¡Ah! ¿Tanto puede una vulgar malicia?

Tú mismo, ¿no juzgaste su inocencia,
Y en público por tal la confesaste.
Su valor viste, y viste su prudencia,
Y encogiendo los hombros, le admiraste?
Tú mismo, ¿no tuviste reverencia
A aquel divino aspecto que alabaste?
¿Cómo á tanto castigo le condenas,
Si solas culpas dignas son de penas?

Pensó Pilatos que importaba poco
Romper la soga por lo más delgado,
Y el que de un rey tenido fué por loco,
Ser, aunque contra leyes, azotado.
¡Oh mi Dios! tu favor agora invoco,
Agora, que te miro despreciado:
Y tanto, que no juzga el Presidente
Tu afrenta vil por grande inconveniente.

Un corazón devoto, un alma pia
Me presta y un sencillo entendimiento,
Y una amorosa voluntad me envía
Desde tu celestial divino asiento,
Que inflame y gaste la tibieza mia,
Y en mi conciba un alto pensamiento,
Y engendre un singular y nuevo canto
Envuelto en ronca voz y triste llanto.

Pobre consideró Pilato á Cristo,
De condición humilde y pecho afable,
Y con la turba popular malquistado,
Y más con el Senado inexorable:
No habia de su parte y causa visto
Un defensor siquiera favorable,
Y así entendió que nadie se quejara,
Aunque fuese la injuria enorme y clara.

No Cristo, que un silencio valeroso
Opuso en contra de su grave ofensa,
Y un ánimo en sufrir maravilloso,
Juzgó por ilustrísima defensa;
Ni aquel su apostolado religioso,
Que á su amor dió tan mala recompensa,
Ni sus amigos, que cobardemente
Del peligro huyeron aparente.

Atrevióse por esto á sentencional
Y complacer á la canalla fiera
Que á muerte procuraba condenallo,
Cual si la muerte en Dios vida no fuera:
¡Oh mal juez! ¿No temes azotallo,
Y dar pena de culpas tan severa
Al autor inmortal de la justicia,
Porque no hay quien reclame á tu malicia?

Pues quejarse della el mismo cielo,
Y cubrirá su faz de negro luto,
Y al mundo triste negará el consuelo
De la luz clara, que es su propio fruto:
Quejaráse también sentido el suelo,
Y á tan grave dolor dará en tributo
Piedras partidas con terrible espanto,
Que así hagan en ronco son su llanto.

Quejaráse las hondas sepulturas,
Abriendo á los difuntos venerables
Con llaves de horror las cerraduras,
Por do giman con voces lamentables;
Y quejaráse todas las criaturas
Con muestras de su pena memorables,
Pidiendo contra tí la grande afrenta
Del supremo Señor que las sustenta.

Con todo, manda que azotado sea,
Y dice al duro pueblo que, azotado,
Dalle cumplida libertad desea,
Con el castigo viéndolo enmendado:
Con esto su injusticia colorea,
Y complacer pretende al mal Senado.
¿Que hallaste ¡oh loco! en ese Rey divino,
Digno de corrección, de enmienda dino?

¿Los sermones que hace milagrosos,
Que ablandan pechos, justifican almas?
Los prodigios que acaba misteriosos,
Merecedores de perpetuas palmas,
Y que del mar los impetus furiosos
Convierte en frescas y apacibles calmas?
¿Que cura enfermos, resucita muertos,
Y multiplica el pan en los desiertos?

¿Dignas de corrección, dignas de enmienda
Son estas obras de su mano santa,
Para que el hombre la verdad aprenda
Que al cielo, de la tierra, lo levanta?
Enmienda, injusto presidente, enmienda,
Con fuerza inclina, con rigor quebranta
El cuello altivo y corazón sañudo
Dese cabildo atroz y pueblo crudo.

Desos de patriarcas homicidas,
Que al Profeta evangélico aserraron,
Y las preciosas y admirables vidas
A Jeremias y Abacuc quitaron;
Y con sus manos, en crueldad teñidas,
Entre el altar y templo degollaron
Al sabio Zacarías porque dijo
Que Cristo era del Padre Empero el Hijo.

A esos enmienda, y tus acciones rige;
Que te arrojas cobarde á la injusticia:
Tu miedo enfrena y ambicion corrige,
Y osado sigue la virtud patria:
A defender al mismo Dios dirige
La vara que él te dió de la justicia,
Y enmendar no procures indiscreto
La igualdad suma y el saber perfecto.

Pero mándalo, y hácese al instante:
¿Y Cristo va á sufrir tan grave pena?
¿Dios á ser azotado? Al cielo espante
Humildad tal de amor y asombro llena:
Así fué que la casa rutilante,
Rica de gozo, y de pesar ajena,
Se estremeció, y el Rey omnipotente
Llamó á sus cortes á la emperia gente.

La muestra sola de su digno imperio,
En su divina mente declarada,
Al Artico y Antártico hemisferio
Hizo temblar de la region sagrada;
Y el sol paró su carro al gran misterio,
Y turbóse la luna plateada,
Y el bello coro de la octava cumbre
Con reverencia suspendió su lumbre.

Vinieron los espíritus hermosos
Que el río beben de la eterna gloria,
Desde el punto que humildes y animosos
A Lucifer ganaron la victoria;
Y á los palacios de su Rey preciosos,
Do vive deste hecho la memoria
En dibujos que de oro se formaron,
Las rodillas devotos inclinaron.

Y el sumo Padre abrió su hondo pecho,
Aun á las sacras mentes escondido;
Que es de Dios propio y singular derecho
El ser solo de sí comprendido;
Y lo que habia en Cristo el mundo hecho,
En una idea lo mostró esculpido,
Y la injuriosa y grave y triste afrenta
Que en azotarlo como á siervo intenta.

Encogieron sus alas, admirados
Viendo tal, los ardientes serafines,
Y sus ojos cubriendo avergonzados,
Alto asombro ciñó á los querubines:
Los tronos abatieron, espantados,
Al suelo sus guirnaldas de jazmines,
Y las dominaciones excelentes
Olvidaron sus cetros eminentes.

Los grandes principados se hundieron
En un abismo de humildad notable,
Las sumas potestades voces dieron
Con justo celo y ánimo aceptable;
Y las virtudes más virtud pidieron
Para vengar la ofensa intolerable:
Los arcángeles « gloria á Dios » clamaron;
Y « al hombre paz » los ángeles cantaron.

Retumbó el cielo cóncavo al sonido
De la extraña y suave melodía;
Que allí el asombro es luz, gozo el gemido,
El celo paz, y el llanto es alegría:
El Padre pues del Verbo esclarecido,
Junta ya la gloriosa compañía,
Moviendo con amor sus corazones,
Estas dijo gravísimas razones:

«El hombre azota á mi sagrado Verbo,
Por el hombre á la tierra descendido;
Honrad el espectáculo de siervo
Que hacer á mi Hijo he permitido:
El hombre muestra un ánimo protervo,
Y él para el hombre un ánimo rendido;
Id apriesa, y veréislo; y no cansados,
Le dad mil alabanzas humillados.»

Dijo el Eterno Padre y Rey clemente,
Y á cada cual le dibujó en el seno
El consuelo que instaba conveniente
Al Hijo, de mortal congoja lleno;
Y al punto el escuadron resplandeciente
Que alegre huella el cielo más sereno,
Obedeciendo sale por las puertas
Que están siempre á los ángeles abiertas.

Cual suele en el otoño borrascoso,
Cuando azota los árboles el viento,
Bajar en monte oscuro ó valle umbroso
El ejército de hojas macilento;
Que al batir de las ramas presuroso,
Y del cierzo al espíritu violento,
En tierra dan con fuerza, desásidas
De los pezones con que están unidas:

O cual las aves, nuncios del verano
Y de la fraternal fingida pena,
Huyendo, el suelo dejan africano
Con justo miedo de su ardiente arena;
Que en muchedumbre y escuadron lozano
Las frescas flores de la Europa amena
Vencen y buscan, halagando al día
Con nueva chirriadora melodía;

Tal se descuelga por el aire apriesa
La gran tropa de espíritus al vuelo,
Que de arboles una lluvia espesa
Parece, que despide el mejor cielo:
De amar á Dios y de cantar no cesa
En el discurso de su limpio vuelo
La bella escuadra, como á los albores
Del alba roja dulces ruiseñores.

Alaban al que tanto ha padecido
Por el hombre mortal, en carne humana,
Y voz de pena y canto de gemido
Mezclan en su armonía soberana;
Que es suavidad envuelta en un sonido,
Que, causando temor, dulzura mana,
Confesion propia de ángeles prudentes
Que imitan nuestros varios accidentes.

Van á Salén, y á Cristo maniatado
Ven, y los ojos en la tierra puestos,
Los ojos de aquel rostro mesurado,
Graves y con hermosa luz honestos:
Los ojos en que el sol avergonzado
Se mira como en soles dos modestos;
Los ojos que á las almas enamoran,
Y el cielo de lucientes rayos doran.

Ven los ojos en tierra y ven las manos
Apretadas atrás; las manos fuertes
Que adoran los empiresos cortesanos,
Y donde están del bien las varias suertes;
Las manos que los inclitos ancianos
Que huellan vidas y desprecian muertes,
Besan, y rinden sus coronas bellas,
Forjadas de purísimas estrellas.

Ven escupido el rostro venerable,
El rostro de su Dios ven escupido;
Y el cabello de obrizo inestimable,
Enmarañado ven y escarnecido;
Y el cuerpo de belleza incomparable,
De polvo y sangre y de sudor teñido,
Con sogas preso, atado con cordeles
Y cercado de bárbaros crueles.

Venlo, y de verlo así quedan pasmados;
Y dicen: «¿Es aqueste el Rey Eterno;
Que á nosotros, espíritus sagrados,
Mantiene y riges con feliz gobierno;
Por cuyo gran poder fuimos criados,
Con ser sobre los tiempos eviterno,
Y nos produjo en un instante solo,
Hollando el mismo excelso y grande polo?»

Esto y más dicen; y del bajo suelo,
Donde Cristo los mira en el pretorio,
Hacen un asombrado y alto cielo
Y un celestial y angélico auditorio:
Humildes notan con ferviente celo,
Como desde un supremo consistorio,
El mayor espectáculo que han visto
Al santo amor representar de Cristo.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Despacha Lucifer su tropa aguda,
Y al mundo sube el escuadron molesto;
Y Cristo en el pretorio se desnuda,
Y alábanle sus ángeles por esto:
Es azotado con fiereza cruda:
Súfrelo con espíritu modesto;
Y san Miguel, en su alabanza y gloria,
Le canta de los mártires la historia.

Mas Lucifer en el profundo averno
Su mal publica, su dolor pregona,
Entre abrasado estío y crudo invierno,
Donde sustenta su infeliz corona:
Las bravas furias del odioso infierno
Junta, y así confuso les razona,
Lleno de espanto y con pavor terrible,
Y en pensamientos, pero en son horrible.

«Mucho se encubre aqueste Dios humano,
Mucho se encubre, no lo he conocido:
Ya me parece un hombre soberano,
Ya un Dios á mil bajezas abatido:
En vano he trastornado el mundo, en vano
Estorballe la muerte he pretendido:
Si es Dios, parece que morir procura,
Si es hombre, de la vida no se cura.

»Sea quien fuere, claramente vemos,
En lo que habeis con trazas intentado,
Que impedille la muerte no podemos,
Pues todas, todas nos las ha frustrado:
Triste, confuso y entre dos extremos
De su vida y su muerte me ha dejado;
No sé qué me hacer; la muerte quiere:
Muera pues con mil muertes, ya que muere.

»Tomemos dél una mortal venganza;
En él hagamos un furioso estrago;
De quitalle el morir no hay esperanza:
Muera, y de sangre vierta un grande lago.
Cada cual tiña en su dolor su lanza;
Del mal que nos ha hecho lleve el pago.
¡Sus! mis bravos leones; id apriesa
Al mundo en tropa oscura y banda espesa.

»Ejecutad las mas agudas artes
De darle pena, de hacerle daño,
Aunque le cerquen gruesos baluartes
De exquisito favor, de auxilio extraño,
Que Dios se le dara por todas partes;
Mas vosotros, por fuerza ó por engaño,
Mi voluntad cumplid, caminad luego
Como á la esfera propia el veloz fuego.»

Dijo; y los faribundos escuadrones
De espíritus á rabia condenados
Suben á las diáfanas regiones
De los aires, en clara luz bañados,
Y en centurias, cohortes y legiones
Partidos van, sin órden concertados;
Y todos juntos al pretorio llegan,
Y allí alborotan cuerpos, y almas ciegan.

Corren á los pontífices hebreos,
Y mézclanse con ellos de repente,
Y para trasfundilles sus deseos,
Dícenles delicada y vivamente:
«En fin levantará grandes trofeos
De vosotros, ¡oh noble y sabia gente!
Viéndose sano y de prisionesuelto,
Jesus, y á su grandeza y gloria vuelto.

»Será con cuatro azotes castigado,
Y saldrá luego de la cárcel libre,
Y á fe que del pequeño mal curado,
En vuestro daño ardientes ravsos vibre:
¿Haráله por ventura estar callado
Este gran senador del vano Tíbre?
En saliendo veréis cómo su lengua
Poderoso ejercita en vuestra mengua.

»Ya me parece que arrogante habla,
Asentado en su cátedra pomposa,
Y poco á poco su negocio entabla
En la gente del vulgo temerosa;
Y con su voz devota y dulce habla,
Y con algun milagro ó tal que cosa,
Lenguas se hace al punto en su alabanza
Este poblacho vil que más no alcanza.

«¿Consentiréis que hipócritas os llame,
Y así de la verdad mártir divino?
¿Que honre su escuela, y que la vuestra infame,
Y que todos le den aplauso indino?
¿Sufiréis que en el templo á voces clame:
—El que quisiere, siga mi camino,
Y la cruz de prision que yo he pasado
Tome luego en sus hombros no esforzado—?

»¿Llevaréis en paciencia que os arguya
Sobre quién es, ó cuyo hijo, Cristo,
Y altivo, en dos palabras os concluya,
Por esto en la república bienquisto,
Y que el más docto de encontrarse huya
Con él, habiendo su agudeza visto,
Y cabizbajo y pensativo quede,
Porque en ciencia le gana, en sér le excede?

»¿Llevaréis en paciencia que, llegando
A preguntalle si ha de dar tributo
El israelita religioso bando
A César, diga con donaire astuto:
—Esta imagen ¿qué está representando?—
Y os cubra el corazón de negro luto,
Infriendo—Lo que es de César daldó
A César, y lo que es de Dios pagaldó—?

»¿Llevaréis en paciencia que se baje,
Y que escribiendo no sé qué en la tierra,
De vuestra pretension el curso ataje,
Y con polvo no más os haga guerra?
Y que un plebeyo vil, de mal linaje,
Y que su misma patria le destierra,
A tantos nobles sin razon afrente,
Y quitalles la vida y fama intente?

»¿Sufiréis que la fiesta sacrosanta
Profane más curando enfermedades,
Y al tiempo que sin órden la quebranta,
Defienda voluntarias falsedades,
Y con tanto rigor, con fuerza tanta,
Que ofusque las clarísimas verdades,
Y pruebe sin disputa sus intentos
Los hombres comparando á los jumentos?

»¿Consentiréis que el vulgo variable
Sobre los cielos con favor lo empine,
Y a todo este concilio venerable
Con aplausos magníficos indine,
Y otra vez en triunfo incomparable,
Postrándole sus ropas, desatine?
Y si os parece ya que le desprecia,
Mirad que es pueblo rudo y gente necia.

»Ni en mudar bultos la triforme luna,
Ni en turbulento mar veloz galera,
Ni en rodar con presteza la fortuna,
Ni al recio vendabal hoja lijera,
Ni á la corriente de aguas importuna
Delgado junco en húmida ribera
Es tan presto, tan fácil, tan instable,
Como es el vulgo en elegir mudable.

»Muera, muera, pontífices fieles,
Si no, como intentais, crucificado,
A lo ménos con látigos crueles
Y mortales azotes desangrado:
Romped procesos y dejad papeles;
Ya está, cual importaba, sentenciado
En el castigo; muera en el castigo
Infame, caiga muerto el enemigo.»

Así hablan, callados, los terribles,
Representando inciertas fantasías,
Y arrojan luego viboras horribles
En las entrañas de piedad vacías;
Y ellas, en el moverse imperceptibles,
Emponzoñando van las venas frías;
Éntranse en las medulas más secretas,
Y alborotan las partes más quietas.

Llegan al corazón, soplan envidia,
Vomitan ira, y ambición encienden:
El un afecto con el otro lidia,
Y todos á dañar á Cristo entienden:
Fuera el sosiego va, fuera la acidia;
Con ardiente furor la causa emprenden,
Su gravedad olvidan espaciosa,
Y procuran la muerte presurosa.

Cual suele trompa de París lijera,
De valientes mozueltos azotada,
Que, en rueda juntos, con veloz carrera
Bailando, no la dejan sosegada;
Tal la canalla del averno fiera
Trae á la de Salén alborotada,
De verdugo en verdugo pretendiendo
Que Jesus muera en el castigo horrendo.

Danles dinero y hácenles promesas
Mayores, con que á furia los incitan,
Y ellos, movidos con las mandas gruesas
Y con los dones, más y más se irritan;
Y cual si fueran inclitas empresas
Matar á Dios, sus fuerzas habilitan,
Azotes buscan, látigos componen,
Y á la feroz hazaña se disponen.

Los demonios también ocultamente
A una sed los provocan insaciable
De la sangre del Hombre omnipotente,
Que á su furor se rinde inexorable.
Velos el Padre Eterno y los consiente:
¡Ay Dios! á questo golpe intolerable
¿Adónde parará si los hebreos
Y gentiles dan fin á sus deseos?

Llegan pues los verdugos cohechados,
Y comienzan con impetu furioso
A desnudar los miembros delicados
Del Señor de señores poderoso:
Con modo vil y agravios nunca usados
El vestido le quitan religioso
Y hecho por las manos virginales
De la Reina de reyes inmortales.

Allí le dan crueles empellones
Y le dicen palabras desmedidas;
Oféndente con duros bofetones
Y desprecios y burlas atrevidas:
Afrontas buscan, buscan invenciones
Nunca pensadas y jamas oídas,
Con que dalle dolor, causalle pena,
Y el infierno las halla y las ordena.

Todo lo sufre con amor suave,
Y callado, el mansísimo Cordero
Que del supremo bien tiene la llave
Y es de Dios puro el resplandor sincero;
Y con sereho rostro y pecho grave,
Del mismo sér archivo verdadero,
Obedeciendo á la canalla cruda
Que desnudar le manda, se desnuda.

Descubre aquellos brazos admirables
Que de los orbes ciñen la gran rueda,
Y los divinos hombros incansables
Adonde está como en su centro queda;
Y aquellos pechos á la esposa amables,
Do mora la beldad graciosa y leda,
Y las columnas sobre basas de oro,
Fábrica celestial, sumo tesoro.

Bien así cual doncella generosa
Que al limpio estanque da su carne pura,
En el agua se mira vergonzosa
Cuando retrata en ella su figura;
Y si tropa de gente maliciosa
La vido y codició su hermosa,
Torna, con la vergüenza que la mueve,
En grana carmesi la blanca nieve;

Así Cristo, mirándose desnudo
A los ojos de aquella infame gente,
De la vergüenza el sentimiento agudo
No reprimió, y brotó sensiblemente:
Habló con lengua roja el licor mudo
Que comenzó a teñir su blanca frente
Y cuerpo bello de marfil preciado,
Ya con ardiente púrpura ilustrado.

Los ángeles, que á Dios desnudo vieren,
En la tierra temblando se postraron,
Humildes gracias por su amor le dieron,
Y dignas alabanzas le cantaron;
A aquella santa desnudez sirvieron,
Y los divinos miembros adoraron
Con aquestas dulcísimas razones,
Nacidas de admirados corazones:

«Salve tú, que de luz hermosa el cielo
Y de arboles vistes la mañana,
De flores varias el pintado suelo,
Y de ilustre candor la nieve caña:
Salve, desnudo y general consuelo
Del alma pobre y con su Dios ufana,
Que por vestir al hombre despojado
Desnudas hoy tu cuerpo venerado.

»Los pájaros te dén sacros loores,
De ricas plumas viéndose vestidos,
Y los montes con bellos resplandores,
Mirándose en el alba esclarecidos;
Y los campos de finos mil colores,
Cual de ropas de fiesta revestidos;
Y el mundo que adornaste de tus bienes,
Pues tu cuerpo desnudo al aire tienes.»

Tal los prudentes ángeles decían;
Y mucho más suspensos contemplaban
Cuando á Cristo los pérdidas asian
Y á la columna en peso le llevaban;
En el rostro y el cuerpo le herian,
Y con nuevas injurias le afrentaban:
¡Oh Dios! ¡Cuánto padeces por el hombre,
Que altivo buella tu bendito nombre!

Es cierta fama y tradición constante
Que era el mármol tan grueso y poderoso,
Que él solo, como entero y firme Atlante,
Después un templo sustentó espacioso:
Aqui la turba fiera y arrogante
Llevó al humilde celestial Esposo,
Y le ligó con ásperos cordeles;
Mas ¡oh! ¡Tened, tened, brazos crucles!

No reventeís la sangre más ilustre
Que ennobleció jamás hidalgas manos;
Que no son dignos de tan claro lustre
Esos cordeles que apretáis, profanos:
Bastará que la cruz al fin se ilustre
Con sus rojos esmaltes soberanos,
Y resplandezca así; mas ¡ay! feroces,
Que no aguardáis razón ni escucháis voces.

Llegan á la columna el cuerpo santo,
Y átanle con rigor los brazos nobles,
Y los estiran y adelgazan tanto,
Que á fuerza tal rompieran secos robles:
El humor de las venas sacrosanto
Revienta, y tiñe los cordeles dobles,
Y las manos se hinchan abrasadas,
Y gimen las muñecas apretadas.

La columna salpican venerable
Las gotas finas de la sangre roja,
Que ya con el licor inestimable
Más se enriquece cuanto más se moja;
Pero en ellos la saña inexorable
No se amansa por esto ni se alfoja;
Antes le echan al cuello blanco y puro
Otro nuevo cordel más grueso y duro.

Ciñenlo desta suerte al pilar frío,
Y por detras lo añudan desta suerte:
No sé si el alba vierte su rocío
Más aprieta que Cristo sudor vierte:
Suda y levanta el rostro amable y pio,
Y ofrece al Padre Dios su pena fuerte;
Y sin mover los amorosos labios,
Aquesto dijo en pensamientos sabios:
«¡Oh Padre natural y Dios benino,
Por cuyo santo amor bajé á la tierra,
Y mi persona, que es tu sérl divino,
Puse ya humana en tan prójima guerra;
Y este cuerpo, de gloria inmensa dino,
Por la que el alma unida al Verbo encierra,
De paz y de consuelo fué privado!
Oye á tu Hijo y hombre así afrentado.

»Y por el hombre, por el hombre fiero,
Que así me afrenta, mi aflicción recibe;
Que por el hombre que la da, la quiero
Padecer, pues con ella el hombre vive:
Azotes de su cruda mano espero,
Y á dárme los sañudo se aperche:
Aunque son de tu Hijo dura ofensa,
Admitelos, ¡oh Padre! en su defensa.»

Dijo; y ya dos verdugos rigurosos,
De fuertes hombros y robustos pechos,
Dos azotes alzaban espantosos,
De gruesas varas zimbradoras hechos:
Mostrábanlos alegres y furiosos
En los brazos blandiéndolos derechos,
Y á la bendita carne amenazaban,
Y á los divinos miembros se encaraban.

Con bravo son erujieron, sacudidos
De aquellas manos por su mal valientes,
Y llegaron á dar, descomedidos,
En los miembros de Dios resplandecientes:
Parad, parad, verdugos atrevidos,
Parad, parad los brazos insolentes;
Que no es razón que ese castigo infame
Su furia sobre el mismo Dios derrame.

Si prohibido está que al ciudadano
De Roma se le dé tan baja pena,
¡Cómo darla quereís al soberano
Señor que leyes en el cielo ordena!
¡Es ménos ser el sumo cortesano
De aquella patria de excelencia llena,
Y Rey del mundo, que de Roma un hombre
De nobleza comun, de oscuro nombre?

Mas ¡ay, que baja por el aire aprieta
Sobre el cuerpo de Cristo el fiero azote!
Ay Dios, que llueven, cual de nube espesa,
Golpes en el supremo Sacerdote!
Ay Dios, que de sacar sangre no cesa,
Para que toda en el dolor se agote
La cruel disciplina! Ay Dios amado!
Ay Jesus, por mis culpas azotado!

Yo pequé, mi Señor, y tú padeces;
Yo los delitos hice, y tú los pagas;
Si yo los cometi, tú ¡qué mereces,
Que así te ofenden con sangrientas llagas?
Mas voluntario, tú, mi Dios, te ofreces;
Tú del amor del hombre te embriagas;
Y así, porque le sirva de disculpa,
Quieres llevar la pena de su culpa.

Pues en los miembros del Señor desnudos
Y ceñidos de gruesos cardenales,
Se descargan de nuevo golpes crudos,
Y heridas de nuevo desiguales:
Multiplicanse látigos agudos
Y de puntas armados naturales,
Que rasgan y penetran vivamente
La carne hasta el hueso transparente.

Hierva la sangre y corre apresurada,
Baña el cuerpo de Dios y tiñe el suelo,
Y la tierra con ella consagrada
Competir osa con el mismo cielo:
Parte líquida está, parte cuajada,
Y toda causa horror y da consuelo:
Horror, viendo que sale desta suerte,
Consuelo, porque Dios por mí la vierte.

Añádense heridas á heridas,
Y llagas sobre llagas se renuevan,
Y las espaldas, con rigor molidas,
Mas golpes sufren, mas tormentos prueban:
Las fuerzas de los fieros desmedidas
Mas se desmandan cuanto más se ceban;
Y ni sangre de Dios les satisface,
Ni ver á Dios callar miedo les hace.

Alzan los duros brazos incansables,
Y el fuerte azote por el aire esgrimen,
Y osados, más y más inexorables,
Braman con furia, con braveza gimen:
Rompen de Dios los miembros inculpables,
Y en sus carnes los látigos imprimen,
Y su sangre derraman, sangre dina
De ilustre honor y adoracion divina.

Venid pues, hombres, con devotos pasos
A coger sangre de la eterna vida,
Y vacios traed y grandes vasos
De amor, do pueda ser bien recogida:
Corred, no tengais ánimos escasos,
Que por el suelo á rodo está vertida;
Sin dinero henchid, llevad sin plata;
Al que quiere se da; ved qué barata.

La sangre, al fin, de Cristo generosa,
Que el linaje fundó de ilustres santos,
Y en aquesta batalla rigurosa
Para el cielo ganó despojos tantos,
Corre por las espaldas presurosa,
Y baja por los miembros sacrosantos
De Cristo, y linche el suelo, y con interno
Dolor él se la ofrece al Padre Eterno.

Y cuando así padece por los hombres,
Los hombres (si lo son los fariseos)
Dél hacen burla con infames nombres,
Y burlan dél con ademanes feos;
Mas, por su amor, con inclitos renombres
Le levantan los angeles trofeos;
Y los demonios viéndolo se admiran,
Y cansados los impios, se retiran.

Queda Cristo sin fuerza respirando,
Que al un aliento alcanza el otro aliento,
Y pobre ya de anhélito, acerando,
Del resuello le prava el sentimiento:
Aun el aire, ¡oh gran Dios! te va faltando
Para el usado y propio movimiento.
¡Qué más pobreza, oh Rey, qué más pobreza!
Y para el hombre ¡qué mayor riqueza!

¿No bastaba, Señor, haber nacido
En un pesebre solo y despreciado,
Y vivir por los hombres abatido
Cinco lustros, y dellos olvidado,
Y haber tantas ofensas padecido
Por los mismos que así te han agraviado,
Sin que el aire comun te haga falta,
Y el mérito nos des de aquesa falta?

Dicese más (por cierta y grave historia,
Y en archivos sellada verdaderos),
¡Oh sumo Rey de la perfecta gloria!
Que te azotaron seis verdugos fieros;
Pues aquesto no es fama transitoria
De las que en plumas traen vientos lijeros:
¿Qué sentiste, mi Dios, cuando llegaron
Otros dos, y de nuevo te azotaron?

Los primeros con varas espinosas,
Largas, fornidas, recias y crueldas
Penetraron tus carnes religiosas
Y desgarraron tus benditas pieles;
Y cuando ménos del dolor reposas,
Se aperciben con ásperos cordeles
Y almas crudas y fieras intenciones,
Otros dos tigres, otros dos leones.

Llegan pues, y del mármol le desatan,
Que estaba el rostro á la columna vuelto,
Y con dichos y hechos le maltratan
Y burlan dél mientras le tienen suelto:
Y al revés luego y de otra suerte le atan,
Con ánimo en matalle ya resuelto,
El pecho descubriéndole florido,
Sano de azotes, mas de amor herido.

De nuevo aprietan las hidalgas manos
Y para enriquecernos liberales,
Y de nuevo los dedos más que humanos
Sienten más duros y violentos males.
Alzó Cristo los ojos soberanos
Y atravesó los coros celestiales,
Y á su Padre pidió suavemente
Perdon para la inicu y liera gente.

«Por esta noble sangre, ¡oh Padre mio!
Con mi persona y su valor unida;
Por esta voz cansada que te envío
Apénas de los labios despedida;
Por este de mi rostro sudor frio,
Y por mi caridad jamas vencida
Te suplico, buen Dios, que los perdones,
Y ablandes con amor sus corazones.»

Dijo; mas los verdugos carniceros
Los látigos con impetu vibraron,
Y cerca dél los estallidos fieros,
Crujiendo, el aire cóncavo atronaron;
Y aquí los brazos y ánimos severos
Su fortaleza y su crueldad mostraron,
Uno hiriendo el pecho casto y bello,
Y otro el hombro de Dios y el santo cuello.

Saltó la sangre, y cual collar precioso
De encendidos rubies adornado,
El cuello y pecho blanco y amoroso
Ornó del Rey de reyes adorado:
Ni el tuson de Borgoña generoso
Ni la cruz del Apostol esforzado
Honró cuello real y pecho ilustre,
Cuanto su sangre á Cristo le dió lustre.

Levantán otra vez las duras manos,
Y los azotes otra vez acuden,
Y á los lugares que descubren sanos
Del noble cuerpo, con rigor acuden:
Porque los golpes no les salgan vanos,
Ni ya verdugos nuevos les ayuden,
Los piés afirman y los brazos cargan:
¡Ay que heridas sin temor descargan!

Cual fingen que los ciclopes valientes
Yunque de hierro en Mongibel golpean
Sobre masas de acero refulgentes
Que, de chispas cercadas, centellean;
O cual nubes de agosto vehementes,
Cuando los secos trigos apedrean,
Congelado granizo apriesa arrojan,
Y mieses, plantas y arboles despojan:

Tal aquellos membrudos y arrogantes,
Con bruñidos cordeles anudados,
A ciclopes y nubes semejantes,
Hieren de Dios los miembros fatigados:
Sus fuerzas muestran con furor pujantes,
Y abren sulcos de sangre colorados
En los muslos y piernas, pecho y hombros,
Que horror pone, da miedo, hace asombros.

Todo lo sufre el ánimo invencible
Y cuerpo santo del Señor Eterno,
Y aunque por ser más noble es más sensible,
Calla y sufre con pecho humilde y tierno.
Hombre, por ti aquel Dios inaccesible
Del cielo y de la tierra y del infierno
Lleva esta pena, y esta injuria pasa,
Y este dolor su corazón traspasa.

No te digo, ¡oh cobarde! que padezcas
Semejante pasión, igual trabajo,
Ni que á la muerte por su amor te ofrezcas,
Si eres de ánimo vil, de pecho bajo:
Solo pido, ¡oh cristiano! que agradezcas,
Y será un breve y provechoso atajo,
Su gran pasión, y pienses con gran pausa
Quién la lleva, y por quién y por qué causa.

¿Quién? Levanta los ojos altaneros
Y contempla esos globos celestiales
Cnajados de clarísimos luceros
Que están lloviendo rayos inmortales:
Los polos mira en su firmeza enteros,
Sobre que dan sus vueltas siempre iguales
Orbes tan anchos, tan pesadas bolas:
¿Veslos? Pues Dios los hizo y rige á solas.

Mira por la mañana el sol dorado
Que baña de luz nueva el rojo oriente,
Siguiendo, como alegre desposado,
A la aurora gentil, con paso ardiente:
Ella de flores, y él de luz cercado,
Ella hermosa, y él resplandeciente,
¿Ves lo que agradan con su garbo bello?
Pues el Dios azotado es causa dello.

Mira los arboles encendidos
Y orlados de bellisimas colores,
Que parecen carmines esparcidos
Sobre cristal de blancos resplandores;
Y en los montes los rayos esculpidos,
Cual puntas de diamantes entre flores:
¿Veslo? Pues el que está en la piedra dura
Es el autor de tanta hermosura.

Mira la tierra con beldad preñada
De cerros altos y sublimes cuevas,
Y en partes, cual parida y descargada,
En valles honda, fértil en forestas,
Que por industria natural sangrada,
Hace sus venas de oro manifiestas
En agua dulce y líquidos cristales:
¿Vesla? Pues Dios le da riquezas tales.

¿Ves que ruge el leon, que el toro brama,
Que pia la perdiz, que el perro late,
Arremete el lebrei, huye la gama,
Y el hombre atiende al desigual combate;
La oveja bala, el corderito mama,
Teme la garza, y elalcon se abate?
Pues el que sufre azotes con paciencia
Crió tan linda y sabia diferencia.

¿Ves levantarse el mar tempestuoso
Y amenazar al cielo con su espuma,
Y hundirse al abismo tenebroso,
Y el aire entapizar de espesa bruma,
Y que, cuando mas bravo y animoso,
Sobre una arena más no se rezuma
Del término sin muros señalado?
Pues enfrénalo el Hombre aqui azotado.

¿Ves en ocultas minas fértil oro,
Y en blancas conchas perlas relucientes,
De tierra aquel, y este del mar tesoro,
Y dioses ambos de diversas gentes?
¿Ves lo que estima el indio y precia el moro
Finos corales, piedras excelentes,
Sedas, paños y plumas? Todo aquello
Ilizo el que ves a la columna puesto.

¿Ves cómo abrasa el fuego, el hielo enfria,
Es fresco el aire, el agua placentera,
El triste invierno da melancolia,
Y placer la florida primavera;
Causa la noche horror, alienta el día,
Aquel ama, este goza, el otro espira?
Pues de todo es autor el que te mira
Ligado al mármol, y por ti suspira.

¿Ves los varios magníficos imperios,
Que acaban unos, y otros se levantan,
Y que, servidos de altos ministerios,
Sus grandes reyes con estruendo espantan?
¿Ves, en fin, los gravísimos misterios
Que oyen los rudos, y los sabios cantan,
De la naturaleza perdurable?
Pues son efectos deste Dios amable.

Y si quieres subir el pensamiento,
Y desde acá mirarlo en su grandeza,
Los ojos tiende por el ancho asiento
De aquella empiresa majestad y alteza:
Sus piés mira en el sacro firmamento,
Sobre todos los cielos su cabeza,
Y con sus brazos dos ceñido el orbe,
Sin que a su inmensidad cosa le estorbe.

Mira que nueve coros soberanos
De ángeles puros y almas escogidas,
Postrando pechos y rindiendo manos,
Siempre le alaban con gloriosas vidas;
Y, aunque santos y amigos cortesanos,
Las plumas de sus alas encogidas,
Tiemblan del mismo a quien están amando,
Y el propio amor les hace estar temblando.

Mira que del vacío mas profundo
Y vano de la nada indiferente
Sacó a perfecta luz este gran mundo,
Parto feliz de su divina mente;
Y lo conserva en variedad fecundo,
Y lo gobierna con saber prudente,
Y en su castigo junta y en su gracia,
Poder y amor, dulzura y eficacia.

Y baja atento, y mira en el infierno
El triste horror y universal tiniebla,
La inmensa confusion y fuego eterno,
De que, abrasado en impiedad, se puebla;
Y allí veras lucir su gran gobierno
En la noche inmortal de opaca niebla,
Penando a sus rebeldes enemigos,
Cual premiando en el cielo a sus amigos.

Mira tambien que un solo y vil pecado,
Que se comete y pasa en un momento,
Es con perpetuas llamas castigado,
Y a su maldad no iguala su tormento:
Mirallo; y si quedares asombrado,
Desciende el temeroso entendimiento,
Y a este tal Dios a la columna mira,
Y visto allí, verás cuánto te admira.

Detente, y considera qué padece,
Y padeciendo le veras baldones:
¡Ay Dios! El que infinito honor merece,
¡Injurias sufre, sufre bofetones?
Mas que a llevarlos con amor se ofrece,
Y por manos de seis fieros sayones
Azotes cinco mil y más recibe:
¿Quién esto ve que espanto no concibe?

Y advierte que por ti, que un hombre triste
Eres y al ceno vil por padre tienes,
Padece Dios; y ahonda en qué consiste
El origen primero de tus bienes:
Es la sangre real de que naciste
Y la prosapia ilustre de que vienes,
De ti ambiciosamente celebrada,
Tierra y polvo y ceniza y humo y nada.

Criote Dios, prodájote de aquello:
No te encarames porque estás criado;
Que eres cuerpo de humores mal compuesto
Y sepulcro de horrores blanqueado,
A la virtud y a la razon opuesto,
Y a ti mismo enemigo declarado;
Y si para gozar de Dios nacido,
De males lleno, en culpas concebido.

Y tú, lo que es peor, acrecentaste
Con tus mismas acciones tu vileza,
Y al no sér del pecado te abajaste;
Que es de la nada la mayor bajaza:
Tal fuiste, y eres tal, y en tal paraste:
Nada, hombre pecador; ¡ve qué nobleza!
¡Y este gran Dios por ti padece tanto!
Pues ¿qué movió su pecho afable y santo?

Interes no; que no puede tenello,
Ni acrecentar su bienaventuranza;
Pues qué, ¿pretende recibir en ello
Más gusto, mas contento, más holganza?
No. ¿Pues qué? Echar de su bondad el sello;
Esto procura solo y esto alcanza:
Quiere (¡oh fuente de gracias inmortales!)
Darte sus bienes y tomar tus males.

Infinita bondad, virtud inmensa,
Que males toma para darte bienes;
Aquesta fué su caridad intensa,
Que aqui verás, si luz perfecta tienes:
Paga azotado la comua ofensa,
Y por tu culpa está como en rehenes,
Por librarte, amarrado a la coluna:
Adora pues sus llagas de una en una.

Diles: «Llagas de Dios, bocas divinas,
Lenguas del mismo bien, que con dolores,
Mas que con elocuciones peregrinas,
De amor me descubris altos primores;
Frescas rosas, ardientes clavellinas,
Rojos, claros, suaves resplandores
Del sol de gracia y campo de la gloria,
Vuestro olor me hace y luz notoria.

«Llagas ó llamas de sagrado fuego,
Que encendeis corazones amorosos,
Que este abrazeis con caridad os ruego,
Y con mil rayos lo alumbreis piadosos:
Frio está, calentado; y está ciego,
Esclareced sus ojos tenebrosos
Para que vea lo que amar desea,
Y no rehuse amar lo que en vos vea.»

Hombre, diles así, y atentamente
Las mira, las venera y las halaga;
Que heridas de Padre tan clemente
Y de tal Dios bien piden esta paga:
Adóralas con pura humildad frente;
Véte con piés de amor de llaga en llaga;
Háblale, aguarda y nota qué responde;
Que cada cual tu gracia y gloria esconde.

Mas ¡ay! que los verdugos no cansados
Golpes nuevos le dan, nuevas heridas,
Y los miembros, en púrpura bañados,
Lo están en más sangrientas avenidas:
Salen de madre arroyos dilatados
De aquellas blandas carnes encogidas,
Y anégase la eterna hermosa
En el mar rojo de su sangre pura.

No son ya rosas, no son ya claveles;
Fina escarlata son, ardiente grana,
Que en vez de sus hermosas blancas pieles,
De Dios adornan la belleza humana:
Ropa es que los bárbaros crueles
Rasgaron á Josef, ropa galana
Para la fiesta del Amor divino:
Cual la fiesta, el ornato es peregrino.

Mas ¿quién dijera, ¡oh Dios! que te adornaras,
Y con tanto placer, de tal arreo,
Y vestiduras con razon tan caras,
Hubieran sido el fin de tu deseo?
Tú, que ceñido estás de lumbres claras,
Y dellas haces tu menor trofeo,
¿Quieres y precias hoy estar ceñido
De tan vil y tan áspero vestido?

Pero trazólo tu saber grandioso
Por los intentos de tu amor profundos,
Y sufríolo tu pecho generoso,
Bastante á redimir otros mil mundos:
Sufríolo, y con esfuerzo valeroso,
A los terceros como á los segundos
Bravos sayones, que, de saña armados,
Los brazos levantaban obstinados.

Unas llagas estaban descubiertas,
Y otras con el dolor latiendo estaban,
Y otras medio hinchadas, medio abiertas,
Y sangre todas y piedad manaban;
Y así abrieron los impíos anchas puertas
Que los huesos de par en par mostraban,
Sacudiendo los látigos atroces,
Pesados ántes, pero ya veloces.

Como á noble y odiado caballero
Que á solas cogen ásperos villanos,
Que ni miran razon ni guardan fuero,
Hieren apriesa con robustas manos;
Y el odio y el furor anda ligero
En sus almas y pechos inhumanos
Y en sus ojos y brazos, y se alejan
Cuando por muerto al parecer le dejan;

Tales aquellos últimos hirieron
El cuerpo del Señor atormentado;
Y herido, de nuevo le molieron
Hasta dejarle roto y desangrado:
Padeció Cristo, y ellos se partieron,
Habiéndole del mármol desatado,
Por entender que presto moriría:
¡Agora contemplad cuál quedaría!

Era una sangre todo, era un quebranto,
Sin distincion, sin talle, sin aspeto,
Objeto ya de compasivo espanto.
El que de reverencia era el objeto:
A horror movia, provocaba á llanto
El mancebo gentil y hombre perfecto,
Que entre millares era el escogido,
Más que por bello ya, por afligido.

Procuró, desatado, en pié ponerse
Y los ojos alzar llorando al cielo;
Si procuró, mas no pudo tenerse,
Y un golpe de repente dió en el suelo:
Tocó en su sangre, y quiso entretenerse
Con ella y recibir algun consuelo;
Si quiso, mas los bárbaros á coces
Lo levantaron crudos y feroces.

Y así, ya por la tierra tropicando,
Y ya de los furiosos piés cayendo;
Ya codos y rodillas arrastrando,
Y ya el furor con el sufrir venciendo;
Ya el suelo con sus lágrimas regando,
Y otra vez con su sangre humedeciendo;
Fué á buscar su vestido: ¡oh fuerte caso,
Que tanto á Dios le cuesta dar un paso!

Llegó pues y cogiólo mansamente,
Y alzólo así en las manos entumidas,
Y fuélo á poner, y el vehemente
Dolor se lo impidió de las heridas:
Sobre una piedra se asentó doliente,
Y lloró algunas lágrimas sentidas,
Con un «¡ay Padre!» apenas pronunciado,
Mas con semblante y ojos declarado.

Vistióse, al fin, la ropa como pudo,
Y con dificultad pudo hacello;
Que era el cansancio, era el dolor agudo
Que el alma atravesaba y cuerpo bello:
Medio vestido pues, medio desnudo,
Levantó un poco el lastimado cuello,
Y los ojos al cielo, y así dijo
Al dulce Padre el amoroso Hijo:

«Esta sangre en el suelo derramada,
Que sangre de Dios es y sangre mia,
De hombres vertida y de sus piés hollada,
Voces á ti de compasion envia:
No pretende, oh mi Padre, ser vengada
Como del justo Abel la sangre pia;
Que la derrama Dios por su criatura,
Y así pide perdon y paz segura.»

Dijo; y vistióse y púsose encogido
Y solo en un rincón: ¡oh Dios perfecto!
Oh Dios arrinconado y conocido
Tanto más cuanto fuiste más secreto!
Alábetela misma luz que vido
El sumo sol á oscuridad sujeto,
Y tus nuncios, que vieron y notaron
Que á la ropa tus llagas se pegaron.

Cual se sabe de aquellos tres amigos
Del rey oriental de Dios amado,
Y humilde y obediente á sus castigos,
Más por traza de Dios que por pecado,
Que, habiendo sido de su mal testigos,
Y viendo el muladar do estaba echado,
Con asombro callaron siete días,
Explicando en callar sus almas pias;

Tal los amigos ángeles y siervos,
Sintiendo de Jesus el triste llanto
Y los dolores sumamente acerbos,
Se quedaron suspensos del espanto;
Y viendo aquellos ánimos protervos
Y arrinconado á Dios, callaron tanto
Por dalle con silencio digna gloria;
Mas contalle quisieron cierta historia.

Y tomando vihuelas invisibles
En invisibles, pero diestras manos,
Con voces más suaves que sentibles
Le entonan sus conceptos soberanos:
De los muchos varones invencibles,
En fe destos azotes inhumanos,
De Dios, piensan contalle algunos hechos
Y armas, y amores de sus fuertes pechos.

Bien saben que lo sabe, mas pretenden
Entretener y honrar el dolor grave
Con que há de parir hijos; de que entienden
Componer esta música suave:
A contar el linaje illustre atienden,
Que en número infinito apenas cabe,
De los mártires santos que murieron
Por seguir la pasion que en Cristo vieron.

Miguel lleva el compas, maestro noble
De la capilla del palacio eterno,
Y con voz dulce y con vihuela doble
Otros ángeles siguen su gobierno :
¡Oh coronados de valiente roble,
Gloria de Dios y asombro del infierno !
Caballeros invictos , animadme ,
Y cómo allí os honraron declaradme.

Los que vuestras hazañas refirieron ,
¿Por dónde su poemio comenzaron ?
¿Qué lumbres de retórica infundieron
En la oracion ligada que cantaron ?
¿Con qué afectos á Cristo eternecieron ?
¿De qué ardimiento y gloria le bañaron ?
Decidmelo ; que todo lo supistes
Cuando á gozar de Dios al cielo fuistes.

« Señor, cantó Miguel, Señor, escucha
La historia de los inclitos varones
Que en fe desta tu nueva y santa lucha
Han de vencer mil barbaras naciones :
Si es grande tu afliccion , tu pena mucha ,
El bien es grande , y muchas las razones
Por qué alegrarte, viendo las hazañas
De los que engendras hoy en tus entrañas.

»Que si pusieres, y pondrás gozoso,
Esa vida mortal por el pecado,
Un linaje verás maravilloso
Y en hijos infinitos dilatado ;
Y de Dios el intento cuidadoso
Cumplido en un ejército sagrado
De mártires que sigan tu victoria,
Cuya es aquesta dulce y grave historia.

»Vendrá tiempo, Señor, cuando el primero
Mártir Estéban, defendiendo altivo
El sér de tu persona verdadero
Le abraza de tu amor un fuego vivo ;
Y con alma valiente y pecho entero
Sufra de aqueste pueblo vengativo
Piedras mil, de mil brazos despedidas,
Y con su noble sangre esclarecidas.

»Y él postrado en la tierra, y tú en el cielo
En soberana gloria entronizado,
Le mirarás con amoroso celo,
De resplandor y piedras rodeado ;
Y puestas las rodillas en el suelo,
Perdon piadoso, en lágrimas bañado,
Te pedirá para esta cruda gente,
Cual brasa viva de tu fuego ardiente.

»Y habrá sazón que Pedro valeroso,
Y Pablo á tu fe santa convertido ;
Aquel, que anoche te negó medroso,
Y este, que contradice tu partido ;
El uno con espíritu animoso,
Y el otro con amor jamas vencido,
Mueran en Roma, aquel crucificado
Los piés arriba, y este degollado.

»Y que á los otros diez, en varias partes
Dilatando tu nombre y fe suprema,
Como á piadosos y cristianos Martes,
El mundo huya y el infierno tema ;
Y que en el cielo arbolean estandartes,
Habiendo hecho de su fuerza extrema
Prueba inmortal, muriendo por tu gloria,
Y ganando á la muerte la victoria.

»¡ Oh buen Señor! pareceme que veo
Al gran Laurencio, de su ardiente llama
Hacer un carro de feliz trofeo
Y un trono excelso y una dulce cama ;
Y no cual bajo y temeroso reo,
Sino cual digno de perpetua fama
Gallardo capitán, decir : — Volvedme ;
Que bien asado estoy ; fieros, comedme. —

»Y que á Vicente predicando miro
Con libre voz y denodado aliento,
Y cuanto más le noto, más admiro
Su frente osada en el feroz tormento :
Ni una querrela da, ni da un suspiro,
Aunque le rasga el escorcion violento
Con largas uñas y con garras dobles
El religioso pecho y carnes nobles.

»Y al cristífero Ignacio alegre atiende
Cómo provoca contra sí las fieras,
Porque , su cuerpo sin temor comiendo,
El trigo muelan de las santas eras :
En Roma hace un generoso estruendo,
Vienen á verle con razon lijeras
Varias gentes, y habiéndoles hablado,
Se entrega á ser molido y amasado.

»Y al viejo Policarpo venerable,
De santas canas y divino aspejo,
En su martirio por la fe admirable,
Como á sagrado capitán respeto :
De llamas forma un arco favorable
O un templo insigne y un jardín perfeto
El fuego, por su honor y en su defensa,
Donde acaba la vida sin ofensa.

»Alza los ojos de tu ciencia pura,
Suspende tu dolor, tu pena impide ;
Mira de flechas una nube oscura
Que contra Sebastian el aire mide ;
Y un robusto escudron de gente dura
Que aladas puntas de metal despide,
Y al Santo plumas da de amor sincero,
Con que al reino de Dios sube lijero.

»Y á Clemente, pontífice romano,
Sumergido en el mar, y en el mar puesto
De mármol un sepulcro soberano,
Por traza y obra de ángeles compuesto :
De sepultura le privó el tirano,
Y honróle tu divino Padre en esto :
Hablo como si hubiera sucedido,
Por ser tan cierto cual si hubiera sido.

»Junta con este un número increíble
De sus claros y dignos sucesores,
Que muestras dieron de ánimo invencible,
Siendo de tu fe sacra defensores ;
Y en ella con espíritu inmovible,
Entre manos murieron de traidores,
Por tu nombre y por tu gloria : ¡ oh Rey bendito !
Consuélete este número infinito.

»Y otro Clemente mira valeroso
Que cinco lustros padeció martirio,
Coronado de roble victorioso
Y ceñido de casto y fresco lirio :
Renovaréle el cuerpo religioso
(En que , deshecho como ilustre cirio,
Volverá á padecer) tu Padre santo,
Porque dé un cuerpo nuevo nuevo espanto.

»Y á Ciriaco atiende, ya cortada
La mano, y en la boca plomo ardiente
Recibiendo , y su carne fatigada
Puesta en llamas de fuego vehemente ;
Y en una cueva de pavor cercada,
Donde le reverencia una serpiente,
Y al fin alanceado el firme pecho,
Ir al cielo su espíritu derecho.

»Y á Trifon con agudos escorpiones
Rasgado, y con dos clavos encendidos
Abiertos ya sus piés, y tres sayones
Azotando sus miembros encogidos :
¡ Oh archivo de paciencia y de pasiones !
Otros cien mil contemplan no rendidos
A la muerte cruel, que en toda parte
Llevan tu cruz y siguen tu estandarte.

»Entre los cuales, dignos de memoria
Diez mil soldados son, ya capitanes,
Que la insignia honrarán de tu victoria,
Y serán tus carisimos Guzmanes :
Estos, hollando la terrena gloria,
Sufriendo injurias, padeciendo afanes,
Y amándote, serán crucificados,
Nobles por tu encomienda y estimados.

»Considera tambien á Hermenegildo,
Príncipe santo de la excelsa España,
Que por su injusto padre Leovigildo
Prision padece indigna y muerte extraña :
¡ Oh vos, reyes del cielo! recibido :
Que es el primero rey que os acompaña,
Dejando en el martirio el cetro ilustre,
Blason soberbio del humano lustre.

»Mas ¿quién podrá juntar los grandes hechos
De infinitos varones memorables?
Quién los robustos y esforzados pechos
De niños y mujeres admirables?
El que los rayos que al cenit derechos
El sol despide y lanza innumerables
Contare y las estrellas refulgentes,
Contará sus hazañas excelentes.

»Si no, mira la virgen Catarina,
De pocos años, mas de gran prudencia,
Que la rueda de ilos peregrina
Quebranta con amor y con paciencia,
Y una escuela de sabios encamina
Al gran Maestro de la eterna ciencia,
Y por sangre da leche, degollada,
Y es en sagrado monte sepultada.

»Y á Cecilia contempla cuidadosa
De guardar su purísima entereza,
Y cual valiente hermana y casta esposa,
A su esposo ceñir de fortaleza;
Y constante, invencible, generosa,
Dar al baño en aljófar su belleza,
Y á la espada cruel su lindo cuello,
Y al incorrupto sér su cuerpo bello.

»Y á la pequeña Ines, de miembros santos
Y de alma valerosa, considera,
Deshaciendo los horridos espantos
Del fuego bramador y alta hoguera:
Cubran de rosas, llenen de amarantos,
Con dulce afecto y caridad sincera,
Virgenes mil su ilustre sepultura,
Que mártir ha de ser y virgen pura.

»Y á Lucía tambien, cual grande roble,
Columna firme ó roca excelsa y fuerte,
O soberbio castillo ó polo inmóvil,
Fija en la tierra por tu amor, advierte;
A quien doble corona y palma doble
La castidad será, y será la muerte,
Olio y resina y fuego y pez vienciendo,
Mas al cuchillo el corazon rindiendo.

»Y aquella Margarita refulgente,
Más que oro fino, más que tersa plata,
Más que limpio rubí, topacio ardiente,
Y perla neta en fulgida escarlata
Estimula; que al fiero Presidente
Con desden mira, con desprecio trata,
Y degollada por tu amor, padece,
Y roja con su sangre resplandece.

»Y la luz de tu ciencia infusa vea
En el potro sin miedo atormentada
A la hermosa virgen Dorotea,
En tu amor altamente confiada;
Que para que Teófilo la crea
Y fuerte muera por tu fe sagrada,
Del jardin de tu gloria verdadero
Le envia frescas rosas en febrero.

»Y cortados los pechos virginales
A Agata considera en cárcel dura,
Y en carbones y tejas desiguales
Arrastrada su carne santa y pura;
Y dar á tus abrazos inmortales
Su ánima bendita en paz segura,
Absorta en oracion, en tí suspensa,
Y trasportada en caridad intensa.

»Y dos Eulalias, una en Barcelona
Y otra en Mérida, ve martirizadas;
Aquella en cruz ganando la corona,
Y esta llamas bebiendo ensangrentadas:
España con alegre voz pregona,
Y eterniza en columnas levantadas
Su constancia y valor con letras de oro,
Y sus reliquias guarda en gran tesoro.

»Rufina santa y Justa valerosa
Se ofrecen á tus ojos venerables,
Una muriendo en cárcel tenebrosa,
Y otra en dolores della intolerables;
Y ambas de la ciudad maravillosa,
Y reina de ciudades admirables,
Que Betis besa el pié y abraza el muro,
Gimiendo al rico peso de oro puro.

»Y Ursula no se esconda, pues parece
Clara luna entre lúcidas estrellas,
Que, ardiendo en amor casto, resplandece
Entre once mil castisimas doncellas:
Ella á la muerte sin temor se ofrece,
Y émulas de su fe se ofrecen ellas;
»Oh cándida beldad, rojos martirios,
Purpúreas rosas entre blancos lirios!

»Pero será imposible referirlas
Todas, ¡oh buen Señor! tú verlas puedes,
Y en tu divina mente repetirlas,
Pues tú les has de hacer tales mercedes:
Solo en bosquejo quise descubrir las;
Tú, que en sabios conceptos nos excedes,
Acabarás de dar á sus loores
Propias sombras y vivos resplandores.

»Y así miradas, padecer gozoso
El duro trance de la muerte amarga;
Que ha de podrirse el trigo fructuoso
Para brotar la espiga gruesa y larga;
Y si él no muere, el fruto provechoso,
Que cual suave peso y dulce carga
Sobre la tierna caña está inclinado,
Es antes de nacido malogrado.

»Muere pues, oh buen Dios, muere, y verémos
Bellas espigas de copioso trigo,
Que ocupen cuanto ciñen los extremos
Del mundo, hasta aquí pobre y mendigo;
Y aquellos montes en virtud supremos,
Do gocen de aire puro y sol amigo,
Seguramente trasplantadas sean,
Y asidas con tu amor á tí se vean.»

Cantaba así Miguel, y así cantaban
Con dulce, pero interna melodia,
Los ángeles que á Dios música daban
En aquel lastimoso y triste dia;
Y en tarjas de conceptos dibujaban
Al Verbo de inmortal sabiduria,
Los hechos de los mártires valientes
De varios tiempos y diversas gentes.

A ninguno dejaron escondido
En sombras negras de infeliz pintura,
De cuantos nobles mártires ha habido
En la Iglesia bañados de luz pura;
Y entre ellos con su ingenio esclarecido
Formaron, cual en inclita escultura,
»Oh Madre! las clarisimas hazañas
De los que á Dios parieron tus entrañas.

Pedro allí parecia dibujado,
Y perseguido de asesina gente,
Y con tres aureolas coronado,
De virgen, mártir y doctor prudente;
Y su buen compañero al diestro lado,
Por los mismos herido mortalmente,
Y Conrado Teutónico, el primero
De la Germania inquisidor severo.

Juan desollado, Nicolas cubierto
De piedras, Berengario mal herido,
Boninsino aserrado, y Pablo muerto
Por un bando de herejes fementido;
Y con veinte y seis mas, el grave Alberto,
En cruz, por fieros turcos extendido;
Y Poncio, atosigado con veneno,
Pero de gracia y gloria y ciencia lleno.

Y seis predicadores de Tolosa,
Trayendo sus cabezas en las manos,
Y echados treinta y dos en la espumosa
Corriente del Busin por los paganos;
Y noventa en la tierra belicosa
De Hungria, por los tártaros profanos
Alcanzando corona de martirio,
Y triunfantes subiendo al cielo empirio.

Sadoc y otros cuarenta degollados
Y ardiendo en viva fe resplandecian,
Y en Cúmas otros dos atravesados
Con lanzas, por su Dios muertos, se vian;
Y Cerverio y Antonio atropellados,
De herejes mil vencidos, los vencián,
Y quebrado el celebre Paulo estaba,
Y su linaje ilustre asi ilustraba.

Cristiano, patriarca venerable
 Y espejo de los nobles antioqueños;
 Y Guido, de valor inexpugnable,
 Muertos por los incultos sarracenos,
 Con otros cuatro más de fe admirable,
 Su sangre daban, de temor ajenos;
 Y Bernardo y Guillermo y Cadereta
 A Dios cantaban gloria en paz perfecta.

Y los que en este siglo trabajosos
 Santos murieron por la ley romana,
 Un escuadrón formando victorioso,
 Muestra de si hicieron soberana:
 Tú, Renato, maestro valeroso
 De ciencia pura y de doctrina sana,
 Herido el cuerpo con tenazas fieras,
 Manifestabas con verdad quién eras.

Y el prior de Tolosa, Malcaserio,
 Con plomo ardiente y hierro atormentado;
 Y el buen Guiloto y el feliz Sarberio,
 Este preso y aquel precipitado;
 Y Picarcio también, digno de imperio
 Por su valor y espíritu esforzado,
 Después de mil martirios, parecía
 De nuevo defender la Iglesia pia.

Todos, al fin, tus hijos obedientes
 Y mártires invictos se mostraron,
 Con palmas y coronas refulgentes,
 Y antes de ser, á Dios glorificaron:
 Los ángeles aquí sus bellas frentes
 A su afligido Príncipe humillaron,
 Y los demonios tímidos en tanto
 Huyeron á los reinos del espanto.

LIBRO NONO.

ARGUMENTO.

A la Impiedad Luzbel da su querrela,
 Y al mundo sube el monstruo inexorable:
 Tratan de Cristo algunos sabios, y ella
 Enciende al vulgo en un furor notable:
 Las manos de Jesús y frente bella
 De cetro y de corona intolérable
 Le adornan, y le muestra el Presidente,
 Burlado así, á la fiera y cruda gente.

Hay en el centro oscuro del averno
 Una casa de estigio mar cercada,
 Donde el monstruo mayor del crudo infierno
 Perpetua tiene su infeliz morada:
 Aquí las ondas con bramido eterno
 La region ensordecen condenada,
 Y denegrido humo y gruesas nieblas
 Ciegas le infunden y hórridas tinieblas.

El edificio de rebelde acero
 Sobre una inculca roca se levanta,
 Y en su puerta mayor el Cancerbero
 Con tres en una voz la noche espanta:
 Aleteo, hija atroz del Orco fiero,
 Que de culebras ciñe su garganta,
 Con sus hermanas dos siempre despiertas,
 Ocupan las demas guardadas puertas.

Y dentro, en una silla pavorosa,
 Que unos dragones forman enroscados,
 De dura piel y escama ponzoñosa,
 Con sus colas y cuellos enlazados,
 Se asienta la Impiedad, madre espantosa
 De hijos mil, gravísimos pecados,
 Mirando al cielo con torcidos ojos,
 Y fulminando contra Dios enojos.

De hierro toda y de furor vestida,
 Cien espadas esgrime con cien manos,
 Y contra el mismo Sér que nos da vida
 Cien dardos vibra, pero todos vanos:
 Tiene á sus piés la bárbara homicida
 De padres y de hijos y de hermanos,
 Cuerpos sin almas, bultos sin cabezas,
 Y cien mil corazones hechos piezas.

Repúblicas enteras destrozadas,
 Y destrozados inclitos imperios;
 Ellas están entre sus piés holladas.
 Y ellos vueltos en viles vituperios:
 Conservan las paredes mal grabadas
 En duros broncees hórridos misterios
 De agravios, que celebra por victorias,
 Y hombres impios fingieron impias glorias.

Los ángeles allí desembranzando
 Armas se ven de osados pensamientos,
 Y contra Dios banderas tremolando
 De vanos y pomposos ardimientos:
 Nembrot, su enhiesta torre levantando,
 Robusto ultraje de enemigos vientos,
 Con arrogante pié por ella sube,
 Y atras deja la más soberbia nube.

El impio Faraón al pueblo santo
 Con espinosos látigos azota,
 Pero con olas venga el mar su llanto,
 Cuando él venganza aspira y fuego brota;
 Y de sagrado efod y noble manto,
 Saul, siguiendo su cruel derrota,
 Ochenta y cinco sacerdotes mata,
 Y á Nobé, ilustre villa, desbarata.

De Josef los hermanos envidiosos
 En una parte con rigor le prenden,
 Y en otra le sepultan cautelosos,
 Y en otra para Egipto al fin le venden:
 De Abimelec setenta valerosos
 Hermanos con gemidos se defienden,
 Muertos por él en una piedra sola,
 Donde sus estandartes enarbola.

Joab, con Amasá luego abrazado,
 El puñal saca, y muerto le derriba,
 Y el cinto de la sangre rociado
 Muestra su mano y alma vengativa;
 Y Antioco, de jóvenes cercado
 Que desprecian el hierro y llama viva,
 Abrasa á los constantes Macabeos,
 Por desatar en humo sus deseos.

Diómédes sus caballos apacienta
 Con carne humana, pasto al sol horrendo;
 Y con muertos los vivos atormenta
 Mecencio, cuerpos y almas oprimiendo;
 Toros de bronce Fálaris caliente,
 Y ellos bramando están, y hombres gimiendo
 En sus entrañas, y él feroz lo mira,
 Y no se compadece ni se admira.

Los padres que á sus hijos muerte dieron,
 Los hijos que á sus padres maltrataron,
 Y los que á sus hermanos ofendieron,
 Y á sus mujeres sin razon mataron:
 Los que traidores á su patria fueron,
 Y los que por mandar la conquistaron;
 Y los que á Dios osaron oponerse,
 Retratos allí pudieran verse.

Y destos, y de llamas tenebrosas
 En verdad y en dibujo rodeada,
 Y en lagunas de sangre caudalosas
 Hasta los duros pechos anegada:
 Y peinando las hebras ponzoñosas
 De su frente, de viboras crinada,
 Estaba, cuando vino á su aposento
 El rey atroz del infernal tormento.

Este advertido había sagazmente
 Del Dios humano los azotes fieros,
 Y el pecho ilustre y ánimo paciente
 En castigos tan viles y severos:
 La poca fuerza de su oscura gente,
 Y botos ya y gastados sus aceros
 En aquel muro de diamantes fino,
 A quien da fortaleza el Sér divino.

Temió de acometer segunda empresa,
 Si bien acometerla deseaba:
 Mas el odio feroz, que en él no cesa,
 De nuevo le encendió la mente brava:
 Buscó favor, cobarde, y vino aprieta,
 Y aquí pensó hallar lo que buscaba;
 Que solamente la Impiedad podía
 Acabar contra Dios lo que él pedía.

Llegó pues triste al hórrido palacio,
Y al punto el Cancerbero le dió entrada;
Tembló del hondo abismo el grande espacio
Al estampar la huella mal formada:
Ardió su vista, no como el topacio,
Con vivo resplandor y luz dorada,
Sino como el cometa cuando arroja
Entre humo y vapor su llama roja.

Los dragones y víboras, el cuello,
Al bravo aparecer del Rey terrible
Torcieron y ahogaron, por no vello
En el lago inmortal de sangre horrible;
Mas él las abrasó con el resuello
Primero, en que lanzó fuego invisible,
Y abrasadas, de nuevo renacieron,
Y atentas á su plática estuvieron.

La Impiedad sola con aspecto grave
Y sentada en su trono lo recibe;
Que lo mas hondo de su pecho sabe,
Y ántes que se lo diga lo percibe;
Mas déjale hablar porque la alabe;
Que alguna vez de vanagloria vive,
Y se alimenta, y crece y hincha el seno
Con este soplo de infernal veneno.

Luzbel estremeció su grande frente,
La cabeza inclinando formidable,
Y en el pecho cruel de una serpiente
Puso el pié con despecho incompromisible;
Y á la Impiedad miró sentidamente,
Como quien pide ayuda favorable,
Y díjole: « Mi voz un rato escucha;
Que es fuerte mi dolor, mi pena mucha.

» Y débesme atender, pues el primero
Seno do fuiste con valor servida,
Este fué corazón robusto y fiero,
En la batalla contra Dios seguida;
Y por mi solo el escuadron guerrero
Al calor de sus pechos te dió vida;
Y si al fin no saliste con victoria,
De osada y firme te quedó la gloria.

» Y si en todo el infierno estás difusa
En obstinadas almas pertinaces,
Que la menos proterva más rehusa,
Por tí, tener con Dios amigas paces;
Por mi lo estás, y en la region confusa
De bien y mal, de penas y solaces,
Si algun castillo tienes conquistado,
A mi brazo lo debes esforzado.

» Pues óyeme y escucha; mas ¿ qué digo?
¿ Solo por Lucifer te hablo y ruego?
Tu favor pido contra tu enemigo;
Contra Jesus á tu poder me llevo;
¿ Dónde, si él vence, hallarás abrigo?
Dónde se encenderá oloroso fuego
De incienso y de resina que humee
En honra tuya, si á Jesus se cree?

» Si es aqueste adorado, si es temido
Por Dios piadoso, y hombre y Dios afable,
Como mi reino el tuyo está perdido,
Y perdida tu gloria perdurable:
Luego tus fuerzas para tí te pido,
Y debes ofrecerlas agradable:
Escucha pues atenta, y piensa y traza
Remedio al mal que ya nos amenaza.

» Bien sabes en el punto riguroso
Que he puesto ya su vida casi muerta,
Y que no sé si el Verbo poderoso
Es, que de nuevo por mí mal despierta:
Ser varon santo y hombre valeroso
Que al mismo padecer abre la puerta,
Y sufre sin temor, es cosa llana,
Y yo lo sé y tu diestra soberana.

» Vamos á lo que importa: yo deseo,
Si es hombre puro, que cual hombre muera;
Que como de otros vencedor me veo,
Me veré del también, aunque no quiera;
Y si es Dios, que alcancemos del trofeo
Con tu brazo atrevido y mano fiera
Por un camino extraño, y es aqueste,
Aunque el honor y el trabajar nos cueste:

» Si es Dios, pretende ser reverenciado
Como Dios por el hombre, y no ha de serlo;
La traza cautelosa que ha tomado
He de impedirle, y bien sabré hacerlo:
Por este medio piensa ser amado,
Y temido en la cruz; yo he de volverlo
Todo al revés para que no consiga
La pretension que tanto le fatiga.

» Haré que con injurias afrentosas,
Jamás vistas y nunca imaginadas,
Esas almas que busca religiosas
Le ofendan sin temor, desvergonzadas:
Le las trazas que inventó maravillosas,
Con esto las verémos desatadas;
Que no ha de ser amado ni temido
Un hombre Dios mofado y escupido.

» Tiene el hombre de Dios un admirable,
Y de otros mil, preñado y gran conceto;
Júzgame en su razon por inefable
Y por un mar de todo el bien perfeto,
Digno de reverencia venerable
Y de que el mundo, al fin, le esté sujeto:
Pues para que á Jesus por Dios no precie
El hombre, procuremos le desprecie.

» Que tendrá por escándalo el judío,
Y el griego por locura manifiesta,
Y el bárbaro por necio desvario,
Hacer á un Dios mofado honrosa fiesta:
Este consejo y parecer es mío,
Y es acertado y grande; solo resta
Fuerza para ponello en obra luego,
Y visto ya, un orgullo y valor ciego.

» Tú, sola tú, que á Dios publicas guerra,
Y con ufano ardor le das batalla
En cielo y en infierno, en mar y en tierra,
Donde su sér y tu valor se halla;
Tú sola, cuyo golpe nunca yerra,
Y deshace la más valiente malla
De virtud y de gracia; tú, señora
Del mal, podrás valerme en él agora.

» Primero, al disponer de mis deseos
Envié de mis vicios los mayores;
La envidia dirigí á los fariseos,
Y aquesta y la ambicion á los señores;
Y el esfuerzo sutil de devaneos
A los del vano vulgo adulares;
A Pedro el miedo, á Júdas la codicia,
Y á cada cual su antojo y su malicia.

» Y todos como tales han vencido,
Mas no alcanzado toda la victoria,
Y así fortalecer nuestro partido
Conviene, si ha de ser nuestra gloria:
El prefecto de Roma está rendido,
Y da de compasion señal notoria:
Hemos pues de acabar esta contienda
Y al Hombre Dios, primero que él lo entienda.

» Sal luego, y parte al escuadron romano,
Y en los más fieros ánimos te infunde,
Y aqueste mi concepto soberano
En sus mentes sacrilegas trasfunde:
Mueve su corazón, rige su mano
A cada cual, y su razon confunde;
Y veamos si puede el enemigo
Dios vencerme, llevándote conmigo.

Dijo; y el monstruo sin hablar revienta,
Y le obedece, y á Salén se parte,
Y con boca blasfema y cara exenta
Y alas negras tremola su estandarte:
Sube al aire, que el rubio sol calienta,
Como la antigüedad finge al dios Marte,
De guerra, de furor, de muerte armada,
Y contra Dios y el hombre emponzoñada.

Llamas lanza de fuego por la boca,
Y de ceniza y humo el cielo viste,
Y cuanto con el pié y la mano toca,
Todo lo quema, nada le resiste:
La humilde planta y la soberbia roca
Se encoge y treme á su presencia triste;
Paró el Jordan, de espanto vuelto en hielo,
Y retemblaron Libano y Carmelo.

En tanto el Salvador sentado estaba
En tierra, solo, atento y encogido ;
La sangre, que al vestido se pegaba,
Le pegaba á las carnes el vestido ;
Triste, lágrimas tiernas derramaba,
De amor del hombre y de piedad movido ;
Que más en él la caridad podía
Que la ofensa que el hombre le hacia.

Iban muchos á ver el caso nuevo,
Y entrando, se paraban admirados,
Considerando aquel gentil mancebo
Que tuvo á tantos de su voz colgados,
Que los tenia con razon de nuevo
Suspendidos, absortos, elevados
Con el grave silencio y muda lengua,
En tan dura pasion y extraña mengua.

Miráble, y miráanse los sabios,
Volvian á fijar en él los ojos,
Con ellos ponderaban sus agravios,
Y en algo le aliviaban sus enojos ;
Uno, al fin, desplegó docto los labios,
Habiendo visto aquellos labios rojos
De Cristo con saliva vil teñidos ;
Y dijo así á los otros advertidos :

« ¿ Quién tal pensara ? Locamente sigue
O halaga á los hombres la fortuna ;
Ya hasta el mismo infierno los persigue,
Ya los sube á los cuernos de la luna :
Lo que pretende sin razon consigue
En el sepulcro al fin, si no en la cuna :
Ved á Jesus, ayer tan estimado,
Hoy, ¿ quién dijera tal ? hoy azotado.

» ¿ Es este aquel, aquel Profeta ilustre
A quien gentes sin número siguieron,
Y dió de su valor tan claro lustre,
Que púrpura y corona le ofrecieron ?
Dios, á quien él solemnizo, le ilustre,
Pues los hombres que al cielo le subieron
Así le abaten : ¡ oh sucesos varios !
Oh mundo, al fin, compuesto de contrarios !

» Yo caminé con otros al desierto,
A la cadena de su lengua asido,
Y el que vi caso singular y cierto
Os contaré, si no lo habeis oido :
Un milagro patente y descubierto
Hizo, que el pueblo por sus ojos vido ;
Y fué que á cinco mil hombres cansados,
Con cinco panes los dejó abastados.

» Alborotóse el vulgo variable,
Y comenzó un murmullo lisonjero,
Como lo aspira el céfiro agradable
Cuando mueve los árboles ligero ;
O cual con lengua y paso deleznable
Parla y camina el rio placentero ;
Luego el murmullo convirtió en ruidó
Claro, y este en aplauso y alarido.

» Y mirándole todos á la cara,
Y viendo aquella grave y dulce frente
Y aquella majestad excelsa y rara,
Para mandar cien mundos conveniente,
En conforme decreto y en voz clara
Por su rey le aclamaron igualmente ;
Y si él, como tan sabio, no huyera,
Hoy con el cetro y púrpura se viera.

» Pero escondido, se hurtó burlando
De tantas manos y de tantos ojos ;
La corona holló, despreció el mando,
Causa de envidias y raíz de enojos :
El vulgo le siguió siempre aclamando,
Y desta gran victoria los despojos
Azotes son del vulgo mismo necio,
Que ya le tuvo en tan subido precio.

» ¡ Oh loca, oh loca gente ! ¡ Ayer corona,
Hoy cordeles, hoy belas, hoy azotes !
¡ Ayer puesta en el cielo su persona,
Hoy entre condenados galeotes !
Cuándo el pueblo por sabios nos pregona,
Y aun cuando nos pregonan sacerdotes,
Por lo que en este con dolor probamos,
Pues tan mudables son, no los creamos. »

El sabio dijo así ; y otro discreto,
Que á su rostro y palabras atendia,
Adelante llevó su buen conceto,
Y grave prosiguió lo que él decia :
De Cristo encareció el valor perfetto,
Que ya por todo el orbe discurría
En las plumas y lenguas de la fama,
Y en fuego envuelto de preciosa llama.

Y refirió por caso verdadero
Que el rey de Edesa, Abágaro, humildemente
Le envió con su carta un mensajero
Y este al principio titulo excelente :
« Al Salvador Jesus, varon sincero
» Y propicio á la santa y noble gente. »
Y que en ella, imprimiendo el alma pia,
Estas dulces razones le escribia :

« Por buenas relaciones he sabido
» Las curas que has obrado milagrosas
» En muchos que á tus manos han venido,
» Enfermos de dolencias peligrosas ;
» Y que sin medicinas has podido
» Estas dar sanidades prodigiosas
» A ciegos, cojos, manceos, sordos, mudos,
» Y vida á cuerpos della ya desnudos.

» Y una de dos he colegido de esto :
» O que eres Dios que al suelo descendiste,
» O su Hijo, que, al bien y al mal dispuesto,
» Bajaste á consolar el mundo triste :
» Ruégote pues, Señor, si te es honesto,
» Y á dar salud, como la das, viniste,
» Que á esta tu casa caminar procure,
» Porque de cierta enfermedad me cures.

» Yo tengo una ciudad aqui mediana,
» No llena, cual mereces, de trofeos ;
» Mas si la ves con tu presencia ufana,
» Y agora rica, al fin, con tus deseos,
» En ella te tendré de mejor gana
» Que en esa te acarician los hebreos,
» Que me han dicho te quieren dar la muerte.
» De que te aviso y juro defenderme. »

Esto el prudente al sabio referia,
Y la respuesta del Señor piadoso,
Que así en breves palabras contenia,
Modo grave y estilo sentencioso :
« Abágaro, creiste la fe mia
» Ausente, mas de verme deseoso ;
» Serás por ello bienaventurado,
» Pues tan léjos del sol lumbré has hallado.

» Escrito de mi está que han de ofenderme
» Los mismos que de cerca me trataron,
» Y otros con firme pecho han de creerre,
» Que conmigo jamas comunicaron :
» Estos tendrán felicidad sin verme,
» Y esotros perderán la que buscaron
» Mil años ántes, y después de habida,
» A ella quitarán y á si la vida.

» Escribeme que vaya, mas no puedo ;
» Que he de cumplir aqui precisamente
» Mi grande obligacion, y así me quedo
» Para dar fin á todo conveniente :
» Acabada, me iré gozoso y ledo
» Al que me despachó Padre clemente ;
» Y entónces un apóstol, de mi parte,
» Irá con mi poder para sanarte. »

Esto contaba ; y añadió que quiso
Un pintor, por Abágaro enviado,
Del mismo Eterno Rey del paraíso
El rostro dibujar bello y sagrado ;
Mas parecióle el refulgente viso
De tanta luz y resplandor bañado,
Que el pincel se turbó, y perdió la vista
El curioso en dibujos coronista.

Y que Cristo, pidiendo el lienzo solo,
Y en sus manos tomándolo divinas,
Al rostro lo llegó, y enriqueciólo
Dándole sus tacciones peregrinas :
Imprimiólas perfectas, y enviólo
Con palabras á Abágaro beninas,
Y así llevó la carta y el retrato
El mensajero al rey gozoso y grato.

Después que dijo aquesto el verdadero
Y sabio estimador de cosas tales,
Otro no ménos inclito y severo
Preciador de hazañas inmortales,
Con graves ojos y semblante entero,
Otras de Cristo empresas celestiales
Les refirió, y entre ellas, por ejemplo,
La que celoso ejecutó en el templo;

Y así dijo: « Si bien muchos notaron
La fortaleza de Jesús ardiente,
Porque muchos á verla se hallaron,
Pues todo el pueblo se halló presente;
No sé si todos bien la ponderaron
Cual mereció su espíritu excelente;
Que estuvo en la corteza desabrida
Más dulzura que vieron escondida.

» Y quiérola pintar porque se vea,
Y lo que afirmo en ella se pondere,
Pues de nosotros cada cual desea
Penetrar más de lo que el vulgo quiere;
Y el buen principio de la historia sea
(Y aquesto un sabio pecho considere)
Que ha sido siempre humilde y manso el Hombre,
Y dello tuvo y tiene ilustre nombre.

» Esto ya declarado, al templo vino,
Y en él halló las tiendas asentadas
(¡ Oh gran dolor! Oh extraño desatino!)
De gruesos mercaderes rodeadas;
Adonde el extranjero y el vecino,
Como en las plazas á la feria usadas,
Comprasen, expendiendo sus tesoros,
Ovejas, codornices, vacas, toros.

» Vidolas, y de verlas afrentado,
Un casi azote de un cordel compuso,
Y el rostro esquivo y el color mudado,
Y un no sé qué de luz por él difuso,
Que al más fuerte dejaba amedrentado,
Con él al pueblo acometió confuso;
Y— Mi casa es de ofrendas y oraciones,
Dijo, y no cueva infame de ladrones.—

» Dicen que cierta majestad notable
Y de divinidad ciertas vislumbres
Se vieron en su rostro venerable,
Y ardieron en sus dos radiantes lumbres;
Y azotada la gente miserable,
Sin alegarle fueros ó costumbres,
Huyendo fué con pavoroso estruendo;
Pero ¡ con qué presteza fué huyendo!

» Cual bóreas, cuando sale presuroso
Por los campos del aire cristalinos,
Los otros vientos barre impetuoso,
Y de nubes escombra los caminos;
El que vemos sentado y sin reposo
Lanzó del templo santo á los indinos
Mercaderes, con ánimo invencible,
Y luego estubo manso y apacible.

» Fué hazaña real y grande empresa,
Y obra de Dios, que un hombre solamente
Ni dejase animal, silla ni mesa,
Ni cosa al trato vil perteneciente;
Y con salir cual río de represa,
No le saliese alguno de repente
A estorbar, de sus muchos enemigos,
Siendo del hecho y su valor testigos.

» Antes de acometer esta hazaña,
A un ciego de su propio nacimiento,
Con su saliva y con virtud extraña
Y lodo, le dejó sano y contento;
Mas esta generosa y noble saña
A este y otros milagros que no cuento
Excede; que es milagro inaccesible
Ser á tantos un hombre tan terrible.»

Dijo; y bien ponderó lo que mirado
Había, y con razon lo ponderaba,
Y á Cristo léjos contempló asentado,
Que lágrimas devotas derramaba:
Estábalos oyendo sosegado
El escuadrón de aquella gente brava,
Cuando llegó invisible y espantosa
La Impiedad á la turba sediciosa.

Y al punto sobre aquellos insolentes
Despreciadores de virtud perfeta,
Sus alas desplegó negras y ardientes,
Y una impiedad les infundió secreta:
Cual Mongibel á soplos veementes
La tierra, el agua, el aire, el fuego inquieta,
Afectaba turbar la horrenda furia
Al soberbio escuadrón y altiva curia.

Ya sobre las cabezas discurriendo,
Ya en los oídos no sé qué espirando,
Ya en los pechos ponzoña trasfundiendo,
Ya en las entrañas fuego derramando,
Ya en los ojos tinieblas esparciendo,
Ya en piés y manos impetus causando;
Y al fin, toda en sus almas embebida,
En sí los trasformó con su venida.

Y como el que bebió mortal veneno,
Que se le sube al corazón furioso,
De bascas anda y de congojas lleno,
Sin advertir la causa, impetuoso:
Tal aquel escuadrón, de luz ajeno,
Corría por el patio presuroso,
Y sin saber de qué furor llevado,
De la misma Impiedad emponzoñado.

Y porque habían de Jesús oído,
En la conversacion de aquellos sabios,
Que era por ley divina el Rey ungido,
Un imperio le quieren dar de agravios;
Y al punto se levanta un alarido
Que la Impiedad les infundió en los labios,
Y aclámanle por rey de los hebreos;
Mas rey de burla y loco en sus deseos.

Y determinan darle una corona
Que el reino imaginado represente,
Y como á rey adorne su persona,
Y como á rey culpado le atormente;
Y porque el nuevo rey que se corona
Toma de rey el cetro conveniente,
Y púrpura se viste y le festejan,
Cetro y púrpura y fiesta le aparejan.

Y de aquel bravo espíritu incitados,
Van al campo á hacelle la guirnalda,
Y la Impiedad, que los llevó irritados,
Una de espinas les mostró en su falda;
Y dijoles: « Yo sé vuestros cuidados;
Esta os viene á propósito, llevada.»
Cogiéronla, y de caña le formaron
Un cetro, y una púrpura buscaron.

Y todo junto el escuadrón terrible
En ordenada procesión camina,
Y el uno lleva la diadema horrible,
Otro la vestidura peregrina,
Otro de caña fácil y movable
Un cetro que al menor viento se inclina,
Cónocida señal, claro misterio
De aquel reino fingido y vano imperio.

Cristo, que los miraba y se dolía,
Y porque se dolía los miraba,
La vista al Padre con amor volvia,
Y por ellos gimiendo al Padre oraba:
Lo que esperaba dellos le ofrecía
Por ellos mismos, como lo esperaba;
Que la de Cristo es caridad divina,
Que el mal convierte en bien del que le indina.

Llegaron á este punto, y con acciones
Y gestos y ademanes diferentes
Le cercaron, cual inclitos varones,
Con aquellas insignias refulgentes,
Y como en verdaderas elecciones,
Ceremonias hicieron aparentes,
Hincando las rodillas en el suelo,
Y mofando del Rey que manda el cielo.

« Sabemos, le dijeron, que rey eres,
Y á festejar venimos tu persona;
Seremos tus privados si tú quieres;
Que nuestro buen deseo nos abona:
Si favor como á tales nos hicieres,
Hoy te daremos una gran corona,
Gran corona que sirva, con abrojos,
A nosotros de risa, á ti de enojos.

»Y pondrémoste un cetro, mas de caña,
 Porque le rijas bien, y ménos pese,
 Y cuando estés con mas ardiente saña,
 En hiriendo con él, tu saña cese:
 La púrpura que á reyes acompaña,
 Porque ningun estorbo se atravesie,
 A tu reino con gusto te ofrecemos:
 Vén y en silla real te jurarémos.»

Esto dicho, le cogen presurosos,
 Y le sacan al patio más vecino,
 Y con denuedos mil ridiculosos
 Despreciándole van por el camino:
 Los fieros sacerdotes envidiosos,
 Alegres del suceso repentino,
 Aplauden la impiedad con grande risa,
 Que con su envidia y su soberbia frisa.

Un trono excelso y público tenían
 Ya hecho, que con púrpura ilustraron,
 Al cual por unas gradas que subian,
 A una silla gozosos le llevaron:
 Los que en él esperado al Rey habian,
 Cuando le vieron luego se postraron
 Como que por su rey le celebraban,
 Y dél como de loco se burlaban.

Desnudar le mandaron prestamente
 De su ropa á las carnes abrazada,
 Para que de la grana conveniente
 A rey le fuese vestidura dada:
 El Señor de los cielos, obediente
 Como la humilde oveja trasquilada,
 Calla, sufre y padece, y los feroces
 Le afrentan, mofan, hieren y dan voces.

Desnúdanle con ímpetu rabioso:
 Esperad, hombres fieras; que el vestido
 Que arrancais con abrazo riguroso
 Y estrecho, al cuerpo está preso y asido:
 Templad el movimiento más furioso
 Que jamas la impiedad sangrienta vido,
 Que pegadas llevais las blandas pieles
 A la ropa que así quitais, crueles.

No escuchan, y más ímpios le despojan
 De la túnica santa en un momento,
 Y al fin del trono con desden la arrojan,
 Nadando en risa, llenos de contento:
 Mas los hilos de sangre el suelo mojan,
 Y las carnes de Dios labra el tormento,
 Que, molidas y ya descortezadas,
 Están en partes mil acanaladas.

Cristo sufre y padece el dolor fiero
 Mientras el pueblo mofa de su pena,
 Y alborotado el escuadron guerrero,
 La fiesta del fingido rey ordena:
 Por todo el tribunal anda ligero,
 Con alegre clamor el aire atruena,
 Y asientan al Señor en una silla,
 Y burlan dél: ¡extraña maravilla!

De púrpura le visten rutilante,
 Y la caña le ofrecen afrentosa,
 Y de corona, como á rey triunfante,
 Le ciñen la cabeza generosa,
 De corona á guirnalda semejante,
 Mas no de flores bella y olorosa,
 Sino de espinas hórridas compuesta,
 Que tormento amenaza y muerte asesta.

¡Oh gran dolor! Entraban las espinas,
 Y algunas al entrar se despuntaban;
 Otras las sienas de Jesus divinas
 Y el sagrado cerebro traspasaban;
 Otras con reverencia más beninas
 Entre el cuero y la carne se engastaban;
 Y otras de más aguda fortaleza
 Al hueso se arrimaban con presteza.

Corrian de la frente venerable
 Los hilos de la sangre repartida,
 Y la vista cegaban agradable
 Que á ciegos dió, mirando, luz de vida;
 Y la faz á los cielos admirable
 De polvo estaba y de sudor teñida;
 Y la barba en salivas empapada
 Y con reciente sangre, y sangre helada.

Como tenia las hermosas manos
 Atadas el mausísimo Cordero,
 La sangre que á los ojos soberanos
 Bajaba del ornato ilustre y fiero,
 Y el polvo que los hombres inhumanos
 En su estrépito alzaban placentero
 No podia limpiarse, y se quedaba
 Ciego el sol que á los justos alumbraba.

Cual suele tropa de muchachos grande
 Entre sí levantar un rey fingido,
 Que, por juego burlándose, los mande
 Como á reino de risa y de rüido;
 Y porque con insignias propias ande,
 La corona le dan, cetro y vestido
 De majestad ridicula, y honrada
 Más cuanto fuere más desestimada;

Que cada cual se llega y se le ofrece
 Hincando las rodillas en el suelo,
 Y al punto se levanta y escarnece
 Del para solas burlas reyezuelo;
 Y cuando toda junta le obedece,
 Con piés y gritos hunde tierra y cielo
 La niña escuela, que con risa hace
 Al rey, y con más risa lo deshace:

Tal, y peor, aquel furioso bando
 Con viles mofas y confuso estruendo
 Dieron al buen Señor el triste mando,
 Ceremonias ridiculas fingiendo,
 Ya en tierra las rodillas humillando,
 Ya al suelo sus guirnaldas abatiendo,
 Ya por rey saludándole invencible;
 Mas excediendo en la crueldad horrible.

Que cuando se hincaban de rodillas
 El cetro le tomaban de las manos,
 Y en frente y rostro, barbas y mejillas
 Varios golpes le daban inhumanos;
 Y luego, divididos en cuadrillas,
 Como á paciente buey crudos alanos,
 Le cercaban hiriéndole molestos,
 Para solo afiligille en órden puestos.

Uno le acometia con baldones,
 Otro escupiendo en él torpes salivas,
 Otro con afrentosos bofetones,
 Y otro injurias haciéndole más vivas;
 Otro con deshonrados pescoczones,
 Y con aplauso á todos los escribas:
 Juego terrible á Dios, fiesta pesada
 Sulrida por el hombre, y dél causada.

¡Oh dulce y buen Jesus! dime piadoso,
 ¿Cuál desas penas dos más te atormenta,
 De espinas el ornato riguroso,
 O de deshonras la cruel afrenta?
 Aquel tu cuerpo aflige religioso,
 Y esta tu alma de humildad sedienta;
 Mas todo es tu dolor, y mi ganancia
 Está en el modo, aquel en la sustancia.

Admiróse el profeta señalado
 Para sacar de Egipto á los hebreos,
 De verte en las espinas ensalzado,
 No viendo más en tí que los deseos:
 Si te viera de espinas coronado
 Y de infames ridiculos trofeos,
 Y por sus hijos, ¡cuánto se admirara,
 Y de haberlos librado se afrentara!

¡Oh Señor! tu discípulo querido
 A los monarcas inclitos del cielo
 Ante tí derribar en tierra vido
 Grandes coronas con humilde celo;
 Y el hombre bajo, al cielo aborrecido,
 Te corona de espinas en el suelo,
 Y ellos tienen aqui las manos quedas,
 Y atadas tú porque ofender no puedas.

Mas ¡oh buen Dios, que espinas señalaste
 En penitencia de mis culpas triste,
 Y como en estas libre me fiaste,
 Aquellas obediente recibiste!
 La tierra que magnífico eriate,
 Y despues ofendido maldijiste,
 Espinas lleva y dellas te corona,
 Tu maldicion cumpliendo en tu persona.

Pero si bien de espinas rodeado,
Con ellas me pareces más hermoso;
Que eres lirio de espinas adornado,
Blanco esplendor del Padre luminoso:
Penetren el cerebro delicado
Ellas, y el rostro bañen amoroso
De sangre; que más lindo me pareces
Cuanto por darme lustre más padeces.

Ganaste ¡oh Dios! para tu Padre Eterno,
Con tu corona ilustre, un reino santo;
Fundaste de los hombres el gobierno,
Que te alaba con siempre nuevo canto;
Despojaste de justos el infierno,
Y cubriste á Babel de pena y llanto,
Y criaste gloriosos vencedores,
Y de tu fe valientes defensores.

Que si bien con espinas te ciñeron,
Como á su rey al fin te coronaron;
Y aunque de tu poder mofa hicieron,
Humildes obediencia te juraron;
Bien sé que con las manos te hirieron.
Mas luego las rodillas te hincaron;
Cetro de escarnio y púrpura tuviste,
Pero con ella y él resplandeciste.

Salgan pues de Sion las hijas beñas,
Y á su Rey solemnícen coronado,
Si no de lucidísimas estrellas.
De un círculo de espinas apretado:
Devotas salgan, y verán en ellas
La gloria deste Príncipe jurado,
Mucho mayor que Salomón la tuvo
Cuando de oro de Ofir ceñido estuvo.

Que en estas puntas el amor divino
Entre divina sangre resplandece,
Y en este cetro, un cetro peregrino
Que almas gobierna y almas engrandece;
Y este ornato real de aplauso es dino,
Pues la sagrada estola les merece
Con que suben al reino verdadero,
Bañadas en la sangre del Cordero.

Y si la sinagoga inexorable,
Antes su madre, y su madrastra agora,
Al que tanto aguardó Rey venerable,
Por verlo en este traje no le adora;
La Iglesia, cara esposa y hija amable
De Dios, y de mil príncipes señora,
Le recibe y le abraza y le venera
Con fe constante y caridad sincera.

Mientras aquesto pasa, el Presidente,
De libertar á Cristo deseoso,
Junta en palacio la plebeya gente
Y el convento de ancianos ambicioso;
Y todos van con paso diligente
Y ánimo pertinaz y cauteloso,
Y la Impiedad entre ellos invisible,
Su ponzoña infundiéndoles horrible.

Juntos en un teatro, manda luego
Que preso venga Cristo á su presencia,
Y juzga que será bastante ruego
Verle, para moverlos á clemencia;
Pues el Senado, con envidia ciego,
Está haciendo al Príncipe asistencia
A la puerta, y el vulgo mal regido
En una grande plaza recogido.

Trajeron al Señor ante Pilato:
Vióle, y al punto se quedó suspenso,
Contemplando aquel rostro amable y grato
Ya con fealdad y con horror intenso:
La corona miró, miró el ornato,
Y el pesar penetró del alma intenso;
Y entristecido del nefario hecho,
Una cierta piedad tocó su pecho.

Y como estaba, quiso al pueblo rudo
Y á los fieros pontífices mostrallo
Con la ropa de grana, mas desnudo
Porque mejor pudiesen contemplallo;
Y aun moverles pensó á dolor agudo,
Y sobra razón para pensallo;
Mas la impiedad en ellos infundida
Les impidió la compasión debida.

Salió pues de latinos rodeado,
Y con graves insignias rutilante,
A un alto corredor edificado
Para este y otro caso semejante;
Y el Señor iba á su siniestro lado,
A ablandar fieros áspides bastante:
¡Oh mi Dios! ¡quien dijera cómo faiste
Y el dolor que afrentado allí sufriste!

Hinchado todo el cuerpo antes hermoso,
Mas en partes hinchado variamente,
Cual quedó del tormento riguroso,
En señales y en llagas diferente:
El color de las carnes monstruoso,
Y no ménos el rostro, el pecho y frente;
Aqui blanco, allí verde, allá morado,
Y en otras partes negro y colorado.

En la cabeza la corona extraña,
Y de la vieja púrpura vestido,
Y en las manos la vil infame caña,
Y el cuello de un cordel tosco ceñido:
La vista que de gloria eterna baña
El cielo, en ella misma entretenido,
En tierra puesta, y los cabellos rojos
De sangre llenos, y de horror los ojos.

Cual lo vido el profeta cortesano,
Gran hombre de sufridas aflicciones,
Y maestro en angustias soberano,
Desconocido en talte y en facciones;
Al pueblo así lo presentó inhumano,
Y á aquellos en la faz graves varones,
Y en el hecho arpias carniceras,
Con rostro de mujer y uñas de fieras.

Mostrado pues allí, dijo el Prefecto:
«Hé aquí el hombre, si es tal, que me entregastes:
Hombre le vimos ya, y hombre perfecto;
Mirad lo que es y cómo le tratastes:
Ved este humilde y miserable aspecto,
Y el aspecto gentil que en él borraistes;
Y cual hombres, tened piedad de un hombre
A quien no le ha quedado más que el nombre.

»Hé aquí al hombre sin culpa conocida,
Y castigado con notoria pena;
A punto de morir está su vida,
Su honesta vida y de virtudes llena:
Baste la penitencia recibida
Mayor que á culpas vuestra ley ordena;
Librad al inocente, condenado
A penas rigurosas de culpado.»

Dijo; y á todos un cruel despecho
Corrió por las medulas presto y vivo,
Y contra el mismo natural derecho
Comenzó á murmurar el pueblo esquivo;
Y Anas, hombre de falso y duro pecho,
En pié se levantó bravo y altivo,
Y el mal rostro volviendo al Presidente,
Así habló sagaz y libremente:

«Si tú, oh gobernador, solo pudieras
Las penas remitir al acusado,
Contra quien tantas culpas verdaderas
Tantos buenos testigos han probado,
No importara que luego le absolvieras,
Y á tu cuenta quedara su pecado;
Mas no puedes hacerlo, ni conviene
Que libre salga quien delitos tiene.

»Mira contra las culpas de uno solo
Junto al Senado, y todo un pueblo unido,
Y no entiendas haber oculto dolo
En tantos que á una voz han concurrido:
Fijos están como el estable polo
En lo que ya celosos te han pedido
Por castigo ejemplar del crimen feo
Dese blasfemo y conocido reo.

»Y no te mueva su hablar suave
Y el mesurado aspecto y faz honesta;
Que en ese humilde rostro encubrir sabe
Su gran traición, al mundo manifiesta:
Es en el parecer templado y grave,
Y en el hecho y verdad tirosa aesta
Con brava furia y con rigor terrible
A la alteza de Dios inaccesible.

»Anda por las provincias cauteloso,
Moviendo pechos, almas inquietando;
Hijo de Dios se finge poderoso,
Con esto varias gentes engañando:
Para los suyos muéstrase piadoso,
Por aumentar con la piedad su bando:
Los malhechores públicos abona,
Y los pecados, como Dios, perdona.

»Si culpas de avarientos publicanos
Y excesos de vilísimas rameras,
Con levantar la voz y alzar las manos
Piensan que Dios perdona tan de veras
Como predicán esos hombres vanos
Que fundan sus doctrinas en quimeras,
¿Qué excesos no harán los que se atreven,
Si cual las culpas los perdones beben?

»Por esto solo ha merecido muerte:
La Ley sagrada así lo determina,
Y estar agora en tan humilde suerte
Es del sumo Juez traza divina;
Mas, ¡oh discreto capitán! advierte
Que contra tí sus fuerzas encamina,
Pues rey se llama, y para serlo vela,
Y ejércitos convoca en voz de escuela.

»Descuidate, y verás cómo levanta
Gentes en contra del romano imperio;
Verás con qué artificio las encanta,
Fingiéndoles un nuevo y gran misterio;
Verás con qué furor los tiros planta
Y banderas tremola en vituperio
Del latino poder, si libre sale
Y su mesura hipócrita le vale.

»Mas, poniéndose al mundo por ejemplo
De ilustre celo y vida inimitable,
Promete derribar de Dios el templo
A griegos y latinos admirable.
¡Oh sabio Salomón! yo te contemplo,
Si de Abraham el seno venerable
Te acoge, que en el santo y dulce abrigo
Venganza pides contra tu enemigo.

»Otro vemos Eróstrato perverso,
Que por ganar, odioso, eterna fama,
De la que cada mes rostro diverso
Muestra, el templo quemó con fiero llama:
Si con razon persigue el universo
El nombre deste, y su persona infama,
El que tienes, oh príncipe, á tu lado,
¿No será con justicia condenado?

»También las sacras leyes admitidas
Por nuestros memorables ascendientes,
Con sus dogmas las tiene pervertidas
En la falsa opinion de muchas gentes;
Y estas, de sus antojos convencidas,
Se ofrecen á las suyas obedientes;
Y aun pretende á sus nietos derivarlas,
Y en edades sin fin eternizarlas.

»De aquí nace juntar amigos varios,
Y todos, si lo notas, criminosos,
A Dios traidores, á la ley contrarios,
Y á su patria y sus padres enojosos;
Y así todos le siguen voluntarios,
Y de dalle corona deseos:
Quítale la de espinas, y si vive,
Armas junta, soldados apercebe.

»¿No sabes que ilustrísimas ciudades
Ménos firmes principios han tenido,
Y con el tiempo, á fuerza de maldades,
En daño de otras muchas han crecido?
No son seguras, no, las amistades
Que á la sombra de rey, y rey ungido
Por Dios, como ellos dicen, se levantan;
Que guerra dan, y al fin victoria cantan.

»De aquí nace también que en los sagrados
Días de fiesta los enfermos cura,
Para tenerlos más acariciados
Con esta obligacion perversa y dura;
Y comer deja sin estar lavados,
A los que solemnizan su locura
Con sucias manos, los manjares limpios,
Porque, usados al mal, se hagan impíos.

»Crucificalo pues ántes que encienda
El templo santo y como rey se trate:
Mátalo tú primero que él pretenda
Darte batalla, y dándola, te mate:
Excusa, ya que puedes, la contienda;
Su orgullo altivo con la muerte abate:
Nuestra causa y la tuya justifica:
Pónlo en un palo, en él lo crucifica.»

Dijo; y cual si de aquella voz sensible
El eco fuera el vulgo lisonjero,
Así con alarido y son terrible
Luego el acento repitió postrero:
«Pónlo en un palo, dale muerte horrible,
Crucificalo al punto en un madero:
Nuestra causa y la tuya justifica:
Pónlo en un palo, en él lo crucifica.»

Mas el romano y grave presidente
De su primer intento no se muda:
Sabe que la querella vehemente
La fabricó de Anas el alma cruda,
Y que de allí se derivó á la gente
Plebeya, ménos dócil y más ruda;
Y dice: «Para mí no es cosa nueva
La queja vuestra, pero no se prueba.

»Antes es fama que eso le opusistes
Algunas veces, y él, maravilloso
En respuesta y verdad, os dejó tristes,
Soltando ese argumento cauteloso;
Y ser Hijo de Dios, como dijistes,
Afirma con espíritu animoso,
De los profetas vuestros anunciado,
Y dellos y vosotros deseado.

»Y lo que prueba con razones claras
Confirma con prodigios admirables
Que sobrepujan las empresas raras
De los héroes al mundo memorables;
Y si él descompusiera vuestras aras,
Otras hiciera luego más durables;
Que mejor os dará piedras lucidas
El que de nuevo ha dado tantas vidas.

»Y no es alzar ó revelar ciudades
Predicar su doctrina y ser oído;
Ni es á Roma ofender, decir verdades
Y ser de sus discípulos seguido:
Enfrenad pues las fieras voluntades,
Y el odio desechad que os ha movido;
Y librese siquiera de la muerte,
Ya que le veis tratado desta suerte.»

Dijo; mas el Senado le replica,
Y replica también la cruda plebe:
«Súbelo al monte, allí lo crucifica;
Pues culpas cometió, las penas lleve.»
Así furias y voces multiplica
La academia y el pueblo á Dios alevé,
Contra el que siente más ver su dureza
Que ver para su muerte tal fiereza.

Acontece venir amenazado
El Po, en aguas y fuerzas caudaloso,
Y los villanos, de su mal temblando,
Oponelle algún muro poderoso;
Y él, sobre las trincheas reventando,
Caminar con denuedo más furioso,
Mieses, plantas, aceñas deshaciendo,
Bravo en olas, bravísimo en estruendo;

Tal, irritado el pueblo incorregible
Con la defensa del juez prudente,
Esforzó más el ímpetu terrible,
Y vencer quiso al mismo Presidente;
Y levantó una voz inteligible,
En ira envuelta y en despecho ardiente,
Diciendo: «Crucificalo; que importa
Dalle prolija muerte y vida corta.»

«No hallo causa en él,» dice Pilato,
En su razon y parecer constante:
Replican ellos con mayor conato
Y con más fiero y áspero semblante:
«Mira que es hombre de alevoso trato,
Y aunque se muestre humilde, es arrogante;
Que rey pretende ser, rey de Judea,
Y sujetar á la nacion hebrea.

»El que procura tal, es cosa clara
Que á César contradice el justo imperio;
Y el que deja pasar maldad tan rara,
En su descuido encubre algun misterio;
Y el que advertido y contumaz ampara
Al que hace á su amigo vituperio,
No es amigo perfecto; es enemigo,
Pues el daño promueve de su amigo.»

Dijeron; y Pilato cuidadoso
A su calumnia quiso dar respuesta,
Y reprimir su intento malicioso,
La falsedad mostrando manifiesta;
Y al Señor de los cielos amoroso
La vestidura por escarnio puesta
Quita, y segunda vez al pueblo rudo
Lo enseña luego como está desnudo.

«Y mirad, dice, á vuestro rey valiente:
¿Qué armas junta y soldados contra Roma?
¿Con estas manos atrevidamente
La espada empuña y el escudo toma?
Con este pecho y ánimo paciente
Ciudades alza y escuadrones doma?
Con este infame cetro y vil guirnalda
Rendidas gentes mil besan su falda?»

»¿Con estos piés en el caballo altivo
Sube ligero, y bravo le espolea?
Con este corazón, cual fuego vivo,
El afrentado ejército rodea?
Con este cuerpo flaco y dejativo
Entra robusto y fiero en la pelea?
Con estos ojos guarda su estandarte,
Asombra el mundo, atemoriza á Marte?»

»¿Adónde están las armas recogidas?
¿En qué tierra encubiertos los soldados?
¿Adónde las banderas mal tendidas
Y los grandes tesoros encerrados?
¿En qué puerto las naves escondidas
Y aparejos de guerra preparados?
¿Y dó está de tirano el ardimiento
Y de Jerusalem el movimiento?»

»Todos lo perseguís, aquesto veo,
Y nadie hallo aquí que le defienda,
Pues cuando fuera malo su deseo,
Viniera á ser fantástica contienda:
Ira os mueve y envidia, según creo,
A importunarme así que yo le ofenda:
A vuestro rey mirad, aquí os lo muestro;
¿Hé de crucificaros al rey vuestro?»

Dijo; y en su demanda contumaces,
Le piden otra vez que le dé muerte:
«Crucificalo, dicen pertinaces,
Levanta en cruz al rey que nos pervierte:
No queremos con él fingidas paces;
Su nombre acaba ya, su sangre vierte;
Clávalo en cruz, sin más tardar lo empica;
Pónlo en un palo, allí lo crucifica.»

Era costumbre desta odiosa gente
Que el malhechor muriese apedreado,
Y el ladrón y homicida solamente
En Roma era por ley crucificado;
Y como á tal el sabio Presidente
A Barrabas había condenado
A la muerte de cruz que merecía,
Y á Cristo el pueblo injusto la pedía.

¿No bastaba, enemigo, que le dieses
La muerte acerba que tu ley usaba,
Sin que al santo Cordero transfirieses
La cruz que á Barrabas se aparejaba?
Mas quisio Dios que el instrumento fueses
Tú mismo de la muerte que esperaba,
Y del modo también, pues que su vida
Puso por un ladrón y un homicida.

¡Oh suma inescrutable Providencia!
Pensó robar el trono soberano
De Dios y la divina y alta ciencia
El padre necio del linaje humano:
Mató á su desgraciada descendencia,
Antes de darle vida, con su mano:
La cruz era su pena justamente,
Y llevóla por él el inocente.

Ves aquí al Hombre Dios, ¡oh Padre Eterno!
Que de tu siervo vil paga el pecado;
La cruz él merecía del infierno,
Y á cruz está tu Hijo sentenciado:
Mirale, ¡oh gran Señor! piadoso y tierno;
Que las penas del hombre le han tratado
De tal manera, que hombre no parece,
Y por tu amor humilde las padece.

Ves aquí al Verbo Dios y Hombre divino,
Que entre los hombres y entre Dios se pone,
Como cristal de roca puro y fino,
Que presta luz á cuanto se interpone:
Por él nos mira, y él será camino
Para que tu clemencia nos abone,
Y por esta sagrada vidriera
Gracia y beldad nos dé pura y sincera.

Ves aquí al Hombre Dios que deseabas
Para satisfacer á nuestra ofensa,
De bondad infinita le buscabas
Que se opusiese á la malicia inmensa,
Y hombre hijo de Adán le procurabas
Porque hiciese humilde recompensa:
Es hombre y Dios, y sumamente bueno,
De justicia y verdad y gracia lleno.

Cual hombre humildemente satisface,
Y por ser Dios se da infinita paga,
Y como archivo de bondad te aplace,
Y como rico en padecer te paga:
La penitencia por el hombre hace,
Si bien el hombre le deshonra y llaga:
Mira ¡oh Padre clemente! al Hijo amado,
Y por su amor perdona al mal criado.

Hé aquí también, oh pecador, al hombre
Que con tus mismas culpas afeaste;
Míralo así para que así te asombre
El rostro del pecado que abrazaste:
Tiene de Salvador el hecho y nombre,
Y como á delincuente le trataste;
Si en tí no ves tu culpa, ve tu pena
En él, pues ella sola se condena.

En la divina esencia se ve clara
Del vil pecado la fealdad horrible,
Porque allí la hermosura se declara
De aquella majestad inaccesible;
Y si la vista de tu fe repara,
Hombre mortal, en este Dios pasible,
Con penas por tus culpas afeado,
Verás en su belleza tu pecado.

Su rostro mira, y adelante pasa;
Que importa que penetres más dentro:
Contempla, amando, su beldad sin tasa,
Que es del amor y de tu bien el centro:
Cual línce con aguda fe traspasa
De la pared humana el duro encuentro,
Y detrás della mira á Dios pagando
Las penas que mereces tú pecando.

Y verás que una gota solamente
De sangre es de valor inestimable,
Por ser sangre de Dios omnipotente,
Persona dese cuerpo venerable;
Y tanta sangre derramar consiente
Por tu culpa: ¡oh misterio inescrutable!
¿Cuál será del pecado la malicia,
Si por él pide tanto la justicia?

Mira más, que si fué crueldad perversa,
Viendo tal á Jesús la ruda plebe,
Condenalle á la muerte, no es diversa
El ofendelle tú fiero y aleve:
Alma que por la fe con Dios conversa,
Y creyendo ser Dios, á Dios se atreve,
Estando por su culpa tan llagado,
O no conoce á Dios ó á su pecado.

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO.

Que la sangre de Cristo generosa
Sobre ellos caiga piden los hebreos;
Y Cristo mira su ciudad famosa
Asolada, y cumplidos sus deseos;
Y á la Virgen y Madre valerosa
Cuenta Gabriel de Cristo los trofeos,
Del Espiritu Santo la venida,
Y della al cielo empuja la subida.

Considéralo todo el Presidente,
De la razon y fuerza combatido,
Y el vario corazon diversamente
En encontradas partes dividido:
Ya el gran furor del vulgo vehemente,
Con pertinacia y falsedad movido,
Ya pondera de Cristo la inocencia,
Y su justicia mira con prudencia.

Como el rayo del sol parte derecho,
Y con aguda luz el agua hierre,
Y salta vivo al encumbrado techo,
Y en el rico arteson puro se ingiere;
Así Pilato, ya por su provecho,
Y ya por su conciencia, vago inquiere
Con vario pensamiento la justicia
De Cristo, y de su gente la malicia.

Cuando Luzbel, sintiendo cuál ondea
Del Presidente el corazon revuelto,
Y que sacar de la prision desea
A Cristo, y de la muerte libre y suelto,
El infierno trastorna, el caos rodea,
En furor investido, en saña envuelto;
Y al hórrido Temor despacha osado,
De vencer con su ayuda confiado.

Este monstruo feroz sin alma vive,
Siempre en rigida nieve sumergido,
Falsas quimeras de su mal concibe,
Y tiembla, dellas solas oprimido:
De lo que no será, miedo recibe,
Y anda para estorballo apercebido;
La flojedad le cerca y el espanto,
El mujeril temblor y el niño llanto.

Tropiezos finge á los principios buenos,
Y lo bien comenzado desalienta;
Hace que vaya el vivo ardor á ménos,
Y el desmayado espíritu acrecienta:
Ciega los ojos al mirar serenos,
Y las nubes que tienen les aumenta:
Ceñido está de impenetrable hierro;
Mas rendido á su propio y vano yerro.

A este manda salir el rey cobarde
De su honda caverna, cuidadoso,
Y porque adonde va no llegue tarde,
Alas le da de pájaro medroso;
Y él, sin que más en el infierno aguarde,
Las tinieblas divide presuroso:
Sube á Salén, y vase al Presidente,
Y cércalo invisible y torpemente.

Y alderredor con impetu volando,
Le entibia á soplos el ardiente pecho,
Un frio por las venas derramando,
Que va medroso al corazon derecho;
Y las médulas íntimas helando,
Y el antiguo fervor á guerras hecho,
Le eriza los cabellos, y el semblante
Le pone al de la muerte semejante.

El color le robó de las mejillas;
Quedósele la voz entre los labios;
Ya flacas le temblaron las rodillas,
Y el alma le fingió quejas y agravios:
Temió las amenazas y rencillas
De aquellos en mentiras hombres sabios;
Penetró el pueblo agudo su mudanza,
Y cobró de vengella confianza.

Dió voces, formó quejas, hizo extremos,
Y volvió á repetir: «Luego lo empica;
Otro rey, sino á César, no tenemos;
Al que le contradice crucifica:
Hasta que le des muerte clamaremos.»
Hablan; y el Presidente no replica,
Y déjase rendir, aconsejado
Deliós y del temor, á su pecado.

Como cuando furioso el euro brama,
Y á soplos el turbado mar azota,
Que al cielo ya las ondas encarama,
Ya el abismo con ellas alborota:
El piloto á la chusma osado clama,
Viendo impedir su próspera derrota,
Que con los remos al furor del viento
Su diligencia opongan y su aliento;

Mas conociendo, al fin, que lucha en vano
Contra el euro y el mar embravecido,
Sujeta el corazon, vuelve la mano
Y el timon y la popa, ya rendido:
Déjase al viento, que le lleva insano
Por el ondoso piélagos perdido;
Así Pilato resistió primero,
Y rindióse después al vulgo fiero.

Y en el soberbio tribunal sentado,
Y vuelto á la canalla inexorable,
Dijo con rostro de pavor turbado:
«Ríndome á vuestra furia incontrastable:
Caiga sobre vosotros el pecado;
Vosotros condenais al inculpable:
Yo al que por inocente reverencio,
En vuestro nombre, á muerte le sentencio.

» El muera en cruz; pero temed la pena
Que ya á vuestras cabezas amenaza;
Que quien al justo por pasion condena,
Si no la muerte, su temor le abraza;
Y quien tantos delitos encadena,
Con ellos mismos el castigo enlaza,
Y lo lleva arrastrando, al fin, consigo:
Temed pues algun áspero castigo.

» Y yo, dijo (lavándose las manos),
Lavo mis manos de la sangre pura
Deste justo: vosotros, inhumanos,
De su sangre esperad venganza dura.»
Así habló; y al punto los ancianos
Y el pueblo, pertinaz en su locura,
Esto (sin advertir lo que dijeron)
En una voz confusos respondieron:

«Caiga sobre nosotros rigurosa,
Y sobre nuestros hijos se derrame
La sangre deste justo religiosa,
Y si es tal, por venganza eterna clame.»
Apénas se soltó la voz furiosa
De entre los labios á la turba infame,
Cuando á Cristo de lágrimas ardiétes
Los ojos le vertieron vivas fuentes.

Triste, llorando con las lumbres puras,
De sangre y de salivas eclipsadas,
Las ciertas y terribles desventuras
En esta maldicion profetizadas,
Presentes las miró, si bien futuras,
En un rayo de luz representadas;
Pero dime; oh Señor! cómo las viste,
Y el gran dolor que viéndolas sentiste.

Del alma aquellos ojos adivinos,
Que todo lo alcanzaban vigilantes,
Fijó en los altos muros diamantinos,
Y en las soberbias torres circunstantes:
Miró los edificios peregrinos
De la ciudad, hermosos y arrogantes,
Y los aljibes de agua caudalosos,
Para tiempos de guerra peligrosos.

Y el templo sobre piedras admirables
Consideró á las cumbres levantado,
Y á costa de trabajos memorables
Y de inmenso tesoro edificado:
Notó las ceremonias venerables,
Y el pueblo en adorallas ocupado,
Las aras, holocaustos, sacrificios,
Los sacros ornamentos y ejercicios.

Y el grande alcázar de Sion valiente
Al cielo contempló haciendo ultrajes,
Y en las calles y plazas varia gente
Plebeya y de ilustrísimos linajes:
La abundancia en manjares diferente,
Y diferentes y costosos trajes,
Las casas y el poder de los señores,
Las cátedras y el sér de los doctores.

Y parecióle que con esto via
Bajar del cielo, en vez de sangre, fuego,
Con que abrasada la ciudad, se ardia
En propias iras y batallas luego:
Por una parte Juan la perseguía,
De furia y ambicion armado y ciego,
Y el tirano Simon por otra parte,
Tremolando en el yermo su estandarte.

Y este despues, á la ciudad llamado
Porque del fiero Juan la defendiese,
Con ropa tan ilustre disfrazado,
Buscar en daño della su interese;
Y para que su mal determinado
Por su senténcia más horrible fuese,
Miraba á los celotas inhumanos,
Peleando con estos dos tiranos.

Y en viva sangre y en afan inmenso
Anegada la tierra miserabile,
Y el triste pueblo, de temor suspenso,
No resistir al daño irreparable,
Pagando siempre con sus vidas censo,
Al uno y otro ejército implacable;
Y al pontífice Anano muerto via,
Por su valiente celo y alma pia.

Y en medio desto con dolor miraba
A Tito y á su ejército invencible,
Que á la infeliz Jerusalem cercaba
De un vallado y un muro inaccesible;
Y que solo en tres dias lo acababa,
Prodigio á los prudentes increible,
Por ser de treinta y ocho y más estados,
Y en él castillos trece edificados.

Via dentro á la hambre vengadora,
Que brava discurria por la tierra,
Y se hacia con rigor señora
De cuanto bien el cuerpo y alma encierra,
Y mataba más hombres en un hora,
Que en meses muchos la prolija guerra;
Y así abrasado, en caridad lloraba
El Cordero estos males que notaba.

Los mozos ya de hambre consumidos,
Los viejos della misma pereciendo,
Los ricos por su causa perseguidos,
Y los pobres á ejércitos muriendo:
Los hijos á las madres atrevidos,
Quitándoles el pan (erimen horrendo)
De entre los dientes, y las proprias madres
A los hambrientos hijos y á los padres.

Y miraba tambien grandes cuadrillas,
Y de la hambre fieros escuadrones,
Fingiéndolo, por robar, falsas rencillas,
Y robando, hacer viles traiciones:
Brazos caidos, frentes amarillas,
Cuerpos sin carne, rostros sin facciones;
Vivos dando á los muertos sepultura,
Y enterrarlos allí la hambre dura.

Via que eran manjares comestibles
Los que huyen los brutos animales,
Las boñigas de buey apetecibles
Cual si fueran de miel rubios panales,
Y cosas al estómago insufribles,
La hambre las fingia naturales;
Mas sobre todo á Cristo le dió pena
Una crueldad mirar de espanto llena.

Y era que una mujer al hijo amado,
Al hijo que nació de sus entrañas,
Y hijo pequeñuelo y regalado,
Con manos lo mató fieras y extrañas;
Y la mitad, para comerlo asado
(¡Oh hazaña cruel entre hazañas
Más horribles y pérflidas!), al fuego
Lo puso, y lo comió caliente luego.

Y sintiendo los crudos robadores
De la grosura tierna el humo espeso,
Llegaron como buitres voladores,
Y vieron de la hambre el sumo exceso;
Y aunque de mil crueldades inventores,
Desto quedaban infernal suceso
Pasmados, y á los otros referido,
Un asombro causaba espavorido.

Y muchos de los fieros que allí estaban,
Y de sus miserables descendientes,
Via que la ciudad triste dejaban,
Yéndose á los romanos inclementes:
Que en cruces por el muro los clavaban,
Y eran tantos, que palos suficientes
Faltaban para cruces, y lugares
Para aquellos castigos ejemplares.

Y otros dos mil y más desentrañados
Se le representaban, con luz viva,
Por codiciosos árabes soldados,
Con mano más avara que nociva;
Y cuerpos á millares arrojados,
Por no caber en la ciudad esquiua,
Fuera del muro, en sangre y en vapores
Nadando, entre gusanos y hedores.

Y en fin, á Tito poderoso via,
Que, disponiendo su escuadron valiente,
La torre Antonia con furor batia,
Y la ciudad ganaba felizmente;
Y que un portal del templo se encendia
Por la romana vencedora gente,
Y otro por los hebreos oprimidos,
Para ser con sus llamas defendidos.

Mas, lastimado el corazon piadoso
Del fuerte emperador, mandaba luego
Apagar el incendio peligroso,
Y así paraba el encendido fuego;
Pero ¡ay de Dios castigo milagroso!
Que despues un romano de ira ciego,
Ausente el capitán, fuego lanzaba,
Con que todo el gran templo se abrasaba.

Y ni de Tito el grave mandamiento,
Ni de Israel la osada diligencia,
Ni del vencido pueblo el triste acento,
Ni del santo edificio la eminencia,
Reprimir el espíritu violento
De bóreas, ni la horrrisona potencia
Podia de la llama vengativa,
Que lo volvía todo en brasa viva.

Tambien allí un profeta inobediente
Y falso predicaba al pueblo rudo
Que subiéndose al templo diligente
Se salvaría del castigo crudo;
Y via Cristo caminar la gente
Con temerario pecho y paso agudo,
Y seis mil varios hombres abrasarse
Donde pensaban por su fe salvarse.

Y cuando las paredes elevadas,
Las nubes ultrajaban con centellas,
Y las llamas, en alto levantadas,
Pensaban trasladarse en las estrellas,
Y al cielo vengador encaminadas
Iban del triste pueblo las querellas,
A la puerta oriental sacrificando
Estaba Tito y su latino bando.

Despues los sacerdotes recogidos
En los retretes últimos del templo,
Eran á justa muerte conducidos,
Del castigo de Dios glorioso ejemplo:
¡Oh feroces agora, inadvertidos
Entónces! admirados os contemplo
Buscando la razon de tantos males,
Y son vuestras envidias infernales.

Y via los soldados ir corriendo,
Y la ciudad mequiza saqueando,
Y de oro tanta copia recogiendo,
Que la mitad en precio iba bajando;
Y luego por las calles discurriendo,
Los edificios con furor quemando,
La ciudad en ceniza transformaban,
Y piedra sobre piedra no dejaban.

Y de Sion la noble fortaleza,
Que sola le restaba á la victoria,
Hecha ejemplo inmortal de vil flaqueza,
Y abrasada, perder su antigua gloria;
Y del templo infeliz la gran riqueza,
Que puso en cuenta la sagrada historia,
Ser por los sacerdotes entregada,
Y á Roma en cautiverio trasladada.

Y un cuento y cien mil hombres parecian
Muertos en todo el cerco lamentable,
Que unos á hierro y fuego perecian,
Y otros de hambre y sed intolerable;
Y otros noventa mil y más salian
Llorando de la tierra miserable,
Unos para luchar con bestias fieras,
Y otros para morir de otras maneras.

Y despreciados, miseros, cautivos
Via por todo el mundo á los hebreos,
Cual fieros homicidas fugitivos,
Y acobardados cual medrosos reos:
Infames, cabizbajos, pensativos,
Con mal olor y con temblores feos:
Señal que puso Dios al inhumano
Matador del primero y bien hermano.

Y que en el día de su gran castigo
Hacian lamentable aniversario,
Y el mismo llanto, de su afan testigo,
Compraban con tributo voluntario;
Y al Señor de Salén, ya su enemigo,
Le pagaban: ¡oh censo extraordinario!
¡Comprenden su dolor, paguen el suelo
Donde lloran, y no los ciega el cielo!

Esto miraba Cristo, y se dolía
En el alma, que atenta lo miraba,
Y más que la pasión que recibía,
El recibirla de ellos se la daba;
Y con la caridad que en él ardía
Al Padre Eterno por su bien rogaba;
Y alcanzó que les diese las señales
Que pronósticos fuéron de sus males.

Y así via rayar un año entero
Una estrella de luz maravillosa
Sobre la gran ciudad, con rostro fiero
Y con forma de espada rigurosa;
Y un infausto cometa, verdadero
Anuncio de su pérdida espantosa,
Cuya sangrienta crin de fuego ardiente
Guerra pronosticaba vehementemente.

Y por el aire tremolar pendones,
Resonar trompas, relinchar caballos,
Correr jinetes, discurrir peones,
Reyes mandar, y obedecer vasallos,
Miraba; y estos bravos escuadrones,
Antes que otros pudiesen estorballos,
Cercar á la ciudad y combatilla
Y ganalla; estupenda maravilla!

Y en el templo sonar distintas voces:
«Vamos presto de aquí, partamos luego.»
Y caminar los ángeles veloces,
Como huyendo el anunciado fuego;
Y via que los ánimos feroces
Del pueblo, á su castigo sordo y ciego,
Ningun prodigio destes entendian,
Y al fin pagaban lo que merecian.

Esto miraba el Salvador piadoso,
Y lo lloraba como rey benino,
Mientras del vulgo, en condenar furioso,
La maldición se echó que le convino;
Mas ¡oh linaje con razon odioso!
Que aun hoy padeces el destierro dino
De tu noble ciudad y templo santo,
Suspende tu pasión, templa tu llanto.

Mi voz escucha en lágrimas bañada
Y de amorosa caridad vestida,
Con vivo sentimiento lastimada
Y de tu mismo daño condolidada:
Abre la oreja, por tu mal cerrada,
A la palabra que te dió su vida;
Y tu pecado mira y tu castigo,
Y sin despecho atiende á lo que digo.

Penas padeces: luego culpas tienes,
O tus mezuquinos padres las tuvieren;
Que como á la virtud siguen los bienes,
Los males siempre á la maldad siguieron:
O de graves castigos y solenes,
Graves pecados y solemnes fuéron
La causa; porque Dios con gran justicia
Mide el azote y pesa la malicia.

¡Pues qué! ¡tan grave culpa cometiste,
Que castigo tan áspero mereces?
¡Qué, tan pesada ofensa á Dios hiciste,
Por que pena y destierro tal padeces?
Pues ni á Sodoma compañero fuiste,
Ni cual Nembrot el cuello ensoberbeces,
Ni cual Jeroboan forjas becerros,
Ni de Acab haces los alevos yerros.

Pues ¡cómo Dios que tan suave rige
Su pueblo tantas veces perdonado,
Mil años y quinientos mas te allige
Con tan prolivo azote y tan pesado?
Dios como Dios al pecador corrige
Si él deja con la pena su pecado,
Y la mano levanta del castigo
Si quien le ofende quiere ser su amigo.

En algo le ofendiste, y tú no quieres
Verlo y perdon pedille de la ofensa:
Porque la penitencia tú difieres,
Difiere Dios tu daño en recompensa;
Y cuanto así protervo le estuvieres,
Para ti su piedad tendrá suspensa:
Pues dime ¡por qué culpa que tú haces
El te castiga y tú jamas le aplices!

¡Por qué su ley no guardas venerable?
No, que de serle defensor te precias;
¡Por qué abrazas la usura inexcusable?
No, que ese gran delito menosprecias;
O ¡por qué, como vulgo miserable,
Te aplicas á otras culpas que no aprecias
Ménos? Porque con penas tan severas
Dios no castiga ofensas tan ligeras.

Luego (y siguese bien) has cometido
Y haces otra culpa más terrible,
Que pena con razon ha merecido
Tan grave, tan extraña, tan horrible;
Y es, que á tu mismo Rey por Dios ungido,
Y alto Hijo del Padre inaccesible,
Mataste; y por aqueste gran pecado
Eres con tal azote castigado.

Eres por cierto, y el Señor lo via
Cuando tus más que pérdidas abuelos
La justa maldición y profecía
Se echaron, que les cumplen hoy los cielos:
Juntos clamaban todos á porfía:
«Sobre nosotros caigan tus recelos;
Pónlo en la cruz, en ella se desangre;
Y á nosotros nos pida Dios su sangre.»

Así fué condenado á muerte dura
Cristo, y por ella Barrabas absuelto;
A Cristo se le dió su vestidura,
Y de la cárcel Barrabas fué suelto:
La plebe y el Senado se apresura,
Y Cristo, el alma y rostro al Padre vuelto
La vida y fama por su honor le ofrece,
Y perdon, si lo quieren, les merece.

Mas Gabriel en tanto, conociendo
Que era ya la sentencia pronunciada,
Y de la Madre el gran dolor temiendo,
De la Madre en su Hijo transportada;
Antes que el son confuso y vago estruendo
Le llegue de la nueva desgraciada,
Quiere misterios dulces referirle,
Y al trabajo el remedio prevenirle.

Y cuéntalos el ángel por extenso,
Y con las circunstancias más menudas,
Por suspender con este bien inmenso,
Si puede, el mal de penas tan agudas,
Si no templalle aquel dolor intenso
Que las ofensas de su amor, desnudas
Deste reparo, tal podrán causalle:
Comienza pues dulcísimo á hablalle:

«Oye, Señora, el fin maravilloso
Que de tu Hijo y mi Señor la muerte
Ha de tener, y el último reposo
Y honra inmortal de su pasión advierte;
Que importa para el trance riguroso
En que se ha de esmerar tu pecho fuerte,
Prevenir el peligro con destreza,
Y á más punto subir tu fortaleza.

»Pasados los cuarenta alegres días
En que de su presencia regalada
Gozarán las devotas compañías
De su escuela á trabajos enseñada,
Ceñido en torno de las almas pías
Que rescató de la infernal morada,
Llevará sus discípulos al monte
Que de olivas corona su horizonte.

»Porque de allí querrá subir al cielo
Viéndolo claramente sus amigos,
Para dalles el último consuelo,
De su poder haciéndolos testigos;
Y estando en el dichoso y fértil suelo,
Confusion de sus ciegos enemigos,
Les mostrará su ya gloriosa frente
Bañada en gozo y luz resplandeciente.

»¿Qué regalo será verle amoroso,
En ojos dulces y en palabras tiernas,
Y aquellas manos extender piadoso,
Con las señales de su amor eternas;
Y el costado enseñarles generoso,
Y en sus patentes llamas las internas
Del alma noble y corazón suave
Que del gozo de Dios tiene la llave!

»¿Qué consuelo será verle cercado
De ángeles obedientes y almas bellas!
Tal pimpollo de flores coronado,
Y el lucero lo está de las estrellas;
Y tal viene de luces adornado
El sol, y en sus primeras blandas huellas
El alba pura cuando rosas cria,
Y así el mayo se ciñe de alegría.

»Allí estarás también, Madre excelente,
Pues casta virgen eres siendo madre;
Tu vista de su luz tendrás pendiente,
Porque tu gloria con su gloria cuadre:
Beberás de su vista refulgente,
Donde el sér luce de su Eterno Padre,
Un mar de gozo, y de su voz divina,
Amor, gracia y dulzura peregrina.

»¿Oh cómo allí se quedará suspensa
Tu alma pura de su cuerpo amable,
Y regalada en suavidad inmensa,
Pasará luego al alma venerable;
Y en aquel bien que todo el bien dispensa,
A boca el bien recibirá inefable;
Y sin hablarse, al fin, los corazones
Callando se dirán dulces razones!

»¿Oh cómo de sus brazos enlazada,
Y enlazándole tú con esos brazos,
Serás tú con sus labios regalada,
Y con tus labios él y con tus lazos!
Hijo amoroso y Madre enamorada,
¿Qué se darán de besos y de abrazos,
Cuando el Hijo se va, y la Madre pide
Que la consuele, ya que se despidie!

»¿Cómo el sér de tu Hijo soberano
Es singular, y tú, Virgen, fecunda!
Eres madre por modo sobrehumano,
Y en este hecho no tendrás segunda:
El más vivo discurso será vano,
Y la lengua del ángel más facunda
Atrás se queda: solo Hijo y Madre
Luz y voz tienen que á su gozo cuadre.

»También la venturosa Magdalena
Tendrá su tiempo allí de regalarle,
Con triste gloria envuelta en dulce pena
Viendo á su buen Señor de sí apartarse;
Y el alma, de un dolor sabroso llena,
A sus divinos piés querrá postrarse,
Por bañarlos con lágrimas ardientes,
Templadas con suspiros vehementes.

»Y Pedro y Juan, aquel perfecto amante
De Dios, y este del mismo Dios amado,
Con tierno amor se le pondrán delante
A gozar de su rostro deseado;
Y en aquel hermosísimo semblante
El uno y otro absorto y elevado,
Le dirán con los ojos el afecto
De un dulce amado y amador perfecto.

»Y los demás, al fin, santos varones
Y mujeres, en fe y amor iguales,
Mostrarán sus fieles corazones
En obras y palabras y señales:
Sus tiernas y devotas aficiones
Compensadas verán con otras tales,
De aquel piélagos inmenso de dulzura
Y gran mar de infinita hermosura.

»Y estando así, prometerá envialles
Al criador Espiritu divino,
Que vendrá claramente á consolalles,
Envuelto en llamas de un ardor benino;
Y sabrá con su luz manifestalles
Del cielo, donde aspiran, el camino,
Y también su magnífica asistencia
Y su eterna y suave providencia.

»Luego con su virtud maravillosa
Se irá del suelo apriesa levantando,
Y la esfera del aire luminosa
De alegres arreboles matizando:
La escuadra de los ángeles hermosa
Festivos himnos le estará cantando,
Y las almas, trofeo de su gloria,
Solemnizando su inmortal historia.

—Subid, Señor, y el arca se levante
De vuestra santidad con vos al cielo,
El arca bella, carro ya triunfante,
En que hollastes, vencedor, el suelo:
Subid, Señor, y vuestra gloria espante
Al mismo que turbó vuestro consuelo;
Subid, postrados ya los enemigos,—
Le cantarán los ángeles amigos.

»Así caminará suavemente,
Dándoles con su diestra soberana
La bendición más rica y excelente
Que dió jamas naturaleza humana:
Írá llevando de su faz pendiente,
De aquella faz que gracia y gloria mana,
De sus hijos la noble compañía,
De admiración pasmados y alegría.

»Tal sacude la pluma y va lijera
El águila mirando al sol más vivo,
Y los polluelos su veloz carrera
Admiran y su vista y cuello altivo;
Y aunque seguirla cada cual quisiera,
Y la madre les da gentil motivo
A que sus alas y sus ojos prueben,
Por faltalles la fuerza no se atreven.

»Mas los ojos clavados en sus ojos
Se quedarán, atentos y elevados,
Y darán al triunfo por despojos
Afectos por los ojos explicados:
No les serán cumplidos sus antojos,
Pero á su tiempo les serán pagados:
Desta manera Cristo irá subiendo,
Y vista y corazones suspendiendo.

»Acontece mostrarse en occidente
El rubio sol con claridad afable,
Y oponerse una nube transparente
Al rayo de su luz infatigable,
Y él esconderse en ella blandamente,
Y ella cobrar una beldad notable:
Así una nube esconderá en su seno
Al sol de rayos y de gloria lleno.

»Y al admirado y suspendido coro
De la escuela de Cristo generosa
Quitará de la vista su tesoro,
De la vista elevada y amorosa;
Y ella se bordará de plata y oro
A la luz deste sol maravillosa,
Y así pondrán los ojos en la nube
Del que glorioso al cielo en ella sube.

»Y estando en ella y él arrebatados,
Rasgarán el diáfano elemento,
Y bajarán dos ángeles sagrados
Con sesgo y apacible movimiento;
Y en vestidos de plata recamados
Espirarán suave y blando aliento,
Y á la suspensa en Dios devota gente
Así dirán amiga y dulcemente:

»—¿Qué mirais, oh varones galileos?
Este Jesus que agora va triunfando
Y al cielo sube rico de trofeos,
Tan rico le veréis despues bajando:
Allí se cumplirán vuestros deseos,
Y agora caminad, piadoso bando,
A Salén, y aguardad al prometido
Amor, del Padre y Hijo producido.—

»Al fin se volverán; mas ¿qué concetos,
;Oh suma Emperatriz! y qué razones
Pintarán de los ángeles discretos
Las discretas y alegres invenciones?
Sus triunfos allí serán perfectos,
Como lo son agora sus pasiones;
Que sabe Dios pagar, como infinito,
Más de lo que pretende el apetito.

»Músicas, fiestas, regocijos, glorias
Compondrán su feliz recibimiento,
Canciones de sus inclitas victorias
Resonarán con celestial acento:
Quedarán esculpidas las memorias
De su muerte y su vida y nacimiento,
No en materia sujeta á ciertos fines,
Sino en pechos de eternos serafines.

»Y recibido de su Padre santo
Con tierno amor, en trono esclarecido,
Y siempre oyendo el siempre dulce canto,
Será como merece recibido:
De allí pondrá á los pérdidas espanto,
Del mismo infierno con razon temido,
Y regirá su Iglesia, poderoso
Emperador y amado y bello esposo.

»A los justos dará dulces favores,
Esperanza á los tristes penitentes,
Perdon á los errados pecadores,
Y ofrecerá su fe á diversas gentes:
Presentará á su Padre los dolores
De las llagas que en sí tendrá patentes,
Intercesor fiel, docto abogado,
Y en defender al hombre ejercitado.

»Mas quíerote contar, oh Madre casta,
Del Espíritu Santo la venida,
Si bien para vivir segura basta
Saber ya de tu Hijo la subida:
El gran temor, oh Virgen, que contrasta
La escuela de Jesus hoy afligida,
Será vuelto en osada fortaleza
Y amor de celestial naturaleza.

»Cumplidos pues los más que buenos dias
Por tu Hijo y mi Dios determinados,
La hora de sus grandes alegrías
Los cojerá en un conclave encerrados,
Do en santa caridad sus almas pías,
Cual pebetes en ara consagrados,
Abrasando estarán, y en oraciones
Divinas sus fervientes corazones.

»Unidos estarán, y tú, Señora,
Presidirás al noble consistorio,
Cual prudente y feliz gobernadora,
Y digna de tan inclito auditorio;
Y en tí, donde la gracia se atesora,
Como en un general propiciatorio,
En vez del que subió glorioso al cielo,
Pondrán los ojos, buscarán consuelo.

»Y estando así, con fuerza vehemente
Un viento soplará maravilloso
Que la casa estremezca de repente
Y un pavor cause blando y amoroso;
Y en lenguas dividido, un fuego ardiente
Bajará sobre el cóncave dichoso,
Y en todos, llenos ya de dulce espanto,
Se asentará el Amor divino y santo.

»Cuando Dios en el monte excelso daba
La verdadera ley al pueblo ingrato,
Furiósa tempestad, tormenta brava
Fué su ilustre y magnífico aparato:
La cumbre en fuego vivo se abrasaba,
Haciendo con sus llamas noble ornato
A la silla de Dios, y horribles truenos
Los aires inquietaban más serenos.

»Así, cuando la ley de eterna gracia
Se imprima en estos pechos más que humanos,
Hará con potentísima eficacia
El mismo Dios prodigios soberanos,
Tanto para vencer la pertinacia
De los que hoy le persiguen inhumanos,
Cuanto para ilustrar con suma gloria
La ley de amor, de Cristo la victoria.

»Vendrá pues el Espíritu divino
Sonando, porque así mejor lo atiendan,
Y con fuerza y espanto repentino,
Porque ser gracia liberal entiendan,
Y en forma de aire, abriéndose camino,
Porque ser el aliento comprendan
Con que respira el alma y tiene vida
De Dios causada y solo á Dios unida.

»Y en figura de fuego deleitable
Vendrá para encender los corazones,
Y con ardor y soplo infatigable
Llamas criar de santas aficiones,
Dando con viva fe luz admirable
Y ciencia de proféticas visiones,
Y con formas de lenguas diferentes
Las varias lenguas de las muchas gentes.

»Y como al evangélico Profeta
Un serafín purificó los labios,
Y le infundió con caridad profeta
En el alma fiel concetos sabios,
Y una excelsa virtud le dió secreta
Despreciadora de honras y de agravios;
Esto y más con su fuego luminoso
Hará el divino Espíritu piadoso.

»Daráles un sutil conocimiento
De la alteza de Dios inaccesible,
Y un sobrenatural entendimiento
De aquella hermosura inteligible:
Escribirá su ley en un momento,
Su evangélica ley, ley apacible,
Centro y fin de las santas Escrituras,
Con sabia mano en sus entrañas puras.

»Infundiráles un amor tan vivo,
Que siempre en caridad estén ardiendo,
En su llama suave y fuego activo
Cuanto en la tierra hallen convirtiendo:
De su bien y su mal harán motivo,
El uno y otro en humo resolviendo,
Para encender su amor y amar la gloria
De Dios y despreciar la transitoria.

»De aquí les nacerá una fortaleza
Para vencer del mundo lo más fuerte,
Espantar del infierno la braveza,
Hollar la vida y esperar la muerte:
De aquí una constantísima entereza
De rostro y pecho en alta y baja suerte,
Y un señorial espíritu invencible
A lo más grato y á lo más horrible.

»Y así, los que huyendo temerosos
Hoy han dejado á su Maestro santo,
Saldrán libres entónces y animosos
Poniendo á los que temen fiero espanto:
Y á los que agora cantan victoriosos,
De negro luto y de confuso llanto
La frente cubrirán y faz turbada,
Con verdad cierta, en vez de aguda espada.

»Saldrán luego á las calles predicando
La ley de gracia en lenguas diferentes,
Y Pedro, cual cabeza de su bando,
Con palabras y afectos más ardientes;
Y la verdad, en fin, manifestando,
Convertirán á Dios diversas gentes,
Y almas casi tres mil en solo un día;
Que presto vence Dios cuando porfia.

»Mas, ¿quién dirá, oh Señora, los afectos
Dignos desta venida soberana?
Quédanse atrás los labios más discretos,
Si los quieren tratar con lengua humana,
Y no puede pintarlos en concetos
Vivos la jerarquía más ufana;
Que son hechos de Dios inescrutables,
Obras de amor, hazanas inefables.

»Del polvo de la tierra fué criado
El hombre, y era polvo y tierra informe,
Imágen ruda, cuerpo desalmado,
En todo á su materia vil conforme:
Sopló Dios, y su aliento consagrado
En el barro infundió tosco y disforme
Espíritu inmortal, alma viviente,
Con que el hombre lo fué perfectamente.

»Antes ojos tenia, mas no via;
Lengua, pero con ella no hablaba;
Piés, mas andar con ellos no podía;
Manos, pero con ellas nunca obraba;
Y estos graves defectos que tenia,
El ausencia del alma los causaba;
Que luego vió, y habló, y obró, y anduvo,
Cuando dentro del pecho el alma tuvo.

»Será lo mismo en esto que refiero:
Esto hará el Espíritu divino;
Porque es la Iglesia cuerpo verdadero,
Si bien cuerpo moral y peregrino:
Antes que baje aqueste Amor sincero
En aire presto y fuego repentino.
Como sin alma está la Iglesia en todo,
Si no en sustancia, en apariencia y modo.

»No ve de Cristo agora los misterios,
No entiende ni predica su grandeza,
No acude á los sagrados ministerios,
Ni los obra y maneja con pureza:
No camina por nuevos hemisferios
Con vivos piés de osada lijereza;
Timida está, encerrada y afligida
Porque no tiene espíritu de vida.

»Mas en viniendo le dará ojos vivos
Y en puras fuentes de cristal bañados,
Ojos de la verdad penetrativos,
Y de palomas simples, y rasgados;
Ojos que humillen ánimos altivos,
Viéndose dellos sin rigor mirados,
Y ojos que á Dios con uno solo prenda,
Vista de fe que cielos comprenda.

»Labios tendrá cual encarnados lirios,
Que mirra perfectísima derramen,
Olor de gloria y gusto de martirios,
Y voces que á la vida eterna llamen;
Labios que de los bárbaros asirios
Hasta los labios griegos siempre clamen,
Y prediquen la nueva ley de gracia
Con alto son y altísima eficacia.

»Manos hechas á torno y de oro fino,
Y llenas de jacintos admirables,
Que derramando irán por el camino
Grandes hechos, prodigios memorables;
Manos con que el Espíritu benino
De Dios infunda gracias inefables,
Y dé por ellas el tesoro ilustre
Que ha de causar al mundo eterno lustre.

»Y piés tendrá por una parte agudos
Para llevar su lumbre por la tierra,
Y con ella enseñar los pechos rudos,
Que ántes le han de hacer prolija guerra;
Por otra piés valientes y membrudos,
De la piedra gentil que Paro encierra,
Para estar con valor hijos y estables
Ante tronos de reyes formidables.

»Con ellos los apóstoles benditos
Irán por todo el mundo diligentes,
Y destruyendo sus antiguos ritos,
Convertirán á Dios diversas gentes:
Tendrá la Iglesia hijos infinitos,
Y su cabeza miembros diferentes,
Prelados y profetas y doctores,
Mártires fuertes, simples confesores.

»Y donde nace el sol y donde muere,
Y desde el polo Antártico á Calisto,
Y en la region que mas temprano hierre,
Y en la que tarde y mal su luz ha visto
(Tanto el hombre su Dios estima y quiere),
El nombre llegará de Jesucristo,
Y alumbrará su fe las almas puras,
Y humillará su cruz las frentes duras.

»Y el reino de tu Hijo poderoso
Por todo el mundo se verá esparcido:
El reinará en el cielo victorioso,
Y en Roma su vicario obedecido;
Y este, mientras el fuego presuroso
Cerque al aire, y el aire humedecido
Al agua, y agua y tierra estén patentes,
En siglos vivirá permanecientes.

»Que ni de muchas gentes vencedoras
Las fieras armas ni de imperios fuertes,
Las altas majestades triunfadoras
De nuevos mundos y de varias suertes,
Ni del airado infierno las sonoras
Y bravas amenazas de mil muertes
Impedirán la sucesion divina
De sus vicarios y de su doctrina.

»Y este es el reino de David sagrado,
Esta la verdadera monarquía
Que yo te prometí siendo legado,
Y dije que su Padre le daría;
Este el imperio siempre deseado,
Y del nuevo Jacob la casa pia:
Reino de almas, imperio de virtudes,
Casa de eterna paz, nunca te mudes.

»Hé aquí la escuela de tu Hijo santo
Hecha de Dios ejército valiente,
Gloria del cielo, del infierno espanto,
Y deste mundo luz resplandeciente:
—Pues cese aquí, dirás, mi triste llanto;
No esté yo más de mi dolor pendiente;
Súbame el Padre al trono, donde vea
Al Hijo que mi alma ver desea.

»¿Qué bien, qué gozo, qué placer, qué gloria
Tal Madre ha de tener en tal ausencia,
Sino la que le diere su memoria
O la que le causare su presencia?
Ya está ganada la feliz victoria,
Ya el mundo postra á Dios su gran potencia:
¿Para qué vivo yo sin ver mi vida?—
Sabráslo ahora, oh Reina esclarecida.

»Como en ausencia del mayor planeta
Que á los menores da prestada lumbre,
La luna clara en una noche quieta
Alumbra en vez del sol, y es bien que alumbre;
Y cercándola en torno, la respeta
El noble coro de la octava cumbre;
Así, en ausencia de tu Hijo, importa
Que al mundo asistas, mas con vida corta.

»Porque despues que con tu vivo ejemplo
Hayas la santa Iglesia edificado,
Y cual segundo venerable templo
De Dios te hayan los justos adorado
(Que tal, oh Virgen Madre, te contemplo,
Y el cielo como a tal te ha celebrado),
Despues suplicarás á tu amoroso
Hijo que en si te dé dulce reposo.

»Y él, por henchir aquella ilustre silla
Que en sus hombros sustentan serafines,
Y elevar en eterna maravilla
De tu beldad los sabios querubines,
Oirá tu petición blanda y sencilla,
Y desde sus magníficos jardines
Te dirá: —Ven, paloma casta y pura,
A gozar de la fruta ya madura.—

»Y yo, Señora, bajaré contento
A darte la gloriosa legacia,
De corona ceñido y ornamento
Que mi placer anuncie y tu alegría;
Y cual sol el diáfano elemento,
Vestiré de luz nueva el claro día,
Trayéndote una palma de victoria,
Señal triunfante de perfecta gloria.

» Oh que gozo tendrás, qué regocijo,
 Qué júbilo, qué gusto, qué consuelo,
 Cuando contemples que tu amado Hijo
 Ya te quiere llevar consigo al cielo!
 Un breve espacio te será prolijo,
 Y gran tormento el habitar el suelo;
 Mas darás cuenta dello á tus devotos,
 Que vendrán á ofrecerte aquí sus votos.

» Y trayendo aromáticos olores,
 Bálsamos puros y pebetes finos,
 Este aposento llenarán de flores
 Y cercarán de ornatos peregrinos:
 Blancos cirios con bellos resplandores
 Encenderán los aires cristalinos,
 Aparejando al sol de eterna vida
 La casa de la aurora bien nacida.

» Tu lecho santo ceñirán piadosos,
 Pendientes de tus ojos soberanos
 Y atentos á tus labios milagrosos,
 Los nuevos fidelísimos cristianos:
 Suspiros de sus pechos amorosos,
 En regalos envueltos sobrehumanos,
 Despedirán, y lágrimas ardientes
 Que bañen los suspiros vehementes.

» Y tú, con rostro blando y faz serena
 Y dulce voz de eternecido pecho,
 Consolarás su noble y justa pena
 Desde tu virginal y humilde lecho:
 Y estando así de inmensa gloria llena,
 Y de luz clara el aposento estrecho,
 No siendo los apóstoles llamados,
 Se hallarán á tu muerte congregados.

» Recibirás en verlos nuevo gozo,
 Y ellos contento singular en verte;
 Bañaráse tu alma de alborozo,
 Y sus almas de un júbilo más fuerte:
 Los que han hecho en Babel fiero destrozo
 Y han vencido al infierno y á la muerte,
 Tristes se aligirán de ver la tuya,
 Preciando más tu vida que la suya.

» ¡Cuál les dirás allí dulces razones!
 ¡Cómo les hablarás palabras tiernas!
 ¡Cuánto regalarás sus corazones,
 Victorias prometiendoles eternas!
 Y ellos el sacro aliento y persuasiones
 Desas entrañas con verdad maternas
 Suspenso beberán y arrebatados
 De tu dulzura, y de tu voz colgados.

» Una música en esto deleitable,
 Dulce contento y blanda melodía,
 Elevará tu rostro venerable
 Y mente sacra en gozo y alegría;
 Y templado este júbilo admirable,
 Y suspendido el canto y armonía,
 Mostrará con suavísima clemencia
 Tu caro Hijo su inmortal presencia.

» Tal, acabada la tormenta dura,
 El cielo da su repentina lumbre,
 Y el arco variado con luz pura
 Esmalta y dora la nublada cumbre:
 Y en camino dudoso y noche oscura
 Tal muestra al ojo la sutil vislumbre,
 Y luego el rayo de la luna escaso,
 Y ella despues, el peligroso paso.

» Pondrás tus ojos en aquellos ojos,
 Que dulcemente hablarán llamando;
 Querrás besarlos con tus labios rojos,
 Y con mirar los estarás besando:
 Esos ojos, al fin, serán despojos
 De sus ojos, que en sí te irán mudando,
 Y su vista infundiendo en esa vista
 Santa guerra, suavísima conquista.

» Cual puro sol en limpia vidriera
 Su despejada luz bello trasfunde,
 Y ella á su luz, con claridad sincera,
 Un no sé qué de más belleza infunde,
 Y pasada del sol, se queda entera,
 Y en ella envuelto el sol, no se confunde;
 Tus ojos en sus ojos trasfundidos
 Luz tendrán y darán, no confundidos.

» Estando así tu noble entendimiento,
 De inmenso resplendor será bañado,
 Y á más que celestial conocimiento
 De la bondad de Dios arrebatado;
 Y deste inimitable pensamiento
 Un tan subido amor será causado,
 Que á la vida mortal su ardor exceda,
 Y sufrillo en mortal cuerpo no pueda.

» Y así ¡oh bendita! morirás gozosa
 De mal de amor, de amor del bien herida
 De Dios, enfermedad maravillosa
 Que le da saludable y dulce vida,
 Y fiebre con que Dios en sí reposa,
 Y en la fuente del mismo bien nacida;
 Que deste mal importará que muera
 La que de Dios es Madre verdadera.

» Tu alma noble acogerá en sus brazos
 El Verbo concebido en tus entrañas,
 Y ella sin cuerpo extenderá sus lazos
 Con otras formas de abrazar extrañas;
 Y él tambien le dará dulces abrazos
 (Oye que así tu gran dolor engañas):
 Tu cuerpo, al fin, se quedará en la tierra,
 Feliz si mucho tiempo en sí lo encierra.

» Mas, ungido con bálsamos suaves,
 Y con largas obsequias venerado,
 Con graves prosas y con himnos graves
 Será en Getsemani luego enterrado:
 Angeles santos, cual cantoras aves,
 Entre el coro de apóstoles sagrado
 Y entre mil otros inclitos varones,
 Al cielo entonarán dulces canciones.

» Y el sepulcro cerrado, illustre archivo
 De tal tesoro, el Cristianismo noble,
 Muerto á su pena, y á tu gloria vivo,
 En profunda oracion quedará inmoble:
 Batiendo pues el tiempo fugitivo
 Con pluma infatigable el primer moble,
 El dichoso vendrá tercero día
 De siempre eterna y última alegría.

» El alba entónces bordará de flores
 El prado y de arboles el oriente;
 Su lengua pulirán los ruiseñores,
 Esperarán las aguas su corriente,
 El aire se ornará de resplandores,
 Y el mismo sol de luz más excelente,
 De suavidad la tierra y de consuelo,
 Y de inmenso placer y fiesta el cielo.

» En esta pues aurora deleitable
 Tu alma pura al cuerpo generoso
 Será unida por modo inexplicable,
 Y un nuevo sér le infundirá glorioso:
 Belleza illustre, agilidad notable,
 Luz que al planeta venza luminoso,
 Impasibilidad y sutileza
 Sobre toda mortal naturaleza.

» Del sepulcro saldrás resucitada,
 ¡Oh Virgen! Y los ángeles atentos
 En música conforme y regalada
 Te tañerán suaves instrumentos;
 Y en procesion alegre y concertada
 Rasgarán los más puros elementos
 Otros muchos, tu fiesta celebrando,
 Tu gloria viendo, tu valor cantando.

» Algunos cuerpos tomarán lucidos
 Y ropas varias de hermosos trajes,
 Y de coronas y beldad ceñidos,
 Te servirán de cortesanos pajes:
 Otros, en largas tropas divididos,
 Haciendo en sana paz bellos ultrajes
 Al viento con clarines y banderas,
 Batallas formarán, mas no de véras.

» Y otros en carros con verdad triunfantes,
 Rompiendo el aire con doradas ruedas,
 Irán gallardos, correrán triunfantes,
 Oro esparciendo, y arrastrando sedas;
 Y otros, al verde mayo semejantes,
 Dulces fuentes, alegres alamedas
 Fingirán del diáfano elemento,
 Que sirvan al camino de ornamento.

»Y tú, Señora, como Reina clara,
Para que el cielo con razon se illustre,
Con blando rostro y con nobleza rara
Darás á la gran fiesta inmenso lustre;
Mas porque mucha pompa le faltara
Faltando á la sazón tu Hijo illustre,
Cercado bajará de serafines,
De guirnaldas ceñidos de jazmines.

»A tu presencia llegará gozoso,
Sus tiernos brazos á tu lindo cuello
Echará, de apretarlo deseoso,
Y entónces sin dolor podrá hacello:
¿Qué nudo, oh Virgen Madre, tan gracioso,
Para él tan dulce, para ti tan bello!
¿Qué beso tan reciproco y suave!
El mismo Dios, que lo dará, lo alabe.

»Así, arrimada la derecha mano
En aquel hombro que sustenta el cielo,
Y él siendo tu escudero cortésano,
Con presto irás y manso y limpio vuelo;
Y llegando al alcázar soberano
Do asido á la verdad vive el consuelo,
Abriéndose las puertas de la gloria,
Franca la entrada te será notoria.

»Y del trono á los santos descubiertos
Sonará en dulce y apacible canto:
—¿Quién es esta que sube del desierto
Con tanta luz y fiesta y gozo tanto,
Y viene al deleitoso empireo huerto,
Estribando en su Esposo y Hijo santo,
Como el aurora bella y refulgente,
Como la luna y como el sol luciente?—

»Así estarán los ángeles cantando,
Y tú, las jerarquias excediendo,
Irás las mentes sabias elevando,
Y los gloriosos pechos encendiendo:
Ellos, tus nuevas gracias admirando
Y luz de tu belleza recibiendo,
Hincarán sus rodillas en el cielo,
Y postrallas quisieran en el suelo.

»Verán los abrasados serafines
Que les excedes en amor ardiente,
Y entenderán los sabios querubines
Que en ciencia les traspasas excelente;
Y cuantos huellan los distantes fines
Y el medio del alcázar eminente
Do habita Dios, espíritus sagrados,
A ti se humillarán, de ti admirados.

»Serás, en fin, del Padre recibida
Como hija, y del Hijo como madre,
Y del divino Espíritu admitida
Como su Esposa, y hija de tal Padre;
Y porque á Hija y Madre tan querida,
Y á Esposa tal el ornamento cuadre,
Padre y Hijo y Esposo á tu persona
Darán de Reina illustre igual corona;

»Y corona de estrellas inmortales,
Que ciñan tu cabeza con luz pura,
Y adornando tus sienes virginales,
Aumenten, si es posible, tu hermosura;
Y por chapines á tus piés reales
La antorcha clara de la noche oscura;
Y por vestido el sol: adorno extraño,
Con que no sufrirá la vista engaño.

»Así á la diestra de tu Hijo Eterno,
En trono de suprema reverencia,
La primera serás, en su gobierno,
Intercesora de eficaz potencia:
Respetada en el cielo, en el infierno
Temida, y por tu celo y tu clemencia
Adorada en la tierra de los hombres,
En templos varios, con diversos nombres.

»Desta manera gozarás dichosa
De tu Hijo en suave compañía,
No como en el pesebre cuidadosa,
Mezclada con tristeza tu alegría;
Ni ya escondiendo al Niño, temerosa
Del rey tirano y de su atroz porfía;
Ni con pena mirando el falso rito
Del dios brutal del engañado Egipto;

»Ni de prudentes lágrimas bañando
El rostro de divina gracia lleno,
Al Niño Dios con lástima buscando,
Que se huyó de tu amoroso seno;
Ni de rodillas junto al lecho blando,
Si bien más de una vez de paja y heno,
Velando en oración al sueño grave
Del que duerme y lo más oculto sabe;

»Ni viéndole de escribas perseguido,
Ni acosado de injustos fariseos,
Ni, como agora, en cárcel detenido
Para cumplir sus bárbaros deseos;
Que lo verás de arcángeles servido,
Cercado de magníficos trofeos,
En siempre eterna paz y gloria inmensa,
Y á ti en su gloria y en su amor suspensa.»

Hablando estaba el ángel; y dijera
Más si Juan á la puerta no llegara,
Y apresurando su veloz carrera,
La plática suave no cortara:
¿Oh terrible dolor, congoja fiera!
Oh quién los tristes labios le cerrara!
Callad, Juan; mas no puede, porque ha visto
Que á muerte han condenado á Jesucristo.

Devoto siempre Juan, firme y atento
Y animoso y sagaz á todo estuvo:
Nunca dejó al Señor en su tormento;
Llorando su pasión con él anduvo;
Y vido agora el infernal portento,
Vídole sentenciar, y apenas tuvo
Fuerzas para sufrirlo; mas cobrólas
Para dar estas nuevas, y al fin diólas.

Y puesto de rodillas en el suelo,
Y el rostro en polvo y en sudor bañado,
La voz cortando á veces con recelo
De un grande mal, y á veces fatigado:
«¡Oh excelsa, dijo, Emperatriz del cielo,
Madre casta del Hijo deseado
De la gente que agora le condena,
Perdona á mi dolor tu justa pena.

»Mas ¿de qué sirve ansiosa detenerte,
¿Oh santa Virgen! con palabras tales?
Tu dulce Hijo condenado á muerte
Está, y aun de la muerte á los umbrales:
La cruz de Barrabas le cupo en suerte;
Que al fin ha de pagar de Adán los males.»
Oyó, y cubrióse al sentimiento pio
La Madre virginal, de un sudor frio.

Y trocado el color de leche y grana,
Si no en amarillez, en más blancura,
Y en el cielo la vista sobrehumana,
Con dolor dijo, mas en paz segura:
«Tu voluntad se cumpla soberana,
Como de Padre que mi bien procura,
En mí, tu sierva, y en tu Hijo amado,
Dios en penas y en glorias alabado

LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

De la vida y sermones variamente
De Cristo el pueblo trata congregado:
Lleva la cruz á cuevas, y la gente
Simple llora su mal profetizado:
En procesion le sigue el excelente
Bando de patriarcas esforzado:
Velo su Madre, y ambos comunican
Su gran dolor; y al fin lo crucifican.

En tanto de Salén el vago y fiero
Vulgo, en diversas tropas dividido,
O ya con rostro falso y lisonjero,
No bien de su pecado arrepenido,
O ya con pecho cándido y sincero,
Por no haber con sus votos concurrido
A la muerte de Cristo presurosa,
De su vida hablaban religiosa.

En plazas, calles, puertas y cantones
Que del Calvario muestran el camino,
Con secretas y varias intenciones
Tratan los más del caso peregrino :
El hecho miden, pesan las razones
Por que matar á un hombre tal convino ;
Y refieren sus obras admirables,
Su doctrina y prodigios memorables.

Uno se acuerda y dice cómo estaba
Con fervoroso afecto predicando,
Y que tan gran corona le cercaba
De gente, sus palabras adorando,
Que ni lugar ni espíritu dejaba,
Oyendo el pueblo, y Cristo platicando,
A que el resuello caminar pudiese,
O del atento corazón saliese.

Y que llegó un enfermo ya gastado
De una prolija y grave perlesia,
Y por el techo abierto descolgado,
Apareció con faz doliente y pia :
Pidió salud, y habiéndosela dado,
Confusa la envidiosa compañía
Quedó de los vencidos fariseos,
Declarándoles Cristo sus deseos.

Otro refiere de los diez leprosos
Que, cuando enfermos, á sus piés rendidos
Estuvieron humildes y medrosos,
Y cuando sanos, mal agradecidos ;
Y que eran de los tribus generosos
Los nueve á tanto bien desconocidos,
Y el que le dió las gracias extranjero,
Mas de alma pura y corazón sincero.

Otro se acuerda que entre mucha gente
Una mujer enferma y miserable
Tocó su vestidura blandamente,
Y sanó de su mal irremediable ;
Y que despues, con devoción ferviente,
Una estatua de marmol admirable,
Agradecida, levantó en memoria
Del caso ilustre y de su eterna historia.

Y muchas desta forma referían
Excelsas obras, milagrosos hechos ;
Unos con mal intento las decían,
Y otros con puros y sencillos pechos :
Algunos de su muerte se dolían,
Y otros, á mofas insolentes hechos,
Blasfemando, la cruz le deseaban,
Y el bien en mal, y el mal en bien trocaban.

Otros de sus magníficos sermones
Trataban, admirando su elocuencia,
Ponderando el valor de sus razones
Y engrandeciendo el sér de su prudencia :
Ya el conquistar rebeldes corazones
Y moverlos á justa penitencia,
Ya el conservar los animos rendidos
Celebraban con varios apellidos.

Y el uno la parábola piadosa
Contaba del garzón pródigo y vano
Que gastó su hacienda caudalosa
Con gente infame, y en vivir profano ;
Y despues de una hambre rigurosa,
Lo recibió en su casa el padre humano,
De estola le adornó, le puso anillo,
Le hizo fiesta y le mató un novillo.

Y otro, la sucedida semejanza
Del que sembró en el campo mucho trigo,
Y en la dichosa mies y en su esperanza
Le echó mala cizaña el enemigo ;
Y aunque la yerba vil con más pujanza
Iba creciendo próspera al abrigo
De la buena y copiosa sementera,
Estar segura la dejó y entera.

Y otro, la de aquel padre diligente
Que á su viña llevó trabajadores
Antes que el sol rayase en el oriente
Y despues que al cenit bajó de ardores,
Y cuando arreholaba el occidente,
Con igualdad pagó á los labradores,
Con igualdad trabajos desiguales,
Mas á nadie quitando sus jornales.

Y otro decía con desden esquivo,
Y con desprecio vil lo repetía :
« El se ha hecho, por cierto, ejemplo vivo
Del trabajo infeliz que nos pedía ;
Porque él, con faz serena y cuello altivo,
Cual acertado zahorí, decía :
— El que venir en pos de mí quisiere,
Tome su cruz y sígame do fuere. — »

Y otro : « Bien se cumplió su pensamiento,
Pues, siendo de la tierra levantado,
Lleva consigo, á su dolor atento
Y á su mal, todo el pueblo arrebatado ;
Y si es grano de trigo, en su tormento
Está, podrido no, mas quebrantado,
Como entre piedras de molino duras,
Que espigas no podrá brotar maduras. »

Y otro : « Hé aquí la bienaventuranza
Que él mismo puso en la pobreza y llanto ;
Ya no le faltará la confianza
De alcanzar este bien que él precia tanto :
Si no es que de la cruz haga mudanza,
Y perdiendo su fin, nos ponga espanto. »
Esto los más hablaban, y los ménos
Aquellos, de piedad y asombro llenos.

Cuando la excelsa cruz, noble estandarte,
En fuertes viles hombros sostenida,
Pavorosa se vió por una parte,
Y por otra el que en ella honró á la vida :
Vino el Señor que todo el bien reparte,
La frente en polvo y en sudor teñida,
Débil el cuerpo, el rostro macilento,
Los piés sin fuerza, el pecho sin aliento.

Cubierto de su antigua vestidura,
Y apretado con ásperos cordeles,
Y en la cabeza la guirnalda dura,
Que le cñieron bárbaros crueles :
Puso la vista generosa y pura
En la cruz, honra ya de los fieles,
Que era de palo bien pesado y recio,
Y estaba en tierra echada con desprecio.

Y aunque ceñido de feroz canalla,
Y de insolente vulgo rodeado,
Se paró atento y comenzó á miralla,
Y así habló, mirándola callado :
« ¿ Es este, ¡ oh mundo ! el campo de batalla
Que me has para la muerte preparado,
Y la mullida cama y blando lecho
Para estos miembros virginales hecho ?

» ¿ Es aquella la ilustre cabecera
Debida á mí cerebro venerable,
En que se ponga la almohada fiera
Desta horrenda corona y espantable ?
Aquel madero atravesado ¿ espera
(¿ Quién tal pensara ? ¡ Oh caso lamentable !)
Teñirse en sangre de mis manos santas,
Y en el licor el otro de mis plantas ?

» ¿ Aquellos ganchos romperán agudos
Estas espaldas, otra vez molidas ?
¿ Y entre los huesos toparán desnudos,
Y pasarán sus puntas atrevidas ?
¿ Y pendientes verán de garfios crudos
Carnes que están al mismo Dios unidas,
Los cielos, y tendrán las manos quedas
Los que voltean sus constantes ruedas ?

» ¿ Así me tratas, hombre ? Así me tratas ?
De otra manera pienso yo tratarte,
Y en este duro campo más baratas
Dulces victorias mil comunicarte :
Para que tú con más valor combates
Pretendo en esta cruz ejemplo darte :
Aprende ; que la cruz en hombros toma
Tu Dios, y en ella á tu enemigo doma.

» En ella quedará su fuerza injusta
Tan flaca y débil por aquestos brazos,
Que fácil puedas en batalla justa
Échalle al cuello vencedores lazos :
Hasta aquí ha sido su maldad robusta
Porque le has dado tú, cobarde, abrazos ;
Ya con mi cruz y con mi sangre fuerte
Y bien armado, le darás la muerte.

» Saldrá huyendo, y se verá vencido
 Hoy de la cruz; y á su señal honrosa,
 Y á su sombra feliz preso y rendido,
 Humillará su frente belicosa:
 Pues, hombre, no la pongas en olvido;
 Con su virtud te escuda poderosa;
 Que porque tengas vida, en ella muero,
 La cruz abrazo y en la cruz te espero.»

Dijo; mas ya los bárbaros atroces
 A recibirla en hombros le obligaban,
 Y con horribles hechos y con voces
 Blasfemas duramente le trataban;
 Y empellones aquellos, estos coces,
 Y otros golpes sacrilegos le daban;
 Y así el cuerpo incliné cansado el Hijo
 De Dios, y al gran madero entre sí dijo:

« Vén, estandarte de inmortal memoria,
 Que has de triunfar del espantado infierno,
 Y siempre digno de alabanza y gloria
 Fundarás en la Iglesia mi gobierno;
 Y en el final juicio con victoria
 Universal y resplandor eterno
 Lucirás, y entre nobles compañías
 De ilustres santos y en perpetuos días.

» Vén, cruz, donde clavada la serpiente
 Maldita, al parecer del mundo errado,
 Ha de dar medicina conveniente
 Al hombre de serpientes mal llagado:
 Escudo, vén, del capitán valiente
 Que al sol opuesto lo tendrá parado,
 No dando luz, pero su luz cubriendo
 Con velo oscuro, y á Hai venciendo.

» Vén, del mayor Moisés vara admirable,
 Que has de rendir al asombrado Egitto,
 Y de otro cautiverio miserable
 Nueva gente sacar á nuevo rito:
 Vén, arca al gran diluvio incontrastable,
 Que has de salvar un número infinito,
 No solas ocho generosas almas,
 Dando en la tierra paz y en el mar calmas.

» Arbol de vida y árbol de la ciencia
 Del mismo bien, y palma victoriosa,
 De donde cogerá, con más prudencia
 Que Eva, el fruto de amor mi bella esposa:
 Vén; que en tí mi suave providencia
 Sombra le ha de hacer maravillosa
 Para que ya descanse, ya se aliente,
 Hasta que á verme suba claramente.

» Vén, oh sagrada cruz, dame tus brazos;
 Que yo te doy con caridad los míos,
 Y te regalo con estrechos lazos,
 Para mi fuertes, para el hombre pios;
 Y si á tu amor no bastan mis abrazos,
 Yo te prometo de mi sangre ríos,
 Con que lavada y bella y dulce quedes,
 Y rica, al fin, para ofrecer mercedes.

» Vén; que en tí hallarán los pecadores
 De infinita piedad la fuente abierta,
 Y de gracias, dulzuras y favores
 Los justos franca la dichosa puerta;
 Salud el mundo, el cielo resplandores,
 Su triunfo Dios, su vida el hombre cierta:
 Vén, cruz, y vamos, » dijo; y recibíola
 Con un beso de paz, y levantóla.

En el hombro la puso, y al momento
 Se le asentó en el hombro firme y santo,
 Y arrodillar le hizo el gran tormento:
 ¡ Oh cruz, que al mismo Dios afliges tanto!
 Mas llegó al punto el escuadrón volento
 Y añadió mas dolor á su quebranto,
 Alzándolo á crueles bofetones
 Del suelo, y á puñadas y empellones.

La Caridad, doncella generosa
 Que junto á su persona caminaba,
 La cruz tomó con fuerza valerosa,
 Y algo alivió lo mucho que pesaba:
 Es aquesta una dama religiosa
 Que á Cristo en su pasión acompañaba;
 Tiene su noble origen en el cielo,
 Y es extranjera cuando está en el suelo.

Nace de Dios, cual hija regalada,
 Y con leche divina se sustenta;
 De Dios el pecho es su feliz morada,
 Y cuanto más le abraza, más se aumenta:
 Por guía de los ángeles fué dada,
 Y ella del mismo bien los apacienta;
 Dióles contra Luzbel la gran victoria,
 Y herederos los hizo de la gloria.

En el empireo santo es compañera
 De la vision que á Dios sin velo mira,
 Y de la voluntad pura y sincera
 Que allá le goza, nunca se retira;
 Y como en este mundo es extranjera,
 Por fe á su eterna y dulce patria aspira:
 Vive en tinieblas, pero lumbre sigue,
 Y claridad alcanza si prosigue.

No hay en el cielo quien le haga guerra,
 Y así mora en el cielo sin mudanza,
 Y en este su destierro y nuestra tierra
 La culpa á combatirla se abalanza;
 Y cuando gravemente el alma yerra,
 La deja esta virtud sin más tardanza,
 Vencida no, mas ella se comide,
 Y porque la desprecian se despidе.

Al primer hombre se la dió graciosa
 El mismo Dios, por grande beneficio,
 Y él por una manzana ponzoñosa
 La trocó: ciego, errado y mal juicio:
 Ella, que en Dios como en su fin reposa,
 Y le tiene á su blando amor propicio,
 Pidió al Verbo divino que bajase
 Del cielo y de su afrenta la vengase.

Y ¿ de qué suerte? Dando al hombre indino
 Eterna vida por su eterna muerte;
 Que es modo de venganza peregrino;
 Mas ella no se venga de otra suerte:
 El Verbo pues acometió el camino,
 Y hombre se hizo valeroso y fuerte;
 Y con esta señora siempre anduvo,
 Y ella en la noble empresa le mantuvo.

Acompañólo en el pesebre santo,
 Y entre las pajas le guardó el consuelo;
 Circuncidado le templó su llanto,
 Aunque de sangre vió teñido el suelo:
 Para causar á Egipto nuevo espanto,
 Con presto lo llevó y alegre vuelo;
 Y ella le hizo desplegar sus labios
 En tierna edad ante varones sabios.

Por ella en el Jordan el agua pura,
 Lavándolo, quedó purificada;
 Y en el desierto la abstinencia dura
 Enflaqueció su carne delicada;
 Y por ella habló con tal dulzura,
 Y tuvo gente de su voz colgada,
 Más que el frances, de sus cadenas de oro
 Al mundo repartiendo su tesoro.

Por ella permitió á los fariseos
 Que cual fieras serpientes le cercasen;
 Por ella á los herejes sadoceos
 Que como viles perros le ladrasen;
 Por ella, que sus bárbaros deseos
 Al cumplimiento de su mal llegasen;
 Que si la Caridad no lo hiciera,
 ¿ Qué fuerza á Dios, qué traza á Dios venciera?

Ella la sangre le sacó en el Huerto
 Con vivas puntas de amorosa pena,
 Y lo mostró, en la sombra descubierta,
 A la cohorte de alevosos llena;
 Y le tuvo en la noche atroz cubierto
 El grave y dulce rostro y luz serena
 Y clara de sus ojos soberanos,
 Sufriendo injurias mil de infames manos.

Ella hizo que loco pareciese
 A los del mundo sabios ignorantes,
 Y cinco mil azotes padeciese;
 Cosa no vista de los hombres ántes:
 Ella, que la corona recibiese
 Pavorosa, de puntas penetrantes,
 Y que de muerte la sentencia horrible
 Aceptase con ánimo apacible.

Y agora que lo ve cansado, arrima
A la pesada cruz el hombro entero,
Alzala bien y pónesela encima,
Y al buen Jesus alivia el gran madero:
¿Quién sobre tu valor hoy se sublima?
¿Oh estandarte de gloria verdadero!
Al hombro vas de Dios, y en las espaldas
De la virtud que pisa á Dios las faldas:

Iba la Caridad, y con voz tierna
A Cristo blandamente le decía:
«Considera, Señor, la vida eterna
Que al hombre causas con tu muerte pia:
Si por amor el alma se gobierna,
Por el amado pierde su alegría,
Cuando su pena le ha de dar la gloria,
Y el ser ella vencida, la victoria.

»Tú por tí mismo al hombre aficionado,
Y por el bien del hombre descendiste,
Para matar, muriendo, su pecado,
Al valle oscuro deste mundo triste,
Y enamorallo en cruz has deseado;
Sobre tí va la cruz que pretendiste:
Muere, ¡oh buen Dios! y en ella le enamora,
Y porque él gane á tí, pierde tí agora.

»Cerca está el fin, camina diligente;
Que más el movimiento se apresura
Si es natural, cercano al conveniente
Y propio centro que su amor procura:
El hacer bien, ¡oh Dios manso y clemente!
Viendo padecer mal á tu criatura,
Es natural á tu bondad divina:
Cerca está el centro, más veloz camina.

»No imprimes huella, no alijeras paso,
Que no aproveche al hombre paso y huella;
Pues no te vayas hoy tan paso á paso;
Que es bien cuanto tu pié sagrado huella:
No tiene tu bondad el pecho escaso,
Ni poco amor jamas se halló en ella;
Anda pues, anda apriesa, y testifica
Que tu gran caridad te crucifica.»

Esto hablaba, y la Impiedad en tanto
El estandarte á Léntulo cogiendo,
Lo tremoló y alzó con fiero espanto,
Y al marchar incitó con bravo estruendo;
Y el ejército así de canto á canto
Se fué por dos hileras disponiendo;
Y la trompeta retumbó sonora,
Y del partir aperció la hora.

Ya rompen los caballos animosos
Con piés la tierra, el aire con bufidos;
Ya parecen los hierros luminosos,
Y centellean con el sol heridos;
Ya del suelo nublados polvorosos
Al cielo suben con el viento unidos;
Ya camina la gente aborrecible
Al son confuso de la trompa horrible.

Ya en alta voz el pregonero suena:
«Esta es del Presidente la justicia,
Que este hombre á muerte de la cruz condena
Porque ser hijo de su Dios codicia:
Quien hace culpa tal, lleve tal pena,
Y castigo conforme á su malicia.»
¡Oh pregonero infame! ¿A quién baldonas?
Mira que es falsedad cuanto pregonas.

Mejor dirás que al Hijo de Dios vivo
A muerte ha condenado el Padre Eterno,
Por librar della al siervo fugitivo
Que á la puerta ya estaba del infierno;
Y que la Caridad, con pecho esquivo
Y extraño á Dios, y al hombre afable y tierno,
Le lleva á padecer por el pecado
Que el hombre cometió, jamas pagado.

Mejor dirás que era el comun delito
Del hombre contra Dios inestimable,
Y que el linaje con razon maldito
Pagar no pudo culpa tan notable;
Y que para igualar al infinito
Peso de su malicia irremediable,
Infinito valor fué necesario,
Y este da, el que lo tiene, voluntario.

Así dirás mejor; mas no queria
Así decir; y Cristo caminaba,
Y con la cruz que el hombre le oprimia,
A veces en el suelo tropezaba;
Pero ¡ay dolor! que apenas él caía,
Cuando el fiero escuadron lo levantaba
Con injurias, afrentas, risas, voces,
Desprecios, golpes, bofetadas, coces.

Cristo daba en la tierra con el peso
Del gran madero y de tus culpas graves;
Que si bien era aquel pesado y grueso,
Éstas no son lijeras y suaves,
Antes le hacen infinito exceso;
Mas porque tú con ellas no te agraves,
Y al centro caigas de pavor y asombros,
Alma, las lleva Dios sobre sus hombros.

No fué mucho que el ángel insolente
El cielo de diez orbes rodeado
Rasgase, por bajar al caos ardiente,
Arrojándole el peso del pecado;
Ni fué mucho que el hombre inobediente
Cayese al infeliz misero estado,
De aquella noble cima y grande altura;
Que el uno y otro, al fin, era criatura.

Ni es mucho que entre fuego y nieve horrible
Beba en eterna vida eterna muerte,
Clavado en el abismo aborrecible,
Sin poder levantarse á mejor suerte,
El que la majestad inaccesible
Menospreció del Rey piadoso y fuerte;
Que la maldad, como el pecado inmensa,
Pide en pena infinita recompensa.

Mas que el Hijo de Dios, si bien ya humano,
Que esta visible máquina superba
De los tres dedos cuelga de su mano,
Y solo con su aliento la conserva,
Y el invisible reino soberano,
Y el de la gente en blasfemar proterva,
Con su diestra mantiene vencedora,
Al peso caiga del pecado agora;

Eso admira y espanta, y más admira,
Hombre, y espanta que á tan grave carga
Tu alma miserable no suspira,
Y della suspirando se descarga;
Si á tí no te conoces, á Dios mira;
Que cuando della, cual fiador, se encarga,
Tropieza y cae al peso incomfortable;
Que aun á Dios es la culpa intolerable.

Tropieza y cae entre los dos ladrones
Que á la muerte también le acompañaban,
Aunque libres de tantas aflicciones,
Pues al hombro las cruces no llevaban;
Porque aquellos terribles corazones
Que la afrenta de Cristo procuraban,
A esta penosa carga le obligaron,
Y della á los ladrones descargaron.

Pretendiendo mostrar al vulgo errado,
Con este hecho de impiedad patente,
Que más grave de Cristo era el pecado,
Pues era su castigo diferente:
Diferente y mayor y nunca usado
De otra ninguna extraña y fiera gente;
Que todas en el trance doloroso
El instrumento esconden riguroso.

Y así del buen Jesus la muerte dura
Fué doblado y gravísimo tormento,
Porque la muerte, á la verdad futura,
Presente se la hizo el instrumento;
Mas desde que nació, á la sepultura,
Siempre le trajo en cruz su pensamiento,
Y siempre en ella padeció invisible
Y racional dolor, pero insufrible.

Este, cuando la aurora se reía,
Su corazón en lágrimas bañaba;
Y cuando el sol en el cenit ardía,
En amorosa pena le abrasaba;
Y cuando el Lubrican se despedía,
El alma de tristezas le cercaba;
Y al cubrir de pavor la noche el cielo,
Casto le daba y noble desconsuelo.

Este en la mesa con su dulce madre
Le robaba el placer del sacro pecho.
Y en la oración, hablando con su Padre,
Siempre le tuvo en tierno amor deshecho:
Tu pensamiento con el suyo cuadre,
Hombre, en tu dura cama ó blando lecho;
Que este dolor piadoso y voluntario
A Dios hurtaba el sueño necesario.

Y este también, al despertar ansioso,
En la cruz le clavaba el alma noble;
Este, andando el espíritu celoso,
Al gran madero le fijaba inmóvil;
Y este, agora más vivo y animoso,
Con doble fuerza y con tormento doble
Le aflige, de la cruz acompañado.
¡Oh Dios siempre por mí crucificado!

Dame, Señor, que cuando el alba bella
El cielo azul de blancas nubes orne,
Tu cruz yo abrace, y me deleite en ella,
Y con su ilustre púrpura me adorne;
Y cuando la más linda y clara estrella
A dar su nueva luz al aire torne,
Mi alma halle al árbol de la vida,
Y á tí, su fruto saludable, asida.

Y cuando el sol por la sublime cumbre
En medio esté de su veloz carrera,
La santa luz, con su divina lumbre
Más ardiente que el sol, mi pecho enciera;
Y al tiempo que la noche más se encumbra
Con negras plumas en la cuarta esfera,
Yo á los pies de tu cruz, devoto y sabio,
Tus llagas bese con humilde labio.

Cuando el sueño á los ojos importante
Los cierre, allí tu cruz se me presente,
Y cuando á la vigilia me levante,
Ella tu dulce cruz me represente:
Cuando me vista, vista el rutilante
Ornato de tu cruz resplandeciente,
Y moje, cuando coma, en tu costado
El primero y el último bocado.

Cuando estudie en el arte soberana
De tu cruz, la lección humilde aprenda;
Y en ese pecho, que dulzura mana,
Tu amor sabroso y tierno comprenda;
Y toda gloria me parezca vana,
Si no es la que en tu cruz ame y pretenda;
Y el mas rico tesoro, gran pobreza,
Y el deleite mayor, suma vileza.

Y ya, mi buen Señor, te mire orando,
Lleno de sangre, y de sudor cubierto;
Ya preso del feroz aleva bando,
Con duras sogas en el triste huerto;
Ya ante el soberbio tribunal callando,
El rostro á mil injurias descubierta;
Ya tenida por loca tu cordura,
Y ya por arrogante tu mesura:

Ya en el pretorio con rigor desnudo,
Y con furiosos látigos herido;
Ya con aquel ornato infame y crudo,
Frente y cerebro sin piedad ceñido,
Ya traspasado con dolor agudo,
Y en vez de Barrabas escarnecido;
Ya, como agora vas, la cruz al hombro;
Ya siendo al cielo, en cruz, divino asombro:

Así te mire yo, Jesús perfecto,
En cruz de compasión crucificado,
Y así tenga de tí piadoso afeto,
Viéndote con la cruz arrodillado.
Iba pues el altísimo conceto
Del Padre, y hombre y Dios, debilitado
De suerte, que la fiera compañía
Temió que antes del monte moriría.

Y no compadecidos de su pena,
Mas para darla con mayor exceso
A su buen alma, de cansancio llena,
El grave le aliviaron sacro peso;
Y un gentil alquilaron de Cirena,
Simon llamado, que el madero grueso
En pos al hombro de Jesús llevase,
No de suerte que dél le descargase.

Iba después Simon, Cristo primero,
Y ambos la cruz llevaban sacrosanta,
Sacramento escondido y verdadero,
Que entonces no admiró y agora espanta;
Pues la Iglesia gentil el gran madero
Toma, y sigue á Jesús, que se adelanta:
Misterio bien oculto y ordenado
Por Dios, en honra de su Hijo amado.

Que si tú, infame y vil canalla hebrea,
Ayudar no quisiste al Rey ungido,
No le ha faltado pueblo que desea
Servirle, de sus penas condolido:
Pueblo tiene piadoso que le crea,
Antes gentil, y ya de su apellido;
Ya, con su ilustre nombre y soberano
De Cristo, dicho con razón cristiano.

Esto el divino Verbo conocía,
Y en figura á Simon la cruz dejaba
Tomar, como quien claramente vía
Que á su Iglesia por él con ella honraba:
Dábala, y en espíritu entendía
Cuando amoroso y tierno se la daba;
Entendía y miraba, caminando,
Con santas cruces un copioso bando.

Mártires vía, vía confesores,
Virgenes sacras, nobles penitentes,
Humildes siervos, inclitos señores,
Y todos con su cruz resplandecientes;
Pero los generosos fundadores
De los linajes castos y obedientes
Que su cruz imitaban con sus cruces,
Entre santas los vió hermosas luces.

Mas, ¡oh sagrada musa! eterna ciencia
Que inspiraste admirable y nos inspiras,
Das y alivias la cruz de la obediencia,
Y á sus crucificados siempre miras;
Tú, que gracia y verdad, seso y prudencia
Y amor de Dios con blando aliento espiras,
Dame tu aliento y ábreme tus labios,
Y con mi ruda voz honra tus sabios.

Con su estandarte pues iba el primero
Márco, virtud de Pedro infatigable,
De santos monjes padre verdadero,
Y de Dios coronista memorable;
Que el instituto rígido y severo,
Grato al cielo, y al mundo intolerable,
Fundó de los esenos divididos
Por desiertos, y en celdas recogidos.

Iba segundo el venerable Antonio,
Claro de linaje, y en saber profundo,
Gloria de Dios y espanto del demonio
Siendo con su devota cruz al mundo:
Despreciaba su rico patrimonio,
Y en yermo estéril un jardín fecundo
De religiosas plantas producía,
Donde infinitas cruces engendra.

Y Pacomio después, noble soldado
Y mozo ilustre en la milicia humana,
Y á Cristo en la gran Tébas consagrado
Para seguir en paz la fe cristiana,
Llevaba el hombro de una cruz cargado,
Y el alma fuerte con su yugo ufana,
Vivo á Dios, muerto á sí, y al mundo muerto,
Poblador santo del feliz desierto.

Y el gran Basilio, de su cruz suave,
Como desde una cátedra eminente,
Reformando el vivir rígido y grave
De los rústicos monjes del Oriente;
Digno que el cielo su prudencia alabe,
Y la venera el mundo eternamente,
Con religioso paso acompañaba
A Cristo, y docto y santo le imitaba.

Y tú, Padre de un número infinito
De mártires, pontífices, doctores,
Que el sacro antiguo ya olvidado rito
En regla renovaste y en fervores;
Bendito en nombre, y con razón bendito,
Entre puros y eternos resplandores
De aquella infusa y admirable ciencia
Rayabas con la cruz de la obediencia.

Y Romualdo, insigne caballero,
Claro en linaje, y en virtud famoso,
Y por la insignia santa del Madero,
Mas que por sangre ilustre, generoso;
Obediente, solícito y sincero,
Y de obedientes capitán celoso,
Con su pesada cruz iba delante
De su Padre, y á Cristo semejante.

Y el meliflúo Bernardo, gran maestro
De amor divino y oración perfecta,
A quien la antigua edad y el siglo nuestro
Ya respetó y siguió, sigue y respeta;
Sabio en la cruz, y en predicarla diestro,
Con dulce estilo y devoción discreta,
Miraba á Cristo, á Cristo enamorado,
Y de su misma leche sustentado.

Bruno también su cruz enarbolaba
Fuera de la ciudad en tierra inculta,
Y con divino espíritu fundaba
En hondas cuevas religión oculta;
Y á la vida eremítica juntaba
La monacal mas agradable y culta,
Con traza nueva, en liga santa uniendo
Silencio mudo y religioso estruendo.

Y tú, de Cristo apóstol escogido,
Ángel en vida, querubín en ciencia,
De hijos sabios padre esclarecido,
En celo raro, y único en prudencia,
Que fuiste al mundo por su bien nacido
Y dado por espejo de inocencia,
Por luz del cielo, y del infierno asombro,
Ibas, Domingo, con tu cruz al hombro.

Que tú, vivo á la cruz, y en la cruz muerto,
Viviste siempre en Dios y en cruz seguro;
Para la cruz tuviste el pecho abierto,
Y della recibiste ánimo puro;
De la cruz enseñaste el modo cierto,
Y mejor imitaste el paso duro;
Y fué la santa cruz bula cruzada
En ti, su gran Domingo, publicada.

Y aquel humano serafín ardiente,
Archivo santo del amor divino,
De Dios llagado imagen excelente,
De Dios pobre dibujo peregrino;
Excelso capitán de humilde gente,
Guía sagaz del áspero camino
De la perfecta cruz, la cruz llevaba,
Francisco, y sin hablar, la predicaba.

Y el claro sol de buena teología,
Defensor justo y sabio de la gracia,
Que en la moción que Dios al alma envía
Juntó la suavidad con la eficacia;
A la mente de Cristo se ofrecía,
Con el doctor ilustre de Dalmacia
Enseñando la vida religiosa,
Y la cruz abrazando rigurosa.

Nolasco luego, con afectos vivos
De santa caridad, las nobles huellas
Y pasos de Jesús contemplativos
Miraba en ellos, docto y sabio en ellas;
Y redimiendo con amor cautivos,
Y con fe remediando sus querellas,
Su cruz llevaba y la enseñaba al mundo;
Mas ayudado siempre de Raimundo.

Y el Ángel hombre que en el grande cielo
De la sagrada iglesia militante,
El monte excelso del feliz Carmelo
Trasladó con espíritu constante,
Siguiendo la virtud y osando el vuelo
Del que en el carro se elevó triunfante,
Sustentaba su cruz valiente y pio
Con santo esfuerzo y religioso brio.

Y el que á su religión dió el nombre santo
Que á solo Dios se da por excelencia,
Y lo repite el cielo en dulce canto,
Tres Personas loando en una esencia,
Y tres veces diciendo «siempre santo»
A sola una bondad con eminencia,
Al Verbo con su cruz acompañaba,
Y aunque afligido en carne, le adoraba.

Y el capitán de Paula memorable,
Raro ejemplo de extraña penitencia,
Mínimo en su concepto, y admirable
Y soberano en la divina ciencia;
Francisco, en vida y nombre venerable,
En profunda oración y alta paciencia,
A hijos mil, entre infinitas luces,
Puesta su cruz al hombro, daba cruces.

Y tú que á la virtud envejecida
Con leche dulce y con manjar sabroso
Blandamente le diste nueva vida,
Robusta fuerza y corazón brioso,
Fundando religión esclarecida,
Y conclave de ciencias religioso,
Ignacio, padre y luz de sabia gente,
Abrazabas tu cruz manso y prudente.

Y tú, mujer de esfuerzo soberano
Y excelentes hazañas varoniles,
De divino valor en pecho humano,
Y ánimo invitado en miembros femeniles,
Que al gran Carmelo, hecho humilde llano,
Cumbres diste elevadas y gentiles,
Con tu moderna cruz á Dios seguías,
Teresa, ejemplo santo de almas pías.

Esta pues y otras vírgenes sagradas,
Fundadoras de santas religiones,
De religiosas cruces abrazadas
Y ardiendo en casto amor sus corazones,
Adoraban de Cristo las pisadas,
Ilustre asombro de incultos varones,
En grave procesion y en luces bellas,
Y en resplandor vienciendo las estrellas.

Esto miraba Cristo, y se animaba
Con estos valerosos nazareos,
Y cuanto más en pos de sí miraba,
Tanto más animaba sus deseos;
Y viendo que su cruz los confortaba,
Y que ellos eran de su cruz trofeos,
La llevaba en los hombros ya oprimidos
Y tantas veces con rigor heridos.

Entre los muchos bárbaros atrocés
Que duros vían el suceso extraño
Con rostro enjuto y ánimos feroces,
Y mal atentos á su propio daño,
Seguían diligentes y veloces
(Mas la piedad mezclada con engaño)
A Cristo unas mujeres con dolidas,
De verle así llorosas y afligidas.

La bella contemplaban tersa frente
Cercada de la fiera y vil guirnalda,
Y el rosicler de aquella faz clemente
Y hermosa, trocado en color gualda;
Teñido en polvo y sangre horriblemente
El rostro y cuerpo, el ornamento y falda;
Flaco en la fuerza, y en el huelgo escaso,
Y con la cruz cayendo á cada paso.

Y acordábanse allí de haberle visto
Y venerado su divino aspecto
Cuando, á la gente popular bien quisto,
Le guardaba Salén sumo respeto:
No que ellas le adorasen como á Cristo
Hijo de Dios y al Padre igual conceto,
Sino como á varón ilustre y grave,
De gran belleza y condición suave.

Y esto y aquello agora les movía
A sentir por extraña desventura
Y á celebrar con voz doliente y pia
Del amable Señor la muerte dura:
Cada cual pues llorando se afligía,
Y hablando mostraba su ternura
Con varios y apacibles sentimientos,
Parte en razones, parte en pensamientos.

«¿Es este aquel, aquel varón famoso
De todos con el dedo señalado
Por milagro del cielo prodigioso,
En vida y santidad solemnizado?
¿Aquel, aquel profeta valeroso
De grandes y pequeños admirado,
Que trajo de su voz pendiente el mundo
A pura fuerza de saber profundo?»

¿Es este á quien poblados escuadrones
Siguiendo en las ciudades y desiertos,
Buscaban con devotos corazones,
Casi de hambre y de cansancio muertos?
¿Cuyos altos magníficos sermones,
Y á los mayores sabios encubiertos,
Pregados de sentencias admirables,
Eran á los más doctos inefables?

¿Es este aquel que maravillas tantas
Y con facilidad tan grande hizo,
Que con solo mover sus manos santas
De la muerte el poder y horror desbizo,
Y alguna vez, sin levantar las plantas
Del lugar donde estaba, satisfizo
Al que salud pedia milagrosa,
Ausente de su vista poderosa?

¿Es este el que los mares sosegaba,
El infierno, hablando, estremecía,
Voz á los mudos con su lengua daba,
Y á los ciegos la vista y luz volvía;
Los demonios, queriendo, ahuyentaba,
Y á su presencia el mundo conmovía;
(¿Quién tal dijera!; Oh caso lamentable!)
Este que agora va tan miserable?)

Así algunas matronas excelentes
En virtud, en prudencia y en linaje,
Mirando á Cristo y de su cruz pendientes,
En tal hablaban varonil lenguaje:
Las otras, ménos graves y elocuentes,
Pero de más devoto y simple traje,
En voces declaraban sus concetos
Desta manera, humildes y discretos.

«Ay, mirad qué mancebo tan hermoso
Viene con tantos golpes afeado!
Ay, ved el ornamento riguroso
Con que sale de espinas coronado!
Ay, notad el madero trabajoso
Que sobre el cuerpo débil y azotado
Le han puesto!; Oh gran dolor!; Justa mancilla!
¿Con el peso tropiezo y arrodilla!

«Mirad cómo le tiran de la sogá,
Y arrastrando le llevan crudamente!
¡Ay, qué maldad!; Parece que se ahoga,
Con la fuerza oprimido de la gente!
¿Cómo así condenó la sinagoga,
Siendo tal, á un varón tan excelente?
Y si en algo pecó, ¿no le bastara
Muerte de cruz á aquella honesta cara?

«Y no haberle deshecho con azotes,
Y afrentado con esta vil corona,
Y llevar entre infames galeotes
Una tan grave y tan gentil persona?
Y esto mirando van los sacerdotes
Con risa y mofa, y esto Dios perdona,
A los que deben dar mayor ejemplo,
Y piedad nos predicán en el templo.

«El que le mira tal y así le aflige
Alma de hombre no tiene ó pecho humano;
Y si la tiene, por pasión la rige,
Y por fiera pasión de tigre hircano;
Y á quien tanta paciencia no corrige,
Trueca y ablanda, más es que inhumano,
Y más que el duro pedernal terrible,
Y más que el mismo infierno aborrecible.

«Oh desdichado Hijo de María!
Y ¡oh desdichada Madre, si le vieras!
¡Cuán eficaz dolor traspasaría
Esas puras entrañas y sinceras!
¡Oh para tí aciago y triste día,
Y oscura y larga noche la que esperas,
Ora lo veas con la luz y vivo,
Ora ya muerto y con horror esquivo!

«En esta lamentable desventura,
Que has de mirar con lastimados ojos,
La que te dió suavísima dulzura
Abriendo al predicar sus labios rojos,
Al doble pagarás con pena dura,
Y con más que gravísimos enojos,
¡Oh Madre antes alegre, ya afligida,
Que para muerte tal guardas la vida!»

Así hablaban, su dolor ansioso
Mostrando con palabras imperfectas,
Y el discurso rompiendo congojoso
Con voz oculta y lágrimas secretas;
Cuando el Rey de los cielos poderoso
Llegó, y notó sus almas inquietas
Y en llorarle sin órden ocupadas,
Y si piadosas bien, pero engañadas.

Y levantando el rostro humilde y grave
El autor de él bien á males hecho,
Aquella, que ántes era voz suave,
Les reveló su daño en su provecho;
Y abriendo así con la dorada llave
De su divina ciencia el hondo pecho
De su buen Padre, sabiamente dijo
De la Virgen y Dios el parto y Hijo:

«¡Oh de Jerusalem hijas piadosas,
Que celebráis con lágrimas ardientes
Mi dura muerte y penas dolorosas,
Nacidas de otras causas eminentes;
No lloreis sobre mí tan cuidadosas;
Llorad sobre vosotras más prudentes,
Y sobre vuestros hijos desgraciados
A grandes justos males condenados!

«Porque tiempo vendrá que se prediquen
Y honren los vientres que jamás parieron,
Y por dichosos con razón publiquen
Los pechos que con leche nunca hirvieron;
Y con tanto furor se multipliquen
Trabajos que otra vez hombres no vieron,
Que aun á los montes digan: —¡Oh vosotros,
Altos montes, caed sobre nosotros!—

«Que si en este madero verde y santo
Se emprende tan veloz y airado fuego,
En él dispuesto á las centellas, ¿cuánto
Se encenderá si no lo atajan luego?
Aquí gastad el lastimoso llanto,
Y el triste encaminad y humilde ruego.»
Así hablaba y esto les decía,
Porque á Jerusalem ardiendo vía.

Y ellas su gravedad noble y serena
Notando y sus palabras admirables,
Su natural siguieron, justa pena,
Con voces y gemidos implacables:
Tal la pasión de oculta gloria llena
Celebró con endechas memorables
La gente simple que miraba á Cristo,
Y ántes le había de otra suerte visto.

Y tú también entónces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria:
¡Oh pia osadamente! Oh tú felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano vulto!

Esta mujer en medio de la calle
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpiarle,
Y en lienzo tan fiél quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su origen vivo,
Y el pecho de la dueña compasivo.

Mas en tanto la Madre casta y pura
Deja su celestial recogimiento,
Y con pena y dolor, peso y cordura,
Trabadas en divino ligamento,
A la calle se va de la Amargura,
Por ver del Hijo amado el vil tormento,
De Juan acompañada y de María,
La Magdalena y otra honesta y pia.

Ansioso el corazón, le da latidos
Agudos en el pecho alborotado,
Y ella de rato en rato unos gemidos
Pequeños, cual de espíritu cansado:
Los ojos lleva de un color teñidos,
Como cuando amanece el sol nublado,
Que de hermosa luz, pero luz triste,
Porque de cierta oscuridad se viste.

Y robada en las cándidas mejillas
La encendida bellísima escarlata,
Mas no que se haya vuelto en amarillas
Flores, sino en bruñida y tersa plata,
Vanle temblando siempre las rodillas,
Como quien teme el fin de lo que trata,
Y se finge en la mente un pavoroso
Suceso de algun caso prodigioso.

Y recogida en un silencio grave,
Va en el sagrado pecho revolviendo
Las cosas de la Iglesia, que ya sabe
Han de ir en siglos varios sucediendo:
Esto y la voluntad de Dios suave,
A quien se humilla y rinde sin estruendo,
De palabras medita excelsamente,
De un dolor traspasada vehementemente;

Quando eleva sus ojos venerables,
Y de mujeres ve un tropel confuso,
Y en los rostros de todas miserables
Un cierto asombro y un dolor difuso:
Conoce por las señas lamentables,
Léjos del rito propio y comun uso,
Que algun portento pavoroso han visto,
Y repara, y acuérdate de Cristo.

Y díceles: «Oh damas generosas,
¿Habeis por esas calles encontrado
Entre el polvo y las armas rigurosas
Un mi Hijo á la muerte condenado?
—¿Qué señales (responden amorosas)
Tiene aqueste tu hijo desgraciado?—
Y la Virgen acude: «Es mi querido
Blanco y rojo, y excelente escogido.

»Es su linda cabeza de oro fino,
Y oro que nunca tuvo semejante;
Porque es de la sustancia y sér divino,
Y á enamorar al mismo Dios bastante:
Su cabello tambien es peregrino;
Que si bien es hermoso y rutilante,
Es de color de cuervo, y siempre sube,
Cual palma enhiesta, á la postrera nube.

»Sus ojos de paloma refulgente
Lavada en leche pura y agua clara,
Que resplandecen en su blanca frente
Con rara honestidad y alteza rara;
Y cual jardin de flores excelente
Son las mejillas de su linda cara,
Donde cogen las gracias invidiosas
Jazmines, lirios, clavellinas, rosas.

»Son de ardiente coral sus bellos labios,
O de roja azucena extraordinaria,
Que en mirra pura mil conceptos sabios
Envuelven de doctrina ilustre y varia;
Y á aquellas manos ¿quién les hace agravios?
O ¿qué impiedad les puede ser contraria?
Que de oro son, y de oro liberales,
Y llenas de jacintos celestiales.

»Es de limpio marfil su vientre amable,
De sacra honestidad precioso archivo,
Y pretina le ciñe inestimable
De un perfecto zafrán de color vivo:
Cual columna de mármol admirable
Despreciador del tiempo vengativo,
Es cada cual de sus hermosas piernas,
Y sobre basas de oro siempre eternas.

»No se levanta el Libano empinado
Con su frente graciosa y alta cima
Sobre los otros montes elevado,
Haciendo de sus cumbres poca estima,
Cuanto mi Hijo grave y descollado,
Al que entre mil millares se sublima
Excelso y grande, lleva la ventaja,
Y atras lo deja como á cosa baja.

»Ni el cedro en fuertes ramos extendido,
Y amenazando con su copa al cielo,
Tan confiado sube y atrevido
A la esfera mayor su verde pelo,
Sobre los otros árboles erguido,
Mirandolos humildes en el suelo,
Cuanto mi Hijo excede en gentileza
A los demas, y en gracia y en belleza.

»Pues en divina voz; no se adelanta!
Es su divina habla milagrosa,
Y más que milagrosa su garganta,
Dulce al oído, y á la vista hermosa:
Quando platica (¿qué será si canta?)
Suspende en suavidad maravillosa
Los grandes rios y esforzados vientos,
Y los detiene, á su dulzura atentos.

»Es del bien esencial un mar inmenso,
De la bondad sin tasa un hondo abismo,
Y el más perfecto sér le paga censo,
Porque es de todo el sér el centro mismo.
Así tenia, y con razon, suspenso
En un suave y santo parasismo
De aquellas hijas de Sion el coro
La Virgen Madre con su boca de oro.

Y ellas, despues que con amor la oyeron,
Y en su notable Hijo repararon,
Estas graves sentencias respondieron,
Con que más su dolor acrecentaron:
«El gran varon que nuestros ojos vieron,
Y á muerte los setenta condenaron,
No va tan bello y tan gracioso agora,
O no es quien vos decís, noble Señora.

»Que ni es tan escogido y tan perfeto;
Antes mirada bien su compostura,
Apénas de hombre le quedó el aspeto,
Cuanto más tan excelsa hermosura;
Y su cabeza de oro, sin respeto
Se la han ceñido de guirnalda dura;
Y con el polvo de que va manchado,
Parece que es de lodo mal formado.

»¿Ojos, decís, que de paloma tiene
Bañada en leche y agua cristalina?
Esa comparacion no le conviene;
Que apénas si lostiene se adviña;
Porque un tan grande arroyo se detiene
En ellos de la sangre que camina
Por la frente apretada con abrojos,
Que las lumbres le ahoga de los ojos.

»No son jardin de flores sus mejillas,
Mas seca y agostada sementera,
Tanto las lleva oscuras y amarillas;
Si fué tal, diferente es de quien era;
Ni vimos en su boca maravillas
Desa elocuencia ilustre y verdadera;
Bien que sus labios son perfectos lirios,
Mas cárdenos á fuerza de martirios.

»Las manos de oro lleva casi muertas,
¿Qué belleza tendrán muertas sus manos?
Y con el frio de la noche yertas,
¿Cuál estarán sus dedos soberanos?
Las carnes de marfil precioso, abiertas
Y rotas con azotes inhumanos,
Llagas rodean, ciñen cardenales,
No zaliros de luces inmortales.

»No son del mármol que produce Paro
Fuertes columnas sus delgadas piernas;
Que á cada paso han menester reparo,
Segun las fuerzas le han faltado internas;
Ni de oro fino ó de otro metal raro
Son sus robustos piés basas eternas;
Que con la cruz tropieza por momentos:
¿Ved cuán flacos y débiles cimientos!

»Ni es como el grande Libano ensalzado,
Ni altivo como cedro y poderoso;
Que al peso del madero va inclinado,
Y humilde á los demas y temeroso:
Ronca la voz, el pecho levantado,
Corto el aliento, y el hablar ansioso
Lleva, y grueso cordel á la garganta:
¿Qué dulzura tendrá si agora canta?

»Ni mar de bienes pareció á los ojos
Tiernos de las que tristes le mirámos,
Antes amargo piélagos de enojos
Y penas, y por eso le dejamos;
Ni le paga tributo ó da despojos
(Como decís) el sér, segun notámos;
Antes como á fiador ó como al centro
Del mal, todos le salen al encuentro.

»Así que, prudentísima Señora,
Si es condenado vuestro Hijo á muerte,
No es el que llevan al Calvario agora;
Que va, cual informamos, desta suerte;
Y el vuestro maravilla y enamora,
Gracias da, glorias causa y gozos vierte,
Y es de todos estotro aborrecido:
Ved cómo puede ser vuestro querido.»

Dijeron; y escuchó la Virgen pura
De su Hijo el proceso doloroso,
Y con grave y dulcísima mesura
Se despidió del bando religioso;
Y mezclada su ilustre compostura
Con nuevo sentimiento lastimoso,
Se fué á buscar al Hijo deseado,
Por aliviar su cruz ó su cuidado.

Camina, y á la vista se le ofrecen
Del polvo los nublados que el sol cubren,
Y de allí á poco relucir parecen
Los hierros que en el aire se descubren:
Luego los alaridos la entrecenen,
Y aunque las voces claras se le encubren,
Piensa que son suspiros y alborotos
De pechos fieros ó ánimos devotos.

Pero despues la sangre ve divina
Y el rastro que su Hijo va dejando,
Y por él y por ella se encamina,
Sus huellas y licor reverencioso;
Y al fin llega á la calle más vecina,
Adonde al Hijo mira tropezando
Con el gran peso de la cruz terrible:
¡Oh de ambos gran dolor, pena insufrible!

Sus ojos fija en él la Madre casta;
Su vista en ella pone el Hijo santo:
Esta luz en aquella luz se engasta,
Y este despierta aquel precioso llanto:
Mirase el uno y otro: amor, ¿no basta
Que con el Hijo Eterno puedas tanto,
Sin que á la Madre alijas de manera
Que, sin cruz, de la cruz pendiente muera?

Muere la Madre cuando al Hijo mira:
Más hace que morir, queda viviendo;
Y de ver que no muere, más se admira,
Porque se ve que viva está muriendo;
Ni traspassado el corazon suspira;
Que el anhélito ansioso recogiendo
Del Hijo, le detuvo el que lanzaba
Al tiempo que su vida le entregaba.

Mira mesado aquel sutil cabello
Que peinó tantas veces por su mano
Cuando era tierno infante y niño bello
Este Rey del imperio soberano:
Conócelo y contéplalo, y de vello
Del cruel ornamento cortesano
Ceñido y apretado, las beninas
Entrañas va envolviendo en las espinas.

El rostro mira y ojos agradables
De sangre llenos y en sudor teñidos,
Y aquellos dos verjeles admirables
De su faz con salivas ofendidos:
Los labios de coral inestimables
En moradas violetas convertidos;
Y luz y olor y carmesi conoce
Entre la ofensa vil que desconoce.

El cuerpo virginal mira cayendo
Entre las piedras con la cruz pesada,
Y del feroz concurso el bravo estreando,
Y la turba en sí misma atropellada,
La voz infame del pregon horrendo,
Y el gozo de la escuela conjurada;
Y gozo y voz y gente la atormenta,
Y todo, al fin, sus penas acrecienta.

Tambien el santo Hijo se afligía;
Mas ¿qué buen corazon no se alligiera
De ver así á la Madre honesta y pia,
Por Dios y de Dios Madre verdadera?
Quisiera pues hablalla, y no podia;
Que quiso no poder lo que quisiera;
Pero la Madre y Hijo se miraron,
Y con los ojos y almas se hablaron.

«Basta que yo padezca, ¡oh Madre santa!
Por el linaje ingrato infame muerte,
Sin que tanto dolor y pena tanta
Hiera tu blando pecho y alma fuerte:
Yo solo el troigo soy que se quebranta
Y en la tierra se pudre desta suerte,
Para que nazca sementera ilustre
Que al cielo dé hartura, al mundo lustre.

»Mi sangre sola pagará la ofensa
Que contra su Señor el hombre hizo;
Que es de precio infinito y gracia inmensa,
Y á Dios nunca otra paga satisfizo:
La tuya no se pide en recompensa
De lo que en su linaje Adán deshizo;
Y así, ¿para qué vienes, Madre mia,
Si tu dolor aumenta mi agonía?

»Vuélvete á la oración, y allí medita
En mi naturaleza incommutable,
A quien la muerte humana el sér no quita,
Ni desata la vida perdurable:
O con la luz que tienes exquisita
El orden de la Iglesia incomparable
Considera, y descansa en esto agora,
Hasta que venga tu feliz aurora.»

«¿Adónde iré (la Madre le responde),
Si tu me llevas, ¡oh Jesus! la vida?
Si á tu muerte mi muerte corresponde,
Ausente moriré contigo unida;
¿Adónde pues, ¡oh dulce Hijo! adónde
De ti mi alma vivirá partida?
En tu cruz quiero ser crucificada
Y muerta, en tu sepulcro sepultada.

»Vamos, Hijo, y en este pobre manto
La que tú derramares sangre pura
Recibiré, mezclada con mi llanto,
Mi mar acrecentando de amargura;
Y dese ya madero sacrosanto
(Que será para mi grande ventura),
Me cabrá alguna parte de los bienes
Que al mundo das y en él secretos tienes.»

Dijo la Virgen Madre al casto Hijo,
Resueltas por los ojos las entrañas;
Y aquesto apenas con la vista dijo
Entre las huertes en furor extrañas;
Y cual si fuera su hablar prolijo,
O el dividillo inclitas hazañas,
Los dividieron luego, y caminaron,
Y al monte del suplicio al fin llegaron.

Era elevado el monte y pedregoso;
Iba sin fuerza Cristo y sin aliento;
Con la gran carga y el subir penoso
Derribaba la cruz cada momento;
Y ardiendo el escudron facineroso
En ira, le aumentaba su tormento
Con nuevas furias, con horribles voces,
Golpes, afrentas, bofetadas, coces.

Pero subió á la cumbre, y puso en tierra
El tremolado altísimo estandarte,
Y en un peñasco de la inculda sierra
Se asentó solo y acezando aparte;
Allí el fin esperaba de la guerra
El que victorias ya en la cruz reparte;
Mas ¿de qué suerte, ¡oh corazon! estaba
Tu Dios, que guerra tal allí esperaba?

Estaba con la mano en la mejilla
Y con los ojos en la tierra puestos,
Y con el diestro codo en la rodilla,
Y los piés ordenados y compuestos:
De solo verle así, daba mancilla;
Mas los fieros con fieros mil denuestos
De nuevo le aligian desde fuera,
La muerte amenazándole severa.

Uno los duros clavos le mostraba,
Otro el martillo fuerte sacudía,
Otro el grueso madero barrenaba,
Otro la soga y el cordel cruja;
Y Cristo aquello y esto contemplaba,
Y esto y aquello humilde y manso vía;
Mas llegaron en tanto dos sayones,
Y dos le dieron crudos bofetones.

Era costumbre dar vino mirrado,
 Por templar el horror y pesadumbre
 Al triste á muerte acerba condenado,
 Y con Cristo guardaron la costumbre:
 Vino de mirra, mas con hiel mezclado,
 Le ofrecen, y él con grave mansedumbre
 Lo toma y prueba, y déjalo al momento;
 Que mitigar no quiere su tormento.

Esto debes á Dios, hombre perdido,
 Que por deleites andas codicioso;
 Que él, por ganarte, no dejó sentido
 Sin dolor en su cuerpo generoso:
 De espinas su cerebro fué herido,
 Sus espaldas y rostro y cuello hermoso
 Con azotes y afrentas y cordeles,
 Y el gusto agora con amargas hieles.

Los ojos agraviados con salivas,
 Y viendo á los rebeldes fariseos,
 Y notando á los pérfidos escribas
 Alegres con el fin de sus deseos;
 Las orejas oyendo vengativas
 Torpes blasfemias y baldones feos,
 Y el olfato tambien con el horrible
 Sucio hedor de aquel lugar terrible.

¿Y tú buscas infames invenciones
 Para nadar lascivo en tus deleites,
 Y por cebar tus viles aficiones
 Falsa belleza finges con aceites?
 ¡Oh epicúreas paganas confecciones
 De aguas y yerbas, ámbares y aceites!
 Si es de Cristo el cristiano fiel dibujo,
 ¿Qué gentil á la santa Iglesia os trujo?

Habiendo pues el buen Jesus probado
 Un trago solo del ardiente vino,
 Fué de sus vestiduras despojado,
 Y del ornato fiero y peregrino;
 Y cual árbol quedó descortezado
 Su cuerpo, ántes hermoso y cristalino:
 ¡Oh qué dolor!; Quitalle así el vestido
 Preso á las carnes, y á la sangre asido!

¿Qué sentiste, Señor, cuando te viste
 Roto el cuerpo y en partes mil abierto,
 Y mirándote así tu Madre triste,
 Y al cielo y tierra y aire descubierta?
 Dime, ¡oh noble Jesus! lo que sentiste
 En tanto afán de todo el bien desierto;
 Que solo tú, mi Dios, decirlo puedes,
 Que en el saber y en el sentir excedes.

Mas ¿qué pena y dolor no sentiría,
 Si con tanto furor lo desnudaron,
 Y la túnica estaba yerta y fría,
 Y pegada á las carnes la arrancaron?
 ¡Oh qué sangre despues no llovería
 De aquel cielo de amor que descubrieron!
 ¡Oh cuál no pasaría helado viento
 A un cuerpo tan herido y macilento!

Y un cuerpo virginal y un cuerpo noble
 Atormentado con fiebre tanta!
 Doble fué la crueldad, la pena doble;
 Si asombra la crueldad, la pena espanta:
 Rasgara un corazon de fuerte roble
 Ver tiritando aquella carne santa,
 Y ver tan pobre á Dios y tan desnudo,
 Tan afrentado y con dolor tan crudo.

Mas luego la canalla licenciosa
 Volando vino y le cercó insolente,
 Y de nuevo le puso la espantosa
 Guirnalda en la herida y bella frente;
 Que por otras cien partes rigurosa
 Entró y rompió, y sacó sangre caliente;
 Hizo y nos dió diversos agujeros,
 Arcaduces de gracia verdaderos.

Y al lecho de la cruz ya preparado
 Le llevan desde allí, lecho terrible,
 Y mándanle acostar, y así acostado,
 Manos y piés alarga el Dios pasible;
 Y viéndose en el trance deseado,
 Y el rostro vuelto y ánimo apacible
 Al cielo, y á su Padre orando, dijo
 Esto, cual obediente y sabio Hijo:

« Gracias te doy, ¡oh soberano Padre!
 Que al último he llegado y gran tormento;
 Y porque á tu bondad inmensa cuadre,
 Cumplido fiél tu sacro mandamiento:
 En las puras entrañas de mi Madre
 Lo recibí, y obedecí al momento;
 Y hoy lo ejecuto, al fin, con eficacia:
 Dale al hombre por él, Señor, tu gracia.»

Dijo; y luego un ministro inexorable
 La mano le pidió, la diestra mano,
 Y Cristo se la dió con rostro afable,
 Y la palma extendió fácil y humano;
 Y en ella puso un clavo el detestable,
 Feroz, gentil, idólatra profano,
 Y alzó el martillo, y con menudo estruendo
 Dió y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,
 Rompió nervios, fijóse en el madero;
 Y el cuerpo santo, cual batido muro,
 A aquella parte se incluyó lijero;
 Mas Cristo le ofreció grave y seguro
 El otro brazo, y con semblante entero;
 Y el sayon lo tomó para clavallo,
 Pero no pudo á su lugar llegallo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,
 Y hasta ponerle firme y extendido
 Donde el otro agujero estaba hecho,
 Con fuerza lo estiró y lo tuvo asido:
 Desencajó con esto el sacro pecho,
 Y tomó un clavo agudo y escogido,
 Y atravesó con él la mano santa,
 Y con tanta crueldad y furia tanta.

Y de la misma suerte fué tirando
 Los piés, que no llegaban al barreno,
 Y así, los duros golpes redoblando,
 El madero dejó de sangre lleno:
 La Virgen santa, oyéndolo y mirando,
 Golpes y sangre recibió en su seno;
 Y por este y aquel noble sentido
 Lanzaba triste el corazon herido.

¡Oh corazon y pecho de María!
 ¡Amante corazon y pecho tierno,
 Que con amor y con dolor porfia
 Y llora, y obedece al Padre Eterno!
 Mas, ¡oh tú, pecho helado y alma fría
 Con obstinada nieve y hielo interno,
 Que no te ablandas con la sangre pura
 Que vierte Dios sobre la tierra dura!

¡Sangre de Dios bañado tiene el suelo,
 Pecador, y tu pecho no enternece
 La blanda lluvia del supremo cielo,
 Que antiguas rocas ablandar merece!
 ¡Oh santo, vengador, ardiente celo!
 Si al que con beneficios se endurece
 Castigas, cruces da de nuevo el hombre
 Contra Dios que le da su sangre y nombre.

Mas, ¡oh Dios derramado y Dios unido
 Con sangre, y con sangre y Dios y gran tesoro
 Encima de la tierra parecido!
 Desde aquí con humilde faz te adoro.
 ¿Donde caminas, español perdido,
 Sulcando mares por difícil oro,
 Hallado apenas con trabajos graves
 Y alas tendidas de aparentes aves?

No pretendas riqueza transitoria;
 Que la sangre de Dios tiene cubierto
 El gran tesoro de la eterna gloria,
 Y tesoro inmortal, seguro y cierto:
 Si es digno pues que ocupe tu memoria
 Tesoro sobre tierra descubierto,
 Sangre de Dios tesoro es excelente,
 Y encima de la tierra está patente.

LIBRO DUODECIMO.

ARGUMENTO.

Es Cristo en el madero levantado
Cual divino estandarte de victoria:
Enseña y habla, en él crucificado,
Siete palabras de inmortal memoria.
Junta Miguel su ejército sagrado,
Y vengar quiere la maldad notoria
Del mundo ciego: á Cristo, en la cruz muerto,
Le descenden y entierran en el Huerto.

La gran Jerusalem, ciudad divina,
Cara á Dios, y á los hombres admirable,
En medio de la fértil Palestina
Su cabeza levanta venerable.
Ella como señora predomina
En excelencia y gloria perdurable
A las demas que en torno la rodean,
Su falda besan y su honor desean.

Por las rosadas cumbres del oriente
Asia la ciñe y su valor admira,
Y por los hondos valles de occidente
Europa con devota faz la mira:
La seca Libia y Africa la ardiende,
Por donde el sol más caluroso gira,
La cerca, y Citia, Armenia, Persia y Ponto,
Por do el Trion se esconde en Helesponto.

Destá pues gran ciudad poco distante,
En medio está del norte y del ocaso
El verdadero y soberano Atlante
Y el verdadero y celestial Parnaso;
El Calvario, que tuvo á Dios triunfante,
Y en alta cruz desnudo á cielo raso,
Bañado con las fuentes que salieron
Del mismo Dios y llagas suyas fuéron.

Y es cierta fama y tradicion segura
Que el santo padre de la fe sagrada,
Para ofrecer á Isaac en hostia pura,
Aqui la mano alzó y vibró la espada;
Y en esta de Jesus viva figura
La muerte vió de Cristo dibujada;
Vidola, y alegróse; porque vió
A Dios, de amor, no de pasion, vencido.

Y es antigua opinion de caso cierto,
Y historia entre los sabios verdadera,
Que en él mandó enterrar despues de muerto
El viejo Adán, su anciana cadavera,
Y donde fué para la cruz abierto
El ya felice hoyo estaba entera;
Que quiso Dios regar con sangre justa
Del primer pecador la frente adusta.

Y en aquel tiempo aqui se ajusticiaban
Los condenados á la muerte odiosa;
Aqui á los caballeros degollaban,
Pena de gente ilustre y generosa:
Aqui á los homicidas obligaban
A padecer en cruz muerte afrentosa,
Y aqui estaba clavado en un madero
Del mismo Dios el Hijo verdadero.

Mas, ¡oh tú, Verbo, que sin voz formada,
Cual divina palabra inteligible,
Dibujas de la máquina criada
Lo hecho, lo futuro y lo posible!
Una devota voz de ti abrasada
Y encendida en tu luz inaccesible
Me da, que muerte en Dios, callando dice
Que palabra de Dios la solemnice.

Tú, que para enseñar la ruda gente
Abriste de tu boca el rico labio,
Y el tesoro escondido eternamente
Comunicaste de tu pecho sabio;
Para decir en forma conveniente
Tu celo, tu pasion, tu amor, tu agravio,
Archivo ilustre de la ciencia de oro,
Dame una parte de tu gran tesoro.

Mas; quién dirá la muerte de la vida?
Quién contará la pena de la gloria,
Y la victoria en una cruz vencida,
Y que vencida, lleva la victoria?
Tú, palabra de humana voz vestida,
De tu voz y palabra mi memoria
Viste; que cantar quiero en dulce llanto
Lo que sintiendo lora el mismo canto.

Ya estaba en el madero, inestimable
Por ser lecho de Dios, Cristo enclavado,
Y el cuerpo al mismo cielo venerable
Con desigual rigor descoyuntado:
Cual agua turbia el olio saludable
De Dios vertido y sin temor hollado;
Los huesos desatados parecian,
Y estirados los nervios se veian;

Cuando en alto subieron el hermoso
Arbol con esta ofrenda refulgente,
Y en el hoyo con impetu furioso
Lo dejaron caer pesadamente:
Fijóse el estandarte victorioso
En tierra, enarbolado y eminente;
Estremeciése el cuerpo al golpe fiero;
Gimió la pena y retemblo el madero.

Abriéronse las llagas de las manos,
De los piés se rasgaron las heridas,
Y los arroyos dellas soberanos
Crecieron con las grandes avenidas;
Y con nuevos dolores inhumanos
De los huesos las carnes desasidas,
No el pecho solo, palpitar se vieron,
Y de la cruz al golpe resurtieron.

Así fué levantada en el desierto
La gran serpiente de metal robusto,
Para el pueblo fiel remedio cierto
Contra el castigo de su culpa justo;
Así alzaban en alto descubierta
El sacrificio grato al sabio gusto
De Dios, y así, de tierra levantado,
Cristo se llevó el mundo en sí elevado.

Mas ¿por qué, oh buen Jesus, morir quisiste
En cruz subido y de la cruz pendiente?
Dime las conveniencias que tuviste,
Si es doctrina el saberlas conveniente;
Y pues tú, vida eterna, padeciste
Muerte tan vil con pecho tan clemente
Y sabio por mi bien y por tu gloria,
Hazme tu ciencia y tu bondad notoria.

Quiso morir en cruz porque no habia
Género de tormento formidable
De más afrenta ni de más porfia,
Ni más terrible en sí ni más durable;
Y con él declararnos pretendia
Su ardiente caridad, su amor afable;
Que quien por el amado así padece,
Su pecho abierto en su pasion le ofrece.

Y en medio quiso de la tierra y cielo
Estar, como agradable sacrificio,
Entre el cielo mediando y entre el suelo;
Que fué su empresa ilustre y noble oficio;
Y uniendo en sacra paz, con santo celo
Y con este bellissimo artificio,
Lo infimo y lo sumo á Dios y al hombre,
Del mundo el bien, la gloria de su nombre;

Quiso las enemigas potestades,
Que en el aire quedaron detenidas,
Y poderosas eran en maldades,
A los infernos arrojar vencidas,
Y reprimir sus fieras majestades,
En que adoradas fuéron y temidas;
Y así, entonces rugiendo los demonios,
De horror daban forzados testimonios.

Quiso tambien, ¡oh pecador! mirarte
De aquel lugar con vista cuidadosa,
Y con hilos de sangre á sí llevarte
Preso en su caridad maravillosa;
Y los tendidos brazos enseñarte,
Y de su ilustre amor la insignia honrosa,
Y esculpido en sus manos siempre verte,
Buscarte con sus piés y detenerte.

Y quiso que tú alzases la cabeza
De cuerpo y alma á su divina cumbre,
Y mirando su cruz pieza por pieza,
Tu vista se aclarase con su lumbré;
Y en el sol que sus rayos endereza
A ti, ya por amor y por costumbre,
Desde la esfera de la cruz ardiente,
Te derritieses dulce y blandamente.

Y darte quiso el corazón suave
En sangre y agua y caridad resuelto,
Y con él de su tierno amor la llave,
Y á ti el costado dulcemente vuelto;
Y así de vida y muerte el duro y grave
Trabajo, con su vida y muerte envuelto,
Vida de cruz, de cruz muerte terrible,
Blando y leve hacerlo y apacible.

Mas ¡oh de los perversos fariseos
Astucia fiera, pertinaz malicia!
Entre dos viles condenados reos
Colgaron al autor de la justicia:
Dos ladrones los inclitos trofeos
Que daban de su honor clara noticia
Fuéron: ¡Oh santo Dios! ¿Quién sospechara
Que Dios entre ladrones espirara?

Entre ladrones Dios, entre ladrones
El que difuso y liberal reparte
Al cielo bienes, á la tierra dones
Con que su gusto bebe y su sed harte!
Mas Lucifer con estas invenciones
El arte de engañar probó, y del arte
Por do engañar al mundo pretendia,
Sabio ladrón fué Dios por otra via.

Entre ladrones en la cruz estuvo
Para significar por este medio
Que entre los pecadores siempre anduvo,
Con piedad negociando su remedio;
Y que su Padre el gran furor detuvo
De su saña inmortal, por verle en medio,
Fiador, aunque inocente, del pecado,
Y de la cruz como ladrón colgado.

Ordenaron también que al occidente,
Cual hombre oscuro y pecador notable,
Tuviese vuelta la sagrada frente,
Figura de su historia lamentable:
Que así dió las espaldas al oriente
Y á la ciudad infausta y miserable,
Y con ello cumplió las profecias
Del Rey santo y del sabio Jeremias.

Aquel dijo que Dios sus blandos ojos
En las gentes pondría occidentales,
Con su vista acabando sus enojos;
Que es la vista de Dios fin de los males;
Y este vido que Dios daba en despojos
Al gran furor de ardientes vendabales
Su pueblo, á quien volvía las espaldas,
Si bien él le tiraba de las faldas.

Casos entónces con verdad cumplidos,
Que allí las gentes alumbradas fuéron,
Y los de Dios ejércitos lucidos
Su lustre y gloria y claridad perdieron:
Estos de Dios están aborrecidos,
Y en el amor aquellos sucedieron;
Unos por las espaldas, no mirados,
Le ven, y otros su faz del regalados.

De tal manera pues en la cruz puesto,
Se fijó en ella el nombre poderoso
De Jesus en las tres lenguas compuesto,
Y el título de Rey maravilloso,
Aunque por grave culpa y vil denuesto
Notándole de infame y alevoso;
Mas trazó la escritura desta suerte
Dios por mostrar la causa de su muerte.

Que cual perfecto Salvador moría
Por el hombre que así le atormentaba,
Y el nombre de Jesus lo descubría,
Que en el principio y con razón estaba:
Y el Nazareno, porque allí María
Lo concibió, lo mismo declaraba;
Que Nazaret es flor, y él escogido
Pimpollo, de la cruz árbol florido.

Y Rey también que en la suprema silla
De la sagrada cruz reina triunfante,
Y de su sangre (extraña maravilla)
La púrpura se viste rutilante;
Y á Lucifer desde su trono humilla,
Firme en sufrir, y en padecer constante,
Y la tirana posesion del suelo
Le quita, y su gran corte sube al cielo.

Y vino á ser, y príncipe jurado
De los judíos era; mas no quiso
El pueblo á pertinacia condenado
Verdadero hacer su compromiso;
Y quedóse por ello desterrado
Del celestial eterno paraíso,
Y del que tuvo acá feliz imperio;
Que este fué de aquel título el misterio.

Mas ellos del honor sacro envidiosos,
Lo quisieran mudar y lo intentaron,
Y á Pilato acudieron querellosos;
Pero el fin pretendido no alcanzaron;
Y así hijos los róticos honrosos
En la cruz para siempre se quedaron;
Que respondió el juez, según su rito:
«Lo que escribí escribí: quédese escrito.»

Jesus en tanto, de la cruz pendiente,
A hablar comenzó: tal cisne puro
Bate la pluma y canta dulcemente
Entre las aguas, de su fin seguro:
Que ni la voz le turba el mal presente;
Antes como si fuera bien futuro,
Con pasos lo celebra de garganta,
Y el Caistro suspende cuando canta:

Y tal padre amoroso en blando lecho,
Si bien cercano á la precisa muerte,
Con noble sangre y con hidalgo pecho
Instruye á su familia excelso y fuerte:
Su daño avisa, nota su provecho,
Grave y piadoso el bien y mal le advierte,
Y más que de sus penas afligido,
De sus varios sucesos conolido.

Aquel pues que ante fieros tribunales
Sabio calló, y aun asombró, callando
Con prudente valor, pechos reales,
Por tu causa en la cruz está hablando:
Oyelo; que dirá palabras tales,
Que dellas quedes con razón temblando;
Mas mira como está; que su tormento
Hace estimar en más su dulce acento.

Estaba en cruz, de espinas coronado:
Si allí arimaba la cabeza noble,
De rigurosas puntas penetrado,
Doble era su dolor, su pena doble;
Si descansar quería, sustentado
Firme en los clavos y en la cruz inmoble,
Desgarrábase más, y si movía
Los piés ó manos, más rigor sentía.

Si á la cruz se llegaba, la corteza
Della y los reventados gruesos nudos
A lastimar se entraban con fiereza
A los huesos de carne ya desnudos;
Y el ánima también de una tristeza
Más grave y de tormentos más agudos
Atravesada estaba, y en cruz viva
De otra pasión oculta y más esquiava.

Que las culpas del mundo innumerables,
Con rigurosas invisibles puntas
Y cual horrendas sombras espantables,
El alma le enclavaban todas juntas:
Si ellas son; ¡oh mi Dios! tan formidables,
Y tú en formado ejército las juntas
Contra ti mismo, ¡cuántos clavos fuertes
Tendrá esta cruz y cuántas duras muertes!

La ruina también, la gran ruina
De su querido pueblo, y tan querido,
Que ya miraba en él con luz divina,
Como si allí estuviera ya oprimido:
El alma santa de piedad benigna,
Y el pecho amable de pasión herido
Le tenía, y en cruz nueva enclavado,
Y dos veces por él crucificado.

Y de su Padre Dios la justa gloria,
Que él procuraba con ardiente celo,
Y por la de este mundo transitoria,
Triste veía hollada por el suelo:
Era otra excelsa cruz ménos notoria
Al vulgo vil, pero admirable al cielo,
Como perfecta cruz de una alma pia,
Y honra del gran madero en que moria.

En estas cruces pues tan graves puesto,
Que pechos quebrantara de diamante,
El crudo pueblo, á todo mal dispuesto,
Le blasfemaba fiero y arrogante;
Que ni su rostro en tanto afán modesto,
Ni en padecer tal pena tan constante,
Ni en tan grande varon tan grande mengua,
Le refrenaban la furiosa lengua.

Así los sacerdotes le afrentaban,
Las perversas cabezas sacudiendo;
Los escribas alegres dél burlaban
Con risa falsa y mofador estruendo;
Los plebeyos donaires le cantaban,
Y estos y aquellos á una voz diciendo:
«Si él es Hijo de Dios, hoy lo veremos;
Descienda de la cruz, y le creéremos.»

»En Dios confía: librele su Padre
Si como á hijo natural le quiere;
Su libertad con su esperanza cuadre,
Y sino, sus engaños considere:
Contra nosotros como perro ladre
Agora que en la cruz rabiando muere:
¡Ay! que salvó á los otros, y á si mismo
Salvar no puede deste hondo abismo.

¿Es este quien derriba el templo santo,
Y en tres dias no más lo reedifica?
El templo que duró en hacerse tanto,
De traza tan gentil y obra tan rica?
Ved quién nos puso en decirlo espanto!
Quién por omnipotente se predica,
Y muere en cruz! » Así lo despreciaban
Aun los que en el camino se paraban.

Y él, padeciendo así, la faz hermosa
Fijó en el cielo y dijo claramente:
«Perdónalos tú, Padre. » ; Oh voz piadosa,
Y á conquistar infiernos suficiente!
Oh palabra del Verbo generosa!
Oh de aquel cisne música excelente!
Que cuando muere canta dulce y pio
En el de su pasión sangriento rio.

«Perdónalos tú, Padre, porque ignoran
Lo que hacen. » ; Oh dulces bellos labios,
Que mudos á los simples enamoran,
Y hablando suspenden á los sabios!
Labios que culpas tan horribles doran,
Y así excusan tan pérfidos agravios,
Los cielos, que la estima suya saben,
Y estos que los infaman los alaban.

¿Qué mirra derramais agora dellos,
Cual dijo vuestra esposa honesta y pura?
No hallo mirra en esos labios bellos;
Que es simbolo, ¡oh Señor! de la amargura;
Almibar hallo celestial en ellos.
Y un mar de gloria, un rio de dulzura,
Y eterno rio de dulzura inmensa
Que el alma tiene en santo amor suspensa.

Cuando los enemigos insolentes
Os crucifican ya crucificado,
Y os hieren con sus lenguas inclementes
El espíritu en cruces mil clavado;
Destilais vos suavísimas corrientes
De ambrosia dulce y néctar regalado:
¡Bendita el alma noble de quien salen,
Y la persona por quien tanto valen!

Si amoroso á los fieros enemigos,
Y á los contrarios hoy tan agradable
Os mostrais, buen Jesús; á los amigos
¡Cuán amigo seréis y cuán amable!
Y si enemigos son de amor testigos,
Y de amor tal, ¿qué pecho tan afable
Y qué amor guardaréis y qué secretos
A los amigos firmes y perfetos?

Rogad por mí, Señor, y á vuestro pecho
Me llegad blandamente, y embriagadme
En ese vino para fuertes hecho,
O con leche, cual niño, sustentadme:
¿Qué amigo me será de más provecho
Y más honra que vos? ; Oh Rey! tratadme
Cual rey y cual amigo, pues quisistes
Al hombre así tratar que redimistes.

Mas ¡ay dolor! que habiendo así tratado
A aquellas bestias hombres, que las fieras
Hubieran en piedad y amor trocado
Las entrañas selváticas y fieras;
Ellos con alma esquivá y obstinado
Corazon proseguian las severas
Y atroces obras y palabras duras,
En vez destos regalos y ternuras.

Los soldados tambien le blasfemaban;
Sus nobles ropas entre si partian;
Sobre la principal suertes echaban,
Y lo anunciado por David cumplian;
Y aun de los dos, que en cruces dos estaban
Y por sus culpas graves padecian,
El un ladrón, mofando de su pena,
Le dijo así con voz de oprobios llena:

«Si eres tú Cristo Rey, sálvate agora,
Y á nosotros tambien. » ; Oh loco y ciego!
Salvando el mundo está, si bien lo ignora
El mundo y hace dello burla y juego:
De tu salud y bien el tiempo y hora
Es esta; deja el injurioso ruego,
Y al compañero escucha de tu muerte,
Que así te dice y de tu mal te advierte:

«¿Ni tú temes á Dios, aun condenado?
¡Ay! basta que los otros no le teman:
Reverénciale tú crucificado,
Y no sigas á aquellos que blasfeman,
Y contra el Rey que tienes á tu lado
En ira se arden y en furor se quemán;
Que ellos para el perdón que los convida
A penitencia tienen larga vida;

»Y tú no, que con él estás muriendo,
Y le baldonas con tu lengua injusta:
Advierte pues que entrambos padeciendo,
En cruz morimos por sentencia justa;
Mas este nunca hizo mal viviendo,
Y aquí ofendido, á la razon se ajusta,
Y ruega por los mismos ofensores
Que arman de injurias nuevas sus dolores. »

Así dijo, y callando el compañero,
El rostro humilde y ánimo piadoso
Volvió al santo de Dios manso Cordero,
Que atento le escuchaba y amoroso;
Diciéndole: «¿Oh Rey justo y verdadero!
Cuando estés en tu reino poderoso,
Acuérdate de mí, que á ti me ofrezco,
Si tu memoria, ¡oh buen Señor! merezco. »

Esto dijo: ¿quién tal imaginara,
Que con esfuerzo tal dijera tanto
Un hombre tal y en ocasion tan rara?
Y dijo baño en tierno llanto:
¡Que al tiempo que la oculta fe causara
A un valiente jayán horrible espanto,
Llamase un hombre vil públicamente
Señor, á Cristo, y Rey omnipotente!

Sagaz ladrón de la inmortal riqueza
Que no sintió jamás sutil polilla,
¿Qué majestad, qué pompa, qué grandeza,
Qué ornato viste en él, qué trono y silla,
Que, confesando su real nobleza
A quien el mismo cielo se arrodilla,
Le pediste favor como vasallo,
Y aun te juzgaste indigno de alcanzallo?

¿Entre qué zarza, pero no punzado,
Como le vió Moisés en fuego ardiente,
Le viste tú? De espinas coronado
Está, mas con tormento vehemente:
¿Sobre que adobes de zafir sentado,
Y con inmensa luz resplandeciente
Le miraste? Que en una cruz esquivá
Y en clavos tres su santo cuerpo estriba.

¿En qué pomposo tribunal subido,
Y cercado de ilustres serafines
Que de santo le dan el apellido,
Que unió del mundo los distantes fines?
En qué propiciatorio esclarecido,
Do le miran y admiran querubines,
Le hallaste adorado, pues le viste
Fijo en un palo, lastimado y triste?

Mas ¡oh Dios! ¡Cuánto con tu gracia puede
Una baja y pequeña y vil criatura!
Cuánto a los mismos ángeles excede
Si en ella tu virtud asienta y dura!
Y ¡cuán poco valor se le concede
A la que de sí propia se asegura,
Y sobre sí empinada se levanta
A fijar en el cielo mano y planta!

Estaba de los hombres despreciado
Cristo, y de su discípulo vendido,
Y de Pedro con vil temor negado,
Y puesto en cruz, y en ella aborrecido;
Del pueblo y sacerdotes blasfemado,
Preso por los gentiles y escupido;
¡Y un ladrón (mirad quién) por Dios lo estima!
¡Oh gracia catedrática de prima!

Con tu sacra leccion todos aprenden,
Con tu perfecta luz todos atinan,
Con tu gran ciencia todos comprehenden,
Con tu guía feliz todos caminan:
Sin tu leccion los doctos no se entienden,
Y sin tu luz los sabios desatinan,
Y sin tu ciencia yerran los maestros,
Y piérdense en el mar, sin tí, los diestros.

Tú al ladrón la riqueza soberana
De la divina cruz le descubriste;
Tú en la humildad, la alteza más que humana
De aquella gran persona le leiste;
Tú los misterios de la fe cristiana
En el devoto pecho le escribiste,
Y por tí, enamorado de su alma,
Cristo le dió de buen ladrón la palma.

Y así le dijo: «Por quien soy te juro
Que conmigo en eterno paraíso
Hoy estarás, de mal libre y seguro.»
Muere alegre con este dulce aviso:
Bañóse de un licor honesto y puro,
De tierno llanto el regalado viso
Del ya justo ladrón, y hablar quisiera;
Pero calló, y sintió desta manera:

«¡Oh feliz hora! Oh tiempo venturoso,
En el que sentenciado fui contigo
A sufrir el tormento riguroso
Desta suave cruz, que ya bendigo!
Oh pecado (si puede ser) dichoso,
Que á ser me traje de tu cruz testigo,
Pues á tu sombra vi la inmensa lumbre
De tu bondad, sin que ella me deslumbre!

»En la de abrojos inclita corona
Que te ciñe, Señor, tu reino veo,
Y tu vertida sangre me aficiona;
Que ser vertida por mis culpas creo;
Y en tus llagas adoro la persona
De Dios, como fiador, no como reo;
Que, queriendo pagar por mí, padece
Lo que el linaje vil de Adán merece.

»Tal conozco, mi Dios; mas ¿qué ventura
Me traje á que tus ojos me mirasen,
Y esas llagas ¡oh fuentes de dulzura!
De luz y de dulzura me bañasen,
Y esos brazos de inmensa hermosura,
Si bien por mí estirados, me abrazasen?
¿Qué viste en mí, Señor, qué distinguiste
A mí de aquel? Mas ¿qué digo? Quisiste.»

Pensó; y esto miraba cuidadosa,
Los ojos puestos en el Hijo santo,
La Madre Virgen y la sierva esposa,
Con asombro y horror, con pena y llanto;
Mas de una fortaleza milagrosa
Armado el invencible pecho, tanto,
Que ni el dolor á la razon vencia,
Ni al dolor la razon freno ponía.

Miraba triste el cuerpo desangrado,
Que tan lindo parió, y crió tan bello,
Y de su casta leche sustentado,
Se alegró veces mil de solo vello;
Y entre espinas miraba enmarañado
El que ella ensortijó rubio cabello
Cuando al niño Jesus peinaba llena
De gozo, como agora está de pena.

La faz miraba, aquella faz doliente
Que tantas veces á su rostro amable
Llegó, y la dulce boca y limpia frente
Que besó tierna y abrazó agradable;
Y el mirar grave y el hablar prudente,
Y aquel florido pecho y siempre afable
Contemplaba; mas ¡ay! que lo hallaba
Otro en la cruz, del que ella contemplaba.

Miraba (y era su dolor terrible)
Al Hombre Dios en cruz y entre ladrones;
Y al que, de luz vestido inaccesible,
Reina en la gloria, lleno de aflicciones;
Y en desigual pasion y muerte horrible,
Con mofa y juego, a frentas y baldones,
En tierra despreciado al Rey del cielo,
Que por salvar el mundo vino al suelo.

Esto miraba y desto se dolía,
De amor herida y en dolor suspensa:
¡Gran dolor y amor grande de María,
Inmenso afán y caridad inmensa!
Quien tanto amaba ¡cuánto sentiría
En su amado y su Hijo tal ofensa,
Y siendo el Hijo Dios, y ella tal Madre,
Y de Hijo que acá no tuvo padre!

Amor de hijo es el amor más vivo,
Y si es único el hijo, es más interno,
Y si es hermoso y bueno, es excesivo:
¿Pues qué será el de Hijo tal y eterno?
Y el dolor de su mal es compasivo
Más, cuanto el gozo de su bien más tierno,
Y más fuerte el amor. ¡Ay Virgen pura!
¿Cuál fué tu compasion y tu ternura!

Hubo en la Madre Virgen tres amores:
El natural de madre, el adquirido
Con el trato de Cristo y sus favores,
Y el de la caridad más encendido;
Y así, su corazón con tres dolores,
Y todos en el grado más subido
Que imaginar se puede, traspasado
Fué; mas tuvo paciencia en igual grado.

¡Oh cuántas veces levantó los ojos
Para ver á su Hijo, y al momento,
Por no dar pena y recibir enojos,
Los bajó triste y no siguió su intento!
Y ¡cuántas quiso abrir sus labios rojos,
Y la voz muerta, helado el pensamiento,
Y ella en su gran dolor se quedó aborta,
Liberal en sentir, y en hablar corta!

Así estaba, y estaba Juan con ella,
Mirando al Hijo y viendo así á la Madre
Traselevada en él, pendiente della,
Y al fin atento del Eterno Padre;
Y la hermosa en cuerpo, en alma bella,
Ya porque una beldad con otra cuadre,
Allí también á Cristo y á María
Dolorosa miraba y tierna vía.

Quando el Señor miró á su Madre, y dijo
En cruz de compasion interna puesto:
«Mujer, presente tienes á tu Hijo,»
Señalando al discípulo modesto;
Y á Juan, que en Cristo el alma y rostro hijo
Tenía, y alma y corazón dispuesto
A su obediencia, dijo: «Esa es agora
Tu madre, madre ya quien fué señora.»

Y desde entónces como á madre nueva
Y su antigua señora venerable
Juan la amó y respetó, haciendo prueba
De su respeto y de su amor notable;
Y los firmes propósitos renueva
Por este beneficio inestimable,
Que le quedó estampado en la memoria,
De servir á los dos en pena y gloria.

Habiendo pues tan grandes cosas hecho
 El Rey del cielo en cruz menospreciado,
 Y en ella, como en blando y rico lecho,
 Su grave testamento ya ordenado;
 Sacó una fuerte voz del hondo pecho,
 Y á su buen Padre dijo lastimado:
 «¿Por qué á tu Hijo ¡oh Dios! desamparaste,
 Y el consuelo en tal muerte le quitaste?»

Por los pecados; oh mi Dios! del mundo
 Y por mis culpas, Hombre verdadero,
 Con gran consejo y con saber profundo
 Os dejó vuestro Padre en mal tan fiero;
 Y en él yo mi derecho ilustre fundo
 A todo el bien; que todo el bien espero
 Por ese mal de pena tan terrible
 Que sufrís, Hombre y Dios por mí pasible.

En tanto los alados escuadrones
 Que andan gloriosos por el ancho cielo,
 Desde aquellas altísimas regiones
 Do sin mezcla de afán vive el consuelo,
 De su Rey Dios miraban las pasiones
 Que le causaba el morador del suelo.
 Hombre, por quien Dios Hombre padecía;
 Y en ira se encendieron justa y pia.

«¡Que á nuestro Dios así atormente el hombre!
 Que el hombre á nuestro Dios así atormente,
 Y el cielo de mirallo no se asombre,
 Y haga que él se asombre y escarmiente;
 Y habiendo el mismo Dios tomado nombre
 De Salvador, y oficio conveniente
 Al nombre sacrosanto que él se puso,
 En un palo colgado esté y confuso!»

«Al arma, al arma! basta lo sufrido:
 No más, no más,» exclaman dando voces,
 Y llamando al ejército lucido
 De los ángeles fuertes y veloces;
 Y Miguel, capitán esclarecido,
 Contra los insolentes y feroces
 Que son demonios y eran serafines,
 Mandó tocar al arma sus clarines.

Al punto pues las trompas resonaron,
 Y los cielos al son estremecieron,
 En el aire espantosas retumbaron,
 Y los hondos abismos removieron;
 Y á su voz obedientes se aprestaron
 Los ángeles, que en partes mil la oyeron,
 Los que rigen los orbes, y en la tierra
 Al caos, por defendernos, hacen guerra.

Cual palomas que en pastos diferentes
 Estaban por el campo entretenidas,
 Si las nubes con truenos vehementes
 Las mieses amenazan, encogidas
 Dejan los pastos, vuelan diligentes,
 Y á las torres acuden conocidas,
 Desocupando al punto el verde suelo,
 Y alzándose con pluma osada al cielo;

O cual dulces abejas ocupadas
 En despuntar melifluas bellas flores,
 Del villano sagaz alborotadas
 Al ronco son de agrestes atabores,
 Se parten á su rey medio cargadas,
 Dejando al fresco prado sus olores,
 Y presurosas van á las colmenas,
 Mas de cuidado que de flores llenas;

O como los espíritus vitales
 Por todo el cuerpo humano repartidos,
 Y ocupando los miembros principales,
 Varios en varias partes divididos,
 Dejan sus ministerios naturales
 Suspensos de sus obras, y atraídos
 En breve tiempo al corazón doliente,
 Si le aflige algún súbito accidente:

Tal los nobles espíritus, oyendo
 La resonante trompa que los llama,
 Reconocido el belicoso estruendo,
 Al cielo suben como ardiente llama;
 Y lo que estaba cada cual haciendo
 Deja á la voz que en guerra los inflama,
 Y acuden á Miguel, y él los compone
 A la batalla justa que dispone.

Aquellos cortesanos celestiales,
 Y de otra suerte ilustres caballeros,
 No se visten de cuerpos materiales,
 Ni son, cuando los forman, verdaderos;
 Mas hácenlos algunas veces tales,
 De los aires mas puros y sinceros,
 Que asombran ó regalan variamente,
 Segun es á su efecto conveniente.

Agora pues que al mundo miserable
 Nueva guerra amenazan espantosa,
 Todos de la materia más durable
 Fingen cuerpos con arte milagrosa;
 Y aspecto les infunden admirable
 Envuelto en cierta luz maravillosa,
 Que deslumbra mirada, y estremece
 La vista y corazón á quien se ofrece.

Y por vestirse de armas importantes
 A su justa venganza y digna guerra,
 A las atarazanas rutilantes
 Van, do el celo de Dios armas encierra:
 Arneses allí lucen de diamantes,
 Que no crió jamás ni vió la tierra;
 Y escudos cuelgan de otro acero fino,
 Que para sí forjó el poder divino.

Alli penachos tremolando al viento,
 Que bravo sopla y espantable suena,
 Penden, y el sonador hueco instrumento
 Que el aire con horrible voz atruena;
 Allí el valor está y el ardimiento,
 El mal de culpa no, mas el de pena,
 Aunque la permission también se halla
 Bien, con que al pertinaz da Dios batalla.

Y allí se ven las armas ofensivas
 Que esgrimió la justicia soberana
 Cuando excelsa holló frentes altivas
 De fin perverso y pretension profana;
 Y las armas no ménos defensivas
 De que el humilde con razon se ufana,
 Que en amparo vibró de los pequeños
 La que deshace justa indignos ceños.

Y allí el tremendo y hórrido tridente
 Que tuvo el mundo en lluvias anegado,
 Del rico y grande techo está pendiente,
 Bravo instrumento del furor sagrado;
 Y allí de fuego vivo el rayo ardiente,
 Que otros mil escupió, jamás cansado,
 Contra la torre de Nembrot superba,
 Agudo y coruscante se conserva.

Y allí viven las llamas vengadoras
 Que las torpes ciudades abrasaron,
 Y las plagas de Egipto triunfadoras
 Que horror y asombro y confusion causaron;
 Y allí las tempestades tronadoras
 Que á Jonas en el piélago lanzaron,
 Y los carros de fuego que ceñían
 Los montes, y á Eliseo defendían.

Y allí los instrumentos invisibles
 Que arman guerras, infunden pestilencias,
 Y sacuden con ímpetus sensibles
 Las asombradas pérdidas conciencias;
 Y al fin, todas las armas invencibles
 Que imperios, majestades y potencias
 Han deshecho, se ven allí colgadas
 Y al intento de Dios aparejadas.

Alli pues se vistieron de lucidas
 Armas todos los ángeles dichosos,
 Y para el grande hecho apercebidas
 Manos llevaron y hombros poderosos:
 Aquellas con espadas encendidas,
 Y aquestos con arneses luminosos;
 Y en nueve ilustres órdenes compuestos,
 Mas que gallardos van, pero modestos.

Suenan tambores, vuelan estandartes
 Por el campo del cielo cristalino;
 Marchan cual sacros verdaderos Martes
 Por el de estrellas celestial camino:
 Gimen los polos, tiemblan en mil partes
 Los orbes santos, y los más veginos
 Elementos al grande peso tremen,
 Y los infernos nuevo espanto temen.

Llegan á Dios, que en trono venerable
De majestad inmensa está sentado,
Y la misericordia favorable
Al mundo tiene á su derecho lado,
Y al siniestro la excelsa y formidable
Justicia con su estoque desvainado,
Y ambas en pié, haciendo reverencia
A las personas tres en una esencia.

Todos pues los magníficos guerreros
Al soberano Padre se humillaron,
Y á su trono postrados los aceros,
Devotos las cabezas inclinaron;
Y Miguel, capitán de los primeros,
Que «Quién es como Dios» apellidaron,
Una rodilla sola, á fuer de guerra,
En el cielo hincó, si no en la tierra.

Estaba del robusto arnés ceñido
Con que á Luzbel ganó la gran victoria,
Y de la espada con que al ángel vido
El rey David postrar su vanagloria,
La misma que al soberbio y fementido
Senaquerib por su maldad notoria
Asombró, degollando de sus gentes
Ciento y ochenta y cinco mil valientes.

Y en el escudo de inmortal diamante
Que muchos reinos defender podía,
Sutilmente, á sí mismo semejante,
El mismo dibujado parecía;
Y á sus piés aquel fiero y arrogante
Que ángel fué, y es dragon, preso tenía,
Que en un jóven hermoso comenzaba
Su imágen, y en serpiente se acababa.

Esta manera pues dijo humillado:
«Padre y Señor, tu Hijo verdadero,
Si bien cual hombre, está crucificado
Por hombres, como ves, en un madero;
Y el cielo, en noble ardor desto abrasado,
Pretende castigar hecho tan fiero
Si tú le das licencia; y así viene
A tí, y las armas en la mano tiene.

«Dánosla pues, Señor, y el impio mundo
Sacrilego á su Dios acabaremos,
O sacando las aguas del profundo,
Que ahoguen, como ciñen sus extremos,
O ardiendo en fuego vivo el suelo inmundado
Que huellan los atroces y blasfemos,
O sacudiendo con furor la tierra,
O haciéndoles en cuerpos mortal guerra.»

Dijo, esperó; y al punto la Justicia,
Provocada por Dios, habló celosa:
«Por la primera original malicia
Muerte mereció el mundo rigurosa,
Y tuvo, en fin, á tu bondad propicia
Y á tu misericordia generosa,
Y no se aprovechó perverso, tanto,
Que en lluvias le anegase y en espanto;

«Mas ocho conservándole almas puras
Que sus grandes ruínas restaurasen,
Y con el arco, tu señal, seguras
De otras lluvias, las tierras habitasen:
Las que destas nacieron gentes duras,
Antes que tu palabra y fe faltasen,
Torre fundaron empuñada y fuerte
Dó librarse pudiesen de agua y muerte.

«Derribaste su torre, y esparcidas
Por varias partes de la tierra, exentas,
Y en diferentes lenguas divididas,
A falsos dioses han estado atentas:
De sus raíces con verdad podridas,
Que, por ser tú quien eres, alimeñas,
Sacaste un Abraham, excelso padre
Destos, y á Sara, ilustre y santa madre.

«Hicistelos tu pueblo, y no por eso
Te obedecieron como pueblo justo;
Disteles santa ley con pacto expreso,
Y siguieron, dejándola, su gusto:
Para cerrar del todo su proceso
A tu Hijo enviaste, Rey Augusto,
Que les hiciese bien, y está en un palo:
¿Puede ser ya más que esto el mundo malo?»

«Con razon pide tu Justicia santa,
Y suplica Miguel que á más no aguardes:
Su orgullo rinde, su furor quebranta;
Pues ellos lo merecen, tú no tardes:
Tu ejército animoso se adelanta,
De su celo y virtud haciendo alardes;
Déjale; oh grande Dios! que los castigue
O á conocer su culpa los obligue.»

Dijo; y la Misericordia blandamente
Y en breve comenzó, por Dios mandada:
«Todo aquello es verdad, Padre clemente;
Con razon tu justicia está irritada;
Pero también está con la presente
Ofrenda de tu Hijo, bien pagada;
Que si el mundo en su muerte culpas hace,
El más que peca el mundo satisface.

«Y así debe quedarse el mundo entero;
Porque si el hombre al Hombre Dios da muerte,
El Hombre Dios, muriendo en un madero
Por sus culpas, te paga desta suerte;
Y más que te desplace el acto fiero
Del matador, te agrada el acto fuerte
De tu Hijo en perder manso la vida
Por el hombre, su siervo y su homicida.»

Habló; y el Padre, en la justicia recto,
Y en la misericordia siempre amable,
Dijo á Miguel: «Vuestro celoso afecto
Y muestra; oh capitán! me es agradable;
Mas el que pretende último efecto
No ha sido á mi bondad tan aceptable,
Porque impide á mi sabia providencia
Esta union de justicia y de clemencia.

«Es gran justicia demandar terrible
Por infinita culpa inmensa paga;
Pero es clemencia igual dar apacible
Al Hijo, que por ella satisfaga;
Y aquesta union reluce conveniente.
En que él llagado esté por quien le llaga,
Y yo le dé piadoso, y justiciero
Le permita que muera en un madero.

«Mas sepa el mundo que mi Verbo santo,
Su Hacedor, está en la cruz muriendo,
Y sépalo con justo y nuevo espanto,
Grandes prodigios de su horror sintiendo.»
Dijo á Miguel el Padre sacrosanto,
Y abrió su hondo pecho así diciendo:
Y lo que le mandó le mostró él mismo
En sí, de bien perfecto inmenso abismo.

Y el capitán, obedeciendo, al punto
Desbarató su ejército glorioso,
Que estaba de diversas partes junto,
Y despachó á todas cuidadoso:
Unos se hallaron en Salén á punto
Para la muerte del Señor piadoso,
Y en el mar otros, y otros en la tierra
Para hacerle justa y blanda guerra.

Estaba el sol entónces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
Y en medio de su curso levantado,
Los montes abrasaba palestinos:
Miguel, viendo á su Dios crucificado,
Desnudo ante los bárbaros indios,
Con hidalga vergüenza y noble celo
Bajó del cielo empuero al cuarto cielo.

Y á los fuertes caballos rutilantes,
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando coruscantes
Que dan al mundo nuevo el gran tesoro,
Los encendidos frenos radiantes,
Sin guardar al planeta más decoro,
Asió con la una mano valerosa,
Y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol, que con mil ojos le miraba,
Y fulminando por la vista enojos,
El fin de sus intentos aguardaba:
Abriendo pues Miguel sus labios rojos,
Con voz le dijo resonante y brava,
Increpando al planeta excelsoamente
Porque daba su luz resplandeciente:

« Es posible, inmortal noble criatura,
Que miras á tu Dios en cruz desnudo,
Y ofreces luz á aquella gente dura
Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
Con razon fiero y con verdad sañudo:
Desate el mundo así sus gruesas nieblas,
Y á su Criador conozca en tus tinieblas. »

Dijo; y el sol, avergonzado luego,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego,
Por dejar á los hombres confundidos:
Espantóse el romano, admiró al griego,
Ambos en esta ciencia esclarecidos,
Ver un eclipse tal; y el crudo hebreo
Se quedó pertinaz en su deseo.

¡ Oh Dios! cuando tu luz no resplandece,
Ni la luz sirve, ni aprovecha el día
Para que el hombre ciego no tropiece
Y ciego se despeñe en su porfía;
Ni el quitalle la luz más luz le ofrece;
Que quien bañado en luz la luz no vía,
¿ Qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.

Bajó Miguel despues triste al Calvario
Con su escuadron de ardientes serafines,
Do temblaba Luzbel, su gran contrario,
Con otro que lo fué de querubines;
Y estuvo allí asistiendo al santuario
De Dios con sus trompetas y clarines,
Tambores destemplados y banderas,
Y otros mil instrumentos y armas fieras.

Mientras esto pasaba, el Rey sagrado,
Ardiendo el corazon, secas las venas,
Y por las cuatro llagas desangrado,
Fuentes de nuestra gloria y de sus penas;
Con sed del cuerpo y almas abrasadas,
Pero con luces elaras y serenas,
« Sed tengo, » dijo; y con feroz denuedo
Uno á beber le dió vinagre acedo.

¡ Esponja de vinagre á Dios, que muere,
Y muriendo la pide! ¡ Oh tigre hircano!
¡ Agua le niega á Dios (cuando la quiere,
Y su sangre le da) el linaje humano?
Mas ¿ qué mucho, si él mismo así le hiere
Los pies y el pecho y una y otra mano?
¡ Oh Dios por todas partes afligido
Por el hombre, y por él de amor herido!

Habiendo pues probado el Rey eterno
La esponja de vinagre, dijo al punto,
Y dijolo con paz y gozo interno,
Por haber ya venido al postrer punto:
« Acabóse. » Y con rostro humilde y tierno,
Grave en aspecto y en color difunto,
Mirando al cielo y á su Padre santo,
Quiso dar fin á su divino canto.

Mas como el padre en cuyo sér consiste
El bien de su familia generosa,
Cuando él se muere, con cuidado asiste
Ella junta á su muerte dolorosa;
Y atenta mira, y considera triste,
Pendiente de su faz y temerosa
De su fin, á sus nuevos movimientos
Y á sus más delicados sentimientos;

O cual sucede cuando en noche oscura
Algun cometa infausto se aparece
Con fiero aspecto y hórrida figura,
Que más terrible por instantes crece;
Espantada la gente y mal segura
Del daño que futuro resplandece
En su cola y su crin, quedar suspensa
De su casi amenaza y furia inmensa:

Tal á su Padre Dios, que ya quería,
No en lecho, en cruz morir, notando estaba
El asombrado mundo, que le vía
Dos varios sentimientos que mostraba;
Y un grande y nunca visto mal temía
Del prodigio espantoso que miraba,
Su muerte recelando, desta suerte.
En la que á Dios se daba horrible muerte.

Pues los gloriosos ángeles atentos
Y de la boca de su Dios colgados,
Sus alas desplegaban á los vientos,
Más en horror que en ellas elevados:
Los demonios, con rostros macilentos
Y con ojos y pechos asombrados,
Dudosos aguardaban y encogidos,
Callando en sí, de miedo, sus gemidos.

La tierra, que á los fieros insolentes
Sustentaba, sudando al grave peso
Y gimiendo con ansias vehementes,
Comprimida esperaba el gran suceso:
Mudó el mar sus menguantes y crecientes
Soberbias, detenidas al exceso
Singular del espanto jamas visto;
Servia con un sordo pasmo á Cristo.

Los cuatro vientos en sus hondas cuevas,
Como apretada esponja en fuerte mano,
Pedían oprimidos fuerzas nuevas,
Dejando sin su aliento el verde llano;
Y el fuego helado daba ilustres pruebas
De temor y obediencia al Dios humano,
Y el sol, sin luz mirándose, temía
Que, en muriendo su Dios, él moriría:

Cuando llegó la muerte, de sagrada
Estola revestida y de admirable
Y santo resplandor y luz bañada,
Y al mismo Dios, con ser quien es, amable,
Pero humilde, llegó y arrodillada,
Y pidiendo á la vida inconmuttable
Licencia para entrar; y recibida,
Al Hombre Dios entró y quitó la vida.

Así murió diciendo: « ¡ Oh Padre mio!
En tus manos mi espíritu encomiendo. »
Y con tan grande fuerza y tanto brio,
Voz tan alta y gemido tan tremendo,
Que mostró bien su eterno señorío
Sobre la propia muerte así muriendo;
Y el alma despidió y dejó suave
La cabeza inclinada al pecho grave.

Cual repentino y espantoso trueno
Toea el oido, y hiere juntamente
La vista perspicaz de lleno en lleno,
Y aun ántes, el relámpago luciente,
Y abrasa la cabeza y arde el seno
Del hombre al mismo punto el rayo ardiente,
Sin que prevenga el último desmayo
Que el trueno da, el relampago y el rayo:

Tal de Cristo la voz maravillosa
Cual trueno, y cual relámpago su vista,
Y como rayo el alma poderosa,
Sin encontrar poder que le resista,
Hiere de la canalla pavorosa,
Y hiriéndola acaba la conquista,
Oídos, ojos y cabeza y seno,
Sin ver rayo, relámpago ni trueno.

Y Lucifer, volviendo las espaldas,
Huye con sus vencidos escuadrones:
Iba Miguel pisándole las faldas
Con parte de sus inclitas legiones:
Estos ya van ceñidos de guirnaldas,
Y tremolando alegres sus pendones;
Y esotros, los cabellos erizados,
Cobardes, confundidos y asombrados.

Cual las nocturnas aves mas pequeñas,
Al cebo de la sangre detenidas,
En viendo de la aurora las risueñas
Siens en blanca y pura luz teñidas,
El aire dejan y á las rotas peñas
Acuden, deslumbradas y corridas,
Quizá de verse, procurando, á oscuras,
Do asconderse agujeros y roturas;

Así huyen aquellos infernales
Espiritus con miedo, recelando
Del sacro sol los rayos celestiales,
Y su infelice oscuridad buscando;
Y tras ellos Miguel, con inmortales
Fuerzas y su bendito y noble bando,
Siguen su alcance bravos y lijeros
A fuer de victoriosos caballeros.

Y blandiendo una gruesa y dura lanza
De dos fierros que limpios centellean,
Muestra el ángel gallardo su pujanza
En los que pertinaces aun bravean;
Y como á los soberbios más venganza
Es decirles quién son, porque se vean
Les va diciendo: « Caminad, mezquinos,
Al caos, de inficionar el aire indinos.

« Id confusos, bramando, al fuego eterno,
A donde os despeñó vuestra malicia;
Y muriendo, vivid en el infierno,
Verdugos fieros de la gran justicia;
Que ya en la Cruz perdisteis el gobierno
Del mundo; ya la intrépida milicia
Del Dios crucificado os abandona,
Y él os juzga, os condena y aprisiona.

« Ni en Delfos engaños al mundo ciego,
Ni oráculos finjais en otra parte,
Ni al romano ambicioso y fácil griego
Representeis á Júpiter ó Marte:
Allá, malditos, entre hielo y fuego,
Asombro y noche, vuestra sed se harte,
Vuestra insaciable sed del mal ajeno;
Allá bebed y allá escupid veneno. »

Hablando así Miguel, acompañaba
Al ánima de Cristo al Verbo unida
Con una tropa de su gente brava,
Para grandes hazañas escogida;
Y otra, que cerca de la cruz estaba,
La dejó en el Calvario entretenida,
Porque con pompa funeral y espanto
Invisible sirviese al cuerpo santo.

Los ángeles también que en tierra y cielo,
Aire y mar esperaban obedientes,
En muriendo su Dios, con vivo celo
Efectos mil hicieron diferentes:
Uno del templo antiguo el sacro velo
Presto rompió con fuerzas vehementes
En dos partes, de arriba hasta abajo,
Con sentimiento más que con trabajo.

Y por la fortaleza valerosa
Y virtud de los otros admirable,
Se estremeció la tierra temerosa,
Con furor sacudiéndose espantable;
Y el mar pasó la raya rigurosa
Que Dios le puso, y bravo y formidable,
Con los bramidos atronaba el cielo,
Y con las ondas azotaba el suelo.

Los vientos de sus cóncavos y oscuros
Calabozos rugiendo se arrojaron,
Y levantadas torres y altos muros
Y enhiestos graves montes derribaron:
Unos con otros los peñascos duros,
Y las menudas piedras se encontraron,
Y á golpes sacudidas se partieron:
Tanto la muerte de su Dios sintieron.

Y los archivos con verdad fieles,
Que guardan en depósito á los muertos,
Sin ser á sus tesoros infieles,
Se mostraron al caso atroz abiertos;
Y el capitán de aquellos cien crueles
Que cercaban la cruz, y otros, despiertos
De su sueño mortal, con voz doliente
A Dios glorificaban claramente.

« El era justo, Hijo de Dios era, »
Aclamaban en lágrimas deshechos:
« ¡ Ay! ¿ quién usó con él maldad tan fiera? »
Proseguían, hiriéndose los pechos;
Y otros á la ciudad más que severa,
De los terribles á matanzas hechos
De profetas y santos, se volvían,
Y las mismas palabras repetían.

Seguid, seguid los miseros lamentos;
Alzad, alzad las penitentes voces;
Que aun no se han declarado los intentos
De Dios contra esos ánimos feroces:
Tiempo vendrá cuando veréis portentos
Que os amenacen, pérfidos atroces,
Y se cumplan horribles y estupendos,
Si no con tantos ímpetus y estruendos.

Mas ¡ oh tú, pecador! ves aquí ¡ oh triste!
Muerto á tu Dios por ti y en cruz difunto,
Y mira que tú mismo le pusiste
Con tus pecados en tan recio punto:
Haz penitencia desto que hiciste,
Pues todo el universo armado y junto
Ponerlo no pudiera en cruz clavado,
Sino él, de amor y de tu culpa armado.

Murió Dios; pero tú, gentil, advierte
Que en la naturaleza inaccesible
De Dios no padeció la cruda muerte
Y viles penas; que eso no es posible:
Sufrió la cruz y agravios manso y fuerte
En la carne que á sí juntó, pasible,
Y por ser hombre y Dios ya una persona,
De Dios lo que del hombre se pregona.

En un peral está un manzano engerto;
Como peral, produce fértil peras,
Y cual fértil manzano, está cubierto
Y lleno de manzanas verdaderas:
Vive Dios como Dios, y en la cruz muerto
Cual hombre está, porque á tus culpas mueras
Tú, que le ves; y Dios muere afligido,
Por ser Dios Hombre á cuerpo y alma unido.

Estaba pues así cuando llegaron,
Y á los ladrones que con él estaban
Los verdugos las piernas les quebraron,
Porque los sacerdotes lo mandaban;
Y á Cristo para el mismo fin miraron,
Y al tiempo que los crudos le miraban
Vieron que ya era muerto; mas hicieron
Otra crueldad mayor que la que vieron.

A Longinos, en cuyo seno duro
La impiedad se quedó depositada,
Ordenaron que al pecho santo y puro
Diese con mano fiera una lanzada:
Dióla y rompió con ella el sacro muro
Que el alma excelsa tuvo en sí guardada,
Y el costado le abrió, fuente de vida,
Y agua y sangre salió por la herida.

Y los siete divinos sacramentos
Della manaron, celestial tesoro,
Y de la gracia nobles instrumentos
Que hoy á la Iglesia dan fuerza y decoro:
Pues ¡ oh hartura de ánimos sedientos!
Llaga y fuente de gloria, yo te adoro,
Te bendigo y te alabo: estáme abierta
Siempre, de Dios y el bien camino y puerta.

Al fin, siendo ya tarde, un caballero,
Josef llamado, que al Señor seguía,
A Pilato con ánimo sincero
Entró y con singular y alta osadía;
Y el cuerpo del mansísimo Cordero
Que, muerto, el mundo como Dios regia,
Le pidió; y preguntando si era muerto,
Lo concedió, sabiéndolo de cierto.

Fué Josef con aquesto al gran Calvario,
Donde halló á la Virgen Soberana
Y á sus devotos junto al relicario
Que encierra al mismo Dios en carne humana:
Llegó y apercibió lo necesario
Ya con ternura y caridad cristiana,
Cuando vino el gravísimo maestro
En ciencia claro, en enseñarla diestro;

Nicodémas, que cien libras preciosas
De mirra y aloes trajo consigo,
Y adornando primero las piadosas
Llagas del buen Señor y dulce amigo,
Con pecho humilde y manos religiosas,
Y tierno llanto, de su amor testigo,
De la cruz alta á Cristo descendieron
Y en lugar conveniente le pusieron.

La Madre, que vió cerca al Hijo amado,
Con lágrimas, con vista y con razones
Pidió que antes de verlo sepultado
Le dejasen gozar de sus pasiones:
Gozo con llanto y con dolor mezclado,
Pero debido á tristes corazones,
Que más se quietan cuando más se cansan,
Y su mismo dolor creciendo amansan.

Los dos varones dársele temían,
Y también de quitársele dudaban:
Su vehemente pena conocían,
Y por no la aumentar no se la daban;
Y la razón por otra parte vían
De más dolor, si al fin se le quitaban:
Venció pues la razón, como era justo,
Y este le concedieron triste gusto.

Y ya en su virginal regazo puesto,
Comenzó á remirar el cuerpo santo
Con ojos graves y ánimo compuesto,
Pero con digno y valeroso espanto;
Y el bello contempló rostro modesto
Con tanta ofensa y con desprecio tanto
Herido, y parecía que en su cara
Se trasfundía aquella ofensa rara.

Y viendo la corona, sus espinas
Le iban el corazón atravesando,
Y aquellas luces, de respeto dinas,
Le abrasaban, su injuria contemplando:
Los corales y perlas peregrinas
De boca y labios, su beldad notando
Antigua y ya su pálida tristeza,
También le marchitaban su belleza.

Consideraba aquellos lindos brazos,
Y allí se le ahogaba el alma entre ellos,
Si bien le fueron siempre amigos lazos,
Prisiones dulces y collares bellos:
Ceñíalos con tiernos mil abrazos,
Mas el retorno le faltaba dellos;
Y esta visible mortandad penosa
Le helaba sangre y alma y faz hermosa.

A las manos llegaba, y con sus manos
Tocaba las heridas blandamente,
Y sin sentir los hierros inhumanos,
Otro dolor sentía vehemente:
Miraba aquellos miembros soberanos
Del cuerpo más que el sol resplandeciente;
Y le quedaban los distintos huesos
Y azotes crudos en el alma impresos.

Vino al fin á la llaga del costado,
A la preciosa llaga descubierta,
Para mirar el corazón sagrado
Como por ancha y venerable puerta:
Viólo y dejólo en lágrimas bañado,
Y otra llaga en el suyo vido abierta;
Llaga espiritual y llaga viva,
De la llaga del muerto compasiva.

Así la gran pasión del santo Hijo
Con agudo buril de tierno afeto
Y obra cansada de dolor prolijo
En su amor esculpíó y en su conceto;
Y estas razones generosas dijo,
De alma tan fuerte dino y sabio efeto:
«¡Que ame Dios tanto al hombre, que le ofrezca
Su mismo Hijo que por él padezca!

»¡Y que llegue á tal punto la malicia
Del hombre, que á su Dios así atormente;
Y que pida esta pena la justicia
De Dios en el fiador y el inocente!

Y que vuestra piedad fué tan propicia
Al hombre, ¡oh Hijo! que de cruz pendiente
Muriese por él y del maldito!
Alábeos cielo y tierra, ¡oh Dios bendito!»

Esto decía, pero mas pensaba;
Y la triste y hermosa Magdalena,
Que los piés del Señor besando estaba,
Así le dijo, de congoja llena:
«En estos ¡oh Maestro! yo arrojaba
Mi bien, mi mal y mi consuelo y pena,
Y mi mal en mi bien se convertía,
Y mi pena en consuelo y alegría.

»En estos piés mi vida pecadora
Dejé resucitada á vida nueva;
En estos, que mi alma triste adora,
Vi de vuestra bondad la mayor prueba;
En estos, do la vida se atesora
Y do muerta la vida, se renueva,
Para mi hermano la pedí animosa,
Y la alcancé y la vi tierna y gozosa.

»De Marta en estos piés me defendiste,
Y vuestra ciencia en ellos me enseñaste;
De vuestra voz colgada me tuviste,
Y á vuestro cielo atenta me elevaste;
Mas, ¡oh divinos piés! ¿qué no hiciste
Con esta pecadora que sanaste,
Dejándola tocar con sus cabellos
Los piés de Dios y ser honrada dellos?

»¿Adónde verterán, mis piés amados,
Adónde verterán agua mis ojos?
¿Y á qué piés mis unguentos regalados
Daré, como vencida, por despojos?
Y cuáles otros piés, de mi abrazados,
Me quitarán suaves mis enojos?
¿Qué otros piés besará mi triste boca,
Sino estos piés que con sus labios toca?»

Juan, que miraba á su Señor atento,
Dijo: «¡Oh si el sueño en que me vi dormido,
En ese pecho ya roto y sangriento,
El sueño de la muerte hubiera sido!
No hubiera padecido el gran tormento
Que viendo á Hijo y Madre he padecido.»
Dijera más; que más decir quería;
Y atájole la noble compañía.

Josef y Nicodémus, que pidiendo
A la piadosa Madre el Hijo santo,
Y sus miembros purísimos ungiendo,
De un blanco lo cubrieron limpio manto;
Y su pompa los ángeles siguiendo,
Y todos con devoto y mudo espanto
Al huerto fueron donde en Peña dura
Estaba de Josef la sepultura.

Llegando allí con reverente aspeito,
Manos humildes y almas temerosas,
Y lágrimas nacidas de respeto
Y compasión suaves y copiosas;
A Dios, que á muerte quiso estar sujeto,
Entre dos enterraron blancas losas;
Y cuando estos misterios acabaron,
Tristes en el sepulcro le dejaron.

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text on the right page, possibly bleed-through from the reverse side.



HISTORIA

DEL MONSERRATE,

DEL CAPITAN CRISTOBAL DE VIRUÉS (1).

PROLOGO.

Las dos partes con que la poesía llega á su perfecto punto (segun nos enseñan los dos excelentes maestros della, Aristóteles y Horacio) son dulzura y utilidad, y á estas se ha de atender en cualquier cosa que en verso se escribiere; pero más particularmente y con mayor cuidado y diligencia se han de procurar en aquella principal poesía llamada *épica* ó *heróica*, que es la que debajo de una accion forma un poema, cual es la *Encida* de Virgilio. Queriendo pues yo hacer una obra en este género de poesía, tomando por accion la milagrosa aparicion de la imágen de Nuestra Señora de Monserrate y fundacion de su santa casa, parecióme que las dos primeras partes no podian faltarme de parte del sugeto; y así determiné de emplear en él el talento que Dios fué servido de comunicarme, por cuya gracia he salido con el libro presente. El celo que he tenido ha sido bueno, y con él he usado de la invencion poética en la parte que lo ha permitido la historia como humana, que es en lo que toca al ermitaño Garin, procurando pintar en él un heróico y verdadero cristiano, con varias digresiones y ejemplos que, sin alterar la historia, miren á aquellos fines principales ya dichos, de provecho y gusto. En la parte deste poema que trata de la sagrada imágen (guardando el respeto y decoro debido á cosa de tanta calidad y tan divina) no ha llegado la poesía á más de decir la verdad de la historia, con solo el ornamento que el verso pide, como se verá en el canto XVIII y en el último: el cual, aunque decirlo Garin como en profecía es invencion poética, es lo que dice pura verdad. Esto he querido advertir, porque se entienda que en tratar la santa historia que tomé por accion y fundamento de mi poema he tenido consideracion cristiana cuanta me ha sido posible, así como en la poesía atencion á las dos partes que dije, de dulzura y utilidad. Si al debido fin de todo esto hubiere llegado mi libro, la gloria sea á Dios, y si no, recibase mi voluntad (2).

(1) Don Alonso de Virués, excelente médico y humanista valenciano, que floreció hácia la mitad del siglo XVI, tuvo cuatro hijos, tres de ellos varones, llamados Cristóbal, Jerónimo y Francisco. Este fué eclesiástico y beneficiado de la iglesia metropolitana de Valencia; el segundo médico, como su padre; y militar el primero: todos ellos muy conocidos en su tiempo, no solo como personas distinguidas en sus respectivas facultades, sino como poetas aventajados. Tuvo tambien don Alonso una hija, que se llamó Jerónima Agustina, y que parece fué muy perita en la lengua latina: raro ejemplo de conformidad intelectual en los individuos de una familia.

Tratándose de CRISTÓBAL DE VIRUÉS, autor del poema titulado *Historia del Monserrate*, que es quien nos interesa, se sabe únicamente, como lo asegura Ticknor, que nació en 1550; que sirvió de soldado en Italia, y principalmente en el Milanesado; que llegó á capitán en premio de sus hazañas, y que peleó con gran denuedo en la batalla de Lepanto, victoria á que concurren y que celebraron despues varios ingenios de aquellos tiempos. Fué tambien poeta lírico y dramático, autor de las tragedias *La gran Semíramis*, *La cruel Casandra*, *Atila furioso*, *La infelice Marcela*, y *Elisa Dido*; y el primero, segun Lope de Vega, que redujo á tres jornadas las composiciones teatrales; pero hay ejemplos de esta innovacion anteriores á Virués, pues en 1555 se vió ya usada por Francisco de Avendaño.

La primera edicion del *Monserrate* es de Madrid: se imprimió en casa de Querino Gerardo el año de 1588, y no el de 87, como afirman don Vicente Jimeno y Nicolas Antonio. Se repitió en 1601; en Milan por Gratiadio Ferrioli el de 1602; en Madrid otra vez, por Alonso Martin, en 1609; y por último, en el mismo punto el año 1805, por don Gabriel de Sancha.

La edicion de Milan, hecha por el mismo autor, es una refundicion de la primitiva, y así se equivocan los que dicen que en nada se diferencian. Hay en aquella gran número de octavas añadidas, otras completamente alteradas, en suma, tal multitud de variantes, que nos ha sido imposible ponerlas de manifesto en esta impresion, á no doblar el número de páginas que comprende el *Monserrate*; inconveniente, ademas, que no compensa el mérito ni aun la curiosidad del texto antiguo, vicioso casi siempre, oscuro y desaliñado.

Para esta nueva impresion nos hemos valido de la de Sancha, en la cual debemos confesar que hemos hallado tambien no pocas alteraciones respecto aun á la edicion de Milan, que, como dejamos insinuado, es la más cabal y correcta; mas en atencion á que la mayor parte de dichas variantes en nada desvirtúan los pensamientos de Virués, y solo consisten en trasmutaciones de palabras, casi siempre con el objeto de evitar la asonancia que se advertia en los versos de una misma octava, hemos resuelto seguirlas, excepto en los casos en que padecian el sentido, la integridad ó el espíritu del original, sacrificados á la observancia exagerada de la eufonia.

No hemos podido haber á las manos las ediciones de 1601 y 1609; pero siendo la primera, copia de la de 1588, y la segunda, de la refundida, hubiera sido infructuoso el nuevo cotejo entre todas ellas.

(2) Omitimos aquí unas cuantas líneas con que concluye el prólogo de la primera edicion de este poema, porque refiriéndose meramente á la ortografía que en ella se empleaba, ninguna importancia tienen para nosotros.

HISTORIA DEL MONSERRATE.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Mueve á Garin á fuego y sangre guerra
El comun enemigo riguroso,
Y al Conde trae á su aserrada sierra
Con su doliente hija lastimosa :
Del cuerpo de la dama desencierra
A Satan el bendito religioso,
Y con él, encendiendo ardiente llama,
Sin poderlo excusar, queda la dama.

La excelsa causa del honor divino
Que causa á Monserrate excelsa gloria,
Y aquel gran penitente y peregrino
De poema dignísimo y de historia,
Del cual allí por celestial camino
Hace la fama singular memoria,
Vuelvo á cantar, habiendo alzado el punto
Al grave tono y dulce contrapunto.

Tú, santa musa, que por premio ofreces
Divina laureola de tu mano
Al mismo que tú dotas y enriqueces
Por tu gracia de intento soberano,
Pues por la misma ilustras y engrandesces
Con divino favor estilo humano,
Tú levanta mi voz ahora tanto,
Que heroico sea mi segundo canto.

Y adorna tú con el primor del arte
El admirable principal intento,
Cuanto conviene de su dulce parte
Ser adornado el alto heroico acento :
Lo uno y lo otro es gracia que reparte
A su elección tu favorable aliento;
Lo uno y lo otro ; oh santa musa ! imploro
A gloria eterna del eterno coro.

Y vos, excelso rey, en quien el cielo
Nos muestra con tan ciertas esperanzas
Aquel valor del padre y del abuelo
Que no cabe en humanas alabanzas ;
Cuando el gobierno universal del suelo
Suspendeis en justísimas balanzas
Con santos ocios de que el alma usa,
Volved á oír el canto de mi musa.

Por el alto supuesto de que canta,
Y por su melodia sonora,
Al gusto de vuestra alma se levanta
Con proporción entre las dos gozosa,
Pues música divina, heroica y santa,
Como en su centro natural, reposa
En heroico, divino y santo gusto,
A gran intento y gran contento justo.

Al peso inmenso de la real diadema
Este alivio entre algunos se interponga,
Con ese gusto de virtud extrema,
Cuando en sus santos ocios se componga,
Para volver en majestad suprema
Adonde el cielo os guía y os disponga
A ser señor de su divina Astrea.
De cuanto ciñe el mar y el sol rodea.

Y no ménos que tanto el mundo espere
Del gran nieto del César invencible,
Del gran hijo del rey por quien se infiere,
Virtud en vos en grado incomprendible ;
La cual, cuando en su punto pareciere,
Puesta ha de estar en punto inaccesible
A humano canto ; mas mi musa ahora
Al de su monte grata audiencia implora.

Revuelto habia el tiempo presuroso
Ocho siglos y medio desde el día
Que el humanado Redentor piadoso
Salió del sacro claustro de Maria,
Cuando el valiente don Jofré Velloso,
Libre del frances feudo poseia
El condado y ciudad de Barcelona,
Por el valor y sér de su persona.

En cuyo tiempo en Monserrate estaba
Garin el ermitaño recogido,
Donde con aspereza ejercitaba
En santidad su espíritu encendido ;
Y tanto en ella el gran varon ganaba,
Que el ángel comunero y confundido,
Teniendo su virtud por propia injuria,
Le movió guerra con inmensa furia.

Y resuelto en hacella á todo trance
El príncipe furioso del infierno,
Acrecentando va de lance en lance
Su eterna rabia y su rencor eterno ;
Y dándole el dolor furioso alcance,
Con horror nuevo del horrible averno
Y alteracion del más confuso abismo,
Desta suerte el cruel dijo á sí mismo :

« ¡Que pueda el hombre contra mí ya tanto !
Que tan enflaquecida esté mi fuerza,
Que á tan cobarde miedo y vil espanto
Y á tanta mengua el hombre ya me fuerza !
Que yo he de ser el del eterno llanto !
Que el hombre tan de véras ya se esfuerza
Con la gracia y favor de aquel Cordero
Que fué y es para mí leon tan fiero !

« ¡Que una vil criatura, torpe y llena
De desventuras y de imperfecciones,
Que anda afanando de una en otra pena
Tras mil varias miserias y pasiones,
Ha de heredar aquella estancia amena
Que tiene asiento sobre los triones,
Aquella dulce y rica patria mía,
Llena de eterno gozo y alegría !

« ¡Y yo, en ella criado, en ella puesto
Por lustre y ornamento á su grandeza,
No de materia baja y vil compuesto,
Sino de tan réal naturaleza,
Eternamente de mí bien depuesto,
Privado de mi próspera riqueza,
He de sufrir el gran rigor del cielo,
Sin que haya para mí jamas consuelo !

« No será así ; que aun no está en mi perdido
Aquel valor y espíritu primero
Con que, en ardiente cólera encendido,
Al alto trono me mostré tan fiero ;
Y aunque quedé mi brazo enflaquecido,
No dejó de quedar mi sér entero
Para poder hacer sangrienta guerra,
Ya que no al cielo, á toda la ancha tierra.

« Y así ha de ser mientras el cielo diere
Sus influjos al hombre favorables ;
Y si él cual padre le favoreciere
Con regalos y dones tan amables,
Yo, no habrá cosa, en cuanto el mundo fuere,
Que con ingratitudes detestables
No procure que el hombre corresponda,
Con que á mi saña su dolor responda.

« ¡Que un vil ermitañuelo que no sabe
Si hay más mundo que un monte y una cueva,
Donde duerme en el heno, y do le sabe
A maná el fruto que la sierra lleva,
Tanto contente á Dios, tanto le alabe,
De virtud haga tan heroica prueba,
Que eterno gozo tenga ; y yo, que tanto
Sé y puedo, he de tener eterno llanto !

«Pero ¿qué estoy mi pena acrecentando
Con la gloria, el contento y el sosiego
De que este monje vil está gozando,
Leña añadiendo á mi encendido fuego?
Qué sirve estar gimiendo y reventando
Con mortal inmortal desasosiego
En la ponderacion de la esperanza
Y de la gloria que este monje alcanza?»

«Consuelo ó sombra de consuelo busque
Mi potencia y mi furia vengativa,
Sin que la pena y el dolor me ofusque
La soberana inteligencia altiva
Ya que no vendimió gloria, rebusque
Las sombras della mi virtud nativa:
Tenga en batalla en su vital palestra
Al hombre siempre mi potente diestra.»

«Desta suerte á sí mismo se provoca
El fiero rey del tártaro tremendo;
Así su mal con brava envidia toca,
El rico bien del pobre monje viendo:
Sus ministros fortísimos convoca,
Y en su extremo espantable, airado, horrendo,
Con furores bravísimos altera
El inmenso escuadron de gente fiera.

Y á dos de los rebeldes capitanes,
Los más crueles, bravos y furiosos,
Pláticos en mortíferos afanes,
Probados en mil trances peligrosos,
Con soberbias palabras y ademanes
Impone sus intentos maliciosos,
Diciéndoles con voz turbada y fuerte,
Ardiendo en ira y rabia, desta suerte:

«Valientes capitanes, que á mi lado,
Desde la gran jornada temerosa,
Habeis con tanto esfuerzo militado,
Que espanta vuestra mano belicosa;
Ese valor y espíritu indignado,
Esa astucia sutil y artíficosa,
Ahora quiero que la vea el hombre
Para que más nuestro poder le asombre.

«Anda por el camino verdadero
Que al hombre á vuestras altas sillas lleva,
Uno, nuestro enemigo bravo y fiero,
Haciendo en santidad divina prueba:
Este, soldados valerosos, quiero
Que venga á mi infernal eterna cueva,
A despecho del cielo que le guia,
Con tanta infamia y tanta pena mia.

«Quien emprendió la guerra contra el alto
Empireo cielo con tan fuerte pecho,
¿No ha de tenelle de valor más alto
Contra un vil hombre de vil polvo hecho?
Alcácese un asalto á otro asalto:
No haya defensa en él, no haya pretrecho
Que de cimientó no se desmantele;
Todo se bata, se destruya y vuele.

«Tengo, no sé por qué, un temor oculto,
Que me atormenta como el fuego eterno,
Al grande y enriscado monte inculto
Donde habita este monje en tal gobierno;
Y aunque en velle yo no dificulto,
Y el modo facilísimo discernio,
Temo, como si viese en tal victoria
De pena aumento en mi, y en él de gloria.

«Pero padezca cuanto mi adversario
Cielo me da con vengativo intento,
Y este monte, no menos que el Calvario
O que el Carmelo, cáuseme tormento;
Que eternamente yo he de ser contrario
Tambien al hombre, sin cesar momento,
Cual verá ahora con su inmenso daño
En el temido monte este ermitaño.

«Volad á Monserrate, mis leones,
Y empréndase Garin, que libre y suelto
Está de vuestras ásperas prisiones,
Y en las de su esperanza y gozo envuelto:
Ya me entendeis, ya veis mis intenciones,
Ya conoceis en lo que estoy resuelto:
No he menester deciros más; volando
Partid, poned por obra lo que mando.»

Tembló por largo espacio el gran profundo,
Y pararon Cocito y Flegeton
Al soberbio mandar, fiero, iracundo,
Del bravo rey del reino de Aqueronte;
Y en aquel punto acá en el claro mundo
Se estremeció más de una sierra y monte,
Y el soberano de la luz ministro
Se vió turbado desde el Tajo al Istro.

Visto pues ya lo que su rey les manda,
Con furia horrenda parten al momento
Los dos á dar principio á la demanda
Que es tan á gusto de su mal intento:
Garin, el enemigo se os desmanda:
Poned en órden vuestro alojamiento;
Fortificad la mal segura tierra;
Que á sangre y fuego se os hará la guerra.

Fuego que encienda en vuestro flaco pecho
Llamas abrasadoras sensuales,
Sangre inocente derramada á hecho
Por vuestras fieras furias desleales;
Guerra mortal que os traiga al fuerte estrecho
De eternas destrucciones infernales;
Batalla á todo trance, á toda muerte,
Presenta el enemigo armado y fuerte.

Estaba el religioso en una cueva,
Que aun hoy se llama de su mismo nombre,
Haciendo de su cuerpo y alma prueba
De casi más que humano y mortal hombre:
En solo Dios allí sus gustos ceba;
No hay contento sin Dios que no le asombre:
Oraciones, cilicios y abstinencia
Regalan su limpisima conciencia.

Pero los dos sus enemigos fieros,
Que ya emprendieran su mortal viaje,
Con piés apresurados y lijeros
Llegaron en un punto á su paraje:
Diferentes tomaron los senderos,
Y diferente el hábito y lenguaje:
A Barcelona el uno ya invisible;
Al monte el otro llega y va visible.

En forma y traje de ermitaño anciano,
Blanco el cabello, y barba blanca y larga,
A Monserrate llega aquel tirano,
Vestido de grosera y vieja sarga;
Y con plática dulce y rostro humano,
Fingiendo la inhumana voz y amarga,
Como si allí á Garin acaso viera,
Se le presenta y habla en tal manera:

«Sí, como pareceis, sois ermitaño,
Y no divino espíritu escondido
En esa humanidad y en ese paño
Humilde y pobre de que estais vestido,
Vuestra mano me dad y el desengaño,
Diciendo la ocasion que os ha traído
Por este monte, donde á nadie he visto
En muchos há que en él asisto.»

Admirado Garin de lo que oía,
Responde al enemigo simulado:
«La razon misma que decís podria
Deciros yo muy cierta, padre amado;
Pues desde que la santa compañía
Por quien en este monte en este estado
Vivi, faltó, jamas hasta ahora supe
Que hubiese en él quien como yo se ocupe.

«Desde que al cielo el alma santa, á cuya
Virtud divina debo yo esta vida,
Subió dichosa á convertir la suya
En la eterna, de gloria enriquecida,
Hasta este punto la persona tuya,
Otra jamas he visto, y que traída
Por el cielo ella sea estimo y tengo,
Con que á cobrar la ya perdida vengo.»

Finge notable admiracion el fiero
Y cruel enemigo, y junto muestra
Gran contento en hallar tal compañero,
Y dale con amor la mano diestra,
Diciendo: «Vuestra vida, padre, espero
Que me será tan singular maestra
Para mi pretension y firme intento,
Que consiga su fin mi pensamiento.»

Con la humildad á su virtud aneja
Le responde Garin : « Antes yo creo
Que aquella perfeccion que se me aleja
Tanto cuanto alcanzalla yo deseo,
Si en lo exterior el alma ver se deja,
En vos, padre carísimo, la veo,
Y por vuestra bendita compañía
Podrá ser alcanzalla yo algun día. »

Estas y otras razones se dijeron,
Con que la compañía confirmaron;
En sus dos cuevas ambos estuvieron,
Y sus secretos se comunicaron:
Desde aquel día cada día se vieron,
Y mil cosas santísimas trataron,
Tratadas por el uno santamente,
Por el otro rabiando en saña ardiente.

Cerca de donde el buen Garin estaba
Tenia el enemigo en una altura
Una pequeña cueva en que habitaba,
Que el nombre de Satan aun hoy le dura;
Mas mientras esto así despacio andaba,
El otro compañero se apresura,
El otro, que, cumpliendo su viaje,
Fué á Barcelona sin fingido traje.

Este, del cuerpo de una dama bella
Se apoderó con presurosa furia:
Hija es del conde don Jofré, y doncella,
Y á él el fiero, como á ella, injuria:
Fué conjurado, y respondió que della
Jamás saldrá ni cesará su injuria
Si Garin no lo manda; y que en su cueva
Nueve días estar la dama deba.

Dice quién es Garin, y dice dónde
Tiene su habitacion. Pártese al punto
Con la doliente dama el triste Conde,
Ella en tormento y él casi difunto:
Hallan la cueva, y que en su centro esconde
Al que es de santidad vivo trasunto;
Póstrasele delante el Conde en verle,
Sin que Garin pudiese detenerle.

Y con los ojos hechos fuentes, dice:
« No os espanteis si destos ojos hago
Rios, pues las ofensas que á Dios hice
Hacen en l'alma de amargura un lago;
Y ellas son causa de que martirice
Esta niña inocente el fiero dragón,
El infernal dragon que el cuerpo á ella
Y el alma á mí, cual veis, nos atropella. »

« Que sea del cielo paternal castigo
Sientolo así, bendito padre, y veo
Que el justo Dios, que al hombre es tan amigo,
Y que es solo salvarle su deseo,
Permite que este pérfido enemigo
Haga en nosotros de su saña empleo
Para ganancia nuestra: así del pio
Divino amor yo firmemente fio. »

« Y así, cual padre de misericordia,
Consuela mi mortal desasosiego,
Por este mismo padre de discordia
Que ardiendo veis en tan airado fuego;
Pues venimos con él en tal concordia,
Que á vuestro mandamiento saldrá luego
Del afligido cuerpo de mi hija,
Sin que más la atormente ni la aflija. »

« Por esto vine aquí, por esto os pido
Que os doláis desta moza lastimada. »
Así el Conde rogaba, y condolido,
Con alma en caridad toda abrasada,
Garin postrado, el vuelo más subido
Levanta, en su oracion de punto alzada,
La cual apenas el varon concluye,
Cuando Satan de la doncella huye.

Huye el demonio, y huye juntamente
La tristeza, el dolor, la pena, el llanto
Del ya contento Conde y de su gente,
Huyendo de la dama el fiero espanto;
La cual revuelve con serena frente
Los bellos ojos que espantaban tanto,
Y al padre y los demás y al monte mira,
Y de todo y de verse así se admira.

No maravilló más la extraña vista
A Lázaro, el dichoso muerto, visto
Que, trasladado de una en otra lista
Por quien el hecho tuvo tan previsto,
Sin que el infierno ó muerte le resistía,
Al mundo vuelve á la alta voz de Cristo,
De lo que á la doncella maravilla
El ver en sí la misma maravilla.

Y no con mayor gozo las hermanas
Al hermano ya vivo acariciaron,
Y las gentes incrédulas profanas
No con mayor admiracion quedaron
De ver salir las carnes vivas sanas,
Que cuatro días ántes enterraron;
Que es del padre la dama acariciada,
Y que toda su gente está admirada.

Y vuelto el Conde al pio Garin, llorando
Le dice: « Padre, pues lo más hicistes,
Vence del todo al enemigo bando
Con el valor que ahora le vencistes;
Porque nos dijo aquel tirano, cuando
Puestos nos tuvo en el dolor que vistes,
Que, aunque como ha salido ya, saliese
Cuando á vuestra obediencia aquí viniese, »

« Con más furor sin duda volvería
A dar á esta afligida jóven pena,
Si en esta santa cueva no tenia
En vuestra compañía una novena. »
El buen Garin, que atento aquello oía,
Con voz de amargo sentimiento llena,
Y con cristiana alteracion responde
No convenirle aquello á él ni al Conde.

Y esfuerza aquesto con fervor, haciendo
Mil razones vivisimas y urgentes,
Con gran prudencia y santidad poniendo
Mil graves causas, mil inconvenientes;
Con ejemplos notables concluyendo
Sus argumentos firmes y prudentes;
Pero, aunque más se esfuerce y más arguya,
La ajena voluntad fuerza á la suya.

Porque, demas del encendido ruego
Del afligido Conde, el triste llanto,
El bravo miedo, el gran desasosiego
De la triste doncella pueden tanto,
Que vino bien en ello; y así luego,
Condescendiendo el ermitaño santo,
Quedó en su pobre cueva la doncella;
Donde solo Garin queda con ella.

A Monistrol, un pueblo situado
Al pié del alto monte floreciente,
De la cueva ana legua desviado
Hacia la parte del dorado oriente,
Bajó contento el Conde y consolado
De haber dado remedio al daño urgente,
Con sus criados y sus compañías,
Para esperar allí los nueve días.

Y cada día desde allí enviaba
Criados con regalos y comida,
De quien sabia cuánto ella gustaba
De aquella santa solitaria vida;
A los cuales Garin importunaba,
Su mortal guerra ya reconocida,
Que llevasen al padre la doncella;
Lo cual rehusaban ellos y él ella.

El tiempo ahora; oh buen Garin! os fuerza
A mostraros soldado valeroso,
Para valer contra la brava fuerza
Del enemigo fiero y poderoso:
Mirad que ya con la ocasion se esfuerza,
Y juntamente es fuerte y cauteloso:
Prevenid vuestras armas y defensas
Para que se resistan sus ofensas.

Anchos fosos abrir, cerrar portillos,
Reconocer traveses y cortinas,
Levantar puentes y calar rastillos,
Cuidoso prevenir secretas minas,
Municionar del alma los castillos,
Plataformas en ella alzar divinas,
Caballeros trazar, poner reparos,
Conviene ahora para aseguraros.

Y aunque veo que destas defensivas
Prevenções os vais apercebiedo
Con las trazas más finas y más vivas,
Que estáis en vuestro espíritu escogiendo;
Las armas enemigas ofensivas
Son dañosas, en modo tan borrendo,
Que de sus furias pocos se defienden,
Si, como á vos ahora, los emprenden.

Vos, Garin, encendeis la ilustre dama
A contemplar la celestial riqueza;
Y en vos el enemigo enciende llama
Que os arda y deje en misera pobreza:
Vos le mostrais el bien del que bien ama
Del bien eterno la inmortal belleza;
Y el enemigo á vos amar os hace
Esa mortal belleza que os aplice.

Era la virgen tierna y delicada
Un ángel en aviso y hermosura;
Las gracias la tenían adornada,
Y dellas era una real hechura:
Los dos hermanos que con luz amada
Platean y doran la estrellada altura,
Cada cual con la faz serena y bella,
Menos hermosos son que la doncella.

De quince á diez y seis años tenía
La bellísima dama generosa,
Enriquecidos de una gallarda
Tierna, suave, blanda y amorosa:
Solo con el mirar, rendir podía
El furor de una tigre rigurosa,
El de un cruel determinado asalto,
El del airado mar cuando más alto.

Si la gran perfección, si la luz viva
De sus ojos, mejillas, boca y frente,
Y aquella gracia angélica y altiva
De que sabía usar perfectamente,
Hubiera visto el gran pintor que iba
Buscando lo perfecto y lo excelente,
No deseara más hermosa idea
Para pintar la linda Citerea.

Su gran beldad á toda humana vista
Admiración dulcísima causaba;
Fué su alta gracia con espanto vista,
Espanto que en mil gustos se anegaba:
Su excelso aviso, general conquista
Hizo de cuantas almas regalaba,
Formando en cuerpo y alma un paraíso,
Gran beldad, alta gracia, excelso aviso.

Fué, al fin, en hermosura aventajada
A cuantas en su tiempo en todo el suelo
Al alma de más dones adornada
Causar pudieran celestial consuelo:
Naturaleza, de su fuerza armada,
A imitación de la beldad del cielo
La de la generosa dama hizo,
Y allí de su poder se satisfizo.

No es maravilla pues que Garin quede
Vencido por Satan en la batalla,
Si, demas de lo mucho que obra y puede,
Tal ocasión para su intento halla:
Si al valiente varón en fuerza excede
Y en este trance rinde y avasalla,
No es de espantar; que á fuerza de belleza
Resiste mal nuestra mortal flaqueza.

CANTO II.

ARGUMENTO.

Por el poder del apetito ciego,
Rendido todo al infernal engaño,
Roba la castidad, roba el sosiego
A la noble doncella el ermitaño;
Y mal aconsejado, dando al fuego
Más leña, y añadiendo daño á daño,
Mata á la dama, y á este punto entiendo
Que es el que le aconseja quien le ofende.

Cual en un campo seco los rastrojos
Entra abrasando la furiosa llama,
Cuando ocupan las eras los manojos,
Y las hojas se secan en su rama;
Así la luz de los divinos ojos
Y la belleza de la linda dama
Entra en el pecho de Garin, talando
La santidad y su divino bando.

Conoce el afligido el fuego ardiente,
Y procura con ánimo esforzado
Evitar tan mortal inconveniente
Y destruir tan infernal cuidado:
Hace discursos el varón prudente,
Y viéndose confuso y apretado,
Determinado de pedir consejo,
Su pasión dice al ermitaño viejo.

A quien la causa, su pasión descubre;
Con quien su mal procura, se aconseja;
Llega el cordero al lobo, que se cubre
Y dismula con la piel de oveja;
Y él, contento de oír, el daño encubre
Arcando á veces la una y otra ceja,
Como maravillándose y sintiendo
Aquel caso tristísimo y horrendo.

Dice Garin su lástima y congoja,
Ora con faz de amarillez teñida
Por el dolor, ora de empacho roja,
Con baja voz en lágrimas rompida;
Y mostrando también que se congoja
El traidor de su pena dolorida,
Encubriendo mejor lo que en sí esconde,
Así á Garin con blanda voz responde:

«No solo ¡oh padre! no ha de dar tormento
Esa pasión que vuestro pecho aflige,
Sino consolación, gozo y contento,
Considerando quién la ordena y rige:
Los que el Señor para su excelso asiento
Con su infinita providencia elige,
Siempre quiere que sean apurados
En semejantes penas y cuidados;

»Y que muestren la santa fortaleza
De que han de estar armados los varones
Que desean gozar la eterna alteza
Entre los celestiales escuadrones:
Así que, padre, no mostreis tibieza,
Como la muestran ya vuestras razones;
Sino seguid con ánimo la empresa,
Pues en su peso el mérito se pesa.

»Bien veis cuán grande ejemplo y testimonio
Nos son de lo que digo, padre amado,
Hilario, Paulo, Juan, Macario, Antonio,
De fortaleza cada cual dechado:
Resistid á la fuerza del demonio;
No dejéis el camino comenzado;
Apurad vuestro espíritu en la llama
Que causa la presencia de esa dama.

»No conviene que sea tan cobarde
Quien sirve á Dios, que del peligro huya;
Es menester que al enemigo aguarde,
Pues ha de ser en honra eterna suya:
Si el alma ahora en ese fuego arde,
Con valor su templanza restituya;
Y así mereceréis por la victoria,
Como varón perfecto, mayor gloria.»

¡Oh fiera brava de veneno llena,
Monstruo cruel, perverso y pernicioso,
Que con la voz y rostro de sirena
Encantas al más sabio y valeroso!
¡Simulación traidora, que condena
Tu trato doble, infame y alevoso,
A que valga el doméstico enemigo
Lo que el tesoro del leal amigo!

¡Oh tirana absoluta de las cortes,
Adonde no hay Proteo que te iguale
En variar de trazas y de cortes,
Segun las formas del que puede y vale;
Tomando alturas mil, mudando nortes
A cada viento que reinando sale
Por los profundos golfos espantables,
Solo á ti y tus secuaces navegables!

Si en el excelso trato cortesano
Tú no mezclases tu mortal cicuta,
Y en dulce estilo gravemente llano
A la verdad dejases resoluta,
¡Ay cuánta de Jacob trocada mano
Viéramos, bendición dando absoluta
A quien más justamente le tocase,
Sin que simulacion se lo estorbase!

Pues cuanto en la milicia heroica y alta,
Donde honor y valor tienen su punto,
Donde sublima, donde fama exalta
Las cosas con excelso contrapunto,
¡Cuánto tú contrapuntas! ¡Cuánta falta
Por ti se tiene, y cuánta sobra!
¡Cuánto daño y ruina, varios puestos
Trocados por tu mano y contrapuestos!

Lobo voraz, airada tigre horrible
En traje de cordero y de ovejuela;
Zángano ponzoñoso, aborrecible,
En hábito y susurro de abejuela;
Grande miseria, daño muy terrible,
Caso que en l'alma al justo es justo duelo:
¡Que el trato fiel que la amistad requiere
La infiel simulacion así adule!

La infiel simulacion, por cuyas sobras
Pobre y desnuda vas, filosofia,
Por ser el trato de tus justas obras
El que verdad, el que modestia cria;
Donde salvarte debes tú, zozobras,
Y ella se salva do morir debria:
Tanto daña á tu sabio y fiel intento
Su bárbaro y su infiel atrevimiento.

Podrá guardarse fácilmente el hombre
De quien tuviere manifiestamente
De su adversario titulo y renombre,
Aunque sea fortísimo y valiente;
Pero de aquel amigo que en tal nombre
Envuelve esta mortífera serpiente;
No se puede guardar; que el fiero daño
Viene cual aquí vino al ermitaño.

El cual vuelve engañado así á su cueva,
Con un grande propósito encendido
De emplear su virtud con fuerza nueva
Hasta ver su mortal deseo rendido;
Mas este buen propósito que lleva
Presto fué con su fuego consumido,
Con su fuego cruel, con aquel fuego
Que consume la vida y el sosiego.

Recibióle la dama generosa,
Mostrando en el cristal resplandeciente
En los dos soles, y en la fresca rosa
(Helado asiento del amor ardiente),
Que sin consuelo, triste y temerosa
Había estado mientras del ausente,
Esto diciendo con tan dulce acento,
Que por oírse se paraba el viento.

Como suele salir la blanca aurora
Del negro albergue de la noche oscura,
Vertiendo con los ojos que enamora,
Dignos bien de tal luz, luz del sol pura:
Así salía la gentil señora
De aquella cueva tenebrosa y dura,
Esparciendo la luz de aquellos ojos,
Dignos de mil trofeos y despojos.

No tan presto sus luces se encontraron
Con las que de los ojos del salieron
Cuando el intento principal borraron
Y el propósito santo consumieron:
Ambos alegres en la cueva entraron,
Y entre varias razones estuvieron
Hasta que, ya cansado y anhelante,
Eton pasó del mauritano Atlante.

Ya mostraba la luz cualquier estrella
Que le reparte la febea mano,
Ya la casta Lucina blanca y bella
Hacia su curso tras su rubio hermano;
Plateaba su clara y fria centella
El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,
Y esparciendo venia ya Morfeo
Las descuidadas aguas de Leteo;

Cuando Garin, rendido ya y postrado
Al enemigo riguroso y fuerte,
El sér de la razon preso y atado
En ásperas cadenas de la muerte,
Del alma tan amada ya olvidado,
Como cosa de poco precio y suerte,
De hombre, y tan bueno, se convierte en fiero,
Cual si Medea ó Circe le prendiera.

Y á la noble doncella, que esperando
Está de oír lo que él decir solia,
Con ambiguas palabras murmurando,
Confusa y atajada la tenia;
Y con furioso atrevimiento osando,
Ya sus honestas tocas componia,
Ya llegaba á las ropas, ya impaciente
Daba licencia al suspirar ardiente.

Ya las madejas de oro le tocaba,
Temblándole las manos temerosas,
Y en las delgadas hebras se enlazaba
Como en fuertes cadenas poderosas;
Ya con ménos temor acariciaba
Las tiernas azucenas y las rosas,
Y entre la no tocada nieve fria
Como en ardiente fragua se encendia.

Ya entre las suyas toma aquellas manos
Blancas, largas, suaves, delicadas,
Que vencieran leones inhumanos,
Mortíferas serpientes enconadas;
Y en estos actos viles y profanos
Se vieron las mejillas matizadas
De un fino rosicler, con que encendiera
La más helada salamandra y fiera.

Volvía los ojos la doncella honesta,
Triste, turbada, atónita y confusa,
Como si preguntara, ¿qué obra es esta
Tan nueva; ¡oh padre! que tu mano usa?
Y aunque él la entiende, no le da respuesta;
Que bien conoce que no tiene excusa;
Ni desiste del acto torpe y ciego,
Rendido al sensual furioso fuego.

No solo no le ataja con mirarle
Con castos ojos la gentil doncella;
Mas ántes sirve para acrecentarle
Con fuerza nueva la mortal centella:
Siente aquellos espíritus entrarle,
Que salen de la una y otra estrella,
Al tierno corazón, donde esforzados,
Aumentan los deseos y cuidados.

Ya el carro de la noche, gobernado
Por el silencio y por el sueño, habia
De su viaje la mitad andado
Por la estrellada relumbrante vía,
Cuando Garin, en llamas abrasado,
La luz pequeña que en la cueva ardia
Mató; porque sin duda al que mal hace
La luz no le apetece ni le aplace.

Viendo tras tantas novedades esta,
La doncella temblando se arrinconaba
Hacia una parte de la cueva, y puesta
Entre mil dudas, entre si razona;
Pero Garin, toda razon pospuesta,
Violó su castísima persona,
Ni en él ni en ella habiendo resistencia,
Rotas las armas ya de la conciencia.

¡Oh más que vidrio frágil suerte nuestra,
Con qué facilidad te precipitas!
Oh furia, que, diabólica maestra,
A tan mortales obras nos incitas!
Oh carne poderosa, brava y diestra
Con armas que tú misma inhabilitas!
¿Quién, sino tú, causar pudiera tanto
En un varón tan escogido y santo?

¿Qué poderosas fuerzas de leones
No fuerzas con las tuyas invencibles?
Qué entrañas de diamante y corazones
Son á tus sentimientos resistibles?
¿De quién no cuentas tú en cien mil blasones
Triunfos, á no ser vistos, increíbles?
¿Quién tanto á Anibal en Italia daña?
Quién perder hace al gran Rodrigo á España?

¿Quién al que á tantos bravos filisteos
Hizo con la quijada mil pedazos,
Dando al fiel pueblo célebres trofeos
De mil infieles poderosos brazos,
Trae rendido á gustos y deseos
De tan falsos y miserables abrazos,
Que de alma y cuerpo vista y vida quita,
Y en desesperación le precipita?

¿Quién al que á Dios en corazón conforme
Tan santo fué, tan valeroso y fuerte,
Fuerza á adulterio y á homicidio enorme,
Con solo dél dejar desnuda verte?
A quien, para que desto se reforme,
Particular aviso se lo advierte
Con alto ejemplo de notable espanto;
Que es menester contra tus fuerzas tanto.

Y ¿quién al hijo de este, que advertido
Tanto lloró con penitencia tanta,
Tan sabio y poderoso, y tan querido
De la divina mano eterna y santa,
Le tuvo entre los ídolos metido
Con ceguera y error que al mundo espanta,
Sino tú, carne, que con tu flaqueza
Triunfas de humana ciencia y fortaleza?

Apénas el estupro cometido
Garin había, cuando en son borrendo
Movié la confusión tal alarido,
Y el arrepentimiento tal estruendo,
Que la razón turbando y el sentido,
Y el alma y corazón estremeciendo,
Le acongojaron con dolor tan fuerte,
Que estuvo casi para darse muerte.

En su forma terrible y espantosa
La confusión se le mostró delante,
Y con turbada vista y rigurosa,
Cual la del lince fuerte y penetrante,
El arrepentimiento en faz llorosa
Le mostró del pecado aquel semblante
Lleno de espanto y de terror, y lleno
De cruel y mortífero veneno.

En reñida batalla brava y fiera
Con estos poderosos combatientes
Garin quedó tal, que mover pudiera
A compasión leones y serpientes:
De pena el alma un mar amargo era,
Y de amargo dolor los ojos fuentes,
Y de congoja el corazón cuitado
Un fuego vivo, riguroso, airado.

Mas ¿quién la pena de la dama bella
Podrá decir y la congoja brava?
Era una larga fuente cada estrella,
Que los claveles y el jazmín regaba:
Lloraba el mismo amor allí con ella,
La castidad con ella allí lloraba,
Y las gracias lloraban juntamente
En sus ojos, mejillas, boca y frente.

El blanco pecho con rigor hería,
Guedejas se arrancaba de oro fino,
Las delicadas manos se mordía,
Arañábase el rostro cristalino;
Y con la voz que al viento suspendía
Con triste lloro y suspirar continuo,
Llamaba en su favor la triste dama
La muerte, que no viene á quien la llama.

La muerte, que no viene á quien la llama,
Llama llorando en voz amarga y triste,
Triste tanto, que el llanto que derrama,
Derrama el alma que en su cuerpo asiste:
Asiste el duelo ardiendo en viva llama,
Llama que la vergüenza enciende. ¿Oíste,
Oíste, amor, que lloras con su llanto,
Llanto que te forzase á llorar tanto?

Así estuvieron hasta que en la cumbre
De la montaña vieron que la aurora
Doraba con los rayos de su lumbre
Los esmaltes riquísimos de Flora;
Y entonces con turbada pesadumbre
Salió el conrito misero, que llora
Su triste culpa y la espantosa pena
A que le precipita y le condena.

¿Adónde vas, Garin? Tente, no vayas;
Guardate de mayor inconveniente:
No te ciegue el dolor; mira no cayas
En otro río de mayor corriente:
Guarda que cuando aconsejado te hayas
Con la cruel mortífera serpiente
Que tú tienes por santo compañero,
No sea otro mayor despeñadero.

Va Garin por consuelo al falso viejo,
Queda la dama en desconsuelo horrible;
El busca quien le pueda dar consejo,
Ella no puede darte al mal terrible:
Mira su culpa él, como en espejo,
En la faz del pecado aborrecible;
Ella mira su bien, mira su gozo
Caido todo en un profundo pozo.

A la cueva del falso monje llega
Con tal congoja y pena el monje pobre,
Que con el llanto que su rostro riega
Muestra cuánto el dolor le aflija y sobre;
Y pudo tanto la cruel refriega
De los sentidos, que postrado sobre
La dura pena, como pena dura
Quedó, perdida la vital figura.

Haciendo muestra de piadoso amigo,
Con diligencia corre á socorrerle
El pérfido, sagaz, impio enemigo,
Siendo solo su intento el ofenderle;
Y vuelto en sí, y á él Garin: «Yo os digo,
Dice, padre, que ha sido el defenderle
Al alma su partida deseada
Grande piedad con impiedad mezclada.

»Que aunque ella gana en no partirse ahora
Con culpa digna de tan gran tormento,
Es de suerte la pena que en mí mora,
Que le diera el partirse algún contento.»
Así dice Garin; y gime y llora
Con tan amargo y grande sentimiento,
Que, no pudiendo ser, casi parece
Que su enemigo dél se compadeciera.

Al fin con triste voz que se rompía
Con mil sollozos donde toma forma,
De lo que el falso viejo bien sabía
Con grande empacho y gran dolor le informa;
Y cuando el caso ya escuchado había,
Como quien gran dificultad reforma
Que está profundamente imaginando,
Así muestra el traidor estar pensando.

Puesta la barba sobre el pecho estaba,
En el báculo el cuerpo reclinado;
Ya los ojos abría, ya enarcaba
Ambas las cejas, el color mudado;
Mas mostrando el cruel, al fin, que daba
Verdadero remedio á su cuidado,
Con animosa voz al monje dice
Que no se aflija ni se martirice.

Que acuda luego á remediar el daño,
Antes que sea mayor y más le ofenda;
Que aunque es tan grave el caso y tan extraño,
Si presto se procura, tendrá enmienda:
Que le parece que use algún engaño
Para que su flaqueza no se entienda,
Pues los casos injustos el discreto
Suele desagrar con el secreto.

Y que pues la pasión que ahora manda
A la razón y al buen discurso, impide
Poder él escoger lo que demanda,
Y su consejo en aquel caso pide;
Que le parece, pues tan lejos anda
Del remedio que al mal se cuadra y mide,
Que mate aquella dama y que la entierre,
Y que él de la montaña se destierre.

Turbóse oyendo aquello el afligido,
Y replicó mil cosas en contrario;
Mas con otras cien mil fué persuadido
Por el fuerte astutísimo adversario;
Y aunque de varias dudas combatido,
Teniendo á aquel traidor por un Hilario,
En hacer lo que dice se resuelve,
Y á su cueva tristicísimo se vuelve.

Olvidado del todo de sí mismo
Con la pasión que en las entrañas ceba,
Haciendo ya un confuso silogismo
Y un discurso de horror, llega á su cueva:
Llama siempre un abismo á otro abismo,
Y un daño en mil nos precipita, y lleva
El pecado tras sí, como cadena,
Mil eslabones de tormento y pena.

Halló á la triste dama de tal suerte,
Y tanto la aterró con su presencia,
Que para recibir la fiera muerte
Hizo poca ó ninguna resistencia.
;Ay alma ya rendida! Ay furia fuerte!
;Oh terrible rotura de conciencia!
Oh corazón al de Satan conforme!
;Así intentais un caso tan enorme!

Atónita la dama y vergonzosa,
De la cueva en la parte más interna
Se arinconó, sin dadas deseosa
De esconderse en hondísima caverna;
Y allí la mano injusta y rigurosa
Que el infernal furor rige y gobierna
Llegó con un cuchillo no afilado
Para tan fiero y tan atroz pecado.

Deten, Garin, la mano; no te arrojes
A maldad tan enorme y atrevida:
Mira bien, desdichado, cuán mal coges
El fruto de las obras de tu vida:
No dividas, cruel, no desalajes
Esa alma de esa carne su querida:
Acude á Dios: ¿qué olvido te enajena
De su clemencia de dulzura llena?

Al fin, del infernal poder vencido,
El fiero monje va á la dama bella,
Y el cuchillo mortal apercebido
Pasa por la garganta tierna della:
Cayó el hermoso cuerpo, ya rendido
A la fiera que todo lo atropella;
Y el alma, de su amado albergue fuera,
A su fatal lugar voló lijera.

Cual tierna rosa al asomar del día,
Cuando, de fino rosielcer pintada,
Sus hojas con fragancia desparcía,
Que fué de su materno pié cortada,
Y con los rayos que el planeta envía,
Siendo en la tierra al cielo abierto echada,
Se marchita, y lo blanco y rojo y verde,
El olor, la belleza y gracia pierde;

Así el cuchillo y la inhumana mano
Que en la garganta su furor probaron,
Perdida su frescura y su verano,
A la dama bellísima dejaron;
Así aquel cuerpo y rostro más que humano,
Donde tanto las gracias se esmeraron,
Quedó, perdida la belleza y gracia
Dignas del canto del cantor de Tracia.

¡Oh miserable y lastimosa muerte!
Oh furor infernal! Oh mano airada!
¿Cómo pudiste, cómo, di, atreverte
A tal crueldad tan fieramente usada?
Antes tú misma habías de ponerte
A ser con el mortal cuchillo asada
En un fuego cual tú bravo y furioso,
Como la del romano valeroso.

El claro sol se oscureció al instante
Que con un ¡ay! rindió la dama el alma;
Mil visiones Garin vió allí delante,
Mil gritos dar, batiendo palma á palma:
En mil truenos el cielo resonante
Trocó la dulce y apacible calma;
El alto monte fué vaiveneado,
De un súbito temblor arrebatado.

En lo más hondo de otra cueva oscura,
Para esconder el bello cuerpo frío,
En un momento abrió una sepultura
El triste monje, aunque sin fuerza y brio;
Y allí enterrado, parte y se apresura
Hacia la cueva de su amigo pio.
Adonde el pobre, en vez del ermitaño,
Vió de que era demonio el desengaño.

Con risa y con el dedo señalando
Recibe el monje falso al verdadero
En su contento y ademan mostrando
Ser su enemigo poderoso y fiero:
Llegó de pena al postrer punto cuando
Su daño vió Garin tan por entero;
Y así, cayó en el suelo sin sentido,
Casi del todo al gran dolor rendido.

Quisiérale ayudar á dalle muerte
Con mayor obra el áspero enemigo,
Aunque de aquel desmayo largo y fuerte
Piensa llevarse el alma ya consigo;
Pero tuvo Garin más buena suerte;
Fuéle más pio el cielo y más amigo,
Pues vuelto en sí del parasismo, pudo
Hacer contra la muerte eterna escudo.

Alzase mejorado y fervoroso,
Y con el enemigo al punto cierra,
Armado de la cruz, arnes dichoso
Que al fiero engañador vence y destierra;
Y con esto animado y temeroso,
En lo más intricado de la sierra
Al momento emboscándose, se esconde,
Puesto en huir del injuriado Conde.

Con tristes rayos el que alegra el mundo
Volando por su esfera se subía,
Dando causa á Garin de horror profundo
Con que aumente su pena y su agonía,
Viendo que el sol mostrándose iracundo,
Con prisa tal las horas ya traía
Que visitada suele ser la dama
Con los regalos de quien tanto la ama.

Vuela el sol, vuela el monje; el uno al curso
De su veloz carrera acostumbrada,
El otro á procurar mejor recurso
Que el de su inícuca y falsa camarada:
No el temor á Garin quita el discurso,
Antes le aviva; y de la sierra amada
Toma seguro puesto y oportuno,
Antes que venga á ver la dama alguno.

CANTO III.

ARGUMENTO.

Conociendo sus culpas, al remedio
Garin aspira con fervor divino;
Y orando al cielo por el justo medio
Que repare su injusto desatino,
De tierra y mar piensa poner en medio
Gran trecho, ya trazado un gran camino:
Huye del monte; á Rosas llega, y junto
Con Alberto y su armada parte al punto.

Después que el enemigo bravo y fuerte
Del incauto Garin hubo triunfado,
Y en las gruesas cadenas de la muerte
Revuelto le dejó y aprisionado,
Aquel divino espíritu que advierte
Al alma, de quien es por guardia dado,
Cuanto conviene á su esencial gobierno,
Dijo á Garin en su secreto interno:

«Vencido quedas por el enemigo ;
Pecaste lastimosa y gravemente ;
Mira la ofensa , tiembala del castigo ;
Goza , Garin , de la ocasion presente :
Repara en las razones que te digo ;
Llora y haz penitencia suficiente :
No tienes ante el justo Dios disculpa ;
Parte luego á purgar tu grave culpa.»

Oyó la voz el alma arrepentida,
Que , de fiero dolor arrebatada ,
Casi no daba al triste cuerpo vida ,
Del en su confusion enajenada ;
Y al son divino y dulce resentida ,
Aunque de mil pasiones aquejada ,
Al cuerpo anima , y lo que oyó revuelve ,
Y á tomar el consejo se resuelve.

La fria noche , el aire , el cielo y tierra ,
Confuso en sombra lóbrega encerraba ,
Y con tristeza en la fragosa sierra
Los árboles el viento meneaba :
La cueva que el leon ardiente encierra ,
De sus roncros rugidos resonaba ;
Las sordas aguas triste son hacian ,
Y las del rio y las del mar se oian ;

Cuando temblando sale el ermitaño
Del secreto escondrijo , y como mira
Aquel horror nocturno tan extraño ,
Con mayor miedo dentro se retira ;
Pero resuelto en remediar su daño ,
Como su buen espíritu le inspira ,
Vuelve á salir , y en el oscuro cielo
Puestos los ojos , póstrase en el suelo.

Y con voz dolorosa y triste dice :
«Pequé , Señor , en tu real presencia ;
Sé , mi Dios , que la ofensa que te hice ,
De infierno digna , indigna es de clemencia :
Veo cuán al contrario satisface
A mi debido amor y continencia :
Mi iniquidad conozco , y mi pecado
Contra mi fieramente veo armado.»

«Es clara y conocida la justicia
Que contra mi , justísimo Rey , tienes ,
Por mi grave abundancia de malicia
Y por mi ingratitud á tantos bienes ;
Pero , Dios de la angélica milicia ,
Si severo juez al hombre vienes ,
Si á la piedad permites apartarse ,
¿ Quién ante ti podrá justificarse ?

«Yo no solo , Señor , no justifico
Esta alma mia , ilustre imagen tuya ,
Pero mi grave culpa te publico ,
Puesto que en tu saber ella se incluya :
Sé que no hay parte en todo el cerco oblico
Del mundo , adonde de tus ojos huya :
Conozco que á mi grave y fiera culpa
No hay cosa que le pueda ser disculpa.»

«Y así , mi Dios , no de justicia pido
El favor á tu mano omnipotente ;
El de piedad que tanto me ha valido
Invoco ahora con alecto ardiente :
Destá , mi Dios , sea yo favorecido
En peligro y en daño tan urgente :
Destá la absolucion , Señor , imploro ,
Con que borre las culpas por quien lloro.»

«Tú , Dios , que eres verdad pura , infinita ,
Y que tanto de oír la y verla gustas ,
Ves que solo mi lengua se ejercita
En culparme ante ti de obras injustas ;
Y que ni un punto de mis culpas quita
Con excusas que sé que no son justas ,
De inclinacion y de la culpa y pena
Original , destas miserias llena.»

«Que tú , Señor , que de tu oculta ciencia
Con cierta luz el alma me alumbraste ,
Dando á mi voluntad libre potencia
Que á resistir al enemigo baste ,
Me muestras , pues no tuve resistencia ,
Que no es razon que yo palabras gaste
En injustas excusas y disculpas ;
Que sería aumentar mis graves culpas.»

«Misericordia simplemente pido
Con corazón contrito y humillado :
No le desprecies ; dale grato oído ;
Cual suele dalle el padre al hijo amado ;
Y cuanto en mi el pecado ha destruido
Vuelva á ser por tu mano edificado :
Borra mi iniquidad y mi desgracia ;
Vuélveme la alegría de tu gracia.»

«Vuelve , Señor , tu tan piadosa cara
A mí , tu redimida criatura ,
Y con la fuerte mano que me ampara
Dame al perseverar fuerza segura ,
Y darte he yo con penitencia rara ,
Con suspiros y llanto de amargura ,
Con dolor que mi espíritu renueve ,
Lo que un contrito corazón te debe.»

Así Garin oró ; y al punto un fuego
Sintió que dulcemente le encendía
El pecho , que en mortal desasosiego
La fiera ofensa con terror tenía ,
Y que en él al temor helado y ciego
Con un ardor suave consumía ,
Poniéndole animado ya de suerte
Que emprenda á defenderse de la muerte.

Y esfuerzo nuevo con fervor haciendo ,
Vuelto en sí , reportado y animoso ,
Hacia la mar el rostro revolviendo ,
Baja por aquel monte fatigoso ;
Y el áspero camino prosiguiendo ,
Llegó con el silencio tenebroso
Adonde con el llano se termina
El alto monte , enfrente á la marina.

Entónces con mayor cuidado y priesa
Los bien guiados pasos apresura :
Campos , valles y arroyos atraviesa ,
Por malezas , por bosques y espesura :
Del presuroso caminar no cesa
Mientras la noche lóbrega le dura ;
Y siempre vuelto el rostro al alto oriente ,
Teniendo la marina por de frente.

Abría ya las puertas de levante
La blanca aurora á la diurna lumbre ,
Y poco á poco le salía delante
Guiando como tiene de costumbre :
Doraba ya más alta y más radiante
Del alto monte la enriscada cumbre ,
Y el sol ya poco á poco descubría
El claro rostro , dulce autor del día ;

Cuando Garin el paso apresurado
Detuvo , de ser visto receloso ,
Y en intrincadas matas emboscado
Estuvo el día largo y enojoso ,
De yerbas y agua siendo alimentado
Y de triste y brevisimo reposo ,
Y de oracion y lágrimas ardientes ,
Con que los ojos convertía en fuentes.

Y á veces , vuelto el rostro al monte amigo ,
Decía con fervor divino y santo :
«No dejaré el camino que ya sigo ,
Aunque lo estorbe el reino del espanto .
Adios , mi dulce albergue y caro abrigo ;
Adios , fértiles peñas , donde tanto
Consuelo tuvo quien , sin él ahora ,
Tan justamente gime , afana y llora.»

«Adios , ameno y rico Monserrate ,
Cuya sublime altura á la del cielo
Hará que se transporte y se arrebate
El alma que gozare su consuelo ;
Donde puede subirse de quilate
De la contemplacion el largo vuelo ,
Y regalarse entre esas piedras duras
Con sus divinos gustos y dulzuras ;

«Donde yo , miserable , poseía
Tan sosegada y apacible calma ;
Donde cuanto trataba y cuanto via
Era colmado bien de cuerpo y alma ;
Donde de gloria celestial tenia
Parte tan grande en esta frágil palma ;
En quien , como no mérita , no cupo ,
Ni conoella ni tenella supo.»

»Pero si desde que naci he tenido
Esta admirable bienaventurancia,
Sin que haya en parte alguna padecido
La ordinaria del mundo malandanza,
Fuera como no ser de Adan nacido
Si no tuviera de tal bien mudanza,
Pues á infalible y á mortal fatiga
Forzosamente el serlo nos obliga.

»Y así, pues es la general carrera
De los hijos de Adan fatiga y muerte,
No por pasalla yo en su furia entera
Siento perder aquella dulce suerte;
Es lo que siento, que mi culpa fiera
Tan alto bien destruya de tal suerte;
Es que por culpa tan atroz y extraña
Pierda yo mi dulcisima montaña.

»Oh peñas, más preciosas que diamantes,
Que zafiros, jacintos y topacios!
Oh plantas bellas, fértiles, fragantes,
Que adornais con tal regla sus espacios!
Oh cuevas, más hermosas y abundantes
Que reales riquísimos palacios!
Oh monte, para mi parte del cielo,
En su santo y dulcísimo consuelo!

»No me esperéis, no os veré más: mi ofensa
De vos me aparta miserablemente;
Y será della en parte recompensa
El haber de vivir de vos ausente.
¡Quiera el alto Señor que lo dispensa,
Que, á gloria suya, deste mal presente
Eterno bien suceda, eterna gloria,
Ganando al enemigo la victoria!

»Que si en este furioso trance he sido
Roto y desbaratado, espero y creo
Que con victoria quedaré y valido,
Si llevo á pelear como deseo:
De mi Rey será luego socorrido
Si segun mi propósito peleo,
Yendo á pedir favor á su Vicario
Contra mi fiero y áspero contrario.

»Proseguiré con el favor divino,
Que al santo intento nunca desampara,
Este mi comenzado ya camino,
Que en Roma en mi intencion llorando pára;
Que desde aquí con viva fe adivino,
Pues la piedad la contricion ampara,
Que he de ser amparado de tal suerte,
Que á mi enemigo no valdrá ser fuerte.

»Como yo, como debo, le demande
Al Capitan supremo de la tierra
Favor, socorro, amparo en este grande
Trance mortal de rigurosa guerra;
Por más que mi enemigo se demande
Con el poder que en su impia mano encierra,
De mano tan piadosa cuan potente
Espera el lauro mi humillada frente.»

Así decía, cuando el sol ya daba
En las espaldas del infiel Atlante,
Y con templados rayos perfilaba
Las nubecillas que tenia delante;
Y él, que la oscura noche deseaba,
Sin que haya en ella cosa que le espante,
Levántase, y en paso presuroso
Convierte el cansadísimo reposo.

Toda la noche sin parar anduvo,
Y ya que el alba se mostró en oriente,
Pasada Barcelona, se detuvo
Entre las altas yerbas de una fuente;
Donde escondido poco rato estuvo;
Porque aquel día con el sol ardiente,
Y después con las sombras tenebrosas
Caminando, llegó el siguiente á Rosas.

A Rosas, villa ilustre y grande puerto,
Llegó Garin pasado mediodía,
Del nuevo caminar cansado, muerto,
Y más de la mortal nueva agonía;
Halló él allí que el general Alberto
Su armada ya para partir tenía.
La bandera de leva al viento suelta,
Toda la gente en embarcarse envuelta.

Era de la gran Nápoles la armada
Que con tormenta habia allí aportado;
Y ya de su naufragio reparada,
El tiempo adverso en próspero trocado,
Quería dar la vuelta deseada
Con diligencia al patrio puerto amado;
Y así, puesta señal ya de partida,
Se embarcaba la gente apercebida.

A vista pues del puerto y de la villa
Se detuvo Garin, mirando atento
El acudir las gentes á la orilla,
Todas al parecer con un intento:
La novedad le causa maravilla
Y un receloso y cauto pensamiento,
Siendo la vez primera que galeras
Ver se le ofrece y gentes extranjeras;

Aunque el varon prudente, por lectura
Y relacion de quien le fué maestro,
Que en santidad, en juicio y escritura,
Y en las cosas del mundo fué muy diestro,
Con claro entendimiento y conjetura
Hizo luego juicio no siniestro,
Y en Rosas entra, y con industria grande
No hay cosa que al seguro no demande.

Y viendo ya que le faltaba el día,
Cierto y asegurado bien de veras
De las personas que en la armada habia,
Dónde van y quién llevan las galeras;
Del gran peligro y daño que temia
Seguro con mil pruebas verdaderas
Salió, aunque con recato y gran prudencia,
Poniendo en embarcarse diligencia.

Y lleno de dulcísimo consuelo,
A la marina llega presuroso,
Con esperanza en el elemento cielo
De gozar del pasaje venturoso;
Y ya que quiere con humilde celo
Procurar de su intento el fin dichoso,
Conoció entre la gente que iba al puerto,
En el respeto, al general Alberto.

Llégase á él con santa confianza,
Y dicele humillado: «El ser quien eres,
Señor, de tu favor me da esperanza,
Y muy cual tú será el que á mi me dieres.»
Alzóle Alberto, y dijo: «En lo que alcanza
Mi mano, alcanzarás lo que quisieres,
Pues el rostro y el hábito asegura
Que el complacerte me será ventura.»

«Sé, señor, replicó Garin, que partes
Para Nápoles hoy con esta armada;
Y aunque de merecer hay pocas partes
En mi persona misera y cuitada,
Pues que tu gracia en todos aquí partes,
No me ha de ser ahora á mi negada.
Es á Roma por fuerza mi viaje:
Manda, señor, que tenga yo pasaje.»

Con rostro alegre el General la mano
Entonces á Garin tomó, diciendo
Con amigable voz y trato humano,
Y al esquife el camino prosiguiendo:
«Bien fácil es lo que pedis y llano;
Vuestra necesidad y intento entiendo:
Venid, padre, conmigo á mi galera,
Que solo á mi para llevarse espera.»

Al esquife, que á tierra ya acostado,
Aguarda al General, llegan contentos;
Y allí, de los que viene acompañado
Despedido con gratos cumplimientos,
Fué en hombros de dos moros levantado
Y puesto del batel en los asientos,
Que estaban adornados hasta el suelo
De alfombras ricas de pintado pelo.

Garin luego tras él, y luego el resto
De la gente se embarca diligente:
Calan los alieres remos presto,
Vuelan los barcos con la alegre gente,
Desocupan la orilla, mudan puesto;
Y vuelta cada cual la aguda frente,
Da la popa á la escala de galera,
Que ya dada á la banda los espera.

Apénas pone el pié en la escala Alberto,
 Cuando con altos gritos sonorosos
 Y con dulces clarines á concierto
 Le saludan alegres y gozosos :
 Quedó por largo espacio el anecho puerto
 Con los acentos últimos gustosos,
 Que los llevó por él con voz sonora
 Eco, de los desiertos moradora.

El planeta más rico y más lumbroso,
 De arboladas nubes despejado,
 Había en el Océano espacioso
 Sus claros rayos ya somorgujado ;
 Y la noche, no el manto tenebroso,
 Sino puesto se había el estrellado,
 De dulces esperanzas ciertas lleno
 De ser el tiempo próspero y sereno ;

Cuando, sentado el General prudente
 En su popa real, rica y hermosa,
 Con quince capitanes y la gente
 Contina suya, ilustre y valerosa,
 Le sirvieron la cena, réalmente
 Servida y ordenada y suntuosa,
 En la cual dió el general cristiano
 Asiento al monje á su derecha mano.

Bien que lo rebusó Garin, modesto,
 Humilde, sabio, sobrio y vergonzoso,
 Pero por fuerza el señalado puesto
 Con obediencia ocupa el religioso :
 Fué bien notada su bondad en esto,
 Y su encogido trato y virtuoso,
 Y dió muestra evidente en la comida
 De ser varon de continente vida.

Acabada la cena regalada,
 Dió por último postre della Alberto
 El órden general de la jornada
 Con discreto propósito y concierto ;
 Y allí, en breve consulta señalada
 La hora de levarse de aquel puerto,
 Todos del General se despidieron,
 Y á sus galeras y á sus puestos fuéron.

El con los de su popa solamente,
 Cuyo número ya Garin aumenta,
 En su réal quedó, donde la gente
 Ya del amado sueño se alimenta ;
 Manda dar á Garin lugar decente
 En el escandelar, porque no sienta
 Tanto las pesadumbres de galera,
 Como sin este cómodo sintiera.

Retíranse, al fin, todos entre tanto
 Que el partir esperado se dilata,
 Al silencio entregando todo cuanto
 El activo rumor ordena y trata,
 Rindiéndose al suave y dulce encanto
 Que en olvido las almas arrebató,
 Quedando solamente en pié y despiertos
 Los de la guardia, con cuidado alertos.

Así estuvieron hasta que tocado
 En la mitad de su camino había
 La noche, y de la guardia el señalado
 Cuarto segundo ya rendir se vía ;
 Que entónces, en un tono levantado,
 Que en vuelo por el aire se esparcía,
 Un alegre clarín con voz sonora
 De la partida señaló la hora.

En dulce calma está la mar quieta,
 Que ni á ella ni al aire mueve el viento :
 La gente al blando sueño está sujeta,
 Sin hacer un pequeño movimiento :
 Tan solamente el plático trompeta
 Esparece por el aire el alto aliento,
 Dando con vario son alegre nueva
 De aquella alegre y deseada leva.

Como del centro de la mar salido,
 O del cóncavo cerco de la esfera,
 Así sonaba en el atento oído
 El alto son de aquella voz primera :
 Oyóse, el gran silencio entretenido,
 La pausa del primer aliento entera ;
 Mas esta el hombre apénas acababa,
 Y para la segunda respiraba ;

Cuando, como si el carro tenebroso,
 Cual el de Faeton roto y abierto,
 Con impetu y estruendo riguroso
 A dar viniera en aquel anecho puerto,
 Un rumor se levanta presuroso,
 Y en un momento cada cual alerta
 Atiende á su faena diligente
 Y á lo que manda el comité prudente.

Abaten, zarpan en un punto y cian,
 De tierra el cabo ya desamarrado ;
 Del puerto salen ya, ya se desvian
 Del que á las veces es tan deseado :
 Sostan la boga, la galera avian,
 Tras la réal el curso enderezado,
 Que por guía de todo vigilante,
 El fanal encendido, va delante.

Al céfiro esperado deslegaron
 Las velas del trinquete los proeles,
 Y sin que las hinchese, navegaron
 Bogando algunas millas á cuarteles ;
 Pero ya que en el alto golfo entraron,
 Avivando el favonio los pinetes,
 El comité silbando luego ordena
 Levár los remos y amainar la entena.

Afrenillada ya la palamenta,
 Viene la entena abajo con ruido ;
 La espiga en un momento se le aumenta,
 Y en un punto el bastardo está tendido :
 Iza la chusma, alegre ya y contenta
 Del viento á su descanso que ha venido ;
 Sube la entena y llega á dar al tope ;
 Va la galera más que de galope.

Con aquel fresco embate navegaron
 Hasta que, viendo de Títon la esposa,
 Alegres y devotos saludaron
 Al Hacedor de aquella luz hermosa ;
 Y en acabando la oración, calaron
 Remos, con que saltó la agua espumosa
 Del apacible golfo sosegado,
 Ya del hermoso sol iluminado.

El son agudo de la campanilla
 Del breve sueño al buen Garin despierta,
 Y escucha con atenta maravilla
 Lo que se trata ya sobre cubierta :
 El cuerpo y alma el ermitaño humilla,
 Y á la santa oración abre la puerta,
 Alzado de las tablas donde estaba,
 Y no del trasportin que le esperaba.

En éxtasis divino arrebatado,
 Los ojos vueltos y las manos puestas,
 Está el contrito monje transportado
 En divinas demandas y respuestas :
 El rostro y pecho con fervor bañado
 En lágrimas ardientes, ya dispuestas
 A recibir favor de amor eterno
 Para prevalecer contra el infierno.

Con un suspiro de dulzura lleno
 De aquel santo consuelo se levanta ;
 Las lágrimas enjuga al rostro y seno,
 Y compone la voz en la garganta :
 Sube del aire lóbrego al sereno,
 Tanta virtud mostrando y bondad tanta,
 Que, en viéndole subir, toda la gente
 Se le humilla y ofrece juntamente.

Llévanle á popa, donde la nobleza
 Le acoge y acaricia y honra tanto,
 Como si se tuviera gran certeza
 De que era el afligido Garin santo ;
 Y ellos con caridad y con llaneza
 Bendecidos y honrados fuéron cuanto
 Por el discreto monje convenia,
 Usando humildé y santa cortesía.

Y retirado luego en un asiento
 De un corredor, que por defuera daba
 Maravillosa gracia al ornamento
 De la soberbia popa extraña y brava,
 Dió, rezando las horas, alimento
 Al alma, que de aquello alimentaba ;
 Recogiéndose allí de la manera
 Que si solo en un páramo estuviera.

CANTO IV.

ARGUMENTO.

El alto golfo de Leon navega
Garin, y en tablas de inmortal memoria
Ve de romana gente y persa y griega
Victorias dignas de notable historia;
Y de la Santa Liga alli se alega
Aquella sin igual naval victoria:
Tras esto al General Garin da cuenta
De sí, con que su angustia y pena aumenta.

Hecho el santo ejercicio acostumbrado
En el mismo lugar entretenido,
Garin contempla el golfo sosegado,
Al claro sol en plata convertido,
Y el resplandor alegre tremolado
Dulcemente le tiene divertido:
Luego la vista donde está convierte,
Y alli más se entretiene y se divierte.

Mira de la real popa sublime
Puesto en su punto el arte y la riqueza;
Los ojos, en pié puesto, en ella imprime,
Y admira la riquísima belleza;
Pero la vista un poco más reprime,
Para ver con más gusto y entereza,
Parte por parte, de la gran hechura
La milagrosa traza y compostura.

La materia es marfil, ébano y oro,
De la real y artificiosa popa:
En la ancha basa está historiado el toro
Que pasa el mar Cretense con Europa:
De la dama el espanto, el miedo, el horror
Y el movimiento del cabello y ropa
Exprime lo esculpido, de manera
Que mostrar más lo vivo no pudiera.

Desde la bella basa que restriba
En el suelo de flores matizado
Del corredor, hasta el bandil de arriba,
Que en forma de cornisa está labrado,
Hay cuatro dioses Términos, que arriba,
Cada cual con el brazo levantado,
A dar por pié la mano á las primeras
Ménsulas que sustentan las tijeras.

De los hermosos Términos, ornados
De trofeos marítimos inieles,
Están los tres vacíos empleados
En el arte bellissimo de Apéles:
Muestran estos tres cuadros señalados
Cuanto pueden mostrarnos los pinceles,
Representando en su color diversa
Tres batallas navales del gran Persa.

En el cuadro primero se mostraba
Negroponte, del mar Egeo ceñida,
Que de galeras bárbaras estaba
Confusa y fieramente circuida;
Y por la angosta parte que miraba
A la costa de Grecia, la reñida,
La fiera, la sangrienta, la espantosa
Batalla, de ambas partes peligrosa.

Jérjes, con casi mil y cuatrocientas
Galeras, con Temistocles pelea,
Que, del acometido, con quinientas
La griega industria y el poder emplea;
Pero la noche, envuelta en las violentas
Tinieblas, la victoria que desea
Cada cual de los dos, aqui les quita,
Con pérdida de todos infinita.

En la segunda tabla otra batalla,
Alli en el mismo mar de Negroponte,
Se muestra tan sangrienta, que al miralla
Se via turbar la luz del horizonte;
En la cual la famosa griega malla
Fué retirada al Artemisio monte,
Donde á los jonios escribió el famoso
Temistocles su exceso vergonzoso.

En el tercero cuadro el gran Corinto,
La isla Salamina al istmo enfrente,
El espumoso mar en sangre tinto
Y lleno de la infiel soberbia gente:
Un intrincado y fiero laberinto
Que alli formaba el infernal tridente,
Del número de fustas excesivo,
Representaba lo pintado vivo.

Tan vivamente el arte los sentidos
De cada cosa alli representaba,
Que no la vista, pero los oídos
Con espanto dulcísimo engañaba:
Parece que se oían los ruidos
Que aquella belicosa gente brava
Mostraba en el pintado movimiento,
Cual si gozara de vital aliento.

Aqui los fieros persas y atenienses,
Y acullá los corintos y sus jonios;
Allá los bravos medos y focenses,
Y alli los partos y lacedemonios:
Acá los negros indios y tricenses,
Y allá los pilios y los paglagonios,
Vierten sangre, dan fuego, desbaratan,
Rompen, abren, destrozan, mueren, matan.

Aqui se via una mujer famosa,
En favor del confuso persa armada,
Tan valiente y tan brava cuan hermosa,
Y más que todo aquesto, apasionada;
La gran reina de Caria, que amorosa,
Tras tener en su cuerpo sepultada
De su muerto marido la ceniza,
Con el vano sepulcro le eterniza.

Esta tambien con los del fiero bando
Del roto persa, vergonzosamente,
Al viento y mar la vela y remo dando,
Huye de la furiosa griega gente;
Y aquel consejo á todos acordando
Que á Jérjes dió de plática y prudente,
Mostró, con gloria de su sexo y nombre,
Ser digna en todo de inmortal renombre.

Su galera, de muchas perseguida,
La pintura vivísima mostraba,
Con la vela mayor llena y tendida,
Y con la presta boga que volaba:
Fué más que todas las demas seguida,
Dándole caza porfiada y brava
Cada cual, aspirando á la promesa
Que Aténas hizo por tan rica presa.

Mas, aunque no alcanzaron esta gloria,
Que fuera la mayor con que pudiera
Ilustrar de los griegos la memoria
La fama, de sus cosas pregonera;
En lo demas se via la victoria
Pintada de su parte de manera,
Que á hierro y agua, y fuego y fuga, rota
Quedó del persa la soberbia flota.

Ya que de la siniestra banda habia
Visto Garin la obra delicada,
Y aquella grande historia que él sabia
Tan vivamente alli representada;
Por donde el anecho corredor hacia
A la espaciosa timonera entrada,
Pasó á gozar en la derecha parte
De lo que ya le prometia el arte.

Mira por el mismo órden compartida
La obra, y en la basa de escultura,
Medusa bella, por el mar traída,
De un gran caballo á su placer segura:
Muéstrase más alegre y atrevida
Que Europa y con más gracia y hermosura;
Todo lo cual le fué dañoso tanto,
Que en fealdad se convirtió y espanto.

A los tres cuadros de pintura luego
Alza la vista, y en el uno mira
De dos armadas encendido un fuego
Y un bélico furor que al mundo admira,
Y un caudillo de amor turbado y ciego,
Y otro abrasado en vengativa ira:
Es Marco Antonio el torpe, y el airado
El grande Octaviano, su cuñado.

Entre las dos armadas, mil galeras,
Casi en iguales partes repartidas,
Daban al aire claro las banderas
De las romanas gentes divididas;
Y en el fértil Epiro, en las laderas
Del Accio promontorio al mar tendidas,
Los dos campos están de los romanos,
Vueltos al mar, las armas en las manos.

Solo representaba lo pintado
En este primer cuadro, presentada
La batalla del uno y otro lado,
En orden puesta la una y otra armada:
En la segunda tabla ya trabado
Se via el gran conflicto, con la airada
Furia que suele en estos trances tales
Emplear sus rigores infernales.

Allí se vian llamas encendidas,
Que llegaban furiosas á su esfera;
Allí en el aire denso suspendidas
Nubes de vista tenebrosa y fiera;
Allí de astadas armas impelidas
El daño se mostraba de manera,
Que el mar, de muertos lleno, está revuelto,
Y en espumosa y negra sangre vuelto.

Pero ¿quién el furor que las espadas
Muestran allí podrá decir, al punto
Que se ven las galeras abordadas,
Y el confuso tropel de armados junto,
No solo por los vivos gobernadas,
Que aun dañan en las manos del difunto,
Hallando en ellas mil varones fuertes,
Por varios casos mil, mil varias muertes?

Pone la vista, al fin, en el tercero
Cuadro de la pintura artificiosa,
Y mira el fin de aquel conflicto fiero
Con la rota de Antonio lastimosa;
De Antonio, que, de honor rompiendo el fuero,
Huye, no de prision ó muerte honrosa,
Sino por ver huir desto á Cleopatra,
En quien el torpe idolatra idolatra.

Y de la Reina aquí el bajel se via
Con la purpúrea vela desplegada,
Que, aunque era tarde ya, se descubria,
Por ser de las demas diferenciada:
Demas que la sagaz mujer hacia,
En medio de la fuga acelerada,
Alzar de cuando en cuando un fuego para
Que su querido Antonio la atinara.

Era de ver allí la fuga della
Y el presto seguimiento dél, causado
De la fuerte de amor viva centella
En que el lascivo amante está abrasado:
Infame fuga y trágica, que en ella
Herido Antonio, muere desangrado
Al pecho de Cleopatra, y ella muere
Del áspid con que el pecho airado hiere.

Echa á fondo y abraza cuanto topa
El grande Augusto en su mayor ventura,
Que el ser de Asia y de Africa y de Europa
Monarca, esta victoria le asegura:
Al fin, llegaba de la bella popa
Todo lo de pincel y de escultura
A su perfecto punto, en cualquier parte
De las que se requieren en el arte.

Pero, si cuan pintor, fuera adivino
El que pintó la popa suntuosa,
El arte y el ingenio peregrino,
Y la mano sutil y artificiosa,
Y el elevado espíritu divino
Que empleó en la labor maravillosa,
Sin duda lo empleara en otra historia
Para ganar eterna fama y gloria.

En la marina misma allí pintada
Del Egeo revuelto y espumoso,
Pintara aquella célebre jornada,
Aquel gran vencimiento milagroso,
Donde mostró la dulce paz amada
Un rayo de su rostro tan hermoso,
Con Pedro y Diego y Marco, y la florida
Gente del mundo en santa liga unida;

Donde por Pio Quinto y por Venecia,
Y por Felipe, el gran don Juan, su hermano,
Breve consuelo á la afligida Grecia,
Y espanto del imperio del tirano,
De la infelice gente que desprecia
El nombre felicísimo cristiano,
Tuvo tantos marítimos trofeos,
Que pudieron cuadrar con sus deseos.

¡Oh pio! oh santo! oh singular prelado!
Lleno de celo paternal divino,
Vuestro alto intento en viva fe fundado
Abrió al poder cristiano este camino,
Para ver su estandarte enarbolado
En la grande ciudad de Constantino,
Y librar el Sepulcro y Santa Tierra
Del cautiverio injusto y larga guerra:

Teniendo á vuestro intento el aparejo,
Cual en el mundo desear se pudo,
Con el gran Rey, de reyes claro espejo,
Y de la Iglesia diamantino escudo;
Cuyo gobierno y sér, celo y consejo,
Y cuya gran prudencia yo no dudo
Que fué claro milagro con que quiso
Darnos Dios de su ciencia claro aviso.

Llore la santa Madre militante
Con su sacro real cuerpo difunto,
Y cante en gozo eterno la triunfante
Con la alma santa que llegó á su punto:
Llore la triste tierra, el cielo cante,
Donde muriendo, gozo y pena junto
Dió el gran Felipe, á quien de eterna gloria
Será, como de justo, la memoria.

Y no ménos, pontífice famoso,
Tuvistes aparejo para el hecho
En el libre senado poderoso,
Conforme en intencion á vuestro pecho;
Y en aquel fuerte jóven belicoso,
Que general, en general provecho
Del Cristianismo, fué de la jornada,
Digna de ser por única estimada;

Digna de que las plumas cuyo vuelo
Pasa las altas cumbres de Helicon,
La esparzan con la fama en todo el suelo,
Y la coronen de inmortal corona.
¡Oh si á mi pluma concediera el cielo
En esto lo que en vella á mi persona!
Oh si así como vi la gran batalla,
Supiera describilla yo y cantalla!

Al fin, si aquel pintor aventajado
Que mostró procurar por su arte y gloria,
Fuera en adivinar tan extremado
Como en pintar y en escoger historia;
En el sangriento mar allí pintado
No diera aquella célebre memoria
A los furores bárbaros y ciegos
De persas, de romanos y de griegos.

No mostrara su espíritu ingenioso
Los hechos, aunque grandes, de gentiles;
Del gran don Juan el hecho milagroso
Mostrara con sus manos tan sutiles;
Y no en cuatro ó en seis artificioso
Retratará los Héctores y Aquiles,
Sino en todos pudiera retratarlos,
Y en muchos mucho más aventajarlos.

Pues es muy cierto que, aunque igual no fuera
La famosa batalla de este día,
En número ó en fuerzas, á cualquiera
De las cuatro que allí pintado habia,
¿Cuál furia dellas igualar pudiera
Á la infernal de tanta artilleria,
De tanto fiero y tempestuoso rayo,
Del celestial tan infernal ensayo?

Arcabuces, mosquetes, esmeriles,
Pedreros y cañones reforzados
(Por martirio de espíritus viriles,
Por los de inferno y su volcan forjados,
Con que suelen matar soldados viles
Los que apenas miran serian osados),
No usaron las gentílicas armadas,
Y así no pueden sernos igualadas.

Cuanto más, que demas destas no iguales
 Armas, dellas no usadas, espantosas,
 De doscientas y diez galeras reales
 Y de seis galeazas poderosas
 Fué nuestra armada; y los varones, cuales
 Suelen hallarse en cosas tan famosas,
 Fuéron veintiocho mil, seis de Alemaña,
 Doce de Italia, y los demas de España.

Y fué la fiera armada de Otomano
 De doscientas galeras sobre treinta,
 Y sesenta de aquellas que al tirano
 Suelen servir á costa suya y cuenta,
 Galeotas, que el mar Mediterraneo
 Corren con tanto daño y tanta afrenta;
 Y en naciones y en armas diferentes,
 Fuéron treinta y seis mil sus combatientes.

De los cuales la suerte allí trocaron
 Más de diez mil con doce mil cristianos,
 Que en deseada libertad quedaron,
 Dejando aquellos hierros inhumanos;
 Que este gran bien que entonces alcanzaron
 Nuestras cristianas vencedoras manos,
 Es bien con quien en igualdad no cabe
 La victoria mayor que el mundo sabe.

Por todo, al fin, desta naval victoria
 Es sin igual el triunfo y preferido
 A cuantos tiene el mundo en su memoria,
 Y la Iglesia Católica ha tenido;
 Para el gran vencedor de eterna gloria,
 Y de eterno terror para el vencido:
 Obra, al fin, de la paz divina amiga,
 ¡Oh si siempre duraras, Santa Liga!

Y ya que no duraste, ¡oh Liga Santa!
 Como durar pudieras hasta ahora,
 ¡Oh si cual fértil arraigada planta
 En el jardín de la divina Flora,
 Volviesses á brotar ahora tanta
 Flor de eterna virtud productora,
 Que al nuevo excelso rey hicieses della
 Corona de victoria la más bella!

¡Si de Sión con la real conquista
 Hiciese á mi gran rey sacro diadema
 La santa paz del Cristianismo, vista
 En un divino presupuesto y tema,
 Despues que á la insolencia calvinista,
 Herética, cismática y blasfema,
 Su primer golpe echase en el profundo
 Mar de su error sacrilego y inundo!

Despues que los agudos filos nuevos
 De su espada mi rey pruebe, cortando
 Duras raíces y ásperos renuevos
 Del sedicioso, iniel, pérfido bando,
 Con aquellos primeros dulces cebos
 El gusto de altos triunfos incitando,
 ¡Oh santa paz! potente en santa guerra,
 Dale tú el triunfo de la Santa Tierra.

Vaya á tomar la posesion Felipe
 De su Jerusalem sagrada, y della
 Aquel injusto posesor disipe,
 Indigno tanto de reinar en ella;
 Que despues, cual corriente de Aganipe,
 Tras victoria de todas la más bella,
 Africa toda, toda Tracia, todo
 El ancho mundo vencerá á su modo.

Así sea, señor, así el divino
 Os lo conceda, cuanto á su alta gloria
 Sea conveniente, en su real camino
 No discrepando un punto la memoria:
 Así seas, en modo peregrino,
 De poema dignísimo y de historia;
 Así la santa paz, en santa liga,
 Santisimos efectos os consiga.

Pero mientras Garin de la galera
 La belleza riquísima miraba,
 Ella con viento próspero lijera
 El sosegado golfo atrás dejaba;
 Y al tiempo ya que la mayor lumbre era
 En la mitad de su camino estaba,
 Mostrando alegre y claro el horizonte,
 Descubre de Marsella el alto monte.

Con alegre rumor los marineros
 Su cumbre con el dedo señalaban,
 Y á Garin y á los otros pasajeros
 Como nube entre nubes le mostraban,
 Y al favorable viento los lijeros
 Bajeles con el arte apresuraban,
 Ora con el timon, ya con la escota,
 Tomada para el puerto la derrota.

El General subió á la popa en esto,
 Y el contento creció; el rumor cesando,
 Garin se le humilló sabio y modesto,
 El á Garin notablemente honrando;
 A quien en su alto y reservado puesto,
 Ya las mesas alzadas retirando,
 Como admirado de su sér notable,
 Le dice así con dulce voz y afable:

«Dais, padre, de bondad y de prudencia
 Tan grandes muestras, que me habeis forzado
 A que quiera saber de cierta ciencia
 El nombre vuestro, el hábito y estado;
 Y así con toda salva y reverencia
 Os pido aquí, en secreto retirado,
 Satisfagais en esto á mi deseo,
 Si en ello cosa injusta no deseo.»

Con baja voz, humilde y grave, dando
 Un severo y tristísimo suspiro,
 Garin al General responde: «Cuando
 Tu grandeza, señor, contemplo y miro,
 Ese término llano, afable y blando
 Que usas conmigo, cual divino admirio,
 Por ver en tí la clara ilustre lumbre
 De heroica alteza y santa mansedumbre.

»Pedir tú así, señor, es mandamiento
 Que por mí debe ser obedecido;
 Y así el hábito y nombre y nacimiento,
 Y cuanto puede ser de mí sabido,
 Por tu satisfaccion y tu contento
 Como es á tu grandeza y sér debido,
 Con llaneza diré y verdad sencilla,
 Y no sin darte alguna maravilla.

»Cerca de donde Lobregate ameno
 Mezcla sus aguas con el mar profundo,
 De bellezas riquísimas tan lleno,
 Que á ningún rio debe ser segundo,
 Tiene dos islas en su dulce seno,
 Adonde da la que enriquece el mundo
 Todo lo de más gusto y alegría
 Que en los jardines más curiosos cria:

»En una de las cuales retirado
 Vivía un hombre santa y dulcemente,
 A quien fui yo del mar por hijo dado,
 Siéndome el cielo próspero y clemente:
 Oírás, señor, un caso señalado,
 Reveládome á mí por el prudente
 Viejo que me crió de la manera
 Que si su verdadero hijo fuera.

»Contábame que, estando atento un día
 Mirando cómo el mar bravo y furioso,
 Con un levante que le revolvió
 Con porfiado soplo y riguroso,
 Sus altas olas con furor rompía
 En su preciso limite arenoso,
 Atronando la playa que alterada
 Estaba, negra, triste y despolvada:

»Vió llegar fluyendo á la ribera,
 Allí muy cerca de donde él estaba,
 Una ancha y hermosísima vavera
 Que por cosa admirable celebraba;
 La cual, como si alguno la rigiera
 En el rigor de la tormenta brava,
 Los golpes de las olas esquivando
 Del bravo mar, la tierra iba ganando.

»Y al fin llegada y puesta en salvamento
 Donde al soberbio mar la tierra enfrena,
 Un niño echó con admirable tiento
 Fuera del agua en la mojada arena;
 Y luego del reflujo y mar violento
 Sorbida fué de arena y agua llena,
 Quedando yo, que el niño era, tendido,
 Sin pulso, sin aliento y sin sentido.

»El viejo, que mirando atentamente
Estuvo siempre aquella maravilla,
Con presurosos pasos diligente
A ver lo que era yo, llega á la orilla,
Y visto, me levanta, y con ardiente
Celo de caridad á su casilla
Me lleva, y con remedios principales
Vuélveme los espíritus vitales.

»Tenia yo de edad un año, cuando
Fui por este camino así admirable
A ser hijo del viejo venerando,
En cristiandad y en discrecion notable;
El cual, como estuviese vacilando
Con discurso confuso y variable
Acerca de mi nombre y nacimiento,
Y de aquel prodigioso acacimiento:

»Sucedió que quitándome el vestido,
Del tempestuoso mar todo mojado,
En un pequeño reliquiario asido
Un cordón, y con fuerza desatado,
Fué causa que se abriese, y de escondido,
Manifiesto quedó un papel doblado,
Que era una oración hecha en mi ruego,
De quien mi nombre supo el viejo luego.

»Supo que Juan Garin mi nombre era,
Y así me llamó siempre el sabio anciano:
Críome allí desde esta edad primera
Hasta seis años con su industria y mano;
Al cabo de los cuales la ribera
Del mar dejó, la isla, el río y llano,
Y subióse conmigo á Monserrate,
De cuyo asiento gustarás que trate.»

Hizo aquí pausa el sabio religioso,
Como para querer tomar aliento,
Y al mismo punto un tono lastimoso
El hilo rompe de su dulce cuento:
«¡ Hombre á la mar! » dice el proel cuidadoso:
«¡ hombre á la mar! » replica en un momento
La chusma; y como el comitre le ordena,
De golpe amaina la cruzada entena.

Luego por una handa aprieta boga,
Y por la otra á toda furia cia,
Y la galera al triste que se ahoga
Vuelve veloz por la sulcada vía;
Y no con vara, ó pica, ó remo, ó sogá
El socorro prestísimo le envía,
Sino con la barqueta y marineros,
Que al mar se arrojan diestros y lijeros.

Sacan, al fin, al pasajero pobre,
Que de bisofio y mal considerado
Al mar cayó, por confiarse sobre
Un filarete en sueño descuidado;
Y para que el aliento y vida cobre
Se atiende con piedad y con cuidado,
Volviendo la galera ya á su curso,
Y las demas que guardan su discurso.

CANTO V.

ARGUMENTO.

Pinta el discreto monje á Monserrate
Con todos sus regalos celestiales:
Su cuento acaba sin perder quilate
En callar sus secretos principales:
Llega á Marsella, y siente cual le trate
La guerra de las furias infernales,
Yendo á ver el sagrado monumento
De Magdalena, con devoto intento.

Garin, que lastimado y condolido
Del triste que pasó el peligro fiero,
Porque en el alma fuese socorrido,
Fué á velle con cuidado verdadero;
Dejándole ya vuelto en su sentido,
Con el esfuerzo y ánimo primero,
Vuelto al ilustre Alberto y á su intento,
Así prosigue el comenzado cuento:

«Monserrate, señor, la alta montaña
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la felice España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre:

»De quien hácia poniente está distante
Siete leguas, y doce á tramontana
Tiene los Pirineos, y delante
Al mediodía la marina llana;
Por donde, cuando sale de levante
La clara luz de quien el día mana,
Los rayos de oro que en el agua altera,
En el hermoso monte reverbera.

»Cuatro leguas ocupa de la sierra
El ancho asiento al rededor medido;
Y el grande río que en el mar se encierra
Allí donde yo fui del mar traído,
Fertiliza del pié la verde tierra,
De las aguas del monte enriquecido,
Que son muchas, muy claras y agradables,
Dulces, suaves, frias, saludables.

»La belleza, la gala y compostura
De toda la montaña es admirable;
La varia y hermosísima espesura
No puede ser más linda y agradable:
La eterna y fertilísima verdura
Es en extremo dulce y deleitable;
Hasta los riscos ásperos y yertos
Están de flores y árboles cubiertos:

»Los riscos, cuyas cimas hasta el cielo
En forma de pirámides subidas,
Bastan á divertir y dar consuelo
A las más tristes almas y afligidas;
Que, ora cubiertas de importuno hielo,
Ora se muestren verdes y floridas,
Solo el orden y traza de su asiento,
Cuanto es de admiracion, es de contento.

»Ni en los famosos tempes de Tesalia,
En la mayor riqueza del Peneo,
Ni donde más las ninfas de Castalia
Enriquece el arroyo Pegaseo,
Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,
Ni en lo mejor del Arabe ó Sabeo,
Algún lugar con Monserrate igualo
En belleza admirable y en regalo.

»Cual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reino poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso,
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestre el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces y pineles;

»Así parece desde lejos vista
La sierra, porque están los riscos puestos
Con tal concierto, que uno de otro dista
Casi á nivel en el altura y puestos:
Engañan al juicio y á la vista,
Que parecen por arte estar dispuestos,
Y por entre ellos ver con varias luces
Templos, almenas, capiteles, cruces.

»Están las peñas como si aserradas
O partidas á mano hubiesen sido,
Ménos ó más en partes levantadas,
Segun ménos ó más hayan crecido;
Y de velas la gente así cortadas,
Y el monte en tantas partes dividido,
Fué Mont Serrat en catalán llamado,
Que es lo mismo decir monte aserrado.

»Pero la universal lengua de España,
De Mont Serrat llamóle Monserrate,
Y así se ha de llamar esta montaña
Por cualquier que en tal lengua della trate:
Fuera otra cosa afectacion extraña,
Y quitar á la lengua su quilate,
Pues es en ella propio ya tal nombre,
Y así es razon, señor, que yo la nombre;

» Aunque es mejor nombralla un paraíso,
Segun es la alegría y el consuelo.
De que dotar del monte el aire quiso
El liberal y favorable cielo:
Gozo divino, celestial aviso,
Lleno de sacra luz, claro desvelo,
Influye el rico clima eternamente
Del fértil y alto monte al aire ambiente.

» Y á las innumerables plantas bellas
Influye varios y abundantes frutos,
De que con liberales manos ellas
Al hombre en todo tiempo dén tributos;
Y á las yerbas las flores como estrellas
Hasta en los secos riscos más enjutos,
De quien el viento ofrezca á los sentidos
Los ámbares y almizques mas subidos.

» De fieras y aves ¿quién pintar podría
La multitud, belleza y mansedumbre?
De sus voces y cantos y armonía
¿Quién referir el gusto en su costumbre?
Hacen al hombre amiga compañía,
Cual si razon humana las alumbre,
Con gusto que el espíritu levanta
Al Hacedor de maravilla tanta.

» Y así las espesuras espantosas,
Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,
Las altas sendas, asperas, fragosas,
La regalada suavidad de olores,
Las oscuras cavernas temerosas,
Y del aire los claros resplandores,
Se conforman de suerte en dar contento,
Que no desea más el pensamiento.

» Y el ver desde amenisimos lugares
Que tiene á cada paso la montaña,
Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,
Los altos montes término de España;
Y aun las fértiles Islas Baleares
Se pueden ver, tal es su altura extraña,
Que están dentro del mar doscientas millas,
En frente de las liberas orillas.

» Es un regalo, un gozo, una belleza,
Y un entretenimiento tan gustoso,
Que levanta el espíritu á la altura
Del deseado celestial reposo:
Al fin, allí extremó naturaleza
Todo lo más suave y más hermoso,
Y todo lo que más mueve y aviva
La santa soledad contemplativa.

» Allí fué pues, señor, donde el discreto
Viejo conmigo se subió escondido;
Aquel puesto mas áspero y secreto,
Por mas á su propósito escogido;
Y allí de mi niñez el ya inquieto
Bullicio fué en sus obras convertido,
Siéndome el sabio anciano juntamente
Dulce padre y maestro diligente.

» Tal le gocé veinte años en aquella
Vida llena de gusto y de consuelo,
Solo aspirando y procurando en ella,
Con eficaz deseo y santo celo,
La vida eterna que en la patria bella
Al hombre ofrece el Hacedor del cielo;
A la cual él subió con gozo y canto,
Quedando solo yo con pena y llanto.

» Y así como quedé, perseverando
En aquella dulzura solitaria,
Otros veinte años he vivido, obrando
La vida al cuerpo y alma ya ordinaria:
Hasta que al fin de tanto tiempo, cuando
Era aquella quietud más necesaria,
Por suceso importante me es forzoso
Hacer este viaje trabajoso.»

Aquí dió fin al cuento de su vida
El afligido monje sabiamente,
Y mostró de su pena dolorida
Lo que él quiso encubrir como prudente;
Y al punto la galera, que traída
Era del fresco y próspero poniente,
De Marsella tomó el seguro puerto
Con grande salva y singular concierto.

Ya estaba en l' alta puerta de levante
La noche á la salida aparejada,
Y ya pasado el ancho mar de Atlante,
El día apresuraba su jornada;
Cuando Garin, en devoción constante,
Con licencia difícilmente dada,
Fué á visitar el santo monumento
De aquella dama del precioso unguento.

Todo encendido en el divino ejemplo
De aquella pecadora tan gran santa,
Quiere ver el sepulcro, cueva y templo
Donde ella hizo penitencia tanta:
Para allá parte, y dice: « Si contemplo
Lo que un contrito espíritu levanta
La penitencia y oración continua,
Ellas repararán mi gran ruina.

» Si en vos, dichosa Magdalena, miro
El primer nombre deslustrado y feo,
Y el segundo lustroso y lindo admiro,
Que ser trocado en penitencia veo;
Con justa causa á penitencia aspiro,
Con gran razon la busco y la deseo.
Animado, aunque indigno y miserable,
Con vuestro santo ejemplo memorable.

» Aquel santo Señor por mí enclavado
En alta cruz delante á vuestros ojos;
Aquel que vistes vos resucitado,
Lleno de mil trofeos y despojos,
Siendo de mí como de vos amado,
El reparo será de mis enojos:
En él espero yo con vuestro ejemplo,
Aunque inmérito tanto me contemplo.»

Diciendo así, el andar apresurada
El contrito animado penitente,
Cuando ya el sol del todo se encerraba
En el mar de las Indias de Occidente,
Y de la parte donde él iba, estaba
En medio del camino justamente;
Cuando con grave horror oyó un gemido
Cerca de sí, lloroso y dolorido.

Y vuelto el rostro á la siniestra mano,
Entre una espesa y áspera maleza
Vió abierto un corto paso, facil, llano,
Aunque lleno de espanto y de tristeza:
Hizo allí fuerza el apetito humano
De investigar las cosas de extrañeza,
Y así volvió, aunque á espacio y receloso,
El paso al paso triste y temeroso.

Guióle á aquella parte donde oía
La voz llorosa que á su son le lleva,
Una pequeña lámpara que ardia
Al fin del paso en una angosta cueva:
A la puerta llegó, y no bien ponía
Los pies en ella, cuando en forma nueva
Y en tono triste, humilde, afable y blando,
Así la voz sonó siempre llorando:

« Oh tú que con divino y santo celo
Y con alma contrita y dolorida
Procuras el reparo y el consuelo
De tu pesada y misera caída!
Quéjate del rigor bravo del cielo,
Duelete de tu amarga y triste vida,
Blasfema y aborrece el ser criado
Para tan miserable y triste estado.

» ¿ Adónde vas, cuidadoso peregrino,
Mil mares y mil tierras travesando,
Piedad, favor y gracia en el divino
Juez rigurosísimo esperando?
Vuélvete, ó pára aquí de tu camino,
Que en vano vas; oh triste! agonizando:
Yo lo sé, no lo dudes, yo te aviso:
No hay silla para ti en el paraíso.

» Y porque creas lo que digo, advierte:
De España vienes; Juan Garin te llamas;
Con torpe estupro y con injusta muerte
De una doncella misera te infamas;
En el infierno con tormento fuerte
Tu asiento tienes entre eternas llamas:
Con lastima de prójimo y con duelo
Sentencia irrevocable te revela.

«La cual, si me ha mandado que te diga
El Juez, que es solo quien saberla puede,
Es porque se repare tu fatiga
Mientras la mortal vida te concede,
Dándote la fortuna siempre amiga
Mientras contigo en este mundo ruede;
Y alcances esto por tus buenas obras,
Ya que el infierno por las malas cobras.

«No te congojes, pues, ni así afanado
Andes en tu esperada penitencia:
Huye de Roma, donde tu pecado
Se sabe ya con presta diligencia:
El mismo Conde, fiero y lastimado,
Acusa tu sacrilega insolencia.
Hallado el cuerpo do la ve patente,
Y cuanto es justo la exagera y siente.

«Y para que mejor; oh Garin! creas
Que no ha de ser tu culpa perdonada,
Y el gran rigor del Juez del cielo veas,
Como si vieses su sangrienta espada;
Yo triste ahora entre las almas feas,
En la pena más fiera y lastimada,
Eternamente lloro, gimo y peno,
Habiendo sido en alto grado bueno.»

Aquí cesó la triste voz, y al llanto
Primero se volvió con ronco acento:
El monje queda cual si un fuerte encanto
Le atara el corazón y el pensamiento:
El fiero horror, el infernal espanto,
Ni da á la vista paso ni al aliento,
Ni deja al alma la espantosa pena
Discurso ni razón ni cosa buena.

Cual estatua de piedra el monje estaba,
Sin movimiento y sin color, pasmado;
Cuando la luz pequeña que alumbraba
El aposento triste y asombrado,
Con una furia temerosa y brava,
De un turbion repentino arrebatado,
En humo espeso y negro fué resuelta,
Y en él se fué la triste cueva envuelta.

Solo Garin quedó en el campo abierto,
Del espanto primero conmovido,
Con el segundo bravo desconcierto
Del repentino desigual ruido;
Y junto á un grande pozo y al desierto
Camino que á la cueva le ha traído
Se vió Garin, y casi estuvo dentro,
Con la intención, de aquel profundo centro.

Pero ya que el confuso desvarío
A la flaqueza humana sojuzgaba,
Y faltando del alma el santo brio,
A punto ya de ser rendida estaba;
Sin que supiese él cómo, el albedrío
De aquel peligro el paso retiraba
Al asombrado y flaco peregrino
A mano diestra por el buen camino.

Y como si de un impetu de viento
Contra su voluntad fuera llevado,
O si algun repentino encendimiento
Le siguiera con vuelo acelerado,
Vuelve á seguir el comenzado intento
Con prestos piés por el camino usado;
Y en breve tiempo llega al templo santo,
Y allí renueva su angustioso llanto.

Póstrase ante el altar de Magdalena
Con presuroso respirar rendido,
Al presto movimiento y á la pena
Que con tanta congoja le han traído;
Y sin poder hablar, y sin que apena
Se pueda aprovechar de algun sentido,
Pasmado se quedó, como si fuera
Voto ofrecido allí de tabla ó cera.

Así gran rato está; pero ya cuando
Se vino poco á poco recogiendo
El espíritu pobre, que volando
Andaba ya de su mortal huyendo;
Cual de profundo sueño despertando,
Rios de amargas lágrimas vertiendo,
Con sollozar tristísimo y amargo
Vuelve Garin de aquel desmayo largo;

Y dice con llorosa voz, salida
De un ronco pecho convertido en hielo:
«¿Quién trocó la esperanza de mi vida
En tan desesperado desconsuelo?
¿Qué mar, qué tierra podrá dar cabida
A quien así la niega el justo cielo?
¿Adónde iré ó qué haré, cuñado,
Tan miserablemente condenado?»

«¿Es esta la dulcísima esperanza
Que con tanto cuidado me traía
A santa penitencia, y que en bonanza
El alto mar de mi dolor tenía?
Es esta aquella bienaventuranza
Que mi santo viaje prometía,
Yendo á los piés del Sumo Sacerdote
A demandar el saludable acento?»

«Que cuanto la tremenda voz y horrible
De mi me ha dicho sea verdad sin duda,
En cuanto á quien yo soy y á la terrible
Culpa que de la gracia me desnuda,
Conozco ser verdad cierta, infalible;
Queda mi lengua contra ella muda;
Mas que á mi llanto falte en Dios clemencia
Tengo por dudosísima sentencia.

«Y así dudoso en esto, y no dudoso
En que Dios puede al pecador cuidado
Más perdonalle con amor piadoso,
Que pecar él con corazón trocado;
Temiendo de mi parte el congojoso
Dolor de haber en su camino errado,
¿Cómo puedo creer la irrevocable
Sentencia que esta voz dijo espantable?»

«Pero ¿qué voz osar pudiera tanto;
Que con tanta certeza pronunciara
De parte del Juez tan justo y santo
Sentencia tal, definitiva y clara?
En todo veo un mar de inmenso llanto;
Todo en dolor, en pena todo pára,
Ó sea el llanto que el perdon merezca,
O el que por tal sentencia se padezca.

«Y así, por tan intrínsecos cuidados,
Con miedo horrible, con temor horrendo,
Con dolores vivísimos, causados
De asombro tan atroz, tan estupendo,
Llorad sin descansar, ojos cansados;
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo;
Formad un mar inmenso en mi de pena,
Y la culpa anegad que me condena.»

Así lloraba, así su pena amarga
Con dolores vivísimos sentía,
Mientras la noche triste, al triste larga,
El usado camino proseguía:
Al fin, juntado á la pesada carga
De tormentos que tanto le afligía,
Un sueño pesadísimo rindióle
Y el alma á sus fantasmas entrególe.

El triste sueño, grave y congojoso
Le trabó los sentidos trabajados,
Y al alligido espíritu cuidadoso
Dejó solo en las penas y cuidados:
Allí del fuerte trance riguroso
Contusamente vió representados
Los pasados tristísimos horrores,
Los peligros, las penas y temores.

Y particularmente el sueño vano
Le representa aquel oscuro centro,
Aquel profundo pozo que en el llano
Al triste fué tan peligroso encuentro;
Y que le arroja con horrenda mano
Uno vestido de ermitano dentro,
El cual era en el hábito el del monte,
Y en las manos y cara un Aqueronte.

Pero ya, cuando la amorosa estrella
Recogía su luz resplandeciente,
Y la rosada aurora, alegre y bella,
Salía por las puertas del oriente,
La vió en sueño salir, y á par con ella,
Pero más adornado y más luciente,
Un jóven vió salir, y que guiaba
Hacia el ardiente pozo donde estaba.

Dos alas hermosísimas batía
El bello jóven en el largo vuelo
Con que lijeramente descendía
Por el abierto iluminado cielo :
Severo el lindo rostro si traía ,
Mas echaba mil rayos de consuelo ;
Y al afligido y misero llegado ,
Así le dice en tono sosegado :

« Levanta, no desmayes, persevera,
Esfuerza, no te rindas, cobra aliento ;
Vuelve mas animado á la carrera ;
Confía, y sigue tu primer intento .
Ya ves que vengo de la excelsa esfera,
Donde podrás tener eterno asiento ;
No creas las pasadas ilusiones ;
Dios oye los contritos corazones. »

No dijo más, sino alargó la mano,
Y al cabello la echó del que dormía,
Y del gran pozo por un paso llano
Tras si le trae allí donde yacía ;
Y luego el mensajero soberano
Vuelve lijero á la alta gerarquía :
Con el alma Garin le sigue alerta,
Entrar le ve, y hállase despierto.

Temblando, y el cabello espeluzado,
Se vió despierto ante el altar tendido :
Estuvo un rato así ; pero animado
Y al discurso y razon restituido,
Siéntese internamente consolado
De un divino consuelo no entendido :
Tiernas lágrimas riegan sus mejillas,
Y dice así, lloroso y de rodillas :

« ¿ Qué hielo riguroso diamantino
Hará, Padre piadoso, resistencia
Al fuerte rayo de ese sol divino
De tu inefable altísima clemencia ?
Animas á este pobre peregrino
A que prosiga y haga penitencia ;
Abresle de tu gracia la ancha puerta ;
Quieres, Señor, que viva y se convierta.

» Yo lo conozco verdaderamente :
Era ángel tuyo el que he visto yo ahora
Salir y entrar en el umbroso oriente
Por las doradas puertas de la aurora :
Ya siente el fuego de tu amor clemente
Esta alma tuya, que sus culpas llora,
Y se apercibé en tu servicio y nombre
A dar al traste con el viejo hombre. »

Así se consolaba, confirmado
En la verdad de la vision divina :
Desta suerte se anima, ya esforzado
Con aquella preciosa medicina :
En esto del oficio acostumbrado
La santa hora del alba se avvicina,
Y entraron luego al santo ministerio
Los cultores del sacro monasterio.

Gimiendo siempre, siempre en tierno llanto
Pasó las horas del divino oficio,
Mostrando valerosamente cuánto
Vuelve ya á confiar de su ejercicio :
El que gobierna el monasterio santo,
Llegado al fin el alto sacrificio,
A Garin llega, y con amor le ofrece
Todo lo que conoce que merece.

Era Garin de aspecto venerable,
Aguileña nariz, enjuta cara,
Alegre vista, gravemente afable
Con humildad y con modestia rara ;
Blanco, rubio, dispuesto y de agradable
Compostura, que daba muestra clara,
En amable apariencia, ser persona
Que de nobleza y cristiandad se abona.

Y así el monje prudente conociendo,
Luego en viendo á Garin, que merecía,
En su notable aspecto y reverendo,
Cumplida y amigable cortesía ;
Hospedaje carísimo ofreciendo
Con palabras discretas de alegría,
Su voluntad, su celda y mesa ofrece,
Y él la caricia acepta y la agradece.

Van á la celda á entretenerse hasta
Que se llega la hora de la mesa,
Dando cuenta de si la que le basta
A quien sus cosas con prudencia pesa ;
Que almacén de palabras no se gasta
Adonde es dellas la razon turquesa,
Porque las saca solamente al justo
Con la verdad, con el provecho y gusto.

CANTO VI.

ARGUMENTO.

Pinta la sacrosanta Eucaristía,
Y la alta concepcion immaculada
Y la asuncion triunfante de María,
Y Magdalena á penitencia dada,
Y Agueda, que á la gloria el alma envía ;
Y es la grande Judit aquí pintada :
Juntando sus dulcísimos primores
Pluma y pincel en versos y colores.

Era el sabio frances discretamente
Curioso, y lo mostraba su aposento :
Gozaba de las musas éi ardiente
Fervor y afecto de divino aliento :
Con el arte de Apéles excelente
Adornada en igual compartimiento
La celda está, y entre el color diverso
Altos relieves de divino verso.

Enfrente de la puerta la pintura
Muestra á la vista con belleza y arte
El pan de ángeles santo, en la figura
Que el alto amor al hombre le reparte ;
Y en un gran carro de triunfal hechura,
Cual los que ofrece el victorioso Marte,
Aunque de su soberbia no adornado,
En alto asiento de oro era llevado.

No feroces caballos saltadores
Tiran el carro con soberbia huella ;
No muestran ruedas y armas los rumores
Ir levantando á la mas alta estrella ;
No trofeos de humanos vencedores
Hacen la pompa más vistosa y bella ;
Y no cautivos hombres esforzados
Van al divino carro encadenados.

Mansos corderos sosegadamente
Con paso humilde el santo carro tiran ;
Suave són parece que se sienten,
Con que los ojos al oído admiran :
Los trofeos del brazo omnipotente
Són tales, que á rendir el mundo aspiran,
Y los aprisionados, prisioneros
Del hombre, són los enemigos fieros.

Cinco eran estos en disforme traje :
Uno desnudo, en todo extremo feo ;
Otro adornado de humano linaje,
Con varias formas de pomposo arreo ;
Otro revuelto en femenil ropaje,
Todo manando sensual recreo ;
Otro en forma de bestia torpe y bruta ;
Otro de huesos armadura enjuta.

Estos en sus prisiones diamantinas
Vienen detras al sacro carro atados ;
Otras figuras raras y divinas
Ornan las anchas ruedas y los lados :
Cuatro bultos están en las esquinas
Con majestad altísima asentados,
Que son hombre, leon, águila y toro ;
La fe es cochero en rico asiento de oro.

Pero como el frances discreto había
Juntamente pintado el aposento
Para emplear tambien su poesia
Con celestial espíritu y aliento,
En este primer cuadro parecia,
Por admirable traza y ornamento,
El verso lleno de artificio y ciencia,
De quien es tal la altísima sentencia :

«El que no cabe en el inmenso cielo,
Y en breve humanidad cupo encubierto;
El que viste nacido en heno al hielo,
Y en cruz despues tras mil tormentos muerto;
El que, en manjar de celestial consuelo
Se da á las almas por su bien, cubierto,
Es triunfador del enemigo fuerte,
Del mundo y carne, del pecado y muerte.»

La dulzura del verso regalado,
La gala que en sus términos comparte,
Y el artificio bien considerado
Con que el alto concepto se reparte,
Fué el epigrama por Garin loado;
Y vuelto el rostro á la derecha parte,
Mira de la divina Virgen pura
La limpia concepcion puesta en figura.

Una doncella en perfeccion hermosa,
Del claro sol vestida y adornada,
Se muestra en la pintura artificiosa,
De doce estrellas de oro coronada;
Y una sierpe mortifera enconosa,
Abierta la cabeza y quebrantada,
Se ve tendida estar sin fuerza alguna
Ante sus piés, que estriban en la luna.

Al rededor de la figura santa,
Mostrando sus virtudes y loores,
Aquí un árbol se muestra, allí una planta,
Y allá un cerrado huerto con mil flores;
Allá un lucero, acá una fuente, y tanta
Diversidad de gracias y favores,
Cuanto el verso dulcísimo mostraba,
Que así la alta pintura declaraba:

«Alegre día dió este sol hermoso,
Huyó la noche de esta luna llena,
Aseguró este norte el mar dudoso,
Con esta fuente fué la tierra amena:
Echó la muerte al centro tenebroso
La luz que al mundo dió esta luz serena,
Al tiempo que llegó el empujado tiempo;
Que al tiempo se entregó el Señor del tiempo.»

Esta suerte los versos sonoros
Muestran la virginal sacra pintura,
Juntando en sus secretos misteriosos
Heróica alteza y cordial dulzura:
Dos cosas que los mas artificiosos,
En la mas elevada compostura
Procuran con acorde melodia,
Para llegar al fin de la poesia;

Dos cosas en que fundan sus poemas
Los que la heróica gravedad imitan,
Con dulce voz cantando obras supremas
De ejemplos graves que á virtud incitan;
Y estos, para alcanzar nobles diademas
De eterno lauro, en todo se habilitan;
Pues si á lo dulce lo útil fuere junto,
En todo se tendrá el debido punto.

Vuelven la vista á la pared que enfrente
Está de la segunda que han mirado,
Donde ven el clarísimo oriente
De luz divina todo iluminado;
Y en él la puerta altísima patente,
Toda adornada de uno y otro lado
De los santos ministros celestiales
Y de sus cortesanos principales.

Estaban divididos en hileras
Aquellos admirables escuadrones;
Al aire tremolaban mil banderas,
Mil heróicos trofeos y pendones:
Mostraban ser suavemente fieras
Altas trompetas y marciales sonos
Que en la boca, en las manos y á los lados
Traían puestos músicos alados.

Viase por entre estas maravillas,
Por este alarde altísimo triunfante,
Ser levantada á las más altas sillas
La humilde amada del excelso amante:
Ponen, por donde pasa, las rodillas
Cuantos la ven, en viéndola delante:
Al brazo de su Hijo va apoyada
La Virgen Madre, como tal honrada.

No hay pluma que al pincel artificioso
Pueda igualar en la sutil pintura:
Tan altamente muestra aquel glorioso
Y sacro triunfo de la Virgen pura:
Aquí del rico verso numeroso
La bien compuesta y facil escritura,
Con el usado gusto y gallardia
Esto en breves razones contenia:

«La paloma sin hiel, la real ave
Que con sus soles mira al sol de hito;
La pertrechada y bella y rica nave
Que al mundo trajo el blanco pan bendito;
La que en su claustro con virginea llave
Tuvo y guardó encerrado al infinito,
Paga á la muerte temporal tributo,
Y coge de la vida eterno fruto.»

Admirado Garin de la belleza
De la sutil pintura delicada,
Y de la majestad y sutileza
De la alta rima dulce y regalada;
Con devota y dulcísima ternera
Vuelve la vista alegre y consolada
Hacia la puerta, y á su diestra parte
Descubre otra riqueza de aquel arte.

De la santa patrona de la ermita
La penitencia el cuarto cuadro muestra:
Estaba la apostólica bendita,
De penitentes única maestra,
Con lágrimas mostrando la infinita
Constancia en la asperísima palestra;
Que así llamo la cueva peñascosa
Adonde ella quedó tan victoriosa.

No allí rubio color del oro fino
Mostraba el hermosísimo cabello,
Ni aquella tez de lustre diamantino
Se vía en las mejillas, frente y cuello;
Y no el color rosado peregrino
Hacia el tierno y dulce labio bello,
Ni en los hermosos ojos parecia
La luz que tantas almas encendia.

Encarnizados, tiernos y sumidos
Se ven los ojos, blandos y llorosos;
Cárdenos, levantados, denegridos
Están los labios, secos y escabrosos:
Es la tez de morados esparcidos
Con mortales colores espantosos;
Y color ceniciento y negro envuelto
Muestra el cabello, corto ya y revuelto.

Sobre la rigurosa peña dura
Está la Santa puesta de rodillas,
Regando en la santísima amargura
Con rios de los ojos las mejillas;
Y parecia en la sutil pintura,
Que, absorta en las divinas maravillas,
Decía el santo corazon contrito
Esto que estaba ante sus piés eserito:

«A ti, Señor, que con pasion tan fuerte
Esta alma inobediente redimiste,
A ti se humilla y llama y se convierte,
Con inmenso dolor turbada y triste:
Tú, que para trocar su amarga muerte
En dulce vida, al suelo descendiste,
Tú la recibes; á ti, Señor, la entrego;
Que es para verte tarde para luego.»

Esta suerte parece realmente
Que la muda pintura está diciendo;
Espiritu tan alto y tan vehemente
Le fué el pintor rarísimo imprimiendo:
Arrebatada de Garin la mente,
Con dulce y leve vuelo, fué leyendo
Los santos versos, y con llanto amargo
Volvió despues de aquel consuelo largo.

Van luego á ver el postrer cuadro, puesto
A la parte siniestra de la puerta,
Y descubren, en viéndole, un recuesto
De una grande montaña seca y yerta,
Y un tirano bravísimo dispuesto
A dar á un pueblo una doncella muerta:
El monte es Mongibelo, y el tirano
El cruel y torpísimo Quinciano.

La virgen santa, delicada y bella,
Es Agueda, y Catania el pueblo injusto:
Muéstrase del tirano la querella
Ser por no haber querido dalle gusto:
Vian de la bellissima doncella
Aquel cuerpo castísimo y augusto,
Con lastimosa muestra ensangrentado
Del tierno pecho con rigor cortado.

Y aunque de aquella tan cruel herida,
Y de duros azotes otras tales,
Está la virgen con rigor herida
Por mil furiosas manos infernales.
Su celestial belleza aun no perdida
Daba de sí mil rayos celestiales;
Todo lo cual moviera un tigre hircano,
Y el verso más, que dice así al tirano:

«Corta, tirano torpe, el tierno pecho
Con duro hieiro en tu furor templado;
Haz que en sangre y en lágrimas deshecho
Quede este casto cuerpo delicado:
Pon esa virgen en el fiero estrecho
De cruel muerte, á que la has ya entregado:
Muestra en su mayor punto tu venganza;
Que ella muriendo la victoria alcanza.»

Así el cuadro postrero de pintura
Que la celda bellissima adornaba,
Aquel cruel martirio que asegura
Del fuego de Etna, al catanes mostraba:
La gala, el artificio y la durezza
De la pluma y pincel Garin loaba,
Y con admiracion, gozo y contento
Acabaron de ver el aposento.

Y por ancha ventana, que de puerta
Para salir á un corredor servia,
El cual lindo jardin y bella huerta
Y montañas y mares descubria,
Ambos salieron, donde no desierta
En parte alguna la pared se via,
Sino adornada de otra sacra historia,
Digna de eterna y singular memoria.

De aquella dama tan hermosa cuanto
De santidad y de valor dotada,
Que la fiera cabeza que fué espanto
De tanto pueblo y tanta gente armada
Metió en Betulia, á quien libró del llanto
A que estaba del todo ya entregada,
La historia ilustra el corredor hermoso,
Por el mismo pincel artificioso.

Holoférnes se via en campo puesto,
De innumerable ejército seguido,
Grandes provincias discurrir, dispuesto
A que por dios su rey fuese tenido;
Y en este injusto y vi no presupuesto
El juicio anegado y pervertido,
Se via pervertir pueblos potentes
Y anegarlos en sangre de inocentes.

Los montes de Ange, de altas fuerzas llenos,
Llanos se vian á su fuerza brava:
El Eufrates pasado, en sus amenos
Pueblos Mesopotamia le mostraba:
Desde Sicilia al mar los anchos senos
De páramos y valles ocupaba,
Sangre humana por todo y fuego horrendo
El inhumano idólatra vertiendo.

A los campos dulcísimos descendiendo
Del ameno Damasco á la cosecha,
Y mieses, viñas y árboles enciende,
Tala y destruye y por el suelo echa:
Destruir, asolar, hundir pretende;
Con él lástima ó ruego no aprovecha;
Temor infunde con su horrible guerra
Sobre cuantos habitan la ancha tierra.

Y el consejo de Aquior menospreciado,
Echándole de sí afrentosamente,
Se acerca al pueblo de Israel amado,
Sin temor de su Dios omnipotente;
Y amenazando al mundo con su airado
Hierro cruel y con su fuego ardiente,
La ancha tierra cubriendo cual langosta,
Llega á Betulia por su sierra angosta.

Cerco espantoso al triste pueblo pone,
Los valles y los montes ocupando;
Sobre las fuentes guardias mil dispone,
El agua importantísima quitando:
Así traza la empresa y la compone,
A la sed la victoria encomendando:
Salen los de Betulia, en arma puestos,
A defender fortificados puestos.

Pero la sed es enemigo fuerte,
A quien la humana fuerza no resiste:
Presente tiene inevitable muerte
El pueblo fiel, ó cautiverio triste:
A su Dios, Dios de ejércitos, convierte
Su espíritu, y cilicio y saco viste:
A su príncipe Ocia acude y culpa,
Y él del remedio trata, y se disculpa.

Pero entre estos efectos diferentes
Que el pincel sutilísimo mostraba,
De inmensa multitud de armadas gentes
Y de aparatos de la guerra brava,
Y de pasos tomados y de fuentes
Que el cruel defendía y agotaba,
Una dama bellissima se via
Que de Betulia á pelear salia.

A pelear Judit y á vencer sale;
Así es cierto, aunque en ella no parece
Arnes de acero y oro, que honra y vale
Al noble y fuerte que á vencer se ofrece:
De otro, á quien no hay alguno que se iguale,
Viene armada la dama, y resplandece
Santa virtud, heróica, inconstable,
Invencible belleza incomparable.

Divina compostura jamas vista,
Celestial aire, soberana gala,
Que corazones y ánimos conquista
Y con santas victorias se señala:
Iman divino de la humana vista,
Por donde al alma gloria ofrece, y dala
Cuanto beldad humana darla puede,
Y cuanto al alma en tierra se concede.

De piedras preciosísimas con oro,
Con esmaltes y perlas variadas,
Ropas de seda y plata que un tesoro
Muestran valer, traia matizadas:
Alto diadema con real decoro,
Anillos y collares y arracadas
Le adornan con bellísimas parejas
Cabeza, manos, pecho, cuello, orejas.

Al alma santa de virtud ornada,
Que ser hermosa en perfeccion desea,
Cuerpo de perfeccion tan señalada
Divinamente adorna y hermosea;
Y al cuerpo de beldad tan acabada
Haciendo vistósísima librea,
Fortuna la riqueza inmensa ofrece
Que en el alto ornamento resplandece.

Los poderosos bienes de fortuna,
Sobre los altos bienes naturales,
Levantán sobre el cerco de la luna
Los pensamientos y ánimos mortales:
No ve á la gran Judit persona alguna
Que con mil bendiciones celestiales
No alabe al Hacedor, que en tal hechura
Mostró su omnipotencia y su figura.

Y el Señor, que llevaba al hecho grande
La santa y hermosísima señora,
Le infunde gracia, ó hable ó mire ó ande,
Con virtud que almas rinde y enamora;
Porque, aunque en componerse se desmante
La viuda tan curiosamente ahora,
Pende de alta virtud heróica y pura,
No de otra causa, aquella compostura.

Y así el Señor le da que cuantos ojos
Contemplan su belleza y ornamento
Le rindan vasallaje y dén despojos,
Sujetándole el alma y pensamiento:
Destierra, por do pasa, los enojos;
Da, donde llega, celestial contento:
La puerta Ocias manda se le abra;
Sale sola Judit con su fiel Abra.

Admirados mirándola, y al cielo
 Los ojos y las manos levantando
 Los de Betulia quedan, su consuelo
 Por medio de Judit sola esperando :
 Muestra el pincel el santo afecto y celo
 Con que parece estarla encomendando
 El clero, el pueblo y las hebreas madres
 Al alto Dios de sus antiguos padres.

Mas adelante, al fin, la heroica dama
 Se muestra descendida ya del monte,
 Al tiempo que del sol la viva llama
 Comenzaba á ilustrar el horizonte,
 Del fresco y rico aljófár que derrama
 La alegre mensajera de Argifonta
 Sembrado el hermosísimo cabello,
 Que el cielo parecia componello.

Por los exploradores parecia
 Presa Judit, y luego en la ancha tienda
 Del principe Holofernes se ofrecia
 Cual admirable, rica y rara ofrenda :
 La inmensa admiracion que en él ponía
 El arte muestra, y hace que se entienda
 Ser al momento preso de su vista,
 Sin que en él haya cosa que resista.

Víase entralla en su real tesoro,
 Al fiel eunuco Vagao entregada,
 Do parece en castísimo decoro
 Ser y en su gusto y religion guardada :
 Luego entre vasos de altas joyas y oro
 Grande cena se muestra, y ser sacada
 La santa dama, más que nunca linda,
 Do el encendido principe la brinda.

El Principe, encendido y abrasado
 En dos ardientes fuegos infernales :
 Amor el uno, amor, el engendrado
 De torpes apetitos sensuales ;
 El otro el vino, el vino, en vicio usado,
 Que causa tantos, tan infames males :
 A injusto amante el justo incendio vino,
 Y á quien quitaba el agua abrasa el vino.

Tras esto, el caso heroico, el alto hecho
 Subidamente al vivo parecia,
 Do con su espada el bárbaro, en su lecho
 Durmiendo, á manos de Judit moria,
 Cortada la cabeza, que en estrecho
 Zurrón la diestra y fiel Abra ponía,
 En tanto que la heroica dama, donde
 El cuerpo yace, entre el dosel le esconde.

Ya fuera de la grande tienda, y fuera
 De los alojamientos caminando,
 Cual si á rezar, como solía, fuera,
 Se ven las dos que el valle van girando ;
 Y á la puerta llegada donde espera
 Betulia, de su vuelta ya dudando,
 Desde algo léjos á la guardia alerta
 Muestra decir Judit : «Abrid la puerta.»

Cercada de su pueblo ya gozoso,
 Puesta en alto con grande luminaria,
 La fuerte diestra en modo victorioso
 Alzando la cabeza temeraria,
 El hecho cuenta, y da el ardid famoso
 Para vencer la gente infiel contraria,
 Dando gracias, loor, honor y gloria
 Al gran Dador de aquella gran victoria.

Mostraba en otra parte la pintura,
 El cielo arrebolado ya y sereno,
 Descubrir el adorno y hermosura
 Del monte fértil y del valle ameno,
 Y la admirable forma y compostura
 Del campo militar, de espanto lleno
 Cuando en tu muro ; oh pueblo fiel! disciernes
 Colgada la cabeza de Holofernes.

Y desde él, con altísimos clarines
 Arma tocando en levantado grito,
 Hasta los aledaños y confines
 Llegas de aquel ejército infinito,
 Donde cumplido ves con tristes fines
 Del pensamiento de Judit bendito
 El fin alegre de su excelsa gloria,
 Poniéndote en las manos la victoria.

Esta se via retratada tanto,
 Que á quien la mira atentamente infunde
 Horror y asombro tal, grima y espanto,
 Que turba los sentidos y confunde :
 Muerte cruel en su profundo llanto,
 Sin quedar hombre, el fiero bando hunde,
 En mar de sangre el campo infiel convierte,
 Y en altos montes de hombres muertos muerte.

Y aquí era el fin de la sutil pintura
 Que en los dos lados de la puerta estaba,
 Sobre la cual se via la figura
 De Judit, y debajo se mostraba
 Que un epigrama en dulce compostura
 La bendecia y la solemnizaba,
 Y al alto Dios omnipotente en ella,
 Cual obra de su mano rica y bella :

«Tú, de Jerusalem gloria y consuelo,
 Tú, de Israel altísima alegría,
 Tú, honor de nuestro pueblo, cuyo celo
 Hizo viril tu pecho y osadía :
 Porque tu castidad en su alto vuelo
 Te tuvo siempre el alma santa y pia,
 Te confortó la mano omnipotente
 Y serás bendecida eternamente.»

Y casi al mismo punto que acabaron
 De ver la alta pintura delicada,
 Diligentes ministros allí entraron
 Con la comida sobria y regalada :
 A la naturaleza recrearon
 Con ella y con la siesta reposada :
 Del templo y su cultor Garin tras esto
 Se despidió, y partió con paso presto.

CANTO VII.

ARGUMENTO.

De Provenza, de Génova y Toscana
 Pasa la armada á su placer la costa,
 Hasta que ya metida en la romana
 Temida playa, al puerto ya se acosta ;
 Pero la contrapuesta tramontana
 Estorba en él tomar segura posta,
 Y al mar arroja al monje la tormenta,
 Por quien solo se causa y se acrecienta.

Por el mismo camino trabajoso
 Que pasó en noche oscura el ermitaño,
 En día claro vuelve, receloso
 Aun casi del pasado fiero engaño :
 Recibióle en galera el generoso
 General, dando con aplauso extraño,
 Como sabio señor, debida muestra
 De amar la alta virtud que Garin muestra.

Aquella noche, cuando el estrellado
 Nocturno carro á la mitad estaba
 De su lácteo camino, que empedrado
 De lucientes estrellas se mostraba,
 La fuerte escuadra, tras el són usado
 Que el sonoro clarín al aire daba,
 El fuerte ferro zarpa, el puerto deja,
 Y con próspero tiempo del se aleja.

Un blando y fresco viento de poniente
 Hinche las velas de la alegre armada,
 Con que volando regaladamente
 Va por el agua blanca y sosegada :
 Sale el dorado sol del alto oriente
 Tras la alba de mil flores adornada,
 Y con su luz se ve á la diestra mano
 El mar inmenso, claro, alegre y llano.

Alegre vista el piélagos espacios
 Cuando manso, se ofrece al navegante ;
 Pero triste es al ver y temeroso
 Cuando revuelto, fiero y resonante :
 Ahora al claro rayo del hermoso
 Planeta que asomaba por levante,
 Alegre vista le es en su derrota
 A la napolitana ilustre flota.

La cual va á la siniestra va dejando
A la noble Provenza largo trecho,
Y á Niza y Villafranca, y acercando
A Génova se va con viento hecho;
Del cual el sabio general gozando,
Lleva el viaje próspero derecho
Por el seguro mar claro y abierto.
Sin tomar en Liguria playa ó puerto.

El viento dura, y del no se recela
Aquella noche ni se tiene injuria;
La fuerte escuadra dulcemente vuela
Por el alegre golfo de Liguria:
Alta la antena, llena la ancha vela,
Sulca al amanecer el mar de Etruria,
Por parte donde claro se divisa
El fértil Arno y la estudiosa Pisa.

No calma el viento con el sol; la luna,
A la tarde saliendo, calma el viento;
Pero sin ser enojo de fortuna
Vuelve luego más largo y más violento;
Y á Montenegro y á Liorna y Luna
Deja la armada atras, y de su intento
No cesa, ni al venir del nuevo día
Cesa tampoco el viento y larga vía.

Descubre al claro sol la alegre armada.
Siempre con la bonanza favorable,
La ribera de Sena regalada
Y Pomblin en metales admirable:
Hace dichosamente su jornada;
No siente la fortuna variable;
Mas ¡ay fortuna! entonces más os temo
Cuando en favorecer haceis extremo.

Hasta la playa del romano Tibre
El dulce tiempo, al fin, la armada lleva,
Libre del tempestoso mar y libre
De sentir contra sí fortuna nueva;
Mas cuanto el riguroso azote vibre
Cuando del hace señalada prueba,
Y en cuanto en hacer bien se mide y cuadra,
Allí le muestra á la contenta escuadra.

Mas ¿á qué llamo yo fortuna en esta
Mudanza que en el mar y el viento ahora
Sus furiosos fortísimos apresta,
Y se ofrece bravísima á deshora?
Es ira, es furia del infierno puesta
Contra Garin con saña matadora,
Para estorbar con áspero rodeo
El fin de su santísimo deseo.

A vista estaban ya de la ancha boca
Del fértil, espumoso y sacro río,
Y el remo ya sus turbias aguas toca
Con gozo inmenso y con inmenso brio;
Cuando con furia arrebatada y loca
Y con un repentino desvarío
Al mar se arroja inesperadamente
El seco y frío bóreas inclemente.

Desciende con tal furia y tal ruido
Del Artico hemisferio el fiero viento,
Alza tanto el bravísimo bramido
Del alto mar, revuelto en un momento,
Causa tal rechinar y tal gemido
En el seco bajel hasta el cimiento,
Que la esperanza y el color de vida
Llevó á la gente en su veloz corrida.

Lleva al primer encuentro riguroso
Los árboles y velas del trinquete,
Y revuelto, soberbio y espantoso
Arrebatada tendal y tendaete:
Vista su furia, el cómitre cuidadoso
Con fiero imperio fuertes remos mete;
Tomar el puerto con su fuerza tiente,
Y proejar contra el soberbio intenta.

Estaba el puerto de Ostia tan vecino,
El remedio del mal tan cerca estaba,
Que, á ser menos furioso y repentino
El fiero viento en su soberbia brava,
Le tomara en tres horas de camino,
Segun la fuerte gente proejaba;
Mas fué del viento tal la airada fuerza,
Que en vano en esto el cómitre se esfuerza.

Vuelven al fin las proas, ya rendidos
A las contrarias ondas rigurosas,
Dando á sus altos montes impelidos
Las popas, de aquel daño recelosas;
Y al que impele estos montes dan tendidos
Los cortos treos, y con presurosas
Y hábiles manos hacen todo cuanto
Hacer conviene al peligroso espanto.

La inútil gente va sota cubierta,
Sintiendo en ir allá pena infinita,
Y en el escotillon ó angosta puerta,
El paso al agua el calafate quita;
Ni cantareta, ni rehendija abierta
Deja que el paso al respirar permita:
Allí quedan los tristes sepultados,
De mil varios rumores atronados.

Quiere el cómitre diestro á diestra mano
Tomar tierra á pesar del bravo viento,
Orzado ya el timon; mas es en vano
Este su conveniente pensamiento:
Crece el soberbio bóreas inhumano,
Con soplo tan veloz y tan violento,
Que si orcear el cómitre procura,
Es dar consigo en la mortal hondura.

Por no anegarse, al fin, en popa toma
Al bravo viento el triste marinero,
Y á tiempo bueno fué, que veis do asoma
Más fuerte y largo, más furioso y fiero:
Ya en el golfo bravísimo de Roma
Dobla cruel el impetu primero,
Y de sus aguas hasta el horizonte
Va levantando monte sobre monte.

Por puntos va creciendo el espantoso
Y soberbio soplar de tramontana,
Cuando en el alto golfo peligroso
Los tiene la fortuna ya inhumana;
Y va subiendo el bravo mar furioso
Hasta la luz de donde el día mana,
Ante la cual, con su violenta priesa
El viento mil nublados atraviesa.

Hasta la noche los trabaja solo,
Con rigurosa y áspera porfía,
El fiero viento del cercano polo,
Con bravo soplo opuesto á mediodía;
Mas cuando ya la clara luz de Apolo
Al ocaso turbada descendía,
Saltan, á su furor y rabia iguales,
Sus dos ministros y colaterales.

El furioso aquilon y el bravo coro
Al espantoso bóreas se juntaron,
Al tiempo que en poniente el carro de oro
Los caballos del sol somorgujaron;
Y de suerte la armada al suelo moro
Los tres airados soplos agujaron,
Que va menos furiosa la saeta
Y más espacio el volador cometa.

Pudiera con alguno destes vientos
Tomar para las islas la derrota,
Y alcanzar de salvarse sus intentos,
Con fuerza y arte, la adigida flota;
Pero fuéron tan fuertes, tan violentos,
Que ni vale timon ni sirve escota
Para volver en la furiosa vía
La proa, ya encarada á Berbería.

Demas que tras la noche temerosa
Y el nuevo asalto de maestre y griego,
Y vino una nube espesa y tenebrosa,
Abierta á ratos de espantoso fuego,
Que aumentó la tormenta peligrosa,
Y dejó el mundo horriblemente ciego,
Confundiendo en mil truenos y ruidos
Al experto piloto los sentidos.

Y bien que á la escondida luz atento,
En la brújula y carta está mirando
El variar ó el porfiar del viento
Y adónde su rigor los va arrojando,
Y con sus consellers, con gran tiento,
Está varios remedios consultando;
Por más que los intente, no aprovecha
En tormenta tan áspera y deshecha.

¿Quién el rumor del alto mar furioso
Podrá explicar, y el fuego y el ruido
Del encendido rayo presuroso
Y de su ronco trueno suspendido?
¿Quién podrá retratar el riguroso
Soplar del raudo viento embravecido?
Y ¿quién, entre terror y asombro tanto,
Del ardiente relámpago el espanto?

Y ¿quién dirá la grima y sobresalto
Que en los humanos ánimos infunde
Ver al flaco bajel subir tan alto,
Que entre las negras nubes se confunde,
Y que de allí con tan horrendo salto
En el profundo piélago se hunde?
¡Oh corazón de piedra, oh duro acero,
Tú que sulcaste el fiero mar primero!

Que te fiaste con un fragil pino
De tentar el furor del viento airado,
Y de enfrenar el impetu marino
Cuando está más de rabia y furia armado:
¡Oh duro corazón diamantino!
¿Qué temerás, si con la muerte al lado,
Entre el fiero temor de tantas cosas,
Te fiaste á las aguas tempestuosas?

La capitana, que al volver la prora,
En el furor primero fué postrera,
En padecer la mayor furia ahora,
Aunque va tras de todas, es primera;
Y aunque la causa en realidad se ignora
De ser mayor el mal de esta galera,
Garin parece que la descubria
Cuando, gimiendo en medio dél, decia:

«Echenme al mar, como otro Jonas, luego,
Que por mi se levanta esta tormenta,
Si quieren ver el mar puesto en sosiego,
Y reparar esta mortal afrenta:
Apague esta agua de mi torpe fuego
Aquel ardor que el alma me atormenta;
Que no ménos conviene que tanta agua
Para apagar aquella ardiente fragua.

»No ménos que ancho mar de inmensa altura,
De amargas aguas con furor movidas,
Debe y puede apagar fuego que apura
Y pone en riesgo tal eternas vidas:
Formen pues mar inmenso de amargura
Lágrimas de suspiros conmovidas,
En el alma infeliz que fué un compendio,
Con fuego tal, del infernal incendio.

»Estas movidas aguas espantosas
Y estos vientos airados y revueltos,
Que entre tan bravo horror de obras dañosas
Tienen cuerpos y espíritus envueltos;
Sus fieras semejanzas temerosas,
Sus aspectos á asombro y grima vueltos,
Si tales por mi están en el abismo,
De mi grave dolor forman lo mismo.

»Horror, asombro, pismo, grima, espanto
En mi afligido corazón imprime
La horrible vista deste mar, que tanto
Estos bajeles con su furia oprime;
Solo por el dolor intenso y llanto
De aquel fuego infernal á que rendime,
Que irreparable me le representa
En modos mil esta mortal tormenta.

»¿Qué reparo ha de haber á culpas tales,
Muriendo aquí tan sin satisfaccas?
Qué esfuerzo en los espíritus vitales
Para advertillas bien y componellas?
¿Quién diligencias hacer puede y cuáles
Entre tal confusion y tanta dellas?
¿Con qué piensa esta gente miserable
Contrastar este mar incontrastable?

»¿Quién diligencias para el alma puede
Hacer aquí como convenga al alma,
Si apenas hay quien satisfecho quede
De que las hace en muy tranquila calma?
Mas, aunque así tanto contrario vede
Al alma aquí la deseada palma,
Con inmenso dolor y intenso lloro
Tu infinita piedad, mi Dios, imploro.»

En un rincón de la ancha popa estaba
Con baja voz diciendo el peregrino
Tales lamentaciones, con la brava
Y triste angustia del rigor marino;
Cuando del mar, que por el cielo andaba,
Un alto inmenso golpe repentino
Pasó de popa á proa la galera,
Y al monje se llevó en su furia fiera.

Estaba casi el triste sin sentido,
En su congoja atónito y turbado,
Ni á parte alguna con la mano asido,
Ni en tabla ó sogá ó hierro asegurado;
Y así fué fácilmente el afligido
De la galera al bravo mar sacado;
Al bravo y alto mar, que de sí mismo
Le abrió para tragarle un ancho abismo.

¡Oh peligros crueles, rigurosos,
Que en tantas formas el linaje humano
Perseguis con rigores tan furiosos,
Con tan pesada y tan violenta mano!
Oh fieros enemigos poderosos,
Que el gran rencor del infernal tirano
Mostrais con sus fortísimos aceros!
¿Quién podrá resistiros y venceros?

La humana débil fuerza, enflaquecida
Con mil culpas enormes detestables,
De tan fuertes contrarios combatida,
¿Qué vencimientos puede dar notables?
¿En tan pequeño término de vida
Tantas cosas tan varias y espantables,
Tantos peligros y temores, tantos
Sobresaltos bravísimos y espantos!

Hombre, ¿qué sientes, qué te ensoberbece?
¿Hay miseria, por dicha, hay desventura
En que cada momento no tropiece,
Y aun caya, tu torpísima locura?
Lo que este siglo engañador te ofrece,
¿No ves que es amarguísima dulzura?
Vuelve los ojos, mira el claro cielo;
No te engañen las máscaras del suelo.

Las lisonjas, los cargos, la riqueza,
Los regalos, los gustos, las dulzuras,
Los linajes, las gracias, la belleza,
Los descansos, las prósperas venturas,
No te engolfen, mezquino, en la braveza
De su revuelto mar de desventuras,
Porque no embista por tu mal gobierno
Tu rota barca en rocas del infierno.

¿No te escarmentan, di, tantos castigos
De la mano justísima enviados,
Los prósperos sucesos de enemigos,
La perdición de reinos y de estados,
Las pérdidas de deudos y de amigos,
Los continuos tormentos y cuidados,
Tu descontento eterno y tus ofensas?
¡Oh ciego! ¡Oh vano! ¡Oh misero! ¿En qué piensas?

Si un Garin, que con llanto tan vehemente
Sus culpas llora tan arrepentido,
Tan lleno de dolor y amor ardiente,
Ves de tantos trabajos afligido;
¿A qué levantas tú la altiva frente?
A qué te muestras ensoberbecido?
Templa ese brío, humíllate, y conviérte
El alma á Dios con miedo de la muerte.

Trino Señor, que con amor tan grande
Amas mi alma, humilde te suplico
Le des favor con que en tus sendas ande,
Porque la lleven á su asiento rico:
Haz, poderoso Rey, que rija y mande
En ella la razón; que á mi me aplique,
A mi me digo lo que al hombre digo,
Contemplando tu premio y tu castigo.

Y mirando la altísima clemencia,
Dulce Señor, que con Garin usaste,
Pues, á pesar de la infernal potencia,
De en medio de mil muertes le sacaste,
¿Qué no puede, Señor, tu omnipotencia?
Al sordo, airado y bravo mar mandaste
Que, libre de la muerte, diese sobre
Otra galera con el monje pobre.

Y obedeciendo el mar tu mandamiento,
Una gran parte dél, furiosa y alta,
Con Garin casi muerto, en un momento
Sobre otra fusta fluctuante salta;
Y con pequeño golpe y movimiento
Allí le deja, y riguroso asalta
Otro bajel, y desde proa á popa
Rompe y abate cuanto encuentra y topa.

Como incitado del humor adusto,
Suele representar sueño pesado
Triste vision, que con cuchillo injusto
Separa el alma de su cuerpo amado;
Y tras aquel gravísimo disgusto
Despierta el hombre ansioso y congojado,
Con duda (tal fué el sueño triste y fiero)
Si fué caso soñado ó verdadero;

Así queda Garin, del riguroso
Trago cruel de amarga muerte lleno,
Triste, turbado, atóvito y ansioso,
Casi del todo de sí mismo ajeno:
Un río por la boca echa furioso
Del mar que tiene en el hinchado seno,
Tras mil arcadas y ásperos rigores
De crueles tormentos y dolores.

El cuitado Garin, al fin, tendido
En el batel quedó, que siempre estaba
En su lugar y á su barbata asido,
Con la gente ordinaria que alojaba;
Y allí, desconsolado y afligido,
Con Dios su flaco espíritu esforzaba;
Y en tanto la asperísima tormenta
La brava furia y fiero espanto aumenta.

Ya la segunda noche temerosa
Las negras sombras sobre el mar tendía,
Después que la tormenta rigurosa
Las frágiles galeras combatía;
Y más fiera, revuelta y tenebrosa,
Que la que precedió al segundo día,
Sus espantos gravísimos ofrece,
Con que la confusión terrible crece.

Más truenos, más relámpagos, más viento,
Mayor oscuridad, mayor ruido,
Más cansancio, más pena, más tormento,
Y mayor turbación, grita y gemido,
La fiera noche con rigor violento
Consigo trajo al cómitre afligido,
Cuyo mandar, ó sea silbando ó sea
En voz, no llega al fin que se desea.

No se muda jamás un solo punto
El septentrional viento espantoso,
Y con sus dos colaterales junto,
Siempre alterando más el mar furioso,
Al triste pueblo, casi ya difunto
En la esperanza de alcanzar reposo,
Lleva derecho por el alto lago,
A dar donde ya fué la gran Cartago.

Cuando de nubes lóbregas y oscuras
Salía el tardo sol todo cubierto,
A los tristes por tantas desventuras
Dando del tercer día aviso cierto,
Descubren los pilotos las alturas
De los montes que dan seguro puerto
En medio de Biserta, y del collado
Que Dido vió á su gusto edificado.

Usan allí toda la fuerza y arte
Los marineros tristes y cansados
Para guiar las proas á la parte
Que ofrece el puerto alivio á sus cuidados:
La galera que lleva el estandarte,
A pesar de los vientos enojados,
Ya el puerto toma, y de la estrecha boca
Las no tan removidas aguas toca.

Otras ocho tras ella, una á una,
Al puerto, aunque enemigo, deseado,
Las echa, ya elemento, la importuna
Furia del alto mar y viento airado:
Solo sintió el rigor de la fortuna
La galera en que el monje había quedado,
O fuese caso, ó furia del infierno,
Para gloria mayor del Rey eterno.

En unas peñas que á la misma boca
Del puerto estaban embistió el navio,
Llevado del furor con que provoca
El viento á irremediable desvario;
Y en una apénas con la quilla toca,
Apénas da sobre el cruel bajío,
Cuando, cual si de frágil vidrio fuera,
Quedó rota y perdida la galera.

Allí se vió la lástima en su punto,
Allí la muerte rigurosa y brava
Se vió fiera traer consigo junto
Todo lo que en el mundo más la agrava:
Allá muriendo uno, acá difunto
Otro de un fiero golpe se mostraba,
Otro sobre un madero allí forceja,
Y contra el bravo viento y mar proeja.

Los miseros esclavos y forzados,
A los ramales de cadena asidos,
Tristemente se vian anegados,
Del fiero mar acá y allá traídos:
Los diestros marineros esforzados,
Con propios piés y manos impelidos,
Triunfan del bravo mar osadamente,
Pero no de la muerte más potente.

Las tablas, los pedazos de maderos,
Y los troncos de árboles y entenas
Sacaban á los fuertes marineros
Con fiero golpe el alma por las venas:
Ya los últimos tocan los primeros,
Y aquellos, casi ya secas arenas,
Cuando una recia tabla ó viga gruesa
Con mortal golpe entre ellos se atraviesa.

Estos, que en las faenas se intrincaron,
Y el capitán de la galera junto,
Como los que cadenas anegaron,
Pasaron deste mal al mayor punto:
Que otros al bien allí que no esperaron
Se vian pasar en un instante ó punto,
Aunque causando en todo en varios modos
Varios tormentos la tormenta á todos.

Los infantes que lleva esta galera,
Y el alférez que en ella los regia,
Allí también siguiendo su bandera,
Muestran su obligación y valentía:
El alférez, nadando, en tal manera
Valor les dió con ella en su agonía,
Que victoriosos desta brava guerra,
A pesar de la mar tomaron tierra.

Pero al triste Garin, desta segunda
Mortal congoja, ¿quién le saca y libra?
Quién le solivia porque no se hunda?
Cómo en el agua ó aire el cuerpo libra?
Quién á su ruego y oración segunda,
Y en su favor alguna fuerza vibra?
¡Oh poderoso Dios! vuestra clemencia
Le oye y le libra, y muestra su potencia.

Dije que en el batel estaba el triste
Después de aquel primer peligro extraño;
Ahora pues que la galera embiste
En el bajío con tan grande daño,
En el pequeño esqui se resiste
Aquel peligro, mas con desengaño
De ser fuerza del cielo manifiesta
Contra el infierno por el monje puesta.

En seco dió, más de seis pasos fuera
Del riguroso mar, la corta barca,
Quitando al triste monje de la fiera
Y brava mano de la airada parca:
Vueltos los ojos él á la alta esfera,
Sin hablar rinde al celestial Monarca,
Con el contrito corazón cuitado,
Las gracias á que está tan obligado.

Y ya con más esfuerzo y más consuelo
Tras la contemplación humilde y santa,
Besando con mil lágrimas el suelo,
Asienta en él la una y otra planta.
Y al puerto va con otros que del cielo
Alcanzaron, cual él, ventura tanta,
Que del naufragio misero escapasen
Y tan grande peligro contrastasen.

Fué recibido en la real galera
 Con gran gozo de todos; pero Alberto,
 De quien con tierno amor llorado era,
 Dió dél allí más claro indicio y cierto:
 Quiso saber del todo la manera
 De haber llegado á salvamento al puerto,
 Habiendo sido ante el arrebato
 Del alto mar, y al centro dél llevado.

A todo satisfizo el ermitaño,
 Alabando al Señor, cuya clemencia
 Mostró en el fiero irreparable daño
 Su infinita piedad y omnipotencia:
 Admiró al General el caso extraño
 Y á todos; y con santa reverencia,
 Por tan nuevo suceso y admirable,
 A Garin tienen por varon notable.

CANTO VIII.

ARGUMENTO.

Salta en Portofarin la gente en tierra
 Por agua y leña, tras la gran fortuna,
 Y un bárbaro cosario en lera guerra
 Con poder y arrogancia la importuna;
 Mas el poder y la arrogancia atierra
 La virtud y razon, hechas á una
 En la mano dichosa del valiente
 Florel, venido misteriosamente.

Después que Alberto con Garin, gozoso,
 Un espacio pequeño se entretiene,
 Donde trabaja el cómitre cuidadoso,
 Con diligencia cuidadoso viene,
 Y del seguro puerto y espacioso
 Hace tomar la posta que conviene,
 Y dar orden tras esto que la gente
 Del trabajo asperísimo se aliente.

Estaba el sol en la mitad del cielo
 Cuando la armada en este punto estaba,
 Y despejado el africano suelo
 De gente mora al General mostraba;
 El cual con vigilante aviso y celo
 Ya el orden conveniente consultaba
 Para saltar en tierra, y que la armada
 Fuese del daño inmenso reparada.

Para lo cual, habiendo sido tanto
 El daño general de los bajeles,
 Y faltándoles agua y leña y cuanto
 Hacían faltar tormentas tan crueles;
 Siendo forzoso despaldar, si tanto
 Lugar le dan los bárbaros infieles,
 Resuélvese en sacar la gente armada,
 Y que esté en escuadron fortificada.

Y aunque desde galera descubria
 Los montes y los valles y laderas,
 En tierra manda echar experta espía
 Que lo mire y advierta más de veras:
 Luego manda aprestar la infantería
 Que tiene repartida en las galeras,
 Que es su guardia ordinaria, mil soldados
 Por cinco capitanes gobernados.

Es sobrino de Alberto el uno, Almonte
 del Pó llamado, fuerte y valeroso;
 El otro el florentin Alcimedonte,
 Y de Palermo el bravo Sinforoso,
 Los otros dos de Nápoles, Oronte,
 Y Filadelfo, jóven generoso,
 A quien Marte y Apolo, en gloria suma,
 Daban ora la espada, ora la pluma.

Estos cinco famosos capitanes
 Sacan su gente plática y briosa,
 Algo aliviada ya de los afanes
 De la brava tormenta peligrosa:
 Ya tienden las banderas los galanes
 Alfereces, la caja belicosa
 Ya á recoger á toda priesa suena,
 Aunque la toca el atambor apena.

Con bajo són, las cajas destempladas,
 Recogen la feroz gente de guerra,
 Por no alterar con altas algaradas
 La sosegada gente de la tierra:
 De las agudas proas acostadas,
 A la falda más llana de una sierra
 Sale la armada gente ya, por anchas,
 Para aquel menester, capaces planchas.

Alberto era el primero que salía,
 Y tras él sale su sobrino Almonte,
 A quien sigue una brava compañía
 De gente agreste del Vesubo monte:
 Al mismo tiempo en tierra la ponía,
 Con gente de Salerno, Alcimedonte,
 Y con napolitanos, Sinforoso,
 Y Oronte, y Filadelfo valeroso.

Es sargento mayor Ulisio fuerte,
 Un varon de valor discreto lleno,
 Descendiente del hijo de Laerte,
 Y en nada á su mayor menor ni ajeno:
 Este, para que en orden se concierte
 La gente, visto del infiel terreno
 El llano, el monte, el valle y las laderas,
 Ordena, traza y forma las hileras.

Hace tres escuadrones de la gente,
 Guarnecidos de diestros tiradores,
 Mostrando cada cual en la ancha frente
 Largas picas de armados contendores:
 Marchan luego con paso diligente
 Para el bosque á la sorda, sin rumores:
 Tras ellos sigue chusma de los fieles
 Con hachas y barriles y cordeles.

Estaba el sol en medio del camino
 De la mitad postrera de su vía,
 Cuando se vió la gente en el vecino
 Bosque, donde agua y leña pretendía;
 Y ya el robusto roble y alto pino
 Con recio golpe la segur hería,
 Y de altos pozos que en el campo estaban,
 A sacar agua dulce comenzaban;

Cuando, como si hubiera allí sembrados
 Por Cadmo dientes de la sierpe airada,
 Una gran banda de árabes armados
 Apareció con súbita algarada,
 Y de flechas y dardos arrojados
 Les dió una carga súbita y pesada,
 Entrando con tropel bárbaro y fiero,
 Aunque muy fuerte, el escuadron primero.

No dejó de alterar á nuestra gente
 El no esperado acometer furioso,
 Aunque Alberto y Almonte osadamente
 Mostraron bien su esfuerzo generoso:
 El sargento mayor, diestro y prudente,
 Al segundo escuadron manda animoso
 Que entre al socorro del primero, y manda
 Que corte el otro la enemiga banda.

De doscientos soldados de galera
 Y los doscientos del Vesubo monte,
 Nuestro fuerte escuadron primero era,
 Adonde van el General y Almonte;
 Y todo, aquella gente airada y fiera,
 Salida, al parecer, de Flegontone,
 Le descompone, rompe y desbarata,
 Y á más de cien soldados hiere y mata.

Alcimedonte y Filadelfo tienen
 El escuadron segundo con su gente,
 Los cuales, animosos, contravienen
 Al furor de la bárbara corriente,
 Cuyo soberbio arremeter detienen,
 Mostrando cada cual honradamente
 La fuerza que conviene y la prudencia
 Para tan peligrosa resistencia.

Por otra parte Oronte y Sinforoso,
 Como mandó el sargento, acometieron
 Arremetiendo al escuadron furioso
 Por el lado más cómodo que vieron;
 Y con esto su fuego helicoso
 De tal manera todos encendieron,
 Que suben de sus llamas las centellas
 Hasta al que las reparte á las estrellas.

Un moro armado de luciente malla
Casi desde los piés hasta la frente,
Es el que pone en la cruel batalla
El primero de todos fuego ardiente:
Rompe y abate todo cuanto halla,
Cual grande y furiosísima creciente,
Con un pesado alfanje damasquino,
Contra quien no hay acero fuerte ó fino.

Llámasse el fiero moro Tulipante,
Nacido entre leones y criado,
De miembros y estatura de gigante,
De corazón más que de tigre airado:
Robusto y fuerte, bravo y arrogante,
Sagaz y diestro, suelto y alentado,
Ladron furioso en tierra y temerario,
Y en mar astuto y singular cosario.

Este abre calle á su escuadron, y pasa
Por el del general á pura fuerza;
Este con rauda curso le traspasa,
Sin que por nadie le detenga ó tuerza;
Este á su gente de valor escasa
Con sus obras bravísimas esfuerza;
Este mata á Leandro y á Timbreo,
Y al jóven Claudio y viejo Clodoveo;

Cuatro soldados que ornamento y gloria
De Taranto, su patria ilustre, fueron;
Donde con lastimosa y triste historia
Segunda vez por muerte tal nacieron,
Quédando en larga vida la memoria
Del valor con que á ella se ofrecieron,
Viéndola irreparable, irremisible,
En el acero deste monstruo horrible;

El cual al valeroso Sigismundo,
Primo de Filadelfo y su sargento,
Priva de un golpe de la luz del mundo,
Y de otro al noble Mucio de Agrigento;
Con lo cual causa con dolor profundo
En Filadelfo tanto sentimiento,
Que á él, ardiendo en cólera, se arroja,
Puesta de punta la templada hoja;

Y fué con tanta fuerza y tanta suerte,
Que por la fina malla el hierro entrado,
Quedó en el atrevido pecho fuerte
Hasta el tercio postrero sepultado:
Sintió el moro la furia de la muerte,
Que al corazón le había ya llegado,
Y alza el alfanje; pero al mismo punto
Cayó ante el fuerte capitán difunto;

El cual, sabroso de esto, y encendido
Del enojo de ver su primo muerto,
Pasa adelante con valor subido
A socorrer al general Alberto:
Sigue su gente, y es también seguido
De Alcimedonte, el florentin experto
Que á Bósforo mató y á Sarmacante,
Mientras él al soberbio Tulipante.

Y aunque de Abenzain, de Yarba y Fraso,
Con sus tres compañías contrapuestos,
Se defendía el peligroso paso,
En pretension de mejorar de puestos,
Fué de los tres contra los dos escaso
El valor de los ánimos dispuestos,
Pues á sus manos mueren, y su gente
El puesto y paso gana honradamente;

Su gente, entre la cual dos caballeros
De aquel heroico antiguo honor romano,
Valerosos soldados verdaderos
Se muestran contra el émulo africano:
César, cuyos fortísimos aceros
Del César parecían soberano,
Y Pompeyo, que imita al gran Pompeyo
En deseos de triunfos del Tarpeyo;

César, que á Lesbo, á Parto, á Turbo, á Ólito,
En pretension del paso de aquel suelo,
El espantoso paso de Cocito
Hace pasar en presuroso vuelo;
Y Pompeyo, que á Franio, á Tolomito,
Al grande Audalla, al espantoso Orbelo,
Las almas saca por sangrientas puertas,
Que las dejan al paso estrecho abiertas.

Llegan, al fin, adonde con Almonte
El General valiente detenia
La furia de la gente que del monte
Por entre el bosque al llano descendia;
Y allí, con Sinforoso y con Oronte,
Gran resistencia el gran valor hacia,
Habiendo por el lado ya el sargento
Rompido el escuadron á su contento.

Alberto y su sobrino Almonte, en tanto
Resistiendo la furia horrible y brava,
Cada cual, con inmenso horror y espanto
Del atrevido moro, peleaba:
Alberto al fuerte capitán Leofanto,
Que alcaide en Túnez fué de la Alcazaba,
De un revés la cabeza le derriba,
Y en dos de un tajo se la parte á Liba.

A Ismen mató de una estocada, y junto,
De otra muerto, sobre él echó á Creonte;
A Nicandro y Perilo al mismo punto
Mató, y á Nicoran y á Musco, Almonte;
A Celebin en su escuadron difunto
Dejó, y á Celetin y á Torvo, Oronte,
Sinforoso á Dalmuz, á Zen y Abdella,
A Nico y Tracio y Nicanor degüella.

Y aquí el noble y discreto Serafino,
Eterno honor del águila famosa,
Y Fulvio de Sulmona, y Antonino
De Capua, y Vitantonio de Venosa,
A Lanco, Ormuz, Obir, Zerbin, Folino,
Faon, Jafer, Aluz, Pafin, famosa
Y heroicamente peleando, embisten,
Y el gran furor detienen y resisten.

Un hora ó más había que duraba
El combatir furioso y porfiado,
Cuando á la gente sarracena brava
Un socorro le vino reforzado;
El cual á la cristiana que ganaba
Gran parte ya del campo, por un lado
Entrando á toda furia, descompuso,
Y en retirada á paso largo puso.

Más eran de tres mil los que primero
Acometieron nuestros escuadrones,
Y de otros tantos era este postrero
Bravo tropel de bárbaros varones;
A cuyo acometer soberbio y fiero
Quedaron los cristianos corazones
Llenos de espanto; pero no de suerte
Que haya quien vuelva el rostro al moro fuerte.

Con valor admirable peleando,
Y aquella brava furia resistiendo,
Se iban ya para el monte retirando,
Bajar á la marina no pudiendo;
Pero los fieros bárbaros, tomando
Todos los pasos, fuéronlos trayendo
Al ancho llano, donde á todos lados
En rueda los tenían ya cercados.

Reconocida aquí la adversa suerte,
El valeroso ejército cristiano,
No pretendiendo más de honrada muerte,
Hinche de sangre bárbara aquel llano:
No hay pluma ó lengua que á decir acierte
Lo que allí hizo la cristiana mano;
Pero la multitud de gente perra
Ya ya ganaba la sangrienta guerra.

Que demas de tenellos circuidos,
Y de ser tantos más los africanos,
Y de estar tan cansados ya y heridos
Los bravos y fortísimos cristianos;
Ya los forzados miseros rendidos
Atadas tienen las robustas manos,
Y al buen Garin con ellos juntamente
Tiene ya preso la furiosa gente.

Al buen Garin, por cuya causa el fiero
Infernal enemigo suyo había
Traído al bravo moro bandolero
A revolver allí mortal porfia:
Atado el triste monje y prisionero,
Tiernas y amargas lágrimas vertía,
Pidiendo á Dios algún piadoso medio
Para el bien de su campo y su remedio.

Oh Señor clementísimo, amoroso!
En cuántos modos á tu pueblo amado
Muestras el tierno corazón piadoso
De dulcísimo padre regalado!
Si permítes que á trance peligroso
Sea por sus deméritos llegado,
Tu amor y celo más allí le muestras,
Y en tu divina voluntad le adiestras.

En el peligro extremo de las vidas,
De los feroces árabes cercados,
Las generosas almas no rendidas,
Estaban los fortísimos soldados;
Cuando por las furiosas y homicidas
Armas de aquellos bárbaros airados
Un robusto mancebo entró desnudo,
Con una espada sola y un escudo.

Con sola una camisa cobijaba
Los fortísimos miembros el cristiano,
Que entre la gente mora se mostraba
Como león entre escudaron villano:
Era tan alto, que sobrepujaba
Al más alto de todos una mano,
Y era conforme á la admirable altura
La trabazon del cuerpo y compostura.

Mas en las bravas fuerzas y destreza,
En ánimo, en valor y en osadía,
A la disposición y á la belleza
Con ventaja grandísima excedía:
Era un milagro de naturaleza
Aventajado á cuanto engendra y cria,
Como se podrá ver ahora en parte,
Todo empleado de mi musa el arte.

Al primer moro en quien probó la espada
Partió desde la frente á la cintura;
Del cuerpo la cabeza destroncada
Rodando á otro echó por la llanura;
Al traves de otra fiera cuchillada
Otro, partido tiende en la verdura;
A otro los dos muslos le cercena;
Y juntos, de una punta á dos barrena.

De un corte era la espada y tuncinca,
Aunque derecha y larga á lo cristiano;
Tan segura de temple y fuerte y fina,
Cual la del Teucro que forjó Vulcano;
Y no ménos que espada diamantina
Conviene á tan robusta y fuerte mano,
Para sufrir los golpes espantosos
Con que entra por los árabes furiosos.

Hácese larga plaza el jóven fuerte;
No hay quien resista, no hay quien rostro haga;
Súbita furia de repente muerte
Es de su espada la más corta llaga:
Ni ciencia de Esculapio habrá que acierte
A curar sus heridas, ni arte maga;
Todas van de mortal congoja llenas
Hasta agotar la sangre de las venas.

Revuelve los airados ojos, vista
La poca resistencia de aquel lado,
Y ve matar á Sergio y á Batista,
Un viejo alférez y su abanderado:
Pone en el bravo matador la vista,
Que es un valiente moro señalado,
Y á él se arroja, derribando á Brino,
A Zaide, á Mir y al capitán Fandino.

Espera el bravo bárbaro arrogante,
Y en la fuerte rodela recogido,
Repara el golpe que el antiguo Atlante
En dos montes hubiera dividido:
El escudo cortó, brazo y turbante,
Y el cuerpo de anchas mallas circuido
En dos medios partió, y la fiera espada
Quedó en el suelo un palmo sepultada.

Saca la espada, y pasa presuroso
Adonde ve una cruel pendencia
Que tienen Filadelfo y Sinforoso,
A más de mil haciendo resistencia:
Entra por ellos con rigor furioso,
Y lleno de valor y de inclemencia,
Cuerpos y piernas, brazos y cabezas,
Volando envía por el aire en piezas.

Adonde están los dos valientes llega,
Hiriendo y derribando á todos lados,
Y de manera enciende allí la brega,
Que van los moros ya desbaratados:
Crece la furiosísima refriega,
Y llega tras los bárbaros airados,
Adonde un moro capitán valiente,
Con gran valor hace parar su gente.

Con treinta bravos moros se acompaña
El capitán valiente y señalado,
Y todos juntos con furiosa saña
Acometen al jóven esforzado,
El cual no pierde un pié de la campaña
Ni un punto de su espíritu extremado;
Antes se arroja entre la escudara fuerte,
Llevando en la sangrienta espada muerte.

Lo mismo Filadelfo y Sinforoso
Con encendido corazón hicieron,
Y entre el tropel soberbio y riguroso
Con denodado esfuerzo se metieron:
Cúpole á Filadelfo el valeroso
Arabe capitán, y allí vivieron
A batalla cruel de solo á solo,
Que duró tanto cuanto al día Apolo.

Sinforoso, siguiendo al fiero mozo,
Hace á su ejemplo pruebas varoniles,
Con miserable pérdida y destrozo
De aquellas atrevidas gentes viles;
Cuya grita, alarido y alborozo
Aumenta nuevo esfuerzo al nuevo Aquiles,
Con e. cual hace innumerables pruebas
Espantables, fortísimas y nuevas.

El General estaba con Almonte
Cuando el bravo reencuentro en esto estaba,
Y con su mejor gente y con Oronte
En peligroso y fuerte trance andaba;
Al cual el valeroso Alceimonte,
Trayendo el resto de la gente brava,
Acude á socorrer con el sargento,
O á ver con él el último tormento.

En este punto aquí también llegaron
Los nueve capitanes que en el puerto
En las nueve galeras se quedaron
Cuando dellas salió el prudente Alberto;
Que, habiendo visto el caso, procuraron
Dejar la armada en el mejor concierto,
Y partir luego con intento honroso
De verse en aquel trance peligroso.

De la nobleza de la gran Sirena
Son todos los valientes capitanes:
Sus nombres son Ricardo de Lorena,
Florante de Altamor, Fadrique Danes,
Alardo, Olindo, Anselmo de Ravena,
Uberto, Guido y Telamon de Alfanes:
Faltaba el buen Tancredo, que en la fiera
Tormenta se perdió con su galera.

Desembarcaron asimismo, junto
Con estos capitanes señalados,
Cien pasajeros que en tan fuerte punto
No quieren de flaqueza ser notados,
Conociendo de honor el claro punto
A que todos estaban obligados:
Son españoles, y la fama antigua
De solos dos los nombres averigua.

Cardona, capitán grande y famoso,
De heroicos capitanes descendiente,
Cuyo apellido y grado santísimo
Por todo el orbe resonar se siente;
Y Aragon de Segorbe el valeroso,
De reyes de Aragon claro pariente,
Amigos de amistad inseparable,
De voluntad, de amor y fe inviolable;

Son los dos que la fama aclara y nombra
Por excelso valor entre los ciento,
Cuyos nombres dejó en oscura sombra,
Como es estilo de su corto aliento;
Pero de todos el valor asombra
Al insolente bárbaro sangriento,
Que al grande Alberto sus designios turba
Con la braveza de su infame turba.

Juntos pues todos ya con el valiente
Alcimedonte y con Ulisio, llegan
Donde combate el General prudente,
Matando á cuantos el camino niegan:
Crece con ellos la raudal corriente
Con que los secos páramos se riegan
De sangre mora, aunque tambien mezclada
Con la valiente sangre bautizada.

Allí acudió tambien el jóven fiero
Que por el campo todo penetraba,
Mil veces más airado que primero,
Por dos ó tres heridas con que estaba:
Llegó de los cristianos el postrero
Adonde el grande Alberto peleaba;
Pero no fué tan tarde su venida,
Que á mil no fuese muerte y á mil vida.

Estaba el sol muy cerca de encerrarse
En el profundo golfo de poniente,
Cuando el rencuentro vino allí á trabarse
Tan porfiada y rigurosamente,
Viniendo en breve término á juntarse
Toda la nuestra y la contraria gente,
Como dándose prisa á la victoria,
Antes que deje el sol sin luz su gloria.

Era el caudillo de la gente mora
Un viejo capitán bravo y osado,
Hecho á correr desde la clara aurora
Hasta el hercúleo Calpe el mar airado:
Sus bajetes perdió, y andaba ahora
Con aquel pueblo acá y allá arrojado,
Haciendo por las bárbaras marinas
Mil insultos, asaltos y rapinas.

En dos bandas traía repartida
El moro experto aquella gente fiera;
Por un sobrino suyo era regida
La una, y él regia la primera:
La que de su pariente era traída
Es la que en la batalla entró postrera:
Ceilan se llama el viejo, el mozo Armeno,
De gracia, de valor y de amor lleno.

Este es quien queda en singular batalla
Con Filadelfo, capitán famoso,
Y es quien en la de dulce amor se halla
Con Lijerea, de quien es esposo;
Con Lijerea, que, cual él, de malla
Ornado el cuerpo varonil hermoso,
Suele entrar en revueltos escuadrones
Y rendir valentísimos varones.

No entró en este bravísimo rencuentro
La bella mora, por haber quedado
Del alto bosque en el secreto centro,
Adonde estaba su aduar plantado;
Ni lo pudo saber ella allá dentro,
Habiendo sido tan arrebatao,
Por suceder inesperadamente,
En viendo todos la ocasion presente.

Esta suerte de gente, al fin, los fieros
Arabes eran, que al famoso Alberto
Probaron los fortísimos aceros
Cuando descanso pretendió en el puerto;
De quien con sus valientes caballeros
No se escapara de cautivo ó muerto,
Si Dios á tan buen punto no enviara
Aquel fuerte varon que le amparara.

El cual, en el mayor conflicto ahora,
Junto ya con Alberto y con su gente,
De la que en el merchan de Arabia adora
Vierte la sangre miserablemente:
Ya vuelve el rostro la canalla mora;
Ya no hay quien mire la cristiana frente:
Sigue el alcance aquel feroz mancebo
Hasta que se escondió la luz de Febo.

La chusma que prendida en sus cordeles
Estuvo grande rato ya cautiva,
Y el monje, digno que un famoso Apéles
Le pinte y un Virgilio le describa,
De poder de los bárbaros crueles
Fuéron sacados por la gente altiva
Que por el jóven de inmortal memoria
Tuvo del enemigo la victoria.

A retirar entónces manda Alberto
Que apriesa toquen los marciales sonos,
Y así del peligroso desconcierto
Se retiraron luego sus varones;
De quien el viejo Ulisio, como experto,
Vuelve luego á formar sus escuadrones,
Visto que el roto bárbaro arrogante
Su campo forma poco dél distante.

Alberto queda al pié de la montaña,
Y allí pone su ejército en defensa,
Y entre él y el puerto, el moro en la campaña,
Determinado de vengar la ofensa;
Y cada cual con diligencia extraña
Las cosas en su ejército dispensa
Por el órden que entiende que en el hecho
Le serán de mas cómodo y provecho.

No hay quien se quite ni una sola malla;
No hay quien repose, ni aun el mas herido;
Cada cual, de la suerte que se halla,
Puesto está en arma con atento oído:
No hay reparo, trinchera ni muralla;
Ha de estar el soldado apercebido
Para que el primer arma que sonare
Cale la pica, ó la saeta encare.

CANTO IX.

ARGUMENTO.

De sí da cuenta el gran don Diego, y junto
De la victoria que el Leon sagrado
Tuvo del fiero moro, que en mal punto
Fué á querer perturbar su santo Estado:
La guerra sigue, y casi ya difunto,
Cautivo viene Armeno desdichado,
Por Filadelfo al campo fiel traído,
De su valor y su virtud movido.

Así ya puestos de una y otra parte,
El General, en todo cuidadoso,
Manda buscar aquel su nuevo Marte,
Aquel fuerte mancebo milagroso:
Hallanle, y viene ante él ya puesto de arte
Que no esté por desnudo vergonzoso:
De un bárbaro despojo en noble suerte
Viene armado y vestido el jóven fuerte.

Y de esta suerte al General llegado,
Que, de los capitanes de galera
Y de Garin y de otros rodeado,
Con deseo grandísimo le espera,
Con rostro grave, alegre y sosegado
Les hace cortesia de manera
Que todos conocieron ser persona
En todo digna de real corona.

El valeroso General prudente,
Visto el real respeto y la prudencia,
Le abraza con amor estrechamente
Y con gran cortesia y reverencia:
Hizo lo mismo aquella noble gente,
Ofreciéndole todos obediencia
Como á señor y como á quien debían
La vida y libertad que poseían.

Tras esto y tras curalle dos heridas
Que en un muslo y un brazo habia sacado,
Y haber con las mochilas proveidas
A la naturaleza restaurado;
A las partes del mozo esclarecidas
El General discreto aficionado,
Con razones dulcísimas le obliga
A que su nombre y calidad les diga.

«Y particularmente la venida
Milagrosa, señor, le dice, cuenta,
Que ha sido á tantos libertad y vida
Y que tanto tu honor y gloria aumenta:
De tu patria del cielo engrandecida,
Pues un varon le dió de tanta cuenta;
Y de tu nombre, al fin, haz satisfechos
A los que ya lo estamos de tus hechos.»

El fuerte jóven con el rostro humano,
Agradecido al noble tratamiento,
Mostrando ser no solo cortesano,
Pero señor del cortesano asiento,
Con dulce estilo gravemente llano
Responde: «Cumpliré tu mandamiento:
Soy don Diego Florel: nací en Castilla,
Sucesor, aunque indigno, de su silla.»

Cardona y Aragón, que el nombre oyeron,
Puesta la vista más atentamente,
Al héroe varon reconocieron
De ambos deudo, aunque en modo diferente:
Alegres, dél á conocer se dieron;
Alegre él los conoce, y la valiente
Mano las de ambos toma; y posegado
Así prosigue el cuento comenzado:

«Por varios casos y por gran deseo
De ver del mundo las heroicas cosas,
Salí de España, donde no hay empleo
Por ahora de empresas generosas;
Y después de larguísimo rodeo
Del mar y sus carreras tan dudosas,
A Roma, al fin, llegué, y en coyuntura
Cual pudiera pedir á la ventura.

«No es posible que sepas el gran hecho
Del santo Leon Cuarto, pues te hallo
Con estos moros puesto en este estrecho;
Y así, será justísimo contallo;
Que de admirable regocijo el pecho
Tendrá cualquiera lleno al escuchallo;
Y mas en tí será tal regocijo,
Cual de la Iglesia tan ilustre hijo.»

Responde Alberto: «De la Iglesia santa
Soy y de su pastor hijo obediente,
Y de su gozo ha de caberme tanta
Parte cual es á un hijo conveniente;
Y así, señor, suplicote con cuanta
Cortesía te debo, el excelente
Hecho que dices digas por extenso;
Que héroe ya y altísimo le pienso.»

«Sabá, rey africano valeroso,
Don Diego dice, con su armada grande,
Como tan arrogante y victorioso
Por las costas de Italia y Grecia ande,
Confiado, por verse poderoso,
De que nadie en su daño se desmande,
El puerto de Ostia de improviso toma,
Determinando destruir á Roma.

«El gran prelado valeroso y santo,
Teniendo aviso del peligro urgente,
Depuesto el sacro venerable manto,
Corre á las armas valerosamente;
Y con presteza singular, en tanto
Que el campo forma la enemiga gente,
El con la suya, de la Santa Tierra
Sale animoso á la sangrienta guerra.

«Yo, que ofrecido al gran Leon habia,
Como en tal ocasion era obligado,
Mi persona, con gozo y alegría
De haber á punto tal allí llegado,
Con la gente tambien que le seguia
Salí tras el santísimo prelado,
El cual, guiado de virtud divina,
Con gran presteza para el mar camina.

«Ya el moro con formados escuadrones,
Talandó todo el campo, apresuraba
La multitud inmensa de ladrones
Con que tan atrevido y bravo andaba;
Cuando el santo Leon con sus leones
Al sacrilego lobo se acercaba
Tanto ya, que en un ancho y largo llano
Se descubrió el ejército africano.

«Descubiertas las bárbaras banderas,
El valeroso y gran caudillo nuestro
Va primero á las armas verdaderas,
Como en ellas tan plático y tan diestro.
—Rinda, Señor, aquellas gentes fieras,
Con lágrimas decia, el pueblo vuestro;
El pueblo que os confiesa y que os adora
Rinda, Señor, aquella gente mora.

«No permita, mi Dios, vuestra clemencia
Que este conrito y fiel pueblo romano
Sea con tan sacrilega insolencia
Vencido del soberbio iníel tirano:
Muestre en nuestro favor vuestra potencia
La fuerza inmensa de su diestra mano,
Pues veis, Señor, lo que á su santa gloria
Y de su Iglesia importa esta victoria.

«De ese divino trono sempiterno,
Que con tres luces resplandece en una,
Mandando con altísimo gobierno
A la naturaleza y la fortuna,
Salga favor de dulce padre tierno
Contra esta gente bárbara importuna
Que con tanta soberbia y saña intenta
Hacer á vuestros hijos tanta afrenta.—

«Así oró, regando las mejillas
Con eficaces lágrimas ardientes,
Puesto con todo el campo de rodillas
En forma de conritos penitentes;
Y luego con palabras que al oíllas
Los ojos convertiamos en fuentes,
A la cercana gloria nos incita,
Nos mueve, nos anima y habilita,

«Diciendo:—¡Oh valentísimos varones,
Acostumbrados por virtud nativa
A sujetar las bárbaras naciones
En cuanto el sol reparte su luz viva!
Si deseais en vuestras posesiones
Gozar de ilustre palma y dulce oliva,
No hay camino más cierto que domando
El fiero orgullo deste inicuo bando.

«Mirad, mirad que es pueblo de Mahoma
El que se atreve con armada mano
A sujetar la triunfante vencedora Roma
Y á su pueblo ya bueno, ya cristiano:
Contra quien siempre le ha vencido toma
Las armas el iníel pueblo africano,
Y contra Cristo; pues mirad si en esto
Conviene echar de nuestra fuerza el resto.—

«Así diciendo al pueblo, que ya habia
Por órden suya en Roma confesado,
Con poderosa mano bendecia,
Todo en alegres lágrimas bañado;
Y allí de nuestra santa Madre pia
Abre el tesoro á su gobierno dado,
Con indulgencias, con absoluciones
Y con mil largas gracias y perdones.

«Estaban ya muy cerca los reales
Del libio rey cuando el romano Papa
Las armas de su imperio celestiales
Desta suerte descubre y desatapa:
Tras lo cual las segundas materiales
Muestra, dejando la tiara y capa,
Y descubriendo la persona santa
Cubierta del arnes hasta la planta.

«Como cuando á la luz del claro día
Suele quitar alguna nube parte
De los ardientes rayos de alegría
Que por el orbe anchísimo reparte,
Si aquella de repente se desvia
Con el furor de un bravo viento aparte,
El radiante sol se nos ofrece,
Que con mas clara lumbre resplandece;

«Así de nuestra Iglesia el sol luciente,
Dejando el sacro manto religioso,
Al nuevo aparecer resplandeciente
Del limpio arnes fortísimo y lustroso,
Divinos rayos repentinamente
Con resplandor despide milagroso
Del claro electo y de la santa cara,
Con viva lumbre más ardiente y clara.

«Y junto con el rayo repentino
Del rostro y del arnes, al mismo instante
Ante el sagrado capitan divino
Fué vista una doncella relumbrante,
Que su redondo escudo diamantino
Con fuerte brazo le tenia delante,
Animándole al hecho señalado
Con rostro alegre grave y confiado.

»Y luego el santo Principe famoso
—Arma, arma,— dice, y arma el campo suena;
El clarín alto, el atambor furioso
Con fiero alarma cielo y tierra atruena;
Y al enemigo campo poderoso,
Que en aquella presteza piensa apena,
Con ordenada furia, en varios modos
Nos arrojamus al instante todos.

»Creciente que de altísimas montañas,
Trayendo piedras y árboles, descienda;
Río que en vegas, valles y campañas
Con avenida súbita se extienda;
Rayo que las fortísimas entrañas
Del Apenino ó Pirineo encienda;
Temblor de tierra que revuelva el centro,
No pueden compararse al fiero encuentro.

»Juzgo que fuéron muertos y heridos
Mas de diez mil en el encuentro airado
De los soberbios moros atrevidos,
Que en mal punto incitaron al prelado:
Luego por todas partes embestidos,
Y el conflicto del todo ya trabado,
Con brava obstinacion la gente mora
Hizo furiosamente rostro un hora;

»Al cabo de la cual, ya no pudiendo
Resistir al ejército cristiano,
A la mar se vinieron retrayendo,
Con prestos piés desamparando el llano:
Entónces, la victoria prosiguiendo,
Siguió el alcance el capitán romano
Hasta el mar, que en mar rojo convertía
La inmensa sangre que el infiel vertía.

»Allí yo (pues me mandas que te diga
Cómo fué mi venida aquí á tal punto),
Siguiendo la vencida y enemiga
Gente con el sagrado Leon junto,
Viendo que en un batel, con gran fatiga
Y con color y rostro de difunto,
De las manos Sabá se nos escapa,
Y que á voces lo dice el santo Papa;

»Del caballo me arrojé al mar, y á nado
Sigo el batel donde iba el moro fiero,
Y alcanzo, que habia ya llegado
Sobre un bajel fortísimo y ligero:
Subo tras él y hago lo que armado
Tiene en obligacion un caballero;
Y fué mi buena suerte de manera,
Que rendí en breve espacio la galera.

»Y como tuve alguna resistencia,
Aunque para prender al Rey ponía
Con gran cuidado toda diligencia,
Mientras con sus soldados combatía
Se desapareció de mi presencia,
Y en un bajel ligero que tenía,
Veo despues que por el agua vuela
Con largos remos y con ancha vela.

»Corría una furiosa tramontana,
Que en espuma tenía convertida,
Con prestas y altas olas, la romana
Exenta playa, con razon temida:
Yo, que en aquella cólera, de gana,
Por prender aquel rey diera la vida,
Con los cristianos de galera junto
Hago vela, y volando parto al punto.

»Pongo la proa por la misma via
Que lleva la ligera galeota,
Y doyle brava caza todo el dia,
No perdiéndole un punto la derrota;
Mas, ya que el sol sus rayos escondía,
El viento creció tanto, que la escota
Y los amantes y el timon rompiendo,
Vine á quedar en un peligro horrendo.

»Los pláticos cristianos, que en galera
Habian sido mucho tiempo esclavos,
Acá y allá con jarcias y madera,
Con remos, con estacas y con clavos,
Hicieron en el arte de manera,
Que por entónces á los vientos bravos
Se pudo resistir, aunque en mil modos
Ya nos amenazaban muerte á todos

»Tres días desta suerte contrastámos
La brava furia á nuestro daño intenta,
Y hoy todos ya del todo confiamos
Salir con bien de la mortal tormenta,
Que á tres ó cuatro leguas allegámos
De tierra, cada cual haciendo cuenta
Que la pisaba ya, cuando el navio
Nos hizo mil pedazos un bajo.

»Estaba yo en la popa asido á un remo
Que en cierto modo de timon servia,
Cuando vi el triste y miserable extremo
A que el grande peligro nos traía:
Fué favor (ello es cierto así) supremo,
Que para tanto en mi valor no habia;
Quitome los vestidos en un punto,
Y salto al mar con aquel remo junto.

»Desde el cruel bajo peligroso
Hasta el mojado pié de esta montaña
Nadando vine por el mar furioso,
Con pena á cualquier otra pena extraña:
Besé la tierra cuando el pié gozoso
En ella puse, y luego la campaña
Con gente armada se me ofrece, y luego
Conozco el sér del belicoso fuego.

»Y con dolor inmenso de que el fiero
Infiel al fiel tuviese tal ventaja,
Asiendo de las armas que primero
Se me ofrecieron, vine á la baraja....»
Apénas á este punto el caballero
Llega, cuando el gran cuento le baraja
Un «¡arma!» viva, que á la estable sierra
Hizo casi mover á brava guerra.

A la primera voz los caballeros
Saltan en pié, y acuden á la parte
De donde comenzaron los primeros
Gritos del alto estrépito de Marte:
El sargento mayor sus sabios fueros
Con diligencia prouida reparte,
Y puesto en arma con atento oído,
Ver no pudiendo, atiende al gran ruido.

Asi pues con las armas aprestadas,
Alerta estando la animosa gente,
Por las tinieblas lóbregas cerradas
Metiendo paz viene un varón prudente:
«Repórtense las armas alteradas,
Viene diciendo en alta voz vehemente:
Amigo, amigo soy; hágase pausa
Al gran rumor que mi venida causa.»

Su nombre en alta voz así diciendo
Mil veces por el campo repetía:
El sabio General, reconociendo
La amiga voz, á aseguralle envía;
Y todo el campó en su quietud volviendo,
Seguro paso al valeroso abría,
Al valeroso Filadelfo amado,
Ya por muerto en su ejército llorado.

Viene el valiente mozo generoso
En paz y en guerra extremadamente bueno,
Cansado por un peso victorioso
Que trae puesto al noble y fuerte seno:
Es el bravo caudillo valeroso
Sobrino de Ceilan, llamado Armeno;
Aquel con quien ya dije que quedaba
Trabado en singular batalla brava.

El moro viene en una sien herido
De una gran cuchillada, y el cristiano
Desde los hombros á los piés teñido
De su sangre, que riega todo el llano:
Estaba sin aliento y sin sentido
Por la vertida sangre el africano,
Cuando ya el capitán para curarle
Adone Alberto está viene á dejarle.

Luego al són eficaz de sacros versos
Fué la corriente sangre restañada,
Y el alma de mortales y diversos
Espantos fué á sosiego revocada,
Y de sucesos de la guerra adversos
Con amiga esperanza consolada:
Que es la que sobrelleva adversidades
En las almas de heroicas calidades.

¡Oh alivio de la vida de este mundo,
Cuyo nombre más pio y justo es muerte;
Dulce esperanza de valor profundo,
Contigo el sufrimiento se concierte;
Que en ti con él la mortal vida fundo!
Oh vital muerte trabajosa y fuerte
De este engañoso temporal infierno,
Donde eres tú tan celestial gobierno!

«Gobierno celestial, santa esperanza,
Acompañada á santo sufrimiento!
Cuál hay del mundo fiera malandanza
Que del alma te arranque de cimiento?
Cuál tú nos pintas bienaventuranza
Que fuera sea del empero asiento?
¿Y cuál consuelo y bien en él no calas
Con el excelso vuelo de tus alas?

Ya pues que el sabio Armeno fué curado,
Después que en su sentido le volvieron,
Y su daño y peligro reparado
De la manera que mejor pudieron,
Del capitán valiente y señalado
La causa de traerle así supieron,
La cual fué al grande Alberto tan gustosa,
Cuanto al discreto Filadelfo honrosa;

De quien en breve así fué referida:
«Como cayese ese caudillo fuerte,
La fuerza con la sangre ya perdida,
Yendo sobre él, me dijo desta suerte:
—Vencido habeis; pero si dar la vida
Quereis á quien habeis traído á muerte,
Haced, fuerte soldado, de manera,
Si ser pudiere, que cristiano muera. —

«No dijo más el valeroso Armeno,
Y yo le dije que por él haría,
Visto el buen fin de aquel su intento bueno,
Todo lo que á cristiano le debía:
Entonces replicó, de gozo lleno,
En medio del desmayo y su agonía:
—Yo sé que no hay camino en este suelo
Sino la ley de Cristo para el cielo.

«Que cuando mi dichosa suerte quiso
Que fuese esclavo en la ciudad sagrada,
Adonde está del alto paraíso
La santa llave al viejo apóstol dada,
Tuve de la cristiana fe el aviso
Que gobierna la gente bautizada,
Y junto con las lenguas de cristianos
Supe sus sacros cultos soberanos.

«Y siendo mi intención y mi deseo
Renacer en el agua del bautismo,
Me traje de uno en otro devaneo
El fiero rey del espantoso abismo,
Hasta que libre ya tras gran rodeo
Me volvió al africano barbarismo
Y al poder de mi tío y de esta gente,
Enemiga de paz naturalmente. —

«Con esto se quedó sin movimiento,
Y yo lleno de lástima y de pena;
Mas conociendo que el vital aliento
Aun no faltaba, puesto que era á pena,
Con el recato que yo pude y tiento
Le levanté de la sangrienta arena,
Y como ya se ha visto, le he traído,
De mi promesa y su deseo movido.»

«Apénas fin al cuento aquí ponía
Discretamente el capitán famoso,
Cuando Garín, que atento estado había
Al referir del caso misterioso,
Al grande Alberto, lleno de alegría,
Dijo, cual verdadero religioso:
«Con tu licencia yo de Armeno quiero
Ser para cuerpo y alma el enfermero.»

Holgóse el General; pero mostrando
Valor de heroico príncipe perfecto,
A Filadelfo cuanto puede honrando,
Así dice con término discreto:
«En eso, padre mío, yo no mando;
A Filadelfo Armeno está sujeto,
Pues en tan buena guerra le ha ganado;
Y así, pedidle á él lo demandado.»

Filadelfo, el honor reconociendo
Que á su valor su general hacía,
Discretamente fué correspondiendo
Con alta y generosa cortesía:
De manera que todos concediendo
Al buen Garín la petición tan pia,
El se amparó del moro caballero
Con celo de cristiano verdadero.

Mas entre tanto que en el campo nuestro
En tales modos Marte ha sucedido,
El injuriado moro, del siniestro
Suceso en brava cólera encendido,
Como valiente capitán y diestro,
No reposaba en descuidado olvido;
Sino con cuidadosa diligencia
Descubre allí su plática experiencia.

Y sabida la nueva lastimosa
De la prisión de su sobrino Armeno,
De dolor bravo y de pasión furiosa
El irascible y fuerte pecho lleno,
Con diligencia á su querida esposa
Despacha un hombre en elocuencia bueno,
Para que con discreto y cuerdo aviso
Del triste caso sepa darle aviso;

Y para que la nueva y solicite
A que venga al ejército volando,
Y á que á su hermano, como suele, incite,
Con los valientes moros de su bando,
A que venga á gozar de aquel convite,
Que con victoria les está esperando;
Y sobre todo manda que enarezca
Que vengan todos ántes que amanezca.

El bravo capitán Abenagonte,
De la famosa Lijerea hermano,
Con cien caballos, de Biserta el monte
Habita, y corre la marina y llano;
De quien por todo el clima y horizonte
Que ilustra el suelo bárbaro africano
La veloz fama aparece y cuenta hechos
Que dan envidia á mil valientes pechos.

Este es de quien la veloz fama cuenta
Aquella maravilla señalada
De aquel dragon que tuvo en tanta afrenta
A Biserta, su patria regalada;
El cual tenía por tributo y renta,
Para comida suya dedicada,
Una doncella noble cada día,
Que por concierto el pueblo le ofrecía.

Es caso en toda la Africa sabido
Que, destruyendo este dragon la tierra,
Y no habiendo el poder della podido
Jamás vencerle con sangrienta guerra,
Vino por cierto oráculo á partido
De dar de las familias que en sí encierra
Más nobles, una moza la más bella,
Cada día al dragon para comella.

Cupo la suerte á Rosa, ilustre dama,
Dama de Abenagonte más querida
Que el alma propia, y á quien ella ama,
Con casto y justo amor, más que á su vida:
Ardiendo en él de amor la viva llama,
Su vida á muerte tal viendo ofrecida,
En lugar della, el bravo moro y fuerte
A la fiera se ofrece y á la muerte.

Salíó, sin que supiese dél alguno,
Al mismo tiempo que de oscuro bosque
El hambriento dragon salía ayuno
Al pasto con quien él después se embosque;
Y animoso y valiente y oportuno,
Antes que el largo cuello desenrosque,
Bate las piernas el veloz ginete,
Y por frente al dragon fiero arremete.

Y con tal suerte, y tal destreza, y tanta
Fuerza al dragon la larga lanza arroja
Por medio de la boca y la garganta,
Que en medio el corazón el hierro aloja:
Si el alto silbo, si el mirar espanta,
O si la sangre con que el suelo moja
Y la espuma mortífera que vierte
Amenazaban en tal muerte, muerte,

Juzgar podráse con saberse solo
Que fué este drago de la misma raza
Que el Piton cruelísimo de Apolo,
Del mismo daño y de la misma traza:
Abenagonte, al fin, así matólo;
A quien su dama por su esposo abraza
En digno premio del famoso hecho
Y del amor que lo inspiró en su pecho.

Pero el moro que el triste aviso lleva.
Donde está Lijerea llega, y dalo,
Haciendo de su ingenio y lengua prueba
En hablar con afecto y con regalo,
De tal manera, que consuele y mueva
A todos tanto, que sin intervalo
De turbacion ó triste sentimiento
Ceilan consiga su prudente intento.

Y así sucede como pretendia;
Que apénas el aviso Timbro ha dado,
Cuando en són alto ya el clarín heria
El aire triste, lóbrego y turbado:
«A caballo, á caballo!» referia
El sonoro arambre apresurado;
Y luego «¡al estandarte, al estandarte!»
Y el socorro tras esto apriesa parte.

CANTO X.

ARGUMENTO.

Llega en socorro el bravo Abenagonte
Y Lijerea lastimada y liera,
Cuyo llorar enterneciera un monte,
Si capaz de sentille un monte fuera:
Dan al claro ilustrar del horizonte
Fiero principio al daño que se espera,
Mostrando alto valor de fuertes manos
Y nobles pechos, moros y cristianos.

Ya que marchando á toda furia viene
La bella mora con su fuerte hermano,
La pasion tierna que en el pecho tiene
Del casto amor, dulcísimo tirano,
Con poderosa fuerza contraviene
Al enojo mortal que en el cristiano
Pide rigurosísima venganza,
Y muere ya por emplear la lanza.

Y no para estorbar esto se opone
El amor al enojo en Lijerea;
Porqué antes más la mueve y la dispone
A la fiera venganza que desea:
Para lo que sus fuertes fuerzas pone
Amor, que la gobierna y señorea,
Es para que su blando sentimiento
Se vea más que el vengativo intento.

Y así la bella mora, ya rendida
Al fiero mal que el corazon le parte,
Entre la furia airada y encendida
Del iracundo proceder de Marte,
Y entre el ronco rumor de la movida
Selva por donde sigue el estandarte,
Hechos dos rios los hermosos ojos,
Así mueven la lengua sus enojos:

«¿Tanto os parece que durado habia,
Envidiosa fortuna de mi estado,
El regalo, el contento y la alegría
De Lijerea con su esposo amado?
¿O tanto os enfadaba y ofendia
Su valor, de mil glorias adornado,
Que para mi mortal congoja y duelo
Puesto le habeis en tanto desconsuelo?»

«El pecho ilustre de virtudes lleno,
Para mi tan amable y amoroso,
Que mi alma por él de mi enajeno,
Y en él le doy dulcísimo reposo,
¿Es posible, querido y dulce Armeno,
Es posible, querido y dulce esposo,
Que está rendido á voluntad ajena,
Y atado y puesto en áspera cadena?»

«Y ¿es posible, ¡ay de mí! que la valiente
Y diestra mano, tan acostumbrada
A conseguir victoria eternamente,
Y para mi tan blanda y regalada,
La tiene esa enemiga infame gente
Con duro hierro y fuerte lazo atada,
Y que quizá en su rostro esos villanos
Ponen ¡no plega á Dios! sus vivos manos?»

«¿Que Armeno está, que Armeno está cautivo,
Y Lijerea no le libra y venga?
¿No venga y libra? Aunque aquel hado esquivo,
Cual vino contra él, contra mi venga,
Haré, si en mi vigor tres horas vivo.
Que el que mi bien cautivo tiene, tenga
Paga cruel, subida de quilate,
Por venganza justísima y rescate.»

Así la bella dama dolorida
Sus quejas esparcia por el viento,
Con lastimosa y triste voz salida
Del corazon á fuerza de tormento;
Así la viva llama en el prendida
Descubre el amoroso encendimiento,
Mientras con prestos piés la selva espesa
Por lóbregos caminos atraviesa.

Pero ya cuando se llegó la hora
Que abrió las puertas del dorado oriente,
Y por ellas salió la bella aurora
Ante el hermoso sol resplandeciente;
La apasionada valerosa mora,
Toda encendida en cólera impaciente,
Del bosque ya saliendo al ancho llano,
Gran trecho se adelanta de su hermano.

Ya el sol los dos ejércitos mostraba
Muy cerca, y ya la mora arremetia,
Cual acosada tigre ardiente y brava,
A nuestro campo, que delante via;
Cuando Ceilan, que al paso la esperaba,
Con blando ruego en él la detenía,
No permitiendo el temerario hecho,
Quitando un tanto el fuerte y tierno pecho.

Cual soberbio lebrél acostumbrado
A pardos y osos, tigres y leones,
Que un bravo toro mira rodeado
De gente con agudos garrochones,
Y en encendida cólera abrasado,
Al dueño y al bozal y á las prisiones
Contra su voluntad está obediente,
Aunque fogoso, airado y impaciente;

Tal la valiente mora, acostumbrada
A emprender famosísimas hazañas,
Y á rendir por su lanza y por su espada
Mil fieras gentes bárbaras y extrañas,
Viendo tan cerca aquella gente armada
Que le tiene al que tiene en las entrañas,
Ardiendo en ira, está obediente al ruego,
Aunque impaciente, brava y sin sosiego.

Pero ya cuando Abenagonte llega
Al escuadron con su jineta banda,
Las banderas el campo infiel desplega,
Y que marche Ceilan apriesa manda;
Que marche á dar principio á la refriega
Que con ardiente cólera demanda
Del sabio Armeno la valiente esposa,
De sangrienta venganza deseosa;

La cual y el bravo Ali vienen delante
Con su hermano y caudillo Abenagonte;
Tras ellos van el grande mago Atlante,
Medoro, Cloridano y Rodomonte,
Abenzoar, Hamida, Zeit y Organte,
Hazen, Hamet, Muley y Telefonte,
Getulo, Coraben, Pertan y Audalla,
Y tras estos la bárbara canalla.

Venia Abenagonte en un overo
Rico curiosamente y alheñado,
Revuelto y hollador, presto y lijero,
De corazon robusto y alentado:
Hermosos son caballo y caballero,
Y fuertes tanto, que al más alto grado
Parece que ambos llegan de belleza,
De gala y gallardía y fortaleza.

Era el jaez de seda roja y oro,
Con estribos y hebillas de ataugia;
Y como muy galan y fuerte moro,
Una marlota carmesi traía,
Que, según su belleza, un gran tesoro
Con el tocado y capellar valía;
Trae la espada tuneci y la lanza
Larga cuarenta palmos, á su usanza.

Un moro de estatura de gigante,
Puesto á su estribo, le traía una adarga
Bordada con mil perlas de Levante,
Ancha en debida proporcion y larga;
En cuyo campo un gran leon rapante
Está pintado, que la garra alarga
Al alto fruto de una fértil palma,
Con bravo aspecto en que descubre el alma.

Viene la dolorida Lijerea
En un caballo blanco mosqueado,
Que con agilidad salta y voltea
Delante al diestro y al siniestro lado;
Con un bravo jaez de su librea,
Que es terciopelo azul, todo sembrado
De estrellas de oro fino al propio, cuales
Son las claras estrellas celestiales.

Parece así vestida al mismo cielo,
Cuando forma en la noche un claro día
La blanca hermana del señor de Delo,
A quien su lindo rostro parecía:
Calmaba el mar, paraba el sol, y el vuelo
El más furioso viento suspendía
Por contemplar su rostro milagroso,
Y condolerse viéndole lloroso.

Una lanza jineta blandeaba
Con la valiente diestra, y con la izquierda
La rienda y la ancha adarga gobernaba,
Sin que de fuerte y diestra un punto pierda:
Un alfanje del hombro le colgaba,
Que del famoso capitan se acuerda,
Abuelo suyo, Cidi Abenchapela,
Que al mauro dió del Alcorán la escuela.

De verde y plata viene Ali su hermano,
En un castaño oscuro, fuerte y grande,
Estrellado, cuatralbo y rubicano,
En extremo galan, ó corra ó ande:
Una asta gruesa y corta trae en la mano,
Que no hay quien mejor que él la rija y mande,
Con una adarga cuyo campo es cielo,
Y en medio del pintado á Mongibelo.

Medoro, que es del capitan sobrino,
Viene vestido de brocado pardo,
En un caballo rucio tunecino,
Cual si fuera andaluz lindo y gallardo:
Lanza jineta de ancho hierro y fino,
Y adarga cuyo campo un suelto pardo
Atado muestra en fierros inhumanos,
El fuerte jóven trae en ambas manos.

En un caballo negro como endrina,
Con los ojos ardientes como llama,
De español padre y madre tunecina
Nacido, más lijero que una gama,
Atlante, el grande astrólogo, camina,
Y al capitan á grandes voces llama,
Diciéndole: « Señor, sigue esta suerte
Con ánimo seguro, osado y fuerte »

»Que mirando en el cielo atentamente,
Y alzando una figura judiciaria,
He visto que tu fuerte brazo y gente
Vencerá esta canalla temeraria:
Toda la esfera en tu favor consiente;
No hay cosa en ella que te sea contraria:
Vamos; que en fe de lo que digo, quiero
Ser en acometerlos yo el primero.»

Pone piernas tras esto apriesa, y parte
El rocín lijerísimo volando,
Sin aguardar trompeta ni estandarte,
El daño del desórden despreciando;
Y da principio al espantoso Marte,
Que, ya sangriento y fiero, amenazando
Saña cruel, venganza horrible y brava,
En ambas partes riguroso estaba.

Venía ya también bajando en esto
El católico campo al campo llano,
Por el prudente y viejo Ulisio puesto
En forma cuadra, en batallon romano;
Y Alberto con espíritu dispuesto
A ganar el renombre de africano,
Hecho ya al cielo su debido ruego,
Viene delante con el gran don Diego.

Y á los amigos dos consigo tiene
El sabio Alberto con don Diego junto,
Dando á los tres el puesto que conviene
A sus quilates de tan alto punto;
Del heroico valor que en si contiene
Mostrando en si y en ellos un trasunto
Digno de que le guarde por ejemplo
La eternidad en su famoso templo.

Venía Alberto con un peto á prueba,
Morrión, gola y espaldar armado,
Espada y daga y una gruesa y nueva
Pica de un fresno altísimo tostado:
Un paje la rodela fuerte lleva,
En cuyo campo de oro está grabado
Un unicornio que con la alta frente
Mueve las aguas de una dulce fuente.

Por las armas y aspecto venerable,
Venerable por canas y presencia,
Se muestra el grande Alberto, y sin que él hable
Persuade con altísima elocuencia:
Su ejemplo de valor raro, admirable,
Visto en heroica y célebre apariencia,
Mueve más los honrados corazones,
Que pudieran mover mil Cicerones.

Y no ménos persuade y mueve y fuerza
Al escuadron que honor heroico inflama
El Florel valeroso, con la fuerza
De ejemplos de valor de eterna fama,
Y sus parientes dos; y así se esfuerza,
Ardiendo de valor en viva llama,
Por estos solos tres, de la manera
Que si en favor mil Césares tuviera.

Puesto se habia el castellano fuerte
Un fino coasete de un soldado
A quien la brava y rigurosa muerte
En la primer batalla lo ha quitado:
La fina espada tuneci que vierte
La sangre de su gente, tiene al lado,
Y á la robusta y fuerte diestra aplica
Una larga, derecha y gruesa pica.

Y desta misma suerte armados vienen
Todos los capitanes ya nombrados,
Que sus puestos delante en órden tienen
Con los cuatro varones señalados:
Las hileras despues en si contienen,
Segun sus grados y armas, los soldados,
Y en medio, cual su espíritu y aliento,
Van las banderas ondeando al viento;

Y las cajas ante ellas, con el fiero
Rumor de Marte, que aire y tierra atruena,
Que infunde aquel espíritu severo
Que á muerte furiosísima condena,
Que estremece, que asombra, que el entero
Juicio ofusca, que arma y guerra suena,
Que las iras fortísimas provoca
Del corazón armigero que toca.

Así viene el ejército pequeño
Del pueblo fiel, á recibir el grande
Del pueblo infiel; que con airado ceño
No hay mal en su intencion que no le mande;
Así viene obediente al sabio dueño,
Sin que del órden nadie se desmande,
El cristiano escuadron; así la ofensa
Tener vengada en breve espacio piensa.

Llegaba en esto el indiscreto Atlante
Con su rocín, que el suelo apenas toca,
Cuando el Florel, haciéndose adelante,
Fuerte se opone á aquella furia loca:
A su santo don Diego; el nigromante
En alta voz á su profeta invoca;
Y vióse bien la diferencia luego
Del pérfido Mahoma al santo Diego.

El fuerte cuento de la pica asienta
En tierra, y firma la una y otra planta
El español gallardo, y se presenta
Al que tan confiado se adelanta :
Fuera bien que mirara en esta afrenta
El moro mago con su ciencia tanta ;
Pero ¿qué digo? ya revuelto había
Toda la judicaria astrología.

Y habiendo en ella á su sabor hallado
Lo contrario que allí le ha sucedido,
Por eso arremetió tan confiado,
Mostrándose valiente y atrevido ;
Mas mostróle don Diego atravesado
En la pica fortísima y tendido
Gran trecho del caballo cuya silla
Ya ocupa el caballero de Castilla.

No bien había el sabio judicario
Visto tan á su costa la experiencia
De lo que daña un hecho temerario
Y de lo que es incierta aquella ciencia ,
Cuando el bravo español, con su ordinario
Espíritu y valor y diligencia,
Y con gallarda lijereza y brio,
Alegre salta en el rocín vacío.

No pudo contenerse el generoso,
Habiendo visto la veloz carrera
Y el menudo tropel bravo y furioso,
A no ver del caballo prueba entera,
Y á no mostrar también cuán valeroso,
Cuán fuerte y diestro caballero él era,
Y cuán ejercitado en la campaña
Con los jinetes pláticos de España.

Ya en esto llega el escuadron jinete,
Y con grande tropel y alto alarido
Nuestro pequeño ejército acomete,
De quien es bravamente recibido :
Al gran don Diego el bravo Ali arremete,
Visto lo que de Atlante ha sucedido,
Pensando en él hacer lo que solía
En mil valientes que vencido había.

Mas sucedióle adversa allí la suerte,
Que siempre le fué amiga y favorable,
Aunque en extremo fuese osado y fuerte
Y en destreza y espíritu notable ;
Porque la espada en quien la brava muerte
Airada se mostraba y espantable,
De un tajo brazo y lanza le echa al suelo,
Y la cabeza de un reves en vuelo.

Abenagonte y Lijerea, viendo
La miserable suerte del hermano,
En ira y rabia y en dolor ardiendo,
Furiosos arremeten al cristiano :
Fué de los dos el fiero encuentro horrendo,
Tal, que el veloz rocín cayó en el llano ;
Pero queda el diestrisimo don Diego
En pié y ardiendo en vengativo fuego.

A los dos vuelve como tigre fiero,
Y aunque fué el revolver en un instante,
Ya no los halla el bravo caballero ;
Que volando pasaron adelante ;
Y entre ellos y él un escuadron entero
Así se opuso, que la bella amante
Y el bravo Abenagonte, aunque quisieron
Volver al español, jamas pudieron.

Mas pensando acabar de su venganza
Lo que quedaba, aquel gigante moro
Que para que la adarga lleve ó lanza
Le estima Abenagonte en un tesoro,
Con fuerza inmensa y con bestial pujanza,
Cual acosado grande y bravo toro,
A don Diego se arroja, ardiendo en ira,
Y mil golpes bravísimos le tira.

Con la adarga del amo en el siniestro
Robusto brazo el gran gigante vino ;
Gobierna el desmedido brazo diestro
Un ancho y fuerte alfanje damasquinó :
Cual con broquel y espada un hombre diestro,
Así se aviene el bravo tunecino
Con el alfanje largo de una braza
Y con la adarga anchísima que embraza.

En tanto que los bravos escuadrones
A toda furia vienen á las manos,
Las cuales muestran bien las intenciones
De fieros enemigos inhumanos :
Batalla de fortísimos leones
Contra tigres bravísimos hircanos
No se pudiera ver más rigurosa,
Más fiera, más trabada y espantosa.

Allí caen caballo y caballero
Atravesados de una larga pica ;
Acullá muere el diestro ballestero
Mientras la jara á la ballesta aplica ;
Acá un ginete temerario y fiero
Contra cien contrapuestas picas pica ;
Aquí, mientras el otro el arco flecha,
Atravesarse siente de una flecha.

Pero donde el furor mas riguroso,
El ronco, airado y confundido grito
Del bélico rumor, fiero, espantoso,
Levanta en són del infernal Cocito,
Es donde el grande Alberto valeroso
Sustenta igual el desigual conflicto,
Puesto con sus infantes coseletes
Al furor de los bárbaros jinetes.

Allí de aquellos capitanes fuertes
Y del valor y honor de sus soldados,
Se vian famosas y gallardas suertes
De varones destrísimos y osados ;
Allí la muerte con airadas muertes
A los soberbios moros confiados
Les muestra cuánto daño trae consigo
El estimar en poco al enemigo.

Allí de los amigos generosos
Cardona y Aragon famosamente
Son llevados los moros sediciosos
Por el rigor de la mortal corriente ;
Y allí los pasajeros valerosos,
A imitación de la guerrera gente,
Mil vidas quitan, muertes mil desprecian
Por el honor que en alto punto precian.

Bien que donde la brava Lijerea
Con Hazen, con Medoro y con Audalla,
Con Guido, Olindo y Telamon pelea,
Diferente de aquí va la batalla ;
Que aunque no llega al fin que ella desea,
Rompe dichosa la cristiana malla,
Entrando el escuadron á viva fuerza :
Amor la anima, amor su brazo esfuerza.

Ni ménos donde el fuerte Abenagonte,
Organte, Zeit, Abenzoar, Hamida,
Con Anselmo y Ricardo y con Oronte
Combaten, van los moros de vencida ;
Antes sí por Florante y por Almonte
No fuera aquella parte socorrida,
Por ella hubiera al campo fiel hallado
Dichosa entrada el fuerte moro osado.

Que allí un robusto moro combatía
Con infernal furor, saña y braveza,
Que el fuerte Abdeluzema se decía
Por su maravillosa fortaleza :
A quien Almonte el campo defendía
Con singular valor, brio y destreza,
Aunque de Rodomonte y Cloridano
Guardado estaba de una y otra mano.

Y allí el famoso tirador de arco,
Robusto cuanto diestro y arrogante,
Cuñado de Ceilan, llamado Zarco,
De nacion turco, en fuerzas un gigante,
Mató al suave músico Aristarco,
Griego en linaje de la fértil Zante,
Cuya voz, que á la lira concertaba,
Las almas suspendía y encantaba.

Y allí con Benamir, español moro
Que andaba foragido de Valencia,
Su dulce patria, que en continuo lloro
Vive por ella en su forzosa ausencia,
Y era entre estos tenido en gran decoro
Por su valor, juicio y experiencia,
Tienen los nuestros resistencia fuerte
Y puesta la victoria en alta suerte.

Y allí también el espantable Alfarde,
En fealdad y en fuerzas monstruo fiero,
Mató al valiente alférez Belisardo,
Y á Guido Baldo, noble caballero,
De quien el famosísimo Ricardo,
Hermano suyo y único heredero,
Vengó la injusta muerte dolorida
Privando al feo monstruo de la vida;

Y matando tras él al gran Calibio,
Hechicero famoso y herbolario,
Y á un bravo capitán de nación libio,
Primo de Tulipante, dicho Alario;
Y metiendo el sangriento estoque tibio
Por el pecho á Zacinto, gran cosario,
Y matando al bastardo Amirhabena,
Hijo del rey de Fez y de Aridena;

De Aridena, mujer de Sabá, aquella
Que el viejo rey de Fez á su alcázar
Se la llevó mientras el padre della
Por mujer gozosisima le daba,
Haciendo á un tiempo al padre, á él y á ella
Agravió tal y sinrazon tan brava,
Que produjo en Sabá el más bravo hecho
Que jamas emprendió bárbaro pecho.

Tomó Sabá aquel caso de tal suerte,
Y fué tal su congoja y sentimiento,
Que con su corazón soberbio y fuerte
Y con su temerario pensamiento,
Sin temer el peligro de la muerte,
Ni otro alguno, si le hay, mayor tormento,
Determinó con rigurosa furia
Cobrar su dama y vindicar su injuria.

Para lo cual en una noche oscura,
El solo, sin ayuda de su gente,
Hecha una eficazísima mistura
Para dar fuego repentinamente,
Con tan grande artificio y tal ventura
Le puso á la alcázar del pariente,
Que la furiosa y repentina llama
Le abrió el palacio y le entregó la dama.

Perdió el de Fez mujeres, joyas y oro;
Perdió el castillo rico y admirable;
Fué espanto eterno de su tierra y lloro
El no entendido caso memorable;
Y el mozuelo Sabá con el tesoro
A su amoroso pecho inestimable
Huyó, mudando el nombre, el trato y traje,
Y disfraczando el rostro y el lenguaje.

Lloróse por quemada en Fez la mora
Con las que se quemaron realmente,
Y al que causó la llama vengadora
Por quemado lloró también la gente;
Y en especial el triste rey los llora
Con afectos de amante y de pariente:
Tan fuera de pensar el triste estuvo
El engaño bravísimo que hubo.

A Túnez Sabá vino, y heredando,
Hizo claro el engaño al viejo tío,
El cual, la atroz injuria blasfemando,
Quiso vengar el loco desvario;
Mas el bravo Sabá fiero, mostrando
Su soberbio valor y ardiente brio,
De modo el caso al tío zahirióle,
Que en perpetuo silencio sepultóle.

Parió del viejo rey la moza dama
A Amirhabena, aquel que ahora muere,
A quien libró al nacer de ardiente llama,
Donde Sabá que muera al punto quiere:
Allí la madre, que cual madre le ama,
Le dió dos vidas, y á un su fiel requiere
Que el niño críe, y él hasta este punto
Aquí le tuvo, donde fué difunto.

Mas el terror furioso que acompaña
Con fiero amarillez á Marte ardiente,
Cuando en su punto la sangrienta saña
Muestra su bravo espíritu inclemente,
Discurre con don Diego la campaña
Con tan horrenda y espantable frente,
Que no hay quien no revuelva del la suya,
Y por no verle á toda furia huya.

No espanto tal al marinero triste
El flaco pecho le convierte en hielo,
Cuando en la mar el que al gobierno asiste
Con el timon es arrojado en vuelo,
Y la galera sin remedio embiste
En peñas levantadas hasta el cielo;
Cual es el miedo que esta gente tiene
De aquel terror que con don Diego viene.

Habia, con la brava resistencia
De aquel gigante, tanto acrecentado
El enojo y la saña y la impaciencia
En el pecho á vencer acostumbrado,
Que no don Diego, sino la inclemencia
Entonces era el español airado,
Haciendo pruebas con su brazo fuerte,
Cuales las hace la espantosa muerte.

Fué la batalla que con Aímauro
Tuvo (que así llamaban al gigante)
Tal, que el teatro del famoso Escauero,
En el tiempo de Roma más triunfante,
A ninguna dió palma ó robe ó lauro
Que ser le pueda igual ni semejante,
Ni entre las suyas el turbado Janto
Alguna vió que se extremase tanto.

CANTO XI.

ARGUMENTO.

Alcanza Alberto por Florel victoria
Del temerario bárbaro africano,
Con su doliente fin, lleno de gloria
Para el valor del escudron cristiano:
Trágicos casos dignos de memoria
Traen muerte y amor con fiera mano,
Que de ordinario en lo mejor se emplea,
A Filadelfo, Armeno y Lijerea.

Como tal vez del cielo airado suele
En seco campo con rigor violento
Fuego caer, que prenda en él y vuelle
Con el furor de algun airado viento,
Sin que al villano misero, á quien duele
Con mortal ansia el fiero encendimiento,
Le dé lugar que mies ó fruto guarde
De la alta llama que le enciende y arde;

Así don Diego, riguroso, airado,
En colérico fuego convertido,
El escudron más fuerte donde ha entrado
En vuelo lleva roto ya y vencido;
Sin que al bravo Ceilan, que con cuidado
Mira por él su campo destruido,
Le dé lugar alguno á que provea
Cosa que en su reparo y orden sea.

Y así el valiente moro belicoso,
Ya sin remedio ni esperanza alguna,
Blasfemando colérico y furioso
Del cielo y de Mahoma y de la luna,
Al valiente español, que victorioso
Con su valor seguía su fortuna,
Se arroja airado con intento ardiente
De matarle, ó morir honradamente.

En tanto los demás, con furia horrible,
Como fuertes varones peleaban,
Y en varias formas con rigor terrible
El fiero espanto bélico mostraban;
Y en su mas alto punto la irascible
Saña del bravo Marte levantaban,
Haciendo cosas dignas que la gloria
Haga en el tiempo eterna su memoria.

La brava y hermosísima africana,
Después de haber el campo discorrido
Y con grande valor sangre cristiana
Dichosamente acá y allá vertido,
La furia airada que con sangre humana
El serpentino crin trae teñido
Con fiero asombro y grima de la tierra,
Cuyo espantable y triste nombre es guerra;

Hizo que con el sabio y valeroso
Capitan Filadelfo se topase,
Aquel cuyo valor su amado esposo
Causó que en su poder preso quedase:
El la acomete airado y envidioso
De que tan victoriosa por él pase,
No pensando que fuese tierna dama,
Sino fuerte varon de excelsa fama.

Ella se vuelve á él, visto su intento,
Y el caballo cansado, al dar la vuelta,
Sin piernas y sin manos y sin tiento
Deja á la dama entre la arena envuelta;
Pero la bella mora en un momento,
En extremo animosa y fuerte y suelta,
Con la espada en la mano en pié se halla,
Y viene airada á la cruel batalla.

Su hermano en esto con el grande Alberto,
A pié también y cuerpo á cuerpo, muestra
En un duelo peligroso, incierto,
La brava fuerza de su fuerte diestra;
Mas la sagacidad del viejo experto
Y la grande prudencia que le adiestra
Resiste aquel furor, mostrando un claro
Ejemplo de valor notable y raro.

Aragon y Cardona, inseparables,
Mil almas de mil cuerpos separando,
Con sangrientas espadas espantables
Hinchén de espanto el enemigo bando:
Invencibles los dos é incontrastables,
Venciendo á todos van y contrastando:
Con este par; oh fama! no compares
Aquellos tus famosos Doce Pares.

Y así como en valor sin par señales
Este par soberano y peregrino,
Nuevas tus lenguas mil y tus mil alas
En mostrar de amistad su sér divino;
De amistad verdadera, que á tan malas
Penas hallamos huella en su camino,
En este siglo lleno de perfidia,
Donde es reina cruel la infame envidia.

Fuéron estos dos fuertes caballeros
En la ley de amistad tan señalados,
Que por ella, entre tantos pasajeros
En el oscuro olvido sepultados,
Son en esta jornada dos luceros
Del claro sol de fama iluminados,
Ante la cual hallar no pueda excusa
La pérfida amistad que el mundo hoy usa.

Fundaron en razon esta ley santa
De su amistad, y con verdad sincera
Altamente ilustraron la de cuanta
Virtud le da su calidad entera:
Virtudes digo; que si ahora espanta
No haber fiel amistad ni verdadera,
Es porque en vicios mil tiene la mira,
Y sin razon se funda y con mentira.

Mil claras sinrazones, mil mentiras,
De que abundan los hijos de los hombres,
Y mil vicios; oh mundo! en que te airas,
Quitán de alta amistad claros renombres;
Pero tú, ingratitude, que al mundo tiras
Mil monstruos del infierno con que asombres;
Tú, de quien todo bien volando huye,
Eres quien más santa amistad destruye.

Tú, fiera ingratitude, que del ingrato
Enemigo comun eres amiga,
Y del divino verdadero trato
De amistad santa pérvida enemiga,
Causas que con infame desacato,
Por la misma razon que á ser le obliga
Un hombre de otro amigo fiel y justo,
Enemigo le sea infiel y injusto.

Pero ¿dónde me lleva y me trasporta
La infame ingratitude con sus dolores,
Por la ocasion que da á mi lengua corta
La amistad santa destes dos señores,
Cuyo excelso valor á Alberto importa
En los airados bélicos furoros
De la batalla en que se ve la vida
De célebre victoria enriquecida?

Aragon de un revés al mauro Lancho,
Capitan valeroso y señalado,
Los dos brazos cortó, que en alto un ancho
Y fino alfanje habian levantado:
La rodela dejó el paje en el rancho
Adonde estuvo su aduar plantado
Aquella noche; que si la trujera,
No poco en éste golpe le valiera.

Pero, aunque en este golpe aprovechara
Al fuerte capitan el fuerte escudo,
De otros mil fieros golpes no escapara,
Con que Aragon matar á muchos pudo:
Zarante, nieto de la reina Zara,
Se entró rabiando por el hierro agudo
Que de punta Aragon al pecho fuerte
Le ofreció, envuelto en rigurosa muerte.

De otra punta cual está á Sacripante
Al mismo tiempo allí mató Cardona;
Y de un revés cortó por medio á Argante,
Y el un brazo de un tajo á Maratona;
Maratona, que en fuerza era un gigante,
Y un muy pequeño enano en la persona,
Monstruo notable, contrahecho y feo,
Que afirmaba en blason ser rey pigmeo.

Bravo era el monstruo, y más lo queda ahora
Con el brazo cortado, y encendido
En braveza y en ira vengadora;
Mas poco le ha durado y le ha valido;
Que la veloz espada matadora,
Cardona, reportado y prevenido,
Al corazon indómito le apunta,
Y á las espaldas hace ver la punta.

Aquí también Uberto, Olindo y Dánes
Matan á Yárbas, á Selin y á Zerta,
Que habian sido, cual ellos, capitanes
En galeras de Argel y de Biserta:
Caramamin, que al capitan Alfánes
Deja en un muslo larga llaga abierta,
Queda por él sin la espantosa vida
De insolente ladrón, fiero homicida.

Telamon, cual aquel bravo de Troya,
También aquí furiosa y bravamente
Peleó con la bárbara Lancroya,
Mujer monstruosa, fiera y insolente,
Tenida entre estos bárbaros por joya
Venida desde el último oriente
A ser allí, cual ellos, salteadora
Furiosa, cruelísima y traidora.

Matóla el fuerte Telamon, y Guido
A su lado mató al soberbio Zaide,
Desta fiera mujer falso marido
Y del gran Caruan traidor alcaide:
Florante aquí fué de Selin herido,
Y él mató en recompensa al Albenzaide,
Moro galán, en Túnez señalado,
Y al Merlin, por gran mágico estimado.

Y en este fuerte y riguroso punto
Los españoles pasajeros tanto
Mostraron el valor nativo junto
Al diestro proceder, que fué un espanto:
Excelso y sonoro contrapunto
Fuéron al valeroso heróico canto
De los demas en la armonía y arte
De la sublime música de Marte.

Y por ellos decir solía Alberto,
Cuando desta batalla se trataba,
Que de cautivo con su gente ó muerto
Sin duda le libró la gente brava:
Su término, su honor y su concierto
Con grande admiracion siempre alababa;
Y con obras mostrándose, les hizo
Honor despues que al suyo satisfizo.

Ya dos horas habia que duraba
La batalla bravísima y sangrienta,
Cuando en confuso y fiero punto estaba
Más incierta, más brava y más violenta;
Y de la misma suerte se mostraba
Que el alto mar en áspera tormenta,
Cuando á veces las ondas tempestuosas
Vencidas van, y vuelven victoriosas.

Ya el campo infiel con ímpetu retira
Al católico ejército animoso;
Ya el campo fiel revuelve, ardiendo en ira,
Sobre el bárbaro ejército orgulloso;
Y así cada cual dellos fiero aspira
Al fin tan deseado victorioso,
En pretension del cual presto llegaban
A muchos los que ménos deseaban.

Hamet, Muley, Pertan y Telefonte,
Getulo, Coraben, Hacen y Audalla,
Hacia la parte donde está en el monte
La chusma fiel, con quien Garin se halla,
Con Anselmo, con Guido y con Oronte
Traban rigurosísima batalla,
De mil moros los unos ayudados,
Los otros de los miseros forzados.

Y aquí sin duda todos perecieron
A manos de los bárbaros furiosos,
Si por el sabio Ulisio no tuvieran
Socorro los cristianos valerosos;
Y aun en cien otras partes padecieran
Trances infortunados y afrentosos,
Si el campo no tuviera por sargento
Un varon de tal sangre y tal talento.

Trajo consigo á Telamon y Alardo,
A Alcimedonte y á Fadrique Dánes,
A Uberto, á Sinforoso y á Ricardo,
Valientes marineros capitanes;
Y él, más que todos plático y gallardo
En los sangrientos bélicos afanes,
El primero acomete el moro bando,
Victoria en alta voz apellidando.

Jamas tan léjos della habia estado
Como entónces lo estaba el campo nuestro;
Mas el prudente y fuerte viejo osado,
En aquel menester sabio maestro,
Por ardid toma el nombre mejorado;
Y á tiempo fué tan próspero y tan diestro,
Que, saliendo de allí la voz amada,
Por el campo voló luego esforzada.

Y adonde con Ceilan está don Diego
En sangrienta porfia, alegre llega,
Y allí, aumentando el encendido fuego,
Las alas lijerísimas desplega;
Y no tomando punto de sosiego,
Parte de allí, no ya confusa y ciega,
Sino evidente y clara en tono fuerte,
Diciendo de Ceilan la cierta muerte.

Por diez heridas al furioso moro
Sacó don Diego el alma rigurosa,
Que, blasfemando del celeste coro,
Huyó á la eterna cárcel tenebrosa:
Luego en un tono altísimo y sonoro,
Con dulce voz clarísima y famosa,
La gloria el nombre del Florel en vuelo
Levantó por el aire alegre al cielo.

Terror, espanto, miedo, pismo, muerte
Infunde en el infiel pueblo africano
La alegre voz que la dichosa suerte
Divulga del ejército cristiano,
El cual en puro esfuerzo se convierte
Al triste fin del árabe inhumano;
Y así los unos huyen temerosos,
Y los otros los siguen victoriosos.

No puede Abenagonte socorrellos,
Que á manos del famoso Alberto muere;
Ni amparo, ayuda ni favor de aquellos
Valientes caballeros nadie espere;
Que en este punto no hay alguno dellos
Que de la vida ya no desespere:
Sola la linda mora en la batalla
Con Filadelfo al parangón se halla.

Mas poco más duraron los valientes
Dignos de eterna y alta poesia,
Por quien vivan en bocas de las gentes
Mientras el sol causare al mundo el día;
Que ambos, vertiendo lastimosas fuentes,
Dieron á un punto fin á su porfia,
A la tierra los cuerpos entregando,
Sin sangre ya y sin fuerza agonizando.

Amor, que tanto tiempo habia vivido
En el hermoso pecho de la mora,
Más regalado y más entretenido
Que en todo cuanto habita y enamora,
Turbado, sin consuelo y affigido,
Apaga el fuego, el arco rompe, y llora
Con sentimiento tan amargo y fuerte,
Que parar hace y suspender la muerte.

El fiero brazo y el cuchillo alzado,
Quedó la feroz muerte suspendida,
Oyendo el lamentar desconsolado
Que el amor hace por aquella vida;
Y sin calar el golpe acelerado
Pasó adelante casi enternecida,
Volviendo á Filadelfo el cuerpo en hielo,
Y abriendo al alma puerta para el cielo.

En tanto pues que deja Lijerea
La muerte, de su muerte lastimada,
Y en el vencido ejército se emplea
Más furiosa que nunca y más airada,
La triste dama, en quien amor desea
Alargar su dulcísima morada,
Animada del niño blando y fuerte,
Así se queja de la brava muerte:

« ¡Obras son tuyas, furia aborrecible,
Espanto eterno de la humana gente!
Hazañas son de tu furor terrible,
Muerte cruel, fierísima, inclemente,
Representarte airada y invencible,
Cuando tu brava y espantable frente
Triste sea, más temerosa y fiera
A quien ni te desea ni te espera.

» ¿Este fin tiene, este suceso alcanza
Aquel gozo de amor que al alma mia
En su gozosa bienaventuranza
Largos años de gloria prometia?
¿Aquella sin igual rica esperanza
De juventud, nobleza y gallardía
Paró en tan pobre y desigual tormento?
¿Ay cuántas esperanzas lleva el viento!

» ¿Y desta suerte, dulce esposo mio,
Más que mi vida y que mi alma amado,
Remedió vuestra lástima y desvío
El fiero golpe que os señala el hado?
Si este sangriento y encendido río
Que mana ¡ay triste! de mi pecho helado
Os diera libertad á vos y vida,
Consuelo fuera mi mortal partida.

» Mas esto á vuestra amada Lijerea,
Que muriendo os contempla y os adora,
Y más que nunca os llama y os desea,
Querido Armeno, en su postrera hora,
Es lo que duele más, es lo que emplea
Su fuerza más terrible y matadora;
Que ella sin vos se parte muerta, y vivo
Sin ella vos quedais, triste, cautivo.

» Amargo trago, amargo trance y fuerte!
¿Aspero y lastimoso apartamiento!
¿Fiero y bravo rigor de adversa suerte!
¿Insufrible dolor, cruel tormento!
¿Oh sangre sin valor! Oh vana muerte!
¿Oh cuántas esperanzas lleva el viento!
Ni ya de Armeno gozo, ni su vida
Es con mi sangre y muerte socorrida.

» Esto me mata, desto solo muero;
Y es más mortal herida y penetrante
Que esta del brazo de ese caballero
Que en mi venganza muerto veo delante;
Mas ¡ay de mi cuidada! que no espero
Que á la una la otra se adelante:
Juntas las dos el cuerpo y alma cercan
Y apriesa la mortal congoja acercan.»

Esta postrer palabra apenas fuera
Salió de aquellas perlas orientales,
Rompida de un sollozo que pudiera
Enternecer las furias infernales,
Cuando la muerte acelerada y fiera,
Con presurosos pasos desiguales
Por allí vuelta, con veloz corrida
De Lijerea se llevó la vida.

En esto, á toda furia, á toda priesa
 Vuelve la frente ya la gente mora,
 Quién á la selva lóbrega y espesa,
 Y quién á la montaña defensora;
 Mas á cuál en la fuga se atraviesa
 Cierta y aguda jara voladora,
 Y á cuál con mejor suerte, aunque no buca,
 Fuertes cordeles ó áspera cadena.

Quinientos de las manos se escaparon
 De la sangrienta muerte encarnizada,
 De los seis mil ladrones que causaron
 La peligrosa y súbita jornada;
 Mas todos, sin valerles piés, quedaron
 En manos de la gente bautizada,
 Que venció aquella bárbara braveza
 Con cristiana prudencia y fortaleza.

De los cristianos no faltaron ciento,
 Aunque todos allí sangre vertieron;
 Mas atóles las llagas el contento
 Que de la gran victoria recibieron;
 Y alegres del dichoso vencimiento,
 Repararon su armada y proveyeron
 Del agua y leña que con sangre y vidas
 Se compró de las gentes descreídas.

Hecha la provision y despojado
 El miserable y triste campo muerto,
 De su pillaje cada cual cargado,
 Alegre vuelve al deseado puerto;
 Y del buen Filadelfo malogrado
 No se olvidó su general Alberto;
 Que le estimaba cuanto conocía
 Su discrecion, su sangre y valentía.

Garin tomó á su cargo el sepultarle
 Con la pompa mayor que allí se pudo,
 Y Alberto fué el primero á levantarle,
 Ya puesto sobre un ancho y fuerte escudo;
 Y cual estaba armado, sin quitarle
 Alguna pieza ni el estoque agudo,
 Garin guiando y veinte capellanes,
 Le llevan Guido, Olindo, Oronte y Dánes.

Una cruz rica en alto levantada
 Lleva el pio Garin, delante puesto
 De la fúnebre pompa, encaminada
 Hacia la mar, al cabo de un recuesto;
 Donde, al reposo eterno encomendada
 El alma, y el sepulcro ya dispuesto
 En una peña junto al mar sagrado,
 El cuerpo ilustre fué depositado.

Tambien los demas cuerpos se enterraron
 Que de entre los revueltos africanos
 Con piedad dolorosa retiraron
 Los que eran en milicia sus hermanos:
 Hecho lo cual, aprieta se embarcaron,
 Y con robustas y maestras manos
 Fué reparado el daño peligroso
 Del pasado naufragio riguroso.

Y los heridos asimismo en tanto
 Se repararon algo; solamente
 Armeno acrecentó con pena y llanto
 Su no mortal herida y su accidente:
 ¡Oh cuánto, amor, tu ardiente llama, oh cuánto
 Y en cuántas formas tu rigor se siente!
 Sin duda Armeno de su mal curara
 Si tanto tu furor no le apretara.

Curara Armeno si tuviera cura
 La pasión amorosa cuando llega
 A privar la razon y la cordura,
 Y al alma triste el uso della niega;
 Y cristiano y en próspera ventura,
 Léjos de su africana gente ciega,
 Viviera con el gozo y el consuelo
 Que tiene acá quien solo aspira al cielo.

A la réal galera, donde estaba
 Con Armeno Garin, llegó un soldado,
 Trayendo de la mora linda y brava
 El vestido de estrellas adornado;
 El alfanje del hombro le colgaba,
 De los brazos las ropas, y el tocado
 Que á la curiosidad misma excedía,
 De las manos; y alegre así decía:

«Bien puede haber ganado plata y oro
 Otro en esta jornada peligrosa,
 O cautivado algun valiente moro,
 O habido alguna joya muy preciosa;
 Mas cosa que, sin serlo, en un tesoro
 Es digna de estimarse por hermosa
 Yo la he ganado; y si esto no es creído,
 Mírese este bellissimo vestido.»

Diciendo así delante del cuitado
 Y triste Armeno en manos de otros pone
 La almalafa, la aljuba y el tocado
 Que con diversos lazos se dispone:
 Quién, de marlota y capellar ornado,
 Piensa, miéntras se mira y se compone
 El azul estrellado terciopelo,
 Que está vestido de un sereno cielo;

Quién el alfanje saca, y la fineza,
 Haciendo alguna prueba en él, admira;
 Quién la labor alaba, la riqueza;
 Quién solamente con codicia mira;
 Quién quisiera comprarle, y la pobreza
 Con helado despecho le retira;
 Y así, al fin, todos todo lo alababan,
 Y al dueño engrandecían y envidiaban.

Tambien Armeno, en hielo convertido,
 Atónico, confuso, embelesado,
 Está mirando el trágico vestido,
 Cual si estuviera en piedra trasformado;
 Mas siendo de aquel pasmo conmovido
 Al triste preguntar de aquel soldado,
 Que le dice si sabe cuyo habia
 Sido el rico pillaje que traía:

«El alma os lo podrá decir, responde
 El pobre Armeno con la voz turbada,
 Si sale, como yo deseo, de donde
 Está tan bravamente atormentada;
 Si á mi triste deseo corresponde
 Fortuna contra mi siempre indignada;
 Si ya dolido de mi mal el cielo,
 Me quiere con la muerte dar consuelo.

¡Oh tristes ropas, cuando Dios queria
 Alegres á mis ojos lastimados,
 Cuando con vos, oh bien del alma mía,
 Pasaba dulces dias regalados!
 ¡Ay Lijerea, gloria y alegría
 Y dulce fin de todos mis cuidados!
 ¡Cuál inhumana furia, brava y dura,
 Os le dió á vos tan lleno de amargura?»

«Sin duda que á traicion os dió la muerte
 Quien os quitó, mi rico bien, la vida,
 Pues ni el rostro os valió ni el brazo fuerte
 Contra el traidor, cruel, fiero homicida;
 Que vos en el trocádes la suerte
 Si fuéades á vista acometida;
 O si él en el hermoso rostro os viera,
 Antes os adorara que ofendiera.

«No, no pudiera ser tan valeroso
 Soldado alguno, que de bueno á bueno
 Rindiera vuestro brazo poderoso,
 De mil victorias admirables lleno;
 Ni hubiera corazon tan escabroso
 Ni tan lleno de cólera y veneno,
 Que vuestros ojos no le enternecieran
 Y en dulce mansedumbre le volvieran.

«Muerta, al fin, sois, y sois sin duda muerta
 A traicion, mi dulce esposa amada;
 Cada cual destas cosas es muy cierta,
 Más de lo que quisiera está probada;
 Y así ya solo resta que la abierta
 Senda por vos sea por mi pisada;
 Que os siga yo, mi Lijerea, en esta
 Triste jornada solo ahora resta.

¡Oh vos, dueño cruel de ese vestido,
 Si sois el que matastes á mi esposa,
 Y esto que habeis ahora de mi oído
 Por mi bien os enciende en ira honrosa;
 Dadme la muerte ya que ha merecido
 Mi lengua apasionada y licenciosa;
 Dadme la muerte, que es el justo medio
 Para vuestra venganza y mi remedio.

Aquí se le quedó súbitamente
La voz á Armeno en la garganta asida ;
Y la muerte veloz, fiera, inclemente,
Con el vestido trágico venida,
Desenlazando al misero doliente
El nudo estrecho de la amada vida,
Le dejó el cuerpo convertido en hielo,
Con los ojos y manos hacia el cielo.

Garin, su cuidosísimo enfermero,
Que junto á él estaba, apercibiendo
Santas razones con que aquel mal fiero
A fácil cura fuese reduciendo ;
La postrera congaja, el postrimero
Trago cruel que le apretaba viendo,
Acude presto, y diligente aplica
Al pobre enfermo toda su botica ;

Y fué á tal tiempo, que aunque el cuerpo helado
No pudo ser de muerte defendido,
Antes de ser el nudo desatado,
Fué el espíritu tanto entretenido,
Que el pio Garin con celestial cuidado,
En su perfecto acuerdo y su sentido,
Al alma vida dió con la agua pura,
Después con llanto al cuerpo sepultura.

CANTO XII.

ARGUMENTO.

Deja el puerto africano Alberto, y parte
Para Italia con viento favorable,
Y della alegre toma aquella parte
Que es la grande Paríenope admirable,
De donde el buen Garin, aunque se aparte
Con diligencia y con fervor notable
Para ir á Roma como le conviene,
Su adversario el camino le detiene.

La armada en tanto ya aprestada, solo
Aguarda que el rigor de la corriente
Que causa el porfiar del bravo Eolo,
Aplaque su mortal ira inclemente,
Y que el revuelto mar de polo á polo
Muestre serena la turbada frente,
Para volver por su camino incierto,
De infiel y extraño, á fiel y propio puerto.

Al tardo aparecer del cuarto día
Que en orden aguardando está la armada
Próspero tiempo y viento de alegría
Para la dulce Italia deseada,
Calmó el soberbio soplo que tenia
Toda la costa de Africa atronada,
Y della, cuando el sol faltó del cielo,
Un viento salta con ligero vuelo.

El contrapuesto viento favorable,
A la corriente indómica contraria
Venciendo, vuelve el alto mar tratable
Con la mudanza entre ellos ordinaria :
Queda el soberbio piélagos espantable
Manso al volver de la fortuna varia ;
En bonanza se ofrece, y al esfuerzo
Del ábrego quedó rendido el cierzo.

Alegre entónces el famoso Alberto,
Cuando la noche, á la mitad subida
De su camino sosegado y cierto,
La prima guardia tuvo ya rendida ;
Manda dejar el africano puerto
Con la cierta señal de la partida,
Cuyo alto son apenas fué escuchado,
Cuando el puerto se vió desocupado.

Salen al ancho mar, y al largo viento
Las velas dan con gozo y esperanza ;
Ofrece el tiempo al general contento
El viento en popa, y la alta mar bonanza :
Huye la tierra infiel, y el firme intento
De alcanzar la que espera el fiel alcanza :
Vuela la armada como su deseo,
Y toma el promontorio Lilibeo.

Tres veces saludaron la ribera
De la fértil Sicilia alegremente,
Y tres veces alegre la parlera
Eco los fines replicar se siente :
Ya queda atrás el puerto y la ladera
De Trápana, que el alto descendiente
De Cápis, con su nombre y su ceniza,
Por el único Titiro eterniza.

Persevera en su vuelo el africano
Viento, y pasa la escuadra italiana
Mirando alegre á la derecha mano
La floreciente isla Siciliana ;
Y á la siniestra, de Eolo y Vulcano
Las siete, donde viento y fuego mana,
Lipara, Hiera, Estrórgila, Eriusa,
Erónima, Didima y Feniasa.

No cesa el fresco y dulce viento moro,
Ni Alberto amaina la cruzada entena,
Hasta que, junto casi ya á Peloro,
La voz airada de Caribidi suena ;
Y Gila, amenazando eterno lloro,
Revuelve el faro, y cielo y tierra atreuna :
Aquí á media asta amaina, y del estrecho
Pasa el bravo reflujo, un Argos hecho.

Vuelve á dar la ancha vela al largo viento,
Pasado el removido mar Sicano,
Y ve á la diestra Agrópoli y Cilento
Y la espumosa boca de Brandano,
Salerno, Malfi, Masa, y de Sorrento
El deleitoso aunque pequeño llano :
Aquí al anochecer el viento el vuelo
Volvió cansado á su africano suelo.

Con los remos suplió la fuerza humana
La falta del soplar de travesía,
Abriendo por la mar quieta y llana
Segura senda en la derecha vía ;
Y al claro aparecer de la mañana,
El que la guardia en el carcer hacia
Descubre á Capri, y luego en voz gozosa,
« Nápoles, dice, Nápoles famosa. »

Ausente madre de su hijo amado
Que anda con Marte en furias repentinas,
Y largos días y años le ha esperado
Con suspiros y lágrimas continas,
Y siente que le dan del bien llegado
El paraben y nuevas sus vecinas,
No con mayor consuelo y regocijo
Gozosa y presta acude á ver el hijo ;

Que á la alta y dulce voz del marinero
Acudieron á ver la amada tierra
Los tristes trabajados del mar fiero
Y de la brava y peligrosa guerra ;
Y con gusto y contento verdadero
Están mirando la más alta sierra,
Y luego el monte ménos alto, y luego
El llano donde esperan su sosiego.

Ya cerca al fin, á ménos de una milla
La fuerte escuadra el manso mar navega,
Y descubriendo va en la amigra orilla
La inmensa gente que á esperalla llega ;
Y gozosa y alegre á maravilla,
Las banderas y flámulas despliega,
Las tapieras, los ricos tendales,
Las banderolas y los gallardetes.

Y con vistosa muestra así adornada,
Y en forma de batalla en orden puesta,
A la querida tierra deseada
Se va acercando con alegre fiesta :
Suenan la caja con furor tocada ;
Dale el alto clarín dulce respuesta,
Y acompañando el marcial sonido,
Alza la humana voz dulce alarido.

Con el aplauso mismo recibida
Es de la tierra la contenta gente,
Y en el muelle seguro recogida,
Al mar arroja el corvo y fuerte diente ;
Y demas dél, con cabo en tierra asida
Pone la armada más seguramente ;
Luego con el batel que nadar hace
Del todo á su deseo satisface.

Alberto sale en tierra acompañado
De toda la nobleza de su armada,
Trayendo al diestro y al siniestro lado,
Con honra merecida, aventajada,
Al buen Garin, de todos estimado
Por su vida ejemplar ya muy notada,
Y al famoso don Diego, su querido,
Por nuevo Marte en general tenido,

Y á los dos valerosos y notables
Amigos, de quien tanto él muestra serlo,
Cuanto ellos con sus obras memorables
Llegan perfectamente á mereerlo:
En medio destes hombres admirables,
Lleno de excelsa majestad al verlo,
Alberto sale, y llega así contento
Donde le aguarda gran recibimiento.

Es la estacion del General famoso,
Primeró que otra alguna, al templo santo,
A dar debidas gracias del dichoso
Fin del viaje deseado tanto:
De allí á palacio, y luego más gozoso
Al suyo va, donde con dulce llanto
Su familia le espera de la suerte
Que Penélope al hijo de Laerte.

A los cuatro españoles sus queridos
Lleva consigo Alberto á su posada,
Deseando tenellos divertidos
En aquella su patria regalada:
Alentando sus ánimos traídos
Por la trabajosisima jornada
Quedan los dos amigos y don Diego;
Pero Garin quiso partirse luego.

No fué posible detenelle un hora
Más de las que tardó la noche fria
A dar lugar que la siguiente aurora,
Con claros rayos llenos de alegría,
Mostrase el róstro que ilumina y dora
Cuanto en la fértil madre el cielo cria,
Y abriese al rubio Febo radiante
Las clarisimas puertas de levante.

Parte el gozoso monje, al fin, por tierra,
Solo y á pié, para la sacra Roma:
No fuerte bestia en que pasar la tierra
Acepta ni dinero alguno toma;
Ni en la bizaza acostumbrada encierra
Las cosas prevenidas de que coma:
¡Oh pobreza de espíritu subida,
Como de todo estás bien proveida!

Riquisima pobreza, tus tesoros
Solo aquel que los goza los estima,
No el que goza del mundo pompas y oros,
Si la ambicion con ellos le lastima:
¡Dichoso el que en grandezas y en decoros
Destá humilde pobreza se sublima!
No el ambicioso, aunque el haber le sobre:
Rico es aquel, misero es este y pobre.

Si contento no estás, si satisfecho
El estado que tienes no te tiene;
Si levantado, si alterado el pecho
La alma con tus haberes no se aviene;
Si el corazon te aprieta, si en estrecho
Te pone lo que ménos te conviene;
¿Qué es el no contentarte con tu suerte?
Miserable mortal; tu vida es muerte.

¡Miserable mortal, martirizado
De ambicion, fuerte furia del infierno,
Que sin cesar acá y allá arrojado
Lleva tu pensamiento en vuelo eterno,
Jamás de tí contento ni pagado,
Satisfecho jamás de tu gobierno,
Siempre de tí quejoso, imaginando
El modo siempre, siempre el cómo y cuándo!

¡Oh dulce paz, quietud, gozo, consuelo
Del alma do te acoges y regalas,
Del alma, á quien para elevarse al cielo
Das de águila real ojos y alas;
Libre de afectos miseros del suelo,
Pobreza que al Perú más rico igualas,
De la fiera ambicion destruidora,
Y en ella de mil monstrós venedora!

Dame que, así como tus bienes veo,
Sepa dellos gozar como el prudente
Garin, con el espíritu y deseo
De pobre peregrino y penitente;
Dame que, sacudiendo el devaneo
Con que ambicion turbando va la mente,
Tu razon sosegada el alma rija,
Y solo lo que el cielo elije elija.

Cuando de nuestro cielo el sol faltando
A la nocturna sombra se le entrega,
Y así como él se va en poniente entrando,
Ella sus alas lóbregas desplega,
Con su santo deseo, apresurando
El conrito Garin el paso, llega,
No con poco deseo de posada,
A una en todo extremo regalada.

Habia, sin pensarlo, el monje errado
El camino derecho que llevaba,
Y por un ancho del siniestro lado
Confiado y contento caminaba,
Hasta dar en un valle que, adornado
De un alto monte que le rodeaba,
Aquel albergue vió maravilloso,
Y á él se fué con paso presuroso.

Desde que vió la casa y su lindeza
Se le ofreció el camino llano y leno
De lo más lindo que naturaleza
Pone á la tierra en el fecundo seno:
El alma le robó con su belleza
A Garin por la vista el valle ameno,
Imprimiéndole en ella un cierto aviso
Que entraba en el terrestre paraíso.

Via selvas umbrasas, verdes prados,
Jardines curiosissimos, hermosos,
De mil vivos colores matizados,
De mil frutos y flores abundosos;
Altas mieses con granos sazonados,
Anchos viñedos, largos y espaciosos,
Bosques, dehesas, sotos, granjerías,
Torres, cercados, casas y alquerías.

Y via bellas fuentes que cristales
Deshechos como nieve parecian,
Que con sonoros y altos manantiales
Del monte por mil partes descendian,
Y las mieses y plantas y frutales
Del admirable valle enriquecian,
Por todo él alegrissimo riendo,
Sus corrientes dulcissimas torciendo.

Iban, despues de haber todo el hermoso
Valle fertilizado y discorrido,
A dar á un lago claro y espacioso
De jazmines y rosas circuido,
El cual en medio tiene el suntuoso
Palacio, en mil columnas sostenido:
Centro del valle es la laguna bella,
Y el hermoso palacio es centro della.

Por cuatro bien labradas y anchas puentes,
Que van á dar á cuatro grandes puertas
Que á todos de ordinario están patentes,
Y como propias, á cualquiera abiertas,
Se entra en la casa; y por las mansas fuentes
Del lago tambien tiene entradas ciertas
En muchos barcos, que por todas partes
Pescando van con industriosas artes.

Todo esto va Garin mirando mientras
La escasa luz del sol se lo consiente;
Pero ya, al fin, en un punto él entra
En la ancha casa y Febo en occidente;
Y luego en la primera puerta encuentra
Un huésped, aunque viejo, diligente
Tanto, que en todo lo que disponia,
La misma diligencia parecia.

Era lo que en el valle habia mirado
Y en la grande laguna el monje pobre,
Con lo que dentro via comparado,
Como oro fino á bajo peltre ó cobre:
Contempla el gran palacio sustentado
(¡Extraña y admirable cosa!) sobre
Altas columnas, no de mármol pario,
Sino de vidrio quebradizo y vario.

Bien que no solo el monje no juzgara
Ser frágil vidrio las columnas bellas;
Mas, creyendo jurar verdad, jurara
Diamante ser la ménos fuerte dellas;
Y de tal fortaleza la estimara
Cual las dos que sustentan las estrellas:
Tanto podia en el palacio extraño
Del diligente huésped el engaño.

Como quien á la nieve está mirando
Desde cerca en un alto ventisquero
Gran rato, cuando el sol reverberando
Hace con ella fuerte resistero,
Que del todo la vista disgregando,
Queda sin su valor y sér primero,
Sin que ver pueda lo que mira atento,
Ni tener dello algun conocimiento;

De la misma manera deslumbrado
En poniendo los piés en los umbrales
De aquel hermoso albergue, frecuentado
De mil famosas gentes principales,
Quedó Garin, y con el viejo al lado,
Que le acaricia con palabras tales
Que le obliga á que tome muy espacio
Gracioso alojamiento en su palacio.

En una pieza grande y rica mete
El huésped á Garin con rostro afable,
Donde una cena (antes un gran banquete)
Le ofrece cual á un príncipe notable;
Y como tal, en un réal retrete
Una cama cual tálamo admirable:
Cena Garin templadamente, en tanto,
Con gusto grande y no pequeño espanto.

Satisfecho ya el monje con la cena,
El viejo dice: «Mientras llega la hora
De reposar, serálo, huésped, buena
De entretenerte entre Pomona y Flora;
Que al claro rayo de la luna llena,
Mejor que á los del sol, podrás ahora
Gozar un rato de un jardín curioso,
De cuanto el mundo puede dar copioso.»

Tómale por la mano así diciendo,
Y Garin se levanta alegremente,
Y á su huésped afable va siguiendo
Por entre grande multitud de gente;
Toda la cual parece estar riendo
Con tan serena y sosegada frente,
Que el juicio á Garin se le confunde,
Y aquella extraña risa en él se infunde.

Al medio de la casa á cielo abierto
Llegan, al fin, por donde una ancha puerta
Les da seguro paso, siempre abierto,
Para la grande y regalada huerta:
«Aquí (el viejo astutísimo y experto
Dice á Garin) el ánimo despierta
Para gozar de todas estas cosas
Que ahora se te ofrecen milagrosas.»

La luna llena en el sereno cielo
Con la prestada luz resplandecía
Tanto, que del hermoso y fértil suelo
Las cosas y colores descubría:
Plata pura llevaba un arroyuelo
Que por la primer calle discurría
De aquel jardín, y en su pintada orilla
Oro era la flor, si era amarilla;

Si era encarnada, era amatiste fina;
Rubí, si roja parecia al verla;
Si azul, rico zafir de nueva mina,
Y si era blanca, diamante ó perla;
Y por lo que se ve se determina
Cualquier dellas llegándose á cogerla,
Y aunque son tales las extrañas flores,
Tienen sus suavísimos olores.

De verdes jaspes, tersos, y transparentes
Los troncos y las ramas parecían.
En mil árboles varios, eminentes,
Que las iguales calles dividían,
Cuyas hermosas hojas excelentes
De esmeraldas color y sér tenían,
Y los diversos frutos que producen,
Como en el cielo las estrellas, lucen.

De varia luz alegres rayos claros
Despiden los hermosos frutos, tales,
Que á lo admirable de sus visos raros
No hay visos que les puedan ser iguales:
Apacibles, dulcísimos y caros,
Maravillosos, sobrenaturales,
Y de tal fuerza en su agradable vista,
Que tiraniza á toda humana vista.

Admirado Garin de la extrañeza
Del único jardín, pasa gozando
De su rara y riquísima belleza,
Las nunca vistas cosas admirando;
Y en unas la bellísima riqueza,
La novedad en otras contemplando,
Va bebiendo de todas el veneno,
Casi del todo de sí mismo ajeno.

Espiraba un olor de mil olores
Regalados, preciosos y suaves;
Oíanse esfogar los ruiseñores
Con voz aguda sus dolores graves;
Víanse andar gozando fruto y flores
Otras, aunque nocturnas, lindas aves:
Sentíase tras esto una armonía
Que el cielo y elementos suspensia.

Para donde la música sonaba
Vuelve Garin la vista y el oído;
Y á la sonora voz, que se acordaba
Al suave y dulcísimo sonido,
Sin resistencia alguna apresuraba
Los mal guiados piés tras el sentido,
Metiéndose con paso apresurado
En un enredo crético intrincado.

La dulce lira y dulce voz oía
Más cerca cada paso, y no por eso
Al músico agradable ver podia
Por el hermoso laberinto espeso;
Y por la misma privación hacia
Siempre mayor el comenzado exceso,
Con más deseo el músico buscando,
Y más adentro en la maleza entrando.

Al centro del enredo ya llegado,
En un prado se vió maravilloso,
De rosales espesos rodeado,
Con cierto desconcierto artificioso;
Y en un redondo estanque bien labrado
Puesto en medio del prado deleitoso,
Al claro rayo de la luna llena
Descubrió una bellísima sirena.

De la cintura arriba se mostraba
Compuesta de una linda vestidura
De carmesí encendido, que adornaba
El pecho y brazos con sutil hechura:
El dorado cabello, que igualaba
Al sol en resplandor y en hermosura,
Parte atado tenia y parte suelto,
Parte entre perlas y rubis revuelto.

Las manos, que á la nieve no tocada
Exceden en blancura milagrosa,
Al blando pecho tienen arrimada
La vihuela dulcísima y hermosa:
Cantó siempre, aunque vió que era mirada,
Fingiendo de no verla la engañosa,
Y del sonoro artificioso canto
Fué tal desde aquel punto el falso encanto.

«¿Quién tan esquivo, quién tan inhumano
Consigno mismo es, con vano intento,
Que del suave y dulce amor humano
Huya el gusto y el gozo y el contento?
Al nemeo leon, al tigre hircano
Ablanda el regalado sentimiento
Del natural amor de la criatura,
Lleno de suavísima dulzura.

»Y hombre ha de haber que dél se aparte y huya
Siéndose á sí cruel, duro y arisco,
Y que á sus calidades atribuya
Las del áspid mortal y basilisco?
Quien estas da al amor, será la suya
De un yerto yermo aborrecido risco,
Lleno de eterna sombra y triste luto,
Que ni produce flor ni espera fruto.

»No tienes tú, bellissima Diana,
Que ahora al suelo das tu luz hermosa,
Esta opinion tan bárbara y profana,
Ann con ser tú de castidad la diosa;
Pues como venga el sol á la mañana,
Irás á la morada peñascosa
De Endimion, tu pastorcillo, donde
Con dulce amor te goza y corresponde.

»Y no tu padre altísimo Tonante,
En cielo y tierra, infierno y mar potente,
Desprecia del amor el importante
Fuego, que enciende tan gustosamente;
Pues en él, cuando fué de Egina amante,
Se convirtió con viva llama ardiente,
Como en la torre por la griega, en oro,
Y por la de Fenicia en Tiro, en toro.

»Es amor un deseo regalado
De gozar la belleza que enamora,
En quien vive el amante transformado,
Y con quien siempre entretenido mora,
Y á quien, como á su cielo deseado,
Dulcemente contempla, ama y adora;
Y es su fin cumplimiento del deseo,
Todo lleno de gozo y de recreo.»

Aquí dió fin al engañoso acento
La falsa y hermosísima sirena,
Dejando juntamente el instrumento,
Llena de engaño y de lascivia llena;
Y luego por el líquido elemento
Calar dejóse á la profunda arena,
Primero habiendo con lascivo juego
Hecho del agua del estanque un fuego.

Cual de profundo sueño recordado
Fué Garin por el huésped, al decirle
Que era ya hora de dejar el prado,
Y en reposada cama convertirle:
No le responde el monje embelesado,
Sino luego dispónese á seguirle:
Guíale el viejo por más corta vía,
Adonde ya la cama le atendía.

Déjale solo, porque así lo quiere
Garin, el huésped en el aposento;
La puerta el monje solo ya requiere,
Y ciérrala con llave á su contento:
La cama mira y el retrete inquiera,
Y divertido en el oído acento
Y en lo demas de aquella casa, al sueño
Hizo, en la blanda cama, de sí dueño.

Ya que el retrato vivo de la muerte
Al monje en el primer sueño entretuvo,
Y en la profundidad del ocio inerte
Los trabados sentidos le detuvo;
Aquel que su remedio y bien le advierte
Desde que en guardia y proteccion le hubo,
Permite el Rey de la admirable esfera
Que le dé su favor de esta manera.

Muéstrase en sueño el soberano nuncio,
Cual cuando en el altar de Magdalena
Le dió aquel dulce y regalado anuncio
Que fué remedio de su angustia y pena,
Y dícele: «Garin, yo te denuncio
Eterna muerte en inmortal cadena,
Si con ménos descuido y más recelo
No adviertes lo que siempre te revelo.

»En regalada cama, descuidado,
Fuera de tu costumbre, duermes? Vela;
Que estás de mil peligros rodeado,
Y en ellos tu enemigo se desvela:
No estés al torpe sueño así entregado;
Haz sobre ti cuidadosa centinela;
Para volver á tu camino esfuerza,
Y para resistir la infernal fuerza.

»Advierte atentamente lo que digo,
Que en parte estás donde, si no lo adviertes,
Quedarás preso por el enemigo
En esa cárcel llena de sus muertes:
Prepárate á vencerle; que contigo
Siempre yo asistiré con armas fuertes:
Alerta pues, no más descuido: alerta;
Que el enemigo llama ya á la puerta.»

CANTO XIII.

ARGUMENTO.

Ilusion, tentacion, peligro y duelo
Garin padece en la fingida casa,
De donde sale con favor del cielo
Todo encendido en vergonzosa brasa:
Vuelve al camino lleno de consuelo
Con el fervor que el corazon le abrasa;
Mas halla estorbo lleno de dolores,
Prendiéndole crueles saltadores.

Apénas dijo la razon postrera
El ángel santo, el vuelo revolviendo
Con gravedad á la más alta esfera,
El aire oscuro con su luz abriendo;
Cuando al retrete llega por de fuera
El viejo huésped, tal rumor haciendo,
Que del triste Garin huyó al momento
El torpe sueño cual ligero viento.

Abre el monje los ojos y recoge
Apríase los sentidos derramados,
Y en el alma con ellos luego acoge
Los nuevos pensamientos y cuidados,
Y por entre ellos al deseo descoge
Largas alas en vuelos regalados:
Allí la casa mira, allí le suena
Al oído la voz de la sirena.

Estaba así suspenso y pensativo
El sueño y las visiones cotejando,
Así ya en uno con razon esquivo,
Y ya sin ella en otro dulce y blando;
Cuando, cual suele poco á poco el vivo
Rayo del sol salir iluminando
Con claros y dorados resplandores,
De los fértiles campos los colores;

Así la pieza, en que Garin tenia
La cama nunca dél acostumbra,
De un admirable inusitado día
Poco á poco quedó toda ilustrada:
Del pecho el corazon se le salía,
La voz tenia en la garganta atada,
Mirando atento aquella luz extraña,
Y espera y teme, y piensa que se engaña.

Mas otra maravilla mayor luego
De esta primera le dejó olvidado,
Con más temor, con más desasosiego,
Con mayor turbacion, miedo y cuidado,
Que fué ver, tras el dulce y claro fuego
Con que el rico retrete fué alumbrado,
A su lado, en su cama, una doncella
Como la misma hermosura bella.

En el rico trezado artificioso
Y el extraño atavío, parecia
A la sirena que en el deleitoso
Estanque aquella noche visto habia;
Mas en el rostro y el mirar gracioso,
En el réal donaire y gallardia,
Aquella muestra ser que de su sierra
Con corazon contrito le destierra.

De aquella dama á quien la injusta muerte
Dió con tanta crueldad su injusta mano,
Garin el rostro y la belleza advierte,
No en la imaginacion ó sueño vano,
Sino en formado cuerpo, de la suerte
Que es junto con el alma el cuerpo humano,
Tan retratada al vivo, que el ser muerta
Tiene entónces Garin por cosa incierta.

Y con debido miedo recelando
De vision en tal forma aparecida,
Al alto cielo en su favor llamando,
Della se aparta con veloz huida;
Y ella la voz entónces desatando,
Así con sus venenos le convida:
«¿De quién, mi gloria, quieres alejarte?
De quién quieres huirte y esquivarte?»

»No soy yo sierpe ponzoñosa y fiera
Que usar quiera en tu daño su veneno;
No soy Aleto yo, no soy Megera,
Ni tengo su mirar de espanto lleno:
Mujer soy, y mujer que amando espera
En tí, que de mi amor estás ajeno.
Sin razon siendo de tu propio gusto
Fiero enemigo y matador injusto.

»Esto que yo te ofrezco y tu desprecias,
Otro con ansia inmensa lo desea,
Y en procurar lo que en tan poco aprecias
El cuerpo y alma con fervor plea.
Cruel, si de gozarte no te precias
Con quien solo en gozarte se recrea,
Y te aprecia y te estima en sumo grado,
¿En qué fundas tu gusto y tu cuidado?

»Vuélvete á mí, regálame en mi pecho,
Donde el amor te tiene puesto vivo,
Que está tanto en sus lágrimas deshecho
Cuanto te muestras tú al amor esquivo:
No fué tu corazón de mármol hecho,
Aunque tan duro y frío y tan altivo:
Vuelve á lo ménos á mirar ahora
A quien como á su idolo te adora.»

Aquí paró la lengua ponzoñosa,
Y en vez della, las manos atrevidas
Quisieron emplear la rigurosa
Fuerza que rinde y doma tantas vidas;
Pero de la estacada peligrosa
Huye Garin, y evita las heridas
De aquella combatiente dama bella,
Y huye por vencer con ansia della.

El huye victorioso, y ella sigue,
Vencida su porfia comenzada;
Y no ya con las manos le persigue
Ni con la lengua de dulzura armada:
Para que su dureza se mitigue
Otra arma toma más aventajada:
Vierten sus ojos cristalinas luvias,
Y sus manos arrancan hebras rubias.

Pudiera el rico aljófar trasparente
Que por la nieve y púrpura corría,
Y la enojada mano que impaciente
El cabello bellissimo rompía,
Y el suspirar tiernísimo y ardiente
Con que el lascivo lloro interrumpía,
Hacer piadosa la implacable muerte,
Y dar vencido lo más bravo y fuerte.

Pero derrama en la infecunda arena
En vano su mortífera semilla,
Y queda, al fin del blando ruego, llena
De excesivo dolor y maravilla:
El llanto enjuga, el rostro ya serena,
Ya no suspira, ya no se amancilla;
Sino brava, colérica y furiosa,
Hacerle fieras amenazas osa.

Que no le dejará salir le jura,
Si con su voluntad no condesciende,
De aquel retrete, que en prision oscura
Convertirá si en cólera se enciende;
Dónde estará en eterna desventura
Si más su dura obstinacion la ofende;
Que entienda que en aquella casa grande
No hay quien contra lo que ella manda mande.

Ni por aquí tampoco en el valiente
Halla para velle entrada cierta;
Que siempre victorioso y diligente
Huye, buscando acá y allá la puerta;
Y aunque es ya tal su turbacion vehemente,
Que con la parte donde está no acierta,
Sigue su retirada victoriosa
Por triunfar de la dama poderosa.

Tigre á quien haya el cazador experto
Del ponzoñoso albergue saqueado
Algun hijuelo, y otro alguno muerto
En su sangre revuelto haya dejado,
No tanto con su airado desconcierto
Muestra el furioso pecho lastimado.
Cuanto aquella el dolor que la lastima
De ver cuán poco el buen Garin la estima.

Y así, con un furioso y bravo ceño,
Los ojos en dos fuegos convertidos,
Vencida por el monje zabareño,
Huye dando tristes aullidos:
Garin entónces, no rindiendo al sueño
Con el descuido de antes los sentidos,
Sino despierto y de rodillas puesto,
Dice, parando en mil suspiros, esto:

«Mis fuerzas, ¡oh clemente Rey eterno!
Y mi deseo os es patente y claro:
Este quiere, Señor, vuestro gobierno,
Y han menester aquellas vuestro amparo:
Sin esto llevara de mí el infierno
Lo que os costó, Señor, á vos tan caro;
Pues ¡oh mi Dios! vuestra clemencia sea
Quien de amparo y gobierno me provea.»

La nocturna tiniebla que asombraba
Lo que ilumina el sol resplandeciente,
Ya con ligeras alas se acercaba
A las oscuras puertas de poniente,
Y al horizonte en su lugar dejaba
Al que siguiendo va perpetuamente,
A cuya luz al avisar del alba
Hacen las aves sonora salva;

Quando salió Garin más consolado
A buscar para irse cierta vía:
Salas y patios deja apresurado,
Y á las salidas de la casa guía:
Ya cuatro vueltas casi en vuelo ha dado,
Y de las cuatro puentes que tenía
Para entrar en la casa la laguna,
Para salir hallar no puede alguna.

Ni en toda la ribera aborrecida
Ve cosa en que pasar el lago pueda,
Sino una barca rota y destruida
Que encima apenas de las aguas queda:
Pasmado allí, no viendo otra salida
En cuanto el espacio extraño rueda,
En otro más revuelto de sí mismo
Está Garin hasta el más hondo abismo.

Un piélagos revuelto le es el pecho
Con todo cuanto mira y cuanto infiere,
Presuponiendo que de aquel estrecho
Salir, y luego, en todo caso quiere:
Por parecerle temerario hecho
Fiarse en aquel fragil barco, inquiere
Otra vez y otra toda la ancha costa
Del grande estanque, á su deseo angosta.

Mas viendo, al fin de grande rato, que era
Excusado esperar otro camino
Para pasar la alta laguna y fiera,
Que era, revuelta, un lago camarino,
Con viva fe encendida y verdadera
Entra animoso en el abierto pino.
La amarra suelta, y con aliento extremo
Cala con arte el uno y otro remo.

Gimió de popa á proa la barquilla
Al peso del varon determinado;
Rechinaron costillas, borde y quilla;
Hizo mucha agua de uno y otro lado:
Garin, con faz mudada y amarilla,
Mas con entero corazón y osado,
Sigue animoso su viaje, abriendo
Con presurosa boga el lago horrendo.

A la mitad de la laguna estaba
Con su corta barquilla peligrosa,
Y anhelando y cansado apresuraba
Todavía la boga fatigosa;
Quando saltó con furia presta y brava
Una borrasca súbita, espantosa,
Que revolviendo el lago, al lago averno
Le iguala, abriendo en él bocas de infierno.

No pueden contra la áspera tormenta
La frágil barca ni la débil fuerza
Del triste monje, aunque mil artes tiente
Y en mil modos con ánimo se esfuerza:
Que el batel, del rigor que le atormenta,
A dar á fondo el gran furor le fuerza,
Y Garin, de los remos desasido,
Queda en las altas aguas sumergido.

Sacude recio la una y otra pierna,
Tendiendo á un tiempo el uno y otro brazo,
Hallándose con ansia tan interna
Del alto lago en el cruel regazo:
Las ropas y el temor que le gobierna
Le son mortal estorbo y embarazo;
Y así el bravo combate de las ondas
Ya le sorbia en sus cavernas hondas.

Cuando el viento calmó y la lucha fiera
De las revueltas aguas espantosas,
Y á un tiempo el triste monje en la ribera
Firmó las flacas plantas temerosas.
Esfuerzo entónce, y del todo fuera
Sale de aquellas ondas peligrosas,
Y está en lo enjuto apénas, cuando advierte
Que lago y casa en humo se convierte.

Espántale el suceso temeroso,
Y huye del lugar aborrecible
Con paso apresurado y codicioso,
Aunque turbado del temor terrible:
El valle que ántes era tan hermoso
Es monte ahora casi inaccesible,
En todo el cual sola una senda yerta
Halla Garin para subir abierta.

No duda de emprender la alta subida
Por la difícil y enriscada senda,
Para volver en su afanada vida
Con más valor la mal regada rienda;
Porque tiene esperanza que, subida
La excelsa cumbre, podrá ser que entienda
Adonde se perdió el primer camino,
Cuando al valle y laguna y casa vino.

Sube, al fin: ¿quién dirá con qué fatiga,
Con cuánto afán, cansancio y desconsuelo?
El mojado vestido le fatiga,
Pesando, y convirtiendo el cuerpo en hielo:
Esle naturaleza allí enemiga,
Con hambre y sed pidiendo su consuelo:
El esfuerzo le falta, y le parece
Que la aspereza del camino crece.

Pero el fuerte varon, fuerza sacando
De la cruel necesidad urgente,
Y con firme propósito aspirando
Al remedio esencial de su accidente,
Aunque con tanta lástima afanando,
Sigue la senda valerosamente,
Tanto, que aun con la febea lumbre
Llegó del yerto monte á la alta cumbre.

Descubre, allá llegado, un ancho llano
Alegre y lleno de infinitas florés,
Que muestra un templadísimo verano
Y espira suavísimos olores,
Y en medio un fuerte alcázar soberano,
Que con la luz del sol da resplandores.
Tan llenos de dulcísimo consuelo,
Que alegran y enriquecen tierra y cielo.

El tormento, el cansancio y la tristeza
Huyó del afanado peregrino
Al punto que la excelsa fortaleza
Tan cerca descubrió de su camino:
Apresura los piés por la belleza
Del admirable llano, que divino
Llamar se puede, pues del cielo tiene
Cuanto para este nombre le conviene.

Llega, al fin, al alcázar, y á la entrada
Halla una bella dama generosa,
De ricas vestiduras adornada,
Cual principal señora y valerosa:
Está de un hombre grave acompañada,
Y de dos dueñas que á cualquiera cosa
De su servicio acuden diligentes,
Como ministros fieles y prudentes.

No bien hubo pisado los umbrales
Del soberano alcázar, y humillado
A la dama y sus gentes principales
Con el debido acatamiento honrado,
Cuando con mil consuelos celestiales
Fué dellos recibido y hospedado,
Haciéndole el regalo y cortesía
Que en todo el suelo desear podía.

A un aposento alegre le llevaron,
Donde cómoda cama le pusieron;
El vestido mojado le mudaron,
Y sobriamente refeccion le dieron;
En reposado sueño le dejaron,
Como necesitado dél le vieron,
Hasta que al asomar del sol luciente
Le recordaron amorosamente.

Ya las ropas enjutas y compuestas
El peregrino alegre y consolado
Halla junto á la cama, á punto puestas,
Y otro cualquier regalo aparejado;
Y la dama y las dueñas ve dispuestas,
Y el hombre, á regalarle con cuidado,
Así en cuanto requiere el hospedaje,
Como en cuanto conviene á su viaje.

Para el cual desde allí gozoso toma
El camino que va derechamente
A la alta, invicta y santa madre Roma,
Alegre fin de su deseo ardiente:
Pasa con prestos piés la verde loma
Del alto monte rico y floreciente;
Su viaje larguísimo prosigue,
Y el derecho camino apriesa sigue.

Tuvo, cuando quedó en tiniebla el suelo
Por la ausencia del sol, buena posada,
De donde, alegre, al aclararse el cielo,
Salió á seguir su próspera jornada;
Y cuando ya llegó el señor de Delo
Al fin de su carrera acostumbrada,
El de la suya el presto pié detuvo
Donde tambien buen hospedaje tuvo.

Sale la aurora, de su blanca mano
Pintadas flores derramando y rosas,
Con viva luz volviendo al monte y llano
Sus colores vivisimos, hermosas:
Huye la blanca luna del hermano,
Vuelan á dar las sombras tenebrosas
Al antipoda nuestro noche fria,
Mientras Febo á nosotros nos da dia.

Y á este tiempo vuelve el cuidadoso
Garin á su camino apresurado,
Más contento que nunca y animoso,
Más alegre que nunca y más confiado.
;Oh estado de los hombres lastimoso!
Mas ¿á qué llamo yo en el hombre estado?
¿Qué cosa tiene en este mundo el hombre
Que con razon pueda tener tal nombre?

Si es un pasar su corta y frágil vida
Triste, de descontento en descontento;
Si es un andar de afanes combatida,
Sin que en la tierra tenga ó halle asiento;
Si es un volar, en siendo poseida,
Para su fin lijera como el viento:
No hay en el suelo estado ni hay holganza,
Si no es que sea estado la mudanza.

Y es así que el estado invariable
En sola la mudanza en él consiste:
Posee perpetuo estado miserable
De variedad, de afán, el hombre triste;
El grado más subido y estimable
Varia miseria le circuye y viste:
Mil martirios de espanto el rio y alto
Tiene, y ¿cuáles no tiene el bajo y falto?

;Oh césares supremos! ;Oh monarcas!
Oh potentados de la tierra grandes!
Oh rico que te ves llenas las arcas
De cuanto á la codicia le demandas!
Oh pobrecillo tú, que unas abarcas
Apenas tienes con que arando andes!
Cada cual en su estado y suerte, ¿cuántos
Martirios padeceis, penas y espantos!

;Oh pura vanidad de vanidades,
Viendo que los estados de este mundo
Son pura variedad de variedades,
De desventuras y de error inundo!
;No conocer las claras ceguedades
Que á despeñar nos llevan al profundo!
;Ay! que si conocemos, pero el dano
Es el dejar vencernos de su engaño.

Cuando llegaba con su clara lumbre
El amoroso padre de Faetonte
Al alto punto de la excelsa cumbre
Que parte en su mitad nuestro horizonte,
Vió de gente Garin gran muchedumbre
Al camino calar de un alto monte
Que un laberinto era en espesura,
Y un infierno en espanto y desventura.

De ballestas, venablos y lanzones
La confusa canalla viene armada,
Siguiendo á paso largo á dos varones
O monstruos fieros, de quien es guiada;
Los cuales, cual hicieran dos leones
A mansa res, medrosa y desmandada,
Así á Garin á un tiempo se arrojaron
Cuando ya en el camino le alcanzaron.

Y con su mismo ceñidor las manos
Atras le ataron rigurosamente,
Y soberbios, airados y inhumanos
Al triste entregan á su infame gente:
Corren fieros tras esto los cercanos
Caminos todos, hasta que en poniente
El sol abrió las puertas de alegría,
Por donde lleva al nuevo indio el día.

Entónces por el alto monte espeso
Coléricos se emboscan y encaraman;
Y el día, airados por el mal suceso,
Enormemente maldiciendo, infaman:
Tienenle por tristísimo y avieso,
Y blasfemando dél, así le llaman,
Por no haber hecho presa más notable,
Que aquel inútil hombre miserable.

Llegan, al fin, en una gran quebrada,
A una boca estrecha y peligrosa
De una caverna de árboles cercada,
Escondida, enriscada y escabrosa:
Entran en la alta cueva, y arimada
Una peña á la puerta tenebrosa,
Que con hierros fortísimos la cierra,
Pasan á las entrañas de la sierra.

Casi en el medio el fiero monte tiene
Un ancho descubierto, á cuya altura,
Si no es la que en el aire se sostiene,
Llegar no puede alguna criatura;
Por el cual á la grande cueva viene
Tanta luz, que le quita el ser oscura;
Y la tiene en dos partes dividida
Y en cien grandes cavernas repartida.

Un lestrigon, Forminolo llamado,
Es señor de la cueva peñascosa,
De Antifates y Lamio derivado
En Formia, que hoy es Nola deleitosa;
Al cual, en corazón duro y airado,
Y alma inhumana, brava y desdenosa,
Jamás monstruo ha tenido el ancho mundo
Que de gran trecho no le sea segundo.

Ni antropófago alguno tan enorme
Hubo jamás en sus antecesores;
Ni Sicilia ciclópe tan disforme
Tuvo entre sus indómitos mayores;
Ni pudo ser á este cruel conforme
En fuerzas y en soberbias y en rigores
Alguno de los hijos de la tierra
Que al trono celestial movieron guerra.

De carne humana el inhumano horrible
El vientre insaciable se saciaba;
Fieras de espanto y de furor terrible
Con sus robustas manos halagaba;
Las sierpes de veneno aborrecible
Como queridas hijas regalaba,
Y alimentadas de lo que él comía,
A su plato en su mesa las tenía.

Cárceles oscurísimas y fieras
Llenas tenía de cautiva gente
Que prendian sus gentes carniceras
En los caminos ordinariamente:
Seis escuadras tenía siempre enteras
Consigo en la ancha cueva el inclemente,
Que cada cual era de cien ladrones,
Todos de su linaje, lestrigones.

Los cuales no jamás en otra cosa
Ocupaban las noches y los días,
Que en correr la montaña peligrosa
Y los vecinos pueblos y alquerías:
Hambrienta escuadra, fiera y asquerosa,
De robadoras y hórridas arpias
Nunca tal se arrojó á poblada mesa,
Cual estos fieros á cualquiera presa.

De mil gallardos jóvenes lozanos,
De mil hermosas mozas delicadas,
Tenían los ladrones inhumanos
Las cárceles tristísimas pobladas;
Y de otros mil varones que las manos
Pusieron con valor á las espadas
En su defensa, el monte, sus laderas
Poblaban espantosas calaveras.

Para el sangriento plato que ordinario
El soberbio Forminolo tenía,
Con el perverso, abominable y vario
Tropel de fieras que con él comía,
De tierna juventud aquel nefario
Y triste robo con rigor hacía
Su gente, y ella para sí la tierra
Tala, destruye, abrasa, asuela, atierra.

CANTO XIV.

ARGUMENTO.

A las fieras que comen carne humana
Es el pobre Garin por pasto puesto;
Pero fuerza del cielo soberana
Le libra deste mal tan manifiesto;
En tanto que á la infiel gente inhumana
Asalta gente fiel el fuerte puesto,
Con tan airada y tan sangrienta guerra
Que se estremece á su furor la sierra.

Llorando la espantosa desventura
A que sus graves culpas le han traído,
Teniendo siempre de la muerte dura
Presente el amarguísimo gemido,
Garin estaba en la mazmorra oscura
Adonde el primer día fué metido:
Ya treinta había cuando el monstruo fiero
A ver llegó su triste prisionero.

El soberbio Forminolo espantoso,
Que visitar sus cárceles usaba
Cada vez que la luna el espacio
Cielo con lleno rostro le mostraba,
A la prision del monje doloroso
Llegó con gente que le acompañaba,
Y uno que va mostrándole el camino,
Trayendo ánte él un encendido pino.

De cien tiernos mancebos que allí había
Escogió diez el monstruo abominable,
Tomando el que mejor le parecía
Para su fiero plato detestable;
Los cuales á otra cárcel los hacía
Pasar, aunque mejor, más espantable,
Donde por órden muertos y guisados,
A su mesa despues eran llevados.

Así en las otras cárceles dezmaba
Tristes mozos y mozas doloridas,
Y á la nueva prision los apartaba
Cada mes, ordenando sus comidas;
Y de otros que comellos no gustaba
Con las sangrientas fieras sus queridas,
Otras mil que tenía aprisionadas
Eran bastantemente alimentadas.

Señalaba tambien el monstruo á estos,
Y eran luego los miseros sacados,
Y en otra cárcel más terrible puestos
Hasta ser á las fieras entregados:
Vivos, y de sus ropas mal compuestos,
Cuales estaban estos desdichados,
A las fieras los fieros los echaban;
No como á los primeros los guisaban.

El triste monje, el misero romero,
Por trabajos tan ásperos traído,
El buen Garin, retrato verdadero
De aquel varon paciente en Hus nacido,
Fué nombrado, con otros, el primero
Por aquel fiero monstruo descreído,
De toda humana piedad esquivo,
Para ser de las fieras pasto vivo.

El cuarto día por el claro oriente
Con piés apresurados asomaba,
Después que la cruel muerte inclemente
En la segunda cárcel aguardaba;
Cuando al cuitado, la perdida gente
Que las hambrientas fieras ministraba,
Metió en un fuerte torno que asentado
Estaba en la pared de un gran cercado.

Confusamente sierpes y panteras,
Dragos y grifos, tigres y leones,
Manticoras, crocutas y otras fieras,
Varias en fuerzas y armas y naciones,
Son en aquel cercado prisioneras
De los más fieros que ellas lestrigones,
Solamente por gusto allí criadas
De ser de humana carne sustentadas.

Puesto pues en el torno de la muerte
El misero Garin, ya della cierto,
De rodillas en él, con pecho fuerte
Y con fervor de fe vivo y despierto,
Al alto Dios sus lágrimas convierte,
Y con cristiano y varonil concierto
Dice llorando, así mientras el torno
Para darle á las fieras anda en torno:

«Vos, mi Dios, mi refugio y mi consuelo,
A quien nada se encubre ó disimula,
Sabeis bien mi intencion, sabeis mi celo
Y el dolor que me aqueja y me atribula;
Si en este afan, martirio y desconsuelo
Convieni que se limpie, adorne y pula
Mi alma para entrar en vuestras bodas,
No queden penas; vengan luego todas.

»Vos, trino Dios, eterno, omnipotente,
Que, como al grande Pablo, del mar fiero
Ya me librástes milagrosamente
Con clemencia de padre verdadero;
Podeis librarne ahora del presente
Peligro, en que tan triste muerte espero,
Como al humilde Daniel: de suerte
Que es vuestra voluntad mi vida ó muerte.

»Y así, Señor, con ella yo de hecho
Mi voluntad conformo aquí gozoso;
Solo por la piedad de vuestro pecho,
Solo, Señor, solo pediros oso
Que pase alegre este mortal estrecho
Al ancho mar del inmortal reposo
El alma, triste ahora y dolorida,
Y cuanto puede y debe arrepentida.»

Así Garin decía; y entre tanto
Le puso el fuerte torno, removido,
En el cercado de terror y espanto
Sepulcro de hombres, y de fieras nido:
Cesó la voz, cesó el amargo llanto,
En mayor sentimiento convertido,
En el punto que vió las carniceras,
Cruelles, grandes y espantables fieras.

En esto en la ancha cueva un espantoso
Ruido de armas y de voces suena,
Tal, que parece el monte cavernoso
Al alto cielo cuando airado truena:
Eco en son ronco, bravo y presuroso,
Responde acá y allá, y alto resuena,
Diciendo en voz distinta, airada y fiera:
«Arma, arma, arma; muera, muera, muera.»

Al ancho descubierto de la cueva,
Que mil pasos en cuadro rodeaba,
Por todas partes el ruido lleva
La cruel gente enojadiza y brava:
Quién con fuerte coraza armado á prueba,
Apretando un venabó alla llegaba;
Quién con ballesta, quién con un escudo
Y una ancha espada corre allá desnudo.

A un lado del gran patio mal seguro,
En fuerte punto á pura fuerza entrado,
Teniendo por espada el fuerte muro,
El paso de la puerta ya ganado,
Con un arnes más que la noche oscuro
Y un pequeño escuadron fuerte y osado,
Un valiente mancebo recogido
Es el que causa y mueve el gran ruido.

Ganó la primer puerta y la segunda,
Y el patio ahora fiero poseía,
Donde la grita, estruendo y baraunda
Toda la sierra retiñir hacía;
La cual desde la parte más profunda
Aprisa allí su brava gente envía,
Para que se socorra aquella parte
Que está ofendida del rigor de Marte.

De la manera que naturaleza,
Cuando le ofenden parte muy sensible,
Envia humor sangriento con presteza,
Para ayudarla en cuanto le es posible;
Así en aquella súbita braveza,
La cueva con sangriento humor terrible
La parte ayuda que ofendida siente,
Viniendo en vuelo allí toda su gente.

Ya el jóven, más osado y valeroso,
Y más rendido á la amorosa llama,
Que bien aconsejado y venturoso,
Apresurando el bado que le llama;
Y su escuadron, no ménos deseoso
Que su caudillo de gloriosa fama,
Como generosísimos leones
Reciben á los bravos lestrigones.

¿Qué batalla se vió jamas cual esta?
¿Dónde la furia del sangriento Marte
Llegó por sus bravezas á ser puesta
En tan airada y rigurosa parte?
Jamás hallarse pudo tan dispuesta
La cruel ira que el rencor reparte,
Para tomar aquello todo junto
Que la puede poner en mayor punto.

Jamás con tal rigor y enojo tanto
Se peleó sobre el pesado cerco
Donde en sangre trocó el agua del Janto
El cruel griego porfiado y terco;
Ni cuando influye su mayor espanto
El fiero Marte desde su alto cerco
Se muestra tan furioso y tan airado,
Cual se mostraba allí el menor soldado.

El valeroso caballero que era
Caudillo de la fuerte compañía,
Metido en medio de la gente fiera
Con generoso esfuerzo y osadía,
Mata de un golpe al capitán Quimera,
Así llamado porque descendía
Del espantoso cuadriforme monte
Que tanta fama da á Belerofonte.

Mata tras este al medio toro Trinco,
Y junto á él al medio lobo Sigre,
Monstruo veloz que á él se fué de un brinco,
Cual si no hubiera cosa en que peligró:
Cinco pesados golpes le dan cinco
Monstruos horrendos, hijos de una tigre;
A los cuales, volviendo el varon fuerte,
Con otros cinco golpes les dió muerte.

A Bronte, después destos, de una punta
El corazón indómito barrena;
Con Glauco luego riguroso junta,
Y el brazo de la espada le cercena:
La gran cabeza á un fuerte casco junta
A divorcio del cuerpo le condena
Al gigante Ariston, el cual, cayendo,
Mató á Filanto con el peso horrendo.

Corta de un tajo el muslo diestro á Lampo,
Y de un revés las manos á Trimulco;
Parte el hinchado estómago á Melampo,
Y en dos medios el rostro á Libifulco:
Rompe, al fin, y abre en el infame campo
Con la turiosa espada un ancho sulco,
Por donde sigue en ira y muerte envuelto
Su pequeño escuadron bravo y resuelto.

Junta con el bravísimo Esterope,
Que ve cubierto de una piel de drago;
Y como no hay acero en que se tope,
Hace la espada en él mortal estrago:
Cae rabiando el áspero ciclópe,
Más cruel que el más duro antropófago;
Y arañando y mordiendo, aulla y gime,
Y dientes y uñas en la peña esgrime.

A Formio, que de un peto sin la gola
Se había armado en aquel punto triste,
Tú desde un alto, amarga madre Nola,
Atravesarle la garganta viste:
Luego la espada el capitán arboló,
Y mata de un reves al loco Alpiste;
Y tras él siega el blanco cuello á Runco,
Como delgada vara ó tierno junco.

Pero la fiera y lastimada madre,
Que al hijo vió matar de aquella suerte,
Como que no haya cosa que le cuadre,
Sino venganza ya en el mundo, ó muerte,
Cual perro que, rabiando y sin que ladre,
Suele embestir con furia brava y fuerte,
Así callando con furor terrible
Al patio salta la mujer horrible.

No hay hombre entre la bárbara caterva
Que á esta mujer en fuerza aventajase;
Y en ligereza, á tigre ó pardo ó cierva
Jamás quiso alcanzar que no alcanzase;
Y en ánimo y en ánima proterva
Ni hay hombre ni animal que la igualase:
Una furia infernal era encarnada,
Y como tal, al patio sale armada.

A dos manos un tronco de una encina,
La mitad hecho brasa y encendido,
Trae la furiosa Nola, y se avecina
Al fuerte caballero sin ruido;
Y á su salvo el pesado tronco inclina,
Con ánimo gozoso, enfurecido.
A la cabeza con tal fuerza y vuelo,
Que como muerto le tendió en el suelo.

Y entónces, con un grito airado y triste,
Como rabiando y cual vendada en parte,
«A mis manos, traidor, dijo, moriste;
Pero faltame aun despedazarte;
El corazón que en ese pecho asiste
Me he de comer; no solo he de matarte.»
Así decía en son horrendo y ronco,
Y alzaba en alto el encendido tronco.

Cuando dos camaradas del valiente
Capitán, que á su lado peleaban,
Ambos á un tiempo valerosamente
Fuertes escudos al reparo alzaban;
Sobre quien descargó la encina ardiente;
Y aunque ambos del gran golpe arrodillaban,
Diestros los dos, á un tiempo de dos puntas
Las espadas en ella arrojan juntas.

Y ambas al ancho vientre que dió vida
Al que ahora le es causa de la muerte,
Hallaron cierta entrada y acogida
Por donde al corazón el golpe acierte;
Al cual llegando la mujer caída,
Con gemido mortal, horrible y fuerte,
Sobre el caído capitán, le causa
Que vuelva en sí del mal que ella fué causa.

En sí vuelve el valiente caballero,
Y viéndose en el suelo, al punto salta
En pié, mil veces que antes más ligero,
Para enmendar aquella quiebra y falta;
Que tal la estima el ánimo severo,
Juzgando como tal la heroica y alta
Obligación de aquel honor que debe
Más blanco ser que no tocada nieve.

A Farra, poderoso ladrón bravo;
A Canino, tan perro como el nombre;
A Forcolino, renegado esclavo;
A Leon, más león hambriento que hombre;
Al insolente sedicioso Flavio;
A Orbuz, traidor de singular renombre,
Con varios golpes diestros, bravos, fuertes,
Dió varias, bravas y espantables muertes.

No ménos que el caudillo valeroso
Sus valientes soldados peleaban,
Pues ya con largo paso y victorioso
Gran parte de la plaza granjeaban,
Y en un herviente lago y espumoso
Con la sangre inhumana la tornaban;
Aunque eran los feroces lestrigones
Seis tantos que los inclitos varones.

Pero sin duda la cruel pendencia
Fuera dichosamente definida,
Aunque fuera mayor la resistencia
De aquella brava gente mal nacida,
Si del caudillo la fatal sentencia
Pudiera ser trocada ó diferida
Siquiera el breve término en una hora
Por la muerte, furiosa ejecutora.

La cual en una jara enarbolada,
Envuelta y escondida y presurosa,
Por entre el morrion y gola entrada,
Fué á quitarle la vida valerosa;
Y en la tierna garganta atravesada,
Con prestas alas, brava y rigurosa,
Se llevó el alma en riguroso vuelo,
Volviendo el cuerpo valeroso en hielo.

Alzaron alaridos victoriosos,
Viendo al valiente capitán caído,
Aquellos bravos monstrosos espantosos,
Y cobraron el ánimo perdido;
Y aunque los fuertes mozos generosos
Con gran valor sustentan su partido,
No pueden contrastar á la corriente
De la súbita bárbara creciente.

Y tanto más que en este punto amargo,
El terrible Forminolo, indignado,
De haber visto cuán poco en su descargo,
A su opinion, su gente ha peleado,
Entraba ya en el patio á paso largo,
Desde la planta á la cabeza armado
De fuertes planchas de templado acero,
Con una maza que era un roble entero.

Rayo parece el bravo monstruo horrendo,
Que entre espesos relámpagos y truenos
En tormenta deshecha va rompiendo
Negros nublados de temores llenos;
Y acrecentando el espantoso estruendo,
Muestra quemar del mar los anchos senos,
Hundir el cielo, destruir la tierra,
Y al infierno doblar la eterna guerra.

Mata del primer golpe á Federico,
Un soldado romano, fuerte y noble,
Metiéndole el templado peto rico
En las entrañas con el duro roble;
A Paulo, bolones, y á Genserico
Muertos tras el derriba de un mandoble;
Y á Sulpicio de Arezo los dos brazos
Hace de un golpe escaso mil pedazos.

Cuatro nobles mancebos naturales
De la grande Partenope famosa,
Viendo las bravas fuerzas desiguales
Del fiero monstruo, y lo que puede y osa,
En intención, en fuerza y celo iguales,
Con heroica virtud maravillosa
Juntos se arrojan, bravos y furiosos,
Y danle á un tiempo golpes rigurosos.

Cual jabali valiente y enojado,
De cuatro nuevos perros circuido,
Que al uno deja el pecho atravesado,
Y al otro por el vientre dividido,
Y otro á sus piés derriba degollado,
Y al otro tiende casi en dos partido;
Tal el valiente monstruo á golpes fieros
Hizo de aquellos cuatro caballeros.

Claudio, Leandro, Marco y Trimegisto
Los nombres eran de estos valerosos,
Dignos que del Antártico á Calisto
Suenen sus apellidos generosos;
Los cuales eran Pino, Muso, Almisto,
Y Sancio de los Siculos famosos,
Cuya mano en la lira y en la espada
Con espanto era vista y escuchada.

Cayó un helado pasmo temeroso
En los valientes mozos que quedaban,
Viendo del monstruo airado y espantoso
Lo que el enojo y fuerza amenazaban;
Y aquel ardiente brio generoso
Con que tan vivamente peleaban
Se convirtió en temor terrible y fuerte
De la presente inevitable muerte.

Y á la voz infernal y rostro horrendo
Con que el bravo Forminolo iracundo
Amenazando sigue el estupendo
Estrago de su brazo furibundo,
Las frentes á la puerta revolviendo,
Nadie queriendo ser allí segundo,
Procuran la salida temerosa
Por la infelice entrada tenebrosa.

Pero como es estrecha y mal pulida,
Aunque la desdichada escuadra estaba
A número tan corto reducida,
Que de veinte soldados no pasaba;
La maza de Forminolo regida
A los miseros últimos llegaba,
Haciendo dellos con su fuerza fiera
Cual si de vidrio el más armado fuera.

La mitad de los veinte desta suerte
Por el pesado tronco endurecido
Recibieron amarga y presta muerte,
Muy á gusto del monstruo embravecido:
Los otros diez, con más dichosa suerte,
Salvos salieron del enorme nido,
Y por las altas peñas se arrojaron,
Y al camino real juntos llegaron.

Donde, por singular alto misterio
De quien gobierna y rige el cielo y tierra
Con aquel poderoso magisterio
Que sola su divina mente encierra,
Hallaron quien del fiero cementerio,
De donde huyen con tan triste guerra,
Desenterró los miseros cautivos
Que en el morian sepultados vivos.

Y quien de su caudillo generoso
Y de sus compañeros desdichados
Hizo justa vengauza, á su famoso
Nombre dando renombres señalados:
Es don Diego Florel el valeroso,
A quien hallan los miseros soldados
En el camino, y danle en breve cuenta
Del monstruo, del caudillo y de su afrenta.

Las armas pide el español valiente:
«Armas,» airado dice; y en un punto,
Ya puesto á pié, recibe de su gente
El fuerte arnes que allí le trae junto;
Y animoso y colérico y ardiente,
En un momento puesto todo á punto,
A los diez dice que uno dellos sea
Guía por quien la fiera cueva vea.

Pudo la fama allí del varon fuerte
Tanto en los diez soldados valerosos,
Que ya sin miedo de la airada muerte,
Todos se ofrecen bravos y animosos;
Y probando con ánimo su suerte
Segunda vez, con pasos presurosos
Guiando van al fuerte caballero
A la alta cueva del ciclope fiero;

A cuya boca, que un pequeño llano
Tiene delante de árboles cercado,
Hallaron á Forminolo inhumano
A su robre fortísimo arrimado.
«¡Muera!» en voz alta dice el castellano:
«¡Muera!» replica su escuadron osado;
Y como furiosísimos leones
Se arrojan á los bravos lestrigones.

La plaza era pequeña, de manera
Que aquellos diez valientes no tenían
Contra si entonces de la gente fiera
Más de otros tantos, porque no cabían;
Y el espantable lestrigón, que espera
Hacer lo que sus fuerzas ya solían,
De solo á solo á singular batalla
Ahora ya con el Florel se halla.

De suerte que su bárbara esperanza
No le sucederá como imagina;
Sino en vez della, altísima venganza
De la mano justísima divina:
De la cual, cuanto más es la tardanza,
Tanto es mayor la fuerte disciplina;
Que asiste en ella, por igual concordia,
Con la justicia la misericordia.

El primer golpe fué el dei gran don Diego,
Que á la soberbia frente amenazando,
Sacó del morrion repente fuego,
Y al lestrigón dejó vaiveneando;
Mas afirmase el monstruo al punto, y luego
La persona y la maza levantando,
Un golpe cala que en su fantasia
Muerto á sus piés al español tendia.

Y tal fuera el suceso del pesado
Y fuerte golpe, si don Diego, diestro,
Mudando piés hacia el siniestro lado,
No le dejara en tierra al lado diestro;
Y al mismo tiempo extremamente osado,
Y extremamente plático maestro,
Al alto lestrigón fiero se junta
Con una brava y rigurosa punta.

No fué la furiosísima estocada
Por donde el caballero pretendia;
Pero tampoco fué del todo errada,
Pues el gran brazo al peto le cosia:
Ser la rabia del monstruo comparada
A cosa alguna que la tierra cria,
Con palabras pensando exagerarla,
Será muchos quilates amenguarla.

Las hermanas crinadas de serpientes,
Furiosas hijas de la noche triste,
Cuando en su pecho en daño de las gentes
En el punto mayor su saña asiste,
Jamás pondrán sus furias inclementes
En el punto de furia en que consiste
Aquel pecho del monstruo enfurecido,
En un ardiente infierno convertido.

Cala otra vez la ya empinada maza;
Mata al fuerte español si el golpe acierta:
Corta es, y embarazada está la plaza;
La vida importa la destreza cierta:
Nada desto á don Diego le embaraza,
Antes le aviva más y le despierta;
Y así se guarda de este golpe fiero
De la manera que esquivó el primero.

Fuego y humo y mortífero veneno
Por los ojos y boca el monstruo arroja;
No sabe qué partido le sea bueno;
No atina qué arma ó qué remedio escoja:
En esto ya el Florel, de industria lleno,
Tiene otra vez la cortadora hoja,
Haciéndole en un muslo gran herida,
La ancha escarcela por mitad partida.

No pudo más la cólera impaciente
Del bravo lestrigón sufrir la pena
Que en las heridas y en el alma siente;
Y alzando en alto la nudosa entena,
Con la ancha cara como brasa ardiente,
Y de espuma mortal la boca llena,
Representando allí la misma ira,
Al valiente don Diego se la tira.

Fué favor singular del alto cielo
No acertarle la maza rigurosa,
Que como jara de balista en vuelo
Salió de aquella mano poderosa:
Erró á don Diego, pero no en el suelo
Dió sin dañar la encima temerosa;
Que á cuatro lestrigones dió la muerte,
Y á Jenofonte de Verona el fuerte.

Casi en un punto fué el echar la maza
Y cerrar con don Diego el monstruo artero;
Mas él, haciendo con la espada plaza,
De si le alarga con acuerdo entero,
Y luego el ancho escudo desembraza
Por añadir más fuerza al fuerte acero,
Y alza á dos manos la furiosa espada,
Y cala una espantosa cuchillada;

La cual en medio de la frente fuera,
Mas echándola atrás el monstruo airado,
Cebó en el fuerte peto de manera,
Que en dos partes por medio fué cortado:
Dobló el golpe el Florel á la testera,
Al cual el gran cuchillo atormentado
Saltó en cuatro pedazos dividido,
El monte respondiéndolo al gran ruido.

Y al mismo punto el lestrigon horrendo
Aturdido midió la dura tierra
Con aquel fiero cuerpo que, queriendo,
Hacer pudiera á todo el mundo guerra:
Hizo temblar el desigual estruendo
De la caída toda la ancha sierra,
Cual si un terrible y bravo terremoto
Pusiera el mundo todo en alboroto.

Va sobre el fiero lestrigon vencido
El fuerte caballero victorioso,
Alegre y bravo: y el puñal buido,
Arma en tal punto de valor precioso,
Por cuatro veces le dejó metido
En el soberbio corazón furioso:
Huyó al eterno abismo el alma en vuelo,
Con su ausencia alegrando tierra y cielo.

CANTO XV.

ARGUMENTO.

Es de la muerte el pío Garin librado
Por el Florel, que en la mortal caverna
Al detestable lestrigon la ha dado,
Haciendo su valor su fama eterna:
Vuelve el monje al camino, y anegado
Casi es de una borrasca; mas su interna
Virtud le ayuda, y al romano suelo
Llega, y avisa dello al Papa el cielo.

En tanto que el Florel famoso estubo
En tal batalla con el monstruo envuelto,
Su pequeño escuadron propicio tuvo
Al fuerte Marte ya á su bando vuelto;
Y en la pequeña plaza se entretuvo
Con la soberbia multitud revuelto
De aquella enorme gente, cuyos brazos
Hace el temor ahora mil pedazos.

Atónito el infame bando queda
Al temor que la muerte le dispensa;
No hay mano que regir la espada pueda,
Ni en la espada hay aceros ya ni ofensa:
A cualquier brazo el torpe miedo veda
El escudo subir á la defensa:
Suspense cada cual á su caudillo
Mirando está, pasmado y amarillo.

Ni para procurar, huyendo, vida
Les concede el helado espanto aliento
Y así la muerte del Florel traída
Airada emplea su cruel tormento:
No quedó de la gente mal nacida
Quien esquivase el triste fin violento
De su caudillo: todos perecieron,
Y en muerte como en vida le siguieron.

Hecha pues la venganza rigurosa
En aquella infernal infame gente,
Con sus nueve soldados la espantosa
Cueva discurre el español valiente;
Y abriendo aquí una cárcel tenebrosa,
Y otra prision haciendo allí patente,
Fuéron todos los presos libertados,
Que en la gran cueva estaban sepultados.

Toda la cual habiendo discurrido,
Al patio con los presos ya salian,
Cuando hallaron otro triste nido,
Donde muchas mujeres se dolian:
Sube el Florel, de los demas seguido,
Por unas gradas que á la estancia guian;
Las puertas rompen, y entran en la fiera
Cárcel, que clara y espaciosa era.

Estaba en alto esta prision, y habia
En el un cuadro della una ventana
Que al cercado mortifero salia
De las fieras que comen carne humana;
Donde la Providencia eterna guia
Al Florel con su mano soberana
Para que al buen Garin, su amigo, vea,
Y vida á un tiempo y libertad le sea.

No bien á la ventana el varon fuerte
La cabeza asomó, reconociendo
Lo que en aquella casa de la muerte
Con espanto y horror van descubriendo,
Que del pobre Garin la extraña suerte
En que le puso el lestrigon borrendo
Se le ofreció á la vista, que turbada
Quedó, en dolor inmenso embelesada.

Mira al monje carisimo entregado
A la parte del torno que entregaba
Los miserables hombres al airado
Tropel de fieras que el corral cerraba:
En éxtasis divino arrebatado
El ermitaño parecia que estaba,
Las rodillas hincadas en el suelo
Y los ojos clavados en el cielo.

Los leones, los tigres, las panteras,
Los osos, dragos, grifos y serpientes,
Y todas las demas sangrientas fieras
Que en aquel gran cercado están presentes,
Hambrientas y coléricas y fieras,
Con espantoso rechinar de dientes,
Y el monte con aullidos atronando,
Al conrito Garin andan mirando.

Y no hay alguna; oh gran Padre divino!
Que llegar ose á la comida puesta
En el gran torno, donde de continuo
Les era en tanta multitud dispuesta:
Visto pues el amado peregrino,
El gran Florel á le salvar se apresta,
Y no sabiendo otra más cierta via,
Saltar por la ventana ya queria.

Pero los prisioneros le dijeron
Del torno y de la parte donde daba,
Al cual corriendo todos acudieron,
Siguiendo al español que los llevaba:
En breve espacio con el torno dieron,
Y roto el hierro que le aseguraba,
Danle la vuelta, y libran al cuitado
Que tanto tiempo en tal martirio ha estado.

Desde el amanecer hasta aquel punto,
Que pasado de Atlánté el sol se via
Á la ancha puerta de poniente junto,
Llevándose consigo apriesa el día,
Estuvo allí Garin vivo y difunto
En la espantosa muerte que temia,
Pasando aquel tormento riguroso:
Favor del cielo, raro y milagroso.

No de otra suerte el ermitaño queda,
Cuando le deja en parte ya segura
Del fuerte torno la voluble rueda,
Llena de espanto y miedo y amargura,
Que un hombre á quien el cielo le conceda
Salir con vida de la sepultura;
Y así elevado está sin movimiento
Y sin poder articular acento.

Pero ya vuelto en sí, al Florel famoso,
Con agradecimiento y alabanza,
Sublima y pone en el lugar glorioso
Que sola la virtud heroica alcanza;
Y luego el uno y otro victorioso
Al patio van de la cruel matanza,
Donde ya las mujeres habian ido
Y alzaban amarguisimo alarido.

De aquellas que en el último aposento
Halló la mano del Florel famosa,
Levanta aquel tristísimo lamento
Una mujer que muestra ser hermosa:
El dorado cabello suelto al viento
Arrancaba con mano rigurosa,
Puesta sobre el caudillo de la gente,
Que entró la cueva temerariamente.

Severo el español y disgustado,
Como que el triste llanto le ofendía,
La causa del pregunta, y un soldado
De aquellos nueve, que con él venía,
Con un suspiro del amor causado
Que á su infelice capitán tenía,
Los ojos arrasados, desta suerte
Al gran don Diego de aquel caso advierte:

« Es Almonte, señor, aquel difunto,
Tu amigo regalado y verdadero,
Sobrino del famoso Alberto, y junto
El que le había de ser solo heredero:
Si llegó de valor al alto punto
El pobre malogrado caballero,
Ya tú, señor, lo sabes; solo ahora
Diré por qué y quién es la que así llora.

» Ismeria, aquella moza dolorida
Que el llanto hace sobre el cuerpo helado,
Fué del famoso Almonte tan querida,
Siendo su amor por ella tan pagado,
Que parecía de una sola vida
El fin, el pensamiento y el cuidado
Que á los dos regalaba ó afligia,
Y en las demas acciones los regia.

» Mientras Almonte anduvo con su tío
En las galeras todo este verano,
Ella quedó, vuelta de llanto un río,
En un lugar pequeño aquí cercano;
El cual, por cierto enojo ú desvario,
Destruir quiso el lestrigon tirano:
Destruyóle, y robó las damas bellas,
Y á la infelice y triste Ismeria entre ellas.

» Lo cual sabido por Almonte cuando
A Nápoles volvieron las galeras,
Con insufrible alteracion mostrando
Del falso amor las furias lastimeras,
La muerte al lestrigon amenazando,
Mal informado de sus fuerzas fieras,
De la ciudad partió secretamente
Con sesenta soldados de su gente.

» Aquella furia, del amor nacida
Y del frío temor alimentada,
Que es bravo infierno á la afanada vida
Del triste pecho donde fué criada;
Aquella matadora embravecida
De todo el bien con que su padre agrada;
Aquella peste, aquella ardiente llama
Que el mundo, á quien abraza, celos llama;

» Aquella pudo tanto en el valiente
Y desdichado Almonte, que al momento
Que supo de su Ismeria el inclemente
Rigor de su amarguisimo tormento,
Partió, como ya dije, con su gente,
De su materno dulce alojamiento,
Siguiendo su tristicima fortuna,
Sin que él supiese entónces cosa alguna.

» Con infelice suerte, al fin, salimos,
Aunque principios prósperos llevamos;
Porque cuando en la cueva nos metimos
Tras cien ladrones que al subir hallamos,
Con las muertes que á ellos y otros dimos,
Dos puertas y este patio les ganamos,
Adonde el amarguisimo suceso
Está, cual ves, bien claramente expreso.»

Así le dijo Hipólito de Aricia,
Que así llamaban á este buen soldado,
Cual al buen Virbio, que por la malicia
De su torpe madrastra fué arrastrado:
Quedó el eterno honor de la milicia,
Don Diego, extremadamente lastimado:
Sabido de su amigo el triste cuento,
Al cuerpo va con tierno sentimiento.

Adonde ya Garin, visto el furioso
Llanto de aquella moza lastimada,
Había con espíritu piadoso
Llegado á socorrer su pena airada;
Y con afecto santo y fervoroso,
Y con santa elocuencia aventajada,
Sabido el fin del capitán valiente,
Así á la dama dice brevemente:

« La amorosa pasión no pueda tanto,
Hermosa dama, en vuestro tierno pecho,
Que ponga con su triste duelo y llanto
Al alma pobre en miserable estrecho:
Conviértase ese amor profano en santo;
Aspire ese dolor á más provecho;
Pues si deja de ser el amor impio,
Podrá el dolor el corazón dar limpio.

» No presta sobre el muerto ya haceros
Fuentes de amargas lágrimas los ojos,
Sino para perder vuestros aceros
Y dar al enemigo los despojos:
De ese mismo dolor debéis valeros
Para que en paz se vuelvan los enojos
Que al santo amor vuestra alma á dar se atreve,
Dando al humano lo que á él se debe.

» Ea pues, ya no cosa indigna humana
Cause ese llanto, ese dolor y pena;
Rinda la eterna parte y soberana
En vos á la mortal, flaca y terrena:
Temed al Juez de cuya mano mana,
Con su potencia de justicia llena,
Irrevocable altísima sentencia
Contra quien es ingrato á su clemencia.

» ¿Así sois grata á la divina mano
De esa belleza que afeáis llorando,
Que por vano dolor de amor humano,
Divino amor y eterno echeis en bando?
Paso abierto teneis, fácil y llano,
Para ganar lo ya perdido, cuando
Convirtais el dolor que os precipita
En el que penas infernales quita.

» Gozad desta ocasión que Dios piadoso
Con tanto amor en vuestras manos pone;
Mirad que quiere ver si el amoroso
Corazón vuestro á amarle se dispone:
Temed, temed de verle rigoroso
Gozad de la clemencia que interpone
A la justicia merecida tanto
De vuestro injusto amor y injusto llanto.

» Temed la eterna pena del infierno,
Que granjeais con tantas de este mundo;
Amad la gloria del amor eterno,
Bien empleando vuestro amor profundo:
Claro ingenio y juicio en vos discernio;
En él la persuasión mayor yo fundo:
Pues tanto amar sabeis, no en ciego engaño
Vuestro amor empleeis con tanto daño.

» Ese amor y ese ingenio que contemplo
Tan subidos de punto en vos, conviene
Se aprovechen ahora del ejemplo
Que en dama como vos cada cual tiene:
De Magdalena el amoroso templo
Doy por ejemplo, y cuanto en sí contiene
Este cual la piedad divina diólo,
Os represento ante los ojos solo.

» Ahora, pues es tiempo y coyuntura
Para gozar de estos divinos dones,
Trocad ahora en celestial dulzura
El amargo dolor de esas pasiones:
Con mil otros ejemplos de escritura
Podría reforzar mis persuasiones;
Pero no más en cosa tan sabida:
Quede con esto Ismeria persuadida.»

Con espíritu tal de tal sugeto
El buen Garin hizo á la triste Ismeria
Este breve sermón santo y discreto,
Para remedio á su mortal miseria:
Que penetrando en su inmortal secreto,
Le descubrió lo que en aquella feria
De pérdida tenía y de ganancia,
Aclarando las sombras de ignorancia.

Y así con admirable alivio, luego,
Del difunto querido retirada,
Dando al cuitado corazón sosiego,
Y algún consuelo al alma apasionada,
Condescendió con lo que el gran don Diego
Ordenó de la misera jornada,
Que fué llevar él mismo al joven muerto
A la presencia de su tío Alberto.

Y que ella juntamente con él fuese
A la ciudad, donde con honra eterna
En obediencia santa convirtiese
La vana libertad que la gobierna;
Adonde granjear mejor pudiese,
Con el dolor de aquella pena interna,
Gloria que fuese ejemplo, cual de santa,
A quien el sensual encanto encanta.

Esto se concertó y se puso á punto
Por obra, y el Florel excelso y claro
Acompañó tristísimo al difunto,
De virtud dando un alto ejemplo y raro:
No va Garin con este llanto junto,
Hecho del rico tiempo sabio avaro;
Vuelve cuidadoso á su camino santo,
Tanto estorbado, y deseado tanto.

A Nápoles llegó el Florel famoso
Con el difunto en breve tiempo, pero
Ismeria no; que su dolor rabioso
Le dió la muerte en el lugar primero:
Fué el suceso más triste y lastimoso
Que vió jamas la luz del hemisfero:
Mirando un día el frio cuerpo amado,
El de la triste moza quedó helado.

Amor causó esta triste desventura;
Pero ¿por qué la fiera causa desta
Se ha de llamar amor, sino locura,
Sino infernal tormento manifiesto?
Si cual se pone en la mortal criatura,
En el eterno Criador es puesto,
Amor será; pero desotra suerte
Es furia airada y es eterna muerte.

En el mismo lugar fué sepultada
La sin ventura Ismeria, donde habia
Sido ántes por Forminolo robada
En infelice y en aciago día:
Al fin, al grande Alberto ya dejada
La malograda prenda que traía,
El buen don Diego su licencia toma,
Y por la posta vuelve á ir á Roma.

De la cual el alegre peregrino,
Con gusto celestial, con gozo inmenso,
Apresurando siempre su camino
Con su fervor y su deseo intenso,
Causando en su enemigo el desatino
Y el dolor que es de envidia horrible censo,
Ya pocas millas léjos se hallaba,
Y á más andar, á ella se acercaba.

No pudo el rey de la tartárea corte,
Del buen Garin bravísimo enemigo,
Sufrir el ver que tanto ya se acorte
El fin al monje de su intento amigo;
Y yendo airado en un momento al norte,
Al aquilon de eterno desbrigo
De sus furias cavernas saca en vuelo,
Haciendo estremecer al ancho suelo.

Granizo y piedra á un tiempo, y agua y truenos
Y rayos, que uno á otro se alcanzaban;
Relámpagos de horror y espanto llenos,
Con priesa y furia repentina y brava,
El aquilon de los hinchados senos
Con impetu fierísimo arrojaba,
Haciendo al aire y fuego y agua y tierra,
Y al cuitado Garin airada guerra.

Grandes nublados, tristes y espantosos,
El dar su luz al mundo al sol vedaron,
Y sus alegres rayos luminosos
En tinieblas negrísimas trocaron:
Las aguas de los llanos espaciosos
A los altos collados se igualaron,
Llevándose sus súbitas corrientes
Plantas, ganados, casas, peñas, gentes.

¿Qué turbacion, qué miedo, qué desmayo
Fué el tuyo, oh buen Garin, cuando esto viste?
¿Cómo á la piedra, al agua, al fiero rayo,
Santo varon, entonces resististe?
¿De qué manera este infernal ensayo,
Cristiano pacientísimo, venciste?
Dilo tú; que á mi lengua en tus loores
Páltanle los retóricos colores.

En un barranco de profunda altura,
Que entre dos cerros raudo al mar corría,
Y de árboles y peñas y espesura
Hasta las cumbres lleno descendía,
Se vió Garin cuando en tiniebla oscura
La borrasca trocó la luz del día,
Sin humano remedio sumergido
Furiolosamente del raudal traído.

¡Oh fe bastante á que el más alto monte
Por tu virtud se mude de su asiento,
Y á detener la luz del horizonte
Y remover el firme firmamento!
Oh fe merecedora que remonte
La palabra de Dios el ornamento
De sus altas palabras elegantes,
Loando al capitan de cien infantes!

¡Oh capitan el más famoso y claro
Que tuvo el vencedor romano suelo,
Pues tuviste por término tan raro
La disciplina militar del cielo!
¡Soldado á los soldados tan preclaro,
Que á la luz de tu fe y tu honor y celo,
Contento cada cual con su estipendio,
De valor y virtud será un compendio!

Que no ménos un alto ejemplo labra,
Y libertad en disciplina muda:
Por el camino que el capitan abra
Seguirán los soldados: ¿quién lo duda?
¡Oh gran centurion! con tu palabra,
La de Dios viendo cuán propicia acuda,
Tal bien el alma del soldado cobre,
Que entre el Señor en su morada pobre.

Y tu gran fe mirando, pues miralla
Tanto se precia en limites humanos,
Que ni le impide mar, foso ó muralla,
Fuegos y aceros, fieros y inhumanos,
Halle con ella el bien que Garin halla
Valiéndole sus rayos soberanos,
Porque en medio del agua repentina
Ardía en él su viva luz divina.

El mismo curso arrebatado y fiero
Del hinchado barranco riguroso
Sacó al contrito monje al verdadero
Puesto de su camino trabajoso:
Los piés en él firmó, y el hemisfero
Al punto se mostró claro y hermoso,
De las oscuras nubes despejado,
A su cárcel el viento retirado.

Quedó en la cuesta de un collado ameno
El trabajado peregrino cuando
El cielo se mostró claro y sereno,
Y la fiera borrasca fué calmado:
Desde donde, de gozo inmenso lleno,
Lágrimas amorosas derramando,
Descubrió la ciudad santa, señora
Del mundo, á quien así postrado adora:

«¡Oh dulce fin de mi deseo ardiente,
Sacra morada de la santa Esposa
Del Principe glorioso omnipotente,
Más que toda la tierra venturosa!
A ti se postra humilde y reverente
Esta alma fatigada y congajosa,
Por camino tan largo á ti venida
Para volver al de la eterna vida.

»Acógeme, santísima morada,
Aunque indigno, en tu seno generoso;
Sea esta alma afligida consolada
En tu regazo maternal piadoso;
Da lugar á que sea ya escuchada
Del que es en cielo y tierra poderoso,
Para que de su mano disciplina
Reciba santa y santa medicina.»

Así dijo; y regando las mejillas
Vuelve á seguir la santa romería,
Que al buen romero ya de pocas millas
Por entonces alegre se ofrecía.
¡Oh excelsas y secretas maravillas!
¿Quién hay que entienda vuestra oculta vía?
Fin este del trabajo aquí parece,
Y por principio de mayor se ofrece.

Fin del trabajo inmenso que trabaja
Al buen Garin, este parece ahora.
Y es principio de aquel que se aventaja
En virtud de perdon merecedora,
En aquella virtud con que se ataja
La muerte eternamente matadora,
Haciendo el cuerpo en penitencia cuanto
Le pide el alma en su conrito llanto.

Trabajo al corazon le causa inmenso
Al buen Garin, y el alma le atormenta.
Aquel deseo de perdon intenso,
Y aquel dolor de su mortal afrenta,
Y no menor que le recibe, pienso
De lo que él piensa en dar su errada cuenta;
Pero el mayor que pide su conciencia
Es el dala, y pagar con penitencia.

Entra pues el romero en la gran Roma,
En regaladas lágrimas deshecho,
Y el camino más corto apriesa toma
Que al gran palacio sacro va derecho:
El cual ya viendo que de cerca asoma,
Saltos el corazon le da en el pecho,
De mil hielos y fuegos rodeado,
Ya triste, ya medroso, ya animado.

Y primero que llegue al aposento
Del Pontifice sumo de la tierra,
Para esforzar el ánimo y aliento
Al victorioso fin de aquella guerra,
Entra devoto al sacro alojamiento
Que á quien no cabe en todo el orbe encierra.
En la capilla del Apóstol sacro
Que fué allí con sus lágrimas lavacro.

Y allí en breve oracion calificada
Con amor y esperanza y fe encendida,
Para poder hacer la deseada
Confesion de las culpas de su vida,
Pide al Señor la gracia que aprestada
Está para cualquiera que la pide,
Teniendo como debe la conciencia
Del todo aparejada á penitencia.

Cosa admirable he de decir, mas cierta
En un varon cual el Leon sagrado,
Y por Garin, que ya del todo abierta
Tenia el alma al esencial cuidado:
El monje apenas de la sacra puerta
Hubo el umbral con devocion pasado,
Y al gran Pedro en su altar favor pidiendo
Está contritas lágrimas vertiendo;

Cuando el Sumo Pontifice del suelo,
Que en su retrete retirado estaba,
Mirando atentamente el alto cielo
Al claro resplandor que le alumbraba,
Vió abrir el aire con ligero vuelo
Un pelicano bello, y que llegaba
Al capitel del templo, donde via
Que un hijo enfermo y flaco le atendia.

Y llegado el pelicano amoroso
Adonde el hijo estaba agonizando,
El tierno pecho abriéndose piadoso,
Y sobre él de su sangre derramando,
Vió que se levantó sano y gozoso,
Y que tras él el hijo fué volando,
Hasta que, entre la luz del sol envueltos.
En ella pareció quedar resueltos.

Admiró la vision al gran prelado;
Mas fué la admiracion breve, que al punto
Supo en revelacion ser lo mirado
Del bien del buen Garin vivo trasunto:
Así de su venida fué avisado
Y de las tristes causas de ella, y junto
De lo que él hacer debe; y ya entre tanto
El pio monje deja el templo santo,

Y pasa de palacio la ancha puerta,
Patio, escalera, corredor y sala,
Hallando con dichosa suerte abierta
La que al retrete del gran Padre iguala:
Llega con esperanza alegre y cierta;
Entrada pide, y dulcemente dala
Quien á cargo la tiene, ya primero
Brevemente informado del romero.

CANTO XVI.

ARGUMENTO.

Las culpas que le agravan la conciencia
Garin confiesa al Papa enteramente,
Y la alta absolucion y penitencia
Recibe humilde el santo penitente:
Llega del gran Prelado á la presencia
Con santo amor el español valiente,
Y al mismo tiempo de Sabá es sabido
El alegre naufragio dolorido.

Oh musa! tú las lágrimas y el llanto,
Tú la voz y el juntar de palma á palma
Aqui me dicta; que este varon santo
Gran tormenta corrió en aquella calma;
Y juntamente, pues entiendes cuánto
Para su bien lo ha menester mi alma,
Haz que no sola el raro caso diga,
Sino que en él al penitente siga.

Ante el sacro Leon, Cuarto en el nombre,
Cual el primero en celo y en prudencia,
Que daba resplandor mayor que de hombre
Con divina y santísima presencia,
Llega el buen monje, digno de renombre
Mientras tuviere el mundo su existencia;
Y el pecho derribado por el suelo,
Adora humilde al que abre y cierra el cielo.

Como la santa amante venturosa
Estaba ante los piés de su querido
Con alma convertida y faz llorosa,
La mejor parte habiendo ya escogido;
Y como la clemencia generosa
Del gran Señor á redimir venido
Estaba ovendo el congojoso llanto,
A sus oidos sonoro canto;

Así el conrito monje, á los piés puesto
Del gran teniente de aquel Rey eterno,
El corazon, á su salud dispuesto,
El llanto vierte con dolor interno;
Y así tambien en su sagrado puesto
El gran Leon de celestial gobierno
Oyendo está mansísimo y clemente
El lloro del conrito penitente;

El cual el monje reprimiendo en parte
Con su nativa singular prudencia,
Ya convertido en un cristiano Marte
Al valor del que tiene en su presencia,
Sin dejar de decir la menor parte,
Purga y limpia su alma y su conciencia,
No se olvidando ni una circunstancia
Que fuese para el caso de importancia.

Oyóle el sacro Principe del suelo
Con oidos de padre tan piadoso,
Y tras dalle santísimo consuelo
Con santo afecto dulce y amoroso,
Todo inflamado en un fervor del cielo,
Dice al ya confesado religioso
Que el dia siguiente á su presencia vuelva
Por penitencia y para que él le absuelva.

Con esto el monje á un monasterio santo
Se fué á esperar el venidero dia;
Y el Pontifice sacro, visto cuánto
Mirar en aquel caso convenia,
Al alto cielo lo consulta en tanto
Que el señalado término venia;
De donde el órden tuvo expresamente
Que habia de dar al santo penitente.

Ya el tardo sol con claros rayos de oro
Los montes y la mar iluminaba,
Hustrando del campo aquel tesoro
Que el rocío del alba aljofaraba;
Y Filomena al lamentar sonoro
El aire suspendia y regalaba,
Alternando sus quejas tan suaves
Con todas las demas diurnas aves:

Quando del sueño breve interrumpido
Y de la noche larga y enojosa
El buen Garin del todo desasido
Con alma consolada y cuidadosa,
Para mejor hallarse apercebido
A la clemente absolucion preciosa
Y á recibir la santa penitencia,
Descargo principal de la conciencia;

Con las rodillas puestas en el suelo
Y el alma al alto empireo levantada,
Está pidiendo su favor al cielo
Con la santa oracion acostumbrada;
La cual con suavísimo consuelo
Siendo en un hora á dulce fin llegada,
Vuelve por el entero cumplimiento
De su importante pretension y intento.

Hasta que al sol ya cerca del poniente
Las horas de la tarde le servian,
Y las nocturnas en el alto oriente
El estrellado carro apercibian,
No tuvo tiempo el santo penitente
(Tantos tan graves casos le impedían)
Para acabar lo que en su bien quedaba,
Aunque su santidad lo deseaba.

Pero lugar habiendo entónces, luego
Entró Garin; y acaso fué á tal punto,
Que entró en la sacra cámara don Diego
Casi con él, sin intervalo, junto:
El gran Florel es el que entró, aquel fuego
De heroico y alto honor, aquel trasunto
Del mayor griego y del mayor romano,
Del grande macedón y pio troyano.

Despues que el muerto Almonte dió á su tío,
Ya con cuidado de volver á España,
Sin detenelle caudaloso río,
Fragosa senda ó áspera montaña;
Probando de una y otra posta el brio,
Y aun el de quien le sigue y acompaña,
Vino á tomar con amoroso celo
La bendicion del gran rector del suelo.

Fué por el sacro principe acogido
El español con tanto regocijo,
Cual suele ser del padre recibido
Tras larga ausencia el deseado hijo.
«Tanto, dice el Prelado esclarecido,
Me alegro, me consuelo y regocijo
;Oh valeroso caballero! en veros,
Que es imposible le el cuánto encareceros.

»Y no sea tenido á maravilla
Este mi regocijo y mi contento,
Pues fuistes vos de la romana silla
En aquel gran peligro tal sustento;
Y seréis de la célebre Castilla
Honor y gloria, lustre y ornamento,
Con que á mil reinos pueda aventajarse;
Que no ménos de vos debe esperarse.

»No ménos de esa excelsa sangre goda
Que os levanta el espíritu á la cumbre,
Donde muestra el valor heroico toda
La grande luz de su admirable lumbré,
Debe esperar quien mide y acomoda
El discurso á la clara certidumbre
Que por vuestros abuelos, como ejemplo
En vos y en vuestros nietos yo contemplo;

»De los cuales (y aquí el Pastor divino
Mostró el rostro encendido y relumbrante)
Tal valor, tal grandeza me imagino
Y me parece aquí tener delante,
Que serán un escudo diamantino
Desta su santa Madre militante,
Contra las armas fieras y crueldes
De poderosos bárbaros infieles.

»Y no han de serle solamente escudo
Para guardalla de enemiga ofensa,
Sino cuchillo juntamente agudo
Ejecutor de su justicia inmensa:
Por esto solo el buen Pelayo pudo,
Con tan pequeñas fuerzas y defensa,
Valerse allá en las ásperas Asturias
Contra las bravas africanas furias.

»Por esto solo, tras hazañas tales,
Que admirarán las venideras gentes,
Hechas con mil favores celestiales
Por todos vuestros claros descendientes;
Concordantes en méritos iguales
Los dos famosos nombres florecientes
De godos y Austria, en santo ayuntamiento
Serán con suerte de perpetuo aumento.

»Por esto solo un invencible Cárlos,
Emperador de la romana silla,
Sublimes triunfos de quien suele darlos
Tendrá con infinita maravilla;
Monstruos fieros domando, que domarlos
Al cielo y al infierno maravilla;
Monstruos horrendos, que querrán á saco
Poner el mundo, idolatrando en Baco.

»Monstruos que de las furias y las iras
De aquel idolo torpe conmovidos,
Tendrán en un abismo de mentiras
Sus almas y sus cuerpos sumergidos;
Monstruos sordos, cual áspid, á las lirás
Que regalan católicos oídos,
A la virtud del todo el rostro vuelto,
Del todo el freno para el vicio suelto.

»Oh Cárlos dichosísimo, oh dichosos
Los que militaréis en su milicia,
Siguiéndole en sus hechos tan famosos,
Cuanto llenos de honor y de justicia!
Será gran vencedor de sediciosos,
Gran domador de envidia y de malicia,
Justo castigador de injustos crueldes,
Fiel triunfador de bárbaros infieles.

»Y en suma será digno de ser padre
Del monarca de España poderoso,
Hijo querido de esta santa Madre,
Como el más obediente y religioso:
No habrá en el mundo á quien ser rey le cuadre
Con mil quilates (afirmarlo oso)
Como al gran rey Felipe, del gran Cárlo
Hijo, cual puede el suelo desealarlo.

»Felipe, que en razon del gran gobierno
De estado y religion y fe y potencia,
Será el mayor en quien el brazo eterno
Ha de mostrar su inmensa providencia;
Y su caro Felipe, que el paterno
Valor tendrá cual infalible herencia;
A quien en tierna edad, reino en el suelo
Dejando, al reino subirá del cielo.

»Pacífico monarca de la España
Y de otros reinos mil y señorios,
Su dulce hijo dejará en campaña,
Opuesto á infieles sediciosos brios,
Con ira santa y con divina saña
Haciendo en la alma heroicos desafíos
A los contrarios de esta su gran Madre,
No ménos que su excelso invicto padre.

»Y de Austria una preciosa Margarita
Le dejará por compañía divina,
Lá cual desposará mano bendita
De un papa á quien Ferrara se destina,
En aquella ciudad con su infinita
Gloria, cual de ocasion tan peregrina,
Y con gozo de Italia, su distancia
Atravesando y de la mar de Francia.

»Y con divino altísimo consuelo
Y gozo en general de España toda,
Y en especial del valenciano suelo,
Donde será la suntiosa boda;
Suelo favorecido por el cielo
En grato sér á vuestra sangre goda,
Y con razon, porque tendrá Valencia
En aquel tiempo altísima excelencia.

»Largos años colmados de mil glorias
Tendrán Felipe y Margarita juntos,
Altas empresas, célebres victorias,
Hazañas famosísimas y asuntos:
Veráse en mil auténticas historias
Con eternos de honor divinos puntos;
Que ellos y cuantos fueren de Austria y godos
Serán fuerte católico en mil modos.

»En vuestra sangre, en vuestros nietos fundo
De la Iglesia el amparo y el consuelo,
Siendo ella la que mande todo el mundo
Con poder y saber dado del cielo;
Mas si el poder con el saber profundo,
Con afecto piadoso y santo celo,
Por la fe y religion se arma y se aun,
¿Puede faltar felicidad alguna?

»Esto al fin baste; y vos, varon notable,
Apresurad el viaje comenzado;
Volved gozoso á vuestra patria amable,
Que os aguarda cual hijo regalado:
Dad principio al intento inestimable
Que en vuestra alma real está guardado,
De emprender cosas dignas que la gloria
Las eternice en su inmortal memoria.

»Que con ellas el cielo generoso
Permitirá, discreto caballero,
Conforme á vuestro intento valeroso,
Que seais en mil glorias el primero;
Y con esto, en el nombre poderoso
Del alto Rey del lúcido hemisfero,
Volved alegre á vuestra patria ilustre,
De quien seréis un sol de eterno lustre.

»Y yo con tierno afecto al cielo pido
Que esto así sea en su servicio y nombre,
Pues él honra aquel suelo esclarecido
Con el valor heroico de tal hombre;
Y que viva en su vuelo más subido
La fama, dando celestial renombre
A vuestras cosas, de quien yo me obligo
Ser siempre favorable y grato amigo.»

Puso el Florel humilde por el suelo,
Al oír esto, el rostro y manos, dando
La adoracion debida al que del cielo
Tiene en la tierra el poderoso mando;
Y con inmenso y celestial consuelo
Partió del gran pontífice, llorando;
El cual tambien, cual padre de amor lleno,
Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y ya partido el español valiente,
El gran doctor de autoridad divina
Vuelve el afable rostro á aquel doliente
Que espera saludable medicina;
El cual, postrado ante él con llanto ardiente,
La pide y solicita y la avecina;
Mas por entónces otro caso impide
Lo que Garin con este afecto pide.

Llega del gran prelado á la presencia,
En aquel punto con Garin estando,
Un cardenal de santa reverencia
Un cautivo cristiano apadrinando;
Y en el aspecto grave y apariencia
Alegria dulcísima mostrando,
Albricias pide á su prelado divo
De la nueva que trae aquel cautivo.

Las cuales el pastor divino manda
Conformes á su sér, y juntamente
Al cautivo cristiano afable manda
Que la nueva que trae el mismo cuenta;
Y él dice así: «Santo señor, quien auda
Con el término aun de aquella gente
Que cautivo me tuvo, la elocuencia
Le ha de faltar debida en tu presencia;

»Mas aunque esto es así, tu mandamiento
Haré, señor, como mejor pudiere;
Y ya que no adornare yo mi cuento,
Será llana verdad lo que dijere:
Es la nueva de gozo y de contento
Que este tu siervo trae y decir quiere;
Que Sabá, tu enemigo y nuestro, queda
Al fondo ya de la inconstante rueda.

»Milagroso suceso, y que sin duda
Ha sido por tus méritos, ¡oh santo
Y divino pastor! con quien se escuda
La santa Madre, á quien amparas tanto.
Cuando el cosario rey con su desnuda
Gente, que al cristianismo puso espanto,
De tus manos huyó roto y vencido,
Por el romano mar embravecido,

»El agua y viento en tu favor pusieron
Su fuerza en acabar la del tirano,
Y su armada fortísima embistieron
Con rigurosa vengadora mano:
Los bárbaros bajeles esparcieron
Por el revuelto mar siciliano,
Y en varias peñas de la mar batidas
Hicieron sacrificio de mil vidas.

»Cuál á la costa de Sicilia arroja
La tramontana con su fuerza entera,
En parte donde el mar airado moja
Altos peñascos de áspera ribera;
Y cuál adonde es fama que se aloja
Vulcano fiero con su gente fiera,
En parte que los mares rigurosos
Rompen en los bajos engañosos;

»Y á cuál sepulta el mar en su alto centro
Con bravos y furiosos remolinos,
Hecho fiero señor del todo centro
Con el favor de raudos torbellinos;
Y á cuál, con un encuentro y otro encuentro,
En medio del rigor de sus caminos,
Acá y allá le vuelve y le revuelve,
Y al fin en mil pedazos le resuelve.

»Desta suerte los bárbaros bajeles
Fuéron del fiero viento destrozados,
Y así fuéron los miseros infieles
Del espantoso y bravo mar tragados;
Y así tambien á mil cautivos fieles
Con la tormenta fuéron acabados
Los ásperos tormentos del pesado
Yugo del cautiverio desdichado.

»El rey Sabá, que, en una galeota
Huyendo, de la playa habia salido,
Por el derecho viento la derrota,
Diestro, tomó de su africano nido;
Y aunque en mil partes destruida y rota,
Dichosamente fué el infiel traído
A dar á la canal del ancho lago
Que está en medio de Túnez y Cartago;

»Mas fué de suerte, que en la playa brava
Dió el bajel al traves en un bajío,
Antes harto de entrar adonde entraba
El mar en el estaño por su río;
Donde la triste gente, que pensaba
Haber dado á la muerte ya desvío,
Viéndola entónces ya tan manifiesta,
Quedó en sus manos más que nunca puesta.

»Uno de los esclavos que tenia
El bajel era yo, y en aquel punto
La libertad estubo y vida mia,
Cuando pensaba yo quedar difunto:
Sabá, que en el peligro horrendo via
De fiera muerte en el alma ya un trasunto,
Lleno de horror y asombro, á mí se vuelve
Mientras la arena su bajel envuelve.

»Estaba yo junto á la popa suelta
Cuando embistió el navio en el arena;
Y á mí, cobrando espíritu, el rey vuelto,
Con voz de un confiado esfuerzo llena,
Dice: —Matias, si del mar revuelto
Me ayudas á salir libre de pena,
La amada libertad desde aquí tienes,
Y parte, como hermano, de mis bienes.—

»Yo, que en nadar, señor, toda mi vida
He sido extremadamente ejercitado,
Al dulce són de la promesa oída
Al moro prometí lo demandado:
Y con él junto al agua embravecida
Al punto me arrojé todo animado
De alcanzar libertad, vida y hacienda,
Valiendo al Rey en la mortal contienda.

»Puestos los ojos en la deseada
Tierra donde esperaba mi ventura,
Y el alma bien de veras levantada
Con ruego humilde á la celeste altura,
Con robusta destreza ejercitada,
Al Rey, que su salud tambien procura
Solo con ayudarse y no impedirme,
Pasé desde el bajío á tierra firme.

»Y por ella conmigo mano á mano
Para Túnez se va, sólo seguido
De algunos que también del mar al llano
Salir como nosotros han podido.
Era de ver el bárbaro africano,
Perdido habiendo lo que había perdido,
Ir sosegado y grave, y ni gozoso
Mostrarse, ni tampoco doloroso.

»Del naufragio tristísimo la pena,
Y de salvar la vida la alegría,
Ni llena el alma de dolor, ni llena
De contento mostrarla ya podía:
Al fin, así por la mojada arena
Fuimos con la turbada luz del día
A Túnez, donde el moro tristemente
Fué recibido de su casa y gente.

»Y allí, cumpliendo la palabra dada
En aquel su mortal desasosiego,
Me dió la libertad tan deseada
Con el primer pasaje, que fué luego;
Y juntamente para la jornada
Hasta verme en España en mi sosiego:
En tanto tuvo el moro agradecido
El habelle ayudado yo y valido.

»Este es, padre santísimo, el suceso
Del moro rey que vuestra sacra mano
Con su valor hizo volver avieso
El intento sacrilego y profano
Que con solemne juramento expreso
Hizo á su pueblo bárbaro africano,
De destruir esta sagrada tierra
A sangre y fuego con airada guerra.

»Y yo solo á decillo aquí he venido,
Como soy, sacro príncipe, obligado,
Después de haberlo en voto así ofrecido
Cuando sali del bravo mar á nado;
Y ahora, humilde y reverente, pido
En albricias, señor, de lo contado,
La santa bendición y alto consuelo
De esa mano que cierra y abre el cielo.»

Estas albricias y otras generosas
A Matías le dió el Pastor divino,
Y con lágrimas santas y gozosas
Al cardenal mandó que con él vino,
Que con solemnes fiestas y piadosas
Luego de aquella nueva al Uno y Trino
Dé el pueblo gracias con efectos cuales
Se deben á favores celestiales.

Y tras esto, á Garin vuelve amoroso
El sacro rostro lleno de alegría.
De su largo esperar ya cuidadoso,
Cual padre que su pena le dolía;
Y con afecto paternal piadoso
Y palabras de altísima armonía,
Todo inspirado de divina ciencia,
Al monje impone así la penitencia:

«Habiendo al alto cielo consultado,
Garin, vuestro negocio de importancia,
Con la solicitud, celo y cuidado
Que me pidió vuestra cristiana instancia;
Sé que el clemente Dios, aparejado
A dar su mano siempre á la constancia
Que en los buenos propósitos se emplea,
Quiere que lo que oíréis sin falta sea.

»Para que vuestras culpas criminales
Os perdone, Garin, el Rey eterno,
Y gocéis los asientos celestiales
De aquel que los posee en el infierno;
Como andan los terrestres animales
A cuatro piés, por natural gobierno,
Así habeis de ir desde esta santa tierra
Hasta vuestra morada en vuestra sierra.

»Digo que á cuatro piés á Monserrate
Volver habeis desde esta casa, donde
Ordena Dios que vuestro bien se trate
Con el que á su clemencia corresponde;
Y no habeis de perder de aquel quilate
Aunque cual fiera os cace Jofré conde,
Hasta que un niño de tres meses sea
Quien otra cosa os mande y os provea.

»Esta es la voluntad de Dios piadoso,
Y aquella penitencia saludable
Que vos pedistes con dolor ansioso
En vuestra santa confesión loable:
Sed en ella prudente y animoso,
Y del poder altísimo inefable
Fiad; que del tendréis favor, de suerte
Que venzáis al infierno y á la muerte.»

Así dijo el gran Príncipe del suelo;
Y aceptando Garin la penitencia,
La santa absolución le dió y consuelo
Con paternal amor, celo y clemencia;
Con lo cual lleno del favor del cielo,
Parte de su santísima presencia,
Animado el contrito penitente
Con alta fe vivísima y ardiente.

CANTO XVII.

ARGUMENTO.

Sale de Roma el penitente raro,
Su rara penitencia comenzando,
La cual prosigue con valor preclaro,
Toda la Italia y Francia atravesando:
Llega á su monte deseado y caro,
Donde el alegre fin della esperando,
Cual fiera en la aspereza del se esconde,
Y cual fiera es cazado por el Conde.

¿Qué canto, ó lengua ó pluma habrá que diga,
Oh Garin, valeroso peregrino,
El trabajo, el tormento y la fatiga
Que pasaste en el áspero camino?
Tu santidad y la razón obliga
A engrandecer tu pecho diamantino;
Pero ¿cómo podré llegar á tanto
Yo con mi débil pluma y lengua y canto?

Si es trabajo excesivo al caminante
El caminar acomodadamente
En un caballo que ande de portante
Con prestos piés y con alegre frente;
Si la blanda litera y si el triunfante
Carro de cuatro ruedas excelente
Cansan, como se alargue la jornada,
No mas de á conocer nueva posada;

Y si el marchar á pié dicen que es muerte,
Y lo es casi en efecto, aunque más sea
El que camina acostumbrado y fuerte,
Y aliento y fuerza y juventud posea:
¡Bendito monje! si esto así se advierte,
¿Qué juzgará quien considere y vea
Que vais á cuatro piés y de rodillas,
Por camino de más de dos mil millas;

Y que habeis de pasar Alpes subidas
Al cielo con tan áspera espesura,
Y compañías de sierras, y encendidas,
Sin reparo, sin sombra y sin verdura;
Y corrientes hinchadas y crecidas
De raudal fiero y de espantosa altura;
Y helados y altos Pirineos frigosos,
Y otros cien mil peligros rigurosos?

Juzgar podrá, varon de eterna fama,
Quien esto considere sabiamente,
Que ardia en vos con encendida llama
La virtud de perfecto penitente;
Y que el divino Amor, que á sí nos llama,
Os abrasaba el sabio pecho ardiente
Con deseos vivísimos de aquella
Patria del alma, inmensamente bella.

Y juntamente podrá ver los fuertes
Varones de la Iglesia primitiva,
Que ofrecían los cuerpos á mil muertes
Por ver las almas llenas de fe viva:
Trocadas ¡oh gran Dios! están las suertes
En esta edad á la virtud esquiva;
Más blandura en la Iglesia y más ternera,
Y en los cristianos ménos fortaleza.

Sale pues de la reina de la tierra
El buen Garin de la manera impuesta,
Las manos baja, el pecho y rostro atierra,
Y al viaje asperísimo se apresta:
Ni espeso bosque, ni enriscada sierra,
Ni ardiente llano, ni nevada cuesta,
Las rodillas levántanle del suelo:
Tanto en él puede el alto amor del cielo.

Solo para tomar algun sustento
Entraba el santo monje en los poblados,
Yendose al general alojamiento
De los enfermos y necesitados;
Con quien, tomado misero alimento,
Sin dar algun lugar á mas cuidados,
Al único esencial en que se via,
Con alto aliento y ánimo volvía.

Asi la gran Toscana regalada
Pasó el gran peregrino y penitente;
Asi pasó la Lombardia helada
Y sus rios de altísima corriente;
Asi la cumbre al cielo levantada
De los Alpes subió el varon paciente,
Y desta suerte de la noble Francia
Atravesó la anchísima distancia.

Desta manera el alto Pirineo
Pasó Garin, regando las mejillas
Por ver desde él el fin de su deseo
En aquel caminar de tantas millas;
Y al fin así, tras largo y gran rodeo,
Le volvieron sus manos y rodillas
A su querido Monserrate, donde,
Como fera emboscándose, se esconde.

Había del zodiaco pasado
Siete veces el sol las doce estancias,
Y el campo siete veces habia dado
Al diestro agricultor ricas ganancias,
Despues que el triste monje trabajado
Pasó las asperisimas distancias
Que desde Roma á Monserrate habia,
Y allí su penitencia proseguía;

Cuando el valiente don Jofré veloso,
Padre de aquella dama lastimada,
Por quien hace el conrito religioso
Esta su penitencia señalada;
Con gente de su estado poderoso,
La mas illustre y mas á sí llegada,
Vino á cazar al alto monte mismo
Que ántes le fué de pena un hondo abismo.

Que cuando ni á Garin ni á la doncella
Halló el cuitado padre, que esperaba
Vella sana, contenta, alegre y bella,
Sin la infernal pasion que le aquejaba;
Fué su congoja tal, que encarecella
Solo se puede con lo que le amaba,
Y el tierno amor en esto se colija
De un amoroso padre á dulce hija.

Fué la congoja tal, fué tal la pena,
El asombro fué tal, tal fué la grima,
Que al triste Conde, el alma de amor llena,
Caso tan portentoso le lastima:
Tan fieramente al corazon le suena,
Por tan horrendo y tan atroz le estima,
Que no tuvo el consuelo en él abierta,
Por tiempo largo, ni una estrecha puerta.

Duró muy largo tiempo el gran tormento
Del suceso tristísimo espantoso,
En su punto mostrando el sentimiento
Que era razon de mal tan lastimoso:
Haciendo juntamente en un momento,
Asi en todo el condado populoso,
Como en la fragosísima montaña,
Para buscarla diligencia extraña.

¿Qué maleza, qué bosque, qué espesura
Dejó de ser reconocida y vista?
¿En qué caverna lóbrega y oscura
No penetró su lastimada vista?
¿Qué escondrijo de fieras y de horrura,
Donde el peligro en fiero espanto asista,
Hubo, que al triste Conde le faltase
Para que no buscado le quedase?

Pero como jamas halló vestigio
El padre lastimado y dolorido,
Teniendo por tristísimo prodigio
El espantoso caso sucedido,
Con temor del poder del reino estigio
Estuvo largo tiempo recogido,
Dando muestras con claros sentimientos
Del dolor de sus tristes pensamientos.

Mas ya que el tiempo con su leve curso
Mitigó en parte su congoja y duelo,
Y abrió la puerta al varonil discurso
Por donde entrar pudiese algun consuelo,
Acudió el triste Conde al gran recurso
Que tienen los prudentes en el suelo,
Que es la razon, con que se cuadra y mide
El hombre á todo lo que el cielo pide.

Y con ella conforme en esto, dando
Lugar decente á licitos contentos,
Anda en guerra de paz, ya ejercitando
Caballos y armas, galas y ornamentos;
Ya en corto barco el largo mar sulcando,
Por la ribera, estando en paz los vientos;
Ya persiguiendo tímidos venados,
Ya acosando jabalis osados.

Ya en curiosos riquisimos jardines
Gozando sus bellezas milagrosas,
De azahares, mosquetas y jazmines,
De clavellinas, alhelies y rosas,
De fuentes y arroyuelos que confines
Son á calles y plazas deleitosas,
A quien mil parras y árboles defienden
Al sol los rayos cuando más se encienden.

Ya en saraos hechos á ocasion de bodas
De la nobleza de su illustre corte,
Donde el contento humano muestra todas
Las galas de su fiesta y su deporte;
Donde tú, gusto humano, te acomodas
Tan á tu talle, á tu medida y corte,
Entre el regalo de las bellas damas,
Dulce y eterna yesca de tus llamas.

Ya músicas oyendo concertadas
De dulces instrumentos sonorosos,
De peregrinas voces acordadas
En altos modos casi milagrosos;
Ya historias escuchando celebradas
De sucesos altísimos famosos;
Ya con heroicas poesias el alma
Teniendo en celestial divina calma.

Pues como en estos ejercicios varios
Su pensamiento el Conde divertiese,
Y de los más gustosos y ordinarios
El de la caza de los montes fuese;
Llevando de aparatos necesarios
Cuanto en la caza desear pudiese,
A Monserrate, como dije, un día
Llegó, para cazar, á montería.

Y habiendo prevenido mil senderos
Con cautelosos lazos y paranzas,
Y puestos los solícitos monteros
En encubiertos puestos y asechanzas;
Con los diestros lebreles y rastros
Buscando de las fieras las estanzas,
Hallaron una en una angosta cueva,
En todo á todos admirable y nueva.

Forma de hombre tenia, bien mirada
La extraña fiera, en lo que ser podía
Con atencion y discrecion juzgada,
Aunque en la tierra á cuatro piés vacía;
De un vello espeso y largo cobijada
Con gran monstruosidad la piel tenia,
Que, revuelto, encrepado y descompuesto,
Hacia fiero el cuerpo y bravo el gesto.

Espantados los perros, aullando,
Sin abocar la fiera se quedaron;
Confusos los monteros, recelando,
Calados los venablos, se pararon:
Y pláticos la fiera rodeando,
Al Conde y caballeros convocaron,
Con furor esparciendo por el viento
Con los sonantes cuernos el aliento.

Acude el Conde y su gallarda gente
A la parte que el alto són guiaba;
Y mirada la fiera atentamente
Y el miedo y mansedumbre que mostraba,
Cierran con ella algunos frente a frente,
Y sin que se mostrase ó fuerte ó brava,
Con extraño contento y maravilla
De la cueva la sacan de trailla.

¡Oh misterioso Dios! El ermitaño
Que sigue humilde vuestra santa traza,
Y en recompensa del pasado daño
Su cruz de penitencia alegre abraza,
Es esta fiera que, con tauto engaño,
En tan monstruosa forma el Conde caza;
Forma en que con el tiempo y su vestido
La penitencia el cuerpo ha convertido.

Pudo tanto en el pobre penitente
La desnudez, el tiempo y la aspereza,
Que, vista de los piés hasta la frente
Su trabajada terrenal corteza,
Era de la que fué tan diferente,
Que nadie, aunque tuviera gran certeza
De ser Garin el que cual fiera estaba,
Dejara de pensar que se engañaba.

¡Bendito y santo monje! ¿qué sentía
Esa alma heroica, de prudencia llena,
Cuando al veloso cuello te ponía
El diestro cazador dura cadena?
¿Por qué sabios discursos discurría
Para sentir consuelo en vez de pena?
¿Qué acuerdo hizo, envuelto en dulce llanto,
De las palabras del Prelado santo?

«Este, diría, es fin de la aspereza
Que pasa mi mortal terrena parte,
Y principio muy lleno de certeza
Del bien que á la divina se reparte:
Aumente pues aquí la fortaleza
Su esfuerzo, su valor, su industria y arte;
Que este es principio y fin, en dulce liga,
De gozo eterno y temporal fatiga.

»Este es el alto punto en que consiste
La perfeccion desta importante obra;
Si aquí en su esfuerzo la virtud asiste,
Todas sus fuerzas para siempre cobra:
Si la perseverancia aquí resiste
Y en este mar ahora no zozobra,
Todo será despues seguro puerto
Hasta llegar al deseado y cierto.

»Pero del gran Pastor la alta promesa
Que la memoria por sin duda ofrece,
Al alma mia que este caso pesa
En la balanza de lo que merece;
Aunque es de peso tal lo que le pesa
De lo que el cuerpo misero padece,
Esfuerce la virtud perseverante
Con ánimo y espíritu constante.

»Y sea la razon divina en esta
Fuerte batalla vencedora fuerte,
Pues ella tiene de su parte puesta
La alta victoria en tan heroica suerte:
Con ella pues el alma esté dispuesta
A padecer del cuerpo cualquier muerte
Por evitar la suya, y estar firme
En que la gran promesa se confirme.

»Oh fuerzas de dulcísima esperanza,
Que soleis resistir á las mayores
Con que el comun fuerte enemigo alcanza
Victorias de mil grandes defensores!
Vea el bravo ofensor su brazo y lanza
Rotos en vuestros célebres valores;
Espada y mano inútiles contemple
En vuestro acero de divino temple.»

Tales razones la razon divina
Por el alma del monje dilatada,
Con que al santo valor de elefantina
Fuerza con encendido ardor armaba;
Y falta eterna gloria en la vecina
Humilde y temporal pena mostraba,
Con vivo resplandor y clara lumbre,
Llena de milagrosa certidumbre.

Acordábase el monje valeroso
De lo que el gran Leon le había impuesto,
Que aunque del conde don Jofré Velloso
En aquel punto y trance fuese puesto,
No dejase, valiente y animoso
De proseguir su firme presupuesto,
Hasta que milagrosamente diese
El niño el orden que tener debiese.

Y aunque de verse puesto en tal estado
Ante quien ofendió tan gravemente,
El valeroso pecho alborotado
Con recelo, temor y angustia siente;
En las santas palabras confiado
Del sagrado Pontífice prudente,
Se anima, y vence aquel terror y miedo
Con esforzado espíritu y denuedo.

Y el engaño notable conociendo
En que está el Conde y los demas, pensando
Que es bestia fiera ó monstruo, no advirtiendo
Ser hombre lo que atentos van mirando;
Todo su aviso y discrecion poniendo,
Así al engaño se anda acomodando,
Que en todo el proceder de sus acciones
Les confirme sus falsas opiniones.

No fia al aire de ninguna suerte
La voz humana el sabio monje pobre,
Aunque el dolor de la cadena fuerte
Ó de otro algun pesar le aqueje y sobre:
Da á entender que no entiende y que no advierte
El bien ó el daño que con él se obre;
Pace la yerba, cebase en el suelo;
No vuelve nunca el rostro á ver el cielo.

Desta suerte contento y engañado
Va el Conde con aquel por quien había
Cien veces la montaña rodeado,
Y cuantas en su estado poseía:
No con fin de tenelle aprisionado
De la suerte que entónces le tenía,
Sino de demandarle estrecha cuenta
De su querida hija y de su afrenta.

Secretos son de la alta Providencia
Que en su fuerza sustenta y rige el mundo,
A que llegar no puede humana ciencia,
Aunque investigue el cielo y el profundo:
No es esto estrella ó hado ó contingencia,
Ni es el poder del disponer segundo
Que la esférica máquina gobierna,
Sino divina Providencia eterna.

Que sin que los pecados cometiera
Que cometió Garin con la doncella,
Ser santo perfectísimo pudiera
Con gozo y gloria de la patria bella;
Y sin venir á ser monstruosa fiera
Llegar pudiera al dulce fin de aquella
Trabajosa carrera en que se via
Por la que ántes gozoso proseguia.

Mas es de Providencia inmensa eterna
Altísimo secreto misterioso
El proceder divino que gobierna
Lo que cria su brazo poderoso;
El cual, aunque ni sepa ni discierna
El humano juicio tenebroso,
No es falta, pues cualquiera en el alma sabe
Lo que le importa cuanto en ella cabe.

Porque lo que saber al hombre importe,
Aquel ángel que tanto al hombre importa,
Por orden del gran Rey de la alta corte,
Con alto advertimiento traza y corta;
Y de cuanto conviene que le exhorte,
Con amoroso espíritu le exhorta;
Pero de sus sucesos el camino
Es reservado al disponer divino.

¿Quién pensara jamas, si al monje viera
En su querido Monserrate puesto
Con tan extraña vida y tan austera,
En la limpia conciencia tan compuesto,
Que el triste había de ser en tal manera
Derribado del santo presupuesto,
Y despues por tal término y tal via
Llegar al fuerte punto en que se via?

No hay asiento seguro, no hay estado
Ni cosa cierta sino la mudanza
En este mundo, en guerra siempre armado,
Do verdadera paz jamas se alcanza;
Donde, ora en alto y poderoso grado
Llenos de valerosa confianza,
Ora en mil varios y diversos puestos,
Los miseros mortales estén puestos.

En cualquier parte se levantan vientos
Que dan á sus intentos por la proa,
Donde quiera hay tormentas y tormentos;
Cada cual tiene un hueso donde roa:
La carraca mayor de pensamientos
Se vuelve en breve la menor canoa
Que traza la caduca humana ciencia
Y dispone la eterna Providencia.

Ya pues el Conde, tras haber cazado
La fiera que por única estimaba,
Y las demas del monte fatigado,
Sin dejar parte en su aspereza brava;
Divertido á su gusto, y regalado
En aquello que tanto le agradaba,
A Barcelona se volvió contento,
Donde tenia el principal asiento.

Y por grandeza y gusto, el monstruo manda
En palacio poner cómodamente,
No en aposento alegre y cama blanda,
No en trato de hombre, y de hombre tan prudente,
Sino en la parte donde trata y anda
Con frecuencia mayor la comun gente,
Junto á una estancia grande y bella, donde
Cien hermosos caballos tiene el Conde.

Que en esto á maravilla era curioso;
Y así para armas, de napolitanos
Y de frisonos, y para el airoso
Y ágil jinete, turcos y africanos;
Como para que muestre el valeroso
Caballero sus hechos soberanos,
Tiene el lindo andaluz y el de Castilla,
Reyes de todos, á una y otra silla.

Al fin, allí, con fin que el pueblo todo
Del monstruo goce, que se ponga ordena
El Conde donde al frío, al agua y lodo
En un rincon se puso á la cadena;
Adonde todos llegan, y á su modo
Cada cual le atormenta y le da pena
Con tan varias maneras de disgustos,
Cuanto de quien los da los varios gustos.

Cuál le da á su pesar duros abrazos
Por mostrar bestialmente valentia,
Y le atormenta y hace mil pedazos
Con su vana y torpísima porfia;
Cuál le levanta el rostro, el pecho y brazos,
Haciendo dél curiosa anatomia;
Cuál le derrama un golpe de agua encima;
Cuál con golpes de palos le lastima.

Quién por bestia le tiene; quién por hombre;
Quién dice ser de aquella especie ó desta;
Quién le llama de aquel, quién deste nombre;
Quién le pregunta, y fuerza á la respuesta;
Quién le amenaza, y gusta que se asombre,
Y le aqueja y le aflige y le molesta,
Dándole pesadumbre, angustia y pena,
Con piés y manos, piedras y cadena.

Cuál con viles manjares le convida,
Y porque coma le amenaza y grita;
Cuál, viéndole gustar de la comida,
Por gustar dél, se la arrebatá y quita;
Y al fin, cual es y cuanta la movida
Gente que á ver la novedad incita,
Tales y tantos son los movimientos
Que al triste monje dan duros tormentos.

Pero, cual alto monte, cuyo asiento
Al furioso batir del mar airado
Y al soberbio soplar del bravo viento
Está firme, en su peso asegurado;
Tal al contino desigual tormento
Del novelero vulgo porfiado,
Que le congoja y atormenta tanto,
Está en su intento firme el monje santo.

Y aunque el prolijo y enojoso dia
Pasa desta manera el afligido,
Y para el sueño de la noche fria
Con áspero cansancio va rendido;
No restaura con él esta porfia,
Que del todo le deja enflaquecido,
Por emplearse con ardiente celo
En ofrecer su penitencia al cielo.

Entónces es cuando discreto aplica,
Mostrando su santísima paciencia,
Aquello todo con que multiplica
El valor á su estrecha penitencia:
Allí la ilustra, allí la vuelve rica,
Allí le da finísima excelencia
Con lustrosos matices y colores
De alegres sentimientos y dolores.

¡Qué esperanza, qué fé, qué amor divino!
Qué constancia tan puesta en su fineza!
Qué saber tan excelso y peregrino!
Qué humildad y obediencia y fortaleza!
Qué corazon, qué pecho diamantino,
Lleno de heroica y celestial nobleza!
Qué desprecio tan célebre del suelo!
Qué deseo tan íntimo del cielo!

El que la sed del oro le atormenta,
Y el que la hambre del mandar le mata;
El que los torpes vicios alimenta,
Y el que santas virtudes desbarata;
El que regalos de Epicuro inventa,
Y el que cual Heliogábalo se trata,
¿Qué confusión tendrán, qué corrimientos,
Si al heroico Garin miran atentos?

CANTO XVIII.

ARGUMENTO.

De este poema el principal intento
Aquí el arte descubre, descubriendo
El celestial favor que dió y contento
El virginal retrato apareciendo,
Y de su misterioso alojamiento
El notable principio describiendo,
Pintando la divina maravilla
El verso heroico en puridad sencilla.

El punto se descubre ya y la clave
¡Oh musa! donde estriba y donde funda
Nuestro canto la música suave,
Delicada, difícil y profunda;
Pues para que lo dulce con lo grave
No se altere, se afee y se confunda,
Sino que en alta consonancia junto
Se llegue al deseado firme punto,

Comenzad vos, divina musa, el canto
En tono más sublime y sonoro;
Dad más favor á lo que ahora canto,
Levantando mi espíritu gozoso:
Soldad la rica vena heroica tanto,
Que dure el raudó curso presuroso
Hasta dar en el mar de gracia y gloria,
Adonde se eternice su memoria.

A vos, Reina santísima del suelo,
De su gran Redentor madre piadosa;
A vos, divina Emperatriz del cielo,
Del Espíritu Santo amada esposa;
A vos, amparo y luz, guía y consuelo
Desta alma indigna que llamaros osa;
A vos invoco, á vos, Señora mia,
Pido consuelo y luz, amparo y guía

Para que en vuestra gloria y alabanza
Pueda llegar mi corta voz y aliento
Al entonado punto donde alcanza
Mi generoso y alto pensamiento:
El ser vos mi firmísima esperanza
Excuse mi arrojado atrevimiento,
Pues tal valor por ella el alma cobra,
Que emprenderá cualquier difícil obra.

Miéntras el penitente monje santo
En su admirable penitencia estaba,
Causando al bravo infierno triste espanto,
Y alegre al que en el mundo le miraba;
El tesoro santísimo que tanto
Enriquece el lugar que le guardaba,
Fué descubierto en una sacra mina
Con milagrosa luz clara y divina.

Aquel sacro retrato milagroso
De la Reina de la alta jerarquía,
Que al alto Monserrate venturoso
Da luz mayor que la del sol al día,
En este tiempo célebre y dichoso
Que Garin su paciencia enriquecía,
Dichosamente pareció, del arte
Que cantará mi musa en esta parte.

Entre muchos pastores que el ganado
En la fértil montaña apacentaban,
Donde al ardiente tiempo y al helado
Extremos templadísimo hallaban,
A siete pastorcillos que del lado
Del claro oriente en la montaña andaban,
El alto Dios omnipotente quiso
Dar de este rico don alegre aviso.

Como al aparecer vuestro en la tierra,
Cuando, mi Redentor, del alto cielo
Vinisteis á trocar en paz la guerra
Del miserable habitador del suelo;
En la áspera montaña y yerta sierra,
Entre el ganado y entre escarcha y hielo,
A los simples pastores avisastes,
Y á ellos los primeros os mostrastes;

Así al aparecer maravilloso
Del virginal retrato venerable,
Que al mundo dais con pecho generoso
Por inmenso tesoro inestimable,
Quereis, Señor, con órden misterioso,
Que en aquella montaña memorable
Simples pastores los primeros sean
Que con favor altísimo le vean.

Abrióles la infinita Omnipotencia
A los siete zagales venturosos
La humana vista, y con divina ciencia
Mostróles sus secretos misteriosos:
Hizoles ver en corporal presencia
Los divinos espíritus gozosos
Que en la corte de eternos moradores
Nobles ministros son y embajadores.

Angeles los dichosos niños vieron
Del cielo descender en escudadores,
Y por divina ciencia conocieron
Ser con alto misterio sus visiones;
Y sabios ya y prudentes, atendieron,
Con altos y elevados corazones,
Al discurso admirable y fin del vuelo
De aquel hermoso ejército del cielo.

Los ángeles santísimos bajaban,
Y aquellos simples pastorcillos vian
La clarísima luz con que ilustraban
El celestial camino que traían;
Y los divinos cantos que cantaban,
Atónitos los niños los oían,
Y las dulces finales que el sonoro
Monte formaba del celeste coro.

Vian venir los gozos y contentos
Por guías de las gentes celestiales,
Y las gracias tañer en instrumentos
Cuales jamas oyeron los mortales,
Y formar suavísimos concientos
Las ángelicas voces inmortales;
Y llegando del cielo al monte santo,
Doblar en él el son, el gozo y canto.

En una angosta cueva mal pulida
Vian entrar la ilustre y santa gente,
Cuyo alto asiento y áspera subida
Es á la parte del dorado oriente;
Y allí en forma admirable recogida,
Ya recogido el sol en occidente,
De aquel pequeño y escabroso suelo
Formaba un grande y regalado cielo.

¿Quién explicar podrá la alta armonía,
El canto dulce, alegre y sonoro,
La inmensa suavidad y melodía,
El divino conciento artificioso,
La dulzura, el consuelo, la alegría,
El regalo, el contento milagroso
Que sentían los rústicos zagales,
Las músicas oyendo celestiales?

Para que de los orbes soberanos
El órden se encarezca y la belleza,
Basta decir que es obra de las manos
Del gran Maestro de naturaleza;
Y así de los divinos cortesanos,
Para decir la gracia y la fineza,
Basta también decir que son al corte
De las grandezas de su eterna corte.

Basta decir que los que el alto canto
Entonan en la cueva peñascosa
Con la admirable música que tanto
La simple gente tiene allí gozosa,
Son los que dicen «Santo, Santo, Santo»
Con incansable voz dulce y sabrosa,
En la alta eterna gloria, á la presencia
De la divina sempiterna Esencia.

Al fin, esta vision gloriosa, siendo
Muchos sábados vista y admirada
De aquellos simples niños, y atendiendo
A cosa tan divina y señalada,
A Monistrol, su humilde pueblo, yendo,
Con elocuencia por el cielo dada
Contaron á sus padres lo que vieron,
Y á que lo viesen ellos los movieron.

Van los padres á ver la vision santa,
Y venla de la suerte que sus hijos,
Con tanta luz, con alegría tanta,
Con tantos y tan dulces regocijos;
Y no ménos que á ellos les espanta
Ver que éntre en los estrechos escondrijos
De la escabrosa cueva aquella gente
Tan regalada, rica y excelente.

Y admirados del caso misterioso,
Y en él algunos días empleados,
Notando del órden milagroso,
Vuelven á su lugar apresurados;
Y con afecto santo y fervoroso
Del alto Dios movidos, inspirados,
Dan al ministro de su iglesia aviso
De la rara vision del paraíso.

Hacer el cura quiere la experiencia
Antes que crea cosa tan extraña,
Sabiendo de la rústica inocencia
Cuán fácilmente en el creer se engaña:
El lo quiere saber de cierta ciencia,
Y cuidadoso sube á la montaña
Un sábado al partir del claro día,
Los pastores sirviéndole de guía.

No bien el sol se derribó al poniente,
Dejando oscuro el Artico hemisfero,
Cuando el rector y la aldeana gente
Que de la cueva pisan el sendero,
Otro sol más hermoso y más luciente,
Más alegre y gozoso y verdadero,
Descender vieron por el horizonte
Al fértil, rico y venturoso monte.

Aquella luz divina que fué vista
Por los simples zagales y pastores,
Aquella el cura ve, vuelta la vista
A sus claros y alegres resplandores;
Los cuales hacen que se adorne y vista
De alegres ropas de admirables flores
La felice montaña, y que se ilustre
El aire oscuro con sereno lustre.

Y aquella sonora melodía
Que los otros oyeron en la cueva,
En los oídos al rector hería
Con la admirable suavidad y nueva:
Ya la silvestre gente dado había
De lo que le contó bastante prueba,
Pues con su relación tan justa viene
La alta vision que ante los ojos tiene.

Hasta que á la mitad de su camino
Llegó la dulce noche sosegada,
Se oyó el cantar del escuadron divino
En la cueva del cielo regalada;
Y entónces por el aire cristalino
Se volvió á su santísima morada,
Dejando al cura el alma y pensamiento
Lleno de admiracion y de contento.

Y advirtiéndolo al altísimo misterio
Que la vision santísima mostraba,
Y á lo que del excelso eterno imperio
En su parte inmortal se le inspiraba;
Y mirando al divino ministerio
En que él en Monistrol se ejercitaba,
Del monte descendió determinado
De dar cuenta del caso á su prelado.

Un ardiente deseo no entendido
Que á publicar la santa maravilla
Suavemente le llevaba asido
En amorosa celestial trailla,
Con un gozo tan dulce y tan subido,
Que el alma le consuela y maravilla,
Hace al cura que en esto se resuelva,
Y que del santo monte apriesa vuelva.

A Manresa, ciudad allí cercana,
Que era entónces cabeza de obispado,
Llega el rector discreto á la mañana
A contar la vision á su prelado,
Con quien no siendo la embajada vana,
Tambien, cual los demas, de Dios tocado,
Ordena, sin que el caso se dilate,
De subir en persona á Monserrate.

Quiere ver la divina maravilla
De que le da su sacerdote nueva
El Obispo prudente, y conferilla
En cuanto importe con bastante prueba:
No quiere contentarse con oilla;
Quiere inquirir la causa y ver la cueva;
Y en esto ya resuelto, con su gente
Parte el Obispo el sábado siguiente.

Vos, mi Dios, que á Felipe en un momento
Llevastes por extraña y larga via
Al coche do el eunuco egipcio atento
Con gran deseo de entender leia,
Para que en vuestro nombre á su contento
Le declarase la alta profecía,
Y le diese en las aguas del camino
El sacramento que él pidió divino;

Vos mismo sois el que al Obispo ahora,
Y á la gente que alegre le acompaña,
Con voluntad de hecho ejecutora
Llevais á la santísima montaña,
Para que llegue la dichosa hora
En que de la escabrosa cueva extraña
Sea sacado aquel retrato santo
Tan celebrado del celeste canto.

Para que de la santa mina sea
Sacado aquel riquísimo tesoro
Que á la tierra enriquece y hermosaea,
Como su original al alto coro;
En quien halla descanso quien desea
El verdadero inestimable oro
Con que se dota el alma generosa
Que quiere ser del alto Rey esposa.

Deje ya de estimar la madre tierra
Sus fértiles entrañas abundosas
Por lo que en ellas cria y lo que encierra,
Y lo que da con manos generosas;
Solo se estime porque en esta sierra,
Entre sus duras peñas escabrosas
Tuvo guardado este tesoro santo,
Que es para enriquecer á tantos tanto.

A la hora que el sol, pasado Atlante,
Para el ocaso el día apresuraba,
Y de las nubes que tenia delante
Los extremos de oro iluminaba,
El pastor de Manresa vigilante,
Con los demas de quien se acompañaba,
Llegó del monte al sitio más dispuesto
Para lo que traía presupuesto.

Y cuando ya la noche oscura y fria
Estaba con sus sombras en oriente,
Y contenta y alegre, se ponía
El vestido más claro y trasparente;
Cuando el fiel pueblo de la Ave María
La devota señal y alegre siente,
Hé aquí que asoma la vision divina,
Y á la sagrada cueva el vuelo inclina.

El aire ve de rayos de oro lleno
El Prelado, que atento al cielo mira,
Cuyo divino resplandor sereno
Con luces hermosísimas le admira:
Del grande abismo en el más hondo seno
La nocturna tiniebla se retira,
Como sol resplandece la ancha sierra,
Y en sus entrañas la alta luz se encierra.

En la pequeña cueva acostumbrada
Entra la santa luz resplandeciente,
Donde, en el mismo punto que es llegada,
El alto canto angelical se siente:
Música tan suave y concertada,
Armonía tan dulce y excelente
Son, que con tal regalo y gusto suene
No tiene igual en cuanto el mundo tiene.

No puede, en cuanto tiene de consuelo
El ancho mundo y de gozosa suerte,
Cosa igualar á la que en dulce cielo
La cueva benditísima convierte;
Pero, ¿cómo podrá tener el suelo,
Aunque todo se junte y se concierte,
Cosa que iguale á la que allí se oia,
Si era del cielo y era por María?

Habia con su vuelo acostumbrado
La sosegada noche venturosa
De su alto curso á la mitad llegado,
Más alegre que nunca y más hermosa;
Cuando el divino canto regalado
Cesó en la sacra cueva penascosa,
Y el alto coro envuelto en su alta lumbre
Volvió gozoso á la celeste cumbre.

Quedó en tiniebla oscura todo el suelo
Para los ojos que la luz seguian,
No tanto por estar sin luz el cielo,
Cuanto por causa de la que perdian;
Mas, aunque el carecer de aquel consuelo
De la vision angélica sentian,
Y la perdida inmensa luz causaba
Que en sombra cualquier otra se trocaba;

Una regaladísima esperanza,
Llena de mil gozosos pensamientos,
Daba á sus almas celestial holganza
Entre mil alegrías y contentos:
Creian con divina confianza
Los misterios altísimos, atentos
Que en la cueva del cielo regalada
Alta ventura habia de ser hallada.

Y no fué esta esperanza alegre cuales
Las tristes son del mundo lisonjero,
Que paran sus altísimas señales
En un hondo y cruel despeñadero;
Pero el fin de favores celestiales
Es bueno, es cierto, es rico, es verdadero,
Y el que en la tierra tiene fundamento,
Es sueño, es aire, es humo, es sombra, es viento.

Llegó la noche célebre y famosa
A las oscuras puertas de poniente
Con su alegre familia, que gozosa
La acompañaba regaladamente;
Y pareció más que jamas hermosa
La blanca aurora en el dorado oriente,
Vertiendo ante la clara luz del día
Contento y gozo, gloria y alegría.

Y el sacro Obispo, con deseo ansioso
De investigar cuanto posible fuese
La causa por que el cielo tan piadoso
Aquella cueva así favoreciese,
Mandó que con cuidado presuroso
La difícil subida se inquiriese,
Poniéndose él tras diligentes guías
Por las fragosas y intrincadas vías.

Y así con esperanza alegre y cierta,
Llevados de su pia y santa instancia,
Fuéron á dar á la pequeña puerta
De la sagrada y venerable estancia:
Los ámbares y almizcles que concierta
La humana industria para dar fragancia;
Los dulces y suavísimos olores
Más estimados de las bellas flores.

Y todo lo que en esto más regala
Y más consuela en toda la ancha tierra,
Al olor comparándose que exhala
De aquella rica parte de la sierra,
Es como si á la luz del sol se iguala
La de la luna cuando el tiempo encierra
En pardas nubes su turbada cara,
Y la del sol serena muestra y clara.

Entra con santo miedo y reverencia
El prelado, ya cierto de que había
En la cueva de altísima excelencia
Cosa que á las humanas exceda:
¡Oh eterna y soberana Omnipotencia!
Un sagrado retrato de María
Halla el Obispo venturoso dentro
De aquel bendito y venerable centro.

Un divino tesoro que enriquece
Devotas almas de inmortal riqueza,
A la vista al Obispo se le ofrece
En aquella dulcísima apereza;
Una imagen hermosa que parece
Obra divina de sublime alteza,
Mira el Prelado en la alta cueva, atento,
Lleno de celestial gozo y contento.

Es cual de venerable dama anciana
La sacra imagen que el prelado mira,
Cuya santa belleza soberana,
Dando consuelo celestial, admira:
Su perfeccion ser más que de obra humana
Con señales altísimas inspira,
Pues junto con beldad suave, espanta
Su gravedad y reverencia santa.

Es el color de su divina cara
Moreno, mas hermoso á maravilla,
Tanto, que ante él la luz del sol más clara
Es oscura, turbada y amarilla;
Y al fin, su perfición y forma rara
No es posible en su punto describilla,
Sino diciendo que es conforme cuanto
Ser puede á la del Hijo sacrosanto.

Del cual en las rodillas santas tiene,
Con maternal afecto acariciado,
El hermoso retrato, que conviene
En todo con su imagen, cotejado:
Con la siniestra mano le sostiene,
Puesta en el hombro izquierdo del amado,
Y al diestro lado la derecha asoma,
Como que alguna cosa en ella toma.

Tal es la sacra imagen que en la cueva
Hallada fué con celestial consuelo,
Por órden milagrosa, excelsa y nueva,
Dada en favor á todo el ancho suelo;
De la cual, viendo cuán de veras deba
Poner en venerarla afecto y celo,
El Obispo resuélvese en llevarla
A su iglesia, y en ella colocarla.

Resuelto pues en el consejo santo,
Manda que de Manresa al punto venga
Su clerecía, el pueblo y todo cuanto
A tan alegre fiesta más convenga:
Así se cumple luego, y entre tanto
Hace que todo el tiempo se entretenga
Dando en la cueva á Dios dulces clamores,
Con himnos, salmos, gracias y loores.

Con dulce voz, alegre y alto aliento,
La veloz fama, diestra embajadora,
Guiada del consuelo y del contento
Que las cristianas almas enamora,
Con las ligeras alas hiere el viento,
Y con la voz altísima y sonora,
Y á los pueblos del pie de la montaña
Cuenta la excelsa maravilla extraña.

Acuden gentes de una y otra parte
Al dulce són de la famosa nueva,
Y adoran, quién de cerca, y quién de aparte,
El gran tesoro de la rica cueva:
No hay pendon ni bandera ni estandarte;
No hay cosa de contento antigua ó nueva;
No hay música de paz ó són de guerra
Que no se traiga á la bendita sierra.

Y no hay cruz ni reliquia ni ornamento
En todos los lugares convecinos
Que, mostrando el altísimo contento,
No adorne del gran monte los caminos;
Los cuales para el santo y pio intento,
Con robustas encinas y altos pinos;
Con piedras y con otros materiales,
Son vueltos llanos, fáciles y iguales.

Ya el pueblo junto, y ya la clerecía
Con la devota pompa en órden puesta,
Y ya la sacra imagen de María
Para la santa traslacion dispuesta,
Hinchendo el alto monte de armonía,
Bajando van en procesion la cueva,
Puestos en dos hileras con mil luces,
Siguiendo á los pendones y á las cruces.

Lleva el Obispo el celestial tesoro
Dentro de un palio entre la noble gente:
Divino canto altísimo y sonoro
Alza su clero ante él suavemente;
Y el alto monte otro apacible coro
En mil partes, al fin, formar se siente,
Repitiendo con dulce melodía
Ya el nombre de Jesus, ya el de María.

A vos, omnipotente Padre Eterno,
Y á vos, Hijo divino, igual al Padre,
Y á vos, que de ambos procedéis coeterno,
Y á vos, oh Virgen, de Dios Hombre madre,
Con alto són, y con el gozo interno
Que más al que desea el alma cuadre,
Alzan debidas gracias y loores
Los músicos, el clero y los cantores.

Y así en órden conforme procediendo,
Para bajar por más segura vía,
Fué la devota procesion subiendo
Por donde el mejor paso se ofrecía:
¡Divina cosa y admirable! Siendo
Llegada la alta imagen de María
Al lugar donde ahora está, repente,
Sin poderse mover paró la gente.

Para la gente sin saber la causa,
Y sin poder hacer que el movimiento
Sirva á la libre voluntad que causa
Su diferente accion á su contento:
Milagrosa conocen ser la pausa,
No interviniendo humano impedimento
Que así á todos les fuerce en un instante
A no poder pasar más adelante.

Estuviera confusa y temerosa
La gente con el caso señalado,
Si el sagrado pastor con voz gozosa,
Por el Eterno altísimo inspirado,
No dijera la causa misteriosa
De haberse de tal suerte allí parado,
Diciendo: «En este sitio, en este puesto
Este sacro tesoro ha de ser puesto.

«Aquí quiere el Eterno omnipotente
Que este retrato de su Madre y nuestra
Se quede en un lugar sacro y decente,
Hecho con el poder y industria vuestra:
Esto es lo que el pararnos de repente
Indubitadamente enseña y muestra.
Ea pues, á la obra; que yo quiero
En emplearme en ella ser primero.»

Así diciendo, en un altar formado
De sus pontificales ornamentos
Pone el sacro tesoro encomendado,
Mientras se da principio á sus intentos;
Y al punto el pueblo alegre, ya tornado
A la accion corporal y movimientos,
A lalta obra se ofrece y se dedica,
Y cada cual á su labor se aplica.

Quién con el sabio Obispo el sitio traza
De la iglesia y capilla y monasterio;
Quién de la puntual fábrica y traza
Cuidoso toma el cargo y magisterio;
Y la gozosa gente alegre abraza
Lo que este ordena ó manda con imperio,
O cosa fácil sea, ó sea cosa
Cuanto pudiera ser dificultosa.

Tiene este de la obra ya la planta
Que la intencion del arquitecto encierra,
Por donde, aunque es la diferencia tanta
De lo que se ha de obrar, nada se yerra:
Cuál corta una cantera y la levanta,
Cuál árboles altísimos atierra,
Cuál zanjas y cuál fuentes abre, y cuáles
Traen mil diferentes materiales.

Todo fué aquí también maravilloso,
Pues muy en breve vieron hecho tanto,
Que al pueblo y al Pontífice gozoso
Causó notable admiración y espanto;
Y así, del monasterio venturoso
Y del afortunado templo santo,
Por momentos la obra fué acabada,
Y en ella la alta imágen colocada.

Quedó en el monasterio aquel discreto
Cura de Monistrol y alguna gente,
A quien tocó en el íntimo secreto
Con más fervor la mano omnipotente,
Hasta que se pudiese por efecto
El santo culto más cumplidamente
Con religiosos dignos de aquel puesto
A vida perfectísima dispuesto.

Este era del Obispo el santo intento;
Pero Dios ¡oh bendita y santa sierra!
Más lustre te guardaba y ornamento,
Y más renombre en cuanto el aire encierra:
Santo era del Obispo el pensamiento
Y de los moradores de su tierra;
Mas lo que Dios de ti tiene ordenado
Es divino favor en sumo grado.

Al fin, esta divina y rica suerte,
Este raro suceso milagroso
Pasó, para bien nuestro, desta suerte
En este santo monte venturoso;
Mientras, en su virtud constante y fuerte,
En Barcelona el santo religioso
Con la alta perfección de la paciencia
Pasa su memorable penitencia.

CANTO XIX.

ARGUMENTO.

De su admirable penitencia al punto
Llega el fuerte Garin, y al monte vuelve
A trasladar el cuerpo que difunto
A su entender oscura tierra envuelve:
Hallan la dama viva y bella, y junto
Santa, pues con el padre se resuelve
A quedar en la santa casa nueva,
Que tan santo principio y nuevo lleva.

Con su dulce familia el regocijo
Por Barcelona desplegaba el vuelo,
Desterrando al pesar, al escondrijo
Más oscuro y más íntimo del suelo,
A causa de haber dado al Conde un hijo
Por singular favor y gracia el cielo,
Que de sus canas el regalo faese
Y en el ilustre estado sucediese.

En cañas, toros, justas y torneos,
Galas, saraos, divisas y ornamentos,
Caballos, armas, máscaras y arcos,
En altas obras de altos pensamientos,
Y en todos los demas nobles empleos
De los ilustres licitos contentos,
Ocupa el regocijo en Barcelona
Cualquier estado y suerte de persona.

No hay señor, no hay hidalgo ó caballero
Que no se muestre en lo que más confía,
Ó ya representando un Marte fiero
Con generoso esfuerzo y gallardía,
O ya, depuesto el relumbriante acero,
Mostrando general cortesanía
En gala, en ademan, en gracia y aire,
En dulzura, en regalo y en donaire.

El mismo Conde alegre y consolado
Sus nobles cortesanos acompaña,
O sea en sala, ó sea en estacado,
O sea en plaza ó calle ó en campaña;
Y diestro y animoso y remozado,
Ya doma al toro la furiosa saña,
Ya gana el prez en el torneo ó justa,
Ya en las follas las armas barasta.

Ya en aparatos de altas invenciones
Con grandeza real y pompa hechas,
Ya en varios casos de altas ocasiones
Que dan las sendas de virtud estrechas,
Deja los valerosos corazones
Y las heroicas almas satisfechas,
Poniendo el real término en su silla
Con amable admirable maravilla.

Y ya entre mil blanduras y mil galas,
Conversable, apacible y cortesano,
Con las servidas damas en las salas
Convierte en blanda la robusta mano,
Dando mayor lugar á que sus alas
Despliegue y trate el regocijo humano,
Y toda la contenta compañía
Que le ministra y acompaña y guía.

Y al fin, por dulce fin de estos contentos,
Que fueron tales, que dobló la fama
Todos los sonoros instrumentos
Con que por la ancha tierra se derrama,
Consigo á sus reales aposentos
A los varones de su estado llama,
Y en su mesa real con ellos junto
Quiere en las nobles fiestas hacer punto.

Vinieron los barones de su estado,
Y fué el banquete rico y suntuoso,
De todas las grandezas adornado
Que adornarle pudiera un rey famoso;
Adonde no faltó quien, acordado
Al instrumento y son artificioso,
Con dulce pecho y voz, quiebro y garganta,
Cantase cómo fué Narciso planta.

Y cómo con menguada voz su pena
Muestra Eco, y de su amado el devaneo;
Cómo Ariadna en la desierta arena
Llama llorando al perdido Teseo;
Cómo Vénus del cielo se enajena
Por ser solo su Adónis su recreo;
Cómo Alcides mató y por qué al Centauro,
Y cómo fué vencido el Minotauro.

Y cómo del clarísimo planeta
Huyó volando Dánaes infelice;
Cómo sacaba el músico poeta
De la cárcel eterna á su Euridice;
Cómo en la noche lóbrega y secreta
Alcion vió anegado á su Ceice;
Cómo se coronó Baco de yedra,
Y cómo Aglaura fué mudada en piedra.

Con tales cosas, del real banquete
El regalo el cantor acrecentaba,
Y cuanto con la música promete,
El regocijo largamente daba;
Cuando allí fué sacado de un retrete
El que las fiestas célebres causaba,
Traído para gozo de su padre
Por su segunda regalada madre:

El dulce hijo que al Jofré famoso
Dió con tal gozo el favorable cielo,
Por quien su fuerte pueblo generoso
Estaba en regocijo y en consuelo,
Traído al pecho dulce y amoroso
De que alimenta el tierno corpezuelo,
Adonde estaba el padre entró, ilustrando
Cuanto con los ojos va mirando.

Y apenas la ama con el tierno infante
A la mesa del Conde habia llegado,
Cuando el monje, en su cruz fuerte y constante,
Entra en la sala á su cadena atado:
Mandó el Conde traelle allí delante,
Habiendo en la comida del tratado,
Bien fuera de entender que le inspiraba
El cielo á él lo que él allí mandaba.

¡Oh infinita de Dios sabiduría,
Por cuán secretas sendas y admirables
Tu sempiterna omnipotencia guía
Sus excelsas hazañas memorables!
¡Oh felice cristiana monarquía!
Qué divinos favores tan amables
Recibes de la mano omnipotente
De tu gran Dios dulcísimo y clemente!

Pero ¿qué no ha de dar al Cristianismo
De gracias y favores celestiales,
Quien con tan alto amor se dió á sí mismo
Con manos en tal grado liberales?
¡Oh ceguedad, oh confusion, oh abismo
De ingratitude de miseros mortales!
¡Dádivas recibidas en tal suma,
Que el olvido en el alma las consuma!

¡Oh ingratitude de humanos corazones,
O por fiera dureza de diamante,
O por fragilidad que en tus pasiones
Tan varias te mantiene tan constante!
¡Cuán admirables y divinos dones
Desprecias como cosa no importante,
Miserable mortal, por las miserias
En que tienes tus tratos y tus ferias!

Ambicion de grandezas y de estados
De esta caduca y momentánea vida,
A cuyos vanos peligrosos grados
Se sube por tan áspera subida,
Es la que en tu memoria da cuidados
Que la traen de afanes combatida,
Con olvido total y con desprecio
De aquellos bienes de tan alto precio.

Codicia insaciable de riquezas
Solo para que el cuerpo se recree
Con sensuales vicios y torpezas
En que cuanto hay en la ancha tierra emplee;
Envidias y pasiones y asperezas
Con que se postre á quien virtud posee,
Como si fuese oprobio vil del suelo,
Siendo el regalo y el honor del cielo.

Indómita soberbia y arrogancia,
De estos vicios horrendos producida,
Asentada en la bárbara ignorancia
De mentira cubierta y revestida,
Es lo que en l'alma tiene cierta estancia,
Y della es la virtud desposeída;
Y así el pecar es su más cierto trato,
O con desprecio ó con olvido ingrato.

¡Padre piadoso, Dios, que solo quieres
Dotar al hombre, por tu gracia pura,
De los grandes riquísimos haberes
Con que enriqueces tu gloriosa altura!
Humilde te suplica, por quien eres,
Esta, Señor, tu amada criatura
Que tan ingrata así en pecar se emplea,
Que otro Garin en penitencia sea.

El cual, como ya dije, habia llegado
Adonde el Conde y los demas habian
Con la comida suntuosa dado
A las fiestas el fin que pretendian;
Y siendo el santo monstruo contemplado
Por los señores que le circuan,
Y sobre él varias cosas discurriendo,
Su especie y calidades inquiriendo;

¡Milagroso suceso! El tierno infante
Que el ama en su regazo sostenía,
Con clara voz y angélico semblante,
Vuelto á la fiera lleno de alegría,
Dijo: «Dios quiere ya que se levante,
Garin, tu rostro al sér que ántes tenía;
Que ya tu penitencia es acabada,
Y tu culpa del todo perdonada.»

Y el pequeñito niño apenas hubo
Estas altas palabras declarado,
Con que en admiracion inmensa tuvo
Aquel ilustre pueblo allí juntado,
Cuando Garin el rostro alzó, y sostuvo
En los dos piés el cuerpo fatigado,
Y con humilde y santa reverencia
Llegó del Conde á la real presencia.

Y con palabras cuyo afecto un monte
Mover pudiera de su firme asiento,
Y convertir el reino de Aqueronte
A blando y amoroso sentimiento,
Puestos los ojos en el horizonte,
Y en su esperanza el alto pensamiento,
Al Conde dijo así sucintamente,
Toda su corte y casa allí presente:

«Yo soy, príncipe sabio y valeroso,
Aquel que á Dios y á ti con grave ofensa
Di causa de emplear el poderoso
Rigor que con justicia se dispensa:
Yo soy Garin, y si nombrarme oso,
Es para dar debida recompensa
De mis grandes pecados, de la suerte
Que tu ofendida calidad concierte.

»Aquí me tienes ante tu presencia;
Puedes satisfacerme á tu contento,
O sea con rigor ó con clemencia,
Mi vida ó muerte es ya tu mandamiento;
Y á las dos cosas yo con obediencia
Doy, como debo, aquí consentimiento,
Pidiendo arrepentido y humillado
Perdon á Dios y á ti de lo pasado.»

No dice más el santo monje, y queda
Como elevado y de rodillas puesto:
La admiracion del todo al Conde veda
Poderle responder á lo propuesto;
Pero, ya reportado y vuelto en rueda
El admirado rostro, aunque compuesto,
Dice el sabio señor de Barcelona:
«Tambien perdono yo á quien Dios perdona.»

«Alzáos, oh santo monje, alzáoos del suelo;
Que aunque tan gravemente me ofendistes,
Pues con tan gran favor y amor del cielo
Perdon de vuestras culpas merecistes,
Yo tambien os perdono y os consuelo,
Y de lo que en mi daño cometistes
En recompensa solo aquí se elija
Que me digais adónde está mi hija.»

Con el mayor decoro que ser pudo
Dijo el caso Garin, no claramente,
Sino cubierto de un honroso escudo
Para todas las partes más decente:
Oyólo el Conde; y que esté ya desnudo
El santo penitente no consiente:
Manda que luego se le dé vestido;
Y al punto de ermitaño fué vestido.

Y deja el Conde allí determinado
De partir luego para el monte santo,
A sacar dél el cuerpo sepultado
De la hija que quiso y lloró tanto;
Y tambien para ver el celebrado
Retrato de la Virgen, que ya el canto
De la fama veloz le divulgaba.
Y á irle á ver las gentes incitaba.

Ya en aquella comarca venturosa,
Con dulce son de altísimo consuelo,
Canta la fama la maravillosa
Merced que goza del piadoso cielo,
Con mil en que la mano poderosa
Del alto Dios muestra el gustoso celo
De que se pidan por la imagen santa
Que la fama veloz divulga y canta.

Toda movida la provincia tiene
Ya de la fama el canto de alegría,
Con voz que en la devota oreja suena
Celestial consonancia y armonía,
Por quien con santo afecto y celo viene
Ante el sacro retrato de María,
A pedir al Señor de los señores
Gracias, mercedes, dones y favores.

Parte pues con Garin y con su gente
Para el bendito Monserrate el Conde,
Y al deseo de todos igualmente
La presta diligencia corresponde:
Al lugar llegan donde la inocente
Dama venturosísima se esconde:
Mira el sitio Garin en la espesura,
Y señala despues la sepultura.

Abren por la señal la dura tierra
Diestros sirvientes con robustas manos,
No pretendiendo más en lo que encierra
De un cuerpo ya comido de gusanos,
Para que se traslade de la sierra
Al honroso lugar de sus ancianos,
Y allí cual los demas se deposite
Hasta que al gran juicio rescuite.

Mas ¡oh gran Dios, en todo poderoso!
No cuerpo allí es hallado desta suerte,
Sino vivo, fresquisimo y hermoso,
Libre de las señales de la muerte;
Cuyo alto rostro con mirar gracioso
Al dulcísimo padre se convierte,
Y cuyos piés á él se van, y cuyas
Manos al padre toman de las suyas.

Levante aquí el humano entendimiento
Las alas ligerísimas en vuelo
A la contemplacion del sentimiento
Que causaría aquel favor del cielo:
Considérese el gozo y el contento,
La inmensa admiracion y alto consuelo
Del padre y hija y de Garin triunfante,
Y de la atenta gente circunstante.

Ofuscada del gozo inmenso queda
A cada cual el alma allí y la mente;
La extraña admiracion á todos veda
Otra accion que miralla atentamente:
Que ojos ó lengua alguno mover pueda
La nueva maravilla no consiente,
En mar de gloria cada cual el alma
Tiene gozosa en admirable calma.

¿Qué se le puede preguntar á aquella
Señora ilustre de si misma ahora?
¿O qué á cualquier pregunta podrá ella
Responder á la gente que la adora?
De claro aljófar la una y otra estrella
Hinche de gozo, con el padre llora,
Que con abrazo de dulzura lleno
Riega con tiernas lágrimas el seno.

Y con palabras llenas de dulzura
Dice la dama, llena de contento:
«Merced, á que de humana criatura
Ni llega merecer ni entendimiento;
Favor, á gloria de la Virgen pura
Y de su sin igual merecimiento;
Gracia, que del mar dellas se deriva,
Es lo que veis en mi viéndome viva.»

Una señal sacó la dama ilustre
Que adornaba el suceso milagroso,
Qué fué una raya de encendido lustre
En el cuello blanquisimo y hermoso,
Como en él puesta para que se ilustre
Su blancura por modo artificioso;
Y era la parte tierna y delicada
Por donde fué la dama degollada.

Todo era admiracion de la espantosa
Obra divina del poder eterno
De aquel Señor que con su voz piadosa
Nos llama siempre con amor tan tierno;
Y todo era triunfar de la envidiosa
Sierpe cruel del espantoso infierno
Aquel buen monje, en paga y recompensa
De la pasada lastimosa ofensa.

¡Qué gozo, qué consuelo, qué alegría
Con este triunfo altísimo y victoria
El pio Garin en l'alma sentiría,
Teniendo en lo pasado la memoria!
¡Y qué dolor y pena causaría
A su fiero adversario con su gloria,
Viendo vencer con triunfo tan subido
Al que él pensó del todo haber vencido!

En pena eterna y en dolor redonda
El triunfo de Garin, gozo y consuelo,
Del infernal poder, con que confundida
Su inícuca saña el pio y justo cielo:
Dobló su llanto y su pasion profunda
El principe de eterno desconsuelo,
Victoria el santo monje dél teniendo,
Y su temido monte en gloria viendo.

Van, al fin, todos, tras haber pasado
De gozo y de consuelo un dulce rato,
Al templo santo donde está el sagrado
De la Virgen santísima retrato;
El cual adora cada cual postrado
Con tierno corazon y ánimo grato,
Y de véras allí se regocija
El monje, el Conde y la dichosa hija.

Y ya que en tal consuelo entretenidos
Algunos breves dias estuvieron,
Y los tuvo aquel gozo divertidos,
Como el más grande que jamas sintieron:
Ya que para partirse apercebidos
Y á punto el Conde y los demas se vieron,
La sabia dama al padre sabio y fuerte
Descubre su alto intento desta suerte:

« Bien fuera digna de castigo eterno,
Dulce padre y señor, si no mirara
A la merced presente con interno
Celo de gratitud, siendo tan rara;
Fuera culpa bien digna del infierno
Si desta obligacion yo me olvidara,
Y por volverme á Dios no pospusiera
Cuanto del mundo desear pudiera.

» Que aunque puedo, volviendo á Barcelona,
En compañía de mi madre y vuestra
Emplear sabiamente mi persona
En lo que el cielo en nuestro bien nos muestra,
Más en la religion se perfecciona
La alta virtud del sumo bien maestra,
Con quien, segun la obligacion que tiene,
La alma cristiana su vivir ordene.

» Todo es aquí suceso milagroso,
Mi vida, vuestro gozo, el admirable
Perdon de este bendito religioso,
Y esta sagrada imagen tan notable:
Todo pues en su modo misterioso
Nos persuade la intencion loable
Que á mi en l'alma me escribe de su letra
Quien sus cosas más intimas penetra.

» Digo, porque declare bien mi intento,
Que con licencia vuestra yo querría
Quedar, señor, en este santo asiento
Con religiosa y santa compañía;
Que en este punto su acontecimiento
Es gran ventura, es grande suerte mía,
Y es gran señal que quiere Dios que sea
Esto que tanto mi alma ya desea.

» Y es razon que la vida que poseo
Por tan notable y rara maravilla,
Escoja por dichoso y rico empleo
El quedar á servir esta capilla;
Y por debido voto y por trofeo
Se dedique á la Virgen sin mancha,
Pues por su gracia y mano valedora
Con tal merced yo la poseo ahora.

» Aquí podrán devotas religiosas
Ofrecerse conmigo en santa vida,
A quien hace estas obras milagrosas
Con que á su amor nos mueve y nos convida:
Sean por vos miradas estas cosas
Y la justicia de que soy movida,
Y dad, señor, con sentimiento justo
A mi loable y santo intento gusto.»

Así mostró la generosa dama,
Con sus palabras llenas de elocuencia,
El santo amor y celo que le inflama
El alma con altísima prudencia:
Tras lo cual, tiernas lágrimas derrama,
Del santo afecto efecto y apariencia,
Las cuales eran en su rostro, al verlas,
Entre rosas al sol, cristal y perlas.

No ménos se admtró en la hija amada
El padre contentísimo con esto,
Y la gente que alegre y admirada
Oía atenta su deseo honesto;
De lo que su alma fué maravillada,
Y las de los demas en todo el resto,
Y así con alto sentimiento el Conde
En todo con la dama corresponde.

Dice que su intencion se cumpla y sea
Luego de la manera que ha ordenado,
Y manda que al momento se provea
Cuanto conviene al caso señalado:
Detiénese allí más, y luego emplea,
Con lo que está en la casa fabricado,
Gasto mayor con trazas más costosas,
Y habitacion conforme á religiosas.

Las cuales fuéron como las que ahora
Habitan en San Pedro en Barcelona,
Del órden santo con que ilustra y dora
El gran Benito su inmortal corona;
Y dellas fué cabeza la señora,
Que lo pudiera ser en Ellicona,
Pues supo la mayor ciencia del suelo
Perfectamente, que es ganar el cielo.

La dama ilustre que escogió ofrecerse
A Dios en el convento milagroso,
Sin confiarse ni desvanecerse
En el mundo y el padre poderoso,
A ser cabeza quiso disponerse
En aquel monasterio misterioso,
De muchas que con ella estar quisieron,
Y su santo propósito siguieron.

Ya pues que el santo monasterio estaba
Cual á tan alto intento convenia,
Y el sacro culto en él se comenzaba
Con principios de altísima alegría;
Y viendo el Conde ya que en él quedaba
Su santa hija en santa compañía,
Y que no tiene en cosa alguna falta
De las de su intencion divina y alta;

Determinó dejarla en el deporte
De su devota soledad amada,
Y dar la vuelta con su casa y corte,
A su noble ciudad regocijada;
Y dado en todo ya el debido corte,
Fué para la partida señalada
Por hora aquella en que del sacro oficio
Se da fin al santísimo ejercicio.

Ya el claro sol por el abierto oriente,
Lleno de luz, alegre se levanta,
Y ya el devoto Conde con su gente
Ante la imágen milagrosa y santa
Oye el divino oficio atentamente,
Que el religioso coro oficia y canta
Con voz al celestial concerto unida,
El día señalado á la partida.

Y ya el divino oficio habia llegado
Al fin alegre de su excelso canto,
Cuando el pio Garin, todo inflamado
En divino fervor y celo santo,
De un lustre celestial iluminado,
Con que causaba á quien le via espanto,
La lengua elocuentísima desata,
Y de altas cosas memorables trata.

CANTO XX.

ARGUMENTO.

Los divinos sucesos y grandezas
Del sacro milagroso monasterio,
Las heróicas hazañas y proezas
Que en él ha obrado el celestial imperio,
Las excelsas santísimas altezas
A que ha llegado su alto ministerio.
La musa da á Garin que contar pueda,
Y la gran devocion fundada queda.

Puesto del templo en la sublime parte
Al divino Evangelio dedicada,
Usando en el principio santo el arte
Que se acostumbra en la leccion sagrada,
Con el fervor que el cielo le reparte
En l'alma de sus gracias regalada,
Así dice Garin con alto aliento
Al Conde, que oye con su pueblo atento:

«No puedo ¡oh gran señor! en modo alguno
Dejar de publicar lo que me inspira
Este extraño fervor en mi importuno
Que así conmigo á todos os admira:
En este tiempo alegre y oportuno
Que quien así mueve mi pecho mira,
Quiere que diga yo á su santa gloria
Cosas dignas de altísima memoria.

«Oidme pues, oidme atentamente
Lo que han de oír y ver otras edades,
Que á mi lengua se ofrece y á mi mente
Con altas y lustrosas claridades:
Es la intencion de mi sermon presente
Deciros las divinas calidades
Que con divino y admirable ejemplo
Ha de tener este sagrado templo.

«Tú, Rey eterno, que mi pecho inflamas
De la luz clara de este templo santo
Que ha de encender en tus divinas llamas
Innumerables corazones tanto;
Los que con estas maravillas llamas,
De tu luz queden alumbrados cuanto
Conviene ahora, para que veamos
Las grandezas del templo que fundamos.

«Y tú, Reina santísima del cielo,
Causa destas grandezas milagrosas,
Mientras predico las que en todo el suelo
Han de ser predicadas y famosas,
Tú favorece el justo y santo celo
De celebrar tus memorables cosas,
Y el arte aclara en los oyentes todos
De este sermon y sus piadosos modos.

«Tu divino retrato milagroso,
Virgen, luz de las virgenes prudentes,
Causa de este convento religioso
Y de sus altos dones preminentes,
Ha de ser el más célebre y famoso
De cuantos tengan las cristianas gentes,
Y aquel por quien hará en tu santo nombre
Infinitos favores Dios al hombre.

«No habrá nacion en todo lo habitado
Do desta santa imágen no se trate;
No asiento alguno se verá ilustrado
Con monasterio de mayor quilate;
No verá el sol lugar más celebrado
Que el felice y bendito Monserrate;
Y no habrá invocacion en todo el suelo
Por quien mayores gracias haga el cielo.

«Como fecunda planta en buen terreno,
De diestro agricultor bien cultivada,
Que al buen principio, de esperanza lleno,
Corresponde con suerte mejorada;
Así ha de ser en este monte ameno
Esta divina casa en él plantada,
Que su alto agricultor hará que sea
Más que deste principio se desca.

»Que quien aquí más altamente vuela
En desear su venturoso aumento,
Terrero quedará, cual siempre suele
El humano deseo y pensamiento;
Y por mucho que en esto se desvele,
Llegar no puede al elevado asocelo
En que visiblemente yo contemplo
Que ha de estar esta casa y este templo.

»Y no más de cien años les concede
Dios á santas mujeres esta estancia,
No porque en ellas, aunque el tiempo ruede,
Ha de faltar altísima constancia,
Que ántes el bien que á la virtud sucede
Tendrá con ellas gran perseverancia;
Sino porque traerán aquí varones
Por justísimas causas y razones.

»Será tanto el concurso de la gente
Que aquí vendrá de todo el ancho suelo
A visitar devota y santamente
Esta imagen de altísimo consuelo,
Que ni será bastante ni decente,
Ni fuera de peligros y recelo,
El atender las religiosas santas
A la hospitalidad de gentes tantas.

»Un Borrel, sucesor en este estado,
Con celo santo y discrecion cristiana,
Su conveniente intento autorizado
Por la silla apostólica romana,
Dejará este convento trasplantado
En su ciudad con honra soberana;
Y en vez de las castisimas doncellas,
Monjes pondrá del órden mismo que ellas.

»Pues cuanto desde entónces adelante
Ha de ir creciendo la grandeza santa
Esta casa real, desta importante,
Divina, excelsa y milagrosa planta,
No hay lengua humana á lo decir bastante;
Porque ha de ser de maravilla tanta,
Que los que entónces llegarán á vella
Aun apénas podrán comprehendella.

»Una perpetua fama en todo nueva
Criará el cielo en este tiempo solo,
Para que en honra de esta casa nueva
Cuantos vivientes mira el claro Apolo,
De las riquezas que en sus ondas lleva
El Indo, el Tajo, el Hemo y el Pactolo,
Y de la luz de la febea llama,
Se ha de adornar esta gloriosa fama.

»Y á par del tiempo ha de durar creciendo
Por puntos siempre en voz y en hermosura,
De este templo santísimo poniendo
El dulce nombre en la mayor altura;
Maravillas rarísimas diciendo
Llenas de celestial gozo y dulzura,
Ricas gracias y altísimos favores
Siempre más milagrosos y mayores.

»Ciudades moverá, moverá estados
A venir á pisar estos umbrales,
Trayendo á sus señores y prelados
Con deseos y afectos celestiales;
Y todos en amor santo abrasados,
Con poderosas manos liberales
Ofrecerán aquí famosos dones
De rentas, joyas, oro y posesiones.

»Y esto será con muy mayor instancia,
Con más fervor, más celo y más frecuencia,
Cuando pongan aquí santa observancia
Dos reyes de católica excelencia;
Los cuales en divina coligancia,
Viviendo con altísima prudencia,
En honra de sus hechos señalados
Serán Reyes Católicos llamados.

»Vendrá á ser desto el lustre y ornamento
De esta bendita casa en sumo grado;
Crecerá el sitio, crecerá el convento,
Con mil comodidades mejorado:
Para todos será el alojamiento
Alegre y apacible y regalado;
Y asimismo también para el divino
Retrato santo en modo peregrino.

»Que cuanto ser pudiere esta capilla
En aquel tiempo se verá ilustrada,
Dando á la imagen más costosa silla
Con fábrica real acrecentada:
De mano de la misma maravilla
Mostrará ser la obra señalada
En devocion, en lustre y en decoro,
Y en la belleza del retablo de oro.

»Y tomando de mí, aunque indigno pobre,
Principio aquí la vida de ermitaños,
Será que tanto lustre y tanta cohe
Perfeccion santa ya en aquellos años,
Que este monte será donde zozobre
La infernal rabia y sus eternos daños,
Y donde el celestial divino aviso
Dé á sus cultores dulce paraíso.

»Catorce humildes celdas repartidas
Por este santo monte venturoso
Poseerán los monjes que las vidas
Ofrecerán al singular reposo;
Donde en contemplacion entretenidas
Las almas con regalos de su esposo,
Convertirán este dichoso suelo
En dulce parte para sí del cielo.

»Que con el órden y la compostura
De sus celdas y templos y ejercicios,
Y el asiento y la vista y hermosura,
Y todos los humanos beneficios,
Y el alto acuerdo de la eterna altura,
Y el olvido total de humanos vicios,
No será en ellos ménos que una gloria
Este monte de célebre memoria.

»Pues cuanto los benditos religiosos
En estos sacros claustros encerrados
Han de ilustrar con hechos virtuosos
Estos santos y fértiles collados,
Y con los rayos, más que el sol lustrosos,
De sus divinos bienes y cuidados
Han de dar luz á cuanto el aire rueda,
No hay lengua humana que decirlo pueda.

»De ordinario serán más de setenta
Estos benditos monjes recogidos,
Todos hombres de letras y de cuenta,
Famosos en la tierra y escogidos;
Y donados habrá más de noventa,
Todos en vida activa entretenidos
Con huéspedes y pobres ordinarios,
Y en otros ministerios necesarios.

»Y demas de estos inclitos varones,
De religiosos hábitos ornados,
Serán en otras mil ocupaciones
Otros doscientos hombres ocupados;
Sin los que á varias partes y naciones
Serán por las limosnas enviados,
Con los regalos de la cofradía
Que aquí ha de haber en honra de María.

»La cual ha de tener por sus cofrades
Todos los potentados que en la tierra
Seguirán las santísimas verdades
Del que en el suelo el cielo abre y cierra;
El cual de las mayores calidades
Que su poder universal encierra,
Ha de dotar la cofradía ilustre
Que será deste monte eterno lustre.

»Pero ¿qué voz, qué espíritu y aliento
Las memorias dirá de las mercedes
Que adornarán de este real convento
Las columnas, los techos y paredes?
No podrás ver; oh sol! tal ornamento
En cuanto ver de todo el mundo puedes.
Como el que aquí pondrán fieles devotos,
Con presentes, con dádivas y votos.

»El enfermo llegado al postrer punto,
Y la alumbrada, el de parir llegado,
Con su mortaja el que ya fué difunto,
La madre con el hijo ya anegado,
En estos claustros serán vistos, junto
Con mil que, ó en desierto ó en poblado,
Por mil traidoras manos enemigas
Tuvieron mil peligros, mil fatigas

»Aquí de aquel mancebo á quien convino
Que, de su propia patria siempre ausente,
En la comun de corte el desatino
Comun siguiese en su veloz corriente,
Y esta alta invocacion le abrió el camino
A la salud del alma conveniente,
La oferta se verá de cortesano,
No ingrato ni soberbio ni tirano.

»Aquí de aquel varon á quien en suerte
Cupo el seguir al espantoso Marte,
En vida que es una perpetua muerte,
Sin que en cosa de vida alcance parte,
Y tuvo esta alta devocion de suerte,
Que vino á ser de su milicia el arte,
Las armas se verán con gozo y gloria
Rendidas en señal de gran victoria.

»Aquí del preso y del cautivo rota
La doblada cadena será vista;
Aquí la nave que enemiga flota
O tormenta bravísima resista;
Aquí el bajel que en áspera derrota
En altas peñas ó en bajos embista,
Pintados se verán en las tablillas
Que son memorias de estas maravillas.

»Y aunque estas gozosísimas señales
Serán ya más que yo decir podría,
Al tiempo que los dones celestiales
Comience á repartir la cofradía;
Cuando sus altas fuerzas principales
Alcance la española monarquía,
Tendrá esta maravilla un admirable
Punto de aumento, excelso y memorable.

»Que así como será favorecida
Entonces esta casa milagrosa
Por los reyes de aquella edad florida,
Que serán condes de esta tierra honrosa;
Así tambien del cielo enriquecida
Con mano liberal maravillosa
Será esta santa iglesia entonces tanto,
Que vendrá á ser un celestial espanto.

»Cuando el sacro Felipe poderoso
Será monarca de lo que es España,
Y digno por su sér maravilloso
De mandar cuanto el mar circuye y baña,
Llegará este convento milagroso
Y el nombre de esta célebre montaña
Al rico sér de celestial fineza
Y al colmo de su altísima grandeza.

»Habránse visto ya milagros tantos
Por esta invocacion santa en el suelo,
Y estarán ya los religiosos santos
Con fama tal por su divino celo,
Tendrán tal bien y tal remedio cuantos
Aquí vinieren por favor del cielo,
Que entonces en el mundo no habrá cosa
Mas celebrada, excelsa y milagrosa.

»Monserrate será la maravilla
Mayor del mundo en aquel tiempo bueno
Que por Felipe á la española silla
La mayor suerte albergará en su seno:
Esta casa, este templo, esta capilla
Y este retrato de alta gloria lleno,
Entonces echarán rayos mayores
De milagrosas gracias y favores.

»¿Qué será ver en aquel tiempo tanto
Concurso aquí de peregrinas gentes?
Qué, oír el incesable y dulce canto
Del sacro oficio en horas diferentes?
Qué será ver honrado el templo santo
De riquezas al tiempo suficientes?
Qué, las luces eternas colocadas
En oro y plata y joyas estimadas?

»¿Qué será ver labrar un rico templo,
Que en aquel tiempo emprenderá el convento,
El cual ya desde aquí miro y contemplo
Ser obra de riquísimo ornamento?
Bien mostrará tener el alto ejemplo
De la que entonces con divino intento
Hará aquel sabio rey de eterna fama
En las faldas del alto Guadarrama.

»¿Qué será ver el órden y aparato
Para hospedar pontífices y reyes,
Y el ordinario y abundante plato
Que aquí darán á innumerables greyes?
Qué, contemplar el celestial ornato,
Las órdenes, preceptos y las leyes
Con que lo humano y lo divino junto,
Aquí pondrán en su perfecto punto?

»Bien se echará de ver en esta parte
Que tendrá entonces la española tierra
En su favor al poderoso Marte
Que en este altar en blanco arnes se encierra;
Y que siguiendo siempre su estandarte,
Militará Felipe en justa guerra
Contra los fieros del contrario bando,
Mil hidras y mil monstruos sujetando.

»El cual, vencido habiendo monstruos tales
Con excelso valor, divino y santo,
Llamado ya á los reinos celestiales
Con gozo dellos, regocijo y canto;
Vencido de accidentes corporales,
Que causarán al mundo inmenso espanto,
En ellos por un Job siendo estimado,
Para siempre á reinar será llevado.

»Y no ménos entonces será claro
El gran favor del cielo poderoso,
En aumento y en honra y en amparo
De nuestra España y de su rey famoso,
En darle un sucesor que en el preclaro
Nombre y en el valor maravilloso
Sea retrato de su padre, tanto,
Que cause en tierna edad gozoso espanto.

»Hará con la esperanza solamente
En aquel tiempo el jóven rey Felipe,
Que tan de véras la española gente
Del gran favor del cielo participe,
Que el coro de virtudes excelente
Que gusta de las aguas de Aganipe
Tendrá más dulce albergue en nuestra España,
Que en cuanto el sol rodea y el mar baña.

»Y juntamente dos infantas bellas,
Dignas hermanas de este rey glorioso,
Entonces mostrarán vivas centellas
De su gran rey, cual de su sol lumbroso,
Siendo las dos clarísimas estrellas
Que ilustren aquel siglo venturoso,
Dando Isabel á Flándes luz divina,
Y al Piamonte, aunque breve, Catalina.

»Y no será en España solamente
La buena suerte entonces; que yo creo,
Segun lo que mi alma nota y siente
Del sumo bien que en este templo veo,
Que en cuanto alumbra el sol resplandeciente
Verá cumplido el fiel su fiel deseo,
Viendo tener á cuanto mire Apolo
Solo un pastor en un aprisco solo.

»Y así se ha de creer que cuando sea
La alta felicidad de este convento,
Cuanto ahora en el mundo se desea
Ha de llegar á su lugar y asiento:
Dichoso el hombre que lo alcance y vea,
Y gozar sepa de aquel gran contento,
Y no ménos dichosos los que en esta
Iglesia celebramos esta fiesta!

»No es ménos buena nuestra alegre suerte
Que la que en este caso declaramos,
Pues el clemente cielo nos advierte
Del rico bien del templo que fundamos;
Y más, si vale para que se acierte
El camino real á que aspiramos,
A cuya causa Dios nos la declara
Con dulce amor y maravilla rara.

»Y esto aquí se contemple, esto se sienta,
Y á esto cada cual el alma encare,
Pues tanto más ha de quedar contenta,
Cuanto más desta suerte aquí repare:
Por esto Dios su sacro culto aumenta,
Y ha de aumentar mientras el sol no pare,
En este santo monte, con eterno
Dolor y espanto del oscuro infierno.

»Por esto aquí su sacra Madre amada,
Por medio de su imágen milagrosa,
Ha de ser sumamente venerada
Y ha de mostrar su mano poderosa
Y por esto ha de ser tan frecuentada
Esta fértil montaña venturosa
En todo tiempo, y mucho más el día
Del santo nacimiento de María.

»¡Oh Virgen soberana! ¡qué pinceles,
Qué matices, qué esmaltes, qué colores,
Qué Zéuxis, qué Timántes ó qué Apéles
Bastarán á pintar vuestros loores?
O ¿qué cuenta podrán contar los fieles
Que aquí recibirán vuestros favores
Este bendito día, dedicado
Por el mayor de vuestro templo amado?

»En este día, que esta sacra puerta,
Llena de gozo y de dulzura tierna,
Estará, como siempre, franca, abierta,
Representando la réal eterna,
Se verá por notada cuenta cierta,
Que la experiencia larga la discierna,
De cinco á seis mil almas ser entrada,
Dándoles hospedaje y dulce entrada.

»Que puesto que vendrán por todo el curso
Del año innumerables peregrinos,
Mas tal será este día su concurso,
Que ocuparán el monte y los caminos:
Pues ¡oh gran Dios! si hago aquí discurso
De los grandes favores y divinos
Que en día tal con tu clemencia tanta
Harás aquí por esta imágen santa;

»Antes que pueda la más breve parte
Con presteza decir sucintamente,
El claro sol que el día nos reparte
Le llevará consigo al occidente:
Todo sirva, Señor, para agradarte,
Todo tu culto y religion aumente,
Pues todo, tú, gran Dios de eterno nombre,
Quieres que sea para bien del hombre.

»En suma, digo, ¡oh Conde poderoso
Y pueblo ilustre á mi sermón atento!
Que en este santo templo venturoso
Y en este felicísimo convento,
Y por este retrato milagroso
Y su alta invocacion y llamamiento,
En cuerpo y alma sus devotos todos
Alcanzarán favor en varios modos.

»Los cuitados enfermos de accidentes
A las humanas ciencias incurables,
Con lástimas y afanes diferentes,
Con lisiones y penas espantables,
Sumamente afligidos y dolientes,
Tristes en todo extremo y miserables,
Si aquí la devocion los encamina,
Del cielo alcanzarán la medicina.

»Los desterrados pobres y afligidos,
Del cruel mundo acá y allá arrojados;
Los dél, como no suyos, perseguidos;
Con su envidia y malicia atormentados;
Los hombres libres, sueltos, distraídos,
Y en humanas miserias engolfados,
Aquí viniendo, altísimo consuelo,
Gracias y dones hallarán del cielo.

»Los que el soberbio espíritu ambicioso
Traen revuelto en vanos pensamientos,
Cual suelen del hinchado mar dudoso
Las aguas revolver soberbios vientos,
Aquí, si con afecto fervoroso,
Para no zozobrar con sus intentos,
Piden gobierno cual conviene al alma,
Hallarán puerto de segura calma.

»Al fin, aquí de todos cuantos males
El misero mortal teme y padece,
Que cuántos sean en el mundo y cuáles
En la alma y cuerpo á cada cual parece,
Si con santos afectos celestiales
A la Virgen santísima se ofrece,
Poniendo esta alta invocacion por medio,
En cuerpo y alma alcanzará remedio.

»¡Virgen piadosa, que de la afligida
Alma sois dulce puerto de consuelo!
Virgen gloriosa, que á la humana vida
Para la eterna, puerta sois del cielo!
Virgen hermosa, que, del sol vestida,
Luz sois que alumbrá todo el ancho suelo!
Aquí los penitentes peregrinos
Estos dones tendrán por vos divinos.

»¡Santa, sabia, graciosa, honesta y bella,
Ilustre y hermosísima María,
De aqueste tempestuoso mar estrella
En la dulce region de la alegría!
Vos nos llevad con vuestra gracia á ella,
Siéndonos norte de infalible guía
La invocacion de este retrato vuestro,
Inmenso bien, de vuestra mano, nuestro.

»Vuestra bendita imágen, colocada
Con tal favor de esa divina mano
En esta excelsa sierra dedicada
A ser del cielo ya camino llano,
Con viva fe y espíritu invocada
En las miserias del linaje humano,
Será el refugio suyo y el gobierno,
El gozo temporal y el bien eterno.

»Ea pues, no haya alguno que no sea
Devoto de esta imágen sumamente,
Desta sagrada imágen, por quien crea
Tener favor del alto Omnipotente,
Tal, que en esta mortal fiera pelea,
Que perpetua en el mundo el hombre siente,
Ganará al enemigo la victoria,
Y triunfo alcanzará de eterna gloria.»

Aquí dió fin el santo religioso
Al sermón santamente predicado,
Y al Conde y á su pueblo venturoso
Dejó en amor santísimo abrazado;
El cual consoladísimo y gozoso,
El tiempo de partirse ya llegado,
Se despidió con tierno sentimiento
Del templo y de su hija y del convento.

Garin tambien, y en la bendita sierra
Volvió á tomar su solitaria estancia;
Y la señora á quien el claustro encierra
Quedó con las demas en su observancia;
Y aquella sacra imágen que en la tierra
Para el favor del cielo y su importancia
Nos es tesoro de tan gran quilate,
Así fué colocada en Monserrate.

LA MOSQUEA.

POETICA INVENTIVA, EN OCTAVA RIMA,

COMPUESTA

POR JOSE DE VILLAVICIOSA (1).

A PEDRO DE RAVAGO, REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE CUENCA.

CUANDO á persuasion de amigos propuse dar á los moldes este trabajuelo, se me pusieron por delante los inconvenientes que tiene el escribir y sacar en público cualquier obra; y aunque se me ofrecieron razones que lo parecían para poner temor, también hubo más poderosas causas para animarme y aun obligarme á sacarle á luz, pues al vulgo no hay que satisfacerle, y ha de correr con él esta pequeña flor, por la cuenta que los arraigados y fundados cedros de los libros graves y sentenciosos. Y el ser sujeto humilde hace la obra de más estimacion, si fuere acertada, y no ser yo el primero que usa de este artificio, pues los antiguos poetas griegos y latinos dieron el intento y motivo para esta imitacion; y cuando este fuera camino nunca trillado, no por eso de ménos estima. Y últimamente, si no hubiera más razon de haber escogido á vuesa merced por amparo suyo, bastara para poder caminar seguro; pues cuando el mordaz no se acobarde, respetando su grandeza de ánimo y valor heredado de sus mayores en el valle de Cabuerniga, uno de los más principales de la montaña, adonde está la antigua casa y conocido solar de su nobleza, por lo ménos le enfrenará la liberalidad y largueza de

(1) «Fué el doctor DON JOSÉ DE VILLAVICIOSA alto y grueso de cuerpo, bien proporcionado, el rostro sereno y despejado, los ojos vivos y negros, y la nariz mediana y algo redonda. Fué hombre honesto y virtuoso, y de una conducta cual correspondía á la gravedad de su estado y ocupaciones.» Este retrato hace del autor de *La Mosquea*, en el prólogo de su edicion, don Antonio de Sancha, y dice ser conforme al original de cuerpo entero que se remitió á Madrid para sacar con toda exactitud el que iba á la frente de la obra.

Las demas noticias de este autor que se dan en el citado prólogo, y que fueron recogidas con mucho esmero y diligencia por don Nicolas Rodríguez Laso, secretario del obispo de Cuenca, satisfacen completamente nuestra curiosidad. Nació en Sigüenza el año 1589; pero se trasladó de tierna edad á Cuenca con sus padres Bartolomé de Villaviciosa y María Martínez de Azañón: esta, natural de Fuente de la Encina y de familia noble, como su esposo. Allí se crió nuestro poeta con sus hermanos Bartolomé y Francisco: el primero, secretario que fué del Santo Oficio de Cuenca; y el segundo, nuncio en el de Toledo; y con su hermana doña María, que, andando el tiempo, paró en abadesa del monasterio de Franciscas de la misma ciudad de Toledo.

En Cuenca pues comenzó y prosiguió sus estudios con tanto aprovechamiento, que habiendo tomado la borla de doctor en jurisprudencia, y la práctica de leyes en Madrid, fué nombrado relator del consejo general de la Inquisicion en 1622. Tuvo particular aficion al Santo Oficio, y la justificó en una cláusula de su testamento, confesando que él y sus antepasados le eran deudores de cuanto poseían, y encargando á sus parientes venideros que fuesen los más respetuosos servidores y criados de aquella institucion. Imposible parece que un ministerio tan severo, y hasta tan tétrico, como el del Santo Oficio, se aviniera con el carácter travieso y burlon que muestra el autor de *La Mosquea*.

En 1638 obtuvo la plaza de inquisidor de la ciudad y reino de Murcia, juntamente con el arcedianato de Alcor, dignidad de la catedral de Palencia. En 6 de junio de 1644 pasó de inquisidor á Cuenca, donde disfrutaba un canonicato, y cuatro años despues logró el arcedianato de Moya, beneficios que resignó más adelante en favor de dos parientes. Fué primer señor de Reillo, villa distante cinco leguas de Cuenca, cuyo estado agregó, con otras muchas haciendas, al vínculo y mayorazgo que poseía, mandando que sus sucesores usasen del apellido de Villaviciosa y de la divisa y armas de su linaje, si bien pudiendo anteponer á aquel el patronimico de Rodríguez, propio de su familia. En el mismo pueblo fundó una buena casa, construyó una fuente, y dispensó toda clase de beneficios á sus moradores. Falleció el 28 de octubre de 1658, á los setenta años de edad próximamente. Enterróse el cabildo de Cuenca entre los dos coros de la catedral, y fueron trasladados sus huesos, como lo dejó ordenado, á su capilla mayor de Reillo, al lado del Evangelio, cubriendo su sepultura una lápida de mármol con un epitafio latino que él mismo se habia compuesto. No se conserva ningun otro escrito suyo, aunque debió ejercitarse mucho en la versificacion un poeta que manejaba la lengua con tanta facilidad y maestría.

El Pedro de Ravago, á quien va dedicado el poema, era, como ántes se dice, regidor perpetuo de Cuenca, y poseía un lavadero de lanas cerca del riachuelo llamado Moscas, que nace en la vega de Fuentes, distante tres leguas de la misma ciudad: pormenores de que hacemos mérito para mejor inteligencia de uno ó dos pasajes de *La Mosquea*.

Imprimióse esta la primera vez en Cuenca, por Domingo de la Iglesia, el año 1615, en 12.º, y no con tanta incorreccion como otros libros de su tiempo; bien que esto es ménos extraño, en atencion á que fué el mismo autor quien la dió á la estampa.

La segunda edicion es de Madrid, dada á luz en 1752 por Juan Perez, librero de la real Academia Española, á quien la dedicó, é impresa por la viuda de Francisco del Hierro, impresor que fué de la misma academia. Está también hecha con esmero.

La tercera y última es de don Antonio de Sancha, Madrid, 1777.

vuesa merced y término tan apacible, que no le aventaja nadie, pues ninguno tiene á tantos obligados, con tan buenas y liberales obras: díganlo esto no solo los ciudadanos de la dichosa Cuenca (por serlo vuesa merced suyo y de su gobierno), sino cuantos sus letras, palabras y obras conocen. Yo confieso que el don es humilde, y atrevimiento dedicarle á quien justamente pudieran las obras de Virgilio; mas no le tuviera, si él mismo no me animara en su Mosquito, haciendo el mismo plato á Augusto César con aquellos versos:

*Lusimus, Octavi, gracili modulante Thalia
Atque ut Araneoli tenuem formavimus orsum, etc.*

Reciba vuesa merced este de la manera que nuestro poeta latino ofrece el suyo á su Emperador, como cosa de entretenimiento y juego, y por primicias de mi pequeño estudio, ocupado en continuos pleitos desde el principio de los años de mi juventud; que animado con el favor de vuesa merced espero adelantarme, ofreciendo ahora con el deseo lo que Virgilio en el mismo lugar, diciendo:

*Posterius graviore sono tibi Musa loquetur;
Nostra dabunt cum securos mihi tempora fructus.*

PROLOGO AL LECTOR.

DÉCIMAS.

Si del prólogo el intento,
Como enseña el orador,
Es disponer al censor
Más benévolo y atento,
Publiquen mi pensamiento
Versos llenos de humildad,
Pues cuando sea novedad,
Bien pueden las dos tal vez
Ponerle al crítico juez
Excusas de humanidad.

Bien sé el peligro en que estoy,
Cuando al maldiciente vulgo
Pobres conceptos divulgo,
Y á censurar se los doy;
Y bien sé que el día de hoy
Es grave y pesada cruz
Hacerte, lector, el buz,
Cuando dicen tus censuras
Que anduvo á tiento y á oscuras.
Quien tal libro saca á luz.

Pero si valiere excusa,
Permite que te la dé,
Aunque en prólogo no sé
Si se recibe y se usa:
Pues ¿qué carrasqueña musa
No ha tenido por regalos
Los tributos que da á palos,
Y opilados versos trujo?
Pues que las vemos con flujo,
Y mayor cuanto más malos.

No cito autores inciertos;
Como en mil libros verás,
Ni ciertos, porque los más
O todos ellos son muertos;
Porque no fueran aciertos
Tan hinchadas presunciones
En semejantes acciones;
Y se me tuviera á error,
Sin ser notario ó cursor,
Ocuparme en citaciones.

Objetos serán forzosos,
Cuando en su eleccion repares,
Que no le adornan lugares
Magníficos y grandiosos:
Pues demas de ser costosos
De traer por los caminos
Los lugares peregrinos,
Puesto que es autoridad,
Siento la incomodidad
Que se hiciera á los vecinos.

Quien disimular no sabe,
Dirá que hurté cual ladron
Las gracias al Macarron,
Y al de su patria lo grave:
Pues demas que ellos sin llave
Dejaron y sin custodia
La razon de su prosodia,
Mírense los libros tales,
Y si se hallaren cabaes,
Que canten la palinodia.

Y si, lo que en sus lenguajes
Ellos dijeron, publico
En el tuyo, que es tan rico
De retóricos ambages,
No merezco que me ultrajes,
Pues no hay bárbaro tan vil
Que no juzgue por sutil
Lo que de su lengua es mengua,
Y yo á lo ménos mi lengua
No la trocara por mil.

Si el estilo no fué tal,
Como es cierto que pudiera
Si mi entendimiento fuera
A mi voluntad igual,
Recíbese por caudal
Desta falta aquella sobra;
Que si con ello se cobra
Lo que á mi ingenio le falta,
Yo te aseguro por alta
Y por perfecta mi obra.

Y si va á decir verdades,
No tacharás las que miras,
Ni con capas de mentiras
Paliadas moralidades;
Mas si á verle te persuades,
Hallarás, cuando le veas,
Que en leccion el tiempo empleas
Segura de todo error;
Pues no puede ser mayor
Que si lo que dice creas.

Fué la *Hormiga* en la batalla
La que llevó lo mejor:
No por ser más su valor
Que el que en la *Mosca* se halla,
Sino porque quise honralla;
Porque á mí se me antojó,
Más que por lo que ella obró,
Y porque es razon al fin,
Que lo que le dió Merlin
Eso le bendiga yo.

Si no quieres, no te obligo
A que le acabes de ver,
Pues no soy juez para hacer
En tu voluntad castigo;
Y habiendo de ser conmigo,
Como con otros, cruel,
Serás á mi intento fiel,
Cuando mi libro no vieres;
Pues mientras ménos leyeres,
Dirás ménos males dél.

Por lo ménos de mi intento
Puedes tener certidumbre,
Que no fué dar pesadumbre
Con lo que fué mi contento;
Y como entretenimiento
Fué para mí *La Mosquea*,
Ojalá que acepta sea,
Sin que murmures su canto;
Que yo ofrezco hacer al tanto
Siempre que las tuyas vea.

LA MOSQUEA.

CANTO PRIMERO.

Las provocadas furias del infierno,
Sembrando rabia y ponzoñosa espuma,
El odio horrible y el rencor interno,
El sumo estrago y mortandad sin suma,
Las agotadas aguas del averno
Por soldados alados y sin pluma,
Los fieros encontrados reinos canto
Que el imperio poblaron del espanto.

Grandes fueron los impetus civiles
De la soberbia Roma en la Farsalia,
Por quien se baña en sangre de gentiles
El espacioso campo de Tesalia;
Grande la mortandad cuando entró Aquiles
(Desdicha que resulta en bien de Italia)
Con el hinchado monstruo y aparente
Que tuvo en Troya cámaras de gente.

Mas no hay estrago ni furor sangriento
Que al que prometo, tenga semejante;
Que es comparar el átomo del viento
Al alto Olimpo y encumbrado Atlante:
Entonces del sagrado firmamento
La máquina de estrellas rutilante,
Por no ver en la tierra tantos males,
Escondieron sus luces celestiales.

El rubio dios en la ocasion quisiera,
Por no mirar tan áspera fortuna,
Que á sus hermosos rayos se opusiera
Llena de claridad la ingrata luna:
Ella tambien quisiera que en su esfera
No diera el claro Febo luz alguna,
O que la tierra en medio se plantara
De la cara del sol y de su cara.

Cuatro cometas sus disformes colas
Por el aire mostraron encendidas,
Que eran bastantes para dar luz solas
A las partes del mundo divididas:
Quiso el viento esconderse entre las olas,
Que fueron de su furia combatidas,
Y el mar, que brama y con furor se enoja,
Con impetu soberbio las arroja.

La tierra, que en sus hijos temerosa
El mal futuro siente y prefigura,
En su inmóvil asiento no reposa
Ni con su hijo centro se asegura:
Saca del pecho, airada y presurosa,
Suspiros que la luz vuelven oscura,
Y con ansias sin número y extrañas
Ofrece á los vivientes sus entrañas.

Si papeles antiguos y escrituras
El crédito merecen no pequeño,
Hoy se despiertan las verdades puras
Del profundo letargo y duro sueño:
De las prisiones del olvido oscuras
Hoy á la luz de la verdad enseño
La historia, á quien le dió principio y fin
La pluma arzobispal de don Turpin.

Demas que en los auténticos anales
De los archivos de la gran Mosquea,
Por testimonios consta originales,
Que están escritos en la lengua hebrea,
Las evidentes muestras y señales
De que esta historia verdadera sea:
La cual está en la piel de un piojo escrita,
De lengua hebrea vuelta en la mosquita.

Si al bélico furor de mi semblante
El angelico tuyo ¡oh musa! mira,

Antes que con la cólera quebrante
Las dulcisonas cuerdas de tu lira,
Inspírame animosa, y de delante
Los instrumentos músicos retira,
Y vengan por ahora tus favores
Al son de las trompetas y atambores.

Si á que no salgan mis intentos vanos
El serte consagrados te provoca,
Y en las hermosas palmas de tus manos
Ofreces agua á mi sedienta boca,
Ensancha tus favores soberanos;
Que es la sed mucha, pero el agua poca:
Y pues me ves entre armas y entre chuzos,
Déjame en la Castalia echar á brazos.

Ya la voz por salir del pecho brama:
Pluma, si desta vez volais lijera,
Mereceis que en las alas de la fama
Por hecho tal vuestro valor se ingiera:
Hoy, tinta, á vuestro paso se derrama
La más trágica historia y verdadera:
No temáis que se borre vuestra pinta,
Que habia de estar con sangre en vez de tinta.

Y vos, cuaderno, que en lenguaje oscuro
Tendréis y en tiernas hojas de papeles,
Lo que fuera mejor que en mármol duro
Esculpiera el divino Praxitéles,
Dichoso viviréis; que os aseguro
De lenguas malas y ánimos crueles;
Si no por vuestra historia, única y rara,
Por el claro Mecénas que os ampara.

Hay en la Pullia una ciudad antigua,
La mejor entre todas las mejores,
Cuyo famoso nombre se averigua
Tenerle de sus mismos fundadores:
Estos fueron, según que se atestigua,
De la carne mortal propagadores,
De aquella gente que, en lugar de barca,
Del Diluvio escaparon en el arca.

Estos varones, que la tierra vieron
De bullicio mortal desocupada,
En el temple más fértil escogieron
Para sus vidas la mejor morada:
Alegres este sitio previnieron,
Adonde, como en cosa señalada,
Patentes vieron el primero dia
Prodigios de su grande monarquía.

Hicieron (porque en todo la figura
Desta ciudad su perfeccion tuviese,
Y en traza, aspecto, longitud y anchura
De todo el orbe maravilla fuese)
Que á la cerviz más indomable y dura
De dos bestias el yugo se pusiese,
Y cuanto así de sol á sol arasen,
De la ciudad por sitio señalasen.

Dos animales de fiera extraña
El indómito cuello sujetaron,
Y con fuerza increíble á la campaña
En círculo redondo el sulco echaron:
Estos son los primeros que con maña
El uso y trato del aradro hallaron,
Tomando, como propios inventores
Del mismo aradro, el nombre de aradores.

Aran las bestias dos el curso entero
Que tarda el sol mientras su luz divina
A los mortales muestra, y va lijero
A la estancia de Tétis cristalina:
¿Quién duda que las listas de aquel cuero,
Por cuya astucia y traza peregrina
Tuvo origen Cartago, no abrazaron
Cuanto las bestias sin parar sulcaron?

Dispuestos á la obra los varones,
El espacio tantean de la tierra,
Reparos señalando y torreones
Para seguridad en paz y en guerra :
Cuál para hacer quebranto en los terrones
El asta dura del legon afierra,
Cuál el pico acerado al hombro carga,
Y cuál el monte de allanar se encarga.

Ya se ve la caterva dividida,
Y á todas partes el rumor se siente ;
Mas ¡ oh milagro ! Oh cosa nunca oída !
¡ Prodigio raro y confusión patente !
La inculta tierra apenas se vió herida
De los primeros golpes del bidente,
Cuando á la gente que al sudor se aplica,
Su gran felicidad les pronostica.

De los primeros golpes al encuentro
Se les descubre una profunda sima
Que , al parecer, llegaba al mismo centro
Desde la boca que mostraba encima :
La oscuridad densísima de adentro
Era cosa que puso espanto y grima
Al corazón más bravo y más valiente
De la prosapia de la mosca gente.

Júntase toda la caterva aprisa
Para que determinen lo que importa ;
Que algun agujero ó novedad avisa
La boca que á la chusma tiene absorta :
Cuál para consultar la Pitonisa
Al pueblo ambiguo en la ocasión exhorta,
Y cuál que el santo oráculo de Delo
Remueva y quite de la duda el velo.

Al fin fué entre ellos tal la diferencia,
Que no se halló cabeza de mosquito
Que no diferenciase en su sentencia,
Siendo un cóncave inmenso y infinito ;
Que de allí tuvo sér y dependencia
El dicho grave y ántes inaudito,
Que tantos pareceres diferentes
Tiene un concilio, como tiene gentes.

Y como uno con otro no concuerda,
Entre tantos arbitrios y consejos,
Al fin eligen, como gente cuerda,
Seguir el orden de los padres viejos :
Resuélvese por ellos y se acuerda
Que dos soldados en valor parejos
Bajen al centro sin mostrar temores
A ser en la tiniebla exploradores.

Al punto dos fortísimos moscones,
Que llamarlos fortísimos merecen,
Los escondrijos, rimas y rincones
De aquella sima averiguar se ofrecen :
De la posteridad destos varones
Son los que en ciertos tiempos se aparecen,
Que salen con ruido y grandes fieros
A escudriñar resquicios y agujeros.

Y porque temen no suceda acaso
Que la oscuridad lóbrega y interna
Pueda estorbar á su camino el paso,
Sin ver lo que se esconde en la caverna ;
Para tan árduo y tan difícil caso
Quisieran prevenirse de lanterna,
Y apenas dudan el difícil medio,
Cuando hallaron presente su remedio.

La lucérniga vino, bestia fiera,
Y de prestarles su favor intenta,
Y á servir de lanterna y compañera
Con los fuertes moscones se presenta :
Mejor que de pez negra ó blanca cera,
Una hacha de luz grande representa,
La cual tiene en las noches encendida,
Y en sus cuartos postreros escondida.

No sé de qué materia ó por cuál arte
La viva llama en tal lugar enciende,
Que, siendo de su cuerpo última parte,
No la consume el tiempo ni la ofende :
Tal vez parece que de allí se aparte,
Y el cómo ni lo vemos ni se entiende,
Sino es que el hacha de su fuego esconde
Por la puerta trasera, no sé dónde.

Del carbunco se dice, y cosa es cierta
(Maravilla notable en tal viviente)
Que tiene un ojo solo con su puerta
En medio del espacio de su frente :
Si esta de noche se descubre abierta,
Echa una luz de sí resplandeciente,
Tan clara, tan hermosa y rutilante,
Que suele prestar luz al caminante.

Mas si acaso á su vista hermosa y clara
Él, codicioso de usarla, llega,
En aquel mismo punto (¡ astucia rara !)
La luz que daba, prestamente niega :
Echa sobre la vista el antipara,
Y el párpado vecino al otro pega,
Y desta suerte el ojo claro tapa
Y del ardid de quien le acecha escapa.

A la naturaleza es contingente
Que á dos tal propiedad les comunique,
Y el ojo que al carbunco dió en la frente,
En la cola de estoto se le aplique ;
Y pues de aquí no nace inconveniente,
Fundado va en razón que se publique
Que es lo que en la lucérniga reduce,
Ojo puesto al revés que luz produce.

Esta abrió el ojo para tanta empresa,
O sea que el hacha de su luz previno,
Con cuyo norte por la niebla espesa
Toman los dos soldados el camino :
Muchos los juzgan desdichada presa
De algun infame monstruo y peregrino
Que, por hijo espantable de la tierra,
En sus entrañas cóncavas le encierra.

El pié pusieron en la boca oscura
Los dos, armados de su furia y saña ;
Que un ánimo sin par los asegura
Y un singular valor los acompaña :
Cada uno dellos á sus dioses jura,
Si acaso allí se esconde alguna araña,
De quitarle la piel, y por ejemplo
Colgarla en la portada de su templo.

Bajan, y en tanto cesa el edificio,
Y la chusma con ánimos devotos
A Júpiter suplican sea propicio,
Poniendo medios de aceptables votos :
Un solemne hecatombe y sacrificio
De animales no vistos y remotos
Le ofrecen, y con lágrimas internas
De diez fieras tarántolas las piernas.

De las abejas un enjambre entero
Lo mismo al mismo dios le suplicaron
Por el licor purísimo y primero
Con que ellas su niñez paladearon ;
Y le prometen, si con buen agujero
Responde al edificio que intentaron,
Dar á sus fuegos sacros y divinos
De un zángano holgazán los intestinos.

Ya culpaba la gente la tardanza
Por siniestra señal de su fortuna,
Y la súbita y vil desconfianza
De todos juntos se apodera á una :
Ya de su buena dicha á la esperanza
No le ha quedado abierta puerta alguna ;
Y ya rompieron de vergüenza el velo,
Blasfemias acumulan contra el cielo ;

Quando dentro en la boca temeraria
Suena como de léjos un ruido,
Que á los deseos de la gente varia
Hace fuerza que acerquen el oído :
Ya la lucernaigable luminaria
Les parece que ofrece á su sentido
Ciertas vislumbres que entre sombra negra
La vista con sus ánimos alegra.

La triste boca de la luz avara
Toda la gente tímida rodea,
Y en la vislumbre y el rumor repara
Hasta certificarse de quién sea ;
Pero ya el paje de hacha la luz clara
Del ojo que en la cola le hermosea,
Descubre, y el que más se certifica
Albricias pide y la ocasión publica.

Oyese de la gente el alborozo,
Y con los gritos el placer resuena,
Y con la causa de su nuevo gozo
Destierran de sus ánimos la pena:
Miran la boca del horrendo pozo
De hermosa claridad y lumbre llena;
Vuelven, y como en ello más se afirman,
Los gozos se les doblan y confirman.

Ya se divisa por la puerta franca,
Del paje de hacha el formidable cuerno,
Que ya con la luz pura de su anca
Muestra la altura del espacio interno:
Ya de un fuerte moscon miran la zanca
En la profunda gruta del infierno,
Y á poco espacio el compañero empieza
A descubrir patente la cabeza.

Un espacioso hulto descubierta
Entre las bocas dos se manifiesta,
Por donde el pueblo presumió por cierto
Agüeros tristes y señal funesta;
Pero llegando ya los dos al puerto
Tan deseado, por la oscura cueva,
Que era el gran dios Demorgogon pensaron
Lo que del centro lóbrego sacaron.

Llega el suspenso vulgo, y ven asida
Del uno y otro fuerte compañero
Una vil calavera carcomida,
Cabeza de animal antiguo y fiero:
Esta los dos hallaron escondida
En la concavidad del agujero,
Y según su total fisionomía
Calavera de vaca parecía.

Salen cubiertos de mortal fatiga,
Y el duro peso de la carga dejan,
Y entre el grave dolor que les instiga,
Más de la hambre y de la sed se quejan:
Todos los menudillos de una hormiga
Al instante á los tres les aparejan,
Dando con ellos y el licor tudesco
A sus cansados cuerpos un refresco.

Después de honradamente recibidos,
Fuéron con gran largueza regalados,
Al género mosquino preferidos,
Y entre todas sus gentes señalados:
Los fatigados cuerpos bien bebidos
Se quedaron en sueño sepultados,
Y mientras reposando los dejamos,
A ver la calavera nos volvamos.

El incrédulo vulgo no se espante
Que su fiera encumbre demasiado;
Porque no era de bestia semejante
A la vaca doméstica del prado:
Es de las que los campos adelante
Caminan en ejército formado,
A quien, por su fiera tan extraña,
Vacas de San Anton las llama España.

Mas ya el discreto su argumento saca
De grande fuerza y de profundo fondo,
Pues no se pudo ver si era de vaca
O cabeza de buey el hueso mondo;
Pero su fuerza el silogismo aplaca
Con sola esta razon que le respondo,
Que á mí no me está bien en traducciones
Contradecir antiguas tradiciones.

Con esto satisfago al que es discreto;
Y volviendo á la historia verdadera,
De la sima sacaron en efeto
Esta terrible y grande calavera:
En averiguaciones no me meto
Si era de buey silvestre ó de quién era;
Mas sé que de esta vaca la cabeza
Fué el antiguo blason de su nobleza.

Solamente en saber se dificulta
Si á bueno ó mal agüero se atribuye,
Y con Apolo en Delfos se consulta
Si el bien ó el mal la calavera arguye:
Por boca del oráculo resulta,
Con que toda la duda se concluye,
Que no cese el estruendo y aparato;
Que el edificio á Jupiter es grato.

La buena nueva al corazon confuso
Fuerza mayor y nuevo aliento envía,
Y de las venas el temor recluso
Con la respuesta alegre se desvia:
Veloces alas al deseo les puso,
Y tan grande valor en ellos cria,
Que nuevas fuerzas la caterva cobra,
Y se vuelve solícita á la obra.

Hierva, y en todos el comun acuerdo
Al fin dichoso los inspira y lleva,
Sin que alguno se muestre entre ellos lardo;
Que van de su valor haciendo prueba:
El bravo intento, el pensamiento cuerdo
Con tanta fuerza los varones ceba,
Que á nadie entónces el trabajo exenta,
Y el bien comun sus ánimos alienta.

El bizarro oficial las alas suelta
De hermoso tornasol y terciopelo,
Y vuelve, con la cara en polvo envuelta,
Cargado y con sus piés trillando el suelo:
Dan muchas veces una y otra vuelta,
Con el trabajo ejercitando el vuelo
Que ha de poner los piés de sus personas
Sobre tiaras, mitras y coronas.

Del continuo trabajo y ejercicio
En poco tiempo vieron el provecho,
Y consumado el inclito edificio
Con perfeccion desde el cimientto al techo,
Descansan todos del penoso oficio,
Y levantando el trabajado pecho,
El fruto alegre de sus obras miran,
Y ellos en él se gozan y se admiran.

El celebrado nombre la obra rara
De la terrible máquina hermosa,
En cuya voz abiertamente y clara
La fama dice lo que la obra sea:
¿Qué Babilonia ó Troya se compara
Al nombre singular de la Mosquea?
Que este es el que le dió su fama altiva,
Que de sus fundadores se deriva.

Por serle Roma en todo parecida
A tanta maravilla, á tal grandeza,
Entre todas ha sido y es tenida
Por señora del mundo y por cabeza;
Y autores hay, si no es cosa fingida,
Que afirman con razones y certeza
Que al cimientto primero de su cerca
No faltaron moscones alli cerca.

Muy bien teneis; oh moscas! merecida
Opinion que á la vida corresponda,
Y que el alma del cuerpo dividida
En el seno de Baco esté y se esconda:
Bien es que á muerte, que es mas propia vida,
Se le dedique y ponga urna redonda,
Y que al cuerpo incorrupto le sustente
Cuba de san Martin ó san Clemente.

Razon es que á las moscas aproveche
Ser desta gran ciudad los fundadores,
Sin que á la muerte su linaje peche
El tributo con ansias y dolores:
Sino que en dulce miel y blanca leche
Ungidas, con purisimos licores
En el trance fatal tengan la paga
Que á vida tan heroica satisfaga.

Y no tan solamente fundadora
Fué en la Pullia la mosca, pues tenemos
Infinitas provincias en que ahora
Su nombre antiguo y poblaciones vemos:
No hay parte de las muchas que el sol dora,
Por más oculta, sin que en sus extremos
No tengamos certisimas señales
Que alli pobtaron estos animales.

La ciudad Mosca en la Moscovia, el rio
Mosco, del moscovita no encubierto;
El otro á quien le llaman el Mosquito,
Y el Mosco, en el Arabia hermoso puerto;
El Mosco, al septentrion helado y frio,
Pueblo al cándido scita descubierta,
Y en los tiempos antiguos tributario
A la suma potencia del rey Dario.



¿Quién no tiene por llano y evidente
Que allí sus nombres propios les dejaron,
Para memoria de la mosca gente,
Las moscas que estas partes habitaron?
Quién duda que á la rápida corriente
Donde sus secos labios refrescaron,
El nombre de su nombre le pusieron,
Como á los otros pueblos se le dieron?

Y mi segunda patria y sin segunda
Diga si su campaña menosprecia,
Entre las dulces aguas de que abunda
Con leves cursos y corriente recia;
La que sus campos fértiles fecunda,
El salado cristal que tanto precia
Del río Moscas, grande en el provecho,
Que á Júcar paga el caudaloso pecho.

Con lento paso por su vega amena
Los espaciosos campos fertiliza,
Y su hermosa ribera colma y llena
De mil frutos sabrosos y hortaliza:
El nombre pierde en la dorada arena
Del Júcar, donde bravo se desliza,
Y él le recibe entre sus aguas muchas,
Y le abraza, colmándole de truchas.

La madre alegre del sagrado Júcar,
Que en ella el Moscas su corriente vierte,
A sus saladas aguas en azucar
Con la dichosa mezcla le convierte:
Hecho de perlas caudaloso Fúcar,
Con el amigo parte desta suerte,
Alegre en que sus ondas acompaña
Moscas, fertilizando su campaña.

Parte de Júcar la corriente ufana
Porque este con la suya la hace rica,
Y tanta gloria por el mundo gana,
Que tan solo su nombre se publica:
Tiene la fama de lavar la lana
Júcar; mas la verdad nos certifica
Que suele el Moscas arrancar las sacas,
Y no dejar, por donde pasa, estacas.

Bien sabe quien ampara mis renglones,
Porque le cuesta cara la experiencia,
Que ha visto, acumulados los vellones,
Llevarlos su raudal sin resistencia:
Los finos y estribados floretones
Que ensaca el español para Florencia,
Mil veces lleva, y deja en mil temores
Al dueño, lavadero y lavadores.

Al fin, no hay cosa en que la mosca trate,
O tenga de ser suya conjetura,
Sin que el valor descubra y el quilate
Por señal evidente de su hechura:
Al Moscas tiene Cuenca por remate
Y adorno principal de su hermosura,
Que con limpios cristales y salados
Le da mejor los frutos sazonados.

Y á no apretarme tan forzoso embargo,
Dijera muchas cosas que me ofrece
El patrio Moscas, porque está á mi cargo
El ponderar lo mucho que merece:
Quiero abreviar con el intento largo;
Que es bien que á la Mosca me enderece;
Que es largo vuelo para tierna pluma,
Y me fuerza que el canto se resuma.

Esta la gran Mosca se intitula,
Por la bondad de Júpiter tan rica,
Que lo que en su distrito se acumula
A ninguna ciudad se comunica;
Y aunque al torpe ejercicio de la gula
Su gran fertilidad atrae y aplica,
La belicosa gente desta tierra
Continuo se ejercita en hacer guerra.

Su fértil, rica y espaciosa vega,
Que tantas frutas y tan dulces brota,
El mar vecino mansamente riega
Si alguna vez el viento le alborota:
Hasta las puertas se avecina y llega,
Y blandamente su muralla azota:
Este se llama el Cimico, que asombra,
Por lo que huele á chinche, á quien le nombra.

Es por extremo fértil y abundante
Del maná soberano de Aristoteo,
Y no tiene otra alguna semejante
En el licor de Baco y de Liceo;
Y esto se causa por estar distante,
Segun afirma el sabio Ptolomeo,
En medio grado, ó casi, de su polo;
Pueblo en altura y en ventura solo.

Nunca la fiera madre al hijo tierno,
Como otras suelen, á sus pechos cria;
Porque en saliendo del lugar materno,
Al punto de su vista le desvía:
Al cálido verano, al frío invierno,
A tierras remotísimas le envía
Porque al trabajo y al sudor se aplique,
Y á que por sí se valga, vuele y pique.

Poca gente se ocupa ni entretiene
En esta tierra en vicio ni regalo,
Ni yo tampoco afirmo que no tiene,
En tanta multitud, de bueno y malo;
Que nunca un pueblo á ser perfecto viene,
Ni grado igual á todos les señalo;
Que entre abejas solícitas y fieles
Tambien habitan zánganos crueles

Hay hermosos y bravos animales,
A quien llaman avispas y abejones,
Que á las abejas hurtan los panales,
Siendo flojos y tímidos moscones;
Mas ellas suelen contra aquellos tales
Desenvainar agudos agujones,
Con cuyas puntas el sabroso almibar
Se les convierte en un amargo acibar.

De allí les quedó el nombre á cierta gente
Que piensan siempre remediar su hambre,
Rindiendo, por lo hermoso y lo valiente,
La miel ajena y el ajeno enjambre;
Y suele ser así, que se consiente
Que estos se vistan del ajeno estambre,
Y quien lo hila, lo trabaja y suda
Suele á la vista parecer desnuda.

Mas ya dirán que del intento salgo,
Y del primer propósito me mudo;
Que de lengua satírica me valgo,
La reprension tomando por escudo:
Perdone algun moscon, si ha dicho algo
Con que le ofenda mi talento rudo;
Que por la pena que me da su enojo,
Dejo los versos, y la pluma arrojo.

CANTO II.

Quinientas veces, para dar la vuelta
Que tantos siglos há que la acostumbra,
La rienda tuvo á sus caballos suelta
El rubicundo dios que nos alumbraba:
La nube entónces que, en el aire envuelta,
A los astros parece que se encumbra,
Rompe, y la niebla que su luz impide,
Y del cuerpo del aire la divide.

Alegre los umbrales de su casa
Y sublimes columnas de oro fino
Deja, y volando con su coche, pasa
A la casa del signo más vecino:
Allí los cuernos del Carnero abraza
Cubierto del dorado vellocino,
Y sale á recibirle caballero
El hijo de Atamante en el Carnero.

Pasa adelante el sol, y el sitio deja,
Y á nuevo albergue sus caballos guia,
Y desta casa cuanto más se aleja,
Va enriqueciendo con su luz el dia:
Ya avisa que su entrada se apareja
Con nuevas ciertas de la luz que envía,
Y en los umbrales á su huésped topa,
Que sale á recibirle con Europa.

No pudo el sol disimular la risa
Viendo á la hermosa dama caballera
En los lomos del Toro, y vuela aprisa
Por el largo camino de su esfera:
Salieron á la luz que los avisa,
Vestidos de una alegre primavera,
Los dos hermanos de la griega Helena,
De varias flores la cabeza llena.

Despues que estos mancebos le contaron
(Porque el sol nunca baja hasta el infierno)
Lo que ellos vieron cuando allá bajaron
Navegando las ondas del averno;
Luego Flegon y Etonte comenzaron
A sentir de las riendas el gobierno;
Y el Cáncer fiero, que abrasar se siente,
Apresura sus zancas lerdamente.

Con este tuvo el sol alegre fiesta,
Porque le preguntó que si sabia
De la batalla incrédula y funesta
Que tuvo Alcides con la hidra un día:
No quiso darle el animal respuesta,
Viendo que con malicia lo decia:
Pasa adelante el sol, y en este punto
Mira á un Leon á sus caballos junto.

Cada uno dellos al instante quiso,
Viendo su talle horrible y su figura,
Que sintiese la bestia de improviso
El golpazo cruel de su herradura:
Refrenálos el sol con lento riso,
Diciendo: «No temais su catadura;
Que ya experimentó su furia brava
A lo que sabe de Hércules la clava.»

El benigno lector tenga paciencia,
A cuya correccion estoy sujeto;
Y no juzgue poética licencia
Si extrañas flores en la historia meto:
Sino que soy estrecho de conciencia
En la escritura histórica, y prometo
Que lee en su lengua la verdad que imita
La traduccion retórica mosquita.

Camina el sol, y caminando, aclara
El increíble espacio que pasea;
Su vista extiende luminosa y clara,
Y con ella los cielos hermosea:
Mira en el paso la divina cara
Con que le alberga la doncella Astrea;
Refrena á los caballos su codicia,
Y detiènese el sol á la justicia.

La casa deja y estacion devota,
Y á más andar apresta su viaje;
A los caballos con furor azota,
Y incitales á cólera el ultraje:
Para la casa toman la derrota,
Donde se les apresta el hospedaje,
Que es desde donde el sol su luz envia,
Igual haciendo con la noche el día.

Al forzoso camino se apercibe,
Y desde allí apresura la partida,
Cuando alegre en su casa le recibe
Del soberbio Orión el homicida:
Al punto mismo que entra el sol, revive
En el opuesto la mortal herida,
Y entónces Febo al matador halaga,
Porque al soberbio dió la justa paga.

Pasa adelante con el carro ardiente,
Y á la posada de Quiron camina,
Cuando el Centauro los caballos siente,
Indicio de que Apolo se avecina:
Honra el semicaballo al dios presente,
Inventor de su arco y medicina,
Y el sol con sus caballos se conforma,
Atras dejando su biforme forma.

Apénas desta casa el sol se muda.
Cuando en sus lentos rayos se calienta
Del dios semicabron la faz cornuda
Que la industria del miedo representa:
Pasa volando; que la furia cruda
Del riguroso hielo al sol abuyenta,
Y le fuerza á que luego se desvie
Porque la nieve su calor no enfrie.

Por montañas de nieve y crudo hielo
Hace Febo que el carro se enderece
Por la parte más cerca, donde el cielo
Con nuevo albergue y estacion parece:
Sale á su encuentro un feminil mozueto,
Y de agua fria un cantaro le ofrece;
Que son en aquel tiempo las mercedes
Con que al huésped recibe Ganimédes.

Con más velocidad que suele el viento,
Febo en el caminar se precipita,
Sin que sea parte el dor y ofrecimiento
De que la nieve su calor derrita:
Visita en la distancia de un momento
Las aguas puras donde el pez habita,
En memoria trayéndole las linfas
El espanto de Vénus y las ninfas.

Aquí se pone el término y la meta
Donde el largo camino se resuelve;
Mas nunca el sol en un lugar se quieta;
Que allí las riendas, sin parar, revuelve:
Torna en el mismo instante el gran planeta,
Y á ver los cuernos del Carnero vuelve;
Y en esto se ocupó quinientas veces,
Volviendo del Carnero hasta los Peces.

En suma, hizo quinientos movimientos
El sol por el camino de su esfera,
No trato de los rápidos violentos
Con que el primero mobile el curso altera;
Y despues destes círculos quinientos,
Desde que vió la fundacion primera
De la grande Mosquea, vió su daño,
Dando la vuelta en el siguiente año.

Sucedió en la suprema monarquía
De la Mosquea, un rey que, aunque valiente,
La suma de riquezas que tenia
Su pecho afinaron fácilmente:
Porque es veneno la riqueza, y cria
En los ocultos pechos de la gente
Cierta hinchazon de presuncion, adonde
La mal nacida vanidad se esconde.

Desta soberbia vanidad preñada,
Deste monte, que serlo representa,
Nace su semejante, que es la nada,
Un escarnio, raton y vil afrenta;
Pero de la virtud arrinconada,
Que parece que della no hacen cuenta,
Nacen los montes, parto extraordinario
Y al de soberbia y vanidad contrario.

Este entre si decia: «¿Qué te falta,
Digno rey de las moscas, si lo eres
De cuanto el cuerno de la luna esmalta,
Sin que las vueltas de fortuna esperes?
En ti se ve la dignidad más alta
Colmada de los gustos y placeres,
Sin temer los menguantes de la luna
Ni las vueltas contrarias de fortuna.

»Tú tienes lleno el mundo de vasallos,
Y todos hijos dela gran Mosquea,
Que en diferentes suertes de caballos
El más pobre de todos se pasea;
Y no me alargo mucho en alaballos,
Pues no hay alguno que tan pobre sea,
Que no se a rico por la tierra extraña,
Más que los genoveses por España.

»¿Qué príncipe, qué rey ni qué monarca
Puede tener, por mucho que le sobre,
Cuanta riqueza en todo el mundo abarca
De todos mis vasallos el más pobre?
Si es porque á los tales en el arca
Les sobra la moneda, plata ó cobre,
Mayor de mis vasallos es la fama,
Pues el dinero ya mosca se llama.

»Pues si son de los bienes que produce
La madre tierra, ¿cuál se les escapa?
¿Cuál á su paladar no se reduce,
Ó cuál se les encubre ó se les tapa?
¿Qué oculta mesa no se les trasluce,
Y aunque se sienta á ella el Rey ó el Papa,
Siempre la mosca su derecha ocupa,
Y ella de todo la sustancia chupa.

»¿Qué rico mercader ó trapacista
Hay en el mundo, que contrate ó venda
Sin que el testigo mosca por su vista
Note los malos tratos de su tienda?
¿Qué honra con secreto se conquista
Sin que ella no lo sepa ni lo entienda?
¿Que asalto hay, qué encuentro, qué batalla
Donde la fuerte mosca no se halla?

»Siempre está en los registros y aduanas,
Y siempre es quien preside en los escaños;
En Florencia la rica trata en lanas,
En la ciudad de Lóndres trata en paños:
A Africa también pasa con granas,
Con caballos á reinos que, aunque extraños,
No hay en los puertos guarda que la impida
Ni le haga tuertos, ni derechos pida.

»En Africa, en España, en Alemania,
En el Arabia, en Tiro y en Sidonia,
En Francia, en Flándes, en Mesopotamia,
En la Pullia, en la Austria y en Sajonia,
En Lidia, en Libia, en Persia y en Hircania,
En Grecia, Trapisonda y Macedonia,
En Vallecas, en Meco y la Zarzuela,
La mosca en todas estas partes vuela.

»¿Qué diré de la India, adonde envía
Febo con grande fuerza sus calores?
Las moscas son sus hijas, pues las cria
Y las engendra solo en sus ardores;
La provincia también de Andalucía
Es donde se producen las mejores,
Y es por tener el temple muy caliente,
En moscas y caballos excelente.

»Solo la mosca el septentrion helado
Muy raras veces en su vida pasa,
No porque tenga espacio limitado
Ni el largo vuelo suyo tenga tasa;
Sino que es sitio estéril, mal templado,
Que nunca el sol sus términos abrasa,
Y danle del invierno en la aspereza
Vaguidos importunos de la sabera.

»Ningun amante con igual destreza
En servir á su dama se señala:
¿Con cuanta gallardia y gentileza
Alegres vueltas hace por su sala!
¿Con cuánto desenfado y sutileza
Le muestra el tornasol de una y otra ala!
¿Qué galan y cortés la dama toca,
Su amor le dice, y bésala en la boca!

»Ni tampoco ha faltado quien escriba
Que ella fué de la música inventora,
Y que este mismo nombre se deriva
Del propio que la mosca tiene ahora;
Y cualquiera que entrambos los perciba,
En la cuenta dará luego á la hora.
Pues casi entrambos una cosa anuncian
Si en la lengua latina se pronuncian.

»Y este simil es propio y importante
Y para prueba desto de provecho,
Porque siempre la cosa semejante
Por prueba se recibe en el derecho:
Demas que la razon está delante
Con que cualquiera quede satisfecho,
Pues si música en sincopa los nombres,
No se quitan tajada los dos nombres.

»¿Con qué sonora voz, con qué zumbido
Las alas de su música concierta!
Con que del dubio arriba referido
Nos muestra la verdad patente y cierta:
La vez que el dulce són llega al oido,
Al más metido en sueño le despierta,
Y algunas también hace de manera
Que le oiga el que no quiere, aunque no quiera.

»¿Oh dichoso animal, y más dichoso
Yo, pues que vengo á ser en tiempos tales
Temido, respetado y poderoso
Rey de tan singulares animales!
Mas ¿de qué sirve ser tan venturoso,
Si no conoce el mundo en las señales
Que puedo darle, cómo soy más rico
Que cuanto con palabras le publico?»

Con este pensamiento y devaneo
Andaba el necio rey de la Mosquea,
Cuando le vino un singular deseo
Porque su majestad el mundo vea:
Dice que quiere ver en un torneo
El caballero que mejor campea,
Y si es de sangre real y lo merece,
Una hija suya natural le ofrece.

Publicanse unas cortes generales
Por bocas de clarines y trompetas;
Resuenan chirimías y atabales,
Alborotando las personas quietas:
Despachan á provincias principales
Al pié de cuatrocientas estafetas,
Y todas caballeras en langostas,
Porque estas son del Rey ligeras postas.

Estas son unas bestias regaladas
Que prestamente por el aire vuelan,
Y encarecen á ratos las cebadas,
Y aun en los mismos campos las asuelan:
En estas alimañas no domadas
Salen los mensajeros, y revelan
El intento del Rey á sus vasallos,
Y aperciben sus armas y caballos.

¿Qué de vestidos de admirable tela
Salen á luz, que quien los ve se espanta!
¿Qué de caterva que á la corte vuela,
Y á ver las ricas fiestas se adelanta!
¿Qué bravos corazones amartela
La fama de hermosura de la Infanta!
¿Qué máquina de fuertes caballeros
Van entrando en la corte aventureros!

Era tanta la gente que venía,
Que aunque era la ciudad un grande espacio,
De piés de forasteros no cabía,
Ni de reyes extraños el palacio:
Túvulos juntos en su sala un día
El Rey, que quiso darles muy despacio
El órden del torneo, el modo y traza
De entrar en él y de ocupar la plaza.

Mas ¿qué bien tiene el mundo, pues no tiene
De bien pequeñas muestras y señales,
Cuando se ve que acompañado viene
Con infinito número de males?
¿Qué bien envuelto en mal no se contiene,
Ni qué bien hay sin mal en los mortales?
Al fin, no hay bien que apenas se parezca,
Sin que á la vista el alguacil se ofrezca.

En una rica y espaciosa silla
Que entre las piezas del tesoro oculto
Era la más heroica maravilla,
Estaba el Rey con agradable vulto:
Calló de los moscones la gavilla;
Mas levantóse fuera un gran tumulto
Que á cólera y enojo al Rey provoca,
Dejando sus razones en su boca.

Por entre espesas puntas de alabardas
Entró una mosca como rayo fiero,
Sin que pudiese alguna de las guardas
Su paso detener con el acero:
Mueve las alas con el ansia tardas,
Y mira entre uno y otro caballero,
Y en conociendo al Rey el vuelo alioja,
Las alas junta y á sus piés se arroja.

Delante el consistorio se presenta
La fatigada mosca semiviva,
Dando señal con la color sangrienta
De fortuna contraria y suerte esquiva:
Quisiera dar del triste caso cuenta,
Mas fáltale el vigor y la saliva;
Y al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
La mosca macho desta suerte empieza:

«En vano, oh rey Sanguileon (este era
Del poderoso rey el propio nombre),
Juntas caballería forastera
Porque de ver tu majestad se asombre:
Mejor fuera mil veces, mejor fuera
De valiente cobrar rico renombre,
Acudiendo á las véras, como debes,
Sin que en las burlas tus vasallos pruebes.

»En vano ; oh pobre Rey ! el cetro tienes ,
Y en vano rey el mundo te pregona ;
En vano ciñe tu cabeza y sienes
Del imperio más alto la corona ;
En vano llenó el cielo de mil bienes
Tu descuidada y páfida persona ;
En vano riges el mayor imperio ,
Pues ha de ser mayor tu vituperio ;

»En vano, rey, de vestiduras reales
Adornas tu persona y la compones ;
En vano, rey, acompañado sales
A cazar de las habas los pulgones ;
En vano á visitar los hospitales
Por tu persona propia te dispones ;
En vano, rey abominable, chupas
Las regaladas costras de las pupas ;

»En vano pides el mejor sustento ,
Y sobre todos de gastar procuras
El licor, que en los ojos del jumento
Con los hocicos de tu rostro apuras ;
En vano el rocín flaco y macilento
Te sustenta en sus mismas mataduras ;
En vano gustas de besar las llagas
Del pobre enfermo y de lamer sus bragas ;

»En vano, necio rey, el gusto aplicas
A las cosas sabrosas y suaves ;
En vano en tus deleites comunicas,
Y el mal de tu república no sabes ;
En vano andas cursando las boticas
Y catando las purgas y jarabes ;
En vano tienes gusto en los pebetes ,
Y con ellos en camaras te metes .

»Deja la mesa espléndida , y olvida
El ser en tales tiempos Epicuro ,
Y perdona también en la comida
Tanto beber alegre de lo puro :
Rey, en peligro extraño está tu vida ;
Por el dios grande de las moscas juro
Que si no se apercibe tu persona ,
Que le corre peligro á tu corona .

»Acuérdate del rey Sardanapalo ,
Que con ejemplo tal es bien te arguya ;
Mira los torpes vicios y el regalo
En qué pararon con la vida suya :
Con la deste insolente y torpe igualo
; Oh rey Sanguileon ! la vida tuya ;
Y si en ella le imitas desta suerte ,
¿ Qué mucho que le imites en la muerte ?

»Si en el caballo alguna vez subia ,
Le daban infinitos sobresaltos ,
Y á una parte y á otra se caía
De la bestia , espantándole los saltos :
Llevaba una lucida compañía
De lacayos disformes y tan altos
Como gigantes , que por breves puntos ,
Porque no se cayese , le iban juntos .

»Ocupaba la silla de tal traza ,
Que daba muestra de su gran vileza ;
Pesábale en el cuerpo la coraza ,
Y machucaba el yelmo su cabeza :
Nunca aferraron la pesada maza
Sus manos llenas de una vil flaqueza ,
Y sobre el bulto del arzon cargado ,
A todos se mostraba corcovado .

»Mas cuando de improvisos atambores
Oyó el taparatan que á guerra suena ,
Allí fueron los últimos temores ,
Con que él á muerte infame se condena :
Allí fueron las ansias y dolores ;
Y por castigo y merecida pena ,
Allí su muerte , en nada parecida
Al descuido y torpeza de su vida .

»La misma suerte por la tuya corre ,
Llena de mil infamias mujerieles ,
Pues haces que ella con afrenta borre
Del rey asirio las hazañas viles :
Tu caída república socorre
Antes que con la muerte le asimiles ,
Y abras camino con tu propia lanza
Para que salga el alma por tu panza .

»Mas ya asaltarme de las ansias siento
Que dan al cuerpo el último combate ,
Pues se me va pegando y hace asiento
La voz en el camino del gatzate ;
Y ántes que falte á mi pulmon aliento ,
Tu mal es importante que relate ;
Y por si no me deja el parasismo ,
Escucha tus desgracias en guarismo .

»El rey que rige la canalla hormiga ,
Con todo su poder de naturales ,
Anda en tu daño haciendo bando y liga
Con todos tus contrarios capitales :
Este es el fiero azote que castiga
El singular valor de tus leales ;
El enemigo por tus tierras baja ;
Guarda tus reinos , y su orgullo ataja .

»Siete mil moscas (muérome en decillo)
Fuéron cautivas de enemigo exceso ,
Sus gargantas pasadas á cubillo
Tras un contrario bélico suceso :
Al Ranifuga , nuestro gran caudillo ,
En cárceles oscuras tiene preso ,
Aunque tengo entendido del rey fiero
Que ya le habrá anudado el tragadero .

»Yo sola viva me escapé entre tantas ,
Por obra del milagro y diligencia ,
Porque no acompañase sus gargantas
La mia en la mortífera experiencia :
Apresuré los vuelos y las plantas
Para poder llegar á tu presencia ;
Y así salí de entre el tumulto ciego
Con calzas que tomé de Villadiego .

»Siete heridas saqué de la refriega ,
Todas mortales , y que alguna pienso
Que hasta el oculto corazón me llega ,
Pues que me acaba su dolor inmenso ;
Mas ya mi lengua al paladar se pega ;
No puedo más contarte por extenso ;
Que ya el alma sus pasos encamina
Al reino de Pluton y Proserpina .»

Dijo ; y al punto el varonil soldado
Mostró la cara páfida y difunta ,
Y las alas del uno y otro lado ,
Con el ansia postrera , ciñe y junta :
Todos los miembros del varon alado
Se tienden en presencia de la junta ,
Y estirando la una y otra zanca ,
El alma noble de su cuerpo arranca .

Apénas el aliento se le priva
Y el feudo inexcusable el jóven paga ,
Dejando el alma de vivir cautiva
En la prision que con su ausencia estraga ,
Cuando bajó volando desde arriba
Un ave grande que el cadáver traga ,
Que se entendió al principio que fué aquella
Que á Ganimédes convirtió en estrella .

Después por cosa cierta se imagina
Que el ave de tan suma lijereza ,
Que al cuerpo de la mosca se avvicina ,
Llevándola en los aires con presteza ,
Que fué sin duda alguna golondrina ,
A quien suele mover naturaleza
A trasladar las moscas de improviso
Dentro en su búche , que es su paraíso .

Corre la voz por la ciudad , y al punto
Que á los oídos de la gente llega ,
Al palacio se parte el pueblo junto ,
Y en multitud sin órden se congrega :
Llora la madre al hijo ya difunto ,
Y al llanto con tan gran rigor se entrega ,
Que no fué tal el lamentable lloro
De Hécuba sobre el muerto Polidoro .

Levanta el grito la afligida turba ,
Que á compasión y lástima provoca ;
Tanto interno suspiro al aire turba ,
Y el eco del lamento al polo toca :
El corazón más fuerte se perturba ;
No hay matrona que no se vuelva loca ,
Y desgrediando de oro las madejas ,
Las dan al viento , adonde van sus quejas .

No fué tal el tumulto del romano
 Cuando, juntando el conjurado acero,
 Acompañado de traidora mano,
 Bruto mató su emperador primero:
 No fué tal tras la fuga del troiano
 De la nueva Cartago el llanto fiero,
 Cuando á su reina con dolor miraba
 Que en dos fuegos terribles se abrasaba.

El pensativo rey de la Mosquea
 Con la desdicha y nueva repentina
 Pierde el juicio, porque en él se vea
 Cuánto una pesadumbre desatina:
 Furioso por la sala se pasea,
 Hasta que fué á encontrar con una esquina,
 Adonde dió á entender con tal suceso
 Que no está loco quien descubre el seso.

Llevan al lecho al miserable dueño
 De tanta inmensidad y monarquía,
 Que reposando en el profundo sueño
 De la muerte en su gesto parecía:
 Todos mostraron lacrimoso el ceño
 Con los tristes sucesos de aquel día,
 Y ántes de ver salir la luz del otro
 Cada uno pica en su caballo ó potro.

Solo me pesa de la infanta niña,
 Que con tales estorbos no se casa,
 Y mal su casamiento se le alía
 Cuando esto pasa por su padre y casa;
 Mas no le faltará con quien se ciña,
 Si la desdicha y el furor se pasa;
 Que no es razon que olviden prendas tales
 Las luces de las teas maritales.

Quede su doncelléz y su hermosa
 Depositada, en tanto que Himeneo
 Quien sus partes merezca le procura
 Á medida del gusto y su deseo:
 Guarde su flor hermosa en la clausura;
 Que no ha de ser el hado inicuo y reo
 Tan cruel esta vez, que en un convento
 La deje sin marido y casamiento.

Allí la mosca, misera doncella,
 Gran tiempo estuvo desde aquella hora
 Que puso estorbos su envidiosa estrella
 Á ser de un reino de un moscon señora;
 Y autores hay que afirman que fué ella
 De las nueces moscadas inventora,
 De lo cual es famosa conjetura
 El nombre mismo de la nuez, que aun dura.

Pero en cosas de duda no me meto;
 Bien pudo ser que la invencion hallase,
 Y á uso de convento, con secreto,
 Algun moscon devoto regalase:
 Lo que es más cierto y que pasó en efeto,
 Es que en un monasterio se quedase
 Mientras duró la guerra, que fué causa
 De hacer en el torneo y canto pausa.

CANTO III.

En la region del aire trasparente,
 Por donde el bien y el mal se precipita
 Desde los astros á la humana gente
 Que en el valle de lágrimas habita,
 Hay un lugar supremo y preeminente
 Que nunca de los hombres se visita,
 Aunque se ve patente en esta casa
 Cualquier suceso que en las suyas pasa.

Tanto la cumbre altísima se empina,
 Que con igual distancia y propio grado
 Á las partes del mundo se avvicina,
 Y dellas dista por nivel formado:
 Los aldeaños son con quien confina
 El ante y retro, el uno y otro lado,
 Las cuatro partes de la inmóvil traza,
 Y el cielo que en su círculo la abraza.

Es esta casa de infinitas puertas,
 Por donde por instantes y momentos
 De las cosas fingidas y las ciertas
 Entran cargados los veloces vientos:
 Allí reviven las hazañas muertas,
 Y de los más ocultos pensamientos
 Se ve la multitud de conjeturas
 Que se publican por verdades puras.

Es de fino metal por cada parte
 La escala, el techo, el pavimento y muro,
 Lleno de conchas que la industria y arte
 Revueltas fabricó de bronce duro:
 Allí la misma voz que aquí se parte,
 Hierde y retumba con su acento puro,
 Y cuanto acá el secreto comunica,
 Allí públicamente se publica.

No hay silencio jamas en su distrito,
 Ni con tan grande acento la voz suena,
 Que se espante la gente con el grito,
 Que suele dar, á quien le escucha, pena:
 Allí el susurro y murmurar quieto
 Se escucha como cuando léjos truena,
 O como siente al mar, cuando se altera,
 El que distante está de la ribera.

Pasando el aire su carrera larga,
 Viene á esta venta, y en llegando, deja
 De novedades la lijera carga,
 Y de la casa con furor se aleja;
 Porque apénas del peso se descarga,
 Cuando para otra carga se apareja:
 Carga y llega volando, y en el punto
 Vuelve por otra que dejaba á punto.

Á quien primero á descubrir se empieza
 Lo que de sí se trata y se razona,
 Es á la grave y principal nobleza,
 Que es de la fama la primer persona:
 Esta despues torciendo la cabeza,
 En secreto el secreto le pregona
 Al allegado, aquel á su pariente,
 Y así el secreto viene á ser patente.

Este en su causa con el otro habla,
 Reparando la gente en sus acciones,
 Y si el negocio bien ó mal se entabla
 Parece que lo dicen sus pasiones:
 Este publica la inaudita habla
 Porque oyó solamente dos razones,
 Y allí con sombra de verdad se mira
 Junta la persuasion con la mentira.

Este volando la escalera baja,
 Aquel la sube de sudor cubierto,
 Otro la tierra por el mar ataja,
 Y otro de prisa se avvicina al puerto:
 Allí lo que es mentira más se cuaja;
 Allí se disminuye lo más cierto;
 Allí lo mucho en nada se deshace,
 Y lo que es nada, mucho más se hace.

En esta confusion, en este encanto
 Una mujer horrible señora,
 Que ve desde su estrado todo cuanto
 En el mundo es posible que se vea:
 Es la cubierta y el lijero manto
 Con que su vano y monstruo cuerpo arrea,
 Plumas veloces con que el orbe gira,
 Párpados de cien ojos con que mira.

Por otra tanta multitud de orejas
 Novedades sin número percibe,
 Y por cien bocas á su cuerpo anejas
 Publica lo que en ellas se recibe:
 La confusion de nuevas y de viejas
 Al mundo resucita y las revive
 El monstruo alado, á quien el mundo llama
 La vocinglera y voladora fama.

Este es el monstruo que la madre tierra
 Produjo cuando Júpiter con ira
 Á Encélado y Ceó furioso atierra,
 Por cuyas bocas el volcan respira:
 Á la verdad desnuda le hace guerra
 Con esta bestia rica de mentira,
 Que á veces muestra que la rata pare
 El monte que al Olimpo se compare.

Este lijero mal que tanto vuela;
Este veloz recuero de embelecios;
Esta que tantos ánimos desvela,
Echando al aire sus acentos huecos;
Esta que siempre habla y siempre vela;
Esta que escucha los secretos ecos;
Esta mujer, que al serlo se le pega
El nombre de habladora y andariega;

Esta que los cerebros embaúca,
Y con mentiras á la gente espanta;
Esta sin sér, que la razon trabuca
Y los sentidos fácilmente encanta;
Esta llena de nuevas y caduca;
Esta emplumada y tan feroz gigauta,
Que nace de la tierra y se endereza
A encubrir en las nubes su cabeza;

Esta, segun en la mosquea crónica
Afirma la dulzura celeberrima
De la musa Comina macarrónica.
Del Cocayo Merlin patrona acérrima,
Salió, no como afirma la Marónica
Confiada en sus vuelos, cual paupérrima,
En un caballo cándido y aligero,
Que daba envidia á los del carro astrigero.

Salió la veloz fama caballera
En un caballo simil y conforme
A aquel por quien perdió la vil Quimera
Su monstruosa figura multiforme;
Pero si en él mató la bestia fiera
Su dueño, estotro efecto es muy disforme,
Pues nace de la fama el monstruo fuerte,
A quien Belerofonte dió la muerte.

Ser la ocasion legitima y urgente,
Por ser verdad lo que el mensaje encierra,
Le fuerza á que en persona prestamente
Parta volando de una en otra tierra;
Y desde el suelo de la mosca gente
Hasta aquel donde el hielo las destierra,
A su caballo los ijares pica,
Y del misero rey el mal publica.

Los limites dejó de la Mosquea,
Y en su caballo por el mundo trota,
Y por todas las partes trompetea
En són que á los vivientes alborota:
En los confines largos de Guinea,
Y hasta la tierra incógnita y remota
Se llenan las cabezas de la nueva,
Sin saber quién la trae ni quién la lleva.

Desde la excelsa cumbre de Rifeo
La voz á toda Scitia se encamina,
Y saltando en el monte Pirineo,
A España con la nueva se avvicina:
Ya avisa desde Ménalo y Linceo
La Arcadia, y á la Galia Transalpina
Desde el Alpe, y en solo una semana
Llegó á la vista de la gran Tabana.

A esta insigne provincia el nombre viene
Por la famosa y noble descendencia
De quien la habita y le conserva y tiene
Por titulo de antigua y por herencia:
La Tabana se llama, que contiene
Tabanos de grandisima excelencia;
Que siempre en las ciudades se coligen
Del nombre sus principios y su origen.

Entre esta gente se mezcló la diosa
Alegre y con la triste nueva ufana,
Y al palacio se parte á do reposa
El poderoso rey de la Tabana:
Este tenia entonces por esposa
Del rey Sanguileon la bella hermana,
Que afirman que era su hermosura tanta,
Que corria parejas con la infanta.

Entró la fama en su palacio, y viendo
Tanta gente ocupada en el servicio
Del poderoso rey, entre el estruendo
Empezó la parlera á hacer su oficio:
Con un lento susurro fué esparciendo
Del hormiga soberbio el maleficio
Contra el mosca monarca, que afligido
Del pesar que tomó, perdió el sentido.

Oyó el Mataballo, que así era
Del tabanescos rey la propia gracia,
La novedad que el corazon le altera,
Sintiendo del cuñado la desgracia:
No sabe si sea falsa ó verdadera;
Mas viendo que por puntos más se espacia,
Da crédito á la nueva porque es mala,
Que en la verdad la buena no le iguala.

Amaba mucho y con amor fraterno
Al rey Sanguileon, por quien le avisa
Sobresaltado el corazon interno
Que tiene dél necesidad precisa:
Manda luego á la gente del gobierno
Que su partida se apresure aprisa;
Que se aperciban postas y caballos,
En que camine el Rey y sus vasallos.

Manda que su recámara se apreste
Con la pompa mayor que hacerse pueda,
Que ha de ver su cuñado, aunque le cueste
Una suma terrible de moneda:
Si está en peligro, es justo que le preste
Su favor; y si es muerto, el reino hereda;
Y así, es razon que á ver al Rey acuda,
O á serlo él, ó á dar al reino ayuda.

Tráenle el caballo al Rey, que yo aseguro,
Segun la lijereza de su paso,
Que pudiera dejar el nombre oscuro
Al famoso Bucefalo y Pegaso:
Pónenle luego al punto el freno duro;
Y el Rey, que aprisa se apresura al caso,
En la silla se puso desde el suelo
De un salto, ó por mejor decir, de un vuelo.

Era el caballo de admirable brio,
De la especie de aquellos que sustenta
La primavera, y que en el seco estío
El cielo tiene de sus vidas cuenta:
En fin, era de aquellos que el rocío
Con su frescura engorda y alimenta,
De fuertes miembros y color moreillos,
Casta maravillosa, el nombre grillos.

Estos tan fuertes son como camellos,
Y muestran con certisimas señales
Ser de toda la tierra, solo ellos,
Los mas nobles y bellos animales:
Naturaleza les firmó los sellos,
Que es un escudo á modo de armas reales,
Dándoles, como á bestias de más tomo,
Caparazon bordado sobre el lomo.

Tras estos animales van feroces
Otros sin proporcion más temerarios,
Para el camino fuertes y veloces,
Y para más que son los dromedarios:
Estos caminan con estruendo y voces,
Y son de leves águilas contrarios,
Y tanto alguno dellos ha podido,
Que le ha echado sus pájaros del nido.

Treinta alimañas destas con su carga
Conciertan la recámara vistosa,
Manifestando en la jornada larga
La suma de riquezas poderosa:
Si alguna bestia acaso se descarga
De la gran pesadumbre ponderosa,
Tanto con manos y con piés se ayuda,
Que la carga arrastrando léjos muda.

Destos es el sustento y la comida
La paja y la cebada; mas primero
La arroja de su cuerpo digerida
El macho ó el jumento de arriero:
Con esto pasan su contenta vida
Ejercitando su volar lijero,
Y á tales bestias dadas á trabajos
Las llaman en Castilla escarabajos.

Esta catterva de las negras pieles
Lleva música siempre que camina,
Que sonajas parece ó cascabeles:
Dichoso el animal que á tal se inclina!
En breve á los soberbios chapiteles
De la grande Mosquea se avvicina,
Y del Rey los caballos con sus saltos
Se avvicinaron á los muros altos.

En un cortijo el Rey halló una mosca
Que contó del cuñado el caso extraño,
Y como labrador, con lengua tosca
Le publicó su pérdida y su daño :
Levanta al cielo el Rey la vista fosca,
Y arrima á ella un delicado paño,
Y con dolor las lágrimas enjuga
Que la muerte causó del Ranifuga.

Al tabaneco le advirtió el villano
Que solo sabia el Rey que estaba preso,
Porque entendiendo que era muerto, es llano
Que con el gran dolor perdiera el seso ;
Y que hasta estar de la cabeza sano,
No le manifestaban el suceso
Del Ranifuga y su llorada suerte,
Por no dar con la nueva al Rey la muerte.

« ¡ Oh miserable jóven , más valiente
Que fué contra los dárđanos Aquiles,
Ulises sagacísimo y prudente
Contra la red de las arañas viles ;
Más que Tideo entre micena gente
En corazon y fuerzas varoniles,
Atlante de la máquina mosquea,
Que toda con tu muerte titubea!

» ¿ Qué fuerza de astro péximo, ó influjo
Entre las de los orbes celestiales,
Sin tener de tí lástima, te trujo
A padecer tan insufribles males?
¿ Quién de tu vida el término redujo
A solos cinco tustros no cabales?
¿ Cuál en efecto pudo ser la estrella,
Que sin piedad tus años atropella?

» ¿ Fué entre los astros el ardiente Sirio
Quien, de cólera lleno y furia loca,
Te quiso dar el último martirio
Vomitando veneno por su boca?
Fué la saeta que en color de lirio
Vuelve la rosa que en su hierro toca?
Fué el arco del hemonio Sagitario,
O el Escorpion en uñas temerario?

» ¿ Cuál dellos fué el autor de tanto crimen,
Merecedor y digno muchas veces
De que en su sacro consistorio intimen
Delito tal los soberanos jueces?
Digno de que por astro no le estimen ;
Antes, trocando de su honor las veces,
Del celestial asiento le derriben,
Y luego del divino sér le priven. »

Esto iba hablando el Rey por el camino,
Y muchas veces repetir solia :
« Pronóstico fui cierto y adivino
De que el Rey mi cuñado padecía. »
Mas ya que á la ciudad se vió vecino,
Un mensajero al mosca rey envia
A darle por consuelo y embajada
Del tábano cuñado la llegada.

Entraron por la ciudad de la Mosquea,
Y el nuncio al rey Sanguileon avisa
Como el cuñado tábano se apea
Y del bajo zaganan la tierra pisa :
El triste Rey, que tanto lo desea,
Salir quiso á las puertas en camisa,
Y al fin, en pié no pudo recibillo,
Que lo estorbó el dolor del colodrillo.

Estaba el pobre Rey acompañado
De mil duques y condes, que al momento
A recibir al rey recién llegado
Salieron con mil muestras de contento :
Tambien de la ciudad llegó el senado
A hacerle un singular recibimiento,
Y no hubo mosca, al fin, que en su venida
Aliento no cobrase y nueva vida.

En el zaguan se apea del palacio,
Cercado de gravísimos moscones,
Y entre ellos fué subiéndolo muy despacio
Los anchos y vistosos escalones :
Iban delante dél, haciendo espacio,
De su guarda lucidos escuadrones,
Diciendo con mil vueltas de cabeza :
« Plaza á su majestad ! Plaza á su alteza ! »

Habiendo ya subido la escalera,
Que bien tenia más de ochenta gradas,
A la cámara llega, adonde espera
El Rey, que cerca siente las pisadas :
Toda la chusma que iba delantera
Dejó pasar las gentes más granadas,
Y las guardas que afuera se quedaron
Las puertas de la cámara ocuparon.

En la cámara el Rey y senadores
Entraron para hacer la real visita :
Que el gusto destes reyes y señores
La cámara apetece y solicita,
Llena de mil pastillas y de olores,
Como cámara adonde el Rey habita,
Y aun que tenía el Sanguileon, hay fama,
Cama en cámara, y cámara en la cama.

Entra el de la Tabana, y ve en el lecho
Al que con su presencia un poco alivia,
Que apénas puede su cansado pecho
Darle la bien venida con voz tibia :
Quisiera darle algun abrazo estrecho,
Y con tanto trabajo se solivia,
Que afirman que al pequeño movimiento
Soltó un suspiro en voz de sentimiento.

Abrazados se vieron grande pieza,
Mirándolos la gente con espanto,
Vueltos los ojos con la gran terneza
En triste mar de lágrimas y llanto :
No pudo sustentarse la cabeza
Del rey enfermo con el gran quebranto,
Y con amor habiéndose abrazado,
Dijo el cuñado rey al rey cuñado :

« Rey de las moscas, aunque no déis parte
De vuestro mal suceso á los amigos,
Soy sabedor del rigoroso Marte,
Feliz á vuestros grandes enemigos ;
Mas no hayais miedo que de vos me aparte
Sin dejar á los vuestros por testigos
De que vengar propongo vuestras penas,
Vertiendo sangre de enemigas venas.

« Un moscon labrador, que en un cortijo
Encontré en el camino esta mañana,
Vuestra desgracia y grande mal me dijo,
Y la causa tambien de donde mana :
Solo por veros triste más me aflijo ;
Que bien sabe la reina vuestra hermana
Que juré de no verme en su regazo
Sin dejaros vengado por mi brazo.

« Por la cabeza de mi esposa amada
(Jura que al cumplimiento me apareja),
Que he de emplear los filos de mi espada
En venganza no más de vuestra queja ;
Y de los cuerpos la menor tajada
De los contrarios ha de ser la oreja,
Y no perdonaré vidas contrarias
Si cien doncellas no me dan en parias.

« Juntaré de mi reino luego al punto
Un número de tábanos gallardo,
Que si se pone á vuestras moscas junto,
Del enemigo la venganza aguardo :
Si vuestra gente con mi gente junto,
Veréis cuál las contrarias acabardo.
Trayendo en nuestras lanzas por proezas
De sus fuertes cabezas las cabezas.

« Saldrá toda mi gente en órden puesta,
Unos terciando la soberbia pica,
Otros armando el arco y la ballesta
Que al contrario la muerte pronostica :
Saldrá otra gente fuerte, que á la opuesta
Con tal furor y rabia hiere y pica,
Que en cualquier parte que su rostro planta,
La deja emponzoñada y la levanta.

« Todos estos que he dicho son infantiles,
Y los demas restantes caballeros,
Que en ancas de soberbios elefantes
Al claro sol descubren los aceros :
Naves en cantidad tengo bastantes,
Y no pequeña suma de dineros,
Si el ánimo no-os falta, todo sobra,
Pues ¿ quién con tanta ayuda no le cobra? »

»Nosotros, á quien dió naturaleza
El nombre incomparable de varones,
Tenemos de mostrar la fortaleza
Que encierran nuestros bravos corazones :
Si somos la columna y la cabeza
Que sustentamos nuestras dos naciones,
No es bien que las cabezas desfallezcan,
No se mueran los miembros y perezcan.

»Si la brava Tomiris, mujer fuerte,
Que por serlo me espanto y más me admiro,
La desgracia llorara y cruda muerte
Que á su querida prenda dió el rey Ciro,
¿Vengara el hijo amado desta suerte?
¿Pudiera con la fuerza de un suspiro
Incluir la cabeza del rey fiero
En el sangriento cóncavo del cuero?

»Si cuando con ardid el griego Ulises
Levantó en Troya la soberbia llama,
El hijo entonces del anciano Anquises
No pretendiera eternizar su fama,
¿Diérale Italia el nombre en sus países,
Con que Indigete dios se nombra y llama?
¿Gozara acaso el amistad de Acates,
Ó trasladara á Italia los penates?

»Pues ¿qué hizo el gallardo semideo
Cuando de Troya se abrasaba el muro?
No buscó entre las sombras de Morfeo
Para esconderse algun lugar oscuro;
Mil almas dió á las barcas del Leteo,
Y viéndose en peligro mal seguro,
Su mujer, hijo y padre lleno de años
Sacó de los argólicos engaños.

»Hizo el fuerte troyano lo que pudo
Contra las asechanzas de la diosa,
Que quiso hacer pedazos el escudo
De la virtud, con obras de envidiosa :
Pasó de la desgracia el punto crudo,
Y de Turno la fuerza belicosa,
Y tras tantos trabajos á ser vino
Yerno del poderoso rey Latino.

»Murió reinando, y Citerea, su madre,
Desde su casa del tercero cielo,
Que viesse la virtud rogó á su padre
Del nieta muerto en el hesperio suelo :
Júpiter dijo : — Es justo que me cuadre
Que varon tan heroico dé tal vuelo,
Que á tu cuidado y diligencia toque
Que entre divinos astros se coloque. —

»Y luego Vénus, viendo el beneficio
Que el soberano Jupiter le hacía,
Y el semblante de Juno más propicio
Que en las cosas de Troya estar solía,
Descendió, y en las ondas del Numicio
A Enéas lavó la mancha que tenía
Del sér de hombre mortal, y al fin, con ella
Al cielo le subió, donde es estrella.

»Baste el haberos puesto por delante
La vida y el ejemplo del troyano,
Que yo imagino que ha de ser bastante
A daros fuerzas y dejaros sano :
Sedle, cuñado, en todo semejante;
Que nunca la virtud se queda en vano;
Que con ella podréis hacer de modo
Que en estrella os convierta á vos y todo.

»No son del cielo estrella el leon fiero,
El águila, el caballo, la serpiente,
El escorpión, las vacas, el carnero,
La cabra y toro de cornuda frente,
El cuervo del dios Febo mensajero,
La liebre con el perro pestilente,
Las osas, peces y otros animales,
Que ahora son estrellas celestiales?

»Pues ¿por dónde pensais que estos subieron
A ser del firmamento habitadores?
Por la virtud tan rara que tuvieron
Y por ser en su especie los mejores :
Muchas de aquellas vidas se perdieron
A manos de enemigos vencedores;
Pero el lugar que su virtud merece,
La misma entre los astros les ofrece.

»A aquella gente tal la virtud propia
En el lugar los puso donde habita
De las estrellas la divina copia,
Al parecer de todos infinita :
No os parezca, cuñado, cosa impropia
Que tengais vuestra silla entre ellos sita;
Que bien podeis cobrar renombre eterno
Que en el cielo os coloque junto al cuerno.

»Bien sabeis, senadores, que los reyes
Por natural derecho son forzados
A la defensa de las propias greyes,
Matando á quien altera sus estados :
Bien habréis visto en términos las leyes,
Y las entenderéis como letrados;
Y bien pudiera yo alegar mis textos;
Que tambien he cursado los digestos.

»Supuesta pues esta verdad, no resta
Sino que todo mosca se prevenga;
Si el enemigo contra vos se apresta,
Salgámosle al camino ántes que venga :
Pensad, cuñado, ahora la respuesta,
Pues entendido habeis mi larga arenga,
Que propone de honor vuestro provecho,
Si la mano meteis en vuestro pecho.»

Dijo ; y cansado el tábano valiente
Por haber pronunciado por la boca
Tantas razones, que en el alma siente,
Y el corazón á echarlas le provoca,
Pasó una vez por la anchurosa frente
El dedo ; pero al punto que la toca,
Sacudió los sudores de aquel rato,
Que sacó con el dedo garabato.

Era el diablo del tábano discreto,
Y en la gente pusieron sus razones
Un esfuerzo y un ánimo secreto,
Que abrasó sus helados corazones :
Tuvieron á su rey grande respeto
Los circunstantes duques y moscones ;
Porque, si no, sin duda en aquel punto
La guerra publicara el pueblo junto.

Callaron ; pero el Rey á los intentos
Del gran Matabalboa conocia
Que eran correspondientes pensamientos
Los que cada moscon le descubria ;
Y esforzando los débiles acentos
De la flaqueza grande que tenia,
Con el nuevo vigor movió su labio,
Y así habló el Rey al tabanasco sabio :

«Abrazadme, cuñado ilustre y caro,
Otra vez abrazadme ; que os prometo
Que os trujeron los dioses por reparo
De mi persona y reino, que os sujeto :
Abrazadme otra vez, milagro raro,
Pues tanto puede vuestro hablar discreto,
Que ha obrado en nuestros pechos maravillas,
Alegrando las muertas pajarillas.

»Tratad y disponed á vuestro gusto,
Pues todo corre ya por vuestra cuenta ;
Que á ser vuestro soldado bien me ajusto,
Pues ya os compete á vos vengar mi afrenta :
Formad un grande ejército y robusto ;
Páguense los soldados de mi renta,
Del tributo que tengo dentro en Braga
Y en la grande provincia de Biznaga.

»Dénles adelantadas cien raciones
Libradas en las pagas del servicio,
Y alójense en mi reino y sus mojonas
Mientras no van al militar oficio ;
Y de cuanto me pagan los valones
Tambien les hago gracia y beneficio ;
Y en las penas de cámara me agrada
Que tengan otra paga adelantada.

»El Ranifuga en las prisiones llora
Maldiciendo en nosotros la tardanza,
Y en él la chusma hormigena traidora
Toma de nuestros hechos la venganza :
Todo mi reino unánime le adora,
Que es de mi sucesion viva esperanza ;
Y aunque sabeis muy bien que es mi bastardo,
Con la corona y cetro verle aguardo.

»Bien se os acuerda el funeral estrago
Que en el alcázar público divulga
Su fama, cuando hizo el grande lago
De la sangre rebelde de la pulga;
A seis mil desta gente dió su pago:
Mirad qué bien que nuestra tierra espulga,
Sin valerles las alas ni su vuelo,
Ni el favor de su rey el Caganieño.

»¿A quién no se le acuerda cuando él solo,
Cargado de riquísimos despojos,
Mostró el cático campo al claro Apolo,
Bañado en sangre de enemigos pijos?
Bien sabéis que del uno al otro polo
Se ven los campos por su espada rojos
Con sangre vil de la canalla aleve,
Y sediento, la chupa y se la bebe.

»Pues si su claro nombre se os acuerda;
Si, como lo mostráis, le sois devotos;
Si el amor os revive y os recuerda
Los corazones en su ausencia botos,
¿Podréis sufrir acaso que se pierda
En reinos enemigos y remotos
Un capitán, que nunca se perdiera
Jérjes si con su campo le tuviera?

»Yo juro por la leche en que mi abuelo
Pasó anegado á la región averna,
De no cortarme de la barba el pelo,
Ni del vil ganapan picar la pierna,
Ni de nadar jamás donde el buñuelo
El orbe baña de su masa tierna,
Ni lamer el dulzor de las postemas,
Ni del viejo decrepito las flemas;

»Hasta que al fiero rey de la canalla,
Ya que á ser su enemigo me apercibo,
Haya vencido en singular batalla,
O dado muerte ó cautivado vivo;
Y si por suerte en mi poder se halla,
Para que acabe con su orgullo altivo
Haré que tenga su vivir remate,
Apretando el verdugo su gaznate:

»Y á la caterva infame que le sigue
Sin temer el rigor de mi potencia,
Y mis soldados con furor persigue
Con demasiado orgullo y insolencia,
Sin que haya causa alguna que me obligue
A ejercitar en ellos mi clemencia,
De darles tan terrible escurribanda,
Como su atroz delito lo demanda.

»Pongan á punto mis lijeras fustas,
Vengan en órden mis veloces barcos,
En que mis bravas gentes y robustas
Pasen seguros los salados charcos,
Y descarguen sus cóleras adustas
Nubes de flechas de sus corvos arcos
Contra la vil canalla que emprisiona
La piedra que engastaba en mi corona.

»Pónganles luego freno á las langostas,
Y despachense aprisa mensajeros,
Que en cursos breves de lijeras postas
Vayan y vuelvan prestos y lijeros:
Corran volando las marinas costas;
Dénles matalotajes y dineros,
Y á los reyes, amigos y parientes,
Les enseñen mis cartas y patentes.

»Al punto las chicharras se adelanten
A dar de mis intentos la noticia,
Y sin cesar, con sus trompetas canten:
— Guerra, guerra! — con ánimo y codicia:
No cesen hasta tanto que levanten
De los montes la gente á la milicia,
Desde que pinta á Cérés el agosto
Hasta que Baco dé maduro el mosto.

»Publíquese que vengan las galeras
Por el Címico mar, adonde aguardo
Con mis gentes las suyas forasteras,
Y también las del tábano gallardo:
Que dejaré las cimicas riberas
Sin más mostrarme en la partida tardo,
Cuando del fiero Cancro el sol se aleja,
Al Leon calentando la guedeja.

»Este es mi parecer: ved qué os parece,
Caballeros valientes, que se haga;
Mirad si alguna duda se os ofrece,
Porque luego se mire y satisfaga:
Al bien comun el gusto se enderece;
Que el propio á veces al comun estraga:
Todos juntos decid en mi presencia
Lo que más os dictare la conciencia.»

Calló; y la turba, levantando el grito,
«Hágase, dijo, lo que el Rey ordena;
Suenen los ecos del soberbio pito,
Con qué á la chusma el cómitre condena.»
Volvióse el tabaneco á su distrito;
Estotro olvida la cobrada pena;
Los senadores á su casa envía,
Al punto que yo salgo de la mía.

CANTO IV.

Quando el alto solsticio se resuelve,
Y el término más largo el sol concluye;
Quando por puntos semejantes vuelve,
Y de su luz las horas disminuye;
Quando las riendas al Leon revuelve,
Y del zancudo Cancro aprisa huye;
Y cuando aguarda el Perro al sol bizarro
Para embestir con él y con su carro;

Quando el hambriento labrador se tuesta
Al fuego riguroso que resiste,
Y en el campo solícito se acuesta,
Y de basto sayal se adorna y viste;
Quando á la diosa Cérés hace fiesta,
Y Pomona se ve marchita y triste
Por falta de las aguas que apetece,
Que el villano en sus parvas aborrece;

Quando alivia, cantando con voz ronca,
El trabajo que tanto le fatiga,
Y á dos manos, colérico, destronca
La caña rubia con la llena espiga;
Quando, seca de sed, la tierra bronca
Aguarda el tiempo que el calor mitiga,
Y suda el labrador bañado en agua,
Matando en vino su insaciable fragua;

Quando, á Ceó y Tifeo semejante,
Montes soberbios acumula y junta,
Y la terrible torre del gigante
Levanta, contra el cielo haciendo punta;
Quando, porque no quiten de delante
Su cosecha las aguas que barrunta,
Va temeroso, y arrogante empina
De secos haces la soberbia hacina;

Quando alegre acarrea sobre el haza
Los frutos que ella misma multiplica,
Y presuroso los extiende, y traza
La era vistosa, de despojos rica;
Quando los pares con el yugo abraza,
Y para el ministerio el trillo aplica,
Y con una vistosa escaramuza
De la espiga los granos desmenuza;

Quando del lado de la parva roja
La caterva gozosa que la mira,
Con toscos palos la cosecha arroja,
Y á los cielos parece que la tira;
Quando se mueve el aire, y por que coja
El fruto limpio, con amor respira,
Y aparte deja en un monton el grano,
Y en otro de la paja el cuerpo vano;

Quando de Cérés mira el fruto rojo,
Y da gracias al cielo, que le plugo
De conservarle libre su despojo
De las mudanzas del comun verdugo;
Quando no da lugar á que el gorgojo
Le quite en su poder al grano el jugo,
Y liberal el fruto distribuye,
Y el cúmulo soberbio disminuye;